



SERIE COMPLETA

HERMANOS LANDVIK

LAURA SANZ

SERIE COMPLETA
HERMANOS LANDVIK

LA HISTORIA DE CAS

Ich liebe Dich

LA LUCHA DE JAN

Ya tebya lyublyu

LA CULPA DE TILL

Te quiero

© 2019 Laura Sanz

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Contenido

[Página del título](#)

[LA HISTORIA DE CAS](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Capítulo Diecisiete](#)

[Capítulo Dieciocho](#)

[Capítulo Diecinueve](#)

[Capítulo Veinte](#)

[Capítulo Veintiuno](#)

[Capítulo Veintidós](#)

[Capítulo Veintitrés](#)

[Capítulo Veinticuatro](#)

[Capítulo Veinticinco](#)

[Capítulo Veintiséis](#)

[Capítulo Veintisiete](#)

[Capítulo Veintiocho](#)

[Capítulo Veintinueve](#)

[Capítulo Treinta](#)
[Capítulo Treinta y Uno](#)
[Capítulo Treinta y Dos](#)
[Capítulo Treinta y Tres](#)
[Capítulo Treinta y Cuatro](#)
[Capítulo Treinta y Cinco](#)
[Capítulo Treinta y Seis](#)
[Capítulo Treinta y Siete](#)
[Capítulo Treinta y Ocho](#)
[Capítulo Treinta y Nueve](#)
[Capítulo Cuarenta](#)
[Capítulo Cuarenta y Uno](#)
[Capítulo Cuarenta y Dos](#)
[Capítulo Cuarenta y Tres](#)
[Capítulo Cuarenta y Cuatro](#)
[Capítulo Cuarenta y Cinco](#)
[Capítulo Cuarenta y Seis](#)
[Capítulo Cuarenta y Siete](#)
[Capítulo Cuarenta y Ocho](#)
[Capítulo Cuarenta y Nueve](#)
[Capítulo Cincuenta](#)
[Capítulo Cincuenta y Uno](#)
[Capítulo Cincuenta y Dos](#)
[Capítulo Cincuenta y Tres](#)
[Capítulo Cincuenta y Cuatro](#)
[Capítulo Cincuenta y Cinco](#)
[Capítulo Cincuenta y Seis](#)
[Capítulo Cincuenta y Siete](#)
[Epílogo](#)
[LA LUCHA DE JAN](#)
[Capítulo Uno](#)
[Capítulo Dos](#)
[Capítulo Tres](#)
[Capítulo Cuatro](#)
[Capítulo Cinco](#)
[Capítulo Seis](#)
[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)
[Capítulo Nueve](#)
[Capítulo Diez](#)
[Capítulo Once](#)
[Capítulo Doce](#)
[Capítulo Trece](#)
[Capítulo Catorce](#)
[Capítulo Quince](#)
[Capítulo Dieciséis](#)
[Capítulo Diecisiete](#)
[Capítulo Dieciocho](#)
[Capítulo Diecinueve](#)
[Capítulo Veinte](#)
[Capítulo Veintiuno](#)
[Capítulo Veintidós](#)
[Capítulo Veintitrés](#)
[Capítulo Veinticuatro](#)
[Capítulo Veinticinco](#)
[Capítulo Veintiséis](#)
[Capítulo Veintisiete](#)
[Capítulo Veintiocho](#)
[Capítulo Veintinueve](#)
[Capítulo Treinta](#)
[Capítulo Treinta y Uno](#)
[Capítulo Treinta y Dos](#)
[Capítulo Treinta y Tres](#)
[Capítulo Treinta y Cuatro](#)
[Capítulo Treinta y Cinco](#)
[Capítulo Treinta y Seis](#)
[Capítulo Treinta y Siete](#)
[Capítulo Treinta y Ocho](#)
[Capítulo Treinta y Nueve](#)
[Epílogo](#)
[LA CULPA DE TILL](#)
[Prólogo](#)
[Capítulo Uno](#)
[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)
[Capítulo Cuatro](#)
[Capítulo Cinco](#)
[Capítulo Seis](#)
[Capítulo Siete](#)
[Capítulo Ocho](#)
[Capítulo Nueve](#)
[Capítulo Diez](#)
[Capítulo Once](#)
[Capítulo Doce](#)
[Capítulo Trece](#)
[Capítulo Catorce](#)
[Capítulo Quince](#)
[Capítulo Dieciséis](#)
[Capítulo Diecisiete](#)
[Capítulo Dieciocho](#)
[Capítulo Diecinueve](#)
[Capítulo Veinte](#)
[Capítulo Veintiuno](#)
[Capítulo Veintidós](#)
[Capítulo Veintitrés](#)
[Capítulo Veinticuatro](#)
[Capítulo Veinticinco](#)
[Capítulo Veintiséis](#)
[Capítulo Veintisiete](#)
[Capítulo Veintiocho](#)
[Capítulo Veintinueve](#)
[Capítulo Treinta](#)
[Capítulo Treinta y uno](#)
[Capítulo Treinta y dos](#)
[Capítulo Treinta y tres](#)
[Capítulo Treinta y cuatro](#)
[Capítulo Treinta y cinco](#)
[Capítulo Treinta y seis](#)
[Capítulo Treinta y siete](#)
[Capítulo Treinta y ocho](#)
[Capítulo Treinta y nueve](#)

[Capítulo Cuarenta](#)
[Capítulo Cuarenta y uno](#)
[Capítulo Cuarenta y dos](#)
[Capítulo Cuarenta y tres](#)
[Capítulo Cuarenta y cuatro](#)
[Epílogo](#)
[Sobre la autora](#)

LA HISTORIA DE CAS

Ich liebe Dich

© 2017 Laura Sanz

*Paco, Fely, Angy, Nerea, Maribel y Mayte, gracias.
Creo que no hacen falta más palabras.*

*'Take care.—If you do not speak—I shall claim you as my own in
some strange presumptuous way'*
North and South – Elizabeth Gaskell

Capítulo Uno

—¿No puedes ir más deprisa, Eli? —preguntó Tana, mientras intentaba pintarse los labios mirándose al espejo del parasol del asiento del pasajero—. A este paso no vamos a llegar nunca.

—No es tan fácil —repuso Eli—. Hace tiempo que no conducía un coche con marchas, y esta carretera no es precisamente la mejor. Hay demasiadas curvas. —Tuvo que levantar la voz para poder hacerse entender. Sandra y Alba iban sentadas en el asiento de atrás cantando a voz en grito la canción que sonaba en la radio, uno de los éxitos del verano.

Tana suspiró. Parecía impaciente por llegar al restaurante.

—No te agobies. No tenemos prisa. Estamos de vacaciones, ¿no? —Eli sonrió.

—¡Eso, eso! ¡Vacaciones! —gritó Alba desde atrás, mezclándose en la conversación—. No seas tan *pushy*^[1], *darling*^[2]. Acabamos de llegar y ya estás protestando.

Eli dejó escapar una carcajada. Tana odiaba que Alba le hablase empleando anglicismos. No iba a tardar mucho en replicar. Tres, dos, uno...

—¡Oh por Dios! —exclamó Tana con exasperación—. ¡No me llames *darling*! Sabes que no lo soporto.

Sandra y Alba comenzaron a reír a carcajadas. ¡Era tan fácil sacar a Tana de sus casillas! Incluso Eli, la más calmada de las cuatro, sonrió benevolente.

—Deberías relajarte, Tana —intervino Sandra después de haber superado el ataque de hilaridad—. ¿Cuánto tiempo hace que no nos juntamos para pasar unos días de vacaciones? ¿Dos, tres años?

—Este es el tercer año —repuso Alba—. Llevábamos tres años sin hacer nada juntas y ahora, gracias a *mí* —enfaticó—, nos hemos vuelto a reunir.

Era cierto.

Desde que se habían convertido en adultas cada vez les resultaba más difícil organizar algo juntas. Hacía tres años, porque

la madre de Alba había fallecido, hacía dos, porque la *boutique* de Tana no podía prescindir de ella, y el año anterior, porque Eli y Sandra estaban fuera, terminando un máster.

Pero finalmente habían conseguido coordinar sus agendas y, como muy bien había dicho Alba, había sido gracias a ella. Ella era la que había organizado ese viaje para despedir su soltería. Sus futuros suegros le habían prestado su casa en la costa para que pudiese pasar allí unos días con sus amigas.

Habían llegado esa misma tarde en avión desde Madrid. Un fabuloso Mini Cooper rojo descapotable las había estado esperando en la oficina de alquiler de coches del aeropuerto, y en menos de una hora se habían presentado en la urbanización donde los padres de Jaime, el prometido de Alba, tenían el chalet. La Urbanización Eden Park era una de las más exclusivas de la zona, o al menos eso les había explicado Alba por el camino. Disponía de campo de golf, pistas de tenis, diversas piscinas comunitarias —aunque cada propiedad tenía la suya propia como habían comprobado al llegar— y un par de restaurantes de lujo. Tenía vigilancia las veinticuatro horas e incluso un médico disponible todos los días de la semana.

El chalet de los padres de Jaime estaba muy bien situado, justo al final de un bosquecillo de pinos algo elevado, por lo que las vistas al mar eran fantásticas. Era una casa de dos plantas de estilo moderno, construida no hacía mucho. Tenía un enorme jardín en la parte trasera donde se ubicaban la piscina y una pequeña edificación que contenía la sauna y el jacuzzi.

Ninguna de las cuatro se había sentido abrumada ante tanta magnificencia. Procedían de hogares privilegiados y estaban habituadas a ese tipo de lujos. Eli veraneaba todos los años en Formentera, en el yate de sus padres. Las familias de Tana y Alba tenían casas de vacaciones en Laredo y en Comillas, y Sandra acostumbraba a pasar los veranos en las Maldivas, con su padre.

Las cuatro muchachas se habían apresurado a elegir habitación y a deshacer las maletas. Estaban impacientes por empezar las dos semanas de lo que iban a ser *vacaciones-despedida-de-soltera-juerga-desenfrenada*. Ataviadas con ropa cómoda pero elegante, se habían puesto en marcha dispuestas a comerse la ciudad, o mejor dicho, el pueblecito costero al que pertenecía la urbanización. Sin

perder ni un instante se había decidido que Eli fuese la conductora. Era la única que no solía beber alcohol y les había parecido lo más lógico.

—¿No es un poco pronto para cenar? —preguntó Sandra mirando su reloj de pulsera.

—Son las siete —contestó Tana—. Seguro que cuando lleguemos, *si llegamos* —añadió con énfasis, mirando a Eli de reojo—, el sitio estará lleno de guiris tomándose el postre.

—Bueno, hagamos horario europeo entonces. Seamos decadentes y cenemos pronto. —Alba se recostó contra el respaldo del asiento y comenzó a jugar con su móvil.

—¿Has sabido algo de Jaime? —le preguntó Sandra.

—Sí, claro —repuso con una sonrisa—. Está reunido, pero ha tenido tiempo de mandarme un mensaje y decirme que mañana nos vemos. Nos vamos a navegar en su catamarán.

—¡Oh, genial! —La voz de Tana no denotaba ningún tipo de entusiasmo.

—No seas aguafiestas —dijo Alba, inclinándose y tirándole del pelo.

—No soy aguafiestas, pero ya sabéis que me mareo terriblemente.

—Pues no te puedes quedar en tierra. Hemos quedado en divertirnos todas juntas.

—Lo sé, lo sé, ¿pero no podemos ignorar lo del catamarán?

—¡No! Va a ser genial. Anda Eli, dile algo.

—A mí dejadme en paz, ya sabéis que yo me amoldo a todo.

Estaba centrada en la infame carretera llena de curvas y no prestaba atención a la conversación. Había bajado el volumen de la radio porque las canciones le impedían concentrarse. Tenía problemas para aclararse con las marchas. Hacía mucho tiempo que no conducía un coche así, desde que se había sacado el carnet hacía siete años más o menos. Estaba acostumbrada a conducir vehículos automáticos: simples e intuitivos.

La carretera era la típica carretera secundaria, de dos carriles, uno en cada sentido; y Eli agradeció el poco tráfico que había a esas horas. Sabía que iba demasiado despacio. Aunque se podía ir a noventa kilómetros por hora, ella no había llegado a pasar de los

sesenta. Con tanta curva, ¿quién era el loco que se ponía a noventa?

De vez en cuando su mirada abandonaba la calzada y se clavaba en el invitador mar azul, que según iban aproximándose al pueblo, cada vez aparecía más cercano. A su izquierda, la montaña descendía hasta acabar en la playa; y a la derecha, la pendiente de la ladera se encontraba salpicada de casitas blancas pertenecientes a diversas urbanizaciones. Las vistas eran impresionantes. Kilómetros y kilómetros de agua azul turquesa con pequeños barcos meciéndose sobre ella. El sol de la tarde se reflejaba de manera curiosa sobre el líquido elemento creando sorprendentes efectos, y convirtiendo la imagen en una pintura de Sorolla. El pintor había nacido cerca de allí, ¿no? Quizá por eso el escenario se asemejaba tanto a uno de sus cuadros.

El tiempo a finales del mes de junio en el Mediterráneo era perfecto, decidió. Como un sueño hecho realidad.

Mientras sus amigas se enzarzaban en una discusión sobre sus planes para el día siguiente, si era mejor pasar el día en la playa o en la piscina, ella comenzó a relajarse. Eran sus primeras vacaciones de verdad en los últimos tres años, y estaba decidida a pasárselo bien. Tenía muchas cosas en qué pensar, pero esos quince días que tenía por delante no los iba a malgastar con absurdas meditaciones o quebraderos de cabeza. Ya se agobiaría cuando regresase a Madrid. Ya decidiría qué era mejor para ella. No deseaba pensar en Lalo ni en las últimas exigencias de su madre, o en su inexistente carrera como abogada. Ya tendría tiempo de tomar decisiones.

En Madrid.

Después.

—Dice Jaime que es un sitio fantástico, en primera línea de playa, y sirven un marisco fabuloso —decía Alba en esos momentos.

—Entonces seguro que está hasta arriba de gente. Espero no tener problemas para aparcar —intervino Eli en la conversación.

—¿No habrá un parking cerca? —preguntó Sandra, al tiempo que se recogía el enredado pelo castaño con las manos. Las desventajas de viajar en descapotable.

—Qué va —repuso Alba—. He estado viendo imágenes en Google Maps y no hay nada parecido. Es un pueblo pequeño.

—Seguro que algo encontramos —dijo Tana volviendo a observar su imagen en el espejo del parasol.

—Estás perfecta, *darling*. No hace falta que te mires tanto. — Alba sonrió con malicia, utilizando el epíteto, a sabiendas de que la otra lo odiaba.

En efecto, pensó Eli, Tana estaba perfecta. Siempre lucía impecable, con su cuidado bronceado y su manera elegante de vestir. Llevaba un vestido azul marino de tirantes que marcaba sus pronunciadas curvas de las que estaba tan orgullosa y que Eli en secreto envidiaba. Su pelo castaño oscuro, recogido en una coleta alta, no se había despeinado a pesar del viento.

—¡Ya llegamos a la playa! —gritó Sandra, excitada.

Eli suspiró. Sí, estaban llegando a la playa y —¡oh qué sorpresa! — ni un solo sitio donde dejar el maldito coche. Redujo a segunda y giró a la derecha, siguiendo el cartel que decía *A la playa, 500 metros*.

—El restaurante está al final de la avenida —intervino Alba consultando su móvil.

Eli comenzó a ponerse nerviosa. Si ya en esas calles adyacentes no había sitio para aparcar, la simple idea de encontrar un hueco en primera línea de playa le pareció algo más que improbable.

Volvió a suspirar.

—No pares aquí. Vamos a ver si hay sitio junto al restaurante — dijo Tana.

Eli la miró con cara de pocos amigos. ¿Parar aquí? ¿Dónde? ¿Encima de otros coches? ¿En la acera?

Al final de la avenida volvió a girar a la derecha; la carretera iba en paralelo con la playa. Una playa ancha, de piedras blancas que brillaban al sol. Solo se podía aparcar a un lado de la calle, frente a los restaurantes, chiringuitos y tiendas de *souvenirs*. No había ni un solo hueco libre, claro.

—¡Mirad! ¡Ese es el restaurante! ¡*Crazy Coconut!* —exclamó Alba señalando justo delante.

El restaurante se encontraba en una esquina. Grandes sombrillas blancas, con el logotipo del local, proporcionaban sombra

a la profusión de mesas. La mayoría ocupadas por lo que parecían ser familias extranjeras.

Eli, aprovechando que no tenía ningún vehículo detrás, disminuyó la velocidad para que pudiesen observar el local cómodamente.

—Está hasta la bandera —dijo Tana.

—Menos mal que hemos reservado, ¿no? —repuso Alba.

—Lo primero es encontrar un sitio donde dejar el coche —intervino Eli, intranquila. Odiaba aparcar en línea, acostumbrada como estaba a dejar el coche en su garaje en batería.

—Da una vuelta y a lo mejor tenemos suerte —dijo Sandra.

Eli dudó un instante. Mentalmente visualizó cuál era la marcha adecuada para arrancar. Era primera. La metió, pisando el embrague, y siguió adelante, doblando la curva.

—¡Eh! ¡Mira! ¡Allí se va uno! —gritó Alba desde el asiento de atrás, apuntando con la mano.

Eli frenó bruscamente.

—¡Cuidado! —la reprendió Tana—. Casi me como el airbag.

—*Sorry*^[3] —murmuró Eli observando el hueco que quedaba libre justo frente a ella. Un Ford Ka se marchaba, dejando un sitio diminuto al lado del restaurante, entre una moto y un Seat Ibiza—. No creo que quepa.

—Sí cabe. Solo tienes que maniobrar un poco —afirmó Tana con seguridad.

Eli parpadeó, calibrando la situación poco convencida. Dejando escapar un pequeño suspiro, puso el intermitente y se dispuso a aparcar. El hueco era realmente diminuto y empezó a sudar, incómoda. Se secó las manos en la falda de su vestido y comenzó a dar marcha atrás, pendiente de la moto que tenía a su espalda en el espejo retrovisor.

Rozó el bordillo.

Enderezó el volante y volvió a sacar el coche poco a poco, pendiente del Seat Ibiza que tenía delante.

Volvió a meter la marcha atrás y lo intentó de nuevo.

Bordillo.

Metió primera e intentó sacar el coche otra vez.

Pero, de pronto, algo sucedió. Como por arte de magia el coche se deslizó hacia atrás en vez de ir hacia adelante.

—¡Para! ¡Para! —gritaron las otras al unísono.

Demasiado tarde.

La parte trasera del Mini chocó contra algo.

Eli cerró los ojos y frenó de golpe.

Oyó un ruido que le pareció ensordecedor.

Seguía con los ojos cerrados cuando una voz profunda y varonil, a pocos metros de ella, la sacó de su estupor.

—*Bist Du blöd? Was ist mit Dir los? Hast Du das Motorrad nicht gesehen oder was? Meine Fresse bist Du ein Idiot!*^[4]

Eli no pudo entender ni una sola palabra, pero el tono con el que las frases abandonaban la boca masculina era más esclarecedor que su significado. Abrió los ojos y miró a su alrededor. Sus amigas parecían paralizadas, y el propietario de la voz había desaparecido.

No, no había desaparecido. Estaba detrás del Mini, agachado junto a la moto, al tiempo que lanzaba improperios en varios idiomas.

Eli se bajó del coche, evitando cruzar la mirada con las personas que se habían parado a ver qué sucedía. La situación era más que humillante, y sintió cómo le ardía la cara de vergüenza. Odiaba llamar la atención. Y aunque debería haber estado acostumbrada, dada la frecuencia con la que su cara aparecía sobre el papel cuché, no lo estaba; seguía resultándole incómoda tanta notoriedad, incluso después de todos esos años en el candelero. Sus amigas la miraban con diferentes grados de contrición.

Con las piernas temblorosas, se dirigió a la parte trasera del vehículo. El propietario de la moto había conseguido levantarla y estaba en cuclillas, inspeccionando los daños. Eli clavó la mirada sobre la ancha espalda, cubierta por una camiseta negra. Tenía el pelo rubio bastante corto, lo que dejaba su bronceada nuca al descubierto. Murmuraba algo.

—*I'm so sorry*^[5] —comenzó ella en inglés, con un tono de voz apenas audible—. *I haven't*^[6]...

—*Fuck!*^[7] *Fæn!*^[8] —exclamó él interrumpiéndola—. ¡Joder! ¡Joder!

Eli se sobresaltó ante el exabrupto. Bueno, si algo estaba claro era que él hablaba español, con un ligero acento, pero español.

—Como te decía —lo intentó de nuevo con la voz un poco más firme—, lo siento muchísimo. No sé qué me ha pasado. Creí que había metido primera pero no era... esa marcha... y creo..., he debido equivocarme y seguía con la marcha atrás—. Las palabras se atropellaban una contra otra en su prisa por dar explicaciones. Siempre que se ponía nerviosa le sucedía lo mismo. Le costaba formar frases coherentes—. Pagaré. Pagaré lo... lo que haga falta, aunque supongo que el seguro lo cubre pero... si no... quiero decir, de todas maneras, si no es así, pásame la factura y yo me encargo de todo, claro...

Él la ignoró. Seguía agachado, mientras recorría con la mirada la brillante carrocería de su moto, centímetro a centímetro. Extendió una de sus manos y acarició, casi con reverencia, el asiento de cuero. Eli le contempló sin saber muy bien si seguir hablando o no. Parecía haberse olvidado de su presencia, tan ensimismado estaba comprobando los desperfectos.

Nerviosa, buscó en su bolso y sacó una de las elegantes tarjetas de visita que su madre había insistido en que se hiciese. Solo aparecía su nombre y su número de teléfono. Después sacó un bolígrafo y anotó los datos del coche y de la compañía de seguros en el reverso.

—Esta es mi tarjeta, y estos son los datos del vehículo; en cuanto sep... —se interrumpió al ver cómo él se incorporaba con lentitud, todavía dándole la espalda.

Era un hombre alto, muy alto. Ella medía un metro setenta y con los tacones alcanzaba el metro setenta y ocho, pero él todavía le sacaba más de una cabeza.

El gigante propietario de la moto se giró lentamente y la miró.

Sintió cómo si le hubiesen dado un puñetazo en el estómago. Se quedó allí, mirándole con fijeza, con la mano extendida tontamente, con su tarjeta en ella. Si la perfección existía, la tenía delante de ella. Un metro noventa de puro músculo, bronceado por el sol, con los ojos más azules y el pelo más rubio que hubiera visto nunca en su vida. Y esa nariz recta... Y la barba incipiente cubriendo la parte inferior de su rostro... Y los labios carnosos, pero no demasiado... Y

esas pestañas un poco más oscuras que su pelo... Y esos dientes blancos que su sonrisa despectiva dejaba entrever... Y esos pectorales debajo de la ajustada camiseta... No se atrevió a mirar más abajo... De pronto, su imaginación se disparó y la imagen de ese pecho musculoso cubierto por una camiseta mojada acudió a su mente...

Tragó saliva. Una vez. Dos veces.

El vikingo, pues no se le podía llamar de otra manera, la observaba de arriba abajo, con insolencia y los ojos entornados. Dejó pasar un par de segundos en los que pareció serenarse antes de, pausadamente, casi con desgana, tender la mano y hacer amago de coger la tarjeta que ella le ofrecía.

El brazo que él había extendido estaba cubierto de tatuajes. Incluso el dorso de la mano y los nudillos mostraban marcas de tinta y Eli, que no se lo esperaba, dio un paso atrás, intimidada, y con la boca abierta. Era la primera vez en su vida que se encontraba frente a frente con alguien tan tatuado como él. El otro brazo estaba también cubierto de extraños dibujos negros, se percató aturdida.

Él, ante su reacción, arqueó una ceja burlonamente. Dio un paso al frente y se aproximó más, invadiendo su espacio, para poder coger la tarjeta que ella estuvo a punto de dejar caer al suelo en su prisa por soltarla y no rozarle. Toda la belleza que antes le había golpeado en el estómago, de pronto había quedado eclipsada por esos brazos tatuados.

«¡Qué... vulgar!», pensó muy brevemente.

El *gigante-vikingo-dios-nórdico* leyó el nombre que aparecía sobre el rectángulo blanco antes de levantar la mirada y clavarla en el rostro de ella.

—¿Eli? Te llamas como mi perra —espetó con voz ronca. Decía las erres con un acento extraño.

—Eh, pero ¿a ti qué te pasa? Eres un maleducado. Ya se ha disculpado —dijo Tana desde el coche, su voz cargada de indignación.

Él se limitó a lanzarle una breve mirada arrogante antes de volverse hacia Eli y examinarla como si se tratase de un bicho raro.

Ella sintió cómo le ardían las mejillas. Miró a su amiga de reojo y negó con la cabeza. No deseaba montar ninguna escena. Odiaba

que su madre hubiese decidido hacer las tarjetas con su diminutivo en lugar de con su nombre completo, pero nunca antes nadie se había permitido el atrevimiento de hablarle así y ser tan grosero a propósito con ella. Estaba claro qué tipo de hombre era aquel, por más atractivo —mejor dicho, increíblemente guapo— que fuera. Decidió ignorar la provocación y se aclaró la garganta antes de responder con mucha dignidad.

—Como te he dicho antes, para cualquier cosa no dudes en llamar a ese número, o si tienes tiempo ahora podemos rellenar los papeles del seguro...

Él negó con la cabeza.

—No. Ahora no puedo perder el tiempo. Tengo cosas que hacer.

Ella asintió, aliviada. La situación era de lo más incómoda. Más de dos docenas de curiosos se habían parado a ver qué había sucedido y seguían allí, esperando el desenlace de la escena. Además, la mayor parte de los clientes del *Crazy Coconut* también los observaban con curiosidad. ¡Qué situación más horrible! Esperaba que nadie la reconociese.

Sus amigas la miraban con interés y el propio gigante tenía esos impresionantes ojos azules clavados sobre su persona.

—Entonces...

—Entonces, mejor me llevo la moto para que puedas aparcar —concluyó él con ironía, guardándose la tarjeta en el bolsillo trasero de sus vaqueros y dándose la vuelta sin molestarse en volver a mirarla.

Ella no pudo evitar seguirle con los ojos.

¡Dios!

¡Tenía un culo perfecto! Ese tipo de culo que solo tienen los modelos de ropa interior: musculoso y firme; ni demasiado delgado ni demasiado respingón... era uno de esos culos que solo se veía en las películas...

¡No! Pero ¿en qué estaba pensando? ¿En el culo de un desconocido?

Cerró los ojos mortificada, y no los volvió a abrir hasta que el rugido del motor de la moto no llegó a sus oídos. Podía escuchar los murmullos de sus amigas a su espalda, pero no entendió lo que decían.

El vikingo se había puesto un casco negro y unas gafas de sol Ray Ban, que le quedaban ridículamente bien, y sacaba la moto del hueco andando hacia atrás. A pesar de ser una máquina enorme, la estatura de él hacía que pareciese pequeña entre sus piernas... Sin siquiera un gesto en su dirección o una mirada, aceleró y se marchó.

Eli se quedó embobada viéndole partir. Casi agradeció que no se hubiese despedido. Tenía que admitir que su simple presencia la intimidaba. Y aquellos tatuajes...

—¡Por Dios! —La voz de Tana la sacó de su estupor—. ¿Habéis visto eso? ¡Menudo tío bueno! ¡Está para comérselo! Era un poco imbécil, pero para pasar un rato con él...

Eli pareció reaccionar de pronto. Agitando la cabeza como para dispersar la niebla en la que parecía flotar su cerebro, se metió en el coche y volvió a meter primera.

Esta vez aparcó sin dificultad. Por supuesto.

—*Hot, hot, hot*^[9] —declaró Alba silbando de admiración, mientras que Sandra fingía abanicarse con las manos.

—Tenía un culo de diez —alabó Tana.

A pesar de que pensaba lo mismo que sus amigas, no dijo nada; todavía estaba intentando recuperarse.

Suspiró.

Capítulo Dos

Cas aparcó la moto frente a su taller. A esas horas de la tarde solía estar ya cerrado, pero su mecánico, Tony, se había quedado a terminar de remozar una Triumph Bonneville del 62, que tenían mucho interés en ver terminada y que les iba a reportar una buena suma de dinero.

Sacó la llave del contacto y se bajó de su propia Bonneville T120. Se agachó y volvió a inspeccionar los desperfectos causados por la caída. Varios arañazos recorrían el depósito de gasolina y otros cuantos habían raspado el cuero del asiento.

¡Maldita niña pija y su jodido Mini Cooper!

¡Joder!

Había tardado siglos en restaurar la moto y ahora, otra vez, tendría que prescindir de ella hasta que estuviese al cien por cien.

—*Shit!*^[10] *Dritt!*^[11]

Sacando la tarjeta que ella le había dado del bolsillo de sus vaqueros, entró en el taller y se dirigió a su oficina haciendo un gesto con la mano a Tony que se le había quedado mirando. Estaba de rodillas en el suelo hurgando en la parte trasera de la mencionada moto.

—¿Ha pasado algo, jefe?

—Me han dado un golpe en la moto —repuso dejando escapar un gruñido.

—¡No me jodas! —exclamó el otro, levantándose del suelo y limpiándose la grasa de las manos con un trapo que llevaba colgando del bolsillo.

—Está fuera. Solo han sido un par de arañazos, pero me jode.

Tony se había apresurado a salir del taller y dirigirse a la moto de su jefe. Era él el que la había restaurado, e iba a ser él el que se encargase de arreglarla de nuevo. No solo era un mecánico excelente, sino que entendía de tapicería, chapa y pintura. Era un experto en la marca Triumph.

Cas se sacó el móvil del bolsillo y marcó el número de la compañía de seguros. Mientras esperaba a que le cogiesen el teléfono leyó el nombre de la tarjeta en voz alta.

—Eli Álvarez de Luis.

Le sonaba y no sabía muy bien de qué. Meneó la cabeza. ¿Quién narices llevaba hoy en día tarjetas de visita? Y sin dirección ni profesión ni nada por el estilo. Solo un nombre y un número de teléfono. ¡Niña pija madrileña!

Por fin contestaron y no tardó en hablar con su agente y darle los datos de la tal Eli. No le pusieron ninguna pega, sabiendo que él mismo tenía un taller de reparaciones y era conocido. Colgó al cabo de un par de minutos.

Lo que más le molestaba de todo aquello era que iba a tener que esperar unos días hasta que la moto estuviese a punto nuevamente. Le jodía bastante. Ya había estado esperando más de un año para conseguirla y arreglarla, y ahora eso. *Shit!*

Suspiró y se sentó en la cómoda silla giratoria que llevaba años soportando su peso. Le envió un wasap a Jan pidiéndole que fuese al taller a recogerle, y otro a Till diciéndole que iban a llegar tarde. Había quedado con ellos para cenar en el *Western Ribs* de la playa, pero visto lo visto, se iba a retrasar.

¡Joder!

Cada vez que se acordaba del estúpido accidente le entraban ganas de pegar un puñetazo a algo o alguien. Había estado sentado en la barra del *Crazy Coconut* tomándose una cerveza y haciendo tiempo hasta la hora de la cena con sus hermanos, cuando había visto el Mini rojo deteniéndose frente al restaurante. No había podido evitar quedarse mirando. Las cuatro pasajeras eran jóvenes y guapas; chicas con clase, se notaba a la legua, pero había sido la conductora la que le había hecho girarse ciento ochenta grados en su asiento.

Desde donde estaba no había podido distinguir ciertos rasgos que luego, más de cerca, había visto perfectamente, pero le había llamado la atención su cabello rubio, que llevaba suelto y alborotado por el viento, la nariz respingona y unos labios carnosos muy apetitosos. Además, tenía el cuello largo y delgado; delicado. Y sus movimientos estaban llenos de algo que él no acostumbraba a ver:

de una elegancia que parecía ser innata en ella. No solía sucederle, pero se había quedado pasmado, observándola.

Había estado tan idiotizado mirando a la chica del coche, que no se había percatado de lo que estaba sucediéndole a su adorada moto hasta que no fue demasiado tarde. Aunque había salido corriendo como un loco, cuando llegó al lugar de los hechos, su Bonneville del 70 ya estaba en el suelo. La furia le había hecho hervir la sangre, y su temperamento —que pocas veces sacaba a la superficie— le había movido a gritarle en alemán, su lengua nativa.

Ahora, y aunque todavía estaba enfadado, la escena vista en retrospectiva no dejaba de tener su gracia, sobre todo la reacción de la chica.

Cas dejó escapar una carcajada burlona al recordar la cara de la joven. La había aterrorizado con sus maneras y sus tatuajes. Al principio, había hablado atropelladamente, mientras él le había dado la espalda, pero cuando se había dado la vuelta y le había visto de frente en todo su esplendor, había enmudecido.

Él mismo había estado a punto de quedarse sin palabras al verla de cerca, eso tenía que reconocerlo. La chica era una belleza, una verdadera belleza. Demasiado delicada tal vez. Le había recordado a una joven Catherine Deneuve, una de las actrices favoritas de su padre. Se le había quedado mirando con esos enormes ojos marrones tan expresivos que cualquier emoción parecía reflejarse en ellos. Tenía la nariz cubierta de pálidas pecas no demasiado pronunciadas y los labios, que desde la distancia le habían parecido espectaculares, de cerca eran un sueño.

Intentando recuperar el aplomo que le caracterizaba, la había observado de arriba abajo con insolencia. Llevaba un vestido de rayas blanco y negro bastante recatado, ya que ni presentaba mucho escote ni era demasiado corto; aun así sus largas piernas y su estrecha cintura resaltaban de forma muy evidente. Estaba demasiado delgada para su gusto, pero no se podía negar que era todo un espectáculo, o al menos eso le había parecido a él.

Quizá lo que más le había atraído de ella era esa apostura o elegancia tan rara de ver, por lo menos en los ambientes en los que él se movía. Sus amigas, había observado de reojo, también tenían

clase, pero era otro tipo de clase, menos elegante y más impostada, adquirida y no de nacimiento.

Después había observado la exagerada reacción de ella ante sus tatuajes y como represalia le había hecho el comentario del perro, aunque era cierto que su bulldog inglés se llamaba Eli.

Y... fin de la maravillosa *historia de amor* que había durado... ¿Cinco minutos?

Era más que probable que no volviese a verla nunca más.

Profirió una maldición al volver a pensar en su moto y se incorporó lentamente. Siguiendo un impulso, grabó el número que aparecía en la tarjeta en los contactos de su teléfono antes de abrir un cajón y guardarla allí.

Nunca se sabía lo que podía suceder, ¿no?

—Jefe, me voy a largar. —La voz de Tony, que se encontraba en el umbral de la puerta, le sacó de sus pensamientos—. Ya he terminado la Bonne y he visto la tuya. No es mucho.

—Menos mal. Algo es algo —murmuró Cas, aliviado.

—Estoy oyendo el motor del coche de tu hermano.

—Sí, le he mandado un wasap para que viniese a recogerme.

—Vete entonces, ya cierro yo. He metido tu moto y la he dejado en la parte de atrás. Mañana me acerco y le echo un vistazo a la luz del día.

—Ok, Tony, muchas gracias.

Tony le hizo un gesto con la mano y se fue, dejándole solo.

Cas apagó las luces y se apresuró a marcharse. Justo frente a la puerta, en su Jeep negro serigrafiado con el nombre de su estudio de tatuajes: *El quinto pecado*, le esperaba su hermano, Jan.

Jan era solo un año mayor que él, pero aparentaba más edad; quizá por el tipo de vida que había llevado. En su juventud había sido luchador profesional y los golpes que había recibido en la cara le habían marcado de por vida. Tres veces la nariz rota y una vez la mandíbula, habían terminado por estropear su aspecto antes tan parecido al del propio Cas.

—¿Qué le ha pasado a tu chica? —le preguntó en cuanto hubo subido al coche.

—Otra «chica», y esta de verdad, ha chocado su coche contra ella —repuso con ironía.

—¿Y no la has matado? —Jan arrancó el Jeep y salió del aparcamiento marcha atrás.

—A punto he estado. *A punto.*

Y procedió a contarle a su hermano lo que había sucedido. Jan le escuchaba sin decir nada, atento al tráfico, que en junio era bastante fluido, cosa que cambiaría en tan solo un mes cuando llegasen los turistas a pasar sus vacaciones.

—¿Catherine Deneuve, dices? Papá estaría encantado —comentó Jan sonriendo cuando Cas terminó su relato.

—Puedes apostar a que sí. Por cierto, ¿has sabido algo de él?

—Hablé con él hace una semana, más o menos. Creo que vendrá a pasar unos días en un par de meses, pero no estoy seguro. Mamá lo sabrá.

Cas asintió algo ausente. La disfuncional relación que mantenían sus padres no era algo lógico ni habitual, pero a ellos no parecía causarles ningún problema. Cada uno vivía donde le daba la gana. Sus padres, a pesar de ser noruegos, habían residido en Alemania toda su vida y allí se habían criado ellos, en Hamburgo. Su padre seguía allí, ejerciendo la medicina en un hospital del centro. Era urólogo. Su madre, hacía diez años había decidido venirse a España y abrir una pequeña pastelería noruega en la costa. Ellos, los tres hijos, habían venido con ella. Tanto su madre como su padre estaban más que satisfechos con el arreglo, y aunque no se veían con demasiada frecuencia no parecían querer cambiar nada de la situación.

Cuando llegaron a España, las cosas no habían sido muy difíciles para Jan y para él, ya que ambos habían pasado la mayoría de edad y estaban acostumbrados a ser independientes, pero Till solo había sido un adolescente de trece años, y las circunstancias le habían afectado más que a ellos. Incluso después de diez años, seguía estando un poco descontrolado. No terminaba de encajar en ningún sitio.

—¿Qué tal con Till? —le preguntó Jan en ese momento.

—Bueno, bien, aunque no le veo muy interesado en el tema de las motos, la verdad. Creo que prefiere seguir trabajando por las noches en el *Rock and Stars*.

Jan soltó un gruñido despectivo. El *Rock and Stars* no era un sitio donde poder terminar bien; por lo menos no era el sitio más adecuado para trabajar. El dueño era un albano-kosovar sobre el que corrían rumores que le relacionaban con la mafia, y la mayor parte de los empleados estaba metida en diferentes chanchullos.

Cas le había ofrecido un empleo a su hermano pequeño en la tienda de repuestos y accesorios que tenía adyacente al taller, y aunque Till había aceptado y hasta el momento no había faltado un solo día al trabajo, se notaba que el mundo de las motos, que a Cas le fascinaba, a Till le importaba un bledo.

—Terminaré por encontrar su lugar, ya verás. ¿Acaso no lo hemos hecho todos? —dijo Jan, encogiéndose de hombros.

Cas asintió. Esperaba que así fuese.

Habían llegado a la playa y Jan se metió por uno de los callejones, detrás del edificio donde vivía el propio Cas, y estacionó el Jeep en una calle sin salida. Allí siempre había sitio para aparcar.

—Till ya ha llegado. Mira su coche —comentó Jan, señalando un Seat León negro tuneado aparcado al otro lado de la calle.

—Espero que haya venido solo, por su bien —murmuró Cas. La última vez que habían quedado para cenar se había presentado con una chica completamente borracha que se había pasado toda la cena sentada sobre sus rodillas.

Jan se carcajeó. Con seguridad tampoco habría olvidado la escena.

El *Western Ribs* estaba lleno, como cualquier noche de viernes, y tuvieron que hacer uso de sus codos para llegar hasta la mesa del fondo, donde solían sentarse cuando cenaban allí. Apenas encontraron resistencia. El aspecto imponente de ambos hacía que la gente se apartase sin necesidad de pedirlo. Los dos eran altos y musculosos, y si a eso se añadían los tatuajes que ambos lucían en los brazos, más la cabeza afeitada de Jan y su cara de boxeador profesional, se conseguía la mezcla perfecta de miedo y respeto.

Till ya los estaba esperando en la mesa con una cerveza en la mano.

Solo.

Había estado jugando con el posavasos, pero al verlos acercarse se incorporó enseguida con una sonrisa dibujada en el rostro y los

abrazó de un modo poco masculino. Tanto Cas como Jan correspondieron a su abrazo.

—¿Por qué llegáis tarde? Suelo ser yo el que se retrasa —preguntó, después de hacerle una seña a una camarera para que les trajese un par de cervezas más. Hablaba en español, igual que sus hermanos, aunque su acento era menos pronunciado que el de ellos. Desde su llegada a España su madre había insistido en que se comunicasen en ese idioma para aprenderlo cuanto antes. Ahora ya era una rutina entre ellos, y apenas utilizaban el alemán o el noruego; solo en contadas ocasiones.

Cas se sentó al lado de su hermano pequeño y procedió a relatarle la historia de su encontronazo con «Catherine Deneuve».

Till se rio a carcajadas cuando Cas refirió el comentario del perro.

—¿En serio le has soltado eso? ¡Eres un borde, tío! No me extraña que las tías pasen de ti a pesar de tu aspecto. —Till se llevó la cerveza a los labios y sacudió la cabeza—. Voy a tener que enseñarte a comportarte con las chicas —añadió con una sonrisa y una ceja arqueada.

Cas dejó escapar una risa ahogada. Till era tan diferente a él y a Jan. Muy extrovertido, incapaz de contener su temperamento, y siempre con una carcajada a punto. Inmaduro e irresponsable. Todo corazón.

—Quizá te necesite —repuso Cas burlonamente—. La próxima vez que la vea te pediré ayuda.

—Hazlo. Conmigo vas sobre seguro.

Ahora fue Jan el que se rio.

La camarera llegó con las cervezas y les tomó nota de la cena. Pidieron tres hamburguesas con patatas. Al despedirse, le lanzó un beso a Till, que le guiñó un ojo como respuesta.

—¿Veis lo que quiero decir? Las tías están locas por mí —comentó con gran seguridad, a la vez que vaciaba su cerveza de un trago.

Cas meneó la cabeza, divertido.

Pronto los temas de conversación fluyeron. Discutieron cosas varias, como el nuevo tatuaje que estaba planeando hacerse Jan en el muslo, o la moto que Cas esperaba recibir para restaurar el mes

siguiente. La cena transcurrió de manera muy distendida y aunque el local estaba concurrido, la mayor parte de la gente que llegaba no venía a cenar y se limitaba a quedarse en la zona del bar o de los billares, dejando la parte reservada al restaurante en paz. Y aunque la música rock sonaba ininterrumpidamente, no era demasiado molesta y se podía hablar con tranquilidad.

Después de terminar la cena y a pesar de que al día siguiente debían madrugar bastante, ya que habían quedado con unos amigos para ir de pesca temprano, decidieron quedarse un rato más y echar una partida al billar. De las cuatro mesas que se encontraban al fondo del local cerca del bar, dos estaban libres y las otras dos estaban ocupadas por un grupo de adolescentes barbilampiños que pronto terminaron sus partidas y se fueron a la barra, a intentar que alguien les vendiese una copa sin pedirles el carnet.

Cas prefería la tranquilidad, así que cuando los adolescentes se largaron se relajó. Estupendo, tenían toda la sala de billar para ellos. Colocó las bolas sobre la mesa de fieltro verde y le cedió el turno de romper a su hermano Jan, que había sido el ganador la última vez que habían jugado.

Mientras Jan metía una bola detrás de otra en las troneras, Till se fue a la barra a pedir más cerveza. Al cabo de diez minutos, sin que hubiese aparecido con la bebida, Cas le buscó con la mirada y le vio flirteando con la camarera. Resopló con impaciencia. Con Till siempre era así. Cualquiera mujer le hacía perder la cabeza y olvidarse de lo demás.

—Es tu turno. —La voz de Jan hizo que despegase los ojos de su hermano pequeño—. ¿Dónde está la bebida?

—Está allí, tonteando con la camarera de antes. —Cas hizo un gesto, señalando la barra.

—Mejor voy a buscarle antes de que se caliente la cerveza.

Cas asintió al tiempo que evaluaba la situación de sus bolas. Concentrado, apuntó con el taco y golpeó la blanca con fuerza, introduciendo la roja y la azul en troneras opuestas. Después se incorporó y se dirigió a la parte contraria de la mesa, dando la espalda al bar y a la puerta del local. Se inclinó y volvió a colocar el palo en posición.

—Espectacular, te digo —escuchó la voz de Till a su espalda—. Menudas tías. Y si me preguntas, una es clavadita a Catherine Deneuve.

Cas no dejó que la frase de su hermano interrumpiese su jugada. Con precisión y mucha calma volvió a golpear la blanca y metió la bola verde en la tronera del fondo. Después, se incorporó lentamente, e ignorando la sonrisa de su hermano, giró la cabeza y la buscó con la mirada.

Sí, allí estaba.

Eli Álvarez, alias «Catherine Deneuve», acababa de entrar en el local con sus amigas.

Capítulo Tres

—No te des la vuelta, pero Thor está aquí —dijo Tana en ese instante, haciendo que Eli casi dejase caer el vaso de Coca-Cola que tenía en la mano.

—Y al parecer, ha venido acompañado de Odín y de Loki —añadió Sandra, dejando escapar una risita.

Eli estuvo tentada de darse la vuelta, pero se lo pensó mejor. Ya tendría oportunidad de mirar cuando no fuese tan evidente. Sus tres acompañantes estaban mirando en la dirección que había indicado Tana, sin ningún tipo de disimulo.

Estaban al lado de la barra y acababan de coger sus bebidas y pagarlas cuando Tana había divisado al vikingo y a sus amigos. El sobrenombre de Thor se les había ocurrido durante la cena. No porque se asemejase a Chris Hemsworth en la película, sino más bien porque parecía un verdadero dios nórdico reencarnado. Su tamaño, el pelo rubio, los ojos azules y el acento; todo ello combinado solo daba una posible solución: Thor. Sinceramente, solo le faltaba el martillo.

Después del susto de la moto, Eli había tardado en recuperarse. Odiaba los incidentes por pequeños que fuesen y se ponía muy nerviosa cuando tenía que dar explicaciones. Se sentía fuera de lugar. Ella, que era una persona muy equilibrada y ordenada, y que siempre se mantenía firme y en su sitio, sabiendo cuál era su lugar en el mundo, cuando se veía ante una situación inesperada o extraña, sobre la que no tenía ningún tipo de control, vacilaba de tal manera que incluso llegaba a tartamudear, como le había sucedido al enfrentarse al vikingo.

Solo pensar en la torpeza que había mostrado, le hacía desear que la tierra se la tragase.

No había sido hasta el segundo plato, que había terminado por olvidar lo sucedido y se había relajado, bromeando con sus amigas. Habían decidido bautizar al gigante nórdico como Thor y se habían burlado de su hosquedad y su mala educación. Tana, que era la

única que hablaba alemán puesto que se había educado en el Colegio Alemán de Concha Espina les había traducido lo que él había dicho al ver la moto en el suelo. Había sido un borde y un ordinario llamando a Eli idiota y tonta. Si bien todas opinaban que tenía un aspecto imponente y estaba de anuncio, ninguna deseaba tener más contacto del necesario con alguien así. Por sus tatuajes le habían catalogado como un macarra. Y ese tipo de persona no era alguien con quien ellas soliesen relacionarse. Y no era que no conociesen a gente con tatuajes; últimamente todo el mundo se tatuaba, aunque no en su círculo. Pero solo había que pasarse una noche por el *Buda* para ver a todos los chicos —y a alguna que otra chica— luciendo tinta en los brazos.

Lo del vikingo era diferente: no eran solo los tatuajes —que más bien parecían los de un convicto—, era la actitud despectiva y borde con la que había tratado a Eli, bastante poco civilizada. Eso le encasillaba como indeseable.

Aunque como Tana había repetido hasta la saciedad durante la cena, estaban de vacaciones y habían venido a pasárselo bien; y una canita al aire con quien fuera, siempre y cuando estuviese bueno, no le iba a hacer daño a nadie. De todas formas, lo más seguro era que nunca jamás volviesen a verle. Y además, todas excepto Alba estaban solteras, ¿dónde estaba el problema?

No lo había.

Eli le estaba dando vueltas a las palabras de Tana respecto a su soltería en ese momento. ¿Ella también estaba soltera? Lalo no le había pedido que se casase con él, no todavía; pero todo el mundo daba por hecho, en especial sus padres, que algún día iban a dar ese paso. Y ella también lo pensaba en el fondo, ¿no? Aunque se habían distanciado durante el tiempo que ella había estado en Chicago, llevaban un par de años de relación... una tibia y curiosa relación, eso sí... ya ni siquiera se acostaban...

Bebió un trago de su Coca-Cola Zero e intentó no mirar hacia el fondo del local, donde sabía que se encontraban Thor y sus amigos.

—La verdad es, que desde aquí, los tres tienen una pinta impresionante —murmuró Sandra sin poder apartar la vista.

—El que está a su lado, el calvo, parece incluso más intimidante que Thor, ¿no creéis? —preguntó Alba, llevándose la copa a los

labios, sin dejar de observar a los que eran el objeto de su conversación.

—El otro parece más joven y no es tan musculoso, aunque si os soy sincera es el más atractivo. Tiene cara de niño mono —observó Tana—. Parece un surfista.

Eli suspiró con exasperación.

—¿Y qué os parece si pasamos de ellos y nos divertimos nosotras? —preguntó finalmente, mirando a sus amigas con impaciencia.

—¿Y qué te parece si por fin te das la vuelta y le saludas? Lleva un buen rato mirándote, ¿sabes, *sweetheart*^[12]? —repuso Alba.

Eli, sin saber muy bien por qué, enrojeció.

—Tonterías. Seguro que está mirando a la puerta o algo. Además, la luz aquí es malísima. Dudo mucho que seas capaz de distinguir adonde está mirando.

—No sé, ¿qué quieres que te diga? Aparentan estar jugando al billar, pero él le ha dado la espalda a la mesa y está mirando en nuestra dirección. Compruébalo tú misma si no me crees. Anda, no seas tan ñoña —la animó Alba, haciendo un gesto con la cabeza.

Eli no quería mirar.

No quería.

Pero el impulso fue más fuerte que ella.

Con disimulo, haciendo como que se arreglaba la falda del vestido, dejó caer su melena rubia encima del hombro izquierdo y giró la cabeza apenas. De reojo, y entre mechones de pelo, miró hacia atrás. Sí. Él la estaba observando. Como si hubiese estado esperando a que ella se volviese a mirarle, sonrió burlonamente y levantó la cerveza en señal de saludo. Eli giró la cabeza de inmediato, con las mejillas sonrojadas. El corazón le palpitaba con fuerza.

—¿Qué te he dicho? —inquirió Alba con un tonito satisfecho.

Eli bebió un trago de su Coca-Cola y no respondió. Todavía estaba intentando recuperar el aliento.

—Vamos a bailar, chicas. Tenemos que arrasar esta noche... y todas las otras noches —exclamó Tana de repente, como si ya hubiese olvidado a los tres dioses nórdicos que jugaban al billar. Sin más preámbulos, se dirigió a la pequeña pista de baile que estaba

llena de gente que se movía al compás de una antigua canción de Queen.

Sandra y Alba la siguieron sin dudarlo. Ellas también parecían haberse olvidado de los especímenes masculinos que hasta hacía unos segundos habían sido su tema principal de conversación.

Solo Eli se quedó allí de pie sin poder borrar de su retina la mueca burlona y los profundos ojos azules del vikingo. Vaciló unos instantes, pero después siguió a sus amigas a la pista, dispuesta a no volver a mirar hacia la sala del billar aunque se declarase allí un incendio.

La música en el local era más bien diversa y para todos los gustos, como pudieron comprobar al cabo de un rato. La canción de Queen pronto se convirtió en una de Katy Perry, y las amigas cantaron a voz en grito el conocido estribillo. La única que no había bebido alcohol era Eli, pero las demás llevaban ya varias copas y se notaba. Tana y Sandra comenzaron a bailar, una frente a la otra, imitándose y emitiendo risitas absurdas de vez en cuando. Alba había cerrado los ojos y parecía un poco perdida en su mundo interior, mientras se movía al compás de la música.

Y Eli... Eli era incapaz de concentrarse en el ritmo, y aunque cantaba la canción como las demás, y parecía moverse de manera adecuada, se sentía incómoda. Tenía la sensación de estar siendo observada, pero no se atrevía a girar la cabeza y cerciorarse de ello, por miedo a ponerse en evidencia y a que él la descubriese mirándole y pensara que tenía algún interés en él como hombre.

¡Nada más lejos de la realidad! ¡Absurdo!

Pero encontraba cierto morbo en que él pudiese estar interesado en ella.

Tuvo que contener las ganas de darse la vuelta y comprobar si esos penetrantes ojos azules seguían clavados en ella. El simple hecho de pensar que ese hombre tan poco adecuado iba a permanecer ahí parado, mirándola, le parecía ridículo. Se notaba a la legua que no tenían nada en común. Venían de dos mundos muy diferentes.

A ella le gustaban los hombres pulcros, con el cabello bien cortado, de peluquería, con las manos limpias, y a ser posible bien arregladas, y bien vestidos, con clase.

Como Lalo.

Lalo jamás se presentaría en público sin afeitado o con una camiseta negra ajustada y unos vaqueros estrechos que le marcasen los muslos —y lo que no eran los muslos—. Y lo más importante de todo: Lalo nunca le hablaría de una forma tan grosera y hostil como la que el vikingo había empleado para dirigirse a ella. Lalo siempre era cortés, incluso cuando estaba enfadado. Ella nunca le había visto perdiendo los papeles. Jamás.

Y era más que probable que el gigante prefiriese otro tipo de chica, diferente a ella, con más curvas, menos delicada...

Y más extrovertida y con más tatuajes sobre el cuerpo...

Una chica con otro tipo de ropa más provocativa y sugerente...

Y con otra actitud...

—Hola, Catherine —escuchó a su espalda, mientras notaba cómo una mano le rozaba el hombro. Sorprendida, se dio la vuelta.

Allí, justo frente a ella, se encontraba uno de los acompañantes de Thor: el más joven, el que tenía pinta de surfista. Eli le observó confundida. La había llamado Catherine, con entonación francesa.

—Creo que te equivocas de persona. No me llamo Catherine —repuso, acercándose a él para poder hacerse oír por encima de la música.

—No, eres tú, estoy seguro —dijo él mirándola con una amplia sonrisa. Hablaba un español perfecto sin acento de ninguna clase.

Era alto, comprobó Eli; quizá no tanto como Thor, pero andaba bastante cerca. Llevaba una camiseta blanca con el nombre de un bar, que se le ajustaba al pecho y que resaltaba su complexión musculosa. Sus piernas se enfundaban en unos vaqueros negros que llevaba por dentro de unas botas militares también negras. No parecía tener tatuajes, al contrario que sus dos amigos. El pelo rubio, bastante largo, le tapaba la frente y casi ocultaba sus alegres ojos azules. Quizá se parecía algo a Thor...

—No me llamo así. Lo siento mucho pero...

—Ya lo sé. Lo cierto es que mi hermano nos ha contado lo que ha pasado con su moto —dijo, señalando con la mano hacia los billares—. Que una chica clavada a Catherine Deneuve se la había tirado con el coche... —dejó escapar una risa encantadora haciendo que Eli se sonrojase—. Y cuando te hemos visto aquí, la verdad, no

he podido resistirme. Tenía que acercarme y comprobar si era cierto que te pareces tanto a ella como afirma Cas.

Eli se había quedado boquiabierto pero con la boca cerrada. Contemplaba a Odín ¿o era Loki? —No recordaba cómo los había bautizado Sandra— con la sorpresa brillando en sus ojos castaños. ¿Catherine Deneuve? ¿En serio Thor opinaba que ella se parecía a Catherine Deneuve? Esperaba que fuera a una joven Catherine Deneuve, claro.

Expulsó el aire que había estado conteniendo en sus pulmones.

Catherine Deneuve...

Catherine Deneuve había sido una mujer muy guapa y elegante en su época.

—Bu... bueno —consiguió tartamudear al fin—, no sé si me parezco a ella o no... Mi nombre es Eli —repuso, intentando recuperar algo de su aplomo, aun a sabiendas de que sonaba como una boba.

—Yo soy Till —se presentó él, y se inclinó para darle dos besos—. Y mis hermanos, que están allí detrás, son Cas, al que ya conoces porque te has cargado su moto, y Jan.

Eli agradeció la oscuridad del local, pues el comentario de la moto volvió a hacerla enrojecer. Se estaba convirtiendo en una mala costumbre.

—Encantada, Till. Pero lo de la moto..., tampoco ha sido para tanto —se justificó.

—Era broma. No te preocupes. En unos días se le habrá pasado —contestó él, haciéndole un guiño.

—Hola, Loki. —Tana se había acercado por detrás de Eli.

—¿Loki? —preguntó él, confuso.

—Se llama Till —se apresuró a decir Eli—. Esta es mi amiga Tana, y estas son Alba y Sandra —continuó, al darse cuenta de que las otras también se habían acercado.

—Hola a todas —repuso él, repartiendo besos. La sonrisa de su cara se hizo más amplia.

—Así que tú eres hermano de Thor —dijo Tana. Al parecer, había escuchado la conversación.

—¿Thor? ¿Loki? —se rió Till—. ¿Sois fans de Chris Hemsworth?

—Se llama Cas, ¿no? —intervino Eli.

—Sí, Carsten en realidad, pero todos le llamamos Cas. Y mi otro hermano se llama Jan —añadió él—. Lo digo antes de que le bauticéis como Odín —comentó.

Las carcajadas de las chicas siguieron al comentario, mientras se miraban entre ellas con picardía.

Eli aprovechó que Tana le estaba haciendo una pregunta a Till para, discretamente, mirar hacia los billares.

La partida había terminado. Cas y Jan habían dejado los tacos en su sitio y se apoyaban displicentes en la mesa, mientras conversaban. Jan parecía estar diciéndole algo divertido a Cas, porque este sonreía escuchando con atención a su hermano.

No estaba mirando en su dirección, y Eli casi se sintió decepcionada. El comentario de Catherine Deneuve la había dejado confusa, pero también la había halagado más de lo que se suponía que un comentario así debía hacerlo.

Giró la cabeza y se centró en el más joven de los tres hermanos, que parecía el más agradable y simpático. En ese momento les estaba dando unas tarjetas a sus amigas.

—Podéis venir cualquier noche, pero es mejor que os paséis un viernes o un sábado. Es cuando más ambiente hay.

Eli cogió una de las tarjetas y leyó el nombre del mismo bar que aparecía en la camiseta de Till: *Rock and Stars*, y debajo el nombre de la playa donde se encontraba, en una ciudad pequeña a unos quince kilómetros de distancia, o al menos eso creía ella.

—Genial. Ten por seguro que iremos —decía Sandra en esos momentos.

—Os diría que os tomaseis algo con nosotros —dijo él, haciendo que el corazón de Eli dejase de latir un segundo—, pero tenemos que irnos. Mañana nos levantamos temprano para ir de pesca.

—Bueno, seguro que nos vemos en el *Rock and Stars*. —Alba asintió, mientras agitaba en el aire una de las tarjetas que les había dado.

—Estupendo —repuso él con esa sonrisa chispeante y contagiosa que no había borrado de su cara en los últimos minutos—. Nos vemos entonces. Preguntad por mí si no me veis allí, y las consumiciones corren de mi cuenta.

—Gracias —exclamaron al unísono Sandra y Tana.

Till se dio la vuelta, dispuesto a marcharse, pero antes se acercó a Eli y le habló casi al oído. La música había estado tan alta todo el tiempo que la conversación había tenido que mantenerse a un nivel de voz bastante elevado, pero nada justificaba tanta cercanía.

—Encantado de conocerte, Catherine —murmuró, y acto seguido se alejó hacia los billares.

Eli le siguió con la mirada, sin saber muy bien qué pensar. Había flirteado con ella, ¿no? ¿Estaba interesado? ¿O era el hermano el que lo estaba? ¿O ninguno? ¿O los dos? ¿O...? O se estaba volviendo loca. Lo que menos le convenía era que ese tipo de hombre se fijase en ella...

—¿Qué te ha dicho? —inquirió Alba, excitada, cogiéndole la mano como si fuesen dos colegialas y estuviesen hablando de su primer amor.

—Nada.

—Mentirosa —repuso Alba.

—Mentirosa, mentirosa —corearon Tana y Sandra, sacándole la lengua.

Eli miró al cielo, pidiendo paciencia para soportar a sus alcoholizadas amigas. Cuando bebían eran tan infantiles...

—Eli tiene novio, Eli tiene novio. —Empezó Sandra a canturrear a su alrededor. Tana y Alba la siguieron.

Finalmente Eli no pudo contenerse y dejó escapar una carcajada.

—Sois absurdas —dijo, meneando la cabeza, divertida.

Las demás rompieron a reír.

—De momento, te dejamos en paz porque estamos borrachas —repuso Tana—, pero en cuanto lleguemos a casa nos lo tienes que contar todo, con pelos y señales. ¿Te enteras?

Eli asintió con un suspiro. No es que hubiese nada especial que contar, pero si insistían, les informaría del ridículo comentario sobre Catherine Deneuve.

—A bailar, chicas —ordenó Tana. Y volvió a la pista a bailar una canción de Beyoncé. Alba y Sandra se apresuraron en seguirla.

Eli se demoró unos instantes. Sin querer o queriendo, su mirada vagó en dirección a los billares.

Ya no había nadie. Las cuatro mesas estaban vacías.

Giró la cabeza, nerviosa, y barrió el local con los ojos.
Y los vio.

Los tres dioses nórdicos también conocidos como Till, Jan y Cas se acercaban a la puerta. Aunque el local parecía haber llegado al límite de ocupación, y cada rincón del mismo estaba ocupado por alguien, la presencia de los tres hermanos no pasaba desapercibida, ya fuese por su estatura o por el aura poderosa que emanaba de ellos. Como si se tratase de Moisés dividiendo el mar Rojo, un camino se iba abriendo ante ellos, facilitando su acceso a la puerta de salida. Till iba el primero, seguido de cerca por Jan, y un poco más retrasado, Cas.

Eli se los quedó mirando, con el estómago encogido sin motivo aparente. Deseaba que... ¿Qué deseaba en realidad? ¿Que él se diese la vuelta?

Till y Jan salieron a la calle, y Cas los siguió.

Ella dejó escapar el aire que había estado conteniendo, desencantada.

De pronto él se giró y clavó su mirada sobre ella. Su cara no presentaba ningún tipo de emoción aparte de indiferencia.

Eli notó cómo su respiración se aceleraba. No pudo apartar la mirada de esos penetrantes ojos azules que la observaban en la distancia.

El tiempo se detuvo y la música desapareció.

Al cabo de unos segundos, él arqueó una ceja e hizo un gesto de despedida con la cabeza, antes de darse la vuelta y salir a la calle sin volver a mirar atrás.

La música estalló con fuerza en sus oídos... Tragó saliva.

Capítulo Cuatro

Se estaban acercando al puerto y las gaviotas revoloteaban sobre sus cabezas dejando escapar desagradables y discordantes gritos. Después de pasar toda la mañana en la barca de Jordi intentando pescar algo, regresaban con las manos vacías como de costumbre. La excusa de la pesca era tan buena como cualquier otra para salir unas horas al mar y desconectar.

Cas abrió otra lata de cerveza y se bebió casi la mitad de un único trago. Hacía calor, pero eso no era nada comparado a lo que estaba a punto de llegar en unos días, según era lo usual en el mes de julio. Todavía se podía salir a navegar y pasar unas horas en el agua, pescando o relajándose, que era lo que solían hacer los fines de semana.

Jordi había heredado esa barca de pesca de su padre y solía utilizarla con sus amigos para ir a navegar. Los sábados por la mañana, si el tiempo lo permitía, quedaban y pasaban la mañana fingiendo pescar. Esa vez, además de Jordi, Jan y él mismo, también se había apuntado Till. Habían pasado unas horas fabulosas, hablando, bebiendo y disfrutando de la paz del mar.

—Mira allí —dijo Jan.

Cas siguió con la mirada adonde su hermano señalaba. Un catamarán de unos quince metros de eslora se acercaba al puerto, en paralelo a ellos.

—Es acojonante —murmuró Till, detrás de él.

En efecto, el catamarán era imponente. Navegaba sin esfuerzo, impulsado por el viento, presentando una estampa de lo más elegante, mientras cortaba el agua azul del Mediterráneo.

—Es el de Jaime Llorens —dijo Jordi, que también se había quedado mirándolo.

—Es una pasada —comentó Jan, incorporándose y utilizando la mano como visera para darse sombra.

—Se lo ha comprado hace poco. Como regalo de boda para su novia —añadió Jordi—, al menos eso se comenta en el puerto.

—Joder, qué bien informado estás. —Till soltó una risa.

—Bah, aquí todos nos conocemos, sobre todo en el puerto. Es una tía pija de Madrid con la que se va a casar, de familia de pasta. *De pasta de verdad.*

Cas entornó los ojos. ¿Una tía pija de Madrid con pasta? ¿Sería una coincidencia?

—¿Y cómo se llama? —inquirió con curiosidad.

—A tanto no llego, hombre, aunque en un par de minutos lo vas a saber porque el catamarán cada vez está más cerca, y creo que le ha puesto su nombre.

Cas utilizó las manos a forma de visera, como había hecho su hermano, y buscó el nombre del barco con la mirada.

Alba, leyó.

Respiró, sorprendentemente aliviado.

—Eh, diría que es una de las chicas de anoche —comentó Till excitado—. Una de ellas se llamaba Alba. Y eran de Madrid, y se notaba que tenían pasta.

Cas siguió mirando el catamarán, sin hacer caso de las palabras de su hermano. Cada vez estaban más cerca y se podían distinguir varias siluetas femeninas en la cubierta. Dos de ellas iban en bikini, las otras dos llevaban pantalones cortos.

—Son ellas —repuso Jan—. La pelirroja es inconfundible.

—Creo que la pelirroja es la tal Alba —murmuró Till—. La morena de las curvas se llama Tana y la otra morena, Sandra. La rubia delgada es *tu* Catherine Deneuve —añadió con una media sonrisa, dirigiéndose a Cas.

Este le ignoró. Seguía pendiente de los tripulantes. Ya podía distinguirlos bien. *Su* Catherine Deneuve, como se empeñaba Till en llamarla desde la noche anterior, estaba de pie en la popa, justo delante del hombre que manejaba el timón. Llevaba unos pantalones cortos azul marino y la parte superior de un bikini rojo. Incluso desde esa distancia, Cas pudo comprobar lo delgada que estaba; sin embargo, admiró la curva de su elegante cuello que era más evidente que la noche anterior pues llevaba el pelo recogido en una especie de moño alto.

Tenía que reconocer que había dedicado más que un par de minutos a pensar en ella. Desde el primer momento, le había

impactado su belleza serena y clásica, aunque había desterrado de su mente cualquier tipo de idea con connotaciones sexuales referida a ella. A él le gustaban las mujeres atrevidas y lanzadas, fuertes en la cama, que pudiesen seguir el ritmo un tanto salvaje que él imponía, y ella tenía aspecto de poder romperse al más mínimo zarandeo. Además, si se tenía en cuenta la cantidad de veces que la había visto sonrojarse el día anterior, era probable que fuese una remilgada ñoña a la que solo le gustase la postura del misionero...

Pero había algo en ella...

La noche anterior la había estado observando, mientras bailaba con sus amigas, y después, cuando conversaba con su hermano. Destacaba sobre las demás, y no solo porque fuese más alta. Tenía un *algo* especial que no se podía describir con palabras. Ni siquiera se podía decir que fuese la más espectacular de las cuatro. Su amiga, la morena voluptuosa, llamaba mucho más la atención y se asemejaba más al tipo de chica con las que él solía acostarse, y sin embargo esa mujer tenía algo...

No había podido quitarle la vista de encima...

Su hermano Till se había dado cuenta del inesperado interés que había mostrado por ella, y para tocarle un poco las narices se había acercado a las chicas y había tonteado con ellas. Después, había vuelto con ellos y le había informado con sorna de lo simpática y agradable que era *su* Catherine Deneuve. Su propia reacción le había sorprendido, ya que se había sentido algo molesto al ver a su hermano hablar con ella con tanta familiaridad. Si no se conociese tan bien a sí mismo, habría pensado que algo parecido a los celos le había asaltado. Pero había desechado la idea enseguida. ¿Celos? ¿Por una chica con ese aspecto y esos aires de niña rica? Para nada.

Entornó los ojos de nuevo y los clavó en los otros ocupantes del catamarán. Estaban las cuatro chicas y tres tipos; uno de ellos, el que manejaba el timón, era Jaime Llorens. Era bastante conocido en la zona por su padre, que había sido alcalde del pueblo años atrás, aunque ahora se dedicaba a las inversiones inmobiliarias, con bastante éxito al parecer. A los otros dos no los había visto nunca; supuso que serían amigos del novio. Todos tenían ese aspecto de

pijo saludable y descansado que se veía tanto por la zona, sobre todo en un puerto deportivo como ese.

Meneó la cabeza con visible desprecio. ¡Niños de papá! Ninguno había trabajado en serio en toda su vida, y todo lo que tenían lo habían heredado. Eso sí, se permitían mirar a los demás por encima del hombro.

Por el rabillo del ojo vio cómo su hermano Till levantaba la mano y saludaba con entusiasmo a los ocupantes del barco, que se había acercado lo suficiente como para poder entenderse levantando la voz.

—¡Hola! ¿Qué tal? —vociferó Till con su buen humor característico.

Jaime Llorens levantó la mano y los saludó con educación. Al fin y al cabo, eran conocidos aunque no se moviesen en los mismos círculos.

—Hola a vosotros —se oyó la voz de la morena de las curvas, ¿Tana?, que se había acercado a la barandilla y agitaba la mano con una energía parecida a la de Till. Los demás ocupantes del catamarán saludaron también, con diferentes grados de interés.

Cas se sacó las gafas de sol del bolsillo de sus pantalones cortos y se las puso antes de girar la cabeza y mirar a la que realmente le llamaba la atención. Ella observaba la pequeña barca de pesca con una expresión en la cara que él no pudo descifrar. ¿Había quizá algo de desprecio en su mirada? La ira le embargó, pero los cristales de sus gafas ocultaron su enfado.

¿Acaso se creía ella mejor que él por ir en un catamarán de quince metros de eslora, mientras que ellos iban en una barca de pesca pequeña y descolorida por el sol?

La observó a su antojo, protegido por los oscuros cristales de sus gafas. Ella evitaba mirarle directamente, pero su rostro estaba enrojecido y él dudaba de que fuese debido al sol. Se esforzaba por conservar la compostura, pero se la notaba nerviosa. Con un grácil movimiento de manos saludó a Till.

Cas frunció el ceño.

¿Por qué evitaba mirarle y se concentraba en cambio en su hermano pequeño?

¿Por qué no le saludaba a él?

Jordi apagó el motor. Estaban a solo unos metros del pantalán donde tenía el amarre, en la zona de las barcas pequeñas. El catamarán siguió navegando hacia la zona donde atracaban las grandes embarcaciones. Pronto, el barco y sus ocupantes desaparecieron de la vista.

Cas meneó la cabeza.

«Una tía así, cuanto más lejos mejor», pensó.

En cuanto la barca rozó el borde del muelle, Cas y Jan saltaron al embarcadero y cogieron las cuerdas para asegurarla.

—¿Por qué no comemos en el *Crazy Coconut* hoy? —propuso Till desde el barco, mientras recogía la nevera, ahora vacía, y unas cuantas cosas más.

—Me apunto —se oyó decir a Jordi—. Tengo unas ganas terribles de mejillones al vapor.

—Yo prefiero unas gambas a la plancha —repuso Jan, acariciándose el estómago con una expresión placentera en el rostro.

Cas sonrió. ¿Qué mejor plan para una tarde de sábado que comer marisco con sus amigos? Y después, quizá podrían ir a la playa a darse un baño, ¿no?

Olvidada quedó la chica de pelo rubio y enormes ojos castaños... por el momento.

* * *

Llevaban toda la mañana en la playa y estaban agotadas. Aunque habían alquilado tumbonas y sombrillas, la playa de piedras, si bien era preciosa, con los cantos blancos brillando al sol, no era la más cómoda del mundo. Por eso, cuando Sandra propuso ir al chiringuito más cercano a tomarse unos mojitos, Eli estuvo a punto de besarla.

—Hace mucho calor hoy. Ayer se estaba mejor —comentó Alba, recogiendo su toalla y su crema y metiéndolas en la bolsa de playa.

—Lo que pasa es que ayer, en el catamarán, la brisa hacía que no tuvieses tanto calor. Aquí el sol es insoportable —la corrigió Sandra.

—Y digo yo, si todas tenemos un bronceado espléndido de haber pasado el invierno dándonos rayos UVA, ¿qué hacemos aquí,

tomando el sol agobiadas? —preguntó Tana, no sin razón.

Ninguna contestó; no obstante la respuesta era más que obvia. Si ibas de vacaciones a la costa no te quedabas en casa, ¿no? Lo lógico era ir a la playa.

Terminaron de recoger y se encaminaron al kiosco de madera que se encontraba justo enfrente: el *Mojito Rico*. Se sentaron en una de las pocas mesas que quedaban libres a la sombra y se dispusieron a disfrutar de las vistas y de cuatro mojitos bien fríos. El bar estaba a pocos metros del *Crazy Coconut*, donde había sucedido el desastre de la moto. Ese día Eli se había negado a conducir y habían bajado a la playa en taxi.

—Qué día más estupendo ayer, ¿verdad? —comenzó Alba con una mirada soñadora—. Jaime es increíble... Y le ha puesto mi nombre a su barco.

Eli sonrió indulgente, mientras contemplaba a su amiga. Alba había pasado un par de años bastante malos, desde que había perdido a su madre como consecuencia de un cáncer de mama. Haber conocido a Jaime la había sacado de su tristeza y le había dado esperanza y alegría de nuevo. Volvía a ser la chica despreocupada que había sido antes de la desgracia.

—¡Qué bonito es el amor! —suspiró Sandra con fingido entusiasmo y no sin cierta envidia.

Tana se echó a reír.

—Te mueres de celos. Ya te gustaría a ti o a mí, tener a alguien como Jaime; y no es que sea mi estilo, es demasiado impoluto, pero para Alba es ideal —comentó.

—Hacéis una pareja perfecta —repuso Eli.

—Como tú y Lalo —se apresuró a afirmar Alba, inclinándose y apretándole la mano.

Eli frunció el ceño. ¿Lalo y ella la pareja perfecta? Quizá la más adecuada, socialmente hablando, pero ¿perfecta? Lo máximo que sentía por él era afecto, y era lo mismo que él parecía sentir por ella. Tampoco es que estuviese buscando otra cosa. Las grandes pasiones eran para las películas y las novelas. Los matrimonios duraderos, sobre todo en su círculo social, se basaban en otra cosa. Así era como la habían educado y era lo que se esperaba de ella.

Sí, era una forma muy anticuada de pensar, muy de otro siglo, pero en cierta manera lo había asumido y aceptado.

Cuando se casase con Lalo se convertiría en la mujer de un empresario de éxito, dedicada en cuerpo y alma a criar a sus hijos con la ayuda de niñeras, y a asistir a reuniones sociales y organizar comidas benéficas, al igual que su madre llevaba haciendo más de treinta años. Eso se esperaba de Elisa «Eli» Álvarez de Luis, esposa de Gonzalo «Lalo» de Lucas Suárez.

Su carrera de Derecho y el máster de Derecho Internacional que había hecho en Chicago, de poco le iban a servir para escribir las invitaciones a la cena de Navidad de los señores de Lucas y Álvarez.

Apretó los labios con amargura, con la mirada perdida en la orilla del mar. De nada le servía lamentarse. Ya era mayorcita y todavía podía decidir qué rumbo darle a su vida si lo deseaba, ¿no? Tampoco dependía de lo que sus padres quisieran para ella.

—Bueno, lo de Lalo y Eli todavía no está decidido —se dejó oír la voz de Tana. Su tono denotaba a las claras cuál era la opinión que tenía sobre él. Más de mil veces le había dicho a Eli lo que pensaba. Lalo no era el hombre adecuado para ella. No era lo que Eli necesitaba...

—Yo creía que era casi seguro —repuso Sandra, extrañada.

—Bueno, todavía no me lo ha pedido...

—Lo hará —aseguró Alba con confianza.

—Esperemos que no —murmuró Tana.

—¡Cayetana! —casi gritó Alba—. No seas así.

—¿Así, cómo? ¿Realista? —resopló de manera un tanto vulgar—. No puedo creer que no os hayáis dado cuenta de que Eli no está enamorada de Lalo, y él mucho menos de ella.

Sandra y Alba giraron la cabeza, sorprendidas, y se quedaron mirando a Eli. Esta había empalidecido y tenía los labios apretados.

—Eli... —comenzó Sandra.

—No. No digas nada —la interrumpió, levantando la mano—. Tana tiene razón. Y aunque me resulte horrible airear mis trapos sucios en un chiringuito de playa, la verdad es esa. Eso es lo que hay.

—Pero pensábamos que os queráis —dijo Alba, con la voz cargada de perplejidad—. Como nunca dices nada, y siempre estáis juntos de una manera u otra.

—Bueno... le tengo afecto, y él a mí también. Además, es lo que nuestras familias quieren... —repuso en voz baja. Era muy reservada y le costaba hablar de sus sentimientos en voz alta.

Tana dejó escapar un bufido despectivo.

—Deberías considerar lo que quieres *tú* para tu futuro, Eli. Aprovecha estos días que estás aquí y piensa, con la cabeza fría, qué es lo que deseas. No lo que a tu madre le gustaría, no, sino lo que *tú* quieres —enfaticó.

Sandra y Alba guardaron silencio. Contemplaban a su amiga, algo apenadas.

Eli respiró hondo un par de veces, sintiéndose culpable por haber estropeado el ambiente, hasta ese momento relajado y alegre. Meditó sobre las palabras de Tana. Tenía razón, desde luego. No podía vivir la vida que su madre deseaba para ella, tenía que ser fuerte y no dejarse amedrentar.

Pero era tan complicado imponerse a los deseos de Carmen de Luis...

—Alegrad esas caras, chicas. Estamos de vacaciones ¿o qué? —Tana levantó su mojito al cabo de unos segundos de incómodo silencio—. ¡Un brindis por nosotras y por todas las malas decisiones que vamos a tomar estos días y que a nuestros padres no van a gustarles!

Eli agitó la cabeza ahuyentando los malos pensamientos y sonrió, al tiempo que levantaba su vaso. ¡Tana siempre conseguía animarla!

—¡Eso, eso! —exclamó Alba—. Mi primera y terrible decisión ya está tomada: Esta noche no voy a dormir en el chalet, *girls*^[13]. Me voy al apartamento de Jaimeeeee. ¡Yujuuu!

—¡Pero si todavía no estáis casados! —manifestó Sandra, fingiéndose escandalizada.

—Es que soy un pendón.

—Sí, cada vez te pareces más a Samantha de *Sexo en Nueva York* —intervino Tana con ironía.

—No, tú eres más Samantha que yo —la acusó la otra.

—¿Lo dices por mi exitosa vida sexual? ¡Dios! Si no encuentro pronto un hombre aceptable, a este paso me voy a convertir en virgen otra vez —masculló Tana con sarcasmo.

Todas rompieron a reír y pronto el ambiente enrarecido dio paso al buen rollo de nuevo. Pidieron otra ronda de mojitos y comenzaron a hablar de la inminente boda que estaba prevista para dentro de solo un mes, en un complejo de lujo cercano a donde se encontraban. Como de costumbre, terminaron centrándose en los vestidos que iban a ponerse. Tana y Alba ya lo tenían claro, mientras que Sandra y Eli todavía dudaban. Tana estaba describiendo con todo lujo de detalles las fabulosas sandalias que se había comprado, cuando se interrumpió de repente.

—Si no lo veo no lo creo... debe de ser el destino.

—¿Cómo dices? —preguntó Eli, confusa, girándose para ver a qué se refería su amiga.

¡No podía ser verdad! Solo llevaban allí tres días y los tres días se habían encontrado con ellos. Tenía que ser el destino, como bien decía Tana.

Primero el incidente de la moto, luego la escenita de los billares, el día anterior en el puerto, y ahora ahí: en la playa... ¿Casualidad?

Los tres hermanos acababan de salir del agua y se estaban secando, mientras conversaban. Por las tablas de surf que había a su lado, apoyadas contra una palmera, y las velas en la arena, estaba claro lo que habían estado haciendo. Jan era el que más cerca de ellas se encontraba, y Eli estuvo a punto de soltar una exclamación al ver su torso desnudo. El día anterior se había sentido intimidada al ver los brazos tatuados de Cas, pero eso no había sido nada en comparación con el cuerpo de su hermano. Toda la parte derecha estaba cubierta de tinta de diversos colores. ¡Tenía tatuado desde el cuello hasta el tobillo! Por el contrario, la parte izquierda de su cuerpo aparecía impoluta. Su aspecto era poco común, y si a eso se le sumaba la nariz de boxeador y la cabeza rapada, el resultado era bastante aterrador. Se quedó sin habla.

El hermano más pequeño solo tenía un tatuaje en el hombro y no era excesivamente grande. Como parecía ser lo usual en él, estaba riéndose de algo que Thor/Cas acababa de decirle.

Cas.

Carsten, había dicho Till que se llamaba. Un nombre alemán. Los tres lo eran: Jan, Till y Carsten. Aunque los tres parecían más noruegos o suecos.

Cas tenía un físico espléndido. Quizá era más alto que sus hermanos y más fornido que Till pero no tanto como el otro. Eli se quedó mirándole el pecho de una forma casi hipnótica. ¿No estaba bronceado de una forma absurda para alguien tan rubio? Los tatuajes negros de sus brazos le cubrían los hombros y al darse la vuelta vio que se unían en la espalda, a la altura de los omóplatos.

—¿Los llamamos? —preguntó Tana en ese momento.

—¡No! —repuso, horrorizada. Lo último que quería era pasar el rato con ellos, sintiendo cómo los burlones ojos azul hielo de Cas se clavaban en su rostro, haciéndola sentir incómoda.

—Relájate, Eli. ¿No te acuerdas del brindis? ¡Por las malas decisiones! —le recordó Tana con una sonrisa—. A lo mejor ahí está tu mala decisión del verano —añadió, señalando a los tres hermanos—. Desmelénate, *darling*, como diría Alba.

Eli negó con la cabeza. No podía creer lo que estaba oyendo. ¿Tana la animaba a enrollarse con uno de ellos?

—No dejes pasar la oportunidad. No seas tonta. La vida son dos días —la secundó Sandra. Alba asintió, levantando su mojito en el aire.

—¡Estáis locas! Pero ¿vosotras me veis liándome con uno de ellos? —preguntó, incrédula.

—Con uno cualquiera, no, mujer... Con el que te gusta, con el de la moto... —repuso Sandra.

Eli siguió negando con la cabeza.

—Vamos, mujer, si se nota un montón que le gustas, *Catherine Deneuve* —Tana le guiñó el ojo exageradamente.

Eli se arrepintió al instante de haberles contado lo que Cas había dicho.

—Además, tampoco te vas a casar con él ni nada por el estilo. Solo sería un polvo, ¿no?

Al oír la palabra *polvo*, Sandra y Tana empezaron a hacer gestos de fingida timidez, mientras intentaban contener la risa.

—¿Tú también apoyas a estas locas, Alba? Te creía más sensata —la reprendió Eli, sonriendo a su pesar.

—Hija mía, Jaime me ha pervertido.

—¡Se están marchando! —exclamó Tana, poniéndose de pie. Eli intentó sujetarla del brazo, pero la otra fue más rápida. A toda velocidad corrió hacia la playa y los llamó.

Eli se encogió en su silla, mientras apretaba el vaso de mojito entre las manos. Clavó los ojos sobre la mesa y no se permitió el lujo de mirar hacia el lugar donde sabía que Tana conversaba con los tres hermanos. Estaban a cierta distancia, por lo que era imposible escuchar la conversación.

Sandra y Alba se reían todo el rato, como si las hubiesen drogado con el gas de la risa.

Pasaron solo unos segundos, quizá un par de minutos, pero a Eli le parecieron eternos. Con el rostro enrojecido y el corazón latiéndole a mil por hora, esperaba que en cualquier momento los tres vikingos y su odiosa amiga llegasen a la mesa.

—Viene Tana —la informó Sandra al cabo de un rato—. Y viene sola.

Eli dejó escapar el aire que llevaba un rato conteniendo y levantó la cabeza. Entornó los ojos, enfadada, al ver la sonrisa pícaro que mostraba el rostro de Tana.

—Ya está —dijo al acercarse.

—Ya está, ¿qué? —inquirió con desconfianza.

Tana comenzó a dar saltitos y palmaditas como una niña pequeña.

—¡Esta noche tienes una cita! A las nueve y media.

Capítulo Cinco

Cas se sacó el móvil del bolsillo y volvió a mirar la hora. Eran las nueve y cuarenta minutos. Llevaba allí diez minutos, esperando delante de la puerta del más que lujoso chalet y ella no había dado aún señales de vida.

Exasperado, golpeó con los nudillos el volante de su Nissan Navara.

Si era sincero consigo mismo, no tenía ni idea de por qué había aceptado salir esa noche con la niña pija. Se había sentido avasallado por su amiga, la de las curvas sugerentes, y quizá había sentido curiosidad, y algo de morbo también, por salir con alguien tan opuesto a él mismo.

Cuando Tana se había aproximado a ellos en la playa esa tarde, había supuesto que venía a hablar con Till, pero se había llevado una sorpresa al ver que se dirigía a él, y con gran desparpajo le contaba una inverosímil historia de que ella y sus otras amigas no iban a estar esa noche y que su amiga Eli se iba a quedar sola y bla bla bla... y que por qué no la recogía y la llevaba a algún sitio a cenar... Una sarta de mentiras, claro.

Cas se había quedado algo perplejo al principio, pero Till le había dado un codazo en las costillas al mismo tiempo que sonreía como un idiota, y Jan había arqueado las cejas, sorprendido. Ni siquiera había tenido tiempo de responder cuando la chica ya le había dado la dirección de la casa, que por supuesto se encontraba en la urbanización privada más pija de toda la costa, y había acordado una hora con él.

No solía quedarse sin palabras, y menos aún cuando se trataba de salir a tomar algo con una chica. Tenía una aplastante seguridad en sí mismo, y era más que consciente de su atractivo físico, y de que atraía a la mayoría de las mujeres. Nunca había necesitado ayuda para ligar, y era él el que solía tomar la iniciativa. Por eso, esa cita le parecía algo tan descabellado. No era nada a lo que estuviese acostumbrado.

La chica, Eli, le ponía mucho, a decir verdad. Era espectacular, de una manera poco común. Tenía un pelo, unos ojos y unos labios... ¡Joder! Solo de pensar en esos labios se excitaba... Pero esa actitud de superioridad, esa forma de mirar tan altiva... No creía que fuesen demasiado compatibles. A él le gustaba otro tipo de mujer: más abierta, más pasional, más lanzada, y no tan envarada y estirada como ella. Parecía que tuviese un palo metido en el culo.

Eran polos opuestos.

Tampoco se explicaba muy bien de quién había sido la idea de esa cita. No tenía muy claro si era ella la que en verdad deseaba salir con él, o había sido una broma de sus amigas. Cada vez que se veían, su reacción era indescifrable; una mezcla de ¿temor?, ¿desprecio?, ¿timidez o altivez? ¿Sentía ella algún interés por él? Ni idea...

Volvió a suspirar y a mirar la hora en el móvil. Las nueve y cuarenta y cinco minutos. Le daría cinco minutos más de cortesía, y si no aparecía se largaría y punto. Ella sabía que él estaba ahí esperando; los guardias de la urbanización le habían tenido que abrir la verja para que pudiese entrar y habían avisado a alguien por teléfono, solicitando autorización. Estaba claro que ella era más que consciente de que llevaba allí un cuarto de hora.

Una idea acudió a su mente.

¿Y si había sido una bromita? Una bromita pesada de cuatro niñas pijas aburridas, pretendiendo burlarse de él.

No. No podía ser. No eran unas adolescentes estúpidas, aunque...

No. Imposible.

Pero la duda hizo que apretase el volante con fuerza hasta que los nudillos se le pusieron blancos. Entornó los ojos y clavó la mirada en la puerta del chalet.

Solo un minuto más y se largaría, decidió.

Introdujo la llave en el contacto y la giró lentamente. El reloj del salpicadero marcaba las nueve y cuarenta y nueve. Lo miró con fijeza. Sentía un hormigueo en la mano que sujetaba la llave... solo unos segundos más y pondría el coche marcha y se iría de allí.

Las nueve y cincuenta.

Arrancó.

En ese instante la puerta de la casa se abrió.
Giró la cabeza.

* * *

Eli volvió a asomarse a la ventana de su habitación. Era la quinta vez en los últimos cinco minutos. Sí, él seguía allí abajo, en ese monstruoso coche negro con pinta de *pick up* americano, y que no estaba demasiado limpio, la verdad.

—Lo único que consigues haciéndole esperar es que se enfade. Lo sabes, ¿no? —preguntó Tana desde la puerta.

—¿Sabes que te odio? —repuso Eli, dejando caer las cortinas y mirándola con furia.

—Se te pasará.

—No sé por qué me haces esto. Es una situación harto incómoda. —Eli se sentó en el borde de la cama y se alisó la falda con nerviosismo—. ¿No puedes salir y decirle que me he puesto enferma o algo así?

—Eres una cobarde. —Tana negó con la cabeza cruzándose de brazos, mientras le dirigía una mirada implacable.

Eli cerró los ojos. Sabía que no iba a servir de nada suplicarle a Tana. Incluso Alba y Sandra se habían puesto en su contra. Después de que su examiga le hubiese organizado la odiosa cita, habían tenido una discusión terrible, pero como siempre, Tana había ganado.

Otra vez.

Hasta Sandra y Alba parecían pensar que una cita con el vikingo tatuado le iba a venir bien para aclarar sus ideas.

¡Era absurdo!

¿Qué tenía ella en común con alguien así? ¿De qué iban a hablar?

—Lleva casi un cuarto de hora esperando —dijo Sandra, entrando en la habitación—. ¿Vas a bajar o no?

—¡No!

Sandra miró a Tana con sorpresa.

—Sí va a bajar —repuso esta.

—¡No voy a bajar!

—Entonces, ¿por qué te has arreglado?

Eli no contestó. Frunció el ceño, contrariada. Se levantó y se dirigió al espejo de cuerpo entero que había en la pared del fondo, y observó su reflejo en él. Se había decidido por una falda de tubo blanca y una blusa sin mangas de color salmón. Llevaba el pelo recogido en una coleta baja y había prescindido de cualquier tipo de maquillaje; el bronceado era más que suficiente, había pensado.

Se quedó pensativa, ignorando a sus amigas que esperaban expectantes junto a la puerta. Sabía que iba a bajar y que iba a tener esa horrible cita con el horrible vikingo. *Lo sabía*. Estaba demasiado bien educada como para dejarle tirado después de que se había molestado en ir hasta allí, incluso aunque la idea de la cita no hubiese sido suya.

¿Por qué había terminado por ceder?, se preguntó por enésima vez, meneando la cabeza. Era tan débil a veces...

Bueno, intentaría sobrevivir a la experiencia.

Respiró un par de veces y se dio la vuelta, dispuesta a marcharse.

—¿Llevas condones? —preguntó Tana con voz burlona.

Eli la miró con cara de pocos amigos. ¿Condomes? ¿Estaba loca? No pensaba acostarse con nadie y mucho menos con alguien de esas características, por muy bueno que estuviese.

—A palabras necias...

Y sin más, abandonó la habitación. Escuchó a Sandra murmurando algo a su espalda, pero la ignoró. Bajó la escalera que comunicaba con el vestíbulo y se detuvo unos instantes, justo antes de abrir la puerta. Se retocó el cabello con la mano, aunque sabía que ni un solo pelo se había salido de su sitio. Se alisó la falda.

Respiró hondo y cogió el picaporte.

* * *

Cas apagó el contacto cuando vio la silueta de ella en el umbral de la puerta. Las luces del porche estaban encendidas por lo que pudo distinguirla con perfecta claridad. Toda la ira o enfado que había sentido hasta ese momento se desvanecieron como por arte de magia. Controló el impulso de abrir la boca por el asombro como un niño idiota.

Estaba fabulosa. Con una simple falda blanca y una camisa de color claro, el pelo rubio recogido y un toque de rubor en las mejillas, era la mujer más impresionante que Cas hubiera visto jamás. Parecía recién salida de una revista de moda femenina, el *Vogue* o alguna otra similar.

Por un segundo, casi se avergonzó de su Navara lleno de golpes y algo destartado. Pero se recobró enseguida. Era su coche y así era él. Sin trampa ni cartón. Y no tenía nada de qué avergonzarse, por supuesto que no.

Ella se acercó andando con lentitud. Sus enormes ojos castaños reflejaban algún tipo de emoción que él no supo interpretar. Parecía nerviosa.

—Siento haberte hecho esperar —murmuró con voz queda mirándole con fijeza, como esperando algo.

Él hizo un gesto con la mano, restándole importancia.

—¿Subes? —preguntó al fin, viendo que ella no se movía.

Ella pareció dudar, pero rodeó el vehículo y se dirigió a la puerta del pasajero.

Cas entornó los ojos. ¿Acaso había esperado que él se bajase para abrirle la puerta del coche? Sinceramente, no se le había ocurrido. Resopló. Empezaba bien la cosa.

Esperó hasta que ella se hubo acomodado y se puso el cinturón para arrancar. De reojo, observó que se mantenía muy erguida y ni siquiera se apoyaba en el respaldo del asiento. ¿Tenía miedo a ensuciarse? Frunció el ceño, contrariado.

—¿Tienes hambre? —le preguntó sin mirarla.

—Eh... bueno, un poco, sí —repuso ella.

«Perfecto. Ya sé dónde te voy a llevar. Y espero que no te dé un infarto cuando veas el sitio».

Cas sonrió de medio lado, anticipando la reacción de ella cuando viese el bar de carretera adonde pensaba llevarla. Era el típico bar de moteros de unos amigos suyos, frecuentado por los *Ritter der Nacht* —Caballeros de la Noche—; una banda de moteros alemana con la que tenía mucho contacto, ya que era a su taller donde llevaban las motos a restaurar.

—¿Dónde vamos? —inquirió ella.

—Espera y lo verás. Es el bar de unos amigos, donde sirven unas hamburguesas de muerte. Te gustan las hamburguesas, ¿no?

Ella dudó antes de responder.

—¿Tienen también ensaladas?

Cas la miró de reojo, con una ceja arqueada. ¿Iba en serio?

—Supongo que sí. La verdad, nunca he pedido una ensalada, pero creo que Sabine te podrá preparar algo. ¿Eres vegetariana o algo así?

—No —respondió ella con nerviosismo, antes de girar la cabeza y mirar por la ventana.

Pasados unos instantes, Cas se concentró en la carretera. Estaba confuso. ¿Qué le pasaba a esa chica? Tenía una actitud extraña. No era él el que había forzado esa cita.

Temiendo que el incómodo silencio se alargase hasta el infinito, decidió abordar el tema.

—Oye, si no te apetece ir a cenar conmigo, dímelo y acabamos de una vez. Te llevo a casa y ya está. No tienes ninguna obligación, ¿sabes? Y si esto ha sido idea de tus amigas, pues la próxima vez les dices que se vayan a la mierda... La verdad, yo tampoco tengo por...

—Lo siento —le interrumpió ella sin mirarle—. Tienes razón. Esto ha sido idea de mis amigas, pero no hace falta que me lleves a casa. Vamos a cenar y a pasar un buen rato —terminó con una tibia sonrisa que no acabó de convencerle.

La observó de reojo. Tenía un perfil perfecto. Su cuello, su barbilla recta, los pómulos altos y unas pestañas larguísimas.

Era guapa a rabiar.

Ella pareció darse cuenta de cómo la miraba porque giró la cabeza y clavó sus enormes ojos en él.

¡Joder! ¡Esa mirada era una visión! ¡Impresionante! Se revolvió inquieto en el asiento. Su entrepierna había comenzado a despertar.

Fuck! Fæn!

Volvió a centrarse en la carretera, intentando desterrarla de sus pensamientos. No faltaba mucho para llegar. El bar se encontraba en la falda de la montaña, a solo unos pocos kilómetros de la urbanización donde la había recogido. La zona estaba bastante tranquila; no era un lugar muy frecuentado por turistas. Pronto pudo

ver las luces del local en la distancia. Era una edificación de madera, construida al estilo del típico bar de carretera americano. Tenía una terraza con mesas y sillas de metal en la parte lateral, iluminada por farolillos de colores. No era un sitio con *glamour*, pero allí, Cas se sentía como en casa. Dudaba mucho de que a ella le entusiasmase. Según se acercaban, la observó con disimulo, expectante.

Su Catherine Deneuve se mantenía impassible. Ni un músculo de su cara delató sus pensamientos, mientras él aparcaba el coche junto a tres Harleys y dos Triumph, una de las cuales había salido hacía poco de su propio taller.

—Es aquí —dijo, señalando lo evidente—. ¿Qué te parece? —preguntó con curiosidad, intentando provocar una reacción. Cualquiera.

—Muy bien, gracias —repuso ella con exagerada cortesía.

Cas la miró con los ojos entrecerrados. ¡Joder! ¿Cómo cojones podía ser tan contenida y perfecta? No se inmutaba... Extraño. En los breves encuentros que habían tenido en los días previos, ella le había parecido insegura a veces; presa de sus emociones en otras... Pero en ese momento parecía como si tuviese un control absoluto de su cuerpo.

Se bajó del coche y esperó a que ella también lo hiciese. Podía haberle abierto la puerta, pero se decidió por lo contrario. No estaban en el mundillo de la alta sociedad. Este era su mundo, y así eran las cosas. Si tenías manos y piernas, podías abrirte la puerta del coche tú solito y bajarte de él sin ayuda, ¿no?

La música que salía del interior del local llegó hasta ellos. Era Ramnstein. Ideal para una niña pija de Madrid que escuchaba a Beyoncé, pensó él antes de darse la vuelta y esperar a que ella llegase a su lado. Caminaba con una elegancia fuera de lugar en ese sitio. Todo en ella estaba fuera de lugar: su ropa, su peinado, sus sandalias doradas, su bolso —que parecía costar más que su Nissan Navara— e incluso él mismo estaba fuera de lugar a su lado, con sus vaqueros gastados, su camiseta negra, sus botas de cordones, sus tatuajes y su cara sin afeitar.

Contempló el local e intentó verlo a través de los ojos de ella. El nombre *El sueño eterno* pintado en negro sobre una enorme lápida

gris estaba descolorido por el sol y el tiempo, y justo encima de la puerta, colgando de la pared, había una Triumph Bonneville que él mismo le había conseguido a Oliver, el dueño. Era una antigüedad que no funcionaba, pero quedaba de lujo sobre la puerta; le daba carácter al sitio.

—*Cas!* —La voz de Sabine le sacó de sus pensamientos—. *Es ist aber lange her! Wo bist Du gewesen? Und wo ist dein Motorrad?* [14]

—*Sabine! Gut Dich zu sehen!* [15] Pero es mejor que hablemos en español —añadió, señalando a su acompañante—. Eli no habla alemán.

—*Pues claro, claro* —repuso la mujer de Oliver y dueña del local, con un fuerte acento alemán—. *Hace tiempo no venías aquí. ¿Dónde has estado? ¿Y tu moto? Raro verte sin él.*

—Liado con el negocio, como siempre. —Se acercó y le dio un abrazo—. Y que venga sin moto es culpa suya, la atropelló con su coche —añadió con las cejas arqueadas y una medio sonrisa—. Esta es Eli. Eli, esta es Sabine.

—Encantada —dijo la joven, extendiendo la mano con una sonrisa educada. Se había sonrojado y Cas supuso que sería por el comentario de la moto. Era bastante susceptible, al parecer.

—*¡Pero bueno qué novia guapa! ¡Ya es hora!*

Ignorando la mano de la chica, la estrechó entre sus brazos con energía. Eli abrió los ojos, sorprendida, correspondiendo al abrazo con torpeza. Su mirada se cruzó con la de Cas por encima del hombro de la fornida alemana. Pareció suplicar su ayuda.

Cas dejó escapar una carcajada al tiempo que se encogía de hombros. No iba a explicarle a Sabine que Eli no era su chica. Ya se daría cuenta más adelante cuando no volviese a traerla.

—*Venís cenar, ¿verdad?* —preguntó la alemana, soltando a una confusa Eli y dándose la vuelta para mirarle a él.

—Esa era la intención. Yo quiero una hamburguesa completa con patatas y Eli quería... ¿una ensalada?

—*¿Ensalada?* —Sabine bufó con desdén—. *Niña, debes comer una de míos hamburguesas. Eres demasiado flaca.*

El rostro de Eli adquirió un tono rojo que, aunque a Cas le pareció de lo más favorecedor, le mostró la profunda incomodidad

que las palabras sin tapujos de Sabine acababan de provocarle.

—Anda Sabine, hazle una ensalada. Seguro que está igual de estupenda que tus hamburguesas —intervino él guiñándole un ojo—. Ah, y tráeme una *Schorschbock*. ¿Tú qué quieres beber, Eli?

—Lo mismo que tú —repuso ella, todavía algo azorada.

—Es una cerveza un poco fuerte —trató de avisarla.

—Está bien. No hay problema —replicó con rapidez y algo de frialdad, como si no deseara profundizar en el tema.

Cas arqueó una ceja pero no dijo más. Le hizo un gesto a Sabine, que los miraba con curiosidad, y después, tomó a Eli del brazo y la condujo hacia la terraza donde había un par de mesas libres en la parte trasera, más apartadas de las otras. Allí la música no era tan molesta.

Se sentaron en silencio, ella a su derecha. Cas se apoyó sobre el respaldo de metal y estiró las piernas, suspirando con satisfacción. Le encantaba ese sitio. Desvió los ojos y la miró. Ella volvía a estar impassible y tenía la mirada perdida en un punto lejano, a su derecha. Se mantenía erguida en la silla en una postura opuesta a la relajación.

—¿Y? —preguntó él, rompiendo el silencio—. ¿Te gusta? Supongo que no es a lo que estás acostumbrada. —Hizo un gesto con la mano, abarcando el lugar.

—No, no es a lo que estoy acostumbrada, pero hay que probar cosas nuevas, ¿no? —respondió ella. Seguía con la mirada perdida.

—No te enfades por lo que te ha dicho Sabine. Es un poco... ¿cómo decirlo...? ¿Campechana?

—No hay problema. —Ella negó con la cabeza, mirándole al fin con los ojos vacíos.

Cas la observó, escéptico. Mentía. Las palabras de Sabine parecían haberle molestado bastante; quizá tenía un problema con su peso, a lo mejor era bulímica. ¿No lo eran la mayor parte de las niñas ricas? Además, no hacía falta ser adivino para darse cuenta de que ella hubiese deseado estar en cualquier lugar menos allí, en ese bar, con él.

Suspiró, algo cansado. La situación iba de mal en peor. Estaba claro que esa noche iba a ser un absoluto fracaso. Joder, la chica era preciosa, pero parecía no tener mucha sustancia. Haría un

último intento, decidió. Y si no resultaba, se comería su hamburguesa a cien por hora y la llevaría a casa a toda hostia.

—Oye, ¿no has dicho antes en el coche que querías cenar y pasar un buen rato? Pues relájate y disfruta. —Se irguió y apoyó los codos sobre las rodillas, acercándose a ella—. Mira, estoy seguro de que Sabine te va a preparar una ensalada de fábula, y si me das una oportunidad verás cómo hasta yo te parezco interesante cuando acabe la noche.

Al parecer, ella no había esperado esas palabras porque se le quedó mirando con fijeza y la sorpresa reflejada en los ojos. Una sonrisa comenzó a curvar sus labios y sus enormes ojos castaños mostraron algo parecido al interés.

¡La leche! ¡Esa sonrisa podía dejar sin aliento a cualquiera! Cas sintió cómo su entrepierna aumentaba de tamaño y la sangre comenzaba a hervirle en las venas. ¡Joder! ¿Qué cojones le pasaba?

—Me parece justo —repuso ella, dejando el bolso que había mantenido apretado entre sus manos sobre la silla que tenía a su lado; después se inclinó y apoyó los codos sobre la mesa adquiriendo una postura más relajada. La sonrisa no había abandonado su rostro.

Cas admiró su forma de moverse. Casi podía apostar a que había tomado clases de ballet en algún momento de su vida; sus movimientos tenían una gracia que serían la envidia de cualquier felino. Carraspeó, incómodo, al darse cuenta de que se había quedado mirándola embobado.

—Lo de Eli, ¿de dónde viene? Verás, me resulta bastante ridículo llamarte como a mi perra. Sin ofender, pero ella estaba antes... —sonrió para quitarle hierro al asunto. El comentario del primer día no había sido muy afortunado.

—De Elisa. Pero nadie me llama así, la verdad.

Elisa. Elisa. Elisa. Lo repitió mentalmente. Sí, sonaba bien.

—Y bien, *Elisa* —enfaticó—. Cuéntame algo sobre ti. ¿A qué te dedicas?

Ella desvió la mirada, como si no supiese muy bien qué contestar, y justo cuando iba a hacerlo, la voz de Sabine los interrumpió.

—*Dos Schorschbock.* —Dejó las dos botellas de porcelana blanca sobre la mesa—. *Y en minuto traigo la hamburguesa y el Salat.*

Cas cogió su botella y la levantó a modo de brindis, mirando a la joven. Ella le imitó, algo indecisa.

—¿Pasa algo?

—¿No traen vasos? —preguntó ella con timidez.

Cas rio y negó con la cabeza.

—No, pero si quieres te consigo uno.

—¡No! No te molestes. Está bien —repuso ella, mirando la botella con desconfianza.

Cas volvió a levantar su cerveza.

—Por una noche un tanto extraña —dijo.

—Sí, eso...

Él se llevó la botella a la boca, y, mientras daba un gran trago, observó la reacción de ella con interés, muy seguro de lo que iba a suceder a continuación. Y no se equivocó. Fascinado, contempló la cara horrorizada de ella al dar el primer trago. La *Schorschbock* era una de las cervezas más fuertes del mundo, si uno se fiaba de Oliver y Sabine. Tenía 43 grados, y era como beber vodka. Ni siquiera él mismo podía soportar más de una.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas, mientras intentaba evitar toser a toda costa. Se llevó la mano a la boca y clavó sobre él su mirada recriminatoria.

Cas se sintió mal de pronto. Si en algún momento le había parecido una buena idea no decirle nada sobre la cerveza, y esperar a ver su reacción, se estaba arrepintiendo de su bromita infantil en ese mismo instante.

—¡Joder Elisa, lo siento! —farfulló, mientras se levantaba y le daba golpecitos torpes en la espalda—. Te voy a conseguir una Coca-Cola o agua, o algo...

—Co... Coca-Co...la Zero, por favor —logró articular ella, abanicándose con la mano derecha y alejando la cerveza con la izquierda.

Cas se apresuró en ir al bar y pedirle la Coca-Cola. Mientras esperaba a que la camarera se la sirviese, meditó sobre lo que había sucedido. Era un idiota. Si bien la broma no había sido para

tanto, ella ya se había sentido bastante incómoda y fuera de lugar con anterioridad. ¡Joder! Había estado a punto de relajarse por fin. Seguro que él lo había jodido todo con esa broma pueril.

Antes de acercarse a la mesa con el refresco en la mano, se detuvo a contemplar a la cita más extraña de toda su vida. Ella le daba la espalda, por lo que no podía verle la cara, pero su postura le indicó que parecía haber recuperado el aplomo, y algo de su estiramiento también.

—Aquí tienes. —Dejó el vaso sobre la mesa y se sentó, intentando evaluar su estado de ánimo—. Siento no haberte avisado. Es un poco fuerte.

—No pasa nada —replicó ella, dando un trago de su bebida—. Pero a partir de ahora me voy a limitar a esto. —Alzó el vaso y le mostró una tensa sonrisa, que nada tenía que ver con la de hacía unos minutos.

—Me ibas a hablar sobre ti antes de que la jodiese con lo de la cerveza —se apresuró a decir él, haciendo un gesto con la mano.

Ella arrugó un poco la nariz y dejó el vaso sobre la mesa.

—Sí, ¿qué quieres saber?

—Todo. O lo que quieras contarme. No sé. ¿Qué haces? ¿Dónde vives? ¿Por qué estás aquí? En la costa, me refiero; no aquí conmigo, que ya sabemos que ha sido una encerrona —añadió él con una sonrisa algo irónica—. Prometo corresponderte con la misma información sobre mí.

En ese momento llegó Sabine con la hamburguesa y la ensalada.

—*Guten Appetit! Espero que os guste. Disfrutad la cena.*

—Muchas gracias —susurró Eli con voz apenas audible.

—Gracias Sabine, seguro que todo está cojonudo —exclamó él—. De verdad que las hamburguesas aquí están de vicio. Deberías probarla —añadió una vez que la alemana se había retirado—. ¿De verdad que no quieres intentarlo? —Se la ofreció con una sonrisa.

—No, gracias —murmuró ella, cogiendo el tenedor y sumergiéndolo en el plato de ensalada.

—¿No comes carne por algún motivo especial?

—Sí como carne, pero no me apetece ahora. Gracias.

—¿Y tampoco quieres probar las patatas? Pilla una, anda.

Ella cerró los ojos un instante.

—No. Las patatas tampoco. Gracias.

Cas se la quedó mirando con los ojos entrecerrados antes de llevarse un par de patatas a la boca.

—¿No comes hidratos? No será por el peso, ¿verdad? Porque sería absurdo.

El tenedor que ella sostenía en la mano derecha cayó sobre el plato, produciendo un desagradable ruido metálico. Había empalidecido.

—Si me disculpas un momento, voy al aseo. —Se incorporó rauda y cogió su bolso. Después, sin dirigirle ni una mirada, se alejó en dirección al bar, andando muy erguida.

Cas la miró con una mezcla de sorpresa y admiración. Sorpresa por lo abrupto de la retirada, y admiración por su forma de moverse.

Sabía que la había vuelto a cagar, pero ¿qué cojones había dicho?

Capítulo Seis

¡Qué desastre! ¡Qué desastre! ¡Qué desastre! ¡La peor cita de su vida! ¡No se lo iba a perdonar a Tana jamás!

Eran incompatibles. *Ab-so-lu-ta-men-te incompatibles.*

Desde el primer momento, él había conseguido que se sintiese incómoda con el vergonzoso comentario de la moto, luego la bromita de la cerveza, y después no cesando de cuestionar por qué no quería comerse una hamburguesa. ¡Y refiriéndose a su peso! ¡Era humillante! Y su soez forma de hablar: de cada dos palabras que salían de su boca, una era un taco.

¡Y el sitio al que la había llevado! ¡Ideal para llevar a una chica a cenar!

El sueño eterno.

Solo el nombre ya decía mucho del lugar..., y el aspecto del local... ¡Y los clientes! Para llegar hasta el aseo había tenido que pasar por delante de tres hombres vestidos como en las películas americanas de moteros —de cuero de arriba abajo—, que la habían mirado como si ella fuese un plato incluido en el menú.

Solo de pensar en las miradas lascivas de esos tres, le entraban escalofríos.

Por lo menos el baño estaba limpio, eso tenía que reconocerlo, pensó, mirando a su alrededor. Y había papel, otro punto a favor.

Se inclinó sobre el lavabo y se humedeció las manos y la cara. Contemplándose en el espejo, se secó con una toallita de papel. Llevaba ya un buen rato allí, no sabiendo si salir y volver a la mesa, donde su torturador particular la esperaba, o quedarse encerrada en el baño hasta que los bomberos viniesen a rescatarla.

En un impulso sacó el móvil del bolso y le envió un wasap a Tana.

Te odio

La respuesta no se hizo esperar.

Pero todavía no te lo has tirado? Menos hablar y más follar

Dejó escapar un gemido frustrado, y estuvo a punto de estampar el móvil contra el espejo. En lo último en lo que podía pensar cuando estaba con Cas era en acostarse con él. Y no porque no fuese atractivo, que lo era, pero su personalidad arrolladora la volvía insegura y la convertía en un manojo de nervios, por lo que debía estar midiendo sus palabras constantemente y controlando su malestar. Imposible pensar en sexo cuando tenía que concentrarse en evitar tartamudear.

Había habido un instante en el que había estado a punto de relajarse y dejarse llevar, de mostrarse como era ella de verdad. Había sido justo antes del incidente de la cerveza, después ya no le había resultado posible. Y la gota que había colmado el vaso había sido el comentario sobre los hidratos de carbono. Ningún hombre con educación se hubiese referido a su peso de una manera tan descarada.

¿Qué sabía él lo que significaba estar perfecta siempre? ¿Qué sabía de la presión constante que su madre ejercía sobre ella, desde que tenía uso de razón, para no pasar de una talla treinta y cuatro o treinta y seis como mucho? Los comentarios hirientes cada vez que se permitía el lujo de comerse un caramelo o un helado en verano llevaban años haciendo mella sobre ella.

¿Qué sabía él de todo eso?

Gimió, al tiempo que se masajeaba las sienes con los dedos.

Quizá era demasiado susceptible. Quizá le afectasen demasiado los comentarios de los demás. Y era probable que le diese mucha importancia a cosas que no la tenían. Quizá estuviese equivocada. A lo mejor él no era tan insoportable y la insoportable era ella.

Tenía que reconocer que él se había esforzado en hacer que se sintiese cómoda, al menos lo había intentado en un par de ocasiones, aunque la cosa no hubiese salido muy bien.

¿Era demasiado intransigente?

Negó con la cabeza. Claro que no. Con Lalo nunca tenía esos problemas. Jamás se sentía incómoda.

«Te aburres como una ostra con él. Es muy previsible». Una vocecita interior resonó en su cabeza.

Un golpe en la puerta le hizo dar un respingo.

—¿Vas a tardar mucho? —escuchó una voz cargada de impaciencia.

—Ya salgo —respondió en voz alta. Volvió a mirarse en el espejo una última vez. Su calmado rostro no mostraba la profunda agitación interior que sentía. Como debía ser.

Cuando abrió la puerta, una chica de su edad, vestida a conjunto con el lugar, la miraba con cara de pocos amigos. Eli murmuró una disculpa y se internó en el ruidoso bar. Sus tres admiradores, cubiertos de cuero y tinta, parecían haberla estado esperando. Sintió sus ojos hambrientos sobre ella hasta que abandonó el local y salió a la terraza. Un par de clientes de otras mesas se la quedaron mirando, mientras ella volvía a la mesa donde había dejado a Cas y su ensalada.

—¿Estás bien? —preguntó él al verla acercarse. Aparentaba estar realmente interesado y Eli se sintió un tanto culpable por haberse refugiado en el baño como una cobarde.

—Sí, sí. Todo perfecto —repuso, tomando asiento. Se fijó en que él ya se había terminado la hamburguesa y apenas si le quedaban patatas.

«Un hombre educado me habría esperado para seguir cenando».

La Eli snob.

«Una mujer educada no se habría largado a esconderse en el baño como una niñaata».

La *otra* Eli.

—Oye, mira, Elisa, sé que hemos empezado con mal pie y eso, pero no quiero que te lleves una mala impresión tampoco. Si no estás a gusto, cuando acabes tu ensalada te llevo a casa y listo. No tienes ningún tipo de obligación conmigo —dijo él, haciendo girar la botella de cerveza en su mano. Parecía encontrarse incómodo con la situación.

Eli se quedó callada, sin saber muy bien qué decir. Desde luego, él tenía razón. La *cita-cena-encerrona* había sido un completo fiasco. Lo mejor para ambos sería que él la llevara a casa y se despidiesen cuanto antes. Ciertos obstáculos eran insalvables. Como el abismo que los separaba.

—Me parece bien —repuso cogiendo el tenedor y comenzando a comerse su ensalada, que estaba deliciosa.

El silencio se impuso y solo la música que provenía del interior añadía un toque algo alegre a la, de otro modo, muda escena. Eli apenas si levantó la mirada de su plato, aunque en todo momento sentía los ojos inquisitivos de él clavados en su persona.

¿Qué estaría pensando de ella? ¿Se sentiría tan a disgusto como se había sentido ella durante toda la velada?

Él se levantó de repente.

—Voy a pagar. Ahora mismo vuelvo.

—Espera. Pagamos a medias.

—Para nada —negó él con rotundidad—. No vas a privarme de pagar por esta cena tan especial —añadió, no sin un evidente sarcasmo. Y se marchó, dejándola a solas con su ensalada.

Eli se sintió mortificada.

El rubor le cubrió las mejillas de inmediato.

Ahora ya ni siquiera estaba segura de no haber sido la culpable de que la cena hubiese acabado así. Era una exagerada. Él tampoco se había portado de una manera tan desagradable... era algo rudo quizá...

¿Seguiría considerándola atractiva, pensando que se parecía a Catherine Deneuve? Esa tarde, al enterarse de que Tana le había organizado la estúpida cita, había pensado que si él había aceptado era porque la consideraba lo bastante atractiva como para salir con ella, ¿no?

Ahora ya no sabía qué pensar.

Se le había quitado el apetito. Dejó el tenedor en el plato y apartó la ensalada.

Cogió su bolso y sacó el móvil. Miró la hora. Eran las diez y media. Apenas si llevaban allí media hora.

«¡Enhorabuena Eli!», se felicitó a sí misma. «Acabas de batir un record en la historia de las primeras citas».

Estuvo a punto de enterrar la cabeza en las manos y gemir de vergüenza, pero su educación y su saber estar le impidieron hacer algo así.

—¿Nos vamos? —escuchó la voz de él a su espalda.

Se apresuró a levantarse. Se giró y le vio allí de pie, esperando. Ni siquiera la miraba. Tenía las manos dentro de los bolsillos de sus vaqueros, y parecía impaciente por marcharse. No esperó a ver si ella le seguía. Echó a andar hacia el coche.

Eli le siguió a poca distancia. Hasta ese momento los nervios no le habían permitido recrearse en el magnífico aspecto que tenía él esa noche. Parecía sacado de una revista de «chicos malos», con los vaqueros ajustados, las botas y esa camiseta que revelaba todos sus tatuajes. Había estado tan angustiada que no se había fijado en los detalles.

«Has perdido tu oportunidad, niña tonta».

Casi le pareció oír a Tana, reprochándole su actitud.

En fin, ya era demasiado tarde para lamentaciones. Se había acabado.

Cas, quizá en un descuido o un alarde de cortesía le abrió la puerta del pasajero. Ella se sorprendió.

—Supongo que esto era lo que esperabas desde el principio, ¿no? Que te abriese la puerta y eso... —Él se acarició la nuca con la mano, mientras la observaba sin parpadear—. No es mi estilo, la verdad —terminó con una sonrisa burlona.

Eli negó con la cabeza, evitando mirarle directamente. ¿Por qué tenía él que decir esas cosas que le hacían perder la compostura? Se subió al vehículo y se abrochó el cinturón, en tanto él se acomodaba en el asiento del conductor.

—Ya sé que ha sido una cita rara. Más que rara, la verdad —comenzó él, al cabo de unos instantes—, pero te lo voy a preguntar igualmente. ¿Vamos a mi casa?

—¿Perdona? —Pensó que había escuchado mal.

—No sé, a lo mejor te apetece echar un polvo aunque la cena haya sido un desastre. Cosas más extrañas se han visto —dijo él, encogiéndose de hombros y arrancando el coche con calma, como si no hubiese dicho nada especial.

Eli tragó saliva, confusa. ¿Iba en serio?

—No me estás hablando en serio, ¿verdad?

Cas no contestó. Enfiló hacia la carretera por donde habían llegado y guardó silencio, concentrado en la conducción.

Eli apretó el bolso entre las manos con nerviosismo. Observaba el masculino perfil de reojo, sin saber cómo reaccionar. ¿Debía sentirse ofendida o halagada? Él seguía conduciendo como si no tuviese otra preocupación en el mundo, sin inmutarse. ¿Era así como solían acabar las noches para él cuando quedaba con alguna chica? Probablemente así fuese.. A un hombre tan atractivo seguro que no le faltaban mujeres. No, era más que probable que acabase cada noche en una cama distinta. Ella, por el contrario, casi se podía considerar una virgen, por la frecuencia con la que practicaba el sexo.

Las luces de la urbanización ya se divisaban a lo lejos y dejó escapar un pequeño suspiro de alivio. ¡Menos mal que la noche llegaba a su fin!

Cas desvió su atención de la carretera y la miró con una expresión inescrutable en el rostro. El color de sus ojos pasaba casi desapercibido en la oscuridad, pero Eli se percató de que la observaba con intensidad. Apenas si pudo sostenerle la mirada. Él volvió a girar la cabeza y siguió conduciendo.

Los guardias de seguridad, reconociendo el coche, abrieron la valla sin hacer preguntas, y en menos de un par de minutos Cas frenaba justo delante del chalet. Las luces de la planta baja estaban encendidas, cosa que no sorprendió a Eli, pues era bastante pronto todavía. Nerviosa, se quitó el cinturón de seguridad y se giró para despedirse de él. Su fría mirada la pilló por sorpresa.

—Bueno... gracias... por...

—Iba en serio —la interrumpió con dureza.

—¿Có... cómo?

—Antes me has preguntado si estaba hablando en serio cuando te he propuesto ir a mi casa a echar un polvo. Sí. Iba en serio.

Eli abrió los ojos, perpleja.

—Pero... pero... No tiene mucho sentido. La cena ha sido... horrible —musitó.

—Mira, voy a serte sincero —habló él en voz baja, acercando su cara a la de ella—, es verdad que la cena ha sido un absoluto desastre que no me gustaría volver a repetir. No sé si el responsable he sido yo —seguro que ha sido así—, o has sido tú. —Respiró hondo antes de continuar—. Pero hay algo en ti..., que me tiene

descolocado. No sé lo que es, pero me pone. De una manera como hacía tiempo que no me ponía nada. —Las últimas palabras las dijo en voz tan baja que Eli tuvo que inclinarse hacia él para poder escucharlas, quedando sus rostros a pocos milímetros de distancia—. Y ahora voy a hacer algo que tengo ganas de hacer desde el primer momento en que te vi —continuó, casi en un susurro. Eli sintió su cálido aliento contra la mejilla—. No suelo avisar, pero en tu caso voy a hacer una excepción por hoy, Elisa. ¿Sabes qué voy a hacer?

Eli negó con la cabeza. La presencia de él invadiendo su espacio la había dejado paralizada. Tenía el corazón a punto de salirse del pecho.

—Te voy a besar. Y no te estoy preguntando. Te estoy avisando —murmuró él—. Tienes tres segundos para apartarte. Tres... Dos...

Eli dejó de respirar. Su cuerpo había dejado de pertenecerle, así que aunque su cerebro le hubiese enviado la orden de marcharse a sus piernas, no le habría resultado posible.

—Uno...

La fuerte mano derecha de Cas le sujetó la nuca firmemente y sus labios cubrieron los suyos. Si ella había esperado un beso salvaje y avasallador se había equivocado. Con una dulzura poco corriente en un hombre de su tamaño y fiereza, Cas la besó apenas rozándole, una, dos, tres veces. La suavidad de esos labios la sorprendió gratamente. Casi en contra de su voluntad, se descubrió disfrutando del beso, deseando corresponderle. Incluso anhelando que fuese más atrevido.

Sintió una sospechosa humedad extendiéndose entre sus piernas, y se avergonzó. ¿Cuándo había sido la última vez que Lalo había conseguido excitarla así, con un simple beso? Y sin lengua... ¿Nunca?

Cas se retiró sin apartar la mirada de su cara. La expresión de sus ojos no delató lo que pensaba.

Eli respiró hondo. Le miró sin saber qué decir. Decidió bajarse del coche antes de empezar a balbucear como una tonta y ponerse en evidencia. Lo hizo. Sin volverse a mirarle se dirigió hacia la casa.

—Elisa.

Se dio la vuelta, con las piernas temblorosas. Le miró expectante... ansiosa... vacilante... insegura... confusa...
—Te llamo.

Capítulo Siete

Eli cerró la puerta con suavidad. No quería que sus amigas se enterasen de que ya había regresado. Tenía la cabeza hecha un lío y lo último que deseaba en esos momentos era tener que contarles lo que había sucedido.

—¿Eli? ¿Ya has vuelto? —escuchó la voz de Sandra desde el salón.

«Genial», pensó. Resignada, miró hacia el techo.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Por qué estás aquí? —Tana apareció ante ella. Llevaba puesto un pijama de seda rojo, y el pelo recogido en una coleta alta. La miraba con sorpresa—. ¿Tan horrible ha sido?

—Peor —repuso Eli sin mirarla, dirigiéndose al salón.

Sandra estaba sentada en el lujoso sofá de cuero blanco con un bol de palomitas entre las piernas. También llevaba puesto un pijama parecido al de Tana. La televisión estaba encendida con el volumen muy bajo. Parecían haber estado viendo una comedia.

—Cuéntanos qué ha pasado —le instó Sandra, haciéndole un gesto para que se sentase a su lado.

Eli se quitó las sandalias y dejó el bolso en el suelo, antes de sentarse con las piernas encogidas debajo de ella. Apoyó la cabeza en el sofá y dudó. ¿Por dónde empezar?

Tana se había sentado frente a ellas, en un butacón enorme, también de cuero. Mientras esperaba a que Eli hablase, cogió el mando y apagó la televisión.

—Yo ya sabía que iba a ser un fracaso y os lo dije —comenzó Eli, mirando a Tana con acritud—. Me ha llevado a un sitio horrible. Parecía que nos hubiésemos trasladado a la serie esa de los moteros, *Hijos de la Anarquía*. El lugar, imposible de describir, solo el nombre ya lo dice todo. —Hizo una pausa levantando las manos, como si dibujase un cartel en el aire—. ¡*El sueño eterno* sobre una lápida! —Su horrorizado tono de voz hizo que tanto Tana como Sandra se tapasen la boca, intentando contener la risa.

—¡No os riais! ¡No ha sido gracioso! Ya sabéis lo nerviosa que me pongo cuando me tengo que enfrentar a lo desconocido... No he parado de tartamudear... Y lo peor han sido sus comentarios... —suspiró, mientras se alisaba la falda con nerviosismo.

Tana y Sandra dejaron de reírse. Se miraron la una a la otra, con algo parecido a la preocupación en el rostro.

—¿Qué te ha dicho? —inquirió Tana mostrando enfado—. ¿Se ha pasado? No pensaba...

—Ah, déjalo. Tampoco ha sido para tanto si lo pienso... pero ha ridiculizado mi peso...

Sandra ahogó un gemido. Y Tana frunció el ceño.

Eli guardó silencio unos instantes intentando encontrar las palabras adecuadas. En un círculo como el suyo, el tema del peso era algo muy serio; y en su caso, todavía más, debido a la obsesión que su madre tenía con la alimentación y la gordura. Y sus amigas lo sabían. Ellas no eran tan obsesivas como Eli, pero también cuidaban su peso, aunque no muy en serio si se tenía en cuenta el bol de palomitas que Sandra sostenía entre las piernas.

—Ha insistido en que probase su hamburguesa y como he dicho que no, ha intentado convencerme para que probase sus patatas... Luego ha dicho algo así como que era absurdo que no comiese hidratos... —Volvió a suspirar—. Supongo que le he dado más importancia de la que debía.

—Eli —comenzó Tana, al cabo de unos segundos de haberla observado con atención—, deberías superar ese tema y poner a tu madre en su sitio. No pasa nada porque un día te comas una hamburguesa. No es para tanto.

—Lo sé. Lo sé. No hace falta que lo digas... pero... no sé... han sido tantos años de presión...

—Toma. —Sandra le ofreció el bol de palomitas—. Come un par y deja de sentirte culpable. De todas maneras tu madre no está aquí, ¿no?

—¿No hemos dicho que estos días iban a ser perfectos para tomar malas decisiones? —añadió Tana—. Come palomitas. Ya.

Eli soltó una risita nerviosa, mirando a sus dos amigas. Con lentitud levantó la mano y cogió un par de palomitas. Se las metió en la boca y masticó.

¡Estaban buenísimas!

—Asunto zanjado —concluyó Tana con una sonrisa—. La próxima vez que quedes con Cas, ya te puedes comer una hamburguesa.

A Eli se le borró la sonrisa de la cara.

—No creo que haya una próxima vez...

Y procedió a relatarles todo lo que había sucedido. Les habló de su incomodidad, de la broma de la cerveza y de cómo había reaccionado durante toda la cena. También les contó el «ofrecimiento» que él le había hecho para ir a su casa a terminar la velada.

—Pero entonces, sí está interesado en ti, ¿no? —arguyó Sandra.

—Por lo menos en acostarse contigo, que era lo que querías —adujo Tana.

—¿Lo que quería *yo*? ¿O lo que *vosotras* pensabais que era mejor para mí? —preguntó Eli con una pizca de sarcasmo.

—A fin de cuentas, es lo mismo. Tú a veces no sabes qué es lo que más te conviene. —Tana la miró con los ojos entrecerrados—. Has decidido no ir, claro, si no, no estarías aquí ahora.

—Sinceramente, no es mi tipo.

Sandra bufó con incredulidad.

—¡Por favor, Eli! ¿A quién pretendes engañar? —exclamó Tana, poniéndose de pie y encarándose con ella—. Cada vez que nos cruzamos con él, se te van los ojos detrás, y si mencionamos su nombre, te pones roja como un tomate. ¿No es tu tipo? ¡Ja! ¿Y quién es tu tipo? ¿Lalo? —terminó con tono despectivo.

—Lalo es un hombre encantador.

—Muy encantador, muy controlado, muy comedido, muy pulcro, muy educado, muy serio, muy limpio, muy en su sitio... ¡Muy aburrido!

Sandra asentía ante cada epíteto que salía de la boca de Tana.

Eli aguantó el chaparrón, sabiendo que su amiga tenía razón. Ella pensaba lo mismo más o menos, pero era difícil admitirlo. Sobre todo cuando los últimos años de su vida se los había pasado convenciéndose de que ese era el hombre con el que se iba a casar.

—Quizá tengas razón, pero eso no quita que Cas sea poco adecuado para mí —arguyó, irguiéndose en el asiento—. Es rudo y descortés. No me ha abierto la puerta del coche... Y ya habéis visto *qué coche*: sucio y lleno de golpes... Hace comentarios inapropiados todo el rato, y no para de soltar tacos. Es obsceno y soez. Se burla de mí y habla con sarcasmo... ¿Y su aspecto?, ¿qué me decís de su aspecto? —elevó la voz—. No voy a negar que es guapo, muy guapo, pero... esos vaqueros ajustados, y ¿botas de militar?... Y los tatuajes de presidiario... Solo de pensar en ellos me estremezco.

Tana y Sandra la miraban desconcertadas.

—¡Dios, Eli! —exclamó Tana—. Eres una snob.

—Pues claro que soy una snob. ¿No lo somos todas? —repuso con voz fría, al tiempo que se levantaba del sofá. Se agachó para recoger las sandalias del suelo, dando la conversación por terminada, y con ellas en la mano se giró, dispuesta a marcharse.

—A veces eres igual que tu madre.

La voz de Tana a su espalda la hizo detenerse. Cerró los ojos y respiró hondo. Odiaba que la comparasen con su progenitora y Tana lo sabía.

—Además, la idea no era que te casases con él, solo tenías que echar un polvo y disfrutar por una vez en tu vida —sentenció la otra con sarcasmo.

Continuó andando sin darse la vuelta. Las palabras de su amiga resonaban en su cabeza, mientras iba subiendo las escaleras de camino a su dormitorio. ¿De veras pensaba que era como su madre? No. No podía ser. En secreto siempre había deseado no parecerse a Carmen de Luis, portada de las revistas del corazón en más ocasiones de las que a ella le gustaba recordar, y mujer florero por conveniencia propia.

Cuando llegó a su habitación se encerró y se sentó en el borde de la cama, con la mirada fija en el vacío. Gracias a Dios que no les había mencionado a sus amigas lo del beso. Le parecía un momento demasiado privado e íntimo como para compartirlo con nadie.

Se rozó los labios con los dedos, con suavidad, y rememoró la dulzura con la que él la había besado y la curiosa aspereza de su

mentón sobre su piel... Se estremeció solo de pensar en ese beso.
El beso de Cas...

Capítulo Ocho

El móvil comenzó a sonar. Los primeros acordes de *Highway to Hell* de AC/DC invadieron la tranquilidad del taller.

—Jefe, te llaman —gritó Tony desde la parte delantera.

Se encontraba en la parte trasera, revisando unas piezas de repuesto que acababan de llegar cuando escuchó a su mecánico llamándole. Dejó lo que había estado haciendo y se dirigió a su oficina.

La pantalla del móvil indicaba que era su amigo Pep, el dueño del *Crazy Coconut*. Cas había estado esperando su llamada; celebraba su cumpleaños esa noche y suponía que quería confirmar la hora.

—Eh, Pep, ¿a qué hora hay que estar allí? ¿Hay que llevar algo?

—...

—Ok, allí estaré ¿Has llamado ya a Jan y a Till?

—...

—Vale, perfecto. Oye... a lo mejor voy con alguien, no hay problema, ¿verdad?

—...

—¡Qué va! Ni novia ni hostias. Es una amiga.

—...

—Sí, nos vemos.

Colgó.

Se metió el móvil en el bolsillo del pantalón y volvió a la parte trasera. Mientras retomaba su tarea no pudo evitar pensar en *ella*, como tantas veces lo había hecho desde la miserable cena del domingo.

Había sido un verdadero desastre. La situación más incómoda — para ambos— desde que el mundo era mundo. Y no podía dejar de pensar que, en parte, él había sido responsable. Desde el primer momento había sabido que no era el tipo de chica que uno se podía encontrar en *El sueño eterno* y aun así había decidido llevarla allí para ¿provocarla?, ¿probarla? Ahora ni siquiera sabía por qué lo

había hecho... No era extraño que la noche hubiese acabado tan mal.

Nunca había visto a nadie tan incómodo como la había visto a ella esa noche. Desde el momento en que había salido del chalet y había visto su abollado y sucio Navara, había sabido que la noche iba a ser un fiasco. En el fondo se había sentido muy molesto de que ella le prejuzgase por el aspecto de su coche, o por sus tatuajes —que había mirado en diversas ocasiones, sin poder ocultar su desagrado—. Le había enojado, y por eso había decidido llevarla a *El sueño eterno*, como una especie de venganza.

La había cagado.

Desde aquella noche había hecho examen de conciencia y meditado sobre su actitud. Él solía ser franco y no tenía pelos en la lengua, decía lo primero que se le pasaba por la cabeza y nunca había tenido problemas con otras mujeres, parecía gustarles incluso, pero si de verdad quería tener algo —lo que fuese— con esa chica, iba a tener que actuar de otra manera.

No iba a cambiar por ella, él era como era, pero sí podía ser algo más diplomático. Menos brusco... No estaba acostumbrado a tratar con ese tipo de chicas, tan educadas y controladas... Ella era tan etérea... —sí, esa parecía ser la palabra perfecta para describirla—, pero ¿acaso no le gustaban las cosas nuevas y los riesgos?

El beso que habían intercambiado en la puerta del chalet había estado bien. No había sido tan pasional como a él le hubiese gustado, pero le había servido para confirmar su teoría de que los labios de ella eran increíblemente suaves y dulces. Si cerraba los ojos y se imaginaba su tacto todavía le hervía la sangre.

¡Joder!

Al despedirse le había dicho que la llamaría y ya habían pasado tres días. Era un buen momento para contactar con ella. Preguntarle si quería ir con él al cumpleaños de Pep había sido una idea de última hora. Quizá no aceptase.

«El que no arriesga, no gana, ¿no?», se dijo.

En ese preciso momento su móvil volvió a sonar.

Era Jan.

Activó el manos libres antes de coger una de las pesadas cajas de madera y subirla a la estantería.

—Dime, Jan.

—Esta noche es lo de Pep. Te recojo a las siete, ¿te parece?
La voz de su hermano llegaba distorsionada a través del altavoz.

—No. Voy por mi cuenta.

—¿Y eso? ¿No habíamos quedado en ir juntos?

—Eh... sí —vaciló—, pero a lo mejor llevo a alguien.

—Ah, a Catherine Deneuve —replicó Jan con sorna.

Cas elevó los ojos al cielo.

—Ya veré. Te veo allí, ¿ok?

—Perfecto, Cas —repuso Jan con la risa vibrando en su voz—.

Ah, y no te olvides de lavar el Navara antes de recogerla.

—¡Gilipollas! —exclamó Cas, colgando el teléfono; pero sonreía.

Le había contado a su hermano el fiasco de la cena y Jan se había partido de risa con la situación. Till todavía no lo sabía, gracias a Dios. Su nivel de cachondeo podía ser mayor de lo que ningún ser humano era capaz de soportar.

Aprovechando que tenía el móvil en la mano, buscó en la agenda de contactos hasta que encontró su nombre. Había cambiado Eli por Elisa la misma noche de la cena. Elisa sonaba genial, y no le recordaba a su bulldog inglés, blanca y canela, de veinte kilos y mirada adormilada.

Se dirigió a su oficina y cerró la puerta. Solo Tony estaba en el taller, y no cerca, pero para tener esa conversación, que quizá fuese un poco extraña, prefería estar solo y no ser interrumpido. Se apoyó en el escritorio y marcó.

Tres tonos más tarde alguien cogió el teléfono.

—¿Sí? —Era ella.

—Elisa, soy Cas.

Silencio.

—Ho... Hola, Cas —respondió al fin.

—Te dije que te llamaría.

—Sí, sí, claro... —El tono de ella reflejaba algo de frialdad.

—Quería preguntarte si te apetece venir a una fiesta. Es algo informal... esta noche... —Estaba más nervioso de lo que le hubiese gustado admitir.

—¿Esta noche? —repuso ella al cabo de unos incómodos segundos de mutismo.

—Bueno, esta tarde, a las siete, aunque supongo que se alargará hasta la noche.

Otro silencio.

—Esta noche ya tenemos planes, lo siento... —se oyó un murmullo de fondo—. Un momento, Cas, no cuelgues.

Él se quedó esperando con el móvil pegado a la oreja. Podía oír una conversación agitada al otro lado de la línea, pero no las palabras exactas. Escuchar que ella ya tenía planes para esa noche había resultado una decepción. Expectante, esperó a que ella regresase con su respuesta.

—Perdona que te haya hecho esperar, Cas... Dices que es esta tarde...

—Sí, sobre las siete. ¿Te recojo a las seis y media? —Se aventuró.

—Eh..., bien..., sí —vaciló ella—. Está bien. A las seis y media entonces.

Cas sonrió de oreja a oreja.

—Trae un bikini —añadió—. Es una fiesta en la playa.

Otro incómodo silencio se hizo al otro lado de la línea.

—Bien —terminó ella por contestar—. No hay problema.

Y colgó.

Cas dejó el móvil encima de la mesa. Se pasó la mano por el mentón, mientras pensaba sobre su fría actitud. Pero había aceptado, ¿no?

Quizá debería afeitarse y lavar el Navara...

* * *

Eli colgó el teléfono con la mano algo temblorosa. Había dicho sí... a una fiesta en la playa... Cerró los ojos... Se iba a arrepentir, seguro.

—Vamos, Eli, vamos a planear lo que te vas a poner —dijo Tana a su lado, cogiéndola del brazo.

Eli gimió, mirando a la otra con impotencia.

—¿Lo que me voy a poner? ¡Ja! Ya sé lo que me voy a poner... ¡El bikini! Es una fiesta en la playa.

—¡Genial! Así puedes estrenar ese bikini tan estupendo de Versace que trajiste de Nueva York.

—Sabes que mi cuerpo no es mi fuerte, Tana...

—Estupideces. Lo que no es tu fuerte es tu autoestima. Eso hay que trabajarlo.

Eli suspiró. ¿Cómo narices se había dejado convencer otra vez para salir con Cas? ¿Por qué era tan débil?

«No es debilidad... Es que tienes ganas de verle...»

La *otra* Eli se manifestó en su cabeza.

Era miércoles a mediodía, y habían decidido no bajar a la playa. Se habían quedado en casa, tomando el sol en la piscina. Alba y Sandra estaban en la cocina, organizando la comida, y Tana y ella acababan de salir del agua cuando su móvil había sonado. El número no le había resultado familiar.

Al escuchar la voz de Cas al otro lado de la línea se había puesto muy nerviosa, pero había sabido mantener la compostura, gracias a Dios.

Después del desastre, no había creído que él volviese a llamarla, pero se había equivocado. Era una llamada que había ansiado y temido al mismo tiempo. Ansiado porque no había podido quitarse de la cabeza a ese inapropiado hombre y su fantástico beso; y temido porque, a pesar de saber que deseaba verle de nuevo, seguía siendo demasiado apabullante y no sabía si iba a ser capaz de manejar las sensaciones que él provocaba en ella.

Era cierto que tenían planes para esa noche. Iban a ir a cenar al Club Náutico con Jaime y sus amigos.

—Llevas tres días arrepintiéndote de la actitud que mostraste en la cena. Esta es tu oportunidad de enmendarte —le dijo Tana, sacándola de sus pensamientos.

—Sí, sí... Ya lo sé... pero eso no tiene nada que ver con que me sienta un tanto insegura. La verdad es que me impone bastante.

—Mira, esta noche te vas a tomar unas copas y vas a desinhibirte un poco, Eli. Te vas a poner tu bikini fabuloso. Vas a soltarte el pelo... Y si te apetece, te vas a acostar con ese dios vikingo que ha aparecido en tu vida para alegrártela un poco... — Tana se detuvo delante de ella y le cogió el rostro con las manos—. Eli, tú vales mucho. Solo tienes que creértelo. —Se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla.

Eli abrazó a su amiga impulsivamente.

—Te voy a hacer caso, como siempre.

—Pues claro —repuso Tana, tomándola de la mano y arrastrándola a toda velocidad hacia la casa— Tenemos que contárselo a Alba y a Sandra, y preparar un neceser por si acaso no vuelves a dormir... y que no se nos olviden los condones...

Capítulo Nueve

Cas aparcó frente al chalet como había hecho tres días antes. Una extraña sensación de *déjà vu* le embargó. Aunque no todo era igual, reconoció. Esta vez los guardias de seguridad habían abierto la verja directamente, como si le hubiesen estado esperando. Y su Nissan Navara negro brillaba al sol, recién lavado.

Pequeñas diferencias, pero importantes.

El reloj del salpicadero marcaba las seis y veintisiete. Apagó el contacto y se bajó del coche. Vaciló. No sabía si esperar ahí o dirigirse a la casa. Todavía no había tomado ninguna decisión cuando la puerta se abrió. Se dio la vuelta.

Cada vez que la veía estaba más guapa que la anterior, o al menos eso le parecía a él. La miró de arriba abajo recreándose con la imagen que le fundió las retinas. Llevaba un vestido blanco, corto, bajo el que asomaban los tirantes de un bikini amarillo. Un sombrero de paja y unas gafas de sol enormes con montura blanca de estilo sesentero ocultaban sus facciones. Cas estuvo a punto de dejar escapar un silbido apreciativo.

—¿Ya estás lista? Estupendo —comentó, acercándose a ella y cogiéndole la bolsa de playa que llevaba colgada al hombro. Abrió la puerta de atrás y la dejó en el asiento antes de apresurarse a llegar antes que ella a la puerta del pasajero y abrirla.

Ella le miró, sorprendida.

—¿No habías dicho que no era tu estilo? —preguntó, perpleja. La expresión de sus ojos quedaba oculta tras las gafas de sol.

—Bueno, aunque soy medio alemán, no soy tan cuadrulado; siempre puedo probar cosas nuevas, ¿no? —repuso él, sonriendo.

Ella correspondió a su sonrisa mostrando su perfecta hilera de dientes blancos.

«Ok, esto funciona», pensó. «Si sigo así todo irá suave como la seda», se aconsejó a sí mismo.

Se sentó al volante y arrancó. De reojo, comprobó que ella parecía bastante más relajada que la vez anterior. Quizá también

había hecho examen de conciencia y había decidido poner de su parte para que esa cita saliese mejor que la primera.

—¿Dónde vamos? —inquirió ella, una vez hubieron abandonado la urbanización y se encontraron en la carretera.

—A casa de mi amigo Pep. Vive en un chalet a unos treinta kilómetros de aquí.

—Oh, pensé que íbamos a la playa.

—Es la playa —repuso él—. Tiene una playa privada. Es su cumpleaños.

Le miró horrorizada.

—¿Su cumpleaños? Pero... No he traído nada...

Él se rio.

—No te preocupes. No va a haber regalos ni nada por el estilo. Dentro de poco es su aniversario de boda y ya les hemos regalado un viaje entre todos. Suficiente.

Ella asintió, más tranquila. No se había quitado las gafas ni el sombrero, y él deseó que lo hiciera. Se sentía raro hablando con alguien cuyas facciones quedaban ocultas.

Como si le hubiese leído el pensamiento, en ese momento ella se desprendió de ambos complementos y los puso sobre su regazo; luego le miró.

Cas giró la cabeza y la miró a su vez. Su pelo dorado, que el sombrero había mantenido sujeto, se había derramado sobre sus hombros, y un mechón suave se enroscaba justo sobre su delicada clavícula. Sus ojos se detuvieron en ese rizo unos segundos más de lo necesario.

—Estás muy guapa —murmuró, después de aclararse la garganta. Volvió a concentrarse en la carretera. Se sentía algo torpe siendo tan cortés. Si era sincero consigo mismo, lo que le hubiese apetecido hacer era cogerla en brazos y meterle la lengua hasta la garganta. Se removió inquieto en su asiento.

—Gracias. Tú también —contestó ella.

Él sonrió de medio lado. No se había arreglado para la ocasión, pero aceptó el cumplido. Llevaba unos pantalones cortos llenos de bolsillos, una camiseta blanca y sus All Star negras. Inconscientemente se pasó la mano por el mentón. Se había afeitado, eso sí.

—La otra noche nos quedamos a medias. ¿Por qué no me cuentas algo sobre ti?

Ella pareció dudar, pero pasados unos segundos, con un ligero titubeo, comenzó a hablarle del motivo que las había llevado a la costa, a ella y sus amigas. Le contó lo de la próxima boda de Alba con Jaime Llorens, algo de lo que él ya estaba enterado por Jordi. Después, como si poco a poco fuese encontrándose más a gusto en su compañía, la conversación se tornó más personal y le habló de sí misma, le dijo que acababa de volver de Chicago de hacer un máster en Derecho Internacional y que todavía no tenía pensado qué hacer en el futuro.

Cas la escuchaba con interés. Cuanto más hablaba, más evidentes eran las diferencias que había entre ellos. Nunca antes se había relacionado con alguien que viviese cerca del Parque del Retiro en Madrid —él sabía que era una de las mejores zonas de la capital—, que hubiese estudiado derecho en el ICADE y hubiese hecho un máster en Estados Unidos. Estaba claro que se movía por sitios en los que él jamás podría plantar un pie. Y sin embargo, la primera impresión que había tenido de ella, la de que era una niña pija mimada, se iba desvaneciendo paulatinamente. Se expresaba de una manera exquisita, con un tono de voz pausado y uniforme; no obstante, parecía cercana, una persona diferente a la de hacía unos días.

Fascinado, la observó de reojo, tratando de averiguar qué podía haber sucedido para que hubiese cambiado tan radicalmente.

Cuando le llegó el turno a él de hablar de su vida, le contó un poco sobre sus orígenes, la historia de sus padres, que su madre tenía una pastelería en el pueblo y su padre vivía en Alemania. Le habló del estudio de tatuajes de Jan, y de su taller. Ella pareció sorprendida al enterarse de que era mecánico.

—¿No lo parezco? ¿Esperabas a un tipo lleno de grasa con las uñas negras? Me las he cepillado antes de venir a recogerte —añadió con tono jocoso.

—No, no... no es eso... —dijo ella, bajando la mirada.

—Es broma, Elisa. No me hagas caso —la tranquilizó—. Tengo un humor un tanto sarcástico.

Ella asintió, aliviada.

—Estamos a punto de llegar. Va a haber bastante gente, pero no te preocupes. A mí y a mis hermanos ya nos conoces, y Pep y su mujer Ana son encantadores. Los demás son buena gente, también.

Quizá traerla no había sido la mejor idea de todas, consideró. Sus amigos eran bastante abiertos y no tenían pelos en la lengua. Elisa era demasiado delicada, quizá. Esperaba que no la pusiesen en un compromiso haciéndole preguntas difíciles.

Suspiró.

—No te preocupes —repuso ella, como si le hubiese leído el pensamiento—. Siento haber dado la impresión de que no sé desenvolverme en ambientes que no conozco... Es verdad que me cuesta aclimatarme, pero estoy segura de que todo va a ir bien.

La miró de reojo con escepticismo. No sabía si ella deseaba convencerle a él o a sí misma.

—Es aquí.

Puso el intermitente y giró a la derecha por un camino estrecho de grava. Había varios coches aparcados en la entrada, entre ellos el Jeep de su hermano Jan. Aparcó bajo un grupo de palmeras y se bajó del vehículo. Iba a acercarse a la puerta del pasajero para abrirla, pero ella ya se había bajado.

—No me dejas impresionarte —le dijo, acercándose.

—¿Quién ha dicho que no lo hayas hecho ya? —respondió ella, poniéndose el sombrero y las gafas de sol que ocultaban su expresión.

Cas se detuvo en seco.

¿Estaba coqueteando con él? ¿La tímida y serena Elisa le tiraba los trastos?

La miró arqueando las cejas, sorprendido. Una enorme sonrisa apareció en sus labios y un peculiar fulgor asomó a sus ojos.

«Así, sí», pensó.

* * *

Eli no había pretendido decir eso, pero las palabras habían salido de su boca sin que hubiese podido contenerlas. Era lo que pensaba, pero reconocerlo en voz alta y delante de él...

Era consciente de lo mucho que estaba esforzándose por hacer que se sintiese cómoda. Sonrió al pensar que había lavado el coche

y le había abierto la puerta. ¡Si hasta se había afeitado! Y la conversación totalmente distendida y agradable que habían mantenido en el trayecto había contribuido bastante a que ella se encontrara a gusto. Estaba positivamente sorprendida.

Le miró de reojo, mientras se acercaban a la puerta de la casa. Estaba muy atractivo vestido así, sin pretensiones; y la camiseta blanca le sentaba de fábula con el bronceado de su piel. No era de extrañar que tuviese ese color viviendo allí todo el año. Hasta los tatuajes que cubrían sus fornidos brazos le parecían menos amenazadores ese día.

«Me comporté como una tonta el domingo», reconoció. «Tengo que intentar relajarme y no ser tan “snob” como diría Tana. ¿No es esto lo que siempre he querido? ¿Relacionarme con gente “normal”?»

De pronto Cas la cogió de la mano. Se sorprendió, pero aceptó el gesto como algo natural. Él pareció no darle demasiada importancia. Su mano era cálida y firme, callosa, y le provocó una agradable sensación contra la piel.

En vez de dirigirse hacia la puerta principal, Cas la guio hasta la parte de atrás de la casa, que era la típica construcción que se veía por la zona: un chalet unifamiliar de dos plantas de color tierra. Atravesaron un pequeño jardín. Las voces de los allí reunidos llegaron hasta sus oídos; también pudo escuchar música y el sonido de las olas rompiendo en la arena.

La casa se encontraba a solo unos cien metros de la playa y desde el mismo jardín se accedía a una playita privada. Se percató de que la fiesta estaba en su apogeo. Algo más de dos docenas de personas se congregaban alrededor de la piscina y en la misma arena de la playa. La ropa brillaba por su ausencia, allí todos andaban en bañador o bikini. Justo a la derecha de donde ellos se encontraban, había una larga mesa con comida, y al lado una barra de bar portátil ocupando todo el lateral de la vivienda. Numerosas tumbonas y mesas con sillas se hallaban repartidas sin orden ninguno, algunas ocupadas, otras no. Parecía ser una reunión un tanto caótica, muy diferente a las fiestas a las que Eli estaba acostumbrada a asistir.

—¡Cas! —llamó un hombre desde detrás de la barra, agitando el brazo. Eli calculó que tendría unos cuarenta años. Estaba muy moreno y era algo más bajo y delgado que Cas.

—Ven, ese es Pep —dijo él, guiándola hacia la barra. Se cruzaron con varias personas por el camino que le saludaron con efusividad, pero él no se detuvo a hablar con nadie. Su mano la agarró incluso con más firmeza.

—Hola, cabronazo —exclamó el tal Pep, palmeándole el hombro con fuerza cuando se encontraron frente a él. Luego se dirigió a ella con una enorme sonrisa—. Tú debes de ser Cathe...

—Elisa. Se llama Elisa —le interrumpió Cas con rapidez.

Eli se sorprendió al verle enrojecer. Era quizá la primera vez que le notaba azorado. Extendió la mano dispuesta a estrechársela al dueño de la casa, pero este se abalanzó sobre ella y le dio dos sonoros besos.

—¡Elisa! Encantado de conocerte. ¡Ana! —gritó, volviendo la cabeza—. Esta es mi mujer —presentó a la esbelta rubia de ojos azules que se acercó a ellos. Lucía un bañador verde y se movía con elegancia—. Esta es Elisa, la *amiga* de Cas —dijo, enfatizando la palabra amiga, aunque Eli no estaba segura de ello.

La rubia, después de hacerle un guiño a Cas, al que él correspondió con otro, le sonrió amablemente; no parecía tan efusiva como su marido, pero a Eli le gustaron sus maneras, más reposadas que las de Pep.

—Encantada, Elisa. —Se acercó y le dio un par de besos—. Estás en tu casa. Cas te la puede enseñar. Buscad un sitio donde dejar las cosas. Sin formalidades, ya sabes, Cas.

—Muchas gracias por la invitación. Y feliz cumpleaños —repuso Eli, dirigiéndose a Pep.

—Uf, no me lo recuerdes. Un año más viejo. ¡Qué horror! Tomad lo que queráis. Servíos vosotros mismos. Luego nos vemos. Voy a llevarles estas cervezas a mis suegros. —Y sin más, se alejó seguido por su mujer, que les hizo un gesto de despedida con la mano.

—¿Qué te parecen? —preguntó Cas, soltándola al fin, y dirigiéndose al extremo de la barra.

Eli se sintió extraña. ¿Cómo era posible que notase la ausencia de su mano? Era curioso.

—Son encantadores —dijo, paseando la mirada por el jardín. Había más hombres que mujeres, advirtió. La mayoría de la edad de Pep.

—¿Qué quieres beber? —Cas arqueó las cejas. Él mismo se estaba sirviendo una cerveza—. ¿Quieres una? Te prometo que esta es normal —añadió, al ver cómo ella arrugaba la nariz.

—No sé si debería creerte, pero acepto —le sonrió.

La miró con intensidad, como si hubiese dicho algo de vital importancia. Sus ojos azules se oscurecieron de una forma que no supo interpretar. Parecía un depredador a punto de saltar sobre su presa. Sintió cómo los pelos de la nuca se le erizaban.

«No te pongas nerviosa. Todo va bien», se dijo.

—¡Eh, Cas!

Una voz profunda a su espalda la hizo girarse. A solo unos centímetros de distancia, casi invadiendo su espacio, se encontraba Jan: el imponente tatuador. Tuvo que levantar la cabeza para verle la cara. Era igual de alto que su hermano y ese día ella no contaba con la ventaja de los tacones.

—Hola, Jan. ¿Hace mucho que has llegado? Esta es Elisa.

—Hola, Elisa. Ya nos vimos el otro día, creo —dijo él, inclinándose a darle dos besos. Tenía un ligero acento parecido al de Cas.

No pudo evitar sentirse avasallada. Una cosa era Cas, al que poco a poco empezaba a acostumbrarse, y otra, ese gigante tatuado del cuello a los tobillos, como podía apreciar a simple vista. No llevaba camiseta, solo un bañador, por lo que la mayoría de sus tatuajes quedaban al descubierto. Intentando liberarse de sus prejuicios absurdos y deseando mantener una mente abierta, le devolvió los dos besos con una tímida sonrisa.

—Sí, en el *Western Ribs*, ¿no?

Él asintió. Parecía más serio que sus dos hermanos, aunque quizá fuese su expresión o la nariz un tanto torcida.

—¿No ha llegado Till? —preguntó Cas desde detrás de la barra, tendiéndole una cerveza a su hermano y otra a ella.

—No. Llegará más tarde —repuso el mayor, encogiéndose de hombros, mientras daba un trago de su vaso. Después giró la cabeza y la miró sin ningún disimulo —Supongo que te lo habrán dicho muchas veces y voy a ser poco original, pero ¿sabes que te pareces muchísimo a Catherine Deneuve?

Cas resopló, elevando la mirada hacia el cielo.

Eli bebió de su cerveza con cuidado, pero como Cas había dicho, era normal. Sonrió, mirándole de reojo; este levantó su vaso y le guiñó un ojo con picardía.

El corazón comenzó a latirle más deprisa.

Azorada, se concentró en Jan y en la pregunta que acababa de hacerle. Descubrió que le apetecía hablar con él. Prejuicios aparte, y aunque no podía evitar que sus ojos se fijasen en la profusión de tatuajes de colores que adornaban la mitad de su cuerpo, con el tatuador se sentía relajada.

—El primero en mencionarlo fue tu hermano Till, el otro día. Si te soy sincera, nunca me lo habían dicho antes.

—Entonces es que no te relacionas con la gente adecuada. — Jan sonrió de medio lado y sus duras facciones se suavizaron.

Ella soltó una carcajada. Le caía bien Jan. Se sentía más a gusto de lo que había pensado.

Cas apareció a su lado en ese instante. La miraba con una sonrisa deslumbrante.

—Como ya te habrás dado cuenta, mi hermano mayor está intentando tirarte los trastos —dijo, y acercando su cara a la de ella, añadió en voz baja—, pero todos sabemos que no le va a servir de nada porque se nota a la legua que estás colada por mí.

Eli volvió a llevarse el vaso a los labios y le miró por encima del borde tratando de contener su descontrolado corazón.

—Eso ha sido hasta ahora —repuso Jan—. En el momento en que me ha visto a mí se le ha pasado la tontería, ¿verdad Elisa? Yo soy mucho más atractivo que mi hermano. —Le hizo una mueca cómplice.

—Os equivocáis los dos. —Una voz cargada de confianza se mezcló en la conversación. Eli sintió cómo un brazo le rodeaba los hombros y se envaró, pero al ver que se trataba del simpático Till, se relajó un poco—. Es a mí a quién prefiere. Sin duda. Soy el más

guapo de los tres, el más simpático y el menos macarra. Yo no tengo esas pintas de chico malo, ¿verdad, Eli? Soy un buen chico.

De pronto la situación le resultó demasiado ridícula. El que esos tres hermanos que parecían salidos de un Valhalla moderno, se peleasen por sus favores, aunque fuese en broma, se le antojaba inverosímil y rayano en lo absurdo. Se echó a reír sin poder evitarlo. Cas la miró con sorpresa e incluso con algo de genuina admiración.

—¿Os estáis portando bien con mi chica? —Till le dio dos besos—. Gracias por cuidar de ella, Cas, hasta que yo llegase. Ya no te necesitamos.

Cas cogió a su hermano por el cuello y le apartó de ella, después le alborotó el pelo con cariño.

—Eres un payaso.

Till le soltó un beso en el aire antes de darse la vuelta y meterse dentro de la barra de un salto.

—¿Queréis otra? —les preguntó, mientras se servía una cerveza.

—Vamos a buscar un sitio donde dejar las cosas —contestó Cas, negando con la cabeza y tomando a Eli de la mano, como ya había hecho antes. El gesto cada vez resultaba más natural—. Luego nos vemos.

—Cuídamela —les gritó Till.

Eli se despidió de los dos hermanos con un gesto y una sonrisa. Estaba sorprendida de encontrarse tan cómoda. Todo era francamente agradable. En ningún momento se había sentido extraña con ellos. Sus bromas no le habían molestado, por el contrario, habían hecho que se sintiera como si formase parte del grupo. Como si fuese una más.

¿Qué pensaría su madre si la viese allí, codeándose con esa gente y formando parte de su círculo? Riéndose con ellos..., y bebiendo de un vaso de plástico... Sonrió al imaginarse su cara.

—¿Te diviertes? —le preguntó Cas.

—La verdad es que sí.

—Cojonudo.

Eli tuvo que refrenar el impulso de arrugar la nariz al escuchar la palabra malsonante. Bueno, no todo podía ser perfecto, ¿verdad?

Él dejó su bebida sobre una mesita y la bolsa de playa en una tumbona que había junto a la piscina, y se alejó unos metros para coger otra. Después se quitó las zapatillas y la camiseta dejando su fornido pecho y sus tatuados brazos al descubierto. Debajo de los pantalones llevaba un bañador azul oscuro con una raya blanca en un lateral.

Eli le miró sin reservas, admirando su bronceado cuerpo. ¡Impresionante! Como recién salido de un anuncio de ropa interior... Se humedeció los labios con la punta de la lengua, sin ser consciente de que lo hacía, pero la mirada cargada de fuego de Cas, le reveló que él sí se había dado cuenta de su gesto.

Giró la cabeza, presa de los nervios, intentando recomponerse. Ella no solía ser así. Se fijó en una pareja que se alejaba hacia el mar de la mano. ¡Qué imagen más romántica!

—Vente al agua —dijo él, sacándola de sus pensamientos—. Esta es la mejor hora para bañarse.

Eli le miró. Dudó unos instantes antes de asentir. Dejó la cerveza sobre la mesa. Muy consciente de su poco voluptuoso cuerpo, pero dispuesta a no dejarse llevar por su inseguridad, se quitó las sandalias, se desabrochó el vestido y lo dejó sobre la tumbona. Evitó mirarle, pero sabía que los ojos de él seguían cada uno de sus movimientos. Se pasó las manos por el pelo y se lo colocó detrás de las orejas.

—¿Vamos? —preguntó, mostrando una confianza en sí misma que estaba muy lejos de sentir.

—Vamos —repuso él, volviendo a cogerla de la mano.

Juntos se alejaron hacia el mar, imitando a la pareja a la que Eli había admirado solo unos segundos antes.

Capítulo Diez

Cas estaba fascinado, a la vez que confuso. No podía creer que la chica que iba andando por la playa a su lado fuese la misma chica de hacía solo tres días. ¿Qué había pasado para que hubiese cambiado tanto en tan poco tiempo? Era como si otra persona hubiese tomado posesión de su cuerpo.

Desde luego, no iba a quejarse del brusco cambio producido en ella. Fuera lo que fuese lo que había pasado, la transformación había sido para mejor, para mucho mejor. Apenas si había mostrado trazas de nerviosismo o inseguridad. Nada de petulancia ni engreimiento. Un poco de timidez, quizá, pero le sentaba bien.

La miró de reojo. Caminaba con ese porte distinguido que la caracterizaba y que la hacía parecer recién salida de las páginas de una revista de moda. Con la cabeza erguida y los hombros muy rectos. Un golpe de brisa le agitó el cabello y ella se lo echó hacia atrás con la mano, dirigiéndole una sonrisa que estuvo a punto de hacerle tropezar.

¡Mierda!

Estaba hermosa con el sol brillando sobre su piel dorada y su pelo rubio. Las pecas que cubrían su nariz se acentuaban con esa luz, confiriéndole un aspecto de niña traviesa. El bikini amarillo que llevaba realzaba su figura delgada. No era demasiado curvilínea pero Cas acababa de descubrir que ese era el tipo de mujer que más le gustaba.

¡Joder! Se estaba empezando a comportar como un niño adolescente mirándola embobado. Era algo que no solía sucederle y, menos aún después de solo un par de breves encuentros.

—Me gustan tus hermanos —rompió ella el silencio—. Me gusta vuestra camaradería.

—Son pesados y unos aprovechados, pero lo soporto.

Ella se rio.

—¿Tú tienes hermanos?

—Uno. Más mayor —repuso—. Pero no tenemos ese tipo de relación que tenéis vosotros. Somos... más reservados.

Habían llegado al agua y ella pareció vacilar antes de meterse. Él tiró de su mano con suavidad, animándola. Lo cierto era que el agua estaba espléndida. La temperatura era ideal.

—Venga, no seas cobarde —la instó. Ella le siguió.

Se internaron en el mar, atravesando el rompiente de las olas y llegaron hasta el lugar donde el agua le cubría a ella los hombros. Cas la soltó para que pudiese moverse con más libertad. Nadó un poco alrededor de ella sin perderla de vista. Ella sumergió la cabeza y chapoteó, sin alejarse demasiado.

Estaban solos. A lo lejos se veía a alguien nadando en aguas más profundas; los demás bañistas se habían quedado en la zona donde cubría menos.

—Háblame de tu hermano y de por qué no estáis unidos.

Se acercó. Estaba realmente interesado. Para él era inconcebible que dos hermanos, que se habían criado juntos, no tuviesen una relación estrecha, como la que tenía él con Jan y Till. También discutían, pero eran familia, al fin y al cabo.

Ella hizo un gesto vago con la mano. Parecía no querer hablar de ello.

—No es un tema muy agradable de conversación.

—No importa. Quiero escucharlo —dijo él, acercándose todavía más. La cogió del brazo y la arrastró consigo un poco más adentro, donde sabía que ella no hacía pie, pero él sí.

—Eh... ¿Qué haces? —protestó, agitando las piernas e intentando desasirse.

—Traerte adonde no haces pie para tenerte a mi merced —le susurró al oído. Luego la abrazó por detrás y apoyó la cabeza sobre su hombro. Ella dejó de protestar, pero él sintió bajo la mano que le sujetaba el tórax cómo su corazón se aceleraba.

Reflejo del suyo propio, reconoció. El delgado cuerpo de ella, sin peso en el agua, pegado al suyo le provocaba sensaciones más que placenteras.

—Cuéntame lo de tu hermano —volvió a insistir.

—Es por cómo hemos sido educados —capituló ella. Hablaba en voz muy baja pero firme—. Pensarás que somos unos niños ricos

mimados, y no te equivocas. —Hizo una pausa al tiempo que dejaba escapar una risa algo apesadumbrada—. Nuestra forma de vivir puede parecer absurda y de otro siglo, pero es la única que conozco... —suspiró—. Es todo cuestión de género. Él es un hombre, por lo que se espera de él que se convierta en el sucesor de mi padre en la empresa. Que haga lo que él..., que vaya a cazar los fines de semana, asista a comidas de negocios, juegue al golf con sus socios, ese tipo de cosas... Y de mí... Pues de mí se espera todo lo contrario. —Volvió a suspirar—. De mí se espera que organice fiestas y comidas benéficas, asista a rastrillos solidarios y juegue al tenis con otras mujeres del club. Que vaya de compras a boutiques caras... Me case, tenga hijos y me convierta en una «mujer florero». —Sus palabras estaban cargadas de amargura—. Por eso supongo que nos han educado de manera diferente a los dos. A él le han preparado para dirigir una compañía y a mí para decorar el brazo de mi marido... Es casi un milagro que me hayan costado una educación universitaria... En fin, como ves, no tenemos nada en común y nuestra relación es distante —concluyó.

Cas la había escuchado en silencio. Por un lado le sorprendía que todavía hubiese familias tan rancias y retrógradas que pudiesen criar a sus hijos así, pero por otro, eso explicaba la actitud de ella el domingo pasado: sus modales y su forma de comportarse. ¿Qué te podías esperar de alguien que había recibido una educación tan machista? Lo sorprendente era cómo ella se estaba comportando ese día allí con él.

—Sinceramente, lo que más me sorprende es tu cambio de actitud —exteriorizó sus pensamientos—. La chica con la que cené el domingo pasado sí parecía ser esa que describes, a la que han educado como un objeto de decoración, pero ¿tú? Tú no. No sé qué habrá pasado en estos días para que hayas sufrido un cambio tan radical y hayas decidido venir hoy y comportarte de otro modo. Me tiene un poco descolocado.

Ella se dio la vuelta entre sus brazos y se agarró a sus hombros. Él la sujetó por la cintura, notando su suave piel bajo el agua.

—Mi amiga Tana me puso en mi sitio después de la cena —confesó con algo de reticencia, sin apartar la mirada.

—¿Qué te dijo? —La pregunta salió entrecortada de sus labios. La cercanía le estaba comenzando a afectar más de lo que había pensado.

—Me dijo que era igual que mi madre —musitó ella lo que parecía ser una sentencia terrible, bajando la mirada y clavándola sobre su pecho—. Y la verdad, es lo peor que podía haberme dicho.

Cas se quedó callado unos instantes, asimilando sus palabras. No tenía ni idea del tipo de relación que Elisa tenía con su familia, pero no parecía ser muy buena. Lamentaba haber sacado ese tema y haber estropeado el ambiente. Ella le había parecido tan relajada solo unos minutos antes bromeando con sus hermanos... Y ahora... Una sombra nublaba su bello rostro.

—Te propongo una cosa —dijo, levantándole la barbilla con la mano y obligándola a mirarle—. Vamos a disfrutar del día. Mira a tu alrededor. Estamos en la playa..., brilla el sol..., el agua está genial..., hay cerveza gratis y no de la fuerte... —le guiñó un ojo y los ojos de ella mostraron una chispa de diversión—. Además, ahí fuera hay dos cabronazos —y lo sé de buena tinta porque son mis hermanos— esperando a que salgas del agua para lanzarse a por ti y tirarte los trastos —terminó, asintiendo con mucha seguridad—. ¿Qué más se puede pedir?

Ella rio. Atrás parecía quedar la nube de tristeza que había oscurecido su semblante. Cas se felicitó en silencio por haber conseguido arrancarle otra sonrisa.

—Déjame enumerar entonces: la playa, el agua, el sol, la cerveza y tus hermanos... mmm... Todo perfecto. Menos lo de tus hermanos... No me creo nada de lo que dices de ellos —terminó ella, negando con la cabeza. Sonreía.

—Te seré sincero, entonces. —La atrajo hacia sí, hasta que sus pechos le rozaron el torso bajo el agua. Notó cómo se le aceleraba la respiración—. No puedo hablar por mis hermanos, es cierto, pero sí puedo hablar por mí —susurró cerca de su oído—, y lo que estoy haciendo ahora mismo es tirarte los trastos —concluyó, mirándola con mucha intensidad.

La distancia a la que se encontraban sus rostros era tan diminuta que pudo apreciar a la perfección los diferentes matices del color de

sus ojos. No eran solo castaños, con la luz del sol reflejándose sobre ellos parecían cambiar de color a algo entre verde y avellana.

¡Dios, era preciosa!

El agua los mecía con suavidad acercándolos cada vez más, y Cas sintió cómo su cuerpo reaccionaba a esa cercanía. El roce de sus pechos y sus muslos hizo que una sospechosa erección comenzara a manifestarse.

De repente, ella hizo algo que le sorprendió. Se humedeció los labios con la punta de la lengua y, cerrando los ojos, acercó su boca a la de él. Cas apenas si pudo contenerse; cuando sintió esos carnosos labios contra los suyos, dejó escapar un gemido y la sujetó por las caderas apretándola contra su cuerpo.

Ella se tensó, pero no se apartó. Durante unos segundos él dejó que fuese ella la que tomase la iniciativa, permitió que depositase tímidos besos con algo de torpeza sobre su boca, lo que hizo que le hirviese la sangre. Pero pronto ni siquiera eso fue suficiente para él. Atrapó el labio inferior de ella entre los suyos, succionando despacio. Después, dejó que su lengua entrase en acción, penetrando con ella en su boca. Ella, vacilante, le facilitó el acceso e imitó sus movimientos y pronto se vio embargada por la pasión que él proyectaba. Le abrazó con fuerza e inclinó la cabeza un poco más para disfrutar del apasionado beso. Sus muslos, automáticamente le rodearon la cintura y él notó cómo su erección se acomodaba entre sus piernas.

De pronto, como si acabase de darse cuenta de lo que podía provocar un beso apasionado como ese, tan diferente a los castos besos que habían intercambiado el domingo por la noche, se apartó de él con brusquedad. Se alejó unos metros con la respiración acelerada y la cara de color escarlata.

Cas se la quedó mirando, confuso. Él también tenía la respiración acelerada y notaba cómo el corazón le latía a gran velocidad. Se pasó las manos por el pelo, provocando que multitud de pequeñas gotas de agua saltasen en todas direcciones. Ella había interrumpido el beso con tanta rudeza, que le había dejado sin palabras, perplejo.

Ella sumergió la cabeza en el agua y tardó en volver a emerger. Cas supuso que lo que quería era ganar tiempo antes de

enfrentarse a él. Su ritmo cardíaco fue ralentizándose, y su erección comenzó a desaparecer con lentitud. Inspiró y espiró un par de veces, con calma. Una vez que se hubo tranquilizado, se dirigió hacia donde ella se encontraba; le daba la espalda y tenía la mirada fija en la playa.

—Elisa... —comenzó cuando llegó a su lado.

—No digas nada —le interrumpió, levantando la mano pero sin mirarle—. Mejor no digas nada, por favor. —Elevó la cabeza y se colocó el pelo mojado detrás de los hombros. Presentaba la misma imagen reservada y altiva que el domingo por la noche, y Cas entornó los ojos, disgustado.

—¡Joder! Diré lo que tenga que decir —repuso con dureza.

Giró la cabeza, sorprendida por su tono, pero se recuperó con rapidez y volvió a cargar sus ojos de desinterés y a mirar al frente, pareciendo de nuevo una niña petulante.

—Perfecto, pues di lo que tengas que decir —dijo con voz fría.

Cas apretó la mandíbula, intentando controlar su enfado. Pero ¿qué cojones le pasaba? ¿Acaso no había sido ella la que había empezado el beso? ¿Qué era lo que le molestaba tanto? ¿Que el beso se hubiera convertido en un beso de verdad, y que se hubiese excitado? ¿Qué pensaba, que él era de piedra?

El tiempo pareció haberse detenido. Según iban transcurriendo los minutos sin que ella moviese ni un músculo y permaneciera impassible e indiferente, su enfado aumentaba por momentos. ¿Qué era lo que pasaba por su cabeza? ¿En qué diablos estaría pensando?

—Solo ha sido un puto beso y nada más. Tampoco hemos echado un jodido polvo ni nada por el estilo. No hace falta que te pongas así, ¿no te parece, *Eisprinzessin*^[16]? —la increpó con acritud, deseoso de hacerla reaccionar.

Ella no se inmutó, pero él se dio cuenta de que sus hirientes palabras la afectaban más de lo que hubiese querido admitir. Alzó la barbilla de manera imposible y ridícula.

—¿Qué significa eso? —preguntó con apatía.

—Princesa de hielo, que es lo que pareces en este mismo momento.

¡Maldita sea! Si por lo menos supiese de qué iba ella, si consiguiera entenderla...

—No lo entiendes, Cas —dejó escapar entre dientes, contenida—. Apenas te conozco de unas horas..., y lo único que quería, mientras me besabas, era... —se interrumpió y cogió aire por la boca. Daba la sensación de que estaba a punto de decir algo horrible—. En lo único en lo que pensaba era en... que me echases un *jodido polvo*, como tú lo llamas —concluyó.

Y antes de que él tuviese tiempo de reaccionar, se alejó nadando con rapidez hacia la orilla.

Cas se quedó estupefacto. Lo último que hubiese esperado oír era algo así. La palabra *polvo* en sí parecía fuera de lugar en su boca, de algún modo, terriblemente equivocada; pero el significado de la frase en su conjunto era lo que le había dejado atónito.

Agitando la cabeza para aclarar sus confusos pensamientos, se apresuró a nadar tras ella, esperando alcanzarla antes de que llegase a la orilla.

Tenían que hablar.

* * *

Eli sabía que la seguía. Podía oír las brazadas a su espalda, pero confió en alcanzar la orilla antes que él. Allí, con tanta gente alrededor, le sería más difícil confrontarla con lo que había dicho.

¿Por qué narices le había dicho eso? No tenía ni idea de lo que le sucedía cuando estaba con él. No era capaz de pensar con claridad. Terminaba por decir cosas inapropiadas y absurdas.

¡Dios mío! ¡Había dicho *echar un polvo*! ¡Un *jodido polvo*! ¡En voz alta! Se moría de vergüenza solo de pensarlo. Aunque él mismo emplease ese lenguaje vulgar todo el rato y estuviese más que acostumbrado a escucharlo en otras mujeres, ella no era así. Para nada.

«Mira en lo que te has convertido después de solo unas horas con ciertas compañías». La Eli snob.

«Por una vez en tu vida has dicho lo que te apetecía decir sin ningún tipo de filtro». La *otra* Eli.

Se incorporó cuando el agua le llegaba por las caderas y comenzó a andar todo lo rápido que podía por la arena, pero sin

éxito. La mano grande y callosa de Cas la cogió por el antebrazo.

—Tenemos que hablar.

Odiando hacer una escena, se detuvo y le miró. Él tenía esos impresionantes ojos azules clavados sobre su rostro. Había algo extraño en ellos que la confundió.

—¿Es necesario? —preguntó, fingiendo un aburrimiento que no sentía—. ¿No podemos hacer como que no ha sucedido nada?

—No me vengas con esas ahora —dijo él, sonriendo incrédulo—. No eres creíble, *Eisprinzessin*. No puedes soltarme lo que me acabas de soltar y luego pretender que no has dicho nada.

Ella le miró con los ojos entrecerrados. Gotas de agua brillaban en su poderosa mandíbula y sintió la imperiosa necesidad de pasar su lengua por ellas...

«¡Contrólate!», se regañó a sí misma, escandalizada por sus pensamientos. No sabía qué era lo que le estaba sucediendo, pero la cercanía de ese hombre le hacía perder la cabeza. Nunca antes su cuerpo la había traicionado de esa manera. Aún podía sentir la humillante humedad entre sus piernas que el beso había provocado y que, gracias a Dios, quedaba disimulada por el líquido elemento donde se encontraban.

—Solo ha sido un beso, nada más. Podemos olvidarlo, ¿no? —consiguió articular al fin. Él seguía sujetándola por el brazo con firmeza.

—No sé..., quizá podría plantearme olvidar el beso... Quizá... —arguyó él, comenzando a andar hacia la orilla y arrastrándola consigo. Pequeñas olas rompían contra sus pantorrillas—. Pero lo del *jodido polvo* ni lo sueñes. Tú lo has dicho y yo lo he escuchado, así que dudo mucho que nada ni nadie me pueda hacer olvidar algo así. Lo tengo grabado a fuego en mi cerebro, *Eisprinzessin*.

Eli sintió deseos de que la tierra se abriese bajo sus pies y la engulliese sin dejar rastro. No le gustaba demasiado que él la llamase así, aunque la palabra sonase deliciosa en sus labios. Le miró de reojo y comprobó que estaba serio y bastante calmado, todo lo contrario a cómo ella se sentía. No la había soltado ni un segundo, y se sintió como una niña reticente a la que hay que llevar a rastras al colegio. Le hubiese gustado librarse de su contacto de

un tirón, pero ya estaban en la orilla y varias personas los miraban con curiosidad.

—Me gustaría irme a casa... —comenzó ella.

—Ni lo sueñes —la interrumpió él en voz baja, deteniéndose de pronto—. No te vas a escapar así. Nos vamos a quedar aquí y nos vamos a divertir como estaba planeado. —Le soltó el brazo pero no se apartó.

La Eli snob estuvo tentada de protestar, de exigir que la llevase a casa en ese mismo instante, pero la *otra* Eli reconoció que se estaba comportando como una chiquilla. No podía hacerle responsable a él de algo de lo que no tenía culpa alguna. Era ella la que le había besado, y también la que se había asustado de su propia excitación, y la que no había sabido mantener la boca cerrada y le había dicho lo primero que se le había pasado por la cabeza, sin pensar en lo vergonzosa que iba a resultarle la situación después.

«Eres tú la culpable. Tú has provocado todo esto. Ahora no puedes dar marcha atrás».

Cas la miraba con algo de perplejidad, y a ella no le extrañó lo más mínimo, ella también estaría perpleja si tuviese que enfrentarse a alguien tan confuso y cambiante.

—Está bien —fue todo lo que dijo antes de encaminarse a las tumbonas donde tenían sus cosas. Él la siguió sin hacer ningún comentario.

El sol comenzaba a desaparecer detrás del chalet y las tumbonas se encontraban a la sombra. Sintió un escalofrío, que trató de contener sacando la toalla de la bolsa y secándose con ella. Se sentó en un extremo de la tumbona y evitó mirar a Cas, que se había sentado a su lado. Ni siquiera se molestaba en secarse; no parecía importarle que el sol ya no calentase.

—Voy a por una cerveza. ¿Quieres otra? —inquirió, cogiendo los vasos que habían dejado en la mesita a su llegada.

—¿Coca-Cola Zero? —preguntó ella.

—A ver qué hay.

—Puede ser normal —añadió antes de que él se marchase. Decidió hacer esa concesión. Llevaba años sin probar nada dulce, pero ya que toda su vida estaba volviéndose del revés gracias a ese

vikingo, qué importaba un gramo más o menos de azúcar en su organismo.

Terminó de secarse y sacó un cepillo para el pelo. Mientras se peinaba observó a la gente que había a su alrededor. Todos parecían conocerse desde hacía tiempo y reinaba un ambiente agradable y algo ruidoso. Una carcajada estruendosa llegó hasta sus oídos y una sonrisa iluminó su cara. ¡Qué diferencia! Las reuniones que organizaba su madre en la casa de Formentera no se parecían en nada a esas. Por lo pronto, lo de ir descalzo y en bikini era de mal gusto; y lo de beber cerveza en vasos de plástico..., y el volumen de las conversaciones... ¡Imposible!

«Y lo de meterte en el agua con un chico y explorar su boca con la lengua y excitarte solo de sentir sus manos en tus caderas...»

Se mordió el labio inferior...

Jamás podría hacer algo así con Lalo... Actuar de ese modo en ¡público!

Levantó la mirada. Cas se acercaba con dos vasos en la mano. Uno de cerveza y otro de Coca-Cola. Se movía con una seguridad aplastante, más que a gusto con su cuerpo semidesnudo, observó Eli con velada admiración.

—No había Zero —le dijo, depositando el vaso en la mesita.

—No importa. Así está bien. Muchas gracias, eres muy amable.

—¡Qué formal estás, *Eisprinzessin!* Nadie diría que hace solo unos minutos me estabas metiendo la lengua hasta la garganta — comentó él en tono burlón, sentándose a su lado.

Eli enrojeció *otra* vez. Estaba claro que no iba a parar de recordarle lo que había sucedido a cada oportunidad que tuviese. Decidió ignorar el comentario y le dio un trago a su Coca-Cola, intentando ganar algo de tiempo y pensar con cuidado en sus siguientes palabras. Él se acercó todavía más a ella, robándole su espacio, de manera que tanto sus brazos como sus muslos se rozaban sin cesar.

La situación se convirtió en algo embarazoso cuando el silencio se alargó. Cas la miraba con los ojos entornados sin ningún tipo de discreción, mientras bebía su cerveza con parsimonia. Ella tenía la mirada fija en la playa y fingía ignorarle, pero era muy consciente de los ojos de él sobre su persona. Estuvo tentada de levantarse y

alejarse de la intensidad del momento, pero sabía que él no se lo iba a permitir. Dejó escapar un suspiro resignado; estaba claro que tenían que hablar, aunque ella hubiese preferido algo más de intimidad.

En ese preciso instante y justo cuando se había decidido a enfrentarse a él, los hermanos de Cas seguidos por la mujer de Pep y otro par de chicas se acercaron a ellos.

—El agua está deliciosa —comentó Till, dejándose caer en la tumbona de enfrente, mientras sacudía la cabeza. Un millar de gotitas de agua volaron en todas direcciones.

La mujer de Pep respondió algo a lo que Eli no prestó atención. Jan y las otras chicas se unieron a la conversación y comenzaron a hacer comentarios sobre la fiesta y lo buena que estaba el agua.

Casi sollozó de alivio. ¡Se había salvado de milagro!

Pronto, un grupo bastante nutrido se concentró en torno a ellos. Cas la presentó como su amiga y todos parecieron aceptarla de forma natural. Aparte de Ana, la anfitriona, había otras dos mujeres: Shelley, una inglesa que tenía una peluquería al lado del taller de Cas, según le dijo; y Astrid, una noruega que conocía a los tres hermanos desde hacía años. Ambas debían ser de su edad o algo mayores, y habían acudido con sus maridos: Arvid y Egil. Los demás componentes del grupo eran hombres; Eli no consiguió enterarse de sus nombres, o los olvidó, no estaba segura.

La conversación pronto se centró en las motos. Casi todos tenían una o pretendían comprársela. Le pidieron opinión a Cas, que no dudó en explayarse y explicarles cuáles eran las ventajas y los inconvenientes de una u otra marca. Eli le escuchaba fascinada. Se notaba que su trabajo le encantaba. ¡Cuánta pasión! Qué diferente a Lalo, que cada vez que hablaba de su trabajo lo hacía con un aire indiferente, como si estuviese hastiado de todo.

Las comparaciones eran odiosas y lo sabía, pero no podía evitarlo.

Al principio se había sentido un poco tensa con las otras mujeres, sobre todo porque se había dado cuenta de que la miraban sin parpadear y susurraban entre ellas. Había pensado que quizá la habían reconocido de alguno de esos reportajes que su madre siempre insistía en hacer para alguna de esas horribles revistas del

corazón, pero ninguna había hecho ningún comentario al respecto y se habían limitado a sonreírle; habían comenzado a hablar de moda, zapatos y de los hijos de Ana. Al fin había conseguido relajarse y disfrutar de la reunión. No hablaba demasiado, solo cuando le hacían alguna pregunta directa; prefería mantenerse en silencio y escuchar.

Era consciente de que Cas estaba pendiente de ella. Notaba su mirada sobre ella con frecuencia, y cuando le correspondía, él le regalaba una sonrisa, que hacía que se le encogiese el estómago. Procuraba incluirla en las conversaciones, al igual que sus hermanos, que la trataban como si fuese una más del grupo.

Se encontraba a gusto. Le caían bien esas personas tan simpáticas y sencillas, tan poco artificiales.

Se permitió el lujo de contemplarle a hurtadillas, admirando su carisma y su seguridad en sí mismo. Su cuerpo fuerte y musculoso, bronceado y tatuado, destacaba sobre los otros, al menos eso le pareció a ella. Había conseguido lo que ni siquiera el hombre con el supuestamente se iba a casar había logrado jamás: excitarla con un simple beso. Nunca se había sentido así con Lalo, ni siquiera durante el acto sexual. Todo con él era algo planeado, controlado, casi aséptico. Tan diferente a lo que Cas le hacía sentir.

La situación era tan nueva para ella, que no sabía cómo debía actuar. Vergonzoso, si se tenía en cuenta que ya tenía veinticinco años.

Según se acercaba la hora de partir, sus nervios iban creciendo. Temía la vuelta, el momento en que estuviesen los dos solos en el coche de camino a casa, y la conversación que había quedado pendiente entre ellos.

La fiesta se iba a trasladar al pueblo, al concierto que un grupo local iba a dar en la playa. Cas no le había preguntado, pero parecía dar por hecho que iba a acompañarle. Ella todavía no se había decidido.

Era una estúpida, lo sabía, pero la situación le quedaba grande. Él le quedaba grande. Enorme, más bien. Tenía poca experiencia con los miembros del sexo opuesto, y ese era demasiado para ella. Tanto magnetismo la abrumaba. Había de reconocerlo.

Ya era de noche y solo las luces de la piscina iluminaban el ambiente. Pronto la gente comenzó a abandonar el chalet. Las mujeres se despidieron de ella con besos y sonrisas. Jan fue uno de los primeros en marcharse, no iba a ir al concierto porque al día siguiente tenía que madrugar. Till, que sí pensaba bajar a la playa, se despidió prometiéndoles que se verían en un rato.

Antes de lo esperado, Cas y ella se habían quedado solos, recogiendo. Durante las últimas horas se había establecido una especie de camaradería entre ellos y aunque no hablaban, el silencio no resultaba incómodo. Eli todavía sentía algo de desasosiego pensando en lo que había sucedido antes, en el agua, pero no deseaba que eso le estropease la tarde, que en conjunto había sido muy agradable.

—Eh, Cas... Tengo un problemilla —se oyó una voz a su espalda.

Se dieron la vuelta. Till se acercaba a ellos.

—¿Qué pasa?

—No me arranca el coche. Me he quedado sin batería. Me bajo con vosotros. —Se tiró en la tumbona más cercana y se pasó los brazos por detrás de la cabeza.

—Claro, hombre, pero ¿no tienes cables? Yo no llevo, se los presté a Jan.

—No, ni idea de dónde los tengo.

Eli sonrió. Le caía bien Till con ese aire descuidado y afable. Además, ahora le apreciaba todavía más si cabe. Acababa de salvarla de la temida conversación.

Se despidieron de Pep y su mujer y abandonaron el chalet. Solo dos vehículos permanecían todavía en la puerta.

—Te vienes con nosotros, ¿no? —preguntó Till, desde el asiento de atrás, dirigiéndose a ella una vez se hallaron en la carretera.

Dudó unos instantes antes de responder. Finalmente, tomó una decisión.

—He quedado con mis amigas en el Club Náutico; me están esperando —mintió—. Si pudieseis acercarme allí antes de ir al concierto sería estupendo.

Cas giró la cabeza y la miró con el ceño fruncido. Ella evitó mirarle.

—Pues que se vengan; va a estar genial —repuso Till.

—No... No creo —casi tartamudeó—. El novio de Alba ha organizado algo allí y sería una descortesía no asistir.

—Y ¿seguro que te están esperando? —intervino Cas con escepticismo—. ¿No tienes que ir a casa a cambiarte? —La miró de arriba abajo, deteniéndose en sus sandalias de playa y su vestido, tan poco apropiados para el Club Náutico.

—Oh... no, es algo informal... No hace falta... —farfulló. La mentira cada vez se hacía mayor.

—Pues pasaos el viernes o el sábado por la noche por el *Rock and Stars*, estoy currando allí —la invitó Till.

Eli le dio las gracias y le dijo que lo intentarían.

El trayecto hasta el Club Náutico no duró más de veinte minutos, durante el cual todo el peso de la conversación recayó sobre el hermano más joven, que no parecía ser consciente de la tensión que se había creado entre ellos dos. Cas se mantuvo en silencio, pensativo, y ella tampoco dijo gran cosa. Sabía que se estaba comportando como una cobarde, pero las circunstancias la habían desbordado. Necesitaba pensar sin que él estuviese cerca. Su presencia era demasiado poderosa y ocupaba un espacio excesivo en su mente.

Finalmente llegaron al puerto, que a esas horas de la noche no estaba muy concurrido, aunque las terrazas de los diversos restaurantes todavía no se hubiesen vaciado del todo. El Club Náutico se encontraba justo al final, en un edificio de una sola planta muy bien iluminado y rodeado por palmeras. Cas se detuvo justo en la entrada.

Eli se giró para despedirse de Till, y con sorpresa observó que Cas se bajaba del coche y se encaminaba hacia su lado del vehículo.

—¡La hostia! ¿Qué le has hecho a mi hermano? —murmuró el otro con una sonrisa chistosa—. Si sigues quedando con él, pronto empezará a comerse la tortilla francesa con cuchillo y tenedor.

Eli le miró con impotencia. No estaba acostumbrada a tanta franqueza. Cualquiera de ellos conseguía abochornarla con ese tipo de comentarios. Se despidió de él, prometiendo acudir con sus

amigas al *Rock and Stars* el fin de semana. Luego descendió del coche.

Cas le estaba sujetando la puerta y ella se sintió ridícula. Algo, que siempre le había parecido natural, de pronto le parecía fuera de lugar allí, con él. No sabía por qué, pero hubiese preferido que él actuara de una manera más acorde a cómo era.

—Sabes que no te vas a librar tan fácilmente, ¿verdad? —inquirió, cerrando la puerta. Era tan alto que ella tuvo que alzar la cabeza para poder ver su expresión. No parecía demasiado enfadado, pero sí algo molesto—. Hoy cedo yo porque no estamos solos, pero la próxima vez no va a ser así.

¿Iba a haber una próxima vez? A Eli le dio un vuelco el corazón.

—Muchas gracias por todo. Ha sido una tarde muy interesante. Lo he pasado muy bien.

—¿Todavía tan formal, *Eisprinzessin*? —Se acercó a ella reclamando su espacio, y Eli dio un paso atrás, amedrentada.

—Bueno, has sido tú el que se ha bajado del coche para abrirme la puerta —se defendió. Nerviosa, miró a su alrededor, pero no había nadie a la vista.

—¿No es eso lo que te gusta? —susurró él, bajando la cabeza y hablándole casi al oído.

Un escalofrío le recorría la espalda.

Till, que se había bajado del coche para ocupar el asiento que ella había dejado vacante, los observaba con curiosidad, se percató ella por el rabillo del ojo.

—¡Mejor me voy ya! —exclamó, apartándose con brusquedad.

Cas la miró con intensidad, pero no intentó volver a acercarse. Asintió un par de veces, antes de darse la vuelta y regresar al vehículo.

Eli comenzó a caminar hacia la entrada del Club Náutico con las piernas algo temblorosas. Escuchó cómo él arrancaba. Estaba a punto de entrar cuando oyó su voz tras ella.

—Elisa.

Se giró. Él había bajado la ventanilla y la observaba con un curioso brillo en la mirada.

—Te llamo.

Capítulo Once

La música en el *Rock and Stars* era una mezcla de rock, heavy, punk, pop e incluso hip-hop. Y estaba a un volumen superior a lo soportable por el oído humano, decidió Eli al traspasar el umbral del local.

El público del establecimiento era también de lo más heterogéneo. Había chicas con minifaldas extra cortas y tops ajustados que podrían haber pasado por gogós, otras con vaqueros, botas y pinta de rockeras y la gran mayoría, como ellas mismas, turistas con vestidos playeros y sandalias. En cuanto a los hombres también destacaban los turistas vestidos de verano por su número, aunque los rockeros llamaban algo más la atención.

Eli y sus amigas se abrieron paso a través de la gente que ocupaba la primera sala, donde estaba la pista de baile, y se internaron en la sala del fondo. Allí la música no era tan estridente, y aunque también estaba llena de gente consiguieron hacerse un hueco al final de la barra.

Eli buscó a Till con la mirada. El guardia de la puerta les había dicho que estaba en la barra del fondo, pero no le vio.

Era sábado y habían decidido acercarse a esa playa y ver qué tal era el ambiente. Las últimas noches las habían pasado entre el *Crazy Coconut* y el *Western Ribs*, y querían cambiar de aires. Aunque la verdadera razón de encontrarse allí era otra.

Un vikingo alto y rubio en el que no podía dejar de pensar.

No había sabido nada de él desde la noche en que la había llevado al Club Náutico, a pesar de que había dicho que la llamaría.

Después de que él y su hermano la hubiesen dejado en la puerta, había entrado a la recepción y desde allí había llamado un taxi para que la llevase a casa. No podía acceder al interior del Club vestida de aquella guisa; y ella sabía que Cas lo había sabido, o al menos sospechado.

Esa noche no había podido dormir, desbordada por las desacostumbradas sensaciones que estaba experimentando. Había

actuado de una manera tan impropia a como ella era, que no sabía muy bien qué pensar ni cómo justificar todo lo que había hecho o dicho. Se avergonzaba de habersele tirado al cuello para luego rechazarle. Era como si otra persona hubiese entrado dentro de su cuerpo y de su mente.

No se reconocía a sí misma.

A la mañana siguiente había desayunado con sus amigas y les había contado un poco por encima lo que había sucedido. Todas, no solo Tana, habían estado de acuerdo en que se había comportado como una ñoña. Ella misma también lo pensaba. Todavía se acordaba de la conversación que había mantenido con Tana esa tarde en la piscina.

—*Pero entonces la que le besaste fuiste tú, ¿no?*

—*Sí, bueno... Yo fui la que empezó...*

—*Y luego cuando las cosas se pusieron serias, te apartaste y le miraste por encima del hombro.*

—*No exactamente, pero sí...*

—*Y después le dices que te has apartado porque lo que querías en realidad era echar un polvo pero te avergonzabas de estar cachonda.*

—*¡Qué vulgar eres, Tana!* —Eli había cerrado los ojos, mortificada.

—*¿Fue así o no?*

—*Más o menos* —había admitido con reticencia.

—*Y por último le dices que olvide todo lo que ha pasado entre vosotros, que ha sido un error y le pides que te lleve al Club Náutico, que tus amigas te están esperando.* —Tana la había mirado con incredulidad.

Escuchar en voz alta cómo había sucedido todo hacía que pareciese una niña boba.

—*Has quedado como una cretina, ¿lo sabías?*

—*Sí. Ya lo sé.*

—*Creía que habías decidido arriesgarte y pasártelo bien. Al menos eso dijiste.*

—*Lo sé, pero cuando estaba ahí y tenía que decidirme, de pronto todo empezó a pasar muy deprisa... Más deprisa de lo que yo esperaba... Fue todo tan rápido... Estábamos en el agua y*

estaba tan cerca y era tan apabullante..., y de pronto el beso y él ya estaba excitado y yo... —se había interrumpido, no sabiendo muy bien cómo continuar—. Lo cierto es que no es algo a lo que esté acostumbrada.

—Está claro. Solo de pensar en el pasional Lalo... —Tana había hecho un gesto despectivo con la mano.

Ella no había replicado. Su amiga tenía razón.

—Espero que te lo pienses bien la próxima vez que quedes con él —había dicho Tana, suspirando de impotencia—. No creo que tenga edad para jueguecitos.

—¿La próxima vez? No sé si habrá una próxima vez —había comentado ella.

Y parecía que no se había equivocado. Habían pasado otros tres días y él ni siquiera había intentado ponerse en contacto con ella. Varias veces había cogido el móvil y había buscado su número, tentada de marcarlo, pero no había podido. Su tonto orgullo se lo había impedido. Cada vez que bajaban a la playa o iban al pueblo, se dedicaba a buscar el atlético cuerpo entre la gente, sin éxito. No había ni rastro de él ni de sus hermanos.

Al fin, sus amigas, hartas de verla con esa cara de tristeza, habían propuesto ir al *Rock and Stars*; quizá Cas estuviese por allí, habían sugerido. Y si no, siempre podrían sonsacarle a Till información sobre su hermano. Eli se había negado a ir al principio, pero había terminado por ceder. Si era sincera consigo misma, deseaba ver a Cas, o al menos saber algo de él.

Llevaban allí unos diez minutos y ya habían pedido sus consumiciones cuando por fin Till hizo su aparición. Las saludó a todas con efusividad y les sirvió otra copa que se negó a cobrarles. No obstante, apenas si pudo hablar con ellas un par de minutos, la barra estaba llena de gente y tuvo que volver al trabajo. Ni Eli ni ninguna de sus amigas tuvieron oportunidad de preguntarle por Cas.

Según avanzaba la noche el local se iba llenando cada vez más, y pronto las jóvenes tuvieron que compartir su trocito de barra con un grupo de ingleses de su misma edad más o menos, compuesto por cinco chicos de Londres que estaban allí de vacaciones. Solo uno de ellos no hablaba español, los demás lo hacían de manera bastante decente. No habían transcurrido ni veinte minutos y el más

alto, un tal John, había conseguido separar a Eli del grupo y le hablaba demasiado cerca.

No era mal parecido y se notaba que era educado, aunque tenía pinta de llevar más de una copa encima, como todos ellos. Era muy alto y tenía los ojos azules, pero no tan azules como Cas, dictaminó. Decidida a no dejarse llevar por la melancolía que provocaba en ella *su* recuerdo, se esforzó por mantener una agradable conversación con él, aunque se sentía molesta cada vez que invadía su espacio.

Al cabo de un rato, John y otro de los chicos, un tal Sam, se fueron al baño y Eli pudo respirar tranquila unos segundos. Sus amigas seguían hablando con los otros tres que parecían encantadores. Ella aprovechó su distracción para volver a mirar el móvil. Nada. No tenía ninguna llamada perdida, ningún mensaje, ningún wasap. Se lo guardó en el bolsillo y bebió un trago de su Coca-Cola Zero.

Se sentía miserable.

* * *

Cas saludó al guardia de seguridad del *Rock and Stars* con un apretón de manos. Se conocían desde hacía años, lo que no era muy sorprendente, en esa zona en invierno los residentes no eran tantos.

Entró en el local e hizo una mueca de desagrado. La música estaba a un volumen insoportable. Dejó vagar la mirada buscando a su hermano con los ojos. No consiguió localizarle a la primera, así que se encaminó hacia la barra del fondo. Till solía estar allí.

Lo último que le apetecía era estar en ese lugar en esos momentos, pero su madre le había pedido por favor que se acercase y le llevase a Till las llaves de su apartamento, que se había dejado olvidadas en su casa. Había estado a punto de negarse, pero sabía que si Till no recuperaba sus llaves, terminaría por irse a dormir a casa de su madre cuando terminase su turno, y eso sería a las cuatro o las cinco de la mañana.

Estaba agotado. Los últimos tres días habían sido una mierda, llenos de problemas, como una carrera de obstáculos. Primero, las piezas que había estado esperando para la nueva moto que estaban restaurando habían llegado equivocadas desde Leicestershire.

Después, cuando había llamado para reclamar, no habían podido localizar a su persona de contacto, que al parecer estaba de baja, y el que estaba haciendo la sustitución no se enteraba de nada. Cas había tenido que darle largas a su cliente y reservar un vuelo para el lunes, para intentar resolver el malentendido. Después, el coche de su madre se había averiado y había tenido que acercarse para echarle un vistazo. Había terminado haciendo de chófer durante todo el día, llevándola de un lado a otro. Finalmente, se había tenido que ocupar de ir al estudio de tatuajes de Jan y atender al técnico del aire acondicionado porque su hermano estaba en la cama con fiebre. Y por último, eso, lo de las malditas llaves de Till.

Lo único positivo era que había recuperado su moto como nueva, gracias a Tony, claro. Había sido un alivio volver a ponerse el casco y sentir su máquina entre las piernas... Era mejor que el sexo...

Bueno, no..., con seguridad el sexo con esa chica que le traía de cabeza desde hacía días, sería mucho mejor que montar en moto.

Sonrió de medio lado.

Tenía ganas de volver a verla. Su intención era llegar a casa cuanto antes y pegarse una ducha, luego llamarla e intentar convencerla de que se viesen en algún sitio. A ser posible en su apartamento. A solas.

No la había llamado antes por dos razones; en parte porque había estado demasiado ocupado con su taller, su madre y su hermano, y por otro lado porque había decidido darle algo de tiempo para que aclarase sus ideas. Después de la escenita en el chalet de Pep, se notaba a la legua que estaba muy confusa y que no tenía claro qué era lo que quería. Y él deseaba que ella estuviese segura al cien por cien de que lo que quería era a él. Como él estaba seguro al cien por cien de que la quería a ella.

En su cama.

Desnuda, a ser posible.

Till no estaba en la barra del fondo, pero su compañero le dijo que había ido un momento a buscar más ron y que no tardaría en volver. Cas le dejó su casco para que lo guardase y se encaminó a los aseos.

Había un par de ingleses preparándose una raya de coca en la taza del retrete. Habían dejado la puerta del cubículo abierta y cualquiera podía ser testigo de lo que hacían. Cas, acostumbrado a ese tipo de escenas, sobre todo en lugares como ese, los ignoró. Pero no pudo evitar escuchar su conversación. Su inglés era fantástico por lo que no tuvo problemas a la hora de entenderlos.

—Está buena la tía esa, eh... —decía uno de ellos, el de la camiseta roja, al tiempo que se agachaba para esnifar.

—Para mi gusto, demasiado delgada. Me gusta más la otra, la morena —repuso el más moreno, esperando su turno.

—Sí, esa está muy buena también, pero es muy espabilada. Yo prefiero a la tímida, ¿sabes? Las tímidas son más fáciles de follar, al final. Las avispadas no te lo ponen fácil.

Cas hizo una mueca. ¿Había sido él así a su edad? No. Ni de coña. Probablemente les sacase unos ocho o diez años, tampoco era tanto, pero se sentía a años luz de gente como esa.

—Pero parece muy estirada y con esos aires... No sé si vas a poder... —El moreno se agachó para poder esnifar su parte de coca.

—Ya verás que sí... En el fondo se muere por chupármela. —Hizo un gesto obsceno, tocándose la bragueta—. Y si no..., mira lo que tengo... —Se metió la mano en el bolsillo y sacó una bolsita de plástico con dos pastillas blancas—. Con esto no hay tía que se me resista. —Y se echó a reír.

—¡Joder, tío, eres un crack!

Cas apretó la mandíbula. La ira que asomaba a sus ojos se reflejó en el espejo, mientras se lavaba las manos. Estaban tan colocados que, o bien no se habían percatado de su presencia o les daba igual. Decidió no perderlos de vista y avisar a la pobre chica que iba a ser víctima del hijo de puta ese. Y decírselo a Till para que los echase del local o llamase a la policía.

Abandonó el baño tras ellos. No los siguió, pero no les quitó el ojo de encima, mientras se dirigía a la barra. Su hermano había regresado y le esperaba con una sonrisa de oreja a oreja.

—Eh, Cas, ¿me has traído las llaves? Tengo una sorpresita para ti.

Cas, sin perder de vista a los ingleses, se sacó las llaves del bolsillo y se las lanzó a Till que las atrapó al vuelo. Iba a comentarle lo que acababa de escuchar en el baño cuando varias cosas sucedieron al mismo tiempo.

—Tu chica está aquí —dijo su hermano casi a gritos para hacerse oír por encima de la música.

Pero él ya la había visto.

Estaba justo frente a él, a solo unos veinte metros de distancia. Llevaba unos vaqueros cortos que se ajustaban a su figura y una blusa roja sin mangas. Estaba de perfil y hablaba con una de sus amigas, la pelirroja. Un par de chicos las rodeaban.

Cas sintió cómo se le aceleraba el corazón. Era curioso el efecto que ella parecía ejercer sobre él. Como siempre, estaba impecable. Perfecta.

En ese preciso momento se dio cuenta de algo que hizo que le hirviese la sangre en las venas. Los dos ingleses que acababa de ver en el baño se habían detenido junto a las chicas, y el cabrón de la camiseta roja, el de las pastillas, se pegaba a ella apartándola de los demás, cosa que no pareció agradaarle demasiado.

La visión de Cas se oscureció de pronto. La imagen llegó hasta él como a través de un túnel. No oyó la voz preocupada de su hermano a su espalda, preguntándole que qué sucedía. La gente, la música..., todo desapareció. Solo era capaz de ver una cosa: a Elisa y a ese hijo de puta tratando de invadir su espacio.

Casi sin ser consciente de lo que estaba haciendo, en dos zancadas se plantó delante del fulano y de Eli, que levantó la cabeza y le miró con una mezcla de alegría contenida y aprensión.

—*Fuck off, you son of a bitch!*^[17] Aléjate de ella, hijo de puta —masculló entre dientes, alternando ambos idiomas, dirigiéndose al cerdo. El tipo no era tan alto como él y tampoco tan fornido, por lo que Cas supo al instante que no tenía nada que hacer.

—¡Cas! —exclamó Eli horrorizada; su mirada reflejaba incredulidad y miedo al mismo tiempo.

—¿Quién es este tío, Eli? ¿Le conoces? —El inglés se permitió el lujo de plantarle cara y hablarle a ella con una confianza excesiva, en un español casi perfecto. Cas gruñó.

—Sí... Sí, claro que le conozco..., pero debe ser un malentendido... —tartamudeó ella, llevándose las manos al pecho.

—He dicho que te alejes de ella, y no lo voy a repetir otra vez — insistió Cas acercándose al inglés, de manera que solo unos centímetros los separaron.

Los amigos del interpelado, percatándose de que algo estaba sucediendo, tomaron posiciones junto a su amigo; uno de ellos, le espetó también en español, aunque con más acento:

—Tío, ten cuidado, somos más que tú y te vamos a partir las piernas si no te largas.

Cas apenas le dirigió una mirada cargada de indiferencia, toda su atención estaba concentrada en el cabrón que se mantenía demasiado pegado a Eli para su gusto. Apretó los puños con fuerza y giró la cabeza un poco, mirándola. Ella se había quedado paralizada. Le observaba con los ojos muy abiertos, aterrada.

—Elisa, aléjate de él —le ordenó. Sabía que estaba asustada y su actitud violenta no facilitaba las cosas, pero no podía controlar la ira que sentía.

En ese instante, el inglés hizo algo que no debería haber hecho. La cogió por la cintura con un gesto posesivo y trató de apartarla.

—Ven, este tío no está bien de la cab...

No pudo decir más. El puño de Cas se estrelló contra su nariz. De pronto, se encontró en el suelo, sangrando profusamente. Se tapó la cara con las manos, intentando contener el torrente de sangre y gritando de dolor. Cas le miró con desdén.

Los otros ingleses intentaron echarse encima de él, pero Till y otros dos empleados del local ya se habían acercado y los detuvieron. Uno de ellos comenzó a gritar y a patalear y los guardias de seguridad se vieron obligados a reducirle. Terminó en el suelo, al lado de su amigo.

Cas aprovechó el desconcierto para agacharse y meter la mano en el bolsillo del pantalón del gallito que se había enfrentado a él. Sacó la bolsita con las pastillas y se la tiró encima del pecho. Luego se dio la vuelta y se dirigió a Till.

—Estaban en el baño poniéndose hasta el culo de coca y planeando echarle esto a Elisa en la bebida.

Eli contemplaba la escena, anonadada. Se había apoyado en una de sus amigas y parecía estar temblando. Cas se acercó a ella.

—Vámonos de aquí —le dijo con voz suave, al tiempo que le tendía la mano.

Ella pareció vacilar, pero al cabo de un par de segundos dio un paso adelante y se agarró a él casi con desesperación.

—Llévatela a casa —intervino Till. Tenía el móvil pegado a la oreja y parecía estar hablando con el dueño—. Nosotros nos ocupamos de sus amigas, y de estos cabronazos. —Les dirigió una mirada cargada de desprecio—. No te preocupes.

Tana se acercó a Eli y la abrazó.

—Vete Eli, no hay problema. Luego hablamos.

Ella asintió, confusa. Se agarraba a su mano con fuerza, como si fuese una tabla de salvación y ella alguien a punto de ahogarse. Él intentó tranquilizarla con la mirada pero estaba demasiado agitada. La guio hasta la barra, dejando tras de sí la caótica escena. Le pidió su casco al camarero y le preguntó si podía buscar el de Till en la parte trasera. Mientras esperaban a que trajese los cascos ninguno de los dos habló. La música seguía sonando a toda pastilla, como si nada hubiese sucedido, y lo cierto era que el incidente había pasado desapercibido para casi todos los clientes. Tampoco era nada que no sucediese un sábado cualquiera. Así era el *Rock and Stars*.

Una vez tuvieron los cascos, Cas la condujo fuera del local. Ella se limitó a seguir sus instrucciones como si se hubiese olvidado de pensar por sí misma.

Había dejado la moto a la vuelta de la esquina. Se puso el casco y la ayudó a ponerse el de su hermano, que le quedaba un poco grande. Tendría que bastar por el momento, no tenían nada mejor. Lo único que quería era alejarla de allí cuanto antes, como fuese.

Arrancó la moto y le hizo un gesto para que subiera. Ella lo hizo. Aparentaba estar muy nerviosa y algo asustada. Sus ojos parecían más grandes de lo habitual en su rostro pálido.

—Todo está bien, Elisa —la tranquilizó, acariciándole la pierna con suavidad—. Agárrate a mí —añadió, cogiéndole los brazos y haciendo que se abrazase a su torso con firmeza. Sintió sus pechos contra su espalda y sus desnudos muslos pegados a sus caderas.

A pesar de que no lo había planeado de aquella manera y la noche había terminado de forma más violenta de lo que él hubiera deseado, tenía a Elisa exactamente donde había querido tenerla: sobre su moto.

Apretó la mandíbula y miró al frente.

Aceleró.

La Triumph Bonneville se perdió en la oscuridad.

Capítulo Doce

Seguía temblando cuando Cas paró el motor. El trayecto había sido demasiado corto como para que hubiese conseguido calmar sus nervios. Si cerraba los ojos todavía podía ver el rostro de él, desdibujado por la ira, golpeando con furia al bastardo inglés. Y la sangre... Sacudió la cabeza intentando alejar esas imágenes de su mente.

Cas volvió a apretarle el muslo, como había hecho en varias ocasiones durante el camino. Parecía estúpido, pero ese pequeño gesto había servido para calmarla un poco. Se bajó de la moto con las piernas temblorosas. Luego se quitó el casco y miró a su alrededor, tratando de averiguar dónde se encontraban. Habían bajado a la playa del *Crazy Coconut*, comprobó al ver las luces del restaurante a unos cien metros de distancia. Se encontraban dentro de una urbanización privada, en el parking. No tenía ni idea de qué hacían allí. Había esperado que él la llevase a casa.

Confusa, se dio la vuelta y le miró. Él también se había quitado el casco y la observaba en silencio. No pudo descifrar su expresión.

—¿Por qué estamos aquí? —le preguntó.

—Vivo aquí —repuso él, señalando los edificios a su espalda.

—Entiendo —dijo ella, pero realmente no entendía nada. ¿Por qué la había llevado él allí?

No creía que pasar un rato con él fuese lo más adecuado en ese momento. Todavía se encontraba bastante alterada por el altercado. No estaba acostumbrada a verse involucrada en peleas de bar. Odiaba llamar la atención y se le revolvía el estómago solo de pensar que uno de los infames *paparazzi*, que solían seguirla a todas partes, pudiese haber presenciado la escena. Hasta el momento parecía haberse librado de ellos, pero no podía estar segura.

En su fuero interno sabía que Cas no era el responsable del incidente, y que debía estarle agradecida por haber descubierto lo que ese maldito inglés tenía planeado hacerle, pero no podía dejar

de pensar en el hecho en sí, y en la violencia que él había empleado. Había sido brutal. Su reacción le había hecho comprender cuán diferentes eran los mundos de los que provenían. Y aunque la lógica le dijese que lo único que él había hecho había sido defenderla, la figura del inglés tirada en el suelo, con la cara ensangrentada, la había aterrorizado.

Pero lo peor de todo era la especie de enfermiza fascinación que la había poseído al verle temblando de furia y perdiendo el control por ella. Había sido impresionante ver cómo ese imponente hombre cubierto de tatuajes, que parecía salido de una película de acción, perdía los papeles por ella.

No sabía si sus contradictorios pensamientos hacían de ella una mala persona. Lo que sí sabía, era que hacían de ella alguien diferente a cómo había sido solo unos días antes. La Eli de Madrid, la Eli de Lalo jamás podría haberse sentido fascinada por la violencia, y sin embargo la Eli que estaba ahí, en ese momento, sentía una mezcla entre repulsión y admiración cuando contemplaba al hombre que tenía enfrente. ¿Qué decía eso de ella?

—Vamos —susurró él, cogiéndola de la mano, y ella, como en trance, se dejó llevar.

El parking desembocaba en la zona ajardinada de las piscinas, que a esas horas estaba desierta. La atravesaron. El césped amortiguaba el sonido de sus pisadas. Pese a que la urbanización parecía grande, los edificios, tres en total, no debían tener más de cinco o seis plantas. La iluminación era bastante tenue, pero la mano firme de Cas la guiaba con seguridad.

Se detuvieron frente al edificio de la derecha y él abrió la puerta, cediéndole el paso. El portal, minimalista, con una pequeña recepción a un lado, también estaba vacío. Subieron a uno de los dos ascensores y él pulsó el botón del sexto piso, el último.

Eli deseó romper el silencio pero no sabía qué decir. Hubiese querido preguntarle por qué no la había llamado, no obstante desechó la idea. Él no tenía ningún tipo de obligación con ella. ¿Había ido a buscarla al *Rock and Stars* o había sido casualidad? Le miró de reojo; parecía distraído y tenía la mirada fija en la puerta del ascensor.

Por fin llegaron a la planta donde él vivía y sin soltarle la mano, la guio hasta el fondo del pasillo, a la última puerta. Abrió y encendió la luz, luego se apartó dejando que ella entrase en la vivienda.

A simple vista, Eli pudo comprobar que se trataba de un piso pequeño. Se accedía a un amplio salón con cocina americana a la derecha. A la izquierda había una puerta que Eli supuso sería el dormitorio. No había nada más. Los grandes ventanales del frente daban a una enorme terraza, en la que había una mesa de madera con sillas. Era el típico apartamento moderno, con muebles de Ikea, que probablemente cabría entero dentro de su vestidor, en su piso de Madrid, pero tenía algo que hacía que uno se sintiese cómodo. Quizá el organizado desorden o la falta de artificio. No sabía qué era, pero le gustaba. Las vistas al mar eran espectaculares, incluso a esa hora de la noche, en la oscuridad.

De pronto, sintió un empujón en la pierna y dio un respingo. Un bulldog blanco y canela se había sentado en el suelo frente a ella y la miraba con curiosidad, con unos enormes ojos castaños.

—Esta es Eli —dijo Cas, agachándose a acariciar la cabeza del perro—. Eli, esta es Elisa.

Eli se quedó mirando al perro con curiosidad. Así que era verdad lo que él había dicho sobre un perro llamado como ella. Se agachó y dejó que la otra Eli le oliese la mano. Al cabo de un instante, la perra, satisfecha, se alejó y se acostó en una especie de manta que había cerca de la cocina, en el suelo.

—Ya sois amigas. Estupendo —comentó él, quitándole el casco de la mano y dejando ambos sobre un sillón de cuero que había a la derecha—. ¿Quieres beber algo?

Eli negó con la cabeza. No estaba segura de qué hacía allí y tampoco sabía muy bien cuánto tiempo iba a quedarse. Se acercó a los ventanales y miró a través de ellos.

—No sé qué hago aquí, Cas —comenzó, sin darse la vuelta.

No le oyó acercarse, tal vez por eso, cuando sintió su presencia pegada a su espalda, se sobresaltó.

—Bueno, estás aquí conmigo. Yo quería que estuvieses aquí. ¿Tú no quieres estar aquí? —La voz aterciopelada de él junto al lóbulo de su oreja derecha la hizo estremecerse.

—No sé lo que quiero —susurró—. Lo que ha pasado en el *Rock and Stars*... No sé..., ha sido un poco desconcertante.

Él suspiró y ella notó cómo se apartaba unos centímetros. Pudo ver en el reflejo del cristal que él meneaba la cabeza antes de apoyar las manos sobre sus hombros. El calor que se desprendía de ellas provocó que un gemido involuntario se escapase de sus labios.

—Estaba en el baño y les he escuchado planearlo todo. Lo que no sabía es que su objetivo eras tú... Cuando los he visto ir hacia donde tú estabas... La verdad, me ha invadido la cólera... Se merecía lo del puñetazo, Elisa —se justificó él con voz ronca.

—Seguro que sí, Cas..., y te estoy muy agradecida. No sabes cuánto. Es..., es solo que... Bueno..., no es algo que suela ver todos los días... Que a alguien le rompan la nariz delante de mí —concluyó. Sin ser muy consciente de ello buscó la mirada de él en el cristal, pero el reflejo no era demasiado nítido y no la encontró.

Durante unos segundos ninguno dijo nada. Fue él el que rompió el silencio al fin.

—Supongo que los hombres con los que te sueles relacionar no van en moto, sino que conducen un Ferrari, y tampoco se visten así ni llevan el cuerpo lleno de tatuajes. Y desde luego no viven en un apartamento de un dormitorio con cocina americana... —Hizo una pausa antes de continuar con incuestionable frialdad—. Pero esto es lo que soy. Soy un mecánico de treinta y dos años que todo lo que tiene se lo ha ganado currando, y al que no le importa enfrentarse a un hijo de puta y partirle la cara, cuando es necesario. ¿Te asusto?

Ella negó con la cabeza. Claro que él no le daba miedo... Quizá la situación..., pero él no. No le conocía apenas, pero si algo sabía con seguridad era que jamás le haría daño.

Tenía que tomar una decisión. Era ahora o nunca. Podía darse la vuelta y pedirle que la llevase a casa, otra vez, y comportarse como la niña pija tonta que sus amigas la acusaban de ser... O bien podía darse la vuelta e iniciar algo que no sabía si iba a poder controlar, pero que estaba deseando que sucediera con todo su ser.

«Venís de dos mundos muy diferentes. Lo que pueda haber entre vosotros, ya sea una noche de locura o algo más, fracasará,

sin duda. No tenéis nada en común». La voz de la Eli snob, más cuerda, resonó en su cabeza.

«Deja de comportarte como una virgen asustada y decídette. Si no te arriesgas no vas a saberlo. Esta es tu última oportunidad de acostarte con este hombre. No lo estropees. Tú sabes que lo estás deseando». La voz de la *otra* Eli, trataba de imponerse.

Estaba claro quién iba a ganar esa vez.

Se dio la vuelta y le miró con fijeza. El deseo que vio en los ojos de él era solo un reflejo del deseo que irradiaban los de ella.

—Quiero acostarme contigo —murmuró al fin, bajando la vista.

—¡Joder, Elisa, pensaba que no me lo ibas a pedir nunca! — exclamó él con exultación, al tiempo que la levantaba en brazos y hacía que las piernas de ella se enroscasen en su cintura. Acto seguido su boca cubrió la de ella y la besó con fiereza.

Ella estuvo a punto de gritar por la sorpresa, pero los labios de él acallaron cualquier sonido que hubiese podido surgir de su garganta.

—Dúchate conmigo —susurró él en su oído, mientras la llevaba al dormitorio.

¡Ducharse! ¿Cómo? ¿Ahora? Se sintió abrumada. Él era como un ciclón, arrasando todas las barreras que ella se había pasado años construyendo. No sabía si iba a poder seguirle el ritmo, por lo que no contestó. Se limitó a enterrar la cara en su cuello y a dejar que él decidiese por ella. Aspiró. ¡Dios, su olor era indescriptible!

—No dices nada, así que supongo que es un sí.

Sin soltarla entró en el baño y buscó el interruptor a tientas. Eli cerró los ojos, huyendo de la inesperada claridad. Era todo más fácil a oscuras, decidió azorada.

Él pareció percatarse de su incomodidad porque encendió la lámpara que había sobre el espejo del lavabo, y apagó la más potente del techo. La iluminación cambió de manera radical, bañando la estancia con una luz mucho más tenue.

Levantó la cabeza y le miró. Sus ojos azules estaban fijos en ella; brillaban con pasión. Dejó que ella se deslizase por su cuerpo lentamente, hasta que sus pies tocaron el suelo. Eli no pudo evitar notar el bulto de su miembro erecto contra su estómago, y sintió como ella misma comenzaba a excitarse.

—Espera —murmuró él, alejándose y abriendo el grifo de la ducha.

Eli le observó con intensidad. Como ya había pensado mil veces con anterioridad, él tenía ese aspecto de chico malo, de esos de las películas, con sus vaqueros ajustados que ponían de manifiesto su magnífico trasero y la camiseta blanca marcándole los bíceps y los pectorales. Tembló de impaciencia al darse cuenta de que estaba a punto de verle sin ropa.

Cas se acercó a ella. Alzó la mano derecha y cogió un mechón de su pelo que se le había soltado de la coleta; lo examinó brevemente con admiración antes de colocárselo detrás de la oreja. Deslizó la mano por su cuello y luego por su brazo. Eli notó cómo se le ponía la carne de gallina. Levantó la mirada y vio que el azul de sus ojos se había intensificado. Deseaba tocarle y sentir su piel bajo las palmas de sus manos, pero al mismo tiempo se sentía torpe e insegura.

—Tócame —pidió él en ese instante, como si le hubiese leído los pensamientos.

Eli depositó las manos sobre su pecho, que pareció endurecerse aún más ante su contacto. Comenzó a acariciarle con timidez, maravillándose de la fuerza que emanaba de él, deteniéndose en cada surco, cada montículo formado por sus increíbles músculos.

Él perdió la paciencia; con brusquedad la atrapó por las caderas y la atrajo hacia sí, juntando sus dos cuerpos. Las manos de ella quedaron atrapadas entre los dos. Inclino la cabeza y la besó, primero con suavidad, pero pronto eso pareció no ser suficiente. Le mordisqueó el labio inferior, y la excitación la embargó. Después la penetró con su lengua intentando explorar todos y cada uno de los rincones de su boca. Era increíble que con un simple beso, ese hombre pudiese conseguir que ella se derritiera. Un gemido de placer escapó de su garganta y fue a morir a la boca de él. Notó cómo su ropa interior se mojaba y se removió inquieta. Cas había abandonado su boca para recorrerle el cuello con pequeños besos húmedos y febriles.

—¡Joder, Elisa! ¿Sabes cómo me pones? Me vuelves loco. Mira —susurró. Y le cogió la mano, llevándola hasta donde su miembro erecto parecía que iba a estallarle en los pantalones.

Eli dejó que él la guiase, admirándose de su tamaño. Indecisa, tragó saliva y le acarició sin ejercer demasiada presión. El gimió, y eso la animó a ser más atrevida. Presionó con más fuerza. Él echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos extasiado.

De repente, se apartó, sorprendiéndola, dejándola temblorosa y confusa. Pero solo quería quitarse la ropa, lo que hizo casi con violencia. Se arrancó la camiseta de un tirón y la arrojó al suelo, dejando al descubierto su torso cubierto apenas por escaso vello rubio. Eli no pudo evitar deslizar su mano por él. Era suave. Sintió cómo la respiración de él se aceleraba, al igual que la suya.

Cas comenzó a desabrocharle la camisa. Sus manos parecían enormes manejando los diminutos botones. Le miró, insegura. Si bien era cierto que ya la había visto en bikini, en esos momentos ella era más que consciente de sus carencias, de su poco desarrollado pecho, de cómo se le marcaban las costillas y de la prominencia de los huesos de sus caderas.

Él pareció percatarse de que algo no encajaba porque se inclinó y la besó con suavidad.

—Eres perfecta, ¿lo sabías? Nunca había estado con nadie como tú, Elisa. Hay algo... No sé lo que es, pero me resulta imposible mantenerme alejado de ti. ¡Dios! ¡Qué ganas tengo de estar dentro de ti!

Ella cerró los ojos. Quizá él les decía lo mismo a todas las mujeres con las que se acostaba, pero en ese instante parecía tan sincero... que prefirió creerle.

La camisa de ella cayó al suelo, a sus pies, mostrando el sujetador blanco sin tirantes que llevaba debajo. Cas no perdió el tiempo. Con destreza abrió el cierre que se encontraba a su espalda, y dejó sus pechos al descubierto. Eli se sonrojó al sentir su mirada penetrante sobre sus desnudos senos, pero él no le dio opción. Se inclinó y con determinación comenzó a besarlos. Ella dejó escapar un gemido de placer.

—¡Dios, Elisa! Eres preciosa... *Mein Gott, bist Du wunderschön*^[18]... —No paraba de murmurar él, mientras que con la lengua le lamía los pezones erectos, abrazándola con fiereza. La aspereza de su mentón le arañaba la suave piel de forma muy erótica, y notó cómo la humedad entre sus piernas se acentuaba.

No le importó no entender ni una sola palabra de lo que él decía. Daba igual. Lo único que le importaba en esos momentos era esa lengua lamiéndola, chupándola, succionándola...

Él no tardó en apartarse y quitarle los pantalones y las sandalias, deleitándose en su esbelto cuerpo. Pronto se encontró de pie, delante de él, cubierta solo por las diminutas bragas blancas de encaje. Él respiraba con dificultad presa de la excitación. No podía dejar de observarla con fascinación, o al menos eso le parecía a Eli.

Sin dejar de mirarla, se quitó los pantalones y las zapatillas que llevaba, y después, lentamente, el bañador. Eli abrió los ojos sorprendida al ver su enorme pene erecto pegado a su estómago. Comenzó a respirar con rapidez. Notó cómo su sexo se empapaba más todavía.

Cas introdujo los pulgares en el elástico de sus bragas, y con una calma exasperante, las fue bajando, hasta que cayeron al suelo. Después comenzó un recorrido con su boca, lamiendo cada centímetro del cuerpo que estaba a su alcance. Comenzó en los senos, y descendió por su estómago, deteniéndose en su vientre, que mordisqueó con suavidad, haciéndola estremecer. Eli tuvo que apoyarse contra el lavabo; sus temblorosas piernas apenas la sostenían.

Se arrodilló frente a ella. Clavó sus ojos, nublados por el deseo, en su rostro antes de bajar la vista. Le separó los muslos con sus callosas manos, tomándose su tiempo para mirar y admirar el centro de su femineidad.

—*Fuck!* Estás empapada, Elisa —exclamó con la voz tomada por el placer—. Me encanta que te mojes así por mí.

Ella cerró los ojos, avergonzada. Se sentía tan expuesta, abierta para él...

Él tomó una de sus piernas y se la pasó por encima del hombro facilitándose así el acceso a su sexo. Ella se agarró con fuerza al lavabo y abrió los ojos. Los posó sobre la rubia cabeza, como hipnotizada. Sentía todo su cuerpo vibrando de pasión.

Con suavidad, él procedió a separar los ardientes labios con los dedos, y acercó la boca a su pulsante y caliente centro. Ella echó la cabeza hacia atrás justo un segundo antes de sentir su lengua lamiéndola de una manera increíble.

Gimió.

¿Cómo era posible que estuviese tan excitada y que hubiese perdido todas las inhibiciones? ¡Ese hombre conseguía cosas de ella, que nunca antes nadie había conseguido! No pudo seguir hilando pensamientos coherentes, la boca de él en su sexo la estaba volviendo loca.

Entonces él se detuvo y ella balbuceó como protesta, pero cuando sus miradas se encontraron y vio el fuego reflejado en sus ojos, esperó ansiosa, sin saber muy bien qué anhelaba, pero segura de que él sí lo sabía. Y de que se lo iba a dar.

Con delicadeza, utilizando sus dedos pulgar e índice, apartó el capuchón que cubría su clítoris, dejándolo al descubierto, enrojecido e hinchado. Ella le observaba cautivada. Vio cómo la punta de su lengua se acercaba a esa zona tan sensible y erógena, y sintió cómo se le ponía la carne de gallina. El calor se expandió por la zona baja de su vientre. Solo faltaban unos simples milímetros para que se estableciese el contacto... Y entonces lo sintió. Un jadeo ahogado rompió el silencio del baño, justo antes de que él succionase con firmeza provocándole un respingo. Se agarró al borde del lavabo con desesperación. Empezó a jadear...

Nunca antes había sido así. Tan intenso, tan profundo, tan diferente.

Intentó contener los gritos que pugnaban por salir de su boca apretando los labios con fuerza.

—Elisa, no te contengas. Quiero oírte gritar. Grita mi nombre — murmuró él contra su sexo, excitándola más todavía, si es que eso era posible.

Ella negó con la cabeza. Gemir en voz alta era algo que nunca se había permitido a sí misma, nunca. Sin embargo, la lengua de ese hombre podía hacer que se cuestionase todos sus principios.

Él levantó la cabeza y la miró con determinación. Sin apartar la vista le cogió la otra pierna y se la pasó por encima del otro hombro de manera que su sexo quedó totalmente expuesto y vulnerable a él. Y ella no tuvo más remedio que agarrarse al borde del lavabo con fuerza para no perder el equilibrio.

Él volvió a sumergir la cabeza entre sus muslos, y con su lengua, como si de un miembro se tratase, la penetró varias veces antes de

dirigir su atención al abultado clítoris, de nuevo. Esta vez hizo uso de sus dientes, mordisqueándola con delicadeza.

Eli gritó sin poder evitarlo.

—Joder, qué bien sabes... ¡Dios! —gimió él.

Las vibraciones que provocaron sus palabras la hicieron volver a gemir. Ya ni siquiera intentaba ahogar sus gritos. Había perdido el control por completo. Estaba a punto de alcanzar el clímax. Él también pareció darse cuenta de ello porque sin previo aviso se apartó, dejándola temblorosa e insatisfecha. Se incorporó y la ayudó a sostenerse en pie y ella tuvo la sensación de que sus piernas no iban a poder aguantar su peso. Le costaba respirar, al igual que a él, se percató. Estaba bastante afectado, y una curiosa sensación de triunfo la embargó. No tuvo tiempo de analizarla, ya que él se inclinó y la besó. Se saboreó a sí misma en su boca, mas lo que quizá con otra persona le hubiese hecho avergonzarse, con Cas no le importó. Había algo de morboso y lujurioso en sentir esa boca húmeda por su propia esencia devorándola a besos. Notó el pulsante miembro de él pegado a su estómago, y se estremeció, ansiando el momento en que por fin estuviese dentro de ella.

No iba a tener que esperar mucho más, comprobó con regocijo al ver como él se apartaba y abría un cajón del que sacó un preservativo. Luego la cogió de la mano y la guio hasta la ducha. Ella se dejó llevar.

Cas se llenó las manos de gel sin dejar de mirarla con lascivia, cosa que, para su sorpresa, le gustó. Comenzó a enjabonarse con lentitud, con movimientos sensuales que ella no pudo dejar de admirar. Le contempló con la respiración acelerada, deseando ser ella la que le frotase el cuerpo con vigor, recorriendo todos y cada uno de sus músculos.

Algo debió ver él reflejado en sus ojos, porque la cogió del brazo y tiró de ella, pegándola a su cuerpo cubierto de jabón. Le tomó las manos y se las apoyó contra el pecho. Cuando Eli sintió los pectorales de él bajo sus palmas, gimió con suavidad. Le acarició.

El agua caía sobre los dos, empapándolos.

Él se restregó contra ella y la abrazó, embadurnándola de gel con sus jabonosas manos. Le frotó los hombros, la espalda, las caderas... Ella sentía cada caricia magnificada por efecto del gel;

era como si todas sus terminaciones nerviosas se hubiesen sensibilizado. El roce de ese cuerpo contra el suyo la estaba volviendo loca. Él comenzó a recorrerle el cuello con los labios.

—*Gott Du machst mich so heiss!*^[19]

No tenía ni idea de qué podía significar eso, pero las palabras, en alemán, le parecieron increíblemente eróticas. Se estremeció en sus brazos.

—Llevo días pensando en este momento —le susurró—. Deseando poder abrirte de piernas y hundirme dentro de ti. Deseando correrme dentro de ti y sentir como tú te corres conmigo. Joder, Elisa, me pones tan cachondo. Deseo penetrarte hasta el fondo y ver cómo te vuelves loca...

Cerró los ojos, enardecida en grado sumo. Jamás hubiese pensado que la vulgar forma de hablar de Cas pudiese excitarla tanto.

—¿A... A qué estás esperando, Cas? —jadeó vacilante contra su hombro. Se sentía lasciva allí en la ducha, como si fuese otra persona, sin inhibiciones ni complejos.

Cas cogió el preservativo, que había dejado sobre una repisa, y rompió el envoltorio con los dientes. Ella observó, fascinada, cómo se lo enfundaba. Algo aprensiva contempló el endurecido miembro que parecía a punto de explotar... El tamaño era considerable y por un instante dudó de que pudiese caber dentro de ella.

Él la cogió en brazos y la apretó contra la pared; y Eli tuvo una extraña sensación, era la misma postura de la que había huido en la playa hacía unos días. Esta vez no había nada que se interpusiese entre ellos, ni bañadores ni bikinis ni vergüenza, comprobó con sorpresa.

Cas tenía la mirada fija en ella y su respiración era más que agitada.

—Agárrate a mis hombros —jadeó—. No te sueltes, *Prinzessin*^[20]. —Apoyó la frente contra la de ella y con lentitud, pero con firmeza la hizo descender, penetrándola con mucha calma.

Ella se mordió los labios con una mezcla de turbación y de éxtasis. Poco a poco empezó a sentir como el formidable miembro de él se introducía dentro de ella, dilatándola. Al principio sintió una pequeña incomodidad, que pronto fue sustituida por el placer, según

él iba adentrándose más y más. En solo unos segundos, se encontraba enterrado por completo en su interior.

Él levantó la cabeza y la miró. La niebla que cubría su mirada solo podía ser de deseo. Una sonrisa lujuriosa le curvaba los labios.

—Por fin —murmuró con voz ronca.

Eli solo pudo asentir. Sentía cómo su sexo palpitaba excitado y el calor se extendía en su vientre. Solo deseaba que él se moviese dentro de ella.

Cas no se hizo de rogar. Inició sus movimientos sin apartar la vista de sus ojos. Al principio fue cuidadoso, pero cuando ella le clavó las uñas en la espalda, presa de la excitación, aceleró el ritmo. La sujetó firmemente por las caderas y comenzó a empujar con más ímpetu, al tiempo que devoraba sus labios con fiereza, ahogando con su boca los gemidos que ella exhalaba.

—No creo que aguante mucho más, Elisa. Me voy a correr —jadeó.

Eli no pudo contestar. Se hallaba en otro plano. Si bien era consciente de las palabras que él había pronunciado, estaba tan enardecida que no estaba segura de poder balbucear algo coherente. Se encontraba cerca del orgasmo y Cas, como si supiese lo que tenía que hacer, introdujo una mano entre ambos y sosteniéndola con un solo brazo, mientras continuaba moviéndose, empezó a acariciarle el clítoris con destreza.

Eli se agarró a sus hombros con fuerza. Al sentir sus hábiles dedos sobre la parte más erógena de su cuerpo, gritó sin poder contenerse. Solo unos segundos después se tensó, y el calor que había comenzado a sentir en la parte baja del vientre se esparció por todo su cuerpo. Escalofríos de placer la recorrieron y notó cómo su sexo se encogía y expandía, aprisionando el miembro de él. Cerró los ojos y se dejó llevar por el orgasmo, gritando su nombre con la voz entrecortada.

Él tampoco tardó en terminar. Pronto, un rugido emergió de su garganta y los espasmos sacudieron su cuerpo. Su miembro se agitó en su interior, reflejando las vibraciones de su propio sexo. Pasados unos instantes, cerró los ojos y apoyó la frente sobre su hombro, respirando hondo. Parecía hallarse extenuado.

—¡Dios Elisa... Ha sido increíble!

Ella solo pudo asentir, mientras le acariciaba el cuello con suavidad. Tenía los ojos cerrados y una sonrisa en los labios.
El agua seguía cayendo encima de sus cabezas.

Capítulo Trece

Cas se apartó de Eli y cerró el grifo de la ducha. La miró con intensidad. Tenía el pelo y el rostro empapados. Pequeñas gotas de agua se habían quedado suspendidas en sus largas pestañas. Estaba preciosa, mojada y con los ojos entrecerrados. Volvió a sentir un tirón en su entrepierna y se sorprendió por ello. ¿Acababa de tener un orgasmo increíble y su cuerpo pedía más?

Salió de la ducha y cogió dos toallas; le tendió una a Eli, que se envolvió en ella con rapidez. Él se quitó el condón y lo tiró a la papelería antes de comenzar a secarse con energía. No podía evitar que sus ojos se posasen sobre la femenina figura, una y otra vez.

Ella se revolvió incómoda al darse cuenta de que él la miraba y él dejó escapar una risa irónica, antes de dejar caer la toalla al suelo y acercarse. La estrechó por detrás con fuerza entre sus brazos. Después apoyó la barbilla sobre su cabeza y contempló el reflejo de ambos en el espejo.

Ella no era menuda de estatura, pero a su lado él se sentía como un gigante. Su cabeza le llegaba al hombro. La toalla dejaba al descubierto sus brazos, hombros y cuello, y él se maravilló de su suavidad. Ya había admirado sus formas a distancia, pero ahora que la tenía justo delante podía apreciar sus delicadas líneas. Se inclinó y depositó un beso en su hombro derecho. La sintió estremecer.

—No hablas mucho, ¿verdad? —musitó, volviendo a clavar su mirada en el reflejo de sus ojos castaños.

Ella se sonrojó. Cas sonrió por dentro, recordando algo. Sus rubores no afectaban solo a su rostro, sino a su cuerpo entero. La imagen de ella retorciéndose de placer y el rubor extendiéndose por todas partes, mientras él la exploraba con su lengua hizo que su miembro comenzase a revivir de nuevo.

—No, no hablo mucho —repuso ella en voz baja.

—Bueno, has gritado mi nombre en el momento exacto —comentó él, enterrando la cara en su húmedo cabello y aspirando.

Un delicioso aroma a coco o a vainilla, no pudo precisar, impregnó sus fosas nasales.

¡Qué bien olía!

Se sentía como un adolescente. Todo en ella le tenía fascinado: su olor, su sabor, su forma de moverse, la manera cómo le miraba ahora, con los ojos entrecerrados y algo tímidos, los mechones de su pelo rozándole el pecho, la vena que le palpitaba en el cuello, las pecas que cubrían su nariz... Todo. Hacía años que una mujer no le hacía sentir así, si es que alguna vez se había sentido así, reconoció. Apenas la conocía, pero su cuerpo reaccionaba a ella como si fuesen viejos amantes, y su mente era incapaz de formar un solo pensamiento cuerdo cuando ella estaba cerca.

Eli se estremeció.

—¿Tienes frío? —le preguntó, frotándole los brazos.

—No demasiado.

—Es decir que sí —concluyó él con una sonrisa—. Espera, deja que te ayude. —Y con una delicadeza que a él mismo le sorprendió, apartó la toalla y comenzó a secarle el pelo. Su esbelto cuerpo quedó al descubierto y no pudo evitar recorrerla de arriba abajo con los ojos. Ella parecía algo incómoda y se preguntó si tendría vergüenza. Después de la falta de pudor que ambos habían mostrado en la ducha, no era lógico.

—¿Te da vergüenza que te vea desnuda?

—Ya sé que no tiene ningún sentido —murmuró—, pero sí, me da vergüenza.

—No tiene por qué. Tienes un cuerpo precioso.

Le miró con escepticismo, como si pensase que él estaba mintiendo. Cas dejó de secarle el pelo y tiró la toalla al suelo. Después la giró entre sus brazos y le cogió la cara entre las manos.

—He dicho que tienes un cuerpo precioso —habló con mucha gravedad—. Y lo he dicho en serio.

Ella siguió observándole incrédula, pero no dijo nada. Se limitó a asentir como si no quisiera seguir hablando del tema. Cas se preguntó cuál sería su problema. Estaba muy delgada, eso era cierto, pero tenía un cuerpo hermoso y bien proporcionado, con una piel perfecta.

Se inclinó y la besó con suavidad en los labios, en esos labios tan dulces y carnosos que le volvían loco. ¿Acaso había algo que no le volviese loco?, se preguntó profundizando el beso al que ella correspondió con avidez. Sintió sus manos recorriéndole la espalda y descendiendo hasta sus caderas; allí se detuvieron.

—Puedes tocarme el culo, ¿sabes? —Levantó la cabeza y observó su reacción. Ella se sonrojó *de nuevo*.

Se rio, satisfecho, antes de volver a besarla.

Sus manos comenzaron a descender, vacilantes, hasta que agarraron su culo firmemente. Él dejó escapar otra risa. Ella se apartó unos centímetros y le observó con los ojos chispeantes.

—¿Así? —preguntó con la voz entrecortada.

—Aprendes rápido —repuso él, besándola de nuevo.

Disfrutaron de pequeños y suaves besos, en apariencia castos e inocentes, pero al cabo de varios minutos, Cas comprendió que si no dejaban de jugar, iban a terminar de nuevo en la ducha. Con pesar apartó sus labios de los de ella, que estaban enrojecidos y húmedos, y la miró con intensidad.

—Te quedas esta noche.

No era una pregunta. Era una afirmación, y ella también pareció entenderlo así.

—Dependo de ti para que me lleves a casa —murmuró.

—Perfecto, entonces prepárate para una larga estancia —sonrió él, cogiéndola en brazos.

Ella emitió un grito, sorprendida, que terminó por convertirse en una carcajada. Cas acababa de descubrir que le encantaba su melódica risa. Esperaba poder escucharla con más frecuencia.

La dejó sobre la cama en el dormitorio y encendió la lámpara de la mesilla. Quería poder contemplarla.

—¿Quieres beber algo? ¿Comer algo? —le preguntó, tumbándose junto a ella. Apoyó el brazo en la almohada y la cabeza sobre su mano y la observó con deleite.

—¿Tienes una camiseta que pueda ponerme? —Le pidió ella algo incómoda.

—¿Y privarme de poder mirar tu cuerpo cuando quiera? Nada de eso —susurró, inclinándose y dándole un beso en la frente. Ella se removió inquieta, pero no protestó.

Cas se giró, mirando hacia el techo y la atrajo hacia sí con firmeza, de manera que la cabeza de ella terminó descansando sobre su pecho. Ahora que estaba tumbado se dio cuenta del enorme cansancio acumulado que sentía. No quería dormirse; no cuando tenía a Elisa entre sus brazos completamente desnuda, y menos todavía después de lo que había pasado entre ellos. Tenía ganas de hablar con ella, de contarle cosas.

—¿Qué hacías esta noche en el *Rock and Stars*? —rompió ella el silencio. Le había pasado una pierna por encima del muslo y apoyado la mano en su estómago—. ¿Sabías que estaba allí?

—La verdad es que no. Ha sido casualidad —dijo él, y procedió a explicarle lo que había sucedido y por qué había ido.

Percatándose del interés que ella mostraba, le contó los problemas que había tenido los últimos días en el trabajo, con su hermano y con el coche de su madre.

—Con sinceridad, esta noche solo quería llegar a casa, darme una ducha y llamarte a ver si podía convencerte de que nos viésemos —concluyó—. Pero parece que la noche ha acabado mejor de lo que yo pensaba. ¿No crees?

Eli levantó la cabeza y le miró con suspicacia.

—No me mires así. Y no te hagas la inocente conmigo. Tenías todo planeado para que yo cayese en tus redes. No, no digas nada —la hizo callar al ver que ella iba a protestar con indignación—. Probablemente ha sido todo una conspiración orquestada por mi hermano y por ti. Seguro que se olvidó las llaves en casa de mi madre a propósito, y el cabronazo inglés ese no era más que un actor pagado por ti para hacerme caer en tu trampa, ¿verdad?

Eli que había comenzado a incorporarse ofendida, se dio cuenta de que él le estaba tomando el pelo y se dejó caer sobre su pecho conteniendo la risa.

—Eres todo un cómico, ¿lo sabías? —repuso al cabo de un rato.

—Sí, pero esta noche soy *tu* cómico, ¿lo sabías? —Y se giró para poder besarla. Ella se apretó contra él y aceptó el beso de buena gana.

—El lunes me voy a Inglaterra, a hablar con mi persona de contacto en la fábrica Triumph. Me voy a quedar hasta el viernes —comentó él segundos después, una vez la hubo soltado. Los ojos de

ella se apagaron decepcionados, y él hubo de reconocer que era así como él mismo se sentía.

—Nosotras nos vamos el domingo que viene a Madrid —repuso ella, apartándose de él y tumbándose boca arriba.

Cas maldijo su suerte en silencio. Apenas si iban a tener tiempo para estar juntos, pero no podía aplazar su viaje, era imprescindible que fuese a Inglaterra a solucionar la situación.

—Pasa mañana el día conmigo —dijo, colocándose encima de ella, pero apoyando su peso en los brazos para no aplastarla. La idea se le había ocurrido de pronto y le pareció genial. No tenía nada que hacer. Era domingo. Esperaba que ella tampoco tuviese otros planes. La miró expectante, con una ceja arqueada, esperando su respuesta.

—No sé... —comenzó ella. Parecía dubitativa.

—¿Tienes otros planes?

—No, pero mis amigas...

—Lo entenderán —arguyó él sin dejar que ella terminase la frase—. Y más todavía cuando sepan que vas a pasar el día conmigo.

—Eres un poco presumido, ¿no? —inquirió ella con una sonrisa.

—Mujer, Elisa, llevan intentando liarnos desde el mismo día en que casi destrozas mi moto para siempre.

—¡Tu moto está perfecta! —le golpeó en el hombro, indignada.

—No gracias a ti —dijo, contemplándola con fingida severidad. Luego se dejó caer sobre ella con cuidado, haciendo que todas las partes de su cuerpo que verdaderamente importaban rozasen las partes del cuerpo de ella que también eran significativas—. Di que sí, *Prinzessin*... —susurró en su oído con voz provocadora.

Eli cerró los ojos, suspirando de placer y Cas supo que había ganado.

—Está bien. Tú ganas. —Se apretó contra él, provocando que su miembro se irguiese excitado.

—Lo sabía —susurró él contra su boca.

* * *

El sol que entraba a raudales por la ventana fue lo que la despertó. Tardó unos segundos en ser consciente de dónde se encontraba, pero un vistazo al hueco que había dejado la cabeza de

él en la almohada confirmó su sospecha. Estaba en el piso de Cas, en la cama de Cas. Y había pasado la noche con Cas..., pero ¿dónde estaba Cas?

El sonido de la ducha contestó su muda pregunta.

Se desperezó con lentitud antes de darse media vuelta y enterrar la cara en la almohada. Respiró hondo y dejó que su olor penetrase en sus fosas nasales y la inundase. ¡Delicioso!

No llevaba reloj y no tenía ni idea de qué hora podía ser, pero teniendo en cuenta la claridad del día, no debían ser más de las ocho o las ocho y media. Suspiró, recordando los acontecimientos de la noche anterior. Había sido una experiencia increíble, asombrosa y sobre todo placentera. No recordaba ninguna otra noche como esa. Ni con los chicos con los que se había acostado en la universidad, que no habían sido muchos, ni con Lalo.

¡Lalo!

El simple hecho de pensar en él le provocó una pequeña punzada de culpabilidad. Tampoco es que se hubiesen prometido fidelidad eterna; es más, incluso sospechaba que él tenía sus líos, pero era la primera vez que *ella* había deseado acostarse con otro. Y lo había hecho.

Además, Lalo llevaba en Dubai más de dos meses y solo la había llamado en un par de ocasiones, mostrándose cordial y distante, como era su estilo. Eli no podía ni quería sentirse culpable. No por una noche tan especial como esa. ¡Dios mío! Todavía le temblaban las piernas al recordar ciertas cosas que había hecho con Cas, y que había dejado que él le hiciese.

Lo del baño había sido solo el comienzo. Después de haber aceptado pasar el día con él, lo habían vuelto a hacer, esta vez en la cama, de manera más pausada y tranquila. Pero el final había sido el mismo. Cas, el volcán en erupción, embistiéndola con fuerza y haciendo que ella gritase su nombre como una loca. Todavía se sonrojaba solo de pensar en sus gemidos y sus gritos.

Ella no era así. Al menos no lo había sido hasta el día anterior. Eli Álvarez era contenida y controlada. El mayor logro que Lalo había conseguido provocar en ella, había sido algún que otro suspiro descafeinado. Y si era sincera consigo misma, solo llegaba hasta el final en contadas ocasiones. Era frustrante.

El grifo de la ducha paró, y Eli esperó con el corazón encogido a que Cas hiciese su entrada en la habitación. Se sentía nerviosa. ¿Cómo debía comportarse? No estaba acostumbrada a tener ese tipo de relaciones. Conocer a alguien de pocos días y marcharse a su apartamento... En Madrid no podía hacer eso, desde luego; allí los periodistas siempre estaban al acecho, buscando alguna exclusiva. Menudo titular sería ese: *La hija de Carmen de Luis, única nieta del Conde de Miraflores, pillada in fraganti*. A una historia así, su madre no sobreviviría.

Se tapó con la sábana, consciente de que cualquier tipo de pudor, después de lo que había ocurrido la noche anterior, era ridículo. No obstante, suponía que las viejas costumbres morían despacio.

Así era ella.

O no...

La puerta del baño se abrió con sigilo. Cas asomó la cabeza con cuidado, mas al ver que estaba despierta, su cara se iluminó con una sonrisa.

—¡Buenos días, *Prinzessin!* —exclamó, acercándose. Una toalla enrollada en sus caderas era lo único que le cubría. Se inclinó sobre la cama y tiró de la sábana para descubrir su cuerpo desnudo, al tiempo que la besaba en la boca. Eli luchó por el trozo de tela que le permitía conservar algo de su decoro, pero él era más fuerte como se demostró a continuación.

—¡No! —gritó ella, pero era demasiado tarde. Él le había arrancado la sábana de un tirón y la contemplaba como un hambriento contempla un trozo de pan.

—Qué delicia salir de la ducha y encontrarse una mujer desnuda en la cama... mmm... —casi se relamió él.

Ella abandonó la cama de un salto, y dirigiéndole una mirada cargada de rencor, se encaminó al baño sin molestarse en cubrirse. Irguió la cabeza y pasó ante él como si de un plebeyo se tratase.

—Puedes jugar a la *Eisprinzessin* todo el tiempo que quieras, *Prinzessin*, pero los dos sabemos que solo es una pose. —Él la siguió hasta puerta del baño y antes de que pudiese entrar y encerrarse allí la cogió por la cintura y la besó en el hombro—. No tardes. Quiero llevarte a un sitio especial a desayunar.

Eli se estremeció. ¿Cómo era posible que con tan solo un suave beso y una caricia consiguiese excitarla tanto? Agitó la cabeza para aclarar sus ideas antes de cerrar la puerta. No podía enfadarse con él, no cuando se comportaba de esa manera tan encantadora. Todo era perfecto, demasiado perfecto quizá, pero no iba a ponerse a cuestionarlo... Como decía Tana, tenía que disfrutar del momento y relajarse.

Se metió en la ducha y dejó que el chorro de agua caliente cayese sobre ella. Cogió el gel que Cas había utilizado la noche anterior y vertió una cantidad en su mano. El olor le trajo recuerdos muy placenteros. Se enjabonó recorriéndose el cuerpo con las manos, deteniéndose más de lo necesario entre sus piernas. Se frotó con abandono y la mirada perdida. Estaba un tanto irritada, pero no cambiaría nada de lo que había sucedido. Nada.

Los recuerdos asaltaron su mente. Cómo él la había cogido y la había apretado contra la pared; cómo la había penetrado lentamente; cómo había comenzado a embestirla con fuerza...

Gimió, y su propio gemido la sacó de su fantasía. Tuvo que parpadear varias veces para volver a la realidad.

Se aclaró con rapidez y salió de la ducha. Después de secarse hizo sus necesidades y se recogió el pelo en una coleta. No tenía más ropa que la de la noche. Se la puso, encogiéndose de hombros. Ya se cambiaría cuando él la llevase al chalet. Al coger los pantalones, el móvil se le cayó del bolsillo. Tenía varias llamadas perdidas de sus amigas. Tana le había enviado un wasap.

Si no coges el teléfono es que debes estar teniendo una noche de locura. No te preocupes y disfruta. Nosotras estamos bien. Till nos ha traído al chalet. Mañana hablamos.

Eli sonrió.

Unos golpes en la puerta la sobresaltaron.

—Pasa si quieres —dijo.

Cas entró con una sonrisa deslumbrante en su rostro y a ella le dio un vuelco el estómago. Era inconcebible lo que esa sonrisa podía provocarle. Se había vestido con unos pantalones cortos negros y una camiseta azul.

—Menuda putada —exclamó con fingida tristeza—. Llegó tarde... Y yo que había esperado encontrarme una mujer desnuda

en mi baño... —meneó la cabeza con pesar—. Hay un cepillo de dientes sin estrenar en ese cajón —señaló—. Y si necesitas cualquier cosa dímelo. Te espero en el salón.

Eli le dio las gracias y esperó a que se marchase antes de lavarse los dientes. Se miró en el espejo, mientras lo hacía, y descubrió que tenía un resplandor inusual en la mirada. ¿Era de felicidad? No lo sabía, pero pensaba exprimir la situación al máximo.

Cas la esperaba en el salón, sentado en el suelo jugando con su perra.

—Genial —dijo cuando la vio entrar, incorporándose—. Vámonos. Tengo un hambre de lobo. Te voy a llevar al sitio más especial de la zona a desayunar. Ya verás.

Eli sonrió, insegura. Ella no solía tomar más que un café solo y un zumo por la mañana.

«No tienes por qué tomar nada más que un café y punto. No te puede obligar». La Eli snob.

«Si te comportas como una tonta puede que termine viéndote como una tonta. Disfruta y cómete un trozo de tarta o una tostada o lo que sea. Tampoco es que tu madre te esté viendo por una rendija, ¿no?». La *otra* Eli.

Se agachó a acariciar la cabeza de la dócil perra, que aprovechó para lamerle la mano con entusiasmo. Cas cogió las llaves de la moto y los cascos y le hizo un gesto con la cabeza.

—Como la mimes estás perdida. Eli es demasiado amorosa.

—Es un encanto. Yo tengo un bichón maltés que se llama Peppermint, pero le llamamos Pipi.

—Curioso nombre.

Eli asintió. No deseaba decirle que el perro había sido un regalo de Lalo, que era el que le había puesto el nombre. ¿Para qué dar explicaciones que no iban a llevar a ningún sitio?

—¿Preparada para un día maravilloso? —preguntó él con una de esas enormes sonrisas a las que ella comenzaba a acostumbrarse.

Eli volvió a asentir.

Capítulo Catorce

Le Vieux Bruxelles era un pequeño bistró que se encontraba a solo dos calles de distancia del apartamento. Tenía ese típico aire de panadería-cafetería francesa que con tan poca frecuencia se veía en la costa, y ya a esa hora de la mañana estaba lleno de gente. Servía los mejores *croissants* de la zona. La gran afluencia de público daba fe de ello.

Había un par de mesas libres en la pequeña terraza, y Cas guio a Eli hasta una de ellas. El bistró no tenía vistas al mar y los dueños, para evitar la horrible visión de la carretera, habían cercado el recinto con una valla de madera cubierta de enredaderas, y habían estructurado las mesas como si fuesen acogedores reservados, lo que les otorgaba un insólito aire de privacidad.

—¿Qué quieres tomar? ¿Café? ¿Un *croissant*? ¿O prefieres otra cosa? —preguntó Cas, dejando los cascos en la silla contigua a la suya.

Eli le miró dubitativa.

—Café solo con sacarina y bueno..., la verdad es que no tengo mucha hambre.

—Entonces, *croissants* —la interrumpió él con firmeza.

La camarera, una chica que parecía recién salida del instituto, vestida con un coqueto uniforme de color rosa se acercó a su mesa. Con una sonrisa de bienvenida les preguntó que qué querían.

—Dos cafés, uno solo y otro con leche, dos zumos de naranja y una bandeja de *croissants* —pidió él, ignorando la mirada cargada de impotencia de Eli—. Ah, y sacarina.

La chica tomó nota y luego se marchó dejándolos solos.

—¿No sueles comer nada para desayunar? —Él se inclinó sobre la mesa y le cogió la mano.

—No, no suelo —respondió ella, mirando a su alrededor, nerviosa.

—Pues deberías —dijo, y con la mirada fija en ella, añadió—: Estás demasiado delgada.

Eli intentó desasirse, pero él se lo impidió.

—No, esta vez no te vas a escapar tan fácilmente —susurró, acercándose más a ella. Sabía que se arriesgaba, pero no quería que hubiese tensión entre ellos, y cada vez que surgía el tema de la comida parecía haberla. Era mejor dejar las cosas claras desde el primer momento—. ¿Qué pasa, Elisa? ¿Por qué no puedo decirte lo que pienso?

—No es de hombres educados el mencionar el peso o la edad de una mujer —repuso ella, desistiendo de luchar, y abandonando su mano a su suerte. Levantó la barbilla con altivez.

—Otra vez la *Eisprinzessin*... —murmuró Cas, arqueando una ceja—. Ya sabes que yo no soy un caballero de esos con los que sueles codearte, así que supongo que no me lo vas a tener en cuenta si hablo del peso... Ya sabes que mi educación ha sido bastante peor que la tuya. No he ido a colegios privados ni pertenezco a tu clase social. —La miró con sarcasmo.

Ella bajó la mirada, avergonzada.

Cas casi se arrepintió de sus palabras, mas el tono con el que se había dirigido a él, como si fuese una condesa y él un simple lacayo, no le había gustado ni un pelo.

—Lo siento —balbuceó ella. Parecía abochornada—. No debería haberte hablado así, es que hay ciertos temas sobre los que...

Su móvil comenzó a sonar, interrumpiéndola. Se lo sacó del bolsillo y miró la pantalla. No pareció agradarle mucho lo que vio, porque se quedó indecisa unos instantes, no sabiendo muy bien si cogerlo o no. Cas se preguntó quién sería. Al fin, ella levantó la mirada y le regaló una sonrisa insegura, antes de responder.

—Hola —dijo con sequedad.

—...

—Todo bien. Sí.

—...

—No, no se me ha olvidado. Luego le llamo.

—...

Semejaba estar incómoda con la situación. Comenzó a hacer dibujos invisibles con el dedo sobre la mesa. Cas frunció el ceño contrariado. Nunca la había visto tan tensa. ¿Qué le sucedía?

—No, no sé nada. No hemos hablado desde hace un par de semanas.

—...

—¡Claro que no! —exclamó, con voz contenida.

—...

—Lo haré.

—...

—Bien. Luego hablamos. Un beso. —Se despidió y dejó el móvil encima de la mesa. Luego levantó la mirada e hizo un gesto vago señalándolo—. Lo siento. Era mi madre.

Cas abrió los ojos, sorprendido. ¿Su madre? Estaba claro que no tenían una relación demasiado estrecha. Recordó lo que le había contado sobre su educación, el día de la playa, y sobre que no deseaba parecerse a su progenitora. De pronto no le sorprendió nada cómo había transcurrido la conversación, aunque le pareció triste. Él tenía una excelente relación con su madre.

—Hoy es el cumpleaños de mi padre y quería recordármelo. — Parecía incómoda hablando sobre ello. El brillo que había tenido en la mirada antes de la llamada telefónica, había desaparecido.

En ese instante llegó la camarera con su pedido. Lo depositó sobre la mesa y les dirigió una sonrisa antes de marcharse.

Cas se percató de que Eli miraba la enorme bandeja de *croissants* con impotencia. Estuvo a punto de decir algo, pero decidió esperar. La observó con intensidad, mientras ella se ponía sacarina en el café y lo removía lentamente con la cucharilla. Todos los gestos que hacía parecían estudiados al milímetro, como si el simple hecho de tomar café fuese un complicado ritual. Cogió un *croissant* —el más pequeño de todos, advirtió— y con mucha delicadeza, partió un trozo con los dedos y se lo llevó a la boca, ignorando la mantequilla y la mermelada que les habían servido también. Elevó los ojos hacia el cielo y pareció encontrarse en el paraíso. Cas siguió mirándola, fascinado. Los *croissants* de *Le Vieux Bruxelles* eran exquisitos, pero ella se comportaba como si no se hubiese comido uno en su vida.

—¿Qué te parece? —preguntó. Él mismo cogió uno y lo devoró de un bocado.

—Está delicioso —repuso ella, dejando el resto de su *croissant* sobre el plato antes de mirarle por espacio de unos segundos. Parecía querer decirle algo—. Respecto a lo que has dicho antes..., sobre que estoy muy delgada —comenzó, nerviosa, pero con decisión—. Es cierto. Lo estoy. Es solo que en mi familia hay mucha presión con el peso. Mi madre es un poco estricta y siempre lo ha sido con ese tema —se lamentó, mientras cogía el vaso de zumo y lo acariciaba, distraída—. En los ambientes en los que me muevo, que te sobre un kilo es un drama, ¿sabes?

Cas se abstuvo de hacer ningún comentario, y esperó a que ella continuase, pero en el fondo pensaba que todo eso que decía, era una locura. A ella no solo no le sobraba ningún kilo, sino que más bien parecían faltarle varios. Le indignaba que una mujer, con su inteligencia, no se diese cuenta de lo absurda que sonaba su aseveración.

Eli volvió a remover el café. El ruido de la cucharilla chocando contra la taza daba fe de su inquietud. Él alargó la mano y la posó sobre la de ella deteniendo su movimiento, sorprendiéndola. Aprovechó su desconcierto para tirar de ella y acercarla a él. Cuando sus rostros estuvieron a pocos centímetros de distancia, y no había escapatoria posible, comenzó a hablar en voz baja, pero firme:

—Creo que eres preciosa, Elisa.

Ella le miró, perpleja.

—Y creo que hoy deberías relajarte y olvidarte de tu madre y de tu peso —continuó él—. Ahora estás aquí, conmigo. Solo deberías pensar en que vamos a pasar el día juntos en una playa fantástica. Y que luego te voy a llevar a un pueblecito en las montañas; y que esta noche la vas a volver a pasar conmigo. —Se inclinó y depositó varios besos suaves en su cuello. La sintió estremecer ante su contacto—. Y que espero que me dejes volver a hacerte todas esas cosas que hicimos anoche y alguna más. ¿Ok?

Ella no respondió, pero pudo oír como un gemido se escapaba de sus labios. Sintió cómo su entrepierna se endurecía. La cercanía de esa chica era intoxicante. Le sujetó la cara con las manos y guio su boca hasta que se encontró con la de él. Sacó la lengua y lamió con delicadeza su labio inferior.

Ella volvió a gemir.

¡Dios! ¡Qué dulzura!

Disfrutó un par de segundos más del húmedo beso, antes de separarse lentamente. La soltó y se recostó contra el respaldo de la silla. Ella parecía encontrarse bastante acalorada, si se tenía en cuenta el color de sus mejillas, y él sonrió satisfecho.

—¿Sabes que cuando te sonrojas tus pecas se oscurecen?

Ella se llevó las manos a las mejillas y se las cubrió con ellas.

—Esas no, las de la nariz —bromeó y se echó a reír al ver cómo ella se acariciaba la nariz, sorprendida. No sabía por qué, pero cada pequeño gesto que hacía, le maravillaba. Le hacía sentirse bien.

—Entonces, ¿vamos a ir a la playa? —le preguntó ella, al cabo de unos segundos, ignorando su comentario. Había cogido el resto de su *croissant* y parecía dispuesta a comérselo.

—Sí, es una playita pequeña. No está muy lejos y es el mejor sitio para hacer *snorkel*.

—¿*Snorkel*?

—¿Lo has practicado alguna vez?

—No, no soy muy de deportes acuáticos, la verdad.

—¿Y qué deportes practicas?

—Bueno..., lo cierto es que hago un poco de todo...

Aparentaba no querer hablar del tema y Cas la miró con curiosidad. Dio un sorbo a su café, mientras esperaba a que continuase. Después de unos segundos de silencio, arqueó una ceja sin quitarle la vista de encima.

—Vale, vale —repuso ella, haciendo un gesto con la mano—. No quería decirlo porque no quiero sonar como una niña pija, pero suelo practicar equitación, esgrima, voy a esquiar... Ese tipo de cosas.

Él soltó una carcajada.

—Pues, sí. Es muy de niña pija, la verdad.

Ella le dirigió una mirada de fingida indignación.

—¿Y tú? ¿Qué deportes practicas tú? —le preguntó.

—Por fin vamos a hablar de mí. Estaba ya harto de hablar de ti todo el tiempo —respondió él con un suspiro exagerado. Ella frunció el ceño, pretendiendo estar enfadada—. Viviendo aquí en la playa,

ya te imaginas..., buceo, pesco, hago windsurf..., y también practico algo de lucha.

—¿Lucha?

—Sí, solo por diversión, claro. El experto es Jan. Fue campeón de MMA hace años.

Ella le miró confusa.

—Artes Marciales Mixtas —le aclaró—. Ganó un par de títulos cuando todavía vivíamos en Alemania. Cuando nos vinimos a España intentó seguir en ese mundo, pero terminó dejándolo. Se pasó a lo de los tatuajes, como puedes ver —añadió levantando los brazos.

—¿Qué significado tienen?

Él se echó a reír.

—Significan que soy un gilipollas. Mi hermano no tenía a nadie mejor con quién practicar al principio, así que me utilizó como conejillo de indias. El brazo izquierdo está peor porque todavía no tenía mucha experiencia. El derecho está bastante mejor. —Cas le mostró a lo que se refería. Ella le pasó la mano con suavidad por la serpiente que llevaba tatuada cerca de la muñeca—. Sus tatuajes están mucho mejor. Se los ha hecho un profesional y le ha tapado los que se hizo a sí mismo.

—¿Y tú no quieres taparte estos?

—La verdad es que me he acostumbrado y les tengo cariño —repuso él, mirándose los nudillos, donde ya desdibujados y apenas legibles, aparecían los nombres de sus hermanos y de sus padres.

—¿Por qué habláis en español tú y tus hermanos? —le preguntó ella con genuina curiosidad. Había cogido otro *croissant* y aunque lo miraba con indecisión, Cas estaba casi seguro de que se lo iba a comer.

—Costumbre, supongo. Al principio cuando nos vinimos a vivir aquí, Till era bastante joven y tenía problemas de adaptación en el instituto, así que mi madre sugirió que aprendiésemos el idioma cuanto antes y solo le hablásemos en español, para que pudiese desenvolverse mejor con sus compañeros. Y luego..., pues nos acostumbramos.

—Y, ¿por qué mecánico?

—¡Cuántas preguntas! —exclamó él en broma—. Es lo que siempre me ha gustado —respondió después de coger otro *croissant* y comérselo de un bocado—. Aunque cada vez trabajo menos de mecánico, ahora casi siempre estoy liado con pedidos de piezas, y tratando con clientes. Tengo suerte de tener a Tony, que por cierto es el que me ha arreglado la moto, esa que tú destrozaste.

Ella le lanzó una mirada asesina. Él le guiñó un ojo.

—Pero volvamos a ti, ¿no te parece? El otro día me dijiste que habías terminado un máster de Derecho Internacional. Eso suena muy importante. ¿A qué quieres dedicarte tú?

Ella se comió los últimos restos de su segundo *croissant* antes de mirarle con tristeza.

—Casi fue un milagro que aceptasen costearme el máster. Como te conté, mis padres no tienen mucho interés en que trabaje, la verdad. Preferirían que no lo hiciera. Pero a mí me gustaría montar un despacho o trabajar en alguna empresa... No sé, sentirme útil —concluyó, encogiéndose de hombros.

—Deberías hacerlo entonces, si es lo que quieres, ¿no crees?

—Supongo que sí —repuso ella con la mirada perdida. No parecía convencida en exceso.

Cas se la quedó mirando sin saber muy bien qué decir. No podía imaginarse lo que debía ser vivir condicionado por sus padres. A él y a sus hermanos, siempre los habían apoyado en sus decisiones, incluso aunque algunas habían sido descabelladas, como cuando Till había dejado la universidad en tercero de medicina, o cuando él mismo había decidido invertir todos sus ahorros en el taller, o cuando Jan había abandonado su prometedor carrera como luchador para convertirse en tatuador. Sus padres nunca habían dicho nada, no los habían presionado. Se habían limitado a darles consejos, pero les habían dejado tomar sus propias decisiones. Todavía no conocía a Elisa lo suficiente como para saber mucho de ella, pero no creía que fuese muy saludable a su edad vivir bajo el yugo de sus progenitores.

—¿Has acabado ya? —le preguntó pasados unos segundos, tomando su último sorbo de café. Los *croissants* habían

desaparecido. Ella se había comido dos y él, el resto—. Será mejor que vayamos al chalet para que puedas cambiarte de ropa.

Ella asintió antes de levantarse. Cas también se incorporó. Antes de coger los cascos, dejó un billete encima de la mesa que cubría la cuenta con creces. Luego abandonaron el bistró.

Hacía un día espléndido y Cas pensó que era el día ideal para ir a hacer *snorkel* a la calita. Era una playa muy poco concurrida, ya que era de difícil acceso, y además, al ser junio, el grueso de los turistas todavía no había llegado para invadirla.

Según se acercaban al parking, la miró de reojo. No había duda de que se trataba de la misma chica que había conocido hacía días; caminaba igual, con la misma elegancia y dignidad, como si perteneciese a un mundo de *glamour* y estilo —cosa que era cierta—. Pero algo había cambiado en ella. No supo precisar qué era, pero las diferencias eran evidentes. En ese instante ella levantó la cabeza y le sorprendió mirándola. Le sonrió.

Él le devolvió la sonrisa.

* * *

Eli colgó el teléfono. Había llamado a su padre para felicitarle por su cumpleaños, y como siempre, después de hablar con alguno de sus progenitores se sentía agotada. Si bien él no era tan abrumador como su madre, la conversación no había sido fácil. Y todo por Lalo. Lalo esto, Lalo lo otro... Si volvía a escuchar el nombre de Lalo en las próximas veinticuatro horas sabía que cometería una locura.

¡Qué situación más embarazosa la de esa mañana! Cuando su madre la había llamado para recordarle lo del cumpleaños, había comenzado a preguntarle si sabía algo de Lalo; si la había llamado; si ella le había llamado a él... y Cas frente a ella mirándola con esos ojos azules maravillosos. Se había sentido culpable y a la vez impotente.

Prefería no pensar en Lalo y disfrutar de Cas.

¡Cas! ¡Cas! ¡Cas!

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo, pero le daba igual. Era la primera vez en su vida que se estaba dejando llevar, y la experiencia estaba resultando fabulosa. Se negaba a pensar en el futuro o en las consecuencias. Iba a vivir ese sueño...

Había sido un día increíble. Primero habían ido al chalet a que se cambiase de ropa. Sus amigas seguían durmiendo así que les había dejado una nota, prometiendo llamarlas más tarde.

Luego habían ido a esa fabulosa calita de la que él había hablado, que estaba prácticamente desierta. El agua del mar tenía un color diferente allí, casi se podía ver el fondo sin necesidad de ponerse gafas de bucear. Practicar *snorkel* había sido una pésima idea, ella había descubierto que no era su fuerte, pero repetiría la experiencia en cualquier momento, siempre y cuando fuese con Cas. Había estado fantástico. Con una paciencia infinita y sin dejar de gastar bromas, le había explicado lo que tenía que hacer en caso de que le entrase agua en el tubo. No había servido de nada, ella se había tragado la mitad del mar Mediterráneo, y después de más de tres horas de intentarlo, toser, y escupir agua salada, Cas la había dejado por imposible.

Al principio se había sentido cohibida e insegura ante las bromas irónicas de Cas; no estaba acostumbrada a desenvolverse en un ambiente tan informal, excepto con sus amigas más íntimas, pero al cabo de un rato, se había relajado y permitido el lujo de bromear también. Había sido estupendo. Todavía le dolía el estómago de las carcajadas que los dos habían compartido.

Después del fallido intento de practicar *snorkel*, habían comido en un pequeño chiringuito de madera que había en la misma playa. Y ese había sido el momento crucial del día. Estaba muy orgullosa de sí misma y de cómo se había comportado, aunque sin lugar a dudas su madre la eliminaría del testamento, en caso de enterarse de lo que había comido.

¡Hidratos de carbono y grasas saturadas!

Le entraba la risa solo de pensar en lo mucho que había gozado probando todo lo que les habían ido trayendo a la mesa, que no había sido poco. Cas se había vuelto loco pidiendo plato tras plato, y riéndose de los gestos que ella hacía cada vez que degustaba un bocado. Aunque lo cierto era, que Cas siempre tenía la sonrisa en la cara, o al menos así había sido durante todo el día.

Después de la apetitosa comida habían subido al pueblecito de las montañas, a ver las ruinas del castillo. El trayecto había sido

fantástico, con unas vistas impresionantes según iban ascendiendo y dejaban el mar tras ellos.

Montar en moto con Cas había sido cuando menos interesante..., cuando más muy especial... Se había deleitado abrazándole y sintiendo sus poderosos músculos bajo las palmas de sus manos y su fornida espalda contra su pecho... Había sido una experiencia que estaba más que dispuesta a repetir... en cualquier momento...

El pueblecito no era un sitio muy turístico y a primera hora de la tarde apenas si había habido gente por sus calles, así que habían deambulado por allí a sus anchas. El castillo tampoco era gran cosa, apenas unas rocas informes, pero se respiraba una paz increíble y solo por las vistas había merecido la pena subir... Bueno, por eso y por la cantidad de besos y caricias que habían intercambiado en las abandonadas ruinas. Todavía se le aceleraba el corazón al pensar en cómo se habían devorado mutuamente a la sombra de un muro invadido por el musgo.

Antes de marcharse habían tomado algo en el pequeño bar de la plaza y cuando ya comenzaba a ponerse el sol habían regresado.

El día había sido espléndido.

Ahora, ya caía la noche, y mientras Cas bajaba a Eli a la calle, ella se había quedado en su apartamento preparando unos sándwiches. Él la había mirado con escepticismo cuando se había ofrecido, a lo que ella había replicado que si era capaz de utilizar su propio microondas cuando su cocinera estaba de vacaciones —era una broma, por supuesto—, podría arreglárselas y organizar algo comestible. Unos sándwiches podía hacerlos cualquiera, ¿no?

Había aprovechado que estaba sola para llamar, primero a sus amigas, con las que había hablado explicándoles que esa noche tampoco iba a ir a dormir, y después a su padre, conversación que había sido cordial, pero fría, como de costumbre.

La cocina no era muy grande, pero estaba bien equipada, y como comprobó, mientras abría un armario detrás de otro, bien surtida. Acababa de sacar el pan de molde y había abierto el frigorífico para ver qué había, cuando una música desconocida llamó su atención. Giró la cabeza buscando el origen de la melodía y vio el móvil de Cas encima de la mesita del salón. Estaba

iluminado y vibraba. Lo ignoró. Ya se encargaría Cas de devolver la llamada cuando regresase.

Sacó mantequilla y varios paquetes de embutido y lo colocó todo en la isla.

La misma música, algo de rock, volvió a interrumpirla. No le prestó atención. En breve dejó de sonar.

Canturreó por lo bajo, mientras untaba la mantequilla en el pan. Estaba cometiendo terribles excesos, lo sabía, pero prefería no pararse a pensar en ello. Ya se sentiría culpable cuando regresara a Madrid, a su vida real.

¡Otra vez el dichoso móvil!

Lo miró indecisa. ¿Quién podría ser? Desde luego era persistente, eso sin duda. Vacilante, pero también curiosa, se acercó a la mesa, pero antes de que llegase la melodía volvió a interrumpirse. Agitó la cabeza, pensando que no era de su incumbencia si alguien deseaba localizar a Cas con tanto fervor, pero ¿y si era algo urgente? A lo mejor le había pasado algo a alguien.

Volvió a la zona de la cocina, decidida a terminar los sándwiches, pero justo cuando iba a coger el cuchillo, la música que ya le resultaba familiar rompió el silencio del apartamento por cuarta vez. Sin dudar se dirigió a la mesita y cogió el móvil. En la pantalla aparecía el nombre de Till. Tardó solo un segundo en decidirse.

—¿Sí?

—¿Cas? —La voz de Till sonaba aterrorizada.

—Soy Eli. Cas ha bajado un momento con la perra a la calle. ¿Pasa algo?

Hubo un silencio al otro lado de la línea, que la inquietó bastante.

—Dile a Cas que me llame cuando llegue, por favor, es muy urgente.

Y colgó.

Eli no tuvo tiempo de decir nada. Se quedó mirando el ahora silencioso móvil con aprensión. Algo no iba bien, eso estaba claro. El siempre alegre Till parecía muy angustiado. ¿Qué habría sucedido?

Volvió a la cocina, pero se llevó el aparato con ella. Quizá volviese a llamar.

Mientras terminaba los sándwiches meditó sobre la extraña llamada. Debía haber ocurrido algo grave.

La puerta de la entrada se abrió y una más que excitada Eli entró en el apartamento moviendo su diminuto rabo con energía. Cas la seguía.

—Espero que la cena esté lista, mujer —bromeó él, acercándose.

—Cas, espero que no te importe —comenzó ella—, pero he contestado tu móvil. No paraba de sonar y he pensado que quizá era importante..., y al ver que era Till... —Le miró, sintiéndose culpable; quizá él pensaba que se había entrometido.

—Sin problema, Elisa. Dime, ¿qué quería?

—Ha dicho que le llames cuanto antes... No sé. Me ha dado la impresión de que estaba muy nervioso.

Él frunció el ceño. Sin hacer ningún comentario tomó el móvil que ella le tendía y llamó.

Eli le observaba desde la cocina. No sabía por qué, pero tenía el presentimiento de que algo malo había sucedido. Y las palabras de Cas, mientras hablaba con su hermano, lo confirmaron.

—¡Joder, Till! ¿Qué cojones has hecho? —gritó al cabo de unos segundos. Había cerrado los ojos y se frotaba la parte posterior de la cabeza con excesiva energía—. No me vengas con esas, joder. *Scheisse!*^[21] *Scheisse! Fuck! Dritt og dra!*^[22] —Las siguientes palabras que salieron de su boca fueron incomprensibles. Parecía tratarse de una mezcla de alemán, noruego e inglés.

Eli le contemplaba, estupefacta. Si había pensado que ya había visto a Cas perdiendo el control la noche anterior en el *Rock and Stars*, había estado muy equivocada. Ese era Cas perdiendo el control. Daba paseos frenéticos por la habitación y sus ojos centelleaban coléricos. Apretaba la mandíbula con excesiva fuerza y de su boca surgían improperios en diversos idiomas.

Daba la sensación de que se había olvidado de su presencia y ella casi lo agradeció.

Al fin colgó el teléfono. Se lo guardó en el bolsillo y estuvo unos segundos inmóvil, en medio del salón, con la mirada clavada en los ventanales. Una vena le latía furiosamente en el cuello. La tensión de su cuerpo era más que evidente.

Se dio la vuelta y la miró. Respiraba con dificultad y se notaba que estaba intentando calmarse antes de dirigirse a ella. Tenía los puños apretados.

—Ha surgido algo —le dijo. Su voz parecía no pertenecer a la misma persona con la que Eli había pasado el día. Era ronca y áspera—. Te llevo a casa.

—¿Puedo ayudar en algo? —le preguntó sin dejar de observarle.

—No. No puedes hacer nada. Es solo que tengo que marcharme cuanto antes. Till me está esperando.

—Claro —se apresuró ella a responder. Sin dudarle un instante cogió su bolsa, que había dejado encima del sofá y se encaminó a la puerta sin dilación. Olvidados quedaron los sándwiches encima de la isla—. ¿Está bien Till? —se atrevió por fin a preguntar.

Cas resopló, furioso.

—Till está bien —repuso—. Es complicado.

—No tienes que contarme nada —dijo ella con un gesto—. Lo importante es que todo se solucione.

Él la miró con una expresión indescifrable en el rostro.

—Till es Till —terminó diciendo enigmáticamente—. No lo necesitas. Vamos en coche —añadió, viendo que ella cogía el casco de la moto.

No tardaron en llegar al parking subterráneo. Él se mantenía callado, sumido en pensamientos poco agradables, si se tenía en cuenta la expresión atormentada que mostraba su cara.

El trayecto hasta el chalet fue igual de silencioso. Ella no se atrevió a romper el mutismo que se había impuesto entre ellos. Daba por hecho que si él desease hablar con ella, lo haría. Se sentía apenada sabiendo que el día tan maravilloso había tenido tan triste final, y que él se marchaba al día siguiente. No iba a volver a verle en una semana. Pero comprendía que lo que estuviera sucediendo con Till, fuese lo que fuese, tenía absoluta prioridad.

No tardaron en llegar a la urbanización. Cuando él detuvo el coche delante de la casa Eli se giró en el asiento dispuesta a decirle adiós. Pero antes de haber podido abrir la boca, los labios de Cas estaban sobre los suyos y sus manos la mantenían sujeta por los hombros.

El beso no fue dulce ni suave, esta vez, sino profundo y algo violento, como si él quisiese llevarse un trocito de ella, o arrancárselo de golpe.

Después de solo unos segundos de intensa brutalidad, él se apartó. Sus pupilas se habían dilatado y respiraba con dificultad.

Eli le observó, jadeante.

—Por favor, cuando soluciones lo de Till, házmelo saber —le suplicó.

Él asintió con gravedad.

Ella se bajó del coche. Sabía que él estaba impaciente por marcharse, así que no quiso alargar más la despedida.

—Elisa —escuchó la voz de él a su espalda, cuando ya estaba cerca de la puerta.

Se dio la vuelta y le miró. Esa escena ya la habían vivido antes, recordó. Pero en las otras ocasiones, él no la había mirado con esa fiera vehemencia ni agarrado el volante con tanta fuerza que sus tatuados nudillos se habían vuelto pálidos. Tampoco su postura había estado tan rígida ni sus labios apretados en una severa línea. Parecía otro Cas, y sin embargo era el mismo.

Esperó ansiosa, sabiendo lo que él iba a decir.

—Te llamo.

Capítulo Quince

Cas golpeó el volante con fuerza varias veces. La ira que llevaba tratando de contener desde que había hablado con su hermano pequeño amenazaba con desbordarse. ¡Dios! ¿En qué cojones había estado pensando Till para mezclarse con gente así? Mejor dicho, no había pensado, como era su costumbre.

Frenó en seco delante de la casa de Jan. No tenía ni idea de por qué su hermano prefería vivir tan alejado del pueblo y de la gente, en medio de la montaña, en esa parcela de terreno seco y en esa casa destartada en la que había invertido todos sus ahorros. El vecino más próximo se encontraba a kilómetros de distancia.

Jan le estaba esperando en la puerta. Tenía un aspecto lamentable, se notaba que aún no había superado el virus que le había obligado a pasar en la cama los últimos días, pero se había empeñado en estar presente. ¡Qué cabezota!

—¿Puedes subir solo o necesitas ayuda? —le preguntó Cas, abriendo la puerta del pasajero desde dentro.

—¡Qué gracioso! —repuso el otro, encaramándose al coche. Tenía el rostro enrojecido por la alta temperatura, los ojos le brillaban febriles y se movía como un señor de noventa años.

—¡Joder, Jan! Estás hecho una mierda.

—Lo sé.

—Puedo ir solo.

—No.

—Pero...

—He dicho que no. Arranca —dijo con voz fría—. Till es hermano de ambos y no quiero que te veas envuelto en esto tú solo.

Cas no dijo nada. Encendió el motor, y en poco tiempo habían dejado atrás el camino de tierra que conducía a la casa de Jan, y alcanzado la carretera iluminada.

—¿Tú sabías algo? —preguntó mirando a su hermano de reojo.

—¿De qué? ¿De la gente con la que va o de las apuestas?

—No sé, de algo... —suspiró.

—Supongo que lo mismo que tú. ¡Joder! ¡Es un inconsciente! ¡Apostando! —Jan resopló con incredulidad.

Cas guardó silencio. Todavía estaba intentando asimilar la situación. Por lo visto, su hermano Till llevaba un tiempo apostando y les había dejado a deber una cantidad de dinero importante a los hermanos Albescu, unos rumanos que llevaban varios años establecidos en la costa y que tenían varios locales de apuestas legales, y otros tantos ilegales. Para poder pagarles la deuda le había pedido dinero prestado al dueño del *Rock and Stars*, Bajram Sejdiu, del que se rumoreaba que andaba metido en negocios ilegales, peleas clandestinas, prostitución e incluso narcotráfico. Le habían detenido en varias ocasiones, pero siempre le habían soltado; la policía no había conseguido aportar pruebas concluyentes.

En fin, que para escapar de unos delincuentes se había puesto en manos de otro. Ellos ya le habían advertido a Till con frecuencia de que no debía mezclarse con esa clase de gente. Ya era bastante malo que trabajase en el *Rock and Stars*, pero que encima le pidiese dinero prestado a su jefe. Eso no tenía nombre. ¡Menudo gilipollas!

—¿Sabes cuánto ha perdido? ¿Tenemos alguna opción de conseguirlo? —le preguntó Jan rompiendo el silencio.

—No tengo ni idea. Cuando me ha llamado estaba tan nervioso que apenas si ha podido decirme dónde estaba y nada más.

—¿A quién le debe la pasta? ¿A los Albescu o a Bajram?

—Ni puta idea, pero cuando lleguemos le pienso partir el cuello con mis propias manos —repuso Cas con furia.

Jan no contestó.

No tardaron en alcanzar la pequeña urbanización cercana a la capital, donde Till había buscado refugio. Los había llamado desde el piso de un amigo que se encontraba fuera, del cual tenía las llaves para recogerle el correo. No les había dicho mucho más, solo lo que había sucedido a grandes rasgos; dónde estaba; y que estaba acojonado.

Aparcaron el coche frente al complejo donde se ocultaba Till. La calle estaba desierta a esas horas de la noche, y la iluminación no era muy buena. Cas agradeció que así fuese. Abandonaron el

vehículo y se dirigieron a la puerta del edificio. Llamaron al segundo piso.

Era uno de esos porteros automáticos con cámara incorporada y cuando la puerta se abrió con un zumbido al cabo de unos segundos, Cas supuso que su hermano los había reconocido. Subieron andando. Él delante y Jan, con dificultad debido a la fiebre, detrás.

La puerta del apartamento 2-B estaba cerrada, pero no tardó en abrirse una rendija, por la que asomó el nervioso rostro de Till. Una vez se hubo asegurado de que eran ellos, la abrió de par en par. Cas entró primero con un brillo asesino en la mirada. Till tenía los ojos enrojecidos por el llanto y el pelo alborotado, como si hubiese estado revolviéndoselo con las manos durante horas. Las manos le temblaban. Posó su mirada inyectada en sangre sobre el rostro de Cas.

Este se detuvo en seco al ver el miserable aspecto de su hermano pequeño. Había llegado allí dispuesto a cogerle por el cuello y a zarandearle, a golpearle si era necesario, pero el terror que mostraban sus ojos le hizo vacilar. Meneó la cabeza con impotencia antes de respirar hondo, intentando calmarse.

Jan parecía haber llegado a la misma conclusión que él, porque se sentó en el sofá y contempló a su hermano pequeño a través de sus ojos febriles.

Till no dijo nada. Solo los miraba. Finalmente el opresivo silencio pareció vencerle.

—Lo siento, lo siento, lo siento —murmuró, tapándose la cara con las manos—. He sido un gilipollas, un mierda... Lo siento, lo siento...

Cas apretó los puños con fuerza. Le dolía verle así. Por un instante se sintió tentado de abrazarle y consolarle, pero se dio cuenta de que eso quizá no fuera lo más adecuado en ese momento.

—Siéntate Till, cálmate y cuéntanos lo que ha pasado —dijo, tomando asiento junto a Jan. Hablaba con una calma extraordinaria, que desmentía el volcán en erupción que tenía dentro.

Till tardó unos segundos en rehacerse. Frotándose los ojos con la palma de las manos se dejó caer en un sillón frente a sus

hermanos. Con la voz temblorosa y alguna que otra lágrima que se derramaba por sus mejillas, les relató lo que había ocurrido.

Llevaba apostando unos cuantos meses; al principio solo habían sido pequeñas cantidades, pero poco a poco le había cogido el gusto, y había empezado a jugar más fuerte. Todos los jueves por la noche había una timba de póker en un garito cercano al aeropuerto, y se había aficionado. Los hermanos Albescu, que eran los organizadores de esas reuniones, se habían ofrecido a prestarle dinero con un interés muy bajo para lo que era la costumbre, así que había aceptado. Pero después de un par de meses de mala racha se había dado cuenta de que les debía más de veinte mil euros.

Cas y Jan le escuchaban en silencio, con severidad.

Hacía unos días, Viorel, el mayor de los Albescu había contactado con él exigiéndole el pago íntegro de la deuda. Si no pagaba antes de veinticuatro horas, había amenazado con romperle las piernas. Till, en un momento de desesperación había acudido a Bajram, que le había prestado treinta mil euros sin hacerle demasiadas preguntas. Solo le había puesto como condición que se los devolviese en el plazo de una semana.

Había saldado su deuda de veinticuatro mil euros con los rumanos y había intentado conseguir más dinero apostando los seis mil restantes, pero también los había perdido. La noche anterior había pasado el plazo que Bajram le había dado para devolver el dinero, y aunque había intentado hablar con él para negociar una nueva fecha, este había sido implacable. O devolvía el dinero ese mismo día o tendría que atenerse a las consecuencias.

Se había venido al piso de su amigo Oli, sabiendo que allí no le iba a buscar nadie porque nadie conocía su amistad con él, que databa de la época del colegio. Se había devanado los sesos intentando encontrar alguna salida a su desesperada situación. No quería tener que decírselo a sus hermanos, pero aunque había llamado a algunos amigos no había podido conseguir la pasta.

Al principio no había estado muy preocupado, pero al caer la noche había recibido un mensaje de un número desconocido en el móvil. Cuando lo había abierto se había quedado de piedra. Era una foto de su madre saliendo de casa y en el texto ponía: *O pagas tú o paga ella.*

Ese había sido el momento en que había decidido ponerse en contacto con ellos.

—No sabía qué hacer... —murmuró, mirándoles fijamente.

Tanto Cas como Jan tardaron en reaccionar. La situación era esperpéntica.

Cas se pasó las manos por la cara intentando poner orden en su cabeza. Entonces... Till ya no tenía la deuda con los rumanos, sino con el albano-kosovar, que le había prestado dinero sin pedirle explicaciones y sin intereses..., y que luego le había mandado una foto de su madre, amenazándole.

Algo no terminaba de cuadrar en todo aquello.

—Lo de la foto, ¿va en serio? ¿O es para acojonarte? Tú le conoces mejor —Jan le miró muy serio.

—No lo sé, ya no sé nada... No creo que llegue tan lejos..., pero no sé... —farfulló.

—¿Cuánto dinero tienes tú? —le preguntó Cas a Jan. Mejor solucionar esa mierda cuanto antes.

—Unos quince mil. Más o menos.

—Yo ahora mismo tengo seis mil disponibles, acabo de invertir el resto en piezas.

—Eso hace unos veintiuno —murmuró Jan, acariciándose el mentón.

—Mamá puede poner el resto —añadió Cas con la mirada perdida.

Till, que había escuchado en silencio, comenzó a mover la cabeza lentamente.

—¿Se lo vais a contar a mamá?

—No creo que tengamos otra opción, ¿no? —Cas le espetó con dureza—. A no ser que tú puedas poner el resto.

—No puedo... —La desesperanza se filtró en sus palabras—. Ya sabéis que ni siquiera el coche es mío, es de la financiera.

—No sé por qué pero algo no termina de convencerme en todo esto. Bajram tiene más dinero que un político corrupto, y ¿la monta de esta manera por treinta mil míseros euros? Algo no encaja —murmuró Cas con suspicacia.

—No es el dinero lo que de verdad le importa, de eso tiene más que de sobra... Es el respeto... Tiene que imponerse para que la

gente le respete... Eso dijo... —balbuceó Till.

—Hay que llamarle —dijo Jan con firmeza.

Durante unos instantes los tres guardaron silencio. Till se miraba las manos, que le temblaban, con nerviosismo. Jan había comenzado a tamborilear con los dedos de la mano izquierda sobre el antebrazo del sofá. Tenía la mirada fija sobre su hermano pequeño. Cas había cerrado los ojos y fruncía el ceño, concentrado.

—Ok. Esto es lo que vamos a hacer ahora. —Se levantó del sofá y se frotó la nuca antes de dirigirse a Till—. Tú te vas a quedar aquí y no vas a salir a la calle bajo ningún pretexto. Nosotros nos encargamos de hablar con él y arreglar este jodido asunto. Ah, otra cosa... Olvídate de volver a trabajar en el *Rock and Stars*. ¿Me has entendido? Y ten en cuenta que nos vas a tener que devolver hasta el último puto euro que nos gastemos en esta mierda, ¿lo pillas? —Se pasó las manos por la cabeza al tiempo que dejaba escapar un suspiro—. ¡Mierda! Y mañana me voy a Inglaterra. No puedo aplazar el puñetero viaje. Reza para que podamos solucionar todo esto antes de que me vaya. —Señaló con el dedo a Till que asintió con vigor.

—Necesitamos el teléfono de Bajram para hablar con él, así que pásame el contacto —añadió Jan, levantándose.

Till se sacó el móvil del bolsillo. Buscó en la agenda y le pasó la información a Jan.

—Llámale y mira a ver si podemos quedar con él mañana por la mañana a primera hora —le dijo Cas a Jan—. Espero que tenga tiempo... —Hizo una pausa—. ¿Tú qué opinas? ¿No te parece raro?

—No sé. Toda la situación... No me gusta un pelo..., lo de la foto de mamá... Me da mala espina. Supongo que solo era para acojonar a Till. Bajram nos conoce, sabe quiénes somos y sabe que podemos conseguir treinta mil euros, no es tanto. Lo de la amenaza de mamá me parece excesivo... No sé, no tiene sentido.

Cas suspiró. Su hermano estaba en lo cierto, treinta mil euros no era una gran cantidad, no en el mundo en el que se movía Bajram. ¿Qué cojones había pretendido con lo de la foto? Inútil especular. Sabrían más cuando hablasen con él.

Jan marcó el teléfono de Bajram y esperó.

—...

—Soy Jan Landvik, el hermano de Till.

—...

—Él no está disponible, pero a lo mejor te interesa hablar conmigo.

—...

—Mejor en persona. Y a ser posible cuanto antes.

—...

—Sí. —Jan levantó las cejas con un gesto de sorpresa—. Ahora sería perfecto. ¿Dónde?

Cas asintió con lentitud. Cuanto antes resolviesen el asunto, mucho mejor. Till iba a decir algo pero le silenció con la mano.

—Iré con mi hermano Cas.

—...

—Bien. En una hora nos vemos allí.

Y colgó.

—¿Qué ha dicho? —inquirió Till, nervioso.

—Hemos quedado con él en un bar que hay cerca del *Rock and Stars*, el *Capricho*, en una hora.

—Es suyo, también —murmuró Till.

Cas comenzó a pasear por la habitación. Tendrían que pedirle el resto del dinero a su madre, y sinceramente, odiaba molestarla con algo así, pero no tenían otra opción. ¡Maldita sea! Si no hubiese hecho el pedido de piezas la semana anterior podían haber evitado que su madre se enterase, aunque quizá fuese mejor así. Till no se iba a librar esta vez. Lo que había hecho ya no se podía considerar una chiquillada. Era grave. Y ellos no iban a estar ahí toda su vida, cubriéndole las espaldas. Esperaba que el susto le sirviese de escarmiento. ¡Qué idiota!

Bufó, lleno de frustración. Su vida parecía haber dado un giro de ciento ochenta grados. Ese día magnífico, que había pasado junto a una mujer que le interesaba más de lo que todavía estaba dispuesto a admitir, de pronto se había convertido en una puta pesadilla.

—Será mejor que nos marchemos —dijo Jan, sacándole de sus pensamientos.

Se despidieron de Till, que ya no parecía el mismo de siempre. En solo unas horas ese chico despreocupado y con una sonrisa constante en la cara, se había convertido en un hombre

desesperado, que tardaría mucho en volver a sonreír. ¡Ojalá sirviese de algo!

Jan y Cas se subieron al coche sin decir palabra. La urbanización seguía igual de desierta que cuando habían llegado. El silencio solo se veía interrumpido por el canto de un grillo en unos matorrales al otro lado de la calle.

—¿Estás preparado? ¿Te encuentras bien? —le preguntó a su hermano, cuyos síntomas de gripe eran evidentes.

—No, la verdad. Ni me encuentro bien ni estoy preparado, pero ¿acaso nos queda otra? —respondió Jan con la voz cansada.

Cas tardó en contestar.

—Supongo que no —terminó por decir.

* * *

Miró la hora en el móvil antes de dejarlo en la mesilla y apoyar la cabeza sobre la almohada. Eran las cuatro de la mañana. Bostezó. Estaba agotado, pero dudaba mucho de que pudiese pegar ojo. Las últimas veinticuatro horas habían sido vertiginosas.

El día con Elisa había sido genial, y la noche previa... La imagen del femenino cuerpo pegado al suyo acudió a su mente. ¡Joder, qué sexo tan increíble! Hacía tiempo que no disfrutaba tanto en la cama con una mujer. ¡Qué ganas tenía de volver a estar con ella! Se excitaba de solo imaginársela desnuda, a su lado...

Se revolvió inquieto.

La expresión de su rostro se ensombreció al pensar en Till.

Apenas si podía dar crédito a lo que había sucedido. Menos mal que en un par de horas, en cuanto abriesen los bancos, todo iba a quedar resuelto. Bueno, todo no, ¿qué cojones iban a hacer con Till? *Fuck!* Todavía tenían que hablar de eso.

Habían llegado al *Capricho* a la hora convenida. Era el típico pub al que acudían lugareños más que turistas, así que la entrada de dos tíos con pinta de nórdicos, de más de metro noventa, había llamado la atención, sin duda.

Bajram los había estado esperando en la mesa del fondo; estaba con un par de tíos con apariencia de boxeadores retirados, que miraban todo y a todos con desconfianza. A Cas le había recordado a una escena de una película de la mafia.

El albanos-kosovar aparentaba ser un tipo corriente, demasiado corriente. Nada en él destacaba, ni por bueno ni por malo. Era de estatura y de complexión media, y tenía el pelo y los ojos castaños. Llevaba pantalones de vestir oscuros y una camisa azul. Resultaba tan común que rayaba en la vulgaridad. Los había saludado con una sonrisa que parecía ser genuina, aunque con ese tipo de gente uno nunca sabía a qué atenerse. Ellos se habían limitado a mirarle con seriedad.

Desde el primer momento en que había abierto la boca, Cas se había percatado de que no había nada ni mediocre ni vulgar en él. La primera impresión engañaba, desde luego.

Suspiró, recordando la conversación.

—Por fin nos conocemos —había dicho el dueño del Rock and Stars, después de hacer un gesto a sus acompañantes para que los dejaran solos. Los había invitado a sentarse, pero tanto Cas como Jan habían declinado.

—En no muy apropiadas circunstancias —había replicado Jan. En el coche, antes de entrar, habían acordado que fuese él el que hablase.

—Lo lamento. Los temas de dinero nunca son muy apropiados, me temo. —Hablaban un español muy correcto pero con un acento bastante pronunciado.

—Hemos visto la foto que le has enviado a Till.

—Eso ya está solucionado —había dicho haciendo un gesto despectivo con la mano—. Uno de mis hombres la ha enviado por error. Se preocupa demasiado por mí y es muy celoso de su trabajo... —había bajado la voz, como si les quisiese contar alguna confidencia—. No tenéis de qué preocuparos.

—Es preocupante —había añadido Jan sin apartar la vista del mafioso-hombre-de-negocios-prestamista o lo que fuese.

—Está todo arreglado. —La voz firme de Bajram pareció haber dado el asunto por zanjado—. Lo que me lleva a retomar el tema del dinero y qu...

—Mañana en cuanto abran los bancos tendrás tu dinero —le había interrumpido Jan. Bajram se le había quedado mirando con un brillo calculador en la mirada que a Cas no le había gustado ni lo más mínimo.

—Perfecto, perfecto... —había murmurado, acariciándose el mentón.

—¿Treinta mil, verdad?

—Sí, sí. Podéis traerlo al Rock and Stars, aunque no esté abierto. Tenía pensado pasar allí la mañana, solucionando unos temas.

—Bien. —Jan había comenzado a girarse, dispuesto a irse y Cas le había imitado, pero la voz de Bajram había hecho que se detuviesen.

—Tú eres Jan Landvik, ¿verdad? Fuiste campeón de MMA hace años en Alemania, ¿no? —había preguntado como por casualidad, pero a Cas no le había pasado inadvertido el interés que mostraban sus ojos, mientras contemplaba a su hermano de arriba abajo.

—Ya no me dedico a eso —había sido la respuesta ambigua de Jan.

—Es una pena.

—Respecto a lo de nuestra madre... —había comenzado Jan antes de marcharse.

—No hay nada que hablar de eso. Como he dicho, ha sido un lamentable error. —Había vuelto a hacer un gesto desdeñoso con la mano—. Por cierto, decidle a Till que puede acudir a mí siempre que me necesite. Es un placer hacer negocios con los hermanos Landvik.

Cas había tenido que contenerse para no darse la vuelta y decir algo que le hubiese valido un puñetazo o algo peor de los dos guardaespaldas del tipo, que se mantenían a solo unos metros de distancia. Pero Jan le había cogido del brazo y con un gesto le había indicado que se callase. Era mejor no estar a malas con tíos como ese.

Después de eso se habían marchado. Durante el trayecto de camino a casa de Jan apenas habían hablado. Ambos parecían haber estado tratando de asimilar todo lo que había sucedido aquella noche. Habían quedado en verse a primera hora de la mañana en casa de su madre para ponerla al corriente de todo, y luego ir al banco.

Solo hacía diez minutos que había llegado a su apartamento y casi no había tenido fuerzas para quitarse la ropa y tumbarse en la

cama.

Le había prometido a Elisa que la informaría cuando todo estuviese resuelto, pero era demasiado tarde. Estaría durmiendo. Dudó por espacio de unos segundos, pero terminó por coger el móvil. Decidió enviarle un wasap. Si estaba despierta lo leería y si no, lo vería cuando se levantase.

Todo arreglado con Till

Dejó el móvil sobre la mesilla y cerró los ojos, pero el sonido de un wasap entrante le hizo abrirlos de nuevo.

Me alegro. Gracias por avisar. Buen viaje mañana

Cas sonrió. Ella era siempre tan formal. Hasta sus wasaps sonaban formales. Decidió darle algo en qué pensar.

Mi cama huele a ti. Se me pone dura cada vez que pienso en lo que hicimos ayer aquí

Esta vez tardó en contestar. Se la podía imaginar tumbada en la cama, leyendo su wasap y sonrojándose de esa forma tan encantadora que tenía ella...

Un sonido le alertó de la llegada de su respuesta. Cas, más ansioso de lo normal, se apresuró a leer el mensaje.

¡Varios emoticonos sonrientes sonrojados!

Soltó una carcajada.

Sueña conmigo. Te llamo cuando vuelva

A lo que ella respondió al cabo de unos segundos con otro emoticono, el que tenía corazones por ojos.

Sonrió con languidez, dejando el móvil sobre la mesilla de nuevo. No sabía si ella iba a soñar con él, pero estaba casi seguro de que él sí iba a soñar con ella.

Capítulo Dieciséis

—¿No te ha llamado? —preguntó Sandra.

Eli levantó la vista del libro que fingía leer y negó con la cabeza.

Era sábado por la mañana y estaban en la piscina, aprovechando el último día de sus vacaciones. Alba, Sandra y ella estaban tumbadas en las tumbonas, mientras que Tana se daba un chapuzón.

—Llámale tú —la animó Alba, levantando la cabeza.

Eli ya había pensado en ello, pero le parecía un poco precipitado. Al fin y al cabo él había dicho que la llamaría cuando regresase de Inglaterra. Era cierto que en principio iba a volver el viernes, pero a lo mejor su vuelo se había retrasado. Quizá todavía no hubiese vuelto.

—Puede que todavía no haya regresado —se inmiscuyó en la conversación Tana desde el borde de la piscina, exteriorizando los mismos pensamientos de Eli.

Asintió.

—Te llamará seguro. Por todo lo que nos has contado, se nota que le gustas —adujo Sandra, mirándola con simpatía.

—Yo también lo creo, pero... —Eli se interrumpió. No sabía muy bien si contarles a sus amigas lo que de verdad le preocupaba.

—Pero ¿qué? —insistió Alba, irguiéndose.

Sandra también se incorporó.

—Nada, no es nada —repuso con un gesto ambiguo.

—No nos vale. —Tana salió del agua. Llevaba un diminuto bikini blanco que realzaba sus curvas. Cogió una toalla y se envolvió en ella. Empujó los pies de Eli para sentarse en su tumbona—. Tienes que decirnos qué pasa.

—Nada, en realidad.

—Ni de coña. Habla —insistió Tana. Sandra y Alba asintieron.

—Bien, es solo que no sé muy bien lo que va a pasar ahora. Nos vamos mañana...

—¿Y? —insistió Alba, viendo que no continuaba.

—¿Y si quiero seguir viéndole? —suspiró.

Sus amigas se quedaron calladas unos segundos. Se miraron entre ellas con sorpresa.

—Pero si llevas toda la semana diciendo que era algo físico, que en la cama genial y eso, pero que nada más. —Sandra frunció el ceño, perpleja.

—Esto iba a ser una aventura de verano, ¿no? —Alba le tocó el brazo con suavidad.

Tana se mantenía en silencio. Había girado la cabeza y contemplaba el mar en la distancia.

—Bueno sí, eso he dicho, pero imaginad que..., que me gusta de verdad... No sé, más en serio... —Eli comenzó a ponerse nerviosa. Una cosa era pensar en ello y otra muy diferente decirlo en voz alta.

—Que complicado —murmuró Alba al cabo de un rato, con consternación.

Sandra asintió sin decir nada.

—No he conseguido dejar de pensar en él ni un instante. Y no solo en lo maravillosa que fue la noche que pasamos juntos... No. También en lo increíble que fue el día; y en lo bien que me hace sentir; en la persona que soy cuando estoy con él... No sé. Estoy confusa —terminó, negando con la cabeza.

—Estás pillada —resumió Tana, rompiendo su silencio por fin y mirándola fijamente.

—¡Pero si apenas nos conocemos! Nos hemos visto solo un par de veces. —Su voz sonaba alterada.

—¿Y?

—Y eso... Que no puede ser..., que será un enamoramiento de verano...

—Tú misma te contradices —la cortó Tana—. Hace un segundo has dicho que a lo mejor te gusta de verdad, de una forma más en serio, y ahora dices que a lo mejor solo es un rollo de verano. ¿En qué quedamos?

Eli se llevó las manos a la cara y suspiró de nuevo. ¡Estaba tan confundida!

—A lo mejor no te llama y pasa de ti —sugirió Sandra—. Y entonces todo arreglado, ¿no?

—Pero que burra eres —la reprendió Tana, lanzándole una mirada exasperada—. Vamos a ver. Situación uno: Él pasa de ti y tú no quieres nada serio, como te vas a Madrid mañana, no hay problema.

Eli elevó los ojos al cielo.

—Situación dos: Él pasa de ti pero tú de él no. Como te vas a Madrid mañana, al principio te costará olvidarle, pero lo superarás.

Sandra dejó escapar una risa contenida, pero Tana parecía estárselo tomando todo muy en serio.

—Situación tres: Él no pasa de ti, pero tú sí de él. Como te vas a Madrid mañana, terminará por superarlo.

Ahora fue Alba la que se unió a la risa de Sandra. Incluso Eli estuvo a punto de imitarlas.

—Situación cuatro: Él no pasa de ti y tú no pasas de él. Como te vas a Madrid mañana, tendréis que intentar tener una relación a distancia hasta que uno de los dos decida mudarse e irse a vivir con el otro, ¿no? —finalizó Tana su exposición. Parecía bastante satisfecha.

—Claro, Tana, claro. La situación cuatro es la más probable de todas —comentó Eli con sarcasmo—. Está más que claro que puedo presentar a Cas a mis padres y hacer que se integre en mi vida. Quizá hasta pueda jugar al golf con mi hermano Poncho.

—Bueno, también te puedes venir a vivir aquí y ser la mujer de un mecánico, ¿no? —repuso la otra con cierta ironía.

Todas rieron, incluida Eli.

«¡Ella, la mujer de un mecánico! ¡Imposible!» La Eli snob.

Pero, mientras se burlaba de lo que había dicho Tana, una pequeña, pequeñísima parte de ella no parecía demasiado disgustada con la idea.

«Recuerda que no es un mecánico cualquiera. Es Cas». La *otra* Eli.

—De todas maneras creo que estamos adelantando acontecimientos, ¿no creéis? —intervino Alba, una vez que hubieron dejado de reír.

—Pues sí. Espera a ver si te llama, y si lo hace aprovecha para pasar más tiempo con él —dijo Sandra—. Puede ser que cuando le conozcas más no te guste tanto.

Eli asintió, dubitativa. Muchas cosas terribles tenían que suceder para que Cas no le gustase tanto.

—Hemos solucionado el momento de crisis, ¿no? —preguntó Tana con la mirada fija en Eli—. Pues me voy al agua otra vez. Intentad no molestarme con vuestras tonterías, niñas.

—Claro, *darling* —repuso Alba, sacándole la lengua.

Eli volvió a coger su libro y retomó su fingida lectura. Lo cierto era que tenía la cabeza demasiado ocupada como para concentrarse en un libro, el que fuese. Hablar con sus amigas sobre lo que sentía o no por Cas no había servido de nada. Quizá debería aclarar sus ideas primero, y luego ya se vería.

No había sabido nada de él desde la madrugada del domingo, cuando había recibido los wasaps. Enterró la cabeza en la novela, intentando ocultar el rubor que teñía su cara cada vez que se acordaba de lo que él había escrito.

Mi cama huele a ti. Se me pone dura cada vez que pienso en lo que hicimos ayer aquí

Había leído y releído ese wasap miles de veces en los últimos días. El simple hecho de imaginarle tumbado en la cama donde habían dormido juntos, hacía que se le acelerase la respiración.

Esos cinco días se le habían hecho interminables y si no había mirado el móvil cientos de veces, no lo había hecho ninguna. No era que él le hubiese prometido que la iba a llamar, pero en el fondo, ella lo había esperado.

Habían ido con frecuencia a la playa, y por las noches habían salido a divertirse, como cualquier grupo de chicas de su edad de vacaciones. Una noche, incluso se habían acercado al *Rock and Stars*, y se habían sorprendido bastante al enterarse de que Till ya no trabajaba allí.

Eli sospechaba que la marcha de Till podía tener algo que ver con lo que había sucedido la noche de la llamada telefónica, pero no había querido comentarlo con sus amigas. Solo les había contado por encima que Cas había tenido que irse debido a una emergencia familiar. Sin profundizar. Tampoco era asunto suyo, en realidad.

Sentía curiosidad por saber qué le había sucedido a Till. Era un chico encantador, mucho más abierto y extrovertido que sus

hermanos mayores, quizá un poco irresponsable, pero eso era sin duda consecuencia de la diferencia de edad.

Cerró el libro y lo dejó en la tumbona. Sandra parecía haberse quedado dormida. Alba contemplaba las nubes con una mirada algo soñadora, y Tana había salido de la piscina por el otro extremo y estaba sentada en el borde con los ojos cerrados, bronceándose.

Al ser el último día que iban a pasar allí, habían decidido tomárselo con calma y no salir, quedarse en la piscina y disfrutar del sol. Comer algo y pasar la tarde viendo películas o jugando a cualquier tontería. Su avión salía al día siguiente a media mañana por lo que tampoco tenían que madrugar en exceso.

Esas vacaciones le habían venido bien, reconoció. Aparte de conocer a Cas, que ya no sabía si había sido algo bueno o malo — ya se vería—, había pasado unos días estupendos con sus amigas. Cuando regresasen a Madrid la vida que llevaban las atropellaría y les robaría la oportunidad de verse con tanta frecuencia. Tana estaría liada con su boutique. Sandra, con sus miles de proyectos — ese verano le había dado por diseñar joyas—, y Alba, preparando la boda del siglo. Y ella..., ella estaría intentando librarse de la presión de su madre para que siguiese sus pasos en la vida.

¿Qué pensaría Carmen de Luis si llevase a Cas a casa y le presentase como su novio? La mera idea hizo que se le curvaran los labios en una sonrisa. ¡Qué locura! Primero, le miraría de arriba abajo con desdén y después, muy educadamente, por supuesto, comenzaría a hacerle preguntas incómodas del tipo: *¿Quiénes son tus padres?, ¿dónde has estudiado?, ¿dónde vas a esquiar? Ah, ¿pero no montas a caballo? ¿Tampoco juegas al golf? ¿Nunca has estado en las Maldivas de vacaciones?...* Y finalmente le miraría por encima del hombro si él no escogía el tenedor adecuado para el pescado. Eli se estremecía solo de pensarlo.

Su móvil vibró. Acababa de recibir un wasap. Se incorporó con precipitación y lo cogió. Le temblaba la mano, advirtió.

Era Cas.

Sus amigas la miraron con impaciencia.

Desbloqueó el móvil.

Estás libre?

—¿Qué dice? —preguntó Sandra.

Leyó el mensaje en voz alta.

—Di que sí, vamos —la apremió Alba.

Sí

—Eres muy escueta, ¿no? —Se burló Tana. Se había acercado y contemplaba la pantalla del móvil por encima de su hombro. Eli giró la cabeza y la miró indignada.

El móvil volvió a vibrar en sus manos.

Ábreme la puerta

—¿A qué se refiere? —preguntó Alba que también había alargado la cabeza para ver los mensajes.

—No sé —repuso Eli, algo confusa.

En ese instante el timbre de la puerta las sobresaltó a todas.

Eli sintió cómo si el corazón se le quisiese salir del pecho.

—¡Está aquí! —exclamó casi sin aliento.

Capítulo Diecisiete

Cas cerró la puerta de su apartamento y suspiró aliviado. ¡Por fin! El viaje había sido extenuante, además de durar un día más de lo previsto. Tiró la bolsa sobre el sofá y se dirigió directo al baño. ¡Cómo le apetecía meterse en la ducha! Tenía la sensación de llevar días viajando.

Menos mal que todo se había solucionado, pensó, mientras abría el grifo del agua caliente. Se desnudó deprisa y se metió en el cubículo. El agua le empapó, llevándose el cansancio con ella.

Después de cinco días de reuniones había conseguido llegar a un acuerdo muy ventajoso con la nueva persona de contacto que le habían asignado, y el problema de las piezas equivocadas también se había arreglado. Y aunque no era la primera vez que visitaba la fábrica de Triumph en Hinckley, nunca dejaba de fascinarle. Si bien la mayor parte del tiempo la había pasado en la Fábrica Uno, donde se almacenaban los repuestos, que era lo que él había ido a buscar; era la Fábrica Dos, la que le apasionaba. Allí era donde se montaban los motores y los chasis y donde se realizaban las pruebas de funcionamiento de los diferentes modelos. El sueño de cualquier mecánico de motos. Lo más tedioso habían sido las interminables discusiones encerrado en un despacho. De eso podía haber prescindido, la verdad.

En fin, todo había salido bien y había conseguido incluso que le abonasen una parte del último pedido, debido a las molestias ocasionadas.

Lo único que había ensombrecido su viaje, era haber tenido que quedarse un día más en Inglaterra por motivos de agenda de su nuevo agente. Tuvo que hacer noche en Londres y había cogido el primer vuelo de la mañana. Su coche le había estado esperando en el parking de larga estancia del aeropuerto. De camino a casa ya había hablado con Jan para informarse sobre su perra, a la que este estaba cuidando, y para preguntarle por Till.

Till...

Lo del tema de Till había quedado resuelto antes de su viaje. Todavía le entristecía pensar en cómo había reaccionado su madre al enterarse de lo sucedido. Se había llevado un disgusto terrible, pero no había tardado ni diez minutos en ponerse en marcha para ir al banco a sacar el dinero. Jan y él mismo habían hecho lo propio, y antes de las doce de la mañana, habían acudido al *Rock and Stars* a llevarle la cantidad acordada a Bajram. Todo había ido como la seda. El albano-kosovar lo había cogido sin hacer ningún comentario y se había despedido de ellos dándoles recuerdos para Till.

Cas apretó los puños con ira. Se le revolvía el estómago pensando que su hermano pequeño podía volver a tener algún tipo de relación con ese tío.

Durante los días que había pasado fuera se había mantenido en contacto con Jan, no con Till. Estaba muy enfadado con él, y había preferido dejar el tema en manos del siempre calmado Jan, que le había ido informando. Till parecía estar arrepentido y avergonzado. Había dejado su piso de alquiler para volver con su madre. Lo había decidido él mismo, para poder ahorrar y pagar a la familia el dinero que les debía, cuanto antes. Tampoco había puesto pegas a lo de no volver a trabajar en el *Rock and Stars*; de momento iba a seguir trabajando en la tienda de repuestos y se iba a buscar algo más para los fines de semana.

Al menos algo positivo.

Cas esperaba que lo sucedido le sirviera de escarmiento y no se juntase con esa gentuza otra vez, ni con los Albescu ni con Bajram. Ojalá el tema de las partidas de póker y las apuestas hubiese sido algo momentáneo, y no un verdadero vicio. No deseaba tener que estar vigilándole.

Cerró el grifo y salió del pequeño habitáculo, sintiéndose como un hombre nuevo. Se secó con vigor y se miró al espejo que estaba empañado. A pesar de la reconfortante ducha, tenía un aspecto algo cansado. Las pequeñas arrugas que se le formaban en torno a los ojos, aparecían más marcadas que de costumbre. Aparentaba cada uno de los treinta y dos años que tenía.

Treinta y dos años... ¿No iba siendo ya hora de que sentase la cabeza? ¿De encontrar a alguien y echar raíces? ¿De tener hijos?

«¡Para! ¡Para! ¿Qué gilipolleces son esas?»

Meneó la cabeza con rudeza, tratando de ahuyentar esas ridículas ideas, pero no pudo evitar que la imagen de Elisa se deslizase en su cerebro.

Había pensado mucho en ella, mientras estaba fuera. Demasiado. Quizá por eso no la había llamado. Se había querido probar a sí mismo que no era para tanto, que lo que había tenido con ella había sido un lío de una noche o de un par de noches a lo sumo, como tantos otros con anterioridad. Pero había cogido el móvil cien veces y había estado tentado de marcar su número o mandarle un wasap otras mil. Eso no le había sucedido antes. Esas ansias por saber de ella, esa sensación de que era diferente a otras, la forma cómo se sentía cuando pensaba en ella, como si fuese algo suyo, de su propiedad.

Tenía muchas ganas de volverla a ver y comprobar si de verdad era tan impresionante como la tenía en mente, o si la había idealizado debido a la distancia. A fin de cuentas solo se habían visto un par de veces, y poco más. No se conocían en absoluto. Y cuanto más tiempo pasaban juntos, más evidentes se hacían las diferencias que había entre ellos.

Y sin embargo..., aquel día y aquella noche habían sido simplemente... geniales.

Había prometido llamarla en cuanto llegase, así que se vistió con rapidez y fue al salón a por su móvil. Lo sacó del bolsillo de su bolsa de viaje y advirtió que tenía varios wasaps de su amigo Pep. Debían haber llegado, mientras estaba en la ducha. Los leyó.

¡Joder! Se le había olvidado lo de la barbacoa en el chalet de Pep, por lo de su aniversario. Y contaba con él, le decía en los wasaps.

Dudó. Elisa se marchaba al día siguiente y él pretendía que pasasen el día juntos —y la noche también, si era sincero—. Esperaba que ella no hubiese hecho otros planes.

Se acarició el mentón antes de mirar la hora. Era temprano para que se hubiese ido a la playa. Con toda probabilidad seguiría en el chalet.

No la iba a llamar, decidió. Prefería sorprenderla.

Capítulo Dieciocho

Se pasó las manos por el cabello, intentando calmar los nervios. Cada vez que se encontraba con él, esa extraña sensación de no tener suelo bajo sus pies se manifestaba en su estómago. Se sentía como cuando era pequeña y montaba en la montaña rusa, en el momento exacto en el que se quedaba suspendida en el aire allá arriba en las alturas, sabiendo que al siguiente instante se iba a encontrar descendiendo a toda velocidad hacia el vacío por la pendiente elevada.

Se preguntó si en algún momento eso dejaría de sucederle.

Sus amigas la esperaban en la piscina, muertas de curiosidad. Ella había cogido una toalla y se la había atado a la cintura para no sentirse tan expuesta. Lo cual era una estupidez, admitió, ya que él la había visto con mucha menos ropa encima.

Con un movimiento brusco abrió la puerta.

Y ahí estaba. *Su* vikingo besado por el sol. Y la miraba como si ella fuese una gacela y él un león hambriento.

Y ahí estaba también la pendiente de la montaña rusa... y el aleteo de multitud de mariposas descontroladas en su estómago, en su vientre, incluso en su pecho...

—Elisa —murmuró él. Y sin darle tiempo a reaccionar la cogió por la cintura y se apoderó de su boca. Ella se dejó llevar. Mentiría si negara que había estado soñando con algo así desde hacía días. ¡Esos labios!

Como siempre que él la besaba sintió cómo le temblaban las piernas. Era insólito el efecto que ese hombre tenía sobre ella. Y aunque el beso no duró más que un suspiro, cuando se separaron, le costó trabajo respirar. Por enésima vez se preguntó qué tenía él que conseguía hacerla reaccionar de aquella manera.

—¿Me has echado de menos? —le preguntó él, sonriendo de esa forma tan especial que hacía que se sintiese tonta y se le acelerase el corazón.

—No demasiado —respondió, apartándose y cediéndole el paso.

—¡Qué cruel! Yo apenas he podido pensar en otra cosa que no fueses tú y tu cuerpo desnudo jun...

—¡Cas! —le reprendió.

Él le guiñó un ojo con complicidad. Parecía muy satisfecho. Nada recordaba al Cas que había visto la noche anterior a su partida. Eli suponía que eso era buena señal, y que todo se había solucionado

—Estamos en la piscina —le indicó, al ver que se había parado a la entrada del salón, y contemplaba la estancia con interés. Intentó verla a través de sus ojos. Se podía imaginar que un chalet de esas características imponía bastante, sobre todo cuando uno no estaba acostumbrado a desenvolverse en esos ambientes, pero Cas no hizo ningún comentario o valoración. Se limitó a mirarla con calidez y a seguirla al jardín.

Estaba nerviosa. Sentía su presencia a su espalda, emanando calor y seguridad en sí mismo. Hasta ahora no había tenido que interactuar con él estando sus amigas delante, y no sabía muy bien cómo iba a afrontar la situación. Cuando estaba con él se sentía como una persona diferente, más libre, más abierta, menos reprimida y seria. Pero con sus amigas... De pronto, un pensamiento insano acudió a su cabeza. Las tres eran unas bellezas; de las cuatro ella siempre se había considerado la más mediocre. Su figura no se podía medir con la de la voluptuosa Tana; ni su rostro con el angelical de Sandra. Y Alba era preciosa, con su pelo rojo y sus enormes ojos azules.

¿Y si Cas al ver a las cuatro juntas se percataba de sus deficiencias? ¿Y si...?

Demasiado tarde. Ya estaban allí.

Las tres chicas se habían puesto de pie y se acercaron a ellos. Hubo un intercambio de besos; Eli se mantuvo algo apartada, observándole. Él estuvo muy simpático, como era su costumbre, aunque su sonrisa especial no hizo acto de presencia. ¿Solo la sonreía a ella de aquel modo?

—Menuda sorpresa —dijo Tana—. No te esperábamos. Bueno, Eli ha dormido estos días con el móvil pegado a la oreja por si la llamabas, pe...

—¡Tana!

Estuvo a punto de saltar encima de ella y tapparle la boca con la mano. ¡A veces era odiosa!

Cas se echó a reír. La miró con los ojos chispeantes de diversión y se acercó a ella. Le acarició el antebrazo con la mano, apenas fue un roce suave, pero el gesto provocó que una corriente eléctrica le recorriese el brazo entero, desde la muñeca al hombro. Si él se percató de ello no lo demostró, pero se pegó más a ella invadiendo su espacio por completo.

—La verdad es que he estado muy ocupado. No sé si Elisa os habrá dicho que he ido a Inglaterra por negocios. Acabo de regresar esta misma mañana.

Ella se sorprendió al oír eso. Era temprano. Así que él había venido a buscarla poco después de aterrizar. Eso quería decir algo, ¿no? Le miró de reojo. El sol le acariciaba el corto cabello rubio. ¿Cómo era posible que fuese tan guapo?

—¿A qué parte de Inglaterra has ido? —inquirió Alba con curiosidad.

Mientras Cas les contaba por encima dónde había ido y lo que había hecho, Eli se dedicó a observarle. Iba vestido como siempre, con carácter informal, con una camiseta negra, un pantalón corto de color tierra lleno de bolsillos y zapatillas deportivas. Le resultaba curioso que la apariencia de alguien que parecía esforzarse tan poco por su aspecto físico, destacase de esa manera. Tenía carisma, reconoció.

Giró la cabeza y descubrió a Tana mirándola con una extraña expresión en la cara. Sin saber por qué se sintió avergonzada de que su amiga la hubiese visto examinando a Cas de aquel modo.

Desvió la vista.

—Mi amigo Pep —Eli ya le conoce— celebra su aniversario y ha organizado una barbacoa en su casa —decía él en ese instante—. Si no tenéis otros planes, podíais venir —sugirió, y aunque la invitación iba dirigida a todas, solo esperaba su respuesta.

—La verdad es que no tenemos planes —repuso Tana—. ¿Qué os parece? ¿Nos acoplamos? —Al igual que Cas, aunque pareció dirigirse a todas, su mirada estaba centrada en Eli, como pidiendo su aprobación.

Esta asintió lentamente con la cabeza. Si bien era cierto que hubiese preferido estar a solas con él, se conformaría; de todas formas no creía que en casa de Pep fuese a disfrutar de muchos momentos de soledad tampoco; no obstante, si pensaba en la playita privada y en el baño de la última vez...

—Perfecto. No hace falta que os cambiéis. Es una barbacoa informal y tiene piscina y playa, así que podéis ir en bañador.

Ellas se echaron a reír como si él hubiese dicho algo muy gracioso. Incluso Eli sonrió por dentro. ¿No cambiarse? ¿Ir en bañador? Si bien tampoco había que sacar el *Hermès Birkin* para ir a una barbacoa, el simple hecho de pensar que podían mostrarse con esas pintas les causaba hilaridad.

Cas las miró arqueando las cejas, sin entender muy bien a qué venían las risas.

—No tardamos nada —dijo Sandra y echó a andar hacia la puerta. Tana y Alba la siguieron. Eli iba a hacer lo mismo, pero Cas la retuvo por el brazo. Esperó hasta que las demás abandonaron el jardín y entonces la abrazó por detrás inclinando la cabeza para besarle el cuello.

—¿Te sientes incómoda delante de tus amigas? —susurró. Su ronca voz, acariciando el lóbulo de su oreja, provocó que una oleada de calor se extendiese por la parte baja de su vientre.

—No... No es eso... —consiguió articular—. No estoy muy acostumbrada a actuar así en público... En general... —terminó con la voz entrecortada.

—Entonces tendremos que esperar a esta noche, cuando estemos solos, ¿no? —murmuró él sin apartarse ni un milímetro. Tenía su cuerpo pegado al de ella y Eli sintió cómo el miembro masculino comenzaba a crecer y se clavaba en su espalda. La excitación también se apoderó de ella; no sabía si a causa de la cercanía o por las palabras que él acababa de pronunciar.

—¿Esta noche? —balbuceó sin apenas aliento.

—Esta noche. Tú y yo. En mi casa.

—Mañana me voy —musitó.

—Lo sé, por eso esta noche es nuestra —repuso él con firmeza. Eli no podía verle la cara pero notó cómo la respiración de él se

aceleraba—. ¿No quieres? Porque yo no he podido pensar en otra cosa desde que me marché.

Ella no respondió. Sabía que si intentaba hablar la voz se le quedaría atascada en la garganta. Se limitó a asentir. Después, sin saber muy bien cómo, se desasíó de su abrazo y echó a correr hacia el interior del chalet, con las piernas temblorosas.

La carcajada de Cas la siguió.

* * *

La observó partir con la risa brotándole del pecho. No sabía qué era lo que tenía ella que le hacía sentirse así, tan despreocupado, tan satisfecho, tan ¿feliz?

Esperó hasta que hubo desaparecido de su campo de visión para darse la vuelta y mirar a su alrededor con curiosidad. Así que así era como vivían los más ricos de los ricos... Dejó vagar la vista por el amplio y cuidado jardín con la enorme piscina rodeada de palmeras, inmaculadamente podadas. Al fondo, había una construcción de madera independiente, que por su aspecto, supuso sería la sauna o spa o algo similar.

El chalet de su amigo Pep era de lo mejorcito de la costa, pero no tenía ni punto de comparación con ese. Si el de Pep era un Mercedes, este se podía considerar un Rolls Royce.

Demasiado para él, decidió.

Demasiada pulcritud. Demasiado orden. Demasiado equilibrio.

Demasiado dinero.

Se dirigió al salón. Era grande y estaba decorado en tonos blancos y cromados. Su apartamento, el de su madre y la casa de Jan habrían cabido dentro, sin dificultad, y todavía habría habido sitio para jugar un partido de fútbol, pensó con sarcasmo.

Era la típica estancia en la que uno entraba, y se convencía a sí mismo de que era mucho mejor quedarse de pie. Se sentó en el sofá de cuero blanco, mientras lo contemplaba con una ceja arqueada. Un par de horas allí con su perra y el blanco inmaculado del sofá adquiriría diversas máculas.

Había actuado sin pensar al invitar a las amigas de Eli a la barbacoa, aunque sabía que a Pep no le importaría en absoluto. De todos modos decidió cerciorarse y le envió un wasap,

comentádoselo. Apenas habían transcurrido unos segundos cuando la respuesta de Pep le hizo sonreír.

Cuanto más mejor

Se recostó contra el respaldo del incómodo sofá, y esperó a que ellas bajasen. No había entendido muy bien por qué se habían echado a reír ante su sugerencia de que no necesitaban cambiarse de ropa. Cosas de mujeres, se dijo. Cosas de mujeres con pasta, se repitió.

Mientras esperaba, conjuró la imagen de Elisa. Si había tenido alguna duda sobre si esa chica era imponente o la había idealizado debido a la distancia... esta había quedado disipada en el mismo instante en que ella había abierto la puerta del chalet y le había mirado de aquella manera, con una mezcla de timidez y deseo... No había podido resistirse. El impulso de saborear esos seductores labios había sido demasiado para él. Además, ¿por qué resistirse? Ella lo deseaba tanto como él. Y lo había hecho. Se había apoderado de su boca y la había besado como llevaba días queriendo hacer... y ella había respondido al beso con avidez.

¡Joder, qué dulce y tentadora era!

La única cosa que ensombrecía un tanto la curiosa sensación de regocijo que sentía cada vez que se encontraba cerca de ella, era saber que ese iba a ser el último día que podían pasar juntos.

Frunció el ceño.

Los pasos de las chicas bajando las escaleras le apartaron de sus cavilaciones. Meneó la cabeza y se levantó para ir a su encuentro. No habían tardado demasiado, la verdad.

«Ahora entiendo lo de las risas. ¿Cómo he podido sugerir que lo que llevaban puesto antes estaba bien para ir a una barbacoa?», pensó con ironía, mirándolas de arriba abajo.

Si antes, en la piscina, habían tenido un aspecto desaliñado e informal en bikini, ahora parecían salidas de una pasarela de modelos, con sus modernos vestidos de luminosos colores, enormes sombreros de paja y extravagantes gafas de sol.

Cas sonrió por dentro. Eran como un cliché. Como las cuatro mujeres de *Sexo en Nueva York*...

Pero la sonrisa se le quedó atascada en la garganta cuando la miró a *ella*. Sin duda, era la más hermosa de todas. *Su Catherine*

Deneuve. Lucía un vestido corto de color azul y unas sandalias marrones atadas a los tobillos a juego con el sombrero que llevaba en la mano. Se había recogido el pelo en una coleta alta y tenía las mejillas sonrojadas.

Fuck!

¡Esa mujer le dejaba sin aliento!

—¿Todo listo? —preguntó sin dirigirse a nadie en especial, pero no pudiendo evitar que sus ojos la mirasen a *ella*.

Ellas asintieron, y entre risas y comentarios ingeniosos abandonaron el chalet. Él se las ingenió para quedarse un poco rezagado con Eli y aprovechó para decirle lo que pensaba.

—Estás guapísima, ¿lo sabes? Solo de pensar en lo que te voy a hacer esta noche me pongo a cien —le susurró al oído.

Ella miró a sus amigas, azorada; Cas dejó escapar una risa burlona.

—Están disimulando y haciendo como que no saben que te estoy intentando seducir —repuso sonriendo—. Creo que les caigo bien.

—Ahora mismo les caes mejor que a mí. —Le miró con obvio reproche antes de hacer un gesto negativo con la cabeza.

Él rio.

Las otras tres se apresuraron a tomar asiento en la parte trasera del Navara, no dejando a Eli otra opción más que acomodarse en la parte delantera, junto a él. La miró de reojo. Le gustaba verla ahí sentada, como si fuese «su chica». Aunque nada comparable a sentir su cuerpo pegado a su espalda sobre su Bonneville. La vívida imagen que acudió a su cerebro provocó que le aumentasen las pulsaciones. Agarró el volante con fuerza haciendo gala de todo su autocontrol.

El camino a casa de Pep se le hizo corto. Las chicas, a excepción de Eli que se mantuvo callada y solo articuló algún monosílabo que otro, no dejaron de hablar en todo el trayecto. Tana, que parecía ser la más abierta de todas, le hizo un montón de preguntas sobre su vida y su trabajo, a las que él respondió de buena gana. Tenía la sensación de que era objeto de mucho interés para ellas, y se preguntó si sería mera curiosidad, o si de verdad

estarían preocupadas por su amiga y el tipo con el que había decidido liarse ese verano.

La miró a hurtadillas. Intentaba disimular la incomodidad que le producía el interrogatorio al que le estaban sometiendo sus amigas, pero no podía ocultar el interés que se reflejaba en su mirada, cada vez que las preguntas se hacían más íntimas.

—¿Y no has pensado en casarte y tener hijos? —le preguntó Tana con un tono de voz un tanto malicioso.

Eli dejó escapar un suspiro ahogado, pero antes de que pudiese darse la vuelta y asesinar a su amiga con los ojos, Cas intervino.

—Supongo que todavía no he encontrado a la mujer adecuada, pero estoy abierto a posibilidades —concluyó con una sonrisa.

—¿Qué tiene que tener tu mujer adecuada? —inquirió Alba con curiosidad.

Cas dudó. Eli había girado la cabeza y contemplaba el paisaje con fingido desinterés.

—Me gustaría que pareciese una súper modelo, que fuese alta, delgada y rubia, por supuesto. Que hubiese estudiado una carrera... No sé, preferiblemente Derecho. —La miró a hurtadillas para observar su reacción, pero ella permanecía impertérrita—. Que hubiese hecho un máster en el extranjero... Sí, eso me parece muy importante.

Las risas de las chicas a su espalda le interrumpieron.

—Y lo más importante de todo —concluyó con una pícaro sonrisa—, que esté loca por mí, aunque se esfuerce en disimularlo... No pido mucho, ¿no?

La cara de Eli había adquirido la tonalidad de un tomate maduro. Y Cas casi se arrepintió de haber bromeado.

Casi.

No podía evitar que le encantase verla así de turbada.

Las tres pasajeras intercambiaron miradas significativas, como pudo comprobar en el espejo retrovisor. Ocultó una sonrisa indulgente. ¡Eran tan jóvenes!

Pronto el tema de conversación varió y las chicas se concentraron en los preparativos de lo que parecía iba a ser la boda del milenio, aunque Eli siguió callada y no intervino en la conversación. Cas se preguntó qué estaría pensando.

—Estamos llegando —anunció, pasados unos instantes—. Es ahí delante.

Al igual que la última vez que habían estado allí, la casa de Pep se encontraba llena de gente, si se tenía en cuenta la cantidad de vehículos que aparcaban justo delante. Cas tuvo que alejarse unos cientos de metros para encontrar sitio.

Se bajaron del coche y caminaron hacia la entrada. Las amigas de Eli se adelantaron unos metros. Él tenía la sensación de que lo hacían a propósito para dejarles solos. Ella parecía algo más relajada que hacía unos minutos. La cogió de la mano.

—*Prinzessin* —comenzó, deteniéndose y obligándola a hacer lo mismo—, es nuestro último día juntos. Vamos a aprovecharlo. ¿Ok? —Su voz tenía un ligero tono suplicante que no le gustó demasiado. Sonaba como un gilipollas.

Ella le miró con intensidad por espacio de unos segundos, sin decir nada. Sus ojos reflejaban duda, pero al mismo tiempo una determinación que momentos antes no había estado allí. Cas se maravilló de lo profundo de esa mirada. Una pequeña brisa le agitó un mechón de pelo que se había salido de su coleta, y él lo cogió y se lo colocó detrás de la oreja con delicadeza rozando su mejilla, y deleitándose en la suavidad de su cabello y de su piel.

La respiración de ella se aceleró visiblemente. Sin apartar los ojos de su rostro, levantó la mano y se tocó la mejilla en el punto exacto que él acababa de abandonar. Parecía haber olvidado que sus amigas se encontraban solo a unos metros de distancia y los observaban con curiosidad.

—Ok —repuso en voz baja, usando la expresión que él siempre utilizaba.

Le apretó la mano con firmeza y sintió cómo ella le devolvía el apretón. Una inexplicable sensación de euforia comenzó a expandirse por su cuerpo; se sentía como cuando en el instituto había conseguido convencer a Anke Kruse de que fuese con él al cine.

Sin aliento.

Con el corazón laténdole al doble de velocidad de lo normal.

Como un imbécil.

—¿Vamos? —La voz de una de las chicas —no supo precisar de cuál— le sacó del extraño trance en el que se había sumido. Agitó la cabeza, aturdido. Le costó apartar la mirada, pero se dio la vuelta y carraspeó antes de contestar.

—Claro, vamos.

No volvió a mirarla, mientras se encaminaban juntos hacia la entrada, pero no hacía falta, la calidez de la mano de ella en la suya, y su simple y arrolladora presencia a solo unos centímetros de distancia le bastaban.

«¡Estás jodido, cabrón!», pensó.

Capítulo Diecinueve

Por primera vez en su vida Eli estaba sintiendo lo que significaba estar celosa y era una sensación muy desagradable. Con Lalo no le había pasado jamás. Bien porque él no solía coquetear con otras mujeres delante de ella, o bien porque a ella le importaba un bledo que lo hiciese.

Estaba descubriendo que con Cas todo era diferente. Todavía no sabía lo que sentía por él, pero si esas punzadas que notaba en el pecho y esa desazón eran un indicativo de sus sentimientos, entonces estaba colada por él.

Cas y la llamativa morena llena de tatuajes se encontraban a solo unos metros de distancia. Demasiado lejos como para oír su conversación, pero lo bastante cerca como para ver la mano de ella apoyada sobre el pecho de él, mientras hablaban.

Llevaban enfrascados en esa conversación más de media hora.

Media hora en la que, una Eli, en apariencia indiferente, se había dedicado a beber su Coca-Cola y a charlar con sus amigas y otras mujeres que asistían a la barbacoa.

Media hora en la que había tenido que contenerse para no mirar a la pareja con descaro, en tanto sentía cómo le hervía la sangre cada vez que la mujer tatuada le tocaba de esa forma tan familiar.

Y Cas sonreía. Con amplitud.

Volvió a llevarse la bebida a los labios y sonrió a Ana, la mujer de Pep, que le relataba algo sobre la última travesura de su hijo pequeño. Solo la escuchaba a medias. Tenía la mente ocupada por pensamientos bastante desagradables.

Habían llegado a la barbacoa hacía un par de horas, cuando la fiesta estaba en plena ebullición. Como la vez anterior, Pep y su mujer habían estado encantadores y las habían recibido a ella y sus amigas con los brazos abiertos. Pronto se habían integrado en la animada reunión.

Eli había reconocido a varias personas que también habían estado presentes en el cumpleaños, que la habían saludado con

efusividad. De alguna manera, todos daban por hecho que entre ella y Cas había algo, o al menos eso le parecía. La trataban como si fuese una más de ellos, alguien que pertenecía. Se sentía a gusto. A gusto y relajada. Incluso sus amigas se lo habían dicho. Habían comentado que se la veía muy feliz y que se alegraban por ella.

Cas había permanecido a su lado la mayor parte del tiempo; las había llevado de grupo en grupo intentando que se sintiesen cómodas. Y lo había conseguido. Tanto él como sus amigos eran muy afables, y las cuatro se habían sentido aceptadas enseguida. El ambiente era genial, la compañía era estupenda y todo era más que perfecto...

Y de pronto, había aparecido esa mujer.

Habían estado cerca de la barra sirviéndose bebida, cuando la cara de Cas se había iluminado con una sonrisa. Eli había girado la cabeza para ver qué era lo que podía haber causado esa reacción en él, y entonces la había visto.

Físicamente se parecía algo a Tana. Era morena, de ojos oscuros, no demasiado alta y tenía unas curvas de infarto, como su amiga, pero ahí se acababan las similitudes. Mientras que Tana vestía de una manera cuidada y elegante, esa mujer llevaba un top y una minifalda de escándalo, que dejaban al descubierto sus brazos y muslos tatuados. Parecía ser la típica chica que disfrutaba llamando la atención y que se deleitaba haciendo girar la cabeza de los hombres a su paso.

Cas se había disculpado e ido a su encuentro. El abrazo que habían intercambiado había sido caluroso por no decir intenso, al menos eso había pensado Eli, que se había esforzado por mirar la escena con frialdad y una fingida sonrisa indiferente.

Al cabo de unos segundos de conversación, Eli ya sabía dos cosas: una, que Cas y esa morena espectacular habían tenido algún tipo de relación afectuosa, y dos, que la morena espectacular deseaba volver a tener algo con él. Era más que evidente en la forma cómo le hablaba y le tocaba una y otra vez, el brazo, la mano, el pecho, e incluso la mejilla.

Cas parecía contento de verla. La sonrisa no se le había borrado de los labios ni un instante y dejaba que ella le acariciase, como si estuviese encantado de ello.

A Eli le dolía la cara de pretender fingir, sonriendo, que la situación no le resultaba harto incómoda. Y lo peor de todo no era ya la incomodidad, sino percatarse de que él quizá le importase más de lo que debiera. Estaba celosa. Aunque se repetía a sí misma, todo el rato, que no tenía motivos para ello; entre Cas y ella no había nada serio. ¿Verdad?

«Es vulgar. Tiene pinta de macarra poligonera», decía la Eli snob, mientras contemplaba a la mujer tatuada de reojo.

«Es guapa y llamativa. Son tus celos los que te hacen verla en esa luz tan negativa», decía la *otra* Eli.

—¿Quieres otra Coca-Cola? —La inesperada pregunta a su espalda la sobresaltó. Había estado tan ensimismada observando a hurtadillas a la pareja, que no había oído llegar a Jan. Se dio la vuelta y le vio justo a su lado, mirándola con seriedad.

—Perdona, no te había visto —se disculpó—. Eh, sí, gracias. — Le entregó su vaso ya vacío, y él se metió en la barra para rellenárselo.

Eli le miró con una sonrisa en los labios. Le caía bien Jan. Era más reservado que su hermano, pero muy agradable.

—¿Te lo estás pasando bien? —preguntó él, entregándole la bebida. Él mismo se había servido una cerveza.

—Sí... Sí, muy bien —titubeó, sin poder evitar que su mirada se dirigiese de nuevo hacia Cas y su morena acompañante.

Jan levantó la vista y miró en la misma dirección. No dijo nada.

—¿Va a venir Till? —inquirió Eli. Le había sorprendido no encontrarle allí.

—No. No va a venir. Hemos tenido algunos problemillas y ha preferido quedarse en casa —respondió él con gravedad.

Eli volvió a preguntarse qué podía haber sucedido para que Till hubiese dejado de trabajar en el *Rock and Stars*, y estuviese desaparecido del mapa. No iba a interrogar a Jan, desde luego, pero sentía curiosidad.

Una estridente carcajada llegó hasta sus oídos y sin necesidad de darse la vuelta supo de sobra quién la había emitido. Hasta su voz era sensual... Cerró los puños. Le estaba afectando más de lo que debía.

—No hay nada entre ellos —dijo Jan de pronto.

Eli cerró los ojos un instante. ¿Acaso era tan evidente que se sentía molesta porque Cas estuviese hablando con la otra?

—No te entiendo —comenzó, intentando negar lo evidente.

Jan la miró con escepticismo.

—Seguro que sí —repuso al fin.

Eli miró a su alrededor. Si era tan obvio para Jan, ¿también se habrían percatado sus amigas y las otras mujeres del grupo?

No, no parecía que fuese así. Seguían conversando a solo un par de metros de ella. Tana estaba explicándoles algo de su nueva colección.

—Es su ex —continuó Jan, al cabo de unos segundos de incómodo silencio.

Ella ya se había imaginado algo parecido, dada la familiaridad con que hablaban y se comportaban. Sin embargo deseó haberse equivocado.

—Rompieron hace mucho y lo último que Cas haría sería volver con ella.

—No sé por qué me cuentas todo esto. No me importa —anunció, irguiendo la cabeza y mirándole con indiferencia.

—Eres buena disimulando, no te lo niego —admitió él, sonriéndole—, pero tus ojos te delatan.

Bajó la mirada rápidamente. Maldijo sus expresivos ojos.

—Mira, Eli, te voy a decir algo, aunque me dirás que no es cosa mía y que me meta en mis propios asuntos. —Jan se acercó de manera que nadie pudiese escucharle—. No sé qué hay entre mi hermano y tú, pero tengo muy claro que hay algo. Ninguno de los dos podéis ocultarlo. —Soltó una pequeña carcajada—. Es más que obvio. —Hizo una pausa antes de continuar. Se aproximó más a ella, su mejilla casi rozándole la oreja—. Quizá tú no lo veas porque no le conoces tan bien como le conozco yo, pero entre mi hermano y ella no hay nada.

Eli dejó que las palabras que acababa de susurrarle Jan al oído penetrasen en su cerebro. Levantó la cabeza y buscó a Cas con los ojos.

Él la estaba mirando y parecía molesto. Incluso desde la distancia se percató de que sus azules iris estaban oscurecidos por el disgusto.

* * *

Cas apretó la mandíbula con fuerza, mientras se esforzaba por mantener la calma. ¿Qué cojones estaba haciendo su hermano susurrándole a Elisa al oído? ¿Por qué estaba tan cerca? ¿Qué le estaba diciendo?

Por primera vez en su vida sintió algo parecido a los celos.

No desconfiaba de su hermano, no, pero no le agradaba nada la corta distancia que le separaba de *su* chica.

Con reticencia apartó la mirada de Eli y de su hermano y volvió a concentrarse en lo que su ex le estaba contando.

La mano de Eva volvió a acariciarle el brazo, y él suspiró por dentro. No era idiota y sabía cuál era su juego. Se había alegrado muchísimo de verla; llevaba más de dos años sin saber nada de ella por lo que había sido toda una sorpresa encontrarla allí.

Habían tenido una relación hacía años, y aunque no habían vivido juntos, para Cas había sido la relación más seria que había mantenido con ninguna mujer. No duró porque Eva había decidido que la costa mediterránea se le quedaba pequeña y se había marchado a Barcelona. Se separaron amistosamente, y al poco tiempo el contacto se perdió del todo.

Cualquier sentimiento amoroso que hubiese podido albergar por ella se había desvanecido, comprobó, mientras la escuchaba. No había nada más entre ellos que una amistad. Al menos para él. No estaba tan seguro de ella... La forma cómo se estaba comportando, con todas esas miradas seductoras, esos roces apenas disimulados y esa manera de acapararle. Era Eva. Siempre había sido así. Necesitaba ser el centro de atención.

Volvió la cabeza apenas y miró a Elisa, que como constató, se esforzaba en no mirarle. ¿Estaría celosa?, se preguntó. No tenía motivos, la verdad.

Una nueva caricia de Eva en su mejilla, esta vez más directa, hizo que se sintiese incómodo. Decidió poner fin al espectáculo.

—Anda, ven que te presento a mi novia —la interrumpió con brusquedad, cogiéndola del brazo y encaminándose hacia donde Eli y su hermano Jan se encontraban.

Las palabras que estaban a punto de salir de la boca de Eva quedaron interrumpidas, también el color de su cara cambió. Había

empalidecido. Borrada quedó su sonrisa y la mano que con posesividad y firmeza le había agarrado del brazo, se aflojó.

Si Elisa se sorprendió de que se acercasen, no lo demostró. Una expresión de estudiada indiferencia apareció en su semblante según se aproximaban a ella.

«Mi *Eisprinzessin*», pensó Cas.

—Esta es Eva. Eva, esta es Elisa. A Jan ya le conoces. —Al decir esto, soltó a su ex, y con deliberada lentitud pasó el brazo por encima de los hombros de Elisa, que se envaró ante su contacto, debido ¿a la sorpresa? o ¿a la demostración pública de afecto? No supo precisarlo.

—Encantada —murmuró Eli con exquisita cortesía, inclinándose a besar las mejillas de la otra, que la miraba con una mezcla de curiosidad y arrogancia.

Eva no contestó, y si bien correspondió a los besos, procedió a ignorar a la que semejaba considerar como su competencia. Se centró en Jan y en el mismo Cas, involucrándolos en una conversación sobre tatuajes de la que, con toda intención, excluyó a Eli, que la miraba con una sonrisa educada dibujada en los labios.

Cas no pudo evitar hacer comparaciones. Eva siempre le había parecido una chica muy atractiva, llamativa en grado sumo. Pero ahí de pie, junto a Elisa... Nada tenía que hacer. La calmada belleza y serenidad que se desprendían de la mujer que tenía a su lado, superaban con creces cualquier atractivo que su ex pudiese tener.

Notó cómo Eli se ponía rígida a su lado y se concentró en lo que Eva estaba diciendo. Había estado tan abstraído, que no se había percatado del tema de conversación. Su ex había comenzado a hablar de un episodio un tanto escandaloso de su época como pareja. Jan la escuchaba incómodo, y el malestar de Eli era evidente.

—Oye, Eva, nos tienes que disculpar, pero tenemos que saludar a unos amigos que acaban de llegar —la interrumpió sin miramientos. No pensaba dejar que su actitud infantil estropease el último día que podía pasar con Elisa.

La morena le miró con los ojos entornados. Cas sabía que no le gustaba claudicar, pero esa batalla la tenía perdida desde el día en

que Elisa había decidido estrellar el Mini contra su moto. Era así de simple.

Después de una despedida engorrosa, Cas condujo a Eli hasta el otro extremo del jardín, detrás de unas palmeras que los ocultaban de la vista de los demás. Jan se quedó en la barra, decidido a otorgarles algo de privacidad.

—Mírame —murmuró, levantándole la cara con los nudillos de la mano derecha.

Ella obedeció. Sus ojos castaños no reflejaban otra cosa que indiferencia, y Cas se maldijo en silencio, porque sabía que había sido la estúpida actitud de Eva la que había puesto esa expresión allí.

—Me molesta verte hablando con mi hermano —le susurró sin despegar la mirada de su rostro—. No, no digas nada —añadió al ver que ella iba a responder indignada—. Ya sé que es una estupidez, y es mi hermano..., pero no puedo evitar sentirlo. Todas tus palabras y todos tus alientos deberían ser para mí. —Se acercó lentamente a ella hasta que apenas unos milímetros los separaban—. Cada respiración, cada suspiro que salga de esa boca, cada gemido que se escape de tu garganta..., míos...

Y la besó.

Despacio y con ternura.

No tenía ni idea de qué era lo que le estaba pasando, pero la cercanía de esa mujer le volvía insano.

Ella correspondió al beso. Levantó los brazos y los enredó en torno a su cuello. Su cuerpo se amoldaba al de él a la perfección. Tanto que no se sabía dónde comenzaba uno y dónde acababa el otro. Todo lo que había fuera de ese cálido abrazo que estaban compartiendo dejó de existir. Ignorada quedó la fiesta, los asistentes, la música y el sonido de las olas rompiendo contra la playa.

Por fin fue ella la que se separó unos centímetros y le miró. Sus expresivos ojos castaños habían perdido todo signo de la indiferencia antes mostrada y chispeaban con una calidez tal, que Cas sintió cómo se le encogía la garganta.

—Sabes que Eva no me importa una mierda, ¿verdad? Sabes que estoy contigo, ¿no? Llámame loco, pero solo tengo ojos para ti.

—Las palabras salieron de su boca, entrecortadas, sin demasiada claridad, lo cual le resultó extraño.

Ella asintió. Parecía incapaz de emitir sonido alguno y Cas se preguntó si estaría sintiendo lo mismo que él, si ella también estaría desbordada por la situación y los sentimientos.

Deseó que así fuera.

—Quiero marcharme ya —murmuró contra el lóbulo de su oreja

—. ¿Crees que a tus amigas les importará volver con Jan?

—No lo creo —repuso ella en voz baja; sin aliento.

—Vámonos, entonces. —La cogió de la mano y la arrastró tras de sí con suavidad pero también con firmeza, no dejándole otra opción más que seguirle.

* * *

Se dejó guiar por Cas. Se encontraba como en una especie de trance del que cada vez le resultaba más difícil salir. No sabía qué tenía ese hombre que conseguía poner su mundo de cabeza y le impedía pensar con claridad.

Era como si en su presencia, ella dejase de ser un ser racional y se convirtiese en una especie de autómata que actuaba solo siguiendo sus deseos. Era humillante y refrescante al mismo tiempo. Actuar por impulso... Algo insólito en ella.

La despedida fue breve, más bien brevísima. Sus amigas se quedaron mirándola con diferentes grados de aprobación. La sonrisa deslumbrante de Tana se clavó en su obnubilado cerebro. Apenas si fue consciente de que le hacía un gesto con los pulgares arriba.

En breve se hallaban instalados en el coche de Cas, y Eli se recostó contra el respaldo de su asiento, mirándole de reojo. Las palabras que él le había dicho resonaban en su cabeza una y otra vez:

Cada respiración, cada suspiro que salga de esa boca, cada gemido que se escape de tu garganta... míos...

Un escalofrío le recorrió la espalda.

—¿Tienes frío? —preguntó él, inclinándose hacia ella y acariciándole el desnudo muslo con suavidad.

—No —consiguió susurrar. El contacto de su mano sobre su piel hizo que se le pusiese la carne de gallina. Tragó saliva notando cómo el ritmo de su corazón volvía a acelerarse... ¿Un simple roce provocaba eso en ella?

El trayecto hasta el apartamento transcurrió en silencio. Se sorprendió cuando el automóvil se detuvo de repente. Había estado mirando por la ventanilla, pero sin ver realmente; el contacto de esa cálida y callosa mano sobre su pierna había mantenido su mente demasiado ocupada como para darse cuenta de que ya habían llegado. Se encontraban en el garaje subterráneo del edificio.

Él se bajó del coche y lo rodeó, dirigiéndose a la puerta del pasajero para abrirla. Eli le observó desde dentro. ¡Qué poco se parecía ese Cas al Cas de la primera cita! Era como si no se tratase de la misma persona... El hombre rudo y grosero había desaparecido, dando paso a ese otro hombre, encantador, dulce y atento...

—¿Estás bien, *Prinzessin*? —inquirió él, tomándola de la mano. La expresión de su rostro era más seria que de costumbre y ella se preguntó por qué sería así.

—Sí, estoy bien —repuso, sonriéndole. Él le devolvió la sonrisa. Sin más preámbulos, se dirigieron al ascensor. Iban de la mano, como una verdadera pareja.

Capítulo Veinte

Cas cerró la puerta del apartamento detrás de Eli y se recostó contra la hoja de madera. Recorrió su cuerpo con la mirada. Se sentía poseído por un deseo de observarla, de deleitarse en cada uno de sus movimientos, de sus gestos...

¡Joder! No tenía ni idea de lo que le sucedía, pero el estar con ella se le antojaba como estar borracho, drogado, puesto de algo.

Dejó que ella se adentrara en el apartamento. No la siguió. Continuó observándola a distancia, fijándose en su pelo suave, sus hombros, la apenas perceptible curva de sus caderas, sus torneados muslos...

Meneó la cabeza intentando librarse de la estupidez que le invadía cuando estaba cerca de ella. ¡Por Dios! Tenía treinta y dos años, no quince.

—¿Quieres beber algo? ¿Comer algo? —preguntó, más por compromiso que porque en realidad tuviese algo que ofrecerle.

Ella negó con la cabeza. Se había acercado al ventanal y con la frente apoyada contra el cristal admiraba las vistas.

—Me encanta el paisaje. Eres afortunado de poder vivir aquí.

Él se acercó en silencio y abrió la puerta que daba al balcón. Una suave brisa que trajo el olor a mar penetró en la estancia. Extendió la mano y la cogió por el brazo, invitándola a salir. Ella se dejó guiar.

Se apoyaron en la barandilla y contemplaron el infinito azul del mar durante unos segundos. El sol todavía brillaba con fuerza; ni siquiera serían las siete de la tarde. La calma era absoluta. Los ruidos de la playa —todavía muy concurrida a esas horas—, varios pisos más abajo, no llegaban hasta allí.

—¿Dónde está Eli? —preguntó ella de pronto, girando la cabeza para mirarle.

—En casa de Jan. Se la llevó cuando me fui a Inglaterra —respondió él sin apartar la vista del horizonte—. Mañana iré a recogerla. Esperemos que quiera volver conmigo; cada vez que la

dejo con él me cuesta más que quiera regresar. —Hizo una mueca irónica—. Jan le consiente demasiado. Le da golosinas y deja que se suba a su sofá.

Ella rio.

—¿Te hace gracia? —preguntó, arqueando las cejas con fingida severidad.

—No sé, no me puedo imaginar a Jan, con ese aspecto tan fiero, cuidando amorosamente de tu perra. No me cuadra —concluyó con una sonrisa.

Cas la imitó. Era cierto que el aspecto exterior de Jan no terminaba de encajar con su interior. Pero a veces las apariencias engañaban... Y si no que se lo dijeren a él... Nunca había estado tan equivocado en su vida juzgando a alguien, como lo había estado con Elisa, pensando que era una niña pija sin sustancia.

Nada más lejos de la realidad.

Un soplo de viento agitó su rubio cabello y un mechón del mismo revoloteó junto a su mejilla. Ella se lo colocó detrás de la oreja, sin ser consciente de ello. Cas siguió cada uno de sus movimientos con la mirada. Se sentía calmado, en paz; una placidez poco habitual parecía haberse apoderado de su cuerpo y de su mente.

Despacio, se acercó a ella y la abrazó por detrás, sintiendo cómo su cuerpo se amoldaba al suyo a la perfección. No sabía por qué, pero esa postura le encantaba. Le hacía sentirse fuerte y protector. Necesitado, de alguna manera. Aspiró, y el aroma de su champú penetró en sus fosas nasales creando un recuerdo que con seguridad nunca más fuese a olvidar. La estrechó con más fuerza al tiempo que cerraba los ojos.

Esa chica... había sido un rollo de verano peculiar, reconoció en silencio. Lo que había comenzado como un tonto y una oportunidad de acostarse con una mujer atractiva, se había convertido en... algo más. ¡Joder! Si no podía dejar de pensar en ella. Ocupaba la mayor parte de sus pensamientos. Y se iba al día siguiente...

Intentó concentrarse en ese lugar y en ese momento. La tenía justo donde la quería tener: entre sus brazos. Se aclaró la garganta con suavidad antes de dirigirse a ella.

—Así que le has dado vueltas al aspecto de mi hermano —murmuró contra su sien—. ¿Tengo que preocuparme? ¿Es a él al que dedicas tus pensamientos? ¿Sí?

Ella se estremeció y negó con la cabeza.

—Quiero oírte decir que no es en mi hermano en quién piensas. Quiero oírte decir que todos tus pensamientos son para mí. Dilo. *Dilo* —repitió con más insistencia, al ver que ella no respondía. Sabía que le costaba hablar, pero tenía necesidad de escuchar de sus labios que el hombre al que deseaba era él.

—Sí —terminó por decir con la voz temblorosa.

—Sí, ¿qué? —presionó él, mordisqueándole el lóbulo de la oreja al tiempo que la abrazaba con rudeza.

—Sí..., eres tú en el que pienso —susurró con la voz entrecortada.

—¡Repítelo!

—¡Eres tú en el que pienso!

Cas la giró entre sus brazos y se apoderó de sus labios con vehemencia. El sabor de su boca se le subió a la cabeza y le hizo gemir de placer. Ella correspondió a su beso con fervor y se agarró a él con desesperación, como si de pronto se hubiese dado cuenta de que esa iba a ser la última vez que iban a estar juntos.

La aprisionó contra la barandilla, de forma provocadora, ajeno a los vecinos de los edificios contiguos y a lo precario de su posición, allí, en el balcón, a la vista de todo el mundo. Ella emitió pequeños gritos de placer que fueron a morir a su boca, mientras se dejaba saborear por él, haciéndole olvidar dónde se encontraban. Sintió sus manos recorriéndole el cuerpo con torpe desenfreno. Se detuvieron en su cuello y en su pecho, para después descender hasta su cintura, donde se quedaron más de lo necesario, como si su dueña dudase sobre si seguir bajando hasta cierta parte de su anatomía, que se había erguido orgullosa respondiendo a sus caricias, o detenerse. Él se dio cuenta de que la situación no iba a acabar muy bien si continuaban por ese camino, así que se apartó apenas unos milímetros y la sujetó por las mejillas, obligándola a mirarle. La respiración agitada de ella se mezcló con la suya propia.

—¿Seguimos dentro? —murmuró.

Ella asintió.

Sin darle tiempo a reaccionar, la cogió por el talle y la levantó en el aire. Pesaba menos que una pluma, advirtió, mientras la transportaba hasta el dormitorio sin dejar de depositar suaves besos en sus mejillas, su nariz, su barbilla y su boca. Ella había cerrado los ojos y le abrazaba con firmeza, como si tuviese miedo a caerse, o como si no pudiese imaginar otra postura mejor que estar en sus brazos.

—Dime qué es lo que quieres, Elisa —susurró él después de haberla hecho descender hasta el suelo, al lado de su cama. Ella ocultó la cara en su pecho. Pero esta vez Cas decidió que no iba a dejar que la vergüenza la invadiese. La apartó con los brazos, manteniendo las distancias.

—Quiero escucharte decir lo que quieres, Elisa —repitió con firmeza, ignorando la mirada suplicante de ella. Si él estaba dispuesto a confesar lo que estaba sintiendo, solo podía pedir lo mismo, se dijo con una confusa lógica—. Ya sabes lo que quiero yo, pero te lo puedo volver a decir... —Hizo una pausa en la que no dejó de observarla—. Quiero sentir tu cuerpo desnudo contra el mío, tu corazón latiendo a más velocidad de lo normal por lo que mis caricias te provocan... Quiero sentir cómo tiembles entre mis brazos cuando recorro tu cuerpo con mi lengua y con mis dientes, y cómo te retuerces de placer cuando te voy penetrando poco a poco... — Se detuvo unos instantes, perplejo. No tenía claro qué era lo que le impulsaba a hablar así; nunca antes lo había hecho con otra mujer, pero Elisa parecía sacar al otro hombre que había dentro de él: uno más tierno, más entregado. —Pero lo que más deseo..., es escuchar cómo gritas mi nombre cuando me corro dentro de ti... — concluyó con la respiración acelerada.

Ella había comenzado a jadear, desbordada por sus palabras. Seguía en silencio y se le habían nublado los ojos, bien de vergüenza, o bien por la pasión, Cas no supo discernirlo; lo que sí sabía a ciencia cierta era que no iba a poder esperar mucho tiempo más manteniéndola a distancia. Se maldijo en silencio por su debilidad. Con un gruñido que pareció surgir de lo más profundo de su garganta, la atrajo hacia sí y la apretó contra su pecho.

Ella se dejó abrazar al tiempo que se aferraba a su cintura. Murmuró algo, pero las palabras quedaron amortiguadas por su

pecho, donde había apoyado la cabeza.

—Repítelo —la instó él, aspirando el aroma de su pelo.

—Yo también quiero sentir tu cuerpo contra el mío..., y tus manos sobre mi piel... Quiero que me beses y me toques hasta dejarme sin aliento... Y quiero que te hundas dentro de mí y me hagas tuya... —musitó, en voz apenas audible.

Pero Cas la había oído. A la perfección. Con un rugido triunfal, volvió a levantarla en brazos, poniéndola a su altura, y la besó con pasión deleitándose en la suavidad de sus labios. Ella gimió, cerrando los ojos y abandonándose al beso.

Gott! ¡Era tan dulce!

El escuchar de la boca de ella —por fin— que deseaba lo mismo que él había sido como un bálsamo para su ego. Sabía que se sentía atraída por él, pero hasta ese momento había dudado de cuánto en realidad.

El beso que había comenzado con los dos de pie junto a la cama, terminó con ambos tumbados sobre ella. Sus piernas, sus brazos y sus lenguas enredados de una forma casi imposible.

Pronto, la ropa que los separaba se convirtió en una molestia de la que había que librarse, lo que hicieron casi al unísono, ayudándose mutuamente. Cas no tardó en quitarle el vestido, mientras la recorría de arriba abajo con sus manos y su boca, dejando el amarillo bikini al descubierto. Ella, por su parte, casi con rudeza, le liberó de la camiseta y los pantalones.

—¡Joder, Elisa! Sé que te lo digo cada vez que te veo, pero ¿eres consciente de lo preciosa que eres y de lo que me haces sentir? —La admiró sin poder apartar la vista de su cuerpo, apenas cubierto por la ropa de baño.

—Todavía tienes que decírmelo unas mil veces más, para que termine de creérmelo —murmuró, bajando los ojos.

—¿Y si en vez de decírtelo te lo muestro? —preguntó, cogiéndole la mano y llevándola a su entrepierna. Su rígido miembro había adquirido unas proporciones considerables y ella se estremeció al sentirlo bajo su palma. Comenzó a acariciarle con lentitud, haciéndole gemir—. ¿Ves lo que me haces? Me vuelves loco... —Enterró la cabeza en su cuello, mientras disfrutaba con los rítmicos movimientos que ella empleaba para tocarle. La sentía

temblar debajo de él, y eso quizá le pareció más erótico y excitante que el simple roce de su mano. Alzó la cabeza y se percató de que tenía los ojos cerrados y semejaba disfrutar del intenso momento.

—¿Te gusta tocarme? —le susurró con la voz ronca.

—Sí —repuso ella sin abrir los ojos. Desplazó la mano de manera que llegó a la cinturilla del bañador. Cas esperó anhelante, sabiendo lo que venía a continuación. Contuvo el aliento unos segundos hasta que sintió cómo ella agarraba su miembro con firmeza, sin tela alguna que dificultase el contacto.

Dejó escapar un estertor casi agónico.

Fuck! Heilige Mutter Gottes!^[23]

No era normal la intensidad con la que estaba experimentando ese encuentro. No sabía qué le sucedía, pero con ella todo lo sentía magnificado y multiplicado por diez. ¡Por cien!

Comenzó a besarla con delicadeza en los labios, desmintiendo así el estado febril en el que se encontraba, y que sus caricias le provocaban. Su férreo autocontrol se estaba poniendo a prueba. Sintió cómo el calor comenzaba a invadir la parte baja de su espalda cuando ella —más osada— apretó su miembro con más fuerza y aceleró el ritmo.

—¡No sigas! —gruñó, apartándose con brusquedad, sorprendiéndolos a ambos.

Se deshizo del bañador, arrojándolo al suelo y liberando así su erección. Después, con mucha lentitud procedió a quitarle el bikini. Primero la parte de arriba, dejando sus pechos al descubierto, cuyos pezones atrapó entre sus labios y lamió con delicadeza extrema, provocando que ella gimiese y se agarrase con fuerza a la sábana sobre la que estaban tendidos. Luego, con más parsimonia que antes, le bajó la parte de abajo centímetro a centímetro, descubriendo el triángulo de dorados rizos y besando cada trozo de su piel que la tela del bikini rozaba.

Ella comenzó a emitir sonidos ininteligibles. Parecía querer que él se detuviese, pero cuando lo hacía, le instaba a continuar con sus manos.

Cas la abrazó con fuerza. La sensación de ese cuerpo desnudo contra el suyo era indescriptible. Y aunque no era la primera vez que se acostaban, tenía la impresión de que era diferente. No era un

polvo, se dijo, mientras la sentía temblar debajo de él y la miraba con la vista nublada por la pasión. Algo más estaba pasando. Sentía la necesidad de abrazarla, besarla, acariciarla, aspirar su perfume, escuchar el latido de su corazón...

Se sentía extraño, lleno de algo a lo que no sabía ponerle nombre.

—Quiero sentirte dentro de mí —escuchó la voz de ella justo al lado de su mejilla. Esas palabras le hicieron reaccionar sacándole del estupor en el que se había sumergido por unos breves instantes. La miró. Se encontraba muy excitada, a punto de alcanzar el clímax, advirtió. Al igual que él mismo.

Dudó un segundo, buscando en su rostro una respuesta a la pregunta que ni él mismo se atrevía a formular. ¿Acaso estaba sintiendo más de la cuenta? ¿Se estaba enamorando de ella? ¿Le veía ella solo como un polvo? ¿Es que él ya no pensaba que ella era solo eso?

Respiró hondo, intentando apartar de su mente esas ideas locas que le habían asaltado en ese más que inoportuno momento. Sin más dilación, alargó el brazo y sacó un condón del cajón de la mesilla, sin desviar en ningún momento la mirada de su cara. Después de enfundárselo, se colocó entre sus piernas con mucha calma, como si tuviesen todo el tiempo del mundo, y notando cómo los ojos de ella se oscurecían por el deseo, se dejó caer con suavidad, entrando en ella poco a poco, llevando hasta el límite el significado de la palabra lentitud.

Eli gimió ahogadamente cuando su rígido miembro la llenó por completo.

—Quiero que me hables, que me digas qué es lo que te gusta... —gimió él, comenzando a moverse dentro de ella. El calor que desprendía su sexo era apenas soportable, como un fuego abrasador... que le iba a llevar a la ruina. No creía que fuese capaz de resistirlo mucho más.

Ella abrió la boca como si quisiese decir algo, pero solo un gemido escapó de sus labios. Giró la cabeza y cerró los ojos. Pero él no se lo permitió. Levantó una de sus manos y la sujetó por la barbilla, evitando así que pudiese desviar la mirada.

—No dejes de mirarme —le ordenó, jadeante.

Ella le obedeció. Le miró febril, con deseo.

Él dejó que su mano descendiese por sus curvas con suavidad, hasta que alcanzó el lugar donde sus cuerpos se unían. Buscó el centro neurálgico de su sexo y comenzó a acariciar el excitado clítoris con maestría, mientras que con sus caderas se esforzaba por llevarla más allá de los límites del simple placer. Notó cómo ella se tensaba y sus embestidas se hicieron más violentas, al tiempo que los movimientos de su mano también. Ella comenzó a emitir gritos ahogados que le resultaron de lo más sensual. Dudó de su propio aguante. Estaba al límite.

—¡Cas! —gritó ella de repente, al alcanzar el orgasmo, y el sonido de su excitada voz pronunciando su nombre en ese momento tan especial, provocó que se le acelerase el pulso. Las convulsiones que sacudieron su cuerpo hicieron que él mismo llegase a su clímax, de una forma totalmente desprevénida y más intensa de lo habitual.

—¡Elisa! —rugió, antes de dejarse caer sobre ella y enterrar la cara en las sábanas al lado de su cabeza.

* * *

Eli contempló el techo del dormitorio sin verlo realmente. Sentía el peso del cuerpo de Cas sobre ella y una placentera y desconocida sensación comenzaba a expandirse por su cuerpo.

«Es porque acabas de tener un orgasmo», habló consigo misma.

Arqueó las cejas, sorprendida por su conclusión. ¿Cuándo, después de un orgasmo, se había sentido así? ¿Con Lalo? Desde luego que no. Ni siquiera con el propio Cas se había sentido tan llena y tan satisfecha la última vez que se habían acostado. Algo diferente había sucedido, y aunque no sabía con exactitud qué era, tenía claro que era especial...

Cas levantó la cabeza en ese preciso instante y la miró con esos maravillosos ojos azules.

—¿Te aplasto? —murmuró con una voz tan ronca y sexy que Eli estuvo a punto de estremecerse de placer.

—No, para nada. —Al darse cuenta de que él intentaba apartarse le sujetó por los hombros, impidiéndoselo—. No, no te vayas. Estoy bien así.

Él la besó en la nariz antes de regalarle una espléndida sonrisa.

—Me encantaría quedarme aquí todo el día y toda la noche, pero creo que primero tengo que deshacerme de algo... —Y subiendo una ceja burlonamente señaló el punto de unión de sus cuerpos. Eli bajó la mirada; el ahora flácido miembro de él envuelto en el condón se mostró ante ella.

—Ah... —repuso nerviosa.

Cas soltó una carcajada al tiempo que se levantaba de la cama y se dirigía al baño. Ella le siguió con la mirada y admiró su cuerpo, desde su firme trasero, pasando por su musculosa espalda y deteniéndose en sus tatuados hombros. Suspiró en silencio. ¡Era tan atractivo! Demasiado para su salud mental, decidió.

Giró la cabeza y volvió a mirar hacia arriba. La estancia se encontraba bañada por la luz del atardecer y extrañas sombras se manifestaban en el antes blanco techo. Sintió un pequeño escalofrío y se dio cuenta de que estaba desnuda. Nada la cubría. Se encogió de hombros, asombrada. Esa falta de pudor no era propia en ella, no obstante, allí con Cas, en su cama, parecía lo más natural del mundo.

Cas... Cas...

El nombre resonaba en su cabeza como una letanía. Se preguntó si le iba a echar de menos. Quizá. Con seguridad. No. Sí... Se giró adquiriendo una posición fetal y enterró la cara en la almohada. Si era sincera consigo misma, hasta hacía unas horas no había tenido muy claro lo que sentía por él; sí que había sabido que se estaba convirtiendo en algo más que un rollo de verano, claro, pero después de aquella tarde...

«¡No! ¡Para!», se regañó. «Ni lo pienses. Por más tierno y dulce que sea contigo, y por más que sus palabras te lleguen muy adentro, es solo una aventura. Nada más».

Y sin embargo... Algo en su mirada, en su forma de tocarla, de besarla..., incluso en su manera de hacer el amor...

«¿Hacer el amor? Pero ¿tú te has oído? ¿Estás loca? Follar. Se llama follar. Eso es lo que habéis hecho. Eso es lo que los tíos como él hacen». La Eli snob reclamaba su atención.

Cerró los ojos intentando ahuyentar esas horribles palabras de su cabeza.

—*Prinzessin*, ¿estás bien? —escuchó su voz desde la puerta del baño. Abrió los ojos y le miró. Tenía el ceño fruncido y parecía preocupado.

Adoraba que él la llamase así. Sonaba tan bien en su boca...

Tardó en responder. ¿Qué podía decirle? ¿Que no sabía si lo que estaba sintiendo era algo serio? ¿Que no tenía ni idea de si él sentía lo mismo por ella? ¿Que quizá le fuese a echar de menos? ¿Que ojalá no hubiese sido un polvo más? ¿*Qué?*

—Estoy muy bien —repuso finalmente con una sonrisa un tanto fingida. Le hizo un gesto invitador con la mano para que él se acercase. ¿Qué era lo que él tenía que la hacía sentirse tan liberada?

Él arqueó las cejas con desconfianza. No pareció haberla creído. Aun así se dirigió a la cama andando con calma, lo que le permitió a ella volver a admirar su espléndido cuerpo. Ya no le inspiraban ningún tipo de temor los tatuajes que cubrían sus brazos, por el contrario, el simple hecho de pensar que él pudiese no tenerlos le producía una sensación de disgusto. Cas era Cas debido a ellos.

Se tumbó detrás de ella y la abrazó con firmeza, obligándola a acoplarse a su cuerpo en la tan conocida postura de la cucharilla que siempre salía en todas las películas románticas. Se acomodó entre sus brazos apoyando la cabeza en su bíceps. Se sintió envuelta en el calor que irradiaba el cuerpo a su espalda. La sensación era maravillosa.

Siempre había deseado tener una pareja con la que poder relajarse de aquel modo, y el destino —que era perverso y malvado — la había llevado hasta él, hasta ese vikingo rubio de un mundo opuesto al suyo, al que quizá nunca más volviese a ver después de marcharse al día siguiente.

Se sintió un poco melancólica.

La respiración de Cas en su nuca hizo que se le pusiese la carne de gallina, pero las siguientes palabras que él susurró en su oído hicieron que su corazón dejase de latir unos instantes y le diese un vuelco el estómago.

—Te voy a echar de menos, *Prinzessin*.

Capítulo Veintiuno

Cas se despertó sobresaltado. No sabía qué era, pero algo parecía estar fuera de lugar, aunque en ese preciso y borroso instante no supiese precisar el qué.

Alargó el brazo casi sin darse cuenta y tocó la sábana que todavía conservaba el calor de un cuerpo humano. Giró la cabeza con brusquedad.

¡Elisa!

Se incorporó con prontitud y barrió el dormitorio con los ojos. Ya había amanecido y la suave luz del sol entraba por la ventana, mostrando la ropa de ambos en el suelo junto a la cama, allí donde la habían dejado caer el día anterior. El sonido de la ducha en el baño contiguo llegó hasta sus oídos, haciendo que recobrase la calma que parecía haber perdido solo unos segundos antes al darse cuenta de su ausencia.

Suspiró. El amanecer había llegado demasiado pronto.

Se pellizcó la base de la nariz con los dedos. Cerró los ojos y reflexionó sobre la situación.

La tarde/noche con Elisa había sido asombrosa. Después de la primera vez se habían quedado dormidos, él detrás, envolviéndola con sus brazos, protegiéndola de no sabía muy bien qué y sin deseos de separarse de ella más de un milímetro. Se había despertado en medio de la noche para descubrir que ella dormía con una sonrisa en los labios. No había podido resistirse; había tenido que besarla y acariciarla hasta que la había despertado también. Una cosa había llevado a la otra y habían terminado haciendo el amor otra vez. De un modo tan lento y sensual, que todavía le hacía preguntarse quién era ese hombre que había tomado posesión de su cuerpo y que se comportaba de esa desacostumbrada manera.

«Hacer el amor», se dijo arqueando las cejas. «¿Hacer el amor? ¿No suena eso cursi? Parezco el protagonista de una peli ñoña. ¡Joder!».

Meneó la cabeza, desconcertado, mientras recordaba las escenas de la noche anterior. Había dicho cosas así como:

Quiero sentir tu cuerpo desnudo contra el mío, tu corazón latiendo a más velocidad de lo normal por lo que mis caricias te provocan... Quiero sentir cómo tiembles entre mis brazos cuando recorro tu cuerpo con mi lengua y con mis dientes, y cómo te retuerces de placer cuando te voy penetrando poco a poco...

¿Había dicho también que la iba a echar de menos? Las palabras habían surgido de sus labios por sí solas.

Scheisse! Dritt!

¿Qué narices le sucedía? Cuando estaba con esa chica no parecía poder hilar ningún pensamiento coherente. Nunca antes le había pasado nada igual. Él, que siempre se había jactado de ser un hombre seguro de sí mismo, al que nunca le habían faltado mujeres con las que acostarse, y siempre había llevado las riendas de la situación... De pronto, con esa mujer que era su absoluto opuesto, se encontraba en terreno desconocido.

Tenía que pensar.

Ella se marchaba en unas horas, y era más que probable que no volviese a verla, se dijo. ¿Pero era eso lo que en verdad deseaba? ¿No volverla a ver nunca más? Frunció el ceño. No lo tenía tan claro.

Y ella... ¿Estaría tan confundida como él?

Decidido a averiguarlo, se levantó deprisa y sin más preámbulo se dirigió al baño. No llamó a la puerta, que como comprobó no estaba cerrada con cerrojo. Entró con sigilo, aunque el agua de la ducha que seguía corriendo disimuló cualquier ruido que hubiese podido hacer. El vapor condensado había empañado las paredes de cristal, pero aun así, pudo distinguir el cuerpo desnudo de Elisa a la perfección. Estaba de espaldas. Había apoyado la frente contra la pared y dejaba que el agua caliente cayese sobre sus hombros. Semejaba estar muy relajada.

Sin dudarle un instante, y notando cómo su miembro comenzaba a adquirir vida propia y recordando otro momento parecido en aquella misma ducha, abrió la puerta de cristal y entró en el cubículo, procurando no rozarla, lo que no le resultó fácil; aunque la ducha tenía unas más que generosas dimensiones, él ocupaba

mucho espacio. Ella no se dio cuenta de su presencia; estaba abstraída, o al menos eso pensó él.

Alargó el brazo y cogió el bote de gel sin dejar de observar su espalda que se encontraba a solo unos centímetros de distancia. Un reguero de agua bajaba por ella y sintió el impulso de pasar su lengua allá por donde las gotas caían e iban a morir al esbelto trasero. Se contuvo. Vertió un poco de gel en su mano y dejó el bote en su sitio. Con delicadeza posó la mano sobre su hombro.

* * *

Eli dio un respingo al notar la mano sobre su espalda. El corazón se detuvo en su pecho durante un instante al tiempo que se daba la vuelta con brusquedad.

—¡Dios mío, Cas! ¡Me has asustado! —Un suspiro de alivio salió de sus labios.

—No quería asustarte, solo sorprenderte —murmuró él, atrayéndola hacia sí con sus manos que el gel había vuelto suaves.

Eli apoyó la cabeza en su pecho y se dejó abrazar. Le rodeó la cintura con los brazos y respiró hondo. Cas olía a Cas. Volvió a aspirar con fuerza deseando que ese olor se impregnase en su memoria, y poder llevárselo con ella cuando se marchase. Él comenzó a frotarle la espalda con rítmicos movimientos que debían haber sido relajantes, pero que lo único que consiguieron fue excitarla. La erección de él contra su estómago también contribuyó a ello.

Levantó la cabeza y le miró. Tenía una expresión extraña, como si quisiese decirle algo, pero después de contemplarla unos segundos, terminó por bajar la cabeza y besarla. Suave y lento, mientras el agua caliente de la ducha caía sobre ambos.

Hicieron el amor. Era algo inevitable.

Allí, de pie, como ya lo habían hecho en ese mismo lugar hacía días.

Y sin embargo en nada se asemejaba esa situación a la que habían vivido la última vez que habían compartido la ducha.

Algo había sucedido la tarde anterior que lo había cambiado todo.

Ella había estado meditando sobre ello antes de que él llegase. Había estado preguntándose si lo que había comenzado a sentir era algo profundo, o un enamoramiento pasajero de verano. Nunca se había encontrado en esa posición y no sabía muy bien qué pensar. ¿Era ese sentimiento tan intenso normal para una aventura? No tenía ni idea. Solo pensar que esa iba a ser la última vez que iba a estar con él, la ponía triste; por otro lado, sabía que cualquier relación con Cas estaba destinada al fracaso más absoluto. Venían de dos mundos tan diferentes, y a pesar de eso...

Había estado tan ensimismada en sus propios pensamientos que no se había percatado de su presencia en la ducha. La sorpresa había sido más que grata. No podía imaginarse mejor manera de empezar el día.

Después de un magnífico orgasmo que volvió a dejarla maravillada por su intensidad, se recostó de nuevo contra su pecho. Completamente saciada, escuchó cómo su corazón latía al doble de la velocidad normal. Supuso que el suyo no le andaría muy a la zaga. Sonrió.

—¡Joder!

El exabrupto la sobresaltó. Se apartó y le miró extrañada. Él tenía el ceño fruncido y había comenzado a acariciarse el mentón con nerviosismo. Se había apartado para que el chorro de agua caliente no cayese sobre él. La contemplaba con consternación.

—¿Qué sucede, Cas? —inquirió, sorprendida.

—Joder Elisa, lo siento mucho...

—¿Qué? —su voz sonó alarmada.

—No hemos usado condón —repuso él, fijando su mirada sobre sus muslos, donde la prueba de lo que él decía se mostraba evidente. Ni siquiera el agua de la ducha había podido eliminarla. Eli bajó la cabeza y comprobó qué lo que él decía, era cierto.

Se quedó unos instantes paralizada. Si bien tomaba la píldora y no tenía ningún miedo de quedarse embarazada, además de que su relación con Lalo era más bien aséptica —en las contadas ocasiones en las que se habían acostado, habían usado condones—, no tenía nada claro cuál era la situación de Cas. Quizá se llevaba mujeres a la cama todos los fines de semana y lo hacía sin protección. Entornó los ojos.

—Eh, mírame —susurró él, levantándole la cara con los nudillos—. ¿Estás tomando algo? —preguntó con extrema dulzura.

Ella asintió. No parecía encontrar las palabras.

Él suspiró con alivio.

—Entonces no te preocupes —musitó—. Yo estoy limpio, Elisa. No suelo acostarme con nadie sin protección... Creo que es la primera vez que me pasa en años... —Se sonrojó de una forma curiosa—. No sé qué tienes que me haces perder la cabeza y la lógica —confesó casi con reticencia. Y después, como si quisiese evitar la mirada de los inquisitivos ojos de ella, la abrazó con firmeza y enterró la cabeza en su cuello.

Eli se aferró a él, perpleja. Nunca había conocido a nadie tan sincero como él, que no dudaba en expresar lo que sentía y decía lo que pensaba. Le envidió. Envidió esa seguridad aplastante que él parecía poseer en grandes cantidades.

Cuanto más tiempo pasaba con Cas, más convencida estaba de que él era mucho más de lo que aparentaba. Si al principio sus prejuicios la habían cegado y no había visto más allá de la fachada, de sus tatuajes, de sus modales groseros o de su estilo tosco, ahora estaba más que segura de que él era mejor persona que ella.

Le escuchó carraspear.

—Será mejor que salgamos de la ducha, ¿no crees?

Ella asintió. De pronto la situación se le antojaba demasiado íntima y cercana. Se separó de él y terminó de enjabonarse y aclararse con rapidez. Él imitó su ejemplo. Ninguno de los dos parecía dispuesto a romper el silencio que se había impuesto entre ellos. Ella tuvo la sensación de que él la miraba de reojo, pero le ignoró y cerró los ojos dejando que el agua se llevase el jabón y su turbación.

Al cabo de unos segundos sintió la ráfaga de aire sobre su piel y supo que él había abandonado la ducha. Abrió los ojos y le siguió con la mirada. Él cogió una toalla y se secó con movimientos enérgicos. Se acercó al lavabo y se miró al espejo, mientras se pasaba la mano por la barbilla. Parecía dudar sobre si afeitarse o no.

Sus ojos se encontraron sobre la bruñida superficie.

—¿A qué hora sale tu avión? —le preguntó él en esos instantes.

Ella cerró el grifo de la ducha y salió del cubículo. Cogió la toalla que había dejado sobre el taburete y se secó.

—A las doce. Tenemos que estar en el aeropuerto una hora antes.

—¿Quieres que te lleve?

Intentó descifrar la expresión de su rostro, pero el espejo estaba empañado y no le resultó posible. ¿Por qué se había ofrecido? ¿Era mera cortesía? ¿O quería pasar todo el tiempo posible con ella?

—Eh..., no. No es necesario... Tenemos que devolver el Mini en la agencia de alquiler de coches así que lo mejor es que vayamos todas juntas —titubeó. Quizá la explicación sonase tonta, pero no se le había ocurrido otra mejor; además era la verdad. Se colocó junto a él frente al espejo. La diferencia de estaturas era más que evidente en el reflejo.

—Voy a hacer el desayuno y luego te llevo al chalet —dijo él.

—No tengo mucho tiempo.

—¿Ni para un café? —La contempló con escepticismo.

—Sí, para un café sí —terminó ella por responder.

—Estupendo. Te espero en el salón.

Eli aferró la toalla que cubría su desnudez con fuerza. Le observó partir. Había dejado caer la toalla al suelo y estaba desnudo, ajeno a lo que su cuerpo libre de ropa provocaba en ella.

El espejo iba perdiendo su opacidad poco a poco. El rostro que le devolvió la mirada era el de una desconocida. Si bien las facciones eran las mismas de siempre, la expresión no era igual. La mujer del espejo parecía más madura, más decidida..., y más confusa. Parecía ¿satisfecha? ¿Era posible que unos cuantos días en compañía de ese hombre la hubiesen cambiado?

¡Qué tontería! Ella era la misma de siempre, la Eli de toda la vida. Era completamente absurdo pensar que una breve relación de verano podía afectarla de una manera tan trascendental...

¡Qué estupidez!

* * *

Cas sirvió el café en dos tazas. Por más que había mirado en los armarios de la cocina, había sido incapaz de encontrar algo

comestible. Se maldijo en silencio por su falta de previsión. Tampoco tenía sacarina. Dudó, pero al final puso azúcar en los dos cafés.

¿No estaba tardando ella más de la cuenta en salir del baño?
¿Acaso se sentía avergonzada por la situación?

Gimió en voz baja al recordar lo sucedido. Nunca jamás le había sucedido algo así. ¡Olvidar el condón! ¡Joder! Cada vez que la escena le venía a la cabeza se sonrojaba de vergüenza. Se había visto tan desbordado por la pasión que ni siquiera había pensado en ello. La última vez que le había pasado eso, había sido en el instituto. *Fuck! Fuck!*

—Debe pensar que soy un inconsciente —murmuró con pesar, sentándose en el sofá, con el café en la mano—. Y no es para menos. —Una mueca burlona desfiguró su rostro por unos instantes al imaginarse las caras de Jan y Till si llegaban a enterarse de su estupidez.

Su expresión se tornó sobria, de repente. En los minutos que había tardado en preparar el café, había tomado una decisión con respecto a ella. Una decisión que sin duda era la más lógica si tenía en cuenta lo que sentía. Y en cuanto ella saliese del baño —donde parecía estar escondiéndose— le diría lo que había resuelto. Quizá se estuviese equivocando, pero tenía la sensación de que ella tampoco deseaba que aquello —fuese lo que fuese— acabase.

Unos suaves pasos a su espalda le hicieron girarse. Y de nuevo se quedó sin aliento. Su belleza le dejaba siempre sin palabras. Llevaba la misma ropa que el día anterior, y aunque parecía un tanto desaliñada y no tan pulcra y cuidada como estaba acostumbrada a mostrarse, para él era, sin duda, la mujer más espectacular del mundo.

«El desaliño le sienta bien», pensó. «Da la sensación de que una parte de mi imperfecto mundo ha llegado hasta ella para sacarla del suyo, ese tan perfecto y elegante, y la ha descolocado. Ahora aparenta ser más humana..., más para mí...»

Ella se acercó a la isla donde la esperaba su café, y cogió la taza con ambas manos. Permaneció así durante unos segundos, dándole la espalda, mientras sorbía lentamente. Parecía indecisa.

Cas la contemplaba en silencio. Dudó si acercarse a ella y estrecharla entre sus brazos, que era lo que realmente le apetecía,

o esperar a que se diese la vuelta y le mirase. Optó por lo segundo. Era un hombre paciente —a veces—.

No tuvo que esperar mucho.

—Bueno, me encantaría darte las gracias por estos días que hemos pasado juntos. La verdad es, que me lo he pasado muy bien... —comenzó ella, girándose; mantenía la espalda erguida y se expresaba con una formalidad extrema—. Ha sido estupendo y me alegro mucho de haberte conocido.

Cas suspiró para sí. ¿Otra vez la *Eisprinzessin*? ¿Incluso después de todo lo que había sucedido entre ellos? No. No estaba dispuesto a volver a eso.

Se levantó, dejó la taza sobre la mesita, y sin quitarle los ojos de encima se acercó a ella, que retrocedió un par de pasos al tiempo que una expresión de alarma asomaba a su rostro. La isla de la cocina detuvo su retirada.

—Cállate, Elisa —musitó él cuando se encontró a solo un par de pasos de distancia.

Se detuvo y la miró con fijeza. Estaba tan cerca que podía distinguir las pálidas pecas que cubrían su nariz. Se aproximó todavía más y comprobó con agrado que sus pupilas se dilataban.

—¿Qu... qué haces? —casi tartamudeó, nerviosa.

—Decirte lo que pienso. Eso hago.

—¿Lo qué piensas...? ¿Y... qué piensas?

—Pienso que no quiero que esta sea nuestra última vez, Elisa. Quiero que sigamos en contacto. Quiero volver a verte. Eso quiero...

Levantó la mano y le acarició la mejilla. La sintió estremecer bajo su tacto.

—¿Eso... eso quieres? —susurró ella. La expresión de su rostro había cambiado. Ya no parecía fría y controlada como hacía unos segundos, ahora reflejaba una calidez que Cas consideró más que atrayente.

—Eso quiero —repitió en voz baja. Seguía sin besarla, con su boca a solo unos milímetros de la de ella, respirando el aire que ella expulsaba y que tenía un inconfundible aroma a café—. ¿Tú no? —inquirió sin dejar que la inseguridad que le producía el no saber cuál iba a ser la respuesta, tiñese sus palabras.

Fue ella la que acortó distancias. Fue ella la que dio un paso adelante y juntó sus labios con los de él.

—Sí, yo también quiero —susurró contra su boca.

Y él descubrió que todavía era capaz de respirar.

Después la abrazó y la besó con vehemencia. Ella le correspondió de igual manera.

* * *

El trayecto hasta el chalet transcurrió en silencio, pero no fue incómodo en absoluto. Si el día anterior había sido Cas el que había conducido con una sola mano por tener la otra apoyada en su muslo, ese día fue Eli la que decidió prescindir de su mano izquierda y abandonarla sobre la musculosa pierna de él. Cas se la acariciaba de vez en cuando con suavidad.

Había algo de mágico en todo aquello, pensó.

Se sentía pletórica. Desde el mismo instante en que él le había dicho que quería volver a verla, todas sus dudas habían desaparecido como por encanto. La única conclusión lógica había sido decirle que ella también lo deseaba. ¿O acaso no era así? ¡Claro que lo deseaba! Ya se preocuparía más tarde por los inconvenientes y los obstáculos.

—Llámame cuando llegues o envíame un wasap —rompió él el silencio, de repente. Su callosa mano atrapó la suya. Se la llevó a los labios y depositó un beso sobre su muñeca. Un escalofrío de placer le recorrió la columna vertebral.

—Sí. Lo haré.

El silencio se impuso de nuevo. Solo se escuchaba el ruido del motor.

No tardaron en llegar a la urbanización. Los guardias los saludaron con un gesto amistoso antes de abrir la valla. Eli se sintió mortificada. ¿Qué estarían pensando de ella? Viéndola regresar por la mañana con ese hombre, con el pelo descolocado y la cara somnolienta. La conclusión era obvia.

Miró por la ventanilla, deseando que Cas no se percatase del rubor que cubría sus mejillas. A él parecían importarle tan poco las opiniones de los demás... Todo lo contrario a ella...

Suspiró.

—¿Estás bien, *Prinzessin*? —le escuchó preguntar con preocupación. Se giró y le regaló una sonrisa tranquilizadora, que hizo que su fruncido ceño se relajase.

—Sí, todo bien.

Él le devolvió la sonrisa. Pequeñas arruguitas se formaron en torno a sus ojos, confiriéndole un aspecto cautivador que provocó que a ella se le acelerase el pulso.

«Cálmate, Eli», se dijo. «Reaccionas como una adolescente en pleno enamoramiento».

Él frenó el coche delante del chalet. Descendió del vehículo y lo rodeó. Eli estuvo a punto de soltar una carcajada. ¡Qué poco adecuado resultaba que él viniese a abrirle la puerta! Antes de que hubiese llegado, descendió del vehículo.

—Eh —la regañó él—. Quería abrirte la puerta, como hacen esos niños pijos con los que acostumbras a salir... — Y sin darle a tiempo a responder, la levantó por el talle poniéndola a su altura, facilitando así el beso que depositó en sus labios a continuación.

Ella enroscó los brazos en torno a su cuello y con perversa satisfacción, también las piernas a su cintura. No era quizá lo que la antigua Eli hubiese hecho, pero la nueva Eli, la Eli de Cas podía hacer esas cosas, decidió.

Él se apartó unos centímetros y la miró con sorpresa.

—No sé quién eres y qué has hecho con la Elisa estirada y remilgada que conocí hace unos días, pero bienvenida seas... — murmuró con voz ronca antes de volver a besarla con pasión.

Ella dejó escapar una carcajada contra su boca y correspondió al beso con avidez. Pronto, lo que había empezado como un jugueteo se convirtió en algo más serio, más profundo, más intenso, que dejó a ambos jadeando y bastante excitados. La erección de Cas era más que patente en sus ajustados vaqueros y la humedad que Eli comenzó a sentir entre las piernas solo terminó por corroborarlo.

—Tengo que marcharme —murmuró ella—. Es un poco tarde.

—Sí, es mejor que te vayas si no quieres que te devore aquí mismo sobre el capó de mi coche —repuso él con la voz áspera.

La dejó en el suelo, y con una mueca burlona se colocó los vaqueros que parecían a punto de reventar. Después le dio un ligero beso en los labios y le acarició la cara con suavidad. Pegó sus

frente a la suya y aspiró hondo. Pasaron un par de segundos sin que ninguno dijera o hiciera nada.

—Cuando llegue te envío un mensaje —le dijo ella, aclarándose la voz y retirándose unos pasos. Tenía la respiración acelerada y una sonrisa adornaba sus labios.

—Hazlo. —Él se apoyó contra la puerta del Navara y contempló cómo se alejaba. La expresión de su rostro se había tornado seria.

Ella volvió a asentir. Caminó hacia atrás sin despegar los ojos de su alta figura. Se sobresaltó cuando notó la hoja de madera de la puerta a su espalda. Se dio la vuelta y asió el picaporte. Le temblaban un poco las manos, descubrió sorprendida. No pudo resistir el volverse una última vez para impregnarse de su aspecto y llevárselo impreso en la retina. Su dios nórdico seguía mirándola con profunda intensidad.

Intentando contener la desconocida emoción que amenazaba con desbordarla, desvió la vista y abrió la puerta.

—Elisa —la llamó él.

Giró la cabeza con la garganta encogida. ¿Le diría él lo mismo que le decía siempre? Ansió escucharlo.

Pero se equivocaba. Esta vez la frase fue otra.

—Piensa en mí, *Prinzessin*. Yo no voy a hacer otra cosa que pensar en ti...

Capítulo Veintidós

Una lengua húmeda sobre su mejilla y unos gemidos quejumbrosos fueron lo que la despertaron. Abrió los ojos y se encontró frente a frente con un hocico peludo y mojado. Suspiró antes de darse media vuelta, decidida a ignorar al intruso, pero los quejidos lastimeros no cesaron.

—Nooooo, Pipi, déjame dormir —murmuró—. Es muy pronto.

Pero su perro parecía decidido a que ella no se entretuviese mucho más en la cama. Saltó por encima de su cuerpo y comenzó a ladrar excitado, empujándola con la cabeza al mismo tiempo.

Volvió a suspirar. ¡Así era imposible pegar ojo! Se reprendió a sí misma en silencio por tener a Pipi tan mal acostumbrado. Era ella la que le había enseñado a subirse a la cama, al sofá, a las sillas...

Se giró y buscó el despertador con la mirada. ¡Solo eran las siete!

La habitación se encontraba en un estado de semipenumbra, señal de que el sol no hacía mucho que había salido. Bostezó, estirándose. Le dolía el cuello y supuso que sería por el viaje en avión del día anterior. No le gustaba volar y siempre que lo hacía, era en tensión, de manera que sus cervicales eran las que más sufrían.

Pipi volvió a ladrar.

—Voy, voy —se dirigió a su mascota en voz baja abandonando la cama. El perro pareció entenderla porque comenzó a mover su diminuta cola con energía.

Eli se agachó y le acarició la cabeza con cariño. Era quizá el mejor regalo que Lalo le había hecho jamás, decidió.

Lalo.

Una sombra cubrió su rostro al acordarse del que había sido el hombre con el que había pensado que se casaría. Meneó la cabeza, molesta. Mejor no pensar en él ahora. Era más que probable que tuviese que hablar de él largo y tendido en unas horas, cuando se

reuniese con sus padres para comer. Estaba claro que no se iba a librar del interrogatorio de su madre al respecto.

Antes de dirigirse al baño miró el móvil, que la noche anterior había dejado sobre la mesilla. Una luz blanca parpadeaba insistente, y ella sintió cómo el corazón le daba un vuelco.

¿Sería Cas?

Le había mandado un wasap el día anterior, informándole de su llegada, pero él no había respondido, lo que la había llenado de incertidumbre. Sus amigas se habían reído de ella en el taxi que las llevaba a sus respectivas casas —en especial la «odiosa» Tana—. Todas parecían pensar que Cas estaba loco por ella y que si no contestaba era porque estaba ocupado o algo así.

El avión había aterrizado con retraso, por lo que hasta media tarde no había llegado a casa. Después de deshacer el equipaje, se había dado un baño relajante —sin dejar de mirar el móvil cada diez minutos— sintiéndose como una mema por ello. No obstante, había seguido haciéndolo hasta pasada la medianoche.

Mercedes, la mujer que trabajaba para sus padres y que se ocupaba de limpiarle el piso, le había traído a Pipi, al que se había llevado a su propia casa, mientras Eli estaba ausente. Su adorada mascota se había vuelto loca de alegría al verla.

Había cenado una frugal ensalada y se había acostado pronto. El cansancio del viaje le había pasado factura y apenas si había podido mantener los ojos abiertos. Había mirado el móvil por última vez antes de dormirse. Él ni siquiera había visto su wasap. Su último pensamiento antes de sumirse en un profundo sueño fue de intranquilidad. ¿Le habría pasado algo?

Cogió el móvil con aprensión. La lucecita blanca parecía burlarse de ella. ¿Y si no era él?

Chasqueó la lengua, enfadada consigo misma. ¿Acaso se podía ser más infantil y más cretina? A veces se desesperaba a sí misma.

Desbloqueó el móvil y miró la pantalla. ¡Cuatro nuevos wasaps! ¡Todos de Cas!

Con las piernas temblorosas debido a la ansiedad, se sentó en el borde de la cama haciendo caso omiso de Pipi, que había comenzado a lloriquear de nuevo.

Siento no haber contestado antes, pero no tenía cobertura y lo acabo de ver. He estado un poco liado hoy.

Qué tal el viaje? Espero que bien.

Es tarde. Supongo que estarás durmiendo. Yo también me voy a la cama. Espero soñar contigo. Mi cama huele a ti.

Te llamo mañana por la noche.

Releyó los mensajes varias veces. Le resultaba tan extraño que un hombre como él se expresara de aquella manera, con tanta sinceridad y sin artificio, sin dobles sentidos. Solo diciendo lo que pensaba.

Era tan diferente a lo que estaba acostumbrada. Siempre midiendo cada palabra que salía de su boca, para quedar bien en cualquier momento. Cuidando hasta el mínimo detalle para no destacar o parecer vulgar o demasiado inexperta o muy inteligente.

¡Qué delicia poder ser como él!

¡Cas la iba a llamar por la noche! Casi no podía esperar a que eso sucediese. Una pequeña carcajada de felicidad emergió de su garganta. Le dio una palmadita en la cabeza al excitado Pipi y se encaminó al baño, a empezar con su rutina.

Canturreaba por lo bajo.

La mañana pasó volando. Después de sacar a Pipi a dar un paseo por el Retiro, fue al gimnasio, a su habitual clase de yoga, y luego hizo un par de llamadas telefónicas que tenía pendientes a unas tiendas donde debía probarse vestidos para la boda de Alba. Todavía no se había decidido por uno específico.

Antes de lo que le hubiese gustado, llegó la hora de ponerse en camino a casa de sus padres. Intentó acicalarse con todo el esmero posible. Su madre era muy crítica con su aspecto y no deseaba darle ningún tipo de munición, aunque cuando se puso el vestido azul marino que había planeado llevar a ese encuentro, descubrió que la munición estaba a la vista. Había engordado. Por lo menos uno o dos kilos.

Un destello de rebeldía acudió a sus ojos. ¿Y qué? ¿Acaso su madre era la dueña de su vida? Sacudió la cabeza. No iba a dejarse intimidar por ella, no esta vez.

Se observó en el espejo de cuerpo entero de su vestidor, con atención. No se apreciaba tanto. Solo se había dado cuenta al

subirse la cremallera. El vestido que antes le había quedaba algo holgado, ahora se ajustaba a sus poco pronunciadas curvas. Se giró varias veces para verse desde todos los ángulos. Sí, parecía tener más pecho. Aunque quizá fuese más un deseo que una realidad...

Intentó mirarse con objetividad. El par de kilos que había ganado le sentaban bien, decidió. Por primera vez en años se sentía cómoda con su aspecto. Quizá todavía pudiese engordar un poco más.

Se llevó las manos a las mejillas y contempló su rostro. Aunque era la misma de siempre, notaba un ligero cambio, en su postura quizá. Parecía más enérgica, más decidida... Se preguntó si se debería a él. Se preguntó si su madre se daría cuenta.

¡Otra vez su madre!

Antes de abandonar el apartamento que sus padres le habían regalado cuando cumplió dieciocho años, y que se encontraba en una de las mejores zonas de Madrid —en pleno Retiro—, le puso comida y agua fresca a Pipi y bajó al garaje subterráneo del edificio, donde su Mercedes C Cabrio —también regalo de sus padres— la esperaba.

Se detuvo frente al automóvil. La carrocería blanca resplandecía bajo los fluorescentes del techo. Parecía recién sacado de fábrica. En verdad, casi era así. Lo tenía solo desde hacía cuatro meses, desde que había vuelto de Chicago, y lo utilizaba muy poco, ya que en Madrid era bastante difícil aparcar.

Quizá por primera vez en su vida, se cuestionó ciertas cosas sobre las que nunca antes se había preocupado. ¿Qué pensaría Cas si la viese en su elemento? Él, que se lo había ganado todo trabajando con esfuerzo, ¿qué opinaría si descubriese cómo era ella en realidad? En la costa las diferencias entre ambos no habían sido tan evidentes, pero allí, en Madrid... Solo el vestidor de su casa podía contener el apartamento de él al completo, y ese coche probablemente costara más que todo su negocio.

—Vamos, Elisa, no seas tonta... —se reprendió—. No tienes por qué avergonzarte de tener dinero.

Pero mientras sacaba las llaves del bolso —un *Hermès Birkin*— una ola de calor acudió a sus mejillas. De repente, su forma de vida le pareció ridícula. Trató de ahuyentar esos pensamientos de su

mente y concentrarse en la comida que iba a tener lugar a continuación. Si deseaba sentirse turbada por algo, esa reunión iba a ser más que adecuada para ello.

Su móvil vibró. Miró la pantalla. Era un wasap de Tana.

Comemos algún día esta semana?

Respondió.

El viernes paso a recogerte a las 13.30

Perfecto

No tardó en ponerse en marcha hacia la urbanización del norte de Madrid donde vivían sus padres —rodeados de futbolistas famosos y célebres personajes—. El tráfico a esas horas era bastante fluido por lo que no tardó más de veinte minutos en llegar. Descubrió con alivio que su hermano Poncho también había aceptado la invitación; su Audi estaba aparcado en la puerta. Dio gracias en silencio. No es que su hermano y ella se llevasen muy bien, pero así, no toda la atención se centraría en su persona.

Se bajó del coche y cruzó el caminito de grava que llevaba a la entrada principal. Llamó y esperó unos segundos a que Conchi le abriese la puerta. Conchi era, junto a Mercedes y Tino —el jardinero—, el personal que llevaba toda la vida trabajando para sus padres. Siempre había sido como una especie de abuelita que había malcriado a los niños de los Álvarez dándoles golosinas a escondidas.

—Señorita Elisa. —La mujer de avanzada edad la saludó con una sonrisa. Era muy delgada y menuda de complexión, y su rostro mostraba marcadas arrugas.

—Hola Conchi, ¿qué tal todo? —Eli se inclinó y le dio dos besos.

—Muy bien, señorita. Muy bien. Sus papás y el señorito Poncho están esperándola en el salón azul. Y la comida está casi lista.

Eli sintió deseos de gemir. Odiaba esas reuniones familiares y aunque venía preparada para aquella, ahora que había llegado el momento, ya no se sentía tan segura y rebelde como en su casa.

—No les digas que estoy aquí todavía. Voy un momento a retocarme.

Conchi se la quedó mirando con cariño, mientras se alejaba. El ruido de sus tacones sobre el suelo de mármol la siguió hasta el aseo de la planta baja.

Cerró la puerta tras de sí y se contempló en el espejo enmarcado en un ridículo y ostentoso marco dorado, del que su madre estaba muy orgullosa. Sus ojos ya no brillaban de aquella manera indómita de hacía solo una hora. Ahora parecían apagados, señal inequívoca de su nerviosismo.

Se pasó las manos por el pelo, que no se había recogido. Otro crimen grave, según su madre. No se podía ir a una comida formal —aunque fuese en familia— con el pelo suelto. Eli no sabía de dónde se sacaba todas esas reglas, pero ahí estaban, y había crecido con ellas. De pronto deseó tener una goma en el bolso.

Respiró hondo un par de veces, intentando calmarse. Odiaba sentirse así, pero ese era el efecto que su madre y esa casa tenían sobre ella. Siempre había sido de aquel modo. Y hasta ese mismo día, había sabido presentar una fachada impoluta, centrada, firme y fría, como a su madre le gustaba..., pero ahora... Quizá era por haber conocido a Cas, a lo mejor eso le había hecho ver las cosas de otra forma. No lo sabía. Y tampoco tenía mucho tiempo para analizarlo.

¡Cas! Ojalá hubiese hablado con él...

Con la mano temblorosa sacó el móvil del bolso y abrió la aplicación de wasap. Solo hacía cinco minutos que Cas había estado conectado. Dudó. Se entretuvo un rato contemplando su foto de perfil; era una moto, quizá la que ella había tirado con el Mini, no estaba segura.

¿Qué podía enviarle? Nada demasiado obvio, claro, pero tampoco nada demasiado frío. ¿Qué dilema! ¿A todo el mundo le pasaba lo mismo cuando tonteaba con alguien por wasap? ¿O solo a ella?

Tomó una decisión. ¿No era él siempre sincero? Quizá ella también debería lanzarse y tratar de ser igual de sincera que él.

Le costó escribirlo.

Estoy pensando en ti

Antes de poder arrepentirse, pulsó enviar.

Se llevó la mano a la boca, mientras seguía contemplando la pantalla, inmóvil. El corazón le latía a mil por hora.

Él acababa de ver el mensaje... Estaba en línea... Escribiendo... Escribiendo...

Soltó un gemido ahogado. ¡Dios! ¡Se sentía tan emocionada como una niña en la feria!

Me lees el pensamiento. Yo también pensaba en ti. Eran pensamientos húmedos? Los míos si lo son. Solo de pensar que esta noche voy a escuchar tu voz... Me pongo a cien, Prinzessin

Una carcajada histérica emergió de su garganta. Se miró al espejo de nuevo y vio cómo sus ojos chispeaban de una manera poco natural. ¡Dios mío! ¡Se había excitado!

Él seguía en línea, comprobó. ¿Cómo narices iba a responder ella a ese wasap? ¿Qué podía decir?

Un golpe en la puerta la sobresaltó y estuvo a punto de dejar caer el teléfono al suelo.

—¿Eli? ¿Estás bien? Te estamos esperando. —La voz de su hermano llegó hasta ella, distorsionada.

—Sí, ya salgo —se apresuró a contestar. Frunció el ceño molesta por la interrupción, pero tampoco se podía quedar en el aseo para siempre, coqueteando con un hombre que se encontraba a cientos de kilómetros de distancia.

Hablamos esta noche.

Y se permitió añadir varios emoticonos de corazones. ¿Muy ñoño? Quizá sí. Pero es que ella era ñoña, al menos con él...

Abrió la puerta del baño y vio a su hermano que la esperaba con una expresión impaciente en el rostro.

Poncho era alto, no tanto como Cas, pero lo suficiente como para resultar imponente. Era moreno y tenía los ojos oscuros —herencia de la familia de su padre—, mientras que ella había heredado el pelo rubio y la tez clara de la familia materna.

—He venido a buscarte para prepararte —le dijo situándose a su lado. No intercambiaron besos ni nada por el estilo aunque llevaban varios meses sin verse. Las demostraciones de afecto en la familia Álvarez no estaban muy bien vistas—. Mamá ha organizado otro de sus espectáculos. En dos días, en la casa de la playa. No podemos librarnos, así que ni lo intentes —dijo con rapidez viendo que ella quería protestar.

—¡Pero yo no puedo ir a Formentera este año! Tengo que organizar muchas cosas para la boda de Alba... ¡No tengo vestido!

—A mí no me lo cuentes —la interrumpió él con frialdad—. Díselo a ella, si te crees capaz de llevarle la contraria.

Eli apretó los labios, contrariada. ¡Otro espectáculo de su madre! Eso significaba sin lugar a dudas que había vuelto a vender una exclusiva a alguna tonta revista, y que tendrían que posar sonrientes durante todo un día y fingir que eran la familia perfecta. ¡Lo odiaba! ¡Todos los veranos igual!

Miró a su hermano de reojo. Le envidiaba. Él no se dejaba manipular por su madre. Le decía lo que quería escuchar, le daba siempre la razón en todo y participaba en sus «espectáculos» sin quejarse. Luego se daba media vuelta, y hacía lo que le venía en gana. Era independiente y no le daba cuentas a nadie. Era un hombre, al fin y al cabo.

—¡Elisa!

La voz de su madre desde el otro extremo del vestíbulo la sacó de su ensimismamiento. Levantó la cabeza y allí estaba, la imponente Carmen de Luis, tan perfecta e inmaculada como siempre, con sus pantalones blancos impolutos y su blusa verde jade de seda. Llevaba el pelo rubio, tan parecido al de ella misma, recogido en un moño.

—Hola mamá —la saludó sin excesiva efusividad, acercándose y depositando un frío beso en su mejilla.

—Has engordado —fue la respuesta. Su crítica mirada la recorrió de arriba abajo—. Y, ¿qué te ha pasado en el pelo? Tienes un aspecto horrible. Ya sabía yo que ese viajecito con tus amigas no iba a ser nada bueno. Mira qué pinta más deplorable. Voy a llamar ahora mismo a mi nutricionista y a mi peluquero —murmuró, alejándose de ella con el ceño fruncido.

—No es necesario...

—Claro que lo es —respondió la otra enérgicamente, sin volverse a mirarla—. ¿Tú no te has visto? Menudo desastre. Espero que podamos solucionar al menos lo del pelo antes del reportaje.

Eli estuvo a punto de poner los ojos en blanco. Por supuesto no lo hizo.

—Hola Eli.

Su padre se había acercado por detrás, sorprendiéndola. Tenía una copa de un líquido ambarino en la mano y parecía bastante

satisfecho.

—Hola papá —murmuró, todavía algo molesta por las palabras de su madre.

—Será mejor que pasemos al comedor, creo que van a servir la comida.

Y sin más preámbulo se acercó a su hijo, le pasó una mano por la espalda y comenzó una conversación —de la que ella quedó excluida—, mientras se dirigían a la otra sala.

Se quedó sola en medio del vestíbulo. Por un instante deseó encontrarse en cualquier lugar del mundo, excepto allí. Dejó escapar un pequeño suspiro, levantó la mirada y la posó sobre el techo. La ridícula bóveda redonda y las pinturas al fresco que la decoraban, que su madre había encargado hacía años y habían costado una fortuna, le devolvieron la mirada. Nunca le habían parecido tan grotescas como en ese momento.

Capítulo Veintitrés

Cas se tiró sobre el sofá. Estaba exhausto. Tony y él se habían pasado todo el día en el taller, y ni siquiera entre los dos habían logrado terminar la moto en la que estaban trabajando. El error con las piezas les estaba costando un tiempo muy valioso. Tendría que llamar al cliente y pedirle disculpas si no conseguían acabarla para cuando estaba previsto.

No se quejaba por tener demasiado trabajo, más bien lo contrario. Estaba encantado de que así fuese, pero le molestaba sobremanera no poder cumplir los plazos por un error que no había sido suyo.

Suspiró.

Y luego estaba lo de Till.

Se habían vuelto a ver ese día por primera vez desde el «desafortunado incidente». Till había acudido a trabajar esa mañana, como si nada hubiese pasado, pero su avergonzada actitud daba fe de que algunas cosas sí habían cambiado. Cas no había querido sacar el tema, se había limitado a hablarle como siempre. Tampoco quería hacer leña del árbol caído, y además sabía que Jan ya le había echado la charla en su ausencia. De todos modos, la relación entre ambos se había resentido.

Si hacía balance de cómo le iban las cosas en ese momento, sin lugar a dudas, lo más positivo de todo era haber conocido a Elisa. ¡Quién se lo iba a haber dicho hacía solo unas semanas! Que una niña pija de Madrid iba a ocupar el noventa y cinco por ciento de sus pensamientos.

Se había llevado una gran sorpresa al recibir su mensaje. Había estado en su oficina, buscando unas facturas, cuando había notado la vibración en el bolsillo trasero de su pantalón. No había esperado que ella se pusiese en contacto con él, y menos todavía que fuese tan franca y tan directa. Debía haberle costado una barbaridad haber escrito aquello. Estaba seguro de que su respuesta la había hecho enrojecer.

Rio, recostando la cabeza contra el respaldo del sofá. Eli le gruñó desde la manta donde estaba tumbada al otro lado de la habitación.

—¿Estás celosa porque pienso en otra? —murmuró, dirigiéndose a ella.

La perra le ignoró.

Se incorporó y fue a la cocina a sacar una cerveza del frigorífico. Luego se dirigió al balcón. Abrió la puerta corredera y salió. Se apoyó en la barandilla y bebió un trago. La luna, en su fase de cuarto creciente, se reflejaba en el mar, que aparecía calmado. La brisa nocturna llevó el olor a sal hasta sus fosas nasales. Aspiró. Adoraba vivir en la costa. Se respiraba una paz increíble.

Sacó el móvil del bolsillo. Eran las diez de la noche. No había concretado ninguna hora para hablar con ella, pero suponía que ese sería un momento tan adecuado como cualquier otro.

El teléfono sonó tres veces.

—¿Sí?

—¿Sí? —repitió él, extrañamente eufórico por hablar con ella—. ¿No sabías que era yo? ¿Estabas esperando otra llamada? —preguntó, bromeando.

—Eh, sí, claro... Digo no, claro que no.

Estaba nerviosa y eso se notaba incluso a través del teléfono.

—Me gusta escuchar tu voz —la interrumpió él—. Suenas sexy, ¿sabes?

Hubo un prolongado silencio.

—Tú también —respondió ella, en voz muy baja.

La boca de Cas se curvó en una involuntaria sonrisa.

—Menos mal, creía que solo te atraía mi enorme piso y mi abultada cuenta bancaria.

Ella se rio.

—¿Te he dicho alguna vez que eres muy cómico?

—Sí. Creo recordar que lo mencionaste la primera noche que pasamos juntos, justo antes de que pasase mi lengua por todo tu...

—¡Cas! —casi gritó ella.

—¿No fue así? —inquirió él, arqueando las cejas burlescamente. Le encantaba descolocarla de aquella manera.

—Sí, claro, pero...

—¿No estás sola? ¿Hay alguien escuchando?

—No, pero...

—Pero nada, *Prinzessin*. Acostúmbrate. Sabes que me encanta decirte lo que quiero hacerte y lo que quiero que me hagas, así que tendrás que soportarlo —bajó la voz, convirtiéndola en un susurro—. ¿O no te gusta cuando murmuro todas esas cosas en tu oído, mientras estoy dentro de ti?

Ella jadeó, y eso le desconcentró un poco. ¡Joder! ¡Estaba empalmándose! Se llevó la botella de cerveza a los labios y dio un trago; quizá la bebida fría lograra calmar sus instintos, aunque lo dudaba. Los sonidos que provenían del otro lado del auricular, parecidos a suspiros, le estaban poniendo a cien.

—¿Qué... Qué tal tu día? —preguntó ella al cabo de un rato, más recuperada. Cas decidió no presionarla más. Ya tendrían tiempo en otra ocasión de *conversar* con más profundidad...

—Un poco estresante, la verdad —contestó después de aclararse la garganta—. Seguimos teniendo problemas con lo de las piezas que te conté, por lo que tuve que ir a Inglaterra.

Ella parecía interesada, así que le relató los inconvenientes que habían surgido. Se encontraba a gusto hablando con Elisa de todo aquello. Ella le escuchaba con interés.

—Así que como ves, he estado bastante ocupado todo el día. Como quien dice, acabo de llegar a casa. No he tenido tiempo ni para ir al gimnasio a entrenar con Jan —concluyó.

—¿Qué tal tus hermanos? ¿Todo bien con Till?

Cas vaciló. No sabía si contarle lo que había sucedido con su hermano pequeño, o esperar para hacerlo. No era una historia demasiado halagüeña. No estaba muy seguro de cómo se lo podía tomar ella. Apuestas, prestamistas, amenazas... No sonaba demasiado bien. Mejor dicho, sonaba fatal...

—Sí. Más o menos—respondió—. ¿Y tu día, qué tal? —prefirió cambiar de tema.

Ella parecía un poco reacia a hablar de la comida que había tenido con sus padres, pero terminó por hacerlo, aunque Cas se dio cuenta de que callaba más de lo que contaba. Escuchó en silencio; seguía sorprendiéndole la extraña relación que tenía con su familia.

—Me voy a Formentera mañana. Voy a pasar un par de días en la casa que tienen allí mis padres.

Sonaba bastante alicaída al mencionarlo.

—No parece que te apetezca mucho, Elisa.

—No me apetece nada.

—¿Y por qué vas?

Tardó en contestar.

—Es complicado —repuso con un suspiro exasperado.

Cas no quiso seguir indagando, pero encontraba tan absurdo que alguien de la edad de Eli siguiese actuando con arreglo a los deseos de otros. En fin, ¿qué sabía él de su vida? Apenas acababan de empezar a conocerse.

—Me ha sorprendido recibir tu mensaje esta mañana.

—A mí también me ha sorprendido el habértelo enviado —expuso ella con desacostumbrada sinceridad, lo que le hizo sonreír.

—Me gusta que me molestes, mientras trabajo —murmuró él—. Es estimulante recibir mensajes tuyos, aunque sean tan castos como el de hoy. No me importaría recibir alguno un poco más descarado, ¿sabes? Uno de esos, que seguro te hace sonrojar cuando lo escribes. Piénsalo.

Ella volvió a gemir, y él notó cómo toda la sangre se le agolpaba en la entrepierna, de nuevo.

Un ladrido lejano llegó hasta sus oídos.

—Cas, perdona pero tengo que colgar... Mi perro está histérico porque no he bajado con él a la calle.

—¿Tienes Skype? —preguntó él de pronto. Había tenido una idea.

—Eh, sí, claro. ¿Por qué?

—Mañana por la noche conéctate y hablamos. Es estupendo escuchar tu voz, pero preferiría verte al mismo tiempo.

—Bien, sí... —Los ladridos se tornaron más insistentes—. Te pasaré mi dirección por wasap.

—De lujo. Mañana hablamos. Ah, y Elisa...

—¿Sí?

—Piensa en mí —susurró con voz ronca.

—No hago otra cosa —murmuró ella antes de colgar.

Cas se quedó mirando el teléfono durante unos segundos, con una estúpida sonrisa en los labios.

Capítulo Veinticuatro

Eli se volvió a mirar en el espejo de cuerpo entero que ocupaba toda la pared izquierda del vestidor de su madre. Era el único espejo de ese tamaño de toda la villa. No sabía por qué el resto de la casa, exceptuando los baños, carecía de espejos. El decorador que había contratado su madre, había sido uno de esos que solo creían en lo minimalista y en los colores blancos y grises, así que la casa entera destacaba por su insulsez y sobriedad.

Se había puesto un vestido rojo que le quedaba muy bien. Se ajustaba a su cintura y se ensanchaba en torno a las caderas, haciendo su cuerpo más voluptuoso de lo que realmente era. Le encantaba.

Su elección había causado una discusión con su madre, que había elegido para sí misma un elegante vestido amarillo. ¡Rojo y amarillo en la misma foto! ¡Imposible! Normalmente, Eli hubiese terminado por ceder y buscar otra cosa, pero esta vez se había rebelado. Las vacaciones en compañía de sus amigas, y el haber conocido a Cas habían sacado una parte indómita de ella a la superficie. Una parte que había estado dormida hasta entonces.

Al final, había sido su madre la que había transigido, muy sorprendida por la inusual testarudez de su hija. Se había puesto un sencillo pero sugerente vestido azul marino que le hacía aparentar menos años de los que tenía.

Ahora se encontraba en el dormitorio, aguardando a que Eli abandonase el vestidor para bajar juntas al salón, donde la periodista y el fotógrafo de la revista las estaban esperando.

—Elisa —se oyó su voz impaciente—, ¿vas a tardar mucho?

Eli suspiró. Odiaba encontrarse en aquella situación, pero como siempre, había sido incapaz de negarse. Su madre había sido más que insistente, por no decir obstinada en exceso durante la comida de hacía dos días. Cualquier intento por su parte de llevarle la contraria solo podía haber terminado en un cisma familiar, así que, a regañadientes, había aceptado.

—No, mamá. Ya salgo.

Miró su reflejo una última vez. El bronceado natural que había adquirido en la playa contrastaba de una manera muy atractiva con el vivo tono del vestido, y el pelo dorado que el sol había aclarado le quedaba muy bien sobre los hombros. No había consentido que el peluquero de su madre, que había venido —¡desde Madrid!—, a peinar a ambas esa misma mañana le hiciese ningún complicado recogido parecido al de su progenitora, como sin duda esta deseaba.

Estaba contenta con su aspecto.

Se retocó el pintalabios con un dedo antes de abandonar el vestidor y encararse con su madre, que tenía los brazos cruzados y una expresión exasperada en el rostro.

—Ya era hora —murmuró, mientras la contemplaba de arriba abajo con desaprobación.

Eli sabía por qué estaba tan molesta. No era solo que no hubiese cedido con el vestido, era también que se hubiese negado a recogerse el pelo como ella, en un complicado *chignon*. Peinadas de igual forma se asemejaban más todavía, y Carmen de Luis disfrutaba sobremanera con los cumplidos que recibía cuando escuchaba decir que más que madre e hija, parecían hermanas.

—No es tarde —repuso Eli, sentándose en la cama para ponerse las sandalias doradas que había dejado ahí antes de entrar al vestidor.

—¿Esas sandalias? —Su madre arqueó las cejas con reprobación.

Eli decidió ignorarla. No pensaba dejarse amargar el día por sus comentarios. Con mucha parsimonia se abrochó las hebillas que mantenían el calzado sujeto al tobillo y se levantó con lentitud, como si tuviesen todo el tiempo del mundo.

Su madre la observaba con los ojos entrecerrados. Sus labios, por lo general suaves y carnosos tan parecidos a los de su hija, se apretaban en una delgada línea.

—¿Bajamos? —Eli se dirigió a la puerta sin mirarla. Sentía satisfacción por haberse comportado así con ella. Era quizá la primera vez en su vida que la desafiaba tan abiertamente. Aunque

también sabía que ese pequeño arrebató de obstinación le pasaría factura más adelante.

Descendieron la escalera juntas, el brazo derecho de su madre rozando el suyo. Y sin embargo esa cercanía física era opuesta a la terrible distancia que en verdad las separaba.

Su padre y su hermano estaban en el salón conversando con la periodista. Se llamaba Clara y Eli ya la conocía de anteriores reportajes. No le caía mal aunque no le gustase demasiado el trabajo que hacía.

—¡Clara! ¡Cielo! —El tono almibarado de la voz de su madre casi le hizo levantar la mirada al cielo. Siempre se comportaba así con los extraños, toda dulzura, rebosante de mermelada.

—¡Carmen! ¡Estás estupenda! Te he visto antes en la ventana y le estaba comentando a tu marido lo guapa que estás. —La periodista se levantó del sofá y se acercó a ellas con una sonrisa genuina. Le dio dos besos a su madre antes de girar la cabeza y mirarla con atención—. ¡Eli, estás impresionante! ¡Qué bien te queda el rojo! Las fotos van a salir estupendas.

—¿Seguro? —la interrumpió su madre con escepticismo—. ¿No es un color demasiado llamativo?

La periodista pareció percatarse de que el color del vestido no era del agrado de Carmen ya que, haciendo gala de una diplomacia exquisita, repuso:

—Para nada. Si hubiese posado sola, quizá, pero junto a ti, que has elegido un color fabuloso, hará un contraste fantástico. Ya lo verás.

Eli observó a su madre de reojo. Una sonrisa satisfecha había aparecido en su boca. Le dio las gracias en silencio a Clara por la respuesta. Era una gran profesional y no solo en su trabajo, sino en el trato con su madre. Todavía tenía que lisonjearla un poco más y entonces el día sería perfecto.

—Cada día estás más joven, Carmen. Si no te conociese diría que parecéis hermanas.

«*Touché*».

Estuvo a punto de soltar una carcajada al escuchar el piropo. Eran las palabras que su madre más ansiaba oír en este mundo.

Odiaba envejecer. Sus visitas a la clínica de belleza a ponerse bótox cada vez eran más frecuentes.

Era cierto que se parecían, pero ni todas las inyecciones del mundo iban a conseguir que sus fríos ojos castaños se asemejasen a los cálidos y expresivos ojos de su hija.

Clara, el fotógrafo y su ayudante —a quienes Eli no conocía— habían retirado la mesita del centro del salón y las conminaron a sentarse en el sofá. Ella y su madre una junto a la otra, y su padre y su hermano, justo detrás de ellas, de pie. Eli miró a su hermano de medio lado. Poncho tenía una expresión de aburrimiento extremo, pero cada vez que su madre se dirigía a él le regalaba una sonrisa de lo más agradable.

«Hipócrita», pensó. Aunque reconoció que quizá fuese el más listo de todos. Siempre sabía poner buena cara para salirse con la suya.

Su padre comenzaba a dar muestras de impaciencia. A pesar de consentirle todo, o casi todo a su mujer, era un hombre muy ocupado y el tener que perder varios días para un reportaje, le sacaba de quicio. Eli casi lo había sentido por él, pero había dejado de sentir pena alguna en el momento en que él había empezado a hacerle preguntas sobre Lalo la noche anterior durante la cena.

Le atormentó recordar lo culpable que se había sentido hablando de Lalo con sus padres, cuando lo único que deseaba era encerrarse en su habitación y hablar con Cas.

Cas...

Le vino a la mente la conversación que habían mantenido por Skype. Él había estado tan guapo... Más que guapo, de quitar el aliento.... Recién duchado, con el pelo todavía mojado, una incipiente barba rubia y una camiseta blanca que se le ajustaba donde debía. Hasta los tatuajes le parecían de lo más sexy.

Habían hablado más de una hora, de todo y de nada. Ella estaba ansiosa por contarle cosas de su vida, de sí misma, pero cuanto más le conocía, menos pensaba que él fuera a entender lo que era ser una Álvarez y haberse criado en ese ambiente. No le dijo nada sobre el reportaje. Le parecía ridículo y esperaba que no lo descubriese jamás. Tampoco le habló de sus planes de futuro. ¿Qué podía decirle? ¿Que hasta hacía unas semanas había estado casi

segura de que se iba a casar con otro, y que iba a ser una esposa y madre ideal? Tampoco quiso contarle mucho sobre su familia o sobre su forma de vivir. Si miraba en retrospectiva se daba cuenta de que —al contrario que sus amigas, que parecían tener bastante claro hacia dónde se dirigían— su vida hasta el momento, exceptuando sus estudios, había sido vana y vacía. Visitas a la peluquería, clases de yoga, fiestas, comidas benéficas, ir de tiendas, el *brunch* de los domingos, los partidos de tenis en el club, montar a caballo, esquiar en los Alpes, los veranos en el yate de su padre...

No había podido contarle nada de todo eso, no después de haber escuchado el entusiasmo que destilaban sus palabras cada vez que hablaba de las motos, de su negocio o de su familia.

Se había sentido tan insignificante... No tenía ninguna ilusión, meta o futuro ansiado. Ella no tenía nada, aun teniéndolo todo... Así que se había limitado a generalizar, a hablar un poco de los dos años que había pasado en Chicago, mucho de sus amigas, y nada de todo lo demás.

Le había escuchado hablar con gran pasión sobre las motos antiguas. Se había recreado explicándole cosas que ella jamás hubiese pensado que pudieran interesarle, pero era tal la emoción que se desprendía de sus palabras, que se había mantenido en silencio, fascinada.

La conversación había terminado con un intento de seducción, como era su costumbre. ¡Se había atrevido a sugerir que se quitase la blusa y que le enseñase algo de piel! —¡No lo había hecho, claro estaba!—. Todavía se sonrojaba solo de pensarlo. Era tan Cas...

Aunque quizá la próxima vez lo hiciese...

Una pequeña y traviesa sonrisa apareció en su cara.

—¿Estás bien, Eli? —La pregunta de su madre la trajo de vuelta a la realidad—. Tienes una expresión rara. ¿Te pasa algo?

Se aclaró la garganta antes de volverse a poner la mueca de indiferencia que su madre prefería y girar la cabeza para mirarla.

—Estoy bien, mamá. Todo bien.

—Estás muy extraña, Eli. Muy extraña. —La observó con los ojos entrecerrados.

Eli arqueó las cejas con frialdad haciendo ver que no entendía a qué se refería. Por lo menos la había vuelto a llamar Eli y eso era

todo un progreso. Llevaba dos días llamándola Elisa, muestra incuestionable de su enfado.

—Vamos a hacer una prueba de luz —dijo Clara en ese instante, acercándose al fotógrafo, que le daba instrucciones a su ayudante sobre cómo colocar los trípodes de los flashes. Habían tirado varias tomas, mientras ella se encontraba en su mundo particular.

—Necesito que los hombres se desplacen un poco a la derecha —murmuró el fotógrafo después de hacer unos cuantos disparos.

Así estuvieron por espacio de unos minutos hasta que la escena los satisfizo. Eli tuvo que acercarse más a su madre que permanecía erguida, sin apoyar la espalda en el respaldo del sofá. La comodidad de la pose era hartamente discutible, desde luego, pero si en la portada de la revista quedaba bien...

Después de varias —más bien unas cien— fotos y otros tantos cambios de vestuario, se trasladaron al jardín, a seguir con más tomas. Hicieron varias junto a la piscina, en las tumbonas blancas, lo que a Eli le pareció ridículo, ¿los hombres trajeados junto a la piscina?

«Así pasan sus vacaciones los ricos y poderosos, en la piscina tomando el sol en traje y corbata», se imaginó el titular. Absurdo.

Después tomaron otras miles de instantáneas. Ella con su madre, su madre con su padre, ella y Poncho, ella sola, su madre sola, todos juntos. A Eli le dolía la cara de sonreír. Su progenitora no aparentaba tener ese problema. Estaba disfrutando de lo lindo, se percató al ver la enorme sonrisa que adornaba su boca.

Cuando la luz comenzó a no ser la mejor para las tomas de exterior, regresaron al interior de la casa, donde volvieron a cambiarse de atuendo. Su madre eligió un vestido color café y ella una falda floreada y una blusa blanca. El fotógrafo insistió en fotografiarlas a su madre y a ella en el dormitorio de la primera, ambas sentadas en la cama, como si se estuviesen haciendo confidencias. Lo hicieron. Y aunque a Eli le pareció de lo más forzado, todo el mundo quedó muy satisfecho.

Se prometió a sí misma que ese verano iba a ser el último en que se prestase a eso. Había odiado cada segundo del día. Y aunque parecía que la tortura estaba llegando a su fin, sabía que ahora venía lo peor: la entrevista.

Dejó escapar un gemido ahogado. ¡Lo odiaba!

Capítulo Veinticinco

Tana la estaba esperando en la puerta de su *boutique* cuando pasó a recogerla el viernes. A pesar del tráfico de aquella hora, pudo estacionar en doble fila justo delante de la tienda. Su amiga llevaba un vestido elegantísimo y muy original de color pistacho sin mangas, que resaltaba sus curvas. No parecía ser consciente de la cantidad de hombres que se quedaban mirándola embobados cuando pasaban a su lado.

—Espero que hayas reservado en algún sitio estupendo porque estoy famélica —comentó, mientras se montaba en el coche. Con ligereza se inclinó y besó a Eli en la mejilla antes de ponerse el cinturón de seguridad.

Eli sonrió sin decir nada. Había hecho una reserva en el *Kabuki Wellington*, uno de sus restaurantes favoritos, que a Tana no le entusiasmaba gran cosa.

—Estoy teniendo una semana horrorosa —comenzó Tana al cabo de un rato de silencio, en tanto que Eli se concentraba en la conducción—. Tengo a dos clientas que ya han venido varias veces a la tienda a arreglarse el mismo vestido. A veces me dan ganas de decirles que lo único que no tiene arreglo son sus cuerpos... ¡Dios! Eli, deberías verlas. Se empeñan en comprarse vestidos que solo le sentarían bien a una súper modelo o a alguien con tu cuerpo.

—Seguro que no es para tanto.

—¡Seguro que sí! —repuso Tana con indignación—. ¡Qué suerte tienes de no tener que dirigir tu propio negocio! Es agotador.

Eli la contradujo en silencio. ¿Suerte? Preferiría mil veces estar en el lugar de Tana que en el suyo propio.

—¿No me digas que vamos al *Kabuki*? —preguntó Tana en ese instante al darse cuenta de la dirección que tomaba el coche—. Eliiiii, otra vez nooooo.

—Se siente. Si yo reservo, yo elijo —contestó, encogiéndose de hombros.

—Muy bien, pero prometo vengarme de ti acribillándote a preguntas, mientras comemos.

Eli arqueó una ceja con cinismo. El restaurante era lo de menos; Tana la hubiese acribillado a preguntas de todos modos.

Después de darle las llaves del coche al aparcacoches, accedieron al local y se instalaron en una de las mesas —habían decidido ignorar la barra de sushi para tener más privacidad—. Tana no tardó en empezar con su interrogatorio.

—Cuéntame lo de Formentera primero. ¿Ha sido igual de horrible que los otros años?

—Peor —repuso Eli, y procedió a relatarle la desagradable experiencia sin ahorrarle ninguno de los comentarios hirientes de su madre. Con Tana tenía muchísima confianza. Era quizá su mejor amiga, a la que le podía contar cualquier cosa.

—¿Y la entrevista?

—La entrevista, un horror. No es que me caiga mal Clara, ya lo sabes, pero cuando empezó a hacerme preguntas sobre Lalo y sobre nuestros planes de futuro, me sentí muy violenta. —Eli se mordió el labio con nerviosismo—. Y mi madre aprovechó para meterse y decirle que más o menos lo único que nos faltaba era fijar fecha.

Tana la miró con fijeza sin decir nada. Rompió el silencio con una pregunta que Eli no había esperado:

—¿Y Cas?

Eli abrió los ojos, sorprendida.

—¿Cas? ¿Qué pasa con Cas?

La otra bufó con incredulidad.

—No te hagas la tonta. Desde que hemos vuelto de la costa no has hecho otra cosa que pensar en él, y hablar con él todas las noches.

—Cas es solo una aventura... —Hizo un gesto vago con la mano, como si el tema no le importase lo más mínimo, pero sus mejillas habían adquirido una tonalidad rosada.

—Claro, y yo soy virgen —replicó Tana con sarcasmo.

—¿En serio? Yo creí que habías perdido la virginidad con Santi.

—Ja, ja. No te pega nada ser maliciosa, así que ni lo intentes.

Se hizo el silencio que se vio roto por la llegada del camarero que les tomó nota de las bebidas y de la comida. Después se retiró, dejándolas solas.

—Mira Eli, no creo que hayamos llegado tan lejos con nuestra amistad para que ahora me vengas con medias verdades y tonterías. Sabes que no me estás contando todo.

Tana se reclinó contra el respaldo de su silla y esperó.

—No sé qué hay que contar, Tana. Y esa es la pura verdad —comenzó Eli con la mirada clavada sobre la pulida mesa de madera—. Hablo con Cas todas las noches y cuanto más le conozco..., más me gusta. Me gusta de verdad. Le admiro —confesó en un suspiro—. Nunca había conocido a un hombre como él. Un hombre que se ha hecho a sí mismo, que no le importa lo que otros piensen, que sabe lo que quiere... Es tan diferente a los hombres con los que me suelo relacionar.

—Lalo —asintió Tana.

—Exacto, Lalo —admitió Eli, levantando la vista—. No es como Lalo. Y eso me encanta y me asusta al mismo tiempo. Me encanta porque Lalo nunca ha provocado en mí nada parecido a lo que me provoca Cas, pero me asusta porque yo, con quién me sé desenvolver de verdad, es con gente como Lalo, gente como yo: vana, fría, superficial y... no muy pasional. O al menos no de cara a la galería.

—Eh, que también te relacionas conmigo, y yo no soy nada de eso —la interrumpió Tana con el ceño fruncido—. Y soy bastante pasional, que conste.

—Ya sabes a lo que me refiero. Tú quizá seas la más auténtica de todos nosotros, pero y ¿yo? ¿Acaso no soy yo un producto de esta sociedad donde me he criado? Dime algo de mí que pueda encajar en el mundo de Cas. Algo que él, si me conociese de verdad, *a la verdadera Eli*, no despreciase. —Cerró los ojos un instante antes de volverlos a abrir y clavarlos sobre el rostro de su amiga. Su semblante presentaba una expresión de profunda tristeza.

Tana la miró con sorpresa.

—Eli, te infravaloras —terminó por decir con suavidad—. Tú vales mucho —y sabes que odio utilizar frases que parecen clichés

—, pero en este caso es más que adecuada. Cas es afortunado de haber encontrado a alguien como tú.

Eli arqueó las cejas con escepticismo.

—¡En serio! ¡Mírate! Eres guapa, eres inteligente. ¡No! No me repliques. —Levantó la mano al ver que iba a interrumpirla—. No todo el mundo es capaz de sacarse una carrera y un máster con las notas que has sacado tú.

—¿Y para qué? ¿Para ser una esposa estupenda y organizar cenas de gala?

—Eso está en ti. Eli, no puedes dejar que tus padres decidan por ti. No puedes. Llevo años diciéndotelo. No eres el reflejo de tu madre. No.

Eli guardó silencio. Sabía que su amiga tenía razón. Pero ciertas costumbres y tradiciones eran más que difíciles de romper.

—¿Y Lalo?

—¿Lalo? ¿Qué pasa con Lalo? ¿Acaso estáis prometidos? ¿Acaso te hace feliz?

—No, pero todo el mundo da por hecho que nos vamos a casar.

—¿Todo el mundo? ¿Qué mundo? ¿Tus padres? ¿Los suyos? ¿Él? ¿Tú? Hay más mundo ahí fuera, Eli. —La indignación tiñó sus palabras—. Odio verte así, tan dubitativa. Una mujer tan estupenda como tú, echada a perder por... por todas esas reglas y normas... y gilipolleces. A veces me entran ganas de zarandearte, a ver si espabilas.

—Supongo que tienes razón —contestó Eli al cabo de unos instantes.

—¡Pues claro que tengo razón! Por lo que me has contado de Cas, de cómo te habla y de lo que te dice, creo que le gustas de verdad. No seas idiota. Deberías daros una oportunidad.

Eli se la quedó mirando largo rato, sin decir nada, con la mirada perdida.

—Quizá. Quizá lo haga —respondió al fin.

Capítulo Veintiséis

Cas se quitó los guantes y los arrojó sobre el banco de madera que tenía frente a él. No lo hizo de forma muy violenta, aun así escuchó la risa de su hermano Jan a su espalda.

—¿Enfadado porque he vuelto a ganar? —se dejó oír la voz cargada de burla.

—No eres muy justo y lo sabes —bufó Cas, dándose la vuelta—. Para ser un profesional y yo un *amateur* no ha estado tan mal. He estado a punto de tumbarte por lo menos dos veces.

—Si tú lo dices.

Cas le ignoró. Esa escena se repetía con frecuencia, al menos una vez cada quince días, que era cuando entrenaban juntos. Jan siempre ganaba —algo lógico—, y Cas siempre salía de allí con la sensación de que si se hubiera esforzado un poco más, hubiese podido tumbar a su hermano, lo que era ridículo, claro.

Se quitó los pantalones sudados y los calzoncillos deportivos que llevaba debajo. El vestuario del gimnasio estaba desierto a aquella hora de la noche. Solo su hermano y él permanecían allí. A su espalda escuchó el ruido del agua correr, señal de que Jan ya estaba bajo la ducha. Se apresuró a ocupar la cabina contigua para acabar al mismo tiempo y que no tuviese que esperarle.

El agua caliente sobre sus maltratados músculos hizo maravillas. Se contorsionó de diferentes maneras, desentumeciendo su dolorido cuerpo. Su hermano pegaba fuerte, la verdad, y no se controlaba lo más mínimo. Gimió al tocarse las costillas. Ahí tenía un buen golpe.

—¿Estás lloriqueando? —La voz de Jan desde la otra cabina de ducha llegó hasta él.

—Sí, se lo voy a decir a mamá —se mofó, poniendo voz lastimera, lo que hizo que Jan se riese a mandíbula batiente.

Apoyó la cabeza contra la pared y dejó que el chorro de agua le cayese sobre la nuca. Se echó gel en la mano y comenzó a frotarse con vigor. Cuando sus manos alcanzaron su entrepierna, suspiró. Se tocó con suavidad. Llevaba más de una semana con una

erección permanente, desde que hablaba todas las noches con Elisa. Y ese estado de excitación perpetua le tenía totalmente desconcertado y con los nervios a flor de piel.

Retiró las manos y las apoyó contra la pared, a los lados de su cabeza. Respiró hondo un par de veces tratando de relajarse. No era quizá el mejor momento para masturbarse, allí, en el gimnasio, con su hermano a solo dos metros de distancia.

Una mueca burlona transformó sus facciones. ¡Qué situación más ridícula!

Se dio prisa en aclararse. Una vez que hubo comprobado que su pene había vuelto a adquirir su tamaño normal en reposo, cerró el grifo y abandonó la ducha. Su hermano ya se había secado y se estaba vistiendo.

—Has tardado una barbaridad, Cas. Había llegado a pensar que te estabas masturbando ahí dentro.

Cas no fue lo bastante rápido para esconder su rostro enrojecido detrás de la toalla, mientras fingía secarse la cabeza con vigor.

—¡Joder, Cas! ¿En serio? ¿Mientras yo me duchaba al lado? — Jan estalló en carcajadas, arrojándole a la cabeza la camiseta que había estado a punto de ponerse.

Cas la cogió en el aire y se la devolvió de la misma manera. De nada servía ocultarle nada a Jan, así que, mientras continuaba secándose y su hermano se reía en silencio, repuso:

—No lo he hecho, pero no por falta de ganas, la verdad.

—Nunca te había visto así. —Jan se sentó para ponerse las zapatillas. Miró a su hermano con los ojos brillando de diversión—. Esa chica te ha pegado fuerte. Ni con Eva estabas así de colgado.

Cas bufó.

—No tiene nada que ver. No hay comparación posible. Con Eva todo era más salvaje, más sexual... Con Elisa... Con Elisa todo es más... No sé, no sé cómo explicarlo. —Se pasó las manos por el pelo húmedo con confusión—. Todo es más tranquilo, más calmado... es como si ella me proporcionase paz... pero tampoco es así exactamente... —Sacudió la cabeza intentando aclarar sus pensamientos—. No sé cómo expresarlo. Es difícil de entender. Ni yo mismo sé qué me pasa. Creo que de veinticuatro horas que tiene el día, veintitrés me las paso pensando en ella, y la otra hora es la

que hablamos por teléfono o por Skype. No tiene mucho sentido, ¿verdad? Apenas nos conocemos. —Mientras hablaba, había comenzado a vestirse.

El silencio se hizo entre ellos. Jan se había quedado algo atónito, sin saber qué decir.

—¿No vas a decir nada? —le increpó Cas, arqueando las cejas.

—No sé, me dejás un poco descolocado. Ya sabes que no tengo mucha experiencia con eso; la relación más larga que he tenido me ha durado dos semanas. Para mí sueñas como si te hubieses... enamorado.

—¿Enamorado? ¿De una mujer a la que no conozco y que proviene de una constelación diferente a la mía? Ja, ja. Muy gracioso, Jan —se burló Cas, pero hasta a él mismo le sonó falsa su mofa—. ¿Sabes qué le pasa a Till? —cambió de tema con rapidez. La situación comenzaba a resultarle incómoda.

—¿Till? Pero si tú le ves más que yo. ¿No está yendo a trabajar?

—Sí, sí, no es eso. Es que está bastante silencioso y retraído. Nada que ver con nuestro Till —comentó, poniéndose las zapatillas. Después se incorporó y cogió la bolsa de deporte.

—Supongo que sigue afectado por lo que pasó, ¿no crees? —arguyó Jan, mientras abandonaban los vestuarios.

El dueño del gimnasio estaba barriendo el fondo del local; ya había apagado la mayoría de las luces. Se despidieron de él con un gesto. Le conocían desde hacía años y dejaba que entrenasen allí cuando ya habían terminado las clases. Era de los pocos gimnasios que disponían de un ring donde poder practicar MMA.

—No es eso —continuó Cas con la conversación, una vez dentro del Jeep—. Hablé con mamá anoche y me dijo que llevaba tres días sin ir a dormir allí, así que esta mañana le he preguntado y me ha dicho que se está quedando donde Oli. ¿No te parece raro?

Jan no contestó. Parecía estar meditando.

—No sé. No tiene que ser fácil para Till haber tenido que regresar a casa de mamá con el rabo entre las piernas, después de haber estado viviendo por su cuenta los últimos dos años, ¿no? Y además, el sentimiento de culpabilidad debe de ser muy jodido —respondió al fin.

—Bueno, sí, supongo que tienes razón, pero no sé, no lo veo muy claro. Está muy raro. —No estaba muy convencido.

—Vamos a darle unos días y si sigue así, nos vamos de cena a ver qué nos cuenta. De todas maneras, hace tiempo que no quedamos los tres.

Cas asintió algo ausente. La última cena que habían compartido los tres había sido en el *Western Ribs*, la noche en la que había conocido a Elisa, la noche del accidente de la moto. ¡Maldición! Ni siquiera cuando hablaba de los problemas de Till podía dejar de pensar en ella. Las palabras que su hermano le había dicho antes resonaron en su cabeza:

...suenas como si te hubieses... enamorado...

Scheisse!

Tenía que pensar.

No tardaron en llegar a la puerta de su edificio y se despidió de su hermano con un gesto antes de bajarse del coche. Después atravesó la urbanización con rapidez y subió las escaleras de los seis pisos de dos en dos. Se había acostumbrado a no utilizar el ascensor.

Eli le recibió en la puerta, como acostumbraba. Luego le ignoró, como también era su costumbre, y se retiró a su adorada manta en el rincón.

—Sinceramente, Eli, como tu tocaya me ignore como tú lo haces, creo que estoy jodido —murmuró con sorna.

Se sacó el móvil del bolsillo y miró la hora. No era tan tarde. Se dirigió a la cocina y se preparó un par de sándwiches, que se comió allí mismo, de pie, mientras se bebía una cerveza bien fría. Era más que consciente de su impaciencia y de qué la motivaba, pero no quería sentarse a analizarlo. Ya lo haría más tarde.

Volvió a mirar el móvil. Era la hora correcta.

Encendió el portátil y abrió el Skype. No tardó en establecer conexión y pronto, la cara de ella ocupó la pantalla. Durante unos breves segundos, antes de decir ni una palabra, se recreó en su etérea belleza. Su pelo rubio algo despeinado —como a él le gustaba—, los expresivos ojos, la nariz perfecta cubierta de pecas, los labios carnosos...

—Hola, Cas.

Su voz, aunque distorsionada por el altavoz del portátil, pronunciando su nombre, hizo que una agradable y cálida sensación le embargase.

—Hola, *Prinzessin*. ¿Me has echado de menos?

—Un poco —repuso.

—Mientes —arguyó él con una sonrisa—. Sabes perfectamente que no puedes dejar de pensar en mí.

Ella sonrió con amplitud. Se la notaba relajada. Mucho más que al principio, durante sus primeras conversaciones.

—Está bien, lo reconozco. Ni como ni duermo pensando en ti. Ocupas todos mis pensamientos conscientes e inconscientes —bromeó ella y Cas deseó que fuese verdad. ¿Acaso a él no le pasaba lo mismo?

—Me gustaría tenerte aquí, ahora mismo —murmuró, acercándose más a la cámara del portátil, creando de esa manera más cercanía. Hasta esa noche las conversaciones habían girado en torno a su trabajo, sus aficiones, su familia, las amigas de ella... cosas muy generales, pero esa noche Cas quería algo más—. Me gustaría tenerte aquí y abrazarte por detrás, mientras te beso el cuello y el lóbulo de tu oreja, ¿sabes? Sentir tu cuerpo pegado al mío.

La respiración de ella comenzó a acelerarse según le escuchaba. Incluso a través de la pantalla era más que evidente que había comenzado a ser presa de la excitación. Cas decidió ser más osado todavía.

—Antes, en la ducha del gimnasio me he tocado pensando en ti, Elisa..., y no es la primera vez —confesó con la voz ronca. Notaba cómo su miembro iba endureciéndose poco a poco solo de imaginarse todo lo que le gustaría hacer con ella—. Cada vez que me acuerdo de cómo gritabas mi nombre cuando me corría dentro de ti me pongo a cien, Elisa. Ahora mismo estoy muy excitado... —gimió al ver cómo los ojos de ella comenzaban a nublarse por la pasión, y su respiración entrecortada llegaba hasta él.

—No deberíamos hacer esto, Cas —repuso ella vacilante. Parecía haberle costado trabajo articular esa frase, y Cas se felicitó en silencio por haber conseguido estimularla incluso a cientos de kilómetros de distancia.

—¿Por qué no? ¿No es lo que quieres? —la increpó—. Dime la verdad, porque yo estoy deseando que suceda.

Ella se pasó las manos por el pelo con nerviosismo. Su silencio fue incluso más elocuente que cualquier palabra.

Notando sus pantalones a punto de estallar, Cas tomó una decisión. Por él, por ella, por ambos.

—Elisa, aléjate de la cámara y quítate la ropa. Quiero verte.

Ella abrió los ojos, sorprendida. Tardó varios segundos en reaccionar, segundos en los que Cas estuvo a punto de gritar de impotencia. *Fuck!* Si la hubiese tenido delante ya no tendría ni una sola prenda sobre su cuerpo.

Pareció recobrase al fin. Dejó el portátil al final de la cama y se alejó hacia el cabecero, con movimientos lentos, cargados de sensualidad, aunque él estaba convencido de que eso era lo último que ella pretendía.

Cas se sintió invadido por una extraña calidez. Que Elisa estuviese haciendo lo que él le había pedido, le acababa de dejar perplejo a la vez que encantado. Se echó hacia atrás y se quitó la camiseta, mostrándole sus pectorales. Al igual que le sucedía a él con el de ella, Eli parecía fascinada por su cuerpo. No le quitaba la mirada de encima.

Ella comenzó a desabrocharse los botones de la blusa, con calma, poco consciente del efecto que eso tenía en él. Cas empezó a salivar. Se llevó la mano a su erección y apretó suavemente. ¡Dios! Si ella no se daba prisa iba a terminar corriéndose en los pantalones, como un seminarista virgen ante su primera mujer desnuda.

Estuvo a punto de echarse a reír al conjurar aquella imagen.

Eli le observaba con verdadera admiración, mientras dejaba que la prenda se deslizase por sus hombros y el blanco sujetador de encaje quedaba al descubierto.

—¡Joder! Quítatelo también —gruñó Cas al ver que ella se detenía. Él mismo se desabrochó los pantalones y se bajó los calzoncillos unos centímetros, dejando que su miembro se liberase de la opresión a la que había estado sometido. Los ojos de ella se desviaron para contemplarlo y Cas sintió cómo toda la sangre se le agolpaba allí.

Sin parpadear siquiera, ella se quitó el sujetador y lo arrojó a un lado. Dejó que el pelo le cayese sobre la cara para ocultar su expresión.

Cas contempló los perfectos pechos a través de la estúpida cámara del portátil, maldiciendo en silencio la distancia que los separaba. Recordó su tacto aterciopelado y su dulce sabor, y su deseo creció por momentos.

—Elisa, tócate —musitó con la voz entrecortada al tiempo que comenzaba a masturbarse.

Y ella lo hizo, cosa que le dejó estupefacto. Sin mirarle, con los ojos bajos, clavados sobre la cama, se acarició los pezones de una forma algo torpe pero de lo más sensual.

—Quítate toda la ropa, Elisa. Quiero verte desnuda —gimió él, acelerando el ritmo de su mano. ¡Dios! No sabía qué tenía esa mujer que le volvía loco.

Ella levantó la vista y le miró absorta, como si nunca antes hubiese visto nada igual; en un momento de lucidez, Cas pensó que probablemente así era. Estaba más que seguro que ella nunca había visto a un hombre masturbándose por Skype. No tenía pinta de ser la típica chica que viese porno tampoco.

Mientras él seguía tocándose, ella se bajó los pantalones con mucha parsimonia, y pronto solo unas diminutas bragas blancas ocultaron su desnudez. Se notaba que estaba muy nerviosa pero su acelerada respiración y los ojos nublados por la pasión eran la prueba inequívoca de que también se encontraba muy excitada.

Él jadeó sabiendo que estaba en el límite. Se hallaba en un estado de permanente excitación desde el día en que ella se había marchado, hacía ya diez días, pero no había recurrido a la masturbación. Así que ahora que por fin la tenía delante, desnuda y hambrienta, no creía que pudiese aguantar mucho más.

Ella se quitó las bragas y se tumbó en la cama de medio lado, observándole con fijeza. Los movimientos de su mano parecían tenerla hipnotizada. Respiraba con dificultad. Vacilante y con mucha lentitud—excesiva para él— deslizó su mano hasta donde se unían sus muslos y comenzó a acariciarse.

Cas sofocó un rugido excitado. ¡Joder! ¡lba a estallar de un momento a otro si ella seguía tocándose así! Incluso a través de la

pantalla del portátil la escena era de lo más estimulante. Tenía un toque de erotismo elegante muy lejano a la pornografía. Era algo muy sensual, placentero de observar, incluso carnal, pero nada obsceno o impúdico... Era Elisa en estado puro, masturbándose para él.

—¡Me voy a correr! —exclamó con la voz rota por el esfuerzo de contenerse. Deseaba que ella también se corriese con él, pero no podía aguantar más. Era frustrante... Él, que siempre se había tenido por un hombre de resistencia, con esa chica no duraba más que unos minutos...

Un increíble orgasmo sacudió todo su cuerpo y le hizo ponerse rígido, al tiempo que su miembro se convulsionaba. Soltó un gruñido más animal que humano y dejó que su cerebro se desconectase de su cuerpo durante unos breves instantes. Retornó a la realidad, entornando los ojos. Se negó a cerrarlos. No quería perderse ni un segundo de la escena que estaba teniendo lugar al otro lado de la cámara. Todavía sintiendo los efectos postorgasmo e ignorando que se había puesto perdido, se acercó y la contempló con avidez. Ella se había tumbado boca arriba ocultándole sus encantos, y seguía acariciándose, con más energía ahora. Se retorció de placer.

—Eso es, Elisa —murmuró—. Imagina que soy yo el que está ahí contigo. Imagina que soy yo el que te está tocando.

Eli jadeó una vez, dos veces. Luego su cuerpo se tensó y volvió a gemir con más fuerza.

—Di mi nombre —la instó él casi sin aliento.

—¡Cas! —gritó ella en el último segundo con la voz ahogada.

Una sensación de regocijo se expandió por su pecho al escucharla. Quizá se estaba volviendo loco, pero no recordaba nada que sonase mejor que su nombre en labios de ella en un momento tan especial.

Se echó hacia atrás en el sofá y se deleitó contemplando cómo ella iba recomponiéndose lentamente. Se esforzaba por ocultar su rostro detrás de la cortina de rubio cabello y aunque a él le hubiera encantado poder verle la cara, no dijo nada. Se limitó a escuchar en silencio la respiración acelerada de ambos.

Sentía el vientre y la mano pegajosos, y tenía la camiseta y los pantalones manchados, pero no se levantó para ir a buscar papel

para limpiarse. No quería perderse aquella escena que le mantenía clavado al asiento.

El tiempo pareció haberse detenido.

A pesar de que acababa de suceder, todavía no terminaba de creerse que la tímida Elisa se hubiera prestado a eso. Estaba simplemente maravillado. Notó cómo una incipiente carcajada comenzaba a tomar forma en su pecho y trataba de ascender por su garganta. Se contuvo en el último segundo. Quizá ella no interpretase bien su arranque de hilaridad, que solo se debía a que se sentía pletórico.

Eli giró la cabeza y miró la cámara. Si el color de sus mejillas cada vez que se avergonzaba era el de un tomate maduro, en ese instante había llegado a alcanzar la tonalidad del fuego. Con torpeza alargó la mano y cogió la blusa que se había quitado solo minutos antes. Se cubrió con ella, sin conseguir taparse del todo. Al descubierto quedaron sus muslos, sus brazos y la parte superior de sus senos.

Él hubiese preferido que ella prescindiera de la jodida blusa.

—¿Te avergüenzas? —murmuró sin poder quitarle la vista de encima.

Ella cerró los ojos. No dijo nada.

—Es tarde para eso, Elisa. —Sabía que con ella había mil barreras que romper, y otros tantos tabúes que superar. Nunca antes había conocido a nadie tan poco consciente de su sexualidad como a ella. Pero estaba dispuesto a llegar hasta donde hiciese falta por esa chica. Sentía que merecía la pena, que debajo de toda aquella sofisticación, educación, timidez e inseguridad, había una mujer de verdad... aunque ella ni siquiera lo supiese.

—Eh —susurró, cansado del silencio y deseoso de que ella le mirase. Ansiaba ver esos preciosos ojos castaños tan expresivos e intentar leer en ellos cómo se sentía—. Abre los ojos y mírame.

Con visible reticencia lo hizo. Le miró.

Cas maldijo en silencio la distancia que los separaba. A través de esa puñetera cámara era imposible adivinar cuáles eran los sentimientos que mostraban las profundidades de esos iris.

Transcurrieron varios instantes sin que ella dijese nada. Se limitaba a mirarle, desbordada por la situación, y Cas se

compadeció de ella. Quizá le estaba exigiendo demasiado.

«Deberías tener paciencia e ir despacio», se aconsejó a sí mismo. «Dale tiempo a que se acostumbre a ti».

—Elisa —terminó por decir con voz ronca—. Vuelve a decir mi nombre.

Ella vaciló, pero no demasiado.

—Cas... —musitó con la voz temblorosa por la emoción contenida.

Capítulo Veintisiete

Cas y Tony estaban hablando al fondo del taller sobre la última moto que les acababan de traer cuando el sonido estridente del teléfono los interrumpió. Cas le hizo un gesto a Tony para que le esperase y se encaminó con rapidez a su pequeño despacho.

—¿Sí? —preguntó con curiosidad al reconocer el número. No era muy usual que le llamasen de la peluquería de Shelley. A lo mejor tenía algún problema.

—...

—¿Ha pasado algo?

—...

—Ok. En cuanto pueda me paso...

—...

—¿Tiene que ser ahora mismo?

—...

—Ok. Ok. Ya voy. Pero como sea una gilipollez te vas a enterar —la amenazó con sorna antes de colgar.

Era curioso. Shelley no solía llamarle a no ser que necesitase algo importante. La última vez había sido hacía meses para decirle que creía que se había dejado la puerta de atrás abierta. Cas no había tenido ningún problema en ir a comprobarlo; eran vecinos ¿no? Al final había resultado que Shelley estaba equivocada. Tanta insistencia ahora, era raro. Quería mostrarle algo, había dicho, y no podía esperar. Tenía que ser ya.

Cas meneó la cabeza con exasperación. Tenían mucho trabajo y no quería dejar solo a Tony.

—Tony, voy un momento a la peluquería de Shelley. No sé qué cojones quiere, pero no tardo.

El mecánico le hizo un gesto con la cabeza antes de volver a concentrarse en una pieza oxidada que tenía en la mano y que había estado inspeccionando.

Cas abandonó el taller y cruzó los escasos cincuenta metros que le separaban del local donde Shelley tenía su peluquería, justo al

lado del estudio de tatuajes de Jan. Se detuvo solo un instante frente a la ventana del estudio y llamó con los nudillos al cristal. Tita, la chica que le echaba una mano a su hermano por las mañanas, levantó la vista del libro que estaba leyendo y le saludó con la mano. Casi la totalidad de su cuerpo estaba cubierto de tatuajes y su cara pálida y fuertemente maquillada presentaba más de veinte piercings. Cas le devolvió el saludo.

La puerta de la peluquería se abrió en esos momentos y giró la cabeza esperando ver a Shelley. En efecto, era ella que le miraba con impaciencia. Le urgió a acercarse con un gesto.

—Joder, Shelley, si tan importante es, haberte acercado tú al taller.

—Ya te he dicho que estoy con una clienta. No podía dejarla sola.

Cas miró a la que era la mujer de su amigo Egil. Era muy menuda y tenía el pelo rojizo y esa piel tan típica de los ingleses, blanca y pecosa. A veces se preguntaba qué narices habría visto en Egil, que era un hombre no muy agraciado y bastante serio. Todo lo contrario a ella, que era muy parlanchina y curiosa. En esos momentos le miraba con una chispa traviesa y emocionada en la mirada. Semejaba estar ansiosa por contarle algo.

—¿Qué pasa? —inquirió, cruzándose de brazos con resignación.

Ella solo parecía haber estado esperando a que él le preguntase, porque se llevó la mano con rapidez al amplio delantal negro que llevaba cuando estaba trabajando, y sacó lo que aparentaba ser una revista enrollada. Con una sonrisa pícaro se la tendió.

—¡Qué calladito te lo tenías, Cas!

Tendió la mano sin comprender a qué se refería. Cogió la revista con patente confusión y la desenrolló. Era una famosa revista del corazón, se fijó en el logotipo. Alzó la mirada y arqueó las cejas, confuso.

—¡Es tu chica, Cas! ¡Mírala! —Ella hizo un gesto impaciente señalando la portada.

Cas bajó la mirada de nuevo. Y entonces lo vio.

La vio a *ella*.

Estaba sentada junto a una versión más mayor de sí misma sobre un sofá de cuero negro. Detrás de las dos mujeres, dos

hombres altos y morenos miraban a la cámara con seriedad.

El titular decía:

Así pasan el verano los famosos. La familia Álvarez de Luis nos abre las puertas de su casa en Formentera.

Cas levantó la cabeza bruscamente y miró a Shelley, que le observaba con manifiesta curiosidad. Se había quedado sin palabras.

—¿Puedo llevármela? —preguntó al fin.

—Sí, claro, claro. Pero luego me la devuelves que no la he leído. Me la acaban de traer.

—Luego te la acerco, claro. —Se dio la vuelta, dejando a Shelley con la palabra en la boca y se dirigió a su taller con paso rápido. Agarraba la revista con fuerza en la mano derecha y sentía cómo el corazón le latía algo más deprisa de lo normal.

—Jefe, creo...

—Ahora no, Tony —interrumpió a su mecánico con brusquedad, encaminándose a su oficina—. Me ha surgido una cosa. No tardo... —farfulló al tiempo que cerraba la puerta tras de sí de un golpe.

Se sentó en la baqueteada silla y dejó la revista encima de la mesa. No pudo evitar que su mirada se clavase sobre Elisa. Estaba guapísima con ese vestido rojo que hacía que su piel pareciese más suave y resplandeciente de lo que por sí ya era. El cabello sobre los hombros enmarcaba ese bello rostro que él no conseguía quitarse de la cabeza.

Apretó los labios un instante. Así que eso era lo que había ido a hacer a Formentera. No se lo había dicho. Habían hablado largo y tendido durante más de diez días, todas las noches, y ella no le había mencionado nada del reportaje. Se preguntó por qué.

Miró a los otros integrantes de la foto con curiosidad; Elisa era la viva imagen de su madre, pero, mientras que la belleza de la hija era natural, la belleza de la madre era más artificial. Incluso en una simple fotografía se notaba. Debían haber empleado algún programa de retoque, ya que no tenía mucho sentido —al menos para él— que aparentase la misma edad que su hija.

Los dos hombres tenían que ser el padre y el hermano, supuso. Ambos bastante serios y muy estirados, algo arrogantes incluso.

Aunque la foto quería representar una familia unida, desprendía un aire de frialdad inequívoco. Las adustas expresiones de los varones y las fingidas sonrisas de ambas mujeres —al menos la de Elisa lo era—, no reflejaban una familia muy unida. Él ya había visto esa sonrisa antes, al principio, la noche que la había llevado a *El sueño eterno*. Después, y cuanto más habían ido conociéndose la sonrisa se había ido haciendo cada vez más cálida, más Elisa.

Inspeccionó la habitación dónde se había tomado la foto con interés. Aparte del sofá se podía ver una mesa de cristal y al fondo, colgados de la blanca pared, unos grabados en blanco y negro. Aunque la decoración era minimalista se notaba a la legua que apestaba a dinero. Mucho dinero. Más de lo que él probablemente podía ganar en toda una vida.

Pensativo pasó las hojas y buscó el reportaje. No tuvo dificultad para encontrarlo. Ocupaba las páginas centrales y era muy extenso. Contempló las fotos que mostraban a las claras la opulencia del lugar y de sus ocupantes. La casa de verano de la familia de Elisa era una de esas mansiones modernas que salían en los programas de televisión. Todo era perfecto. Ni un solo mueble, cuadro o alfombra fuera de lugar. Hasta los libros de la estantería de lo que semejaba ser una sala de lectura o biblioteca aparecían colocados por colores y tamaños. ¡Qué ridiculez!

Una de las fotos mostraba a toda la familia sentada en unas tumbonas blancas junto a la piscina —que era de unas dimensiones considerables—. La pose era de lo más incongruente, tanto las mujeres como los hombres le parecieron fuera de lugar. Ellas, con sus elegantes vestidos y ellos, con traje y corbata. Meneó la cabeza con incredulidad. No tenía ni idea de a quién se le habría ocurrido esa escena, pero le parecía absurda.

Había varias fotos de las mujeres a solas, con diferentes atuendos, y Cas se regaló la vista con la imagen de Elisa. Le llamó la atención en especial una toma de ella y de su madre, sentadas en la cama, mirándose. A pesar de que Elisa estaba guapísima, se dio cuenta de que no estaba cómoda con la situación. Durante esas noches en las que habían hablado de todo y de nada, había llegado a conocer cada una de sus expresiones, y esa cara que aparecía en las fotos no era la cara de la mujer que él conocía, *su* Elisa.

Era la cara de la otra Elisa.

Se quedó pensativo unos minutos. El ver ahí, a todo color, el mundo en el que ella se desenvolvía le hizo sentirse extraño. Había sabido que ella era una chica de clase alta, de familia rica, pero no había sido consciente de cuánto más rica que él. Siempre la había visto en bikini o con ropa informal, con sus amigas en la playa, en bares... Claro que el chalet de los padres de Jaime mostraba a las claras que había dinero de por medio, pero esas fotos en esa casa... Era otro nivel.

Recordó que la primera vez, cuando ella le había dado su tarjeta, él había pensado que el nombre le resultaba familiar. *Eli Álvarez de Luis*. Ahora ya sabía por qué. Aunque no solía ver ese tipo de programas o leer esa clase de revistas, lo habría escuchado o visto en algún sitio. Era la hija del conocido promotor Alfonso Álvarez, dueño de múltiples empresas de construcción y de Carmen de Luis, conocida por ser nieta de un conde o duque...

Con curiosidad comenzó a leer el reportaje. No le interesaba lo más mínimo saber quién había sido el diseñador del vestido de la madre de Eli, ni quién había sido el decorador de esa casa, pero sí le interesaban otras cosas. Leyó con rapidez las afectadas palabras de la periodista que parecía ser una antigua amiga de la familia, por la complicidad con la que se expresaba, y que no paraba de lisonjear sobre todo a la madre. No se detuvo hasta que no encontró su nombre.

Eli, que está tanto o más guapa que de costumbre, tiene un brillo especial en la mirada. Ha regresado hace poco de Estados Unidos donde ha terminado un máster de Derecho Internacional y ahora se encuentra aquí, descansando con la familia. Le preguntamos por Lalo. No podíamos dejar de hacerlo. Se han convertido en la pareja de moda de Madrid. Siempre van juntos a todas partes y pensamos que es cuestión de días, a lo sumo semanas que nos den una buena noticia.

Con esa serenidad que la caracteriza, nos mira y no dice nada, pero el rubor que cubre sus mejillas cuando hablamos de él lo dice todo. Su madre nos lo confirma. El compromiso entre estas dos figuras de la vida pública madrileña parece ser algo hecho.

Gonzalo “Lalo” de Lucas Suárez es uno de los socios de Alfonso Álvarez. Y no son solo los negocios lo que une a estas dos familias, la amistad de Carmen de Luis y Pepi Suárez alcanza hasta los años en que las dos debutaron en sociedad. No es de extrañar, por lo tanto, que el amor surgiese entre estos dos jóvenes, que se han criado juntos desde la infancia. Lo que nos sorprendía era que tardasen tanto en tomar una decisión, pero por fin parece que la relación está llegando a buen puerto y no tardaremos mucho en ver a la feliz pareja más feliz todavía.

Mientras Lalo lleva un tiempo fuera en Dubai, dirigiendo la construcción de un hotel de la empresa, Eli pasa el verano con sus padres y con sus amigas.

Bla bla bla...

Cas sintió cómo la sangre comenzaba a hervirle en las venas. Levantó la mirada del texto y la clavó sobre la puerta, sin verla en realidad. Apretó los puños.

«¡Qué cojones!»

No sabía qué pensar de lo que acababa de leer, pero si era cierto lo que contaba la puñetera revista no le gustaba ni un pelo, *ni un pelo*. Rechinó los dientes con furia contenida y dejó caer el puño sobre la mesa.

Fuck! Fuck! Fuck!

«¿Elisa se va a casar con otro? ¿Con ese Lalo?», se preguntó a sí mismo con incredulidad. Sacudió la cabeza un par de veces como si la simple idea le pareciese ridícula.

¿Elisa? ¿La chica en la que no podía dejar de pensar? ¿La chica con la que hablaba todas las noches antes de dormirse? ¿Esa que le hacía sentirse así? ¿La que se había entregado a él de aquella manera tan inocente y pasional al mismo tiempo? ¿La chica que se había masturbado para él delante de la cámara la noche anterior? ¿*Su chica?*

Un gruñido le brotó del pecho. Se agarró con fuerza al borde de la mesa tratando de contener la furia asesina que comenzaba a nublarle la vista. Respiró hondo e intentó razonar consigo mismo.

«Sé lógico, Cas. Elisa y tú nunca habéis hablado de una relación ni os habéis confesado vuestros sentimientos ni nada parecido...»

Se detuvo en esa línea de pensamiento.

¿A quién cojones pretendía engañar? Él estaba más que colado por ella, y creía saber que ella también por él. Algo no encajaba. No podía ser que estuviese casi comprometida con otro y tonteando con él al mismo tiempo. Más que tonteando, en realidad.

—¡Mierda! —exclamó en voz alta antes de volver a coger el jodido magazine.

Volvió a releer el artículo, esperando haberse equivocado, pero la segunda lectura fue igual que la primera. Allí estaba negro sobre blanco. El nombre de ese tal Lalo y el de Eli, juntos en la misma frase.

Entrecerró los ojos un instante antes de cerrar la revista y encender el ordenador. Quizá debería haber hecho eso mucho antes, al principio. O por lo menos cuando empezó a pillarse por ella.

La buscó en el Google. Y sí, allí estaba. ¡Más de cuatrocientos mil resultados!

Eli Álvarez en Chicago con sus amigas.

Eli Álvarez sacando a pasear a su mascota.

La hija de Carmen de Luis luciendo palmito en Formentera.

Eli y Lalo, ¿campanas de boda?

Eli Álvarez de compras por la isla.

Y así cientos y cientos de entradas más.

Apenas pudo dar crédito. ¡Dios mío! Parecía que toda la vida de Eli estuviese documentada en multitud de revistas. Con la estupefacción reflejada en su semblante cambió a *Imágenes* y la vio multiplicada por cien. En casi todas —sobre todo en las más actuales, ya que había fotos hasta de cuando era niña— aparecía del brazo del típico hombre guapo y recolocado, de esos que nunca se despeinan. Era moreno y con los ojos claros y vestía de un modo... pijo no, lo siguiente.

«Lalo», pensó. Y el titular que había bajo una de las fotos se lo confirmó. *Lalo de Lucas y Eli Álvarez, de copas por Madrid.*

Cas buscó alguna foto en la que apareciesen besándose o abrazándose en actitud cariñosa, pero no halló ninguna. Parecían una pareja. Sí. Pero no una pareja demasiado efusiva. Más bien algo distante. Miró el rostro del tipo y no entendió cómo podía tener esa actitud de indiferencia y frialdad estando al lado de esa mujer.

¿Era de hielo? Él mismo apenas podía controlarse cuando la tenía delante.

Su móvil comenzó a sonar. Estuvo tentado de ignorarlo, pero se arrepintió y lo sacó del bolsillo. Era su hermano Jan. Contestó con el modo manos libres.

—¿Qué pasa?

—No, ¿qué te pasa a ti? Dice Tita que te ha visto y que llevabas cara de cabreo.

Cas guardó silencio unos segundos, antes de hablar por fin.

—¿Puedes acercarte un momento? Tengo algo que me gustaría que vieses.

—Voy para allá. Acabo de terminar con un cliente y el próximo no viene hasta dentro de media hora.

—Te espero.

Colgó. No sabía por qué, pero aunque deseaba hablar con ella y preguntarle ciertas cosas, creía que hablar con su hermano primero y contarle lo sucedido le ayudaría a calmarse.

Miró la pantalla del ordenador y contempló a la feliz pareja con los ojos entornados. Aparta de la furia que sentía, otra extraña sensación comenzó a expandirse por su cuerpo.

Celos.

Estúpidos y venenosos celos.

Capítulo Veintiocho

Jan arrojó la revista sobre la mesa y se quedó mirando la pantalla del ordenador. No había dicho palabra en los veinte minutos que llevaba allí; primero había escuchado la historia, luego había leído el reportaje y después había mirado las fotos de Google.

—¿No es un poco increíble? —masculló Cas, esperando alguna reacción.

Jan se acarició la barbilla con lentitud. Finalmente miró a su hermano con perplejidad.

—Joder, tío, no sé qué decir. Según lo plantea ese reportaje es casi cosa hecha lo de la boda y eso, y las fotos de internet..., pues la verdad, parece que llevan tiempo juntos... —Hizo una pausa—. Pero algo no termina de encajarme. No me parece que sea el tipo de chica que juegue a dos bandas. Por lo que me has contado y por lo poco que la conozco... No sé, es raro.

Cas asintió, pensativo. A él también le parecía extraño.

—¿Por qué no la llamas y sales de dudas? —inquirió Jan.

Ya lo había pensado, claro, pero el jodido artículo y las fotos le habían dado qué pensar. Aun a riesgo de estar comportándose de manera infantil, no iba a llamarla. Deseaba que fuese ella la que le llamase, por una vez. Que fuera ella la que le contase lo del reportaje, lo del tal Lalo, ese. La que tomase la iniciativa, la que mostrara interés. Hasta ese día, siempre había sido él el que había dado el primer paso.

—Creo que voy a pasar —repuso al fin—. Que me llame ella.

Jan arqueó las cejas.

—Eso suena un poco ¿dolido? ¿Vengativo? No sé, Cas.

—Sé cómo suena y la verdad, así es como me siento; más que dolido un poco jodido, como si todo hubiese sido una mentira.

—Hombre, no te ha engañado. Quizá no te lo haya contado todo...

—Supongo que me he engañado a mí mismo —suspiró—. Sabía que ella venía de otro mundo, a años luz del nuestro, pero el verlo a

todo color en las páginas centrales de esta puñetera revista, me ha dejado un poco tocado, la verdad. —Guardó silencio unos segundos—. Y lo de ese Lalo, del que no ha hecho ningún comentario. Joder, me da la sensación de que yo le he contado toda mi puta vida y ella no me ha dicho nada importante, en verdad.

—Sigo pensando que deberías llamarla y aclarar las cosas. —Jan clavó los ojos sobre la pantalla del ordenador—. A lo mejor son solo rumores y solo son amigos. Tampoco es que parezcan una pareja muy feliz ni entusiasta, ¿no crees?

Cas volvió a mirar las imágenes. No, ni feliz ni entusiasta. Pero algo había, desde luego.

—Oye, cambiando de tema —le interrumpió Jan, sacándole de sus pensamientos—. Till sigue sin ir a casa de mamá a dormir. Está preocupada.

—Lo sé. Ayer me llamó a ver si yo podía averiguar algo, pero conmigo no habla. Está en la tienda; acércate si quieres. A ver si tú tienes más suerte que yo.

—Pues me voy a pasar. —Se levantó y se encaminó a la salida. Justo antes de atravesar el umbral le miró—. Habla con ella. Seguro que hay una explicación lógica.

—Sí, seguro que sí —repuso, pero no parecía muy convencido—. Hablamos luego y me cuentas qué tal con Till.

Jan se despidió con un gesto silencioso, cerrando la puerta tras él.

Cas se recostó contra el respaldo de la silla y fijó la vista en el techo. No tenía ganas de seguir mirando la cara del pijo gilipollas, que llevaba a *su* chica del brazo. Porque era *su* chica. Al menos, así lo sentía él.

¿Qué cojones veía ella en alguien como ese Lalo? ¡Dios! Era el típico tío pagado de sí mismo, que había heredado una fortuna familiar y no sabía lo que era currar de verdad. Con seguridad, el esfuerzo más grande que habría hecho en su vida habría sido coger fajos de billetes para contarlos, o levantar una copa de champán para hacer un brindis.

¡Joder!

Cas despreciaba a los hombres como ese. Hombres a los que la vida les había dado todo, que habían nacido con una cuchara de oro

en la boca, y aun así parecían no sentirse agradecidos y miraban a todos por encima del hombro.

«Niño de papá», pensó con desdén.

Sabía que no estaba siendo justo del todo, que no le conocía y que quizá fuese un gran hombre de negocios con una mente prodigiosa, pero el verle al lado de Elisa con esa mueca de indiferencia sobre el rostro, le había hecho desear tenerle delante y pegarle un puñetazo para borrarla para siempre. ¿Qué hombre que se preciase de serlo podía ser tan frío al lado de una mujer como ella?

«¿Hubieses preferido que estuviera colado por ella y ver fotos de ambos, besándose?», le cuestionó una voz interior.

«¡Joder, no!»

Otra idea acudió a su mente y se instaló allí, provocándole una inseguridad a la que él no estaba acostumbrado. Elisa y ese Lalo — hasta el nombre era ridículo— se habían criado juntos, en sitios y ambientes similares. Se conocían de toda la vida... Tenían amigos comunes y se movían en los mismos círculos. Las madres de ambos eran amigas íntimas, al parecer, y los padres eran socios, ¿no?

Todo apuntaba a que Elisa y Lalo eran la pareja ideal. Tal para cual.

Cas se pasó las manos por el pelo, inquieto. No le gustaba nada dónde le estaban llevando sus cavilaciones.

«¿Qué tenemos ella y yo en común?», se preguntó, entornando los ojos. Sí, el sexo era increíble; pero además de eso, ¿qué? Se le había quedado la mente en blanco.

Dejó escapar una maldición sofocada y se incorporó con brusquedad.

Había tomado una decisión, que quizá fuese la equivocada, pero era lo que pensaba hacer. «Sí», se dijo con una mezcla de enfado y de orgullo herido. «Sé perfectamente lo que voy a hacer... Nada. Que sea ella la que mueva ficha por una vez».

Capítulo Veintinueve

Eli volvió a mirar el móvil con incertidumbre.

Nada. No había nada.

Cuatro días ya sin saber de Cas.

La última vez que habían hablado había sido la noche de... eso... Todavía le invadía una vergüenza profunda al recordar cómo se había comportado. ¡Dios Santo! ¡Se había desnudado delante de una cámara y se había revolcado en su cama, gimiendo su nombre, mientras se masturbaba! Apenas podía creer que hubiese hecho algo así.

Y luego, después de eso... ¡Nada! Cas no había vuelto a dar señales de vida.

Los dos días posteriores a su escandalosa actuación, había estado tan abochornada que no había sentido deseos de hablar con él y casi había agradecido que no la hubiera llamado, pero ahora, cuatro días después... Algo había pasado y no tenía ni idea de qué.

Paseó inquieta por su salón. El suelo de parqué le devolvió los sonidos que sus zapatos de tacón provocaban. Pipi se levantó de su camita y se acercó a ella moviendo la cola con nerviosismo. Parecía pensar que era la hora del paseo.

—No, Pipi, ahora no. Me tengo que ir.

Suspiró con abatimiento. Tenía que ir al aeropuerto a buscar a Lalo. Su avión aterrizaba en un par de horas.

Volvió a coger el móvil y miró la pantalla. ¿Y si le llamaba ella?

«Cobarde. Tienes miedo de que pase de ti». Le dijo la *otra* Eli, la que cada vez era más ella misma.

«¿Y qué? ¿Realmente es tan importante? Él no es el chico más adecuado para ti. Reconócelo». Le susurró al oído la Eli snob, la que cada vez hablaba menos.

—Soy una cretina —exclamó en voz alta. Pipi pensó que se dirigía a él y comenzó a ladrar a sus pies, con mucha excitación—. No, no hablo contigo, tontito, hablo conmigo misma.

Él aparentó entenderla porque la miró con fijeza durante unos instantes y luego se retiró a su cama con lentitud. Se tumbó y la observó con atención.

Hasta su perro era más inteligente que ella, decidió. La situación la desbordaba. Deseaba hablar con Cas; preguntarle qué había sucedido y por qué no la había vuelto a llamar después de aquella noche, pero por otro lado no quería pensar en él ni tenerle rondando por su cabeza todo el tiempo. Y menos ahora, que debía centrarse en Lalo y en cómo se iba a comportar con él. Tenía claro que lo poco o mucho que hubiese habido entre ellos ya no existía, pero no sabía si debía contarle que había conocido a otra persona... o esperar a ver cómo se desarrollaban las cosas...

Un gemido de frustración se escapó de sus labios. Se detuvo en medio del salón y se cruzó de brazos, fijando la mirada en la ventana con sus fantásticas vistas al Retiro, sin verla realmente.

¿Por qué Cas no la llamaba?, se preguntó exasperada. Estuvo a punto de golpear el suelo con el pie, como una niña malcriada en un arranque de pueril enojo.

La alarma del móvil, que apretaba en la mano, la sobresaltó. La había puesto por si acaso se le pasaba la hora de ir a recoger a Lalo.

La apagó.

Lalo la había llamado la noche anterior, comunicándole la hora de llegada de su avión, dando por hecho, como hacía siempre, que ella no tenía otros planes y que estaba más que dispuesta a ir a recogerle al aeropuerto. Lo que normalmente no le hubiese molestado. Así funcionaba su más que extraña relación. Ella siempre estaba disponible para él. No obstante, esta vez había sido diferente. Había estado tentada de decirle que no podía ir y que cogiese un taxi. En el último segundo, y después de vacilar, había accedido a ir a buscarle, claro...

Cogió su bolso y las llaves del coche de la enorme mesa de cristal para diez comensales, que hasta ese momento nunca había utilizado, y se dispuso a abandonar la vivienda con resignación.

En ese instante el móvil vibró. La lucecita blanca indicadora de que acababa de entrar un wasap comenzó a parpadear.

Eli lo contempló con una mezcla de aprensión y de esperanza.

¡Por favor, por favor! *Que sea Cas...*

Desbloqueó el móvil con la mano temblorosa, apenas atreviéndose a respirar.

El vestido rojo te sienta muy bien. Estás espectacular. Póntelo esta noche cuando hables conmigo.

Eli frunció el ceño, confusa. ¿El vestido rojo? ¿Qué vestido rojo? ¿De qué hablaba? Meneó la cabeza sin comprender muy bien a qué se refería.

¡No!

De repente, la imagen de la portada de la revista le vino a la mente. ¡El vestido rojo! Se llevó la mano a la boca, conteniendo un gemido. ¡Cas había visto el reportaje! ¡Nooooo! ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Dónde? Multitud de preguntas sin respuesta la desbordaron.

Dejó caer el bolso al suelo y aferró el móvil con fuerza. ¡Dios! Cas estaba en línea, ¿esperando su respuesta? ¡No! No podía contestarle. Tenía que pensar.

¿Cómo era posible que Cas hubiese visto la revista? Hacía cuatro días que se había publicado y... ¡Cuatro días! Exactamente los días que hacía que él no había contactado con ella. ¿Una coincidencia? Lo dudaba.

¡Dios Santo! Habría leído el reportaje y lo que su madre había dicho sobre ella y sobre Lalo... ¡No, no, no! ¡Qué desastre!

Sintió cómo el corazón se aceleraba en su pecho. Comenzó a respirar con dificultad y se dio cuenta de que estaba teniendo un ataque de pánico. Hacía años que no le sucedía nada parecido. Intentó coger aire al tiempo que se dejaba caer sobre el sofá. Puso la cabeza entre las piernas y estuvo así un par de minutos, concentrada en su respiración. Espirar, inspirar, espirar, inspirar...

Pipi, como si supiese que algo le estaba sucediendo, se había acercado a ella y se había tendido a sus pies, dándole su canino apoyo. Ella le acarició la cabeza con suavidad.

Ahora entendía por qué él no había contactado con ella en todo ese tiempo. Era más que probable que estuviese enfadado, ¿no? Quizá más que eso. No se habían prometido fidelidad eterna ni nada por el estilo, pero ella ni siquiera le había mencionado lo del reportaje, ni a Lalo, y enterarse por la prensa rosa de que estaba a punto de casarse con otro, aunque no fuese cierto...

Gimió, sofocada. ¿Qué habría pensado? Se tapó la cara con las manos. ¡Dios! Cas era siempre tan sincero y tan directo. No podía soportar que creyese que le había estado engañando.

«¿Acaso no ha sido así?», le susurró una voz interior. «Le has ocultado a Lalo. Claro que le has mentado. Si no, ¿por qué no le dijiste lo del reportaje?».

Sí, ¿por qué le había ocultado lo de la revista? Aunque lo había justificado como que era algo ridículo de lo que se avergonzaba — odiaba mostrarse con toda esa ostentosa riqueza y más incluso delante de alguien tan natural como Cas—, en el fondo no había deseado que él leyese el artículo y descubriera lo de Lalo.

Pues bien, al parecer lo había hecho y había visto las fotos. Quizá había ido incluso más allá. ¿Y si la había buscado en internet y había visto todas esas imágenes donde aparecía con Lalo? Había sido una ilusa pensando que él no se iba a enterar de quién era ella en realidad, que de alguna forma, toda esa información que circulaba por ahí no le iba a alcanzar.

«Pero, ¿cómo se puede ser tan mema?», se preguntó, mortificada.

—¡Mierda! —exclamó en voz alta, sorprendiéndose a sí misma por usar esa palabra. No solía hacerlo, pero ¿qué otra mejor? ¿Diantres? ¿Córcholis?

Lo que no terminaba de entender era el wasap que acababa de recibir. Desbloqueó el móvil —gracias a Dios, Cas ya no estaba en línea— y lo releyó.

El vestido rojo te sienta muy bien. Estás espectacular. Póntelo esta noche cuando hables conmigo.

No parecía enfadado. Más bien todo lo contrario. La piropaba y le decía que esa noche iban a volver a hablar, como si nada hubiese sucedido... Bueno, no exactamente. Al decirle lo del vestido, quería que supiese que él sabía que había visto la revista. Quizá esperaba algún tipo de explicación por su parte...

¡Por supuesto que esperaba algo así...! Cualquiera lo esperaría...

Había tardado cuatro días en enviarle ese mensaje. Cuatro días, en los que con seguridad habría estado esperando que fuese ella la que contactase con él, la que mostrase interés, la que tomase la

iniciativa y le diese explicaciones... Y durante esos cuatro días, ella había estado escondiéndose detrás de su absurda vergüenza y lloriqueando como una tonta, mientras él pensaba que era una burda mentirosa.

«Lo eres», se dijo.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Respiró hondo y sacudió la cabeza. Ahora no tenía tiempo. No tenía tiempo para dejarse llevar por la angustia... ¡Tenía que irse al aeropuerto! ¡Iba con retraso!

Se levantó con lentitud y sin volver a mirar el móvil, cogió el bolso del suelo. Luego, con la espalda erguida y la barbilla muy alta, se dirigió a la puerta. Tenía el mismo aspecto seguro, frío y distante de siempre.

Pero por dentro no era la misma Eli de hacía media hora. Era otra. Una más consciente de sus errores y bastante más avergonzada, y esa vez por un buen motivo.

Capítulo Treinta

El avión llegaba con media hora de retraso, o al menos eso anunciaba la pantalla luminosa, pero Eli llevaba ya más de una hora esperando, incapaz de quitar la mirada de la puerta. Cada vez que se deslizaba para dejar salir a los pasajeros llenos de maletas, buscaba ansiosa la morena cabeza de Lalo entre ellos.

No es que tuviese muchas ganas de verle, la verdad, pero odiaba estar allí, de pie, sin hacer nada. Lo odiaba, y hoy más que nunca. Hubiese deseado estar ocupada y así no tener la cabeza libre para darle vueltas al mensaje de Cas.

Durante el trayecto al aeropuerto se había preguntado cientos de veces qué podía decirle cuando hablasen en unas horas, porque daba por hecho que esa noche él la iba a llamar. El mensaje había sido más que claro.

¿Debía contarle la verdad?

«Pero ¿cuál es la verdad?», se cuestionó a sí misma, en silencio.

No era verdad lo que había dicho la prensa, que Lalo y ella fueran una pareja a punto de casarse. No... Y sin embargo, tampoco era del todo mentira. Quizá no hubiesen hablado de ello, pero iban juntos a todas partes y todo el mundo pensaba que lo del matrimonio era cosa hecha. Incluso ella misma hasta hacía unas semanas...

La puerta volvió a abrirse. Levantó la cabeza, ansiosa.

No, no era Lalo. Una familia compuesta por los padres y tres niños pequeños hizo su aparición. El padre llevaba un carrito lleno de maletas, en tanto que la madre se esforzaba por controlar a su ruidosa prole. Todos ellos tenían el cabello rubio, de ese rubio que parecía casi antinatural por su claridad. Eli tuvo una fugaz visión de Cas y sus hermanos.

«Ese debía ser su aspecto cuando eran niños». Sonrió para acto seguido suspirar resignada. Estaba claro que no podía dejar de pensar en él.

Su móvil comenzó a vibrar. Lo sacó del bolso con aprensión, pero al ver el nombre de Tana en la pantalla, se relajó.

—¿Sí?

—...

—En el aeropuerto, esperando a Lalo.

—...

—Como siempre me ha tocado a mí, ya ves.

—...

—¿Hoy? Eh... —dudó. Esa noche pensaba pasarla en casa, vestida de rojo y hablando con Cas, la verdad—. Esta noche no puedo. ¿Te parece mejor mañana?

—...

—No, no tengo planes con Lalo. Es solo que..., bueno..., he quedado en hablar con Cas.

—...

—Noooo —su voz sonó exasperada. Lo último que necesitaba ahora mismo era a su amiga interrogándola sobre su confusa relación con Cas. —Tengo que dejarte. Lalo acaba de salir. Te llamo luego. —Y colgó. No había mentido. Lalo atravesaba la puerta arrastrando tras de sí una maleta negra de generosas proporciones.

Eli intentó olvidarse de las inoportunas preguntas de Tana sobre Cas. No era el momento de pensar en el impresionante rubio. Levantó la mano y saludó con relativo entusiasmo.

Lalo levantó la mirada y le hizo un gesto con la cabeza. Se dirigió hacia ella, sonriendo. Las numerosas féminas con las que se cruzaba le siguieron con los ojos.

Era un hombre guapo. Muy guapo. Alto, moreno y con los ojos de un tono avellana claro que llamaba la atención. Sus facciones eran estilizadas y elegantes, clásicas. Nada en su aspecto desentonaba, nada parecía fuera de sitio. Desde su impecable traje azul marino, su inmaculada camisa azul clara, su corbata rojiza y sus brillantes zapatos negros, hasta el corte de su pelo, sus andares moderados y su forma de inclinar la cabeza cuando llegó ante Eli... Excelencia absoluta. Esa excelencia que solo se consigue cuando has nacido en un ambiente selecto y te han educado de una manera exquisita.

Era el epítome de perfección masculina.

Las cabezas de muchos de los allí presentes se giraron para observarlos. Al fin y al cabo no todos los días se podía ver en persona a una de las más conocidas parejas de las publicaciones del corazón, ¿no? Lo raro era que un hubiese ningún *paparazzi* por allí rondando.

—Siento llegar tarde. El avión ha despegado con retraso —se disculpó, inclinándose para darle un insípido beso en la mejilla.

Eli le sonrió, dejándose besar. Jamás le había visto hacer ningún tipo de demostración cariñosa en público. Ni en privado, reconoció. Hasta sus encuentros sexuales habían sido algo planeado y formal. Gélidos.

—¿Qué tal el viaje? —inquirió, echando a andar. Irguió la barbilla tratando de ignorar a los curiosos que se habían quedado mirando. Esa pose de arrogancia era lo único que hacía que su timidez no pareciese tan evidente.

—Ocho horas de avión. Te puedes imaginar. Estoy agotado. Quiero llegar a casa cuanto antes —repuso él con seriedad.

Eli le miró de soslayo. Ni un pelo fuera de su sitio. ¿Agotado? Tenía un aspecto glorioso como si acabase de salir de casa, recién duchado y arreglado. Se preguntó qué aspecto tendría Cas después de un viaje de ocho horas en avión. Con toda probabilidad desaliñado y desarreglado... delicioso...

Gimió internamente. Estaba claro que no podía dejar de pensar en él...

Justo antes de atravesar la puerta que daba a la calle Eli pudo ver la imagen de ambos reflejada en el cristal. Él, alto, trajeado y elegante, y ella, rubia, distinguida y esbelta.

«Somos la pareja perfecta», pensó. Una sensación de desolación la invadió.

—¿Has dejado el coche muy lejos? —le preguntó él.

—Eh... no, está aquí mismo —respondió, aclarándose la garganta.

—Muy bien. —Se sacó el móvil del bolsillo del pantalón con la mano que tenía libre—. Tengo que hacer un par de llamadas importantes. No te importa conducir, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza. Era su coche, ¿por qué no iba a conducir? Pasó revista a sus innumerables encuentros y citas, y

reconoció en silencio que casi siempre le cedía el volante a él. Era como si, por el hecho de ser un hombre tuviese que conducir, y ella, por el hecho de ser mujer, ir en el asiento del pasajero. ¿Por qué no se había dado cuenta antes? Frunció el ceño.

Lalo abrió el maletero y depositó la maleta. Después se sentó, sin dirigirle ni una mirada. Había conseguido establecer comunicación con su oficina, al parecer, y mantenía una animada conversación con alguien del departamento de contabilidad.

Eli casi agradeció que así fuese. Se sentía incómoda en su presencia. Algo había cambiado entre ellos. O quizá fuera ella la que había cambiado...

Él se rio, y ella no pudo evitar comparar la distendida actitud que presentaba cuando hablaba con otras personas y la frialdad que utilizaba con ella. La diferencia era abismal. Era tan evidente que él no estaba enamorado.

«Ni tú de él».

El tráfico era fluido y el trayecto en coche se hizo más corto de lo habitual. Cuando Eli aparcó frente a la puerta de su chalet situado en una urbanización en la zona norte de Madrid, Lalo todavía seguía hablando por el móvil.

—Te llamo ahora —interrumpió la conversación al percatarse de que el vehículo se había detenido. Colgó con una sonrisa en los labios. Giró la cabeza para mirarla. De alguna manera su sonrisa se hizo más fría—. Eli, esta noche paso a recogerte. He reservado mesa en el *Kabuki*.

Ella le contempló sin saber muy bien qué decir. ¿Esa noche? Pero esa noche ella tenía planeado hablar con Cas...

—A las nueve y media te espero abajo. Tenemos mesa a las diez. Ah, y gracias por recogerme. Eres un encanto. —Se inclinó y volvió a besarla en la mejilla antes de bajarse del coche y sacar su equipaje del maletero. Atravesó el caminito de piedra de la entrada y la miró una última vez desde la puerta. Le hizo un gesto con la cabeza. Eli le sonrió, todavía confusa. Después él volvió a ponerse el móvil en la oreja, e ignorando su presencia entró en la casa.

Ella se quedó un par de minutos allí, sentada en el coche, indecisa. Lalo acababa de decidir por ella, y con asombro se dio

cuenta de que no era la primera vez. Lo que acababa de pasar sucedía con frecuencia. Él decidía y ella se dejaba llevar.

«Eres idiota», se dijo, negando con la cabeza. Esa noche había planeado hablar con Cas, explicarle lo de Lalo. Y de nuevo, debido a su pasividad, se encontraba en una situación de la que no sabía cómo salir: una cena en el *Kabuki* con Lalo.

—Tú eres la que ha propiciado esto, dejando que él tome las decisiones por ti. A ver ahora cómo lo solucionas —murmuró. Se miró en el espejo retrovisor, y lo que vio allí reflejado no le gustó nada. Sabía que tenía que ser más decidida, más atrevida, más resuelta.

—Sigues los mismos patrones, una y otra vez. Sigues dejando que todo el mundo decida por ti —musitó, y el tono de su voz, lastimero, la llenó de vergüenza. Chasqueó la lengua y apretó los labios.

Tenía que poner fin a todo aquello. Debía rebelarse. Si no lo hacía, iba a terminar perdiéndose a sí misma, si es que todavía quedaba algo de ella bajo su apariencia perfecta.

Con los ojos nublados por la tristeza, y perdida en sus pensamientos, arrancó el coche. Casi sin darse cuenta, y en menos tiempo de lo esperado, había atravesado Madrid y se encontraba en su garaje subterráneo. Aparcó y se encaminó al ascensor.

Mientras subía planta tras planta, contempló su imagen dorada en el espejo. Al cabo de unos segundos tomó una decisión. Sacó el móvil del bolso y buscó en los contactos... la A... la B... la C...

Sabía lo que tenía que hacer.

Cuando abrió la puerta de su piso, Pipi la recibió dando saltos de alegría. Parecía ansioso por salir a la calle.

—Espera un poco, Pipi; hay algo que tengo que hacer primero —murmuró, dejando el bolso sobre la mesa. Él pareció entenderla porque se tumbó en el suelo y la contempló con interés.

Se sentó en el sofá, respiró hondo un par de veces y pulsó el símbolo de llamada antes de poder arrepentirse.

El teléfono sonó cuatro veces.

—Hola, *Prinzessin*. —La voz ronca y sexy le provocó un agradable vuelco en el estómago.

—Hola, Cas —repuso con vacilación. ¡Dios mío! ¡Qué nerviosa estaba!

—No esperaba tu llamada tan pronto. ¿Ha pasado algo? —Su tono se tornó más preocupado.

—No, no... Es solo que esta noche no voy a poder hablar contigo.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea.

—¿Por qué no has usado el Skype? ¿No llevas el vestido rojo? —preguntó él. Su actitud parecía haber cambiado. Sonaba más tenso, menos cercano.

—De eso quería hablar contigo, Cas... —comenzó con nerviosismo—. No te comenté nada del reportaje porque... Bueno, en fin..., no es algo de lo que me guste hablar... La verdad es que no me agrada demasiado intervenir en... digo, participar... en fin..., que no sé... —Se percató de que estaba tartamudeando como una boba. Y el que Cas no dijese ni una palabra tampoco ayudaba—. Lo de la revista fue idea de mi madre, ¿sabes? Es algo que se repite todos los veranos... Una especie de ritual... No quiero que pienses que te estoy... ocultando algo pero es que... —Se detuvo nuevamente. ¿Qué podía decirle? ¿Que era una necia que hacía todo lo que le decía su madre? Era más que probable que él estuviese pensando eso...

—¿Quién es Lalo? —La pregunta sonó como un latigazo. Cualquier pensamiento coherente que ella hubiese podido tener en la cabeza quedó borrado por la brusquedad de su voz.

—Es un amigo de la infancia. Nuestras familias se conocen desde hace tiempo —contestó, titubeante.

—¿Para cuándo es la boda? —Otro latigazo.

Cerró los ojos. En el fondo había sabido que eso iba a pasar.

—No va a haber boda —explicó—. Es algo que mis padres desean y supongo que los padres de Lalo también, pero solo somos amigos —concluyó en voz baja.

«Estás mintiendo». La voz de la *otra* Eli resonó en su cabeza. «Sabes muy bien que habéis sido más que amigos. Díselo. ¡Díselo!»

Apretó los labios con fuerza. De alguna manera no deseaba que Cas supiese el tipo de relación que ella y Lalo habían mantenido. Le

resultaba de lo más incómodo pensar en ellos como pareja. Le avergonzaba. Una relación sostenida por la inercia, por los convencionalismos... Si Cas supiese cómo era ella en realidad, la despreciaría. Juzgaría que era una imbécil sin voluntad propia. No quería que él pensase así de ella, quería que la admirase.

—Entiendo —contestó él al cabo de unos minutos, pero el tono de su voz indicaba lo contrario. El silencio volvió a hacerse dueño de la conversación.

—No me gusta la vida que vivo, Cas. Pero no me había dado cuenta hasta hace poco —dejó escapar en un arranque de sinceridad. Se tapó los ojos con la mano que tenía libre y trató de contener un suspiro, sabiendo que él podía escucharlo todo.

—Pues no lo hagas, Elisa. No la vivas así —le dijo él en voz baja. Parecía que las palabras de ella le habían sorprendido—. Vive tu vida como quieras vivirla, *Prinzessin*. Recuerda que al final del día solo tienes que rendirte cuentas a ti misma, así que vive como *tú* quieras, no como quieran los demás —concluyó con extrema suavidad.

Eli sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas. ¡Qué fácil sonaba cuando él lo decía! ¡Qué fácil! ¡Ojalá fuese así de simple! Espiró con lentitud, intentando serenarse antes de contestar. No deseaba que él se percatase de que estaba a punto de llorar.

En ese instante escuchó voces al otro lado de la línea.

—¡Joder! ¡Joder! Elisa, tengo que colgar. Algo ha pasado en el taller. —La voz de Cas sonaba muy preocupada, de repente—. Llámame esta noche cuando regreses a casa —la instó con urgencia—. No importa la hora. Llámame. ¡Di que me vas a llamar, Elisa!

—Lo haré. Te llamo esta noche —respondió ella con rapidez. Iba a asegurárselo de nuevo, pero se dio cuenta de que él ya había colgado.

* * *

Cas salió de su oficina con rapidez. No tenía ni idea de qué estaba sucediendo, pero los gritos le habían alarmado.

—¡Tony! —casi gritó viendo que su mecánico estaba en el suelo junto a la moto que había estado restaurando. Tenía la cara

contraída de dolor y se sujetaba la pierna derecha a la altura de la rodilla—. ¡Joder! ¿Qué ha pasado? —Se arrodilló a su lado y le miró con preocupación, sin saber muy bien qué hacer.

—Es el menisco, Cas, como la última vez. Me he escurrido y creo que se me ha salido. —Le costaba articular las palabras.

Cas se sacó el móvil del bolsillo y llamó al ciento doce. Con pocas palabras les explicó la situación y le prometieron que la ambulancia llegaría en unos minutos.

—La ambulancia estará aquí en nada, no te preocupes —se dirigió a Tony, que seguía tumbado en el mismo sitio, sin moverse. Miraba al techo con resignación. No era la primera vez que tenía problemas con el menisco.

—Voy a llamar a tu mujer para que vaya directa al hospital.

Tony asintió. A pesar de que se notaba que el dolor debía ser terrible sonrió con ironía.

—Tío, creo que vas a tener que ensuciarte otra vez y terminar tú esta belleza —dijo, señalando la Triumph a su lado—. Espero que no tengas miedo de mancharte las manos ahora que te codeas con la nobleza.

Cas hizo amago de pegarle un puñetazo al tiempo que alzaba los ojos al techo. Desde el día que había salido el reportaje, tanto Jan como Tony le tomaban el pelo con ello casi a diario.

—No estarás muy mal si tienes ganas de broma —repuso arqueando las cejas, antes de ponerse de pie y llamar a su mujer.

La ambulancia no tardó en llegar y en menos de lo previsto, Cas se encontró solo en su taller. Se pasó la mano por la nuca y suspiró, preocupado. Era más que probable que Tony tuviese que estar de baja por un tiempo. Esperaría a ver qué decían los médicos antes de tomar una decisión, pero estaba claro que, como bien había ironizado su mecánico, iba a tener que mancharse las manos. Contempló la moto con ojo crítico. Había que quitar los radios viejos de las ruedas, preparar los tambores y pulir las llantas y luego radiarlas y montar los neumáticos adecuados. Eso podía hacerlo solo, pero chorrear el motor y luego pintar el chasis... Iba a necesitar ayuda si no quería eternizarse...

Se dirigió a la parte trasera del taller a buscar su ropa de trabajo. Mientras se desnudaba, repasó la conversación que había

mantenido con Elisa. Apretó la mandíbula recordando la desagradable sensación que le había invadido al preguntarle por Lalo. Celos. Los celos habían provocado que la pregunta hubiese salido de su boca.

Resopló. Incluso ahora que había pasado más de una hora seguía sintiendo cómo la ira le consumía.

Ella no le había dicho la verdad. Aunque había afirmado que solo eran amigos, él sabía que no era cierto. Su instinto le decía que no había sido del todo sincera con respecto a Lalo.

Se quedó pensativo. Las últimas palabras que ella le había dicho le habían dejado un amargo sabor de boca.

No me gusta la vida que vivo, Cas. Pero no me había dado cuenta hasta hace poco.

¿Qué vida era esa que estaba viviendo ella? Pensaba que había comenzado a conocerla, pero cuantas más vueltas le daba, más consciente era de que no la conocía en absoluto.

—¡Cas! —La voz de Jan le sacó de sus oscuras cavilaciones—. ¿Dónde estás?

—Estoy aquí —gritó—. Ya salgo.

Se abrochó la cremallera del mono negro de trabajo y salió. Su hermano mayor se dirigía a él con una expresión angustiada en el rostro.

«¡Dios! ¿Qué más puede pasar hoy?», pensó Cas sacudiendo la cabeza.

—¿Qué pasa? —inquirió cuando estuvo junto a Jan.

—Es Till. Ha vuelto a joderla.

Capítulo Treinta y Uno

Lalo se miró el reloj de pulsera. Eran las nueve y veintinueve minutos. Acababa de aparcar su Audi en doble fila, delante del edificio de Eli, y sabía que ella no tardaría en bajar. Nunca le hacía esperar. Era muy puntual.

Otra buena cualidad de ella que le satisfacía, como tantas otras que la hacían más que apropiada para ser su pareja.

Era perfecta.

Su mente se entretuvo enumerando la cantidad de razones por las cuales lo era.

Había nacido en el seno de una familia adinerada y con raíces en la nobleza por parte de su madre.

Había sido educada en los mejores colegios y asistido a una de las más prestigiosas universidades de Madrid.

Se relacionaba con la gente adecuada.

No tenía demasiado carácter. Se dejaba manejar.

Sabía cuál era su sitio, su lugar en el mundo... *En su mundo.*

En resumidas cuentas: su pedigrí era exquisito.

Y esa mujer de pedigrí era suya, y por si acaso a ella se le había olvidado, él se iba a encargar de aclarárselo aquella noche.

Se bajó del coche y se encaminó a la puerta del pasajero. Esperó allí con la mirada en el portal, mientras se acariciaba el bolsillo interior de la chaqueta. Un brillo calculador asomó a sus ojos. Si todo salía cómo esperaba, después de solo unas horas no tendría que preocuparse por nada más.

* * *

Eli se despidió del portero de noche con un gesto. Podía distinguir la figura de Lalo a través del cristal de la puerta, apoyado contra su coche.

Se pasó la mano por la falda ajustada de color café, estirándosela, consciente de que el movimiento era más un producto de los nervios que de la necesidad. Aun así no pudo evitarlo.

La conversación con Cas la había dejado confusa, como iba siendo costumbre, y el brusco final tampoco le había ayudado a aclarar sus ideas. Además, el simple hecho de imaginar que iba a pasar las próximas horas en compañía de Lalo, la llenaba de enorme desagrado. No tenía ningún deseo de ir a cenar con él.

Pintándose una sonrisa en el rostro, salió del portal y se acercó a él.

—Estás bellísima, Eli —la saludó, recorriéndole el cuerpo con los ojos, con admiración.

Ella se sorprendió. Lalo no era de los que piropeaban. Le miró arqueando las cejas, mientras él le abría la puerta del coche.

—No me mires así. Ya sabes que es cierto —susurró cerca de su oído con una voz aterciopelada que no consiguió despertar ni la más mínima sensación en ella. Después cerró la puerta y rodeó el coche.

Eli se puso el cinturón, todavía perpleja por la actitud de él. No tenía sentido. Esa misma tarde la había ignorado como hacía siempre, y ahora... ¿la lisonjeaba y le hablaba al oído como si fuesen una pareja apasionada? Entornó los ojos. ¿Qué había sucedido en las horas posteriores a su llegada?

Lalo montó en el coche y se puso el cinturón. Arrancó y encendió las luces.

—¿Estás bien o quieres que ponga el aire acondicionado? —le preguntó, solícito.

—Estoy bien así.

—Perfecto. Cuéntame cómo te ha ido con tus amigas en la playa. ¿Lo habéis pasado bien? —inquirió, al tiempo que ponía el intermitente y se sumergía en el tráfico de la calle Alfonso XII, que no era excesivo un día de diario a aquella hora de la noche.

Eli le observó de reojo. Él no solía interesarse demasiado por lo que ella pudiera contarle, pero al comprobar que la escuchaba con interés, mientras le hablaba de sus vacaciones, frunció el ceño. Esa noche todo aparentaba ser diferente. Extraño.

—Veo que habéis pasado unos días fantásticos. Me alegro mucho. Supongo que Alba estará nerviosa por la boda, ¿no?

—Sí, sí lo está. No es solo la boda, es el hecho de que se va a vivir allí lo que más le preocupa, pero está muy ilusionada.

Él asintió. Por un instante pareció perderse en sus pensamientos y Eli le miró directamente. Su rostro no mostraba ninguna expresión.

—Nos vamos el viernes, ¿verdad? —Se giró, sobresaltándola.

—Sí, sí. El viernes —repuso, inquieta. Casi había llegado a olvidar que la boda de Alba y Jaime era ese fin de semana y que iba a acudir con Lalo. Las últimas semanas había estado tan ocupada, intentando averiguar qué deseaba hacer con su vida que no había pensado en que Lalo era su acompañante.

Empalideció.

¡Lalo y Cas en la misma ciudad! ¿En qué narices había estado pensando hasta ese momento para haber ignorado lo que no se podía ignorar?

—¿Estás bien? —preguntó él, de pronto—. Te has quedado pálida.

—Eh... sí, sí, estoy bien. Es solo que... estoy hambrienta —se inventó una excusa. Ese no era el momento para cuestionarse ciertas cosas. Ya lo haría luego, en casa, a solas.

—Pues ya hemos llegado. No tienes que esperar mucho más para volver a comer tu plato de sushi favorito.

En efecto, acababan de llegar al restaurante. Lalo le entregó las llaves del coche al aparcacoches y le abrió la puerta, tan atento como siempre. O quizá más atento de lo normal, decidió Eli al sentir cómo él la cogía por el brazo con posesividad, algo que no solía hacer.

Entraron al restaurante y pronto fueron atendidos por uno de los camareros que los condujo hasta una mesa al fondo del local. Era la única mesa que no estaba ocupada. Los otros comensales se quedaron mirándolos, mientras atravesaban la sala. Eli se dio cuenta de que una joven de su misma edad sacaba el móvil y tomaba una foto de ellos. Gimió en silencio. ¿Siempre iba a ser así?

«Si te casas con él y sigues viviendo este tipo de vida, seguro que sí». La voz de la *otra* Eli resonó en su cabeza.

«Bueno, si sigues adelante con Cas, te verás condenada al ostracismo en un pequeño pueblo costero, todo el día llena de grasa de mecánico», replicó la Eli snob.

Agitó la cabeza, tratando de espantar esas absurdas e incongruentes ideas sin fundamento.

La mano de Lalo en la parte baja de su espalda comenzaba a incomodarla. ¿Por qué estaba comportándose así, tan obsequioso y atento? Incluso se le podía tachar de afectuoso. Frunció el ceño.

Sobre la mesa que Lalo había reservado, ardían un par de velas. Eli observó con suspicacia que era la única de todo el local, las demás no tenían ese tipo de iluminación. Una terrible sospecha comenzó a tomar forma en su mente.

«Por favor, no. Por favor, no», suplicó en silencio.

Dejó su *Petite Malle* de Louis Vuitton sobre la mesa y no sin nerviosismo levantó la cabeza y miró a Lalo, que se había sentado frente a ella. Disimuló su horror al darse cuenta de que él estaba pidiendo champán.

«No puede ser. No puede ser. Esto no puede estar pasando», gritaba en su interior, aunque su exterior era el de una mujer elegante y tranquila. A gusto con la situación.

—Creo que tenemos muchas cosas de que hablar —se dirigió a ella, después de haber pedido el champán y la cena inclusive. Ni siquiera le había preguntado, reconoció, pero no le importó. Era más que probable que cualquier cosa que probase aquella noche le supiera a serrín.

—¿Muchas cosas? —fingió curiosidad.

—He pasado tres meses fuera y apenas hemos hablado un par de veces por teléfono. Tenemos que ponernos al día, ¿no crees? Te he echado de menos, ¿sabes? Dubai puede ser muy aburrido.

Él bajó la voz y se inclinó sobre la mesa. La luz de las velas se reflejó en sus ojos color avellana, haciéndole parecer todavía más guapo si eso era posible. Eli sintió cómo se le encogía el estómago.

«¿Por qué este hombre me deja absolutamente indiferente?», se cuestionó. «Lo tiene todo. Todo. Y pertenece a mi mundo. Es el hombre más adecuado para mí».

—Bueno —comenzó, echándose hacia atrás y rompiendo la intimidad que él había creado—, yo no tengo mucho qué contar, la verdad, lo cierto es que todo sigue igual que siempre.

Él entrecerró los ojos y la miró con desconfianza.

—¿No me has echado de menos? —preguntó a bocajarro.

Eli se sorprendió, pero sus facciones no lo mostraron. Él no solía ser tan directo. ¿De verdad la había echado de menos? Lo dudaba.

Si así fuese, ¿por qué no la había llamado con más frecuencia?

—Pues claro que te he echado de menos. Todos lo hemos hecho —respondió por fin, con diplomacia—. Eres el alma de todas las fiestas, Lalo. Sin ti, Madrid no ha sido lo mismo.

Si a él le molestó su poco comprometida forma de contestarle, no lo demostró. El camarero acababa de llegar con el champán y Lalo se apresuró a servir dos copas. Parecía ansioso por algo. Se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta y Eli sintió cómo se le helaba la sangre en las venas.

«No. No. No», repetía una y otra vez en su cabeza, como una letanía.

Lalo le ofreció una copa, que ella tomó, y levantó la suya ligeramente. La miró a los ojos.

—Por el futuro —murmuró.

Eli repitió las mismas palabras en un susurro. Se hallaba en un estado de puro horror, temiéndose lo peor.

Él bebió un trago y depositó el champán con cuidado sobre la mesa, después se llevó la mano al bolsillo, ese que había acariciado antes sin ser consciente de ello.

Los angustiados ojos de Eli siguieron cada movimiento con una impotencia rayana en el espanto. Sujetó el recipiente de cristal con fuerza.

«Podía haber esperado al postre...» Una sarcástica voz que ni siquiera reconoció como propia resonó en su cerebro. Estaba viviendo una situación surrealista. No podía ser verdad. ¿Lalo iba a pedirle matrimonio en público? No podía ser cierto. Esas cosas solo sucedían en las comedia norteamericanas. ¡Estaban en España! ¡En Madrid! ¡En su restaurante favorito! ¡Era un día de diario!

La escena iba teniendo lugar como a cámara lenta, no..., muy lenta. Podía ver lo que estaba sucediendo como si estuviese mirándolo todo a través de un túnel. En un extremo estaba ella, con una sonrisa petrificada sobre la cara y agarrando una copa de champán con fuerza, como si la vida le fuese en ello. Y al otro extremo estaba Lalo, cuyos movimientos ralentizados le habían llevado a sacarse una cajita de terciopelo negro del bolsillo y a abrirla delante de ella. Un anillo con un enorme diamante con corte

princesa la deslumbró. La luz de las velas se reflejó en sus múltiples facetas proyectando un caleidoscopio de colores sobre la mesa.

Levantó la vista y la posó sobre el rostro de Lalo, que la miraba con marcada complacencia.

—¿No te lo esperabas? No me lo creo. Estaba más que claro, Eli —murmuró él sin quitarle la vista de encima—. ¿Quieres casarte conmigo?

En ese instante, como surgido de la nada, un fotógrafo hizo su aparición y comenzó a tomar fotos. La luz del potente flash la deslumbró. Parpadeó un par de veces antes de girar la cabeza y mirar con enojo al inoportuno *paparazzi*. O a lo mejor no tan inoportuno, comprendió al ver la reacción de Lalo. Parecía contento, más que contento.

Tragó saliva al tiempo que erguía la barbilla. De repente todas las miradas se hallaban posadas sobre la escena que estaba teniendo lugar en esa mesa, la misma escena que hacía tan solo unos segundos le había parecido tan surrealista como surgida de una película de Buñuel o de un cuadro de Dalí...

Los ojos de Lalo irradiaban confianza, como si la única respuesta posible a su pregunta fuese un manifiesto *sí*.

El anillo brillaba de manera ridícula, decidió Eli mirándolo con una mezcla de fascinación y rechazo.

El fotógrafo volvió a disparar su cámara.

—Sonríe, Eli —se atrevió a decir, dejándola incluso más perpleja de lo que ya se encontraba.

—Eli, querida —murmuró Lalo—, dame tu mano para que pueda ponerte el anillo.

Una mano parecida a la suya hizo acto de presencia delante de sus ojos. Era curioso que el esmalte de uñas fuese exactamente igual al que ella usaba. *Rojo pasión* se llamaba el color. El anillo se deslizó con lentitud por el dedo anular de aquella mano. El contraste del pedrusco con el delgado dedo era impactante. Parecía pesar demasiado para aquella delicada falange...

El fotógrafo sacó varias fotos más.

Los aplausos llegaron hasta ella. Giró la cabeza. La gente la miraba y le sonreía. ¿Por qué se alegraban? ¡Pero si no la conocían!

De pronto, Lalo estaba de pie a su lado y la cogía de la mano, la misma mano que ahora pesaba el doble, debido al enorme y ostentoso anillo. Se puso en pie dócilmente. Sintió cómo sus labios se curvaban en una sonrisa. Eso era lo que debía hacer en ese momento, ¿no? Sonreír.

Los labios de Lalo la besaron. Ella correspondió al beso. No sintió nada, solo el roce de carne contra carne, piel contra piel.

Cerró los ojos y pensó en Cas.

—Enhorabuena —escuchó una voz a su espalda. Era el propio fotógrafo, deseándoles felicidad.

—Muchas gracias, Enrique —repuso Lalo separándose de ella y dirigiéndose al portador de la cámara. Seguía agarrándola firmemente de la mano y Eli deseó que la soltase. Fingió una sonrisa que no alcanzó sus ojos antes de encararse con el *paparazzi*. Tenía tablas en eso de manejar a la prensa; años de ver cómo su madre lo hacía tenían que haberle servido de algo, ¿verdad?

Aunque la situación la había desbordado —no todos los días le pedían matrimonio en público con decenas de ojos sobre ella, más un fotógrafo tomando instantáneas—, era consciente de lo que había sucedido y de las circunstancias en las que se encontraba. Su mente, que hasta hacía unos minutos había sido como la mente de un autómatas, comenzaba a reaccionar y salir de la nebulosa. Sabía que no tenía muchas opciones en esos momentos. No le quedaba más remedio que sonreír y aparentar una satisfacción que no sentía.

Estaba horrorizada.

Lalo le había tendido una trampa.

Después de unos cuantos posados, en los que pensó que la cara se le iba a cuartear por efecto de la falsa sonrisa, el fotógrafo decidió marcharse y dejar que cenasen en paz. Las miradas de los curiosos comensales dejaron de clavarse sobre ellos y los empleados del restaurante decidieron servirles la cena, por fin.

Eli se puso la máscara de fría cortesía, entrecerró los ojos y contempló a Lalo a través de sus espesas pestañas. Parecía bastante satisfecho, como si hubiese conseguido algo imposible, como cuando lograba cerrar alguna operación importante. Solo le faltaba frotarse las manos.

Se puso de pie con calma y cogió su cartera de la mesa.

—Voy un momento al aseo. Ahora mismo vuelvo —murmuró en voz baja.

No esperó a que él contestase. Consciente de que todos los ojos seguían sus pasos, echó a andar hacia el fondo del local con la cabeza bien alta.

El baño estaba libre, gracias a Dios. Se apoyó contra la puerta y cerró los ojos un instante, antes de acercarse al espejo para verse allí reflejada. La serena imagen que presentaba nada tenía que ver con el torbellino de emociones que bullía en su interior. Solo sus expresivos ojos mostraban algo del terrible desasosiego que la dominaba.

«Qué bien me has educado, mamá», se dijo, no sin cierto sarcasmo. «Ante todo, compostura. Que nadie sepa lo que estás pensando».

Se miró el reloj y se percató de que llevaban en el restaurante casi una hora. Eran las once menos diez. ¿Cómo era posible que el tiempo hubiese pasado tan rápido? ¡Si parecía que acabasen de llegar!

Gimió.

Todavía se encontraba en estado de shock y quizá tardase horas en comprender las consecuencias que iba a tener la encerrona de Lalo. Porque eso era lo que había sido: una verdadera encerrona. ¿Cómo se había atrevido a hacerle eso? Un destello airado apareció en sus ojos castaños. ¡Era increíble!

Lalo no era así. No era espontáneo. No hacía esas cosas. Era planificador. Todo lo hacía con arreglo a su agenda, y las demostraciones públicas de afecto no le agradaban.

Algo no terminaba de encajar.

Llevaban años saliendo juntos, teniendo una relación que nunca terminaban de formalizar..., y cuando por fin ella se había dado cuenta de que Lalo no era la persona con la que deseaba estar..., sucedía eso. ¿Por qué? Su cambio de actitud tan brusco no tenía ningún sentido.

Bajó la mirada y contempló el monstruoso anillo. Era impresionante. Con toda probabilidad costaría más que la moto y el coche de Cas juntos.

Cas...

Se le puso la carne de gallina al pensar en él. ¿Qué iba a decirle? ¿Qué podía contarle? Después de haberle dicho esa tarde que no pensaba casarse con Lalo, de pronto, esa misma noche había aceptado su anillo de compromiso delante de decenas de personas y un fotógrafo.

Se llevó las manos a la cara y contempló su avergonzada imagen en el espejo. ¿Qué iba a pensar de ella?

«Pues que eres una imbécil, sin capacidad de decisión, insegura y cobarde...»

¡Pero las circunstancias la habían desbordado!

«Estupideces. ¿Las circunstancias? ¿Se puede ser más ñoña que tú? No, es imposible». La voz enfadada de la *otra* Eli resonó en su cabeza.

En ese preciso momento la puerta del baño se abrió y la misma chica que antes había estado tomando fotos con el móvil entró. Era joven y guapa, con el pelo castaño y los ojos claros. Se le iluminó la cara al verla allí.

—¡Enhorabuena! —le dijo con una enorme sonrisa—. ¡Sois la pareja perfecta!

Eli le dirigió una sonrisa diplomática. ¿Por qué la gente que no la conocía se creía con derecho a hablarle? ¿A felicitarla? ¿Por qué? ¡Qué tontería! Estaba claro por qué. Era una figura pública. Era la *hija de*.

Murmurando un *gracias*, abandonó los aseos que le habían servido como refugio en los últimos minutos, y se dirigió a la mesa donde su pesadilla la esperaba.

Lalo no había probado bocado. La aguardaba.

Eli tuvo una visión fugaz de la noche en la que Cas la había llevado a *El sueño eterno* y ella se había escondido en el baño. Cuando había regresado a la mesa él ya se había terminado su hamburguesa. En aquel momento, eso le había parecido una falta de educación, ahora ya no sabía qué pensar... El comportamiento de Cas era tan natural, y el de Lalo, tan mecánico...

Su «prometido» se puso en pie y le retiró la silla, como en una película de los años cuarenta, con un gesto que a ella le resultó exagerado. Mientras se sentaba y dejaba la cartera sobre la mesa,

evaluó la situación. Una sospecha comenzaba a invadirla. Una sospecha que quedó confirmada con las siguientes palabras que salieron de la boca de Lalo.

—Tienes que llamar a tu madre cuanto antes. Se alegrará de que por fin nos hayamos comprometido.

Eli clavó la mirada sobre su rostro.

—¿Mi madre? ¿Ella sabía que me ibas a proponer matrimonio? —inquirió con la voz calmada, aunque la sangre había comenzado a hervirle en las venas.

—Claro —repuso él sorprendido, como si el hablarlo con la madre de ella antes que con ella misma fuese la cosa más normal del mundo—. Hemos hablado esta tarde y se lo he comentado. Estaba encantada de que por fin nos hubiésemos decidido.

Eli entornó los ojos. ¿*Hubiésemos*? ¿En plural?

Así que eso era lo que había sucedido... *Su madre* había sucedido.

—No estarás molesta, ¿verdad? —preguntó él.

—No, no... —mintió. ¿Qué podía decir? ¿Qué podía reprocharle realmente? ¿Que le parecía de un mal gusto terrible que lo hubiese consultado con su madre antes que con ella? De nada le iba a servir comenzar una discusión en público, con todos los clientes del restaurante pendientes de sus gestos y sus palabras.

Tenía que pensar mucho en cómo iba a actuar de ahí en adelante. La vida se le acababa de complicar de una manera impredecible.

Y luego estaba Cas...

Cas.

Capítulo Treinta y Dos

Cas arrojó el trapo que había estado estrujando en las manos contra la pared. El sonido apenas perceptible que el golpe provocó no le produjo ningún alivio. Hubiese deseado tener algo más consistente a su alcance, una llave inglesa o un martillo y haber destrozado la pared con él.

La historia que Jan acababa de contarle le había llenado de ira. ¿Cómo era posible que el inconsciente de su hermano hubiese hecho eso? ¡No podía ser cierto!

—¡Mierda, mierda, mierda! —volvió a exclamar. Parecía haberse convertido en su expresión favorita en los últimos minutos—. *Scheisse, Scheisse, Scheisse!*

—Da igual en qué idioma lo digas, Cas. La ha cagado —repuso Jan. Aunque aparentaba encontrarse más calmado que su hermano, la tensión que presentaba su postura y su mandíbula apretada daban fe de que no era así.

Cas se pasó las manos por el pelo con un gesto nervioso. Se sentía responsable de la situación. ¿Acaso Till no trabajaba para él? ¿Cómo era posible que no se hubiese dado cuenta de lo que estaba sucediendo?

—¿Dónde está? —gruñó.

—No tengo ni idea. Me ha llamado desde un móvil de prepago y no ha querido decirme dónde estaba.

—Joder, Jan, esto es muy gordo. No podemos arreglarlo. —Comenzó a frotarse la nuca. Tenía que pensar en algo.

Jan no contestó. Se dio la vuelta y se dirigió a la puerta del taller.

—¿Le has visto hoy? —terminó por preguntar.

—Sí, claro. Ha venido a trabajar y ha estado toda la mañana en la tienda. Luego, antes de comer, ha cerrado y se ha ido —respondió Cas, acercándose a su hermano—. No me preguntes si me he dado cuenta de que algo no iba bien, porque si hubiese sido así no me habría pillado de sorpresa lo que me has contado.

Jan asintió con gravedad. Cas dejó escapar otro taco.

Era impensable que después de lo que había sucedido hacía solo unas semanas, su hermano hubiese vuelto a apostar con la misma gente que había estado a punto de joderle la vida. Y había vuelto a perder. Y no unos cuantos miles de euros. No...

¡Ciento ochenta mil euros!

Todavía no daba crédito a lo que su hermano mayor acababa de contarle.

—¿Qué cojones estaba pensando? —masculló.

Jan se encogió de hombros.

—Dice que quería solucionar el problema en el que nos había metido. Que quería recuperar lo que habíamos perdido.

—*Fuck!*

Cas sintió cómo la furia tomaba posesión de él. Se dio la vuelta y cogió lo primero que tenía al alcance de la mano, que era un medidor de presión para neumáticos que Tony había dejado encima de la mesa. Lo arrojó con fuerza contra la pared. El aparato se rompió en pedazos. Siempre había sido temperamental, pero la edad y la vida le habían calmado y vuelto más racional. De algún modo esa racionalidad acababa de desaparecer.

—Tampoco sirve de nada que te pongas así. —La voz sosegada de Jan le reprendió.

—Me sirve para calmarme —rugió, aun a sabiendas de que su hermano tenía razón. El haber estrellado contra la pared el medidor tampoco le había ayudado. La sangre seguía hirviendo en su interior —. ¿Qué cojones vamos a hacer ahora? ¿Hay alguna opción de que podamos hablar con los Albescu?

—No tengo ni idea, pero no creo que vayan a hablar con nosotros si no vamos con el dinero por delante —suspiró Jan. Se acarició la rasurada nuca con lentitud, pensativo. Parecía ser un gesto común de ambos.

—¿Y mamá? Habrá que decírselo... —masculló Cas cerrando los puños. La situación en la que Till había puesto a la familia era aterradora. Su madre tenía que saberlo y estar preparada para lo peor.

—Sí. Hay que contárselo.

Cas se dio la vuelta y se encaminó a la parte trasera del taller. Con movimientos bruscos se quitó el mono de trabajo y procedió a

vestirse. Tenía la mirada clavada sobre la pared, sobre una foto enmarcada de la primera moto que había restaurado. Recordaba el día que se había tomado esa instantánea como si fuese ayer. Se había sentido tan orgulloso. Aquella noche había invitado a cenar a su madre y a sus hermanos para celebrar que el negocio que tanto le había costado montar comenzaba a tener éxito.

Se preguntó si tendría que venderlo para poder saldar la deuda de su hermano.

Todos sus sueños a la basura.

Cerró los ojos y respiró hondo varias veces.

—¡Joder, Till! ¿Por qué lo has hecho? ¿Por qué no has dejado que las cosas siguiesen su curso?

Fue al abrocharse los pantalones cuando se dio cuenta de que le temblaban las manos. Hacía años que no le embargaba una furia de aquella magnitud. Tenía que serenarse y tratar de encontrar una solución al problema. De nada servía perder los nervios. De nada.

A veces envidiaba la sangre fría de Jan.

Su hermano le estaba esperando en el mismo sitio donde le había dejado. Acababa de colgar el teléfono.

—Acabo de hablar con Bajram.

—¿Con Bajram? —se alarmó Cas—. ¿Para qué?

—Para que me dé el teléfono del mayor de los Albescu —repuso Jan haciendo un gesto tranquilizador con la mano.

—¿Te ha preguntado para qué lo querías?

—Sí. Pero le he dicho que no era asunto suyo —manifestó Jan con gravedad—. Se ha reído. Supongo que ya sabe lo que ha sucedido.

—¿Tienes el número? —inquirió Cas, bufando de impotencia. No le sorprendía que toda esa gentuza de los bajos fondos supiese lo que había hecho Till. Con seguridad ellos habrían sido los últimos en enterarse.

—Sí, voy a llamarle.

—Hazlo.

Jan marcó el número y se llevó el móvil a la oreja. Clavó los ojos sobre el rostro de Cas con una expresión seria.

—¿Viorel?

—...

—Sí, soy Jan Landvik.

—...

Cas se mantenía en silencio, observando las facciones de su hermano.

—¿De cuánto tiempo disponemos? —La tensión se reflejó en sus palabras.

—...

—Va a resultar difícil conseguir tanto en tan poco tiempo... —comenzó, pero la voz al otro lado de la línea le interrumpió.

—...

—Está bien. Estamos en contacto.

Cas arqueó las cejas esperando a que su hermano colgase y le mirase. La conversación no parecía haber ido muy bien.

—Tenemos cinco días —dijo Jan finalmente, guardándose el móvil en el bolsillo trasero de los pantalones. Su expresión era sombría.

—¡Cinco días! ¡Pero eso es el sábado! ¿Cómo cojones vamos a conseguir ciento ochenta mil euros de aquí al sábado? —estalló Cas. De pronto, todas sus intenciones de mantenerse sereno y en calma se desvanecieron. La cólera se apoderó de él. Con un gruñido casi salvaje agarró el borde de la mesa donde se apilaban los diseños y dibujos, y a pesar de su enorme peso la levantó en el aire y la volcó, como si no pesase más que una simple pluma. Las hojas de papel salieron volando en todas direcciones.

Jan no dijo nada, ni siquiera intentó calmarle. Se hallaba sumido en sus propios pensamientos con la mirada perdida.

Cas contempló el desorden que su arranque de ira había causado. Respiraba con dificultad, no debido al esfuerzo, sino a la profunda rabia que sentía.

—¿Podemos localizar a Till de alguna manera? —terminó por preguntar.

—No. No ha querido decirme dónde está. Dice que nos llamará —replicó Jan, aclarándose la garganta.

—¡Será gilipollas! —masculló Cas—. Primero la caga y luego se esconde.

—Supongo que en el fondo está acojonado.

—¡Y tiene que estarlo! ¡Joder! En menudo lío nos ha metido a todos.

El móvil de Jan comenzó a sonar. Este lo sacó del bolsillo y miró la pantalla.

—Es mamá.

Cas profirió una maldición.

—Dile que vamos para allá. Que tenemos que hablar con ella. Que nos espere en casa.

Jan asintió antes de descolgar.

Cas se dirigió a su oficina a coger las llaves de la moto. Tenía tal confusión de ideas en la cabeza que le costó pensar dónde las había dejado. Después de buscarlas durante unos minutos, se dio cuenta de que las llevaba en el bolsillo de los vaqueros.

Dejó escapar un gemido frustrado. El día había resultado ser un absoluto desastre, primero lo de Tony, ahora lo de Till; solo deseaba llegar a casa y poder hablar con Elisa.

Oír su voz, ver su rostro...

Elisa.

Capítulo Treinta y Tres

La conversación con Cas estaba resultando de lo más extraña. No parecía ser el mismo hombre de otras veces. Un tinte de desesperación teñía su voz, pero por más que ella le había preguntado qué le sucedía, él se había limitado a decirle que tenía algún problemilla en el trabajo.

Eli no le creía. La preocupada actitud de él no cuadraba con que solo se tratase de eso. Parecía disperso, distraído..., incluso su sonrisa era forzada.

Pero ¿quién era ella para cuestionarle? ¿Acaso no le estaba ocultando lo de su «compromiso» con Lalo?

La cena había sido un horror. Todas esas horas fingiendo interesarse por lo que él le relataba de su estancia en Dubai, mientras intentaba encontrar alguna manera de escapar de la situación en la que la encerrona de Lalo la había colocado, la habían dejado agotada. Como ya había sospechado, el magnífico sushi con el que tanto disfrutaba, le había sabido a serrín, y el fabuloso y caro champán le había resultado del todo desagradable. No deseaba beber más de la cuenta y nublarse el sentido. El shock de la pérdida de mano ya la había emborrachado lo suficiente.

El trayecto de regreso a casa había transcurrido en silencio. Lalo, gracias a Dios, había respetado que ella no deseara hablar. Parecía haberse sentido bastante satisfecho mirando su mano con el anillo brillando en su dedo anular.

Eli había suspirado de alivio cuando se habían despedido en la puerta de casa. Se había limitado a besarla en la mejilla y a desearle buenas noches, prometiendo llamarla al día siguiente. Ella había asentido sin demasiado entusiasmo. Solo quería que la noche acabase...

Lo primero que había hecho nada más entrar por la puerta de su apartamento, además de acariciar a Pipi, había sido quitarse el anillo y dejarlo sobre la mesa del salón. El simple hecho de hacerlo la había aliviado una barbaridad.

Después se había dirigido al dormitorio, y había sacado el vestido rojo del armario. Se lo había puesto y se había mirado al espejo con atención. Se sentía un poco bipolar, como si dos mujeres diferentes habitasen dentro de ella. Una había cenado con Lalo en el *Kabuki* y se había «comprometido» con él. La otra estaba allí, en ese instante y se había vestido de rojo para complacer a Cas.

Se había ahuecado el pelo con las manos antes de apresurarse en encender el portátil. Ya había pasado la medianoche, pero Cas había insistido en que le llamase, fuese la hora que fuera, y ciertamente ella se moría por escuchar su voz. Con el corazón palpitándole con fuerza se había conectado al Skype y le había llamado.

Desde el primer momento había sido consciente de que algo no marchaba bien. Cas parecía agotado y aunque se esforzase por ocultarlo, las profundas arrugas de preocupación que rodeaban sus ojos eran muy evidentes.

—Y dime, *Prinzessin*, ¿cuándo vienes? —susurró él en ese momento. Aparentaba estar más triste que de costumbre y su voz sonaba tensa.

—¿A verte? —inquirió ella, sorprendida de que él le hiciese una pregunta tan directa.

—¿No se casa tu amiga aquí? —Él arqueó las cejas.

—Eh... sí, sí, claro. —Eso era lo que había querido decir..., no que fuese a verle a él.

—¿Y?

—Voy el viernes —contestó. Se mordisqueó el labio inferior con nerviosismo al pensar que Lalo también iba a acudir.

—¿Estás bien, Elisa? —Él se acercó más a la pantalla. La miraba con atención como si quisiese escudriñar los secretos de su mente. Se puso nerviosa.

—Sí. Sí.

—No lo parece.

—Estoy un poco cansada, eso es todo —mintió.

Él la miró con suspicacia. Parecía saber en todo momento qué era lo que ella estaba pensando. ¿Cómo era posible que un hombre al que apenas había visto media docena de veces la conociese tan bien?

—No me dices toda la verdad —insistió él con los ojos entrecerrados.

De pronto, se sintió demasiado presionada.

«Demasiado para una sola noche. Dos hombres y ambos intentando hurgar en mi mente».

—Tú a mí tampoco —reaccionó a la defensiva, contestando con rudeza.

Él arqueó una ceja, sorprendido por su tono. Se alejó de la cámara y se recostó contra el respaldo del sofá donde estaba sentado.

—Quizá sea mejor que nos despedamos por esta noche —repuso con frialdad, al cabo de unos segundos de incómodo silencio.

Ella sintió un pinchazo en el pecho. ¡No! No quería que la conversación terminase así!

—¡Espera! —exclamó al ver que él hacía un gesto con la mano, como si fuese a cortar la comunicación—. No te vayas... Lo... lo siento... —murmuró—. Hoy he tenido un día complicado. No es culpa tuya —terminó, suspirando. Clavó los ojos en el portátil e intentó comunicarle con la mirada lo que no se atrevía a decirle con palabras. *No me dejes sola. Te necesito.*

Él tardó unos instantes en reaccionar. La miró con fijeza por espacio de varios segundos con una indescifrable expresión en el rostro. Finalmente volvió a acercarse a la cámara.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó en voz baja.

—No —respondió ella en un susurro.

—Está bien —repuso él—. No hablemos de ello. —Hizo una pausa—. Yo tampoco he tenido un buen día hoy.

—¿Quieres hablar de ello?

—No.

Eli asintió con lentitud. Le hubiese gustado que él le contase cuáles eran sus problemas, pero respetaba que no quisiese hacerlo. Sintió cómo se le encogía el corazón al ver su preocupado semblante. Tuvo que reprimir el absurdo impulso de levantar la mano y acariciarle el ceño.

—Estás espectacular. —Las palabras de él la sacaron de su melancólica contemplación—. Ese vestido es perfecto.

Eli se sonrojó.

—Me alegro de que te lo hayas puesto y me hayas llamado. — Pareció que él iba a añadir algo más pero no lo hizo. La contempló pensativo.

—Yo también me alegro de haberte llamado —musitó ella, apenas sin voz.

No sabía qué le sucedía esa noche. Las otras ocasiones en las que había hablado con Cas no habían sido así. Siempre había habido tensión sexual en el ambiente, palabras y gestos de doble sentido... Pero esa vez estaba siendo diferente. El aire semejaba estar cargado de otro tipo de sentimientos... No había tensión sexual..., era otra cosa.

—Así que el viernes —carraspeó él sin apartar la mirada—. ¿Dónde te vas a alojar? ¿En el mismo chalet?

—No, no. Tenemos habitaciones reservadas en *El Palacio del Morisco*, es allí donde va a celebrarse la boda.

Eli bajó la mirada. Le resultaba difícil hablar de la boda de Alba sabiendo que Lalo iba a ser su acompañante. Gracias a Dios iba a compartir una suite con Tana y Sandra, así lo habían decidido, y no con él.

Cas se había quedado absorto, como si algo le rondase por la cabeza. Se llevó la mano a la barbilla y comenzó a acariciársela. Aunque tenía la vista fija en la pantalla de su ordenador Eli dudó de que realmente la estuviese viendo.

Al cabo de un rato, pareció haberse recuperado del extraño lapsus de atención y la observó con más atención que nunca antes, o al menos eso pensó ella.

El silencio volvió a reinar entre ellos, mientras se miraban. Cualquier banalidad que hubiese podido flotar en el ambiente se había esfumado, dando paso a una grave y potente intensidad. Transcurrieron varios segundos sin que ninguno dijese nada. Eli sintió su corazón latiendo de manera desacompasada y su respiración acelerándose.

¿Qué era lo que estaba sucediendo?

—Quiero volver a verte. —Cas rompió el silencio, al fin. Su voz, un mero susurro.

Ella sintió cómo se le erizaban los pelos de la nuca y se le cerraba la garganta. Sus palabras tenían un ligero toque de

desesperación que nunca había escuchado en él. Notó cómo le temblaban los labios, ¿de la emoción contenida? No lo sabía, pero se llevó la mano a la boca como para detener esa estúpida agitación que parecía haber tomado posesión de ella. También su mano temblaba, se percató perpleja.

«¿Qué me pasa? ¿Por qué reacciono así?»

«Lo sabes perfectamente», le dijo una voz dentro de ella. «Te estás enamorando. Reconócelo. Ese hombre que tienes frente a ti, con toda su crudeza y su forma de ser tan diferente a la tuya te ha conquistado».

—Voy a desconectar, Elisa. Estoy agotado.

Cas se pasó la mano por el pelo y suspiró. Parecía decepcionado.

«¡Dile algo! ¡Reacciona!»

—¡Cas!

Él la miró con los ojos entornados. Incluso a través de la lente de la cámara, su expresión era dubitativa.

—Yo también quiero verte —musitó ella con la voz entrecortada.

* * *

Cas cerró el portátil y se recostó contra el respaldo del sofá. Miró al techo y pensó en las últimas palabras que le había dicho Elisa antes de despedirse.

Yo también quiero verte.

No habían sido las palabras en sí, sino el tono, la forma de decirlas, cómo le habían temblado los labios al pronunciarlas...

Sintió una pesadez enorme en el pecho.

Giró la cabeza y miró a Eli que le observaba con aburrimiento desde su lugar preferido en el rincón del salón.

—Joder, Eli... Creo que me estoy enamorando...

Capítulo Treinta y Cuatro

Eli cerró los ojos y se mordió la lengua. Llevaban solo diez minutos en casa de sus padres y ya había deseado en más de cuatro ocasiones que la tierra se la tragase.

Tal y como había sospechado la noche anterior, la escenita del compromiso en un restaurante público parecía haber sido orquestada por su madre y Lalo en connivencia. Tanta mirada cómplice entre ellos no era mera casualidad.

Había recibido una llamada de su madre a primera hora de la mañana, dándole la enhorabuena. Había enterrado la cara en la almohada ahogando un gemido de desesperación y ni siquiera se había cuestionado cómo era posible que ya estuviese enterada. La respuesta era clara: Lalo. Había soportado en silencio y con estoicismo las felicitaciones de su progenitora y no había podido negarse a aceptar su invitación a comer.

Y allí estaban, la feliz pareja sentada en el sofá del salón de la casa de sus padres, mientras Carmen de Luis los observaba con satisfacción desde el sillón de alto respaldo de enfrente. Su padre y su hermano no estaban, gracias a Dios.

—¿Habéis decidido ya la fecha? —preguntó su madre en esos instantes, llevándose la copa de vino a los labios. Había abierto una botella de un *Domaine de la Romanée-Conti* carísimo que había estado reservando para una ocasión especial. Eli ni siquiera lo había probado. Su copa permanecía intacta sobre la mesa.

—En cuanto acabe el proyecto de Dubai —contestó Lalo a su lado, al tiempo que se aproximaba más a ella y le apoyaba la mano en la rodilla. Eli sintió cómo se le revolvía el estómago. ¿Iba en serio? ¿Así? ¿Sin consultarle ni haberlo hablado con ella?

—Todavía no lo hemos hablado —repuso con voz firme, poniéndose de pie para huir de su cercanía. Llevaba una falda azul no muy larga y la ausencia de medias había propiciado que el contacto fuese demasiado para ella. Su mano no era áspera, era suave. No era la mano adecuada, decidió.

Vio cómo su madre fruncía el ceño y la miraba con reprobación. En cualquier otro momento hubiese dado marcha atrás, intentando aplacarla, pero no en esa ocasión. Lo que estaba en juego era su futuro y no pensaba dejarse influir por nadie, aunque su pasividad quizá diese muestra de lo contrario.

No. No pensaba dejarse manejar. Esta vez no. No.

Pero necesitaba tiempo. Tiempo para dilucidar cuál era la mejor forma de enfocar el tema. No iba a seguir adelante con el compromiso, eso lo tenía muy claro, pero era algo que tenía que hablar con Lalo a solas. Ellos dos y nadie más.

Ya en el coche de camino a casa de sus padres le había insistido en que llamase al fotógrafo de la noche anterior, para que no publicase las fotos del restaurante hasta que no hubiese hablado con sus amigas y su familia, no quería quitarle el protagonismo a Alba justo unos días antes de su boda. Era una maniobra dilatoria, cierto, pero la confusión que tenía en la cabeza no le había dejado pensar en nada más inteligente.

Lalo le había asegurado que el reportaje no iba a salir hasta la semana siguiente, y ella había respirado tranquila al saber que por lo menos disponía de algo de tiempo para planear una estrategia.

—Bueno, cariño —dijo él en ese preciso instante—, tampoco me puedes hacer esperar demasiado, ¿no?

Eli se dio la vuelta y le miró con suspicacia. ¿Lalo acababa de decir *cariño*?

—Pues claro que no —respondió su madre dejando la copa sobre la mesita baja de cristal, y poniéndose en pie. Con una sonrisa que no terminó de alcanzar sus ojos, se dirigió hacia donde Eli había huido —el otro extremo del salón— y cogió a su hija del brazo, como si la relación madre-hija que tenían fuese perfecta—. Eli está un poco cansada por todo lo de la boda de Alba, ¿verdad? —Y sin dejarle tiempo para contestar, siguió hablando—. Tiene la cabeza llena de preocupaciones con lo del vestido. Lalo, no se lo tengas en cuenta. La semana que viene seguro que estará más dispuesta a hablar de la fecha.

Eli sintió cómo la sangre hervía en su interior. Estuvo a punto de soltarse del brazo de su madre con brusquedad y de replicarle, pero la voz de su hermano desde la puerta del salón se lo impidió.

—Creo que hay que dar la enhorabuena, ¿no?

Se acercó a ella y a su madre con su eterna y educada sonrisa en el rostro. La cogió por los hombros y le dio un par de tibios besos en las mejillas.

Eli murmuró un *gracias*. Se alegró de que la felicitación, si bien poco efusiva, hubiera servido para apartarla de su madre. Un solo segundo más escuchándola y hubiese estallado.

Su hermano la soltó para acercarse a Lalo, que se había levantado, y estrecharle la mano con vigor. Ambos lucían sonrisas satisfechas, esas sonrisas que solían mostrar los hombres cuando creían que eran más listos que las mujeres que los rodeaban.

—Eli, enhorabuena. —La voz de su padre a su espalda hizo que se sobresaltase—. Ya era hora. —Se acercó a ella sonriendo condescendiente y la abrazó con firmeza. Parecía alegrarse de veras, como si ese matrimonio fuese lo que más deseaba en el mundo.

—Gracias papá —repuso en voz baja aprovechando el momento y enterrando la cabeza en su cuello. Olía bien. A colonia. Aspiró hondo. El aroma le trajo recuerdos casi olvidados de su niñez. ¿Cuándo había sido la última vez que su padre la había abrazado así?

El abrazo terminó demasiado pronto. Su padre, ajeno a los sentimientos que la inusual muestra de cariño había despertado en ella, se alejó y se acercó a Lalo y a su hijo Poncho. Notorias felicitaciones siguieron.

Eli se sintió melancólica. Nunca jamás podría competir con su hermano Poncho por el afecto de su padre. Pensaba que ya se habría acostumbrado a eso, pero la escena que acababa de tener lugar le recordaba que estaba equivocada, seguía afectándole. Y lo peor de todo era pensar que esa demostración de afecto por parte de él solo venía motivada por su compromiso con Lalo. Ni siquiera cuando había terminado la carrera con unas calificaciones excelentes se había alegrado tanto...

—Espero que cambies de actitud después de la boda, Eli —musitó su madre justo a su lado, sacándola de sus lúgubres pensamientos—. Lalo es el hombre perfecto para ti y si sigues

actuando así vas a terminar por hacer que se te escape. No lo estropees. No seas pueril.

—A lo mejor no es lo que quiero para mi futuro, mamá —susurró ella, no sin violencia. Había comenzado a temblar de indignación.

—¿Y qué vas a querer si no? —La voz de su madre resonó con sorpresa y sus facciones presentaron una mueca de incredulidad—. Lalo es lo mejor que te podía pasar, Eli. Con él toda tu vida va a estar más que resuelta y vas a poder vivir como una reina.

Eli respiró hondo antes de volverse a mirar a su madre, que tenía los labios apretados y la mandíbula tensa. Sintió deseos de replicar, de rebelarse, pero ¿para qué? No le iba a servir de nada. Cuando Carmen de Luis tomaba una decisión, nada ni nadie podían hacerle cambiar de opinión.

—Creo que este no es el momento ni el lugar para hablar de eso —dijo, suspirando con resignación.

—Es la primera cosa con sentido que dices desde que has llegado, Eli. Espero que cambies de actitud. No estás actuando con lógica. Me decepcionas.

Eli se mordió la lengua. A veces, en esa casa se sentía como si se encontrase en el interior del libro *Alicia en el país de las maravillas* y todo lo que sucediese a su alrededor fuera irreal. ¿Acaso su madre no se parecía hoy a la malvada reina de corazones, con ese vestido color granate a juego con su pintalabios? Se llevó la mano a la boca para contener la risita histérica que estuvo a punto de brotar de su garganta.

—No te entiendo, Elisa —murmuró su progenitora, mirándola con las cejas arqueadas—. No sé qué puede tener de graciosa esta situación. Te estás comportando como una niña boba. —Y sin más se alejó de ella, acercándose a los hombres, que seguían palmeándose la espalda y hablando «masculinamente».

Eli recuperó la sobriedad. Su madre tenía razón en una cosa. Se estaba comportando como una niña boba, pero no por reírse histéricamente, no. Por dejar que el «compromiso» siguiese adelante y no haber puesto fin a esa farsa desde el primer momento.

Volvió a preguntarse qué pensaría Cas de todo aquello si se enterara. Después de la extraña conversación que habían

mantenido la noche anterior, en la que ambos semejaban haberse expuesto algo más de la cuenta, el que ella le ocultase algo así le parecería una traición, un doble juego, sin duda.

No tuvo oportunidad de pensar mucho más en su rubio tormento; su madre le indicaba con un gesto que la comida ya estaba lista y que debían pasar al comedor.

Eli obedeció.

Capítulo Treinta y Cinco

Cas bajó el cierre de su taller con energía. A pesar de estar agotado física y mentalmente, todavía parecían quedarle fuerzas para eso.

Caótico día. Horrible día.

Él, Jan y su madre se habían pasado toda la mañana en el banco, intentando negociar con el director la mejor forma de hipotecar la casa de su madre. Era la única propiedad que no estaba ya hipotecada. Tanto su negocio como su piso, así como los de Jan, lo estaban. Después de varias horas de inútiles conversaciones, solo habían sacado en claro una cosa: aunque consiguiesen que el banco les diera una hipoteca por la casa en tan corto periodo de tiempo —lo que era del todo imposible—, el importe no les alcanzaría para pagar la deuda. Su madre vivía en un pequeño apartamento de dos dormitorios en segunda línea de playa; ni siquiera tenía vistas.

Ebba Landvik era una mujer muy fuerte e independiente, que siempre se había tomado la vida con pragmatismo. La extraña relación que mantenía con su marido ya daba fe de que no era una persona convencional. Amaba a sus hijos con pasión pero siempre había intentado que no acudiesen a ella buscando solución a sus problemas. Los había criado de tal manera que supiesen desenvolverse por sí solos. Había tenido suerte con Jan y con Cas, pero Till...

No había derramado ni una sola lágrima cuando Jan y Cas habían acudido a ella a contarle la nueva hazaña del pequeño; se había limitado a fruncir el ceño y a sentarse con ellos a intentar encontrar una salida al atolladero. Cas adoraba a su madre y verla reaccionar con ese aplomo hacía que el corazón se le expandiese en el pecho de orgullo. Pero después de aquella mañana, hasta la fortaleza de su madre se había visto comprometida.

Ni siquiera se habían planteado hablar con su padre. A pesar de que era un excelente médico, y eso en Alemania era sinónimo de un

suelo más que aceptable, su carácter filantrópico le llevaba a donar a diferentes organizaciones casi todo lo que ganaba y vivía al día, incluso con estrecheces.

Jamás iban a poder conseguir el dinero a tiempo de un modo legal.

Después de despedirse de su abatida madre, prometiéndole encontrar una solución, se habían ido a trabajar. Jan no tenía tanta prisa, tenía a Tita ocupándose de su negocio, pero Cas estaba solo. Había llamado a la mujer de Tony y esta le había informado de que tenía que ser operado y tendría que estar de baja de cuatro a seis semanas.

Le entraban sudores fríos pensando que tenía cuatro motos esperando a ser restauradas y que estaba solo. Dudaba que pudiese cumplir con los plazos. No le agradaba, pero iba a tener que buscar a alguien que le echase un cable. Y para la tienda también. Till no había vuelto a dar señales de vida, exceptuando un breve mensaje diciéndoles que se encontraba bien.

Se pasó la mano por la nuca y cerró los ojos. Suspirando, se dirigió a la parte trasera. Allí había una pequeña cocina, donde él y Tony solían tomar café a media mañana. Abrió el frigorífico y sacó una lata de cerveza. Eso era lo que más necesitaba en ese momento: una cerveza bien fría. Eso y unos minutos de reflexión hasta que su hermano cerrase el estudio y se acercase para hablar de Till y del marronazo en el que se habían convertido sus vidas.

Le mandó un wasap.

Te estoy esperando en el taller. Tardas?

Al cabo de solo unos segundos llegó la respuesta.

No. En quince minutos

Cas se sentó en la oscuridad de su oficina y bebió un largo trago de la lata. La fría bebida no solo le calmó la sed, pareció calmarle los nervios también.

«Joder, Till, joder, ¿dónde estás?», se preguntó por enésima vez aquel día. Si por lo menos pudiesen localizarle no estarían tan preocupados. Chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

«Menuda mierda».

De pronto, tenía dos puñeteros frentes abiertos en su vida. El jodido tema de cómo iban a conseguir ciento ochenta mil euros en

tres días, y... Elisa.

Elisa.

Volvió a beber otro trago de cerveza, intentando evitar lo inevitable, reconocer que se había enamorado de ella.

«Apenas la conozco».

«Viene de un mundo muy diferente al mío».

«Sé que me oculta cosas».

Daba igual. Por más que todos esos pensamientos le rondasen por la cabeza sabía que estaba tocado.

—Tocado y hundido —murmuró, levantando la lata y brindando consigo mismo, al tiempo que hacía una mueca sarcástica.

Tenía unas ganas terribles de volver a verla, de abrazarla, besarla, oler ese aroma tan de ella... De sentir su cuerpo desnudo contra el de él y escucharle gritar su nombre cuando se corría dentro de ella... *Gott!* Solo de pensarlo sentía cómo su entrepierna aumentaba de tamaño. ¡Joder!

Y no solo la deseaba sexualmente y eso era lo más frustrante... Había algo más. No solo quería tocarla, besarla, poseerla. No... Tenía la necesidad de abrazarla y hacer que se sintiese segura, de protegerla, de cuidarla..., de borrar sus preocupaciones, de hacerla sonreír. Quería ser el responsable de que le brillasen los ojos de felicidad...

—Joder, Cas, tío... ¡ya está! Te has convertido en el protagonista de una peli ñoña —gimió, cerrando los ojos y sonriendo con ironía. ¿Quién se lo iba a haber dicho a él hacía solo unas semanas? ¿Quién podía haberse imaginado que se iba a transformar en Hugh Grant?

Soltó una carcajada, burlándose de sí mismo.

«Solo falta que me presente en su casa en Navidad, con un antiguo radiocasete y le cante villancicos bajo la ventana, mientras le muestro tarjetas donde pone lo mucho que la quiero. ¿No salía eso en una película?»

La sonrisa se le borró de la cara de repente, al recordar lo esquivada que había estado cuándo le había preguntado qué le sucedía. Sabía que le ocultaba algo. Y esperaba que no tuviese que ver con el tal Lalo de los cojones.

«Bueno, tú también le estás ocultando lo de Till», se recordó a sí mismo.

¿Cómo reaccionaría ella si averiguase el lío en el que estaban metidos? *Fæn!* No quería ni pensarlo. Una chica bien como ella, relacionándose con la... mafia... Sacudió la cabeza con rudeza. Elisa no iba a enterarse de nada de eso.

No podía enterarse.

Unos golpes en la entrada le sacaron de su abstracción. Se apresuró a ir al taller y abrió el cierre metálico. Su hermano entró sin decir palabra. Mientras él volvía a echar el cierre, Jan fue a la parte trasera y regresó con unas cuantas latas de cerveza al cabo de unos segundos.

Se instalaron en la oficina. Cas, en su silla giratoria destrozada, y Jan, en una silla de madera a la que dio la vuelta para que el respaldo quedase frente a él.

—He estado pensando —comenzó.

—¿Y? —Cas abrió la segunda cerveza de la noche. Después de echar un largo trago y mirar a su hermano se recostó contra el respaldo—. ¿Has llegado a alguna conclusión? Porque yo le he dado muchas vueltas y no tengo ni idea.

—¿A quién conocemos que pueda disponer de esa cantidad en efectivo? —preguntó Jan mirando la mesa. De pronto parecía incómodo. Cas tuvo la sospecha de que lo que su hermano iba a decir a continuación no le iba a gustar un pelo—. Quizá si hablas con E...

—¡No! ¡Ni lo insinúes! —Se levantó con violencia haciendo que la silla cayese al suelo del impulso. Se había puesto lívido—. Ni se te ocurra decir su nombre, Jan. *Ni se te ocurra* —masculló con la mandíbula apretada y los ojos centelleantes por la cólera.

Jan también se había incorporado. La reacción de su hermano semejaba haberle tomado por sorpresa.

—Eh, Cas, tío, no te pongas así —intentó tranquilizarle. Levantó las manos con un gesto pacificador—. No voy a volver a mencionarlo. No te preocupes.

Cas le contempló en silencio. Los ojos azules de Jan, tan parecidos a los suyos, trataban de transmitirle calma, y la furia ciega

que había sentido hacía unos segundos comenzó a disiparse poco a poco. Abrió y cerró los puños con fuerza y respiró hondo.

—Lo siento —dijo al fin, ya más sosegado—. No quiero que ella se entere, Jan. Esta es nuestra mierda y no quiero involucrarla.

—No me des explicaciones tío, lo entiendo —repuso el otro, volviendo a sentarse.

—Si quiero que lo mío con Elisa funcione, no puede saberlo —suspiró Cas, levantando la silla del suelo y tomando asiento. Cogió su lata de cerveza y volvió a dar un par de tragos—. Al menos todavía no.

—¿Vais en serio, entonces? —preguntó Jan.

—Ni idea. No lo sé.

Transcurrieron varios minutos en silencio sin que ninguno de los dos dijese nada. Ambos se hallaban sumidos en sus pensamientos y ninguno parecía ser demasiado agradable, si se tenían en cuenta sus semblantes.

—Solo nos queda una solución —arguyó Jan.

Cas levantó la cabeza y le miró. Sabía lo que su hermano iba a decir. Frunció el ceño.

—Eso es hipotecarnos la vida, lo sabes, ¿no? Mejor dicho, hipotecártela tú.

—Claro que lo sé, pero no tenemos otra opción. ¿Ciento ochenta mil euros en tres días? —se rio con sarcasmo—. Quizá sería mejor que atracásemos un banco, o que organizásemos un secuestro exprés.

Cas se encogió de hombros con cansancio. El humor de su hermano, fuera de lugar, hizo que las comisuras de sus labios se elevasen en una sonrisa.

—No, mucho mejor sería atracar un furgón blindado.

—Sí.

El sonido del móvil de Jan interrumpió la conversación. Lo sacó del bolsillo y miró la pantalla con gravedad.

—Es el número desde el que me ha estado llamando Till.

Cas entornó los ojos. No se preguntaba por qué su hermano pequeño no contactaba con él y prefería hablar con Jan. Lo sabía. Aunque siempre se habían llevado bien, el temperamento calmado

de su hermano mayor era más agradable de soportar que el suyo, más irascible.

—Pásamelo. Deja que sea yo el que hable con él —dijo ahora tendiendo la mano.

Jan le miró con escepticismo pero no dudó. Le pasó el móvil, que seguía emitiendo los acordes de esa peculiar música irlandesa que tanto le gustaba y que tan poco iba con él. Cas lo cogió con impaciencia.

—Till, soy yo —respondió a la llamada con voz fría pero calmada.

—...

—Nos has metido en un lío de cojones. —Miró a Jan al decir esto. Después permaneció largo rato en silencio, escuchando—. Claro. Lo hablamos. Si eso es lo que quieres.

—...

—Ok, pero tienes que volver hoy. No puedes seguir escondiéndote, Till, y dejar que seamos nosotros los que resolvamos tu problema. Al menos ten la decencia de dar la cara, joder.

La mirada alarmada de Jan sobre su rostro le hizo darse cuenta de que se estaba exaltando demasiado. Apretó la mandíbula.

—...

—Está bien. Pero mejor lo hablamos en persona.

—...

—Estamos en el taller. Te esperamos aquí.

Colgó y le devolvió el teléfono a su hermano.

—Viene. —Fue una afirmación más que una pregunta.

—Sí. Viene —repuso Cas con la voz cansada. Su hermano había sonado aterrorizado. Tan diferente al Till que él conocía, que hasta incluso tan enojado como estaba, había sentido conmiseración por él—. Quiere ayudarnos a resolver esto y luego quiere largarse de aquí.

—¿De aquí? ¿De dónde?

—De España. Dice que ha pensado mucho en ello y que quiere irse a vivir con papá a Hamburgo, que allí no estará rodeado por esa gente y que le resultará más fácil pasar página.

Jan asintió lentamente. Tenía sentido.

—¿Tú qué opinas?

—Que quizá sea lo mejor —respondió Cas, levantándose y mirando hacia el taller, que estaba sumido en la oscuridad—. Quizá el volver a Alemania y relacionarse con otro tipo de personas le sirva para escarmentar y sentar la cabeza. No sé.

Jan se inclinó sobre la mesa y cogió otra lata de cerveza. Le ofreció una a Cas con un gesto, pero este negó con la cabeza. Ya se había tomado un par; más que suficiente, decidió.

—¿Esperamos a Till o llamamos ya? —preguntó.

Jan vaciló. Volvió a sacarse el móvil del bolsillo y lo miró indeciso.

—Con quien quiere hablar es conmigo. No necesitamos a Till para nada —dijo en voz baja—. Y a ti tampoco, Cas. Creo que esto es algo que solo voy a poder resolver yo.

Cas asintió con gravedad. Era probable que Jan estuviese en lo cierto. Él, Cas, no tenía nada que ofrecer que pudiese resultarle interesante a un hombre como aquel, Jan por el contrario...

—Estoy aquí y estoy contigo, y somos familia. Lo que sea, será, pero no pienso dejarte negociar solo. ¿Queda claro?

Una carcajada ahogada emergió de los labios del mayor. Sus curtidas facciones parecieron suavizarse por efecto de ello.

—¡Cuánto amor!

—Calla, cabrón, y llama ya.

Y Jan lo hizo.

Buscó entre sus contactos del móvil. En la B, la B de Bajram.

Capítulo Treinta y Seis

Eli volvió a mirar la hora. Era la una de la mañana y Cas no la había llamado. Se mordisqueó el labio inferior con ansiedad. ¿Y si le había pasado algo? Consultó el wasap. La última vez que había estado activo había sido hacía horas.

Nerviosa, cogió el mando de la tele y la encendió. A aquellas horas de la noche lo único decente que pudo encontrar fue una repetición de un capítulo de *CSI Miami*. Se entretuvo un rato observando a Horatio y su peculiar forma de hablar y moverse. Ese capítulo ya lo había visto, las escenas le resultaban familiares..., aun así no cambió de canal. Trató de concentrarse en los diálogos y en la trama, pero al cabo de diez minutos dejó de intentar engañarse a sí misma. No podía ver la televisión cuando lo único que le rondaba por la cabeza era Cas.

«¿Por qué no le llamas? Siempre estás esperando a que te llame él. Toda tu vida te la pasas esperando a que alguien decida por ti. ¡Haz algo! ¡Toma la iniciativa!». Su voz interior, cada vez más persistente y decidida, la empujaba desde el subconsciente.

Tomó el móvil que había dejado a su lado en el sofá y con determinación buscó entre las últimas llamadas. Pulsó sobre su nombre.

El teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura. Deje su mensaje después de oír la señal.

Colgó con la mirada perdida, clavada en los vívidos colores de Miami representados en la pantalla. Se habría quedado sin batería, especuló. Sí, eso sería lo que había sucedido... y aun así eso no terminaba de explicar por qué no la había llamado aquella noche. ¿Estaría enfadado?

«No. No puede ser. Anoche cuando nos despedimos todo estaba bien», recordó.

Un horrible pensamiento acudió a su cabeza. ¿Y si se había enterado de lo de su compromiso con Lalo? ¿Era posible?

No, no lo era. Si él lo supiese, más gente lo sabría y la habrían llamado... Era imposible. Además, Lalo le había prometido que iba a retrasar lo del reportaje hasta después de la boda de Alba... No, no era eso.

Quizá su silencio tenía algo que ver con los problemas que estaba teniendo y que no deseaba contarle. Aunque le había dicho que no eran demasiado serios y que estaban relacionados con el trabajo, Eli no lo creía. Un instinto le decía que todo apuntaba a Till. Desde la noche de la fatídica llamada de teléfono, algo había cambiado con el hermano pequeño, algo de lo que Cas no quería hablar.

Se recogió el pelo con las manos formando una irregular coleta en lo alto de su cabeza que sujetó con la goma del pelo que llevaba en la muñeca. Después subió los pies al sofá y se acomodó en él. Le encantaba esa postura. Hizo una mueca de desagrado al pensar en lo que diría su madre si la viese así, con un pantalón de pijama y una camiseta de tirantes, con el pelo desarreglado y sentada de aquella manera. Para Carmen de Luis no existían los momentos de relax. Incluso en la intimidad y la soledad de su casa estaba impecable. Siempre.

¡Qué día más horrible! La comida con su familia se había convertido en un suplicio, intentando esquivar las preguntas de su madre y fingiendo un agrado que no sentía. Lalo, gracias a Dios, había sido un encanto, tenía que reconocerlo. Después de haberse percatado de que ella no deseaba ser presionada con el tema de la fecha, se había limitado a cederle su espacio y a no insistir más. Hasta la había rescatado de los insidiosos comentarios de su madre. Se había comportado como un verdadero amigo.

Había hablado con Tana de ello esa misma tarde, después de que él la hubiese llevado a casa, y esta había encontrado segundas intenciones en su conducta. Lo cierto era que desde que le había contado lo del falso compromiso, estaba bastante molesta con ella y furiosa con Lalo.

—Ten por seguro que está tramando algo, Eli. No es normal que esté actuando así. Primero lo del compromiso, con anillo incluido, en un restaurante... Y luego lo de tratarte con guantes de terciopelo, como si le importases algo... No me cuadra —le había dicho.

—Pero ¿qué puede tramar? Tampoco estamos en una novela del siglo dieciocho donde mis parientes me pueden obligar a casarme con él... Soy una persona adulta capaz de tomar mis propias decisiones —había insistido ella.

—¿Estás segura? Porque no lo parece —había respondido la otra con sarcasmo—. Vamos, llevas puesto un anillo de compromiso de un hombre con el que no te quieres casar y no te atreves a decírselo a tus padres. ¿Crees que eso es muy maduro y adulto?

Eli había guardado silencio unos segundos. Claro que Tana tenía razón. Su actitud no parecía demasiado madura, cierto. Pero solo necesitaba tiempo... para planear cuál era la mejor manera de decírselo a su madre y a Lalo.

—Sabes que no voy a seguir adelante con este compromiso —había dicho finalmente—. Es solo que...

—Es solo que nada —la había interrumpido Tana con el enfado latente en sus palabras—. Si Cas llega a enterarse...

—¡No! ¡No puede enterarse! Pensaré que soy una niña tonta.

—Es que lo eres. Por lo menos te comportas como tal, y sabes que te lo digo desde el cariño, Eli. —De pronto el tono de su voz se había suavizado como si se hubiese dado cuenta de que había sido demasiado dura—. Tanto yo, como Sandra y Alba, solo queremos lo mejor para ti, Eli, y Lalo no lo es. Y esa relación enfermiza que tienes con tu madre, tampoco... —Había hecho una pausa—. Cuando hablas de Cas pareces otra, más feliz y más libre de lo que has sido nunca en tu vida. Parece el hombre ideal, ¿no crees?

—Es el hombre ideal —había murmurado Eli—. El problema es que quizá yo no sea la mujer adecuada.

—¡No digas eso! —había protestado Tana—. Tú eres perfecta, cuando no dejas que tu familia te maneje. Haz el favor de espabilarte y lanzarte a por Cas. Hasta un ciego puede ver que estáis hechos el uno para el otro.

—Quizá tengas razón —había murmurado con vacilación—. Sé que hay algo especial entre nosotros. Lo siento, y sé que él también. —Había suspirado antes de cambiar de tema—. Tengo que acabar con esta farsa cuanto antes y decírselo a Lalo. No puedo seguir así, pero voy a esperar hasta después de la boda.

—*No tardes mucho en decidirte. Esta situación te puede estallar en la cara.*

Después de aquellas palabras la conversación había girado en torno a la boda y al viaje de novios que Alba y Jaime planeaban hacer a Australia. Habían hablado también del vestido que Eli iba a llevar y que por fin ya tenía en su poder, y de otras nimiedades sin importancia.

La canción *Won't Get Fooled Again* de The Who, señal de que un nuevo capítulo de *CSI Miami* estaba comenzando, la sacó de sus cavilaciones. Volvió a mirar el reloj y se dio cuenta de que ya eran las dos de la mañana. Demasiado tarde para esperar una llamada de Cas. Se levantó y apagó la televisión. Pipi, que había estado durmiendo en un rincón junto a la puerta, al ver que ella se marchaba a la cama, se incorporó y procedió a estirarse. La siguió hasta el dormitorio, con aspecto somnoliento.

Acababa de apagar la luz del pasillo, cuando el móvil que llevaba en la mano, vibró. Lo desbloqueó con ansiedad y leyó el wasap que acababa de recibir.

Buenas noches, Prinzessin. Acabo de ver tu llamada. Me había quedado sin batería. No he podido llamarte hoy, estaba con Jan y Till solucionando cosas

Otra vibración y un segundo wasap, esta vez de voz. El corazón le dio un vuelco. Pulsó sobre el símbolo de *play*. La profunda y ronca voz de Cas llenó toda la vivienda.

Veo que estás en línea, Prinzessin. He estado todo el día pensando en ti. ¿Tú también en mí?

Eli se llevó la mano a la boca presa de una emoción incontenible. ¡Oh Cas! Iba a contestarle cuando una vibración la sobresaltó. Otro mensaje de voz.

Te echo de menos. Me gustaría que estuvieses aquí.

La voz de él parecía triste, cansada, preocupada... y Eli sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas. Ni siquiera se cuestionó por qué no la llamaba directamente y se limitaba a comunicarse de aquella manera... Quizá era lo que él necesitaba en esos momentos... Vaciló antes de pulsar el símbolo del micrófono y grabar ella misma un mensaje.

Yo también he pensado en ti. Parece que no puedo pensar en otra cosa. Y también te echo de menos.

Hizo una pausa y después de pensar unos instantes, asintió con determinación y volvió a grabar otro mensaje.

Estoy loca por ti, Cas.

No tuvo que esperar mucho. En solo un segundo recibió la respuesta.

Y yo por ti, Elisa.

Capítulo Treinta y Siete

A esa hora de la mañana el *Capricho* estaba cerrado, pero Jan y Cas no dudaron en llamar a la puerta. No tardaron en obtener acceso al local. Bajram los estaba esperando.

El sitio tenía un aspecto miserable por el día. Si bien por la noche, la oscuridad y las luces algo tenues disimulaban los desconchones de las paredes y las manchas del suelo, la luz diurna presentaba inexorable su decadente abandono. Un camarero delgado, con cara de no haberse acostado todavía y un exterior destartado, parecido al del bar, los saludó desde la barra. Con un gesto les indicó que Bajram estaba al fondo.

El albanos-kosovar se encontraba sentado en la misma mesa que la vez anterior. También parecía llevar un traje similar. Su aspecto anodino era el mismo de entonces.

No se levantó cuando los vio acercarse, pero les dedicó una sonrisa agradable. «Demasiado agradable», pensó Cas con suspicacia.

—Los hermanos Landvik. Qué pena que tengamos que vernos en estas trágicas circunstancias. —Su voz aparentaba reflejar verdadero pesar. Los invitó a sentarse.

Cas lo hizo a su derecha, mientras que Jan lo hacía enfrente. Ninguno de los dos dijo nada, aunque ambos se mantenían alerta. Cas sabía que su presencia era un mero formalismo y que el verdadero protagonista de aquella reunión era su hermano. Lo habían tenido claro desde el primer momento, y más todavía después de la llamada telefónica de hacía tres noches.

Bajram quería a Jan. Ahora solo había que negociar los términos.

—Creo que lo mejor será que vayamos al grano —comenzó Jan.

—Bueno, bueno, ¿no queréis beber algo antes? —preguntó Bajram.

Jan hizo un gesto negativo con la cabeza, que Cas secundó. Cuanto antes acabasen con todo eso, mucho mejor.

Bajram suspiró, resignado.

—Veo que tenéis prisa. En fin, esperaba que pudiésemos disfrutar de una charla entretenida antes de entrar en detalles, pero bien... —De pronto el tono de su voz se volvió cortante como la hoja de un afilado cuchillo—. Son ciento ochenta mil euros los que necesitáis de un día para otro. Es mucho dinero. Pero si llegamos a un buen acuerdo, lo podéis tener mañana.

Cas soltó el aire que había estado conteniendo sin ser consciente de ello. El día siguiente era sábado, justo cuando acababa el plazo que les había dado Viorel.

—¿Las condiciones? —preguntó Jan sin despegar la mirada de la cara del albano-kosovar, que parecía muy satisfecho.

—Supongo que habréis oído decir que tengo una especie de negocio paralelo a mis locales de copas... Digamos que no es del dominio público —continuó con los ojos entornados—, pero dado que vuestro hermano ha trabajado para mí y ha visto ciertas cosas, doy por hecho que lo sabéis.

—Algo hemos oído —murmuró Cas sin querer comprometerse. Jan guardó silencio.

Bajram asintió. Su mirada iba de un hermano a otro. Finalmente se detuvo sobre el adusto rostro de Jan.

—Los fines de semana organizo... «competiciones» en un almacén que tengo cerca del puerto. No es nada especial, pero me reporta un dinero... Son peleas no profesionales, nada del otro mundo... —El brillo de sus ojos al hablar de su otro negocio desmentía la falta de interés que parecían destilar sus palabras—. Jan, siendo tú un antiguo campeón de MMA, me vendría muy bien que participases en algún que otro torneo. Si ganas podemos dividir las ganancias. Como ves es algo positivo para ambos —sonrió.

—¿Y si pierdo? —inquirió Jan con brusquedad.

Hubo un silencio muy significativo. Cas miró a su hermano de reojo, pero la ausencia de expresión en su semblante no le dio ninguna pista sobre cómo se sentía. Bajram, por el contrario, presentaba una sonrisa de asquerosa autocomplacencia.

—¿Durante cuánto tiempo tengo que pelear para ti?

—Ciento ochenta mil euros es mucho dinero... —Se rascó la barbilla como si de verdad no supiese qué responder, cuando

realmente todos los allí presentes tenían claro que ya había decidido lo que iba a pedir—. No menos de dos años.

Cas apretó la mandíbula, presa de la indignación. ¿Dos años? ¿Dos años de la vida de su hermano regalados a ese hombre?

—Un año y vamos al setenta treinta —repuso Jan con frialdad. Aparentaba una calma que Cas admiró—. Si pierdo algún combate prolongamos a dos años hasta que recuperes lo perdido.

Bajram arqueó las cejas sorprendido.

—Puedes ganar mucho más de los ciento ochenta mil euros en esas condiciones y lo sabes, Bajram —intervino Cas en ese instante. Si los rumores eran ciertos, en las noches de combate se intercambiaban desorbitadas cantidades de dinero.

Bajram centró su atención en él. Le miró de arriba abajo con interés.

—¿Y tú? ¿Tú no quieres pelear para mí también?

—¡No! —exclamó Jan, dando un ligero golpe en la mesa y atrayendo la atención hacia su persona—. Esto es conmigo. Deja fuera a mis hermanos. Ni Cas ni Till. Solo yo voy a hacer este trato contigo.

Cas no intentó protestar. Sabía que aunque entrenaba casi todas las semanas con su hermano, no tenía nada que hacer en un ring. Mientras que él peleaba por diversión y para mantenerse en forma, Jan había sido, y seguía siendo, un profesional. Para poder llegar al nivel de su hermano tendría que entrenar durante meses sin descanso y quizá ni aun así consiguiese alcanzar el nivel de los tipos que tomaban parte en esas peleas. Además, las reglas o más bien la falta de ellas, en esos combates clandestinos no eran algo para tomarse a la ligera. No, no estaba preparado y tanto él como su hermano lo sabían.

Bajram asintió. Una sonrisa comprensiva se dibujó en su cara.

—¿Aceptas? —le preguntó Jan, que comenzaba a perder la paciencia.

—Un año al setenta treinta. Y si pierdes prolongamos. —El albano-kosovar extendió la mano.

Jan se la estrechó.

—No perderé —dijo con gravedad. Después se levantó de la silla con lentitud. Cas le imitó—. ¿Todo arreglado entonces?

—Hablaré con Viorel. Yo me encargo de todo —Bajram también se incorporó—. Estamos en contacto. Ha sido un placer hacer negocios con vosotros. Dadle recuerdos a Till. —Sus apenas llamativos ojos castaños resplandecían victoriosos.

Cas y Jan se despidieron con un gesto antes de abandonar el local. No hablaron entre ellos hasta que no alcanzaron el coche de Cas, que habían dejado a un par de calles de distancia.

—Todo solucionado —murmuró Jan dejando caer los hombros. Ahora que por fin se hallaban a solas mostró su abatimiento.

—Joder, Jan, tengo la sensación de que has firmado un pacto con el diablo —masculló Cas, abriendo la puerta del coche y tomando asiento.

—Creo que lo he hecho. —Esas palabras, apenas audibles, no llegaron hasta los oídos de su hermano.

Capítulo Treinta y Ocho

Eli se sentó sobre la cama y contempló cómo Tana y Sandra deshacían el equipaje. Ella acababa de hacerlo. Estaba tan ansiosa por marcharse que se había apresurado a terminar. En contra de su costumbre, ni siquiera había doblado la ropa correctamente, se había limitado a sacarla de la maleta como estaba y a meterla en los cajones sin inspeccionarla. Solo se había preocupado de colgar el vestido que se iba a poner al día siguiente en la boda, con mucho cuidado. Era un Hannibal Laguna de seda muy delicado.

—No sé por qué tengo que esperaros —murmuró, contrariada.

—¿Pues porque lo has prometido? —repuso Sandra mirándola por encima del hombro—. Además, no te puedes ir todavía sin ver a Alba que está a punto de llegar, así que no seas pesada.

Eli se cruzó de brazos y siguió a Tana con la mirada, que tarareaba una pegadiza cancioncilla, mientras colocaba varios pares de sandalias en la parte baja del armario. Sonrió. Era absurdo que alguien necesitase ocho pares de sandalias para un viaje de fin de semana. Aunque... ella misma había traído seis... Su sonrisa se hizo más profunda todavía.

Se levantó y se dirigió al balcón. Se apoyó en la balaustrada y contempló los terrenos que pertenecían al *Palacio del Morisco*, donde iba a tener lugar la boda al día siguiente. Su suite se encontraba en una casita independiente rodeada por jardines exóticos de estilo mudéjar. Se decía que el enorme complejo hotelero había sido construido sobre lo que en otro tiempo fue un palacio morisco, de ahí el nombre. Toda la decoración y ambientación del elegante lugar se basaba en el mundo árabe. Desde la recepción en el edificio adyacente, con los típicos arcos de herradura de ladrillo, los techos de madera taraceada y los suelos de azulejos de vivos colores, hasta la propia suite, con sus paredes de mosaicos geométricos, los cortinajes, las mesas bajas de madera con tableros ajedrezados, la profusión de almohadas sobre las camas y las lámparas de cristal y forja en forma de farol... Todo

parecía haber salido de otra época. Hasta los jardines que en ese instante se abrían ante los ojos de Eli, se asemejaban a los de la Alhambra de Granada, con multitud de fuentes y de flores. El sonido del agua de las mencionadas fuentes tenía un efecto casi somnífero, y Eli, quizá por primera vez en horas, se permitió relajarse unos minutos.

Cerró los ojos y disfrutó de la paz. Aspiró con fuerza, y el aroma de los jazmines que crecían a solo unos pocos metros de la casita llegó hasta su nariz. ¡Qué placer! Y que sitio más bello había elegido Alba para celebrar su boda... Era precioso. Se encontraba a solo unos kilómetros del chalet de los padres de Jaime, donde habían estado el mes anterior, y a solo unos pocos kilómetros más de la playa donde vivía Cas...

Cas. Cas. Cas

Se sintió eufórica. ¡Iba a verle en cuestión de poco tiempo! En cuanto Alba, que se alojaba con sus suegros, se pasase a saludarlas, cogería el coche que habían alquilado en el aeropuerto y se iría a buscarle.

¡Apenas si podía contener la emoción!

Durante las últimas conversaciones, le había parecido que él estaba preocupado y que tenía la cabeza en otra parte —en Till, sospechaba—, pero incluso siendo así, él siempre le hablaba con extrema dulzura y le decía que la echaba de menos y que estaba impaciente por verla. Esa misma mañana le había enviado un mensaje increíble, pidiéndole que le avisara en cuanto llegase.

Prinzessin, llámame cuando llegues. No me hagas esperar mucho, estas semanas se me han hecho eternas... sé que suena cursi, joder, pero tengo ganas de tenerte cerca...más cerca de lo que piensas...

Ella había decidido sorprenderle.

Pensaba ir al taller a buscarle. Sí, iba a hacerlo... En su mente se había imaginado el reencuentro como una de esas escenas de película en las que la chica sorprende al chico.

... Se acerca a él por la espalda y le tapa los ojos..., entonces él se da la vuelta y la coge en brazos e intercambian un beso de esos que quitan el aliento...

Se le aceleró el corazón solo de pensar dónde iba a desembocar ese beso y elevó la mirada soñadora al cielo. Estaba viviendo su momento perfecto y no iba a dejar que nada ni nadie lo estropease...

—Por Dios, Eli, desde que estás enamorada tienes cara de mema.

La voz de Tana a su espalda hizo que se sobresaltase. Se llevó las manos a las mejillas intentando ocultar su rubor y su estúpida sonrisa. Imposible.

—Eres muy desagradable, ¿lo sabes? —repuso, volviendo a entrar en la habitación. Tanto Tana como Sandra habían terminado ya con el equipaje.

«Qué suerte que hayamos podido alojarnos las tres en la misma suite», pensó, dejando vagar la mirada por la estancia. Era como un apartamento de dos dormitorios y dos baños al que le faltaba la cocina. Tana y ella iban a compartir un dormitorio y Sandra se había quedado con el otro.

—Supongo que esta noche no dormirás aquí, ¿no? —preguntó Tana, dejándose caer sobre el sofá. Su vestido color esmeralda se le subió hasta medio muslo. No se molestó en colocarlo, al contrario, se quitó las sandalias y subió los pies, cruzándose de piernas.

—Supones bien. —No pudo evitar sonreír.

—¡Qué suerte tienes, Eli! —exclamó Sandra, sentándose al lado de Tana con más recato—. Al final te has llevado a Thor.

Eli soltó una carcajada, algo insegura. Sí, parecía que al final se había llevado a Thor, y si bien todavía no estaba claro de qué manera podía funcionar esa atípica relación, estaba dispuesta a averiguarlo.

—Con lo que has tenido suerte ha sido con lo de Lalo —murmuró Tana sin quitarle la vista de encima. Sus palabras hicieron que Eli frunciese el ceño.

—Sí, es verdad. Si hubiese venido hoy no sé qué excusa podría haberme inventado para no estar aquí.

—Deberías decirle que no quieres seguir adelante con el compromiso, Eli. —Esta vez fue Sandra la que la aleccionó.

Asintió ausente. Iba a hacerlo, claro que sí. Después de la boda. Hablaría con Lalo y le devolvería el anillo.

Había sido una fortuna que Lalo y su hermano Poncho se hubiesen quedado en Madrid debido a un problema de última hora que había surgido en la empresa. No llegarían hasta el día siguiente.

¡No quería pensar en Lalo ahora!

—¿Dónde está Alba? —preguntó impaciente, acercándose al espejo de cuerpo entero del dormitorio y contemplando su reflejo.

—Estará a punto de llegar. Y no te mires otra vez. Estás perfecta —le dijo Sandra.

—¿Sí? ¿De veras?

Se observó con ojo crítico. Había decidido ponerse un vestido blanco de vuelo y unas sandalias a juego. Se había dejado el pelo suelto y apenas llevaba maquillaje. ¿No estaba demasiado arreglada?

—Da igual lo que te pongas. Te lo va a arrancar en cuanto te vea —exclamó Tana con una risa burlona, a la que Sandra se unió. Eli se dio la vuelta y las miró con los ojos entrecerrados. Terminó por romper a reír, secundándolas.

Y así fue como las encontró Alba. Habían dejado la puerta de la casita abierta, por lo que se plantó en medio del salón.

—¡*Hello girls!*^[24] —gritó, llamando su atención.

De pronto, los gritos de las cuatro se mezclaron en una cacofonía de sonidos. Abrazos y besos se sucedieron. Llevaban sin verse casi un mes.

—¡*OMG!*^[25] Eli! —Alba la cogió por las manos y la observó de arriba abajo—. ¡Estás guapísima! ¡Ese vikingo tuyo te tiene que estar tratando pero que muy bien!

Eli se echó a reír e hizo un gesto vago con la mano.

—La que está guapa eres tú. —La abrazó. Y era cierto. Los ojos azules de Alba refulgían de una manera muy especial y hasta su piel resplandecía.

—Es que mañana me casooooo —canturreó.

Hubo un momento de aplauso generalizado antes de que todas comenzasen a hablar a trompicones. En menos de cinco minutos ya se habían puesto al día. Alba se atropellaba con las palabras; parecía estar muy excitada, y no era para menos si se tenía en cuenta lo que iba a suceder al día siguiente.

—No puedo quedarme mucho tiempo —murmuró, mirándose el reloj de pulsera—. Tengo una ultimísima prueba del vestido. Viene la encargada de la tienda en media hora. Así que no puedo entretenerme más, pero mañana nos vemos, *sweeties*^[26].

Tana elevó los ojos al cielo como siempre hacía.

—No vas a cambiar ni aunque estés casada, ¿verdad? —preguntó con escepticismo.

—*Never, darling, never*^[27]. —Y se echó a reír, contagiando a todas.

Después de la partida de Alba, cuya visita apenas si había durado un cuarto de hora, y, mientras Tana y Sandra se tiraban en el sofá a ver la tele un rato, Eli se fue al dormitorio a preparar un neceser con diversas cosas esenciales para pasar la noche fuera. No tardó más de diez minutos. Con el corazón casi saliéndosele del pecho se despidió de sus amigas.

—No hagas nada que yo no haría —le gritó Tana justo cuando iba a cerrar la puerta. La risa de Sandra fue lo último que escuchó.

Se montó en el coche que habían alquilado, un BMW 320 GT de color negro, que habían dejado en la plaza de aparcamiento privada que correspondía a la suite. Miró la dirección del taller de Cas en el móvil. La había buscado en Google y la había introducido en el GPS. No estaba muy lejos de su ubicación actual. Según había visto en las imágenes, se encontraba en la carretera que bajaba al pueblo, en una zona de locales y naves comerciales.

Fue al abrocharse el cinturón cuando se dio cuenta de que le temblaban las manos. Estaba fuera de sí, presa de una excitación indescriptible, algo que nunca antes le había pasado.

«Voy a ver a Cas, voy a ver a Cas, voy a ver a Cas», repetía una y otra vez en su cabeza.

No tardó en encontrarse en la carretera, la misma carretera llena de curvas por la que solo hacía un mes habían conducido para ir a cenar al *Crazy Coconut*, la noche que le había conocido. Volvió a revivir el momento no sin vergüenza. Solo de pensar en cómo le había tirado la moto y en su reacción...

Ahora la escena le parecía graciosa, pero en aquel momento se había sentido tan nerviosa. Se le aceleró el pulso al recordar la primera imagen que vio de él, agachado en el suelo junto a su moto,

con esa camiseta negra ajustada y esos vaqueros que le marcaban cada músculo de sus piernas... Y cuando se había levantado con su formidable estatura y se había dado la vuelta... Todavía hoy se quedaba sin respiración al recordarlo. ¡Qué hombre! El pelo rubio corto y algo desaliñado, su piel bronceada, la nariz recta, la mandíbula cubierta por esa incipiente barba rubia y esos ojos azules... Se había quedado completamente impactada al verle.

Hasta que había bajado la mirada y había visto sus brazos cubiertos de tatuajes. ¡Había retirado la mano! Había reaccionado como si él tuviese algo contagioso, como si la tinta de sus dibujos le hubiese podido manchar si se aproximaba demasiado. ¡Qué imbécil!

«Aunque, ¿qué se podía esperar de una Álvarez de Luis?», se preguntó no sin ironía. Su madre se había encargado de educarla con esa estrechez de miras.

Gracias a Dios, todavía parecía quedarle algo de cordura y había decidido saltar sobre su propia sombra y darles a ambos una oportunidad.

¡La mejor decisión de su vida!

La voz del GPS le indicó que a dos kilómetros debía salirse a la derecha. Notó cómo le invadía una ola de felicidad. Cualquier pensamiento negativo que hubiese podido surgir en su cabeza se evaporó. Nada de madre, de Lalo, de compromiso... nada de nada...

Solo Cas y ella.

Puso el intermitente, y antes incluso de lo esperado, se encontraba a solo quinientos metros de su destino. Todavía no había anochecido, pero las sombras del atardecer comenzaban a transformar los objetos. La mayoría de las luces de los negocios ya estaban encendidas. Aprovechando que no había mucho tráfico, condujo más despacio y buscó el cartel del taller con los ojos. ¡Sí, allí estaba! *Landvik Motos*, ponía en negro sobre blanco. Y justo frente al portón metálico había un hueco para aparcar. Era como si el destino hubiese decidido que tenían que verse cuanto antes.

Aunque el letrero con el nombre del taller no estaba iluminado, el portón no estaba bajado y había luz en su interior, prueba inequívoca de que había alguien. No podía ser otro que Cas, ya que su mecánico estaba de baja.

Aparcó el coche y se miró en el espejo retrovisor. Sus mejillas estaban sonrojadas debido a la excitación. ¡Tenía tantas ganas de verle!

Con la respiración entrecortada se bajó del vehículo. Se alisó el vestido con las manos temblorosas y con una luminosa sonrisa se dirigió al taller.

* * *

Cas estaba en la parte trasera. Había decidido terminar y marcharse a casa a esperar la llamada de Elisa. No sabía con exactitud a qué hora iba a llegar, pero no podía tardar ya mucho más. Estaba anocheciendo.

Después de la reunión que habían tenido con Bajram esa mañana, se había enfrascado en el trabajo sin siquiera parar a comer, por lo que el gruñido de hambre que surgió de su estómago no le sorprendió.

Se acababa de quitar el mono de trabajo y apenas había tenido tiempo de ponerse los vaqueros, cuando un ruido en la entrada hizo que se le erizasen los cabellos de la nuca. ¿Quién cojones podría ser a esas horas? El taller estaba en penumbra y era evidente que estaba cerrado. Aunque era una zona tranquila y nunca había ocurrido nada por allí, decidió no jugársela y se acercó a la mesa donde tenía varias herramientas. Seleccionó una pesada llave inglesa. Luego, sin hacer ruido alguno con sus pies desnudos salió de la zona donde se había estado cambiando.

Una figura menuda vestida de blanco se recortaba contra la puerta del taller.

—¿Cas? —dijo la figura con la voz titubeante, y él sintió cómo el corazón se le encogía en el pecho.

—¿Elisa?

Apenas fue consciente de que lo había dicho en voz alta. Dejó caer la llave inglesa al suelo y sin preocuparse de que no llevaba zapatos se acercó a ella a gran velocidad. En solo dos segundos la tenía entre sus brazos. La levantó en el aire como el que levanta una pluma y enterró la cara en su cuello aspirando ese aroma que tanto había echado de menos. Se emborrachó con él.

—¡Dios, Elisa! ¡Estás aquí! ¡Estás aquí! —murmuró con voz ronca contra la suave piel de ella. Casi no podía creer que ella estuviese ahí, a su lado, aferrándose a él con una necesidad parecida a la suya.

—Sí, Cas, estoy aquí —logró susurrar ella, cuando se apartó unos centímetros para poder contemplarla.

¡Era tan guapa que dolía mirarla! Llevaba grabado a fuego en su mente ese rostro desde el mismo día que la había conocido. Recorrió con los ojos cada centímetro de él, desde la suave piel de su frente, a su pequeña nariz cubierta de pecas, pasando por sus carnosos labios, que solo parecían estar esperando que él los besase, hasta detenerse en sus expresivos y enormes ojos castaños, que reflejaban todo tipo de emociones, con seguridad, las mismas que los suyos.

—Joder, Elisa, no sabes lo que te he echado de menos.

Y sin más dilación bajó la cabeza y se apoderó de esa boca con la que llevaba soñando semanas.

Ella gimió y correspondió al beso con una pasión tanto o más grande que la suya. Le abrazó con fuerza y enterró las manos en el corto cabello de su nuca casi con desesperación.

Cas no solo la besó. La devoró con su boca, sus labios, su lengua, sus dientes, su aliento... Se sentía poseído por algo que no sabía cómo calificar. Nunca antes se había encontrado en ese estado de febril excitación, como si todo su ser, toda su pasión hubiese estado contenida por un invisible dique que acababa de resquebrajarse, dando paso a una avalancha arrolladora de sentimientos. La propia intensidad de sus acciones le hizo detenerse.

Cerró los ojos y apoyó la frente contra la de ella. Respiraba con dificultad e intentó serenarse. Eli parecía tener el mismo problema, si se tenía en cuenta su respiración entrecortada.

—Me dejas sin aliento, *Prinzessin* —dijo al cabo de unos segundos, algo más calmado. Abrió los ojos y se separó lo justo para poder contemplarla a gusto. La depositó en el suelo con cuidado; durante todo ese tiempo la había tenido en brazos, pegada a él, pero ahora necesitaba las manos para algo más importante. Le tomó la cara con ellas, maravillándose de nuevo de la suavidad de

su piel, y fue depositando besos tiernos en su frente, sus mejillas, su nariz, sus párpados y sus labios.

Ella suspiraba, desbordada por las caricias.

—Te estoy manchando —murmuró él contra su boca, al darse cuenta de que el vestido blanco de ella, al contacto con su pecho sudoroso y lleno de grasa acababa de sufrir las consecuencias.

—No me importa —susurró ella pegándose más a él, si es que eso era posible.

Cas sintió cómo una carcajada pugnaba por brotarle del pecho con algo cercano a la felicidad más completa. «Sí, soy como Hugh Grant», fue su último pensamiento coherente cargado de ironía antes de volver a inclinar la cabeza y tomar posesión de los ardientes labios de *su chica*.

Capítulo Treinta y Nueve

Finalmente, después de lo que a Eli le pareció muy poco tiempo, sus bocas se separaron. Al igual que a él le sucedía, ella también se quedaba sin aliento cada vez que le besaba. ¡Bobadas! El simple hecho de mirarle ya la dejaba sin aliento.

El pecho desnudo y húmedo de sudor de él atrajo su mirada. Un pensamiento indecoroso cruzó su mente y se lamió los labios.

—Espero que estés pensando en cómo quitarme los vaqueros y aprovecharte de mí —dijo él con una amplia sonrisa y una ceja arqueada.

—No andas muy desencaminado —repuso en voz baja.

—¡Joder, *Prinzessin!* ¡Qué atrevida te estás volviendo! —casi ronroneó él junto a su oreja—. Me gusta... —Y la mordisqueó en el cuello haciéndola estremecer—. Creo que será mejor que nos vayamos a casa cuanto antes...

Eli se sintió extrañamente reconfortada al escucharle decir «a casa», como si en verdad el apartamento de Cas fuese el hogar de ambos. Cerró los ojos y aspiró su aroma. Suponía que debía disgustarle el olor a sudor que emanaba de él, pero no, era un olor muy masculino, en absoluto desagradable. Era muy... Cas.

—Me alegro de estar aquí —musitó contra su pecho—. Llevo días queriendo hacer esto —confesó, abrazándose a su talle con fuerza. No había sabido cuánto le importaba ese hombre en realidad hasta que no le había visto avanzar hacia ella con el torso descubierto, descalzo y la mirada febril, como si ella fuese la cosa más importante del mundo para él. Su sinceridad y su franqueza a la hora de mostrarle lo que sentía, la desarmaban por completo.

—No tienes ni la menor idea de lo que lo he deseado yo, *Prinzessin* —manifestó él, volviéndola a coger en brazos y haciéndola girar. Una felicidad contagiosa los embargó a ambos y una fácil carcajada brotó de sus gargantas casi al unísono.

—Te he puesto perdida. El vestido ha quedado para la lavadora. —Se detuvo él de pronto, depositándola en el suelo con el

ceño fruncido, mirando su blanco y arruinado vestido.

—Bueno, como bien me ha dicho Tana antes de venir... Qué más da el vestido... me lo vas a arrancar.

Él rió.

—Me cae bien tu amiga, es tan... ¿clarividente?

Ella se unió a su risa. ¿Era posible ser más dichosa?

Cas se separó de ella con reticencia. Cogiéndola de la mano la condujo hasta su oficina y la obligó a sentarse en una silla giratoria con pinta de estar a punto de desintegrarse.

—Espérame aquí, mientras termino de vestirme. —Se inclinó y le dio un beso en la punta de la nariz antes de marcharse.

Ella no pudo evitar que su mirada hambrienta le siguiese. Los músculos de su ancha espalda, bajo el extraño y descolorido tatuaje que cubría sus omóplatos, brillaban por el sudor. Se sintió presa de una gran excitación.

Todavía con la respiración entrecortada giró la cabeza y contempló la abigarrada oficina. La pared de la derecha estaba cubierta por una estantería repleta de archivadores y libros. En la de la izquierda había fotos y dibujos de motos, sin marcos, solo sujetos por chinchetas a la pared, y sobre la mesa de madera que se encontraba frente a ella descansaba un ordenador y multitud de papeles en completo desorden.

«¿Cómo puede trabajar con este caos?», se preguntó, meneando la cabeza maravillada. «Yo me volvería loca».

Una foto enmarcada casi enterrada entre los papeles de la mesa llamó su atención. No solía ser curiosa, pero alargó la mano y la cogió para echarle un vistazo. Era una foto de su familia. Estaban los tres hermanos y los que supuso serían sus padres. Parecía haber sido tomada de improviso, ya que ninguno miraba a la cámara. La madre, una guapa rubia de mediana edad, de complexión delgada y ojos azules como los de sus hijos, estaba sentada en un sillón con un vaso en la mano mirando al hombre que se sentaba junto a ella, en el reposabrazos del sillón —debía ser el padre—, aventuró Eli. Era también alto y delgado, y aunque se le notaba la edad en el rostro, tenía una formidable mata de pelo rubio parecido al de Till. Los tres hijos estaban al fondo de la fotografía,

Jan y Till mirándose, mientras hablaban, y Cas algo apartado, contemplando a sus hermanos con su sonrisa más atractiva.

Una ola de envidia sana la invadió. Esa sí que era, o al menos semejaba ser una familia feliz. No como la suya. Los Álvarez de Luis no tenían ni una sola foto que no hubiese sido planeada al milímetro y en la que no hubiera habido un fotógrafo profesional, un peluquero o un maquillador de por medio. Ni una.

Con el dedo índice acarició la figura de Cas. No era sorprendente que habiéndose criado con tanto amor le resultase tan fácil exteriorizar sus sentimientos... Era tan seguro de sí mismo... No se contenía, no ponía freno a sus emociones... Ojalá ella pudiese ser más como él y menos como ella misma.

—¿*Prinzessin*? —La voz desde la puerta hizo que levantase la cabeza—. ¿Estás bien?

Eli dejó la fotografía encima de la mesa con precipitación y se levantó con una expresión de culpabilidad en el rostro.

—No pretendía curiosear. Ya sé que no tengo derecho a... —comenzó, pero él no la dejó continuar. Se acercó a ella de dos zancadas y la cogió de la mano atrayéndola hacia sí.

—Creo que no lo has entendido, Elisa —dijo con mucha seriedad, clavando la mirada en sus ojos—. No has entendido nada.

—¿Cómo? No sé a qué te refieres... —balbuceó, confusa.

—Tienes todo el derecho del mundo, Elisa. *Todo*. —La sujetó por las mejillas con suavidad—. ¿Lo entiendes ahora? Nunca más vuelvas a pedirme permiso o a disculparte por estar en mi vida. Estás y punto. —Y la besó.

Eli soltó un gemido ahogado que fue a morir a la boca de él. ¿Cómo era posible que ese hombre fuese tan... perfecto?

El beso no duró demasiado, pero su intensidad sí. Cuando se separaron a Eli todavía le temblaban las piernas.

—Vámonos —dijo él, cogiéndola de la mano—. Tengo un hambre de lobo. ¿Cogemos algo por ahí y cenamos en casa?

Ella asintió. Aparte de desear estar a solas con él, el lamentable estado en el que se encontraba su vestido le aconsejó que lo mejor sería no hacer ninguna aparición pública.

Dejaron la moto de Cas en el taller y fueron en el BMW a su apartamento. Él no insistió en conducir, dejó que fuese ella la que

llevase el coche, y eso le agradó. Tantas veces había tenido que ceder su propio vehículo a Lalo o a su hermano, que casi había estado esperando que él le pidiese las llaves. Pero no, él se acomodó en el asiento del acompañante y estiró sus largas piernas buscando comodidad, después apoyó la mano en su desnudo muslo y la dejó allí.

Eli sonrió. Esa áspera y callosa mano sí que era la correcta. Se estremeció al recordar la suavidad del roce de Lalo sobre el mismo muslo no hacía muchos días.

«No pienses en Lalo, ahora», se recriminó. Decidida a borrar la escena de su mente, se concentró en la conducción y en el hombre que iba a su lado.

No hablaron demasiado durante el trayecto. De vez en cuando intercambiaban una mirada y se sonreían. Ambos parecían tener las emociones a flor de piel.

Poco antes de llegar a su complejo de apartamentos, Cas le indicó que parase frente a un pequeño restaurante italiano que aparentaba estar abarrotado. Eli aparcó en doble fila.

—Ahora mismo vuelvo —dijo él, bajándose del vehículo—. ¿Te parece bien una pizza?

Ella asintió con la cabeza. Lo cierto era que le daba igual. No tenía hambre, al menos no de comida, reconoció con una sonrisa algo pícara y poco usual en ella después de que se marchara. Mientras él se adentraba en el concurrido local, apagó el motor del coche y se miró en el espejo retrovisor. Gimió al darse cuenta de su aspecto. Algo marrón oscuro le manchaba la barbilla y tenía el cabello alborotado.

Nunca se había sentido más guapa que en ese momento.

«Estos son los percances cuando sales con un mecánico», se dijo con una risita. «Con Lalo las manchas hubiesen sido de...no sé... Bueno, no, con Lalo no hubiese habido manchas... Él jamás habría consentido que me mostrase así en público».

Sacó un pañuelo de papel del bolso para limpiarse lo que suponía era grasa de motor. Pero en el último instante, un pequeño ataque de rebeldía la hizo detenerse.

«No», se dijo a sí misma. «No me voy a limpiar». Y una risa casi histérica sacudió su cuerpo imaginándose la expresión de su madre

si la viese ahora, con la cara manchada, el pelo despeinado y el vestido blanco completamente arruinado.

Se reclinó contra el respaldo del asiento y respiró hondo. No tenía ni idea de lo que iba a hacer con su vida de ahí en adelante. No sabía si iba a ser desheredada o desterrada de la familia cuando rompiese el falso compromiso con Lalo. Pero le importaba bien poco. Por primera vez, lo que su familia pensase de ella *le importaba un bledo*.

—Espero que esa sonrisa satisfecha sea para mí —anunció Cas al abrir la puerta del coche con brusquedad. Llevaba una bolsa blanca de la que salía un delicioso aroma.

—¡Me has asustado! —Eli dio un respingo—. ¡Has tardado muy poco! ¿Cómo lo has hecho? El restaurante está lleno.

—Soy un hombre importante en la zona—bromeó él, ajustándose el cinturón de seguridad—. Mi fama es legendaria.

Ella sonrió. ¡Le encantaba cuando él bromeaba así, con esa naturalidad genuina!

No tardaron en llegar a su piso. Su tocaya perruna la recibió en la entrada con un lametón afectuoso en la mano cuando se agachó para acariciarle la cabeza.

—Ya te dije que os haríais amigas. Terrible... dos mujeres contra mí... Estoy en desigualdad de condiciones. ¿Por qué no preparas esto, mientras yo me ducho? —Cas le entregó la bolsa.

—Yo también debería lavarme... —arguyó ella señalándose la barbilla.

—No. Para nada. Llevas mi marca... y eso me gusta —susurró él con voz ronca al tiempo que la cogía por la cara y le daba un sonoro y húmedo beso justo al lado de la mancha de grasa—. Estás perfecta.

Eli le empujó fingiendo enfado.

—Vete a la ducha. Vamos. Eres imposible.

—No, *Prinzessin*. Soy muy posible, muy posible, y *muy fácil*... — Se alejó hacia el dormitorio con deliberados movimientos sensuales, sabiendo que ella le observaba.

Eli meneó la cabeza de un lado a otro con regocijo, luego se dirigió a la cocina y sacó platos y cubiertos. Después de buscar en todos los armarios y cajones encontró también un mantel y

servilletas. Lo dispuso todo en la mesa baja del salón. Aunque Cas sí tenía una mesa de comedor, estaba tan llena de revistas, papeles y cajas, que pasó de largo y buscó otro lugar más apto para depositar comida.

Cuando él regresó, recién duchado, descalzo, con el pelo mojado y un simple pantalón corto de deporte por ropa, a Eli se le hizo la boca agua. Y no precisamente a causa de la pizza.

—¿No te pones una camiseta? —preguntó, humedeciéndose los labios con la lengua sin poder apartar la mirada de su pecho.

—¿Una camiseta? ¿Y privarte del placer de poder contemplar mis trabajados pectorales y mi fabulosa tableta de chocolate? —repuso, señalándose a sí mismo con una mueca arrogante y una sonrisa de medio lado—. No, *Prinzessin*. Tendrás que aceptarme como soy, sin trampa ni cartón.

Ella tragó saliva. Le iba a resultar más que complicado concentrarse en la cena.

Cas sacó una cerveza y una Coca-Cola Zero del frigorífico y las puso sobre la mesa. Después se sentó en el suelo y le hizo un gesto a ella para que copiase su ejemplo. Abrió la caja de la pizza, e ignorando tanto el plato como los cubiertos, partió un trozo y comenzó a comérselo con la mano. Ella le imitó.

Se sentía relajada, sentada junto a él en el suelo, con la espalda apoyada contra el sofá, bebiendo de una lata y comiendo con las manos. Hasta el hecho de tener a un hombre semidesnudo a su lado ya no le parecía tan mala idea. De vez en cuando sus traidores ojos se perdían en el juego de músculos de su torso. Era el complemento ideal a la pizza, decidió.

No hablaron mucho. Él le habló del taller, de su madre, de Jan, pero evitó a toda costa mencionar a Till, y Eli no quiso preguntarle. Ella tampoco quiso profundizar demasiado y aunque le habló de sus amigas y de la inminente boda, tuvo especial cuidado en medir sus palabras. No deseaba que él se enterase de su extraña relación con Lalo. Al menos, no todavía. No hasta que no lo hubiese solucionado. Entonces se lo contaría todo. Solo esperaba que él pudiese entenderla.

—¿Cuándo regresas a Madrid? —le preguntó él en ese momento.

—Pensaba volver el domingo, con las demás.

Se quedó pensativo unos instantes. Bebió un trago de cerveza antes de girar la cabeza y mirarla directamente a los ojos.

—Quédate unos días más. Conmigo.

Le dio un vuelco el estómago. Quedarse con Cas... No lo pensó demasiado.

—Sí.

—Perfecto —exclamó él arrojando sobre la mesa su lata de cerveza ya vacía, e incorporándose súbitamente—. ¿Has acabado de cenar o tienes más hambre?

—Ya... ya he terminado —respondió, sorprendida por su actitud.

—Ya era hora. —Y la cogió de la mano tirando de ella.

—Cas...

—Cas, nada. —Le pasó el brazo por detrás de las rodillas y la levantó en el aire como si no pesase más que una pluma—. No me he puesto la camiseta porque esperaba que te aprovecharas de mí durante la cena, pero veo que voy a tener que ser más directo, *Prinzessin*.

—¿Querías que me aprovechara de ti? —Una sonrisa juguetona se dibujó en sus labios.

—¡Pues claro! —exclamó con fingida indignación, mientras se dirigía hacia el dormitorio—. ¿Qué otro motivo puede tener un hombre para quitarse la ropa delante de *su* mujer?

Eli se mordió el labio intentando contener la risa que pugnaba por surgir de su garganta. Aparte de ser gracioso le resultaba tan dulce cómo pronunciaba la letra *r*, con ese acento suyo.

—¿Te ríes de mí? —le susurró él en el oído—. ¿Te ríes de mí porque he dicho que eres *mi* mujer?

—No por lo que has dicho, sino por cómo lo has dicho. —Le echó los brazos al cuello con un brillo malicioso en la mirada.

Cas frunció el ceño.

—¿Te ríes de mi acento? Pues que sepas que es uno de mis *rasgos* más atractivos —pronunció la *r* de una manera muy exagerada haciéndola reír.

De pronto su expresión cambió. Se quedó serio y la observó con fijeza. La bajó al suelo poco a poco de forma que sus cuerpos se frotaron el uno contra el otro en agónica lentitud. No apartó la

mirada de los ojos de ella, que dejó de reír, contagiada por la solemnidad del momento.

—¿Me crees si te digo que nunca había sentido por nadie lo que siento por ti? —pronunció las palabras en voz baja pero con firmeza.

Ella asintió. ¿Cómo no iba a creerle si todos y cada uno de sus actos daban fe de que lo que decía era cierto?

—Bien. —Y la besó.

Pronto sus manos la recorrieron de arriba abajo; de su rostro descendieron por su cuello y sus brazos..., hasta que sus dedos se entrelazaron. En ningún momento sus labios se separaron. Los suaves gemidos que surgieron de la garganta de ella fueron absorbidos por la boca de él. Eli notó cómo su erección se le clavaba contra el estómago y sintió cómo su propia excitación aumentaba; la humedad entre sus piernas se hizo evidente. ¡Había soñado tanto tiempo con eso! Con estar entre sus brazos...

Él levantó la cabeza y la miró. Sin pronunciar palabra pero diciéndolo todo con los ojos, comenzó a desabrocharle los diminutos botones delanteros del vestido. Los movimientos de sus callosas manos con los nudillos tatuados realizando esa delicada operación eran hipnóticos, y Eli no pudo apartar la mirada. Poco a poco la prenda se fue abriendo dejando al descubierto su sujetador blanco.

La mano de Cas —quizá intencionadamente— le rozó la parte superior del pecho, y ella se estremeció. La entrepierna de él se endureció más todavía contra su cuerpo. Él tampoco parecía ser inmune a sus encantos.

—Eres perfecta —susurró, deslizándole el vestido hacia atrás, hasta que cayó al suelo a sus pies. La devoró con los ojos, como si fuese una joya preciosa y extraña de mucho valor, o al menos así se sintió ella bajo el fuego de su mirada. Después le desabrochó el sujetador con enorme pericia y lo arrojó al suelo. Sus pechos quedaron al descubierto pero él no los miró, aun así ella notó cómo sus pezones se endurecían de deseo.

Sus labios volvieron a unirse.

Mientras Cas exploraba con su lengua las comisuras de su boca, y empleaba los dientes para mordisquear su labio inferior, ella —en un impropio alarde de osadía— le abrazó e introdujo las manos

dentro de su pantalón de deporte. Con decisión le agarró el firme trasero.

Él levantó la cabeza y rio con ganas.

—¡Qué atrevida! Me gusta... Sigue así.

Ella jadeó con satisfacción cuando él imitó sus movimientos exactos. A través del fino tejido de sus bragas pudo notar sus ásperas manos y deseó que no hubiese tela alguna de por medio. Él pareció entender su muda súplica, porque sin previo aviso, introdujo los pulgares en el elástico de la cinturilla y las bajó hasta que cayeron al suelo, siguiendo el rastro de su vestido.

Eli emitió un grito sorprendido y se inclinó hacia delante, dejando que su pelo le cubriese el enrojecido semblante.

—¿Todavía te avergüenzas? —preguntó él con una burlona sonrisa—. ¿La mujer que me tiene firmemente agarrado por el trasero se avergüenza?

—Es solo que me gustaría que estuviésemos en igualdad de condiciones...

—Mmm... Quieres que me desnude..., que me quite el pantalón... —Pareció vacilar unos instantes. En ningún momento la había soltado y Eli podía sentir el vello de su pecho rozándole los senos y provocándole una más que placentera sensación—. Pídemelo —repuso con esa voz ronca tan sexy que hizo que se le pusiese la carne de gallina—. Suplícame que me desnude.

Eli enterró la cara en su pecho. Sabía que era absurdo sentirse avergonzada, pero no estaba acostumbrada a actuar de aquella manera tan abierta, sin tapujos. El sexo siempre había sido algo más mecánico, más aséptico... no tan... carnal, tan primario... tan sincero...

—Quítate el pantalón —murmuró en voz apenas audible.

—¿Por qué? —susurró él contra su pelo.

—Quiero... Quiero verte desnudo.

Un silencio siguió a esas palabras. Él comenzó a recorrerle el cuerpo con las manos, con deliciosa parsimonia. Alcanzó la parte externa de sus pechos y se detuvo.

Ella jadeó. Sentía cómo la excitación iba creciendo en su interior.

—Pídemelo otra vez —volvió él a murmurar. Su cálido aliento le acarició la frente.

—Desnúdate... por favor... Quiero verte desnudo... quiero sentirte contra mi piel... por favor... —suplicó ella con la respiración entrecortada.

No se hizo de rogar. Con un gemido algo ahogado surgiendo de su garganta, se apartó lo suficiente para poder desembarazarse de la última pieza de ropa que separaba sus cuerpos. Eli le observó fascinada. A pesar de haberle visto desnudo con anterioridad, el tamaño de su erección volvió a maravillarla. No era una experta en anatomía masculina... pero el sexo de Cas emergiendo de aquella cuna de vello rubio oscuro era... ¿impresionante? No, no había palabras para describirlo... ¿Fuerte? ¿Poderoso? No, no resultaban adecuadas.

Era... Cas.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó él con un ronroneo seductor al tiempo que cogía la mano de ella y la acercaba a su miembro, que vibró al contacto.

—Sí —repuso, acariciándole lentamente. La suavidad de su erección solo podía competir con su extrema rigidez.

Él echó la cabeza hacia atrás y gruñó.

En ese instante un móvil comenzó a sonar en el salón. Era el de él.

Eli apartó la mano. Levantó las cejas, confusa.

—Deja que suene —murmuró él, haciendo caso omiso a la interrupción—. Volverán a llamar... —Se pegó contra ella y bajó la cabeza para besarla. Lo hizo empleando su lengua y sus dientes, respirando en su boca...

El móvil dejó de sonar.

Cas la cogió de las manos y la arrastró hasta la cama. Se sentó en el borde de la misma y la abrazó entre sus piernas, mientras que depositaba ligeros besos sobre sus senos. Ella enterró las manos en su rubio cabello y se dejó besar. Cerró los ojos y se abandonó a las cálidas caricias.

Nuevamente la música del móvil invadió el silencio del apartamento.

—*Fuck!* —exclamó Cas, levantando la cabeza y mirándola con pesar.

—Quizá sea mejor que lo cojas... podría ser importante... — susurró ella, acariciándole la mejilla.

La preocupación había asomado a sus azules ojos.

—Sí, creo que debería cogerlo... —murmuró, volviendo a besarla, pero la música del móvil que seguía sonando había roto la magia del momento.

Eli se apartó dejando que él se pusiese de pie. Su erección no había descendido ni un milímetro, comprobó con deleite.

—No te muevas de aquí. Ahora mismo vuelvo... ¡Y ni se te ocurra vestirte! —La amenazó con un gesto al darse cuenta de que ella se había agachado a coger el vestido del suelo.

Ella se rio dejando caer el vestido al suelo de nuevo. Se sentó en la cama, mientras le veía abandonar la habitación. Su musculoso trasero era una verdadera delicia.

Capítulo Cuarenta

Cas miró la pantalla de su móvil y soltó una maldición ahogada. ¿Qué cojones podía querer su hermano Jan ahora? Esperaba que no fuese algo relacionado con Till, otra vez.

—Tienes un segundo para decirme qué quieres. Espero que sea importante de verdad, porque me acabas de pillar en el peor momento posible —gruñó.

—Pon la tele —fue la lacónica respuesta de su hermano al otro lado de la línea.

Cas arqueó las cejas sorprendido.

—¿Qué dices?

—He dicho que pongas la tele. En el canal cinco. Ya.

Cas, todavía algo perplejo por la urgencia que la voz de su hermano dejaba traslucir, cogió el mando de la tele que estaba sobre el sofá, y la encendió. Pulsó el canal cinco. La cara del archiconocido presentador del programa de cotilleos, que solían pasar todos los viernes por la noche, apareció en la pantalla. Tenía el volumen apagado así que no pudo escuchar de qué hablaba.

—No me digas que te gustan estas cosas —le dijo a su hermano con una carcajada—. No sé de qué vas, Jan, pero tengo mejores cosas que hacer que ver al tío ese —comentó con impaciencia. No entendía nada. ¿Qué cojones quería su hermano que viese?

—Espera, o mejor, sube el volumen...

Cas meneó la cabeza con exasperación. Apuntó a la televisión con el mando y se disponía a subir el volumen, cuando la foto de una pareja llenó la pantalla. Se estaban besando. La mujer tenía su mano apoyada sobre el hombro del hombre. En ese mismo momento un zoom de cámara enfocó la mano ampliando el enorme anillo de diamantes que lucía ella en el dedo anular.

—¿Lo ves ahora? —La voz distorsionada de Jan llegó hasta él.

—Luego te llamo. —Logró articular antes de colgar el teléfono.

Se había quedado paralizado, como si la escena perteneciese a una película y alguien hubiese pulsado a la pausa. El corazón había

comenzado a latirle a una velocidad absurda y un frío sudor bañaba su cuerpo.

¿Qué demonios estaba viendo?

La imagen cambió de repente, mostrando a la misma pareja pero en otra pose. Ahora el hombre estaba mirando a la cámara y sonreía satisfecho. Sus ojos claros brillaban triunfales. La mujer, que apoyaba la cabeza en su hombro, también sonreía.

Sonreía.

Lalo y Eli confirman su compromiso en un famoso restaurante madrileño.

La frase aparecía al pie de la foto.

Escuchó un extraño zumbido en su cabeza como si un panal de abejas estuviese rondando por su cerebro y el sonido de un gruñido llegó hasta él; giró la cabeza buscando a su perra con la mirada, pero estaba durmiendo en su mantita en el rincón. Entonces se percató de que el gruñido había surgido de su propia garganta...

Con la mano temblorosa subió el volumen. La imagen de Elisa y Lalo había vuelto a desaparecer; la cara de una de las tertulianas del programa ocupaba su lugar.

—Pero si llevan ya años saliendo, era lo más lógico que se comprometiesen —decía en ese momento.

—Pues a mí me ha sorprendido, qué quieres que te diga —decía otra—. Era la eterna pareja que va siempre a todas partes de la mano pero que nunca se decidía...

—Pues a mí me ha confirmado mi contacto que están planeando la boda y desde hace tiempo —intervino otro de los colaboradores.

—Además este fin de semana van a asistir juntos a la boda de Alba González y Jaime Llorens —decía el presentador—. Así que lo de que no van en serio...

—¿Habéis visto el anillo? Dicen que se lo ha comprado en Cartier...

Cas no quiso seguir escuchando. Bajó el volumen y se limitó a mirar las silenciosas imágenes. Nuevas fotos de la feliz pareja ocuparon la pantalla. Sintió una enorme presión en el pecho y se llevó la mano al esternón en un absurdo intento de aliviar el dolor.

Respiró hondo un par de veces tratando de ordenar sus caóticos pensamientos. Algo no terminaba de encajar. Debía de haber un

error. No podía ser verdad que la mujer que ahora mismo se encontraba desnuda, esperándole en su cama, se hubiese comprometido con otro hombre hacía solo un par de días... No. No tenía sentido. La Elisa que él conocía no haría algo así...

«Pero ¿realmente la conoces?», se cuestionó en silencio.

Apretó la mandíbula. Una nueva foto mostraba a Elisa y a Lalo saliendo del restaurante donde al parecer había tenido lugar la «pedida de mano». Ella estaba muy guapa, como siempre, y él... bueno, él tenía pinta de gilipollas...

La frase que había dicho el presentador acudió a su cabeza.

Además este fin de semana van a asistir juntos a la boda de Alba González y Jaime Llorens...

¿Sería eso cierto? Meneó la cabeza con incredulidad... No. No lo creía. Ella estaba allí con él y no con el Lalo ese...

Un ruido a su espalda le hizo girar la cabeza. Allí, en el umbral de la puerta del dormitorio, estaba Elisa. Se había vestido. Tenía la mirada fija sobre la pantalla del mudo televisor y una expresión horrorizada en el rostro.

—Dime que no es verdad —dijo él con voz seca.

Ella apartó la vista de la televisión y le miró con esos enormes ojos castaños que brillaban por lágrimas no derramadas. No dijo nada.

—*Dime que no es verdad* —volvió a repetir él de forma más violenta esta vez.

Eli se llevó la mano a la boca como si intentase acallar un sollozo.

—No me digas que eso es cierto... No me digas que te has comprometido con ese tío y luego has venido aquí a acostarte conmigo...

La furia tan visceral que se desprendía de sus palabras pareció penetrar por fin en su cerebro y hacerla reaccionar.

—Puedo explicarlo... —comenzó con la voz temblorosa.

—¿Explicarlo? —casi gritó él—. Dime solo una cosa. ¿Es verdad que te ha regalado un anillo y que tú has aceptado casarte con él?

—Es complicado, pero...

—¡No! —Se acercó a ella de dos zancadas, ignorando que estaba desnudo, y la cogió por los hombros—. Solo responde a mi

pregunta. ¿Es cierto que te ha regalado un anillo y que tú has aceptado casarte con él? ¡Responde! —La zarandeo.

Ella asintió. Un par de gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

Cas la soltó de repente, con una mueca de disgusto. Se dio la vuelta. De pronto no quería ni mirarla. No quería verle la cara ni quería ver sus lágrimas ni sus temblorosos labios...

—Has estado jugando a dos bandas durante todo este tiempo...

—murmuró, dejando escapar una carcajada burlona cargada de dolor—. Salías con él y luego regresabas a casa para hablar conmigo... ¡Qué gilipollas he sido!

—No, Cas, no lo entiendes... —musitó ella a su espalda.

—No, claro que no lo entiendo. No entiendo cómo has podido engañarme de esta manera.

—No te he engañado... —comenzó.

—¿Y cómo llamas tú a comprometerte con otro hombre, mientras te diviertes conmigo? ¡Dime! Si no es engaño, ¿tú cómo lo llamas?

—Escúchame, Cas... Es una situación horrible, lo sé..., pero déjame que te explique cómo ha sido... —La voz de ella cargada de lágrimas estuvo a punto de hacer que sucumbiese, que cediese. Casi se dio la vuelta, dispuesto a abrazarla. No soportaba escuchar cómo ella sufría..., pero se contuvo. ¿Acaso él no estaba sufriendo también?

—¿Quién va a ser tu acompañante mañana en la boda? —La pregunta surgió de sus labios como un disparo.

Un opresivo silencio solo roto por los suaves sollozos de ella se extendió por la habitación.

Se dio la vuelta con los puños apretados. No quería saberlo.

Si era verdad lo que habían dicho en ese jodido programa, no quería saberlo...

Se la quedó mirando con fijeza, presa de un sinfín de extrañas emociones. Ella lloraba con los ojos cerrados al tiempo que se abrazaba a sí misma. Todo dependía de su respuesta y ambos lo sabían.

—Lalo —respondió al fin, abriendo los ojos.

Y en ese instante el corazón de Cas se hizo pedazos. Así, de repente, sin más. En medio de su apartamento, un viernes

cualquiera por la noche y después de lo que había sido uno de los momentos más felices de su vida... Su corazón se rompió. Un desconcertante entumecimiento pareció tomar posesión de su cuerpo.

Se la quedó mirando sin verla realmente. ¿Quién era esa mujer en realidad? No tenía ni idea. No la conocía.

—Creo que será mejor que te vayas.

Ella se llevó una mano a la boca. Temblaba con violencia, se percató él.

—¿No me vas a dejar que te lo explique? —preguntó con la voz entrecortada.

Cas se rio con amargura.

—Cualquier explicación que puedas darme no va a borrar lo que has hecho, Elisa. Me has mentido. Me dijiste que entre tú y Lalo no había nada, que erais solo amigos..., y has dejado que me entere por un puto programa de televisión de que sois más que eso... —Volvió a reírse—. He sido un completo idiota. Un imbécil.

Ella levantó la mano como si no pudiese seguir escuchándole hablar así.

—¿Dónde está tu precioso Lalo ahora? ¿Sabe que estás conmigo? ¿Es uno de esos tíos que no tiene problemas a la hora de compartir? Porque eso no va conmigo, *Prinzessin*... —dijo con dureza—. Dime, ¿qué le has dicho? *Voy un momento a echar un polvo con un gilipollas, cariño, luego te veo cielo*... —concluyó con sarcasmo. Según hablaba la ira iba comenzando a crecer en su interior.

—No, no, no es así... Él no está. Está en Madrid.

—¡Qué pena! Así que no ha podido venir contigo... Pobre *Prinzessin*, que ha tenido que conformarse con Cas para poder follar esta noche...

Sabía que estaba siendo desagradable, pero de algún modo deseaba hacerle daño. Daño como el que ella le había hecho.

Ella intentó controlar un sollozo a duras penas. Sus ojos anegados en lágrimas parecían todavía más grandes en su pálida cara y él sintió cómo se le encogía el corazón. No. No era momento de mostrar debilidad.

—No estás siendo justo, Cas...

—¿Justo? —bufó, acercándose a ella y haciéndola retroceder por la furia que irradiaban sus movimientos—. ¿Justicia? No me hagas reír. Tú no sabes lo que es eso—. La cogió por los hombros y como ya había hecho antes, la zarandeó. Ella apartó la mirada pero no intentó soltarse—. Mírame y dime que no llevas ese anillo guardado en el bolso... Dime que todo ha sido un error y que se lo has devuelto, que él sabe que tú estás conmigo..., que no estás con él. Dímelo —insistió—. Dime que no llevas el anillo en tu bolso... — Cas notó cómo las palabras surgían entrecortadas de su boca y se dio cuenta de que toda la indiferencia que había estado intentando mostrar era una mera fachada. Si solo ella no le hubiese engañado...

La zarandeó nuevamente. Y ella volvió a sollozar con más fuerza.

—¡Joder, Elisa! —gruñó, abrazándola con fiereza y enterrando la cabeza en su pelo—. ¡Joder! ¿Por qué lo has hecho? ¿Acaso no sabes que...? —se interrumpió con brusquedad levantando la cabeza y mirando al techo. Maldijo en silencio su momento de debilidad. No. No podía decirlo... ¿Para qué ahora? Ya nada parecía tener sentido.

Mientras que las lágrimas de ella bañaban su pecho y sentía cómo temblaba entre sus brazos, se preguntó si sus sospechas serían ciertas, si de verdad ella llevaba el anillo en el bolso para ponérselo en presencia de Lalo y se lo quitaba cuando estaba con él... Prefería no saberlo.

Cerró los ojos un instante y respiró hondo antes de apartarse. Nunca nada en su vida le había costado tanto como alejarse de ella, pero comprendió que era lo mejor... Evitó mirarla, mientras se dirigía al dormitorio y se ponía los pantalones que se había quitado hacía solo unos minutos. Aunque parecía que hubiesen pasado horas desde el mágico momento que habían compartido, en realidad no habían transcurrido más de veinte minutos.

Vio la ropa interior de ella tirada en el suelo, junto a su cama y se agachó para recogerla. Estrujó las bragas de encaje casi transparente en su puño. Unos celos de increíbles proporciones le atenazaron la garganta.

«Quizá ha usado esta misma ropa interior para acostarse con Lalo».

Un bramido furioso abandonó su garganta.

«Quizá se ha estado acostando con él todo este tiempo... Quizá el día que se masturbó delante de la cámara estaba pensando en él...»

Su furia iba creciendo por momentos. Se sentía incapaz de razonar. Multitud de desagradables pensamientos comenzaron a tomar forma en su cabeza y un velo rojo de ira le cegó.

Abandonó el dormitorio más trastornado de lo que estaba cuando había entrado en él. Eli había cogido el mando de la tele y se disponía a apagarla, pero él la detuvo con un gesto. No sabía qué era lo que se había apoderado de él para desear seguir viendo la imagen de la que hasta hacía un rato había considerado su chica y del gilipollas del niño pijo ese... besándose...

«Eres un masoquista de mierda», se dijo, y poseído por una furia irracional se encaró con ella.

—Toma tu ropa interior —le gritó, arrojándola al sofá, justo a su lado—. Espero que no sea la misma que llevas cuando follas con él.

Una palidez cadavérica cubrió su tez y él se arrepintió de sus palabras nada más haberlas pronunciado. ¿Qué narices le estaba pasando? ¿Por qué se estaba comportando de aquella manera tan errática? Sabía que no estaba siendo justo, pero no podía parar... Apretó la mandíbula y la contempló con los ojos entornados. Ella había erguido la barbilla y se estaba secando las mejillas con las manos. Una expresión altiva había acudido a sus facciones.

—Será mejor que me marche —dijo, cogiendo la ropa interior con mucha dignidad.

Sin mirarle se dirigió al dormitorio y Cas se quedó solo en el salón. Sentía cómo la sangre le hervía de ira, pero al mismo tiempo una pequeña parte de él gritaba de dolor... Esperó a que ella regresase, con el corazón en un puño... Quizá debía dejar que ella le explicase lo que había sucedido... Quizá había una explicación coherente para todo aquello... Su mirada volvió a clavarse en la pantalla. Una nueva foto apareció. En ella el gilipollas de Lalo le ponía el anillo y ella sonreía.

Sonreía.

¡No! ¡No había explicación posible!

Eli regresó con las sandalias puestas y el pelo recogido en una coleta. Los restos de lágrimas eran más que evidentes en sus mejillas, pero su rostro mostraba una expresión contenida y fría. No le miró.

—¡Dios! La *Eisprinzessin* está de vuelta —murmuró. No soportaba esa actitud en ella, esa indiferencia...

Ella fingió no oírle. Se acercó a la isla de la cocina donde había dejado su neceser y lo cogió. Se alisó el arrugado vestido sin éxito, y levantó la cabeza para mirarle. Sus enormes ojos brillaban extrañamente, mostrando a las claras que su indolencia era impostada.

La contempló con impotencia. Quería... No tenía ni idea de qué era lo que quería... Sí, sí lo sabía... quería que ella le gritase, le insultase, le dijese que era un gilipollas, se encarase con él y le explicase la situación a gritos, que le dijese que Lalo era un mierda, un don nadie y que todo había sido un malentendido, y que el único hombre de su vida era él... Eso quería.

O quizá no.

¡Qué sabía él ya lo que quería!

—Me voy, Cas. —La voz le tembló, pero se repuso—. Espero que te vaya bien. —Y se dirigió a la puerta.

—¡Joder! —masculló, acercándose a ella de dos zancadas. Le tomó el rostro entre las manos y se sumergió en su belleza. Sentía cómo si el corazón estuviese a punto de estallarle en el pecho—. ¡Joder, Elisa! ¿Por qué me has hecho esto? ¿Por qué? —Cerró los ojos como si el mirarla a la cara fuese demasiado para él—. Joder...

—Odio saber que ya no me vas a volver a ver cómo me veías antes —susurró ella en voz apenas audible.

—Joder, Elisa... *Verdammt!*^[28] Yo... Te quiero, joder... —terminó por confesarle con los dientes apretados —*Fuck!* —La soltó y se dio la vuelta, incapaz de seguir mirándola. No quería ver su reacción a esa confesión que le había brotado desde el fondo del alma. Era cierto. Más que cierto.

¡La quería!

Quizá por eso la traición dolía el doble.

Escuchó cómo la puerta se abría y se cerraba. No se giró. No quería ver cómo se marchaba. Cerró los puños con fuerza. Todavía pudo escuchar los pasos de ella en la escalera, alejándose... Todavía podía abrir la puerta e ir en pos de ella, intentar detenerla... Todavía podía reclamar una explicación... No lo hizo...

Luego solo escuchó el silencio.

Se dejó caer contra la pared y levantó la mirada hacia el techo.

—¡Mierda! —exclamó, y se golpeó la cabeza contra el muro—. *Scheisse, Scheisse!* —repitió unas cuantas veces, mientras seguía dándose golpes.

Súbitamente se incorporó y con rapidez se dirigió al balcón. Abrió la puerta y salió al exterior. Una bocanada de aire caliente con olor a salitre le recibió. Miró hacia abajo, hacia el coche de Eli. No tuvo que esperar demasiado. Pronto, la figura de ella, diminuta en la distancia, salió de la urbanización y se encaminó hacia el vehículo. Andaba muy erguida y con pasos firmes. No parecía que acabase de experimentar una escena como la que había tenido lugar hacía solo unos minutos.

Entornó los ojos y la siguió con la mirada. Se agarró a la barandilla con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos del esfuerzo. Ella pareció detenerse unos instantes junto al coche, vacilante, aunque quizá fuese un simple efecto óptico debido a la oscuridad y la distancia. Terminó por montarse en el lujoso BMW y encendió las luces, después puso el intermitente. El vehículo se alejó de la acera y se incorporó al fluido tráfico. Al cabo de unos segundos las luces traseras desaparecieron en la oscuridad de la noche.

Transcurrieron más de diez minutos hasta que pudo reaccionar. Se incorporó y entró en la vivienda. Cerró la puerta del balcón y se detuvo en medio del salón. La tele seguía encendida, pero ya no aparecían las fotos de Elisa y Lalo. Quizá estuviesen hablando de alguna otra cosa.

Como un autómatas se acercó al frigorífico y sacó una lata de cerveza, no porque le apeteciese, pero deseaba tener las manos ocupadas. La abrió. La dejó intacta sobre la isla de la cocina. Después apoyó los codos sobre el frío mármol y enterró la cabeza en las manos.

«Se ha ido. Y no va a volver».

«Aunque es mejor así... Te ha engañado. Te ha mentado».

«Ha estado jugando contigo, Cas. A dos bandas».

«Pretendiendo que le importabas».

«No se puede confiar en ella».

«Es una mentirosa».

Y sin embargo por más que intentaba convencerse de que le había traicionado, de que iba a estar mejor sin ella..., una pequeña parte de él no estaba convencida. Una pequeña parte de él le decía que no había sido justo, que ni siquiera le había dado opción de poder explicarse... de poder defenderse...

Sintió cómo le ardían los ojos y se maldijo por ello. Odiaba sentirse así de vulnerable, así de dolido, así de destrozado... Gimió impotente y levantó la cabeza. Cerró los ojos y volvió a ver las imágenes de Lalo y ella besándose, mirándose... Le entraron sudores fríos y ganas de matar a alguien.

La ira le dominó.

Con un rugido casi inhumano cogió la lata de cerveza y con furia la estrelló contra la pared.

Ignoró a Eli que había comenzado a gruñir en su rincón y observó con indiferencia cómo la cerveza chorreaba por la pared y terminaba por formar un charco en el suelo.

El arranque de violencia tampoco había servido de nada, comprobó. Se sentía igual de miserable que antes. Apoyó las manos en la encimera y dejó que su mirada se perdiese en el vacío.

—Elisa, joder..., me has partido el corazón... —dijo en voz alta, con incredulidad.

Capítulo Cuarenta y Uno

Volvió a limpiarse las lágrimas con el dorso de la mano; pero de nada sirvió. Sus lagrimales seguían produciendo más y más salado líquido, sin interrupción. Eli sabía que no podía conducir así, la humedad de sus ojos le quitaba visibilidad y las luces de los faros de los coches con los que se cruzaba, la deslumbraban. Terminó por poner el intermitente y detenerse en el arcén.

Ya sin tener que preocuparse del tráfico, dejó que el llanto fluyese con libertad y fuertes sollozos sacudieron su cuerpo con violencia. No recordaba ni una sola vez en su vida en la que hubiese llorado de aquella manera. Ni siquiera cuando su hermano Poncho le rompió su muñeca favorita hacía ya muchos años ni cuando se cayó de un caballo por vez primera y se fracturó el brazo. No. En ninguna de aquellas ocasiones había llorado así.

Aferró el volante con las dos manos y reclinó la cabeza sobre él. Las palabras que Cas le había dicho resonaron en su mente por enésima vez.

...pobre Prinzessin, que ha tenido que conformarse con Cas para poder follar esta noche...

...espero que no sea la misma que llevas cuando follas con él...

Había sido tan horrible escucharle hablar así, con ese tono tan despectivo... y ver su mirada cargada de desprecio...

Se llevó la mano a la boca intentando contener otro violento sollozo. Negó con la cabeza incapaz de aceptar que las cosas hubiesen sucedido tal y como lo habían hecho. ¿Cómo era posible que todo hubiera acabado de aquella forma? Cas había sido cruel... Sus palabras habían sido brutales, horribles, dolorosas...

Y lo peor de todo era saber que él tenía razón.

¡Qué espantoso había sido ver esas fotos llenando la pantalla! Y si para ella había sido terrible, no quería ni imaginarse cómo debía haber sido para Cas. Él, que en todo momento había sido tan sincero y tan abierto...

Cada vez que le venía a la cabeza la cara de Cas sentía náuseas.

¡Qué situación más repugnante! Encontrarte con que la mujer con la que estás aparece en televisión abrazada a otro, besándose con otro, aceptando la propuesta de matrimonio de otro... ¡Asqueroso!

De pronto, el caudal de lágrimas que había brotado de sus ojos sin interrupción, se cortó como por encanto. Levantó la cabeza y se secó las mejillas, que le ardían de vergüenza.

«Dios Santo, Eli, te has comportado de una manera miserable. ¿Cómo has podido ser tan ruin y tan mezquina? Solo pensando en ti y en tus miedos, sin preocuparte por lo que podría sentir él si lo averiguaba. Has jugado a dos bandas... a un doble juego, como Cas ha dicho... *Para él es como si le hubieses puesto los cuernos...*»

La lógica de estos pensamientos fue penetrando en su cerebro. Era evidente que así era, comprendió horrorizada.

«Has actuado como una niña malcriada y cobarde. ¿Qué pensabas conseguir con ello? ¿Que tu madre no se enfadase contigo? ¿Que Lalo no se disgustase? ¿Qué? ¿Qué?», se increpó a sí misma en silencio, con desdén. «Por tus miedos y tu cobardía has estropeado todo. Cas nunca va a volver a mirarte como lo hacía antes, con admiración, con cariño, con deseo, *con amor...*»

Sollozó al recordar lo que él le había dicho antes de marcharse.

¡Le había dicho que la quería!

Incluso en esos instantes en los que estaba confuso y dolido, se lo había dicho.

Sintió cómo la garganta comenzaba a cerrársele de nuevo, señal inequívoca de que iba a empezar de nuevo a llorar. Se llevó la mano al cuello y respiró con profundidad, intentando calmarse.

«Deja de llorar y compórtate como una mujer y no como una idiota», se dijo. «Tú también le quieres. Le quieres y tienes que luchar por él. Es lo mejor que te ha pasado en la vida, Eli. Nunca habías sido tan feliz, tan libre, tan tú misma... Lucha por él, Eli. No dejes que un malentendido arruine lo que hay entre vosotros... Un malentendido y Lalo...»

El simple hecho de acordarse de Lalo hizo que un sabor amargo acudiese a su boca. Rechinó los dientes.

Lalo.

Lalo había sido el responsable de que esas fotos acabasen en la televisión. A pesar de que le había prometido que iba a esperar, no lo había hecho. La ira hizo que su cuerpo se tensase. Entornó los ojos, indignada.

—¡He sido una idiota, una idiota, una idiota...! —murmuró, golpeando el volante con la palma de la mano—. ¿Cómo he podido dejarme manipular así? ¡Dios mío!

En un impulso sacó el móvil del bolso y marcó el número de Lalo. No se cuestionó si era buena idea llamarle en ese momento en el que se encontraba tan exaltada. Solo sabía que tenía que hacerlo.

El teléfono móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura. Deje su mensaje después de oír la señal.

Cortó la llamada con violencia y arrojó el móvil al asiento del pasajero. Respiraba con dificultad, en parte debido a que el llanto le había obstruido la nariz y en parte por lo enfurecida que estaba.

«Quizá haya sido mejor que no esté disponible. Estás demasiado excitada para hablar con él».

Apoyó la frente en el volante y meditó unos segundos. Aunque desease echarle la culpa de todo a Lalo, en su fuero interno sabía que la verdadera culpable de todo aquello era ella. La pasiva y manipulable Eli. La niña tonta sin voluntad propia... La cobarde.

Sacudió la cabeza. Tenía que arreglar el desastre en el que se había convertido su vida. Y cuanto antes, mejor. Una de las primeras cosas que tenía que hacer era enfrentarse a Lalo y tirarle su anillo a la cara. Por primera vez en su vida le iba a decir lo que pensaba de él y de sus manipulaciones. Ni siquiera sabía por qué no lo había hecho antes...

Y después intentaría arreglar —no, *arreglaría*— lo sucedido con Cas como fuese, a toda costa. No quería ni pensar en que la extraña ruptura pudiera no tener solución. Si tenía que suplicar, suplicaría. No tenía ni idea de cómo se iba a tomar él sus explicaciones. La verdad la colocaba en una luz poco atractiva. ¿Cómo iba él a comprender que ella se hubiese dejado manipular

de aquella manera y hubiera aceptado que los demás decidiesen por ella? Era patética. Muy patética. Pero aun despreciándose a sí misma tanto como lo hacía en esos momentos, sabía que no podía perderle. Tenía que hacer que él la escuchase.

Y ojalá lo hiciese... porque si no...

«Basta. No te atormentes», se reprendió. «No puedes dejarte llevar por la tristeza. Tienes que coger las riendas de tu vida. Ya eres mayorcita, y sabes lo que quieres. Ahora solo tienes que ir a por ello».

Quería a Cas. Solo a Cas.

Todo lo demás se había convertido en algo secundario, sin importancia.

Irguió la barbilla con una confianza en sí misma, que le había faltado hacía solo unos minutos y encendió el motor del coche. Respiró hondo y tragó saliva. Puso el intermitente y se adentró en el tráfico.

Capítulo Cuarenta y Dos

Los primeros acordes de *Highway to Hell* llenaron el apartamento y Cas miró el móvil esperanzado. No era Elisa. Era Jan. Maldijo en silencio.

—¿Qué quieres, Jan? No estoy de humor —respondió con brusquedad.

—...

—Pues claro que lo he visto, joder.

—...

—No sé. No sé nada. —Se dejó caer sobre el sofá y se cubrió los ojos con una mano. Con la otra aferraba el móvil de manera casi convulsiva.

—...

—Mira tío, no quiero hablar de ello. Tengo que pensar...

—...

—No sé qué explicación puede tener. Ni siquiera he dejado que me dé su versión de los hechos —confesó finalmente—. La he echado de casa... y no le he dejado explicarse —suspiró.

—...

—No sé, Jan. No sé nada —volvió a repetir. Se sentía tan confuso, y lo último que quería era seguir teniendo esa conversación con su hermano, que no paraba de preguntarle por qué no la había escuchado. Él se preguntaba lo mismo...

—...

—Sí, mañana te llamo. —Y colgó.

Tiró el móvil sobre el sofá. Se llevó los brazos a la cabeza y miró al techo.

¿Por qué no la había dejado explicarse? ¿Por qué había sido tan rudo, tan vulgar? Había visto cómo la cara de ella se había contraído de dolor cuando le había arrojado la ropa interior, y le había dicho... *espero que no sea la misma que llevas cuando follas con él...*

Cerró los ojos atormentado. Se había comportado como un canalla. Y él no era así. Ni siquiera la había dejado hablar..., pero es que esa ira que de vez en cuando le dominaba no le había permitido pensar con claridad. La furia había guiado sus actos y sus palabras.

Habían transcurrido un par de horas, y ya se encontraba más calmado después de haber limpiado el estropicio de la cerveza, y haber salido con Eli a dar una vuelta. Por fin podía pensar con algo más de lógica. No había necesitado la llamada de su hermano aconsejándole que se serenase y que hablara con ella para aclarar la situación. Él mismo sabía que tenía que hacerlo.

Y aun así, seguía sintiéndose confundido. ¿Cómo era posible que Elisa se hubiese prestado a aquella farsa de compromiso? Porque tenía claro que era una farsa. Quizá no le había parecido así al principio, pero había estado mirando las fotografías —que ya inundaban internet— con más detenimiento, y se había percatado de la forzada sonrisa de ella y de su estudiada pose. Ni siquiera el beso parecía natural. Había observado las imágenes varios minutos y había comprendido que si bien el gilipollas de Lalo mostraba una satisfacción evidente, Elisa parecía sentirse incómoda, fuera de lugar, infeliz...

Sacudió la cabeza y apretó la mandíbula.

¡Qué rápido la había juzgado! Claro que ver las fotos había sido como sentir un jarro de agua fría sobre la cabeza, pero ¿acaso querer a alguien no significaba confianza? Tenía que haberla escuchado... Tenía que haberle dado la oportunidad de explicarlo todo... Pero no, había reaccionado como un energúmeno, como un ser irracional, y la había echado de su casa.

Gimió, sintiéndose como un gilipollas.

Sabía que no se conocían apenas, pero lo que sentía por ella era más intenso que lo que jamás había sentido por mujer alguna. Era un hombre de impulsos, pero también era realista y no solía engañarse a sí mismo. Había aceptado la pura realidad: la quería.

Sí, la quería.

Y se lo había dejado claro, no se arrepentía de haberlo hecho...

No obstante un pensamiento inquietante acudió a su cabeza. ¿Y ella? ¿Le quería ella? No tenía ni idea. Era tan comedida en sus pasiones y con sus sentimientos, que a veces era difícil saber qué

era lo que sentía, si bien últimamente estaba más receptiva, más abierta... La noche anterior había sido un magnífico ejemplo de ello; había respondido a sus caricias con la misma pasión y con las mismas ansias que él. Se había comportado como una mujer enamorada, joder... Pero...

«Joder, Cas, no dudes. Ni se te ocurra dudar de lo que siente ella. Es probable que no te lo haya dicho, pero no por ello es menos obvio lo que te muestra y cómo se comporta contigo... Ni se te ocurra dudarle. Tienes que hablar con ella. Tienes que aclarar las cosas».

Miró la hora en el móvil. Eran las dos de la madrugada. Estuvo tentado de llamarla pero comprendió que era demasiado tarde.

«Mañana. Mañana hablaremos y todo se solucionará», se dijo a sí mismo con determinación. «No puede ser de otra manera».

* * *

Eli abrió la puerta de la suite con cuidado. No deseaba despertar a sus amigas, pero se dio cuenta de que el sigilo no era necesario. Ambas se encontraban tiradas en el sofá viendo la tele. Tenían las piernas encima de la mesita baja de madera taraceada y trocitos de algodón entre los dedos de los pies. Tana giró la cabeza y la miró con sorpresa.

—¿Eli? ¿Qué haces aquí?

Eli no dijo nada. Se limitó a cerrar la puerta a su espalda y a acercarse al sofá.

—¿Ha pasado algo? —inquirió Sandra incorporándose. La alarma que reflejaba su rostro era un calco de la que presentaba la cara de Tana.

—Sí —repuso Eli, dejando el neceser en el suelo y sentándose junto a ellas en el sofá—. Ha pasado algo. Ha pasado Lalo.

Sandra y Tana intercambiaron una mirada extrañada.

—¿Cómo?

—¿Qué dices?

Eli se recostó contra el respaldo del sofá y carraspeó con nerviosismo. Ya no sentía esa opresión en el pecho que había sentido horas antes, pero aun así seguía sin resultarle fácil hablar del tema. Estaba indignada.

—Lalo ha filtrado las fotos de la pedida de mano a un programa de la tele y Cas lo ha visto... justo cuando estábamos a punto de..., bueno, de acostarnos... —dijo sin mirarla.

La reacción de ambas a sus palabras no se hizo esperar.

—¡No me lo puedo creer! ¡Menudo cerdo! —exclamó Sandra, llevándose las manos a la boca horrorizada.

—¡Qué cabrón! —masculló Tana entre dientes—. Por fin ha demostrado ser lo que siempre había pensado de él... un verdadero gilipollas. —Hizo una pausa antes de fruncir el ceño y clavar la mirada en el rostro de Eli—. ¿Y Cas? ¿Cómo ha reaccionado?

—Pues... no muy bien, la verdad... —Eli notó cómo se le ponía la carne de gallina al recordar las palabras que él le había arrojado a la cara—. Pero ¿qué podía esperar? Ha sido espantoso ver su reacción cuando ha visto las fotos en la televisión... Espantoso.

—¿Qué le has dicho?

Sandra se incorporó torpemente, debido a las uñas recién pintadas de sus pies, y se acercó a ella. Se sentó a su lado y la miró con simpatía.

—Nada. No le he dicho nada. Ni siquiera ha querido escucharme.

Y procedió a relatarles cómo había transcurrido la escena. Ellas la escucharon en silencio, sin interrumpirla.

—Entonces, ¿Cas piensa que lo tuyo con Lalo va en serio? —preguntó Sandra cuando terminó.

—Sí. Eso cree. Cree que he jugado a dos bandas.

—Y es cierto, Eli —intervino Tana con dureza en su tono.

—Sí, es cierto. Me he portado como una idiota malcriada. Como una cobarde insegura..., que por otro lado es lo que soy... —contestó con amargura. No le resultaba fácil admitirlo, pero era la pura verdad.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Sandra.

Eli no dudó. Después de su estallido de llanto en el coche, había estado conduciendo por la zona un par de horas, meditando sobre cuál era la mejor manera de proceder. Lo tenía muy claro.

—He intentado llamar a Lalo, pero tiene el móvil apagado. Así que, en cuanto que llegue mañana, le voy a tirar el anillo a la cara y le voy a decir un par de cosas... Y después..., voy a ir a buscar a

Cas y a pedirle de rodillas si es necesario que me perdone. Eso es lo que tengo que hacer —terminó, con la decisión vibrándole en la voz.

—¡Bien dicho! —casi gritó Tana—. No sé quién es esa mujer que se ha apoderado de tu cuerpo, pero invítala a quedarse, por favor. Me gusta.

Eli sonrió por primera vez en horas.

—¿Tú crees que Cas querrá hablar contigo? —preguntó Sandra en voz baja.

Un incómodo silencio siguió a sus palabras.

—Sí. Sí... Hablará conmigo cuando esté más calmado —repuso Eli con la mirada perdida—. Antes de irme de su casa... Bueno..., me ha dicho que me quería —murmuró.

—¡Eso son palabras mayores! —Tana abrió los ojos sorprendida—. ¿Y tú? ¿Qué has dicho tú?

—Yo no he dicho nada. Nada. —Meneó la cabeza con desdén—. He actuado como actúo siempre. Me he callado y no he dicho nada.

—No pasa nada —se apresuró a intervenir Sandra—. Mañana se lo dices y punto. En cuanto sepa tu versión de los hechos lo entenderá.

—¿Tú crees? —El escepticismo se filtró en su voz—. Un hombre tan seguro de sí mismo, tan directo, que no tiene miedo a nada y reconoce sus sentimientos sin tapujos... ¿va a entender que yo haya actuado como una marioneta de Lalo? ¿Que me haya dejado manipular? No lo sé... —suspiró—. Él es tan especial que a veces siento que no voy a poder dar la talla.

—Para ahí, Eli. Tú también eres especial, solo tienes que creértelo —la interrumpió Tana, levantando la mano con energía—. ¿Acaso crees que un hombre tan especial se habría enamorado de ti si tú no fueses especial también? Para nada. Hazme caso.

—Es verdad, Eli. Tana tiene razón. Te has comportado como una tonta con el tema de Lalo, pero eres una gran mujer y Cas lo sabe.

—Sandra asintió con vehemencia y Eli, aun en su tristeza, estuvo a punto de romper a reír por lo absurdamente categórico de su afirmación.

—Está bien, chicas. Me habéis convencido. Habéis ganado. Dos contra una.

—Y porque Alba no está aquí, si no la derrota hubiese sido aplastante.

La simple mención del nombre de su ausente amiga llevó a Eli a pensar en el día siguiente con aprensión. Odiaba tener que estropearle el día a Alba, pero no podía hacer como si nada hubiese sucedido y esperar hasta después de la boda para enfrentarse a Lalo.

—¿Cuándo vas a hablar con Lalo? —preguntó Sandra, como si le hubiese leído los pensamientos.

—En cuanto llegue. Intentaré no estropearle el día a Alba, claro, pero tengo que hablar con él cuanto antes. No voy a demorarlo más.

—No le vas a estropear el día por ponerte en tu sitio y mandar a Lalo donde se merece, te lo aseguro —dijo Sandra.

—Yo no descarto que tu madre haya tenido algo que ver en toda esta historia —observó Tana en ese momento. Había estado un poco pensativa.

—¿Tú crees?

—Sí. No es normal cómo se ha estado comportando Lalo. Esa precipitación... Y venderle las fotos a ese programa de la tele que desprecia... Algo no termina de encajar.

Eli entornó los ojos, sopesando las palabras de su amiga. Ella misma había pensado que algo no terminaba de cuadrar en esa historia; el frío y calculador Lalo no solía comportarse como lo había hecho en los últimos días. Quizá Tana tenía razón y su madre estaba detrás de todo aquello. Lo averiguaría.

—Chicas, no es por nada pero deberíamos acostarnos. Es tardísimo y mañana a primera hora viene la peluquera. Así que no sé vosotras, pero yo necesito dormir un mínimo de ocho horas para estar bella —manifestó Sandra levantándose y retirando con cuidado los algodones de sus pies.

—Es verdad. —Tana también se levantó y la imitó—. Por cierto, Eli, sabes que tu vestido está destrozado, ¿no? ¿Qué es eso?

—Aceite de motor..., creo —repuso bajando la mirada y fijándose en las manchas que adornaban su blanco vestido.

Tana soltó una carcajada. Sandra se tapó la boca con las manos para no ser tan obvia, pero se carcajeó igualmente.

Eli las ignoró. Dándoles las buenas noches, cogió el neceser y se dirigió al baño. Cerró la puerta y se miró al espejo. Su apariencia externa era deplorable. Tenía el cabello descolocado y la nariz y los ojos enrojecidos por efecto del llanto, pero en su interior se sentía mucho más decidida y animada que hacía horas.

Sacó el móvil del bolso y miró la hora. Eran las dos de la mañana. Demasiado tarde. Cas estaría durmiendo, o todavía muy excitado como para hablar con ella, especuló.

«Mañana. Mañana hablaremos y todo se solucionará», se dijo a sí misma con determinación. «No puede ser de otra manera».

Capítulo Cuarenta y Tres

—Voy a ir —repitió Cas con obstinación

—¿Estás seguro? ¿Qué ganas con eso? —Jan meneó la cabeza con impotencia.

—Nada, quizá, pero quiero saber la verdad.

Se levantó del sofá y comenzó a pasear por el espartano salón de la casa de su hermano. Llevaba allí varias horas y ya no lo soportaba más; esa pasividad le estaba matando.

—Deberías esperar a que termine la boda. Seguro que ha estado ocupada. —La voz calmada de Jan desde la cocina no consiguió tranquilizarle.

Cas había amanecido con el peso de las horribles palabras que le había dicho a Elisa la noche anterior sobre sus hombros. Apenas había conseguido dormir y cuando lo había hecho, había sido para soñar con ella. Sintiéndose miserable, lo primero que había hecho esa mañana, había sido intentar llamarla, pero sin éxito. Su móvil estaba desconectado, y lo había estado durante todo el día. Según transcurrían las horas, más inquieto se sentía y más necesidad tenía de aclarar las cosas con ella.

Sabía que estaba en la boda de su amiga. Todo el mundo en la zona sabía lo de la boda de Jaime Llorens. Parecía haberse convertido en el acontecimiento de la década. Según se murmuraba iban a acudir personalidades del mundo de la política y de la alta sociedad. Todo el pueblo estaba exaltado, ilusionado, idiotizado... Y él solo quería saber si ella había ido a esa puñetera boda con el gilipollas de Lalo. Solo eso.

Había estado a punto de ir a buscarla, de presentarse en medio de la ceremonia y encararse con ella, pero la voz de su conciencia —Jan— había conseguido convencerle de que eso era una estupidez. Él mismo sabía que lo era, pero se encontraba en un estado de nerviosismo tal, que hasta el plan más descabellado le había parecido estupendo.

Lo peor era no saber. Estar en la oscuridad.

Miró el móvil por enésima vez. Ni siquiera había intentado ponerse en contacto con él, y ya eran las siete de la tarde. La ceremonia habría concluido y los huéspedes estarían yendo al fastuoso *Palacio del Morisco*, al banquete. Si se iba ya, quizá podría llegar antes de que lo hiciese ella. Quizá podrían hablar, o ver si había ido con Lalo o sola... Necesitaba saberlo.

—Deberías tranquilizarte un poco, ¿no crees? —Jan salió de la cocina con una taza de té humeante en la mano.

—¡No me jodas, Jan! ¿Tranquilizarme? —bufó, despectivo—. Estoy muy tranquilo. Muy tranquilo.

Jan le observó con las cejas arqueadas durante unos instantes, después se encogió de hombros y se sentó en el sofá que minutos antes el propio Cas había abandonado para desgastar el suelo con sus nerviosos andares.

—Mira, Cas, si eso te va a hacer sentir mejor, vete. Vete y búscala, pero a lo mejor no te gusta lo que ves.

—¿Y eso qué significa? —Se detuvo en seco en medio de la habitación y observó a su hermano con suspicacia.

—Pues que a lo mejor está con el fulano ese, ni más ni menos. ¡No! Déjame terminar. —Se apresuró a decir antes de que Cas le pudiese interrumpir—. Es la boda de su amiga. A lo mejor no quiere estropearle el día y ha ido con el tío ese para no montar un escándalo —adujo de forma muy razonable.

—¡No! —le refutó—. Ella no iría con ese tipo si de verdad le importo. No después de lo de anoche. —Cas negó con la cabeza, obcecado y cerrado a cualquier tipo de razonamiento. Elisa no podía hacerle eso. No. No después de que él le hubiese confesado que la quería, ¿verdad?

Le había servido su corazón en bandeja. Ella no podía ser tan cruel como para hacerle eso... ¿o sí? Las dudas le atenazaron la garganta.

Jan le contempló preocupado.

—No vayas.

Cas entornó los ojos y miró a su hermano con dureza.

—Sí voy —concluyó, tomando una decisión. Tenía que saberlo. Tenía que saber con quién había ido ella a la boda. De pronto, el saberlo le parecía algo vital.

—¡Joder, Cas! No seas tan impulsivo. Espérate. ¡Deja que termine la puñetera boda!

Cas le dirigió una última mirada a Jan, que parecía realmente alarmado, pero decidió ignorarle. Cogiendo su casco de la silla donde lo había dejado hacía un par de horas, se dispuso a marcharse. Era lo que tenía que hacer.

Aunque sentía cómo la adrenalina le recorría las venas, cerró la puerta de la casa con suavidad. Bajó los dos escalones de madera con rapidez y se montó en su moto. Se ajustó el casco con movimientos precisos y arrancó. Ni siquiera la vibración del motor entre las piernas, que siempre conseguía hacer que se sintiese bien, tuvo un efecto positivo. Estaba demasiado ansioso por llegar al *Palacio del Morisco* y ver con sus propios ojos si la mujer de la que se había enamorado estaba con otro, o no era así.

No tardó demasiado en abandonar el camino de grava que conducía a la carretera principal, y aunque a esa hora el tráfico era denso para una carretera costera de segunda, el trayecto no le llevó más de diez minutos. Ventajas de ir en moto.

El *Palacio del Morisco* estaba ubicado a las afueras del pueblo, en una enorme extensión de terreno rodeada por vegetación. El dueño del complejo hotelero había sabido explotar a la perfección lo que antiguamente había sido un palacio mudéjar, respetando además las ruinas allí encontradas, y lo había convertido en un hotel de lujo y una atracción turística más, consiguiendo así incrementar la afluencia de personas a la ya de por sí popular zona de costa. Hacía solo un par de años que las obras de remodelación de la carretera que conducía hasta el hotel habían tenido lugar, y como consecuencia una ancha avenida bordeada de palmeras llegaba hasta la misma puerta del complejo.

Cas detuvo la moto a solo unos cientos de metros de distancia de la entrada principal y apagó el motor. Se quitó el casco y esperó.

Aunque se sentía presa de una tremenda inquietud, no era un gilipollas y no pensaba ir a montar un escándalo. Si bien ganas no le faltaban, no era su estilo. Prefirió quedarse allí, bajo un grupo de palmeras. Tampoco se escondía. Si alguien miraba en su dirección podría verle a la perfección, y él tenía un estupendo punto de vista de los elegantes vehículos que ya iban llegando. En menos de cinco

minutos pudo contemplar la llegada de dos Audis, un Porsche y un Mercedes.

Los ocupantes de los coches también parecían podridos de dinero. Los hombres llevaban las ridículas levitas que tan de moda estaban, y las mujeres iban de largo. Incluso desde donde él se encontraba pudo apreciar la profusión de joyas que lucían ellas. Arqueó las cejas con desdén.

«Vaya mierda de gente», pensó, aun a sabiendas de que estaba siendo injusto. Quizá no todos fueran unos mierdas, habría de todo, pero estaba demasiado enfadado y ansioso como para ser lógico. De alguna manera los comparaba a todos con Lalo. Para él todos eran unos gilipollas.

Sin embargo, cuanto más tiempo pasaba allí observando, más consciente era de la gran distancia que los separaba a Elisa y a él. Ya había vislumbrado algo de eso cuando leyó el reportaje de la revista, pero ver a toda esa gente —gente del mundo de Elisa— desfilando ante sus ojos, con esos vestidos, esas joyas y esos cochazos espectaculares, hizo que un extraño desasosiego comenzase a crecer en su interior y que su estado de ánimo decayese. Una sensación parecida a la melancolía le poseyó.

De repente se sintió fuera de lugar. Intentó visualizarse a sí mismo desde fuera, con objetividad, y se vio allí en su moto, con sus vaqueros ajustados y desgastados, su camiseta vieja y sus brazos llenos de tatuajes, sin afeitar..., con las manos siempre llenas de aceite..., y su piso y su negocio hipotecados. Su vida un puto desastre desde que Till había decidido relacionarse con la «mafia».

No era una estampa muy favorecedora.

No pudo meditar mucho más porque en ese instante su némesis —alias Lalo— descendía del asiento del conductor de un coche oscuro y le entregaba las llaves al aparcacoches. Después rodeaba el vehículo y abría la puerta del acompañante.

Cas sintió cómo se le detenía el corazón.

«No. No. No», rogó en silencio, aunque el instinto le decía que era ella.

Una morena pierna femenina con una sandalia de tacón alto de color plateado fue lo primero que vio de Elisa. Cuando salió del coche y pudo verla en todo su esplendor se quedó sin respiración.

Nunca antes la había visto así de hermosa..., y hermosa era quedarse corto. Llevaba un vestido largo de tirantes, que resaltaba su esbeltez y dejaba su suave espalda al descubierto. El pelo recogido mostraba su delicada nuca... Si alguna vez había pensado que se parecía a Catherine Deneuve eso había quedado más que confirmado en ese momento.

Apretó la mandíbula con fuerza y entornó los ojos sin quitar la vista de encima de la que —muy a su pesar debía reconocer— parecía una pareja perfecta. El majadero había apoyado la mano en la parte baja de su espalda.

Cas rechinó los dientes.

Un fotógrafo les dijo algo que Cas no pudo oír, pero que hizo que se detuviesen. Posaron para la cámara, sonriendo.

Se le revolvió el estómago.

Se acabó.

No podía soportarlo más.

Era suficiente.

Pero una especie de fuerza incomprensible le mantenía inmóvil, observando cada movimiento, cada ademán, cada minúsculo gesto del rostro de ella.

Volvieron a detenerse justo antes de atravesar el umbral de la enorme puerta de piedra, para posar de nuevo para otro fotógrafo. En esa ocasión el gilipollas le pasó el brazo por los hombros. Como si la escena estuviese transcurriendo a cámara lenta, los labios de ella se fueron curvando lentamente, muy lentamente, en una sonrisa...

Una sonrisa.

Un gruñido escapó de su garganta. Cualquier sentimiento de tristeza o inseguridad que pudiese haber albergado en su interior fue sustituido por una furia ciega.

Apartó la mirada. Ya había visto bastante, decidió. Ya tenía la verdad.

Se puso el casco y arrancó la moto.

Metió primera.

Y aceleró.

Capítulo Cuarenta y Cuatro

El ruido de una moto hizo que Eli se diese la vuelta antes de entrar a la enorme recepción del recinto. Todavía no era de noche pero la luz crepuscular comenzaba ya a deformar las sombras y tuvo que entornar los ojos intentando vislumbrar algo, pero no vio nada, por lo que supuso que habrían sido imaginaciones suyas. Estaba tan obsesionada con Cas que hasta creía oír su moto.

—¿Pasa algo, Eli? —La voz de Lalo la sacó de su ensimismamiento.

—Ni se te ocurra volver a tocarme —le susurró entre dientes desasiéndose con elegancia de su mano, que trataba de cogerla por el brazo.

Él ya sabía que algo le pasaba. Su fría actitud para con él, era más que evidente. No le había dirigido la palabra en todo el trayecto que habían hecho desde el pueblo hasta allí, por más que él le había preguntado un par de veces si se encontraba bien.

La mala suerte había querido que el avión de Lalo y Poncho hubiese llegado con retraso y le hubiese resultado imposible hablar con él antes de la ceremonia, pero no pensaba esperar mucho más. Ya había hecho su representación delante de los fotógrafos, tanto en la puerta de la pequeña iglesia donde había tenido lugar la misa, como allí en el hotel.

Se acabó.

En cuanto entrasen al salón, donde iba a tener lugar una especie de reunión informal antes de la cena, mientras esperaban a que llegasen los novios, iba a hablar con él. No podía soportarlo ni un minuto más. El anillo le quemaba en el bolso...

El día había transcurrido como en un suspiro. Había sido todo tan caótico que apenas había tenido tiempo de pensar en su propia miseria. Primero la peluquera, luego una maquilladora, el vestido, un sándwich rápido, y por fin marcharse a la iglesia, donde se había reencontrado con un Lalo asquerosamente satisfecho, al que había decidido ignorar hasta que tuviesen un momento a solas.

No había sabido nada de Cas en todo el día y ella misma tampoco había tenido tiempo de llamarle. Estaba un poco preocupada, la verdad. ¿Y si Cas estaba tan decepcionado que no quería saber nada de ella?

—Eli, te estoy hablando.

Lalo la miraba con el ceño fruncido. Al igual que otras decenas de huéspedes que ya habían llegado, habían accedido a un salón decorado en estilo oriental.

No se molestó en contestarle. Buscó a Tana y a Sandra con la vista pero parecía que todavía no habían llegado. Decidida a acabar con todo cuanto antes se dio la vuelta y se encaró con su acompañante, que la miró sorprendido:

—Lalo, tenemos que hablar.

—Ya era hora —repuso él con petulancia—. Dime.

—No, aquí, no. Mejor en privado.

Él la miró con los ojos entrecerrados, suspicaz, pero la tomó por el codo y la guio hacia la parte más alejada del salón.

«Esta es la última vez que dejo que me guíe a ningún sitio», iba diciéndose a sí misma, mientras atravesaba la enorme sala, siguiéndole. Saludó a varias personas conocidas con una inclinación de cabeza. Se habían formado pequeños grupos aquí y allá, y camareros con bandejas llenas de copas y pequeños aperitivos hacían la ronda de uno a otro.

Al fondo, al lado de lo que parecía ser la entrada a la sala de camareros, había una pequeña habitación que en ese momento se encontraba vacía. No tenía muebles ni nada que indicase cuál era su utilidad y Eli se preguntó para qué se emplearía.

«Es igual. Esta noche se va a utilizar para romper un falso compromiso», se dijo.

—Y bien —comenzó Lalo después de cerrar la puerta con suavidad y darse la vuelta para mirarla—, ¿qué es eso tan importante que querías decirme? —Volvía a hablarle con ese tono condescendiente tan típico en él, que ella odiaba.

Eli metió la mano en su diminuto bolso sin apartar la mirada de los ojos avellana que la observaban con curiosidad. Palpó hasta encontrar el anillo. Lo sacó con un movimiento lleno de energía y se lo tendió.

—Te devuelvo tu anillo —dijo con firmeza—. No lo quiero. Lo de este compromiso es un error y creo que no deberíamos seguir adelante.

Lalo arqueó una ceja y la miró sorprendido, pero no tanto como ella hubiese esperado. Después de unos instantes de silencio le sonrió.

¿Lalo le sonreía? No entendía nada.

—¿Tiene esto algo que ver con tu mecánico? —inquirió él al fin.

Eli empalideció al escuchar esas palabras. Toda la furia que había sentido se convirtió en desconcierto.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo? —La voz le temblaba y se odió por ello. Bajó la mano que todavía mantenía extendida y le miró estupefacta. ¿Qué sabía él de Cas? ¿Cómo se había enterado?

—Sí, el tipo ese del taller de motos, el rubio alto con el que te liaste el mes pasado —Lalo hablaba de una forma indiferente, como si todo ese asunto fuese tan solo una pequeña molestia.

—Pero... —balbuceó ella cada vez más atónita.

—¿Creías que no me iba a enterar? —Una desagradable risa surgió de su garganta—. Vamos, Eli, tú sabes que no puedes dar ni un paso sin que te sigan un par de fotógrafos. ¿Qué pensabas? ¿Que esas vacaciones con tus amigas habían sido diferentes? ¡Qué ingenua eres!

Eli se llevó la mano a la frente. Así que algún fotógrafo la había estado espiando... Casi se sintió aliviada al escucharlo. Mucho mejor un fotógrafo de una revista que no un detective privado pagado por Lalo. De todas maneras, su actitud la tenía desconcertada. Parecía no importarle que ella hubiese tenido algo con otro.

—Entonces... ¿un fotógrafo me vio y contactó contigo?

—Fue Antonio Torres —repuso él con indulgencia, como si estuviese hablando con una niña pequeña—. Gracias a Dios que es un excelente amigo de tu madre, fue ella...

—¿Mi madre? —La voz le salió algo aflautada por la sorpresa.

—Pues claro que fue tu madre. Me llamó a Dubai y me lo contó todo... —le dijo con vehemencia—. Menos mal que consiguió parar el reportaje. ¿Te imaginas la vergüenza? ¿Tú? ¿Eli Álvarez con un

mecánico de tres al cuarto? Con un sucio mecánico... —Meneó la cabeza como si le costase creerlo, y después se echó a reír.

Eli apretó el anillo con tanta fuerza en su puño que sintió como las aristas se clavaban en su palma. Era probable que le quedasen marcas. La ira que la embargaba en esos momentos era tan grande que estuvo a punto de abalanzarse sobre él y arrancarle los ojos.

—Restaura motos antiguas —masculló, temblando de indignación.

—Lo que sea. —Hizo un gesto despectivo con la mano—. A partir de ahora tienes que ser un poco más discreta con tus líos, Eli. Cuando nos casemos no podemos permitirnos que cosas así salgan a la luz.

—¿Casarnos? Acaso no me has oído antes cuando te he dicho que el compromiso se anulaba. Yo no tengo ninguna intención de casarme contigo.

—Vamos, no seas exagerada. —Se dirigió a ella con ese tono paternalista que tanto odiaba—. Pues claro que nos vamos a casar. Somos la pareja perfecta.

—Lalo, no te quiero.

Él dejó escapar una carcajada.

—Ni yo a ti. Pero eres la mujer adecuada.

Ella comenzó a negar con la cabeza, presa de la incredulidad.

—Eli, está claro que lo nuestro va a ser un matrimonio de conveniencia, querida. Solo de apariencia... Mientras cumplas como esposa y me des un par de hijos, yo cumpliré como marido y haré que no te falte de nada. Es la solución ideal, ¿no crees? —Se detuvo solo a un paso de ella y la miró con curiosidad—. Tú puedes tener tus cosas fuera del matrimonio, siempre y cuando seas discreta; igual que yo voy a tener las mías...

—¿Estás hablando en serio? —El shock era evidente en su voz.

—Pues claro, Eli. Así funciona. Estamos hechos el uno para el otro. Vamos a ser un matrimonio ejemplar.

—Mientras te acuestas con otras... —murmuró, todavía intentando digerir lo que estaba escuchando.

—Hombre, Eli, no pretenderás que me conforme con lo que tú me ofreces... No eres lo que se dice una fiera en la cama... —Y sonrió.

Ella estaba tan perpleja que ni siquiera se sintió ofendida por sus palabras.

—¿Todo este tiempo que estabas conmigo también estabas con otras?

No es que le molestase en demasía, descubrió con asombro, mientras se lo preguntaba, pero tenía curiosidad.

—Tengo mis necesidades, ¿sabes? —repuso él algo altanero, como si ella no tuviese ningún derecho a pedirle explicaciones.

—Entiendo —musitó ella.

Y en verdad así era. Cada vez entendía más que había sido una boba manipulada por ese hombre y por su madre. Se había dejado llevar por ellos y casi había dejado que le arruinasen la vida.

—Perfecto. Entonces sigamos adelante. Sigue con el mecánico ese si te apetece, pero sé más discreta. Tu madre no puede estar siempre pagando a fotógrafos para que no publiquen tus fotos. —De pronto él parecía haber zanjado la cuestión. Como siempre, decidía por ella—. Y el próximo que te busques que tenga un poquito más de clase, más categoría... No sé, algo más de estilo... —Sacudió la cabeza, sonriendo con sarcasmo—. Pero si parece un presidiario con esos tatuajes, con esas pintas... —suspiró con afectación—. Pensaba que tenías un poquito más de dignidad y que no te abrías de piernas para cualquiera.

Eli le escuchaba en silencio. En su fuero interno sabía que debía sentirse molesta, que debía gritarle y decirle que quién se había creído que era para hablarle así, pero una extraña calma había comenzado a extenderse por su cuerpo.

Alzó la cabeza y le miró. Le sonrió.

—¿Sabes una cosa, Lalo? Es probable que Cas no tenga dinero y que no haya estudiado en una universidad de élite, y que no sepa distinguir un tenedor de postre de uno de ensalada. Y que su apartamento quepa dentro de tu cuarto de baño más pequeño. Sí, es posible... —Hizo una pequeña pausa, mientras se acercaba a solo un paso de él, de manera que sus rostros quedaron a meros centímetros de distancia. Con deleite se percató de que las pupilas de él se dilataban por la sorpresa ante su insólita reacción—. Pero solo en el dedo meñique de ese «mecánico de tres al cuarto» hay más hombría que en todo tu cuerpo —le susurró con firmeza.

Después dejó caer el anillo al suelo y se encaminó hacia la puerta.

—¡Elisa! ¡Vuelve aquí ahora mismo!

Ya tenía la mano en el picaporte cuando la indignada voz de él hizo que se detuviese. Giró la cabeza y le miró por encima del hombro.

—Disculpa Lalo, pero me voy a abrirme de piernas por ahí.

Después abandonó la pequeña sala y se internó en el cada vez más concurrido salón. Se sentía poderosa. Como si hubiese hecho alguna conquista importante o hubiera conseguido algo imposible. Una burbujeante sensación de felicidad hizo que se le encogiese la garganta y se le acelerase el corazón.

Estaba a punto de sacar el móvil del bolso para llamar un taxi e ir a casa de Cas, cuando un movimiento al otro extremo del salón llamó su atención. Tana y Sandra le hacían señas para que se acercase. Junto a ellas estaba su hermano Poncho. Suspiró en silencio. Lo último que deseaba en ese momento era hablar con su hermano.

Se acercó a ellos con la cabeza erguida. Se sentía segura. Estaba contenta consigo misma.

—¿Se lo has dicho? —inquirió Sandra con ansiedad nada más verla acercarse.

—¿Le has devuelto el anillo? —preguntó Tana.

—Sí. Ya está —respondió a ambas, mirando a su hermano de reojo.

—No me mires así. Ya me han contado lo que planeas hacer. Ya eres mayorcita para tomar tus propias decisiones. Si no quieres casarte con Lalo, no te cases —arguyó Poncho, levantando las manos en actitud defensiva.

Eli le miró sorprendida. Iba a replicar cuando el teléfono de su hermano comenzó a sonar en su bolsillo.

—¿Cómo se lo ha tomado? —preguntó Tana, que estaba sensacional con su vestido color turquesa. La mayoría de los hombres allí reunidos parecían pensar lo mismo.

—Ya os contaré. Ha sido... diferente a lo que esperaba... peculiar... —dejó escapar una pequeña risa. En realidad la situación le parecía grotesca—. Ahora no puedo hablar. Tengo prisa. Necesito

ver a Cas y aclarar las cosas. Disculpadme ante Alba. No quiero estropearle el banquete, pero tengo que hacer esto cuanto antes. Necesito las llaves del coche.

—No te preocupes —la tranquilizó Sandra. Se sacó las llaves del bolso y se las dio.

—Eli, es para ti. Es mamá. —La voz de Poncho hizo que se diese la vuelta. Él tenía el móvil en la mano y se lo ofrecía.

—¿Por qué no me llama a mí?

—Dice que lo tienes apagado.

Frunció el ceño. ¿Apagado? No podía ser. La noche anterior lo había cargado... Ignorando a su hermano metió la mano en el bolso y sacó su propio móvil.

¡No! ¡Estaba apagado! Lo encendió e introdujo el PIN.

—Eli, cógelo y habla con mamá —insistió Poncho con algo de impaciencia.

—Un momento —murmuró en voz baja, mientras esperaba que su móvil volviese a la vida. Al cabo de unos segundos la pantalla se encendió... ¡Ocho llamadas perdidas de Cas! El corazón le dio un vuelco.

—Eeeeeeeeli.

Alargó la mano y cogió el teléfono. Sus amigas la observaban con atención. Vaciló antes de llevárselo a la oreja y contestar.

—Dime, mamá.

—...

—No. No me apetece hablar contigo y con franqueza, lo que tengas que decirme, *me importa una mierda*.

Y acto seguido colgó. Con una expresión arrogante en el rostro le devolvió el móvil a su hermano, que al igual que sus amigas la observaba estupefacto. Poncho rompió a reír a carcajadas.

—Muy bien, Eli. Ya es hora de que pongas a mamá en su sitio... Has sido poco diplomática, pero creo que le ha quedado claro... —Y volvió a reírse.

Eli se sonrojó un tanto, pero sonrió. Después los miró a todos y les hizo un gesto de despedida con la mano.

—Me voy a buscar a Cas.

Capítulo Cuarenta y Cinco

Cas apoyó los codos sobre la barra de madera y clavó la mirada en el vaso lleno de oscuro líquido. Todavía no había bebido lo suficiente para que su cerebro alcanzase el entumecimiento requerido para olvidar lo que había visto, pero iba por buen camino.

Cogió el vaso y lo vació de un trago. Después lo dejó en la barra de un golpe haciendo que la camarera levantase la vista y se acercase a él con la botella de *Jägermeister* en la mano.

—¿Otro?

—Sí —respondió secamente.

Dejó vagar la mirada por el local, con los ojos algo turbios. Había llegado hacía una hora más o menos a *El sueño eterno*, que para ser un sábado de verano no estaba muy concurrido, y en ese corto espacio de tiempo ya había consumido bastante alcohol. No solía beber de aquella manera tan desenfadada, pero las circunstancias y la ocasión parecían requerirlo. Se había apostado al final de la barra, con la ira y la impotencia comiéndole las entrañas y se había dedicado a beber un *Jägermeister* tras otro con la mirada fija en la estantería llena de botellas de detrás del bar, inmerso en confusas cavilaciones.

Odiaba a Elisa, se decía una y otra vez, para arrepentirse nada más pensar en ello. Realmente la quería, se decía también, pero se negaba a aceptar que pudiese querer a alguien que le estaba engañando. Verla con Lalo a la entrada del hotel, después de todo lo que había pasado la noche anterior, había sido duro, muy duro. Los celos abrasadores le habían comido por dentro, viendo cómo ese hombre le acariciaba el brazo, le tocaba la desnuda espalda... Un hombre que no era él y que nunca podría ser él. Un hombre que pertenecía a la misma clase que ella, que se movía en sus círculos, con el que tenía mil cosas en común...

Un hombre que no tenía las manos manchadas de aceite...

Se las miró con el ceño fruncido. En verdad estaban limpias, pero su mente que ya comenzaba a acusar los efectos del alcohol,

no reaccionaba como debía. Cerró los puños y los ojos, y la imagen del vestido blanco que ella había llevado la noche anterior, manchado de grasa, acudió a su memoria.

La autocompasión fue mezclándose poco a poco con la tristeza, y esta a su vez con la ira y con los celos, dejándole confuso, impotente y desarmado.

Volvió a pedir otro chupito.

Elisa le había mentido. Le había engañado. ¿Cómo podía no haberse dado cuenta del tipo de mujer que era? Le había parecido tan perfecta... tan especial..., pero solo era fachada, pura fachada... Con su carita preciosa y su aire a lo Deneuve.

Parecía tan inocente... tan tímida...

¡Mentira! ¡Una puta mentira!

Volvió a vaciar el vaso de un trago, sintiendo como el líquido le quemaba en la garganta. Después le hizo un gesto a la camarera que volvió a acercarse con la botella en la mano.

—*Du bist betrunken, mein Freund*^[29].

Cas se dio la vuelta y trató de identificar al propietario de la voz que le hablaba en alemán. Era Oliver, el dueño del local. Su enorme figura cubierta de cuero negro se erguía frente a él. Sus ojos de un extraño azul pálido le miraban divertidos, o al menos eso le pareció.

—*Na und?*^[30] ¿Y qué? ¿A ti qué te importa si estoy borracho? Además, no lo estoy... todavía puedo beber un poco más. —Y como para demostrarlo, volvió a coger el vaso que la camarera acababa de llenarle y se lo bebió de una sola vez—. ¿Lo ves? Todavía puedo con otro.

—*Como quieras. No es mío problema. Pero no conduces hoy. Dame la llaves de moto* —le dijo el otro con su fuerte acento alemán. Llevaba más de veinte años en España, pero su español era terrible. Extendió la mano y esperó con paciencia a que Cas se sacase las llaves del bolsillo.

Lo hizo. Incluso en su estupor alcohólico sabía que no estaba en condiciones de conducir. Quizá estuviese borracho, pero no era estúpido, al menos no mucho.

El gigante alemán meneó la cabeza con conmisericordia antes de palmearle en el hombro y marcharse en dirección a la parte trasera

del local. Cas le siguió con la mirada, o al menos lo intentó. Ya no enfocaba tan bien como hacía un rato.

«Parece que ya estoy consiguiendo lo que quería. Estoy borracho. Estoy borracho y Elisa no. Elisa no está aquí y no está borracha». Su obnubilada mente hilaba curiosos pensamientos.

Volvió a golpear la barra con el vaso atrayendo la atención de la camarera, una chica bajita con el pelo corto y un piercing en la nariz, que le miró dubitativa antes de volver a servirle.

—Es el último —le advirtió.

Cas entornó los ojos y la miró con enfado. ¿Quién se había creído que era ella para decidir por él? ¿Acaso había una confabulación de mujeres? Todas se habían puesto en su contra. Todas eran iguales... unas mentirosas...

—Ponme uno a mí también —dijo una voz a su espalda.

Cas giró la cabeza para ver quién era la persona que se había acercado. Lo hizo demasiado rápido y estuvo a punto de perder el equilibrio, pero tuvo los reflejos suficientes como para agarrarse a la barra.

—¡Eva! —Su tono de voz sonó sorprendido y complacido al mismo tiempo. ¡Era Eva! Su alcoholizado cerebro se alegró de verla.

—Hola, guapo —dijo ella, sentándose en un taburete a su lado, mientras le dedicaba una deslumbrante sonrisa.

Iba vestida acorde con el local, como siempre, con vaqueros ajustados y un top negro muy breve que realzaba sus encantos. Sin dejar de mirarle, apoyó sus tatuados brazos sobre la barra y se inclinó hacia adelante, de manera que su voluptuoso pecho adquirió todavía más notoriedad. Los ojos de Cas no pudieron resistir aquella sobreexposición. Pestañeó aturdido, intentando apartar la mirada y subirla unos cuantos centímetros para fijarla sobre su cara.

—Estás... mu...muy guapa —dijo, arrastrando las palabras. La miró confuso; no era eso lo que había querido decir, pero la frase parecía haber acudido sola a sus labios.

—Tú también. —Ella siguió sonriéndole. Después cogió el vaso que la camarera acababa de servirle y lo vació de un trago—. Te veo muy solo. ¿Quieres compañía? —Su timbre de voz aterciopelado no le pasó desapercibido. Se encogió de hombros algo indeciso sobre qué debía responderle. ¿Quería compañía? Ni idea.

—¿Bebemos por algo especial? —preguntó, acercándose a él y rozándole el brazo con uno de sus senos.

—Por las mujeres, supongo. Por... que todas sois unas mentirosas...

—Oh, oh, Cas... ¿tormenta en el paraíso con tu niñita de Madrid? —Eva meneó la cabeza con fingida preocupación y un ligero tono sarcástico.

Cas giró la cabeza y la miró con fijeza. Su rostro estaba tan cerca que solo tenía que inclinarse unos centímetros y sus bocas entrarían en contacto. Los ojos de Eva, oscuros y profundos parecían ofrecerle algún tipo de invitación. Frunció el ceño y se apartó un poco para poder contemplarla mejor. Recorrió su cuerpo de arriba abajo, deteniéndose en su opulento pecho.

«¿Por qué no?», le dijo una voz en su interior. «Elisa estará con su “prometido” a estas horas y lo último que estará haciendo será pensar en ti. Recuérdalo. Está con otro».

«Sí, pero Eva no es Elisa. Su cuerpo no es el cuerpo que tú quieres abrazar y su boca no es la boca que tú quieres besar. Recuérdalo. No es Elisa».

Trató de enfocar la mirada y sacudió la cabeza, tratando de despejarse, pero el resultado fue peor. Todo comenzó a dar vueltas.

—No hay ninguna tormenta —repuso—. Todo está bien.

Ella arqueó las cejas con incredulidad pero no dijo nada, se limitó a hacerle un gesto a la camarera para que volviese a llenarles los vasos. Esta miró a Cas con reticencia. Él tenía la mirada perdida y se agarraba con las dos manos a la barra.

—Es la última —dijo Eva—. Después de esta ya no hay más.

La camarera se encogió de hombros. Terminó por servir lo que quedaba de la botella en los dos vasos.

—Se la ha bebido él solo —murmuró, arrojando la vacía botella a la basura.

—Se nota —comentó Eva, mirando a Cas de reojo—. Yo me encargo de llevarle a casa.

La camarera hizo un gesto de asentimiento antes de marcharse a atender a otros clientes.

—Cas... ¿Brindamos? —Cogió el vaso y lo levantó en el aire esperando que él hiciese lo mismo.

Cas la imitó con dificultad, derramando parte del contenido en el proceso. Miró a su ex. Era guapa. Muy guapa...

—Por nosotros y los recuerdos que compartimos —susurró ella con la voz ronca y sexy, creando un momento de extraña intimidad entre ambos, del que Cas no pudo sustraerse. De pronto, toda la situación parecía muy familiar y cómoda, y aunque una voz interior le decía que algo no estaba bien, el calor que desprendía el cuerpo de su acompañante, tan cerca de él, le empezaba a parecer delicioso...

—Por los recuerdos —dijo, bebiéndose el contenido del vaso sin dejar de mirar esos ojos oscuros. Eran más oscuros que otros que él recordaba, ¿no?

—¿Nos vamos? —La voz de Eva, dulce y tentadora, penetró en su mente.

—Sí, vámonos —respondió al fin sin dudarlo. De alguna manera y no sabía por qué esa semejaba ser la única respuesta correcta. Apoyó las manos sobre los cálidos hombros de ella. Su piel era muy sedosa, decidió. Y olía bien... Muy bien...

—Yo conduzco —susurró ella, cogiéndole de la mano y dirigiéndose hacia la salida.

Cas la siguió. Ni siquiera se preocupó de si había pagado o no, ni del casco de la moto que había dejado sobre la barra... La siguió como si fuese un marinero de la tripulación de Odiseo y ella una de las seductoras y atrayentes sirenas que le iba llevar a su perdición.

O no...

Capítulo Cuarenta y Seis

Eli aparcó el coche a pocos metros de la entrada de los apartamentos donde Cas vivía, en un hueco diminuto. Se felicitó a sí misma. Era quizá el único sitio libre en la zona. Una noche de un sábado de julio, en primera línea de playa de un pueblecito más que turístico..., Sí que había tenido suerte. Era eso, o es que el destino se había puesto de su parte.

Había necesitado más tiempo del esperado en llegar, ya que el aparcacoches había tardado una barbaridad en entregarle el vehículo. Al parecer no estaba previsto que ninguno de los huéspedes abandonase el recinto tan pronto, y habían tenido que mover varios coches para poder sacar el suyo.

Mientras había estado allí junto a la entrada esperando, su móvil había sonado varias veces. Después de comprobar con exasperación que todas y cada una de las llamadas eran de su progenitora, había quitado el volumen. ¡Qué horrible lo que su madre y Lalo le habían hecho! ¡Qué miserables! Todavía temblaba de indignación al pensar en ambos hablando a sus espaldas, intentando manejarla como a una muñeca.

Y Lalo... Lalo y sus grotescas ideas sobre el matrimonio. No se lo podía creer. Durante los años que habían estado «saliendo juntos», él se había estado acostando con otras. Si era sincera consigo misma no le molestaba tanto como debía haberlo hecho; no se sentía como una mujer engañada. Lo que sí le atormentaba era no haberse dado cuenta de cómo era él en realidad. ¡Había sido tan idiota!

Una risita nerviosa se había escapado de su garganta al pensar en la cara de Lalo cuando le había dicho que se iba por ahí a abrirse de piernas. La expresión de su rostro había sido impagable, con seguridad parecida a la que habría desfigurado la cara de su madre cuando había soltado eso de: *me importa una mierda*. Carmen de Luis jamás habría esperado que algo así saliese de los labios de su comedida y manipulable hija.

Lo único que la había puesto furiosa habían sido las palabras de Lalo, denigrando a Cas... ¿Cómo se había atrevido? ¿Cómo? Cada vez que acudían a su memoria temblaba de ira.

El aparcacoches había llegado por fin, haciendo que su furia se disipase. Y en solo unos minutos había alcanzado el pueblo y el complejo de apartamentos de Cas.

Reconocía que estaba nerviosa. Tenía tantas explicaciones que darle. Solo esperaba que él la escuchase. Tenía que hacerlo, se repetía una y otra vez. Tenía que hacerlo porque ella le quería.

¡Le quería!

Se miró en el espejo retrovisor y la imagen reflejó el rostro de una mujer guapa y elegante, perfectamente maquillada y peinada. Nada indicaba la agitación que sentía en su interior. Incluso los ojos castaños del reflejo mostraban decisión.

«Vas a ir a su apartamento y vas a hablar con él. Y no vas a rendirte hasta que no consigas que te crea. Le vas a convencer de que solo le quieres a él. Solo a él».

Asintió con la cabeza un par de veces, como intentando convencerse a sí misma. Después cogió su diminuto bolso plateado del asiento del pasajero y sacó el móvil. Tenía cinco llamadas perdidas de su madre y ninguna más de Cas. Se mordió el labio inferior vacilante. ¿Debía llamarle antes de presentarse en su casa?

«Ya estás aquí», se dijo. «No dudes ahora. Vamos. Actúa como una mujer segura y decidida».

Se bajó del coche y cerró la puerta con suavidad. Había unas cuantas personas en la acera, justo detrás de ella y se percató de que la miraban con curiosidad. Iba demasiado elegante para un sitio playero lleno de kioscos y terrazas de verano. Su exquisito vestido de seda gris perla parecía fuera de lugar.

Ignorando las curiosas miradas se dio la vuelta, dispuesta a acercarse a la entrada del complejo de apartamentos, cuando una imagen inesperada a solo unos metros de distancia la dejó petrificada.

Era Cas.

Y no estaba solo.

Estaba con otra mujer.

Y se estaban besando.

Era Eva. Su ex.

Eli sintió una terrible opresión en el pecho. Notó cómo le flojeaban las piernas y tuvo que apoyarse en el coche que acababa de abandonar. Se llevó la mano a la boca, intentando contener un sollozo que nunca llegó a materializarse.

No existía error posible. La distancia era demasiado corta como para no ver la realidad. A pesar de ser de noche, las dos figuras destacaban limpiamente contra la pared del edificio adyacente al de Cas. La luz de una traidora farola los iluminaba de lleno. Eva tenía la espalda apoyada contra la pared y los brazos tatuados le agarraban los hombros... y él... él la aplastaba de esa manera tan sensual que Eli conocía tan bien, y con su boca le recorría el cuello y el rostro con aparente deleite. Ambos tenían los ojos cerrados y semejaban estar inmersos en las caricias que intercambiaban.

Trató de no mirarles, de despegar los ojos de esa escena que la estaba desgarrando por dentro, pero una perversa y masoquista curiosidad hizo que apartar la mirada le resultase imposible.

El beso se alargaba en el infinito. Y cuanto más duraba más se le rompía el corazón, pedacito a pedacito, poco a poco...

—¿Está usted bien? —La voz, perteneciente a uno de los curiosos que la habían mirado antes, hizo que girase la cabeza y sus ojos se apartasen por fin del horror del que estaba siendo testigo.

Miró a su interlocutor sin verle. Un raro estupor había comenzado a extenderse por su cuerpo y en ese instante no supo siquiera cuál era la respuesta correcta a la pregunta.

—¿Se encuentra bien? Está muy pálida —repitió la voz. Un par de personas se habían acercado a ella y comenzaban a rodearla.

Intentó hablar, lo intentó de veras, pero ningún sonido salió de su garganta. Se llevó una mano temblorosa al cuello y trató de tragar saliva, sin éxito. Respirar también le parecía algo imposible de conseguir.

—¿Quiere que llamemos a un médico? —Esta vez fue una mujer la que se dirigió a ella.

Eli advirtió que había demasiadas personas a su alrededor. Demasiados desconocidos observándola..., mirándola... Sintió cómo se ahogaba. ¡No podía respirar! ¡Había demasiada gente!

¡Demasiada! Sus ojos iban de un rostro a otro, intentando encontrar a alguien conocido, alguien que la sacase de allí... ¡No podía respirar! Una pequeña parte de su mente que todavía conservaba la lógica, la avisó de que estaba teniendo un ataque de ansiedad. Estaba hiperventilando... Sabía que tenía que serenarse si no quería perder el conocimiento, pero no sabía cómo...

¡No podía respirar!

—¿Eli? —De pronto, una voz conocida llegó hasta sus oídos. Un hombre alto, musculoso y rubio se abrió paso entre lo que comenzaba a ser una muchedumbre o al menos eso le parecía a ella. El ver un rostro amigo hizo que la enorme presión que sentía en la garganta se disolviese un poco. Con alivio notó que podía tomar aire de nuevo.

—¿Till? —logró balbucear. Él se acercó a ella y la cogió por la cintura, sosteniéndola. Parecía consternado—. Sácame de aquí —murmuró con un hilo de voz—. No quiero estar cerca de ellos...

Él miró perplejo hacia donde ella señalaba con la cabeza y su expresión preocupada dio paso a una de furia.

—Joder, Cas... menudo gilipollas... —susurró, antes de dirigirse al grupo de personas que los miraban con una mezcla de curiosidad y preocupación—. Ya me encargo yo. No se preocupen. Yo la llevaré a casa.

Eli se aferró a él como si le fuese la vida en ello. Apoyó la cabeza en su pecho y cerró los ojos. Ignoró las palabras que Till les dirigía a los transeúntes y se concentró en su corazón, que latía con fuerza bajo su oreja. El ritmo de su respiración fue serenándose poco a poco.

—¿Puedes andar? —murmuró él.

Ella levantó la cabeza y se dio cuenta de que estaban solos. El grupo de curiosos se había dispersado, comprobó agradecida. Y allí a lo lejos, la pareja seguía besándose, ajena a lo que había sucedido a solo unos cientos de metros de donde ellos estaban.

Cerró los ojos con fuerza.

—Sí, puedo andar.

—Entonces, vámonos.

La cogió de la mano y echó a andar con ella en dirección contraria a los apartamentos de su hermano. Eli se dejó guiar.

Estaba desorientada y perdida.

Cruzaron la carretera y se adentraron en el paseo marítimo que a aquella hora estaba desierto y oscuro. El par de farolas que deberían haber prestado su luz a esa área estaban apagadas o fundidas.

No anduvieron mucho, lo que agradeció en silencio. Sus sandalias plateadas de tacón eran preciosas, pero no el calzado más adecuado para caminar.

Al final del paseo había un pequeño banco de piedra, detrás de unas palmeras, que si bien no quedaba del todo oculto a las miradas de quien pudiese pasar por allí, era bastante discreto. Till se sentó y la invitó a hacerlo a su lado. La seguía mirando preocupado y ella se vio obligada a tranquilizarle.

—Estoy bien —murmuró—. De verdad —añadió al ver el escepticismo reflejado en su semblante—. Ya estoy bien.

Él no pareció muy convencido, pero no volvió a insistir. La contempló en silencio durante unos instantes antes de hablar.

—¿Qué es lo que ha pasado? Me refiero... No lo entiendo. Mi hermano y Eva... No tiene mucho sentido. —Sacudió la cabeza con incredulidad.

Eli no respondió. Ella tampoco sabía muy bien qué había pasado. Habían transcurrido menos de veinticuatro horas desde que él le había dicho que la quería y sin embargo había tenido que ver con sus propios ojos como besaba a otra...

Era cierto que ella le había engañado y traicionado..., pero ¿tan inconstantes habían sido sus sentimientos? ¿Tan efímeros que en el plazo de unas pocas horas la había olvidado?

—Es mi culpa —respondió al fin con aire derrotista. Bajó la mirada y la clavó en el bajo de la larga falda del vestido—. Yo he provocado esto. Yo y mi forma de tratar a tu hermano.

—No —negó él con energía—. No lo creo. No sé qué habrá podido pasar en las últimas horas, pero hasta ayer mismo mi hermano estaba colado por ti, Eli, te lo aseguro. Si existe en el mundo un hombre loco por una mujer, ese es mi hermano por ti.

Ella giró la cabeza y le miró. A pesar de que las palabras actuaron como un bálsamo para sus heridas, la imagen de Cas y Eva besándose con pasión desmentía lo que Till afirmaba. No

queriendo volver a revivir la horrible escena, intentó ahuyentarla de su mente y se concentró en su acompañante.

Era Till, pero no parecía el mismo que ella había conocido el mes anterior, tan jovial y divertido. Este Till estaba más delgado y más pálido, como si ya no disfrutase de los beneficios del sol. Además, tenía ojeras y un rictus de cansancio afeaba su rostro. Parecía haber envejecido diez años.

Eli recordó las veces en las que Cas le había dicho que Till tenía dificultades pero no había especificado de qué tipo y ella no había querido ser demasiado insistente. Sin duda los problemas debían haber sido graves si se tenía en cuenta su desmejorado aspecto. ¿Qué habría sucedido?

—Aunque no tengamos la mejor de las relaciones —comenzó él con una mueca, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos—, ayer por la tarde hablé con él y me dio a entender que todo marchaba muy bien entre vosotros, por eso no entiendo esto... —Hizo un gesto con la mano señalando el lugar donde quedaba el apartamento de su hermano.

La foto fija del cuerpo de Cas apretándose contra el cuerpo de Eva volvió a acudir a su cabeza. De pronto, un sollozo sacudió su cuerpo. Se llevó la mano a la boca para intentar contenerlo, pero fue en vano. Pronto uno siguió a otro y en menos de un minuto se encontraba llorando con amargura en brazos de Till, que le acariciaba la espalda con torpeza, mientras murmuraba palabras de consuelo.

Eli se dejó abrazar y terminó por contarle todo lo que había sucedido entre su hermano y ella la noche anterior. También le contó lo de su falso compromiso y la encerrona que entre su madre y Lalo le habían organizado. Llegó incluso a contarle la escena que había tenido lugar en la recepción del banquete y cómo le había devuelto el anillo a Lalo. Le contó todo. No se guardó nada. Y cuando terminó de hablar alzó la cabeza y le miró con los ojos llorosos.

—¿Lo ves? ¿Ves por qué es mi culpa? Yo lo he estropeado todo. Todo.

Él no dejó que siguiese hablando. Le cogió las empapadas mejillas entre las manos.

—Eli, no es cierto. No has estropeado nada. Nada. Mi hermano te quiere y tú le quieres a él. ¡No! No digas nada. Es así. Lo sé. Lo que no sé es qué bicho le habrá picado para actuar como estaba actuando hace unos minutos... Tiene que estar borracho o no sé...

Eli parpadeó varias veces, deseosa de creerle, deseosa de que todo fuese un error.

—Tenéis que hablar —concluyó él, soltándole la cara y mirándola con mucha convicción—. Estoy seguro de que todo ha sido un malentendido.

Eli dejó escapar un suspiro.

—¿Un malentendido? No se puede malinterpretar lo que he visto, Till. La estaba besando como si... como si... —tartamudeó—, como si fuese la mujer de su vida... —Cerró los ojos angustiada.

Till se levantó de repente, sobresaltándola, y se colocó frente a ella.

—Ve y habla con él.

—¿Ahora?

Ella sintió como se le helaba la sangre en las venas. ¿Ir ahora a hablar con él, mientras estaba ahí besándose con otra? Negó con la cabeza una y otra vez.

—Sí. Ve y habla con él.

—¿Estás loco, Till? Está con ella. No puedo ir y presentarme allí, mientras... él y ella... ¡No! No voy a hacerlo.

—Lo tuyo con Lalo fue un malentendido, ¿verdad? ¿Quién te dice a ti que lo de Cas con Eva no es otro malentendido? Tú deberías ser la primera en no juzgar una situación con tanta rapidez —arguyó él con una lógica aplastante.

Ella se quedó en silencio sin saber qué decir. ¿Y si era cierto? ¿Y si de verdad había alguna explicación lógica para lo que había visto? ¿Acaso los besos que ella había intercambiado con Lalo no habían sido también un puro fraude?

Dudó.

No. Un beso como el que Cas y Eva se estaban dando nada tenía que ver con los anodinos besos de Lalo y ella. Nada.

—No, Till —repuso con firmeza al cabo de unos instantes—. No voy a ir. No insistas.

—Entonces voy yo.

Y se dio la vuelta echando a andar con celeridad, desandando el camino que habían hecho juntos hacía unos minutos.

—¡Till! —gritó angustiada. ¡No podía creerse lo que estaba pasando!—. ¡Till, vuelve aquí!

—Espérame ahí. No tardo nada —le contestó él por encima del hombro, sin detenerse. Sus largas piernas cada vez le alejaban más del banquito de piedra y de ella, que le contemplaba impotente.

—No me puedo creer que me esté haciendo esto... —susurró, siguiéndole con la mirada hasta que desapareció en la acera de enfrente detrás de un monovolumen.

Nerviosa, estrujó su bolso entre las manos y bajó la cabeza. Un mechón de pelo se había escapado de su elegante recogido y le cayó sobre la mejilla derecha. Se lo apartó con suavidad, colocándoselo detrás de la oreja. Se tocó el pelo y comprobó que el resto del peinado resistía, lo que era sorprendente en sí.

Suspirando con resignación sacó el móvil del bolso y marcó el número de Tana, pero apenas dejó que sonase una vez. Colgó. En realidad no deseaba hablar con sus amigas; había sido un impulso tonto. Decidió mandar un wasap.

Ha sido horrible. Ya os contaré

No esperaba contestación. Lo más probable era que en el barullo del banquete ni siquiera lo escuchase sonar.

Miró hacia el mar, apenas visible en la oscuridad de esa noche sin luna. Parecía tranquilo, sin olas, en calma; todo lo contrario a cómo ella se sentía. Estuvo tentada de levantarse y marcharse. La lógica le decía que no podía quedarse allí esperando a que Till regresara... Si lo hacía solo, sus peores sospechas se habrían confirmado... y si lo hacía con Cas... si lo hacía con Cas, no sabía si podría mirarle a la cara después de todo lo que había pasado.

Una especie de morbosa curiosidad mezclada con una esperanza casi imposible, la hizo permanecer allí, sentada en ese banco al final del oscuro paseo, retorciéndose las manos en el regazo y con el corazón embalado de pura ansiedad.

Escuchó un ruido a su espalda y antes de poder girarse para ver qué lo había provocado, unas manos rudas la sujetaron por el talle, haciéndole daño.

—¿Till? —exclamó sorprendida, girando la cabeza.

Unos ojos oscuros, tan oscuros como el cielo sobre su cabeza se clavaron sobre su rostro.

¡No era Till!

Abrió la boca para gritar, pero el desconocido la sujetó con rudeza por la cintura y le tapó la boca y la nariz con una mano enorme. Ella se retorció al sentir cómo él presionaba más de la cuenta y le cortaba el suministro de aire.

—*Dacă țipi te omor, curvă*^[31] —le susurró en el oído con una voz ronca y chirriante que hizo que sus ojos se abriesen horrorizados.

En ese momento sintió el pinchazo en el cuello.

Fue doloroso. Muy doloroso.

Cerró los ojos un instante presa del pavor.

La mano áspera de ese hombre la estaba ahogando...

Y después solo la negrura...

Capítulo Cuarenta y Siete

Cas levantó la cabeza y se apartó de los labios que había estado besando. Aun en su estado de profunda embriaguez era consciente de que esa boca, por muy tentadora y suave que fuese, no era la boca que él deseaba.

Una sensación de estar cometiendo un terrible error se apoderó de él. Cerró los ojos y apoyó las manos en la pared, ignorando a la mujer que le abrazaba y se pegaba a él con sensualidad.

—Eh, Cas... ¿pasa algo? —susurró ella.

Asintió con la cabeza sin abrir los ojos. Estaba mareado y un sudor frío perlaba su frente.

—Sí... Pues... pasa que no debo, no quiero... No debería estar haciendo esto. No. No es lo correcto... —murmuró. Comenzó a negar con la cabeza, con la intención de recuperar la cordura que el alcohol parecía haberle robado.

«¿Qué cojones estás haciendo, Cas? ¿Liándote con tu ex? Tío, no seas gilipollas. La estás cagando».

—Vamos, Cas, no digas eso... Pero si todo iba sobre ruedas —ronroneó ella, tratando de besarle.

Él abrió los ojos y se apartó bruscamente. De pronto, el rostro de Elisa, tan diferente al rostro que tenía delante, acudió a su memoria.

—¡No! No, Eva. No voy a seguir con esto. —Y se alejó un par de pasos con las manos levantadas, intentando detener cualquier avance que ella pudiese hacer. Volvió a negar con la cabeza, cada vez con más firmeza—. No quiero esto. No lo quiero. Ha sido un error.

—¿Un error? —gritó ella de repente, furiosa—. ¿Un error? ¡Qué te jodan, Cas! ¡Eres un mierda! —La frustración se reflejaba en cada una de sus palabras—. No sé quién te has creído que eres, tío..., pero yo no soy el error de nadie, ¿me entiendes? —Con un gesto rudo se apartó el pelo de la cara y se subió el top que se le había deslizado hacia abajo—. Quédate con tu niña pija de Madrid y no

vengas a buscarme cuando te deje tirado por el ricachón ese de las revistas...

Cas frunció el ceño, contrariado. Así que era *vox populi* lo del compromiso de Elisa... Tampoco era de extrañar, había salido en la televisión...

—Mira, Eva, lo siento... —se disculpó.

—Más lo siento yo por ti. Eres un gilipollas —le cortó. Después, dejando escapar una carcajada burlona algo fingida, le miró con desdén—. Que tengas suerte con la niñata esa.

Y sin más se dio la vuelta y se alejó, moviendo sus caderas con voluptuosidad. Cas no pudo evitar seguirla con la mirada. Eva era una bomba. Una bomba explosiva, pero él no tenía ganas de explotar con ella. Casi había conseguido olvidarlo por un instante debido al alcohol; menos mal que todavía le quedaba algo de lógica a ese cerebro suyo tan idiotizado, y había conseguido detenerse a tiempo...

Ignorando a un par de parejas que pasaron a su lado y le miraron con curiosidad, se apoyó contra la pared y levantó la mirada hacia el cielo. La luz de la farola bajo la que se encontraba iluminó su rostro. Gruñó con frustración.

«Eres un imbécil. Un verdadero imbécil», se dijo a sí mismo. ¿Qué había pretendido demostrar liándose con Eva, ¿que Elisa no le importaba?

Le importaba más que nunca.

Más que nunca.

Se tapó los ojos con las manos y trató de concentrarse en lo que había sucedido. Se había comportado como un mierda, como bien le había dicho Eva. Era un mierda.

Un mierda.

Se golpeó la cabeza contra la pared varias veces, provocándose un dolor que de alguna manera pareció aliviarle. Estaba mareado, pero ya no sabía si era por los efectos del alcohol o por los efectos de intentar olvidar las imágenes que había visto aquella noche y que le habían atormentado...

Ni todo el alcohol del mundo iba a conseguir que olvidase a Elisa. ¡Joder! Era como pretender olvidarse a sí mismo...

Tensó la mandíbula y se apretó las sienes con las manos, con fuerza, como si así, presionándose el cerebro fuese a lograr sacársela de la cabeza.

Fuck! Fuck! Fuck!

¿Por qué cojones le había engañado?, se preguntó por enésima vez aquella noche. ¿Por qué?

—¿Cas? —La voz de un sorprendido Till a pocos metros de él le hizo volver la cabeza.

—¿Till? —exclamó perplejo. Agitó la cabeza, causándose un nuevo mareo—. ¿Qué narices haces tú aquí?

Su hermano pequeño no contestó. Tenía el ceño fruncido y los labios contraídos en un profundo gesto de desagrado. Se detuvo justo a un paso de él y le miró con enfado.

Cas se incorporó en toda su estatura y respiró hondo un par de veces. Su cerebro parecía ir despejándose por momentos, siempre y cuando no hiciese movimientos demasiado bruscos. ¿Qué demonios hacía su hermano allí a esas horas de la noche?

—¿Estás solo? —inquirió el más joven, mirando a un lado y a otro de la calle.

Cas arqueó las cejas con suspicacia. ¿A qué se refería?

—Como ves.

—¿Se ha ido Eva? —le increpó Till.

—¿Qué sabes tú de eso, tío? —respondió, enfadado. No le gustaba ni un pelo el tono con el que se dirigía a él, y menos todavía tener que dar explicaciones—. ¿A ti qué cojones te importa? —Un enorme sentimiento de culpabilidad le obligó a reaccionar a la defensiva.

—Mira, a mí me importa una mierda, Cas —le espetó Till furioso, acercando su cara a la de él y confundiéndole con tanta agresividad —, pero a Eli le ha importado bastante.

—¿Qué dices? —No era posible. Seguro que lo había entendido mal.

—He dicho que a Eli sí que le ha importado bastante ver cómo te dabas el lote con Eva en la puerta de tu casa.

Cas se quedó petrificado. ¿Qué idioteces estaba diciendo su hermano? Elisa estaba en la boda de su amiga, con Lalo..., ¿o no? De repente notó cómo se le revolvía el estómago y las náuseas

comenzaban a invadirle. Tragó saliva un par de veces, intentando ahuyentar esa desagradable sensación, pero fue en vano. Apenas si tuvo tiempo de apartar a su hermano de un empujón e inclinarse entre los coches a vomitar. Los espasmos sacudieron su cuerpo, mientras el contenido de su estómago, principalmente líquido, ya que no había comido nada desde hacía horas, se vaciaba en la calzada. ¡Dios! ¡Qué horrible! No había vomitado así desde hacía años, desde que era un adolescente inexperto... ¡Qué asco! Un nuevo temblor le recorrió la espalda, pero ya no quedaba nada dentro de él que pudiese expulsar... Respiró hondo antes de incorporarse. Se llevó las manos a la frente y se la frotó con energía, como si ese gesto fuese a terminar de despejarle por completo.

Su hermano le miraba con una mezcla de irritación y pesar.

—Pero si Elisa está en la boda de su amiga... —comenzó sin mucha convicción. Ya no sabía qué pensar.

—Te equivocas. Eli está al final del paseo con un disgusto del quince porque te ha visto morreándote con tu ex —le lanzó Till a la cara.

—¡Joder! No puede ser verdad.

—Sí, tío. Me la he encontrado ahí mismo, a punto de tener un puñetero ataque de ansiedad, ¿sabes? —le habló con reproche y continuó con disgusto—. Joder, apestas a alcohol. Estás borracho.

—Pues claro que estoy borracho —repuso Cas entre dientes—. Me he bebido una puta botella de *Jägermeister* yo solo. ¿Acaso no has visto que acabo de vomitar? —continuó con amargura—. ¿Elisa está bien?

—Mejor de lo que estaba cuando he llegado —respondió Till algo más calmado al ver la cara de preocupación de su hermano mayor—. ¿Por qué te has liado con Eva? Creía que lo tuyo con Eli... no sé, creía que iba en serio...

Cas enterró la cabeza en las manos y murmuró algo ininteligible.

—He visto a Elisa llegando a la boda con el gilipollas de su prometido...

—Joder, Cas, eres mi hermano mayor, pero eres un idiota. Anoche ni siquiera le dejaste que te explicase lo que pasaba de verdad entre ella y el tal Lalo... y luego vas y te lías con Eva. —Till meneó la cabeza, exasperado.

—¿Tú qué sabes de lo que pasó anoche? —inquirió Cas, mirándole muy serio.

—Me lo ha contado ella. Me lo ha contado todo. Todo. Cómo su madre y el tío ese la manipularon, y cómo reaccionaste tú al enterarte. Ah, sí, y cómo le ha mandado a la mierda hoy mismo y se ha largado de la boda de su mejor amiga para venir a buscarte.

Cas sintió cómo se le revolvía el estómago al escuchar esas palabras. Si no hubiese vomitado antes, con toda probabilidad lo habría hecho en ese instante.

«Eres un gilipollas, Cas. Un jodido gilipollas», se recriminó a sí mismo en silencio. Cualquier vestigio de embriaguez desapareció como por encanto por efecto del shock de escuchar a Till diciéndole cómo habían sido las cosas en realidad.

—¿Dónde está Elisa? Llévame con ella.

Till echó a andar. Sin dirigirle la mirada, le contó lo que Eli le había dicho. Mientras hablaba y le ponía al corriente de todo, Cas se iba sintiendo cada vez más miserable. Aparentemente, Elisa se había dejado influir por su madre y por el gilipollas de Lalo demostrando poco juicio, pero ¿y él? ¿Qué juicio había demostrado tener él que ni siquiera había querido escucharla? Y luego se había emborrachado y se había liado con Eva.

¡Imbécil!

La zona donde Till le condujo estaba muy oscura, las farolas estaban apagadas y Cas se esforzó por escudriñar cada rincón con atención intentando encontrar a Elisa.

—Está ahí, en el banco —murmuró Till, adelantándose.

Cas le siguió en silencio. No sabía cuál iba a ser el recibimiento. De algún modo se esperaba lo peor... Una bofetada, un insulto... Ojalá Elisa perdiese los papeles y le gritase como una loca... se lo tenía merecido, decidió.

—¿Eli? ¿Eli? —La voz preocupada de Till le alarmó.

—¿Qué pasa? —inquirió, acercándose. Allí no había nadie.

—Se ha ido —masculló Till.

Cas miró el banquito de piedra durante unos instantes con impotencia. Claro que se había ido... ¿No lo había hecho él con el corazón desgarrado cuando la había visto a ella con Lalo? Lógico que se hubiese marchado...

Todavía se sentía mareado, pero el haber expulsado la mayor parte del alcohol y la ligera brisa nocturna le habían despejado bastante. Apretó los puños. Las cosas no podían quedar así, con los malentendidos sucediéndose. Se sacó el móvil del bolsillo con decisión y la llamó. No hubo respuesta.

—No lo coge —murmuró.

—No puede haberse ido muy lejos —dijo Till—. Su coche sigue ahí. —Hizo un gesto con la mano—. Al menos ese es el coche junto al que estaba cuando la he encontrado.

Cas asintió pensativo.

—Ve tú por ahí y yo iré a la playa. Quizá haya decidido andar un poco —dijo, señalando la zona de chiringuitos.

—Ahora te veo. —Till no tardó en alejarse.

Cas abandonó el paseo marítimo y bajó a la playa de cantos rodados. Era muy incómodo andar por allí y más todavía debido a la falta de luz; tuvo que sacar el móvil en un par de ocasiones para alumbrarse el camino. No tenía ningún sentido que Elisa hubiese bajado; lo más seguro era que Till la encontrase antes que él. Se detuvo y trató de otear la oscuridad. Un par de bultos pálidos llamaron su atención cerca del agua. Se acercó.

Eran dos montones de piedras blancas, como si alguien se hubiese molestado en buscar los cantos más limpios de toda la playa y amontonarlos con cuidado.

Chasqueó la lengua, desencantado. Elisa no estaba. La playa estaba desierta.

¡Qué situación más estúpida! Meneó la cabeza con desdén por sí mismo. Se había comportado como un gilipollas. El que ella hubiese aceptado formar parte de la farsa de compromiso no terminaba de convencerle ni de gustarle, pero en resumidas cuentas, ¿qué sabía él realmente de cómo era su vida y de la presión a la que podía haberse visto sometida? El verdadero imbécil de toda esa historia era él... Solo de pensar en su propia idiotez le entraban ganas de abofetearse. ¡Dios! Esperaba que Elisa pudiera perdonarle.

—¡Cas! ¡Cas! —La voz angustiada de Till a su espalda le sacó de sus lúgubres pensamientos. Se giró demasiado deprisa y la cabeza le dio vueltas. ¡Mierda!

Till se acercaba a él corriendo con torpeza debido a las piedras. Estaba demasiado lejos como para distinguir sus facciones, pero todo en él mostraba una urgencia poco tranquilizadora. Echó a andar a su encuentro.

—¿Qué pasa? —inquirió cuando solo unos pasos los separaban. La tez de su hermano presentaba un color ceniciento y respiraba con dificultad. Cas comenzó a alarmarse.

—Tienen a Eli —consiguió murmurar al fin, apoyando las manos en las rodillas y mirándole angustiada—. La han cogido.

—¿Qué estás diciendo? —Cas se acercó y le sujetó por los hombros, obligándole a incorporarse—. ¿Quién tiene a Elisa? ¿Qué cojones dices? —El tono de su voz se elevó en varios decibelios.

—Los Albescu. Los Albescu se la han llevado —farfulló Till apartando la mirada. Algo parecido a un sollozo emergió de su garganta.

—¡¿Qué demonios estás diciendo?! —gritó Cas, zarandeándole con violencia. Las palabras pronunciadas por su hermano habían tenido un efecto parecido a una mano helada estrujándole el corazón.

—Me acaba de llamar Bogdan, el pequeño de los Albescu, para decirme que tienen a mi chica, que se la acababan de llevar de aquí... —balbuceó—. Habrán confundido a Eli con mi chica... No sé...

Cas se le quedó mirando, sin verle en realidad. Terribles imágenes de lo que le podían estar haciendo a *su* chica en ese mismo momento desfilaron ante sus ojos. Las pulsaciones se le dispararon y un sudor frío cubrió todo su cuerpo.

¡No! ¡No! ¡No! ¡No podía ser verdad! ¡Tenía que haber un error!

Trató de calmarse y respiró hondo, pero su cuerpo temblaba de furia.

—Dime exactamente lo que te ha dicho —murmuró entre dientes, clavando los ojos en el demudado rostro de su hermano. Al ver que no respondía de inmediato le sacudió—. ¡Joder! ¿Qué te ha dicho?

—Que... que... tenían a mi chica..., y que si no le daba... el... el dinero le iban a hacer daño... —tartamudeó—, y que se la habían llevado de aquí... y me ha dicho cómo va vestida para que no dude

de que es ella a quién tienen... —terminó con más firmeza aunque con la voz temblorosa.

Cas le soltó y se dio la vuelta. Se pasó las manos por la cabeza, intentando aclarar sus pensamientos. ¿Qué cojones estaba pasando? ¿Por qué se habían llevado a Elisa? Pero si la deuda había sido saldada... ¿A qué demonios jugaban los Albescu? Algo no cuadraba.

—No me encaja —murmuró con el ceño fruncido—. Bajram ha pagado ya tu puta deuda. Al menos eso ha dicho. Él ya lo ha aclarado todo con Viorel.

—No me ha llamado Viorel. Ha sido Bogdam.

—¿Y? ¿No trabajan juntos?

Till pareció dudar. Cas se giró y le miró impaciente, esperando su respuesta.

—Bogdam es un poco... impulsivo... Está algo... desequilibrado...

—¡De puta madre! —exclamó Cas con un bufido sarcástico—. Solo nos faltaba ya un loco para «equilibrar» la puñetera ecuación. —Se acercó a Till de dos zancadas y le cogió por los hombros. Le miró a la cara con desesperación—. Till, te juro que como le pase algo a Elisa... Te juro que... —Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. Un gruñido desesperado las sustituyó. Soltó a su hermano que le miraba con esos ojos tan parecidos a los suyos llenos de lágrimas—. Llama a Jan y dile que venga ahora mismo a mi casa. ¡Ya! —gritó. Y echó a andar, sin cerciorarse de si Till le seguía o no.

Capítulo Cuarenta y Ocho

Eli comenzó a despertarse. Sentía cómo todo le daba vueltas en la cabeza y aunque trató de abrir los ojos no pudo. Los párpados le pesaban muchísimo. Se llevó la mano a la frente, para descubrir, sorprendida, que también el brazo le pesaba una barbaridad.

«Qué extraño», pensó confusa. «No he bebido tanto en la boda, pero parece que tengo resaca».

La superficie sobre la que se hallaba tendida era dura y fría y algo punzante se le clavaba en la cadera. Intentó abrir los ojos de nuevo, y esta vez lo consiguió, pero la oscuridad del lugar le impidió distinguir dónde se hallaba. Parpadeó varias veces y trató de moverse, pero la cabeza seguía dándole vueltas.

De pronto, el recuerdo de lo que había sucedido irrumpió con fuerza en su confundida mente. Gimió, angustiada y se incorporó con brusquedad. A pesar de las náuseas que la invadieron lo consiguió. Se sentó erguida y trató de enfocar con la vista. Según pasaban los segundos, iba distinguiendo su entorno con más claridad.

Estaba en el suelo de lo que parecía ser un almacén no demasiado grande, o al menos la habitación donde ella se encontraba no lo era. Tanto el techo como las paredes eran metálicas y estaban cubiertas de múltiples estanterías vacías. Al fondo destacaba una puerta, también de metal. La única luz la proporcionaba una miserable bombilla que pendía del techo al lado de la puerta.

Se llevó la mano al cuello donde había recibido el pinchazo y aunque no notó nada al tacto, el dolor que sintió al presionar, le confirmó que lo que acababa de recordar era cierto.

¡La habían secuestrado!

Se le aceleró la respiración. Miró a su alrededor con nerviosismo, buscando algo que le diese una idea de dónde podía estar, pero excluyendo las estanterías, el almacén estaba vacío. Palpó con las manos, ansiosa por localizar el objeto que se le clavaba en la

cadera, pero se dio cuenta de que solo era el pico de una baldosa mal encajada.

Se puso de pie con dificultad. No sabía qué era lo que le habían inyectado, pero los efectos no habían desaparecido del todo. Notaba las piernas temblorosas, como si fuesen de gelatina. Se agarró con firmeza a las estanterías para sostenerse.

Apenas si recordaba la cara del hombre que la había cogido en la playa. Solo tenía una vaga impresión de que era alto, fuerte y moreno. Lo que más le había llamado la atención eran sus ojos, oscuros y sin vida, apagados... Si en verdad los ojos eran el espejo del alma, entonces ese hombre no debía poseer ninguna... Se le puso la carne de gallina al recordar su mirada clavada en ella cuando le había dicho aquellas palabras con voz chirriante..., primero en su idioma, y después en español, con un marcado acento; no uno suave como el de Cas, sino uno más fuerte, como si no llevase demasiado tiempo en España. Se estremeció al recordar la brutalidad con que la había agarrado por la cintura y se frotó las mejillas con las manos, como si ese gesto pudiese borrar el contacto de la mano con la que había estado a punto de asfixiarla.

Se agachó, no sin esfuerzo, y se quitó las sandalias. Sus piernas vacilantes se lo agradecieron, aunque el suelo estaba congelado. Agarrándose a la estantería se fue acercando a la puerta y a la única fuente de luz del pequeño recinto. No tendría más de sesenta o setenta metros cuadrados, pero aun así le costó llegar hasta el otro lado. Sus articulaciones parecían no querer colaborar con ella y la cabeza le daba vueltas como si fuese un enorme carrusel.

Al fin, apoyó la frente contra la puerta jadeando debido al esfuerzo. Buscó pero no halló ningún picaporte. Pegó la oreja al frío metal, tratando de escuchar. Unas voces masculinas llegaron hasta ella, distorsionadas por la distancia. Hablaban en un idioma que no pudo entender pero semejaban estar discutiendo, dado el tono y el volumen.

Se preguntó por qué la habrían cogido a ella. Con toda probabilidad sabían quién era y quisiesen pedir un rescate. Su familia tenía dinero, mucho dinero y gracias a su madre y a su ostentosa forma de mostrarlo, todo el mundo lo sabía. ¿No estaban

a la orden del día los secuestros exprés de gente importante, y no tan importante?

¡Ojalá solo se tratase de eso!

No quería ni debía pensar en nada peor, pero imágenes de chicas blancas, que eran raptadas para ser vendidas a hombres depravados, acudieron a su mente sin que pudiese hacer nada por evitarlo. ¡No podía ser! Eso era cosa de las películas... Eso no sucedía en un pueblecito costero de España... ¿o sí? Se le puso la carne de gallina. Un lamento se escapó de su boca. Rápidamente se la tapó, intentado contenerlo. Era mejor que sus secuestradores no supiesen que había recobrado el conocimiento, decidió.

Derramando amargas lágrimas y con las piernas todavía vacilantes, se dirigió al fondo de su «prisión» y se dejó caer en el suelo. Apoyó la espalda contra la estantería, encogió las rodillas pegándolas al pecho y se abrazó a sí misma, sin quitar la vista de la puerta. Silenciosos sollozos sacudían su cuerpo.

«¡Por favor, por favor, por favor, que esto acabe pronto».

Capítulo Cuarenta y Nueve

Cas había salido al balcón hacía unos minutos. No soportaba seguir dentro de su apartamento esperando, sin poder hacer nada. Se agarró con firmeza a la barandilla y contempló el oscuro horizonte sin verlo. Una vena le palpitaba en la sien.

Hacía horas que Jan había llegado y que le habían puesto al corriente de la situación. Al igual que les había sucedido a él y a Till, la sorpresa le había dejado estupefacto. Se habían apresurado a llamar a Bajram y pedirle explicaciones, pero este no había podido decirles nada. Su voz había sonado fría como el hielo a través de las manos libres, cuando les había prometido ocuparse del asunto. Para él, el tema había quedado solucionado y zanjado con Viorel, y si el hermano pequeño de los Albescu había decidido trabajar por su cuenta..., alguien iba a tener que pagarlo caro, muy caro. A pesar de ser quién era, Bajram parecía seguir un estricto código de honor.

Habían deliberado sobre la conveniencia de informar a la policía, pero después de sopesar los pros y los contras habían decidido no hacerlo. No tenían ni idea de cómo reaccionaría Bogdam si intervenía la policía. Tenían más opciones con Bajram y con su gente.

No obstante ya habían pasado horas desde la conversación que habían mantenido con él, y no habían vuelto a saber nada más. Silencio absoluto.

Silencio desesperante.

Jan se mantenía taciturno y pensativo sentado en el sofá, con la mirada clavada en el móvil que sostenía en la mano. Semejaba estar calmado. Till, por el contrario, no paraba de moverse inquieto y de mirar a Cas de reojo con la culpabilidad reflejada en su semblante.

Cas no había podido soportar estar ahí, en la misma habitación en la que había discutido con Elisa solo veinticuatro horas antes, sin saber si ella estaba bien ni dónde se encontraba, y sin poder hacer

nada al respecto. Había salido al balcón, huyendo del opresivo ambiente que se había creado entre los tres.

«¡Dios! Como le pase algo... no me lo voy a perdonar nunca. ¡Es mi culpa! ¡Mi culpa que ella esté en esta situación! ¡Mía y de mi familia!» Se llevó la mano al pecho, como si ese gesto pudiese aliviar el dolor que parecía habersele concentrado allí. Cerró los ojos y respiró hondo.

Pensamientos positivos y negativos se alternaban en su cabeza. Quizá Bajram lo solucionase todo y pudieran recuperar a Elisa sana y salva..., pero si el tal Bogdam era un demente como afirmaba Till, entonces a lo mejor ni el mismo Bajram conseguiría que saliese ilesa de todo aquello.

«¡Para, Cas, para! No puedes pensar así o te vas a volver loco. Elisa está bien. Todo va a salir bien», intentó tranquilizarse.

Levantó la cabeza y clavó la mirada en ese cielo sin luna y sin estrellas. No era religioso, pero la angustia podía inducir a las personas a tomar medidas desesperadas.

—Te juro que si me la devuelves, voy a dedicar cada día de mi vida a compensarla. Voy a vivir solo para ella. La voy a adorar como ningún hombre jamás ha adorado a una mujer..., solo... devuélvemela —susurró entre dientes. Lo que había pretendido que sonase como una plegaria, se había convertido en una amenaza—. Joder, tú devuélvemela... —masculló con fiereza cerrando los puños.

—¡Cas! ¡Tienes que ver esto!

La alarmada voz de Jan llegó hasta él desde el interior de la vivienda. Se dio la vuelta y de dos zancadas se encontró junto a sus hermanos. Ambos le miraban horrorizados. Jan tenía el móvil de Till en la mano. Cas miró la pantalla, que mostraba un vídeo.

Jan dio al *play*.

A Cas se le heló la sangre en las venas al ver las imágenes.

Capítulo Cincuenta

Eli se despertó con violencia al sentir como una mano la agarraba por el pelo y tiraba de ella con fuerza. Los ojos se le llenaron de lágrimas al instante por efecto del dolor. Clavó la mirada en el individuo que acababa de levantarla de tan horrible manera. Los ojos negros sin vida la contemplaban con fijeza.

—*Despierta, curvã, no pongas cómoda* —le susurró en la cara con esa tenebrosa voz que conseguía ponerle los pelos de punta. Contuvo las ganas de gritar. ¿Quién sabía de lo que podía ser capaz ese monstruo si le desafiaba?

Él la miró de arriba abajo por espacio de unos segundos antes de soltarla, luego se dio la vuelta y se acercó a otro hombre, que había permanecido junto a la puerta. Le dijo algo en su idioma.

Elisa se agarró a la estantería, tratando de controlar los temblores de su cuerpo, sin éxito. El pelo que hasta hacía unos minutos había mantenido recogido, ahora le caía suelto por encima de los hombros debido a la brutalidad de ese... animal. Su crueldad la había dejado desorientada. Ni siquiera sabía cómo había sido capaz de quedarse dormida en aquella espeluznante situación.

Contempló a los dos hombres que conversaban junto a la puerta entre los mechones de su pelo. Su captor era más alto, más fuerte y más fiero que el otro, pero ambos parecían luchadores profesionales o porteros de discoteca, enormes y compactos. Se dio cuenta de que una simple bofetada de uno de ellos podía muy bien terminar con ella. El miedo le atenazó la garganta cuando fue consciente de que el que ambos estuviesen allí delante, mostrándole sus caras, no era muy buena señal. Si pretendían cobrar un rescate y luego soltarla, no era lógico que le dejaran ver sus rostros, ¿no? Intentó contener el sollozo que pugnaba por salir de su boca. No quería llamar la atención ahora que parecían haberse olvidado de su presencia.

Se equivocaba. No la habían olvidado. El otro, el menos fornido, se aproximó, y sin mirarla a los ojos ni mediar palabra la cogió por el

brazo y tiró de ella. De poco le sirvió resistirse; aunque intentó aferrarse a la estantería, la rudeza del hombre hizo que se soltase. La arrastró hasta el centro de la habitación y se situó tras ella.

Ella comenzó a respirar con agitación. El miedo a lo que pudiese pasar a continuación la tenía petrificada. Al fin, fue capaz de encontrar su voz.

—No... no me hagáis daño —susurró—. Mi familia pagará..., pagará lo que les pidáis...

La profunda carcajada que surgió del pecho de su captor fue pavorosa. La miraba con una mueca de algo que podía ser una sonrisa pero que en su rostro parecía otra cosa. Solo subía un lateral de la boca para sonreír, y la confusa y asustada mente de Eli pensó que se parecía a Sylvester Stallone.

—*Claro que pagan. Tu novio paga si no quiere que ese bonito cara tuyo ya no sea tan bonito* —anunció con lentitud, regodeándose en su miedo.

Eli frunció el ceño, sorprendida. ¿Su novio? ¿Lalo? No entendía nada. ¿Por qué no sus padres?

—*El novio tuyo va a pagar a mí lo que me debe* —masculló sin quitarle la vista de encima. Se metió la mano en el bolsillo y sacó un móvil—. *Se acabó hacer negocios con mi hermano. Ahora es yo el que ocupo de cosas y si Till quiere volver a verte tiene que pagar a mí.*

¿Till? Pero... ¿qué estaba diciendo? ¿Cómo había llegado a la conclusión de que Till era su novio? ¿Qué estaba pasando? Iba a protestar cuando el falso Sylvester Stallone le hizo un gesto a su socio y Eli sintió un brazo de hierro rodeándole el pecho. Se tensó inmediatamente y comenzó a revolverse, pero la hoja del enorme cuchillo que apareció ante sus ojos, hizo que se quedase quieta, muerta de miedo.

Su captor comenzó a reírse de nuevo. Luego la enfocó con el móvil y ella pudo ver cómo el flash del mismo se encendía, iluminando la escena. Sintió el filo del cuchillo apoyado en un lateral de su cuello y trató de no mover ni un músculo. Esos dos maniacos parecían dispuestos a cualquier cosa. Un par de lágrimas se derramaron por sus mejillas.

—*Por si no me crees antes, mira. Tenemos tu novia y si no traer dinero al muelle de carga del puerto, en dos horas, tu chica ya no tan guapa como antes* —dejó escapar una risotada—. *Di algo puta. Di algo, vamos.* —Al ver que ella no decía nada, frunció el ceño enfadado—. *¡He dicho que dices algo, kurvã de rahat*^[32]!

El hombre que estaba tras ella apretó el cuchillo con fuerza y Eli sintió un dolor lacerante en el cuello. No necesitó notar las gotas de sangre rodando por su pecho para saber que la había herido; la cara de placer enfermizo de su captor lo decía todo.

En ese preciso instante supo que iba a morir. Esos hombres no iban a soltarla cuando tuviesen el dinero. No.

Sollozó impotente.

—Por favor... —balbuceó—. No me hagáis daño...

—*Tú ves vamos en serio. Lo dicho. Dos horas en muelle. Te llamo para decir punto exacto.*

La luz del flash se apagó y el hombre que estaba tras ella la soltó. Eli cayó al suelo, desmadejada. Se llevó la mano al cuello y se palpó la herida con cuidado. El corte no era profundo, pero dolía bastante. La puerta se abrió y volvió a cerrarse con el característico sonido metálico. Después solo el silencio se quedó allí para acompañarla.

Las palabras de su captor resonaron en su mente.

... si Till quiere volver a verte tiene que pagar a mí...

Asintió con la cabeza. Poco a poco, todas las piezas iban encajando en su lugar. Ese debía ser el problema del que Cas no había querido hablarle. Till debía haber adquirido algún tipo de deuda con esa... gente..., y la estaban utilizando a ella para poder cobrársela... Lo que no acababa de entender era por qué pensaban que ella era su novia... Quizá los habían visto juntos en la playa aquella noche.

Lo que estaba claro era que el secuestro o lo que fuera, no tenía nada que ver con ella o con sus padres. Se preguntó en silencio si Till y su familia —Cas— tendrían el dinero necesario para poder pagar a esos hombres, y si así era, cuál sería el desenlace de todo aquello. Un temblor le recorrió la espalda. La actitud de sus captores no presagiaba nada bueno.

Apoyó las manos en el suelo y se incorporó con esfuerzo. Bajó la mirada y la clavó sobre el que hasta hacía unas horas había sido un vestido maravilloso. La pechera comenzaba a teñirse de rojo. Se agachó, agarró el bajo y lo rasgó. Al cabo de unos segundos tenía unas cuantas tiras de tela en las manos, que se ató al cuello con suavidad, para detener el flujo de sangre.

Como si el hecho de haberse vendado la herida la hubiese motivado, en vez de volver al fondo de la habitación y acurrucarse contra la pared, comenzó a dar pequeños paseos por el vacío almacén. Sentía el suelo de congeladas baldosas bajo la planta de sus pies. Su mente, que había estado medio paralizada por el miedo, empezó a despejarse.

El vídeo se lo iban a enviar a Till. Y este con toda probabilidad se lo enseñaría a sus hermanos, ¿no? ¿No acudía siempre a ellos cuando tenía problemas y necesitaba ayuda? Deseaba creer que así era.

Cas iba a ver el vídeo. Cas iba a saber lo que estaba sucediendo. Cas iba a sacarla de allí. No sabía cómo, pero lo sabía.

Solo esperaba que llegase a tiempo.

Capítulo Cincuenta y Uno

Cas tenía el móvil de Till en la mano y volvía a reproducir el vídeo por tercera vez. La primera, apenas había podido entender las palabras del que Till había dicho que era Bogdam; había estado demasiado alterado viendo como el hijo de puta del cuchillo le cortaba el cuello a *su* chica. La ira había provocado que un rugido casi animal se formase en su pecho y surgiese de su garganta, ahogándole, ahuyentando toda cordura de su cerebro. Había tenido que volver a poner el vídeo, que apenas duraba treinta segundos para poder escuchar las palabras del psicópata de Bogdam.

Jan estaba llamando a Bajram y Till se había sentado en el sofá con la cabeza enterrada en las manos. Estaba llorando.

Cas levantó la mirada de la pantalla del móvil y estuvo a punto de acercarse a su hermano pequeño y abofetearle. ¿Qué derecho tenía él a llorar? ¿*Qué derecho?* Elisa no era su chica, era la *suya*, la de Cas, y él no lloraba por ella. *No lloraba.*

Volvió a mirar el vídeo. La expresión aterrorizada de Elisa le partía por la mitad... Se le iba a quedar grabada a fuego en su mente. Nunca más la iba a olvidar.

—Bajram dice que ahora nos llama. Va a informar a Viorel de lo que acabo de contarle —Jan se acercó, guardándose el teléfono en el bolsillo.

—¿Y nosotros? ¿Nosotros qué hacemos, mientras tanto? ¿Esperar como unos gilipollas? —exclamó Cas con la voz ronca y un brillo salvaje en la mirada.

No obtuvo respuesta porque en ese instante sonó el timbre de la puerta, sobresaltándolos a todos. Jan y Cas se miraron con el ceño fruncido, e incluso Till levantó la cabeza, alarmado.

—¿Esperas a alguien? —preguntó el mayor.

—No me jodas, tío, son las cinco de mañana. ¿Quién cojones iba a venir a estas horas?

—No sé. Pero hay alguien en la puerta.

El timbre volvió a sonar, esa vez con más insistencia.

Cas dejó escapar un exabrupto antes de dirigirse a la puerta de dos zancadas. Miró por la mirilla y al ver quién era la persona que se encontraba fuera, apoyó la frente contra la hoja de madera con resignación. Respirando hondo, abrió.

Un torbellino en forma de mujer accedió al apartamento.

—¿Dónde está Eli? —preguntó Tana sin detenerse. Llevaba unos vaqueros cortos y una camiseta blanca y parecía haberse recogido el pelo con precipitación, ya que la coleta que lucía en su cabeza estaba torcida.

—No está aquí —masculló Cas, sabiendo que esa respuesta en modo alguno iba a satisfacerla. Cerró la puerta y la siguió—. ¿Cómo sabías mi dirección?

—Eli nos dijo dónde vivías hace semanas —repuso haciendo un gesto vago con la mano.

Se detuvo en medio del salón y observó a Till y a Jan con hostilidad y desconfianza. Se cruzó de brazos y esperó a que alguien dijese algo.

—Sé que ha venido. Su coche está aparcado abajo. Acabo de verlo, así que no me digas que no ha estado aquí, ni nada por el estilo. ¿Dónde está? —increpó a Cas, dándose la vuelta y encarándose con él.

Él se la quedó mirando sin saber qué decir. ¿Qué podían contarle? ¿Que el gilipollas de su hermano se había mezclado con quien no debía mezclarse, y que a cambio un psicópata se había llevado a Elisa para exigir el pago de una deuda? Sonaba descabellado, y sin embargo, al ver la determinación en el semblante de la chica, supo que no iba a conformarse con una verdad a medias.

Dejó caer los hombros con derrotismo.

—De veras que no está. Será mejor que te sientes.

Tana comenzó a abrir la boca pero debió percatarse de la angustia en su voz, porque una expresión alarmada acudió a su rostro. Se sentó al lado de Till, que se apartó para hacerle sitio.

—Déjame a mí —intervino Jan en ese momento, cogiendo a Cas del brazo. Este se soltó con suavidad y negó con la cabeza. Por más que le doliese debía ser él el que le dijese a Tana lo que había pasado.

Y así lo hizo. Le relató los acontecimientos según habían sucedido. Con la voz vibrante de desprecio por sí mismo le contó lo de Eva. Luego le explicó que Till había estado hablando con Eli en la playa y cómo, cuando la había dejado sola, se la habían llevado. Con bastante más dificultad le informó de la llamada y le habló incluso del vídeo.

Ella le escuchaba en silencio, sin interrumpirle, lo que él agradeció, ya que el simple hecho de hablar de lo que estaba sucediendo le hacía sentir un dolor sordo en el pecho.

—Hay algo que no entiendo —comenzó ella con voz temblorosa una vez que él se quedó callado. No se había movido del sofá, pero se percibía que todos sus músculos estaban en tensión—. ¿Por qué se la han llevado esos hombres? ¿Quieren pedirle un rescate a su familia? ¿Saben quién es? ¿Y por qué os han avisado a vosotros y no a ellos?

—Ahora sí —intervino Jan antes de que Cas pudiese decir nada—. Déjame a mí. —Y con voz profunda y calmada le contó lo de Till. No todo ni muy específicamente, pero lo suficiente para que ella entendiese por qué estaba pasando aquello.

Cas se dirigió a la cocina. Desde allí observó la escena como si de una representación teatral se tratase y él un mero espectador. En su interior, agradeció que Jan le hubiese tomado la palabra. Tenía sentimientos encontrados con respecto a su hermano pequeño y no se veía capaz de ser tan benevolente como su hermano mayor. Había evitado en todo momento pensar en la implicación de Till en todo aquello, porque si lo hacía..., si lo hacía, quizá terminase por darle una buena paliza.

Till ya no lloraba como había hecho antes; tenía la cara petrificada. Parecía esculpido en mármol, allí, junto a la mejor amiga de la mujer que se encontraba en esa situación por su culpa.

Tana comenzó a temblar con violencia al comprender el alcance de lo que estaba sucediendo. Agarró el bolso que tenía en el regazo con mucha fuerza, y una mueca de furia desfiguró su bello rostro. Lentamente se dio la vuelta y miró a Till, que le devolvió la mirada con la súplica brillando en ella.

De pronto, Tana abofeteó a Till con todas sus fuerzas dos veces. La última de ellas de tal manera que cuatro largos y profundos

arañazos aparecieron en su mejilla izquierda. Él no se inmutó. Aceptó los golpes con estoicismo, como si ese fuera un más que merecido castigo.

Todo había sucedido demasiado rápido como para que ninguno hubiera podido intervenir.

Jan se acercó, pero Tana le hizo un gesto con la mano. Parecía muy calmada. Respiraba con dificultad, pero nada más delataba su grado de excitación.

—Ya. No hace falta que me sujetes. No voy a volver a golpearle —dijo en voz baja, pero firme. Y se incorporó, mirando a Till con un profundo desprecio. Él se limitó a bajar la vista. Ni siquiera se limpió la sangre que manchaba su mejilla—. No puedo con la gente débil como tú, ¿sabes? Te juro que como le pase algo a Eli...

—Estamos intentando encontrar una solución —la interrumpió Jan.

—¿Solución? —gritó ella, apartándose del sofá—. ¿Habéis llamado a la policía?

—La policía no tiene nada que hacer. Tardarían días en encontrarla... —intervino Cas—. Tenemos a alguien mejor.

—¿Alguien mejor que la policía? Alguien fuera de la ley querrás decir... ¿La puñetera mafia o algo así? —Ella le contempló incrédula por espacio de unos segundos, después meneó la cabeza con pesar—. Y yo que llevo semanas animando a Eli a que no tenga miedo y reconozca que te quiere... y resulta que por tu culpa, *por vuestra culpa* está metida en esto... ¡Dios! ¡Qué equivocada estaba! Has resultado ser peor que Lalo... Más dañino y más nocivo... —De pronto se tapó la cara con las manos y empezó a llorar.

Cas la miró con impotencia. Él mismo hubiese deseado enterrar la cara en las manos y llorar como estaba llorando ella. Se acercó y le palmeó la espalda con suavidad. No existían palabras de consuelo para ninguno de los dos. ¡Qué razón tenía al decir que había resultado dañino y nocivo para Elisa! ¡Cuánta razón!

Clavó su ausente mirada en el rincón donde su perra dormitaba, y apretó la mandíbula. Se juró a sí mismo que aunque fuera lo último que hiciese en su vida, iba a sacar a Elisa de toda esa mierda donde se encontraba gracias a su familia... y después ya se vería...

Después ya se vería si era demasiado nocivo... o si ella le daba la oportunidad de redimirse...

La música irlandesa del móvil de Jan rompió el silencio, alarmándolos a todos.

—Es Bajram —murmuró su hermano antes de cogerlo.

Al escuchar aquello Cas se acercó a Jan, y se apartó de Tana, cuyos sollozos habían ido apagándose poco a poco. Este tenía una expresión tensa en el rostro pero asentía con la cabeza. No tardó más de cinco segundos en colgar.

—Ya saben dónde está Bogdam y van a buscarle. Me ha dado la dirección.

—Perfecto. Vamos —gruñó Cas, dirigiéndose hacia la puerta con decisión.

—¡Espera! —exclamó Jan a su espalda.

—No me jodas, Jan. No pienso esperar una mierda.

—No hablaba contigo. Se lo decía a ella. —Señaló a Tana con la mano, que se había apresurado a ir tras Cas.

—No me digas que yo no voy —comenzó ella, con fiereza.

—Claro que tú no vienes con nosotros. —Cas se dio la vuelta y la miró con seriedad—. No tenemos ni idea de qué nos vamos a encontrar, Tana. Y esa gente es peligrosa. Seguro que hay armas de fuego de por medio... —Al ver que no lograba convencerla, se pasó la mano por el pelo con exasperación—. Joder, Tana, si vienes con nosotros, es probable que seas más una carga que una ayuda.

—Tiene razón —intervino Jan—. Es mejor que nos esperes aquí. Dame tu número de teléfono y te prometo que en cuanto sepamos algo, yo te llamo.

Tana le miró poco convencida.

—No podemos perder más tiempo, ¡joder! —exclamó Cas con furia.

Ella pareció darse cuenta por fin de que los estaba retrasando. Le dictó a Jan su número, y este se apresuró a guardarlo en la memoria del móvil. Luego abandonaron el apartamento. Cas iba delante con los puños apretados y la mandíbula tensa. Toda su postura irradiaba determinación. Jan le seguía con algo más de calma pero igualmente decidido. Cerraba la pequeña comitiva un

silencioso Till. Los cuatro arañazos sanguinolentos destacaban sobre su pálida mejilla.

De pronto y sin la presencia de los tres hermanos, el piso parecía más grande, más inhóspito... Tana se sentó en el sofá y miró a la perra que roncaba en su rincón, ajena a la agitación de los humanos.

—Nos hemos quedado solas —murmuró en voz muy baja—. Ahora solo nos resta esperar.

Capítulo Cincuenta y Dos

Algo estaba pasando al otro lado de la puerta. Señales innegables de revuelo llegaban hasta ella y varias voces enfadadas se mezclaban unas con otras. Parecía haber más de dos personas discutiendo, no solo Sylvester Stallone y el otro, alguien más había llegado al almacén y se había enzarzado en una disputa a gritos con sus dos captores.

Eli pegó la oreja al frío metal y trató de descifrar lo que estaba sucediendo, pero le resultó imposible. Hablaban en otro idioma. Escuchó golpes y algo como el sonido de una puerta pesada cerrándose.

«A lo mejor viene alguien a rescatarme», se dijo con optimismo.

Se apartó de la puerta y se dirigió al fondo del almacén. No tenía ni idea de cuántas horas llevaba allí dentro, ni si era de día o de noche, pero la temperatura había bajado varios grados desde que había llegado. Se abrazó a sí misma para entrar en calor. Notó cómo la carne se le ponía de gallina y se frotó los brazos. Además del frío, el hambre había comenzado a acuciarle, y aunque el dolor de la herida del cuello ya no era tan profundo, seguía notándolo cada vez que movía la cabeza. Ya no sangraba, gracias a Dios, pero la parte frontal de su vestido estaba cubierta de sangre seca y se pegaba desagradablemente a su cuerpo.

Después de la horrible experiencia del «rodaje» del vídeo, había intentado encontrar algo con lo que poder defenderse de alguna manera de aquellos cerdos, en caso de que volviesen a buscarla. Había tanteado las estanterías buscando algún tornillo suelto que pudiese utilizar, pero sin éxito. Todos parecían bien ajustados, y se había destrozado las manos intentando aflojarlos. En su desesperación, había tratado incluso de desprender la baldosa mal colocada que con anterioridad se le había clavado en la cadera, pero después de muchos forcejeos y de que sus dedos comenzaran a sangrar, había desistido. No había podido moverla ni un milímetro. En un último y desesperado arranque, había roto los tacones de sus

sandalias de mil quinientos euros y había pensado utilizarlos para defenderse, pero pronto se había dado cuenta de lo absurdo de su idea, ni eran lo bastante resistentes ni ella tenía la fuerza requerida para utilizarlos como arma. Con desesperación, había asumido que no tenía ningún recurso.

Los ruidos al otro lado de la puerta se apagaron o al menos ya no llegaron hasta ella con tanta claridad. O bien habían alcanzado un acuerdo, o se habían alejado. Se permitió el lujo de relajarse unos segundos. Por enésima vez se preguntó si Till habría recibido el vídeo y si Cas lo habría visto. Cerró los ojos, intentando controlar su ansiedad. El pensar en Cas hacía que se sintiese inquieta y esperanzada al mismo tiempo. No sabía por qué pero tenía la sensación de que si alguien iba a sacarla de allí, era él. Ni la policía, ni su familia...

Nadie.

Solo Cas podía rescatarla.

Sabía que no era lógico, que Cas no tendría los recursos necesarios para enfrentarse a ese tipo de gente, pero una parte de ella estaba convencida de que solo él iba a ser capaz de salvarla.

Con los ojos cerrados se apoyó contra la estantería y rememoró su imagen.

Recordaba a la perfección cada rasgo de su cara, cada gesto, la forma cómo fruncía el ceño cuando algo le molestaba, las diminutas arruguitas que se formaban en torno a sus ojos cuando se reía, la chispa traviesa en sus ojos azules cuando le decía algo que sabía que a ella la iba a avergonzar, la suavidad de sus labios cada vez que la besaba, su olor tan masculino..., su voz ronca con ese acento tan sexy... Y sobre todo y lo más importante..., su sinceridad. Esa sinceridad con la que desde el primer momento la había conquistado.

Era imposible no querer a ese hombre.

Por más que sus mundos se encontrasen a años luz de distancia y que no tuvieran nada en común... Él había sido el que le había abierto los ojos y le había mostrado lo vacío de su existencia...

Cas.

Sintió cómo se le encogía la garganta solo de pensar que no iba a volver a verle nunca más, y un dolor sordo comenzó a expandirse

por su pecho. La respiración se le aceleró.

¡No!

¡No pensaba dejar que aquello sucediese! Apretó los puños con determinación. Siempre se había tenido por una cobarde, pero desde que había conocido a ese hombre, cada vez se sentía más fuerte, más decidida. Una especie de extraña valentía empezó a crecer en su interior. Si tenía que defenderse con uñas y dientes de sus asaltantes para salir de allí, lo haría.

Por supuesto que lo haría.

De pronto la puerta se abrió con violencia, golpeando contra la pared de metal. Se llevó la mano al pecho, intentando detener los latidos de su desbocado corazón.

Stallone entró en su habitáculo y se dirigió a ella con el ceño fruncido por el enfado, aunque decir eso era quedarse corta, la verdad. Semejaba estar furioso, muy furioso. Tenía el rostro, ya de por sí poco atractivo, deformado por la ira y sus ojos oscuros irradiaban maldad. La agarró con brutalidad por el brazo y la arrastró tras de sí como si fuese una muñeca.

—Parece que mi hermano decide unir al enemigo y dar espaldas— chirrió con su odiosa voz—. *Voy a tener que usar tú como prenda, puta. Si mi hermano y jodido albano no quieren ver tu carita destrozada tienen que darme lo que pido.*

Se sacó un cuchillo de la parte trasera del pantalón, parecido al que su socio había utilizado para cortarle el cuello, y Eli sintió cómo el miedo le paralizaba el corazón.

¡Tenía que hacer algo!

Trató de resistirse pero fue en vano, él era demasiado fuerte y parecía muy determinado a sacarla a rastras de allí si era necesario. Gruñó algo en su idioma y la miró con un odio profundo.

—Debes ser muy importante para alguien si puto Bajram ha venido a sacar tú de aquí. —La carcajada que siguió a sus palabras hizo que a Eli se le helase la sangre en las venas. ¿Quién era ese albano que había venido a rescatarla? No entendía nada. Apretó los puños con fuerza.

Stallone tiró de ella con tanta fuerza que estuvo a punto de dislocarle el brazo. Un gemido de dolor se escapó de sus labios,

pero él no se detuvo. La arrastró tras él con el enorme cuchillo en la otra mano.

Al parecer, el almacén que había sido su prisión, se encontraba en el piso superior de una gran nave industrial. Al final de la plataforma metálica a la que su captor acababa de remolcarla, había una empinada escalera también de metal que descendía al piso de abajo. No habría más de cien metros hasta allí, calculó Eli con rapidez. Frenéticamente buscó con la mirada y descubrió un par de hombres en la planta inferior, a la izquierda, junto a un montón de cajas apiladas. A la derecha, un portón que se encontraba abierto, dejaba pasar la sucia luz del amanecer. Valoró sus posibilidades y decidió que era factible. No sabía de dónde estaba sacando toda esa sangre fría; debía ser su instinto de supervivencia que se había despertado al ver el cuchillo.

Uno de los hombres de abajo gritó algo y su captor se inclinó sobre la barandilla para contestarle. Se distrajo. Y Eli comprendió que el momento de actuar había llegado.

Recordando a la perfección, que hacía años su hermano Poncho le había dicho que la mejor manera de dar un puñetazo era manteniendo el pulgar fuera de la mano para no rompérselo, alzó el puño, y aprovechando que él no la miraba, lo estampó contra su nariz con todas sus fuerzas. Sintió cómo si la mano se le fuese a partir por la mitad, tan intenso fue el dolor, pero no perdió el tiempo ni se entretuvo en ver el resultado obtenido por su acción. En el instante en que oyó el grito de él y sintió su brazo libre, echó a correr como alma que llevaba el diablo hacia la escalera. El suelo de metal vibró bajo sus pies.

Una respiración jadeante a su espalda puso alas a sus pasos, y en menos de lo esperado se encontraba frente a la escalera. Giró apenas la cabeza para calcular la ventaja que le sacaba a su captor y al ver los escasos dos metros que los separaban, una horrible sensación comenzó a expandirse por su pecho.

Se sujetó con firmeza a la barandilla, ahogando un gemido, ya que la mano le dolía horrores. Ignorando el dibujo metálico de la escalera que se clavaba en las plantas de sus desnudos pies, se apresuró a descender con la respiración acelerada y el terror atenazándole la garganta.

Solo había bajado un par de escalones cuando una mano enorme y áspera la agarró por el cuello. El pavor la invadió. Se retorció y trató de zafarse con todas sus fuerzas, girando el cuerpo casi en el aire. Los ojos que siempre le habían parecido muertos y sin vida refulgían perversos en ese rostro desfigurado por la furia y la sangre que manaba de su nariz.

En su desesperación se soltó de la barandilla y comenzó a golpearle en los brazos, en la mano que la mantenía sujeta, en la cara, intentando zafarse..., y debió encontrar un punto débil, porque de pronto ya nada la sujetaba, nada la ahogaba...

En ese instante, perdió el equilibrio. Por encima de ella y cada vez más lejos, las facciones ensangrentadas de su captor mostraron algo parecido al asombro.

Un grito agudo rompió el silencio.

«Es curioso. Puedo volar», pensó un segundo antes de golpearse contra el suelo.

Luego, la nada.

Capítulo Cincuenta y Tres

Habían llegado hacía unos diez minutos. A esa hora de la mañana el puerto hervía de actividad. Multitud de estibadores se afanaban en el comienzo de su jornada laboral. Era la hora en la que comenzaban a descargar los barcos. Gracias a Dios, la nave que los Albescu utilizaban para sus negocios legales y que era la tapadera de algún chanchullo ilegal, estaba al final del muelle tres, alejada del trasiego. Habían dejado el coche de Jan aparcado en un lateral. Bajram había salido a su encuentro y les había informado de que Viorel estaba dentro, negociando con su hermano.

Cas apenas si había podido escucharle; se hallaba en un estado de profunda excitación. La impotencia hacía que le resultase complicado calmarse. Saber que Elisa estaba dentro de ese edificio a tan solo unos metros de distancia, y no poder hacer nada, le estaba destrozando por dentro.

Bajram les contó sobre el acuerdo que Viorel quería proponerle a su hermano. Pensaba partir con él el dinero de la deuda, a cambio de que soltase a la chica.

—¿Y si no acepta? —masculló Cas con el ceño fruncido.

Bajram le miró en silencio.

—Si no acepta tengo aquí a mis hombres —murmuró el albano-kosovar con un tono de voz frío como el hielo.

Cas entornó los ojos. No quería ni pensar en lo que podía suceder si los hombres de Bajram tenían que intervenir. Apretó la mandíbula y comenzó a dar pequeños paseos erráticos sin alejarse demasiado, mientras, sus hermanos permanecían al lado de Bajram.

Todavía era temprano, pero los rayos del sol ya se filtraban entre jirones de nubes. Iba a ser un día caluroso. Los sonidos habituales de un puerto de mercancías llegaron hasta él. Cas se llevó la mano a la nuca y se la frotó, distraído...

Toda la situación era surrealista. Se encontraban en el muelle portuario, junto a una nave que con seguridad se usase para el

contrabando..., *su* chica estaba retenida por la mafia rumana para cobrar una deuda de juego..., y un gánster albano-kosovar los iba a ayudar a recuperarla... Meneó la cabeza con incredulidad. Ese tipo de cosas solo pasaban en las películas de acción. En las de Bruce Willis o Jason Statham.

¡Joder! ¡Esas cosas no pasaban en la puta vida real!

¿Cómo cojones su vida había dado ese giro de ciento ochenta grados en solo un par de meses?

Verdammt! El gilipollas de su hermano y sus terribles decisiones... Como le sucediese algo a ella...

Se frotó la frente. Ahora solo podía pensar en Elisa. Elisa...

Su mierda de vida importaba eso, una mierda. Elisa era lo principal.

En ese instante, un hombre alto, fuerte y moreno, vestido con ropa deportiva dobló la esquina de la nave y se acercó a ellos. Cas le observó con recelo. ¿Sería ese Viorel? Seguramente. No traía cara de buenas noticias.

—Todo o nada —dijo en buen español aunque con un fuerte acento, al detenerse junto a Bajram. Su mirada los recorrió a todos, deteniéndose con brevedad sobre Cas, quizá porque parecía exudar más agresividad que los otros—. No hay más negociación.

—Pues entonces tienes un gran problema, Viorel. Solúcionalo o tendré que intervenir.

—No quiere negociar.

—Sí quiere. Lo quiere todo. Dáselo —dijo Bajram con voz profunda, sin apartar la vista de Viorel, que terminó por bajar la mirada al suelo, nervioso—. Arréglalo. No puede pasarle nada a esa chica, Viorel. Si le sucede algo, estamos jodidos todos. No es alguien insignificante, es una persona importante, conocida.

Al parecer Bajram había hecho los deberes, informándose sobre quién era Elisa. A Cas no le sorprendió. El albano-kosovar parecía saberlo todo de todos.

Viorel maldijo por lo bajo. Se le notaba reticente, pero a la vez resignado. Bajram había decidido y todos debían acatar sus decisiones.

Un grito femenino, agudo y desgarrador interrumpió la reunión.

El corazón de Cas se detuvo.

¡Elisa!

No lo pensó ni un segundo. Echó a correr. Se liberó de un manotazo de las manos de su hermano Jan, que intentaba detenerle. No escuchó los gritos de los hombres a su espalda. Su instinto le decía que Elisa le necesitaba. Ya.

Rodeó la nave y sin detenerse a calibrar la situación, como un hombre lógico hubiese hecho, se dirigió al portón con rapidez. El corazón le latía tan fuerte en el pecho que era un milagro que el sonido no llegase hasta sus oídos. No había nadie, o al menos nadie se interpuso en su camino cuando accedió al interior del almacén, aunque tampoco lo hubiese notado. Todos sus sentidos estaban pendientes de una única cosa. Encontrar a Elisa.

Y la encontró.

Justo frente a él, al fondo, tendido en el suelo bajo una escalera metálica estaba su cuerpo desmadejado. Roto. Inmóvil. Cubierto de sangre.

El tiempo se detuvo. El mundo dejó de girar para Cas. Se paró en seco, incapaz de creer lo que sus ojos estaban contemplando. Levantó la mano en el aire, como si ese gesto fuese a borrar o eliminar la escena. Comenzó a sentir una insoportable opresión en el pecho. Quizá si cerraba los ojos la figura inerte de Elisa desaparecería y en su lugar la vería a ella, sonriéndole, ilesa...

Lo hizo.

Los abrió de nuevo.

La escena no había cambiado.

—¡No! ¡No! ¡No! —gimió

Finalmente pareció salir del trance en el que se había sumido. De dos zancadas estaba junto a ella. Se tiró al suelo de rodillas, a su lado, y sus ojos la recorrieron de arriba abajo, con frenesí. Tenía el vestido desgarrado y sucio y no llevaba zapatos. Su pecho y un precario vendaje que cubría su cuello estaban cubiertos de sangre, pero era sangre seca. El pelo le tapaba la mitad de la cara y con mucha suavidad se lo apartó, dejando su precioso rostro al descubierto, pálido como la nieve. Debajo de su cabeza, en el suelo, se había formado un pequeño charco de sangre.

No fue consciente del revuelo que se había organizado a su alrededor. No oyó las voces, los gritos, ni los golpes. Todo había

desaparecido, excepto él y el cuerpo sin vida de Elisa.

Con la mano temblorosa le tomó el pulso en el cuello.

No lo encontró.

—¡No! ¡No me hagas esto, Elisa! ¡Por favor! —susurró con la voz entrecortada, volviendo a buscar sus pulsaciones con nerviosismo. Sin éxito.

Un grito ronco y desgarrador surgió de su garganta.

¡No podía morir! ¡No podía morir! ¡Era la mujer de su vida!

En ese momento, como si sus súplicas hubiesen sido escuchadas, ella abrió los ojos, parpadeando ligeramente.

—¡Dios mío! Elisa, Elisa, Elisa... —comenzó él a repetir, presa de la más profunda de las emociones. La visión de esos ojos castaños tratando de focalizar fue quizá lo más maravilloso que había visto en toda su vida. Con sorpresa se dio cuenta de que la humedad le cubría las mejillas. Estaba llorando.

—C... Cas —balbuceó ella.

—No hables, amor. No te esfuerces —susurró, rozándole el pómulo con delicadeza. Parecía tan frágil allí tendida en el suelo, como una muñequita rota... El pecho se le encogió de la emoción y una lágrima cayó desde su cara a la cara de ella. La recogió con ternura con su dedo índice.

¡Dios Santo! Había estado a punto de perderla... Se inclinó sobre ella y la contempló con avidez, tratando de evaluar dónde estaba herida. Ella le miraba confusa como si todavía no hubiese terminado de despertar del todo.

—Has venido —murmuró.

—Claro que he venido. ¿Creías que no iba a hacerlo? ¿Pero no te has dado cuenta de que no puedo vivir sin ti?

Ella cerró los ojos. Parecía agotada. Cas levantó la cabeza y fue consciente por vez primera de que sus hermanos se encontraban a su lado.

—Llama a una ambulancia —le instó a Till, que tenía el móvil en la mano.

—Ya hemos llamado —murmuró Jan.

Cas volvió a mirar a la mujer que había estado a punto de perder, y se vio reflejado en sus enormes ojos castaños que le miraban con fijeza.

—Todo va a ir bien, Elisa.

Ella asintió con cuidado, pero una mueca de dolor le desfiguró la cara.

Al ver ese gesto, una ira ciega, enorme, profunda le invadió. Con los ojos ardiendo por las lágrimas y una furia asesina desmedida, elevó la cabeza y clavó la mirada sobre un par de hombres que se encontraban justo a su derecha, con Viorel y Bajram. Uno de ellos tenía la cara ensangrentada y trataba de explicar algo a gritos. Su aspecto era el del típico matón de discoteca, grande, vulgar y chulesco. Cas no le había visto en su vida, pero algo en su interior le dijo que solo podía ser Bogdam.

Bogdam.

El que le había hecho eso a Elisa.

La cólera tomó posesión de su mente, e ignorando todo lo demás se puso de pie y con la mandíbula y los puños apretados, atravesó de un par de zancadas la distancia que le separaba del rumano y se lanzó contra él violentamente.

Nadie se lo impidió.

El otro, que no se había esperado el ataque, tardó demasiado en reaccionar y cuando quiso hacerlo ya era demasiado tarde, el bárbaro en el que se había convertido Cas le tenía cogido por el cuello con una mano, mientras que con la otra le pegaba puñetazo tras puñetazo en la cara. Una especie de velo rojo le había cubierto la mirada impidiéndole ver otra cosa que no fuese el hombre que había hecho daño a Elisa.

Bogdam intentó zafarse de los golpes, en vano, y aunque era igual de alto e incluso más fuerte que Cas, este parecía haber adquirido una fuerza sobrehumana, antinatural. La rabia dictaba cada uno de sus movimientos y una sed de venganza que nunca antes había sentido, había remplazado cualquier pensamiento coherente. Sintió cómo el hueso de la mandíbula del tipo se rompía bajo sus nudillos y una enorme satisfacción le poseyó.

Por fin el rumano consiguió reaccionar y le propinó un par de puñetazos en el estómago, pero el nivel de adrenalina de Cas era tan elevado que ni siquiera sintió los golpes. La locura que le había poseído parecía hacerle inmune al dolor.

Alguien le agarró por detrás, tratando de separarle de aquel hijo de puta, pero él no se dejó desviar de su propósito. Dado que tenía los brazos inmovilizados, terminó por estrellar su frente contra la nariz del tipo, con violencia. Si no había estado rota con anterioridad, ahora tendría fracturas múltiples. Él apenas si sintió el golpe, tan exaltado como estaba. Respirando con dificultad dejó que le apartasen del ensangrentado Bogdam, que había caído de rodillas al suelo y se tapaba la destrozada cara con las manos. Cas sintió cómo el odio visceral hacia ese hombre le dominaba, impidiéndole apartar la mirada. Necesitaba ver cómo sufría.

Bajram, Viorel y los otros habían contemplado la escena en silencio, sin intervenir, como si la locura de Cas fuese el justo castigo que Bogdam había de pagar por sus errores.

Jan apareció de repente en su campo de visión. Le miraba con preocupación.

—Cálmate, Cas, y ve con Eli.

Solo la mención de su nombre consiguió que la furia ciega le abandonase. Ignorando todo y a todos, se acercó y volvió a arrodillarse a su lado. Till, que había permanecido junto a ella, se levantó y se alejó cabizbajo.

—Amor —susurró, mirándola con adoración—, estoy aquí. Todo va a ir bien. Ya lo verás —le hablaba de una manera suave y tranquila, como si el bárbaro en el que se había convertido hacía tan solo unos minutos no hubiese existido jamás.

Ella no contestó. Se limitó a asentir. Le cogió la mano con más fuerza de la que su débil cuerpo dejaba adivinar. Cas bajó la vista y contempló las dos manos unidas. La de ella, aunque algo magullada, era delicada y pequeña al lado de la suya, más grande, más fuerte y áspera, con los nudillos ensangrentados por los golpes que acababa de propinarle al otro hombre.

¡Qué diferentes eran!, se dijo en silencio. Y sin embargo... Sin embargo nunca se había sentido tan unido a nadie como a ella. Esa mujer, que le había engañado y había hecho que se sintiese como un idiota..., era la mujer que le complementaba, la mujer por la que daría su vida...

Una ola de ternura le invadió.

¡La quería tanto!

Quería decírselo, que ella supiese todo lo que sentía por ella. Necesitaba decírselo ya, en esos momentos...

Apartó a duras penas la mirada de sus manos entrelazadas y la clavó sobre el rostro de ella, dispuesto a hablar, a expresar todo lo que estaba sintiendo en esos momentos, pero ella tenía los ojos cerrados. No había perdido la consciencia, la fuerza con que seguía aferrando su mano daba fe de ello, no obstante parecía extenuada.

—¿Cuándo cojones llega la ambulancia? —masculló en voz lo bastante alta para que su hermano Till le oyera.

—Ya no puede tardar.

Cas giró la cabeza y se percató de que todos, excepto él y sus hermanos, habían abandonado el almacén. Frunció el ceño. Habían huido como ratas.

—Se han ido. No quieren estar aquí cuando llegue la policía. — Jan se acercó a él por detrás y se acucilló a su lado—. ¿Cómo está?

—Estoy bien —respondió la propia Eli sin abrir los ojos, en voz muy baja—. Es solo que me siento mareada, y me duele mucho la cabeza.

—Estás sangrando —murmuró Cas, mirándola preocupado—. No queremos moverte. No sabemos lo grave que puede ser la lesión de tu cabeza.

En ese preciso momento se oyó la sirena de una ambulancia a lo lejos. El sonido fue aumentando en intensidad paulatinamente.

Cas apretó la mano de Eli con firmeza.

—Ya está, amor. En nada nos vamos de aquí.

—¿Vienes conmigo? —articuló ella con esfuerzo. Parecía cada vez más frágil y delicada.

—No pienso dejarte ni un momento —le susurró, inclinándose de manera que solo ella pudo escuchar sus palabras—. Nunca más.

Ella le sonrió con debilidad.

Después todo sucedió muy deprisa. La ambulancia entró dentro del almacén por el enorme portón y los técnicos sanitarios se apresuraron a ponerle un collarín cervical a Eli y hacerle una primera cura de urgencia de la herida, para luego subirla a una camilla portátil y colocarle una vía intravenosa.

Cas observaba todo con nerviosismo a solo un par de metros de distancia. Le había costado separarse de ella, pero era consciente de que los profesionales tenían que hacer su trabajo y él no era más que una molestia.

Por dentro, pedía o rezaba —ya no sabía bien qué era—, que Elisa se recuperara y no le quedase ningún tipo de secuela a causa de la lesión sufrida. Aunque parecía encontrarse bien, dentro de la gravedad de la herida, estaba tan pálida, y el charco de sangre que quedó en el suelo una vez la hubieron levantado era tan grande...

Acababan de subir la camilla a la ambulancia cuando uno de los enfermeros se acercó a él.

—Nos vamos. Pueden seguirnos en coche.

—Yo quiero ir con ella en la ambulancia. Me necesita.

—Lo siento, pero no puede ser. Además, está sedada. Ni siquiera se dará cuenta de que usted no viaja con ella. —El otro le habló con una enorme paciencia, como si estuviese acostumbrado a peticiones como la suya—. Síganos al hospital. Allí podrá verla.

Cas giró la cabeza y miró a sus hermanos. No hizo falta nada más. Jan se sacó las llaves del coche del bolsillo y se las lanzó.

—Vete. Nosotros nos quedamos aquí a esperar a que llegue la policía. Luego hablamos —le dijo el mayor con un gesto de ánimo.

Cas no se hizo de rogar. Se encaminó al coche de su hermano y solo unos segundos más tarde seguía a la ambulancia. Justo cuando abandonaban los muelles se cruzaron con dos coches de policía que iban en dirección contraria. Se preguntó qué historia les contaría su hermano. No tenía ni la menor idea. Cualquier cosa era mejor que la realidad... un psicópata rumano, un capo albanokosovar, un secuestro, deudas de juego con la mafia...

Inconcebible.

Negó con la cabeza, ahuyentando esos pensamientos. Ahora lo único que importaba era la mujer que iba en la ambulancia. Solo eso.

Aceleró.

Capítulo Cincuenta y Cuatro

Eli abrió los ojos. Una desagradable luz blanca dio de lleno en sus pupilas y se vio obligada a volver a cerrarlos. Se sentía terriblemente mareada y muy atontada, pero hizo un esfuerzo por mantenerse consciente. No sabía por qué pero tenía la sensación de que era muy importante no volver a dormirse. Parpadeó e intentó fijar la mirada en lo que tenía a su alrededor para tratar de averiguar dónde se encontraba. En el techo brillaban unos fluorescentes no muy potentes y estaba tumbada en una cama estrecha cubierta por una manta azul.

Sentía su cuerpo como si fuese de trapo.

Giró la cabeza. A su izquierda había una pared sin ningún tipo de adorno que no le proporcionó ninguna pista sobre su paradero, pero la máquina a la que se hallaba conectada y que emitía pitidos constantes, y la vía intravenosa que salía de su brazo izquierdo le dijeron todo lo que quería saber.

Estaba en un hospital.

Las imágenes comenzaron a agolparse en su mente, una tras otra. Recordó el secuestro y a su horrible captor, el almacén, la caída y... a Cas, un preocupado Cas sosteniéndole la mano y diciéndole que nunca más la iba a dejar... Cas... ¿Dónde estaba? De pronto se puso nerviosa. Estaba confusa...

Se dio cuenta de que su corazón se aceleraba, porque la máquina a la que estaba conectada a través del sensor en el dedo, comenzó a emitir pitidos cada vez más rápidos.

De pronto, una enfermera de mediana edad con el pelo rubio recogido en una coleta baja, apareció en su campo de visión.

—Hola, preciosidad, ¿ya estás despierta? ¿Te encuentras bien o tienes frío? —le preguntó con muchísima dulzura y una sonrisa que provocó que multitud de arruguitas se formasen alrededor de sus ojos castaños.

Eli intentó hablar, pero tenía la garganta seca y notaba la lengua pegada al paladar.

—No te preocupes, es normal después de la anestesia —le dijo la otra mirándola con simpatía y arropándola con la manta—. Dentro de nada te sentirás mejor. Me llamo Ángela, cariño. Si necesitas algo estoy aquí mismo. —Comprobó el gotero.

—C... Cas —consiguió murmurar Eli al fin, con los ojos clavados en la cara de la enfermera. Le hubiese gustado ser más explícita, pero el simple hecho de articular esa palabra le había costado una barbaridad.

—No te esfuerces demasiado. Acabas de despertarte de una operación. Necesitas tiempo. El médico vendrá en un rato a explicártelo todo. Pero si me preguntas por el hombretón rubio ese que tiene revolucionadas a todas las enfermeras, te diré que está en la sala de espera. —Le guiñó un ojo y le palmeó la mano con delicadeza—. Ahora mismo te lo traigo.

Eli la siguió con los ojos hasta que desapareció detrás de un biombo gris. Aunque el mareo persistía y sentía el cerebro como si fuese de algodón, una extraña levedad la invadió. Cas estaba en la sala de espera...

Recordaba que él le había dicho que nunca más iba a dejarla...
Nunca más...

Cerró los ojos tratando de contener las náuseas que los efectos de la anestesia provocaban en ella. Estuvo así por espacio de unos segundos, respirando hondo. Probó a tragar saliva, pero no había nada que tragar.

—¿Elisa? —La voz de Cas, tan ronca como siempre, la sobresaltó.

Abrió los ojos y le vio allí, junto a su cama, alto, fuerte e imponente. La miraba con una curiosa expresión en los ojos, como si nunca antes hubiese visto algo tan maravilloso. Con adoración. El corazón le dio un vuelco. ¿Era por efecto de la anestesia o su pelo era más rubio, sus ojos más azules y su rostro más atractivo? ¡Dios! Ese hombre era la perfección personificada.

—Cas... —murmuró, tratando de incorporarse.

—No te muevas. —Él se acercó y le cogió la mano. A pesar de que sonreía, sus ojos aparecían empañados por la preocupación. Se inclinó sobre ella y la besó en la frente con mucha delicadeza,

como si fuese de porcelana—. Te acaban de operar y necesitas recuperarte.

Ella asintió. No podía quitarle la vista de encima. Le hubiese gustado decirle tantas cosas... Tenían tanto de qué hablar, tanto que contarse...

—Quiero decirte a... algo —comenzó con dificultad.

—Ahora no, amor. Después, cuando estés mejor. —Le acarició la mejilla con suavidad.

—Pero... necesito que sepas...

—Lo sé —repuso él con firmeza. La presión de la mano que sujetaba la suya aumentó—. No hace falta que digas nada, lo sé todo.

Eli sintió como una lágrima se escapaba de su ojo y rodaba por su mejilla. ¿De verdad sabía todo? ¿Sabía lo cobarde que había sido al mantenerle en la oscuridad sobre el falso compromiso? Quería explicárselo, quería que lo entendiese, que la perdonara. No sabía por qué, pero le resultaba muy importante hablar de ello con él en ese instante... No era lógico, pero incluso las horas que había pasado secuestrada le parecían insignificantes al lado de la mentira en la que había mantenido a Cas... Tenía que decírselo...

—No llores, Elisa —susurró él, volviendo a inclinarse y besándola en la húmeda mejilla. Le acarició la barbilla con los nudillos—. Todo va a salir bien. Ya lo verás.

—Tengo que explicarte lo mío con Lalo... —trató de decir.

—Lo tuyo con Lalo me importa una mierda —murmuró él sin despegar los ojos de los suyos. A pesar de que pronunció estas palabras en voz muy baja se pudo traslucir la tensión con que eran dichas—. Ahora solo me importas tú. Solo tú. Ya hablaremos de todo más adelante. ¿De acuerdo?

Eli se aferró a él con fuerza. Siempre sabía qué decir para tranquilizarla.

—Oh, Cas... —sollozó.

—¡Dios, Elisa! No llores, *Prinzessin*. Me parte el alma verte así —murmuró él con emoción contenida—. Te prometo que todo va a salir bien. Todo. Aunque sea lo último que haga en esta vida.

La miró con tanto sentimiento que hizo que el cuerpo de Eli se llenase de un calor sobrecogedor. Las lágrimas corrieron por sus

mejillas con toda libertad. Ya ni siquiera sabía por qué lloraba.

—Me temo que la visita se tiene que acabar. —La voz de la enfermera llegó hasta sus oídos. Había aparecido detrás de Cas y sonaba molesta—. Necesita descansar y este encuentro la está alterando demasiado.

Cas se incorporó. Parecía reticente a soltarle la mano, pero terminó por hacerlo. Le tomó la cara entre las manos y depositó un suave beso en sus labios.

—Descansa, Elisa y no te preocupes por nada. Estoy aquí y no me voy a ir a ninguna parte. —Sus ojos estaban cargados de promesas.

La soltó, dispuesto a irse.

—Cas —le llamó ella en voz baja. De pronto, el vacío que su ausencia dejaba al lado de la cama era enorme.

Él se giró y la miró.

—Te quiero —murmuró ella, ignorando la sonrisa de la enfermera.

—¿Te crees que no lo sé? —repuso él mostrando una hilera de blancos dientes en una sonrisa devastadora.

Y luego se marchó.

El ritmo de los pitidos que emergían del monitor cardiaco se aceleró.

Eli cerró los ojos. Sus acartonados labios sonrieron apenas.

* * *

Cas sentía como si el corazón le quisiese estallar en el pecho. No pudo evitarlo, una carcajada feliz brotó de su garganta. El sonido retumbó extrañamente en las paredes del vacío pasillo.

«¡Ha dicho que me quiere!»

Se sentía exultante. Escuchar esas palabras saliendo de la boca de Elisa había sido algo fantástico, mágico, indescriptible... ¡Todo un subidón! Volvió a reírse.

Todavía tenían mucho de qué hablar, reconoció con sobriedad; muchas cosas que decidir y que planear, pero que ella hubiese reconocido por fin lo que sentía por él era un buen comienzo. ¡Un comienzo cojonudo!

Se adentró en la sala de espera con una estúpida sonrisa en la cara. Sandra y Tana se pusieron en pie al verle. Habían llegado allí hacía un rato y le habían hecho compañía hasta que la enfermera vino a buscarle. No habían hablado demasiado durante el tiempo que habían permanecido juntos; el ambiente había sido sombrío.

—¿Está bien? —preguntaron las dos al unísono nada más verle entrar.

—Sí, sí —las tranquilizó, acercándose a ellas—. Un poco mareada y atontada por la anestesia, pero está bien. Estaba un poco alterada..., cuando me he ido, así que no sé si podréis entrar... —concluyó.

—No importa —murmuró Tana, mirándole con curiosidad—. Esperaremos. De todas maneras voy a consultar a la enfermera.

Cas asintió, distraído, mientras se sacaba el móvil del bolsillo. Lo había puesto en silencio al llegar al hospital hacía ya varias horas, y al desbloquearlo descubrió que tenía varias llamadas perdidas de sus hermanos. Se encaminó a los ventanales del fondo para llamar a Jan.

Su hermano parecía ansioso por saber algo de Eli, y Cas se apresuró a tranquilizarle, informándole de lo que la enfermera les había dicho: que Eli tendría que quedarse al menos veinticuatro horas en la unidad de cuidados postquirúrgicos y una semana en el hospital, convaleciente. Al llegar, los médicos habían descubierto que el golpe en la cabeza le había causado un hematoma subdural, que le habían extraído. Todo había salido bien, gracias a Dios.

Jan le contó cómo habían transcurrido las cosas con la policía. Dado que cualquier implicación con los rumanos o con el propio Bajram solo podía traerles complicaciones, y más problemas de los que ya tenían, habían optado por decir una verdad a medias: que alguien había decidido raptar a la novia de su hermano y que se habían puesto en contacto con ellos para que pagasen un rescate. Habían acudido al almacén a comprobar si la historia era cierta, y allí solo habían encontrado a Eli malherida. Si bien la explicación no había parecido gustarles demasiado, tampoco la habían cuestionado directamente.

La historia tenía demasiados cabos sueltos para resultar verosímil, pensó Cas con incredulidad, mientras escuchaba a su

hermano. Nadie se iba a tragar que alguien hubiera secuestrado a Elisa Álvarez de Luis y en vez de llamar a su millonaria familia los hubiese llamado a ellos, a los Landvik, que no tenían dónde caerse muertos.

La situación era esperpéntica.

—Querrán interrogaros a vosotros también —decía Jan en ese momento.

—Elisa no está en condiciones de hablar con nadie —masculló Cas—. Tendrán que esperar a que se recupere. Yo iré cuando la hayan trasladado a planta. No quiero alejarme de aquí, de momento. —Levantó la mirada y se percató de que estaba solo en la sala de espera. La enfermera debía haber accedido a que Tana y Sandra visitasen a Eli—. ¿Vosotros estáis bien? ¿Till está bien?

Le costó trabajo pronunciar el nombre de su hermano pequeño sin ira. No sabía cuánto tiempo iba a necesitar para poder perdonar el daño que sus irresponsables acciones habían causado.

—Estamos bien. Till ha ido a casa de mamá y yo estoy en tu casa. He venido a sacar a Eli. —Hubo una pequeña pausa antes de que siguiese hablando—. Tío, si lo vuestro va en serio, tienes que cambiarle el nombre a la perra —dijo con un humor poco característico en él.

—Va en serio —susurró Cas con firmeza—. Muy en serio.

—Perfecto. Entonces piénsatelo —repuso el otro, con sorna.

—Lo haré.

—Cuando termine aquí, iré para allá. ¿Necesitas que te lleve algo?

—No, estoy bien. No necesito nada.

—Nos vemos en un rato.

—Ok.

Colgó y se metió el móvil en el bolsillo de los vaqueros.

La sala de espera se encontraba en el ala izquierda del moderno complejo hospitalario que había sido construido solo dos años atrás. Todo era nuevo y parecía inmaculado, desde las paredes de color arena, de las que colgaban láminas de pintores impresionistas, a las sillas marrones con reposabrazos metalizados. Enormes ventanales mostraban vanguardistas jardines de cuidado césped, que alternaban aquí y allá baldosas blancas y bancos con respaldos de

acero. Justo en el centro y rodeada por palmeras, destacaba una fuente cuadrada de la que manaba agua sin cesar. El grosor de los cristales impedía que se oyese ningún sonido.

Cas apoyó la frente contra el ventanal y meditó durante unos instantes. La alegría que había sentido hacía tan solo unos minutos se había diluido algo después de la conversación telefónica.

Que la policía quisiese interrogarlos a él y a Eli era lógico. Él sabía lo que iba a contarles. Su versión sería idéntica a la de sus hermanos, claro estaba. Pero y ¿Elisa? ¿Acaso podía pedirle a ella que mintiese y ocultara lo que había sucedido para salvarle el pellejo a unos mierdas? Dejó caer los hombros con agotamiento...

Si Till no estuviera involucrado y no les hubiese involucrado a ellos, les podían haber dado por culo a los Albescu y al mismo Bajram. Pero debiendo todo ese dinero, y con Jan, que había comprometido un año de su vida para salvar el culo de Till...

Todo estaba demasiado mezclado. La conexión entre los rumanos, Bajram y sus hermanos era demasiado evidente.

Si se investigaba el tema... Y si Bajram se enteraba de alguna manera de que le habían dicho algo a la policía... No quería ni pensarlo.

Pero ¿qué derecho tenía él de pedirle a la mujer que amaba que mintiese por su familia? ¿No la había perjudicado ya suficiente?

Meneó la cabeza y cerró los ojos, atormentado. De pronto el silencio que reinaba en la sala de espera y que antes le había parecido calmante, ahora le resultaba opresivo.

Abrió los ojos y contempló su reflejo en el cristal. Un hombre alto, fuerte y rubio, con unos vaqueros desgastados y una camiseta azul marino ajustada que dejaba sus tatuados brazos al descubierto, le miraba desde el cristal. Tenía la mandíbula cubierta por vello rubio y las mejillas algo hundidas, señal inequívoca de la falta de sueño, y de que se había pasado con el alcohol la noche anterior. ¡Qué lejano le parecía todo! Como si en vez de unas horas hubiesen pasado días desde que había abandonado *El sueño eterno* con Eva...

¡Eva!

Ese era otro tema que tendría que explicarle a Elisa en cuanto estuviese más recuperada. ¡Joder, qué gilipollas había sido!

Los ojos azules reflejados en el cristal le devolvieron una mirada sombría. En ese instante una nube ocultó el sol y cubrió el moderno jardín de penumbra, creando extraños rincones oscuros donde antes solo había habido claridad y luz. Cas sintió cómo se le erizaban los pelos de los brazos. Tuvo un incómodo presentimiento, una sensación inminente de que algo desagradable iba a suceder.

«¡Qué estupidez».

Sacudió la cabeza, ahuyentando esos nefastos pensamientos y se esforzó por atraer a su memoria el recuerdo de Elisa con las mejillas surcadas de lágrimas, diciéndole que le quería. No le costó nada. Su rostro siempre estaba presente en su mente.

Sintió un pequeño pinchazo de emoción en el pecho y se llevó la mano al esternón, frotádoselo con suavidad.

«Lo único que sobra en esa imagen son las lágrimas», se dijo con decisión. «Yo las voy a borrar de su cara. Y si tengo que dedicar toda mi vida a que ella no vuelva a derramar ni una sola lágrima más, pues así sea».

Capítulo Cincuenta y Cinco

Jan se sentó al lado de Cas y le alargó una botella de agua y un sándwich de máquina. Cas lo cogió con avidez. En tan solo un par de segundos había abierto el envoltorio y lo había devorado de dos bocados. Luego bebió de la botella antes de girar la cabeza y mirar a su hermano.

—Estabas hambriento, ¿eh? —murmuró Jan, palmeándole el brazo.

—Bastante.

—¿Por qué no has ido a la cafetería con ellas? —Se refería a Tana y a Sandra. Poco después de la llegada de Jan habían ido a tomarse un café y todavía no habían regresado.

—No quiero alejarme. No quiero que el médico venga y no me encuentre aquí. —Volvió a beber algo de agua.

Jan asintió antes de reclinarse contra el respaldo de su silla y echar un vistazo a su alrededor. No había nadie más que ellos allí.

—Tienes las manos destrozadas —dijo tras un breve silencio, clavando la mirada en los hinchados nudillos de Cas.

—Estaban peor antes.

Levantó una de sus manos y la contempló. Hacía horas que una enfermera, percatándose de sus heridas, se las había desinfectado y curado. Era curioso, pero ni siquiera le dolían.

—Nunca te había visto así —murmuró Jan poniéndose en pie y acercándose a los ventanales a contemplar el jardín, que ahora que había caído la noche estaba iluminado por modernas farolas—. Nunca te había visto perder el control de esa manera.

Cas no respondió. Él mismo tampoco sabía lo que le había pasado. Tenía un temperamento irascible, pero jamás había reaccionado así. Ver a Elisa tendida en el suelo, cubierta de sangre, le había vuelto loco. No obstante, sabía que volvería a hacerlo mil veces en las mismas circunstancias.

—Ese cerdo le había hecho daño —masculló, levantándose y tirando la botella vacía y el envoltorio del sándwich a la papelera—.

Se lo merecía.

—Sí.

Y después no hubo más palabras. Jan permaneció de espaldas a Cas contemplando el jardín, y Cas junto a la papelera sumido en sus pensamientos.

—Till se marcha en dos días —rompió el silencio el mayor.

Cas no respondió. No le resultaba fácil hablar de Till.

—Ha adelantado su viaje —continuó el otro, desde su posición junto a la ventana.

—Bien —repuso Cas con los dientes apretados. Quizá era lo mejor que su hermano pequeño podía hacer, marcharse a Alemania e intentar enderezar su vida—. La verdad es que no me apetece nada hablar de Till y de su mierda, ahora mismo —dijo alzando la voz.

No le preocupaba que alguien pudiera escucharle. La sala de espera de esa ala del hospital había permanecido vacía durante todo el día y así seguía ahora que era de noche. Era curioso que en tantas horas no hubiese entrado nadie más allí, pero recordó que el hospital viejo seguía en funcionamiento, y la gente solía acudir al otro, por costumbre.

En ese momento aparecieron Tana y Sandra. Venían corriendo y estaban agitadas. Tana se dirigió a él.

—La familia de Eli está aquí —jadeó—. Sus padres, su hermano y Lalo. Acabo de recibir un mensaje de su hermano Poncho. Están aparcando.

Cas la miró sin despegar los labios y sin mostrar ninguna reacción. No estaba sorprendido. Sabía que iban a llegar. Tana le había dicho hacía horas que había avisado a los padres de Eli. A Poncho no había podido localizarle así que le había mandado un mensaje. Habría sido él, el que había informado a Lalo de lo sucedido.

Cogió aire y lo expulsó con lentitud. No tenía ni idea de cómo era la familia de Elisa, pero lo poco que ella le había contado no resultaba muy halagüeño..., y luego estaba el majadero de Lalo. Decidió prepararse para la confrontación.

Confrontación que no tardó en llegar.

Cuatro personas aparecieron en la sala de espera. Tres hombres y una mujer. Todas sus caras familiares para Cas, aunque —exceptuando a Lalo—, era la primera vez que las veía al natural y no sobre papel cuché. Todos traían una expresión seria en el rostro.

La mujer, una versión más mayor de Eli, se detuvo en seco al verle allí de pie. Sus ojos castaños le recorrieron de arriba abajo con desdén, centrándose en sus brazos tatuados.

Cas apretó los puños pero no dijo ni una palabra. Esperó, mirándola con fijeza. Fue ella la primera en retirar la mirada.

—Cayetana, Sandra —dijo con voz firme.

Ambas se acercaron a saludarla a ella y a los otros. Se intercambiaron breves explicaciones en voz baja. Cas sintió los cuatro pares de ojos posados sobre su persona. ¿Querían observarle? Que lo hiciesen. Se apoyó displicente contra la pared y arqueó las cejas, mientras inspeccionaba a los cuatro de arriba abajo.

El padre de Eli mostraba indiferencia; la madre le miraba con evidente desprecio; su hermano Poncho, con curiosidad, y Lalo... Lalo tenía un brillo de disgusto en la mirada que hizo que Cas sonriese por dentro.

«Te has quedado sin ella, gilipollas», pensó con satisfacción. «Te has quedado sin ella y lo sabes».

—¿Qué hace ese hombre aquí? —susurró la madre de Eli, mirándole de reojo, pero en voz lo bastante alta como para que Cas lo escuchase. La altanería que destilaban sus palabras era incuestionable.

Apretó la mandíbula y se irguió en toda su estatura, mirándola con fijeza. Su hermano Jan, notando la tensión que se respiraba en el ambiente, se acercó a él.

—Disculpe, señora —murmuró Cas con voz ronca— ¿Por qué no me lo pregunta a mí?

El hermano de Eli le puso una mano en el brazo a su madre y le dijo algo al oído que pareció calmarla. Quizá fuese un efecto de la iluminación de la sala, pero a Cas le pareció que el tal Poncho le miraba con simpatía.

—Perdona a mi madre. —Se acercó adonde él se encontraba—. Está un poco alterada por todo lo que le ha pasado a mi hermana, y

a pesar de que el médico nos ha dicho que todo ha ido bien no tenemos muy claro qué ha sucedido —hablaba con mucha calma, en tono conciliador y Cas se dio cuenta de que era el típico negociador, que con seguridad siempre se saliese con la suya hablando. No le cayó mal... por el momento.

En ese instante, una enfermera pareció materializarse de la nada; no era la misma que había acompañado a Cas a visitar a Eli. Debían de haber hecho el cambio de turno. Esta era más joven.

—¿Son ustedes los familiares de Elisa Álvarez? —preguntó sin dirigirse a nadie en particular.

—Somos sus padres. —Carmen de Luis se adelantó.

—Y yo su prometido —añadió Lalo, aproximándose también.

Cas gruñó, provocando que las miradas de todos los presentes se clavasen sobre él.

—Aquí no —murmuró Jan a su lado. Como siempre, tenía razón.

—Está durmiendo ahora, pero si quieren pasar de uno en uno a verla... Solo unos minutos, por favor. Hay otros pacientes que necesitan descansar.

La madre de Eli se apresuró a seguirla. Llevaba un vestido color crema y zapatos a juego, y el pelo rubio recogido en un moño. Toda ella respiraba distinción, pensó Cas, al verla atravesar la sala; la misma distinción que Elisa, pero también una frialdad obvia. Una frialdad, que gracias a Dios, su hija no había heredado.

El padre de Eli se sacó el móvil del bolsillo de la chaqueta y se alejó, mientras hablaba con alguien en voz baja. Lalo se metió las manos en los bolsillos y, sin volver a mirarle, se dirigió a los ventanales y contempló el exterior. Toda su pose exudaba arrogancia.

Cas le observó con los ojos entrecerrados.

«¿Prometido? ¡Mis cojones! No si yo tengo algo que decir en todo esto».

—Soy Alfonso, el hermano de Eli. No sé si mi hermana te habrá hablado de mí. —La voz del hermano le sacó de sus pensamientos. Giró la cabeza. Poncho, Tana y Sandra se habían acercado a él y a Jan.

—Soy Cas —repuso—, y este es mi hermano Jan.

El otro asintió.

—¿Puede alguien explicarme lo que le ha pasado a mi hermana? —Recorrió a todos con la mirada sin detenerse en ninguno en concreto.

Cas y Jan intercambiaron una mirada.

—No lo tenemos muy claro, pero pensamos que ha sido víctima de un secuestro exprés —dijo Jan.

Poncho arqueó las cejas con sorpresa, pero no dijo nada.

—Nos han llamado pidiéndonos un rescate —intervino Cas—. Cuando hemos ido al almacén donde decían que debíamos ir, solo estaba Elisa malherida. No sabemos más.

—Pero... ¿por qué os han llamado a vosotros? Nosotros somos su familia...

—No creo que supieran a quién habían cogido —le interrumpió Tana—. O quizá se equivocasen de persona...

Poncho la observó con escepticismo, pero no dijo nada.

Cas le miró con curiosidad. No se parecía en nada a su hermana. Por lo poco que había podido ver, Elisa era igual que su madre y Poncho era igual que su padre. Era alto y de complexión delgada, pero fuerte. Llevaba el cabello peinado hacia atrás y tenía los ojos muy oscuros. Iba vestido de aquella manera en que se vestían los tíos con pasta cuando se relajaban, con un polo azul y unos pantalones oscuros. Con toda seguridad, esa ropa que a él le parecía de lo más incómoda y estirada, fuera lo más comfortable que tenía en su armario.

Notó cómo los ojos de Poncho se posaban sobre sus nudillos hinchados. Aparentaba querer decir algo, pero no lo hizo. Terminó por apretar la mandíbula y giró la cabeza, buscando a su padre con la mirada.

—Es un hombre muy ocupado —murmuró, como disculpando la actitud de su progenitor.

El padre de Eli había salido al pasillo y continuaba con su conversación telefónica. No parecía demasiado preocupado por el estado de salud de su hija.

«La arrogancia de su madre y la indiferencia de su padre... Menuda mierda de ambiente para criarse», pensó Cas.

Jan, Sandra y Tana se habían apartado unos metros, concediéndoles un poco de privacidad. Poncho pareció darse

cuenta de que estaban solos, porque aprovechó para acercarse más a él.

—¿Qué tienes con mi hermana? —inquirió con curiosidad. No había acritud alguna en su tono.

—No creo que sea asunto tuyo —repuso Cas con una sonrisa que desmintió la dureza de sus palabras—. Eso solo nos incumbe a tu hermana y a mí, ¿no crees?

Poncho le miró con algo parecido al respeto.

—No tienes ni idea de a lo que te enfrentas —le dijo, sonriendo de medio lado—. Mi madre no es lo que se dice muy accesible... ¿sabes?

—¿En serio me estás diciendo eso? —le cuestionó Cas, con incredulidad—. Joder, tío, creía que eras mayor de edad y que tomabas tus propias decisiones.

—No es de mí de quién hablo —repuso el otro, ofendido—. Yo hago lo que quiero con mi vida..., pero mi hermana... Mi hermana siempre ha estado demasiado influida por mi madre, demasiado..., y como ves. —Hizo un gesto señalando la figura de su padre—. Él no interviene demasiado.

—Tu hermana ya es mayor y sabe lo que quiere.

Cas entornó los ojos. Al menos eso quería pensar. No habían hablado de ello; habían pasado demasiadas cosas en las últimas horas, pero si su instinto no le engañaba, Elisa había tomado una decisión.

—No lo dudo —dijo Poncho, aunque el escepticismo se reflejaba en sus palabras—, pero ten en cuenta que si se decide por ti, es más que probable que mis padres le corten su... bueno... su suministro mensual de dinero.

Cas tardó en reaccionar. No creía haber entendido bien. No tenía muy claro que Poncho estuviese insinuando eso. Finalmente rompió a reír a carcajadas, aunque sus ojos brillaban furiosos. ¿Quién cojones se había pensado esa familia que era él? ¿Un muerto de hambre que solo estaba con Elisa por su dinero? Además, ¿en tan poca estima la tenían, que creían que un hombre solo podía estar con ella por la pasta?

Todos se volvieron a mirarle, incluido Lalo.

—Mira, *Poncho* —enfaticó—, el puto jodido dinero de tus padres me importa una mierda, y ya que estamos, si ellos deciden comportarse así con ella solo por elegirme a mí..., pues también me importan una mierda.

—¡Dios mío! ¡Qué hombre más vulgar! —se escuchó la voz de la madre de Eli, que acababa de entrar en la sala de espera.

Cas giró la cabeza y la miró, sin ocultar su disgusto. El odio que reflejaban los ojos castaños de ella tan parecidos a los de su hija era evidente. Cas volvió a preguntarse cómo era posible que alguien tan dulce y maravilloso como Elisa pudiese ser la hija de aquella mujer.

—¿Cómo está? —Lalo se apresuró a acercarse a ella.

—Duerme. Ya he hablado con su médico para organizar el traslado. Mañana, en cuanto la suban a planta, nos la llevamos a Madrid. Allí estará mejor atendida que en este hospital provinciano.

Cas rechinó los dientes. ¿Se la iban a llevar? Ni hablar. Por encima de su cadáver. Iba a decir algo, pero la mano de Poncho se posó sobre su antebrazo. Levantó la cabeza sorprendido y le miró a la cara. No parecía enfadado por lo que Cas había dicho hacía unos segundos sobre sus padres. Por el contrario, parecía ¿contento?

—No digas nada —le dijo en voz baja—. Mi hermana no consentirá que la trasladen.

Cas le observó, indeciso. No sabía por qué el hermano de Eli semejaba haber tomado partido por él. Decidió callarse, de momento. Asintió, antes de alejarse y tomar asiento en una silla cerca de los ventanales, lejos de ellos, de los «otros».

Las siguientes horas transcurrieron con mucha lentitud. La moderna sala de espera se convirtió en una especie de campo de batalla con dos ejércitos enfrentados. A un lado se encontraban los padres de Eli y Lalo, y frente a ellos, Cas, Jan, Tana y Sandra. En medio, dando fe de una diplomacia extrema, estaba Poncho, que igual se dirigía a un bando que a otro.

La tensión que había en el ambiente se prolongó hasta que se hizo de día. Poco a poco la luz de un precioso amanecer comenzó a desterrar las sombras de la noche. Exceptuando a Poncho, que de vez en cuando se acercaba a ellos y les hacía preguntas insustanciales, todos habían permanecido en silencio durante las horas de oscuridad, esperando.

En cuanto los primeros rayos de sol iluminaron la sala, Jan y Cas la abandonaron para ir a tomar café, pero regresaron enseguida. Cas no quería que el médico llegase a proporcionarles nueva información y no estar presente.

Tomando asiento frente a sus «rivales», se frotó los ojos. Llevaba casi cuarenta y ocho horas sin dormir y el cansancio le estaba pasando factura. Apoyó los codos en las rodillas y bajó la cabeza. Se masajeó la dolorida nuca con vigor.

—No entiendo qué ha podido ver mi hija en ti.

Levantó la cabeza y miró a la que acababa de pronunciar esas palabras, que a su vez le contemplaba con desdén. Aunque sintió cómo la sangre le hervía en las venas, se contuvo. No era el momento ni el lugar adecuado para replicar.

—No tienes clase —escupió ella ahora, con veneno—. Eres tosco, vulgar y zafio. Y no tienes dinero... Ni siquiera el negocio es tuyo... Está hipotecado... Eres un don nadie que no tiene dónde caerse muerto... No tienes nada...

Todos los ocupantes de la sala de espera se habían quedado helados al escuchar esas palabras. Hasta el propio Lalo, que con seguridad pensaba lo mismo que Carmen de Luis había expresado en voz alta, la miró sorprendido.

Cas se puso en pie. Su actitud reflejaba una extraña calma. Con mucha lentitud se aproximó a quien acababa de insultarle de aquella manera, y a solo un paso de su silla se detuvo. Con regocijo comprobó que las pupilas de sus ojos se agrandaban por el miedo al verle tan cerca, tan amenazador.

—Señora —comenzó—, puede ser que no tenga nada de eso que le parece tan importante, pero sí tengo algo de lo que usted carece. —Hizo una pausa y se inclinó sobre ella, que había dejado de respirar y le miraba con los ojos abiertos como platos—. Tengo educación —concluyó con una sonrisa.

Después se incorporó y se dio la vuelta, dirigiéndose al fondo de la sala, a los ventanales. Temblaba de indignación, pero no lo demostró. ¡Menuda víbora!

—¡Por Dios! ¡Es una bruja! —escuchó el murmullo de su hermano a su espalda. No se dio la vuelta. Esperó unos segundos a

estar más calmado—. Por un instante he pensado que ibas a perder los papeles —continuó Jan.

—¿Con la madre de Elisa? —masculló—. No ha sido por falta de ganas, desde luego, pero es su madre...

—Tengo buenas noticias —dijo una voz desde la entrada de la sala.

Todos se giraron. Era un médico.

—Elisa ha pasado la noche estable y la acabamos de trasladar a planta.

Un suspiro de alivio abandonó la boca de Cas.

—¿Podemos visitarla? —inquirió Poncho.

—Sí. Pero por turnos. Ha preguntado por su pareja.

Lalo dio un paso al frente.

—Yo soy su prometido —dijo con firmeza.

—¿Es usted Cas? —inquirió el médico, mirándole con simpatía.

—No. Yo soy Cas —respondió este, con la voz vibrante por la emoción apenas contenida.

Carmen le dirigió una mirada cargada de antipatía que él ignoró. Pareció que iba a intervenir, pero Poncho se adelantó y la cogió por el brazo. Ella se apartó con reticencia. Lalo, por el contrario, no fue tan inteligente. Intentó interponerse en su camino y le miró con altivez.

—No creas que te vas a salir con la tuya —susurró entre dientes con un mohín que transformó su cara en la de un niño que no había conseguido salirse con la suya.

Cas le miró con aburrimiento. *¿En serio? ¿En serio?* Meneó la cabeza, perplejo... Ese tío era un idiota, decidió.

—Anda, quítate de en medio, niño rico gilipollas —le dijo con una sonrisa, antes de seguir al médico. Se sentía pletórico.

Capítulo Cincuenta y Seis

Eli sintió un pinchazo en la cabeza y se llevó la mano a la frente. Se palpó el vendaje que le cubría la mayor parte del cráneo con cuidado. El médico que la había visitado hacía un rato, después de que la hubiesen trasladado a esa habitación, le había explicado todo sobre la operación y sobre el proceso de recuperación, y le había asegurado que esas molestias eran algo normal en sus condiciones.

Trató de relajarse y respirar hondo, mientras sus ojos vagaban por la habitación. Estaba acondicionada para dos personas, pero la otra cama permanecía vacía. La suya se encontraba al lado de una ventana, que tenía los estores medio cerrados para que la luz del sol no entrase de lleno. Aparte de las dos camas, unas mesillas atornilladas a la pared y dos butacas de cuero marrón, no había mucho más. Una televisión de generosas proporciones colgaba de la pared. Justo debajo había un mueble metálico y a la derecha una puerta que supuso conduciría al baño. Parecía más la habitación de un hotel que la de un hospital. Todo era moderno y tenía pinta de nuevo.

Se sentía un poco ansiosa. La enfermera le había dicho que su familia había llegado. Había recibido la noticia con aprensión. No estaba preparada para enfrentarse a su madre. No así. Le hubiese gustado encontrarse más fuerte para hablar con su progenitora y decirle lo que pensaba de su intromisión.

Suspiró.

Quería ver a Cas y hablar con él, dejar las cosas claras. Lo necesitaba. Ahora tenía la cabeza mucho más lúcida que el día anterior, cuando por fin le había confesado lo que sentía por él.

Miró hacia la puerta y como por arte de magia, allí estaba Cas, tan maravilloso y estupendo como siempre, aunque tenía aspecto de estar cansado.

—Hola, amor —le dijo él, acercándose a ella con una enorme sonrisa en la cara. Le rozó los labios con la punta de los dedos antes de sentarse en la butaca más cercana a su cama. Eli sintió

cómo las mariposas danzaban en su estómago. La había llamado amor... sonaba tan bien...

—Hola, Cas —repuso, levantando el brazo y acariciándole la barbilla, disfrutando de la aspereza de su mentón, apenas cubierto por la barba. Él giró la cabeza y depositó un beso sobre la palma de su mano, haciéndola estremecer. Después depositó suaves besos sobre todos y cada uno de sus dedos.

—¿Estás bien? —le preguntó, entre beso y beso.

—Sí, estoy bien —susurró, sin poder quitar la vista de sus sensuales labios.

—Estaba preocupado por ti —le dijo él, subiendo la mirada y posándola sobre el vendaje que ella llevaba en la cabeza.

—Estoy bien —repitió—. El médico ha dicho que la operación ha ido bien y que en unos días podré salir de aquí.

Cas la miró durante unos segundos antes de apoyar la frente sobre las manos unidas de ambos.

—Es culpa mía que estés aquí. Mía y de mi familia. —Su voz, apenas audible, destilaba culpabilidad.

Eli permaneció en silencio. ¿Qué podía decirle? Era probable que ella se encontrase allí por culpa de Till y de sus deudas de juego, por lo poco que había podido entender. Pero Cas no era responsable de los actos de su hermano.

—Cas, tú no tienes la culpa —murmuró.

Sabía que sus palabras no iban a aliviarle y que iba a seguir mortificándose, pero aun así las dijo. Le acarició el cabello con suavidad.

Él alzó la cabeza y la miró. Tenía los ojos nublados y ella no supo discernir si era por causa de lágrimas no derramadas, o un simple efecto óptico. Esperaba que fuese lo segundo. Ver a un hombre como Cas —tan fuerte y seguro— llorando, resultaba devastador. Ella misma sintió como sus ojos se humedecían.

Estuvieron así por espacio de lo que a Eli le parecieron horas aunque quizá no fuesen más que segundos. Mirándose, sin decirse nada.

—Hubo un momento en que pensé que te había perdido —rompió él el silencio al fin. Su voz vibraba de emoción—. Cuando llegué allí, y te vi en el suelo..., cubierta de sangre... —Cerró los

ojos y volvió a bajar la cabeza. La besó en la mano—. Realmente hasta ese instante no había sido consciente de lo mucho que significas para mí, Elisa. —Su cálido aliento contra la palma de su mano le provocó un curioso aleteo en el estómago—. Es cierto que apenas nos conocemos y que nuestras vidas son complicadas, pero... ¡Joder, Elisa!

Ella esperó anhelante a que él continuase, a que dijera algo más, algo sobre el futuro..., porque... ¿de qué servía quererse tanto cuando el futuro era incierto? Pero él no dijo nada. Se limitó a besar sus dedos una y otra vez.

—Cuéntame lo de Till —le suplicó ella, algo decepcionada.

Cas se incorporó de pronto y clavó la mirada en su rostro. Parecía avergonzado.

—Lo de Till... —murmuró—. Lo de Till...

Ella esperó a que él encontrase la calma que el nombre de su hermano parecía haberle arrebatado. Terminó por levantarse y soltarle la mano. Se alejó hacia la ventana y se detuvo allí. Su silueta se recortaba al trasluz. Poco a poco, comenzó a hilar palabras, las palabras se convirtieron en frases, y las frases formaron la historia de Till.

Eli le escuchó en silencio. No deseaba interrumpirle aunque tenía mil preguntas que hacerle. Le parecía tan trágico y terrible que debido a un error absurdo e inconsciente, la vida de toda la familia se hubiese visto alterada de aquella manera. Lo sentía por Till, que ya no volvería a ser el muchacho alegre y divertido que ella había conocido, y por Jan, que había tenido que hipotecar un año de su vida, firmando un pacto con el diablo, pero sobre todo, le dolía por Cas, cuyo sentimiento de culpa por lo que le había sucedido a ella parecía estar devorándole por dentro.

No sabía cómo podía ayudarles.

—Entonces —musitó cuando él dejó de hablar—, ¿qué debo decirle a la policía?

Él se giró y la miró con intensidad, con los puños apretados.

—Diles lo que quieras, Elisa —masculló entre dientes—. Diles la verdad.

—Pero la verdad os involucra... al menos a Till y a Jan.

Cas cerró los ojos. La tensión en su espalda era más que evidente.

—No puedo pedirte que mientas por mi familia, Elisa.

Ella vaciló. Si mentía, los animales que la habían secuestrado saldrían indemnes de todo aquello... Pero ¿y si no lo hacía?

—No quiero que tus hermanos tengan problemas, Cas. Haré lo que tenga que hacer —concluyó con firmeza.

Él la miró. Vaciló un instante, pero terminó por acercarse a ella de dos zancadas. Era como si se hubiera estado conteniendo y de repente hubiese decidido no hacerlo más. Una amalgama de sentimientos pareció desbordarle. Le tomó la cara entre las manos y apoyó su frente contra la de ella. Eli notó cómo le temblaban las manos y su agitada respiración le acariciaba el rostro.

—Gracias —exhaló él con un suspiro.

Ella, incapaz de contenerse más, alzó la cabeza y posó sus labios sobre los de él. Eran igual de firmes y suaves que siempre, y cuando él reaccionó a su beso con la misma pasión que mostraba ella, se estremeció. Esta vez no dejó que él marcara el ritmo. Fue ella la que controló los tiempos. Incluyó la cabeza a un lado para tener mejor acceso a su boca y con su lengua jugueteó con sus labios, obligándole a abrirse a ella. Trató de ignorar el dolor que comenzaba a expandirse por su frente, no obstante un pequeño gemido, mezcla de placer y malestar escapó de su boca. Él se apartó de pronto, y la miró con preocupación.

—¿Te he hecho daño?

—No, es solo que he sentido un pinchazo, pero el médico me ha dicho que es normal.

Él farfulló algo en otro idioma y se apartó. Mirándola con inquietud se sentó de nuevo en la butaca y le cogió la mano. Permanecieron un rato así, observándose. Eli se sentía incapaz de apartar la vista, y a él parecía pasarle lo mismo.

—Tu familia y Lalo están ahí fuera —musitó él, rompiendo el embrujo.

—Lo sé. Me lo ha dicho la enfermera.

Él apartó la mirada como si quisiese decirle algo y no supiese muy bien cómo.

—Creo que no le he caído muy bien a tu madre —terminó por confesar con una sonrisa torcida.

Eli buscó alguna pista en su semblante de lo que hubiese podido pasar entre él y su familia, pero él parecía indiferente. Una sospecha germinó en su mente y sintió la ira comenzando a invadirla.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó, alterada—. ¿Qué te ha dicho?

—Nada especial. No tienes por qué preocuparte.

Le miró con el ceño fruncido. Estaba mintiendo. Su madre tenía que haberle dicho algo horrible. Así era Carmen de Luis. Sintió deseos de no estar allí en esa habitación esperando a que su familia la visitase. Ansió encontrarse en algún otro lugar, a solas con Cas.

—Por cierto, tu hermano no está mal. Un poco estirado, pero soportable —comentó él, sonriendo.

Ella comprendió que él deseaba cambiar de tema y no insistió más, pero no iba a olvidarse del asunto; era una conversación que quedaba pendiente entre ambos.

—Poncho es... No sé..., creo que ni yo misma le conocía hasta hace un par de días. Siempre me había parecido tan frío y tan distante, pero tengo la sensación de que estaba equivocada. —Se mordió el labio inferior—. Ha sido una sorpresa.

Hubo un nuevo silencio.

—Tenemos que hablar de algo más, Elisa. Hay demasiadas cosas que no nos hemos dicho —dijo él, mirándola con intensidad.

Ella asintió. Suponía que el momento de explicarle todo lo de Lalo había llegado. Bajó la mirada.

—Quiero pedirte perdón...

—Quiero pedirte perdón...

Ambos comenzaron al unísono y se interrumpieron al mismo tiempo. Se miraron, ansiosos.

—Ok, déjame a mí primero —insistió él—. Déjame que te explique algunas cosas... Lo primero que quiero hacer es pedirte perdón por lo que tuviste que ver en la puerta de mi casa... A mí con Eva... —habló con una inseguridad poco característica en él. Pareció buscar alguna señal recriminatoria en la cara de ella, pero al no encontrarla continuó—. Estaba jodidamente borracho, ¿sabes? Había ido a buscarte al *Palacio del Morisco* y te había visto llegar con él. Joder, cuando le vi cogiéndote del brazo, y cómo posabais

para los fotógrafos, me sentí como un gilipollas, la verdad... Me fui a beber algo... y dado que el *Jägermeister* no es lo mío... Ya sé que no tengo excusa... —Se llevó las manos a la cabeza y se revolvió el pelo con los ojos cerrados—. No sé qué me pasó. Quería vengarme o no sé... Quería hacerte daño... Y entonces apareció Eva y se ofreció a llevarme a casa porque no podía conducir —comenzó a atropellarse con las palabras—, y empezamos a besarnos... y la verdad, yo solo podía pensar en ti y en que debías ser tú la mujer que estuviese conmigo..., pero entonces te imaginaba con Lalo, y... ¡Joder! ¡Cómo dolía pensar que estabas con él!... Soy un gilipollas, Elisa —concluyó con un gemido afligido.

Por fin abrió los ojos y la miró. La angustia se reflejaba en ellos.

Ella se había llevado las manos a la boca, intentando contener un sollozo. Su estupidez y su falta de acción habían sido las que lo habían provocado todo. Ella, dejándose manipular por su madre y por Lalo, había estado a punto de estropear lo mejor que le había pasado en la vida. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero trató de no derramarlas.

—Cas —comenzó con la voz algo temblorosa—, no tengo nada que perdonarte... Eres tú el que me tiene que perdonar a mí. Yo he sido la que no te ha contado la verdad desde el primer momento, la que te ha estado ocultando lo mío con Lalo. Te he engañado y he estado jugando a dos bandas todo el tiempo. —Al ver que él deseaba interrumpirla, levantó la mano y le hizo un gesto enérgico—. No eres tú el que me tiene que pedir perdón, Cas. ¡Soy yo!

—Elisa —la cortó—. Todos hacemos cosas que no nos enorgullecen. Es lo que nos hace humanos.

—No tengo excusa, Cas —negó con la cabeza—. No entiendo cómo es posible que te hayas enamorado de mí cuando lo único que he hecho en todo este tiempo ha sido mentirte y engañarte.

Él se inclinó sobre ella de manera inesperada. Le agarró la cara con las dos manos con suavidad no exenta de firmeza y la obligó a mirarle. Sus ojos despedían chispas.

—Creo que no has entendido una cosa, *Prinzessin* —murmuró entre dientes—. No es mi estilo decirle a cualquiera lo que te he dicho a ti. ¿Crees que voy por ahí diciéndole *Te quiero* a la primera que se cruza en mi camino?

Ella negó. ¿Cómo podía dudar de alguien que la miraba con tal intensidad?

—Es solo que tú eres tan perfecto... —musitó—, y yo tan imperfecta...

—Sigues sin entenderlo, *Prinzessin*. —Él chasqueó la lengua y se acercó más, de forma que sus bocas casi se rozaron y su imagen se desdibujó en sus pupilas producto de la cercanía—. Voy a intentar explicártelo..., aunque suene como un verdadero gilipollas. —Cerró los ojos y pareció buscar las palabras más apropiadas, pero al fin dejó escapar un suspiro frustrado. Volvió a abrirlos—. No soy muy romántico, ¿sabes? Pero escúchame con atención, porque te voy a decir por qué eres perfecta para mí... —Hizo otra pausa—. Desde el primer día que te vi, conduciendo de aquel modo ridículo, cuando intentaste cargarte mi moto..., ya estaba enamorado de ti, aunque todavía no lo supiera. Tu forma de hablarme con ese tartamudeo encantador, y tus ojos enormes mirando mis tatuajes con terror... —Soltó una pequeña carcajada antes de proseguir, como si el recuerdo fuese muy especial—. Tus aires de princesa y cómo me mirabas por encima del hombro durante nuestra primera cita, y esos rubores cada vez que te decía algo inapropiado...

—Oh, Cas...

—¡No! No me interrumpas. —Levantó un dedo y lo posó sobre sus labios—. Tengo que seguir y hacerte comprender por qué eres tan especial para mí, Elisa. No te voy a negar que ha habido otras, pero nadie como tú... Oh, ¡joder!, ahora suena como una canción de los noventa... —Se apartó de ella y se frotó la cara con vigor, mirándola confuso—. Esto parece más fácil en las películas, ¿sabes?

Ahora fue ella la que rio. ¿Cómo era posible que una declaración de amor se hubiese convertido en algo tan absurdo?

—Cuando volviste a Madrid ya estaba colado por ti —continuó él, más serio. Se levantó de la butaca y se sentó a su lado, apoyando la espalda en el duro respaldo de la cama de hospital. Ella sintió su cadera contra la suya y disfrutó del contacto, esperando ansiosa sus siguientes palabras—. Después, todas esas noches hablando por Skype, contándonos estupideces... no sé... Poco a poco ibas adentrándote en mi piel... Ehhh, eso ha sonado muy... ¿ñoño?

Bueno, joder, pero es así, de alguna manera es como si te llevara dentro... —sonaba perplejo—, y no hay un puto segundo del día en que no piense en ti cuando estoy despierto, o sueñe contigo cuando estoy dormido... —Se inclinó sobre ella y le rozó los labios—. ¡Joder, Elisa! ¿No te parece que eso es amor?

Ella levantó la mano y se aferró a su nuca, atrayéndole hacia sí. Mientras sus labios se unían sintió cómo la humedad bañaba sus mejillas, pero no le importó. No eran lágrimas de tristeza.

Acababa de escuchar la declaración de amor más horrorosa del mundo, plagada de tacos, y sin embargo era lo más bonito que nadie le hubiese dicho jamás.

El beso fue breve pero intenso y cuando él levantó la cabeza, ella le regaló la más maravillosa de las sonrisas. Se sentía algo mareada, pero ¿qué podía importar eso si estaba con el hombre de su vida?

—Joder, amor, no sé qué me has hecho, pero me has convertido en el puto Hugh Grant —murmuró él, frotándose la nuca y mirándola con una expresión burlona.

Eli se echó a reír.

—¿Acaso no soy yo Catherine Deneuve?

—Sí, *mi* Catherine Deneuve.

De pronto ella se puso seria.

—Tengo que ver a mi familia —dijo con una mueca.

—Si quieres te dejo para que hables con ellos y luego vengo...

—¡No! Prefiero que te quedes. Sé que es mucho pedir, pero...

—*Prinzessin*, ¿qué te he dicho hace un momento? ¿Cómo eran todas esas cursiladas que te he soltado...? Por favor no me hagas repetirlas. —La miró con fingida súplica.

Eli volvió a reírse.

—Voy a buscarlos. No te muevas. —Amenazó con una severidad impostada, levantándose de la cama—. Ahora vuelvo.

La miró unos instantes con verdadera adoración, antes de darse media vuelta y abandonar la habitación. Ella no pudo evitar fijarse en su perfecto trasero y en cómo la camiseta ajustada le marcaba los músculos de la espalda.

¡Dios Santo! No estaba con Hugh Grant, no... Estaba con ¡Cas Landvik! Su mundo era perfecto, decidió.

Un suspiro de felicidad se escapó de sus labios.

Capítulo Cincuenta y Siete

No pudo disfrutar de la paz durante mucho tiempo. En breve, voces que se acercaban por el pasillo llegaron hasta sus oídos. No le costó reconocer el tono agrio de las palabras de su madre. Inspiró y espiró.

Primero entró Cas con el ceño fruncido. Detrás de él iban sus padres y cerraban la comitiva Poncho y Lalo.

Lalo... Algo parecido a las náuseas hizo que se le cerrase la garganta. Después de su última conversación no sabía cómo tenía el descaro de presentarse allí.

Sus padres se acercaron a ella y la miraron con consternación. Poncho y Lalo permanecieron en segundo plano, y el que ella hubiese deseado junto a su cama, prefirió quedarse al fondo, apoyado contra la pared, pero sintió su mirada sobre ella y los nervios la abandonaron.

—¡Dios mío, Elisa! Estábamos muy preocupados por ti.

Su madre se inclinó y la besó en la mejilla.

—Estoy bien, mamá.

—Todo esto es una locura. Ya nos han informado tus amigas de lo sucedido y es algo increíble... No podíamos dar crédito... Un secuestro... En plena calle, con gente... —Se puso pálida y negó con la cabeza como si la situación fuera del todo irreal—. Es... incomprensible.

—Tengo contactos con gente del Ministerio de Interior —intervino su padre mirándola con mucha seriedad—. Hablaré con ellos. Ten por seguro que todo va a aclararse. —Le dirigió una mirada acusatoria a Cas, como si él hubiese sido el responsable de todo.

—Estoy un poco aturdida —murmuró ella, incómoda—. No tengo las cosas muy claras. No recuerdo bien lo que sucedió.

—No te preocupes. En un par de días seguro que te acuerdas. Ahora solo tienes que descansar. Estamos ultimando tu traslado a Madrid, Eli. No puedes quedarte aquí. Es mejor que vayamos a casa —le informó su madre. Parecía muy contrariada. Eli se dio cuenta

en seguida de cuál era el motivo, al descubrir cómo miraba a Cas de reojo.

—No quiero ir a Madrid. Prefiero quedarme aquí.

—No. Ya hemos decidido...

—Yo no he decidido nada. Prefiero quedarme.

Sabía que su madre era un adversario admirable pero no pensaba volver a amilanarse ante ella. Nunca más.

—Elisa... —trató de intervenir su padre—. Es mejor que vengas con nosotros. Aquí no tienes a nadie. Estás sola.

—No está sola. —La voz fría de Cas resonó en la habitación.

Todos se giraron para mirarle.

—¿Me vas a decir que prefieres quedarte con... con ese... *hombre*? —Su madre siempre conseguía que hasta las palabras más inocentes pareciesen un insulto.

Eli miró a Cas algo indecisa. ¿Se iba a quedar con él? No habían hablado de eso.

—Pues claro que se va a quedar conmigo hasta que se recupere y decida dónde quiere estar —repuso él, acercándose a ella y situándose a su lado. No la tocó, pero tampoco hacía falta. La conexión entre ellos era más fuerte que nunca.

Su madre soltó una carcajada histérica, como si toda la situación le pareciese absurda.

—No puedes estar hablando en serio —dijo su padre con el ceño fruncido, recorriendo al hombre rubio que permanecía a su lado de arriba abajo. Tuvo lugar un curioso duelo de miradas entre ambos. Fue su padre el que apartó antes los ojos.

—Vamos, Elisa —intervino Lalo ahora, con ese tono condescendiente que ella odiaba, rompiendo la tensión—, estás un poco confusa por el golpe, querida. Cuando te recuperes, verás que todo esto es una locura. —Hizo un gesto despectivo con la mano, señalando a Cas.

Eli entornó los ojos. ¿Cómo se atrevía a hablarle así? ¿Cómo se atrevía a... a comportarse así?... Como si tuviese algún derecho sobre ella... Y lo peor de todo ¿quién se había creído que era para mirar a Cas de aquella manera? La ira comenzó a crecer dentro de ella. Miró a Cas de reojo, pero él estaba muy tranquilo.

—No estoy tan confusa como para no saber lo que quiero — habló con voz clara, para que no hubiera ninguna duda de que lo que estaba diciendo era lo que en verdad pensaba—. Y desde luego, no sé qué haces aquí, Lalo. Creía que habíamos dejado las cosas claras en la boda. Te he devuelto tu anillo.

—¡Elisa! —la reprendió su madre—. No hables así a Lalo. Él siempre ha estado ahí para ti, y ahora... Por... por... ese *hombre* — escupió con desprecio, mirando a Cas—, vas a estropearlo todo... No sabes lo que haces.

Eli comenzó a temblar de indignación. Cas, intuyendo lo que ella necesitaba, se acercó todavía más, de manera que su muslo se pegó a la cama. Solo tenía que alargar la mano unos centímetros para poder tocarle. Lo hizo.

Su madre emitió un extraño sonido, como si le faltase el aire. Todos se quedaron mirándola con diferentes grados de sorpresa.

—Me quedo aquí, con Cas —dijo.

—¡No seas infantil, Elisa! —Carmen de Luis elevó la voz, muy alterada. Parecía a punto de perder los papeles—. Estás cometiendo un error y te vas a arrepentir.

—Elisa, no sabes lo qué dices, y cuando seas consciente quizá sea demasiado tarde para enmendar tus errores —intervino su padre con el ceño fruncido.

—Sé lo que digo y no soy infantil. Me quedo.

Poncho no había abierto la boca hasta el momento. Eli se dio cuenta de que observaba la escena con una curiosa expresión en el rostro. ¿Aprobación? Parecía estar conteniendo una sonrisa.

—No sé qué te ha podido pasar para que te comportes así... No te hemos educado para esto... Es esa persona que te ha lavado el cerebro —concluyó su madre con veneno, señalando a Cas, que se había cruzado de brazos y permanecía impertérrito. Eli admiró su templanza.

—Esa persona se llama Cas y lo único que ha hecho, ha sido abrirme los ojos —repuso con dureza—. Y no consiento que se diga ni una palabra negativa sobre él. ¿Lo entiendes, mamá?

La alteración comenzaba a hacerse evidente en ella. Notaba los pinchazos en su frente y su respiración era agitada.

Su madre abrió los ojos, muy sorprendida. No estaba acostumbrada a escuchar a su hija hablarle en ese tono. Iba a replicar, pero las siguientes palabras, pronunciadas por Cas, la interrumpieron.

—Es mejor que se marchen, ahora. Elisa necesita descansar — dijo con un tono de voz que no admitía réplica.

—¿Ahora dejas que ese... *hombre* hable por ti? —exclamó su madre con indignación.

—Creo que es una mejora, ¿no? Antes lo hacías tú... —replicó Eli con sarcasmo.

—No sé qué ha podido sucederte en estos días, Elisa. Tú no eres así... Toda una vida de sacrificio para que fueras alguien excepcional, y ahora... esto... —Su madre se llevó la mano a la frente como si toda la situación la estuviese superando.

—¿Sacrificio? —Eli arqueó las cejas, estupefacta—. ¿Te refieres a *mi* sacrificio? ¿A no dejarme ser la persona que soy? ¿A intentar convertirme en un réplica tuya? ¿A controlarme? ¿A decirme con quién puedo hablar, o salir, o divertirme? ¿A cuestionar cada una de las decisiones que tomo? ¿A intentar salirte siempre con la tuya? —Mientras enumeraba, cada vez se sentía más y más enfadada—. ¿A cuál de todos esos sacrificios te refieres, mamá?

—Todo lo que hemos hecho, lo hemos hecho por tu bien — repuso esta, muy ofendida.

—¿Como lo de aliarte con Lalo a mis espaldas y presionarme para que me case con un hombre al que no quiero ni me quiere?

Todos guardaron silencio. Hasta el propio Lalo parecía no sentirse demasiado a gusto en su piel.

Eli notó la mano de Cas sobre su hombro. Alzó la mirada. Los ojos de él irradiaban orgullo. Le sonrió.

—Era lo mejor para ti —repuso su madre al cabo de un rato.

—No, mamá. Era lo mejor para vosotros.

—Vámonos —se inmiscuyó su padre, disgustado, como si todo ese drama fuese demasiado para él—. Hablaremos cuando estés recuperada, Elisa. Llámanos cuando estés dispuesta a tomarte en serio tu situación.

—Si sigues adelante con esta tontería, ten por seguro que se te acabó el chollo. Se acabó eso de vivir de nosotros —exclamó su

madre con un tinte desesperado en la voz. Sabía que había perdido —. Tendrás que buscarte la vida y encontrar un trabajo para mantenerte... A ver qué tal se te da pertenecer a... a la chusma...

Miró a Cas con un desprecio tan enorme que Eli tuvo ganas de levantarse de la cama y abofetearla, pero estaba agotada.

—Con sinceridad, mamá, como ya te dije por teléfono... *me importa una mierda...*

La carcajada de Poncho rompió el silencio que las palabras de Eli habían creado. Ella giró la cabeza y le sonrió. ¿Cómo no se había dado cuenta hasta ahora de que su hermano era... agradable?

Su madre ignoró el ataque de hilaridad de su hijo y la miró con una mezcla de incredulidad y disgusto. Meneó la cabeza.

—No me puedo creer que después de todo lo que hemos hecho por ti, te estés comportando de esta manera.

Y acto seguido se agarró al brazo de su padre y le instó a abandonar la habitación. Él la miró una última vez antes de marcharse. Le hizo un gesto con la cabeza, mezcla de pesar y desencanto. Después desapareció detrás de su madre.

—Te vas a arrepentir de esto, Elisa. Te va a pesar...

Las palabras de Lalo llegaron hasta sus oídos y giró la cabeza para mirarle.

—De lo único de lo que me arrepiento es de haber perdido tanto tiempo contigo y haberte seguido el juego —murmuró.

Él apretó los labios y dirigiéndole a Cas una mirada cargada de desprecio, abandonó la habitación.

Poncho se acercó a ellos, todavía con la risa en los ojos. Se inclinó y le dio un beso en la frente.

—Ha sido todo un espectáculo, y tú has estado increíble —le dijo al oído, y ella sintió como el calor invadía su pecho y los ojos se le llenaban de lágrimas. Notó la mano de Cas apretando la suya y levantó la mirada. Esos maravillosos ojos azules la contemplaban con admiración, respeto y amor... mucho amor.

—Bueno... —Poncho se incorporó y le tendió la mano a Cas, que no dudó en estrechársela con firmeza—, parece que si todo va bien... vamos a ser cuñados...

Eli se sonrojó al escuchar esas palabras. ¿Cuñados? Demasiado pronto para pensar en algo así...

—Eres un poco pijo para mi gusto —decía Cas en ese momento—, pero no estás mal.

Poncho sonrió de oreja a oreja, y Eli se dio cuenta, asombrada, de que nunca antes había visto a su hermano reírse con tanta frecuencia.

—Y tú, un poco macarra, pero tendremos que adaptarnos, ¿no? ¿También eres motero? —inquirió, curioso.

—Claro, soy un tópico andante... tatuado, musculoso, con moto... y me llevo a la chica... —repuso Cas, sonriendo de medio lado.

Eli le miró con adoración. ¡Un tópico andante! Sí, quizá lo fuese...

Poncho se quedó mirándolos unos instantes con algo en la mirada que podría haber pasado por envidia. Terminó por suspirar.

—En fin, Eli, te llamo —dijo—. A ver si puedo calmar los ánimos un poco... Ya sabes cómo es mamá. Tardará en aceptar la situación... Papá es otra cosa... A papá se le pasará. Ya lo verás.

Después se dio la vuelta y abandonó la habitación, dejándolos solos.

—Ha sido horrible —musitó ella al cabo de unos segundos de silencio—. Quiero pedirte disculpas por lo que mi madre...

—No sigas —la interrumpió él—. No te disculpes por tu madre. Tú no eres tu madre, al igual que yo no soy mi hermano. —Se volvió a sentar en el borde de la cama y la miró—. Tu hermano tiene razón, ¿sabes? Has estado increíble.

Ella bajó la vista avergonzada y él se echó a reír.

—Bueno, y ahora, cambiando de tema... ¿Cuándo narices me vas a decir lo que sientes por mí? Porque yo he sido muy claro y hasta he utilizado frases de películas y de canciones... Y tú... Tú no has dicho nada. —La miró, simulando seriedad.

—Tú sabes que te quiero —repuso ella.

—Sí, lo sé..., pero me gusta oírte decir. Además, tu declaración de amor se queda corta. No es comparable a la mía... Es sosa... —Frunció el ceño, fingiendo regañarla.

—¿Y si te lo digo en tu idioma? —De pronto, recordó la frase que Tana le había enseñado en broma hacía unas semanas.

—Interesante —musitó él, acomodándose junto a ella. Su cuerpo apenas cabía en la estrechez de la cama, pero de alguna manera se las arregló para tumbarse a su lado—. Ok. Estoy preparado. Dispara, amor.

—Ich... liebe... Dich. —Hasta ella misma se dio cuenta de que en su boca las palabras sonaban mal; carecían de esa melodiosa cadencia que tenían cuando Tana las pronunciaba. El rubor volvió a cubrir sus mejillas.

—Uf, tu acento es *horrible*. —Cas se llevó las manos a la cabeza, mientras pronunciaba la *r* con exageración—. Tienes que practicar, *Prinzessin*.

—Dilo tú —replicó ella—. Quiero oírtelo decir.

Él no se hizo de rogar. Acercó la boca a su oído, y con esa voz sexy y ronca que la había enamorado desde el primer día, susurró:

—*Ich liebe Dich*.

Epílogo

Seis meses después

Cas se abrochó la cremallera de la sudadera y se puso la capucha para protegerse de la humedad. Le encantaba ver amanecer desde su balcón, pero quizá no había sido la mejor idea hacerlo tal día como ese, uno de los más fríos del año en la costa. Era enero.

Cogió la taza de café humeante que había dejado sobre la mesa y bebió un sorbo. El calor del brebaje recién hecho se expandió por todo su cuerpo, reconfortándole.

El sol comenzaba a asomar lentamente tras la línea del horizonte. Aspiró hondo y el olor a salitre penetró en su nariz. Una satisfacción enorme le invadió. ¿Acaso existía hombre más feliz que él en el mundo? Sonrió.

Los últimos meses habían sido algo extraños, pero poco a poco las cosas iban encajando. Con la mirada perdida en el vasto mar, pasó revista a todo lo que había sucedido en ese tiempo.

Till se había marchado a Alemania a vivir con su padre y había retomado sus estudios de medicina; y aunque la relación entre ellos se había estropeado, Cas se alegraba de que por fin hubiese decidido arreglar el desastre en el que se había convertido su vida.

Jan, seguía siendo su mejor amigo, su confidente, pero desde que se había involucrado con Bajram algo en él había cambiado. Tener que participar en esa mierda de peleas clandestinas, le estaba convirtiendo en otra persona. Una persona cada vez más taciturna. Agarró la taza con fuerza, disgustado. Le partía el corazón ver cómo Jan iba alejándose de la familia. Cada vez estaba más distante.

Meneó la cabeza, contrariado.

Pensar en cualquiera de sus hermanos se había convertido en algo poco agradable. Una verdadera lástima, con lo unidos que habían estado siempre.

Suspiró.

Y luego estaba Elisa...

Elisa, después de haber abandonado el hospital, había declarado ante la policía que no recordaba nada de su secuestro. Poco había podido aportar y el caso había quedado cerrado por falta de pruebas. Había mentido por él y por su familia, y eso jamás lo iba a poder olvidar. Estaba en deuda con ella para siempre. Por eso, y por tantas otras cosas...

Se había quedado con él dos gloriosas semanas, hasta que se había recuperado del todo. Dos increíbles semanas, en las que se habían conocido mejor, habían compartido conversaciones, risas, algunos llantos y sobre todo amor, mucho amor... Y su cama, por supuesto. El sexo con ella se había convertido en algo fantástico, asombroso, adictivo...

Pero después de esas dos semanas, había vuelto a Madrid.

Había odiado separarse de ella.

Cas volvió a dar un sorbo a su café y fijó la vista en la playa, desierta a aquellas horas. El mar estaba tan tranquilo, que parecía un espejo. Le encantaban los reflejos de los primeros rayos de sol sobre el agua, y sobre los blancos cantos rodados.

—Buenos días, Hugh. —La voz de ella a su espalda, llamándole ese estúpido nombre le hizo girarse.

Elisa.

Había abierto la puerta corredera que daba al balcón y le miraba por una rendija, con una sonrisa enorme en la cara. Se había puesto una sudadera parecida a la que llevaba él, que le quedaba gigante, y que solo conseguía aumentar su atractivo. Tanto sus torneadas piernas como sus pies estaban desnudos. Tenía el pelo alborotado y los ojos somnolientos.

Una cálida sensación se expandió por su pecho. Algo tenía que haber hecho bien en su vida para haber conseguido a esa mujer, se repetía todos los días. Una mujer que lo había dejado todo por él. Todo.

Cogió la taza y abandonó la terraza y el precioso amanecer para ir junto a ella. Ella era mejor que cualquier amanecer, sin duda.

—Es temprano —murmuró, tomándola de la mano y depositando un suave beso en sus labios— ¿Qué haces levantada?

—Te echaba de menos —reconoció, echándole los brazos al cuello y bajándole la capucha. Después le miró de aquella manera tan especial que hacía que se le acelerase el corazón.

—Pues aquí me tienes, *Prinzessin*. ¿Quieres un café?

Ella asintió, pero en lugar de dejar que él se acercase a la cocina donde la cafetera aguardaba, le abrazó por la cintura y apoyó la cabeza en su pecho.

—¿Te he dicho ya lo feliz que soy de haber tomado esta decisión? —murmuró contra sus pectorales.

—Unas cien mil veces —repuso él, sonriendo.

Y así era.

Elisa, después de un intento fallido de reconciliación con sus padres orquestado por su hermano, había decidido dejar Madrid e irse a vivir a la costa mediterránea. Al principio, había dudado sobre si mudarse a su apartamento, pero después de que él le hubiese insistido casi de rodillas, había accedido. Había dejado su piso en el Retiro, que a fin de cuentas era de sus padres, había cogido un par de maletas, a su perro Pipi —que había hecho muy buenas migas con su perra Eli—, y se había venido a vivir con él. De eso hacía ya un mes.

El mejor mes de su vida.

Acababan de pasar juntos sus primeras navidades, y para ambos habían sido unos días algo agrisados. Se había notado la ausencia de Till, que había decidido permanecer en Alemania, con la excusa de que tenía mucho que estudiar. También Eli había echado de menos a su familia, solo había podido ver a su hermano Poncho, que se había dejado caer por allí un fin de semana. Cas y su familia se habían esforzado para que se sintiese parte de la familia Landvik, acogiéndola con los brazos abiertos.

Y hacía una semana, justo después de Navidad, Elisa había empezado a trabajar en el despacho de abogados de Jaime Llorens. Estaba pletórica de felicidad por ello.

Poco a poco, las cosas iban encajando, como las piezas de un puzle...

—¿Y mi café? —La pregunta le sorprendió.

—Qué mandona eres —la regañó, besándole el pelo antes de separarse de ella a duras penas. Después se dirigió a la cocina y le

puso un café solo con sacarina, como ella acostumbraba a tomarlo.

—No sé si podremos disfrutarlo —comentó Eli, señalando a su perro que la miraba con ansiedad, moviendo la cola—. Creo que quiere salir ya.

—Bueno, si no nos da tiempo desayunamos en *Le Vieux Bruxelles* —repuso él.

Ambos sonrieron al recordar aquella primera mañana en la que habían desayunado juntos.

—¿Te refieres al sitio más especial de la zona? —bromeó ella, repitiendo casi las palabras exactas que él había empleado hacía ya tantos meses.

Cas le alargó la taza y la contempló, mientras ella se dirigía al sofá y se sentaba en el reposabrazos con los pies descalzos sobre el asiento. Parecía tan relajada... No pudo evitar comparar a esa mujer con la Elisa del verano, la que le había tirado la moto, la del principio... No era la misma persona.

Esta Elisa era más segura, más abierta, más sencilla..., y aunque en esencia no había cambiado —seguía irguiendo la barbilla con arrogancia y envarándose cuando se sentía incómoda, utilizaba los mismos gestos y ademanes que la otra, y se sonrojaba mil veces al día—, sin duda esta Elisa era otra Elisa.

Esta Elisa era *su* Elisa.

¡Qué curioso cómo la vida y las circunstancias ponían a veces a cada persona en su sitio! Ahora tenía claro, que el sitio de Elisa no había sido el sitio donde había vivido antes. Su sitio era ese, junto a él.

Se acercó a ella por detrás y apoyó las manos en sus hombros.

Ella giró la cabeza y le sonrió.

Le dio un vuelco el estómago.

—Dime eso —dijo, inclinando la cabeza y hablándole al oído.

Ella soltó una risita, pero depositó el café sobre la mesa y se puso de pie. Apretó su cuerpo contra el suyo y le echó los brazos al cuello.

—¿El qué, *Hugh*? —preguntó, juguetona.

—Eso que tú sabes, *Catherine* —respondió él, mordisqueándole el labio inferior.

—Ah... eso...

—Sí, eso —insistió, depositando suaves besos en sus mejillas al tiempo que deslizaba sus manos por los desnudos muslos y la cogía en brazos.

Ella enroscó las piernas en torno a su cintura y apartó la cabeza unos centímetros para poder mirarle directamente a los ojos.

—*Ich liebe Dich* —murmuró con las pupilas dilatadas por el deseo.

Él dejó escapar un gemido de placer al escucharlo.

—Tu acento ha mejorado... Repítelo —jadeó, sintiendo todo su cuerpo en tensión, en especial la zona de debajo del estómago.

—*Ich liebe Dich* —volvió a murmurar ella contra su boca.

No pudo decir nada más. Los sonidos quedaron ahogados por los labios de él, mientras la transportaba al dormitorio con rapidez.

Fin

LA LUCHA DE JAN

Ya tebya lyublyu

© 2017 Laura Sanz

*Para vosotros que me ayudasteis a llegar aquí
Paco
Fely, Angy, Mayte, Maribel, Nerea, Sara y Anastasiya*

*"I am no bird; and no net ensnares me: I am a free human being
with an independent will."*
Charlotte Brontë — Jane Eyre

Capítulo Uno

Apoyó la espalda contra la pared y cerró los ojos. Ignoró los gritos que llegaban hasta él, amortiguados por las paredes de ladrillo desnudo, y se permitió unos minutos de descanso. Había sido una noche dura, más de lo habitual, al menos eso le había parecido, aunque ya no podía recordar ni una sola noche que pudiese catalogar como «fácil», pensó con ironía.

Su contrincante, un griego rápido como una bala, había resultado ser casi inaccesible. Pero después de quince largos y agónicos minutos había podido salir ileso de otro combate más.

El número diecinueve. Si hubiese sido un pistolero del Antiguo Oeste, habría marcado una nueva muesca en la culata de su revólver. *Diecinueve...*

Suspiró.

Estaba tan harto de todo eso.

Ya solo le quedaban cuatro peleas más. Cuatro peleas más y la deuda de Till quedaría saldada por fin.

Enterró la cabeza en las manos. No era el momento más adecuado para recordar a su hermano ni para entretenerse con ensoñaciones. El combate que estaba teniendo lugar en esos instantes estaba a punto de finalizar y pronto otros luchadores vendrían a invadir la escasa paz que había encontrado en los vestuarios.

Se quitó las guantillas de golpeo —eran las características de MMA, sin dedos y muy ligeras— y las vendas que cubrían sus nudillos con cuidado. Se había hecho daño en la mano derecha. La flexionó varias veces mientras la miraba con ojo crítico. Estaba hinchada y le dolía. Maldijo en silencio. Sus manos eran —o habían sido— su herramienta principal de trabajo; lo último que necesitaba era no poder seguir adelante con su negocio. Aunque si era sincero consigo mismo, cada vez se ocupaba menos del estudio. No tenía tiempo, y a veces, ni ganas.

Se palpó las costillas y una mueca de dolor le desfiguró el rostro. También habían sufrido lo suyo. Al día siguiente estarían de un atractivo color morado. Tampoco sería la primera vez. En los últimos meses había llegado a acostumbrarse a que el color púrpura adornase diferentes partes de su cuerpo.

Y de nuevo sintió aquellos molestos pinchazos detrás de los ojos. ¡Maldición! Últimamente eran más frecuentes. Buscó en la bolsa de deporte y sacó el botecito con las pastillas que le había recetado el médico. Se llevó dos a la boca y se las tragó sin agua. Respiró hondo un par de veces a sabiendas de que la medicación no le haría efecto hasta dentro de unos veinte minutos. Se masajó las sienes con suavidad durante unos cuantos segundos, pero terminó por incorporarse, suspirando con fatiga. Se despojó de los pantalones, cogió el bote de gel y se dirigió a la ducha. Pronto, el agua caliente cayó sobre él arrastrando con ella el sudor que cubría su cuerpo y parte del cansancio que le dominaba.

Por un instante se atrevió a soñar con el final de todo aquello. Con volver a su vida normal, a la que había tenido antes de que Till se desviase del camino y se juntase con quién no debía. Por aquel entonces todo había sido más sencillo. Se había limitado a ocuparse de su estudio de tatuajes y a pasar sus ratos libres con sus amigos y su familia. Había tenido una vida tranquila, agradable...

Simple.

Pero entonces... entonces había firmado ese puñetero pacto con el diablo para salvarle el pellejo a su inconsciente hermano pequeño y todo había empezado a ir cuesta abajo. Había subestimado la situación y se había creído invencible, pensando que iba a poder con todo y que iba a salir indemne de aquello, pero el tiempo le estaba demostrando lo contrario. Desde el primer momento había tenido que esforzarse el doble que los demás. Tenía treinta y cuatro años y sus rivales eran cada vez más jóvenes, más ágiles y más fuertes; estaban mejor preparados y tenían hambre de fama. Ganar a Jan «Eismann^[33]» Landvik —el estúpido mote que le habían puesto porque nunca sonreía— se había convertido en un desafío. Y aunque llevaba ocho meses sin perder ni una sola pelea, eso podía cambiar en cualquier momento. En una milésima de segundo.

Y luego estaban esos dolores de cabeza.

Había comenzado a tenerlos casi desde el inicio, pero había tardado unos meses en ir al médico. Ahora se preguntaba si esa tardanza se habría debido a que realmente no había querido saber qué le sucedía. Llevaba muchos años dentro del mundillo de la lucha libre, primero como profesional, después como un mero fan, y había oído los rumores de lo que les pasaba a algunos boxeadores y a otros deportistas que practicaban deportes de contacto. No era imbécil. Y si además tenía en cuenta lo que le había sucedido a su antiguo entrenador...

La falta de un diagnóstico claro que explicase lo de sus jaquecas, y la mención de aquellas aterradoras siglas por parte del especialista, habían sido como un mazazo en pleno plexo solar. Recordaba que había salido del hospital con el informe médico bajo el brazo y una expresión sombría en la mirada. Cargado de recetas y de advertencias, se había ido a casa, se había sentado en el sofá y había reflexionado durante horas, barajando todas sus posibilidades. El día se había convertido en noche y él había seguido allí, en la oscuridad, tratando de tomar una decisión. Una decisión que sabía que le iba a cambiar para siempre y que le iba a costar muchas cosas.

¡Qué difícil le había resultado tomarla!

Pero ya estaba hecho. Aquel día había decidido en qué se iba a convertir. Había cambiado su destino. Lo había sentenciado.

Cerró los ojos y levantó la cabeza dejando que el agua le bañase la cara. Notó cómo le crujía el cuello.

«Estoy demasiado mayor para esta mierda», pensó.

Recordó que Danny Glover en *Arma Letal* siempre decía algo parecido. Si bien al ver la película en aquel entonces le había parecido una manida frase hecha, ahora entendía perfectamente a qué se refería.

Unos minutos más tarde abandonaba la ducha. Todavía se encontraba solo en el vestuario. Se secó con rapidez, después buscó en su bolsa la loción de aloe vera. Llevaba usándola desde que era un crío, cuando participaba como *amateur* en los combates de la UFC en Alemania. Era milagrosa para los golpes. En los últimos meses había gastado botes y botes de ella. Se esparció una generosa cantidad por la mano y también por las costillas.

Su móvil comenzó a sonar con estridencia, llenando el vestuario de acordes irlandeses de The O'Connor Celtic Band, que de alguna manera no parecían cuadrar demasiado con su persona: un luchador de origen teutón, de metro noventa y cabeza afeitada, lleno de tatuajes. Quizá Rammstein hubiese sido una opción más adecuada. Quizá.

Sacó el móvil del bolsillo lateral de la bolsa y vio el nombre de su hermano Cas en la pantalla. Vaciló. No tenía muchas ganas de hablar con él, por lo menos no en ese instante —lo cierto era que en ningún instante—, pero sabía que si no cogía esa llamada, Cas seguiría intentándolo una y otra vez.

—Dime —respondió con aspereza.

—Jan, hace un siglo que no sabemos nada de ti. ¿Estás bien?
—Sonaba ansioso, como las últimas cien veces que habían hablado.

—Estoy bien —repuso, tajante. No quería hablar con su hermano. No quería que se preocupase por él. Solo deseaba que le dejase en paz, que le dejase solo. Ya volvería a retomar el contacto cuando toda la mierda en la que estaba metido acabase.

—Joder, Jan, tío. No sé qué cojones te está pasando, pero no puedes alejarnos de tu vida. Este no eres tú. No lo voy a permitir. — Su voz se tornó más insistente—. Ya he perdido a un hermano. No estoy dispuesto a perder a otro. El jueves por la noche te quiero ver en casa. A las diez en punto. Cena.

Jan no tuvo tiempo de contestar. Cas había colgado.

Se quedó mirando el móvil con frustración. Era verdad lo que su hermano había dicho. Estaba intentando alejar a su familia de la vida que llevaba. No quería que se viesen involucrados. No tenían ni idea de en qué se había convertido Jan en los últimos meses. Relacionarse con alguien como Bajram conllevaba cruzar una línea... ¿sin retorno?

El día del maldito «no diagnóstico» —o mejor dicho, la noche— movido por la desesperación, le había llamado y se había ofrecido a trabajar para él a cambio de que le condonase parte de la deuda. Si al albano-kosovar le había sorprendido su propuesta, no lo había demostrado. Solo unas horas después se habían reunido y habían alcanzado un nuevo acuerdo. Jan haría algún que otro «trabajito»

extra para él y a cambio no tendría que pelear, al menos no con tanta frecuencia. De momento había conseguido reducir el año al que se había comprometido a nueve meses. De treinta peleas a veintitrés.

Cuando le necesitaba, Jan acudía, tragándose la bilis y cerrando los ojos ante el mundo miserable en el que se movían Bajram y sus socios. Chantaje. Extorsión. Tráfico de estupefacientes. Apuestas ilegales —se había quedado también con el negocio de los hermanos Albescu, los cabrones con los que Till había contraído su deuda—; y lo peor de todo: proxenetismo.

Por supuesto que no era del dominio público, pero era un secreto a voces que Bajram dirigía una red de prostitución desde su garito, el *Dancing Queen*, el típico club de carretera, donde uno igual se podía tomar una copa, disfrutar de un espectáculo de *pole dance*, un *striptease*, o alquilarse una habitación por horas con chica incluida. La mayor parte de las mujeres que trabajaban allí no tendrían más de veinte años y eran casi todas de Europa del Este, de Sudamérica o de Nigeria. Y probablemente ni la mitad estaría allí por voluntad propia.

El antiguo Jan, el que había sido una persona *normal*, no hubiese consentido jamás trabajar para esa gentuza. El nuevo Jan, el que estaba desesperado, había apagado el interruptor de su cabeza y se limitaba a funcionar con el piloto automático. Había decidido no ver. No mirar. No sentir.

No tenía ni idea de adónde había ido a parar su decencia, su ética... Suponía que era mucho más fácil ser un hombre honrado cuando no se tenía miedo a morir, cuando la vida de uno no estaba en peligro; cuando uno no se jugaba el tipo cada dos fines de semana en un ring de nueve metros de diámetro, donde la única regla era sobrevivir.

Se había convertido en un matón más.

La primera vez había ido con Yuri a visitar a alguien que le debía dinero a su jefe. No había tenido que hacer nada. Solo estar ahí y mirar al deudor con cara de pocos amigos. Su simple presencia había bastado para amedrentarle.

Fácil.

La segunda vez las cosas se habían complicado un poco y había tenido que intervenir. Habían ido a un pub a buscar a unos camellos que estaban vendiendo droga en terreno de Bajram. Uno de ellos, al verlos llegar, había intentado largarse por la puerta de atrás del garito. Jan había ido tras él. Le había pillado en la parte trasera del local, en un callejón oscuro. Estaba colocado hasta las cejas y se había puesto a llorar al verle. Jan se había limitado a sujetarle mientras Yuri le daba una lección. Aquella noche se había dado cuenta de que ya no había marcha atrás, de que había perdido los pocos escrúpulos que le quedaban. Mientras el ruso le propinaba unos cuantos golpes al pobre desgraciado, él había mirado toda la escena desde muy lejos, a pesar de encontrarse en medio de ella. Había visto al tipejo en el suelo, llorando y sangrando profusamente por la nariz y no le había importado gran cosa. Él mismo podía acabar así cualquier noche de sábado, había pensado con indiferencia. Su cerebro había desconectado del todo, aceptando de alguna manera, que ya no iba a poder regresar a su antigua vida; al menos no sin ciertas cicatrices. Y ese había sido el comienzo del fin.

Llevaba ya dos meses «trabajando» para Bajram; yendo con Yuri a cobrar deudas y utilizando sus puños de vez en cuando. Solo unas cuantas semanas más y la deuda habría quedado saldada.

Del todo.

Se vistió con rapidez con el pantalón de deporte, camiseta y zapatillas. No se molestó en ponerse la sudadera. Aunque todavía no había llegado el verano, ya hacía calor, incluso a esas horas de la noche. Recogió sus cosas y se marchó del vestuario. Atravesó el oscuro pasillo que desembocaba en la nave principal, donde todos los fines de semana tenían lugar los combates de lucha libre —si es que se la podía llamar así—. La cacofonía de sonidos, que antes había quedado algo sofocada por las paredes, ahora penetró en sus oídos de manera casi brutal, empeorando su migraña. Era una mezcla de gritos, golpes, aplausos e incluso algún que otro absurdo silbato, que solo lograba confundir a los combatientes que en ese momento se estaban dejando la piel sobre el ring.

Pasó de largo, ignorando la pelea y al bullicioso público. Ya había tenido suficiente por aquel día. Bajó la cabeza, se pegó a la

pared del fondo, y abandonó el recinto antes de que nadie le hubiese reconocido.

Una noche estrellada le recibió. La temperatura era muy agradable y allí, tan cerca del puerto, un salobre olor a mar lo impregnaba todo. Aspiró con fuerza y dejó que se le llenasen los pulmones de aire limpio. Era un alivio después de haber pasado las últimas horas en ese ambiente cargado de humo, y apestando a alcohol y a sudor.

Su Jeep estaba aparcado en la parte trasera, en un lugar reservado para los luchadores y los empleados. Era paradójico que un negocio como ese, que realmente no existía, se rigiese por reglas. Todo el mundo sabía que aquella zona era para ellos, así que nadie estacionaba allí. El letrero rojo y azul serigrafiado sobre la puerta de su vehículo destacaba incluso en la oscuridad: *El quinto pecado*. Su estudio de tatuajes. El estudio por el que tanto había trabajado y que ahora apenas pisaba. Una expresión sombría cubrió sus facciones.

Arrojó la bolsa de deporte al asiento de atrás y se acomodó, poniéndose el cinturón. Arrancó. El reloj del salpicadero marcaba las dos de la mañana. A pesar de ser tarde y estar agotado, tenía por costumbre pasarse por el *Dancing Queen* después de cada combate a cobrar su parte, exigua si se tenía en cuenta lo que Bajram estaba ganando a su costa. Además, esa noche le interesaba acercarse; quería saber si había algún «trabajo» para él. Con suerte lo habría, y los cuatro combates que le quedaban quizá se convirtiesen en tres, o dos, o uno.

Solo cincuenta kilómetros separaban el puerto, donde se encontraba el recinto que albergaba los combates, y el pequeño pueblo costero donde estaba el club y donde él mismo tenía su estudio. No tardó más de treinta minutos en llegar a su destino. A esas horas de la noche las carreteras estaban desiertas, incluso en sábado. En un par de meses todo sería diferente, cuando llegasen el verano y los turistas, pero esa noche ni un solo vehículo circulaba por allí.

El *Dancing Queen* aparentaba ser lo que era: un club de chicas de alterne. Situado antes de la entrada del pueblo, en la margen derecha de la carretera, mostraba sobre la puerta principal un

brillante letrero de neón rosa con el nombre del lugar. Era una casa de dos plantas de color también rosa. La vulgar iluminación enmascaraba los desconchones de la fachada, pero por el día todo el lugar tenía un aspecto destartado, viejo y sórdido.

Estacionó el Jeep a unos cincuenta metros de la entrada. Había gran afluencia de público esa noche. Al menos veinte coches aparcaban en la parte frontal del garito, en un pequeño parking de tierra. Apagó el motor y se quedó dentro del vehículo mirando el reflejo del letrero de neón sobre el capó. Se acarició la nuca con lentitud. No le gustaba el ambiente del club, pero como tantas otras cosas, había aprendido a soportarlo.

Se bajó del coche y caminó los metros que le separaban del local con la mirada fija en el *portero-guardaespaldas-machaca*, Yuri. El mismo Yuri con el que hacía «trabajitos», un ruso de complexión parecida a la suya. Le hizo un gesto con la cabeza al que el otro correspondió de igual manera, antes de apartarse a un lado y abrirle la puerta.

En el momento en que puso un pie en la pequeña antesala de acceso, separada del club solo por una cortina de grueso terciopelo azul, el olor a tabaco y perfume barato le penetró en la nariz de golpe; y la estridente música, una antigua canción de Britney Spears, le explotó en los oídos.

«Perfecto. El ambiente ideal para mi jaqueca», resopló mentalmente.

Apartó la cortina y accedió a la sala principal, que como de costumbre un sábado por la noche, estaba a rebosar. A la izquierda se encontraba la barra, y a la derecha, la pista elevada donde una de las chicas —vestida de colegiala como un burdo cliché— bailaba al son de la música, mientras dos docenas de hombres la jaleaban desde abajo. Al fondo, debajo de las escaleras que llevaban al piso superior, estaba el gorila favorito de Bajram, Ivan, custodiando una puerta. Detrás de esa puerta, al final de un largo pasillo, se encontraba el despacho del dueño.

Se abrió paso entre los clientes, ávidos de carne femenina, y las chicas más desnudas que vestidas que pululaban por allí. No le costó llegar hasta el fondo. Por su estatura destacaba entre los allí

presentes, y su rudo aspecto combinado con los tatuajes y su cara de pocos amigos, hicieron el resto.

—¿Qué pasa Jan? —le preguntó Ivan al verle acercarse.

Era un hombre monstruoso, al menos diez centímetros más alto que él y veinte kilos más pesado. Llevaba también el pelo rapado, y por el cuello de su camisa asomaban unos cuantos tatuajes negros, no demasiado artísticos. Tatuajes hechos por un aficionado en cualquier prisión de mala muerte.

—Quiero verle. ¿Está solo?

—Está con una chica. Hemos tenido una movida antes. Voy a avisarle. Espera. —Abrió la puerta y desapareció tras ella.

Era curioso que todos los hombres de Bajram, a pesar de ser rusos, hablasen un español casi perfecto. Era como si el albanosloveno los buscara así a propósito. Quizá fuera un requisito indispensable para trabajar para él. «Se busca ruso agresivo para trabajar de matón, imprescindible un alto dominio del idioma español», pensó con sarcasmo.

Se dio la vuelta y, casi sin querer, sus ojos fueron a posarse sobre la chica que bailaba en el escenario. Era una de las más atractivas, una mulata con muchas curvas, con el pelo largo y rizado. En ese instante le daba la espalda y se inclinaba hacia delante. Por debajo de su minúscula falda tableada de cuadros aparecieron unas firmes y desnudas nalgas de color café con leche. Los hombres reunidos en torno a ella comenzaron a silbar y a aplaudir como posesos.

El propio Jan sintió el calor acumulándose en su entrepierna y se giró con brusquedad. Aunque las prostitutas no eran lo suyo, no era de piedra. Y llevaba meses sin acostarse con una mujer.

—Puedes pasar. —Ivan se había materializado a su lado de repente, sobresaltándole.

Se adentró en el pasillo. A su espalda escuchó cómo el otro cerraba la puerta, dejando fuera la machacona canción y los gritos de los clientes borrachos, que ya solo llegaron suavizados hasta él. Al fondo, la puerta del despacho estaba entornada, por lo que entró sin llamar.

Era una habitación amplia y, a pesar de la falta de ventanas, luminosa, gracias a la lámpara que pendía del techo. Las bombillas

de la araña de cristal, que parecía salida de otra época o de una residencia palaciega, iluminaban cada esquina y recodo del despacho. Las paredes estaban forradas de paneles de madera rojiza y el suelo era de tarima clara, casi blanca. Una impresionante mesa de roble de estilo antiguo detrás de la que se sentaba el propietario, dominaba la estancia.

—Jan —le saludó el albano-kosovar con una sonrisa, echándose hacia atrás en la silla de alto respaldo.

Tenía el mismo aspecto anodino y vulgar de siempre. Pelo castaño, ojos castaños y rostro común, incluso su ropa era corriente: traje gris, camisa blanca y corbata azul. Nada en él destacaba. Aunque como Jan sabía muy bien, las apariencias engañaban. Bajram Sejdiu no tenía nada ni de corriente ni de vulgar.

Se aproximó a la mesa, apartó una de las sillas y tomó asiento. Después de tantos meses de «trabajar» para él, sabía lo que podía y lo que no podía hacer, y no era la primera vez que estaba en ese despacho. A Bajram le gustaban los hombres decididos, con iniciativa, que no esperaban a que se les invitara a sentarse, sino que lo hacían. Se cruzó de brazos y clavó la mirada sobre la cara del otro, que le observaba con satisfacción.

—¿Quieres una copa? —le preguntó.

La rechazó. Eran más de las dos de la mañana y estaba agotado. Quería marcharse a casa y dormir. Lo último que necesitaba en ese momento era un chute de alcohol. Solo de pensar en ello se le revolvía el estómago.

—Esta noche has vuelto a ganar, me han dicho —comentó Bajram, al tiempo que se servía una generosa cantidad de una botella de ginebra que tenía encima de la mesa.

Jan se encogió de hombros.

—Déjame que termine un pequeño asunto que tengo a medias y en seguida estoy contigo. —Bebió un trago del transparente líquido antes de fijar la mirada en un punto por encima del hombro izquierdo de Jan. Comenzó a hablar en ruso con bastante rapidez.

Jan arqueó las cejas sorprendido. Giró la cabeza con lentitud buscando a su interlocutor. No se había dado cuenta de que había alguien más en el despacho al entrar.

Pegado a la pared del fondo, al lado de la puerta, había un sofá de cuero marrón en el que se sentaban dos chicas. Ambas parecían muy jóvenes. Una era rubia y la otra morena. La rubia vestía de manera acorde con el local, con una especie de camisón negro transparente. La morena, sorprendentemente, llevaba un elegante vestido azul marino de manga larga y cuello vuelto, que la cubría casi por completo. Tenía el pelo negro recogido en un moño y los ojos claros y rasgados. Sus pómulos altos denotaban su ascendencia eslava. Y su cutis era... blanco como la nieve.

“... so weiß wie Schnee, so rot wie Blut und so schwarzhaarig wie Ebenholz und ward darum Schneewittchen genannt...”^[34]

De pronto las palabras de la fábula que le había oído contar a su madre en innumerables ocasiones acudieron a su memoria. La traducción era algo así: *“...tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y cuyos cabellos eran tan negros como el ébano. Por todo eso fue llamada Blancanieves...”*

El vago recuerdo de un libro de cuentos ilustrado y de la imagen de Blancanieves le asaltó. Y la tonta promesa que se había hecho a sí mismo cuando era niño...

“Cuando sea mayor, me casaré con la chica del cuento: con Blancanieves...”

Pestañeó repetidamente llamándose al orden. Pero ¿qué mosca le había picado? Pensando en cuentos de hadas... en un burdel... al lado del hombre más peligroso de la zona. El dolor de cabeza sí que le estaba afectando... Aún así se la quedó mirando abstraído. Era, sin duda, la mujer más guapa que había visto en su vida. Y había visto muchas mujeres guapas...

Se revolvió en el asiento, incómodo.

A pesar de su aspecto exterior tan diferente, las dos tenían algo en común: sus miradas tristes y sin vida. Ambas mantenían los ojos clavados sobre Bajram, que había elevado el tono de voz y se dirigía a ellas de manera bastante agresiva. La rubia dio un respingo y su labio inferior comenzó a temblar. Parecía la más joven de las dos y también la más alterada. Se esforzaba por controlarse, pero al cabo de unos instantes perdió la batalla consigo misma y dos lágrimas rodaron por sus mejillas. La otra —*Schneewittchen*^[35], la bautizó en silencio Jan, a pesar de sí mismo— por el contrario, tenía

una expresión vacía en el rostro, casi indiferente, como si la reprimenda de la que estaba siendo objeto fuera algo común y hubiese pasado por ello en más ocasiones.

No era la primera vez que él veía algo así, a Bajram poniendo en su sitio a alguna de las chicas. No le resultaba agradable, pero no era asunto suyo. Endureció la mirada y siguió observándolas — observándola a ella— en silencio.

Bajram dejó de hablar, de pronto, y su mutismo fue más elocuente que cualquier palabra. Transcurrieron varios segundos en los que el silencio fue alargándose, convirtiéndose en algo oscuro y espeso. La rubia lloraba, aterrada, sin apartar la mirada del albano-kosovar. La morena movió su brazo unos centímetros hasta que alcanzó el blanco muslo de la otra, que pareció calmarse al sentir el simple roce de su mano. Jan observó la escena con atención, maravillándose de la inusual frialdad que presentaba la que parecía ser la mayor de las dos.

Bajram ladró algo y ambas se incorporaron con rapidez. Las esbeltas curvas de la rubia, antes disimuladas por su postura en el sofá, se mostraron en todo su esplendor. Por el contrario, el vestido azul marino de la otra delineaba su cuerpo, pero lo hacía de una manera sutil, no excesivamente provocadora. Y sin embargo fue el cuerpo de esta última el que Jan no pudo evitar recorrer con la mirada. Vestida de aquella manera, como si fuese a asistir a una cena elegante, parecía tan fuera de lugar en el *Dancing Queen* como si él mismo se hubiese plantado en un baile de gala con su ropa de deporte. Jamás había visto a ninguna de las chicas llevando más ropa que batas transparentes y ridículos vestidos diminutos.

Su curiosidad se despertó.

Antes de abandonar el despacho, los ojos de la chica se posaron un segundo sobre los suyos, y Jan sintió cómo si le hubieran pegado un puñetazo en la boca del estómago.

¡Esos ojos!

Los tenía de un color azul pálido casi translúcido, vacantes e inexpressivos, como si dentro de ella no hubiese nada, ni bueno ni malo.

Su mirada le penetró y le taladró hasta el mismo centro del cerebro.

Diario de Oksana Novalnyova
23 de enero – Malinovka (Ucrania)

Hoy es mi cumpleaños.

Cumplo diecinueve años. Mi querida prababushka^[36] me ha regalado este diario. Ella sabe que me encanta escribir y quiere que lo haga en español para que practique. Dice que es importante hablarlo y escribirlo correctamente si algún día quiero encontrar un buen trabajo en España.

Es mi sueño.

He escuchado tantas cosas maravillosas del país donde siempre brilla el sol, que lo único que deseo es poder marcharme de aquí y vivir allí, en la tierra de mi bisabuela. Si estudio mucho y me esfuerzo, sé que podré cumplir mi sueño.

Hoy mi prababushka me ha preparado una tarta especial por ser un día especial. Era de chocolate y bizcocho. He invitado a Irina a pasar la tarde conmigo y con mi prababushka y ha sido el mejor día de mi vida. Nos ha contado historias de cuando era joven como nosotras, allí en España, y de cómo disfrutaba en la playa con sus amigas.

Yo nunca he visto el mar, pero tiene que ser algo maravilloso. Grandioso.

Estoy tan contenta de vivir con ella. Siempre ha estado ahí y desde que papá y mamá murieron es como mi segunda madre. La quiero muchísimo.

Sabe tantas cosas...

Cuando era joven era maestra en una escuela. Yo voy a ser maestra también. Terminaré mis estudios y seré como ella.

¡Estoy tan feliz!

Capítulo Dos

Cuando la puerta del despacho se cerró tras ellas, Oksana se detuvo un momento en la penumbra del pasillo. Cogió a Olga de la mano con firmeza y la obligó a detenerse también.

—No llores —le instó—. No vuelvas a llorar delante de él.

Olga levantó la cabeza. El miedo se reflejaba en su cara. Se quedó quieta, mirándola con sus enormes ojos castaños llenos de lágrimas. Parecía buscar algo, alguna pista en el rostro de Oksana, pero al no encontrarlo terminó por asentir.

—No le gusta ver llorar a las chicas. Se enfada. Y no es bueno que se enfade —trató de explicar Oksana. Susurraba—. Si quieres llorar hazlo luego, cuando estés sola. Cuando ya no haya clientes.

Aunque su situación no era la misma que la de Olga, en el fondo se sentía como si fuera una chica más del *Dancing Queen*. También había llorado al principio. Mucho. Nadie le advirtió que no debía hacerlo. Había aprendido a la fuerza que a Bajram no le gustaban las lágrimas. Inconscientemente se llevó la mano a la nuca y se palpó los bordes irregulares de la cicatriz que la navaja de Ivan le había dejado justo en el nacimiento del pelo. Esa herida y los hematomas que durante semanas adornaron sus costillas y su espalda habían sido su lección. Una lección que había aprendido con rapidez: lágrimas no.

Habían sido las lágrimas de Olga las que la habían llevado al despacho esa noche. Había roto a llorar delante de un cliente cuando este la había abrazado y comenzado a tocarla.

Y Bajram solo avisaba una vez, la próxima dejaría que fuera Ivan el que se encargase del asunto.

—No sé si voy a poder contenerme, Oksana —respondió la otra con un hilo de voz—. No quiero hacer esto... ¡No puedo hacer esto!
—Un pequeño sollozo se escapó de su garganta. Se llevó la mano a la boca intentando contenerlo—. Tú no sabes lo que es esto... Tú tienes suerte.

Oksana estuvo a punto de echarse a reír con amargura. ¿Suerte? No tenía ni idea... Meneó la cabeza y le apretó la mano con fuerza. Sabía que no tenían mucho tiempo, que esos instantes de paz relativa que estaban disfrutando en el pasillo oscuro iban a durar poco.

—Escúchame —comenzó con un tono de voz apremiante—. Tienes que poder. No te queda más remedio. Aprieta los dientes y aguanta. Piensa en algo diferente, piensa en algo bonito, algo que te haga feliz. En cualquier cosa. Y no llores. Por favor. ¿Me has entendido?

Hubo un silencio en el que solo se escuchó la música de fondo —una canción de Rihanna— y las respiraciones algo alteradas de ambas.

Olga terminó por asentir con lentitud. Parecía haber comprendido lo que Oksana pretendía decirle tanto con sus palabras como con sus silencios.

—Ahora tienes que salir ahí y fingir. Trata de que nadie sepa lo que estás pensando. Es como un juego. Si alguien descubre que eres infeliz, pierdes.

Oksana no sabía si esa ridícula charada a la que jugaba consigo misma le iba a servir de algo, pero se lo dijo igualmente. Ojalá ella hubiese tenido a alguien a su lado que le hubiera dado consejos y le hubiese dicho cómo debía actuar. Pero ella había estado sola. Olga era tan joven, tan inocente... Como ella misma había sido: joven e inocente; al menos lo bastante como para haber caído en esa trampa en la que se había convertido su vida. Ya no lo era. A pesar de no ser mucho mayor que Olga, se sentía como si fuese décadas más vieja.

—Lo intentaré —susurró Olga, apretándole la mano.

Oksana asintió.

—Vamos entonces. Y no lo olvides, ponte la máscara y piensa que estás en otro lugar —dijo, echando a andar y atravesando el corredor mientras tiraba de la mano de la otra. Cogió aire y lo expulsó con mucha lentitud antes de asir el picaporte y abrir la puerta.

La canción que sonaba a un volumen insoportable le dañó los tímpanos.

—El jefe ha dicho que no tardará en salir. —La voz de Ivan a solo unos centímetros de distancia la sobresaltó.

Giró la cabeza con brusquedad y le miró. Odiaba a Ivan y su brutalidad de la que ya había sido víctima en varias ocasiones. No pudo evitar que un escalofrío le recorriese la espalda al ver cómo sus diminutos ojos oscuros la recorrían de arriba abajo. Asintió, tensa. Le soltó la mano a Olga y se puso la máscara de indiferencia.

—Oksana... —comenzó la rubia.

—Recuerda lo que te he dicho antes, ahí dentro —le susurró, acercándose a ella y pegando su boca a su mejilla—. Finge y piensa que estás en otro sitio. No puedo ayudarte más.

Era cierto. No podía.

Tenía que preocuparse por sí misma y por su propia supervivencia.

Le dirigió una última mirada a su compatriota, que intentaba mantener una expresión serena y que a duras penas conseguía. Después se dio la vuelta y se encaminó al reservado. Los ojos de al menos una docena de hombres la siguieron. Algunos estaban solos, otros acompañados. Ella sabía que llamaba la atención. Su pelo negro, herencia de su bisabuela española, y sus rasgos eslavos con esos ojos azul pálido tan poco comunes, hacían de ella una rareza. De nada servía que su ropa fuese más que recatada. Cuando estaba a punto de llegar a su destino, un hombre alto, con pinta de haberse tomado más de tres o cuatro copas, la agarró por el brazo. Las náuseas le atenazaron la garganta cuando vio los ojos de él clavarse sobre su cuerpo con un brillo lascivo en ellos. Tiró y se desasió con pericia. El fulano iba a protestar, pero la presencia del descomunal Ivan a su espalda le hizo recular. Se alejó murmurando una disculpa.

Oksana entró en el reservado y esperó a que Ivan cerrase la puerta y la dejase sola para quitarse el disfraz de indolencia y frialdad. Dejó caer los hombros y se llevó la mano al pecho. Tenía palpitaciones, síntoma de la ansiedad que sentía cada vez que iba allí. ¡Odiaba aquel lugar! Tomó asiento en uno de los sillones tapizados, muy erguida, y contempló la sala a través del cristal. Esa habitación estaba preparada para poder ver sin ser visto. A Bajram le encantaba sentarse allí durante horas y observar lo que pasaba

en su club sin que ninguno de sus empleados supiera que se encontraba allí.

Buscó a Olga con la mirada. Estaba sentada junto a un hombre joven que le susurraba algo al oído. Tenía los labios contraídos por el disgusto, pero al menos no lloraba. ¡Ojalá hubiese aprendido la lección! Le dolía sobremanera verla forzada a vivir esa vida, pero sabía que no estaba en su mano poder hacer nada por ella. Una vez había cometido la equivocación de hablar en favor de una chica. A Bajram no le había gustado nada que se inmiscuyese. Lo había dejado muy claro mandando a Ivan a que se «ocupase» de ella, así que no había vuelto a hacerlo.

Se miró el reloj de pulsera, un Cartier que él le había regalado, y se preguntó cuánto tiempo más tendría que seguir esperando. A él no le agradaba demasiado que estuviese allí, así que suponía que no tardaría mucho en ir a buscarla. La verdad era que no le agradaba que estuviera en ningún sitio que no fuese en su casa, pero a veces la mandaba llamar, como había sido el caso aquella noche, para que hablase con alguna de las chicas —en su mayor parte ucranianas como ella misma— y las tranquilizase. Oksana no tenía ni idea de cómo se las había arreglado antes de que ella apareciera en escena, pero desde que había llegado a España y vivía con él, la había utilizado para ese propósito en varias ocasiones. Era algo que le resultaba muy desagradable, pero no podía negarse, y si conseguía insuflar algo de ánimo en alguna de esas chicas, al menos habría conseguido que su miserable vida tuviera algún sentido.

Sabía que ellas la miraban con envidia, que pensaban que tenía suerte.

Si supieran...

Su cárcel era más grande y más elegante, pero seguía siendo una cárcel. Quizá fuese más afortunada que ellas... al fin y al cabo se había librado por los pelos de trabajar en el club. No obstante, también sabía que si no se portaba como debía, todavía podía terminar en ese tugurio en cualquier momento, como las demás, teniendo que atender a un cliente tras otro, noche tras noche...

Se estremeció.

Por el rabillo del ojo vio cómo la puerta que llevaba al corredor del despacho se abría. Ivan se hizo a un lado y dejó salir al hombre que había estado reunido con Bajram. Le observó con cierta curiosidad a través de sus espesas pestañas negras. Ya le había visto antes. Una vez. No le había llamado mucho la atención; tenía el mismo aspecto que todos los demás guardaespaldas, con una única diferencia: no era ruso.

Desde donde se encontraba, tenía una visión perfecta, por lo que aprovechando el anonimato que le proporcionaba el estar en el reservado, le recorrió con la mirada de arriba abajo. Era alto, aunque no tanto como Ivan. La camiseta que llevaba puesta parecía a punto de estallar bajo su formidable musculatura y uno de sus brazos estaba tatuado hasta la muñeca. Llevaba la cabeza afeitada y tenía la típica nariz de boxeador, algo ensanchada en el puente y un poco torcida, como si hubiese sufrido alguna rotura. En el despacho se había percatado de que tenía los ojos de un intenso azul oscuro. No tenía pinta de ser español y aun así ella le había escuchado hablar en un español perfecto.

Sabía que se llamaba Jan, se lo había oído decir a Ivan, y que era uno de los luchadores.

«Otro esbirro más», pensó con desdén.

En ese instante él fijó la mirada sobre ella, como si supiera que se encontraba detrás del cristal, lo cual era una estupidez, ya que a la vista de la sala solo se mostraba un espejo. Se sintió extrañamente expuesta bajo la profundidad de aquellos ojos que parecían perforarla, como si pudiesen descubrir los secretos más escondidos de su alma... Entonces él se giró y le dio la espalda, rompiendo el encantamiento en el que ella parecía haber caído. La escena no podía haber durado más de un par de milésimas de segundo. Dejó escapar el aire que había estado conteniendo y meneó la cabeza, aturdida. Le siguió con los ojos mientras se alejaba, y no pudo evitar fijarse en su forma de andar, ágil y fluida, poco común en alguien de su complexión. Se iba abriendo paso hacia la salida sin dificultad, a pesar de la gran afluencia de público. Había algo en él...

«¡Qué tonta eres!», se dijo. «Es otro de los matones de Bajram. No hay más».

La puerta del reservado se abrió de golpe, alarmándola, y haciendo que la imagen del luchador se diluyese en su mente.

—Nos vamos. —Su tono de voz era brusco. Siempre era así en el *Dancing Queen*. Luego, cuando estaban a solas, cambiaba y se volvía más acaramelado y dulce.

Ella le prefería brusco..., sin máscaras.

Se incorporó y se acercó a él. No era mucho más alto que ella y tampoco tenía ninguna cualidad muy destacable; no obstante, en cuanto abría la boca, su presencia imponía. La tomó de la mano y agarrándola con firmeza la guió a la parte de atrás del club. No le agradaba tener que mostrarla en un lugar como aquel. Con frecuencia se preguntaba por qué la hacía llamar para solucionar ciertos conflictos si no soportaba verla allí. No tenía lógica.

Para llegar a la salida trasera había que atravesar un pequeño cuarto que servía como almacén, iluminado por dos tubos fluorescentes parpadeantes. Las paredes estaban cubiertas de estanterías llenas de cajas. Él se detuvo en medio del pequeño cubículo y la miró a la cara.

—Te has portado muy bien esta noche —le dijo. Su ruso era excelente. Se notaba que lo había aprendido de niño. Él le había contado que su madre era moscovita.

—Yo solo he hecho lo que tú me has pedido —murmuró.

—Sabía que podía contar contigo, Oksana.

—Sabes que sí —dijo con tibieza y le sostuvo la mirada. A él le gustaba eso.

Sonrió satisfecho y ella se relajó. No había vuelto a ponerle la mano encima —al menos para golpearla— desde hacía tiempo, pero con él nunca se sabía. En apariencia frío y contenido, pero por dentro era una bomba de relojería. Oksana lo sabía, le había visto perder los nervios en un par de ocasiones... Lo mejor era no darle ningún motivo de enfado.

Le acarició la mejilla y ella cerró los ojos.

«*Viderzhu*^[37]...».

—No los cierres. Quiero que me mires —musitó él.

Ella los abrió, tratando de borrar cualquier expresión de desagrado que se pudiera reflejar en ellos. Bajram acercó su cara a la suya y con mucha delicadeza la besó. Ella se obligó a tener los

ojos abiertos. La luz del fluorescente sobre su cabeza, apagándose y encendiéndose, creaba curiosos contrastes de luces y sombras y deformaba sus facciones. Se parecía un personaje salido de una serie de terror. Contuvo el gemido de desesperación que estuvo a punto de abandonar su garganta al sentir cómo su húmeda lengua le acariciaba el labio inferior. Soportó el dulce beso con estoicismo, imaginándose que estaba en otro lugar y con otra persona.

«*Viderzhu...* Puedes soportarlo...»

Cerró los ojos y trató de pensar en aquel día en que era pequeña y había ido con su bisabuela al mercado y le había comprado una preciosa falda de flores. Su querida *prababushka*.

—No cierres los ojos, Oksana —la reprendió él de nuevo, apartando la boca solo unos milímetros. Sonaba molesto.

Ella los abrió de golpe y sin desviar la mirada, dejó que él la besase una y otra vez.

Capítulo Tres

Apoyó las manos en el techo de su coche y descansó la frente sobre el frío metal. Respiró hondo, tratando de contener las náuseas que le dominaban, producto del puñetero dolor de cabeza. Esa noche los fármacos no le habían servido de nada. Se incorporó y se apartó unos centímetros del vehículo. Alzó la mirada. El ridículo letrero de neón rosa apenas permitía concentrarse en la negrura del cielo estrellado.

La conversación con Bajram había durado solo unos minutos y había sido muy productiva. Le había ofrecido ir a «hablar» con un individuo que le debía dinero. Esta vez solo, sin Yuri. A cambio, no tendría que pelear el fin de semana siguiente. Jan había aceptado. Por supuesto. Mentalmente había tachado otro combate de la lista. *Ya solo le quedaban tres.*

Se llevó las manos a las sienes y soltó un taco. ¡Maldita jaqueca! Estuvo tentado de tomar otra píldora, pero el médico le había advertido que no abusase de los calmantes, uno de sus componentes era un opiáceo muy fuerte que le podía crear dependencia.

«Cómo si ser dependiente de una jodida droga fuese a agravar tu situación», pensó con mordacidad.

Lo que necesitaba era marcharse a casa y acostarse. Dejar la mente en blanco y tratar de descansar. Suspiró y la chica de los ojos vacíos acudió a su memoria sin que la hubiera conjurado.

—*Schneewittchen* —dijo en voz alta, recreándose en el sonido de la palabra y preguntándose por qué ese nombre le había venido a la mente. No pudo evitarlo. Se parecía tanto a la imagen mental que tenía de aquella ilustración que había visto cuando era niño...

Se frotó la frente, confuso. Era todo un misterio. ¿Sería una de las chicas del club? Su presencia allí vestida de aquella manera tan sobria y elegante no tenía sentido.

«Tampoco tiene sentido que pierdas el tiempo pensando en ella un minuto más de lo imprescindible», se dijo.

Lo que menos necesitaba en ese momento de su vida eran distracciones en forma de mujer, por muy guapa y enigmática que fuera. Y sin embargo no pudo evitar hacerse preguntas. Quizá debido a la mirada que ella le había dirigido en el despacho. Le había dejado helado. Parecía tan joven y tan vieja al mismo tiempo... Durante un instante había creído ver toda la sabiduría del mundo contenida en aquellos peculiares ojos... solo un instante... Después, el vacío los llenó de nuevo.

Meneó la cabeza, tratando de ahuyentarla de sus pensamientos.

En ese momento un Mercedes negro con las lunas tintadas se detuvo a escasos metros de donde él había aparcado. La puerta del conductor se abrió y Roman, el chófer de Bajram, descendió del vehículo. Al reconocerle le hizo un gesto con la mano. Jan respondió de igual manera. Estaba a punto de meterse en su coche, cuando el sonido de una puerta metálica a su espalda le hizo darse la vuelta. Tres siluetas abandonaban el club por la salida trasera. Dos iban delante y otra más grande y compacta, detrás. Los pasos sobre la grava se fueron acercando y Jan pudo distinguir de quién se trataba. Eran el mismo dueño del local, la morena del despacho e Ivan. El guardaespaldas iba detrás de la pareja, a un par de metros de distancia. Bajram sujetaba a la chica por la cintura con excesiva firmeza, al menos eso le pareció a Jan. Ella se mantenía muy erguida y andaba con rapidez para mantener el paso de su acompañante, a pesar de que los tacones de sus zapatos se hundían en el suelo irregular.

No le habían visto; él se encontraba parcialmente oculto tras su coche. Los contempló en silencio con los ojos entornados.

«Así que es la chica de Bajram. Por eso su atuendo. No trabaja aquí», especuló.

La escena le resultó molesta. No sabía muy bien por qué. Quizá porque él parecía más su padre que su pareja, o por la expresión que llevaba ella pintada en la cara. No daba la impresión de ser una amante satisfecha, más bien todo lo contrario.

Roman abrió la puerta trasera del Mercedes y la chica se giró para montarse en él. En ese momento sus miradas volvieron a cruzarse como había sucedido antes en el despacho.

El choque de dos tonos de azul.

Un latido.

Dos latidos.

¿Había algo más que vacío en esa mirada?

Contuvo la respiración.

Entonces ella desapareció dentro del vehículo y cualquier conexión que se pudiera haber establecido entre ellos se rompió.

«Quizá el jodido dolor de cabeza me esté haciendo ver visiones», reflexionó, perplejo.

Ni Bajram ni Ivan se fijaron en él. Se metieron en el Mercedes, y solo unos segundos después este abandonaba el parking. Jan se quedó un rato allí, con los puños apretados, respirando con cierta dificultad.

Esos ojos...

Terminó por abrir la puerta del Jeep con violencia, se sentó y se puso el cinturón de seguridad. Arrancó, levantando una pequeña nube de polvo con los neumáticos. Ignoró la cara de sorpresa de Yuri que le observaba desde la puerta. Apretó el botón de la radio y el sonido de los violines y las flautas irlandesas inundó el interior del vehículo.

Pisó el acelerador.

* * *

Se llamaba Pavel y era polaco. Vivía en una urbanización destartalada a las afueras, en una hilera de pequeñas casitas adosadas de color tierra, cuyo aspecto sórdido y vulgar no quedaba disimulado ni tan siquiera por la oscuridad.

Jan aparcó frente al número seis. Se bajó del coche y echó un vistazo a su alrededor. Eran las doce de la noche de un miércoles, y la calle estaba desierta, a excepción de un hombrecillo con pantalón corto y camiseta interior, que le observaba desde el jardín delantero de una de las casas, a unos doscientos metros. No tardó en darse la vuelta y desaparecer dentro de su vivienda, con la típica actitud de: *esto no es cosa mía*. La zona no era precisamente de lo mejorcito de la costa. Con seguridad no era la primera vez que alguno de los hombres de Bajram se pasaba por allí, buscando a algún inquilino. Ver, oír y callar, parecía ser el credo en aquella parte del pueblo.

Pavel Błotnicka era un jugador compulsivo que se había dedicado a apostar en las peleas ilegales como si no hubiera un

mañana y había terminado por perderlo todo. La situación era tan parecida a la que había vivido su propio hermano Till, que Jan rechinó los dientes.

«Lástima que tú no tengas un hermano mayor que sepa pelear y que esté dispuesto a sacrificarse por ti, Pavel», pensó, con una sombra de cinismo, mientras atravesaba el descuidado jardincito y subía los cuatro escalones que llevaban a la vivienda.

Dentro de la casa se oía un televisor. No se molestó en llamar al timbre, lo hizo con los nudillos. En solo un par de segundos la puerta se abrió de par en par. Un tipo alto y delgado, con poco pelo y la nariz ganchuda, se le quedó mirando de arriba abajo. El reconocimiento brilló en sus ojos y su cara se oscureció. Todo aquel que asistía a los combates ilegales sabía quién era Jan «Eismann» Landvik.

—Dile a... Bajram que voy... a pagar. Todo... Solo necesito más tiempo —tartamudeó, echándose hacia atrás. Hablaba un español bastante bueno.

Jan entró en la vivienda cerrando la puerta tras él. De un rápido vistazo comprobó que no había nadie más en el diminuto estudio. Sobre la mesa de cristal frente al televisor había unas rayas de cocaína, un canutillo y una tarjeta de crédito. Estaba claro que al polaco no le iban solo las apuestas.

—No hay más tiempo, Pavel —repuso con voz fría.

—¡Joder! Te juro que voy a pagar. Es solo que he tenido una mala racha. —Reculaba despacio, mirándole aterrorizado, hasta que el respaldo del sofá detuvo su retirada.

—Es demasiado tarde.

—¡No, Eismann! ¡Voy a pagar! ¡Lo juro! —casi gritó.

Jan le miró con fijeza. Sus pupilas dilatadas de forma poco natural daban fe de lo colocado que estaba. No sintió ningún remordimiento por lo que estaba a punto de hacer. Quizá porque se había convertido en un matón o quizá porque el tipo se lo merecía.

—Por supuesto que sí. No lo dudo. Y más después de hoy. —Sonrió de medio lado—. Pavel, deberías estar agradecido de que Bajram haya decidido mandarme a mí como tu último aviso. Dudo mucho de que Yuri fuese tan... «delicado» como yo. —Se acercó

más y el olor a miedo que desprendía el cuerpo del desgraciado le entró por la nariz.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! —empezó a murmurar. Antes de que hubiese podido pronunciar el cuarto *joder*, Jan le había estrellado el puño derecho contra el pómulo. El golpe no fue muy fuerte, aun así el otro cayó al suelo, donde se hizo una bola, cubriéndose la cabeza con las manos.

«¡No me jodas! ¿Ya?», pensó con incredulidad.

—Levántate, Pavel —dijo.

El polaco lloriqueó.

Jan se pasó las manos por la nuca, exasperado. Viendo que el otro seguía en el suelo, sin moverse, se agachó y le cogió por la parte de atrás del cuello, obligándole a levantarse.

—No me hagas daño, por... por favor —gimió. Tenía la mejilla enrojecida.

«¡Por Dios! Es patético. ¿Qué cojones hago aquí con este tío?»

Le miró a la cara, obviando sus pupilas dilatadas y el reguero de saliva que le chorreaba por la comisura de su boca.

—Mira, Pavel, hazte un favor a ti mismo y págale a Bajram los veinte mil euros que le debes cuanto antes. Ten en cuenta que yo solo soy la avanzadilla. La próxima vez será Yuri el que venga. Y con él no se juega.

—¿Veinte mil euros? ¡Pe... pero si solo eran quince mil...! —balbuceó con los ojos abiertos como platos.

—Tu deuda ha aumentado por no pagar a tiempo, Pavel.

De pronto, quizá debido a las drogas que inundaban su organismo, o envalentonado por que no estaba siendo muy duro con él, el polaco se liberó y se alejó dos pasos.

—¡Ese no es el acuerdo! —gritó—. Dile a Bajram...

—No me jodas... —masculló Jan elevando la vista al techo—. Te estás equivocando, Pavel. Yo no he venido a que me des un mensaje para Bajram. He venido a *traerte* un mensaje de él.

—Pues dile...

Esta vez el puñetazo le acertó justo en el centro de la cara, haciéndole callar. La sangre le brotó a borbotones de la nariz. Comenzó a gritar.

Jan le miró sin un atisbo de lástima. Flexionó la mano que había utilizado para pegarle y se la inspeccionó con indiferencia.

—Tres días —dijo en voz baja que esperaba sonase amenazadora—. Y si no pagas, en tres días ya sabes quién vendrá a visitarte.

Pavel, que trataba de detener el flujo de sangre de su nariz con las manos, le miró durante unos segundos con los ojos llorosos. Terminó por asentir con energía.

Jan se dio media vuelta y abandonó la casa. Toda la escena no había durado más de diez minutos. Volvió a mirar a su alrededor. La calle estaba desierta.

Abrió la puerta de su coche y se acomodó en el asiento.

Había sido fácil. Muy fácil.

No por primera vez se preguntó qué habría movido a Bajram a renunciar al dinero que estaba ganando a su costa con las peleas, y a mandarle hacer esa clase de «trabajos» para los cuales ya tenía hombres de sobra. Solo podía elucubrar que el albano-kosovar, de esa manera, lo que conseguía era tenerle en plantilla y quizá en un futuro poder cobrarse de otra forma el favor que le hacía.

Se encogió de hombros. Cada vez le resultaba más sencillo, y no se sentía culpable por sus actos.

Hizo un breve y silencioso examen de conciencia.

No. Nada. Ningún remordimiento.

Diario de Oksana Novalnyova
7 de marzo – Malinovka (Ucrania)

El invierno está acabando y esta mañana hemos decidido dar un paseo. A mi prababushka cada vez le cuesta más andar y tengo que sostenerla.

Es muy mayor y tose con frecuencia. Si algún día llegara a pasarle algo no sé qué haría. Es mi sostén, mi equilibrio. Sin ella no tengo nada.

Parecía muy feliz caminando a mi lado. Insiste en que le cuente cosas de clase y yo lo hago. Sonríe y se pone muy contenta cada vez que le digo lo mucho que disfruto estudiando.

Sé que está orgullosa de mí. Y yo me esfuerzo cada día para que siga estándolo.

Después del paseo hemos vuelto a casa y nos hemos sentado en el sofá. Ella con su mantita preferida sobre las rodillas y yo a su lado. Hemos tomado té caliente y nos hemos reído viendo la televisión.

Su tos no mejora y estoy un poco preocupada. Pero ella me dice que se encuentra bien y que solo necesita descansar.

Espero que así sea.

Un mundo sin mi prababushka no sería un mundo donde yo querría estar... pero sé que no me puede durar para siempre.

Capítulo Cuatro

—Vaya aspecto de mierda que tienes.

Las palabras de Cas al abrirle la puerta, hicieron que arquease una ceja. Una cálida sensación se esparció por su pecho. ¡Cómo había echado de menos a su hermano y su estúpido humor!

—¿Así me recibes? —preguntó, entrando en el apartamento y dirigiéndose a la zona de la cocina, donde Eli estaba aliñando una ensalada.

—Hola, Jan —le saludó ella con entusiasmo, abrazándole—. Tienes buen aspecto.

Estaba tan guapa como siempre, con unos vaqueros y una blusa azul marino sin mangas. El pelo rubio recogido en una coleta le estilizaba el rostro.

—Deberíais poneros de acuerdo en el discurso, Eli —repuso él, dándole dos besos—. Por cierto esa lasaña huele muy bien.

—Es del restaurante de abajo —explicó ella con una sonrisa culpable, mirándole con afecto.

—Demasiado contacto —bromeó Cas, acercándose a ellos y apartando a Eli de su abrazo—. Ella es muy educada y no se atreve a decirte la verdad, Jan. Es muy diplomática y miente como una bellaca.

Eli se dio la vuelta y le miró con indignación. Un tono rosa había cubierto sus mejillas.

—¡Eres...! ¡Eres...!

—Sí, *Prinzessin*^[38], ya sé lo que soy y a ti te encanta. —Cas la abrazó por el talle y bajó la cabeza para besarla, interrumpiendo así las palabras que había estado a punto de pronunciar.

Jan los observó con cierta melancolía. Esa era una de las pocas cosas que habían salido bien en el último año: la relación de su hermano con Eli. Al principio había parecido algo imposible y casi había acabado en tragedia por culpa de Till y sus acciones, que estuvieron a punto de costarle la vida a Eli; pero el tiempo había puesto cada pieza en su sitio.

Se encaminó al sofá y se sentó. Los dos perros de la pareja, Eli y Pipi, se acercaron a él y le olisquearon la mano.

—¿Quieres una cerveza? —le preguntó Cas.

—No. Agua o zumo, o lo que tengas sin alcohol.

El médico le había advertido que redujese su consumo de alcohol al mínimo así que hacía meses que no lo probaba. Cas se acercó y le ofreció una lata de Coca-Cola Zero.

—¿Te vale? ¿O quieres vaso?

Jan negó con la cabeza tomando el refresco.

—Elisa, vamos a la terraza a hablar —dijo Cas—. ¿Vienes?

—Empezad sin mí. Tengo que llamar a Alba. Ahora me reúno con vosotros —repuso ella sacándose el móvil del bolsillo del pantalón vaquero y haciendo un gesto vago con la mano.

El olor a mar inundó la estancia en el mismo momento en que Cas abrió la puerta corredera del balcón.

—Hemos pensado cenar aquí —dijo, comentando lo evidente, al señalar la mesa preparada para tres comensales—. Hace buen tiempo.

Jan asintió. Se acercó y apoyó los codos en la barandilla. El apartamento estaba situado en el sexto piso de un edificio en primera línea de playa, y las vistas, a aquella hora de la noche, eran increíbles. Clavó la mirada sobre un barquito que se balanceaba en medio del mar, apenas iluminado por la luz de la luna. Le gustaba estar allí, reconoció, aunque llevase mucho tiempo sin ir.

Notó la presencia de su hermano a su lado, disfrutando de su cerveza y mirándole de soslayo. Sabía que solo era cuestión de segundos que sacase el tema.

No se equivocaba.

—Habla, Jan, joder... Cuéntanos qué cojones está pasando con tu vida. —La frase sonó como un latigazo.

La brisa le acarició la cara y por un segundo deseó que Cas no estuviese allí haciéndole preguntas que no quería contestar.

—No me apetece hablar sobre el tema —repuso con aspereza.

—Pues te hemos traído aquí solo para eso —dijo Cas, y se echó a reír con cierta socarronería—. Así que no me jodas y pon de tu parte.

Jan cerró los ojos.

—Es complicado.

—Todo es complicado. Desde el mismo momento en que Till decidió comenzar a apostar y liarse con esa gentuza, todo ha sido complicado. Pero no nos puedes dejar fuera. Al menos a mí no. Soy tu hermano y siempre hemos estado juntos en todo. En lo bueno y en lo malo —se interrumpió de repente haciendo una mueca de desagrado—. Joder, tío... parece que nos estamos casando..., pero en serio, ya sabes que es así.

Jan asintió con lentitud. Sí, siempre había sido así.

Antes de que Till la hubiese cagado, habían estado muy unidos, pero las cosas habían cambiado. *Él* había cambiado. Mucho más de lo que podía contarle a su hermano. Le vino a la mente la imagen del polaco de la noche anterior. Con la mirada perdida en el infinito se acarició con suavidad los nudillos hinchados de la mano derecha. Una sombra le oscureció el semblante.

¿Cómo le iba a contar a Cas todo aquello? ¿Cómo le iba a decir que era un matón más de Bajram? Y el porqué había decidido convertirse en uno... Sin duda, su hermano trataría de impedirle que siguiese trabajando para él, que siguiera peleando. Trataría de encontrar otra solución para saldar la deuda. Pero no la había. Ya se había roto él la cabeza hacía meses. Estaba haciendo lo que tenía que hacer.

—Mira, Jan. Sé que estás metido hasta el cuello en los negocios de Bajram. Es imposible mezclarse con ese tipo de persona y que la mierda no te salpique. —Hizo una pausa—. Además, se comenta que también le sirves de... guardaespaldas de vez en cuando —concluyó en voz baja, llevándose la lata de cerveza a los labios.

Jan se aferró a la barandilla, clavándose las aristas de metal en las palmas de las manos. No le sorprendía que Cas hubiese escuchado rumores. Vivían en un pueblo pequeño de la costa mediterránea, donde todo el mundo conocía a todo el mundo. Allí no había secretos.

—No quiero involucraros —dijo al final, sin mirarle.

Cas bufó con desdén.

—Ya estamos involucrados. Así que no me vengas con esas y habla, joder.

Jan emitió una risa desganada. Si supiera...

—He venido aquí hoy porque no me has dejado otra opción —comenzó en voz baja—. Llevas semanas llamándome, pidiéndome que venga, que hablemos, que te cuente la mierda en la que estoy metido... —Se detuvo para darse la vuelta y mirarle directamente a la cara—. Lo siento mucho, pero no lo voy a hacer. No quiero que vuelvas a insistirme. Quiero encargarme de esto a mi manera. Yo solo. No necesito tu ayuda —terminó con voz fría. Le dolió ver que los ojos de Cas, tan parecidos a los suyos, mostraban una chispa de aflicción al escuchar sus duras palabras.

Pero era mejor así.

Un silencio espeso se extendió entre ellos, separándolos, alejándolos uno del otro.

—Eres un gilipollas —dijo Cas. Tenía los puños cerrados y le miraba furioso.

—Quizá. Pero esto es cosa mía —trató de zanjar el asunto.

—No te creas que te va a resultar tan fácil librarte de mí.

Jan había sabido que Cas no iba a aceptar un no por respuesta. Así era su hermano: impulsivo, espontáneo, cabezota y persistente. Pero esa vez llevaba las de perder, porque él ya había tomado una decisión y lo había hecho con todas las consecuencias.

—¿Fácil? —Soltó una amarga carcajada—. Puedes utilizar cualquier palabra para describir mi vida en este momento. Cualquiera menos fácil.

—*Shit!*^[39] —exclamó Cas golpeando la barandilla con el puño.

Se volvió a hacer el silencio. Una suave música de fondo de uno de los chiringuitos de abajo llegó hasta ellos. Era una canción de Britney Spears, la misma que había sonado en el *Dancing Queen* días atrás, cuando Jan lo había visitado. Sin poder remediarlo la imagen de la chica de Bajram acudió a su mente. Le sucedía con más frecuencia de la deseada. No podía sacarse de la cabeza cómo le había mirado en el despacho y luego en el parking.

—¿Estáis bien? —La pregunta de Eli desde la puerta los sobresaltó a los dos.

Cas se dio la vuelta y se dirigió a ella, carraspeando.

—Sí, Elisa, estamos bien. Todo lo bien que se puede estar cuando uno tiene a un gilipollas cabezota por hermano, que cree que es el salvador del universo y que piensa que no necesita ayuda

porque es invencible —añadió con profundo sarcasmo—. Sí, estamos bien.

Ella se quedó paralizada, mirándolos a ambos alternativamente. Cas se acercó y la abrazó con firmeza, depositando un beso sobre su frente. Ella correspondió al abrazo, sorprendida. Los ojos de los hermanos se encontraron por encima de su cabeza. Los de Cas brillaban enfadados, los de Jan, decididos.

Al cabo de unos instantes Eli se desasíó de Cas y se acercó a Jan. Le miraba con mucha seriedad. Se detuvo a solo un paso y alzó la barbilla. La diferencia de estaturas, la misma que tenía con Cas, lo hacía necesario.

—No tienes que contarnos nada. —Levantó la mano, haciendo callar con ese gesto a Cas que había intentado protestar—. Solo tienes que saber que estamos aquí en caso de que nos necesites —murmuró, apoyando la mano sobre el antebrazo tatuado de Jan.

Él bajó la mirada y se maravilló del contraste de esos delicados dedos sobre su musculoso brazo lleno de tinta de colores. La diminuta mano apenas cubría la figura de Ymir, el gigante de escarcha, que según la mitología nórdica había sido el primero de todos los seres vivientes.

Levantó la vista y la clavó sobre sus ojos castaños.

—Gracias, Eli —dijo con voz ronca no exenta de emoción. Sintió una punzada de envidia al pensar en la fantástica relación que tenían su hermano y ella.

—No creas que esta conversación ha acabado —intervino Cas mirándole con los ojos entornados.

—Yo creo que sí —repuso con dureza. Sabía que su hermano no estaba acostumbrado a escucharle hablar así y su mirada cargada de sorpresa se lo demostró—. No tenía que haber venido.

—¡Cas! —exclamó Eli dándose la vuelta y acercándose a él—. Déjale en paz, por favor. —Le miró suplicante, posando las manos sobre su pecho, como si ese gesto fuera a calmarle—. ¿No podemos tener una cena tranquila los tres? —Se dirigió a Jan—. Te hemos echado muchísimo de menos. Solo queremos pasar un rato contigo.

Jan miró a su hermano. Se notaba que trataba de contenerse, a duras penas.

—Está bien —claudicó Cas al fin, relajando las manos y apoyándolas sobre los hombros de Eli—. Solo quiero decir una cosa antes de que el tema quede zanjado, bueno..., más bien un par... Quiero que sepas que estoy jodidamente enfadado contigo. Y quiero que sepas que reitero lo que ha dicho Elisa, que estamos aquí, en caso de que nos necesites. Y... —bajó la voz de manera que pareció más un susurro—, quiero pedirte que no me jodas, Jan..., no me hagas perder otro hermano.

Jan endureció la mandíbula y desvió la mirada.

—Dadme un mes más. Solo un mes.

Después de aquello nadie dijo nada durante unos segundos. El ambiente se había cargado y todos semejaban tener los nervios a flor de piel.

—Voy a buscar la lasaña —murmuró Eli al cabo de un rato. Su voz sonaba estrangulada.

Abandonó el balcón y Cas no tardó en seguirla meneando la cabeza, contrariado. Jan permaneció de pie junto a la barandilla.

«No tenía que haber venido», se dijo. Las cosas siempre resultaban más fáciles cuando no había nadie preocupándose por él. Todo era más sencillo si solo tenía que mirar por sí mismo. Volvió a fijar la vista en el barquito blanco que antes le había llamado la atención, allí solo, en medio del vasto mar, en la oscuridad.

No pudo evitar establecer la comparación consigo mismo.

Cas y Eli no tardaron en volver y terminaron por sentarse a la mesa. Cenaron en silencio, un silencio apenas roto por retazos de conversaciones insustanciales. Hablaron un poco del taller de Cas, del nuevo trabajo de Eli en el despacho de Jaime Llorens, el marido de su amiga Alba, y también del estudio de Jan. No se volvió a mencionar a Bajram, ni las peleas, ni nada por el estilo.

Pero estaba claro que Cas no podía olvidarse del tema. La mayor parte de la cena se la pasó observándole.

—Solo queremos que vuelvas a ser el de antes —exclamó de pronto, sin venir a cuento, girando la lata de cerveza en su mano.

Jan dejó el tenedor sobre el plato y le miró con intensidad.

—Cas, seamos realistas. Ya nada va a volver a ser como antes. Ni yo, ni vosotros, ni nada... Han pasado demasiadas cosas para

que eso suceda... No creo que pueda empezar de cero —terminó, taciturno.

Transcurrieron varios minutos sin que ninguno dijese nada. Eli tenía la mirada perdida en un punto del horizonte. Cas removía el contenido de su plato con el tenedor, pensativo. Él se echó hacia atrás en la silla y cerró los ojos.

«Solo tres peleas más y se acabó», pensó. «No más combates, no más músculos destrozados. No más Bajram, no más *Dancing Queen*. No más dolores de cabeza...» Bueno, eso era harina de otro costal. Nada ni nadie le aseguraba que después de dejar de pelear, sus jaquecas fuesen a remitir. No quería ni pensar en que quizá no fuese así, en que su condición fuera algo más... permanente... Agarró el borde de la mesa con fuerza.

Cuando abrió los ojos, al cabo de unos instantes, constató que Cas y Eli le miraban preocupados.

—Estoy bien.

Pero notó en sus expresiones que no le creían. No le sorprendió. Él tampoco se creía a sí mismo.

—¿Sabes que papá llegó ayer? —El torpe intento de Cas por cambiar de tema no surtió efecto, pero decidió fingir que sí.

—Mamá me llamó para decírmelo —repuso cogiendo su Coca-Cola y bebiendo un trago.

—Se va a quedar un par de meses, esta vez.

Jan asintió en silencio. Sus padres, aunque no estaban separados, vivían cada uno en un país. Su madre, allí en la costa. Había decidido venirse a España hacía años y montar una pequeña pastelería noruega, su tierra de origen. Su padre, por el contrario, había preferido quedarse en Alemania, donde trabajaba como médico. La relación a distancia parecía funcionarles.

—¿Y Till? ¿Se sabe algo de él? —inquirió con curiosidad.

—Poca cosa. Solo que sigue estudiando y que no ha vuelto a meterse en ningún lío desde que está allí —respondió Cas.

Desde que había pasado aquello que cambió las vidas de todos, Till se había ido a vivir a Alemania con su padre y había retomado sus estudios de medicina. El contacto con él era casi nulo. Con toda probabilidad la culpa que sentía era tan profunda que su vergüenza

le había hecho alejarse de ellos. Los remordimientos debían de ser tremendos.

—Voy a marcharme —dijo de pronto. El tema de Till siempre le tornaba melancólico. Por más que lo hubiese jodido todo, era su hermano pequeño.

Sus palabras fueron acogidas con desagrado.

—¡No! Pero si no hemos tomado postre, ni café..., bueno té... — se apresuró a añadir Eli.

—Joder, Jan, pero si acabas de llegar... —Cas le lanzó una mirada cargada de desilusión.

—Estoy cansado. Agotado más bien. Me he pasado la tarde entrenando y mañana tengo un cliente a primera hora que quiere tatuarse la pierna. Tengo que dormir —se disculpó, levantándose.

Lo que había dicho era cierto; había estado entrenando más de seis horas y al día siguiente tenía que madrugar. Estaba molido. Pero la verdadera causa para marcharse no era esa, por supuesto. Necesitaba huir de esas miradas llenas de preocupación. Quería estar solo.

Cas apretó los labios pero no intentó detenerle.

Se acercó a Eli, que parecía desolada, y la abrazó con afecto. Le dio un beso en la mejilla, ignorando el brillo acongojado que había aparecido en sus ojos.

—Cuñada, esta noche te has superado a ti misma con esa lasaña —bromeó, como habría hecho el antiguo Jan, pero en los labios del nuevo Jan la broma sonó extraña y fuera de lugar.

Ella, no obstante, le sonrió con dulzura.

Cas le acompañó a la puerta. Justo antes de abrirla le agarró por el brazo y le detuvo. Le miró con fijeza, como si de ese modo fuera a hacerle cambiar de opinión.

—Haz el puto favor de contestar el teléfono. Y no vuelvas a aislarte allí en tu cabaña en el puñetero fin del mundo, joder... somos tu familia. Decidas lo que decidas y hagas lo que hagas, te vamos a apoyar.

Jan asintió, inquieto.

—Haré lo que pueda —contestó pasados unos segundos.

—Sé que algo va muy mal. Te conozco. Eres mi hermano — habló con un tinte de desesperación en la voz—. Cuando quieras

hablar, aquí estoy. No lo olvides. ¿Vale?

Jan no respondió. Desvió la mirada. Quería marcharse de allí.

—Estamos en contacto —dijo, alejándose hacia el descansillo de la escalera. Mentía, por supuesto. No pensaba volver a tener contacto con su hermano hasta que no hubiera salido de todo aquello.

Cas asintió con solemnidad y algo de escepticismo antes de cerrar la puerta.

Jan se encaminó al ascensor. Se detuvo frente a él pero no pulsó el botón. Fijó la mirada sobre sus manos, abriéndolas y cerrándolas convulsivamente sin ser consciente de ello. Tenía la cabeza en otra parte.

La luz de la escalera se apagó dejándole a oscuras.

Capítulo Cinco

Oksana tenía la mirada fija en el televisor. Eran las cinco de la tarde y estaban retransmitiendo el programa de cotilleos de todos los días. No estaba prestando atención a pesar de que parecía interesada. Roman estaba sentado a su lado. Su presencia ya ni siquiera la incomodaba. Le prefería a él mil veces antes que a Ivan, *el monstruo*. Al menos, Roman jamás le había puesto la mano encima. Se había acostumbrado a que fuera su sombra y a que estuviese la mayor parte del día con ella. Bajram insistía en que era su guardaespaldas pero ella sabía que en verdad era su perro guardián.

No se encontraba bien, pero se resistía a marcharse a su dormitorio: esa odiosa habitación donde cada noche se iban creando más y más recuerdos abominables que le impedían conciliar el sueño y la ponían enferma. Prefería estar en cualquier sitio menos entre esas cuatro paredes pintadas de color vainilla, con esa horrible cama y esa lámpara de luz regulable... y esa ventana tapada por cortinas de color granate que no dejaban pasar el sol, pero que cuando no estaban echadas mostraban su realidad: los barrotes en la ventana. Al menos en el salón se respiraba un falso aire de libertad. Allí, las gigantescas ventanas que daban al cuidado jardín no tenían barrotes.

Terminó por incorporarse y dirigirse a uno de los ventanales. Sin preocuparse de si dejaba un rastro sobre el pulido cristal —ya vendría alguien a limpiarlo— apoyó la frente en él y contempló el exterior. Los colores a la luz del brillante sol mediterráneo eran una maravilla. El azul del cielo era vibrante y contrastaba de una manera dramática con el verde esmeralda del césped. Toda la escena parecía irreal, como sacada de un libro. La primera vez que había visto aquellos colores se había quedado anonadada; le habían parecido la cosa más bella del mundo. Así se había imaginado ella España cuando vivía en Ucrania: viva, resplandeciente y luminosa.

Sabiendo que Roman no la miraba —en el reflejo del cristal podía ver que estaba absorto en el estúpido programa de televisión —, se permitió un segundo de debilidad. Se llevó la mano a la boca tragando saliva con dificultad, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

«Puedes soportarlo...»

Esas palabras se habían convertido en su mantra personal. Resonaban en su cabeza una y otra vez, todos los días. Y era verdad. Hasta el momento había podido soportarlo. Todo.

En silencio maldijo el día en que había visto el falso anuncio que la había llevado hasta allí. ¡Ojalá nunca hubiese posado los ojos sobre él!

—¿Oksana? —La voz de su tormento particular a su espalda le hizo dar un respingo. No le había oído acercarse. Se dio la vuelta con rapidez tratando de ponerse la máscara de cordial indiferencia que siempre mostraba ante él.

—¿Sí? —susurró con una sonrisa fingida.

—¿Estás bien? —La miraba con una expresión interrogante. Se acercó y posó una mano sobre su desnudo hombro.

—Estoy muy bien —mintió. Soportó su contacto sin mover ni un músculo—. ¿Querías algo? —No era habitual que él estuviera en casa a aquella hora. Algo especial debía haber sucedido.

—Esta noche damos una cena.

Cinco palabras. Solo cinco palabras que provocaron que se le revolviere el estómago. Parpadeó, tratando de no mostrar su desagrado. Lo último que le apetecía era asistir a una cena. Estaba mareada.

—Perfecto. ¿Necesitas algo de mí?

—Solo que estés a mi lado, preciosa y callada. —Le sonrió condescendiente—. He dejado encima de la cama la ropa que tienes que ponerte. Quiero que esta noche estés impresionante. Viene gente importante.

Ella asintió.

—A las nueve en punto quiero que estés lista. Y déjate el pelo suelto. No me gusta cuando lo llevas así. —Le lanzó una mirada reprobadora a la coleta que ella lucía en ese momento. Después se inclinó y la besó en la mejilla con suavidad. Oksana cerró los ojos

brevemente; la sonrisa no se había borrado de su cara en ningún momento.

Él le dirigió una última mirada antes de darse media vuelta y marcharse. A veces le parecía increíble que ese hombre de aspecto insignificante pudiera ser el jefe de una organización dedicada al narcotráfico, la prostitución, las peleas ilegales... y sabía Dios cuántas cosas más. En su caso, el dicho de que las apariencias engañaban era más que acertado.

Volvió a darse la vuelta y a contemplar el jardín.

Ya ego nenavidela!^[40]

Odiaba el césped bien cuidado y cómo brillaba al sol. Odiaba la piscina de invitadoras aguas cristalinas con su pequeña cascada al fondo. Odiaba esa casa excesiva y fastuosa, llena de valiosos tesoros y obras de arte y barrotes en las ventanas. Odiaba tener criados que atendían cada uno de sus deseos. Y lo que más odiaba sin lugar a dudas era a él.

Lo que había dicho le vino a la cabeza. ¿Una cena? No sería la primera vez, pero cada vez estaba más harta de todo aquello. Horas de actuar como una muñequita preciosa atendiendo cada uno de sus deseos, mostrando sumisión delante de sus invitados, como a él le gustaba.

¡Lo odiaba!

Y además, ni siquiera se encontraba bien, tenía ganas de vomitar, pero de nada le iba a servir decírselo. Se llevó la mano a la boca tratando de controlar una arcada. La desolación acababa de empañarle los ojos.

Viderzhu...

* * *

A las nueve en punto descendió la escalera de mármol agarrándose con firmeza a la barandilla. No se le había pasado el malestar. Llevaba un vestido plateado que se ajustaba a sus curvas favorablemente y que dejaba su espalda al descubierto. Unos zapatos negros con un tacón imposible completaban el conjunto. Como él le había requerido, su larga melena caía suelta sobre sus hombros. Había puesto esmero en maquillarse, ya que sabía que a él le gustaba arreglada, muy arreglada.

La estaba esperando al pie de la escalera con una postura impaciente. Cuando la vio aparecer, sus labios esbozaron una sonrisa.

—Estás bella, querida —le dijo, subiendo un par de escalones para ir a su encuentro. La tomó de la mano y la besó en la mejilla. Después se apartó y la miró de arriba abajo con aprobación. Llevaba puesto un traje de chaqueta gris oscuro. Un ligero aroma a loción de afeitado le envolvía. Parecía tan... respetable.

Ella no tuvo tiempo de replicar nada. Él la cogió de la mano y la condujo al salón. En ese momento el timbre de la puerta sonó, anunciando la llegada de los primeros invitados.

Durante la siguiente media hora el elegante salón comenzó a llenarse. Habían acudido un par de concejales con sus mujeres; el abogado que le llevaba sus asuntos, que tenía un despacho en la capital y que había venido ex profeso para la cena; el dueño de un complejo hotelero de lujo; el director de un banco con su mujer y su hija; los dos arquitectos con los que había comenzado a trabajar Bajram en un nuevo proyecto; un notario y un pez gordo del Cuerpo Nacional de Policía, también con su mujer y sus dos hijos adolescentes.

Bajram había invitado a lo más selecto de la costa, al parecer.

Mientras hacía la ronda de su brazo, con una sonrisa tímida pintada en los labios y tratando de controlar las náuseas, Oksana se preguntaba cómo era posible que toda esa gente hubiera respondido a la llamada del albanés-kosovar. Era gente importante, muy importante. ¿De verdad no sabían en qué clase de negocios estaba metido? Lo sabían. Lo sabían y miraban hacia otro lado. Al igual que sabían que ella no era su *mujer*. Pero el dinero y el poder podían mover montañas y estaba claro que Bajram disponía de ambos en grandes cantidades.

La cena le resultó agotadora, sentada entre él, que la ignoraba y conversaba todo el rato con uno de los concejales; y la mujer del director del banco, que no cesaba de mirarla a hurtadillas con cierta envidia. Nadie le dirigió la palabra. Dado que nunca hablaba y sus rasgos denotaban su procedencia eslava, todos parecían pensar que no entendía el español. Además, el que él se dirigiese a ella siempre en ruso tampoco ayudaba a sacarlos de su error. Si era

sincera consigo misma, lo prefería así. Su indisposición había ido aumentando. No sabía si era porque había comido algo en mal estado o porque estaba incubando un virus. De cualquier manera se sentía miserable.

Le miró de reojo. Llevaba ocho meses viviendo con él. Ocho meses de miedo. Desde el primer momento en que él la había visto, había mostrado un desmedido interés por ella, interés que se había acentuado al saber que era virgen. Por un breve lapso de tiempo se había considerado afortunada —dentro de su desgracia— al saber que, en contra de lo previsto, no iba a tener que trabajar en el *Dancing Queen*, y que el dueño había mostrado predilección por ella. Pero ya la primera noche que pasó en esa casa con él le había abierto los ojos. Recordaba lo sucedido cómo si hubiese ocurrido hacía solo unos minutos...

Él había estado muy obsequioso durante la cena. La había llenado de halagos y de cumplidos, aun así ella había sido incapaz de relajarse. Se había mantenido tensa y en silencio, mirándole de reojo. Sabía lo que venía a continuación y una lágrima furtiva había rodado por su mejilla. Al ver su expresión disgustada se la había limpiado con rapidez con el dorso de la mano.

—No quiero ver ni una sola lágrima —le había dicho él entonces y le había levantado la barbilla sujetándosela entre el pulgar y el índice, escudriñando cada centímetro de su rostro. Al cabo de unos instantes la había soltado y le había hecho un gesto a Ivan, que había permanecido de pie junto a la puerta mientras ellos cenaban.

El inexpresivo ruso se había acercado.

—Vete con Ivan y espérame en la habitación. —Su voz, zalamera, le había provocado un estremecimiento.

Se había ido con Ivan, con las piernas temblorosas, tratando de contener las lágrimas que pugnaban por salir de sus ojos, sabiendo que no debía derramar ni una más.

El dormitorio que le habían asignado aquella tarde cuando había llegado a la mansión estaba a oscuras. Ivan había encendido la luz, le había hecho un gesto para que entrase y después se había marchado, cerrando la puerta, y dejándola sola. Ella ni siquiera se había entretenido en admirar los muebles o la belleza de los cuadros que colgaban de las paredes. Se había sentado en el borde

de la cama, y a pesar de no desearlo, había comenzado a sollozar. Había sido un llanto de esos que salían de dentro, de esos en los que uno ponía toda el alma y que no tenía sentido tratar de evitar... Había llorado por todo lo que había perdido, por la inocencia que estaba a punto de perder también y por el terror que le inspiraba su futuro.

Y así la había encontrado él minutos después, encogida sobre sí misma y con la cara hinchada por el llanto.

Llevaba una copa en una mano y un puro en la otra y se la había quedado mirando de una forma extraña, como si la viera por primera vez y ella no fuese más que un insecto llamativo. Se había acercado con una sonrisa en la cara.

—¿Estabas llorando?

Ella había negado con la cabeza, como si el negarlo pudiera ocultar lo que era más que evidente. Su labio inferior seguía temblando.

—¿Me mientes, querida?

Había vuelto a negarlo. La mirada de él era tan fría que había sentido como si una mano helada le estrujase el corazón.

Sin quitarle la vista de encima, él había rodeado la cama y había dejado la copa sobre la mesilla. Luego había vuelto a acercarse a ella.

—No te mient...

No había podido decir más. De pronto, la había cogido por el brazo con tanta fuerza que estuvo segura de que al día siguiente tendría marcas. Se le había quedado mirando horrorizada.

—¿Has mentido, querida? —le había preguntado entre dientes. Una vena había comenzado a latirle en la sien.

Ella se había quedado paralizada, sin saber qué decir.

—Suéltame, por favor... Me haces daño —había suplicado con voz llorosa. Y otra lágrima había rodado por su mejilla.

Entonces él le había clavado los dedos en el brazo con saña, y ella había gritado.

—Nunca más vuelvas a derramar una lágrima en mi presencia —había siseado junto a su mejilla, con los ojos despidiendo chispas. Y después había hecho algo espeluznante que ella jamás iba a poder

olvidar. Había acercado el puro encendido a su brazo y mirándola con fijeza lo había apagado en él.

El shock había sido tan grande que al principio no había podido ni gritar; se le había atascado la voz, pero solo un par de segundos después un alarido casi inhumano le había brotado de la garganta.

Todavía ahora, ocho meses después, podía recordar perfectamente el olor a piel quemada y el agudo dolor de la quemadura. Contuvo la necesidad de llevarse la mano a la parte interna del brazo, donde la fea cicatriz de unos tres centímetros de diámetro destacaba contra su blanca piel.

Esa había sido la primera y única vez que él la había herido; el resto de las veces había mandado a Ivan. Oksana había aprendido a cerrar la boca, a no hacer preguntas y a soportar cualquier cosa. Y a no llorar.

—¿Oksana? —Su voz llegó hasta ella de repente. Sonaba molesto. Giró la cabeza y le miró.

Bozhe!^[41] ¡No solo molesto, sino muy enfadado!

—¿Sí, Bajram? —murmuró en voz baja.

—He tenido que repetir tu nombre varias veces para que reaccionases. Me estás avergonzando. —A pesar de que hablaba en ruso y nadie le entendía, lo hacía en voz muy baja y amenazante. A Oksana se le puso la carne de gallina. Solía emplear ese tono con ella cuando estaba pensando en castigarla. Sus ojos se llenaron de terror cuando vio cómo él le hacía una señal a Ivan.

—No hace falta que llames a Ivan —le susurró con pavor.

¡No, no, no! Solo habían sido un par de minutos de desatención, pensó desesperada. ¡No podía castigarla!

—Creo que sí hace falta, Oksana. Quizá deberías marcharte a tu habitación si te duele la cabeza.

—¡No! —exclamó aterrada. El malestar que llevaba sintiendo todo el día hizo que reaccionase de manera desproporcionada—. ¡Me voy a portar bien, me voy a portar bien...! —elevó la voz sin darse cuenta y al ver las miradas de los otros comensales sobre ella comprendió que había cometido un terrible error.

Él esbozó una sonrisa, la más fría de las sonrisas que ella jamás había visto reflejadas en su boca. Se puso de pie y la cogió del brazo con aparente suavidad, instándola a levantarse.

—Discúlpenla —se excusó mirando a los invitados—. No se encuentra bien. Está empezando con una de sus migrañas y tiene que retirarse.

Ella trató de resistirse, metiendo la pata de nuevo, ya que los ojos de él comenzaron a desprender verdaderas chispas de furia. No sabía qué le pasaba. Solía ser muy cuidadosa, pero la indisposición que sentía le nublabla el sentido común y la lógica. Terminó por incorporarse con las piernas vacilantes. Miró a los demás con una trémula sonrisa. Apenas si escuchó las palabras de ánimo que le dirigieron algunos de los presentes. La imponente figura de Ivan surgió de la nada a su lado, súbitamente. Tratando de no tropezar, abandonó el comedor, sabiendo que todas las miradas estaban posadas sobre su persona. Justo cuando atravesaba la puerta que daba acceso al vestíbulo, escuchó a Bajram a su espalda.

—Sí, la pobre sufre de migrañas a menudo. La dejan postrada en cama durante días.

«*Viderzhu...*»

Murmurando su mantra en silencio se dirigió hacia las escaleras de mármol, seguida por Ivan. Trató de aclarar su cabeza contando los escalones. Diecisiete, un descansillo y luego cinco más. Veintidós. Temblaba tanto que tuvo que agarrarse con las dos manos a la barandilla para no caerse. Según se acercaban a su destino, la puerta blanca al final del corredor, su desazón iba en aumento. Siempre que la castigaban la llevaban a la habitación del fondo, la más alejada de toda la casa. Los ruidos de la cena habían quedado lejos, apenas se percibían.

Abrió la puerta y tanteó la pared, buscando el interruptor de la luz. La lámpara de cristal iluminó la estancia. Ella se adentró dos pasos en la habitación antes de darse la vuelta y clavar la mirada en Ivan. Sabía que no le iba a servir de nada suplicarle que no le hiciera daño. Ya había vivido esa situación con anterioridad. La primera, al día siguiente de la quemadura y de su primer encuentro sexual con Bajram. De aquel día guardaba la cicatriz de su nuca. La segunda, unas semanas después, cuando había decidido interceder por una de las chicas nuevas del *Dancing Queen*; de ese día no le

había quedado ningún recuerdo, físico al menos, pero la paliza la había recluso en cama un par de semanas.

—¿Dónde vas a cortarme hoy? —A pesar de que intentó sonar cínica, no pudo evitar que la voz le temblase.

—No te voy a cortar —repuso él con indiferencia—. Solo te voy a enseñar un poco de respeto. —Hizo crujir los nudillos y Oksana contempló horrorizada cómo abría y cerraba sus enormes manos. Un puñetazo de una de esas manos podía matarla.

Un vahído la hizo trastabillar hacia atrás. No podía pensar con demasiada claridad. Se llevó la mano a la frente, la tenía empapada en sudor. Entornó los ojos y trató de concentrarse en la impresionante figura de Ivan, que la observaba, impasible.

Llevaba ocho meses viviendo en un infierno. La mitad del tiempo estaba aterrorizada y la otra mitad se odiaba por servir a Bajram y no rebelarse. Ocho meses recluida en una prisión, sin hablar con nadie, sin otra compañía que la del silencio. Con miedo a respirar demasiado fuerte por si le molestaba. Dejándose besar, acariciar y mancillar noche tras noche, mientras apretaba los dientes y aguantaba como podía. Y sin derramar ni una sola lágrima.

¿Acaso eso era vida?

No, no lo era. Tenía veinte años y ya se había muerto varias veces desde que había llegado allí. Con cierta frialdad se preguntó, mientras miraba los puños de Ivan, si no sería eso mucho mejor para ella. Y en ese instante aquel pensamiento no le resultó tan desagradable. Todos sus problemas desaparecerían. Dejaría de tener miedo las veinticuatro horas del día. Ya no volvería a despreciarse a sí misma y a la mujer en la que se había convertido. No más dolor. No más sufrimiento. ¿Por qué temer a la muerte cuando era sin duda mejor que su vida?

—Ivan —le dijo con voz firme. Había dejado de temblar—. Más te vale que me mates hoy, porque si no lo haces tú, lo haré yo misma.

Él la miró como si de pronto le hubieran crecido tres cabezas. Aparentaba estar muy sorprendido.

—No voy a matarte. Si lo hiciese, Bajram me haría cortar el cuello. —Se acercó a ella.

Ni siquiera vio venir el puñetazo. Pero sintió cómo se estrellaba en su mandíbula. Tampoco sintió dolor porque perdió el conocimiento.

Capítulo Seis

El puño se estrelló contra el lateral de su cuello, cortándole la respiración. Se echó hacia atrás velozmente, boqueando como un pez al que han sacado del agua. Gracias a Dios no le había alcanzado de lleno.

¡Joder! ¡No lo había visto venir!

«Céntrate, Jan. La estás cagando», se dijo.

Rodeó el octágono saltando, sin perder de vista a su oponente, tratando de ganar tiempo mientras se recuperaba del golpe.

El irlandés era un tío descomunal, quizá no tan alto como él mismo, pero su caja torácica era del tamaño de un roble centenario. Era sorprendente que siendo tan pesado se moviese de aquella manera. Jan no se lo había esperado y ahora estaba pagando su descuido. Inspiró y espiró un par de veces para recuperar el aliento.

El público comenzó a silbar y a gritar improperios. Estaban allí para ver espectáculo, a ser posible sangriento, y no para contemplar cómo el luchador favorito se retiraba y no atacaba. El combate había empezado hacía unos diez minutos y al contrario que en el circuito legal de MMA no había diferentes asaltos ni pausas. Se luchaba de continuo, hasta que uno de los dos quedaba tumbado en la lona. Desde el primer momento, había sido el irlandés el que más golpes había encajado y Jan había comenzado a relajarse.

Error.

Entornó los ojos calibrando sus posibilidades, buscando un punto débil en la técnica del otro. Aunque decir técnica era algo ridículo. Allí no había técnica alguna, solo la fuerza bruta y las ganas de ganar pasta. No obstante, su rival parecía tener ciertos conocimientos sobre cómo y dónde golpear para hacer el mayor daño posible. No era el primer luchador de esas características al que Jan se enfrentaba, pero si no se andaba con cuidado podía ser el último.

Y eso no estaba dispuesto a permitirlo.

«The Irish Pitbull^[42]» le miró desde el otro extremo del ring. Tenía la típica mirada de ataque y Jan supo a ciencia cierta lo que iba a pasar a continuación. En efecto, el otro saltó hacia delante y haciendo amago de golpearle en la cara, en el último segundo se inclinó hacia la derecha y trató de darle en el costado, pero Jan lo había estado esperando y se giró para evitar el golpe al tiempo que le propinaba un puñetazo en la oreja que le mandó directo al suelo acolchado.

Se retiró sin dejar de mirar a su oponente, que se había llevado las manos enguantadas a la cabeza y gritaba como un condenado. Un reguero de sangre le brotaba del oído derecho. Era probable que se le hubiese reventado el tímpano.

El público comenzó a aullar y a patalear en los asientos. Eso era lo que habían venido a buscar: sangre.

Jan se detuvo justo al lado de la puerta por la que se accedía al octágono y comenzó a saltar alternativamente sobre una pierna y sobre otra, para no perder el ritmo, esperando. Dudaba mucho de que el otro pudiese seguir combatiendo. No, si se tenían en cuenta sus alaridos. Una rotura de esas características no siempre era grave y Jan había participado en suficientes combates como para saber que muchos luchadores seguían adelante incluso con el tímpano perforado. Pero ese no parecía ser el caso. El irlandés estaba bramando como un animal en celo y la expresión de su cara era de profundo tormento. Sí, a veces el dolor era insoportable. Trataba de incorporarse, pero se notaba a la legua que estaba desorientado y mareado. Aun así, mostrando una tenacidad extrema, se puso en pie y se aproximó zigzagueando, con la mirada turbia. Levantó el brazo izquierdo e intentó golpearle en la cara pero falló por un metro al menos.

Estaba acabado.

En esos encuentros no había árbitros, pero sí un controlador, que al darse cuenta de que uno de los combatientes estaba más muerto que vivo, accedió al ring y paró la pelea, interponiéndose entre ambos. El irlandés se echó hacia atrás y terminó por caer al suelo de nuevo, de rodillas. El controlador, un español de mediana edad que se llamaba Luis, cogió el brazo de Jan y lo levantó en el

aire, provocando que el público gritase, aplaudiese y diese golpes con las sillas.

Jan «Eismann» Landvik había vuelto a ganar otro combate.

Pronto los altavoces escupieron furiosos la música irlandesa que le servía de melodía de cabecera, ahogando todos los demás sonidos. A pesar de no ser un combate oficial y de no seguir ningún tipo de reglas, ciertas pantomimas se mantenían para agradar al público, como el paseíllo con música a la entrada y a la salida del campeón.

«Menuda puta ironía», pensó Jan mirando al desgraciado que estaba a cuatro patas en la lona. «Derrotado por un germano-noruego que tiene como sintonía la música típica de tu país. La vida es una mierda».

Sin fijar la mirada en nada ni en nadie en particular, cumplió con el ridículo protocolo y alzó los brazos en señal de victoria. Era quizá el único luchador que no organizaba un espectáculo cada vez que ganaba. Se mantenía impertérrito y serio, como si la «fama» y la pasta le importasen un bledo.

Y así era.

Ya solo le quedaban dos peleas más.

La música seguía sonando cuando abandonó el ring. Por más que le hubiera gustado irse directo a los vestuarios e ignorar las palmaditas en la espalda y las felicitaciones del público —hombres en su mayoría—, tuvo que detenerse un par de veces y estrechar varias manos, incluso soportar el abrazo de una mujer de edad indefinida y aspecto de no haberse acostado en días. Ni siquiera pareció importarle que estuviese cubierto de sudor.

¡Cómo odiaba aquello!

Poco a poco logró desasirse de las manos y los brazos ávidos por tocarle, y se apresuró en llegar a los vestuarios. Bajram lo tenía todo bien organizado. Había montado un espectáculo digno de cualquier circuito oficial de lucha. Cobraba la entrada y ofrecía cosas que no se podían encontrar en otro sitio de aquella manera: alcohol, tabaco, drogas, apuestas y sangre. Todo bajo el mismo techo. Solo faltaban las chicas, pero para eso ya tenía el *Dancing Queen*.

Había otros dos luchadores en el vestuario que le saludaron con un movimiento de cabeza apenas perceptible. Jan correspondió de

igual manera antes de sentarse en un banco. Escupió el protector bucal y se abrió las guantillas con los dientes. Despacio se retiró las vendas que cubrían sus manos y se las inspeccionó; esta vez no habían sufrido demasiado. Al contrario que su cuello. Se lo palpó con cuidado. Sí. Necesitaba el puñetero aloe vera. Otra vez.

No tardó en encontrarse bajo el chorro de agua caliente. Solo dos duchas más allí y se acabó, volvió a repetirse en silencio.

Se acabó pelear.

Se acabó trabajar para Bajram.

Se acabó ir al *Dancing Queen*.

Se acabó...

De nuevo, como llevaba sucediéndole desde hacía quince días cada vez con más frecuencia, la imagen de la chica, nítida y clara, acudió a su mente... Ese cutis blanco como la nieve..., esos labios rojos como la sangre..., ese pelo negro como el ébano..., *Schneewittchen*...

Cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, dejando que el chorro de agua le golpease directamente sobre la cara.

¿Por qué cojones no podía dejar de pensar en ella?

Diario de Oksana Novalnyova
18 de abril – Malinovka (Ucrania)

Mi querida prababushka está en el hospital. Tiene neumonía. Lleva ya dos semanas allí y no mejora. Los médicos dicen que es muy mayor y que quizá no se recupere.

Paso mucho tiempo allí con ella, pero no está consciente. Solo se ha despertado en un par de ocasiones y ni siquiera me ha reconocido.

Me dan ganas de llorar. Yo ya sabía que esto iba a suceder antes o después. Mi prababushka tiene noventa y seis años y ha vivido más que la mayoría, pero no pensaba que este momento fuera a llegar.

Tengo que prepararme para cuando llegue el día, pero no sé cómo. Mientras escribo esto siento mucha tristeza y se me llenan los ojos de lágrimas.

¿Qué voy a hacer sin ella?

Ni siquiera va a poder ver cómo me convierto en maestra como ella. Eso es lo que más pena me da. Siempre hablaba de ello, de que esa sería su mayor ilusión...

No me apetece seguir escribiendo. Tengo que ir al hospital.

Capítulo Siete

Se despertó sintiendo como si una apisonadora le hubiera pasado por encima. Tenía un dolor lacerante en la frente y notaba la cabeza a punto de estallarle. Le costaba respirar. Sentía también toda la cara entumecida e hinchada. Era probable que —guiándose por el dolor— la tuviese destrozada. Intentó abrir los ojos, pero solo consiguió que su párpado izquierdo se alzase un par de milímetros. A través de la rendija vio que la luz de la habitación seguía encendida.

Ivan le había dado una buena paliza, pero no la había matado. Estaba viva. Muy magullada, pero muy viva.

Se llevó la mano al costado, pero ya antes de tocarse sabía que tenía un buen golpe allí también. Se dio cuenta de que su vestido estaba desgarrado y colgaba hecho jirones de sus hombros. Con mucha lentitud bajó los pies de la cama y se incorporó. Gimió al sentir como si millones de agujas le traspasasen la piel. Se quedó allí sentada, como en trance. No sabía qué hacer. Tenía la mente ofuscada y el cuerpo tan dolorido que le resultaba imposible pensar o tomar una decisión.

Se puso de pie y volvió la cabeza hacia el baño. Con las piernas vacilantes se encaminó hacia allí; cada paso era una tortura. La imagen que le devolvió el espejo cuando encendió la luz fue terrorífica. No pudo controlarse. Los espasmos recorrieron su cuerpo y las arcadas la obligaron a inclinarse sobre el lavabo. No tenía nada sólido en el estómago, ya que apenas había probado la cena, y no pudo vomitar más que amarga bilis. Sollozó impotente, agarrada al borde de mármol. Las lágrimas le ardieron en los ojos y trató de contenerlas.

—*Chto delat?*^[43] —susurró—. ¡Dios mío! ¿Qué hago ahora?

Volvió a mirarse al espejo a través de la pequeña rendija que su ojo izquierdo había formado. Tenía la frente y los pómulos hinchados, y la mandíbula enrojecida. También parecía tener un corte en la ceja, y debía haber sangrado profusamente por la nariz

porque tanto su rostro como su cuello estaban cubiertos de sangre seca. Tenía golpes en el pecho y en el abdomen. Su cuerpo entero parecía la paleta de colores de un pintor, desde el azul violáceo hasta el rojo, todos estaban allí presentes.

De pronto, la realidad de su situación la golpeó con fuerza. ¡No había muerto y estaba sola en una habitación en la que no había barrotes en las ventanas! ¡Sola! Por primera vez en meses no había nadie pendiente de ella. ¡Nadie! Una peculiar excitación tomó forma en su interior. ¡Quizá pudiese escapar! ¡Quizá pudiera largarse de allí sin que nadie se enterase de su ausencia! Su mente, que hasta el momento había estado aletargada, empezó a calcular sus posibilidades con frenesí. Sabía que tenía que darse prisa. Ivan no tardaría en volver para trasladarla a su propia habitación.

Se soltó del lavabo y, renqueando, se dirigió al dormitorio. Se acercó al interruptor de la luz y la apagó. La dolorida retina de su ojo se lo agradeció. No tenía ni idea de qué podía encontrarse fuera, pero era mejor no llamar la atención sobre su persona. Con cuidado apartó las cortinas un par de centímetros. Ese dormitorio daba a la parte trasera de la casa, a un jardín apenas iluminado. Calculó la distancia que habría hasta el suelo. Quizá tres o cuatro metros. Demasiados para saltar.

No sabía qué hora era, ni si la fiesta seguía en marcha en el piso de abajo. Hasta allí no llegaba ningún sonido. Solo el silencio. Reflexionó unos instantes, pero tenía claro que debía marcharse de allí y la única vía de escape era la ventana. No podía arriesgarse a salir por la puerta y que Ivan o Bajram, o alguien la viese. No podía.

Encendió la lámpara de la mesilla y buscó con la mirada algo que utilizar en su descenso al jardín, pero la habitación estaba amueblada de forma muy espartana y sin adornos. Los únicos muebles que contenía eran la cama, las dos mesillas de frágil aspecto y una silla. Ni siquiera había sábanas, más que la que cubría el colchón. En un último y desesperado intento rebuscó en el baño, pero allí tampoco había nada. En realidad no era tan extraño; esa habitación no se usaba para ningún fin. Solo para sus sesiones de castigo, pensó con amargura.

Le dolía todo el cuerpo y estaba mareada. Lo único que quería era acurrucarse en un rinconcito y dormir. Nada más. Y sin embargo

sabía que tenía que mantenerse despierta. Nunca iba a volver a tener otra oportunidad como aquella de escapar.

Apagó la luz y con determinación volvió a dirigirse a la ventana. Esta vez apartó las cortinas del todo y la abrió. La suave brisa nocturna penetró en el dormitorio trayendo un apenas perceptible aroma a flores. Y un silencio absoluto.

Inspeccionó la fachada, buscando algo a lo que agarrarse en el descenso, pero la oscuridad y la hinchazón de sus ojos no se lo pusieron fácil. ¿Cómo iba a conseguirlo? El suelo de hierba le parecía tan lejano ahora... La libertad le parecía tan cercana y tan remota al mismo tiempo...

Un sollozo desesperado se abrió paso a través de su garganta.

«Quizá me rompa una pierna... o las dos. Pero... ¿y qué? ¿Acaso tengo otra opción?»

Se encaramó a la ventana con esfuerzo. El muslo derecho le dolía horrores y tuvo que morderse los labios para no gritar. Pero finalmente se encontró sentada en el alféizar con el corazón a punto de estallarle. Agudizó el oído, pero no se escuchaba nada. Con mucho cuidado se descolgó, agarrándose al vano. Estuvo a punto de gritar de dolor al sentir el borde del mismo clavándosele en el pecho; las lágrimas brotaron de sus ojos, pero ya había llegado muy lejos, no se iba a detener ahora. Sus brazos, a duras penas podían sostener el peso de su cuerpo, aun así se colgó de ellos. Rompió a sudar. Ya no sabía si por el esfuerzo o por el dolor. Conteniendo la respiración se preparó para dejarse caer.

«*Bozhe moy*^[44]...»

Y se soltó.

El impacto contra el césped fue brutal. Las piernas se le doblaron y cayó en una postura imposible. El dolor punzante que le atravesó el tobillo le hizo comprender que o bien se lo había torcido o se lo había roto. Ahogó un grito y se quedó allí tendida, tratando de que el aire le llegase a los pulmones sin que pareciera que le estaban clavando un cuchillo en las entrañas. Tardó unos instantes en recuperarse. Despacio se arrastró hasta el muro y se recostó contra él. Le costaba respirar; lo hizo de forma superficial y rápida pero al cabo de unos segundos se dio cuenta de que comenzaba a marearse de nuevo. Soportando la agonía que suponía cada

inhalación profunda, intentó relajarse. Miró a su alrededor, pero nada había cambiado. Todo seguía en silencio. La luz de la ventana que pertenecía a la cocina iluminaba un rectángulo de césped justo a su derecha.

No podía rodear la casa. No sabía si Ivan estaría en la puerta, o si habría alguien mirando por una ventana. Lo ideal sería desaparecer por el fondo del jardín y saltar el muro de cemento que rodeaba toda la propiedad. No tendría más de dos metros de altura. Quizá pudiese encaramarse a las tumbonas que estaban apiladas a un lado. Sabía que el esfuerzo le iba a costar horrores, pero tenía que intentarlo. No tenía más opciones. Pero ¿cómo iba a conseguir llegar hasta allí en sus condiciones?

Jadeando, se irguió agarrándose a los ladrillos de la fachada. Apoyó el pie herido en el suelo y el pinchazo fue insoportable. Se llevó la mano a la boca y ahogó un grito. Con las lágrimas borrando la poca visión que le permitían sus hinchados ojos y cojeando, avanzó pegada a la pared. Se detenía cada dos o tres pasos para coger aire. El corazón le latía con tanta furia que sintió miedo de que alguien pudiese oírlo.

Una risa rompió el silencio de la noche y Oksana se detuvo, aterrada. Contuvo la respiración, y se agachó, tratando de ocultarse detrás de una de las jardineras de terracota. Dos figuras, una femenina y otra masculina, emergieron de la parte derecha de la casa; ambas llevaban grandes bolsas negras de plástico en las manos. Reconoció la silueta de la fornida Katja, la cocinera. El otro debía de ser uno de los chicos del catering que Bajram había contratado para servir la cena aquella noche. Iban charlando en ruso. Se dirigieron al fondo del jardín, a la pequeña puerta de madera que conducía al exterior de la casa, donde se encontraban los contenedores de basura. Katja se sacó las llaves del bolsillo y la abrió; después salieron. Volvieron a aparecer con las manos vacías unos instantes después y regresaron por donde había venido.

La puerta se quedó entreabierta.

El corazón de Oksana se aceleró al darse cuenta de aquello.

¡Era demasiado bueno para ser verdad! ¡Por fin el destino parecía haberse puesto de su parte! ¡Tenía que aprovechar esa

oportunidad! Probablemente no tardarían en volver con otra carga de basura. Quizá no tuviese más de un minuto.

Se incorporó con rapidez, llevándose una mano a la boca para ahogar un gemido de dolor. Tratando de ignorar los pinchazos del costado, los del tobillo, los de la pierna y los de su cabeza, atravesó el trozo de jardín que la separaba de aquella puerta, lanzando miradas furtivas sobre su hombro. La alcanzó en breve, aunque le pareció que había tardado siglos en conseguirlo. Jadeaba por el esfuerzo. Volvió a mirar hacia atrás, aterrada, pero no vio ningún movimiento. Empujó la hoja de madera con cuidado y esta se deslizó silenciosamente. En meros segundos se encontraba al otro lado de la propiedad.

Por primera vez desde que había despertado se permitió el lujo de tener esperanza. Magullada, malherida y dolorida, sin apenas poder andar ni respirar, esbozó una débil sonrisa.

¡Libertad!

Apretando los dientes y con más determinación que nunca, se internó en el campo. No sabía cuánta distancia podría recorrer con el tobillo así, pero cuanto más se alejase de aquel lugar, mejor. En la oscuridad era muy complicado avanzar, y las ramas secas se le clavaban en las plantas de los pies dificultando sus pasos. Apenas había andado cien metros cuando tuvo que detenerse. Apoyó la espalda contra un árbol. Resoplaba del esfuerzo. Todo su cuerpo era como una gran herida abierta.

Gimió frustrada.

De pronto, a lo lejos, escuchó algo que le resultó inconfundible: el motor de un coche. Se incorporó y trató de localizar de dónde podía venir el sonido. Se dio la vuelta y a lo lejos pudo ver los faros de un vehículo entre los árboles, que al poco rato desaparecieron.

«Una carretera», pensó. «Si consigo llegar hasta ella a lo mejor algún coche para y me lleva lejos de aquí».

Haciendo acopio de las últimas fuerzas que le quedaban, empezó a andar, teniendo cuidado de no tropezar. Avanzaba casi a tientas, aferrándose a los troncos de los árboles y a los matorrales que encontraba en su camino. Las ramas le arañaban los brazos y las piernas, pero su nivel de adrenalina se encontraba por las nubes

y cada vez sentía menos el dolor. Ni siquiera el tobillo le molestaba tanto como antes.

No había vuelto a ver más coches, pero quizá fuera una vía poco transitada, se decía, tratando de no perder la esperanza. Nunca había salido de la casa sin ir acompañada por Roman, Ivan o Bajram, por lo que los alrededores le resultaban desconocidos.

Unos metros más allá, el bosquecillo que acababa de atravesar descendía bruscamente en pendiente a lo que en efecto era una carretera no demasiado ancha. Oksana se detuvo con la mirada desesperanzada clavada sobre el desnivel de unos dos metros que la separaba del asfalto.

De repente los faros de otro coche aparecieron en la lejanía. Se acercaban deprisa y ella se vio obligada a tomar una decisión. Sin preocuparse demasiado por su tobillo o por el dolor que tenía en el costado, descendió por el terraplén con rapidez para no dejar escapar esa oportunidad. Quizá no se presentase otra en mucho tiempo.

Con la mirada fija en las luces que se acercaban a toda velocidad, se precipitó hacia delante, agarrándose a las ramas, que le provocaron heridas agudas en las manos. El tobillo cedió bajo su peso y terminó por caer de bruces. Rodó terraplén abajo, golpeándose la cabeza en el mismo asfalto. Pero no le importó. El sonido chirriante de los neumáticos frenando a solo un par de metros frente a ella fue música celestial para sus oídos.

Capítulo Ocho

Ese solo de violín era su parte favorita. Los acordes penetraron en sus oídos provocándole un subidón.

¡Sí! ¡Eso era música!

Se acababa de inclinar hacia delante para subir el volumen del reproductor de CD, cuando un brillo plateado apareció en la calzada a solo unos metros frente a él. Frenó de golpe, haciendo que las ruedas se bloquearan y que el coche derrapase.

—¡Joder! —masculló entre dientes. Había estado a punto de atropellar algo o a alguien, todavía no estaba seguro.

Apagó la música, y dejando el motor encendido, descendió del vehículo. Con rapidez se acercó a lo que se había interpuesto en su camino. Los faros del Jeep iluminaban la escena.

¡Era una chica!

Dejando escapar un exabrupto se arrodilló junto a la figura femenina que permanecía inmóvil. Estaba tumbada boca arriba con el pelo tapándole la cara. El brillo de su vestido plateado fue lo primero que le llamó la atención. Esa era una carretera poco transitada y no era usual encontrarse a nadie andando por allí, y menos a esas horas de la noche. Era extraño. Le apartó la melena con suavidad tratando de averiguar qué era lo que le pasaba. Él ni siquiera la había rozado con el coche.

—*Scheisse!*^[45]

La imagen que se presentó ante sus ojos le dejó helado. La hinchazón y la sangre que cubría su cara impedían reconocer sus facciones. Y no solo la cara, se percató consternado. Todo su cuerpo parecía estar lleno de golpes y magulladuras. ¿Qué cojones podía haberle sucedido? Una caída no provocaba esa clase de heridas. Quizá había sido víctima de un atropello y la hubieran dejado tirada...

Se sacó el móvil del bolsillo de los vaqueros dispuesto a llamar a una ambulancia, pero estuvo a punto de dejarlo caer al suelo cuando sintió el tacto de una pequeña mano sobre su brazo.

—¡Por favor...! ¡No! ¡No... llames a nadie! —Llegó hasta él la voz de la chica. Hablaba con mucha dificultad.

Bajó la vista y la clavó en su rostro, algo perplejo. Tenía un aspecto horrible. Quizá estuviera delirando.

—No sé qué te ha pasado pero tiene que verte un médico — repuso. Y trató de marcar de nuevo.

—¡No! Por favor... si voy a un hospital, él... él me encontrará... —A pesar de que su voz era un mero murmullo, la urgencia que destilaba penetró de golpe en el cerebro de Jan.

—¿Él? —gruñó—. ¿Algún hijo de puta te ha hecho esto?

—Por favor... No llames a una ambulancia y no me lleves al hospital. Por favor... Él me encontrará. ¡Por favor! No tengo nada roto. Solo... solo necesito descansar... —No pudo seguir hablando. Un sollozo desesperado sacudió su maltratado cuerpo.

Jan se quedó mirándola indeciso, con el móvil en la mano. Sentía una ira profunda y oscura al saber que alguien había podido hacerle algo así a una chica que parecía encontrarse en plena adolescencia. La recorrió con los ojos de arriba abajo, evaluando su estado. Quizá tuviera razón, quizá no tuviese nada roto... aun así sería mejor que un profesional le echase un vistazo.

Entonces ella comenzó a murmurar palabras en otro idioma — probablemente ruso—, y sus gemidos se hicieron más fuertes. Le soltó el brazo y se giró, adquiriendo una postura fetal allí sobre el asfalto.

Jan la observó, indeciso.

—¿Tienes familia? ¿Alguien que pueda cuidarte? ¿Alguien a quién pueda llamar? —le preguntó, preocupado, sin saber qué hacer. Se pasó la mano por la nuca con nerviosismo.

Los sollozos de la chica se hicieron más fuertes. Un *no* apenas murmurado llegó hasta él.

—*Verdammt!*^[46]

En contra de su buen juicio que le indicaba que lo mejor sería llevarla a un hospital, terminó por decidirse por lo contrario. La chica estaba aterrorizada. Parecía muerta de miedo solo de pensar que él pudiera llamar a una ambulancia. Se guardó el móvil en el bolsillo, recriminándose el ser tan imbécil, antes de alargar el brazo y tocarle el hombro con suavidad. Ella dio un respingo.

—Te voy a llevar a mi casa —le dijo, tratando de que su voz sonase tranquilizadora—. Vivo a solo un par de kilómetros de aquí. Allí puedes descansar y recuperarte, al menos hasta que decidas que lo mejor es que te vea un médico.

Ella se dio la vuelta con mucha lentitud. Seguía sollozando, pero no de igual manera.

—Gracias... —susurró.

Jan la miró dubitativo. Estaba tan magullada que no sabía ni cómo debía sujetarla, ni si iba a poder andar hasta el vehículo. Ya comenzaba a arrepentirse de su decisión. ¡Joder!

—No sé por dónde cogerte, la verdad. Tengo miedo de hacerte daño.

Ella no respondió. Trató de incorporarse, pero una exclamación cargada de dolor emergió de su boca.

—¡Espera! —La detuvo posando la mano sobre su brazo. Estaba empapada en sudor frío—. No te muevas. Yo te ayudo.

Le pasó un brazo por debajo de las piernas y otro por detrás de la espalda con suavidad. La levantó en el aire sin dificultad. No pesaba nada. Ella se dejó hacer sin emitir ni un solo sonido. Apoyó la cabeza en su hombro y una cascada de cabello oscuro le cubrió el brazo.

—¿Te duele?

—Todo... todo el cuerpo —repuso ella en voz apenas audible—. Pero... pero no más que antes.

Jan apretó los labios, furioso. Solo el pensar que había un hijo de puta por ahí suelto que podía hacerle eso a una chica le revolvía el estómago. Se dirigió al coche con su preciosa carga en los brazos. Abrió la puerta del pasajero y la depositó en el asiento con todo el cuidado del mundo, aun así ella gimió lastimeramente.

—Debería verte un médico.

—¡Estoy bien! ¡Estoy bien! Por favor... —Le agarró por la muñeca con más vigor del esperado. Jan bajó la cabeza y posó la mirada sobre su blanca y delicada mano. Tenía las uñas pintadas de oscuro, aunque un par de ellas se le habían partido—. No me lleves a un hospital, por favor...

La contempló todavía reticente. Ella tenía el rostro tan deformado por los golpes, y manchado por la sangre, que no podía discernir

siquiera si le estaba mirando o no.

—Está bien —dijo poco convencido, sabiendo que se iba a arrepentir de su decisión.

Se apartó y abrió la puerta trasera del Jeep. Cogió una manta de cuadros que solía llevar allí. La tapó con ella. No trató de ponerle el cinturón de seguridad. No quería hacerle daño. Además, su casa no se encontraba lejos; no tardarían en llegar. Cerró la puerta y se dirigió a su lado del vehículo. Se acomodó en su asiento y la miró una última vez antes de meter primera y quitar el freno de mano. Ella se había recostado contra el reposacabezas. Respiraba con dificultad.

Agarró el volante con fuerza, invadido por la furia y la preocupación. Entornó los ojos cuando una idea acudió a su cabeza. Tenía claro que él no era la persona adecuada para cuidar de esa chica, pero sabía a quién podía llamar. Sí. Lo haría.

Pisó el acelerador con suavidad y se puso en marcha. El desvío que llevaba a su casa estaba solo a un par de kilómetros de distancia. Lo cogió con lentitud. El estrecho camino de tierra que conducía a su propiedad era bastante irregular así que se esforzó por no ir demasiado deprisa, aun así el Jeep botó en un par de baches y él miró a su pasajera, que no emitió ni una queja.

—¿Estás bien?

—Sí... —musitó ella. Mentía, por supuesto.

Jan se maldijo en silencio por no haber arreglado antes el puñetero camino. Lo había ido dejando para más adelante. Nunca parecía tener tiempo para eso.

—Ya estamos llegando. Solo un kilómetro más y estamos allí.

Ella no contestó.

Pronto, detrás de unos árboles, la forma oscura de la pequeña casa que había comprado hacía años, apareció iluminada por los faros del coche. Era una edificación no muy grande de una sola planta, rodeada de naranjos.

Aparcó el coche justo delante de la puerta.

—Espera un momento —le dijo a la chica—. Voy a prepararlo todo y ahora mismo vengo a por ti.

No esperó a que ella contestase. Se bajó del Jeep y subió los escalones de madera del porche de una zancada. Abrió la puerta y

encendió la luz. A toda velocidad atravesó el salón y se encaminó al dormitorio del fondo del pasillo, el que utilizaba como habitación para todo. Dio la luz de la lamparita de la mesilla y apartó unas cajas llenas de revistas que había en medio y el maletín con su equipo para tatuar. Retiró la colcha de la cama y comprobó con alivio que había sábanas limpias.

Tendría que valer, se dijo. Tampoco tenía nada mejor que ofrecerle.

Regresó al coche. La chica no se había movido ni un milímetro.

—Ya está —le dijo, abriendo la puerta. Ella giró la cabeza y quizá le miró. No podía asegurarlo—. Con cuidado —murmuró, retirando la manta y cogiéndola en brazos. Se maravilló de nuevo de lo poco que pesaba. Parecía tan joven... era difícil calcular su edad.

Se adentró en la casa y llegó al dormitorio. Se sentía un poco torpe con ella en brazos. La depositó sobre la cama y se incorporó. Ella no se movió; se quedó quieta, tal cual él la había dejado. Su melena negra se había desparramado por la almohada y Jan se dio cuenta de que su pelo era muy largo. La recorrió con la mirada. Tenía la piel muy blanca y todo el cuerpo lleno de golpes y arañazos. Pero era su cara lo que peor aspecto mostraba, aunque su muslo también presentaba una imagen lamentable: una mancha del tamaño de un melón empezaba a tornarse púrpura. Y tenía el tobillo hinchado. Quien la hubiera golpeado, lo había hecho de manera brutal.

—Voy a buscar algo para lavarte las heridas. ¿Estás bien? —Sin esperar a que ella le contestase la arropó con delicadeza con la colcha—. ¿Cómo te llamas? No hace falta que me respondas si no quieres —añadió al ver que ella comenzaba a respirar con agitación.

La chica pareció vacilar. Tardó en responder, pero al cabo de unos segundos lo hizo.

—Oksana.

Jan asintió. Como había sospechado antes al escucharla hablar, era rusa. Y tan joven... Se preguntó si no sería una pobre desgraciada de esas que venían a España buscando una vida mejor, y terminaban trabajando en un prostíbulo, engañadas por la mafia, como las chicas del *Dancing Queen*... Quizá la paliza se la hubiese proporcionado su chulo.

Sacudió la cabeza. Ya tendría tiempo de hacerle preguntas. Ahora era más importante que alguien con conocimientos médicos le echase un vistazo.

—Ahora vuelvo.

Abandonó la habitación, cerrando la puerta. No tardó en sacarse el móvil del bolsillo y marcar un número. Era de madrugada, pero era una urgencia. A lo mejor la chica estaba peor de lo que decía...

—Perdona que te moleste pero tengo un problema que no puede esperar a mañana —dijo con urgencia cuando una voz somnolienta contestó la llamada.

—¿Te pasa algo?

—No, yo estoy bien. Es otra cosa. He encontrado a una chica tirada en la carretera. Creo que le han dado una paliza y se niega a que la lleve a un hospital. Está aterrada.

—¿Está ahí, contigo?

—Sí, la he traído a casa. Creo que no tiene nada roto, pero debería verla un médico, por eso te llamo.

—Voy para allá.

—Bien. Te espero.

Colgó. Había hecho lo correcto llamando y lo sabía. Si bien él tenía suficiente experiencia con golpes y magulladuras, prefería que un profesional le echase un vistazo.

Volvió al dormitorio y abrió la puerta, quedándose en el umbral.

—¿Oksana? —llamó con suavidad, pero ella se había quedado dormida. Respiraba de manera regular; su pecho subía y bajaba bajo la colcha. Quizá fuese mejor así, se dijo. La experiencia por la que debía haber pasado tenía que haber sido espantosa.

La contempló durante largo rato, pensativo. La teoría de que quizá fuese una pobre desgraciada de Europa del Este, que había llegado hasta allí engañada, se afianzó en su cabeza. Era plausible. Lo que era peculiar era el dominio que parecía tener del idioma. No cuadraba.

Suspiró con fatiga. Estaba agotado. La pelea de aquella noche no había sido fácil; y solo había deseado poder llegar a casa para tirarse en la cama. Pero el incidente de la chica había trastocado sus planes... ¡Joder! Ya podía irse olvidando de su ansiado descanso.

Cerró la puerta despacio y se fue a la pequeña cocina que lindaba con el salón. Sacó una botella de agua de la nevera y sin molestarse en buscar un vaso bebió directamente de ella, vaciándola casi de un trago. Luego se dirigió al salón y se dejó caer sobre el sofá. Meditó durante unos minutos con la mirada clavada en la pared de enfrente.

¿Qué cojones iba a hacer con la chica? Quizá tuviese que quedarse allí días...

Scheisse, Scheisse, Scheisse!

Según había creído entender en la carretera, le había dicho que no tenía a nadie a quién acudir: ni amigos ni familia... A lo mejor podía ponerse en contacto con el consulado de su país. Ellos sabrían qué hacer. Seguro que tenía familia allá en Rusia o dónde fuese. Lo que tenía claro era que él no podía ocuparse de ella.

«Deja de elucubrar. No tienes ni idea de nada y te estás montando una película tú solo», se dijo con exasperación.

En ese momento el ruido de un coche le sobresaltó. Miró la hora en el móvil. Solo habían pasado cuarenta minutos desde la llamada telefónica. Sí que se había dado prisa. Se levantó con rapidez y se encaminó a la puerta. La abrió de par en par.

Un Honda Civic plateado aparcaba justo al lado de su Jeep. La puerta del conductor no tardó en abrirse. La del pasajero también. Jan dejó escapar una maldición ahogada. Claro que él se lo había dicho a ella también. ¿Cómo no se lo había imaginado? Meneó la cabeza, resignado.

—Hola —le saludó el recién llegado, abrazándole. La mujer también se acercó y le apretó el brazo, con afecto.

—Papá, mamá... pasad... —Y se hizo a un lado, cediéndoles el paso.

Diario de Oksana Novalnyova
3 de mayo – Malinovka (Ucrania)

Le han dado el alta a mi prababushka y está conmigo en casa, pero necesita que alguien la atienda las veinticuatro horas. He tenido que dejar la universidad, al menos este semestre. Ya recuperaré las clases cuando ella esté mejor.

A veces dudo de que vaya a recuperarse del todo. Los médicos no lo creen.

Yo tampoco.

Cada vez está más delgada. Y no quiere comer apenas. Ella, que siempre ha sido una mujer fuerte, ahora parece tan frágil. Casi no se sostiene en pie, pero cuando se levanta de la cama su cabeza solo me llega al hombro. Antes era ella la que me sacaba una cabeza.

En uno de sus momentos de lucidez me ha dicho que llame a un abogado. Quiere poner en orden sus cosas, dice. He llamado y hemos quedado aquí mañana. Ojalá tenga la cabeza en su sitio y sepa quién es. La mayor parte de los días no lo sabe. A veces cree que soy su hija Elena, mi abuela. Se pasa todo el día llamándome así.

Otras veces cree que soy una desconocida y no me deja acercarme. Es tan triste que me entran ganas de llorar.

Luego están los días como hoy, que me llama Oksana y sabe quién soy. Esos días hay que aprovecharlos porque son muy escasos.

Capítulo Nueve

Se despertó lentamente sintiendo unas manos suaves que le tocaban la cara. ¡Qué sensación más agradable! Eran unas manos cálidas y delicadas, que le trajeron recuerdos de su *prababushka*. Sabía que no podía ser ella, que hacía tiempo que había muerto, pero aun así la sensación era deliciosa...

Podía escuchar voces también, de un hombre..., no, de dos hombres diferentes... y de una mujer, pero se comunicaban en un idioma que no entendía. Hablaban en voz baja y eso la tranquilizó.

Las manos abandonaron su cara y le tocaron el cuello. Notó la tibieza de un paño empapado frotándola con delicadeza y suspiró.

No sabía dónde estaba, pero le dio igual. Sentía la cabeza como si se encontrase en una nube de bienestar, como si flotase. Algo no terminaba de encajar en aquella situación, pero estaba tan cansada...

Sonrió llena de paz.

Volvió a dormirse.

* * *

En el momento en que su madre vio a la chica, tan desvalida y brutalmente apaleada sobre la cama, su instinto maternal despertó. Si de algo se había lamentado alguna vez Ebba Landvik en su vida, era de no haber tenido hijas. Ya se comportaba como una mamá gallina con Eli, que apenas la necesitaba, cuanto más con esa pobre chica.

Su padre, después de intercambiar unas cuantas palabras con él sobre cómo había encontrado a la muchacha y si había estado consciente y lúcida, se puso manos a la obra. Después de inyectarle un calmante empezó a curar sus heridas, mientras Ebba le servía de enfermera.

Él observó la escena con el ceño fruncido. No había mucho que pudiera hacer, así que dejó que sus padres se encargasen de todo y se retiró al salón. Tomó asiento en el sofá y estuvo así un buen rato con la mirada extraviada, reflexionando.

¿Quién cojones sería aquella chica y quién le habría hecho aquello? Había estado huyendo de algo o de alguien, eso estaba claro. Pero ¿de quién? ¿De su chulo? ¿De su marido? Por la zona solo había un par de chalets de ricachones, que estaban deshabitados; sus dueños solo los ocupaban en verano. ¿Qué narices pintaba ella en medio del monte con un vestido plateado a las dos de la mañana? Era todo un misterio. Meneó la cabeza, desconcertado. Tendría que esperar a que se encontrase mejor para poder satisfacer su curiosidad y formularle todas aquellas preguntas. Y esperaba que eso sucediese cuanto antes.

Miró el móvil con impaciencia. El tiempo parecía no avanzar. Sus padres llevaban dos horas encerrados en la habitación con ella — Oksana, se corrigió en silencio—. ¿Estaría peor de lo que él había creído? Quizá tenía que haber ignorado su súplica y haberla llevado a un hospital.

Se levantó con brusquedad y se dirigió a la cocina a calentar agua para hacer té. El té siempre le calmaba. Estaba de pie frente al fuego cuando la voz de su madre a su espalda le sobresaltó.

—¿Vas a hacer té? —le preguntó.

Asintió, dándose la vuelta.

—Nos vendría bien una taza.

—¿Cómo está? —inquirió sin poder evitar que la ansiedad se dibujase en sus palabras.

—Está bien. Mejor de lo que parecía a simple vista. Ahora lo hablamos.

Se marchó dejándole solo y Jan expelió el aire que había estado conteniendo. ¡Estaba bien! Menos mal... Un problema menos.

Al cabo de unos minutos salió de la cocina con tres tazas de té en la mano. Las dejó sobre la mesa, donde sus padres ya estaban sentados. Su madre tomó una. Su padre dejó la suya intacta. Se acariciaba el mentón, meditabundo.

—¿Qué vas a hacer con ella? —preguntó al fin.

Jan no contestó. Tomó asiento al lado de su madre y contempló su té, absorto. ¿Qué iba a hacer con ella? Eso mismo se había preguntado una y otra vez desde que la había encontrado en la carretera. No tenía ni idea. Lo que tenía claro era que no se podía quedar allí.

—No tengo ni la menor idea. No quiere que la lleve a un hospital, pero aquí tampoco puede quedarse... —repuso al fin sin levantar la mirada.

—Esos golpes de la cara son de puñetazos. La mayoría están en torno a los ojos y también tiene un corte en la ceja y en el párpado, pero no creo que su visión haya quedado afectada. Y lo del muslo es una patada..., se puede ver hasta la marca del zapato —murmuró su padre cogiendo su té y dando un largo trago.

Jan rechinó los dientes.

Verdammt Scheisse!^[47]

—No tiene ningún hueso roto. Tampoco la han violado —continuó su padre de forma profesional—. Quizá tenga alguna fisura en las costillas, aunque sin hacerle una radiografía no te lo puedo confirmar. Tiene también un tobillo dislocado. Lo demás son solo rasguños, cortes y golpes sin mayor importancia. Yo le recomendaría unos días de reposo, al menos. —Le miró con intensidad, como forzándole a tomar una decisión.

Jan apretó los puños. Odiaba sentirse presionado.

—Quizá deberías hablar con la policía —intervino su madre.

—No. No hasta que sepa con exactitud qué ha pasado —dijo, incómodo. Era cierto que deseaba librarse de ella, pero le había prometido que podría quedarse en su casa hasta que se recuperase y que no avisaría a nadie... —¿Tardará mucho en reponerse?

—No te lo puedo asegurar. —Su padre se encogió de hombros—. Unos días.

¿Unas días? ¿Qué significaba eso? ¿Dos o veinte? ¿Se podía ser más inespecífico?

«Fantástico», se dijo mordaz.

Contempló a sus padres, pensativo.

Primero a su madre, que agarraba la taza con las dos manos y que le devolvió la mirada sin pestañear. ¡Qué mujer más fuerte era!, pensó con orgullo. Incluso después de lo mucho que había sufrido con Till el año anterior, se había mantenido erguida y sin derramar una sola lágrima.

Y su padre... Su padre... Estuvo a punto de resoplar. Era la primera vez que le veía en meses y tenía mejor aspecto que la última vez. Había engordado algunos kilos, pero su cabello rubio

apenas estaba teñido de gris, y sus ojos azules seguían brillando como si se resistiesen a mostrar que ya había pasado los sesenta y cinco.

Knut Landvik era un hombre especial. Vivía separado de su mujer por más de dos mil kilómetros y solo la visitaba un par de veces al año. Era el jefe de Urología de una clínica privada en Hamburgo, y aun así, era pobre como una rata, dada su afición a donar todos sus ingresos... Jamás fue un padre convencional, más bien una figura que siempre había estado ausente..., pero ahí estaba cuando uno le necesitaba.

—Te he apuntado lo que tienes que comprar en la farmacia. Yo te dejo lo que he traído conmigo. —Su progenitor señaló un trozo de papel que había sobre la mesa. Parecía dar por hecho que la chica se iba a quedar.

«¿Acaso no?», se preguntó a sí mismo con impotencia. ¿Dónde narices iba a ir si no?

—Tú también tienes un buen golpe ahí. —Su madre se levantó y le rozó el cuello con ternura—. ¿Te has puesto aloe vera?

—Sí —le respondió, levantando la cabeza y mirándola a los ojos. Lo que vio en ellos no le gustó demasiado: preocupación. Odiaba ser la causa de su desasosiego, pero así era desde que trabajaba para Bajram—. Mamá, ya queda poco. —Al menos para que acabase el acuerdo. Lo otro, lo que de verdad le preocupaba... no tenía ni idea de cómo se lo iba a contar. Ya lo decidiría llegado el momento.

Ebba Landvik no dijo nada. Asintió.

—Será mejor que nos vayamos para que descanses. Tienes cara de estar agotado —intervino su padre, dando el último sorbo a su té—. Intenta dormir un poco y no te preocupes demasiado por ella. — Señaló hacia el dormitorio donde su «huésped» dormía—. No se despertará hasta dentro de unas horas. Si necesitas algo, *lo que sea* —enfaticó—, llámanos.

—¿Mañana trabajas? —le preguntó su madre, camino de la puerta. Era una pregunta pertinente, ya que a veces abría el estudio de tatuajes los domingos si tenía alguna cita programada.

—No. Mañana me quedo en casa todo el día. Ah..., y gracias por venir.

Su padre le abrazó.

—Para eso estamos. Poco, pero estamos —añadió con un tinte de humor y una sonrisa que le hizo parecer veinte años más joven.

Su madre le dio un suave beso en la mejilla, abrazándole con fuerza

Se despidió de ellos en la entrada. Se quedó de pie en el porche hasta que los faros traseros del coche desaparecieron en la oscuridad. Después entró en la casa y apagó la luz del salón. Se encaminó a su dormitorio, no sin antes dirigir una última mirada a la puerta de la habitación donde Oksana dormía; estaba entreabierta. Él dejó la suya entornada también, por si acaso se despertaba y le necesitaba.

Se sentó en la cama con pesadez y se quitó las zapatillas. Conservando puestos los pantalones y la camiseta, se tumbó boca arriba. Apoyó el antebrazo derecho sobre la frente y contempló el techo. Suspiró con cansancio. Estaba exhausto y dolorido. Al menos esa noche no había hecho aparición su dolor de cabeza. Trató de dejar la mente en blanco y de conciliar el sueño. Lo necesitaba de verdad. Finalmente, el agotamiento pudo con él. Mientras la luz de un tímido sol entraba por su ventana, se quedó dormido.

* * *

Los gritos le despertaron. Al principio estaba tan desorientado que no supo dónde se hallaba ni a quién podía pertenecer aquella voz femenina. La cara de *Schneewittchen* acudió a su mente. Debía de haber estado soñando con ella..., pero eso no tenía ninguna lógica... De pronto se acordó de su huésped en la habitación de enfrente.

—¡Joder! —masculló, saltando de la cama.

En dos segundos había entrado en el otro dormitorio. La chica había tirado al suelo la colcha y se retorció en la cama al tiempo que gimoteaba y balbuceaba palabras inconexas en ruso y en español, en una mezcla imposible de descifrar. Movía la cabeza de un lado a otro con violencia, y Jan temió que se lastimase. Se detuvo en el umbral, indeciso sobre cómo proceder.

Un agudo lamento brotó del pecho de ella, sacándole de su letargo.

—Eh... —murmuró en el tono de voz más tranquilizador que pudo encontrar, acercándose a la cama—. Es un mal sueño. Aquí estás segura.

—*Net, pozhalujsta. Ne delaj mne bolno!*^[48] —sollozó ella levantando las manos y cubriéndose la cara.

—¡Mierda! —farfulló Jan, arrodillándose a su lado y agarrándola por los hombros—. Es una pesadilla. Eh... tranquila. Estás soñando.

—Si me encuentra me va a matar... —gimió.

—Nadie te va a encontrar aquí. Estás a salvo —trató él de calmarla, sin saber si de verdad le escuchaba o si seguía dormida. Le sujetó las manos con delicadeza para evitar que se hiciera daño.

Ella pareció reaccionar al escuchar su voz. Giró la cabeza en su dirección y dejó de agitar los brazos, dejándolos laxos. Los vendajes que cubrían su cara le impidieron ver sus facciones, pero el ritmo de su respiración comenzó a regularizarse. La soltó.

—Eres el hombre de la carretera —susurró ella al cabo de un rato de silencio—. El de la voz amable.

Jan no pudo evitar que sus labios se curvaran en una irónica sonrisa. Nunca nadie antes se había referido así a él.

—Sí, soy el hombre que te encontró en la carretera. Estás en mi casa. Y estás a salvo.

—Nunca voy a estar a salvo —murmuró y acto seguido comenzó a sollozar de una forma tan desgarradora que le dejó sin palabras. La miró, desconcertado. Con torpeza le apartó un mechón de pelo de la cara. Su mano, morena y grande, ofrecía un singular contraste con los blancos vendajes que le cubrían la frente. Luego le palmeó el brazo con suavidad, sintiéndose como un inepto mientras lo hacía; todos sus movimientos parecían desmañados.

—Oksana, no sé lo que te ha pasado ni quién te busca, pero ahora solo tienes que preocuparte de descansar. Necesitas dormir y coger fuerzas, y ya hablaremos sobre lo demás —le dijo, esperando que fuesen las palabras adecuadas—. Aquí estás segura, créeme. Nadie va a venir a busc...

Entonces ella hizo algo que le dejó estupefacto. Se incorporó y le echó los brazos al cuello, apoyando la cabeza en su pecho. Todo su cuerpo temblaba.

Jan tardó en reaccionar. Una mueca de desconcierto se dibujó en su rostro mientras miraba a la chica que se pegaba a él como si la vida le fuera en ello. Terminó por rodearla con sus brazos y dejó que siguiese llorando mientras le acariciaba la espalda con suavidad. Podía sentir los bordes de las vendas que cubrían su torso a través de la camiseta con la que su madre la había vestido. El trauma sufrido tenía que haber sido horrible si terminaba confiando en el primer extraño que la trataba con amabilidad. Empezó a susurrarle palabras reconfortantes al oído. Lo hacía en alemán. No sabía por qué, pero a veces el alemán sonaba mejor.

Despedía una fragancia fresca y limpia que le resultó conocida. Recordó que le había dado a su madre su propio gel para que la asease. En él no olía así, decidió. Bajó la mirada y la clavó en sus desnudas piernas, llenas de arañazos y cardenales, y en su tobillo vendado. Tuvo que cerrar los ojos un instante, lleno de ira al ver todas aquellas señales, esas marcas de la brutalidad de alguien. Respiró hondo un par de veces para no perder la compostura.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido, cuando sus sollozos comenzaron a perder intensidad y a espaciarse. Todavía algún espasmo le recorría el cuerpo de tanto en tanto, pero pronto la sintió relajarse entre sus brazos y se dio cuenta de que se había dormido. Con mucho cuidado para no despertarla, se desasíó de sus brazos y la depositó sobre la almohada. Le acomodó el pelo para que no se le enredase. Un recuerdo fugaz de otro pelo, también negro, le asaltó. Pestañeó y se llamó al orden para concentrarse en la chica que tenía delante. Se agachó a recoger la colcha del suelo para taparla. Se la quedó mirando unos segundos, preguntándose qué aspecto tendría bajo todos esos golpes.

Dejó escapar un suspiro exasperado, antes de girarse y abandonar el dormitorio. Vaciló unos segundos frente al suyo. Le echó una mirada anhelante a su cama medio deshecha, pero era una locura tratar de dormir a esas horas, con el sol entrando a raudales por la ventana.

Bostezando, se fue a la cocina a prepararse el desayuno.

Capítulo Diez

Escuchó una voz masculina. Susurraba algo. ¿Su nombre tal vez? No estaba segura. Trató de girar la cabeza hacia la voz, pero no pudo. Estaba tan cansada... Solo quería dormir.

Sí. Alguien pronunciaba su nombre. Esa voz... Ya la había escuchado antes, ¿no? No estaba segura...

Bueno, ya respondería más tarde...

* * *

Notó el calor de una mano fuerte sobre la frente.

Después escuchó un murmullo. Era una mujer que decía algo. Alguien le respondió.

De nuevo el roce de una mano, esta vez más pequeña y suave, sobre su cara.

—¿Dónde estoy? —consiguió articular.

Quizá le respondieron, pero no podía asegurarlo.

Sentía como si estuviese flotando y su cerebro estuviera compuesto de algodón. No sabía si tenía los ojos abiertos o cerrados y tampoco quería saberlo...

Lo mejor sería seguir durmiendo, se dijo...

* * *

Había tardado unos minutos en tomar conciencia de dónde se encontraba. Se había despertado con la mente desorientada y el cuerpo dolorido, pero al cabo de unos instantes lo recordó todo.

Estaba en casa del hombre de la voz amable. Alguien, no sabía quién —quizá él—, la había curado. Se llevó las manos a la cara y se palpó las vendas que tenía sobre los ojos y que le impedían ver. Se tocó también el cuello y luego el torso con mucho cuidado. Notó el apretado vendaje por debajo de lo que parecía ser una camiseta. Seguía costándole respirar, así que lo hizo de manera superficial.

La claridad inundaba la estancia donde se encontraba; eso podía percibirlo incluso a través de las gasas. La ventana del dormitorio debía estar abierta porque una agradable brisa le acariciaba la piel. Trató de agudizar el oído pero solo había silencio. Se revolvió

inquieta. Tenía que ir al baño con urgencia. Gimiendo por el esfuerzo sacó las piernas de la cama y posó los pies en el suelo. Una superficie de madera y un pinchazo en el tobillo la recibieron.

—Ehhh... pero ¿qué haces? —La voz, que ella había catalogado en su memoria como perteneciente a su rescatador, la sobresaltó—. No puedes levantarte. —Sonaba preocupado pero también algo brusco.

—Necesito ir al baño —murmuró.

—Haberme avisado. Yo te ayudo. —De repente él parecía encontrarse a su mismo nivel y se preguntó si se habría arrodillado frente a ella. Un vago recuerdo quiso acudir a su mente, pero no terminó de materializarse.

Notó sus manos, fuertes y grandes, posándose sobre sus hombros, e incluso a través de la camiseta se percató de que irradiaba calor. Se estremeció.

—¿Tienes frío? —preguntó él, malinterpretando su reacción.

—No.

—Bueno, a ver cómo lo hacemos. No quiero hacerte daño, así que lo mejor será que te coja en brazos. No hace falta que te agarres a mí. Sé que las costillas tienen que dolerte, así que no hagas nada. Yo me encargo de todo.

Ella asintió y, antes de lo esperado, él le había pasado un brazo por detrás de la espalda y otro por debajo de las piernas, y la levantaba en el aire. ¡Era fuerte! ¡Muy fuerte! Se sintió envuelta en un cuerpo duro como una roca. Era más que probable que un paquete de músculos adornase sus brazos y su pecho.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Cuatro días.

¿Cuatro días? Le parecía imposible que hubiera pasado ese tiempo. ¿Qué había hecho? ¿Dormir todo el rato? Solo tenía recuerdos confusos e inconexos.

—Has pasado casi todo el tiempo durmiendo, la verdad —dijo él, como si le hubiera leído el pensamiento. Ella tenía muchas preguntas que hacerle, pero se contuvo.

—Te llevo al baño y te digo dónde está todo. Cuando termines me llamas y le echamos un vistazo a tus heridas. ¿Te parece bien?

Asintió una tercera vez. Al tener los ojos vendados solo podía guiarse por sus otros sentidos. El del olfato le reveló que él se había duchado hacía poco, olía a gel. Era un aroma fresco y suave; no podía precisar a qué, pero era agradable. Y su sentido del oído le confirmó lo que ya sabía, que su voz, si bien un poco áspera, era reconfortante. Arrastraba algunas letras, como si el español no fuese su lengua materna. Ruso tampoco era, habría reconocido el acento. No sabía de dónde sería, pero se comportaba con ella como si de verdad importase. Un pequeño nudo le atenazó la garganta. Era la primera vez en meses que alguien le mostraba amabilidad, y se sintió abrumada.

—A ver, justo frente a ti está el lavabo —dijo él en ese instante, depositándola en el suelo con cuidado—. A tu derecha, el retrete, y a tu izquierda hay una bañera. No creo que sea buena idea que te des una ducha, de momento —murmuró. Sonaba pensativo.

—No te preocupes. Yo me las arreglaré —repuso, agarrándose con las dos manos al borde del lavabo. Sentía la presencia de él a su espalda.

Él carraspeó. Parecía incómodo.

—Estaré al otro lado de la puerta. Si me necesitas, avísame.

—¡Espera! —le llamó al escuchar que iba a abandonar el baño—. ¿Cómo te llamas?

—Jan.

El sonido de la puerta cerrándose llegó hasta sus oídos.

Jan... Jan... No era un nombre español y le resultaba conocido. En algún sitio lo había oído nombrar, pero ¿dónde? Meneó la cabeza, aturdida.

A tientas y con mucho cuidado, tratando de no cargar el peso sobre su lastimado tobillo, utilizó el retrete y luego se lavó las manos. No se molestó en buscar una toalla para secarse, dejó que la humedad fuera desapareciendo poco a poco.

Una sacudida recorrió su cuerpo al pensar en Bajram y en cómo habría reaccionado al saber que había desaparecido. Seguro que la estaría buscando. Dudaba mucho de que fuese a renunciar a ella simplemente. Él no era de los que renunciaban. Dejó caer los hombros hacia delante. Su situación era desesperada. No tenía dinero, no tenía papeles, no tenía nadie a quién pedirle ayuda. ¿Qué

iba a hacer ahora? ¿Dónde iba a ir? ¿Debía acudir a la policía? No sabía si eso era lo más acertado. Bajram tenía contactos en todas partes. Recordó la cena y los invitados: abogados, notarios, políticos y policías. Un temblor la recorrió de arriba abajo. No podía confiar en nadie. Pero entonces, ¿qué podía hacer? ¿Podía confiar en el hombre que la había rescatado? Su instinto le decía que sí. Pero su instinto ya le había fallado con anterioridad.

—¿Estás bien? —La voz masculina al otro lado de la puerta le hizo dar un respingo.

—Sí —murmuró, pero se dio cuenta de que era imposible que él la hubiera oído—. ¡Sí! —dijo con voz más firme.

—¿Has acabado ya?

—Sí, ya he terminado.

La puerta se abrió.

—He pensado que a lo mejor tienes hambre. Si quieres comer algo antes de que te mire las heridas... —se interrumpió de pronto—. ¿De verdad te encuentras bien?

—No tengo hambre, la verdad —ignoró su pregunta. Por supuesto que no se encontraba bien—. ¿Tienen muy mal aspecto? —Casi era una pregunta retórica. Si las heridas lucían igual que se sentían debían tener una pinta horrorosa.

—Digamos que no vas a ganar ningún concurso de belleza —repuso él al cabo de un rato—. Pero mi padre dice que no quedarán cicatrices.

—¿Tu padre? —inquirió, confusa.

—Es médico. Es él el que te ha estado curando estos días, con ayuda de mi madre.

—Ah...

—Nadie más sabe que estás aquí. Solo ellos. —Aunque su voz sonaba tranquila había quizá un deje de impaciencia en ella—. No sé qué te ha pasado ni quién demonios te está buscando, pero aquí estás a salvo.

Ella vaciló, pero terminó por asentir.

—Tienes que comer algo. Llevas días alimentándote de sopa, así que hoy deberías comer algo sólido —dijo en un tono que no admitía réplica—. Además, es mejor que no tomes los calmantes con el estómago vacío. Puedo prepararte lo que te apetezca.

—Está bien —repuso ella. No le iba a llevar la contraria. No tenía la mente demasiado clara y lo que él decía sonaba lógico.

—¿Tienes frío? No tengo mucha ropa que pueda servirte, pero seguro que encuentro algo —añadió.

—¿Qué llevo puesto? —le preguntó llevándose las manos al cuerpo y tocando lo que pensaba era una camiseta grande de hombre.

—Una camiseta mía —comentó y después de hacer una pausa continuó, vacilante—: Te conseguiré ropa más adecuada, no te preocupes. Por el momento tendrás que conformarte.

—Muchas gracias. Todo es perfecto —murmuró, avergonzada. Él parecía molesto. Si solo hubiese podido ver algo...

¿Cómo iba a consentir que ese hombre le comprase ropa? No tenía ni idea de cómo iba a poder pagarle todo lo que estaba haciendo por ella. Aunque tampoco tenía muchas opciones.

—Vamos. Te llevo al salón —interrumpió él el hilo de sus pensamientos, volviendo a cogerla en brazos como ya había hecho antes.

La habitación dónde la llevó olía a algo dulce, como a canela. Le resultó agradable. La depositó sobre la blanda superficie de un sofá, y con cuidado la ayudó a acomodarse poniéndole un cojín debajo de la pierna y otros detrás de la espalda. Luego la tapó con una manta liviana. Para ser un hombre tan grande se movía con mucha delicadeza, advirtió sorprendida.

—Te voy a dejar aquí para que puedas tener el tobillo en alto. Yo voy a ir a la cocina a hacer algo de comer y ahora mismo vuelvo. No hace mucho frío, pero como has tenido fiebre estos días es probable que estés destemplada, por si acaso te dejo la manta.

—¡Jan! —le llamó antes de que él pudiese alejarse—. Muchas gracias por todo esto que estás haciendo por mí. De veras.

Él murmuró algo que ella no terminó de entender. Luego escuchó sus pisadas alejándose. Se preguntó qué aspecto tendría. Ya sabía que era un hombre alto y fuerte. Guiándose por su voz, debía tener las facciones suaves y amables y ser de sonrisa fácil. Se lo imaginó con el pelo y los ojos castaños, cálidos, como ella siempre se había imaginado a los españoles de los que tanto le había hablado su bisabuela..., pero él no era español, ¿no?

Meneó la cabeza con amargura recordando lo inocente que había sido, allá en Ucrania.

«Que su amabilidad no te confunda», se dijo. «No te fíes. Espera a ver qué pasa...»

* * *

No tenía tiempo ni ganas de ocuparse de una enferma.

Tenía que entrenar.

Tenía otras preocupaciones en la cabeza.

Tenía muchas cosas que hacer.

Y sin embargo ahí estaba, preparando té, calentando leche y haciendo una puñetera tortilla francesa. ¿Y por qué tortilla? Porque ella tenía la mandíbula bastante magullada y dudaba de que pudiese masticar algo más sólido.

Dejó escapar un suspiro exasperado mientras lo ponía todo en una bandeja y salía de la cocina. Se apoyó en el quicio de la puerta y contempló con gesto adusto a la chica que reposaba en su sofá.

Parecía tan desvalida, tan poca cosa, tan dependiente...

«Sí, es todo eso: desvalida, pequeña y dependiente... depende de ti. Ahora es tu jodida responsabilidad», se dijo sombríamente.

Y aunque ese pensamiento ya no le agobió de la misma manera que lo había hecho la primera noche, seguía sin gustarle que estuviese en su casa y que hubiera venido a invadir su ya de por sí complicada vida. Ya tenía suficientes problemas como para tener que cargar con los problemas de otro, aunque ese otro fuese una chica maltratada e indefensa.

Era el primer día que estaba despierta del todo. Los días anteriores apenas había estado consciente. Gracias a Dios sus padres habían pasado la mayor parte del tiempo allí, cuidándola, mientras él se dedicaba a hacer sus cosas. Pero tampoco podía pedirles que se ocupasen indefinidamente de ella. El que había contraído una obligación con ella era él.

Carraspeó y ella levantó la cabeza.

—Te he preparado un té y una tortilla —dijo, acercándose y depositando la bandeja en la mesita baja que había frente al sofá. Luego cogió una silla y se sentó a su lado—. ¿Cómo prefieres el té? ¿Con azúcar? ¿Con leche?

—Con leche y con azúcar —murmuró, y Jan se preguntó no por primera vez dónde habría aprendido español. Era perfecto. Apenas un ligero acento en alguna palabra.

Le sirvió el té y le puso la taza en las manos. Tenía unos cuantos arañazos en ellas y también tres uñas rotas. Las llevaba pintadas de rojo.

La observó en silencio. Sorbía su té con mucho cuidado, quizá porque estaba muy caliente, quizá porque le dolía la mandíbula. Le recorrió el cuerpo con la mirada. El hematoma del muslo tenía mal aspecto, y como su padre le había dicho la primera noche, los contornos de un zapato de hombre se perfilaban claramente. Abrió la boca para preguntarle por ello, pero la cerró antes de que una sola palabra hubiera salido por ella. Quizá debía empezar por algo más fácil.

—¿Tienes familia? —le preguntó.

—No —respondió ella con voz apenas audible.

—¿Amigos?

—En España no.

—¿De dónde eres?

—De un pueblecito de Ucrania. —Había un tinte nostálgico en su voz.

—¿Ucrania? Creía que eras rusa.

—Bueno, en la zona de Ucrania de donde vengo se habla ruso.

—Tu español es perfecto.

—Mi *prabab*... bisabuela Clara era española.

Eso lo explicaba todo. Con toda seguridad lo habría aprendido de niña.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte.

Jan arqueó las cejas. Aparentaba menos. Volvió a recorrerle el cuerpo con la mirada. Era cierto que tenía curvas de mujer, reconoció. No sabía por qué se había hecho a la idea de que era una adolescente.

—¿Quién te ha hecho esto? —No había pretendido ser tan brusco, pero la pregunta había surgido de sus labios como un latigazo.

Ella se sobresaltó. Tardó en responder. Parecía estar buscando la respuesta más adecuada.

—Un hombre que trabaja para el hombre con quien vivía — contestó con vaguedad.

—¿Ha sido tu pareja la que ha encargado que te den una paliza? —No pudo contener el asombro.

—No era mi pareja —repuso ella. Su respiración se había acelerado como si estuviese recordando algo en extremo desagradable—. Es complicado.

—Casi todo en la vida lo es —repuso con voz ronca. Estaba siendo muy críptica. En silencio maldijo las vendas que le cubrían el rostro. Hubiese sido más fácil comunicarse con ella si pudiera mirarle a los ojos.

—Tengo... miedo —musitó ella al fin. No lloraba, pero semejaba estar a punto de hacerlo.

La frase le impactó. Hacía tiempo que nada le conmovía y esa chica comenzaba a hacerlo.

—¿De quién tienes miedo? ¿Del que te ha hecho esto? — preguntó al cabo de un rato, dándose cuenta al instante de que la pregunta era absurda.

—El que me ha hecho esto no es nadie —terminó por responder—. El peligroso es el otro, el hombre al que pertenezco. El que me trajo a España. Si me encuentra, no sé qué será de mí.

¿El hombre al que pertenezco? Esa aseveración le hizo recapacitar. Quizá fuese una de esas novias por encargo que los ricachones se traían de la Europa del Este. Una de esas pobres chicas que venían esperando encontrar una vida mejor y que se encontraban con algo así... No pudo evitar recordar a la chica de Bajram y la mirada que habían intercambiado en el parking del *Dancing Queen* aquella noche. El mismo desconsuelo que se acababa de filtrar en las palabras de Oksana se había reflejado en los ojos de la otra chica.

«Parece que últimamente estoy rodeado por mujeres desesperadas que necesitan ser rescatadas. Yo no soy el salvador de nadie. ¡Joder!», pensó contrariado. La miró. Parecía tan... tan... desamparada... Se sintió culpable por haber pensado en ella como una carga.

Se restregó la nuca.

—Ya te lo he dicho antes y te lo vuelvo a repetir ahora: aquí estás a salvo —le dijo al fin con cierta reticencia—. Nadie va a venir a por ti.

—Tú no tienes ni idea... Es un hombre poderoso.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

Pero ella no parecía dispuesta a seguir hablando. Apretó los labios y se recostó contra el respaldo del sofá, agarrando la manta que la cubría con firmeza.

Jan comprendió que era inútil seguir insistiendo sobre el tema. Al día siguiente volvería a intentarlo, se dijo.

Ella no volvió a pronunciar palabra y a él le vino bien su silencio. Lo prefería. Lo cierto era que estaba acostumbrado a estar solo y el tener compañía le incomodaba un tanto.

La ayudó a comerse la tortilla e hizo que se tomase un par de calmantes. Después le retiró las vendas de la cara con cuidado y volvió a ponerle la pomada que su padre le había dado. Tanto su nariz como sus párpados estaban amoratados y no se le había rebajado la hinchazón, pero no tenía mal aspecto. Bien lo sabía él, que estaba acostumbrado a ver golpes así con frecuencia. Con sumo cuidado y más delicadeza de la que había pensado que pudiera poseer, le extendió una cantidad generosa de crema y volvió a cubrirle el rostro con gasas limpias. Ella se dejó hacer, sin quejarse.

—Estoy cansada —murmuró.

Jan se dio cuenta de que los calmantes comenzaban a hacer efecto. Con rapidez y de manera impersonal le puso pomada en los arañazos y los hematomas de los brazos y las piernas. Para cuando terminó, ella se había quedado dormida. La contempló unos segundos con sentimientos encontrados. Parecía una muñeca de trapo. Una muñeca de trapo rota y malherida. Le invadió una ola de ternura, algo que hacía mucho tiempo que no sentía. Pestañeó un par de veces, sorprendido por su reacción. Terminó por inclinarse y la cogió en brazos. La llevó hasta el dormitorio y la depositó sobre las sábanas. La arropó con delicadeza y se alejó, dejando la puerta entreabierta.

En el salón, recogió el plato y la taza que ella había utilizado y los llevó a la cocina. Mientras los fregaba, analizó la conversación que habían mantenido. Si bien ella no había revelado demasiado, algo que había dicho le rondaba por la cabeza:

Es un hombre poderoso.

¿Y si el hombre poderoso al que ella se refería era Bajram? Pero apenas ese pensamiento acudió a su mente, lo descartó de pleno. ¿Qué narices iba a hacer una chica de Bajram tan lejos del *Dancing Queen* y del pueblo? No. No tenía sentido.

No. Ella debía haberse referido a otro hombre.

Diario de Oksana Novalnyova
20 de junio – Malinovka (Ucrania)

No sé si debería estar escribiendo hoy. Es quizá uno de los días más tristes de mi vida, pero este diario se ha convertido en un buen amigo, en mi confidente. Ni siquiera mis amigas entienden por lo que estoy pasando. Ellas nunca han tenido un vínculo tan fuerte con nadie como el que yo tenía con mi prababushka.

Se ha ido y no va a volver jamás.

No sé qué voy a hacer ahora. La casa parece más grande y vacía sin ella y aunque comprendo que es mejor así, que en los últimos meses lo que vivía ya no era vida, no consigo acostumbrarme a pasar por delante de su cuarto y ver su cama vacía.

Incluso echo de menos su tos ronca.

Me están esperando en el salón. Ha venido mucha gente a despedirse de ella. Era una mujer muy querida. No sé qué voy a decirles ni qué cara poner cuando me den el pésame.

Creo que tengo el alma rota.

Capítulo Once

—¿Está dormida? —preguntó una voz femenina.

—Creo que está despertándose. —Ese era Jan.

Oksana dejó escapar el aire que había estado conteniendo. Por un instante al escuchar hablar a la mujer se había sentido aterrada, pero la voz de él la había tranquilizado milagrosamente.

—Estoy despierta —murmuró a duras penas. Tenía la garganta seca.

—Hola, Oksana —la saludó la desconocida.

Tenía la voz suave y dulce, melodiosa. Era joven y española. Con aprensión se preguntó quién sería. Demasiada gente sabía ya de su paradero.

—Agua —se esforzó por decir.

Al instante notó cómo las fuertes manos de Jan —las reconocía simplemente por el tacto— la cogían por los hombros y le colocaban la almohada a su espalda para situarla en una posición más erguida. Después, alguien le puso una botella de agua en la mano. Bebió varios tragos con cuidado.

—Me llamo Eli —continuó la mujer de la voz dulce—. Te he traído ropa. Espero que sea de tu talla, pero si no te sirve puedo traerte otras cosas.

—¿Quién eres? —Se dio cuenta del tono áspero de su pregunta, pero no soportaba estar a merced de tantos extraños, se sentía rara, y ¿dónde estaba Jan? ¿Por qué no hablaba?

—Perdona, Oksana —dijo él en ese instante—. Eli es la novia de mi hermano. Le he pedido que te traiga algo de ropa.

Ella no dijo nada. Aferró la botella de agua con fuerza, impotente. Odiaba ser el objeto de la caridad de tantas personas, pero sabía que no tenía otra opción. Asintió.

—Gracias —murmuró.

—No hay de qué. Te he traído cosas cómodas. Camisetas, leggings y algún vestido. Para que no tengas que usar la ropa de Jan.

—¿Ya se ha despertado?

Otra voz masculina desde la puerta la sobresaltó. Dejó escapar un pequeño grito sofocado. Pero ¿cuánta gente sabía que estaba ahí? Comenzó a respirar con dificultad, exaltada.

—Oksana. —La voz serena de Jan llegó hasta sus oídos—. No te asustes. Es mi hermano, Cas. Perdona que te hayamos avasallado así.

Sintió el peso de él sentándose en la cama, a su lado. La cogió de la mano con delicadeza. Tenía la palma áspera, callosa y cálida. No era desagradable.

—*Prinzessin*, vamos fuera —escuchó decir al tal Cas. Tenía la voz parecida a la de su hermano, aunque sonaba algo más jovial.

—Encantada de conocerte, Oksana —dijo la otra mujer, antes de alejarse. El sonido de la puerta cerrándose le indicó que habían abandonado el dormitorio.

—Perdona que no te haya avisado de que ellos estaban aquí, pero estabas durmiendo y tengo que irme. No quería dejarte sola y por eso los he llamado. Suelen ser mis padres los que se quedan contigo cuando me voy, pero hoy no podían. —Jan le apretó la mano, con firmeza, como si quisiera tranquilizarla, pero sus palabras la inquietaron aún más.

¿Irse? ¿Dejarla con esos desconocidos? El corazón empezó a latirle deprisa. De pronto se sentía aterrorizada. Y aunque la lógica le decía que era una tonta, que estaba claro que Jan no podía quedarse todo el día con ella, que tendría un trabajo al que acudir, la sensación de desamparo y tristeza que se esparció por su cuerpo fue devastadora.

—Está bien —susurró después de un rato, tratando de librarse de su mano, pero él no la dejó.

—Oksana. Tengo que irme solo un par de horas, no voy a tardar en volver.

¿Acaso era tan transparente que él sabía lo que estaba pensando? Aparentemente sí.

—Está bien —repitió, pero el ligero temblor de su voz desmintió la veracidad de sus palabras.

—Mira, es solo un tatuaje pequeño. No voy a tardar.

¿Tatuaje? ¿A qué se refería él? No entendía nada.

—Joder, perdona. No te lo había dicho. —Su voz sonaba contrita —. Soy tatuador. Tengo un estudio de tatuajes en el pueblo.

No sabía si él esperaba que ella dijese algo, quizá fuese así, pero no se le ocurrió qué. Lo que realmente deseaba pedirle: que no la dejase sola y no se marchase, le parecía tan descabellado que prefirió guardar silencio.

—Mi hermano y su novia son personas en las que puedes confiar. No quería que te despertaras y no hubiera nadie.

Ella hubiese preferido encontrarse sola, pero no dijo nada. Él había comenzado a acariciarle la palma de la mano con el dedo pulgar en un gesto inconsciente que, si era sincera consigo misma, le resultaba calmante.

—Mi padre vendrá más tarde a ver qué tal estás —añadió.

—¿Qué día es hoy? —preguntó de pronto. Tenía la sensación de que hubiese pasado mucho tiempo.

—Es viernes. Has dormido casi veinte horas de un tirón. Es normal. Son los calmantes.

Guardó silencio. Lo cierto era que no sabía qué decir. Él retiró la mano y ella estuvo a punto de alargar el brazo y volver a reclamarla. No lo hizo.

—Mira, cuando vuelva podemos cenar fuera. La temperatura es ideal. —Sonaba impaciente, como si tuviera prisa por marcharse y su actitud no se lo estuviese poniendo fácil. Se sintió abochornada. Se estaba comportando como una tonta.

«Pero ¿qué te pasa? Ese hombre te está tratando como un amigo, te está ayudando como nunca nadie lo ha hecho. Se preocupa por ti e incluso ha involucrado a toda su familia. Déjate de idioteces de niña asustada...»

—Estaré bien —murmuró, tratando de imprimir firmeza a sus palabras.

Él se levantó de la cama; no dijo nada, pero tampoco se marchó. Ella podía sentir su presencia en la habitación, al lado de la puerta. Se preguntó qué le estaría pasando por la cabeza. Con toda seguridad ya se habría arrepentido mil veces de haberle ofrecido cobijo. Era una gran carga para cualquiera.

—Si necesitas cualquier cosa llama a Eli o a mi hermano. Ellos estarán aquí hasta que yo vuelva.

Luego escuchó sus pisadas alejándose; esta vez resonaron con fuerza sobre el suelo de madera. Puede que llevase botas.

Se dio la vuelta y enterró la cara en la almohada. Tenía ganas de llorar y no sabía por qué.

* * *

Retiró la aguja que había empleado para hacer el sombreado del tatuaje que acababa de terminar, y la arrojó al pequeño contenedor de residuos peligrosos. Después desconectó la pistola de la fuente de alimentación y quitó la cinta aislante de todas las conexiones. Con mucha parsimonia, procedió a limpiar la máquina de bobinas con líquido desinfectante y luego la secó con cuidado. Esa máquina era la prolongación de su mano. Había tardado bastante tiempo en adecuarla a su gusto, en ajustar los flejes y el martillo a la velocidad y la dureza idóneas para él, y no podía permitirse ningún descuido que la descalibrase.

Le relajaba ese trabajo rutinario. Mientras se ocupaba de la limpieza podía dejar que su mente fuera donde quisiese. Y estaba claro dónde iba a ir aquel día: a su «invitada». A la chica que llevaba cinco días en su casa, y que le había hecho romper la promesa que se había hecho a sí mismo de no volver a tener contacto con su familia hasta que lo de Bajram se hubiera terminado. No le había quedado más remedio que llamar a sus padres y a Cas. Y como siempre, habían acudido al rescate, sin hacer preguntas.

Suspiró.

Llevaba solo dos horas fuera de casa y ya tenía la necesidad de volver. A pesar de saber que la había dejado en buenas manos, se sentía extraño. Sabía que ella hubiera preferido que él se quedase. Su cara —al menos lo poco que se veía de ella— y la tristeza que se había desprendido de sus palabras al enterarse de que se tenía que marchar, se lo habían dejado bastante claro. A punto había estado de llamar al cliente y aplazar la cita, pero finalmente se había decidido por lo contrario.

Por lo general, tatuar era algo que le encantaba, que le hacía sentirse en paz. Mientras la aguja iba traspasando la piel e inyectando tinta, convirtiendo meras líneas en vibrantes obras de arte, él se relajaba y se olvidaba de todo lo demás. No había sido así ese día. Estaba preocupado por ella, debía reconocerlo. ¿Y si se

quedaba dormida y tenía una de sus pesadillas? Su hermano y Eli no sabrían qué hacer, quizá la asustaran. Él sabía cómo comportarse con ella. Sabía cómo tranquilizarla.

Le necesitaba a él.

Se dio prisa en acabar. Se quitó los guantes de látex y los tiró a la papelera. Luego guardó la pistola, las tintas y las agujas en su maletín, que siempre se llevaba a casa. Se sacó el móvil del bolsillo y miró la pantalla. No tenía ninguna llamada perdida ni ningún mensaje. Eso era buena señal, ¿no?

—Yo cierro hoy —le dijo Tita, la chica con la que trabajaba, cuando salió del cuarto donde hacía los tatuajes.

—¿Tienes curro? —le preguntó.

Ella era la que se encargaba de hacer los piercings. Su cara, llena de ellos, era la mejor prueba de que era una experta.

—Sí, ahora vienen dos chicas a hacerse un labret y un septum, y luego un chico que quiere un apadravya.

Jan se detuvo en seco justo antes de coger el picaporte de la puerta.

—Me quedo, entonces —dijo con voz seca. Era verdad que Tita era de armas tomar, pero no iba a dejarla sola con un tío que venía a hacerse un piercing en el glande. Había mucho tarado suelto.

A Tita le entró la risa.

—Es Sergei —se rio, y el piercing que decoraba su frenillo quedó al descubierto.

—Ah, joder. Haberlo dicho.

Sergei era su novio, así que no tenía de qué preocuparse.

—La verdad es que no quiere que nadie se entere de que se lo va a hacer.

—Bueno, pues ya me contarás qué tal.

A ella le volvió a entrar la risa, que le siguió aun después de haber abandonado el estudio. Era afortunado de poder contar con ella. Era una gran profesional que comenzaba a iniciarse en el mundo del tatuaje también. Y desde que andaba metido en lo de Bajram la necesitaba más que nunca. Había días que ni siquiera pisaba el estudio, agotado por los entrenamientos y las peleas.

Se montó en el Jeep, que había dejado aparcado en la misma puerta, y arrancó. Comenzaba a hacerse de noche y encendió las

luces. Cualquiera otro día, después de salir del estudio, se habría marchado al gimnasio a entrenar, pero estaba preocupado por Oksana. El reloj del salpicadero marcaba las ocho y diez. Soltó una maldición. Su padre le había dicho que iría sobre las ocho.

¡Joder! No quería ni pensar en cómo se sentiría rodeada por desconocidos.

«Tú mismo eres un puñetero desconocido para ella», se dijo. Pero curiosamente él no se veía así, y creía que ella tampoco le consideraba ya como un extraño.

Aceleró. Y en menos de lo previsto su Jeep alcanzaba el camino de tierra que conducía a su casa. Como había temido, el Navara de su hermano estaba aparcado en la puerta y el Honda Civic de su madre también.

Soltó un exabrupto. Apenas si había apagado el motor cuando ya se bajaba del vehículo y de un par de zancadas subía los escalones del porche y abría la puerta de par en par.

Su madre y Eli, que estaban sentadas en la mesa, le saludaron con una sonrisa. Cas leía una revista en el sofá. Casi ni levantó la vista cuando le vio aparecer. Dijo algo parecido a un *Eh*.

Jan les hizo un gesto con la cabeza, pero pasó de largo, internándose en el pasillo. La puerta de la habitación de Oksana estaba cerrada. Se paró de pronto, vacilante. Levantó el puño para llamar pero se detuvo en medio del movimiento. Estaba actuando de una manera absurda, se dijo. ¿A qué venían las prisas? No era para tanto. Pero entonces recordó cómo había reaccionado ella hacía tan solo un par de horas, cuando le había dicho que se marchaba... y no dudó más. Golpeó la puerta.

—Soy Jan —dijo en voz alta para no dejar duda de quién era el que pretendía entrar.

—Pasa. —La voz de su padre llegó amortiguada a través de la hoja de madera.

Accedió a la habitación. Ella estaba sentada en el borde de la cama mientras su padre le colocaba nuevas gasas sobre los ojos. Se agarraba con tanta fuerza a la colcha que sus nudillos estaban blancos. Jan arrugó la frente; no creía que esa reacción estuviese motivada por el dolor.

—Siento haber tardado —murmuró, acercándose y sentándose en la cama a su lado. Ella inclinó la cabeza ligeramente hacia él.

—Hemos venido un poco antes —le dijo su padre, mirándole de reojo antes de proseguir con lo que estaba haciendo—. Estoy muy contento con el progreso que está haciendo Oksana. En un par de días le quitaré los puntos y prescindiremos de las vendas. La hinchazón tardará en desaparecer, pero todo va muy bien.

Ella parecía agitada, y Jan cayó en la cuenta de que no había entendido nada de lo que su progenitor había dicho. Se apresuró a traducir sus palabras, pero ella no reaccionó según lo esperado. Seguía tensa. Bajó la vista y volvió a mirarle las manos. No había soltado la colcha. Era como si el roce de los dedos sobre su cara le resultase en extremo desagradable. Sin pensarlo, alargó su propia mano y la posó sobre la de ella para tranquilizarla. Ella se sobresaltó y se retiró con rapidez.

—Un momento. Solo un momento —le dijo su padre en un español pobre y chapurreado, cogiéndole la barbilla con suavidad y haciendo que volviese a mirarle.

Jan endureció la mandíbula. No sabía cómo actuar con ella. En ocasiones parecía necesitarle de manera desesperada y otras veces rehuía su contacto, como acababa de suceder. Al menos ya no estrujaba la colcha como si quisiera estrangularla. La había soltado, y apoyaba las manos —aparentemente relajadas— sobre el colchón. La derecha cerca de su propia mano izquierda. No pudo evitar hacer comparaciones. La de él era grande y morena, de dedos largos y fuertes, con algo de vello rubio sobre el dorso. La de ella era pequeña, más pálida y de dedos finos. Ya no tenía las uñas pintadas, advirtió.

—Listo.

Knut Landvik se incorporó y contempló su trabajo, satisfecho. Le hizo un gesto a Jan, dándole a entender que le estaría esperando fuera. Después abandonó la habitación, dejándolos solos.

Pasaron unos segundos en silencio, en los que él se dedicó a estudiarla. Llevaba puesto un pijama compuesto por un pantalón corto blanco y una camiseta rosa con ositos estampados. El pelo suelto le llegaba hasta la parte baja de la espalda. Parecía una niña.

—Siento haber tardado tanto. Espero que todo haya ido bien — dijo al fin.

—Sí, todo muy bien. No tenías que preocuparte —respondió ella en voz baja. Había girado la cabeza y miraba en dirección contraria, y Jan tuvo dificultades para entenderla.

—Sé que esto no es fácil para ti. —Titubeante, sin saber cómo iba a reaccionar, añadió—: ¿Te incomoda que mi padre te toque?

Ella bajó la cabeza.

—Sí. No me gusta... que me toque nadie. Me desagrada — confesó al fin.

Se quedó pensativo. Se preguntó si él también estaría incluido en el lote. Hasta el momento ella no se había quejado ni le había hecho ningún comentario al respecto. Pero ¿no era lógico pensar que su tacto también le disgustaba? ¡Claro que ella no había protestado! ¿Acaso le quedaba otra opción? Dependía de él por completo.

Se levantó de la cama con el ceño fruncido.

—¿Te vas? —le preguntó ella, y un tono ansioso pareció teñir su voz.

—No —respondió con más dureza de la que había pretendido—. Voy a despedirme de ellos y ahora vuelvo.

—Bien —susurró.

Se la quedó mirando por espacio de unos segundos, antes de darse media vuelta y abandonar la habitación.

* * *

Oksana cerró los ojos detrás de las finas gasas y se acostó de lado en la cama, tratando de no cargar el peso sobre su pierna malherida. Notaba que tanto el muslo como el tobillo le dolían menos, pero todavía le quedaba un largo trecho hasta la recuperación.

Estaba exhausta. No había sido fácil soportar las últimas horas, a pesar de que le había dicho a Jan que todo estaba bien. Primero, la tal Eli había insistido en arreglarle las uñas y ella no se había atrevido a decirle que no. Había tratado de hablar con ella, haciéndole preguntas triviales y contándole banalidades, como si quisiera entablar una especie de amistad... No lo entendía. ¿Qué podía querer esa chica de alguien como ella? Se había limitado a

responderle con monosílabos y a esperar con ansia a que terminase.

Y luego habían llegado los padres de Jan.

Pero Jan no.

El padre se había puesto manos a la obra de inmediato. Ella había tratado de soportar con estoicismo el contacto de sus manos cálidas extendiéndole pomada por los arañazos y los golpes y cambiándole las vendas... pero la sensación le había resultado tan desagradable... Sabía que no tenía lógica y que él era un profesional que solo estaba allí para ocuparse de sus heridas, pero había descubierto que no le gustaba que la tocasen. Él había tratado de comunicarse con ella, de explicarle lo que estaba haciendo, pero la barrera idiomática lo había puesto difícil. Ella no hablaba alemán, y apenas algo de inglés, y él no parecía ser capaz de hilar frases coherentes en español, así que se había aislado mentalmente y se había imaginado que estaba con su bisabuela y que plantaban flores en el jardín...

Y entonces había llegado Jan.

Y ella había regresado de su mundo particular.

Era una locura, pero su presencia imponente conseguía que dejase de tener miedo. Había escuchado su voz y todo su cuerpo se había relajado. ¿Podía alguien depender tanto de una voz? Porque sin duda eso era lo que le sucedía. Él se había sentado a su lado en la cama, y había sido como si alguien hubiese encendido la luz en medio de la oscuridad. Sí, sonaba estúpido, pero así se había sentido. Después él había apoyado la mano sobre la suya y ella se había sobresaltado como una tonta y la había retirado. Se había arrepentido al instante. Y había deseado con todas sus fuerzas volver a sentir ese roce especial y tranquilizador. El único roce que no le incomodaba... que incluso le agradaba.

No entendía nada. ¿Por qué con él era diferente?

El sonido de la puerta de entrada cerrándose llegó hasta sus oídos. De pronto recordó que él iba a venir a buscarla. Se incorporó, sentándose en el borde de la cama, en la misma postura que había tenido cuando él había llegado hacía unos minutos.

Esa noche iban a cenar en el porche. Una sensación de nervios la invadió. No tenía ni idea de qué iba a hablar con él.

Capítulo Doce

No podía quitarle la vista de encima. Se había trenzado el pelo y la gruesa guedeja de cabello le caía sobre el hombro derecho. Llevaba la ropa que Eli le había traído: unos leggings negros y una camiseta rosa de tirantes, que dejaba sus brazos al descubierto. Eran quizá la parte menos maltratada de su cuerpo, solo en la zona de las muñecas presentaba arañazos y cardenales. En la parte interna del brazo derecho tenía una cicatriz circular, pero parecía ser antigua. Jan la observó largo rato con curiosidad, pero no hizo ninguna pregunta al respecto. Bajó la mirada y la posó sobre su pie, el que llevaba vendado. Lo tenía en alto, sobre un pequeño taburete. Las uñas de sus pies en forma de media luna le llamaron la atención. Eran pequeñas.

Sacudió la cabeza, molesto. ¿Desde cuándo se fijaba él en las uñas de los pies de nadie? Carraspeó y levantó la mirada. Ella no había dicho nada en la media hora que llevaban allí, y apenas había probado la comida.

Se encontraban en el porche. Había traído una mesa y un par de sillas del cobertizo y lo había dispuesto todo para que pudiesen cenar allí. La temperatura acompañaba. Había encendido velas repele mosquitos que a la vez iluminaban tenuemente la escena. El aroma del tomillo y la lavanda en plena floración flotaba en el aire. Sin pretenderlo había creado un ambiente romántico. Quizá no lo más adecuado a las circunstancias. No había sido su intención convertir la cena en el porche en una cena con toques de romanticismo; solo había querido que se relajase, se sintiese cómoda y que le contase algo más. Hasta esa noche ni siquiera había pensado en ella como mujer.

Debía estar volviéndose loco, sin embargo. Desde que había ido a buscarla a su habitación y la había visto con el pelo recogido y esa ropa cómoda, pero en extremo femenina, la representación mental que había tenido de ella había cambiado por completo. De pronto, la

pobre chica golpeada por la que solo había sentido lástima se había convertido en... una mujer.

Se rascó la nuca, tratando de apartar de su cabeza esas ideas. A pesar de que ella parecía tan relajada como un corredor de velocidad en el momento exacto en que iba a sonar el pistoletazo de salida, sabía que tenían que hablar.

—Oksana... En algún momento tendremos que hablar sobre ello —dijo al fin.

Ella dejó la cuchara sobre su plato. El puré que él se había esforzado por preparar estaba casi intacto. Después palpó la mesa hasta encontrar su vaso de agua. Bebió un par de tragos, antes de volver a depositarlo allí.

—Supongo —respondió tirante.

—Si no me cuentas más, poco voy a poder hacer por ti —farfulló con sequedad.

—¿Hacer por mí? —Ella sonaba sorprendida—. Pero si ya haces más de lo que deberías. Me has traído a tu casa. Me has cuidado y has involucrado a toda tu familia en mis problemas. Has hecho más por mí que nadie. Nunca voy a poder pagarte todo esto.

Jan la miró con las cejas arqueadas. A pesar de que ella pronunciaba todas las frases con una gran frialdad, como si todo aquello no le importase lo más mínimo, había detectado una ligera turbación en su voz. Se preguntó si realmente era tan apática o todo era pura fachada.

—¿Pagarme? No tienes nada que pagarme. Es lo que cualquier persona normal habría hecho por ti.

—Permíteme que no lo crea. No es eso lo que yo he vivido.

—Háblame de ello —volvió a insistir.

Ella dejó escapar un pequeño suspiro. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos sobre la mesa. Jan contuvo la respiración un segundo o quizá dos. Parecía a punto de claudicar.

—Mi bisabuela siempre me hablaba de España —comenzó al fin con un timbre nostálgico en la voz—. Se pasó toda la vida contándome historias estupendas sobre sus paisajes, su clima y sobre la gente..., sobre todo sobre la gente. Siempre me decía que no había personas tan cálidas como los españoles. —Algo de desconsuelo se filtró en sus palabras—. Cuando murió me vi sola

y... sin dinero... La verdad, estaba desesperada..., así que cuando leí ese anuncio en el periódico en el que se buscaban chicas jóvenes para trabajar como camareras en un restaurante ucraniano que iba a abrir en Barcelona, pensé que era mi oportunidad. Siempre fue mi sueño vivir y trabajar en España.

Jan se tensó. Podía imaginarse lo que venía a continuación y de repente no tenía ganas de escucharlo.

—Supongo que pensarás que soy una ingenua... y tienes razón. Lo era. Me creí todas y cada una de las palabras que me dijeron: que iba a ser un trabajo en el que iba a poder disfrutar de suficiente tiempo libre para poder estudiar si así lo quería; que iban a poner a mi disposición un apartamento que compartiría con otras tres chicas ucranianas; que me darían un curso para que supiera cómo desenvolverme en el local... —Emitió una carcajada llena de amargura—. ¡Qué tonta!... Lo que pasó en realidad... —se interrumpió y bajó la cabeza.

Jan le miró las manos. Se aferraba con ellas al borde de la mesa, tensa y rígida. Parecían pequeñas garras sobre las que destacaban las venas azules contra la blanca piel. Deseó poder cogérselas y hacer desaparecer esa tirantez. Vaciló. No sabía si debía hacerlo o si eso quizá la alteraría todavía más. En su familia el contacto físico era algo que se sobreentendía, y estaba tan acostumbrado a emplearlo, que no pudo resistirlo. Con toda naturalidad alargó los brazos y posó sus manos sobre las de ella.

Oksana se retiró sobresaltada, dejando escapar un gemido ahogado.

—¡Joder! —dijo él, echándose hacia atrás—. Lo siento.

—No te disculpes. Soy yo. Es que esto es tan... raro. No veo y me duele todo... y no lo esperaba... y no sé... —casi tartamudeaba.

—Voy a retirar los platos. —Se levantó con precipitación y comenzó a recoger la mesa—. ¿Quieres un té?

Ella asintió.

«Jan, eres un verdadero estúpido», se dijo. «¿Cómo cojones pensabas que iba a reaccionar? Es una chica traumatizada que no soporta el contacto físico, cuando menos el de un hombre al que no puede ver... Eres un gilipollas».

Sin volver a mirarla, entró en la casa.

* * *

En el momento en que escuchó sus pasos alejándose, Oksana se llevó las manos a la boca tratando de contener un sollozo.

Él era tan amable, tan paciente, tan atento... Había cocinado para ella, había organizado esa cena tan agradable y se había preocupado de que no le faltase de nada y se hallara cómoda, como si se sintiese culpable por haberla dejado sola esa tarde; lo cual no tenía ningún sentido. Demasiado hacía ya por ella. Y ella... ella se estaba comportando de una forma tan errática, tan absurda... Primero esa frialdad, que era más simulada y artificial que otra cosa, y luego esa exagerada reacción, apartando las manos como si su tacto le resultara desagradable, cuando no era así en absoluto.

El hablar sobre lo que le había sucedido y cómo había llegado a encontrarse en esa situación, había resultado ser demasiado. Toda la fortaleza que llevaba meses mostrando se iba derrumbando poco a poco, dejando al descubierto sus heridas más profundas. Había sentido un hondo anhelo de desahogarse con él, de contarle todo, pero esa misma necesidad de confiar en él la aterraba.

—Toma. —Su voz la sobresaltó—. Aquí tienes tu té. Con leche y azúcar. Ten cuidado porque está muy caliente.

Le oyó tomar asiento frente a ella. Esperó a que hablase, que dijera algo sobre lo que había pasado antes, pero no lo hizo. Cerró los ojos con fuerza, provocándose dolor. Era una tonta.

El silencio solo se veía interrumpido por el canto de un grillo, que se escuchaba de fondo, en la lejanía. El ambiente estaba cargado del aroma a tomillo y a otra cosa más, no supo a qué. Resultaba algo embriagador. Quizá en otro momento, en otro lugar, en otra vida esa escena se podría haber considerado romántica.

Pero ya no. No con ella como protagonista.

—Oye, respecto a lo de antes —comenzó él en voz baja—. Siento haberte asustado. Sé que no te resulta agradable que te toquen y más así, sin previo aviso.

¡No! Él había malinterpretado su reacción. Claro.

—No es eso —se apresuró a aclarar—. Ha sido la sorpresa.

—Bueno, no te preocupes. No volverá a pasar.

No la creía. Eso se notaba a la legua. Carraspeó. ¿Qué podía decir? No quería alejarle. Era la única persona en la que podía

apoyarse de alguna manera. Buscó en su mente algo de lo que poder hablar que no tuviera nada que ver con ella... ¿Tatuajes? Él era tatuador, ¿verdad? Nunca le habían interesado los tatuajes con anterioridad, y menos todavía desde que había visto a los secuaces de Bajram cubiertos de ellos... pero ese era un tema tan bueno como cualquier otro, decidió.

—¿Haces tatuajes? —le preguntó con brusquedad.

—Sí. Hago tatuajes.

—¿Te gusta lo que haces?

—Sí, me gusta lo que hago.

—¿Llevas alguno? —preguntó. Se sentía torpe e insegura teniendo una conversación normal. Hacía siglos que no tenía nada parecido.

—Sí. Algunos tengo —respondió él.

—¿Dónde? —Se imaginó que los llevaría en los hombros o en los brazos.

—En el brazo, en el hombro... en el pecho, en la cadera, en la pierna... y en otras partes... —vaciló.

—¿Tantos? —Apenas podía imaginarse tantos tatuajes juntos. Sintió curiosidad por verlos.

Como si le hubiera leído los pensamientos, repuso:

—Mi padre me ha dicho que en unos días te quitará las vendas de los ojos. Entonces los verás. —Hizo una pausa—. Bueno, no todos, pero la mayoría.

—¿Por qué todos no?

Hubo un silencio. Le escuchó carraspear.

—Algunos están en lugares íntimos... —admitió reticente.

—Oh, entiendo. —De pronto se sintió como una boba. Se sonrojó, algo poco habitual en ella. Dio gracias a las vendas que le cubrían una parte importante del rostro.

—¿Te gustan los tatuajes? —le preguntó él de pronto, como queriendo romper el momento incómodo que se había creado.

—Bueno, no especialmente..., aunque quizá me decida por hacerme alguno... —Se acarició la quemadura del brazo. Quizá un tatuaje fuese una buena idea para cubrirla y borrar el recuerdo de cómo había sido hecha. Así no tendría que verla cada vez que se mirase a un espejo. Un rictus de amargura deformó su boca.

—Yo te lo puedo hacer. —Su voz sonaba tensa y ella se preguntó por qué sería. ¡Cómo odiaba no poder ver! Se sentía tan limitada.

—Lo pensaré —murmuró.

Después otro silencio.

—No preguntas, pero seguro que quieres saber algo sobre mí —dijo él al cabo de un rato.

Oksana tragó saliva. Estaba ansiosa por saber más cosas de él, por supuesto. Asintió.

Entonces él le contó que tenía treinta y cuatro años, y que tenía un estudio de tatuajes en el pueblo. Le habló de sus padres y de su peculiar relación, de cómo su madre había decidido venirse a vivir a España hacía más de diez años y dejar a su padre en Alemania. También habló de sus hermanos, del pequeño, Till, que vivía con su padre y estudiaba medicina. El tono de su voz pareció tornarse algo melancólico cuando se refirió a él, pero fue tan rápido que Oksana pensó que se lo había imaginado. Luego le habló de Cas y de Eli, lo que hizo con gran afecto. Le relató por encima cómo se habían conocido. La risa le teñía la voz.

Oksana no pudo evitar imaginarle con una sonrisa de dientes blancos dibujada sobre un rostro moreno, besado por el sol mediterráneo. Sabía que era una tonta, que él no era español, pero la imaginación era caprichosa y anárquica, y la suya había decidido que él era así.

—¿Sabes una cosa? —Semejaba estar sorprendido—. Has sonreído por primera vez. ¿Te hace gracia como se conocieron mi hermano y su chica?

Ella asintió. ¿De qué le iba a servir decirle que lo que le había hecho sonreír había sido imaginarle a él? De repente, un involuntario bostezo acudió a su boca.

—Soy un desconsiderado. Es tardísimo y tú debes estar agotada.

Ella estuvo a punto de protestar. ¿Desconsiderado? Nunca había conocido a nadie tan atento como él. Pero era cierto que se encontraba cansada.

—Sí, será mejor que me vaya a la cama —repuso, nerviosa. Sabía lo que venía a continuación. Él iba a cogerla en brazos. Y

después de aquella cena no sabía si su abrazo iba a resultarle tan impersonal como antes. No iba a tardar en comprobarlo.

Sintió su presencia a meros milímetros justo antes de notar sus fuertes brazos levantándola. Soltó un pequeño suspiro. Por más que se lo esperase siempre le sorprendía su fuerza. Estuvo tentada de girar la cabeza y aspirar hondo —le gustaba el olor que despedía, a limpio—, pero se contuvo. Él la llevó al baño y la dejó de pie junto al lavabo, como de costumbre.

—Estoy fuera. Cuando acabes, llámame.

También la frase era la misma de siempre.

No se entretuvo demasiado en hacer sus necesidades y en lavarse. De momento se conformaba con hacerlo de manera superficial, pero tenía unas ganas locas de darse una ducha y de lavarse el pelo. Quizá al día siguiente se encontrase mejor para poder hacerlo sola. No quería ni pensar en lo humillante que le resultaría tener que pedirle que la ayudase.

Le llamó y él no tardó en acudir. Volvió a levantarla en el aire como si no pesase más que una pluma. Parecía tan sereno, tan firme, tan fuerte... y ella se sentía tan patosa y tan ridícula...

La depositó sobre la cama con cuidado.

—¿Necesitas algo más?

—No, todo perfecto. Muchas gracias.

Escuchó sus pisadas alejándose.

—Oksana...

Ella giró la cabeza en dirección a la puerta. La indecisión había sonado en su voz al pronunciar su nombre.

—¿Sí?

—Buenas noches —lo dijo vacilante, como si hubiese querido decir algo diferente y se hubiera arrepentido en el último momento. Después se marchó.

Oksana tenía un nudo en la garganta. Un nudo que se había esforzado por hacer que desapareciera, pero que había ido aumentando de tamaño durante la cena, adquiriendo unas proporciones gigantescas y amenazando con ahogarla. Tragó saliva, algo que no le sirvió de nada.

Alargó el brazo y palpó hasta encontrar el pijama que Eli le había comprado. A su lado también estaba la camiseta de Jan, la que

había llevado puesta hasta hacía solo unas horas. No dudó sobre qué prenda ponerse para dormir. Se acostó y apoyó la cabeza en la almohada. Sin duda estaba agotada, porque solo unos instantes después caía en un profundo sueño.

* * *

La mano de ella se deslizó con suavidad por su muslo, muy lentamente. Se detuvo un breve instante justo antes de llegar a su entrepierna. Su miembro estaba erecto y pulsaba impaciente por la caricia que estaba a punto de recibir. Los dedos de ella con las uñas pintadas de rojo avanzaron unos milímetros más, provocando que un hormigueo se extendiese por su abdomen. Giró la cabeza y la miró a la cara. Los pálidos ojos azules de Schneewittchen le devolvieron la mirada.

—¿Quieres que continúe? —le susurró ella con la voz de Oksana.

—Sí —jadeó él.

—¿Estás seguro? ¿No prefieres que siga con mi boca?

Al oír aquello un calambre de excitación le recorrió la columna vertebral. Su erección se endureció todavía más.

—¡Joder! ¡Hazlo! —gimió.

Y entonces ella, sin apartar esos impresionantes ojos de su cara, inclinó la cabeza poco a poco, acercando su boca a su erguido miembro. Una cascada de pelo negro como el ébano cayó sobre su muslo. Justo en el instante en que esos labios estaban a punto de rozarle, le sujetó la nuca, enterrando la mano en su espesa cabellera y la empujó hacia abajo.

¡Qué sensación más placentera sentir su boca, ardiente y húmeda!

Cerró los ojos y gritó su nombre.

—¡Oksana!

Se despertó jadeando, confuso, bañado en sudor y con una erección impresionante. ¡Joder! El sueño le había parecido tan real... Todavía podía sentir esos labios en torno a él... ¿Por qué cojones había mezclado a las dos chicas en el sueño?

Se tapó la cara con las manos y respiró hondo, tratando de relajarse.

Entonces escuchó los gritos.

Gott!^[49]

Se tiró de la cama y en unos segundos estaba en su dormitorio. La imagen era la que ya sabía que iba a encontrar. Oksana se retorció en el lecho y gemía en ruso, como las otras veces. Y al igual que en las otras ocasiones él temió que se lastimase. Se sentó en el borde de la cama y la sujetó por los hombros, con firmeza pero con suavidad.

—Oksana, *Ich bin hier! Du bist nicht alleine*^[50]. —le habló en alemán—. *Es ist nur ein Traum... ein böser Traum*^[51].

Al escuchar su voz, ella pareció relajarse. Dejó de agitarse y balbuceó algunas palabras más en su idioma. Después se echó a llorar de una forma desgarradora, le echó los brazos al cuello y enterró la cabeza en su pecho. Aquella noche él no contaba con la ventaja de la camiseta y el roce de los labios entreabiertos de ella sobre su piel hizo que se le erizase el vello de los brazos, y que cierta parte de su cuerpo, que ya había estado alterada, también se «erizase».

Verdammt Scheisse!

Lo último que necesitaba esa chica en ese momento era un hombre con necesidades de hombre... Cerró los ojos y trató de pensar en algo desagradable... el último puñetazo que había recibido de «The Irish Pitbull» le vino a la mente. Sí, ese pensamiento era el más apropiado para un momento como ese... ahuyentó las eróticas imágenes que le rondaban por la cabeza y le hizo recuperar su férreo autocontrol.

Le acarició la espalda con movimientos circulares, sabiendo que eso siempre la calmaba. El tacto de su camiseta bajo la palma de su mano le sorprendió. Creía que Eli le había comprado un pijama. Curioso. Bajó la mirada. La chica que hacía solo unas horas no había podido soportar su contacto se aferraba a él desesperada, buscando su calor, su abrazo... La acunó durante minutos —o quizá fuese una hora— hasta que el ritmo de su respiración se tranquilizó y los sollozos fueron sustituidos por suaves suspiros. Terminó por depositarla con delicadeza sobre la almohada. Dudó un instante, pero finalmente se inclinó sobre ella y le dio un beso en la frente. Luego se incorporó con lentitud.

«¿Qué cojones me está pasando? Acabo de soñar que esta pobre chica estaba en la cama conmigo, bueno, ella no, era la otra... pero parecía esta... ¡Joder! Llevo demasiado tiempo sin acostarme con una mujer. Debe de ser eso...»

Se llevó la mano al pecho donde un pequeño rastro de humedad brillaba sobre su piel ¿Lagrimas? ¿Saliva?

Antes de abandonar la habitación se dio la vuelta y la contempló un par de segundos.

Scheisse!

Diario de Oksana Novalnyova
4 de julio – Malinovka (Ucrania)

Me han llamado del banco, así que he ido. El director se ha enterado de que mi bisabuela ha fallecido y quería reunirse conmigo. No ha querido decirme para qué.

Cuando he llegado me estaba esperando en su despacho y me ha dado el pésame. También apreciaba mucho a mi prababushka.

Luego me ha contado la mala noticia. Mi bisabuela vendió la casa hace meses. Los nuevos dueños quieren que la desaloje. Tengo que marcharme. También me ha dicho que no hay dinero en su cuenta, que lo sacó todo después de vender la casa.

No hay nada.

No lo entiendo.

¿Dónde han ido a parar todos sus ahorros y dónde está el dinero de la venta de la casa? El director no lo sabe.

He vuelto al piso, que ya no es el mío, caminando en una nube. Todo me ha pillado por sorpresa. Ahora no tengo ni idea de qué voy a hacer. Apenas queda dinero y solo tengo tres semanas para dejar la casa y buscar otro sitio dónde vivir.

¿Por qué está pasando todo esto?

Mi vida se ha convertido en una pesadilla.

Capítulo Trece

Estaba sentada en el escalón superior del porche con un vaso de refresco en la mano. Llevaba un vestido amarillo. Tenía los cascos puestos y movía los pies al compás de la música que solo ella podía oír. No se había dado cuenta de que él había regresado.

Acababa de aparcar el todoterreno justo delante de la casa. Sacó la llave del contacto y se la guardó en el bolsillo, pero no se bajó del coche. Se limitó a quedarse allí y a contemplarla. Apoyó la barbilla sobre el volante y —muy a su pesar— se deleitó con lo que veían sus ojos. Parecía tan tranquila y relajada como si perteneciese allí, como si *siempre* hubiese pertenecido allí. El sol se ponía y un tinte anaranjado cubría el cielo, bañando toda la escena en una luz un tanto irreal.

Cerró los ojos, pero la instantánea de la casa y la chica esperando en el porche se le habían grabado a fuego en el cerebro. Dudó de que alguna vez fuese a olvidar aquella imagen.

«Eres gilipollas», se dijo, malhumorado de pronto.

Descendió del vehículo y cerró la puerta con ímpetu, deseando llamar su atención. Lo consiguió. Ella se sobresaltó visiblemente. Se quitó los cascos de un tirón y dejó el vaso en el suelo.

—¿Jan?

—Sí, soy yo —murmuró. Se había pasado la tarde entrenando y estaba agotado. No le apetecía hablar con ella—. Estoy cansado —dijo con rudeza, acercándose sin poder quitarle la vista de encima.

La tímida sonrisa que sus labios habían comenzado a esbozar desapareció como por encanto.

—Oh. Sí, claro, claro... No te preocupes... —La decepción se filtró en su voz.

Él apartó la mirada. Debería entrar en la casa y darse una ducha. Sí. Estaba tan exhausto que eso era, sin duda, lo que necesitaba. Una ducha y tirarse en el sofá a descansar... Pero entonces, ¿por qué sus pies no se movían? ¿Por qué permanecía quieto a su lado?

—¿Damos un paseo?

¡¿Qué?!

Ni idea de dónde narices había surgido aquella pregunta, pero había salido de su boca antes de que hubiera podido evitarlo. ¿Quería echarse atrás y retirar la oferta? Francamente no, reconoció.

—¿Un paseo? ¿Estás seguro? —Sonaba dubitativa, pero al mismo tiempo también ansiosa.

—¿Por qué no? —repuso con hosquedad.

—No parece que te apetezca demasiado —dijo—. Además con mi tobillo así, y sin ver, no creo que podamos avanzar mucho. Déjalo.

—Iremos despacio y yo te guío. —De pronto lo de dar un paseo con ella se había convertido en algo de vital importancia.

Tenían que dar ese paseo.

—Déjalo —volvió a repetir ella, negando con la cabeza—. Sé que soy un problema...

La miró de arriba abajo, deteniéndose brevemente en las curvas de sus caderas, y con cierta vergüenza recordó el sueño que había tenido hacía un par de noches. Apretó los puños y carraspeó.

—¿Y quién ha dicho que no me gusten los problemas?

* * *

Oksana estuvo a punto de soltar una exclamación sorprendida cuando sintió las manos de él agarrándola por la cintura con firmeza, y levantándola en el aire. Un segundo después la depositaba en el suelo y la soltaba, pero antes de que pudiese echar de menos su contacto, sintió la palma áspera de su mano cogiendo la suya.

—Vamos. —Le escuchó murmurar, y sintió un ligero tirón en el brazo.

Con pasos inseguros y el corazón latiéndole de manera desacompañada por lo singular de la situación, le siguió. El roce de su brazo contra el suyo era agradable y cálido, y se permitió relajarse. Él avanzaba muy despacio, en silencio.

No le entendía. A veces era tan cortés y atento con ella... y otras veces le hablaba en ese tono brusco que hacía que se sintiese como si fuera una verdadera molestia. Un problema.

¿Y quién ha dicho que no me gusten los problemas?

¿En serio había dicho eso?

—¿Te duele el tobillo? —rompió él el silencio.

—No mucho.

—Bien —se aclaró la garganta antes de continuar—. No quiero ir muy lejos, pero hay algo que quiero enseñarte.

—No sé si podré apreciarlo con los ojos vendados.

—No es necesario que veas —repuso—. Espera y lo entenderás.

Oksana asintió sin saber si él la estaba mirando o no. Siguió avanzando a tientas, notando su presencia inmensa y fuerte a su lado, dejándose llevar hacia lo desconocido por un hombre al que no había visto en su vida... De pronto se dio cuenta de algo muy importante. ¡Confía en él! Plenamente. Apenas le conocía de unos días y ya se había ganado toda su confianza.

El camino por donde avanzaban no era muy irregular; a pesar de eso, y de que él la sujetaba con mucha firmeza, ella no se atrevía a dar más que pasitos cortos, tanteando el terreno con cuidado. Él no tiraba de ella, se limitaba a avanzar despacio a su lado, dejando que ella marcara el ritmo. Poco a poco.

No habrían recorrido más de cien metros cuando la soltó y se colocó a su espalda, apoyando las manos sobre sus hombros. El calor que emanaba de él le resultó reconfortante.

—Aquí se estrecha el camino —explicó él, inclinándose. Su aliento cálido le bañó la parte superior de la cabeza.

«¿Qué me está pasando?», se preguntó ella, aturdida. No comprendía nada. Notaba una tirantez poco usual en la boca del estómago y le costaba respirar.

Él dio un paso al frente, empujándola con su cuerpo. Ella extendió los brazos instintivamente, palpando el aire, pero él la sujetó por las muñecas y la obligó a bajarlos.

—No tengas miedo —le susurró. Sonaba raro, como si estuviera molesto—. No voy a dejar que te choques con nada. Solo unos metros más y habremos llegado. —Apoyó las manos en su talle y presionó con suavidad.

Oksana asintió, tratando de mostrar convicción. La sensación de esos dedos fuertes sobre la cintura no era desagradable, pero la desconcertó.

—Solo diez pasos más.

Ella, envalentonada por la seguridad que su voz le transmitía, los dio.

—Es aquí —dijo él, deteniéndose de pronto. No la soltó.

—Aquí —repitió ella como una tonta.

—Sí. Aspira hondo —le susurró a meros milímetros de su oreja, provocándole un escalofrío.

Lo hizo.

Un delicioso olor le entró por las fosas nasales y le llegó hasta la garganta. Estaba segura de poder saborearlo. Volvió a aspirar, llenándose de él de nuevo. Jamás había oído nada igual, tan intenso, tan profundo... tan fresco...

—¿Qué es? —le preguntó maravillada.

—Estamos en medio de un campo de lavanda, tomillo y romero. Crecen aquí de forma salvaje.

—Es... es intenso... y muy... no sé... no tengo palabras... Es sobrecogedor... —Había comenzado a hablar bajito, casi en susurros.

Le escuchó coger aire, y sintió a la perfección su pecho expandiéndose, pegándose contra su espalda.

—Así es como yo me sentí la primera vez que vine —contestó él—. Esta fue una de las razones por las que compré la casa. No es gran cosa a la vista, la verdad, pero resulta intenso.

Oksana podía entender muy bien que alguien se hubiera enamorado de algo así. Guardó silencio, y disfrutó de la paz que se respiraba allí. No se oía nada. Los tibios rayos de sol del final del día le calentaban el rostro apenas, y una suave y delicada brisa le acariciaba la piel, mientras el increíble aroma lo impregnaba todo.

Sí, uno podía llegar a enamorarse de aquello, decidió.

Volvió a coger aire, y a la intensa mezcla de olores se sumó otro más, inconfundible, el del hombre que tenía a su espalda. El hombre que la había guiado hasta allí sin permitir que tropezase en ningún momento.

Jan.

Mientras tanto, el sol terminaba de desaparecer en el horizonte...

Capítulo Catorce

Echó la llave de la puerta del estudio y bajó el cierre metálico. Solo eran las cinco de la tarde, pero no tenía más citas hasta el día siguiente y Tita tampoco, así que habían decidido cerrar antes y marcharse a casa. Llevaba fuera toda la mañana y tenía ganas de regresar.

Su padre le había llamado hacía un par de horas. Le había quitado los puntos y las vendas de la cara a Oksana y estaba más que satisfecho con su aspecto. No le iba a quedar ninguna secuela de los golpes, le había dicho. Y luego había añadido algo sobre su peculiar color de ojos.

Jan estaba impaciente por llegar a casa y verla sin las gasas.

Habían pasado ya unos días desde el insólito paseo hasta el campo de lavanda. No sabía qué era lo que le había impulsado a llevarla hasta allí. No había tenido nada especial en mente, pero cuando la había visto en el porche, sonriéndole, todos sus propósitos de mantenerse alejado de ella se habían ido al traste. ¡Joder! ¡Cómo había disfrutado de la experiencia! Había ido mil veces hasta ese campo, pero estar allí con ella, disfrutando del silencio mientras el sol se ponía, había resultado ser... diferente.... Desde ese día se había establecido una suerte de complicidad entre ellos. Oksana seguía negándose a hablar de lo que le había sucedido, pero sí que le había contado cosas de su país, de su familia —todos ya fallecidos— y de sus amigos. Hablaba mucho de su otra vida en Ucrania, en especial de su bisabuela, Clara, su *prababushka* como la llamaba ella. Cuando la mencionaba su voz se teñía de nostalgia.

No le gustaba verla triste pero tampoco sabía cómo hacer que sonriese. Le faltaba ese toque de comicidad que su hermano Cas dominaba a la perfección. Él siempre había sido más serio, más adusto. Pero poco a poco ella iba abriéndose, mostrándole cada vez un poquito más de sí misma. Parecía confiar en él, en especial durante las noches, cuando las pesadillas la atormentaban. Se

acurrucaba entre sus brazos con abandono, dejando que él, con sus suaves caricias ahuyentase todo lo malo que la acechaba en sueños.

Admitía, algo avergonzado, que aguardaba las noches insomnes con impaciencia. Había llegado a depender de ella igual que ella dependía de él. Era una postura un tanto egoísta, lo reconocía. Cada vez que la abrazaba y notaba cómo sus lágrimas le mojaban la piel se sentía más y más en paz consigo mismo. Y hacía meses que no había sentido nada parecido.

De pronto su semblante se oscureció, recordando que ese fin de semana tenía que volver a pelear. No sabía qué le iba a decir. Al fin y al cabo compartían una vivienda y no era estúpida. Sabría que algo raro estaba sucediendo en cuanto le viera regresar —si la suerte no le acompañaba— con algún golpe en la cara. No quería que se enterase de dónde iba y lo que hacía.

Trabajaba para un maldito proxeneta, quizá alguien de la misma calaña que el cabrón del que ella había huido. Si lo averiguaba, nunca más confiaría en él.

¿Qué podía decirle?

Las ruedas del Jeep se agarraron con firmeza a la nueva superficie de tierra. Acababa de dejar atrás el asfalto. Solo un kilómetro más y estaría en casa. Se sentía extrañamente eufórico.

«A ver cómo reacciona cuando te vea... con tus tatuajes, tu cabeza afeitada y tu nariz torcida». Sonrió de medio lado. Hacía mucho tiempo que se había aceptado tal y como era, y no le importaba demasiado lo que los demás pensasen de él. Y sin embargo tenía un curioso hormigueo en el estómago...

No había más coches en la entrada. Su padre ya se había marchado. Mejor así. Sabía que Oksana se ponía nerviosa cuando había otras personas. Aparcó justo frente a la puerta y se bajó del Jeep. Se dirigió a la casa sonriendo.

* * *

Oksana volvió a mirarse al espejo por enésima vez. Tenía los párpados y los pómulos todavía algo hinchados y amoratados, y también la nariz, pero la inflamación había descendido considerablemente desde el día de la paliza. Ya parecía ella misma y podía mantener ambos ojos abiertos. En uno de ellos le habían

explotado un par de venas y tenía un raro aspecto, inyectado en sangre, pero no le preocupó; el padre de Jan le había dicho que era normal y que con el tiempo eso desaparecería. Se palpó la pequeña cicatriz que tenía sobre la ceja y descendía hasta el párpado. No era muy pronunciada; solo había tenido que darle seis puntos. Se fijó en su mandíbula; el color púrpura que se había extendido desde el lóbulo de su oreja hasta la barbilla comenzaba a amarillear. Presionó con suavidad. Sí, todavía le dolía.

Observó el resto de su cuerpo con atención. El vendaje de las costillas seguía molestándole, pero Knut Landvik le había dicho que todavía no podía quitárselo. Quizá en un par de días. Los arañazos que se había provocado a sí misma la noche del incidente corriendo por el monte también tenían buen aspecto. No sabía qué pomada era la que le habían puesto, pero su efecto era casi milagroso. Quizá lo peor fuera el tobillo y el gran hematoma del muslo. Este sí que presentaba un aspecto desagradable. Gracias a Dios había estado inconsciente cuando Ivan le había propinado lo que parecía ser un puntapié.

«Para ser una chica que estuvo a punto de morir tienes buen aspecto», se dijo asintiendo a su propio reflejo.

Después de que los padres de Jan se marchasen, había explorado la casa con mucha curiosidad. Estaba amueblada de manera muy funcional sin adornos ni cuadros. En el salón, una estantería repleta de libros dominaba una de las paredes, un sofá de color gris, una mesa baja de madera y la mesa y cuatro sillas de comedor, también de madera robusta, completaban el conjunto. La cocina, adyacente al salón, era pequeña, pero disponía de todos los electrodomésticos de rigor: frigorífico, lavadora, lavavajillas, microondas y cafetera. Tenía una pequeña ventana que daba a la parte trasera de la casa, desde la que se podía ver un cobertizo. Los dormitorios, tanto el de él como el que ocupaba ella solo contenían la cama, las mesillas y los armarios. Todo era de madera de color marrón claro. También las paredes estaban pintadas en tonos neutros, entre blanco y beige. Y el baño tampoco decía mucho de la personalidad del dueño de la casa. Se sintió algo decepcionada. Le hubiese gustado encontrar algo más personal, que le indicase cómo era él.

Era un hogar típicamente masculino. En exceso, quizá.

Después se había sentido aventurera y había decidido arriesgarse a lavarse el pelo. Había tardado un siglo porque su melena era muy larga y poblada, pero lo había conseguido. Lo de secárselo era otro cantar, así que se lo cepilló y dejó que se secase al aire. Cojeando, abandonó el baño y se dirigió al dormitorio. Sobre la cama había dejado un vestido muy sencillo de color rojo que había encontrado en la bolsa que le llevó Eli días atrás. Se lo puso. Luego se sentó en el borde, indecisa.

Estaba intranquila, y sabía muy bien por qué. Iba a verle la cara a Jan. Iba a poder comprobar si la imagen que se había creado en la cabeza del que consideraba su protector, se correspondía con la realidad. Tenía tantas ganas de ver cómo era...

Desde el día en el campo de lavanda todo había cambiado entre ellos, al menos así lo sentía ella. Seguía siendo un tanto brusco, pero se esforzaba por que se sintiese a gusto. No la presionaba. Dejaba que fuera ella la que marcara el ritmo de las conversaciones. Nunca antes había conocido a alguien como él. Su generosidad era abrumadora. No sabía cómo iba a poder compensarle todo aquello: la ropa, los cuidados médicos, el alojamiento... y su infinita paciencia.

Se llevó las manos al pelo, que todavía estaba húmedo y se lo echó hacia atrás.

«¡Qué tonta eres! Tienes un aspecto patético», se recordó con exasperación.

El ruido de un automóvil la sobresaltó. El corazón empezó a latirle más deprisa de lo normal. ¡Por fin iba a poder ponerle cara a Jan! Se levantó con rapidez y se dirigió a la ventana, presa de la mayor de las curiosidades. Apartó la cortina apenas unos milímetros. No quería que él la descubriese espiando. Era un comportamiento tan pueril...

Un todoterreno negro acababa de aparcar frente a la puerta. Supuso que era su coche. Se le contrajo el estómago de la emoción cuando vio cómo la puerta del conductor se abría.

¡Sí! ¡Por fin!

De pronto, la exclamación de júbilo que había estado a punto de abandonar su boca se convirtió en un estertor de puro pánico. Se

llevó las manos al pecho y sintió cómo se ahogaba al reconocer al individuo que acababa de bajarse del coche.

¡No! ¡No! ¡No!

¡El matón de Bajram!

¡Su luchador!

Recordaba su fiero aspecto a la perfección, sus tatuajes y su cabeza afeitada...

¡Era él!

Bozhe!

¡La habían encontrado!

Se alejó de la ventana temblando sin control. Apenas podía respirar, le faltaba el aire. Apoyó la espalda contra la pared y trató de pensar en algo frenéticamente. ¿Qué podía hacer? ¿Dónde podía ir? Su errática mirada se posó sobre el móvil que había dejado encima de la cama. Se tiró a por él, desesperada. Le temblaban tanto las manos que no creía que fuese capaz de marcar. Quizá él no pudiese entrar en la vivienda, se dijo. Quizá le diera tiempo a llamar a Jan... pero el siguiente sonido que llegó hasta sus oídos hizo que se le helase la sangre en las venas. ¡Oh no! ¡Tenía una llave! Y estaba accediendo al interior de la casa... Se tapó la boca horrorizada con una mano mientras que con la otra agarraba el móvil con fuerza. Sin importarle el dolor del tobillo, de dos zancadas se escondió detrás de la puerta. Él no tardaría en descubrir dónde se encontraba, pero quizá consiguiese sorprenderle. A lo mejor podía salir corriendo y llamar a Jan antes de que la alcanzase. Quizá no todo estuviese perdido...

Sabía que se engañaba, pero tampoco tenía otras opciones. Si ese hombre la encontraba podían pasar dos cosas: que la matase allí mismo, o que la llevara de vuelta con Bajram... No sabía cuál de las dos cosas era peor... A lo mejor ese matón acababa con ella deprisa.

Con Bajram eso no sucedería.

Aguantando las ganas de gritar, escuchó sus pisadas acercándose; se detuvieron brevemente frente a la puerta del dormitorio. Primero entró su sombra, negra, grande, peligrosa..., luego esa sombra se hizo carne... El corazón parecía querer salirse del pecho, y temió que él pudiera oírlo de tan fuerte como

latía. Apenas dirigió una mirada fugaz a la gigantesca figura de aspecto intimidante. Era tal cual lo recordaba. Amenazador, tosco, brutal... y con esos tatuajes y esos músculos desproporcionados y la cabeza rapada proclamando a los cuatro vientos lo que era: un matón a sueldo.

No lo pensó dos veces. Echó a correr. Echó a correr sin mirar atrás, con el tobillo ardiéndole como si llevase el infierno dentro. Atravesó el salón y abrió la puerta de la entrada como una exhalación. Saltó los escalones de madera que separaban el porche del terreno, y una mueca de dolor le desfiguró la cara al notar cómo su tobillo crujía inclemente. Le pareció escuchar una exclamación a su espalda, pero no se detuvo. Por el contrario, adquirió más velocidad. Trató de buscar el número de Jan en el móvil, pero no pudo fijar la vista sobre él. Tenía miedo de mirar hacia atrás y descubrir que él la seguía. Así que no lo hizo. Apretando los dientes se internó en el campo que rodeaba la casa. Había un montículo lleno de naranjos y comenzó a correr en zigzag, esquivando los árboles.

Al cabo de solo unos segundos escuchó las pisadas a su espalda y soltó un grito de impotencia. Le faltaba el aliento y los pinchazos del tobillo se habían convertido en algo insoportable. No lo iba a conseguir y lo sabía.

Unos brazos fuertes y musculosos la sujetaron por detrás deteniendo su precario avance. Gritó.

—¡Oksana! ¡Soy yo! —La voz de Jan junto a su oído estuvo a punto de hacer que se desmayase del alivio. Se dejó caer contra su cuerpo sollozando histérica.

—¡Oh, Dios mío, Jan! ¡Menos mal! ¡Me han encontrado! Saben que estoy en tu casa... —balbuceó, sin apenas poder respirar. La carrera le pasaba factura. Se giró en sus brazos, ansiosa por verle, por mirarle a la cara y sentirse segura—. No sé c...

Las palabras se le quedaron atascadas en la garganta cuando levantó la cabeza y vio quién la tenía sujeta. El horror más intenso que había sentido jamás se expandió por su cuerpo robándole la capacidad de hablar y de respirar incluso. Abrió la boca tratando de gritar, pero ningún sonido salió de ella. Cerró los ojos, pero cuando los volvió a abrir la imagen era la misma.

—Oksana —le susurró el matón de Bajram con la voz de Jan—. Soy yo...

¿Se estaba volviendo loca? Le miró con fijeza, horrorizada, y entonces se dio cuenta de que a él le cambiaba la expresión. Le vio fruncir el ceño, como si la viese por primera vez.

—¡Tú! *Schneewittchen*... —exclamó él con la sorpresa reflejada en sus duras facciones.

Al fin reaccionó. Con violencia trató de librarse de esos brazos firmes que la sujetaban. Al no conseguirlo le empujó, pero era como empujar un muro. Él no se movió ni un ápice.

—¡Suéltame! ¡Suéltame! —comenzó a gritar, histérica, al tiempo que le golpeaba el pecho con los puños cerrados.

—Ten cuidado. Te vas a hacer daño —trató él de calmarla, pero solo consiguió que ella gritara más fuerte y que renovase con más ahínco sus esfuerzos por liberarse.

—¡No me toques! —chilló, y con horror se dio cuenta de que le temblaba la voz y que había comenzado a llorar. Las piernas empezaban a flojearle—. ¡Suéltame! —volvió a gritar, pero ya no era un grito, sonaba más como un gemido desesperado.

Entonces él la soltó. Una expresión desolada había aparecido en su rostro, pero ella no se detuvo a interpretar lo que podía significar. Se dio media vuelta y sobre piernas vacilantes se alejó de él tropezando.

—Oksana —le escuchó decir a su espalda—, déjame que te explique...

Pero ella hizo caso omiso. Echó a correr de nuevo, con el móvil firmemente agarrado en la mano y el corazón enloquecido. No consiguió avanzar mucho. Su tobillo no daba más de sí y sus pulmones tampoco. No habría recorrido más de doscientos metros cuando tuvo que detenerse. Se apoyó contra el tronco de un naranjo y trató de recuperar el aliento, pero se dio cuenta de que aunque lo lograra no tenía dónde ir. No tenía a quién acudir. Miró el móvil. El único número que había grabado en la memoria era el de Jan.

De repente fue consciente de lo que aquello implicaba.

¡No tenía a nadie! ¡No tenía nada!

El hombre que ella había considerado su salvador, en el que había decidido confiar... era un esbirro de Bajram.

¡Jan era un esbirro de Bajram!

No entendía nada. ¿Por qué la había acogido en su casa? ¿Por qué la había ayudado? ¿Por qué había involucrado a toda su familia, incluso? No tenía sentido.

Pero de pronto un pensamiento la golpeó con fuerza. ¡Jan no había sabido quién era ella! Le vino a la cabeza su cara de sorpresa de hacía solo unos segundos, al reconocerla. Las vendas la habían mantenido oculta y a salvo hasta ese instante. Pero ¿y ahora? ¿Ahora qué?

Giró la cabeza y miró por encima del hombro por entre su pelo húmedo y enmarañado. Él seguía allí donde le había dejado. Se mantenía quieto, con las manos en los bolsillos, observando su inútil huida. Se le quedó mirando. Todo en él resultaba amenazador, desde su cara no demasiado agraciada con esa nariz torcida, la cabeza rapada, los músculos que parecían querer estallar su camiseta ajustada y los tatuajes de colores en su brazo... hasta su rígida e intimidante postura.

Lo único conmovedor en él había sido su voz. Esa voz agradable y comprensiva que le había hecho creer que era una persona que no era. Porque Jan había resultado ser... un mentiroso. Un matón a sueldo..., un hombre sin escrúpulos... ¡Dios Santo! ¡La única persona en la que había confiado se había convertido en un monstruo, en su peor pesadilla! Un lamento casi inhumano emergió de su pecho y escapó de su boca. Se dejó caer al suelo lastimándose las rodillas con la tierra seca. Apoyó la frente contra el rugoso tronco del árbol, sin importarle que la corteza la arañase.

¿Qué importaba ya nada?

Era más que probable que tuviese los minutos contados...

Fuertes sollozos sacudieron su cuerpo.

Capítulo Quince

Habían pasado tres horas. Comenzaba a oscurecer y ella seguía tirada en el suelo, debajo de aquel naranjo. Hacía rato que había dejado de llorar. Permanecía inmóvil. Tan quieta que daba miedo mirarla.

Él tampoco se había movido del sitio. No osaba acercarse para no alterarla con su presencia, pero tampoco quería alejarse y dejarla sola. Había tenido tiempo de sobra para aclarar sus ideas mientras contemplaba impotente cómo ella se derrumbaba ante sus ojos. Para él también había sido un shock. Cuando ella se había dado la vuelta y le había mirado con esos pálidos ojos había sentido como si alguien le hubiese quitado el suelo de debajo de los pies.

¡La chica de Bajram!

La chica que le había robado el sueño durante días... era la misma que él había acogido en su casa y había cuidado y tratado de ayudar... No daba crédito. Le había sorprendido tanto descubrir que las dos eran la misma persona que se había quedado paralizado.

En el fondo lo había sabido, al menos intuido. Su propio subconsciente le había enviado aquel insólito sueño de hacía unas noches.

Cuando había entrado en su dormitorio hacía horas, y ella echó a correr, se había quedado estupefacto y había tardado unos segundos en ir tras ella. La había llamado, pero no se había detenido. Confuso, la había seguido, temeroso de que se lastimase, sin entender nada de nada. Cuando por fin la había alcanzado, se había derrumbado en sus brazos, aliviada..., hasta que le vio la cara. Él había tardado en asimilarlo, en comprender que el horror que mostraba era debido a su persona. ¡Le tenía miedo! ¡Había huido de él! Y entonces la había reconocido... y lo había entendido todo de golpe, como si una granada le hubiera estallado en el cerebro. La había soltado y había dejado que se marchase, sabiendo que no iba a poder llegar muy lejos; estaba destrozada y apenas podía andar. Él había hundido las manos en los bolsillos de

los vaqueros, conteniéndose para no ir tras ella, siguiéndola con la mirada.

¿Cómo no iba a tenerle miedo?, se preguntó por enésima vez, si le había visto en el *Dancing Queen* con Bajram. E incluso con toda probabilidad habría escuchado rumores sobre quién era y lo que hacía. Apretó los puños con tanta fuerza que se clavó las uñas en las palmas de las manos.

Si solo le permitiera explicarle...

Pero ¿qué le iba a explicar? ¿Que había llegado a un acuerdo con Bajram para pagar las deudas de su hermano pequeño? Sí, eso quizá no sonara tan terrible, pero ¿y lo otro? ¿Qué le iba a decir? ¿Cómo podía justificar los trabajos que hacía para él? La amargura transformó su cara.

Giró la cabeza y fijó la vista en el sol que se ponía en el horizonte. En breve anochecería y la temperatura descendería un par de grados. Volvió a mirarla. Parecía tan desvalida y tan sola, acurrucada en el suelo... No podía dejarla allí. Quizá sus heridas hubiesen empeorado. Tenía que asegurarse de que se encontraba bien.

Echó a andar en su dirección, inseguro. No tenía ni idea de cómo iba a responder cuando se acercase. Ella ni siquiera levantó la cabeza. Su espesa melena negra arrastraba por el suelo, manchada de tierra, cubriendo sus hombros y también su cara. Se arrodilló a su lado, tentado de apartarle el pelo, pero no lo hizo. Se la quedó mirando, vacilante.

—Oksana —murmuró—. Está anocheciendo.

Un leve encogimiento de hombros fue su única reacción.

—Tenemos que entrar en casa. —Volvió a intentarlo.

Esta vez ella sí pareció reaccionar. Levantó la cabeza y le miró. Como ya había sucedido hacía días en el club, los ojos azul pálido se clavaron en los ojos azul oscuro. Y como en aquella ocasión la mirada de ella estaba vacía y sin vida.

—¿Qué vas a hacerme? —le preguntó sin emoción.

Jan no supo qué contestar. Estaba atónito. Era la misma chica sin alma que él había visto aquella primera noche. Esa chica no era la Oksana de los últimos días.

—No voy a hacerte nada. Nada. Solo quiero que vengas conmigo a casa.

Ella se incorporó con lentitud, apoyándose en el tronco del árbol. Una pequeña mueca de dolor se mostró en su cara cuando cargó su peso sobre el tobillo.

Él soltó una maldición, y antes de que ella pudiera decir nada, la cogió en brazos. No protestó. Se dejó levantar en el aire, desmadejada, con la mirada fija en un punto lejano. Era como si todo le diese igual, como si hubiese aceptado su sino —un sino al parecer peor que la muerte—, y se hubiera resignado.

No habló con ella. Se apresuró en llegar a la casa y entró cerrando la puerta, que antes en su prisa se había dejado abierta, de un puntapié. La depositó sobre el sofá y fue al baño a buscar la bolsa donde guardaba la pomada y las vendas. Era metódico y su mente funcionaba mejor cuando estaba ocupada con algún trabajo mecánico, así que si tenía que hablar con ella y explicarle las cosas, prefería hacerlo mientras tenía las manos ocupadas. Lo haría mientras la curaba, decidió.

De nuevo en el salón, se arrodilló frente a ella, que no se había movido ni un milímetro. La miró a los ojos, un tanto exasperado por su apatía. Ella tenía la mirada perdida en el vacío y parecía encontrarse a kilómetros de distancia.

—Voy a vendarte el tobillo y mientras lo hago vas a dejar que te explique un par de cosas —dijo, cogiéndole el pie y cortando las vendas que se habían manchado durante su alocada carrera.

—Haz lo que tengas que hacer —repuso ella con la voz impersonal.

—¡Joder! Oksana, necesito que me escuches. Las cosas no son como tú crees.

—Nunca lo son.

Se mordió los labios para no dejar escapar un taco.

—¿Te duele? —le preguntó mientras sacaba toallitas desinfectantes de la bolsa y procedía a limpiarle la tierra del pie con mucho cuidado.

—¿Qué más te da? No creo que a él le importe demasiado que tenga el tobillo lastimado.

Al escuchar aquello, Jan se sintió como si le hubiesen pegado una bofetada. Detuvo lo que estaba haciendo. Claro que ella pensaba que la iba a entregar a Bajram. ¡Joder! Era lógico.

—No vas a volver con él. ¿Me oyes? Nunca más vas a tener que trabajar para Bajram —dijo entre dientes, mirándola con fijeza.

Ella arqueó las cejas, incrédula.

—¿A cambio de qué? —terminó por preguntar—. ¿Quieres echarme un polvo?

Rechinó los dientes al escucharla hablar de manera tan vulgar. No iba nada con ella.

—A cambio de nada, joder. Yo no soy así. ¿Acaso he intentado aprovecharme de ti estos días?

—No sabías quién era —contestó ella con gran seguridad—. Me tenías pena porque era una pobre muchacha desvalida que habías encontrado en la carretera. Pero ahora ya sabes quién soy. Ahora sabes que soy la chica de Bajram. Y él es tu jefe... ¡No lo niegues! —le interrumpió con más energía de la que había mostrado hasta el momento—. Te he visto en el club más de una vez. Sé quién eres y lo que haces para él.

Jan notó cómo los músculos de su cuello se tensaban, pero no dijo nada. Le vendó el tobillo. Después le limpió los nuevos arañazos que se había provocado en su huída, sacó la pomada y procedió a cubrirlos con ella. Actuaba con delicadeza, aun así se dio cuenta de que ella tenía las manos agarrotadas sobre los muslos.

—Tenemos que hablar —dijo al fin con voz grave.

—No tenemos nada de qué hablar. Solo quiero saber qué va a pasar ahora. ¿Me vas a llevar con Bajram o a partir de ahora te sirvo a ti en exclusiva? —La pregunta estaba cargada de sarcasmo, pero también de algo más que no supo identificar, quizá angustia.

Exasperado, se incorporó y se dio la vuelta. Se pellizcó el puente de la nariz tratando de encontrar las palabras adecuadas. Terminó por pasarse las manos por la nuca antes de girarse y mirarla. Por muy desvalida que le hubiera parecido allá fuera, tumbada bajo el naranjo, golpeada y sollozante, parecía haber una extraña fuerza en su interior que ahora se reflejaba en sus ojos.

—Ni te voy a llevar con Bajram ni me sirves a mí en exclusiva. — Al ver su gesto escéptico perdió un tanto los nervios—. ¡Joder,

Oksana! —exclamó—. Si ni siquiera te veo como una mujer —mintió.

Ella no dijo nada. Le miraba con desconfianza.

—Te llevo a tu habitación —masculló de pronto. Quería alejarse de ella. Necesitaba pensar.

La volvió a levantar en brazos y ella se dejó hacer, aunque permaneció completamente rígida. Antes no se había dado cuenta, pero un ligero aroma a champú le entró por las fosas nasales. Tuvo que contener el impulso de cerrar los ojos y aspirar hondo... La depositó sobre la cama y se incorporó. Vaciló unos instantes.

—Voy a entrenar —dijo al fin, cortante—. Si me necesitas estaré en la parte de atrás, en el cobertizo. Grita. Te oiré.

Ella había girado la cabeza y miraba en otra dirección. Ignorándole.

Jan se dio media vuelta y abandonó la habitación. La ira le ardía en la garganta.

* * *

Oksana dejó escapar el aire que había estado conteniendo cuando ya no pudo oír sus pasos. El sonido de la puerta de entrada cerrándose de golpe le indicó que se había marchado. De pronto, toda su sangre fría y su indiferencia desaparecieron como por encanto. Suspiró, derrotada.

No sabía qué pensar ni qué creer.

Las horas que había pasado llorando tirada en la tierra no le habían servido de nada, reconoció. Lo único que había conseguido había sido un dolor de cabeza punzante y más dudas. Nada cuadraba. Estaba claro que Jan no le había dicho la verdad. No trabajaba en un estudio de tatuajes. Había intentado recordar qué era lo que sabía de él, qué había oído de los otros del club... pero solo se acordaba de que alguien había mencionado que era uno de los luchadores, que llevaba meses compitiendo y que al parecer era bueno. Le estaba haciendo ganar mucho dinero a Bajram. ¿También trabajaba sirviéndole de guardaespaldas? No lo sabía.

La imagen de matón no terminaba de encajar con el hombre que ella había conocido durante los últimos días. Ese hombre preocupado, atento, cuidadoso, tierno incluso, que se había comportado con ella como un amigo, que en ningún momento había

intentado propasarse ni le había hecho ninguna insinuación estúpida... No era como los otros...

Enterró la cara en las manos y gimió con suavidad. Una amarga risa surgió de su garganta al recordar lo tonta que había sido, imaginándole con facciones bondadosas, con los ojos y el pelo castaños y una sonrisa agradable.

Bozhe! Kakaya mechtatel'nitsa!^[52]

Nada más lejos de la realidad. Tenía un aspecto brutal y violento.

Su inútil carrera le había costado las últimas fuerzas que le quedaban. Notaba los párpados pesados y el dolor de cabeza cada vez más persistente. De buena gana se hubiese tomado un calmante, pero el simple hecho de pensar que tenía que llamarle y pedirle ayuda o salir del dormitorio y encontrarse con él de frente...

¡No! No quería verle.

Se giró y adquirió una postura más cómoda. Le ardían los ojos y tenía ganas de llorar, de nuevo. Después de haber pasado ocho meses sin poder derramar ni una sola lágrima, parecía que últimamente era incapaz de contenerse... A duras penas se reprimió.

Al cabo de unos minutos, vencida por el agotamiento y la conmoción, se quedó dormida.

* * *

Jan pegó una doble patada lateral al saco y se apartó. Después otra doble de rodilla con la otra pierna. Luego tres puñetazos con la mano derecha y un golpe de codo con la izquierda. Se retiró sin dejar de saltar. Volvió a repetir los golpes tratando de ser más rápido todavía. Era un pobre entrenamiento el que podía hacer allí en casa, la verdad. Si estuviese en el gimnasio, donde solía entrenar, podría haber practicado técnicas de proyección o de sumisión o de *clinch*^[53], pero allí, en el pequeño cobertizo que había habilitado para ello, y a solas, solo podía pegarle el saco. Tampoco era mala cosa teniendo en cuenta que él era más un *striker*^[54] que un *grappler*^[55].

¡La chica de Bajram!

Schneewittchen...

No podía dejar de pensar en ello. Le parecía descabellado y absurdo... Apenas podía creerlo. ¡Joder! ¿Quién le habría pegado

tal paliza? ¿Ivan? Sí. Seguro que había sido él. Ivan era la mano derecha del albano-kosovar. Para hacer un «trabajito» de ese calibre, Bajram habría recurrido a Ivan, sin duda. Una furia asesina le embargó y volvió a concentrarse en el saco.

Ivan. Un puñetazo.

Bajram. Una patada.

Ivan. Un puñetazo.

Bajram. Una patada.

Y siguió tirando patadas y golpes de rodilla con salvajismo, sin pausa, con la mente ofuscada. ¿Qué podía hacer él?, se preguntaba una y otra vez. ¿Qué podía hacer él con Ivan y con Bajram?

Verdaderamente nada. *Nada.*

Rugió con fiereza.

Tenía un combate al día siguiente y no se había preparado como era su costumbre. Había de reconocer que era la primera vez que iba a enfrentarse a alguien sin estar listo, ni física, ni psicológicamente. Y se jugaba mucho. Se jugaba demasiado. No podía perder ni una sola pelea. Atacó el baqueteado saco de cuero con energía. El sudor bañaba todo su cuerpo y comenzaba a perder el resuello, pero no pensaba regresar a la casa. No todavía. Aún no había sonado el clic en su cabeza, ese que le indicaba que ya era suficiente, que ya no podía seguir adelante. Su cerebro no había alcanzado ese punto rayano en el agotamiento absoluto. Soltó un gruñido animal y volvió a golpear el saco con todas sus fuerzas, haciendo que este se bamboleara de manera violenta de la cadena que colgaba. Lo frenó con las manos, enfundadas en guantillas de entrenamiento, y apoyó la frente sobre él cogiendo aire.

«Ya. Ya has descansado bastante», se dijo al cabo de unos breves segundos.

Estaba a punto de apartarse y golpear de nuevo, cuando los gritos desde la casa hicieron que se le pusieran los pelos de punta. Echó a correr, sin preocuparse de ponerse las zapatillas, sin siquiera quitarse las guantillas, maldiciendo por lo bajo el no haber estado más pendiente, el haber estado tanto tiempo fuera. Su necedad le golpeó en la cara según se acercaba y los gritos crecían en intensidad.

En solo unos instantes había abierto la puerta de par en par y sin molestarse en encender ninguna luz había atravesado el salón y el pasillo y se encontraba junto a su cama. Al igual que las otras veces, Oksana lloraba y gritaba agitándose con violencia. Se desembarazó de los guantes abriendo el velcro con los dientes y los tiró al suelo. Se sentó en el borde de la cama, la cogió por los brazos y la incorporó para poder abrazarla con más comodidad. Sus movimientos eran rápidos y precisos; sabía lo que ella necesitaba. La acunó contra él y el sudor de sus cuerpos se mezcló. Ella seguía sollozando pero ahora lo hacía casi en silencio.

Oksana solía dejar la lámpara de la mesilla encendida y esa noche también lo había hecho. Bajó la mirada y la posó sobre su rostro, ya sin vendas, mitad iluminado, mitad en sombras. Tenía las mejillas empapadas en lágrimas y le temblaba el labio inferior. No pudo resistir la tentación. Levantó la mano y con el dedo índice se lo perfiló con suavidad. Ella dejó escapar un ligero suspiro y su aliento bañó la yema de su dedo. Él aguantó la respiración.

—Jan —murmuró.

Él se quedó muy quieto. Sus ojos recorrieron cada milímetro de su cara con avidez, tratando de descifrar algún pequeño gesto que le diese una pista de si dormía o estaba despierta. Ella hundió la cabeza en su pecho como si buscase el calor de su cuerpo y se acurrucó contra él.

Dormía.

Había pronunciado su nombre en sueños, con toda claridad...

¿Qué significaba eso?

Esa noche se quedó junto a ella más tiempo del habitual. Largo rato después de que hubiera dejado de sollozar y durmiese profundamente, él seguía allí sentado, en el borde de su cama, contemplándola y escuchando su respiración regular, rompiéndose la cabeza sobre cuál debía ser su siguiente movimiento.

Diario de Oksana Novalnyova
16 de julio – Malinovka (Ucrania)

Ya sé dónde ha ido a parar todo el dinero de mi bisabuela. Lo he descubierto rebuscando entre sus cosas. He encontrado todo, el contrato de compraventa de una casa y fotos. Al principio no podía entender cómo había podido invertirlo todo en una urbanización, pero también había una carta a mi nombre. Ha sido triste leerla sabiendo que ella ya no está conmigo. En la carta decía que esa maravillosa casa que ha comprado es para mí y que ha invertido todo el dinero en un fondo de ahorro a mi nombre.

Lo ha hecho todo por mí.

Lo triste es que mi pobre prababushka ha invertido todo su dinero en papel mojado. La sociedad cooperativa que construía la urbanización no existe y la compañía de seguros con la que abrió el fondo de ahorro, tampoco.

Lo bueno es que ella jamás se va a enterar de que la estafaron.

Llevo días llorando, desde que me he enterado de lo que ha pasado en realidad. Solo me queda una semana para irme de esta casa y todavía no he encontrado trabajo. No tengo ni idea de cómo voy a poder pagar un alquiler en otro sitio.

Ayer vendí la televisión y el lavavajillas. Hoy vienen a ver el sofá y la cama de matrimonio.

Mi bisabuela decía que en España había un dicho: Dios aprieta pero no ahoga... Pues yo estoy totalmente asfixiada ya...

No sé qué hacer...

Capítulo Dieciséis

Tenía que marcharse y Oksana no se lo estaba poniendo fácil. Había permanecido todo el día encerrada en su habitación y a pesar de que él había intentado en varias ocasiones hablar con ella, se había negado a escucharle. Era frustrante. Tampoco había querido probar bocado ni tomar los calmantes.

Se paseó nervioso por el salón. Miró la hora en el móvil. No podía esperar más. Si no salía ya, llegaría tarde. Maldijo en silencio. Era la primera vez que iba a un combate con esa intranquilidad. Ya era suficiente, se dijo. Ya le había cedido todo el espacio posible. Se acabó. Con la determinación brillándole en la mirada, se dio la vuelta y se encaminó a su dormitorio. Golpeó la puerta con el puño sin miramientos.

No obtuvo respuesta.

—Oksana, espero que estés presentable porque voy a entrar —dijo enfadado, y antes de poder arrepentirse agarró el picaporte y abrió la hoja de madera de par en par.

Estaba sentada en la cama. Llevaba puesto un vestido verde de tirantes y se había recogido el pelo en una coleta. Ni siquiera le miró, y esa actitud apática le molestó sobremanera. Parecía importarle un bledo que él hubiera invadido su privacidad.

—Tenemos que hablar antes de que me vaya.

—No hay nada de qué hab...

—Sí que lo hay —la interrumpió con más violencia de la que había pretendido—. Tengo que marcharme. Esta noche peleo.

Ella arqueó las cejas pero no dijo nada. Se encogió de hombros y ni siquiera le miró.

—Muy bien. Si esto es lo que quieres —repuso con frialdad. Se giró y miró por la ventana. Afuera apenas si se distinguían los contornos de los naranjos en la oscuridad—. No sé a qué hora volveré. Las noches de pelea suelen ser imprevisibles. Además, después me voy a pasar por el *Dancing Queen* a ver si puedo enterarme de algo.

Un gemido ahogado a su espalda le hizo darse la vuelta. Ella parecía haber reaccionado. Se había incorporado y respiraba con agitación.

—Mira, sé que ahora mismo no confías una mierda en mí. Yo tampoco lo haría si fuese tú, pero no tienes más opción que creerme. Te guste o no, estamos los dos metidos en esto.

Ella dio un paso al frente y abrió la boca como si fuese a protestar, pero pareció cambiar de opinión en el último segundo. Le miró, expectante.

—En caso de que me pase algo quiero que llames a mi hermano. —Se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó el papel donde había apuntado el número de Cas—. Él se ocupará de ti.

—Pero... —Los ojos de ella se abrieron llenos de pánico, como si de pronto se hubiera dado cuenta de lo que estaba sucediendo.

—Es poco probable que eso suceda, pero en esta mierda donde estoy metido uno nunca sabe. —Le tendió el papel—. Cógelo y no dudes en llamarle. Cógelo —insistió al ver que ella no se movía.

Terminó por hacerlo. La mano le temblaba, se percató él. ¡Maldición! No tenía tiempo para hablar con ella y tranquilizarla. Tenía que irse. Dio un paso al frente invadiendo su espacio y ella dio un paso atrás. Le miró con una mezcla de miedo y de algo parecido a la preocupación.

—Oksana —comenzó en voz baja, tratando de emplear un tono tranquilizador. Posó las manos sobre sus hombros, casi esperando ser rechazado, pero ella se mantuvo quieta—. Todo va a salir bien. Voy a volver y vamos a intentar sacarte de esta. Ya sé que no es fácil de creer y que las pruebas hablan en mi contra, pero yo también he llegado a este mundo por los motivos equivocados —vaciló—. No soy un santo, pero tampoco soy el demonio que tú crees que soy.

Ella recorrió su cara con la mirada como si estuviese buscando alguna pista de que lo que él decía era mentira.

—¿Vas a ir al *Dancing Queen*? —preguntó con un hilo de voz al cabo de unos instantes de silencio. Su acento se hacía más evidente cuando se ponía nerviosa.

—Sí. Voy a dejarme caer por allí.

Ella asintió, pero no dijo nada más. Bajó la cabeza y posó la mirada en algún lugar entre su cintura y sus pectorales. Él decidió arriesgarse. Con delicadeza le levantó la barbilla con el dedo índice de la mano derecha.

—Cuando vuelva tenemos que hablar, Oksana. Es importante. Necesito saberlo todo. No puedes seguir escondiéndote en esta habitación, pretendiendo que soy el malo malísimo y que te voy a entregar a los lobos en cuanto te descuides. —Hizo una pausa—. Tú sabes que no es así... ¡Joder!... En el fondo sabes que solo quiero ayudarte... Confía en tu instinto y olvídate de lo que has visto. A veces las cosas no son como parecen..., nada es tan sencillo.

Ella le escuchaba sin mover un músculo, sin apartar la mirada tampoco. Se humedeció el labio inferior con la lengua y Jan la soltó y se apartó de ella con precipitación. ¡Joder! La intimidad que se había creado entre ellos había hecho que un escalofrío le recorriese la espalda. Se rascó la nuca y evitó mirarla.

—Volveré cuanto antes —dijo con la voz forzada, y antes de que ella pudiera objetar nada, había abandonado el dormitorio, el salón y la casa, a gran velocidad, como si estuviese huyendo de algo...

* * *

La confusión en la que se encontraba su cerebro hizo que se quedase paralizada un par de segundos sin saber qué hacer a continuación. El ruido del motor de su coche la trajo de vuelta. Se acercó a la ventana y vio los faros traseros del todoterreno alejándose en la oscuridad. Se quedó allí hasta que el vehículo desapareció por completo. Le zumbaban los oídos por la excitación. Se esforzó por ignorar la escena que acababa de tener lugar entre ellos y se concentró en lo que verdaderamente importaba. Se había pasado el día esperando que él abandonase la casa y la dejara sola.

Iba a registrar la vivienda de arriba abajo tratando de encontrar respuestas.

Empezó en su dormitorio. No sabía qué era lo que estaba buscando: información, alguna pista que le indicase quién era él en realidad... algo... Abrió el armario y revisó su ropa. Casi todo eran vaqueros, pantalones de deporte, camisetas y cazadoras, aunque también había un traje que parecía nuevo. Metió la mano en todos

los bolsillos, pero no halló nada. Después revisó los cajones de las mesillas. Encontró una caja de metal y se sentó en la cama a inspeccionar su contenido. Había fotos. En casi todas aparecía Jan junto a los que debían ser sus hermanos. No pudo evitar comparar a los tres. Eran altos, rubios —probablemente, si Jan no se afeitase la cabeza también lo sería— y guapos, al menos atractivos. Incluso Jan, a pesar de sus rudas facciones sonreía de una manera encantadora.

Le sorprendió.

Sacudiendo la cabeza, guardó las fotos y siguió con el registro. En el suelo junto a la cama había un maletín de color plateado. Pesaba bastante. Lo abrió, excitada. Al ver el contenido, arqueó una ceja, perpleja. Había una máquina de acero, botes de tinta de diversos colores, agujas y otras cosas que no supo identificar. Eran utensilios para tatuar. Entonces no le había mentido cuando le había dicho a qué se dedicaba. Cerró el maletín, confusa, y lo volvió a poner en su sitio. Recorrió la estancia con los ojos y no encontró nada más. No había más muebles dónde mirar.

Se dirigió al salón. Estaba tan espartanamente amueblado como el propio dormitorio. Se encaminó a la estantería que cubría toda la pared. En la parte izquierda, aparte de un equipo de música, solo había libros de todo tipo, desde novelas en formato bolsillo hasta manuales y guías deportivas, incluso álbumes de fotos. Sacó uno al azar con curiosidad manifiesta y lo abrió. La imagen de un jovencísimo Jan con pelo y una nariz perfecta la saludó desde la primera página. Abrió los ojos, sorprendida. Se acercó a la mesa y tomó asiento sin poder apartar la mirada. El chico de la imagen se parecía muchísimo al joven que ella había visto en la otra foto, al hermano pequeño. Pero este era Jan, sin duda. Esos ojos solo podían ser de Jan. Tenía los ojos... bonitos. Estaba desnudo de cintura para arriba y no presentaba los músculos que tenía ahora, ni tampoco los tatuajes. Estaba cubierto de sudor y aunque parecía agotado, una gran sonrisa curvaba sus labios. Una sonrisa espléndida y feliz. Se señalaba con el dedo índice el aparatoso cinturón de cuero y metal que llevaba a la cintura. Debía de haber ganado una competición, aventuró Oksana. Había visto algún que

otro combate de lucha por la tele y sabía que esos cinturones se los entregaban a los ganadores.

«Así que esa es la razón por la que pelea para Bajram..., hace años se dedicaba a eso...», dedujo.

Pasó la hoja y más fotos similares fueron apareciendo. En algunas estaba él solo, en otras, acompañado por su hermano — ¿Cas?— y un adolescente desgredado. También aparecían sus padres.

Ese chico sí que tenía el rostro acorde con la voz agradable que ella había asignado a su apuesto rescatador. Se preguntó qué habría sucedido para que hubiese cambiado tanto... para que hubiera terminado trabajando para Bajram. Si se guiaba por las fotos no encajaba en el perfil.

Volvió a dejar el álbum en su sitio. Acarició el lomo de los otros, pero desechó la idea y siguió registrando el resto de la estantería, pero ya no lo hacía con la misma dedicación. Estaba pensativa. En un cajón encontró un sobre con dinero. Lo sacó y lo contó. Había ochocientos euros en billetes de cincuenta. No era una gran cantidad, pero suficiente como para sobrevivir un par de días. Vaciló. Tenía un móvil. Podía llamar a un taxi y marcharse de allí. Irse a... a... ¿adónde? Dejó escapar un pequeño suspiro exasperado. Eso, ¿adónde? Sin documentación —su pasaporte estaba en posesión de Bajram—, sin conocer a nadie, con unos míseros billetes en el bolsillo y sin saber en quién podía confiar... Ni siquiera se atrevía a ir a la policía.

Volvió a dejar el sobre en su sitio. Siguió buscando en el resto de cajones y estantes, pero su actitud había cambiado. Se mordió la parte interna de la mejilla, insegura. Ya ni siquiera sabía qué narices estaba haciendo. Encontró unas cuantas facturas en otro cajón a nombre de Jan Landvik. El apellido parecía noruego. Al menos en eso tampoco había mentido.

Por fin, en el último cajón descubrió un portátil. Se lo llevó a la mesa y se sentó frente a él. Lo encendió. Quizá necesitase una contraseña para entrar, reflexionó. Pero no, la pantalla se iluminó sin problemas. No parecía que Jan tuviese mucho que ocultar, la verdad; había dejado su portátil sin contraseña a su alcance. La conexión a internet también funcionaba. Lo primero que hizo fue

buscar su nombre. Aparecieron unas cuantas entradas. Sí, había sido luchador hacía años en Alemania, como las fotos del álbum ya le habían mostrado. También había una página web de un estudio de tatuajes: *El quinto pecado*, que le mencionaba. Pinchó sobre ella y vio un par de fotos en las que aparecía él, tatuando. El maletín del dormitorio ya le había mostrado su equipo de tatuar y el verle allí, en lo que parecía ser su estudio, la convenció del todo. Cerró el portátil y apoyó los codos en la mesa y la barbilla sobre sus manos entrelazadas.

Meditó sobre lo que había sucedido en el dormitorio, sobre lo que él le había dicho...

Ya sé que no es fácil de creer y que las pruebas hablan en mi contra, pero yo también he llegado a este mundo por los motivos equivocados.

Quizá debía escucharle y no juzgarle tan a la ligera. Le parecía chocante que alguien como Jan hubiera acabado metido en todo aquello. Todo lo que había encontrado indicaba que no le había mentado. Dejó vagar la mirada por la mesa y sus ojos se posaron sobre el trozo de papel donde él le había apuntado el teléfono de su hermano. Ni siquiera se había dado cuenta de que lo había dejado ahí. Alargó la mano y lo cogió. Lo miró sin verlo. Una frase comenzó a resonar en su cabeza con insistencia.

En caso de que me pase algo quiero que llames a mi hermano. Él se ocupará de ti.

Se le puso la carne de gallina. Había estado tan ocupada con sus propios pensamientos y desconfiando de él, que no se había dado cuenta del verdadero significado de aquellas palabras y de por qué le había dejado ese papel.

¡Podía no regresar!

—No... —murmuró en voz alta. El sonido de su propia voz la sobresaltó—. Claro que va a volver. No puede ser de otra manera. Tenemos que hablar... —Un tinte desesperado se había colado en sus palabras—. No seas tonta. Es solo una pelea y él ya ha peleado antes, ¿no? Lleva tiempo metido en esto..., no es un principiante.

Pero no pudo evitar pensar en lo otro que había dicho, que después de la pelea iba a ir al *Dancing Queen* a tratar de averiguar algo, a hablar con Bajram...

No, no, no... no podía pasarle nada... Abrió el portátil y se fijó en la hora que aparecía en la pantalla. Era pasada la medianoche. Hacía por lo menos un par de horas que se había marchado...

Estrujó el papel en la mano deseando no tener que hacer uso de él.

Capítulo Diecisiete

Por segunda vez aquella noche su espalda golpeó contra la lona acolchada del octágono. Antes de que el capullo del holandés le pudiese atrapar con una técnica de sumisión y hacerle una montada, se retorció como una anguila y consiguió zafarse y ponerse en pie de nuevo.

El cabrón de su contrincante, que ni siquiera era un *striker*, había conseguido propinarle dos buenos golpes, uno en la cabeza a la altura de la sien, y otro en la cadera. Y le había derribado dos veces ya. Si seguía así de idiotizado y no estaba más atento iba a terminar muy mal. Se apartó de un salto y mordió con fuerza el protector bucal al sentir un pinchazo en la cadera. El otro no le dio tregua, se abalanzó sobre él tratando de colocarle un *takedown*^[56] bastante sucio, pero él hizo un *sprawl*^[57], plantando las piernas firmemente sobre el suelo y echando el cuerpo hacia delante para evitar ser derribado de nuevo. Consiguió apresarle la cabeza debajo del brazo e intentó hacerle la guillotina, pero el hijo de puta logró escapar de una manera casi imposible.

Estaba exhausto. La pelea duraba ya casi veinte minutos y los efectos se manifestaban de manera muy patente en su agotado cuerpo. Los gritos y silbidos del público llegaban a él distorsionados por el pitido que el golpe en la sien le había provocado en el oído. Trató de alcanzar a su oponente con una patada entre las piernas. Era un golpe no reglamentario en los circuitos, pero allí todo valía. El alcance de su pierna era bastante impresionante, de unos ciento quince centímetros, y estuvo a punto de acertar blanco a pesar de que el otro trataba de guardar las distancias. No obstante, en el último segundo el holandés hizo un giro y el golpe terminó por aterrizarle en el muslo, sin provocar un gran daño.

¡Mierda!

No iba a resistir mucho más. Le pesaban todos y cada uno de sus treinta y cuatro años como si llevara treinta y cuatro rocas cargadas a la espalda. Y el holandés de los cojones parecía tan

fresco como una lechuga. Claro que no tendría más de veintidós o veintitrés años.

No tenía ni idea de donde narices había salido el puño y de cómo había podido colarse por su guardia, pero de pronto notó el trallazo en plena cara. El dolor le agujereó el cerebro y la sangre comenzó a manar a borbotones de su ya maltrecha nariz. Trastabilló hacia atrás, atontado, hasta que su espalda encontró la red externa del ring. Soltó un exabrupto entre dientes. Esperaba que no se le hubiera roto la nariz de nuevo; ya le habían extraído una gran parte de cartílago en la última operación.

El idiota del holandés, en vez de rematarle, que era lo que hubiese hecho él sin dudarle un instante, se encaramó a la red y jaleó al público, como si se considerase el vencedor del combate.

«Sí. Es un veinteañero estúpido», pensó Jan con ironía al tiempo que agitaba la cabeza para despejarse.

En un segundo se había aproximado al chico por la espalda, en otro le había hecho una proyección tirándole al suelo, y en otro más se había sentado sobre él a horcajadas, haciéndole una montada. Tres segundos y era suyo. Metódicamente comenzó a golpearle con toda la potencia de sus puños —que no era poca— en la cara, en el cuello y en los hombros... Por más que el otro intentó zafarse y defenderse, ya era tarde. La fuerza de las piernas de Jan le mantenía sujeto al piso como si tuviese la espalda cubierta de pegamento.

Imposible escapar de la lluvia de golpes de Jan «Eismann» Landvik.

La sangre del muchacho pronto salpicó la lona y un último golpe sobre la tráquea le hizo darse cuenta de que ya no había nada que hacer. Comenzó a golpear el suelo con la palma de la mano, rindiéndose. Jan, al ver el gesto, se incorporó con el hielo en la mirada. No disfrutaba pegando a alguien así, pero era lo que tocaba. Si el holandés le hubiera derribado a él, habría hecho exactamente lo mismo.

Ignorando a Luis, que se había acercado a levantarle el brazo y proclamarle campeón, se acercó donde había dejado su toalla. Tenía que colocarse la nariz, que le dolía horrores. No era la primera vez que realizaba ese procedimiento y sabía que debía hacerlo

cuanto antes. Se la sonó con la toalla, tratando de no soltar un gemido. Luego se llevó las manos a la parte superior y haciendo un triángulo con ellas las arrastró lentamente hacia abajo, hasta que sin lugar a dudas supo que el tabique estaba en su sitio. Ahora solo tenía que ponerse hielo y tomarse un analgésico.

Salió del ring entre aplausos, vítores y gritos. Soportó como pudo las palmaditas en la espalda y las felicitaciones de rigor. ¡Joder! Estaba aturdido... El dolor de cabeza que no le había visitado durante días comenzaba a hacer su aparición. El golpe en la sien no le había sentado nada bien. Ya podía irse olvidando de pasar por el *Dancing Queen* aquella noche. No podía ir en ese estado.

Solo quería irse a casa...

Quizá, si tenía suerte, Oksana le curase sus heridas, pensó con sarcasmo.

* * *

Eran las dos de la mañana y toda ella era un puro manojito de nervios. No sabía si era normal que él tardase tanto, si las noches de pelea se alargaban hasta las tantas o si se había entretenido en el *Dancing Queen*. No recordaba qué hora era cuando le había visto en el club aquella noche hacía semanas. Había estado tentada de llamarle, pero se había contenido. Quizá le molestase en un momento inoportuno.

Durante la agonizante espera había buscado a Bajram en internet. No había mucha información sobre él, apenas un par de entradas en las que se le mencionaba como el dueño de un bar: el *Capricho* y de un pub: el *Rock and Stars*. También había una noticia bastante nueva en la que aparecía su nombre como uno de los inversores de una torre de apartamentos. No había podido encontrar nada más. Estaba claro que le gustaba el anonimato; dedicándose a lo que se dedicaba tampoco era de extrañar. Frustrada, había apagado el ordenador y había ido a la cocina a prepararse un sándwich, aunque tenía los nervios tan a flor de piel que apenas había podido comer dos bocados.

Los últimos minutos estaban resultando los peores. Había apagado la luz y estaba sentada en el sofá, en la oscuridad. Su mente se había empeñado en conjurar imágenes siniestras sobre lo que podría haberle sucedido a Jan en la pelea o después en el club.

Se imaginaba su cuerpo cubierto de sangre sobre la lona de un ring... y luego volvía a verle tendido en el suelo del despacho de Bajram, también cubierto de sangre. Quizá el albano-kosovar había averiguado quién la había ayudado y había ordenado a Ivan que se deshiciese de él... Le entraban sudores fríos de solo pensarlo...

Volvió a mirar la hora en el móvil. Eran las dos y cinco. Nunca el tiempo había pasado tan despacio. Se prometió a sí misma que si a las dos y cuarto no había sabido nada de él, le llamaría.

La luz de los faros de un coche iluminó la estancia e hizo que su corazón estuviera a punto de detenerse. Se acercó a la ventana. Soltó un suspiro aliviado al ver su vehículo. Se alejó y trató de recuperar la compostura antes de acercarse a la lámpara de pie que había junto al sofá y encenderla. El salón se bañó en una suave luz amelocotonada.

La puerta se abrió y ella se dio la vuelta dispuesta a saludarle con cierta frialdad. No deseaba que él supiese que había tenido el corazón en un puño durante su ausencia. Pero el *hola* que había estado a punto de murmurar nunca llegó a materializarse. Al ver su cara se llevó la mano a la boca, espantada.

—Sí, ya sé que no estoy muy atractivo, pero no creo que haya una gran diferencia con mi aspecto anterior —dijo con hosquedad, cerrando la puerta a su espalda. Evitaba mirarla.

—¿Qué ha pasado?

Él tenía la nariz hinchada y la parte inferior de los ojos comenzaba a amoratarse. También su sien presentaba un bulto de tamaño considerable.

—He sido demasiado lento —respondió al tiempo que se encogía de hombros.

—¿Quién te ha curado? —le preguntó viendo que llevaba algodones en los orificios nasales.

Soltó una carcajada desagradable. Se dirigió a la mesa y tiró la mochila sobre ella. Se movía con dificultad, no como solía hacerlo.

—El doctor Landvik, me temo. El doctor Jan Landvik —repuso señalándose a sí mismo con los pulgares. Seguía sin mirarla. Estaba actuando de una forma muy rara.

Ella arqueó las cejas. Vaciló unos instantes pero finalmente se dio la vuelta y se dirigió al baño. Abrió el armario de debajo del

lavabo y sacó la bolsa donde Jan guardaba las vendas y las cremas que utilizaba para curarla. Regresó al salón. Él estaba de pie con las manos apoyadas sobre la mesa y la cabeza baja.

—Ven —murmuró, haciendo un gesto hacia el sofá—. Déjame que le eche un vistazo.

La miro con sorpresa, pero no dijo nada. Con lentitud y algo renqueante se acercó.

—¿Vas a hacer de enfermera? —le preguntó, y se dejó caer pesadamente sobre el sofá. Una mueca de dolor asomó a su cara.

—¿Tú qué crees?

Él no respondió. Se recostó contra el respaldo y cerró los ojos. Parecía extenuado. Se le quedó mirando, algo indecisa. Si era sincera consigo misma no sabía por dónde empezar.

—No he ido al *Dancing Queen* —dijo él de pronto con un tinte culpable en la voz—. No estaba en condiciones de hablar con nadie, como ves...

—Ahora no te preocupes por eso —repuso ella.

Dudó un instante, pero terminó por ir a la cocina. Regresó con una fuente de cristal llena de agua caliente y un paño, que dejó en la mesita.

—Voy a lavarte primero. Espero no hacerte mucho daño.

Él resopló.

—No te preocupes demasiado. La nariz ya me la he colocado yo antes. Además, no es la primera vez.

Ella no dijo nada. Se sentó en la mesa baja frente a él, justo entre sus piernas. Mojó el paño en el agua jabonosa y con mucho cuidado procedió a lavarle los restos de sangre que presentaba su cara. Él no movió ni un músculo, pero un pequeño gemido se escapó de sus labios al primer contacto.

—¿Te hago daño?

—No —respondió tajante. Seguía con los ojos cerrados—. Más bien lo contrario —añadió con voz ronca.

Oksana siguió frotando con cuidado, delineando con el paño todos los contornos de su rostro. No se detuvo en la hinchada nariz, también le acarició la frente, las mejillas y la barbilla, consciente de que no era necesario, de que allí no había manchas de sangre que limpiar, pero fascinada por esas duras facciones, que aun relajadas,

parecían cinceladas en piedra. Su mano se detuvo a meros milímetros de sus labios. Eran más carnosos de lo que parecían a simple vista. De pronto deseó no tener ese paño húmedo en la mano y poder rozar con sus dedos desnudos la curva de su boca.

Se incorporó con brusquedad, como si de pronto se hubiera dado cuenta de lo que había estado pensando. Se aclaró la garganta, nerviosa. Él ni siquiera había abierto los ojos, ignorante de que ella había estado a punto de hacer una estupidez. ¿Qué narices le pasaba? ¿Estaba tonta?

—Voy a quitarte los algodones. No quiero hacerte daño — murmuró. Le temblaban las manos y dejó el paño a un lado.

Él abrió los ojos y los clavó sobre los suyos. Le brillaban de una manera casi imposible.

—Déjalo. Yo lo haré.

Ella no protestó, se echó hacia atrás y le miró fijamente, con el pulso alterado. Él se inclinó hacia delante y sin apartar la vista se quitó los sangrientos algodones de la nariz, dejándolos después sobre la mesa.

—¿Está rota?

—Probablemente —repuso él.

—Debería verla un médico.

—Sí, debería —respondió en voz baja. Seguía con la mirada fija en su rostro en sus ojos. La bajó hasta sus labios y ella se dio cuenta de que se le dilataban las pupilas. Un curioso calor se expandió por todo su cuerpo. Controló el impulso de lamerse los labios con nerviosismo.

—Voy... voy a... ponerte algo de crema antiinflamatoria...

—Sí. Hazlo.

Casi a tientas rebuscó en la bolsa y halló el tubo de pomada. Con dedos inseguros lo abrió. Desvió la mirada, cortando de golpe el nexo invisible que se había creado entre ellos...

—Cierra los ojos —susurró, y su voz sonó invitadora y sexi..., seductora incluso. Se mordió los labios, mortificada; ella no había pretendido eso.

Él la obedeció. Cerró los ojos y se acercó todavía más a ella. Oksana contuvo el aliento. Sin dejar de mirarle se puso un poco de crema en el dedo índice y con mucha suavidad comenzó a

extenderla por la parte superior de su nariz, por sus pómulos y por su sien. Él entreabrió los labios y dejó escapar un pequeño suspiro placentero.

Ella retiró la mano como si se hubiera abrasado con un hierro candente y se echó hacia atrás, apartándose de él todo lo que pudo, que no era mucho.

—Creo... creo que ya... ya está —tartamudeó. Cerró el tubo de crema y, carraspeando, trató de encontrar su voz normal, la apática y fría—. ¿Algún golpe o herida más?

Él vaciló. Parecía querer decir algo pero negó con la cabeza.

—El resto ya puedo yo.

—No seas tonto —dijo ella chasqueando la lengua. Se irguió y le miró con severidad—. Vamos, Jan. ¿Dónde más?

—En serio, no es para tanto. Dame la crema y ya lo hago yo —trató de convencerla. Sonaba ¿incómodo?

—No seas cabezota —insistió ella, más decidida que nunca a seguir adelante.

Él resopló y giró la cabeza hacia un lado, como si estuviese luchando consigo mismo.

—Está bien —murmuró al fin—. Es un golpe en la cadera.

Oksana pestañeó dos veces antes de responder.

—Entonces es mejor que te tumbes en tu cama. Yo voy a limpiar esto. Ve tú y ahora voy yo —habló con firmeza, como si el hecho de tener que embadurnarle la cadera no le importara lo más mínimo, cuando en realidad el corazón le daba saltos en el pecho.

Él entornó los ojos y sus facciones se endurecieron de pronto, y ella se preguntó por qué. ¿Acaso el roce de sus manos le resultaba tan desagradable?

—Perfecto —dijo, y se incorporó con cierta dificultad. Sin volverse a mirarla se encaminó hacia su dormitorio, cojeando.

Oksana le observó partir con una mezcla de aprensión e inquietud. Se sentía rara cerca de él. Ya le había sucedido antes, el día que la llevó a pasear hasta el campo de lavanda. Nunca antes le había pasado eso, que un hombre la dejase sin aliento, la convirtiese en un mar de nervios... Hacía solo un par de horas había pensado en él como un vulgar matón y ahora... ¿eso? No lo entendía.

Lo recogió todo con rapidez y se internó en el pasillo. Contó hasta diez en silencio delante del dormitorio. La puerta estaba entornada y dudó sobre si llamar o no. Agarrando con demasiada fuerza el tubo de pomada, terminó por golpearla con vigor, de manera que se abrió lentamente.

—Puedes pasar. —Escuchó su voz amortiguada, y cuando entró se dio cuenta de que tenía la cara enterrada en la almohada.

Se detuvo en el umbral y estuvo a punto de dejar caer el linimento al suelo. Un *casi-del-todo-desnudo-muy-musculoso-muy-tatuado* Jan yacía sobre la cama. Solo una pequeña toalla blanca le cubría las caderas y el trasero. Estaba tumbado boca abajo con los brazos doblados y las manos debajo de la cabeza, que levantó para poder mirarla.

—Estoy preparado —dijo en un murmullo.

«Pero yo no», pensó ella.

—Tienes muchos tatuajes —soltó con aspereza. La verdad era que se había quedado sin palabras. Jamás había visto algo parecido.

—Unos cuantos. ¿No te gustan?

Titubeó antes de contestar. ¿Le gustaban? Francamente no.

—No mucho —repuso acercándose a la cama.

—Eso es porque no los has visto bien. Son una obra de arte.

—Si tú lo dices... —Tenía que esforzarse por mantener la compostura y no mirarle embobada. Se sentó en el borde de la cama, su cadera casi rozando la de él—. ¿Dónde es? ¿Dónde te han golpeado? —preguntó con fingida indiferencia.

La expresión de su cara cambió de repente.

—Oksana, si esto te resulta incómodo no hace falta que lo hagas —le dijo con voz ronca—. Puedo ocuparme...

— Necesitas mi ayuda y aquí estoy —le interrumpió ella, cortante—. Tú hiciste lo mismo por mí.

Él no volvió a insistir. Enterró la cara en la almohada.

—¿Es esta la cadera? —preguntó.

Agarró el borde de la toalla y la apartó. Más tatuajes quedaron al descubierto. La dejó caer al descubrir que también su glúteo estaba completamente cubierto de tinta. Recriminándose en silencio su reacción, volvió a cogerla y la colocó de tal manera que le cubriese

el trasero y que solo la cadera quedara desnuda. Le temblaba la mano.

—Sí, es esa. —Sonaba tirante.

Abrió el tubo de pomada y se esparció una generosa cantidad en la mano. Sin pestañear apenas la posó sobre la piel de colores. Los músculos de él se tensaron bajo su palma.

—¿Te duele?

—No. —Su voz llegó hasta ella, estrangulada.

Comenzó a extenderla con cuidado. La sensación de esa piel cálida y suave le provocó un agradable calor en la palma de la mano. Alzó la mirada y se percató de que él no la miraba, así que se relajó un tanto. La curiosidad pudo con ella y se inclinó para distinguir mejor los contornos del tatuaje que estaba masajeando. Parecía un guerrero, pero la tenue luz de la lámpara de la mesilla no dejaba apreciarlo con claridad.

Él gimió y ella retiró la mano, sorprendida.

—¡No! No te retires..., sigue... —la instó él con voz ahogada.

—¿Te alivia? —Ella continuó con el suave masaje.

Él tardó en contestar.

—Sí... sí, me alivia... —repuso, aunque el tono de su voz parecía más de sufrimiento que de otra cosa.

Siguió unos minutos más. De vez en cuando, él soltaba algún jadeo y ella trataba de no presionar demasiado. Si era sincera consigo misma estaba disfrutando del masaje más de lo que debería. Se limitaba a frotar solo la zona que él le había indicado, pero no podía evitar que sus ojos le recorriesen de arriba abajo una y otra vez. Se deleitó con su atlética espalda parcialmente tatuada y con sus fuertes muslos; solo el derecho tenía tatuajes. Pero sin duda, su mirada se detuvo más de lo necesario sobre su trasero, apenas cubierto por la toalla. Jamás había visto algo así al natural. Y menos todavía había podido disfrutar de un tacto semejante: duro pero suave... Era como acariciar una estatua de bronce que hubiese estado al sol... Una experiencia insólita y fascinante a la vez.

Estaba deslumbrada y al mismo tiempo llena de desconcierto.

¿Por qué el tocarle le resultaba tan placentero cuando hasta el más mínimo roce de otros le incomodaba? Y ¿por qué había decidido confiar en él después de haber descubierto que no había

sido del todo sincero con ella? ¿Acaso se le había olvidado para quién trabajaba?

No tuvo oportunidad de seguir divagando. Un suave ronquido llegó hasta sus oídos. Se había quedado dormido. Retiró la mano con lentitud y cogió la toalla para volver a cubrirle.

Pero no pudo resistirse...

Sintiendo cómo le ardía la cara y lanzándole furtivas miradas de reojo, levantó la pieza de tela y admiró su trasero. Aspiró hondo. El glúteo que no estaba tatuado era fuerte y musculoso y el otro era... increíble. El tatuaje que lo cubría representaba la cabeza de una mujer con un casco alado. Era tan realista que se sintió tentada de pasar el dedo por los contornos... ¿se atrevería a hacerlo?

No.

Sí.

Acarició con suavidad las alas del casco, el cabello rubio ensortijado y los pómulos de la bella imagen. Era perfecta...

Él se estremeció de repente... y ella se apartó con rapidez dejando caer la toalla. Se levantó con precipitación, horrorizada por su comportamiento. Abandonó el dormitorio a toda velocidad, como si una jauría de perros furiosos fuera en pos de ella.

Capítulo Dieciocho

Se desperezó con lentitud, con la sensación de haber soñado algo muy agradable. Su mano vagó hasta su entrepierna y se acarició con suavidad. Tenía una erección de caballo, y hacía tiempo que no le pasaba eso. Se agarró con firmeza y disfrutó de su propio contacto, todavía en un estado de semiinconsciencia...

De repente ciertas imágenes se agolparon en su mente como si alguien se las hubiera arrojado con saña y premeditación. La vergüenza le invadió al recordar, y la erección, que hacía un momento le había parecido algo maravilloso, se redujo de forma considerable. Se incorporó y abrió los ojos, sobresaltado.

—¡Ahhhh! —jadeó al sentir el dolor en diferentes partes de su cuerpo.

«¡Joder!»

Se dejó caer hacia atrás y se tapó los ojos con el antebrazo, emitiendo un gemido. Rememoró la escena de la noche anterior, algo alterado. Ya en el salón, cuando Oksana había comenzado a curarle y a limpiarle la sangre de la cara con el paño húmedo, había sentido cómo comenzaba a disparársele el pulso. Y luego, mientras le extendía la crema con las manos desnudas... se había imaginado que giraba la cabeza y le besaba la palma de la mano... Ni siquiera el irritante dolor de cabeza había podido evitar que se excitase. Había deseado que ella le tocara... Sentir la suavidad de sus manos sobre su piel...

La sangre volvió a acumularse entre sus piernas y soltó un nuevo gemido sofocado. Trató de pensar en otra cosa, en algo desagradable, pero no pudo evitar acordarse de la delicadeza de sus manos tocándole la cadera..., y del mal rato que había pasado tratando de ocultar cómo su miembro se había mantenido erguido durante todo el procedimiento. Apenas si había podido soportarlo. Se había mordido los labios y enterrado la cara en la almohada, aguantando estoicamente su delicioso contacto. Había decidido fingirse dormido..., y entonces había llegado lo peor. Oksana le

había tocado el trasero con extrema suavidad; apenas había sido un roce de sus dedos como el aleteo de una mariposa.

Se había estremecido de placer...

Y ella había huido.

Se había quedado allí, tumbado sobre una erección tan dura como una piedra, maldiciéndose en silencio por ser tan débil... Gracias a Dios los calmantes habían hecho su efecto y no había tardado en quedarse dormido.

«Hace demasiado tiempo que no te acuestas con nadie», escuchó su propia voz dentro de su mente.

La última vez había sido hacía un año o así, un rollo de una noche con una inglesa, si mal no recordaba. En la habitación del hotel de ella. Y después nada más. Los últimos meses había estado tan ocupado con los entrenamientos y con todos los problemas que tenía en la cabeza que se había olvidado del sexo, al menos del sexo compartido. El sexo consigo mismo era algo que practicaba con asiduidad.

Y algo que iba a tener que practicar esa mañana, al parecer.

Resopló.

Con cuidado para no lastimarse se levantó de la cama. Cogió el móvil que había dejado en la mesilla la noche anterior y miró la hora. ¡La una! Pero ¿cómo cojones había dormido hasta tan tarde? ¿Y ella? ¿Dónde estaba ella? A toda prisa se puso los pantalones de deporte y abandonó el dormitorio. El sonido de alguien trajinando en la cocina llegó hasta sus oídos. Se dirigió hacia allí.

Oksana estaba de espaldas a él buscando algo en el armario superior. Llevaba el pelo recogido en una coleta informal y vestía unos leggins negros y una camiseta blanca ajustada. Sus ojos la recorrieron de arriba abajo y terminaron por posarse sobre el extremo de su coleta, que se balanceaba sobre las firmes curvas de su trasero. Su miembro, que aquella mañana parecía incontrolable, se levantó de nuevo.

Scheisse!

Con todo el sigilo del mundo se alejó de puntillas y buscó refugio en el baño. Cerró la puerta con cerrojo y apoyó la frente sobre la hoja de madera.

«Joder, Jan..., estás salido, tío...», se recriminó. Que su simple silueta le hubiese hecho reaccionar así no tenía ningún sentido. No estaba acostumbrado a que le sucediera eso. Tenía un autocontrol admirable y —supuestamente— nervios de acero.

Se miró en el espejo y se concentró solo en su aspecto, ahuyentando cualquier otra idea ridícula que su mente pudiera albergar. Ignorando la nariz hinchada y los ojos amarrotados, su mirada sombría se posó sobre el bulto que tenía en la sien.

Otro puto golpe en la cabeza.

Las palabras del neurólogo volvieron a resonar en su mente:

“... ETC. Encefalopatía traumática crónica... También conocida como demencia pugilística o alzheimer precoz... Una enfermedad poco conocida. No tiene un diagnóstico real... Puede producirse por golpes recibidos en la cabeza de forma repetitiva... Hay estudios que relacionan esa condición con algunos deportes de contacto. A largo plazo puede provocar pérdida de la memoria, irritabilidad, dificultades para concentrarse, conducta impulsiva, inestabilidad emocional, problemas en la visión, agresión, depresión, demencia... Los primeros síntomas son los dolores de cabeza... No hay tratamiento. No hay cura...”

Cerró los ojos.

Recordó a Jens Vogel, su antiguo entrenador, que había sido un magnífico luchador en su juventud. Se acordaba perfectamente de sus cambios de humor, de su comportamiento errático y agresivo en los últimos años. Había comenzado a beber, a tomar pastillas, y a contar por ahí que oía voces... Había caído en una depresión y finalmente se había suicidado, arrojándose desde la décima planta de su edificio. Eso había ocurrido hacía años, cuando Jan ya vivía en España y no tenía mucho contacto con él, pero el mundo de las artes marciales era un mundo pequeño, y los rumores se habían propagado. *ETC.*

Verdammt!

¡Y el puñetero especialista no había sido capaz de encontrar el origen de sus jaquecas...! Bufó. No tenía sentido atormentarse por algo que no podía cambiar. Era demasiado tarde. Las cartas ya se habían repartido y a él le había tocado jugar con esas. Haría lo que pudiese para ganar la mano con la suerte que le había caído.

Solo un combate más y se acabó.

Sacudiendo la cabeza se quitó el pantalón. Ni siquiera sus lúgubres pensamientos habían conseguido que su erección desapareciese del todo. Se encaminó a la bañera, dispuesto a solucionar el problema. Reguló el agua y dejó que el chorro le cayese sobre la nuca. La paliza de la noche anterior le había dejado entumecido y tardó más de lo necesario en enjabonarse. Con ansiedad se rodeó el pene con la mano derecha y comenzó a masturbarse. Un gemido ahogado rebotó contra las paredes de azulejo, pero pronto lo sustituyó por otro menos sofocado. Sabía que el ruido del agua corriendo asfixiaría cualquier otro sonido, así que se dejó llevar.

Apoyó la mano izquierda contra la pared, dejó caer la cabeza hacia delante y se concentró en satisfacerse a sí mismo. El recuerdo de Oksana, acariciándole, acudió a su cerebro y por más que trató de pensar en otras cosas, conjurar imágenes de otras mujeres que había visto en series de televisión o revistas, ella regresaba una y otra vez, ocupando su imaginación. La vio como la había visto hacía un rato en la cocina: con su magnífico cuerpo enfundado en esos leggins ajustados..., o como la vio aquella primera noche, con el vestido azul marino y el pelo recogido en un moño... Fantaseó con el roce de sus manos sobre su piel y se figuró que la mano que le tocaba era la suya.

Para su desgracia y vergüenza se excitó aún más.

Incrementó el ritmo, desistiendo de arrojarla de su imaginación. Con su nombre estallándole en los labios como un gemido, alcanzó el clímax. Un clímax extraño en el que se entremezclaron el placer y la culpabilidad. Los espasmos recorrieron su cuerpo y apoyó la frente contra la pared, sintiéndose miserable. Se engañó por unos segundos, pensando que ese momento de debilidad había sido algo único y que ya, una vez saciado su deseo, no volvería a suceder nada parecido.

Mentira.

Con la mandíbula apretada, cerró el grifo y abandonó la bañera. Se secó superficialmente y luego se enrolló la toalla a la cadera. Se dispuso a abandonar el baño y a enfrentarse a ella. Tenían mucho de qué hablar.

* * *

No estaba muy segura de si él tendría hambre o no. Aun así había preparado comida como para un batallón. Era la primera vez en meses que podía hacer algo semejante, y después de no haber pegado ojo en toda la noche, había decidido levantarse temprano y ponerse a cocinar. Al menos así había mantenido la mente ocupada con algo que no fuese lo que había sucedido la noche anterior. *Bozhe!* ¡Se había comportado de una manera vergonzosa! ¡Le había inspeccionado el culo! Le sudaban las manos cada vez que pensaba en ello. Y lo peor no era lo que había hecho, sino cómo se había sentido haciéndolo...

Escuchó el grifo del agua caliente y se tensó. Le iba a resultar difícil poder mirarle a los ojos; aunque gracias a Dios, la noche anterior él había estado dormido y no se había enterado de nada.

Se inclinó y olisqueó el *borsh s pampushkami*^[58] que había preparado. Oía muy bien. Había intentado elaborarlo como lo hacía su *prababushka*, pero le faltaban ingredientes; aun así desprendía un apetitoso aroma. Inspeccionó la fuente de los *yablochnie oladji*^[59]. También tenían buen aspecto. En otro tiempo había sido una buena cocinera. En otro tiempo y en otra vida... La nostalgia la invadió. La última vez que había cocinado un buen *borsh*, su bisabuela todavía vivía... Se perdió un rato en el pasado..., pero terminó por llevarse la mano a la frente y se la frotó con nerviosismo, como si ese gesto pudiera borrar ingratos recuerdos.

El sonido del grifo hacía tiempo que había cesado y Oksana se preguntó dónde estaría Jan. Aunque temía el encuentro, por otro lado deseaba enfrentarse a él y ver si lo que había sentido la noche anterior había sido un mero espejismo o de verdad existía cierta atracción física... Además, había muchas cosas de las que tenían que hablar... Él tenía que explicarle cuál era su papel en toda aquella historia...

Se alisó la camiseta con nerviosismo y se percató de que le había caído una gota de algo rojizo a la altura del estómago. Con un ademán de fastidio se dirigió a su dormitorio para cambiarse.

No llegó tan lejos; solo hasta la mitad del pasillo. Él acababa de salir del baño y solo una toalla, parecida a la de la noche anterior, le cubría las caderas. Se detuvo en seco, al verle. Sus traidores ojos

se clavaron en su pecho, donde una fina capa de vello rubio brillaba por las gotas de agua que se habían adherido a ella. La mitad derecha también estaba cubierta de tatuajes... Difícil apartar la mirada, aun así lo hizo. Elevó la cabeza y le miró a la cara.

—Buenos días —dijo él —, aunque casi mejor diría tardes. Tenías que haberme despertado antes. —Estaba serio.

Ella le contempló largo rato sin decir nada. Se fijó en que la hinchazón de su rostro no era tan terrible como había parecido la noche anterior.

—¿Te encuentras bien? —La pregunta abandonó su boca con sequedad y al ver su gesto hosco, en silencio se maldijo por ser tan desagradable.

—Estoy bien. Mejor de lo que pensaba —carraspeó y apartó la mirada—. Muchas gracias por ocuparte de mí anoche. Estaba hecho polvo.

—No hay de qué. Era lo que necesitabas.

—Sí, cierto.

Un insólito mutismo los envolvió a ambos. La escena estaba cargada de tensión. Oksana abrió y cerró las manos, confusa. Fijó la mirada en su cuello, que debido a la diferencia de alturas le quedaba algo por encima de su propia cabeza. No se atrevía a mirar más abajo. Su casi desnudo cuerpo le resultaba demasiado desconcertante. Él también parecía inquieto, se percató. Respiraba más rápido de lo habitual. Alzó la vista. Sus esquivos ojos se clavaban en un punto por encima del hombro derecho de ella.

—Voy a...

—¿Tienes...?

Ambos comenzaron a hablar al mismo tiempo. Un suave esbozo de sonrisa apareció en los labios de él. Ella estuvo a punto de imitarle, pero se frenó.

—Lo siento —se disculpó sin saber por qué lo hacía—. ¿Qué ibas a decir?

—Solo que voy a cambiarme y que ahora mismo salgo —repuso él haciendo un gesto con la cabeza.

De repente Oksana se dio cuenta de que estaba delante de la puerta de su dormitorio, cerrándole el paso. Se apartó casi de un salto, azorada. ¿Qué demonios le pasaba? Estaba idiotizada.

—He preparado algo de comer —dijo—. No sé si tendrás hambre...

—De lobo —exclamó él dando dos pasos hacia la puerta; antes de atravesarla se detuvo y la miró—. Muchas gracias, Oksana.

Ella asintió. No pudo evitar aspirar hondo cuando pasó a su lado. Olía bien. Una cosa estaba clara: la atracción física que había sentido por él la noche anterior no era ningún espejismo.

Se cambió rápidamente de camiseta, y mientras le esperaba, puso la mesa. Sacó servilletas de papel y cubiertos, una botella de agua y dos vasos. Sirvió el *borsh* en dos boles y colocó la fuente de los *oladji* en el centro. No era una comida excesivamente frugal, y le había llevado toda la mañana hacerla. No estaba familiarizada ni con su cocina ni con algunos ingredientes. En fin, él tendría que conformarse.

«¿A quién pretendes engañar? En el fondo estarías encantada de que le gustase lo que has preparado».

Suspiró con desaliento. Era cierto. No sabía qué había cambiado desde el día anterior pero tenía la ridícula necesidad de agradarle. ¿De impresionarle tal vez? No, eso no. No quería ir por ese camino.

—¡Qué bien huele! —Escuchó su voz a su espalda. Se giró con rapidez y le vio en la entrada del salón. Se había puesto unos vaqueros cortos y una camiseta negra.

—No es nada especial. Solo *borsh* y *oladji* —repuso, haciendo un gesto vago con la mano.

—Seguro que está estupendo. —Se encaminó a la mesa y esperó a que ella se acercase para tomar asiento—. Tiene buen aspecto.

—Es una sopa de pan y verduras —le explicó—. No tenía todos los ingredientes pero creo que es aceptable.

Él sumergió la cuchara en el bol sin muchos remilgos y probó la sopa. Ella le observaba expectante.

—¡Está buenísima! —exclamó levantando la mirada. Parecía sorprendido.

Ella estuvo a punto de sonreír, satisfecha, pero se aclaró la garganta un par de veces y no lo hizo.

—Eso son *oladji* rellenos de manzana. —Señaló la fuente que había dejado antes en el centro—. Espero que te gusten.

—¿Tú no comes?

—Sí, claro. —Cogió su cuchara y comenzó a comer, pero en el fondo no tenía hambre. Le miraba a hurtadillas, complacida en exceso al ver sus rudas facciones suavizadas por el placer que le estaba proporcionando *su* comida.

—Cocinas muy bien —rompió él el silencio al cabo de un rato.

—Me enseñó mi bisabuela —aclaró con algo de nostalgia.

—Creía que era española.

—Sí, pero se fue muy joven a Ucrania, bueno a Rusia, y fue allí donde aprendió a cocinar.

De nuevo se hizo el silencio, solo interrumpido por el sonido de las cucharas en los boles. Finalmente Oksana no pudo resistirlo más. Tenía tantas dudas y tantas preguntas que hacerle que sentía que si no comenzaba ya, se ahogaría con todas ellas agolpándose en su garganta.

—¿Por qué trabajas para Bajram? ¿Por qué luchas para él? —Retiró la sopa a un lado y apoyó los codos sobre la mesa. Le miró fijamente.

Él, que había estado a punto de llevarse la cuchara a la boca, se detuvo. La dejó en el bol y lo apartó también. Suspiró con cansancio. Parecía reacio a hablar.

—Hace un año, mi hermano pequeño, Till, contrajo deudas de juego con gente que no debía. Era más dinero del que podíamos pagar... —vaciló—. Fue Bajram el que cubrió la deuda a cambio de que pelease para él por un periodo de un año. Ese es el trato... Y el año está a punto de expirar.

Oksana le escuchaba en silencio. Sí, eso explicaba lo de las peleas, pero ¿acaso no hacía más cosas para él?

—Pero también trabajas para él de otra manera ¿no?

—Sí —repuso sin mirarla.

—Pero... ¿por qué? —le cuestionó alzando la voz—. No lo entiendo...

—No es fácil de entender.

—Entonces...

—Entonces... Nada. —Levantó la mirada y ella se dio cuenta de que el azul de sus ojos se había oscurecido—. Llegué a un nuevo trato con Bajram hace unos meses. A cambio de hacer unos

«trabajos extra» para él, podría librarme de tomar parte en algunas peleas.

Oksana se le quedó mirando sin saber qué decir. Había algo que él no le contaba. Y se preguntó qué sería. Trató de leer su rostro, pero permanecía impassible.

—Comprendo... —murmuró, pero no lo hacía. No comprendía que alguien como él hubiera accedido a entrar en ese mundo.

—No creo que lo entiendas. Ni yo mismo lo hago..., pero es igual. No puedo cambiar nada de lo que ha sucedido. Las cosas son como son y yo soy quien soy... —Hizo una breve pausa y rechinó los dientes. Los ojos le brillaban de una forma inusual—. Si no te hubiera conocido todo sería mucho más fácil, ¿sabes? —Se llevó las manos a la cabeza y elevó la mirada al techo—. Cada vez que te miro y veo las señales en tu cara... Solo pensar que trabajo para el hombre que te hizo eso... *Scheisse!*

Oksana nunca le había visto así. No había elevado la voz ni nada por el estilo, pero la tensión que agarrotó sus hombros y sus brazos era evidencia suficiente de lo alterado que estaba. Cogió el vaso de agua, pero lo volvió a depositar en la mesa al darse cuenta de que estaba temblando. Respiró hondo un par de veces antes de volver a mirarle.

—No fue él el que me hizo esto. Fue Ivan. Tampoco sé si Bajram le ordenó que fuese tan salvaje o se le fue de las manos... Las otras veces no fue tan duro... —susurró al fin.

Un rugido surgió de la garganta de Jan, al tiempo que las venas se le hinchaban en el cuello. Al parecer el hombre calmado y paciente también era capaz de perder la calma y la paciencia.

Oksana se levantó precipitadamente, temerosa de que él dijera o hiciera algo que derrumbase el muro protector de indiferencia que se esforzaba por mantener erguido frente a ella.

—Voy a preparar té para tomar con los *oladji*.
Y huyó a la cocina.

Capítulo Diecinueve

Jan inspiró y espiró varias veces con los ojos cerrados tratando de calmarse. El escuchar de los labios de ella que no era la primera vez que recibía una paliza, y a manos de Ivan, nada menos, le había llenado de rabia. ¡Joder! ¡Él se relacionaba con Ivan! Hablaba con él; habían bromeado alguna vez, incluso... Una sensación amarga y desagradable se esparció por su cuerpo. Esperó unos segundos mirando la silla que ella había dejado vacante. Se había marchado tan deprisa que su servilleta se había caído al suelo. Se levantó y la recogió. La estrujó entre sus manos, irresoluto, pero finalmente tomó una decisión.

La arrojó sobre la mesa y fue tras ella.

Estaba de espaldas y tenía las manos apoyadas en la encimera. Todo su cuerpo semejaba estar en tensión, desde sus suaves y delgados hombros hasta sus pies, descalzos como los de él mismo.

No tenía ni idea de qué podía decirle. Parecía tan frágil en ocasiones y tan fuerte en otras. Se sentía un poco perdido.

—Creo que si el agua sigue hirviendo de esa manera va a desaparecer del todo —dijo, y nada más hacerlo se arrepintió de sus palabras; habían sonado ridículas.

Ella se dio la vuelta y le miró. No estaba sorprendida, parecía haber sabido que él se encontraba a su espalda.

—Tienes razón —murmuró. Y apartó el cazo del fuego, apagándolo después. Volvió a mirarle y sus labios se curvaron en una tímida sonrisa.

—Me gusta cuando sonríes —musitó él en voz baja, acercándose.

Se puso seria, de repente.

—No he tenido muchos motivos para sonreír últimamente, la verdad —lo dijo sin especial amargura, expresando una realidad.

—Cuéntamelo —dijo él en voz queda.

Ella levantó la mirada y el dolor que vio reflejado en sus ojos le atravesó como un puñal. En un impulso alargó la mano y le acarició

la mejilla.

Ella no se apartó.

—Es mucha carga para ti. ¿Por qué no la compartimos? Mírame. —Se señaló a sí mismo con la otra mano—. Yo soy fuerte —trató de bromear—, podré con ello...

Una chispa apareció en sus ojos. Seguía sin apartarse, dejando que la mano de él acunase su mejilla.

—Supongo que ya es hora. Este momento tenía que llegar —susurró resignada.

—Sí.

Un silencio para nada incómodo siguió a esta palabra.

Entonces comenzó a hablar. Allí de pie, en su cocina, le contó todo. Con voz fría e impersonal le relató cómo había llegado a España hacía ocho meses para encontrarse con que el trabajo que le habían ofrecido no existía, y cómo había terminado por aterrizar en el *Dancing Queen*. Hablaba sin dramatismos.

—Supongo que puedo considerarme afortunada de no haber acabado como las otras y de que Bajram se fijase en mí.

Él apretó la mandíbula. Retiró la mano de su cara y la cogió de la muñeca con suavidad, animándola a proseguir. Hubiese deseado abrazarla, pero no quería tentar a la suerte.

—Aunque la verdad, no creo que mi suerte haya sido mucho mejor que la de ellas. Bajram es... peculiar —murmuró con la vista fija en el vacío—. No le gusta ver llorar a nadie. —Su mirada se detuvo apenas unos segundos en la quemadura que tenía en el brazo.

—¿Eso te lo hizo él? —le preguntó, aun a sabiendas de que la respuesta iba a ser afirmativa.

—Eh... sí. La primera noche... —susurró con amargura—. Luego ya no volvió a hacerme nada, nunca. Mandaba a Ivan para ocuparse de eso.

—¿Tienes más quemaduras? —barbotó. La furia iba creciendo en su interior, adquiriendo proporciones descomunales.

—No, a Ivan le gusta más emplear cuchillos, o... sus puños. —Torció la boca en una pálida imitación de una cínica sonrisa.

Jan la soltó. Ella se mantenía impertérrita a su lado, como si todo aquello que le estaba contando le hubiera sucedido a otra persona.

—¿Dónde? —No añadió más, pero ella pareció saber a qué se refería.

—En sitios donde no se viese. Aunque a veces se le iba la mano y tenía que pasar tiempo oculta en mi habitación hasta que desaparecían las marcas. Esta es de la última vez que lloré. —Se dio la vuelta y se levantó la coleta. En la base del pelo tenía una fea cicatriz de al menos diez centímetros de longitud, que comenzaba justo detrás de su oreja y bajaba hasta su nuca.

Verdammt!

Jan sintió cómo si una mano helada le estrujase el corazón. Alargó el brazo y rozó los bordes irregulares de la cicatriz con la punta de sus dedos. Ella se retiró con brusquedad y se giró de nuevo, soltándose el pelo.

—Lo siento —susurró él. Cerró la mano y la apretó contra su muslo.

—Ya no volví a llorar más —siguió ella, como si la escena no hubiese tenido lugar—. Y luego hubo otras cosas, otras veces... La peor paliza que recuerdo fue porque decidí interceder por una chica... Era de mi región y tan joven... —Cerró los ojos como si el recuerdo fuera demasiado doloroso para ella.

—¿Qué pasó? —le preguntó en voz muy baja.

Un visible estremecimiento atravesó su cuerpo. Se abrazó a sí misma y bajó la mirada al suelo.

—Bajram me utiliza para hablar con las chicas más... difíciles, las que se oponen, las que causan problemas... —La voz se le quebró—. Esa chica nunca hubiera podido aceptar esa vida, no iba a soportarlo..., era frágil. Se lo dije. Le dije que la dejase en libertad, que no la forzase... —Meneó la cabeza—. No me escuchó. Mandó a Ivan a darme una lección, y esa pobre chica... desapareció... Así, sin más... Yo tardé un par de semanas en... recuperarme. Después de eso ya no volví a llevarle la contraria jamás —concluyó con la mirada perdida en el infinito.

—Joder, Oksana..., me dejas... —se interrumpió. Antes le había dicho que era fuerte y que podían soportar la carga juntos, ahora ya no lo sabía. Ella sí que era fuerte, desde luego, para haber pasado por todo aquello y seguir tan entera—. Me dejas... No sé ni qué

decir... Es increíble que después de todo por lo que has pasado..., estés aquí y que te mantengas en pie... Eres fuerte.

—¿Fuerte? No te equivoques, Jan. He sido débil muchas veces. —Le miró fijamente—. La noche en que me encontraste... Esa noche tomé una decisión... Si las cosas hubiesen acabado de otra manera, había decidido ponerle fin a todo, ¿sabes? Ya no podía más... —Su voz se había convertido en apenas un murmullo—. Quería que todo terminase...

Al escuchar aquello, aun a riesgo de ser rechazado, dio un paso al frente y la cogió entre sus brazos, deseando poder borrar toda esa pena que ella arrastraba consigo. Se puso tensa, pero no le rechazó. Se dejó abrazar e incluso correspondió al abrazo con algo de timidez. Apoyó la frente en su pecho y le rodeó la cintura con los brazos. Él aspiró hondo y la fragancia de su cabello le penetró en las fosas nasales. Una ternura increíble, que jamás había sentido por nadie, le inundó. A lo mejor se había vuelto loco pero tenía la necesidad de ser *alguien* para esa mujer que había estado a punto de morir y que se había salvado casi por casualidad. Quería ser su protector, su cuidador, su salvador, su amigo, su persona de confianza...

No se atrevía a pensar más allá.

—Ah... *Schneewittchen* —murmuró contra su pelo, apenas un suspiro.

El abrazo duró demasiado y a la vez demasiado poco. Reticente, pero seguro de que hacía lo correcto, la soltó.

—Hay que denunciarle —dijo. No podía pensar en Bajram sin que la bilis le acudiese a la garganta. ¡Hijo de puta!

Una carcajada sarcástica llegó a sus oídos y la miró, sorprendido. Ella agitaba la cabeza con energía.

—No soy imbécil. En el mismo momento en que ponga un pie en comisaría, él lo sabrá. Tiene amigos importantes dentro de la policía.

Jan no contestó. Tenía sentido. Bajram llevaba años dedicándose a toda clase de negocios, lícitos e ilícitos, y nunca nadie había podido probar nada.

—Lo siento —dijo ella, inflexible—. Ahora que tengo una mínima esperanza de poder tener una vida normal no quiero arriesgarme.

No quiero acabar como esa pobre chica desaparecida, quizá muerta.

Jan siguió guardando silencio. No iba a presionarla en ese instante. No quiso recordarle que no le iba a resultar nada fácil vivir una vida normal si Bajram estaba tras ella. Ya lo hablarían más adelante, cuando no estuviese tan exaltada.

—Sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad?

Ella le miró sin pestañear.

—Lo sé.

Y entonces levantó la mano y la posó sobre su mejilla con suavidad, dejándole sin palabras. Su dedo pulgar incluso recorrió el contorno de su labio inferior, desconcertándole aun más. Tuvo que contenerse para no inclinar la cabeza y besar ese suave dedo... Dio un paso atrás. Ella se miró la mano, aturdida, como si el gesto la hubiera sorprendido a ella misma también.

—El té —carraspeó él, rompiendo la intensidad del momento.

Ella le miró sin comprender, pero de pronto parpadeó varias veces seguidas.

—El té. Cierto.

Prepararon té juntos. Después se lo tomaron acompañado por los *oladji*. No volvieron a mencionar a Bajram, ni al *Dancing Queen*, ni ninguna otra cosa que pudiera ensombrecer la conexión que se había establecido entre ellos. El resto de la tarde pasó en un suspiro. Hablaron de nimiedades, de música, de películas, de sus comidas favoritas, de lo que preferían hacer cuando estaban solos...

Jan se descubrió mirándola absorto en más de una ocasión. Según transcurría el tiempo y ella se iba sintiendo cada vez más a gusto en su compañía, parecía florecer. Le brillaban los ojos y sonreía con más frecuencia.

Y él se sentía cada vez más atraído hacia ella, como una polilla por la luz.

Se hizo de noche. Cenaron un par de sándwiches en amigable silencio, con música irlandesa de fondo. Llegó el momento en que ella comenzó a bostezar y Jan comprendió que debían acostarse, aunque hubiese deseado que ese extraño día no llegase a su fin. Tenía la sensación de que algo había sucedido entre ellos. No se atrevía a conjeturar nada. Era una mera locura pensar que podía

sentirse atraída por él, pero sí que se había establecido un singular vínculo entre ellos. Se habían hecho... amigos.

Lástima que en su fuero interno él deseara algo más.

Se despidieron en el pasillo y ella le regaló una de esas sonrisas increíbles que él había comenzado a atesorar como algo precioso y único, y que hizo que su corazón bombease más sangre de la necesaria. Con cierta emoción contenida a la que todavía no le había puesto nombre, la siguió con la mirada mientras desaparecía en su dormitorio.

Ya en su habitación se despojó de la camiseta y de los pantalones, quedándose en calzoncillos. Se tumbó en la cama y no se molestó en taparse. No hacía frío. Pasó revista a la conversación que habían mantenido en la cocina y sintió cómo la ira volvía a dominarle. No pensaba decirle nada a ella, pero había tomado una decisión. Todavía no sabía cómo, pero Bajram iba a pagar por todo lo que había hecho.

Se lo juró a sí mismo.

Ese fue su último pensamiento coherente. Después debió de haberse quedado dormido porque lo siguiente que supo fue que ella estaba gritando.

Se tiró de la cama de un salto y fue a su cuarto. Se retorció en la cama, llorando desconsolada. Le partía el alma verla así. Esa mujer que por el día era tan fuerte y parecía poder con todo, por las noches se convertía en una criatura indefensa y desvalida. Se sentó a su lado, como hacía siempre, y la abrazó, sintiendo su cuerpo agitado contra su pecho. Ella volvía a usar su camiseta.

—*Du bist nicht alleine. Ich bin ja da*^[60]... —le murmuró al oído, esperando que se calmase, al tiempo que le acariciaba el pelo con dulzura.

Se sentía enorme a su lado. Y no por su tamaño...

Se sentía enorme porque ella le necesitaba, porque buscaba cobijo en él, aunque fuera de manera inconsciente, y él podía dárselo... La meció con suavidad hasta que sus sollozos cesaron.

—Jan...

Él levantó la cabeza levemente, pensando que dormía y que había vuelto a pronunciar su nombre en sueños. Pero esta vez se

equivocaba. Ella tenía los ojos muy abiertos, brillantes por las lágrimas... y le miraba.

—Oksana —musitó con la sorpresa reflejada en la voz. No sabía si apartarse o si quedarse.

—Estoy despierta —susurró; su cálido aliento le rozó la mejilla. Controló el impulso de inclinarse unos centímetros y tomar posesión de sus labios.

¡Dios, qué labios!

—Ya lo veo —Su voz, casi inaudible. El corazón le latía con tanta fuerza que pensó que ella podría escucharlo, sin duda.

Se miraron. Una lágrima furtiva rodó por su mejilla y terminó por deslizarse dentro de su boca. Esa boca...

Gott!

El pulso de Jan se aceleró y una parte de su cuerpo sobre la que él ya no parecía tener control alguno reclamó su atención.

—Será mejor... que me vaya.

—¡No! —exclamó ella agarrándose a su cuello casi de una manera desesperada. Como si se hubiera dado cuenta de su atrevida reacción, aflojó los brazos, pero su mirada estaba cargada de súplica—. Quédate conmigo —le rogó.

Jan gruñó ahogadamente.

—Está bien —dijo ella tratando de apartarse, malinterpretándole—. Si no quieres, no pas...

—Sí quiero, Oksana —la interrumpió, no permitiendo que se alejase—. Me quedo. Claro que me quedo.

Ella no dijo nada, solo le miró con esos ojos casi transparentes llenos de algo que no supo identificar.

Apretando los dientes y rezando para que no se diera cuenta de su erección, se recostó en la cama. Ella se acomodó a su lado, apoyando la mejilla sobre su hombro y pasándole un brazo por encima del estómago. Él la rodeó con sus brazos y descansó la barbilla sobre su cabeza.

—¿Tienes frío? —le preguntó.

—No —respondió en un suspiro. Su respiración le hizo cosquillas en el vello del pecho.

Aun así se inclinó y cogió la sábana que ella había tirado al suelo. La echó por encima de ambos. Después apagó la luz de la

mesilla sumiendo el dormitorio en la oscuridad.

—Jan.

—Dime.

—¿Tengo pesadillas con frecuencia?

—Todas las noches.

—No lo recuerdo... ¿Todas las noches te despierto?

—Sí.

—¿Y todas las noches vienes aquí?

—Sí.

Pasaron unos minutos en los que el silencio solo se vio interrumpido por las suaves respiraciones de ambos.

—¿Qué significa *Schnee...wittchen*? —le costó pronunciarlo.

Scheisse!

Se sintió ridículo. Cerró los ojos.

—Significa Blancanieves.

—¿Blancanieves? —susurró ella.

—Sí —respondió con sequedad.

De nuevo transcurrieron varios minutos sin que ella dijese nada y él pensó que se había dormido.

—¿Me parezco a Blancanieves? —preguntó al fin en un murmullo.

Él suspiró.

—Sí.

De nuevo el silencio.

—Jan.

—Dime.

—Muchas gracias, por todo...

«Si supieras lo que me apetece hacer ahora mismo, no me las darías...», fue lo que pensó.

—Duérmete —fue lo que dijo en cambio, estrechándola con más firmeza.

Ella se relajó y se pegó más a él. Se puso rígido. Esperaba poder dormirse en algún momento aunque no lo creía posible. Su presencia le intoxicaba. Su olor flotaba en el ambiente y el roce de su piel hacía que se le pusiera la carne de gallina. Un suave suspiro escapó de su boca y llegó hasta sus oídos haciendo que toda la sangre se agolpase en su entrepierna.

¡Qué delicia y qué agonía tenerla entre sus brazos...!
Cerró los ojos y se dispuso a pasar la peor noche de su vida.

Diario de Oksana Novalnyova
19 de julio – Malinovka (Ucrania)

Hoy he ido a la biblioteca a preguntar si querían los libros. Algunos son antiguos de verdad y aunque me da pena desprenderme de ellos, tengo que hacerlo. Mi amiga Irina me ha ofrecido que me quede con ella mientras encuentro otra cosa y en su apartamento apenas hay sitio, así que tengo que deshacerme de casi todo.

He buscado en el periódico digital las ofertas de empleo. No hay gran cosa. En Malinovka no hay trabajo. Pero he encontrado un anuncio que me ha emocionado. Es una oferta de empleo para trabajar en España. Buscan chicas que hablen español para trabajar en un restaurante ucraniano en Barcelona. He enviado mis datos. Con suerte quizá me llamen. No es exactamente lo que yo había imaginado, me hubiera gustado ir como profesora, con la carrera terminada, pero si no hay nada mejor estoy dispuesta a aceptarlo. Nunca he sido camarera, pero aprendo rápido. Ojalá me tengan en cuenta.

No quiero seguir viviendo aquí sin mi bisabuela. Sé que mi futuro está en otro sitio.

Cruzo los dedos para que me llamen.

Capítulo Veinte

Llevaba un rato despierta, pero no quería moverse. No quería despertarle. Clavó la mirada en su mentón, que comenzaba a mostrar una incipiente barba rubia. Elevó la vista y se percató de que su cabeza también necesitaba un afeitado. Controló las ganas de pasar la mano por allí, la necesidad de saber cómo se sentiría ese corto vello al tacto.

Su amplia caja torácica, bajo su mejilla, subía y bajaba con regularidad. Con mucho cuidado, levantó la cabeza unos milímetros y aprovechó el instante para observarle con detenimiento. Durante la noche, él o ella, uno de los dos, había vuelto a tirar la sábana al suelo y el cuerpo masculino, apenas cubierto por unos calzoncillos grises, se mostraba en todo su esplendor a la luz del amanecer que entraba por la ventana.

Oksana contuvo el aliento. Los músculos que con anterioridad había catalogado como desproporcionados le parecieron bellos. Incluso en reposo destacaban de manera notoria. Los tenía por todas partes: en el pecho, en el abdomen, en los brazos, en las piernas... Se preguntó cuántas horas entrenaría al día para poder tener un cuerpo semejante. Parecía una de esas figuras talladas en mármol que solo se veían en los museos o en los libros de Historia. Pero su piel era cálida, muy cálida; podía sentirla al tacto bajo la palma de su mano que apoyaba sobre su estómago.

Sus ojos descendieron y...

¡Oh! *Bozhe!*

Estuvo a punto de soltar una exclamación de sorpresa, pero se mordió la lengua a tiempo. Sí, él era «abundante» por todas partes, decidió, con la mirada fija sobre su erguido miembro que la tela de sus bóxers apenas podía contener.

A veces le resultaba difícil ver a Jan como un hombre de carne y hueso, con las necesidades de un hombre. En cierta forma le había idealizado en su mente y a ratos le veía como un héroe, como alguien inalcanzable..., otras veces como era el caso, tenía muy

presente lo que era: un ser humano con las debilidades y características de un ser humano.

Jan era un hombre que tenía una erección.

Y ella era una mujer que en ese preciso momento notaba cómo el ardor se extendía por su vientre.

Cerró los ojos y durante unos segundos fantaseó con que él se despertaba y sin más preámbulos se tumbaba encima de ella y la aplastaba con su peso, para luego atrapar su boca con la suya en un beso húmedo, largo y profundo, mientras su miembro se hundía entre sus piernas...

Abrió los ojos horrorizada y apretó los muslos, como si así pudiera controlar la humedad que acababa de mojar su ropa interior. ¡No podía ser cierto! Algo debía ir mal en su cabeza. Tenía que estar loca para imaginarse algo así después del infierno que había vivido... ¿Excitarse de esa manera?... ¡No! ¡No podía ser!

No pudo seguir pensando ya que él se movió. Levantó la vista para encontrarse con sus ojos azules, abiertos, observándola. Los hematomas que se habían formado a su alrededor no le restaban ni una pizca de atractivo. ¿De verdad había pensado ella en algún momento que no era guapo?

—Buenos días —murmuró, y su voz, esa voz que desde el primer día la había conquistado, terminó por darle el golpe de gracia. Un suave gemido brotó de su boca.

Él se la quedó mirando sin decir nada durante unos segundos. Semejaba encontrarse dubitativo, pero finalmente pareció tomar una decisión.

—*Scheisse!* —susurró justo antes de girarse y echarse sobre ella, aplastándola con su peso. Después, antes de que ella hubiera podido reaccionar, la besó.

Oksana se quedó sin respiración al sentir esos labios sobre los suyos. Eran suaves, más suaves de lo que ella había esperado, y no reclamaban ni exigían, solo besaban con delicadeza, acariciaban... ¿Cómo resistirse a ellos? Entreabrió los suyos y le dejó que profundizase el beso. Su fantasía hecha realidad, pensó al sentir su cuerpo duro como el acero sobre ella, y el contorno de su erección justo entre sus muslos. Exactamente como lo había imaginado. Se excitó. Sus manos le acariciaron los brazos y subieron a enroscarse

a su cuello... Dejó escapar un jadeo que murió en la cálida boca de él...

De pronto, y como si le hubiera picado un escorpión, se apartó de ella murmurando algo que no consiguió entender. Se incorporó y se quedó de pie junto a la cama, dándole la espalda, con todo su cuerpo en tensión. Oksana sintió como si le hubieran echado un cubo de agua fría por encima de la cabeza. Se le puso la carne de gallina y se apresuró a coger la sábana del suelo y a taparse con ella, sintiendo cómo la humillación y la vergüenza la invadían.

—Lo lamento. No tenía que haberlo hecho —se disculpó él en voz baja, y después abandonó la habitación de dos zancadas.

Oksana se cubrió la cara con las manos. ¡Qué estúpida era! Estaba claro que en cuanto se había dado cuenta de a quién estaba besando se había arrepentido. Una cosa era ayudar a una pobre muchacha apaleada..., otra muy distinta liarse con la chica de un hombre tan peligroso como Bajram, pensó con amargura y cierto cinismo. Quizá no le resultase fácil, pero tenía que aceptar las cosas tal y como eran.

Ella era mercancía dañada... y él era... Jan.

¿Jan y ella?

Imposible.

* * *

Se miró al espejo de encima del lavabo y meneó la cabeza, abochornado. No podía creerse lo que había hecho. Había perdido la razón. Pero es que le había parecido tan apetitosa, tan suave, tan cálida..., que no había podido resistirlo.

«*Du bist so ein riesen Arschloch!*^[61]».

Se había aprovechado de que estaba medio dormida para avasallarla y echársele encima para robarle un beso... y... ¡Menudo beso! ¡Joder!

Su pene, duro como el acero, convulsionó, recordando la maravillosa sensación de haberla tenido debajo durante unos gloriosos segundos.

«Jan, haz el favor de pensar con tu otra cabeza», se amonestó. Pero sabía que era una batalla perdida. Sabía que iba a meterse en la ducha y que se iba a masturbar fantaseando con ella, al igual que había hecho el día anterior. Lo sabía.

La cercanía de Oksana comenzaba a volverle loco, y el haber pasado la noche con ella no había servido precisamente para apartarla de sus cada vez más lujuriosos pensamientos. Tenía que contenerse. ¡Dios!

Ella era una chica a la que le habían destrozado la vida y que tenía un duro camino que superar. Era joven, inteligente y preciosa... Y él le sacaba catorce años, estaba amargado y tenía más bagaje a la espalda de lo que cualquier mujer podría soportar. Sin contar con que era más que probable que no tuviese futuro...

No podía pensar en ella como mujer. Tenía que controlarse.

Se agarró con fuerza al borde del lavabo y jadeó. No sabía si iba a poder conseguirlo. Oksana hacía que le hirviese la sangre.

Se desembarazó de los bóxers y se metió en la bañera. Ni siquiera esperó a que el agua estuviera caliente. El chorro helado sobre los hombros le hizo rugir de la impresión, pero ni eso consiguió que su erección disminuyese. Poco a poco el agua comenzó a salir a una temperatura más adecuada. Apoyó la espalda contra la pared, cerró los ojos y deslizó la mano derecha por su cuerpo empapado hasta que llegó donde quería llegar. Suspiró de placer al primer contacto.

Se agarró el pene con firmeza y se imaginó, al igual que el día anterior, que era su mano la que le tocaba, la que le acariciaba. Primero con suavidad, después con más energía. Comenzó a gemir, cada vez más excitado.

Su cuerpo suave pegado al suyo...

Su aliento acariciándole el pecho...

Su mano masajeándole...

La imaginación pudo con él, y mientras seguía apoyado contra la pared, con todo el cuerpo en tensión, masturbándose a gran velocidad, se figuró que era su boca la que le tenía entre sus labios...

La que le succionaba...

La que le lamía...

La que le besaba ahí...

¡Joder!

El orgasmo le sobrevino casi por sorpresa, como una explosión. Jadeante y exhausto dejó que el agua se llevase la prueba de lo que

acababa de suceder. Después enterró la cara en las manos y meneó la cabeza soltando una maldición ahogada.

* * *

Ninguno de los dos había mencionado lo sucedido a primera hora en el dormitorio, y Oksana comenzaba a relajarse por fin horas después. Él llevaba todo el día desaparecido. Por la mañana se había marchado a su estudio murmurando una disculpa, y después, cuando regresó, habían comido casi en silencio. Él ni siquiera había hecho un comentario sobre la tortilla de patata que ella había intentado hacer y con la que había fracasado. Demasiada patata pocos huevos, al parecer.

Estaba anocheciendo y había vuelto a escabullirse hacía horas, para entrenar, le había dicho. Ella se había pasado toda la tarde navegando por internet para no tener que romperse la cabeza pensando en lo imbécil que era. Había buscado la dirección del consulado. Quizá pudiese ir allí a intentar solucionar el tema de su pasaporte. También había recabado información sobre universidades en España. Si de algo estaba segura era de que no quería volver a Ucrania. Exceptuando un par de amigos que había dejado atrás, después de la muerte de su bisabuela no había nada a lo que regresar. Todavía no tenía claro cómo iba a enfocar su vida a partir de ese momento. No había querido admitirlo delante de Jan y tampoco ante sí misma, pero sabía que no tenía futuro mientras Bajram siguiese buscándola. Aunque consiguiera escapar de alguna manera, era ridículo pensar que iba a poder llevar una vida normal, siempre teniendo que mirar por encima del hombro con miedo a que él la encontrase en cualquier momento.

Además, estaba el tema de las otras chicas. Olga, en especial. Había tratado de olvidarse de ella y de las demás y de concentrarse en sí misma. En ese mundo uno no podía pensar en los otros, la lástima y la compasión no existían. Pero poco a poco se descubría sintiéndose culpable. Quizá estuviese en su mano ayudar a las demás a escapar de esa vida...

Apoyó los codos sobre la mesa y cerró el portátil. «Ni siquiera sabes cómo narices vas a poder salir de esta tú misma y te estás preocupando por las otras... Eres idiota».

La puerta de la casa se abrió a su espalda. No se giró. Sabía que era él. Tenía una manera característica de moverse.

—Voy a ducharme y a afeitarme —dijo, conciso, y sus pasos se alejaron hacia el pasillo.

Oksana frunció el ceño. Era cierto que la situación de la mañana no había resultado demasiado cómoda para ninguno de los dos, pero tampoco podían estar esquivándose y sin hablarse. Era absurdo. Las últimas horas le habían servido para darse cuenta de que por mucho que ese hombre la atrajese —además de no tener mucho sentido—, era más la necesidad que tenía de él como confidente y amigo.

Le necesitaba.

Las cosas no podían quedar así. Tenían que hablar. Y mejor antes que después. Escuchó el grifo del agua caliente y se mordió el labio, vacilante. Esperó unos cuantos minutos contando en silencio. ¿Cuánto tiempo podía tardar una persona en darse una ducha? Se levantó de la silla y se limpió una mota imaginaria del vestido que llevaba. Esta vez era de flores, de tirantes y bastante amplio. Se sentía muy liviana con él, aunque quizá se debiese a que por primera vez se había quitado los vendajes del torso. Ya apenas le dolía al respirar y se había convencido de que no los necesitaba.

Sus pasos la dirigieron al baño. El agua de la ducha seguía corriendo, pero él no había cerrado la puerta, así que no dudó en acercarse. Estaba a punto de entrar, cuando la imagen que se presentó ante sus ojos le hizo darse cuenta del terrible error que estaba cometiendo.

Jan seguía duchándose y la mampara de la bañera era transparente.

Se llevó las manos a la boca y contuvo la exclamación de sorpresa que brotó de su garganta. Estaba invadiendo su privacidad y lo sabía, pero era como si una singular fuerza retuviese sus piernas en el sitio, como si hubiera echado raíces en el suelo y ni un terremoto pudiera moverla de allí.

Bozhe!

Le miró con los ojos muy abiertos, recreándose en toda esa desnudez que se encontraba a escasos metros de distancia. Él le daba la espalda, y una cascada de agua jabonosa caía por sus

hombros y su columna vertebral, desembocando en su increíble trasero y haciendo que su morena piel cubierta de tinta brillase de una manera muy apetitosa. Oksana posó la mirada sobre el tatuaje de su glúteo derecho, el de la mujer con el casco alado. Recordó la sensación de esa suave y firme piel bajo su mano y tragó saliva.

Él comenzó a darse la vuelta y ella se apartó de un salto del umbral de la puerta, con el corazón latiendo como un loco en su pecho. Apoyó la espalda contra la pared, en el pasillo, con las piernas temblorosas.

Nunca había sido una de esas mujeres que se fijaban en los tipos musculosos, más bien al contrario, siempre le habían gustado más los chicos desgarrados con pinta de intelectuales..., por eso, que el físico de Jan la atrajese de aquella manera la dejaba estupefacta. No lo entendía. Se parecía demasiado a Ivan..., a la clase de hombre que ella había aprendido a odiar durante los últimos meses. Debería asquearle, pero no era así.

El sonido del agua cesó y ella agudizó el oído. Él acababa de abandonar la bañera. Dudó. No sabía qué hacer. ¿Marcharse? ¿Encararse con él? Se frotó los párpados, tratando de ganar tiempo o de borrar su sensual imagen de su cerebro..., no estaba segura. Esperó un rato más. Finalmente hizo lo que verdaderamente quería hacer: apartarse de la pared y volver al baño.

Él estaba de pie frente al lavabo con el torso descubierto. Solo llevaba puestos unos pantalones negros de deporte, que se le habían deslizado hasta la parte baja de la cadera, dejando al descubierto sus abdominales inferiores que formaban una V perfecta. Tenía una parte de la cabeza cubierta de espuma de afeitar y una maquinilla desechable en la mano. Había levantado el brazo y una mueca ¿de dolor? asomaba a su rostro. Cuando la vio aparecer bajó el brazo con una muda interrogación en los ojos.

—Déjame que te ayude —dijo ella en voz baja, sabiendo que quizá estuviera cometiendo una equivocación, pero incapaz de no hacerlo.

* * *

Jan la miró de arriba abajo. Llevaba un vestido de flores, unas zapatillas rosas de cordones y el pelo suelto sobre los hombros. Su

cara, cada vez menos hinchada, mostraba una expresión de fría determinación.

Estaba guapa. Muy guapa.

Vaciló. Dejar que ella le tocara no le iba a traer más que complicaciones y lo sabía, pero por otro lado, se había agotado tanto pegándole al saco y tenía los brazos tan doloridos por la sesión de entrenamiento, que pensar que podía delegar el afeitado en ella, le resultaba de lo más tentador. Ni siquiera la ducha que acababa de darse había conseguido relajarle los músculos. Además, estaba tan cansado que dudaba de que su sugerente cuerpo pudiera excitarle. Al menos no en ese momento. Decidió ser egoísta.

Se encogió de hombros y le tendió la maquinilla.

—Siéntate —le indicó ella, cogiéndola. Le señaló la pequeña banqueta que había al lado del lavabo.

—¿Has hecho esto antes? —le preguntó, tomando asiento. Nada más hacerlo se percató de su error. Su cabeza había quedado a la altura de sus pechos y ella se posicionó justo entre sus piernas abiertas.

«¡Dios, esto no voy a poder aguantarlo!», se dijo cerrando los ojos.

—No, pero no puede ser muy difícil, ¿no? Si te hago daño me lo dices. ¿Por qué te la afeitas? —añadió, curiosa.

—Me gusta. Empecé a afeitármela hace un par de años y al final me pareció lo más cómodo. Además, desde que peleo es mejor así. —Hizo una pausa—. Al no haber reglas el pelo es un inconveniente. He visto cómo algunos luchadores se arrancan mechones.

—¡Qué barbaridad! —dijo en voz apenas audible.

Comenzó a rasurarle en medio de un tenso silencio. Lo hacía de forma suave pero precisa, con la mano que no manipulaba la cuchilla apoyada sobre su cráneo. Él se dispuso a soportar el delicioso martirio que suponía que sus manos le acariciasen de aquella manera. Claro que había sido un gilipollas. Cada vez que abría los ojos podía ver sus senos que, sin el vendaje, se bamboleaban libremente apenas cubiertos por la fina tela del vestido a solo unos centímetros de su cara.

Verdammt!

—Sí que te hacía falta —murmuró ella pasándole la mano con suavidad por la parte que todavía no había afeitado—. Pinchas.

Eso ya fue demasiado para él. Dejó escapar un gruñido.

—¿Te he hecho daño?

—No —farfulló levantando la mirada.

Ella le observaba muy concentrada, como si estuviese admirando su trabajo. Se apartó para coger más espuma de afeitar y le embadurnó la otra parte de la cabeza.

«De nuevo la tortura», se dijo con impotencia, volviendo a cerrar los ojos.

En efecto. ¿Cómo era posible que algo tan prosaico como un afeitado se hubiera convertido en algo tan erótico? Escuchó la respiración irregular de ella y se preguntó si la situación también le estaría afectando como a él. ¡No! ¡Estupideces! Eran imaginaciones suyas.

Trató de relajarse, de pensar en lo agotado que estaba, pero no le sirvió de nada. El roce de la falda contra sus piernas, el imaginar que ella no llevaba más ropa interior que unas bragas debajo de ese vestido, y el sentir esas manos acariciándole de esa forma... Era demasiado intenso.

Le rodeó para poder rasurarle la nuca y él sintió —o se imaginó, ya no estaba seguro— la pesadez de sus senos acariciándole la espalda. Apenas pudo contener el gemido que se formó en su pecho.

—Te hago daño —dijo ella, deteniéndose de pronto. Su voz llegó hasta él algo ahogada, como si tampoco le resultase fácil respirar.

—¡No! —exclamó.

Se plantó frente a él. Tenía los ojos entornados y los labios apretados.

—No mientas, Jan. Estás tenso. Si no te hago daño, entonces, ¿qué es? ¿Tan desagradable te resulta que te toque? Solo quería ayudarte, pero si no soportas siquiera el roce de mis manos... —Tiró la maquinilla en el lavabo y dio un paso atrás, dispuesta a irse.

Pero él fue más rápido. La agarró con firmeza por las caderas y no dejó que se alejase. Ella parecía sorprendida por su reacción.

—¿Que no soporto el roce de tus manos? —inquirió él con incredulidad—. ¿Eso piensas? ¿Que no me gusta que me toques?

—Dejó escapar una carcajada carente de humor—. Joder, Oksana... No tienes ni idea...

Ella le miraba sin comprender, tratando de buscar una explicación en su rostro.

—¿Por qué narices te crees que trato de alejarme de ti? Dime. ¿Qué estúpida idea se te ha metido en la cabeza? —Hundió los pulgares en la suavidad de su vientre y pudo notar a la perfección el borde de sus bragas a través de la tela del vestido.

—No lo sé —dijo ella entre dientes.

—¿No lo sabes?

—Supongo que te atraigo, pero que preferirías que no fuera así... por... por Bajram, por quién soy... —Ella irguió los hombros. En sus ojos había aparecido una chispa de decepción que trató de ocultar con rapidez.

—Joder, eres... tonta. Y yo más —musitó antes de atraerla hacia sí y apoyar la frente entre sus pechos.

Ella se envaró. Le agarró por los antebrazos y trató de apartarle, pero él no se lo permitió.

—Me alejo de ti porque no quiero asustarte —comenzó en voz baja y serena—. Hace meses que no he estado con ninguna mujer y que no he sentido ningún deseo por nadie, ¿sabes? Y tú... De pronto llegas tú, rota y maltratada... —se interrumpió unos instantes, tratando de ordenar las palabras—. Y yo lo único que puedo hacer es pensar en ti y... masturbarme a escondidas en el baño como un adolescente... —Respiró hondo antes de alzar la mirada—. Oksana, no quiero hacerte daño, pero tengo tantas ganas de ti que... me asusta. No quiero lastimarte.

Ella se había quedado quieta y había dejado de resistirse. Parecía paralizada.

—La noche que te vi en el *Dancing Queen* algo hizo clic en mi cabeza. No sé qué fue, no sé si fue tu actitud o tu mirada, pero algo pasó. No he podido dejar de pensar en ti... —hablaba deprisa, temiendo que le interrumpiese de un momento a otro.

Ella le agarró los brazos con fuerza. Le observaba con perplejidad.

—El recogerte aquella noche en la carretera —aunque no sabía que eras tú— fue para mí como una forma de expiar mi culpa.

Pensé que si no podía ayudar a la chica del *Dancing Queen*, al menos iba a ayudar a alguien —bufó con sarcasmo, incapaz de apartar la mirada de su cara—. No creo en las casualidades, Oksana, así que cuando descubrí que tú y ella erais la misma chica..., pues supongo que pensé que era el destino que te había puesto en mi camino... —suspiró—. He intentado resistirme, luchar contra esto... —Hizo un gesto ambiguo con una mano, señalándolos a ambos—, pero no he tenido mucho éxito.

Cerró los ojos y volvió a sujetarla firmemente por las caderas, apoyando otra vez la cabeza en su pecho, sintiendo la curva de su seno contra su mejilla. Podía escuchar cómo se le había desbocado el corazón. Reflejo del suyo propio.

—¡Joder! Se supone que tú eres la chica a la que tengo que salvar, la chica a la que tengo que cuidar..., y no la mujer con la que sueño, la mujer a la que quiero poseer... —Esto lo dijo en voz muy baja, casi inaudible, haciendo gala de una contención admirable—. Después de todo por lo que has pasado, lo último que necesitas en tu vida es a un tío como yo...

A pesar de que pensaba que abrazarla era un error colosal, no pudo evitar deleitarse con su firme cuerpo pegado a él. No recordaba otro momento más perfecto que aquel... Probablemente iría al infierno, se dijo.

—Jan —murmuró ella. Todavía tenía las manos apoyadas en sus antebrazos. Le miraba con los ojos muy abiertos, desconcertada. Movía la cabeza a un lado y a otro, como si no terminase de creer lo que él acababa de decirle—. No soy de porcelana, ¿sabes? No me voy a romper —concluyó en voz baja.

Él creyó haber oído mal. ¿En verdad estaba diciendo lo que él creía que estaba diciendo? Ahondó en la expresión de su cara, ansioso por que ella siguiese hablando, pero no lo hizo. Se limitaba a mirarle. Eso sí, sus manos habían comenzado a moverse en dirección a sus hombros, con mucha parsimonia, como si estuviese perfilando todos y cada uno de sus músculos. Se le puso la carne de gallina.

De pronto, el sonido estridente de su móvil rompió la intensidad del momento. Dejó escapar un exabrupto y la soltó. Se puso en pie y se sacó el móvil del bolsillo. Le echó un vistazo a la pantalla.

—Es Bajram —dijo, mirándola con gravedad.

Una expresión alarmada desfiguró su rostro.

Al darse cuenta de lo que la mención de ese nombre había provocado, la agarró suavemente por la muñeca y la atrajo hacia sí; ella trató de resistirse, pero él no se lo consintió. La abrazó con fuerza, sintiéndola temblar contra su cuerpo.

—No digas nada —le susurró al oído.

Aceptó la llamada.

—Dime.

—Hola, Jan. Pensaba que te ibas a pasar el sábado después del combate a cobrar. —La voz del albano-kosovar era tan impersonal como siempre.

—Sí, es que estaba hecho una mierda. Me fui directo a casa.

—¿Tienes un rato ahora? Hay algo de lo que me gustaría hablar contigo. Un trabajito que quiero que hagas para mí. Además, así te pago lo que te debo.

—Claro.

—Estoy en el *Rock and Stars*. Pásate y lo hablamos.

—En media hora estoy ahí.

Colgó y se guardó el móvil. La conversación había sido como siempre, concisa y directa, sin embargo una extraña sensación se le fijó en la boca del estómago. Bajó la mirada y la posó sobre ella, que se aferraba a su talle. Había alzado la barbilla y parecía esperar una explicación. Aunque había dejado de temblar, estaba pálida. La abrazó con más fuerza, todavía.

—¿Vas a ir al *Dancing Queen*? —le preguntó con un hilo de voz.

—No. Está en el *Rock and Stars*.

—¿Qué quiere?

—Dice que quiere hablar conmigo de algo —dijo con vaguedad. No quiso ser demasiado explícito—, y además quiere pagarme mi parte de la pelea del sábado. Suelo pasarme por allí después de los combates a cobrar... —Hizo una pequeña pausa y la soltó—. Voy a intentar averiguar qué está pasando.

Ella le miró con angustia. De pronto volvía a parecer la chica desvalida de hacía unos días.

—Ten mucho cuidado con él, Jan. Es un hombre muy peligroso.

—Lo sé. Le conozco.

Ella negó con la cabeza, bruscamente.

—No, no le conoces como yo... —Una expresión desesperanzada asomó a su semblante.

—No te preocupes, Oksana. Tendré cuidado. No voy a tardar en volver.

Ella se limitó a mirarle sin decir nada.

La contempló con pesar. Le molestaba sobremanera tener que dejarla sola, pero lo de Bajram tenía prioridad y ambos lo sabían.

—Está bien. —Se echó el pelo hacia atrás, fingiendo una indiferencia que el temblor de sus manos desmentía.

Jan se la quedó mirando, indeciso, durante unos segundos. Terminó por darse la vuelta y abandonar el baño. Fue a su dormitorio y se vistió. Cogió el móvil, la cartera y las llaves del coche y se dispuso a marcharse. Cuanto antes averiguase algo, antes sabrían a lo que atenerse.

Ella le esperaba en medio del salón, inmóvil, con la mirada extraviada.

—No tardo nada en volver, ¿vale? —Se acercó a ella.

—Sí. —Se irguió y le miró con fingida serenidad.

—Todo va a ir bien. Todo —le aseguró. Y sin poder controlarse, la agarró por la nuca con fiereza y aplastó sus labios contra los de ella. El beso fue corto, áspero y un poco salvaje, pero le reconfortó sobremanera.

La soltó y se encaminó a la puerta. Se giró una última vez antes de salir.

—Espérame.

Oksana se llevó la mano a los labios y asintió casi imperceptiblemente.

Capítulo Veintiuno

No tardó más de quince minutos en recorrer un trayecto que solía hacer en media hora. La carretera estaba despejada, lo que le permitió concentrarse y repasar la conversación que había tenido con Bajram por teléfono. Sus palabras le resonaban en la cabeza una y otra vez:

Hay algo de lo que me gustaría hablar contigo. Un trabajito que quiero que hagas para mí.

Un trabajito para Bajram.

Después de lo que le había hecho a Oksana, el único trabajito que deseaba hacer para él era clavarle un cuchillo hasta la empuñadura en el cuello y ver cómo la sangre manaba a borbotones, hasta que no quedase en él ni un hálito de vida. Pero su egoísmo natural y sus ansias de supervivencia deseaban escuchar qué tenía que proponerle. Quizá tuviese un encargo para él con el que poder negociar su última jodida pelea. Le daba igual qué trabajito fuese, la verdad. Cualquier cosa sería mejor que tener que combatir de nuevo.

Aparcó en una calle lateral y descendió del vehículo con rapidez. Estaba impaciente por averiguar qué estaba sucediendo.

—Tranquilo, Jan —se dijo en voz alta, aprovechando que la calle estaba desierta—. No pierdas los nervios ahora. Ya llegará tu momento. —Se detuvo un instante haciendo crujir sus nudillos. Vio su reflejo en el escaparate de una tienda de ropa, a esas horas cerrada. Un tío con el pelo rapado, tatuado y musculoso le devolvió una mirada cargada de odio. Nunca antes había tenido tanto aspecto de matón como en ese momento. Y en cierta medida le gustó. A veces, en la vida, uno tenía que dejar de ser el bueno para ser... otra cosa.

El *Rock and Stars*, donde su propio hermano Till había trabajado de camarero, no estaba tan lleno como de costumbre. Quizá porque era pronto, quizá porque era un día de diario. Jan saludó al portero con un gesto y accedió al local, atravesó las dos salas en las que

unos cuantos veinteañeros bailaban y bebían, y se dirigió al fondo. Bajram también tenía allí un despacho. Él y Cas ya habían estado en él el año anterior, cuando fueron a pagar la deuda de Till.

Justo delante de la puerta estaba Ivan, y Jan sintió cómo se le contraían las entrañas. No pudo evitar mirarle las manos. ¡Hijo de puta! *Esas manos eran las que le habían propinado la brutal paliza a Oksana.*

«En cuanto pueda te voy a destrozar», pensó.

A solo un par de metros del ruso se detuvo. La falta de luz había ocultado hasta ese momento la herida de al menos quince centímetros que comenzaba en su sien y le bajaba hasta la barbilla. Jan se preguntó si ese habría sido el castigo recibido por haberla dejado escapar.

El inexpresivo rostro de Ivan se animó al verle y sus diminutos ojos oscuros brillaron interesados.

—Jan —inclinó la cabeza hacia un lado—, te está esperando. — Le miraba con una sonrisa torcida.

A duras penas se tragó las ganas de matar y asintió. El comportamiento del ruso, al menos su reacción, no le gustó ni un pelo. Desvió la mirada y esperó a que el otro le abriese la puerta. El despacho del *Rock and Stars* poco tenía que ver con el del *Dancing Queen*. Era mucho más pequeño y funcional. Solo contenía una mesa, detrás de la cual se sentaba Bajram, un par de sillas y varias estanterías con archivadores.

—¡Qué bueno verte! —le saludó al verle entrar con una sonrisa que no alcanzó sus ojos—. Siéntate, siéntate —le dijo, obsequioso.

En el momento en que abrió la boca, Jan supo a ciencia cierta que algo andaba mal. Su instinto hizo que se pusiera alerta. No había sido lo que Bajram había dicho, pero sí cómo lo había hecho. La actitud de Ivan debería haberle dado una pista de que algo no iba bien.

¡Lo sabían!

¡No tenía ni idea de cómo se habían enterado, pero lo sabían!

¡Y había dejado a Oksana sola en su casa!

Se le heló la sangre en las venas. Un ruido a su espalda le hizo darse la vuelta. Ivan había entrado en el despacho tras él y cerraba la puerta con cerrojo. Tenía una expresión vigilante y malévolamente en la

cara. Jan rechinó los dientes y se maldijo en silencio por haber caído en la trampa. Giró la cabeza y clavó la mirada en el anodino rostro del albano-kosovar. Sus ojos chispeaban iracundos; era quizá la primera vez que Jan veía alguna reacción en el usualmente frío «hombre de negocios».

—Sabes que es mía, ¿verdad?

Si había tenido alguna duda, esa pregunta acababa de despejarla. Se mantuvo en silencio mostrando una calma que en verdad no sentía. Bullía por dentro, pensando en qué estaría sucediendo con Oksana en ese momento.

—No has hecho bien en ocultarme que la tenías tú, ¿sabes? Llevo semanas buscándola, preocupado por ella... —se detuvo, acariciándose la barbilla— Y de pronto me entero de que uno de mis propios hombres la está escondiendo. ¿Te puedes imaginar la decepción?

—No soy uno de tus hombres —barbotó. Mentalmente calculaba sus posibilidades de salir de allí con vida. Estaba claro que Bajram no se andaba con chiquitas. La puerta que Ivan bloqueaba era la única salida del despacho. La situación parecía desesperada.

—Por supuesto que lo eres, Jan. Eres uno más.

—Por un corto plazo de tiempo.

El otro se echó a reír.

—¿Eso crees? Engáñate a ti mismo si quieres. Pero desde la noche que acudiste a mí suplicando que te diese «trabajo», te has convertido en uno de mis *chicos* —enfaticó—. Has estado trabajando para mí como los otros, guardándome las espaldas y yendo a cobrar mis deudas. Esperaba un poco más de lealtad —le dijo con la voz fría como el hielo.

Jan no respondió. Se limitó a mirarle tratando de que no se percatase de la vena que había comenzado a latir furiosa en su cuello, o de cómo habían empezado a sudarle las manos.

—Él sí que me es fiel —dijo Bajram señalando a Ivan.

—Ya he visto lo que hace tu perro fiel —escupió Jan sin poder contenerse.

—Sí, a veces se le va de las manos. —Hizo una pausa muy efectiva—. Pero ha sido gracias a él que hemos podido llegar hasta ti, ¿sabes? Vio tu coche en la carretera aquella... desafortunada

noche. Lamentablemente hemos tardado más de lo que pensábamos en averiguar que era tuyo. En fin, Ivan ya ha... pagado por su error. Y Oksana es... Bueno, a veces necesita un recordatorio para no salirse del camino.

Jan gruñó.

Bajram soltó una carcajada.

—Ya sé que os habéis encariñado... Ha sido muy tierno ver vuestras fotos... No me esperaba de ti que fueses tan... dulce — pronunció la palabra en un tono despectivo, y Jan cerró los puños tratando de contener la ira que crecía a pasos agigantados en su interior.

—Aunque claro, la pobre estaba tan magullada... —Miró a su guardaespaldas al decir esto—. Muy mal Ivan, muy mal... —Desvió la mirada y volvió a posar sus ojos sobre él—. No te preocupes. En breve estará como nueva y podrás follártela en condiciones.

Jan no pudo controlarse más. Soltando un bramido, que salió desde lo más profundo de su ser, se abalanzó sobre Bajram, pero Ivan no tardó ni un segundo en echársele encima. Sintió el peso del ruso sobre la espalda mientras el borde de la mesa se le clavaba en las costillas. Por un instante se quedó sin aire, pero no tardó en recuperarse. Se retorció y le agarró el brazo con firmeza, dispuesto a partírselo si era necesario, pero un clic metálico justo a la altura de su sien le dejó paralizado. Era un sonido peculiar, que solo había escuchado en las películas. Giró la cabeza y se encontró con el cañón de una pistola apuntándole directamente a la frente.

—Nos vamos a tranquilizar todos y vamos a hablar como adultos, ¿verdad, Jan?

Bajram le miraba imperturbable. El arma parecía una prolongación de su brazo. Durante un segundo, y de manera incongruente, la mente de Jan estableció la comparación de esa pistola y su propia pistola de tatuajes, la que había equilibrado para que se acoplase a su mano a la perfección.

Ivan le soltó y se alejó. Y él se incorporó ignorando el arma.

—La próxima vez que me toques, asegúrate de terminar conmigo, porque te prometo que si no lo haces, seré yo el que acabe contigo —dijo entre dientes, dirigiéndose al ruso con los ojos oscurecidos por la cólera.

Bajram volvió a proferir una sonora carcajada.

—Es gracioso eso que dices. Muy gracioso. —Dejó la pistola encima de la mesa y se sentó de nuevo. Se cruzó de brazos y le recorrió de arriba abajo con esa mirada calculadora que Jan ya conocía—. Luego te explicaré por qué tiene tanta gracia, pero centrémonos primero en Oksana... Para mí se ha convertido en una decepción. No ha sido tan buena amante como pensaba, la verdad. Después de la primera noche y de que me entregase su virginidad, perdió parte de su encanto.

Jan cerró los ojos durante un brevísimo instante. ¿Virgen? ¡Maldito hijo de puta! El simple hecho de imaginarse a Bajram forzando a Oksana hacía que la bilis le subiese a la garganta. Respiró hondo un par de veces. No le convenía perder los nervios en una situación como aquella. Sus ojos se posaron sobre el oscuro y amenazante cañón del revólver. No, no le convenía.

—Bueno, Jan. Ya que parece haberle cogido tanto cariño a esa chica, a lo mejor podemos llegar a un acuerdo...

Todos sus sentidos se pusieron alerta. ¿Qué narices estaba diciendo? ¿Llegar a un acuerdo por Oksana? La situación era muy similar a la que él ya había vivido con anterioridad hacía meses, cuando aceptó luchar para salvarle el pellejo a Till.

—¿Qué propones? —preguntó. Le resultaba odioso hablar de ella como si fuera una mercancía, pero para Bajram todo eran negocios, incluso las personas. Principalmente las personas.

—¿Qué estás dispuesto a darme?

Jan no se detuvo a pensar demasiado. La imagen de Oksana siendo maltratada por el animal que tenía a su espalda se coló en su cerebro. ¿Qué estaba dispuesto a dar? Mucho. Todo. Cualquier cosa, con tal de no volver a ver a la dulce chica que le esperaba en casa como la había visto hacía semanas en la carretera.

No vaciló.

—Tú pide —escupió.

—Veo que sí te importa bastante. Más de lo que esperaba... —Sonrió—. En fin, hablemos claro. Estos meses me has hecho ganar una bonita suma de dinero. Estoy muy satisfecho por lo que has logrado. —Se inclinó hacia delante y habló en voz más baja, como si le fuese a hacer una confidencia—. Pero en tus últimos combates no

has sido tan bueno como antes. Te pesan los años, Jan. Cada vez te cuesta más derrotar a esos chicos. Es normal. Vienen llenos de mierda, de estimulantes y anfetaminas, de cocaína..., se creen invencibles y son muy jóvenes..., ¿verdad?

Jan le escuchaba en silencio. No sabía adónde quería ir a parar, pero tenía razón en sus aseveraciones. Cada vez le resultaba más difícil mantenerse en pie en el ring, cada vez los golpes dolían más y le costaba más recuperarse. Estaba mayor para seguir luchando..., y lo sabía. Ambos lo sabían. Además, cada vez que se subía al octágono lo hacía con temor de que fuese la última vez, de que el siguiente golpe fuese el que acabase con él. Se había vuelto más prudente, más reflexivo a la hora de pelear. Era menos temerario, arriesgaba menos... porque sabía que tenía más que perder.

—No creo que puedas seguir el ritmo mucho tiempo más. Estás acabado.

«Más acabado de lo que crees», pensó con cierta amargura, pero no dejó que ese pensamiento se reflejase en su cara. ¿Qué cojones quería de él? Si ya no le servía como luchador. ¿Qué le iba a exigir a cambio de Oksana?

—Pero... he tenido una idea. —El rostro del albano-kosovar se iluminó como si fuera la mañana de Navidad y él un niño pequeño deseando abrir sus regalos—. Quizá ya no me sirvas para ganar, pero sí puedes servirme para perder... Es fácil, Jan. Solo tienes que dejarte dar una paliza en el ring y caer en el momento en que yo te lo diga. Imagina: Jan «Eismann» Landvik, el imbatido campeón de los últimos meses, destrozado sobre la lona. —Un brillo malicioso asomó a sus ojos—. Un único combate, apostando en tu contra, y puedo ganar muchísimo dinero.

Las palabras le penetraron con mucha lentitud en el cerebro, se abrieron paso en su mente y le llegaron hasta lo más profundo del alma. Una pesada niebla le nubló la vista.

Un único combate en el que tenía que dejarse masacrar a cambio de la libertad de Oksana.

—Si acepto, ¿qué garantías tengo de que a ella no le pasará nada? —preguntó con frialdad, sin dejar traslucir que todo su interior estaba en llamas.

—Si quisiese hacerle daño a Oksana ya se lo habría hecho. Hace días que os observo en vuestro nidito de amor. —Se rio—. Podéis seguir con vuestra maravillosa aventura y jugar a las familias el tiempo que queráis. Me da igual. Oksana ya no me supone ningún peligro. ¿Por qué crees que te he citado aquí y no en el club?

Eso mismo se había preguntado él durante el camino, pero no le había dado mucha importancia. Quizá tendría que haberlo hecho.

—El *Dancing Queen* ya no existe. Ha cerrado... Así de simple. —Chasqueó los dedos en el aire y una sonrisa apareció en su cara—. Se ha trasladado de lugar. Ya no hay chicas. Ya no hay nada.

Jan frunció el ceño. Bajram se había asegurado de que aunque Oksana fuese a la policía y le acusase de algo, no se pudiese demostrar nada.

—Quiero su pasaporte y su visado —exigió.

—Y los tendrás. Cuando hayamos terminado nuestros «negocios» te los entregaré. Solo tienes que luchar una única vez más para mí y dejarte ganar, y habremos terminado. Fácil.

Nada era así de fácil y Jan bien lo sabía. Era obvio que había una pega en algún sitio y la cara de Bajram, con esa expresión de gato que se ha comido al canario, lo dejaba bastante claro.

—El combate tendrá lugar el fin de semana que viene. Y quiero que te mantengas en pie al menos quince minutos para hacerlo interesante. No me vale que salgas al ring y te dejes caer al primer golpe.

—¿Quién será mi oponente?

Ya sabía la respuesta.

Los labios de Bajram se curvaron en una amplia sonrisa.

—Por eso me hacía gracia lo que has dicho antes, ¿sabes? Eso que le has dicho a Ivan. Él va a ser tu rival.

Desde el momento en que el otro le había hecho esa propuesta con el brillo malicioso en los ojos, había sospechado algo así. Para Bajram no era solo una cuestión de dinero, era una cuestión de honor. Jan tenía que pagar lo que el otro consideraba una traición. Quería verle destrozado, a sus pies. ¿Qué mejor manera de conseguir eso que haciéndole perder contra Ivan? El ruso era un monstruo, medía unos cuantos centímetros más que él y probablemente pesase también unos veinte kilos más de puro

músculo. Además de ser diez años más joven. Jan no le había visto luchar nunca, pero sí le había visto entrenando en alguna ocasión en el gimnasio y sabía que era muy rápido —algo poco usual en un hombre de su envergadura—, y que tenía buena pegada.

Notó un movimiento a su espalda y giró la cabeza. Ivan le contemplaba con una sonrisa beatífica en el rostro.

—Todavía puedes echarte atrás —dijo Bajram con un tono asquerosamente comprensivo—. Ivan es mucho Ivan, y a lo mejor Oksana no es tan importante... Si no estás de acuerdo no hay ningún problema. Ahora mismo llamo a los chicos que vigilan tu casa y arreglado.

No tardó ni una milésima de segundo en tomar la única decisión posible.

—Habrà combate y será como tú quieras —dijo de manera sosegada.

—¡Fantástico! —El albanos-kosovar se incorporó, cogió la pistola y se la guardó en la parte trasera de sus pantalones. Sonriendo, como si hubieran efectuado una transacción comercial satisfactoria, siguió hablando—. Después del combate te daré los papeles de Oksana. Un trato es un trato, al fin y al cabo. En un par de días te llamo y tratamos los pormenores del asunto. Ivan, acompáñale hasta la salida.

—No necesito que me acompañe —escupió.

—Como quieras —Bajram le hizo una seña a Ivan, que recorrió el cerrojo y abrió la puerta.

—¿Y el resto de mi deuda? —preguntó antes de darse la vuelta. De eso no habían hablado y no quería dejar ningún cabo suelto que más adelante quizá le estallase en la cara.

—Sinceramente..., después del combate del sábado no sé si podrás seguir siéndome útil para algo. —Pronunció estas palabras mirándole con fijeza. No sonaba siquiera amenazador. Parecía constatar un simple hecho—. Me lo pensaré.

Jan rechinó los dientes. Estaba claro que Bajram opinaba que Ivan le iba a destrozar... Y era más que probable que eso fuera lo que sucediese... No insistió más. Estaba ansioso por salir de esa habitación y alejarse de allí cuanto antes. Se dio la vuelta y atravesó el umbral de la puerta empujando al ruso sin contemplaciones. Sin

detenerse a mirar atrás, atravesó el pub a toda velocidad, abriéndose paso a codazos y empellones. Ya en la calle, y mientras se dirigía al coche, sacó el móvil del bolsillo y llamó a Oksana. Una aterradora premonición tomó forma en su mente cuando ella no cogió el teléfono después de tres tonos. Estaba punto de colgar y volver a marcar, cuando escuchó el clic.

—¿Sí?

Era su voz. Estuvo a punto de dejar caer el móvil al suelo debido al alivio.

—¿Estás bien? —le preguntó sin aliento.

—Sí, yo estoy bien. ¿Qué ha pasado? ¿Tú estás bien? — Sonaba ansiosa y él comprendió que la había asustado.

—Sí, sí. Yo estoy muy bien. No tardo nada en llegar. Espérame —trató de hablar con tranquilidad, pero hasta él mismo se dio cuenta de que no lo estaba consiguiendo.

—Claro —murmuró ella.

—No... no tardo nada en llegar —repitió, y colgó. Al guardarse el móvil en el bolsillo del pantalón descubrió que le temblaba la mano.

Tenía que llegar a casa cuanto antes y verla, para convencerse de que de verdad se encontraba bien. Un sudor frío había comenzado a cubrirle la frente al pensar que ella estaba allí sola, vigilada por los hombres de Bajram.

Verdammt!

Se montó en el Jeep de un salto y como si le persiguiesen los demonios, arrancó y salió del hueco quemando ruedas.

Capítulo Veintidós

La última hora se le había hecho eterna, dando paseos de un lado a otro del salón, intentando reprimir la ansiedad que su ausencia le provocaba. Y su llamada telefónica no había servido para aplacar sus temores, más bien todo lo contrario. Tenía el presentimiento de que algo había sucedido, algo malo. Estaba segura. Jan había sonado distinto, como si no fuese él mismo. Nunca le había escuchado hablar tan angustiado.

¿Y si Bajram le había hecho algo? ¿Y si había descubierto que la había ayudado? Meneó la cabeza con energía tratando de ahuyentar esas absurdas ideas. No tenía sentido. Si Bajram hubiese descubierto algo, Jan no la habría llamado diciendo que todo iba bien, ¿no?

«Quizá le hayan coaccionado a llamarte», dijo una vocecita alarmada dentro de su cerebro.

—¡No! —exclamó—. Jan jamás habría accedido a hacerlo. — Escucharse a sí misma diciendo aquello en voz alta la convenció.

Se dirigió a la puerta de la casa y la abrió de par en par. La oscuridad la recibió. Casi no se distinguían los contornos de los naranjos que había enfrente. La luna en su cuarto creciente parecía una sonrisa blanca y fantasmagórica en el cielo negro. El canto del grillo, al que ya se había más que acostumbrado, llegó hasta sus oídos. Todo parecía tranquilo. Dio unos pasos y apoyó las manos en la barandilla de madera.

El sonido de una rama seca partiéndose hizo que todos sus sentidos se agudizasen de repente. Se llevó la mano al pecho, como si ese gesto pudiera frenar sus enloquecidas palpitaciones. Oteó la negrura sin ver nada.

«Seguro que ha sido un conejo», se dijo, poco convencida.

Entonces vio algo que la aterrorizó. Un puntito de luz anaranjada destacó en medio de toda aquella oscuridad a unos metros de distancia. Lo reconoció sin dudarlo. Era la punta de un cigarrillo encendido. Y de nuevo el mismo ruido de ramas secas aplastadas.

Alguien merodeaba por allí. ¡No estaba sola!

Se dio la vuelta y entró en la casa con precipitación. Cerró la puerta y echó la llave. Apoyó la espalda contra la hoja de madera y miró a su alrededor frenéticamente, sin saber qué hacer. Las cortinas de las ventanas no estaban echadas y desde el exterior se podía ver todo el interior de la vivienda. ¡Gracias a Dios la habitación estaba a oscuras! No había encendido la lámpara porque la luz todavía le irritaba los ojos y prefería la penumbra. Aun así, estaba segura de que su silueta había sido visible para los que estuviesen ahí fuera, vigilándola.

¿Serían hombres de Bajram? ¡Claro! ¿Quién si no?

Se agachó y avanzó a gatas tratando de ofrecer el menor blanco posible. Se deslizó hasta que alcanzó el sofá y se ocultó tras él. Le temblaban las manos y respiraba entrecortadamente. Se sacó el móvil del bolsillo y miró la hora; solo habían pasado diez minutos desde que había hablado con él.

Le llamó.

«Por favor, por favor, por favor, coge el teléfono», rogó en silencio mientras escuchaba los tonos de llamada.

—¿Qué sucede? —Su voz, ansiosa, al otro lado de la línea, hizo que casi rompiese a llorar.

—¡Jan! —susurró con rapidez—. ¡Hay alguien ahí fuera! ¡Creo que son hombres de Bajram!

—Vete al baño y enciértrate allí. —Su voz, de pronto fría como el hielo, hizo que a ella misma se le congelase la sangre en las venas—. Estoy a punto de llegar. No cuelgues y habla conmigo.

Agarró el móvil con firmeza y se levantó, dirigiendo miradas furtivas hacia las ventanas. Se encaminó al baño con rapidez y cerró la puerta con cerrojo. No encendió la luz, dejando que la pantalla del teléfono fuese la única fuente de iluminación. El débil reflejo de su cara asustada en el espejo la recibió.

—¿Estás en el baño? —La voz de él llegó desde muy lejos.

—Sí —respondió ella volviendo a pegarse el móvil a la oreja. Estaba sin aliento, como si hubiese recorrido una gran distancia, cuando lo único que había hecho había sido avanzar unos pocos metros—. ¿Qué está pasando, Jan?

—No va a pasar nada, Oksana. Todo está bien.

—¿Quién hay ahí fuera? —insistió ella. A pesar de que él sonaba muy tranquilo, algo estaba sucediendo y quería saber qué.

—Cuando llegue a casa te lo explicaré todo —repuso él.

—Por favor, Jan. No me dejes así. Dime qué está pasando —murmuró suplicante. Se sentó en la banqueta en la que solo horas antes había estado sentado él mientras ella le afeitaba la cabeza, y apoyó los codos sobre las rodillas.

—Oksana, ¿confías en mí?

—Sí —respondió sin vacilar. Por supuesto que confiaba en él.

—Entonces espera a que llegue a casa. Te contaré todo.

—Está bien —susurró.

Pero no estaba bien. Nada estaba bien. Había alguien ahí fuera y él se comportaba de manera extraña. Subió los pies a la banqueta y se abrazó las rodillas.

—Sé que estás asustada, pero no va a pasar nada. Créeme. —Sonaba muy convincente, pero ella no pudo evitar emitir un pequeño gemido—. ¿Recuerdas la tarde que te llevé al campo de lavanda? —le preguntó con insistencia.

—¿Estás tratando de distraerme?

—Sí.

—Pues no lo estás consiguiendo.

—Pon de tu parte.

—Está bien —susurró.

—¿Recuerdas aquella tarde? —volvió a repetir él.

—Sí.

—Quiero que cierres los ojos y te imagines que estás allí de nuevo.

Oksana meneó la cabeza. ¿Cómo iba a imaginarse eso cuando en lo único en lo que podía pensar era en la presencia de aquellos hombres fuera de la casa?

—Jan, esto es absurdo.

—Hazlo.

Soltando un suspiro cargado de escepticismo, cerró los ojos e intentó acordarse de aquella tarde.

—Quiero que pienses en aquel día y trates de recordar lo que sentiste. El sol se ponía y soplaba una ligera brisa... ¿lo recuerdas?

—Sí, lo recuerdo —murmuró.

Y en efecto, lo hacía. Los tibios rayos de sol le habían calentado la cara y la brisa le había acariciado la piel.

—¿Recuerdas la paz que se respiraba allí? —La voz de él se había tornado más aterciopelada, más ronca...

—Sí... —suspiró ella. Se acordaba muy bien del sosiego que había sentido. La calma que la había embargado...

—No se oía nada. Solo el sonido de nuestras respiraciones. ¿Lo recuerdas?

Todo. Lo recordaba todo. Se acordaba de su presencia imponente a su espalda, sujetándola por el talle y haciendo que se sintiese segura. Ese había sido el día en que había sido consciente de que confiaba en él.

—Inspira hondo y trata de recordar cómo olía, Oksana. Era algo intenso y profundo y lo envolvía todo...

Lo hizo, inspiró hondo, y el recuerdo de aquel aroma impregnó su mente e inundó su nariz, como había ocurrido aquella tarde. El potente y masculino olor de él también se hallaba inextricablemente asociado a aquella experiencia, al menos su subconsciente se lo trajo a la memoria, mezclado con todos los demás.

—¿Lo recuerdas? —La voz al otro lado del teléfono era apenas un susurro.

—Sí... —jadeó.

—¿Recuerdas también que yo estaba ahí, contigo? ¿Que te guie hasta allí y que no te solté ni un solo segundo?

—Sí.

—Estaba allí, protegiéndote, sosteniéndote, haciendo que te sintieses segura...

—Sí —contestó, presa de la emoción.

—Pues piensa que ahora también estoy contigo, Oksana. Protegiéndote, sosteniéndote y haciendo que te sientas segura.

Un sonido, mezcla de sollozo y gemido, le brotó del pecho al escuchar esas palabras. Se llevó la mano a la frente y se mordió el labio inferior, abrumada por todo aquello que él decía.

Un ligero roce en la puerta del baño le hizo dar un respingo.

—Soy yo, Oksana. Estoy aquí. Ábreme.

Soltando una exclamación ahogada dejó caer el móvil al suelo y se abalanzó sobre la hoja de madera. Con las manos agitadas

descorrió el pestillo y abrió la puerta de par en par. Su figura se recortaba en el umbral.

—¡Jan! —gimió.

—Ven aquí —susurró él, agarrándola por los hombros y atrayéndola hacia sí. La pegó contra él y enterró las manos en su pelo. Ella se abrazó a su cintura con desesperación—. *Gott!* Estaba preocupado —masculló, y antes de que ella pudiese contestar, se inclinó y comenzó a besarla.

Oksana se abandonó al beso —a los besos—, que resultaron ser ásperos y desordenados. Sintió los labios recorriendo su boca, sus mejillas, la punta de su nariz, su frente y el nacimiento de su pelo, para volver a acabar en su boca... devorándola. Toda la preocupación, la ansiedad y el miedo que había sentido en los últimos minutos quedaron borrados por el calor de esa boca y de esas manos contra su piel...

—Estaba jodidamente preocupado por ti —murmuró él, irguiéndose y acunándole el rostro entre las manos. La oscuridad en el pasillo le impidió descifrar la expresión de su cara.

—¿Quiénes son esos hombres, Jan? —preguntó ella casi sin aliento—. ¿Son hombres de Bajram? ¿Sabe que estoy aquí?

—Sí.

Solo una palabra, un monosílabo que hizo que la garganta se le estrechase. Trató de coger aire, pero de repente le resultó imposible. Una sensación de ahogo la dominó.

—¡Escúchame! —le ordenó él de manera apremiante—. Escúchame con atención.

Su voz mostraba una fría determinación, que de alguna forma la tranquilizó.

—He llegado a un acuerdo con él por tu libertad, Oksana. Esos hombres de ahí fuera no van a hacerte nada.

—¿Có... cómo? —balbuceó ella—. ¿Un acuerdo? ¿Un acuerdo por mi libertad? ¿Por qué? ¿Cómo? —Se apartó bruscamente. No entendía nada. ¿Bajram había aceptado algo así? ¿A cambio de qué?

—Ven conmigo —dijo él cogiéndola de la mano.

Ella dejó que la guiase hasta el salón mientras que miles de preguntas se le amontonaban en la punta de la lengua. Él la soltó y

se dirigió a las ventanas a cerrar las cortinas. Luego encendió la lámpara de pie que había junto al sofá y la miró. Una arruga de preocupación se había formado justo entre sus cejas.

—La noche que te encontré en la carretera, Ivan nos vio —comenzó él a hablar—. No pudo asociar el coche conmigo al principio, pero supongo que empezaron a atar cabos y terminaron por descubrir que estabas aquí. Los hombres de Bajram llevan días vigilando la casa.

Ella se tensó, pero esperó a que él continuase.

—Ha cerrado el *Dancing Queen* y ha trasladado a las chicas.

Oksana soltó una exclamación ahogada. La imagen de la pobre Olga acudió a su cabeza.

—Pero... pero ¿por qué?

—Para que en caso de que decidieras ir a la policía no tuvieras ninguna prueba, supongo.

—¿Y no le hubiera resultado más fácil venir a por mí? Si sabía dónde estaba... No entiendo nada... —murmuró.

—Ahí es donde entro yo en juego, parece ser...

—¿Tú?

—Bajram es... ¿cómo lo diría? —Una expresión oscura le nubló las facciones—. Un hombre de honor, por muy disparatado que suene eso. Y considera que le he traicionado ayudándote a ti. Para él es más importante que yo pague por mi traición que recuperarte a ti.

Ella se estremeció. Aquello sonaba cada vez peor.

—Hemos acordado que te dejará en paz y me devolverá tu pasaporte y tu visado. No tienes que volver a tener miedo.

Oksana arqueó las cejas, estupefacta.

—¿A cambio de qué? —le preguntó.

—Tengo que luchar una última vez para él y se acabó —repuso él, dándole la espalda. Los músculos de sus hombros se mostraban rígidos bajo la tela de la camiseta.

—¿Luchar para él? Pero... no entiendo..., eso es algo que ya haces...

—Bueno, esta vez será diferente...

Oksana frunció el ceño. ¿A qué se había comprometido?

—¿Qué es lo que tienes que hacer? —le preguntó con la voz tirante. Al ver que él no respondía, se acercó y le puso la mano sobre la espalda. Él se tensó todavía más—. Jan, dime qué le has prometido.

—Me he comprometido a perder. A dejarme ganar.

No podía ser tan simple. Nada era tan simple con Bajram. Una idea terrorífica y descabellada comenzó a tomar forma en su mente. No podía ser... Le agarró de la tela de la camiseta con energía y trató de que se diese la vuelta.

—Jan, mírame —le instó con urgencia—. ¡Mírame! —casi gritó, agarrándole del brazo con las dos manos y tirando de él con fuerza.

Él se dio la vuelta. Su mirada era sombría.

—Ya te estoy mirando —le dijo en voz baja con una calma perturbadora.

—¿Con quién vas a luchar? ¿Quién va a ser tu oponente? —Sonaba histérica y lo sabía, pero tenía el funesto presentimiento de que conocía la respuesta a su pregunta.

—Ivan.

¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

¡Ivan! ¡No, no, no! No tenía ni la menor duda de que destrozaría a Jan en el ring. ¡Ivan era un monstruo! Se llevó la mano a la boca y comenzó a negar con la cabeza, incapaz de pronunciar palabra.

Él la miraba en silencio sin decir nada.

Trazó un camino con sus ojos, desde la frente arrugada por la inquietud, pasando por su nariz, todavía hinchada, y sus pómulos amoratados, deteniéndose brevemente en su boca, la boca que la había besado hacía solo unos minutos. ¿Por qué parecía tan tranquilo?

Siguió negando con la cabeza, andando hacia atrás, hasta que el sofá detuvo sus erráticos pasos.

—No... —La palabra surgió de su boca, mezcla de gemido y sollozo—. No, no, no, no... ¡No!

Él se acercó; al menos sus pies se movían en su dirección. Pero ella cada vez le veía más lejos.

—Oksana —le oyó murmurar.

—No, no, no, no... —seguía diciendo, incapaz de articular otra palabra que no fuera esa.

Entonces sintió sus manos agarrándola con suavidad por las muñecas, tirando de ella, y sus brazos envolviéndola, y su aliento junto a su mejilla. Y se aferró a él buscando su calor y la seguridad que transmitía... Enterró la cabeza en su pecho y sollozó.

Capítulo Veintitrés

Cerró los ojos y apoyó el mentón sobre su cabeza. Trató de amortiguar los temblores que recorrían su cuerpo con el suyo propio, de absorber su tristeza..., pero las lágrimas no cesaban de brotar de sus ojos mojándole la camiseta. Se limitó a abrazarla sin saber muy bien qué decir, esperando que fuese ella la que marcara el ritmo. Si necesitaba llorar, que lo hiciese.

—No quiero que te enfrentes a Ivan. —Su voz, susurrante, apenas llegó a sus oídos.

«Yo tampoco quiero enfrentarme a él. Y menos de esta manera», pensó, pero no dijo nada. En igualdad de condiciones las cosas serían diferentes. Pero ¿así? ¿Sabiendo que no podía defenderse?

—No te preo... —comenzó a decir, pero entonces ella se apartó con rudeza y le miró con los ojos empapados y brillantes por el enfado.

—¿Que no me preocupe? No vuelvas a decirme eso, Jan... ¿Cómo no voy a preocuparme sabiendo que te vas a dejar dar una paliza por mí? —le tembló la voz pero continuó—. No puedes... —exclamó, esta vez con más firmeza.

—Ya está decidido —repuso con agotamiento.

—Pues échate atrás. Llama a Bajram y dile que te lo has pensado mejor.

Él dejó escapar una risa sarcástica.

—Eso es una estupidez.

—Tiene que haber otra cosa que podamos hacer —sugirió ella, desesperada.

—No hay nada. —Negó—. ¿No lo entiendes? Él no va a aceptar otra cosa que no sea verme humillado, destrozado, a sus pies. Así de simple. Y tú lo sabes, Oksana.

Ella le miró con intensidad.

—No puedes enfrentarte a Ivan —repitió, pero su voz carecía de convicción—. No por mí. No por mí...

—Vamos, hago esto con frecuencia —dijo él con mucha tranquilidad, tratando de quitarle hierro al asunto. Dio dos pasos y se situó justo frente a ella, que tuvo que levantar la cabeza para mirarle a la cara—. Es otro combate más —mintió—. Y después serás libre.

—Pero ¿a qué precio? —gimió ella, llevándose las manos a la cara y tapándose. Dejó caer los hombros hacia delante, derrotada.

—Déjame a mí pagar ese precio —le dijo, volviendo a abrazarla. Ella no le devolvió el abrazo, pero tampoco le rechazó. Al menos ya no lloraba.

Le levantó la barbilla con los nudillos para poder verle la cara. No pudo evitar recrearse en sus facciones. Las marcas de los golpes cada vez eran menos evidentes. La recordó como la vio aquella noche en el despacho de Bajram, con ese cutis blanco e inmaculado, esos labios rojos, esos ojos tan particulares y su pelo negro y brillante... Le había robado el sueño durante días, metiéndose en su cabeza y reclamando un lugar allí... Y lo peor de todo no era que hubiese encontrado su sitio dentro de su mente, al parecer también se estaba abriendo paso con toda rapidez camino de su corazón. Solo hacía unas semanas que la conocía y ya estaba dispuesto a arriesgar su vida por ella. ¿Qué decía eso de él? Que estaba completamente loco, sin duda. Tenía muy claro que Ivan iba a tratar de destrozarle, a infligirle el mayor daño posible. También sabía que los daños podían ser irreparables...

Y aun así, estaba muy seguro de la decisión que había tomado. Esa chica se merecía ser libre. Y él le iba a conseguir su libertad.

—No quiero que te hagan daño —susurró ella en ese instante.

—Más daño me haría que tuvieses que volver con él —dijo entre dientes.

Una gruesa lágrima rodó por su mejilla y él se la limpió con el pulgar.

—Lo siento —murmuró.

—¿Qué sientes?

—Esto... —Apartó la mirada—. Llorar... Me he pasado los últimos meses sin poder hacerlo y ahora parece que no puedo parar...

—Oksana, yo no soy Bajram —le dijo algo molesto—. Llorar todo lo que quieras. Destrózate los ojos llorando si es lo que necesitas. Y

no vuelvas a pedir perdón por nada.

Ella volvió a mirarle. Le temblaba el labio inferior.

—Ya sé que no eres Bajram. —Levantó la mano y le delineó la forma de la ceja con la punta de los dedos, luego bajó por su sien, su pómulo, su mejilla y su mentón, para terminar dibujando el contorno de su boca—. Tú eres especial —dijo. Su mirada había seguido el trayecto de sus dedos.

Jan, que había contenido la respiración durante la breve exploración, la dejó escapar ahora. Después apresó su mano, la que ella había utilizado para acariciarle y la besó en la parte interna de la muñeca, con muchísima suavidad. ¿Eran imaginaciones suyas o una sacudida acababa de recorrerle el brazo? No pudo precisarlo, además ella se apartó de pronto y se alejó unos metros, dándole la espalda. La miró, aturdido. ¿Qué era lo que había dicho hacía un segundo?

Ya sé que no eres Bajram. Tú eres especial.

Si ella supiese... Se le oscureció la mirada al pensar en los encargos que había hecho para el albano-kosovar. Recordó las expresiones llenas de miedo en las caras de los individuos a los que había tenido que intimidar... por orden de Bajram...

—¿Cuándo es la pelea? —La repentina pregunta le trajo de regreso a la realidad.

—El sábado.

—¿Este sábado? —Ella se dio la vuelta y le miró sorprendida—. ¡Pero si solo faltan cinco días! No vas a tener tiempo para recuperarte... —La preocupación oscureció sus facciones.

—No tengo que recuperarme mucho para perder —dijo mordaz.

Ella guardó silencio.

—Y ¿qué va a pasar después? —murmuró al cabo de un rato.

—¿Después de la pelea? Bajram se ha comprometido a entregarme tu documentación. Serás libre para hacer lo que quieras.

—¿Confías en él?

—No —respondió tajante—, pero como te he dicho antes, es un hombre de honor. A su manera, pero lo es. Y si se compromete a algo, lo cumple. Además, has dejado de ser un peligro para él.

Ella asintió lentamente, parecía estar procesando la información. Volvió a mirarle durante unos segundos, en silencio.

—¿Qué va a pasar con las otras chicas? —A pesar de que la pregunta la hizo en voz alta, parecía estar preguntárselo a sí misma.

—No tengo ni idea. Quizá ya las haya sacado del país... Esto es demasiado grande para nosotros... —repuso, pasándose la mano por la frente con un gesto fatigado.

—Tienes cara de cansado —le dijo ella de pronto.

—Estoy agotado, la verdad.

No había sido consciente de ello hasta que ella no lo había mencionado. Pero de pronto notaba cada centímetro de su cuerpo dolorido, en parte debido al entrenamiento, pero principalmente por la tensión vivida durante la reunión con Bajram y el posterior trayecto a casa en coche.

—¿Quieres comer algo o prefieres acostarte?

—Prefiero lo segundo, sin duda.

—Entonces yo también me voy.

Parecía indecisa, como si estuviese esperando algo; finalmente se dio la vuelta y se dirigió hacia el pasillo. Él la siguió con la mirada.

«No lo hagas», se dijo. «No lo hagas».

Pero lo hizo.

—Oksana —la llamó. Ella se detuvo y le miró por encima del hombro.

—Sí. —El monosílabo surgió de sus labios mitad afirmación, mitad pregunta.

—Duerme conmigo esta noche —dijo de forma abrupta. La vio coger aire y llevarse la mano al pecho.

—Jan... no sé... no sé si... puedo... si estoy... —le temblaba la voz.

—No. No me has entendido —la interrumpió él—. No quiero acostarme contigo... Bueno sí, claro que quiero acostarme contigo. No soy gilipollas... —añadió, arqueando una ceja—. Pero esta noche solo quiero que duermas en mi cama, conmigo. Quiero abrazarte y hacerte sentir segura.

Podía engañarla y engañarse a sí mismo diciéndole que lo hacía por ella, para que se sintiese protegida, pero el que lo deseaba era él. Esa era la cruda realidad. Había pasado tanto miedo por ella en las últimas horas que lo que más necesitaba era sentir el calor de su

cuerpo entre sus brazos. Y sí, sabía que había sonado como un imbécil. Pero le dio igual.

—Está bien —respondió ella en voz baja. Y se marchó en dirección al dormitorio.

Jan se quedó quieto unos instantes. Aun a sabiendas de que los hombres de Bajram estaban ahí fuera, vigilando la casa, se permitió relajarse por primera vez en horas. Ella estaba a salvo.

Y así iba a seguir.

Se llevó los dedos a las sienes y se las frotó con suavidad. Una incipiente jaqueca comenzaba a manifestarse. Eso era lo último que necesitaba. Se dirigió al baño y se tomó un par de pastillas, esperando que el dolor no fuese a más.

Ella le esperaba en su habitación. Había ignorado el pijama que Eli le había comprado y volvía a llevar puesta una de sus camisetas con el logotipo de su estudio de tatuajes. No pudo evitar mirarla de arriba abajo con cierta satisfacción.

—Te queda mejor que a mí —señaló, y ella le devolvió una trémula sonrisa.

Se dio la vuelta y se quitó las zapatillas, los vaqueros y la camiseta. Podía sentir su mirada clavada sobre su espalda. Parecía como si el ambiente se hubiera enrarecido. Se giró y la descubrió mirándole con los ojos muy abiertos.

—¿Te incomoda?

—No —respondió ella apartando la vista.

—¿Quieres que me ponga una camiseta? —No quería hacerlo, le resultaba incluso ridículo, pero si era lo que ella deseaba...

—No.

—¿Prefieres irte a dormir a tu habitación? —le preguntó al ver cómo la incertidumbre cubría su rostro.

—No —replicó. Esta vez un gesto de su cabeza acompañó al monosílabo.

Jan se la quedó mirando. Quizá todo estuviese sucediendo muy deprisa para ella, se dijo. Para él, demasiado despacio. Si por él fuera ya la habría atrapado entre sus brazos y se la habría comido a besos... la habría arrojado sobre la cama y se habría tumbado sobre ella...

Sí. Demasiado despacio.

Se acercó y la abrazó, dejando que su cuerpo se acoplase al suyo. ¿Cómo era posible que encajasen de aquella manera tan impecable? Cada hueco, cada montículo, cada curva... todos encontraban su lugar y se ensamblaban a la perfección.

—Quería darte... las gracias también... por lo de antes... — musitó ella. Su aliento le hizo cosquillas en el cuello.

—¿Lo de antes? —le preguntó sin entender.

—Sí, por cómo me has tranquilizado por teléfono. No sé cómo sabías que ese recuerdo había sido tan importante para mí.

«Joder, porque para mí también lo fue», pensó.

Pero no dijo nada. La empujó hacia la cama y ella se dejó empujar. En breve ambos se encontraban tumbados, él boca arriba, y ella acurrucada a su costado. De alguna manera, todos los problemas y todas las preocupaciones desaparecían cuando ella se pegaba a él de ese modo y se abandonaba a su abrazo. Hasta la migraña se había esfumado como por encanto. Dejó escapar un suspiro cansado. Tenía tantas cosas en qué pensar, tantas cosas que planear..., pero ya se preocuparía al día siguiente. Extendió el brazo y apagó la luz de la mesilla. Ella había apoyado la mano en su pecho y quizá sin ser consciente de ello le acariciaba con suavidad. Una profunda paz le invadió. Paz que se vio interrumpida por las siguientes palabras que surgieron de su boca.

—Jan, quiero contártelo todo —susurró ella, como si la oscuridad y los momentos que habían compartido antes la hubiesen animado a tomar una decisión.

Él no le contestó, se limitó a abrazarla con más fuerza.

—Cuando vivía en Ucrania no me preocupaban demasiado los chicos, ¿sabes? —comenzó, titubeante—. Solo tenía una meta: estudiar mucho para convertirme en maestra, como mi bisabuela. Mis padres murieron cuando yo era niña y fue ella la que me crió. Solo deseaba que estuviese orgullosa de mí. Así que me mantenía al margen de citas y de tonteos. Y no es que fuese una niña inocente y tonta... bueno, al final resultó que sí. —Su voz se cargó de amargura.

Jan la escuchaba en silencio. No sabía muy bien dónde quería ir a parar.

—Cuando Bajram se enteró de que yo no era muy experimentada... en fin, creo que eso fue lo que le hizo decidirse por mí... Eh... —vaciló—. Yo era... era virgen.

—No tienes que hablar de esto, si te incomoda, Oksana —le dijo, tratando de tranquilizarla.

—No. Quiero hablar de esto contigo. Es importante.

Él volvió a guardar silencio. Le acarició la espalda con lentitud a través de la tela de la camiseta.

—La primera noche no fue tan terrible, en realidad —hablaba tan bajito que él tuvo que esforzarse por entenderla—. Fue la noche que me quemó en el brazo... y luego todo sucedió tan deprisa... Se tumbó encima de mí y... lo hizo... —suspiró—. Me dolió, pero comencé a pensar en casa y en mi bisabuela... y lo... soporté.

Todo su cuerpo se envaró al escuchar aquello. Tuvo que morderse las ganas de levantarse y liarse a golpes contra algo. ¡Dios! La mano de ella se cerró y él la rodeó con la suya propia, tratando de transmitirle confianza, seguridad... No sabía qué.

—Lo peor vino después, en realidad...

Él cerró los ojos. No deseaba oírlo.

—Le gustaba que le esperase todas las noches tendida en la cama, sin ropa. Sin moverme. Sin taparme... A veces... le tenía que esperar durante horas en la misma posición. —Las frases murmuradas le iban saliendo forzadas... como si se le escapasen del alma—. Cuando él llegaba no me dejaba cerrar los ojos... Tenía que mirarle todo el tiempo... Tampoco podía emitir ningún sonido... aunque... aunque me hiciese daño.

Jan sintió un calor abrasador en el pecho, producto de la ira. Trató de controlarse, de aguantar estoicamente mientras ella le relataba el horror por el que había pasado. Pero no sabía si iba a poder conseguirlo.

—A veces no venía en toda la noche, pero yo no podía moverme, por si acaso entraba en cualquier momento en la habitación... Tampoco podía dormirme... Otras veces venía pronto y acababa deprisa. Esas eran las mejores noches... Podía descansar al menos unas horas después de... eso. —Hizo una pausa y suspiró. Su agitada respiración le bañó la clavícula, haciendo que se le pusiera la carne de gallina—. Estaba tan cansada, Jan... tan

cansada... Creía que no iba a haber otra vida para mí..., que eso iba a ser así para siempre.

Si antes ya había pensado que ella era una mujer fuerte, sus palabras murmuradas y cargadas de angustia solo habían conseguido reafirmar la opinión que tenía de ella. Esa mujer era admirable...

La besó en el pelo.

—Estar aquí contigo es como un soplo de aire fresco, Jan. Es como si hubieses abierto una puerta a... algo. No sé... No tengo ni idea de lo que es..., pero no quiero dejar de vivirlo. Quiero estar ahí... —se le quebró la voz—. Ni siquiera sé si me entiendes. No quiero decepcionarte.

—¡Dios! ¿Decepcionarme?

No pudo contenerse más. Tener a aquella mujer entre los brazos, confesándole todo aquello le desarmaba, le dejaba desnudo completamente. Se giró con cuidado, echándose parcialmente sobre ella. Con la mano que tenía libre delineó los contornos de su cara como ella había hecho antes con él, en el salón. Se percató de que tenía las mejillas húmedas

—Son muchas las emociones que me inspiras, Oksana, pero ¿decepción? Jamás. —Fue tajante—. Y te prometo una cosa... Nunca, nunca más vas a tener que pasar por todo eso que pasaste —continuó con fiereza—. Te doy mi palabra. ¿Me entiendes?

—Sí —murmuró ella.

—¿Y me crees?

—Sí —volvió a murmurar.

Entonces se inclinó y depositó un beso sobre sus labios. Breve y dulce.

—Y ahora, déjame que te abrace. Duérmete entre mis brazos, *Schneewittchen*... Déjame ser tu príncipe azul, al menos por esta noche. —Soltó una carcajada ronca y cargada de ironía—. En cierto modo me siento como si hubiese rescatado a la princesa.

Ella no respondió, pero se acurrucó a su lado y se dejó abrazar. Y él la agarró con firmeza. Suspiró por dentro. Sentía el alma pesada y notaba cómo las cosas se le iban de las manos. Pero, joder, ¿acaso no se merecía él también un soplo de aire fresco?

Diario de Oksana Novalnyova
25 de julio – Malinovka (Ucrania)

¡Han contactado conmigo!

Quieren conocerme. Están interesados en mí por mi dominio del español, eso dicen en su email. Esta tarde tengo una entrevista en una cafetería con una señora Lorena Gómez. Va a venir a Malinovka a verme.

¡Estoy muy excitada!

Tengo que planear qué ropa ponerme para causarle buena impresión. La verdad es que no tengo muchas cosas, pero Irina y yo somos de la misma talla y me ha dicho que puedo elegir lo que quiera de su armario. A veces no me toman en serio por mi aspecto y odio que sea así. Sé que soy llamativa y no me gusta que me juzguen por mi físico. Creo que voy a ponerme un vestido oscuro. Y me recogeré el pelo para parecer más profesional.

Quizá me den el trabajo y quizá en España pueda ganar suficiente dinero para poder seguir estudiando. Volveré a la universidad y seré maestra...

Sé que soy tonta por hacerme ilusiones, pero es la primera cosa buena que me pasa en meses.

Capítulo Veinticuatro

Habían transcurrido cuatro días desde la fatídica noche en que Bajram había llamado a Jan. La misma noche en que él le había pedido que durmiese con él y ella había aceptado. No había vuelto a abandonar su cama. Dormían juntos todas las noches y amanecían juntos todas las mañanas. Era perfecto. Oksana apenas se atrevía a pensar en el día siguiente, el día del combate... Sabía que ese día cambiaría su historia para siempre.

Jan se pasaba los días enteros entrenando en el cobertizo. No había querido volver al gimnasio y dejarla sola. Ella se sentaba en un taburete al lado de la puerta, apoyaba los codos en las rodillas y la barbilla sobre las manos, y le miraba golpear el saco una y otra vez, con las piernas, con los brazos..., dejándose la piel hora tras hora hasta que terminaba empapado en sudor y completamente exhausto. De vez en cuando levantaba la cabeza, y cuando la veía allí mirándole, le sonreía. Y esas sonrisas, tan parecidas a las sonrisas que ella había visto en el álbum de fotos, le llegaban al corazón.

Quizá él había bromeado aquella noche diciendo que quería ser su príncipe azul, pero ¿de qué otra manera podía verle ella? Por supuesto que lo era. Sí. Tatuado, con su aspecto feroz y su cabeza afeitada, pero sin duda, su príncipe azul.

Acababa de llevarle un vaso de zumo al cobertizo y se había quedado en el umbral, contemplándole. Tenía las piernas inmóviles y la espalda brillante de sudor, mientras golpeaba el saco con energía. Le devoró con los ojos, sin hablar. Sabía que él la había oído llegar y también sabía que no iba a dirigirle la palabra hasta que no hubiese acabado con su serie. No deseaba interrumpirle, así que se mantuvo en silencio, aunque el hecho de quedarse allí quieta era debido a otra razón más egoísta. Ver su poderoso físico en acción, aun concentrado y controlado pero un poco salvaje, era algo que atesoraba en su interior. Con cada movimiento se podían apreciar los músculos de su ancha espalda expandiéndose y

contrayéndose, al igual que los de sus bíceps y tríceps. Usualmente la fuerza que Jan irradiaba la dejaba sin aliento, y mucho más en momentos como ese. Verle de aquella manera le permitía entrever una mínima parte del ser humano que se ocultaba tras toda esa contención de la que él hacía gala.

No podía evitar preguntarse si cuando hiciese el amor, se asemejaría a ese hombre fuerte y poderoso que era cuando entrenaba.

Se sonrojó, como todas las veces que ese pensamiento acudía a su mente, y huyó sin esperar a que él se diese la vuelta y la saludase. Se llevó las palmas de las manos a las mejillas, tratando de controlar el rubor que se extendía por ellas. *Kakaya ya bila dura!* [\[62\]](#)

Comenzó a andar meneando la cabeza. Meditaba sobre las posibilidades que se abrían ante ella. Las posibilidades que gracias a Jan iba a volver a tener. ¡Iba a poder vivir! ¡A recuperar su vida! No tenía grandes sueños, eran más bien pequeños, pero eran suyos, y por primera vez desde hacía meses se permitía creer de verdad en ellos.

Se matricularía en la universidad.

Buscaría un trabajo.

Y un apartamento pequeñito en... Sí, eso, ¿dónde?

Su mirada se ensombreció. No quería marcharse muy lejos de la zona. No quería marcharse muy lejos... de él. Se metió las manos en los bolsillos del vestido y golpeó una piedra con la punta de la zapatilla. Se detuvo de repente con la mirada clavada sobre el suelo de tierra seca.

¿Estaba loca al imaginarse que había algo entre ellos? No. No lo creía. Ella sentía algo por él y estaba segura de que él también sentía algo por ella. Quizá era pronto para ponerle nombre, pero estaba ahí, en cada gesto, en cada mirada, en cada roce, en cada palabra. Y además, ¿acaso no iba a perder un combate por ella? Apretó los labios con fuerza. Iba a dejar que Ivan le diese una paliza *por ella*... Por más que había tratado de convencerle de que todo aquello era una locura, él estaba muy decidido y ni siquiera aceptaba hablar del tema. Odiaba pensar en lo que podría suceder al día siguiente.

Siguió andando y sus pasos la llevaron hasta el campo de lavanda. Él había tenido razón aquel día cuando le dijo que a simple vista no parecía gran cosa. El estrecho caminito por el que se llegaba hasta allí estaba rodeado de arbustos y matorrales, la mayoría en flor, con colores que iban desde el suave malva hasta el morado más chillón. Todo crecía sin orden ni concierto, descuidado y salvaje. Tenía también cierto encanto. Cerró los ojos y aspiró hondo. El intenso olor volvió a cautivarla igual que había sucedido entonces... Y sin embargo era diferente. Echaba algo de menos.

Le echaba de menos a él.

Abrió los ojos y bajó la cabeza. Era inútil tratar de negar la realidad. Él estaba ahí, todo el rato, en cada nuevo recuerdo, en cada instante...

Se dio la vuelta dispuesta a marcharse, pero apenas había avanzado unos metros cuando una figura le cortó el paso. Levantó la mirada con la sonrisa dibujada en los labios, esperando ver a Jan, pero la sonrisa se le quedó congelada en la cara al percatarse de que el que estaba frente a ella era Ivan.

—Hola Oksana —le susurró.

Se llevó las manos al cuello, horrorizada, sin poder apartar la vista del hombre que la observaba de arriba abajo con una mueca burlona. Se echó hacia atrás, trastabillando. Terminó por tropezar y se cayó. Se hizo daño en las manos al apoyarlas en el suelo para aminorar el golpe.

—Vámonos, Ivan —dijo otra voz, también en ruso. Buscó a su propietario con la mirada. Era Yuri. Se encontraba justo detrás de Ivan.

—Solo quería saludar —repuso el gigantesco ruso, esbozando una sonrisa que no pretendía ser agradable—. No deberías haberte alejado tanto de la casa... Oksana —pronunció su nombre como si fuera una amenaza y dio un paso en su dirección.

—¡No te acerques! —gritó ella, histérica.

—Pero si solo quiero ayudarte a levantarte.

—Déjala en paz, Ivan, y vámonos —volvió a decir Yuri. Parecía nervioso.

—No voy a hacerle nada.

—Bajram ha dicho que no nos acerquemos a ellos.

—No voy a hacerle nada —repitió, pero su voz se había tornado siniestra. Avanzó otro paso más hacia ella—. Mira lo que conseguiste con tu huida —casi escupió señalándose la cara y la fea cicatriz que la desfiguraba.

Oksana se le quedó mirando con los ojos muy abiertos. Le temblaban tanto las piernas que dudó que fuese capaz de levantarse. Se echó hacia atrás, arrastrándose por el suelo, tratando de alejarse de él. Pero él siguió avanzando hacia ella, mirándola con odio.

—A ti a lo mejor no puedo tocarte, puta. Pero a tu novio le voy a destrozarse mañana en el ring —dijo entre dientes, volviendo a dar otro paso y otro más.

Oksana abrió la boca y volvió a gritar.

* * *

Jan terminó su serie y se dio la vuelta esperando ver a Oksana sentada en el taburete, pero se había marchado. Se quitó las guantillas y se acercó a coger el zumo que ella había dejado en la mesa junto a la puerta, lamentando que no le hubiera esperado. Estaba a punto de llevarse el vaso a los labios, cuando un agudo grito femenino rompió el silencio y congeló su movimiento.

No se detuvo a pensar. Con el corazón palpitando de manera desproporcionada, debido a la ansiedad, arrojó el vaso al suelo y echó a correr sin preocuparse de las piedras y de las ramas secas que se clavaban en las plantas de sus pies desnudos. El grito había venido del campo de lavanda. En solo unos segundos lo había alcanzado. La imagen que se presentó ante él le hizo rugir de cólera. Oksana estaba en el suelo, e Ivan se inclinaba amenazadoramente sobre ella. No vaciló. Se lanzó contra el ruso y le apartó de un violento empujón. La ira que le recorría por dentro era tan grande que todo su cuerpo comenzó a temblar, mientras avanzaba hacia delante, dispuesto a atacar.

—¡Hijo de puta! —bramó.

Y antes de que Ivan se recuperase del sorpresivo ataque, le había estrellado el puño contra el cuello. Ni siquiera sintió dolor en la mano a pesar de lo brutal del golpe. Tenía la adrenalina por las nubes y la furia ciega hacía que un velo rojo le oscureciese la mirada.

Ivan no llegó a caer. Soltando improperios en su idioma y echando chispas por los ojos trató de abalanzarse sobre él.

—¡Quietos!

Yuri, cuya presencia le había pasado inadvertida a Jan, apareció de repente entre ambos. Sujetó a Ivan por los brazos, que rugió como un animal y trató de liberarse. Pero Yuri también era una mole de hombre y aunque el otro parecía descontrolado como una fiera salvaje, echando espuma por la boca, logró detenerle. Le dijo algo en ruso, de manera apremiante, mientras le agarraba la cara con ambas manos intentando que le mirase. Finalmente Ivan despegó los ojos llenos de odio de la cara de Jan y miró a su compañero, como si acabase de reconocerle.

Jan, todavía temblando por la tensión, se dio la vuelta y se acercó a Oksana, que seguía en el suelo y contemplaba la escena con una expresión horrorizada en la cara. Sabía que debía tener un aspecto feroz y brutal, y lo último que deseaba era que ella le tuviese miedo. La recorrió ávidamente con la mirada, tratando de asegurarse de que el hijo de puta no le había hecho nada.

—¿Estás bien? —le costó pronunciar las palabras. Salieron entrecortadas de su boca.

—Sí —murmuró ella.

Temblaba como una hoja y le miraba con los ojos muy abiertos, como si no pudiese creer lo que acababa de ver. Él le tendió la mano, enfundada en las vendas que le protegían los nudillos, y ella la tomó sin vacilar. La ayudó a levantarse.

—¿Te ha hecho algo? —Le acarició el brazo con la punta de los dedos.

—No... no.

Asintió imperceptiblemente. Después la colocó a su espalda, escudándola con su cuerpo, y se encaró con los dos rusos. Yuri se había posicionado delante de Ivan y tenía una expresión conciliadora. Levantaba las manos en el aire como queriendo disculparse. A Ivan, por el contrario, le ardían los ojos de furia y parecía dispuesto a seguir adelante con el enfrentamiento.

—Solo tienes que decirlo y el combate puede ser aquí y ahora, Ivan. Y no voy a jugar a perder, tenlo por seguro —espetó Jan entre dientes. La cólera se filtraba en cada una de sus palabras.

—Eso no va a ser necesario. Ya nos vamos —dijo Yuri en tono calmado.

—No quiero volver a veros cerca de la casa —repuso Jan con voz desafiante—. ¿Me habéis entendido?

No hubo respuesta, pero Yuri hizo un movimiento afirmativo con la cabeza y cogió del brazo a Ivan, que tras unos segundos de resistencia, escupió al suelo y se dio media vuelta también, no sin antes volver a dirigirle una mirada cargada de odio.

Los observó alejarse, mientras sentía la presencia asustada de ella pegada a él. Le había agarrado por el talle y apoyado la mejilla sobre su espalda, sin importarle que estuviese empapado en sudor. Cuando por fin desaparecieron de su vista, tras un recodo del camino, su cuerpo, que hasta ese momento se había mantenido tenso y duro como una roca, comenzó a relajarse. Se permitió el lujo de respirar.

—Ya se han ido —dijo.

Ella no respondió, pero pareció calmarse al escucharle decir aquello. Le acarició los brazos brevemente antes de darse la vuelta y mirarla con fijeza. Estaba más pálida de lo habitual.

—¡Joder! Cuando te he oído gritar... —La agarró por la nuca y acercó su frente a la de ella—. *Gott!* Creía que...

—Estoy bien —dijo ella con voz temblorosa.

Sí, estaba bien. No había pasado nada. Aun así él se negó a soltarla. Permaneció unos segundos más en esa posición con los ojos cerrados, respirándola.

—Vámonos a casa —murmuro al cabo de unos instantes. Le pasó el brazo por encima del hombro, pero lo retiró bruscamente—. Estoy sudando, te voy a empapar.

—Me da igual —repuso ella acercándose. Él vacilo, pero finalmente volvió a pasarle el brazo por encima de los hombros y echó a andar.

—No vuelvas a alejarte de la casa. No van a hacerte nada, pero no quiero que te asusten —añadió con una expresión sombría, recordando la imagen de Ivan inclinándose sobre ella... ¡Maldito hijo de puta!

—Se me olvidó que estaban por aquí —dijo ella, agarrándose a su cintura con firmeza.

—No voy a entrenar más hoy. Voy a descansar —dijo él con determinación—. Me lo merezco. ¿No crees?

—Sí, te lo mereces —susurró ella.

La miró de reojo. Llevaba puesto el mismo vestido amarillo de aquel día que la trajo hasta allí por primera vez. ¿Casualidad? El sol se reflejaba en su pelo y en su cara, iluminando sus facciones de una forma casi irreal y hermosa... Le hubiera gustado decirle algo bonito, pero sintió que le faltaban las palabras.

—Estás preciosa, ¿lo sabes? —dijo al fin, pero el adjetivo se quedaba corto para expresar la realidad.

—No me siento preciosa.

—Pues lo estás. —Miró hacia otro lado y contempló la lavanda, pensativo y más emocionado de lo que estaba dispuesto a admitir—. Podrías llevar un saco puesto y aun así harías que se me removiesen las entrañas.

Ella no dijo nada, pero él notó cómo se tensaba. La miró. Ella le sonreía con timidez, y una ola cálida se expandió por su pecho.

—Creo que es lo más bonito que nadie me ha dicho jamás —repuso en voz muy baja, antes de apartar la mirada y dirigirla a la lavanda, como había hecho él. Se había sonrojado.

* * *

No habían vuelto a hablar del episodio con los rusos, pero sabía que ella seguía afectada. Su nerviosa sonrisa y sus ademanes inquietos la delataban. Se le había ocurrido que quizá ver viejos álbumes la distrajesen. Era media tarde y llevaban un rato sentados en el sofá, ojeando algunas fotos. La escena resultaba tan hogareña que era casi ridícula, pero Jan estaba disfrutando al máximo de la chica que tenía entre sus brazos y que apoyaba la cabeza en su hombro. Demasiado quizá...

—¿Y este es tu hermano pequeño? —le preguntó ella en ese instante señalando con el dedo a un adolescente Till.

—Sí, ese es Till.

—Os parecíais muchísimo. —Pasó la página y señaló una foto en la que aparecía él, con quince años menos, bastante más pelo y una nariz perfecta—. ¿Cuántos años tenías aquí?

—Diecinueve. —Bajó la mirada y contempló la imagen con cierta nostalgia—. Acababa de ganar el campeonato regional y habíamos

salido a celebrarlo.

—Pareces tan... feliz —susurró ella acariciando el rostro del retrato con el dedo índice—. Tu sonrisa es hermosa. —Levantó la vista y le miró. El dedo que había empleado para tocar la foto, de pronto estaba sobre sus labios, recorriéndolos con una dulzura extrema—. Ahora no sonrías así, al menos no con frecuencia.

Él atrapó su mano y se la llevó a la mejilla disfrutando de su suavidad y calidez. Sus miradas se entrelazaron, se fundieron... y una placentera sensación le envolvió. Se aclaró la garganta.

—¿Por qué lo dejaste? Lo de luchar, digo. Si te hacía tan feliz...

Tardó unos segundos en responder.

—Cuando mi madre decidió venirse a vivir a España y nosotros nos vinimos con ella, la cosa se complicó algo. Aunque seguía dentro de la Asociación y estaba en el circuito de lucha, al principio me resultó un poco difícil encontrar un buen gimnasio y un buen entrenador por aquí, por la zona. —Se rio, recordando aquellos días—. No te imaginas el desastre en que se convirtieron mis entrenamientos sin entender el idioma... Me tuve que poner las pilas y aprenderlo rápido. —Hizo una pausa y luego suspiró—. En fin, las cosas no salieron como yo esperaba. Estaba en ese momento en que para ser un profesional tenía que viajar y pasar mucho tiempo fuera de casa... Pero tampoco podía dejar a mi madre sola, encargándose de todo. Digamos que... mi hermano Till comenzó a hacer las tonterías típicas de un crío de su edad.

Recordó lo descontrolado que había estado y cómo había necesitado la mano firme de un padre —no del suyo, que la mayor parte de las veces ni siquiera sabía que existían—, o de alguien que le guiase. En aquel momento no había habido nadie más que él para ocuparse de aquello.

—Decidí dejarlo y centrarme un poco más en mi familia —terminó. Sonaba ridículo resumir en una sola frase la decisión que le había costado meses tomar y que había cambiado su vida por completo.

Ella le escuchaba en silencio, con la frente arrugada. Él levantó la mano y se la alisó. ¿Por qué de repente parecía tan reflexiva?

—Así que —dijo al cabo de unos segundos—, dejaste algo que amabas para ocuparte de tu familia... Eso es muy noble, ¿sabes?

—Tampoco es para tanto —repuso. Ella le miraba con algo semejante a la veneración, y se removió incómodo en el sofá—. Cualquiera hubiese hecho lo mismo.

Ella arqueó las cejas con escepticismo y soltó un suave bufido.

—Yo no lo veo así. Eres... una buena persona...

¿Buena persona? ¿Buena persona? Sí, quizá lo había sido..., pero ¿ahora? Después del último año muchas cosas habían cambiado. Él había cambiado.

Ella cerró el álbum que mantenía sobre las rodillas y se acurrucó contra su costado, subiendo las piernas al sofá.

—¿Por qué no tienes televisión? —La curiosidad vibraba en su voz, como si el no tener un televisor fuese la cosa más sorprendente del mundo.

—Me aburre.

—¿Y qué haces cuando estás solo? ¿Para entretenerte?

—Escucho música..., leo... No sé... Entreno...

Ella guardó silencio.

—¿Por qué solo llevas la mitad del cuerpo tatuada? —le preguntó al cabo de un rato.

—No hay una razón especial. Me gusta. Es una cuestión de estética, aunque dentro de nada y si quiero seguir tatuándome tendré que empezar con el lado izquierdo. Ya apenas tengo sitio.

Se miró la pantorrilla. Allí estaba el último tatuaje que se había hecho hacía cosa de año y medio. Representaba a Yggdrasill, el gran fresno, cuyas poderosas ramas separaban los cielos de la tierra y cuyo tronco constituía el eje del universo, según la mitología nórdica. Todos sus tatuajes tenían algo que ver con ella.

—Algunos son muy llamativos —murmuró ella con cierta turbación.

Él la miró con los ojos entornados. ¿Por qué ese azoramiento repentino? De pronto le vino a la cabeza lo que había sucedido aquella noche en la que le había masajeadó la cadera. ¿Estaría recordando cómo le había inspeccionado debajo de la toalla? El pensar en aquello hizo que toda la sangre de su cuerpo fuese a parar a su entrepierna. Se retorció inquieto.

—Tengo algunos muy interesantes, verdaderas obras de arte, como ya te dije.

—¿Qué significado tienen? —le preguntó.

—¿Cuál?

—No sé... todos...

—Dime uno y te lo digo.

—Este —dijo, señalando su pectoral.

—Es Heimdall, el hijo de Odín. Era el dios de las olas y de la luz. Aquí está representado haciendo sonar su cuerno Gjallarhorn, anunciando la llegada de Ragnarok.

Ella le miró cómo si hubiese hablado en chino y él emitió una breve risa.

—¿Y este? —Le tocó el vientre con mucha delicadeza y a él se le puso la carne de gallina. ¿De quién había sido la grandiosa idea de no ponerse camiseta? Ah, sí, suya.

—¿Ese? Ese anciano que toca el arpa es Brage, dios de la música y la poesía. También era hijo de Odín.

—Algún día me harás un tatuaje a mí —murmuró ella.

Él la abrazó con más fuerza sin saber qué decir. Le costaba pensar en el futuro, en otro día que no fuese el presente. Quizá no tuviesen más día que aquel. Quizá esa fuese la última vez que pudiesen estar juntos. Quién sabía lo que podía pasar después de la pelea...

—¿Quieres que ponga música? —le preguntó ella.

—Yo la pongo. —Se incorporó con rapidez—. ¿Qué quieres escuchar?

—A Elvis —respondió sin pensarlo ni un instante.

Él la miró sorprendido y sonrió de medio lado mientras se dirigía a la estantería. Eso sí que no se lo había esperado.

—Creo que tengo algo de Elvis. Vas a tener suerte.

—Perfecto.

Encontró el CD y lo puso. Pronto, la canción *Love me tender* inundó la estancia. Y mientras se daba la vuelta y la miraba, allí sentada en su sofá, en su casa, en su vida... tomó una decisión.

Una decisión egoísta.

¿Acaso no se lo había ganado? ¿No se merecía un respiro? Pues esa chica era su respiro, decidió. Quizá breve, pero *suyo*... al menos por el momento.

Oksana era su premio...

* * *

—Baila conmigo.

—¿Cómo? —Le miró extrañada.

—Baila conmigo —volvió a insistir.

¿Iba en serio? Él tenía un gesto persuasivo y le tendía la mano. Sí, parecía ir en serio.

—No se me da muy bien bailar —trató de excusarse.

—Yo te guío.

—Pero...

—Baila conmigo. —Su voz había adquirido un tono apremiante y sus ojos la contemplaban con cierta urgencia.

Finalmente, y con cierta timidez, se puso en pie y le cogió la mano. Él tiró de ella y la pegó contra su cuerpo, sujetándola con firmeza por la cintura. La parte superior de su cabeza apenas le llegaba a los hombros. De pronto no supo qué hacer con los brazos.

—Abrázate a mí —le susurró él al oído, como si le hubiese leído los pensamientos.

Lo hizo. Entrelazó los dedos detrás de su cuello y apoyó la mejilla en su pecho. Él comenzó a moverse con cierta languidez, sin seguir el ritmo que marcaba la canción; solo se mecía y la mecía con él. Cerró los ojos y dejó que la música y su contacto la embriagasen. Sus brazos firmes la envolvieron y su aliento le bañó la sien, apenas. Aspiró hondo y dejó que su olor, ese olor tan masculino y tan de él, la llenase. Un suave suspiro escapó de su boca...

En sus brazos se sentía tan especial... tan única...

Pero entonces la canción terminó.

—Se ha acabado —murmuró con pesar, mirándole.

—Da igual. Ahora empieza otra —musitó él sin soltarla. Sus ojos se habían oscurecido y tenía las pupilas dilatadas.

En ese instante, los primeros acordes de una preciosa melodía emergieron del equipo de música. Era una de sus canciones favoritas de Elvis. *Can't help falling in love*. A pesar de no entender la letra, siempre le había resultado especialmente conmovedora. Jan empezó a moverse con lentitud, de nuevo, arrastrándola con él. Podía sentir la dureza de su cuerpo contra el suyo... Sus muslos, sus caderas, su pecho, sus brazos... Y sus ojos recorriéndole el

rostro y deteniéndose en su boca. Entonces, y de manera inesperada, comenzó a cantar en voz baja.

—*Shall I stay... would it be a sin... if I can't help... falling in love with you...*

Su timbre era ronco y profundo y ella le escuchó cautivada, incapaz de apartar la mirada de sus labios, que se movían al unísono con la letra de la canción, mientras un escalofrío le recorría la columna vertebral.

—Tradúcemela —le pidió con voz entrecortada.

Él no se hizo de rogar. Sin dejar de moverse y mirándola con mucha intensidad, comenzó a recitar:

—*Tan seguro como que un río fluye hacia el mar, querida así es... algunas cosas están destinadas a suceder... Toma mi mano, toma mi vida entera también...*

Ella tragó saliva, completamente seducida por el momento, por la música, por su cercanía... Entonces él se inclinó y a meros milímetros de sus labios le susurró:

—*Ya que no puedo evitar enamorarme de ti...*

Sí, era solo una canción y esas palabras eran de Elvis y no de Jan, aun así, él las había pronunciado de una manera tan... real. Y seguía mirándola con tanta emoción, y su boca estaba tan cerca...

Cerró los ojos.

Entonces sintió sus labios sobre los suyos. La besó. Una vez. Dos veces. Tres veces. Con suavidad.

Después se apartó.

—Duerme conmigo esta noche.

Oksana abrió los ojos conteniendo la respiración, sabiendo que aquella noche el verbo dormir no significaba solo eso. Y a pesar de que no había sido una pregunta, ella respondió:

—Sí.

Diario de Oksana Novalnyova
28 de julio – Malinovka (Ucrania)

La entrevista ha ido muy bien. La señora Gómez, aunque ella insistía en que la llamase Lorena, es una mujer muy guapa y elegante, con clase. Ha venido con un hombre algo estirado, también español, aunque él apenas ha hablado. Me ha hecho muchas preguntas, sobre todo le interesaba saber por qué quería emigrar a España y yo le he dicho la verdad, porque estoy sola y porque siempre ha sido mi sueño.

El restaurante que quiere montar en Barcelona va a ser un restaurante de lujo y necesita chicas con buena presencia. No le importa demasiado que no tenga experiencia como camarera. Dice que nos darán un curso antes de empezar a trabajar.

Al principio estaba nerviosa y creo que hasta he tartamudeado, pero luego todo ha ido perfecto. Mi español es muy bueno, lo sé. He tenido la impresión de que les había gustado.

Ojalá me llamen.

Capítulo Veinticinco

Apenas podía creerse que estuviera sucediendo, y sin embargo así era. Había sido ella misma la que había dicho *sí*.

Habían dejado el equipo de música encendido y la inconfundible voz de Elvis los siguió hasta el dormitorio. Contempló la cama con cierta aprensión y le miró de reojo. Una oleada de inseguridad la invadió. ¿Qué sabía ella realmente sobre cómo complacer a un hombre? Él parecía tan seguro y tan decidido en ese momento que se acobardó. Le soltó la mano.

Él se dio la vuelta y la miró.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —se apresuró a responder. No se atrevió a subir la mirada más allá de su cuello—. Es solo que...

—Ven aquí —murmuró sin dejar que ella siguiese hablando. Volvió a cogerla de la mano y la atrajo hasta que sus cuerpos se rozaron. Después le levantó la barbilla con los nudillos—. No tengas miedo.

—No tengo miedo, Jan... Es solo que... no sé si voy a... —se detuvo, tratando de encontrar las palabras correctas. Él la miraba de una manera tan intensa que le dio un vuelco el corazón—. Creo que no voy a estar a la altura —dijo al fin.

Una sonrisa deslumbrante se instaló en los labios de Jan. Le sujetó el rostro con ambas manos.

—Es probable que el que nunca esté a tu altura sea yo —dijo justo antes de besarla.

Su boca se posó sobre la de ella y a pesar de que no era el primer beso que intercambiaban, le pareció que sí. Cerró los ojos y se abandonó a la caricia de sus labios, ya que eso fue: una suave caricia. Era curioso que un hombre de su tamaño pudiera besar de aquella manera tan delicada. El contraste de esa suavidad con la fuerza que emanaba de su cuerpo resultaba apabullante. Su lengua le recorrió el labio inferior y ella dejó escapar un gemido. Deslizó las manos por su talle y le abrazó, deseosa de estar más cerca de él.

—Llevo soñando con hacer esto muchas noches, muchas... — dijo él contra su boca.

Oksana no pudo hacer otra cosa más que asentir, aturdida. Con timidez sacó la punta de su lengua y se encontró con la de él, que jadeó y le soltó la cara para cogerla con firmeza por la cintura y apretarla contra sí. Su erección se le clavó en el estómago y ella se envaró, sin ser consciente de que lo hacía, pero él sí pareció percatarse de ello. Levantó la cabeza y la miró.

—No tenemos por qué hacer esto, Oksana.

Ella cerró los ojos un instante para volver a abrirlos llenos de determinación.

—Quiero hacerlo, Jan. Quiero que sea contigo. —No se atrevió a ser más clara. A pesar de que no era su primera vez, en cierto modo sí lo era. Esperaba que la entendiese, a pesar de su parquedad.

Él pareció haber comprendido, porque asintió. Aflojando su abrazo pero sin soltarla del todo se sentó en el borde de la cama, colocándola entre sus piernas. Ella apoyó las manos en sus hombros y le miró con cierta curiosidad.

—Vamos a ir a tu ritmo. —Deslizó las manos hasta sus caderas y, apoyando la frente en su pecho, aspiró hondo—. Me encanta cómo hueles. Toda la casa huele a ti... Es intoxicante... y delicioso...

Las vibraciones de su voz contra su cuerpo la hicieron estremecer. Se pegó más a él y le acarició el suave cráneo, deleitándose con el jadeo que él expelió. Notó su cálido aliento contra su esternón y en silencio deseó que él girase la cabeza para poder sentirlo contra alguno de sus senos, que notaba pesados y sensibles. Pero él no lo hizo, se retiró y alzó la vista. Sus ojos, que ella había catalogado como «bonitos», la taladraron.

«¿Bonitos? ¿Solo bonitos? ¿En qué demonios estabas pensando? Son hermosos», se dijo, sin poder apartar la mirada. Eran de color azul profundo y tenía las pestañas largas y de un tono rubio oscuro.

—Quiero tocar cada centímetro de tu cuerpo con mis manos — musitó, y ella sintió cómo si una llama hubiese prendido en el centro exacto de su ser.

Y sin más preámbulos él comenzó su recorrido, fijando como punto de partida sus desnudas pantorrillas. Oksana se agitó al sentir las palmas de sus manos sobre la sensible y delicada piel. Inició un lento ascenso, deteniéndose brevemente en la curva de sus rodillas, para seguir subiendo sin apenas pausa por la parte trasera de sus muslos. En ningún momento apartó los ojos de su cara. Ella fue consciente de que la humedad se extendía entre sus piernas, temblorosas, y bajó la mirada. No pudo evitar fijarse en el bulto pulsante dentro de sus pantalones.

—No te preocupes por eso —susurró él, dándose cuenta de dónde miraba—. Deja que ese sea mi problema. Tú solo... relájate.

Acto seguido posó las manos sobre sus glúteos, cubiertos por las finas bragas de encaje. Ella soltó un gemido sofocado, notando cómo su ropa interior se empapaba todavía más. Se revolvió inquieta. ¿Relajarse? ¿Cómo iba a relajarse si él la acariciaba de aquella manera?

—Jan —balbuceó.

—Dime, Oksana, ¿no quieres que siga? —Su voz era pura seducción.

Ella sacudió la cabeza con brusquedad y luego asintió con vehemencia. ¡No! ¡Sí! ¡Por supuesto que quería que siguiese!

—Si algo te incomoda, dímelo y paro —murmuró él, y movió sus manos unos centímetros. De pronto sus dedos la acariciaron justo ahí, entre las piernas, a través del tejido de sus bragas.

—¡Ah! —exclamó, cerrando los ojos y apoyándose pesadamente contra él. Las piernas le flojearon. Pero él se retiró de repente y dejó de tocarla. Volvió a sujetarla por el talle. Ella abrió los ojos y le miró, insegura.

—Llámame imbécil —dijo con voz áspera—, pero necesito saber que tú deseas esto tanto como yo. Sé que no lo has tenido fácil en los últimos meses... Necesito que estés segura... ¿Tú quieres esto tanto como yo?

Oksana tenía problemas para concentrarse en lo que él estaba diciendo. Ella era la primera sorprendida de estar tan excitada. Sentía todo su cuerpo en llamas, ardiendo... Jamás había experimentado algo parecido, y descubría que esa fascinante

sensación le encantaba y la asustaba al mismo tiempo. El pensar en seguir adelante con Jan... Él era tan... Jan era...

No tenía palabras.

—Sí, lo quiero tanto como tú —confesó al fin.

—Pues vamos a hacerlo bien.

Le cogió el bajo del vestido y lo fue levantando poco a poco, hasta que la tela cubrió sus ojos y ella ya no pudo ver su mirada cargada de fuego. Creyó sentir el suave roce de sus labios sobre su abdomen, pero fue algo tan ligero, que pensó que se lo había imaginado. En cuanto la prenda ya no fue un obstáculo, buscó sus ojos, ansiosa. La miraba con una mezcla de deseo contenido y admiración. Se sintió expuesta ante él, apenas cubierta por sus diminutas bragas.

—Me dejas sin aliento... Eres preciosa —susurró, estrechándola con firmeza. Ella sintió su torso duro y firme pegado a su cuerpo. Sus enormes manos le abarcaban toda la espalda.

Se derritió al escucharle decir aquello. Apoyó la mejilla sobre su cabeza y le acarició los hombros, cerrando los ojos. Estaba abrumada por todo lo que él le hacía sentir... Cada palabra que pronunciaba le llegaba directa al corazón. Se le habían llenado los ojos de lágrimas y tuvo que parpadear para ahuyentarlas.

—¿Te he dicho antes que quería tocar cada centímetro de tu cuerpo con mis manos? Pues acabo de darme cuenta de que lo que en verdad quiero hacer... es recorrerlo con mi boca.

Nada más decir esto, comenzó a depositar pequeños besos en el valle de sus pechos, para después desviarse ligeramente hacia la derecha y con una delicadeza agónica besar su seno una y otra vez, terminando por rozar con su boca su erecto pezón.

—¡Jan!

El nombre se le escapó, mitad exclamación mitad jadeo. Se aferró a él con desesperación, ávida por más caricias como aquella, y él no se hizo de rogar. Daba la sensación de que solo deseaba complacerla. Siguió besándola de aquella manera tan íntima, pasando de un pecho al otro, empleando los labios y la punta de su lengua apenas. Ella se retorció inquieta entre sus brazos. Sentía como si todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo se hubieran

concentrado en los trozos de piel que él besaba. Un escalofrío de placer le recorrió la espalda, y luego otro y otro...

Su propia reacción la asustó. Le empujó, apartándole unos centímetros. Él levantó la cabeza y la miró con una expresión interrogante.

—¿Quieres que pare? —jadeó. Su voz sonaba ronca por la excitación.

—Es... es demasiado... para mí —susurró—. Es todo... tan... nuevo...

Él se echó hacia atrás y la contempló pensativo. Una arruga se marcaba entre sus cejas. Ella se sintió como una estúpida. ¿Qué había hecho? Había roto un momento precioso, un momento perfecto... Se abrazó a sí misma, sintiéndose más desnuda que antes. Pero su siguiente movimiento la sorprendió. Se inclinó, le desanudó los cordones de las zapatillas y se las quitó. Cuando volvió a levantar la vista la miró con tal calidez que ella pensó que se le derretiría el corazón.

—Ven. —La cogió de ambas manos y tiró de ella con suavidad—. Déjame que te abrace. —Se tumbó en la cama y la arrastró consigo. Ella se tendió a su lado.

—Siento ser tan tonta, pero...

No la dejó continuar. Le puso el dedo índice sobre los labios y le regaló una de esas sonrisas increíbles.

—Está bien. Solo déjame que te toque y que te bese... ¿Podrás soportarlo? —Un toque de humor se filtró en sus palabras.

Ella asintió. Estaba algo tensa, pero trató de relajarse.

—Me llena de rabia pensar que alguien ha podido hacerte esto —comenzó él, delineando con los dedos las marcas de color violáceo que teñían sus costillas. Su caricia era sutil—. Y esto. —Le rozó el esternón—. Y esto. —Su mano subió y se detuvo justo al lado de su clavícula. La miró fijamente a los ojos—. Nunca más, Oksana. ¿Me oyes? Nunca más.

—Lo sé —dijo ella.

Después hundió la cara en el hueco de su cuello y le pasó un brazo por la espalda, pegándola a él como si quisiera que ella le traspasase. Mientras, con su mano libre trazó el contorno de su figura. Se detuvo en la parte externa de su seno y ella notó cómo el

calor invadía de nuevo el centro de su cuerpo. Contuvo la respiración, pero él siguió con su avance, pasando por su costado, su cadera y bajando hasta su muslo, donde la marca del golpe que había recibido todavía era muy evidente. Allí sus dedos la acariciaron de una forma tan ligera que apenas los sintió sobre su piel. En ningún momento levantó la cabeza, seguía depositando suaves besos en el nacimiento de su cabello, debajo de su oreja... sobre la fea cicatriz que el cuchillo de Ivan le había causado.

Cerró los ojos, avergonzada. Avergonzada por... por todo.

Por todas sus noches con Bajram.

Por tener cicatrices en el cuerpo.

Por haber soportado todo aquello.

Por que Jan no iba a ser el primero...

Un lamento ahogado se escapó de sus labios y él la miró con intensidad.

—No te avergüences, Oksana—susurró él. Y cuando ella trató de huir de su mirada inquisitiva, girando la cabeza, él le sujetó el rostro con la mano, impidiéndoselo—. Eres preciosa. Perfecta. Y *mía*. Solo *mía*. De nadie más. *De nadie más* —enfaticó.

¿Cómo era posible que él siempre supiese qué decir? Tamaña declaración de posesividad tenía que haberla aterrado después de todo lo que había experimentado durante los últimos meses, y sin embargo, cuando era Jan el que le hablaba en esos términos no le producía ningún miedo, por el contrario, le resultaba curiosamente tranquilizador. Terminó por asentir. Y él la besó. Esta vez empleando también su lengua y sus dientes.

—No sé qué hacer —murmuró contra su boca, jadeante.

Él levantó la cabeza y sonrió. Las arruguitas que se formaron en torno a sus ojos la fascinaron.

—Nada. No quiero que hagas nada. Solo disfruta...

Y volvió a dibujar el contorno de su boca con su lengua. Ella se abandonó al exquisito contacto, gimiendo. Juntó los muslos buscando... algo... No sabía bien el qué. Pero él sí parecía saber qué era lo que buscaba, porque mientras la besaba comenzó a acariciarla exactamente donde más parecía necesitarlo. Su mano le rodeó un seno y sus dedos índice y pulgar le pellizcaron el pezón con suavidad.

—¿Te gusta? —le preguntó él sin apartar su boca de la de ella. Oksana apenas pudo gemir su asentimiento.

—Bien. Espero que esto también te guste —susurró. Y deslizó la palma de su mano por sus costillas y su abdomen hasta llegar justo al borde de sus bragas. Pero no se detuvo allí. Se posó suavemente sobre su monte de Venus y presionó.

Ella se agitó sin poder evitarlo. ¡Sí! ¡Eso era lo que necesitaba! Volvió a apretar los muslos, aprisionando su mano entre ellos. Tenía el pulso acelerado y respiraba con dificultad. Le miró con los ojos muy abiertos, expectante.

Él retiró la mano poco a poco y ella dejó escapar un gemido de protesta que fue sustituido por uno de sorpresa al sentir cómo sus dedos apartaban el suave tejido y se deslizaban dentro de la prenda. En el momento en que alcanzó su objetivo se detuvo y la miró con los ojos brillantes. Ella notó cómo su erección se endurecía aún más contra su muslo.

—He soñado con este momento durante días, ¿sabes? Cada vez que cerraba los ojos te imaginaba entre mis brazos, temblando de deseo...

Acompañó a esas palabras de un suave pero insistente movimiento de sus dedos, provocándole una sacudida en el estómago. Notó la callosa palma de su mano frotándose contra su clítoris y suspiró. Le miró. Él tenía un gesto de profunda concentración mientras seguía tocándola. Se mordió los labios al sentir cómo hundía un dedo dentro de ella muy despacio. Luego lo retiró. Volvió a hacerlo un par de veces, escudriñando su rostro al mismo tiempo.

—¡Jan! —gimió.

—No sabes lo que me haces cuando te oigo pronunciar mi nombre mientras noto cómo te empapas cada vez más —jadeó él—. Me había imaginado que sería así, Oksana... pero ¡joder! la realidad es mucho mejor... Esto es... perfecto...

Un calor asfixiante se esparció por su cuerpo al escucharle decir aquello. Notaba su sexo hinchado, sensible... y distinto.

Él introdujo dos dedos dentro de ella y los movió de una forma pausada e increíblemente sensual. Luego los sacó lentamente y los empleó para rodearle el clítoris. De vez en cuando la yema de uno

de ellos la rozaba justo ahí, en el centro, y ella se tensaba. Contuvo la respiración y se agarró a la sábana con fuerza. Cerró los ojos. Había comenzado a arder por dentro y por fuera. Todo lo que estaba sintiendo se había amplificado por mil con esa suave intrusión de sus dedos en su interior. Nunca antes había experimentado algo parecido. Sí, quizá una vez que tuvo fiebre alta y el calor había escapado de su interior para romper por todos sus poros... Exactamente así era como se sentía: febril y sofocada.

No tuvo tiempo de seguir analizando sus percepciones ya que él se volvió más osado, más enérgico, y sus dedos más audaces, más insistentes. Si antes solo se había limitado a acariciarla con delicadeza, ahora el contacto se hizo más íntimo, más continuado... Más firme y rápido...

Una increíble y desconocida sensación se formó en la parte baja de su vientre, un calor abrasador que comenzaba justo en el centro mismo de su femineidad y que se propagaba por todo su cuerpo. Con los ojos abiertos por la sorpresa, emitió un gemido ahogado al sentir cómo su sexo se contraía y se expandía y las convulsiones la sacudían. Clavó los talones en el colchón y se puso rígida. De pronto hasta su cerebro pareció ser absorbido por esa vorágine de la que estaba siendo presa. La cara de él se desdibujó y cerró los ojos, aturdida. La intensidad del momento fue tan avasalladora que un sollozo se escapó de su garganta.

—Te tengo —murmuró él, y la estrechó entre sus brazos.

Ella enterró la cabeza en su pecho y lloró, desbordada por los sentimientos.

Capítulo Veintiséis

La música seguía sonando en el salón. El CD había vuelto a empezar desde el principio y Elvis cantaba *Love me tender* de nuevo.

La abrazó, dejando que sollozase y que sus lágrimas le empapasen el pecho. Si eso era lo que ella necesitaba, eso era lo que iba a tener. El orgasmo había sido intenso; y si cómo él sospechaba había sido el primero para ella, no le sorprendía en absoluto que estuviese tan conmocionada. Había sentido su cuerpo vibrando sin control y el calor abrasador que había hecho que toda su piel se cubriese de rubor. También había visto el miedo a lo desconocido brillando en sus ojos.

Le besó la parte superior de la cabeza con suavidad. ¡Dios! ¿Cómo era posible que alguien fuera tan frágil y tan fuerte al mismo tiempo?

Notó su erección, demandando atención contra la pierna de ella, y trató de controlarla. No era el momento más adecuado para pensar en sí mismo; ella necesitaba tiempo para asimilar lo que le acababa de suceder. Pero su miembro iba por libre. No tenía demasiados sentimientos. Actuaba por instinto. Él, sin embargo, era el rey de la contención, como había demostrado. Muriéndose por poseerla, por hundirse dentro de ella, por sentir las paredes calientes de su sexo envolviéndole..., había decidido que eso podía esperar y que ella era la verdadera protagonista del momento. Y no se arrepentía en absoluto. Es más, lo volvería a hacer mil veces.

Bajó la mirada. No podía verle la cara pero se la imaginó con los ojos cerrados y las mejillas húmedas, con los labios entreabiertos y temblorosos... y una oleada de ternura le inundó... ¿Qué demonios le sucedía con esa chica? Había llegado a su mundo para ponerlo patas arriba, para meterse debajo de su piel, para sacudirle el alma... La estrechó con más fuerza y recordó los besos, y cómo había recorrido su cuerpo con sus manos y su boca... La vio de nuevo retorciéndose al ritmo de sus caricias...

Gott!

Su entrepierna se irguió desafiante, pero apretó los dientes y lo ignoró.

Se separó de ella apenas lo suficiente para poder verle la cara. Sus ojos, grandes, húmedos y... sí, llenos de vida, perforaron los suyos.

—Jan... —musitó. No parecía capaz de decir nada más.

Él levantó la mano y le limpió las lágrimas de las mejillas con la punta de los dedos.

—A veces es intenso —le dijo.

Ella dejó escapar un pequeño suspiro.

—Lo ha sido —murmuró—. Nunca antes... La verdad... es la primera vez que...

—Así es como debería ser siempre —la interrumpió él con vehemencia.

—He... he cerrado los ojos... —dijo ella de repente. Una curiosa expresión había aparecido en su cara.

Él la miró sin comprender muy bien a qué se refería, pero entonces cayó en la cuenta y recordó lo que ella le había contado sobre sus noches con Bajram. Una furia inmensa y espesa le inundó.

—Joder, Oksana —masculló, sujetándole la cara firmemente con la mano. Estaba enfadado y trató de controlar el tono de su voz para no alarmarla—. Conmigo puedes tener los ojos cerrados, abiertos..., estar en silencio, gritar, llorar o hacer lo que te venga en gana. ¿Lo entiendes? Lo que tú quieras...

Ella asintió con lentitud. Su cuerpo, que se había tensado, se relajó visiblemente, y sus ojos perdieron la chispa preocupada que había aparecido en ellos. Él la abrazó, odiando verla tan vulnerable y perdida, tan insegura... Maldijo en silencio. Ojalá que los recuerdos que acababan de crear juntos pudieran borrar todo lo sucedido con Bajram.

Después ambos guardaron silencio, mientras Elvis seguía sonando de fondo. Él cargó el peso sobre los brazos para no aplastarla y el movimiento hizo que su miembro se rozase con su muslo. Ella bajó la mirada y contuvo el aliento al ver la forma de su erección apenas contenida por el pantalón de deporte.

—Ignóralo —dijo él.

—¿Ignorarlo? —Ella se removió nerviosa, apartándose unos centímetros. Hasta el momento Jan había tratado de pasar por alto su casi total desnudez, pero de pronto, su cuerpo quedó al descubierto. Sus pechos eran perfectos, ni muy grandes ni muy pequeños, con areolas rosadas y los pezones enhiestos de un color parecido al de las fresas... Se le hizo la boca agua y su pene comenzó a vibrar descontrolado.

Ella volvió a mirarlo, absorta. Con mucha lentitud y no exenta de curiosidad, acercó la mano a su ingle, pero él la detuvo agarrándola por la muñeca. Solo pensar que pudiese tocarle, había hecho que el pulso se le disparase.

—¡No!

Le miró, perpleja.

—¿No quieres? —le preguntó con la voz entrecortada.

Él dejó escapar una carcajada irónica.

—¡Pues claro que quiero!

—Entonces, ¿por qué me has detenido?

No supo qué decirle. Eso. ¿Por qué la había detenido? La miró tratando de averiguar qué se le estaría pasando por la cabeza, pero su expresión no delataba nada. Al fin, le soltó la mano.

—Muy bien —claudicó, y se echó sobre la espalda, cruzando los brazos por detrás de la cabeza—. Soy todo tuyo —dijo fingiendo una indiferencia que para nada sentía.

Ella le miró a la cara unos segundos. Parecía insegura. Alargó la mano, pero la volvió a retirar.

—No tienes por qué hacerlo —susurró él sin apartar la mirada.

—Quiero hacerlo —murmuró. Su voz sonaba algo más decidida.

—Entonces, haz conmigo lo que quieras... —dijo entre dientes, sabiendo que la frase había sonado estúpida.

Ella se incorporó y apoyó el codo sobre el colchón, de manera que su melena le cayó sobre el hombro y Jan no pudo verle la cara. Dudó sobre si cerrar los ojos y dejarse sorprender por su caricia, o mantenerlos abiertos y permanecer vigilante. Finalmente los cerró. Trató de relajarse.

«Tampoco es para tanto», se dijo. «No es la primera vez que una mujer te toca ahí».

Pero cuando sintió su mano posándose sobre él, no pudo evitar tensar todo su cuerpo. Ella le recorrió desde la base hasta la punta, apretando ligeramente. Se mordió los labios conteniendo el gemido que había estado a punto de emitir y abrió los ojos. Parecía concentrada en su caricia y eso le resultó todavía más excitante.

—Es... es... impresionante —dijo ella.

—No puedo quejarme —dijo con cierta sorna, haciendo gala de todo su autocontrol. Ella seguía recorriendo toda su longitud, al parecer maravillada por su tamaño y consistencia.

—¿Cómo te gusta que te toquen? —preguntó con cierta timidez.

—Como tú lo estás haciendo —dijo, dando un respingo al sentir que ella presionaba con más fuerza.

Ella giró la cabeza y le miró. Tenía las pupilas dilatadas por el deseo.

—¿En serio? —La inseguridad se filtraba en sus palabras.

—Créeme. Lo estás haciendo muy bien.

—¿Puedo... puedo quitarte el pantalón? —le preguntó casi sin aliento, con las mejillas arrojadas.

Al oír aquello todas las alarmas se dispararon en su cerebro, pero ¿qué narices había estado esperando?, ¿que ella le tocara un rato por encima de la ropa y luego irse a cenar algo? Estaba claro adónde iba a conducir todo aquello. Ella parecía quererlo..., y él se moría por llegar hasta el final.

—Sí.

Ella no esperó más. Se sentó en la cama y agarrándole la cinturilla de los pantalones, tiró hacia abajo. Él elevó la pelvis para facilitarle la operación. En el mismo instante en que su erección quedó libre, la contempló fascinada y soltó un gemido, mezcla de sorpresa y de algo más. Alargó la mano y con mucha lentitud la rodeó. Apenas era una caricia, pero cuando reaccionó vibrando frenéticamente, se retiró con precipitación. Él se tragó la exclamación de placer que había estado a punto de brotarle de la garganta.

—Ven aquí —murmuró, en cambio, tirando de ella y obligándola a acostarse a su lado.

—Pero... —trató de protestar—. Tú estás... necesitas... —se interrumpió, bajando la mirada.

—No te preocupes por eso —le dijo él, alzándole la barbilla con los dedos—. Déjame que te abrace. Quiero sentirte toda entera, pegada a mí. —Su mano descendió hasta el borde de sus bragas—. ¿Puedo?

Ella asintió, casi sin aliento. Y él se las bajó hasta las rodillas. Ella hizo el resto, desembarazándose de ellas con las piernas.

La abrazó con firmeza, recorriéndole la espalda de arriba abajo con las manos, deteniéndose en sus nalgas y oprimiéndolas con suavidad, atrayéndola hacia sí y sintiendo cómo su erección se hundía entre sus suaves muslos. No quiso ir más allá y, enterrando la cara en su cuello, como había hecho antes, se limitó a aspirar profundamente. ¿Cómo cojones olía tan bien?

—Todas estas noches que llevamos durmiendo juntos, en el fondo no he podido dejar de imaginarme algo así. De desear que no hubiese ropa entre nosotros y que tu cuerpo y el mío se pegasen el uno al otro. Yo respirándote y tú respirándome... ¿Suena tonto? —Soltó una risa ahogada.

—No, para nada —murmuró ella contra su mejilla. Su aliento caliente le hizo cosquillas.

—Abrazarte así es... perfecto... —Y era cierto. Por más que su miembro tratase de llamarle la atención y de que su necesidad de hundirse dentro de ella fuera grande, estaba disfrutando de ese abrazo sobremanera. Y si ella necesitaba algo más de tiempo...

«*Scheisse*, Jan, eres un blando. Tienes a una chica desnuda entre tus brazos, en tu cama... Y no a cualquier chica..., a Oksana, la mujer con la que llevas soñando desde el primer día en que la viste... y ¿te limitas a abrazarla? El último golpe que te diste en la cabeza debió de ser fatal».

—¿Jan?

—Dime.

—¿Y si yo quiero más? —murmuró ella empujándole del pecho. La miró. Parecía tan seria, que se rio.

—Entonces te doy más.

—¿Ahora? —le preguntó destilando inseguridad.

—Cuando tú quieras —le dijo, justo antes de inclinarse y depositar un beso sobre sus labios.

—Entonces lo quiero ahora.

Jan sintió cómo el corazón le latía de forma desacompañada.

—Pues ven aquí... —Se giró y se tumbó sobre ella.

—Tengo... tengo un poco de... miedo —le confesó con la mirada huidiza.

—¿Temes que te haga daño?

—No, eso no. Tengo miedo de no ser suficiente..., de no ser lo bastante... interesante para ti...

La miró con fijeza. ¿No ser lo bastante interesante para él? No podía estar más equivocada.

—Te voy a contar un secreto —le dijo en voz baja—. Soy yo el que está aterrado. Tengo pánico de que de pronto te despiertes de este sueño en el que parece estar inmersa, y de que te des cuenta de quién soy..., de que abras los ojos, me mires y de pronto digas... pero ¿qué narices hago yo con el tipo este? —La última pregunta la hizo aflautando algo la voz, tratando de imitarla y el rostro de ella se iluminó con una sonrisa.

—*Durachok*^[63] —murmuró.

—¿Eso significa algo malo? —La besó.

—Significa idiota.

—Sí. Un poco... Y ahora..., déjame que te conquiste...

Y la volvió a besar. Ella entreabrió los labios y le dejó que explorase el interior de su boca con su ávida lengua. Se pegó más a él, si es que tal cosa era posible, e imitó sus movimientos con su propia lengua, volviéndose intrépida.

Jan sabía cómo complacer a una mujer. A pesar de que en los últimos meses había vivido en celibato, se había acostado con suficientes miembros del sexo femenino como para saber lo que les gustaba y lo que no. Pero con Oksana estaba un poco perdido. Se sentía torpe y desmañado, como si todas sus habilidades en las artes amatorias se le hubieran olvidado. No le había mentado cuando le había dicho que estaba aterrado. No era la clase de mujer con la que se solía acostar... y además, no tenía ni idea de qué iba a suceder al día siguiente. Si era sincero consigo mismo hubiese preferido tener la certeza de que eso que estaba empezando con ella era solo el principio de algo más.

Estaba loco por ella. Totalmente seducido, chalado, chiflado, pillado...

Sí. Había terminado por aceptarlo.

Mientras seguía besándola deslizó una de sus manos hasta su sexo. Rozó con suavidad el breve triángulo de rizos negros antes de sumergir sus dedos en ella. Al igual que antes, estaba más que preparada para él. La sintió temblar entre sus brazos. Abandonó su sexo e inclinándose hacia un lado abrió el cajón de su mesilla y sacó un preservativo. Rasgó el envoltorio con los dientes y, a tientas y con una sola mano, se lo puso. No quería dejar de mirarla. Ella tampoco había apartado los ojos de él ni un instante.

—¿Estás preparada para volverte loca por mí? —bromeó. El saber que ella deseaba lo mismo que él le hizo sentirse ligero, exultante, eufórico... Jadeó y sus alientos se mezclaron.

—Sí —repuso ella sin pestañear. Sus labios estaban hinchados y enrojecidos por sus besos y le pareció una de las imágenes más eróticas que había visto jamás.

Con cuidado y sin apartar la mirada de su cara, situó su erección justo entre sus muslos. Ella se abrió para él, facilitándole el acceso, demostrándole una confianza que le desarmó y le dejó sin aliento.

Él no dudó. Centímetro a centímetro fue entrando en su calor, sintiendo como poco a poco las paredes ardientes de su sexo se ceñían en torno a él. Un gruñido animal se escapó de su garganta. Ella le miraba con los ojos muy abiertos y la respiración jadeante. Tenía el rostro enrojecido, dando fe de su excitación. Él bajó la mirada y contempló su miembro desapareciendo dentro de ella. Siguió empujando con cuidado hasta que se hundió en ella hasta la raíz. Una sensación indescriptible se expandió por su interior.

«Gott! Es ist perfekt! Was für ein tolles Gefühl! So muss man sich im Himmel fühlen^[64]...».

La miró. Ella parecía igual de satisfecha que él.

—¿Ya te has vuelto loca por mí? —le preguntó.

—Ya lo estaba antes... —le temblaba la voz.

—Todo este esfuerzo ¿para nada? —dijo él entre dientes con una ceja arqueada. Le costaba coordinar palabras con todo ese calor rodeándole.

—Yo no diría eso...

Él no dejó que siguiera hablando; volvió a tomar posesión de su boca y comenzó a moverse, lentamente. Entrando y saliendo una y

otra vez, sin incrementar el ritmo. Depositando suaves besos sobre sus labios, sus mejillas, sus pómulos, sus ojos, su frente... Respirándola, dejando que su esencia femenina le penetrase en el cerebro, le invadiese, le marease...

—Jan —suspiró ella en un par de ocasiones. Le tocaba el pecho de manera algo torpe, pero incluso esas inexpertas caricias a él le resultaron perfectas.

—Oksana —fue su respuesta. Su nombre se le deslizaba en la boca como si fuera algo precioso, único, una palabra llena de significado...

Siguió moviéndose en su interior. Lo hacía de manera lenta, restregando todo su cuerpo contra el de ella, sintiendo sus pechos llenos y turgentes contra sus propios pectorales, y la suavidad de su vientre contra la dureza del suyo. Ella arqueó el cuello, echando la cabeza hacia atrás y él aprovechó el instante para morder la pálida curva que había entre su hombro y su garganta, con suavidad extrema. La sintió estremecerse debajo de él y jadeó, excitado.

No aumentó el ritmo en ningún momento, recreándose en sentir toda aquella piel sudorosa contra la suya. De vez en cuando alzaba la vista y la contemplaba con los ojos brillantes por la pasión. Estaba maravillado por la increíble compenetración que existía entre ellos. Ella se aferraba a sus hombros con un gesto de deleite, como si nunca antes hubiera experimentado nada igual. Y era probable que así fuese... Pero lo curioso era que toda la situación le resultaba nueva a él también, se percató, cautivado.

Notó cómo su sexo se contraía y siguió con sus rítmicos y seductores movimientos. El cuerpo de ella se tensó debajo del suyo. Se le endurecieron los pezones y un tono rosado cubrió su pálida piel. Abrió la boca como queriendo emitir algún sonido, pero lo único que salió de ella fue su nombre seguido de un sollozo. Cerró los ojos y las lágrimas rodaron por sus mejillas, de nuevo.

—Te tengo —volvió a susurrarle como ya había hecho antes, e inclinando la cabeza recogió la humedad que resbalaba de sus ojos con sus besos. Ella se abrazó a él, temblando.

Cerró los ojos. Acompañado por los espasmos del sexo de ella, se dejó llevar. Dejó que el clímax le arrollase, le engulliese... le poseyese... Con su nombre en los labios se derramó dentro de ella,

de una manera intensa, profunda y vehemente, pensando que ese había sido el mejor orgasmo de su vida.

* * *

Abrió los ojos y parpadeó, tratando de despejar los últimos vestigios de sueño de su mente. La lámpara de la mesilla bañaba el cuerpo de Oksana en tonos ocres. Le daba la espalda y estaba encogida. Su espesa melena negra se desparramaba sobre la almohada. Una oleada de calor recorrió su cuerpo al recordar lo que había pasado en esa cama hacía solo unas horas. Se incorporó y alargó el brazo, tanteando el suelo hasta dar con su pantalón. Sacó el móvil del bolsillo y vio que eran las tres de la mañana. Lo dejó en la mesilla y apagó la luz. La luna entraba por la ventana iluminando apenas la femenina silueta desnuda. Apoyó la cabeza en su brazo y se dedicó a contemplarla.

No iba a engañarse pretendiendo que lo que había sucedido entre ambos había sido algo insignificante. No era estúpido. Había sido algo especial. Más que eso. Había superado cualquier expectativa. Sus ojos recorrieron las suaves curvas de su cuerpo con algo parecido a la... ¿veneración? Quizá estuviese loco de remate, pero tenía claro que si lo estaba, era por ella. ¿Cuánto tiempo hacía que no sentía nada igual por nadie? Mejor dicho, ¿había sentido algo así por alguien alguna vez? No. Apenas se conocían y sin embargo tenía la sensación de que lo sabía todo sobre ella y ella todo sobre él.

¿No era extraordinario que a veces, *alguien* pudiese llegar a la vida de otra persona y arramblara con todo con una fuerza devastadora, dejándole a uno expuesto y vulnerable...? Ese *alguien*, en su caso, se llamaba Oksana y era preciosa, inteligente y encantadora, y se encontraba a un metro escaso, durmiendo en su cama, agotada por haberse entregado a él hacía solo un par de horas.

No tenía ni la menor idea de qué iba a suceder al día siguiente, pero se permitió soñar un instante. Soñar con que esa chica era *suya*... Soñar con despertarse así todos los días, con ella en su cama, en su vida.

¡Joder! Sí. Era un sueño, pero qué sueño...

Sin duda se merecía algo mejor que él, pensó con fiereza, pero alargó la mano y la posó sobre su torneada cadera con posesividad. Ella murmuró algo en sueños y se echó hacia atrás, buscando su contacto. La atrajo hacia sí y la envolvió con su cuerpo, estrechándola entre sus brazos. Apoyó la frente contra su nuca y se sintió el hombre más poderoso del mundo.

«Si solo fuera posible... si fuera mía...»

Poco tiempo después se quedó dormido.

* * *

Abrió los ojos. Se sentía extrañamente arropada y con rapidez se dio cuenta del porqué. Jan la rodeaba con sus brazos desde atrás, envolviéndola en una suerte de caparazón cálido y protector. Nunca antes se había sentido tan segura. Frotó la mejilla contra su brazo y cerró los ojos de nuevo, acurrucándose contra él. Después de tantos meses de despertarse cada mañana sobresaltada y llena de miedo, ese amanecer a su lado le resultaba maravilloso.

Desde la muerte de su bisabuela se había sentido tan perdida, tan desesperada y tan sola... Como si le hubiesen arrancado el alma de cuajo y en su lugar no hubiese habido nada más que vacío. Y había sido ese vacío el que le había hecho soportar el horror. En ocasiones se había preguntado cómo era posible que no se hubiera roto. La respuesta era obvia: no había nada que romper. Cuando aceptó el falso trabajo y se vino a España, ya no era ella, era solo una cáscara vacía. Y había sido a esa cáscara vacía a la que Bajram había forzado aquella primera noche, a la que había herido una y otra vez. Había sido a esa mujer sin alma a la que Ivan había maltratado.

Hacer el amor con Jan le había supuesto recuperar un trocito de esa alma que ella pensaba que ya no tenía. Había sido una experiencia mágica. Él había sido tan tierno y tan generoso, y al mismo tiempo tan fuerte, tan protector, tan apasionado... Había conseguido que se sintiese querida, y también más audaz, más entera... más ella misma.

Las imágenes de la noche anterior acudieron a su memoria y estuvo tentada de darse la vuelta y abrazarle, besarle, pegarse a él y decirle una y mil veces lo feliz que la había hecho. No obstante el pudor la hizo contenerse. ¿Qué pensaría él si se comportase como

una loca impulsiva, saltándole al cuello? Probablemente eso mismo: que estaba chiflada. Aun así no pudo evitar que el corazón hiciese cabriolas en su pecho y que se le cortase la respiración al recordar las sensaciones que él había provocado en ella. ¿Quién podía haberse imaginado que alguien con su aspecto pudiera ser el hombre más tierno sobre la faz de la tierra? Una sonrisa se dibujó en su cara. Se había comportado de una manera tan... tan especial... No podía siquiera pensar en todo lo sucedido sin que se le llenaran los ojos de lágrimas.

Inclinó la cabeza y contempló el tatuaje de su antebrazo. Se trataba de un hombre de hielo. Estaba hecho con diferentes tonos de tinta azul y le pareció muy bello, visto de cerca. Depositó un ligero beso sobre él. Jan no se inmutó. Estaba dormido. Podía escuchar su respiración profunda a su espalda y sentir su aliento contra su omoplato.

No quería ni pensar en el combate que iba a tener lugar en unas horas. Solo quería que ese día terminase cuanto antes para que Jan y ella pudiesen empezar a vivir una vida normal, lejos de Bajram, lejos de ese mundo... Se permitió soñar por un instante con esa vida que le esperaba y deseó que fuese cerca de él.

«Si solo fuera posible... si fuera mío...»

Cerró los ojos y le acarició el brazo con suavidad, inmersa en sus más que descabelladas fantasías. Con una sonrisa en los labios se quedó dormida mientras el amanecer entraba por la ventana.

Diario de Oksana Novalnyova
29 de julio – Malinovka (Ucrania)

¡Tengo el trabajo! Me acaban de llamar para decírmelo.

A pesar de que la tristeza me sigue embargando, estoy esperanzada. En solo dos meses estaré en España, como mi bisabuela hubiera deseado. La señora Gómez, Lorena, tiene contactos y ellos se van a encargar de conseguirme un visado en regla.

Tengo tantas cosas que preparar en este tiempo...

A veces cuando una puerta se cierra, se abre una ventana.

Capítulo Veintisiete

Jan se asomó por la ventana cuando oyó el motor de un coche. Era el Navarra de Cas. Le había llamado hacía un par de horas y le había citado en su casa para informarle de lo que estaba sucediendo. No quería dejar a Oksana sola durante el combate, ni tampoco después.

Se dirigió a la puerta y la abrió de par en par. Su hermano se bajaba del vehículo en ese instante. Había venido solo. Era inusual, Eli solía acompañarle a todas partes.

—Eh, Jan —le saludó Cas, pasando por su lado y accediendo a la vivienda.

—Hola, ¿y Eli? —Jan cerró la puerta.

—Ha quedado con Alba.

—¿Quieres una cerveza?

—Ya voy yo a por ella —repuso Cas, desapareciendo en la cocina.

Jan se sentó en el sofá y le esperó. Dirigió una mirada nerviosa hacia el pasillo. Oksana estaba en el baño. Esperaba tener suficiente tiempo para hablar con Cas a solas antes de que ella se uniese a ellos.

—¿Dónde está Oksana?—Cas salió de la cocina con una lata de cerveza en la mano y se sentó en una silla. Le miró directamente a la cara.

—Está en la ducha —dijo Jan—. No creo que tarde en salir.

Ambos guardaron silencio durante unos segundos.

—Mira Jan, antes de que digas nada, tengo algo que contarte —dijo Cas, de pronto—. El sábado pasado fui a verte pelear —le soltó.

Jan no dijo nada, pero rechinó los dientes con tanta fuerza que se hizo daño.

—No deberías haberlo hecho —dijo, enfadado. Hacía meses, cuando empezó a tomar parte en los combates, le había pedido a su hermano que se mantuviera al margen y que ni se le ocurriera acercarse por allí.

—Lo sé. Y lo siento —le dijo, aunque no parecía sentirlo en absoluto—. Pero no podía dejar las cosas así. La verdad..., me sentía fatal.

Jan arqueó las cejas, perplejo.

—¿Tú te sentías fatal? ¿Y eso qué tiene que ver con que hayas ido a ver una pelea?

—*Fuck!*^[65] Me sentía fatal porque tengo la puta sensación de haberte dejado en la estacada con todo este tema. Sí, sí... —Le hizo un gesto con la mano viendo que le iba a interrumpir—. Ya sé que quedamos en que tú te ibas a encargarte de todo, pero joder... No puedo evitar pensar que te estás comiendo todo el marrón y que yo me voy de rositas. Yo estoy de puta madre y tú estás hecho una mierda.

—Sigo sin comprender qué tiene todo esto que ver con que hayas ido a verme pelear.

—¡Pues que ya no pienso quedarme al margen! *Shit!* No tenía que haberte hecho caso hace meses cuando me convenciste de que me mantuviese alejado de todo esto. Y menos todavía cuando estuviste en casa la última vez —hablaba con acaloramiento. Incluso se levantó con ímpetu, tirando la lata que había dejado encima de la mesa y derramando su contenido. Soltó un taco.

Jan guardó silencio. Su hermano era tan apasionado y vehemente como él era calmado y contenido. Esperó a que se le pasase el arrebató; no solían durarle demasiado. Y así fue. Al cabo de un par de minutos, Cas fue a la cocina y salió llevando unas servilletas de papel. Recogió la cerveza, se sentó y después le miró.

—El hijo de puta del holandés casi pudo contigo —dijo.

A Jan se le escapó una risa carente de humor.

—Bueno, la diferencia está en el «casi».

—¿La tienes rota? —Señaló su nariz.

—Sí.

—*Fuck!*

—A eso también sí —intentó bromear.

—¿Te la ha visto un médico? —le preguntó con preocupación, ignorando su torpe tentativa de quitarle hierro al asunto.

—No —respondió elevando la mirada al techo. Sabía lo que iba a venir a continuación.

—¡No me jodas, Jan! Al menos deberías haber dejado que te la viese papá. Aprovechate de que una vez en su vida está por aquí cuando le necesitamos —lo dijo sin acritud, todos aceptaban que Knut Landvik fuese más que peculiar—. ¿Quién te ha curado?

—Yo... —vaciló antes de continuar— y Oksana.

Cas se echó hacia atrás en la silla, haciendo que esta crujiese lastimeramente. Se pasó los brazos por detrás de la cabeza y emitió un pequeño silbido.

—Oksana... —dijo, tratando de indagar en su rostro, pero Jan permaneció impertérrito—. ¿Cómo se encuentra?

—Mucho mejor. Casi recuperada del todo.

—¿Ya sabes quién es?

—Sí. Ya sé quién es —dijo sin levantar la mirada.

—¿Y? ¿Hay algo que podamos hacer por ella? ¿Alguien a quién podamos avisar? ¿Familia, amigos...?

—No realmente.

—¿No realmente? —Su voz sonaba confusa—. Eres poco explícito, joder... —De repente la intranquilidad se filtró en sus palabras—. Jan... ¿quién es?

Clavó los ojos en los de su hermano, que brillaban alarmados.

—Es la chica de Bajram —soltó.

Cas abrió la boca como si fuera a decir algo para, acto seguido, volver a cerrarla. Todo su cuerpo semejaba estar en tensión.

—¿Me estás diciendo que tienes en tu casa a la chica del tío con el que tenemos una deuda? ¿Ese tío para el que trabajas? —Cada pregunta sonaba como un disparo—. ¿En serio me estás diciendo que le estás dando cobijo a la novia del tío más peligroso de la zona?

—Eso parece.

Cas guardó silencio. Parecía estar intentando asimilar todo aquello. Le miró con los ojos entornados.

—¿Y qué va a pasar ahora? —inquirió con gravedad—. ¿Vais a ir a la policía? ¿Va a denunciar a Bajram? ¿Fue él quien le dio la paliza?

—La paliza se la dio uno de sus hombres, por orden suya. —Jan trató de controlar la ira que le dominaba cada vez que pensaba en

Ivan—. La situación se ha complicado un poco para ella... para nosotros... —añadió.

Cas le miró sin comprender.

—Bajram sabe que he sido yo el que la ha ayudado. Ha desmantelado el *Dancing Queen*, que era el único sitio por donde Oksana podía pillarle, así que no hay nada que denunciar. No hay ni una sola prueba. —Hizo una pausa—. He llegado a un acuerdo con él.

—¡No me jodas, Jan! —exclamó Cas poniéndose de pie de nuevo y comenzando a andar de un lado a otro del salón—. ¡Otro puto acuerdo con Bajram!

—Sí —contestó Jan con sequedad—. Me va a entregar el pasaporte y el visado de Oksana a cambio de una última pelea en la que tengo que perder.

Cas se detuvo y le miró con intensidad.

—No me gusta un pelo eso que estás diciendo —dijo con un tono de voz ronco y tenso.

—Pues es lo que hay, y ya he aceptado los términos. La pelea es esta noche y mi oponente es el tipo que le hizo eso a Oksana. Solo tengo que aguantar quince minutos en el ring y se acabó —concluyó con firmeza. Se puso de pie y se encaró con su hermano que le miraba furioso—. Va a apostar en mi contra para sacarse una buena suma de dinero.

—*Fuck!* Jan..., pero ¿qué cojones has hecho? ¿No había otra puta alternativa? ¿No podías ayudarla a huir o algo? O yo que sé... —se interrumpió de repente y le miró con fijeza—. Ella te importa... —susurró con asombro.

Jan no dijo nada, pero tampoco desvió la mirada.

—¿Ella te importa? —insistió. Ahora sí que parecía una pregunta.

—Me necesita.

—No te he preguntado eso.

—Pero esa es mi respuesta.

—¡No me jodas! —bufó, escéptico—. ¿Y cuando deje de necesitarte? Entonces, ¿qué?

Jan, que hasta el momento se había mantenido imperturbable, suspiró y se frotó los ojos con las palmas de las manos.

—Ella y yo estamos juntos en esto. —Levantó la cabeza y miró a su hermano con una expresión indescifrable en el rostro.

—*Shit!* —exclamó Cas con incredulidad—. Tío... te estás pillando por ella. Me recuerdas a mí mismo el año pasado... cuando lo de Elisa.

Jan no protestó. Si Cas supiera... si supiera que el tiempo verbal correcto no era *estás pillando*, sino *estás pillado*... Era un hecho.

—Mira, Cas. Por eso te necesito. Necesito que te encargues de ella si a mí me pasa algo...

—¡Ni se te ocurra decir eso, cabrón! —Levantó el dedo en señal de advertencia—. ¿Qué cojones te va a pasar?

Jan volvió a mirar hacia el pasillo. Sabía que Oksana podía aparecer en cualquier momento y no quería que se preocupase más de lo que ya lo hacía.

—Escúchame porque no tenemos tiempo. Los hombres de Bajram llevan una semana vigilando la casa, y todavía siguen ahí fuera. No se nos han acercado porque yo he accedido a luchar contra Ivan esta noche —hablaba en voz baja, pero muy rápido—. Bajram me llamó ayer para decirme que enviaría los papeles de Oksana a mi estudio por mensajero mañana a primera hora, siempre y cuando cumpla con mi parte del trato.

—Joder... —Cas se pasó la mano por la nuca mirando a su hermano con la alarma reflejada en sus facciones.

—No me interrumpas —le advirtió Jan—. No quiero dejar a Oksana sola aquí esta noche. Quiero que tú y Eli os ocupéis de ella. Ni siquiera sé cuándo podré regresar yo —añadió sombríamente—. Supongo que terminaré en el hospital —dijo. No quiso ser más explícito. No iba a contarle a su hermano que quizá su estancia en el hospital se alargase más de lo previsto. O que incluso se convirtiese en una estancia indefinida, si no era capaz de controlar a Ivan. Apartó ese siniestro pensamiento de su mente y se concentró en Cas, que parecía a punto de romper algo.

—¡No me puedo creer que esto esté pasando de verdad! —barbotó. Se llevó las manos a la frente—. ¡No me jodas!

—Necesito que te ocupes de ella —le dijo Jan en tono apremiante—. No tiene ni idea de lo jodida que puede ser esta noche. No creo que sea consciente de verdad de lo que puede

pasar. —Agarró a su hermano por el antebrazo con firmeza, haciendo que este le mirase—. ¡Joder! Cas, te necesito. Dime que te vas a ocupar de ella.

—¡Por supuesto que lo voy a hacer! —Se alejó y le dio la espalda. Apoyó los puños sobre la puerta de la entrada y soltó una maldición.

—Ni se te ocurra pegarle un puñetazo a mi puerta —le dijo Jan con voz calmada.

Cas se dio la vuelta y le miró, perplejo.

—¿Cómo puedes tomártelo así? —meneó la cabeza.

—He tenido toda la semana para prepararme y aceptar lo inevitable.

—Podías haberme llamado antes.

Jan no dijo nada. Sí, quizá su hermano tuviese razón. Tendría que haberle llamado antes, pero si era sincero consigo mismo no había querido prescindir ni un solo segundo de la compañía de Oksana. Había querido apurar cada minuto con ella hasta el límite. Ese mismo día había sido el ejemplo perfecto. Habían pasado la mayor parte del tiempo en su cama, conociéndose, explorándose, acariciándose, besándose...

Queriéndose...

—Hola.

La voz de ella a su espalda le hizo girarse. Sus ojos la recorrieron de arriba abajo. Llevaba un sencillo vestido de flores y tenía el pelo recogido en una trenza. ¡Qué preciosa era!

—Hola —la saludó Cas—. Soy su hermano. No nos habíamos visto hasta ahora. La última vez tenías los ojos... vendados. Tienes muy buen aspecto.

Ella esbozó una tímida sonrisa e hizo una breve inclinación de cabeza. Pero sus ojos apenas miraron a su hermano, le buscaron a él.

«Mi *Schneewittchen*...»

Cada vez le costaba más pensar en Oksana sin un adjetivo posesivo delante de su nombre, o llamarla con la palabra con la que mentalmente se refería a ella.

Mía.

Ignorando la mirada sorprendida de su hermano, se acercó, le pasó un brazo por encima de los hombros y la pegó a su costado, dándole después un beso en la sien.

Capítulo Veintiocho

Oksana miró a Cas con curiosidad. Era alto, igual de alto que Jan. También era rubio y tenía los ojos azules. Llevaba el pelo bastante corto y la sombra de una barba le cubría el mentón. Era guapo. Muy guapo. Giró la cabeza y contempló a Jan de reojo. Sí, Cas era guapísimo, decidió, pero Jan era... perfecto. Poseía una belleza de la que su hermano carecía, esa que no se apreciaba a simple vista, pero que estaba ahí. Además, Jan era *suyo*. Una insólita sensación de posesividad se expandió por su cuerpo. Le abrazó con más fuerza.

—¿Estás bien? —le preguntó él.

—Sí —respondió.

No era cierto. Temía el momento en que él desapareciese por la puerta a enfrentarse con el monstruo. Llevaba todo el día tratando de no pensar en ello, haciéndole creer que estaba tranquila, pero en el fondo era un manojo de nervios.

—Voy a llamar a Elisa —dijo Cas, sacándose el móvil del bolsillo—. Le voy a pedir que se acerque cuando acabe.

Abrió la puerta de par en par y abandonó la vivienda. La luz crepuscular entró en la estancia. Anochecía y el cielo se había teñido de naranja.

—Preferiría estar sola —dijo ella.

—No voy a dejarte sola aquí.

—Pues déjame ir contigo —le rogó, como ya había hecho cientos de veces aquel día.

—No —le respondió, al igual que todas las veces que ella le había insistido—. Bajram estará allí. No quiero que tengáis ningún contacto. No quiero que te vea. No quiero que le veas tú a él.

—No quiero que estés solo —musitó ella.

—No te preocupes por mí. Es algo que ya he hecho muchas veces. Estoy acostumbrado.

Oksana se soltó de su abrazo y se encaró con él. Su instinto le decía que no le decía toda la verdad, que había algo que le

ocultaba. Sintió una punzada de decepción en el corazón. Después de todo lo que habían compartido, ¿por qué no confiaba en ella?

—Hay algo que no me cuentas, Jan.

Él la agarró por los hombros con firmeza y el calor de sus manos la penetró hasta los huesos.

—Oksana, te cuento lo que importa. Importa que después de esta noche vas a ser libre. Libre de hacer lo que quieras con tu vida —le dijo con voz solemne.

—Yo solo quiero estar contigo —susurró.

Él se la quedó mirando, sin decir nada. Se le habían oscurecido los ojos.

En ese instante Cas regresó, rompiendo el momento íntimo que se había creado entre ellos. Jan la soltó y se dio la vuelta. Ella se sintió perdida, de pronto, sin el contacto de sus manos sobre su piel.

—¿Viene Eli?

—Sí, luego vendrá. —Cas cerró la puerta de la vivienda a su espalda, dejando los últimos vestigios de luz fuera. Se los quedó mirando. Parecía querer decir algo, pero no lo hizo.

—Voy a preparar té —dijo ella, comprendiendo que Cas probablemente deseara decirle algo a solas a Jan. Se dirigió a la cocina.

Le temblaban las manos, advirtió, mientras ponía agua a calentar.

No era de extrañar. Llevaba unos días viviendo como en un sueño. Unos días en los que Jan y ella habían dejado la realidad a un lado para sumergirse en esa historia de... lo que fuese... Se habían aislado del mundo exterior y habían sido solo ellos. Pero de pronto, la realidad había vuelto de golpe, sin previo aviso, como una bofetada en la cara, sacándolos de la breve ficción donde se habían refugiado. El sueño se había acabado.

Apoyó las manos en la encimera y clavó la mirada en el agua hirviendo. Las burbujas reventaban cuando salían a la superficie, al igual que la burbuja en la que ellos habían vivido. También había explotado.

La realidad era fea y cruel. En ella había dolor. Y miedo.

Y monstruos que hacían daño...

Pero en esa realidad también había un hombre que estaba dispuesto a jugarse la piel por ella. Y ese hombre necesitaba que ella fuese fuerte. Respiró hondo un par de veces, tratando de encontrar esa fortaleza en su interior.

«Jan me necesita».

Regresó al salón llevando una tetera y tres tazas sobre una bandeja. Jan y Cas estaban junto a la puerta. Cas estaba pálido y tenía la mirada acongojada. Su actitud no dejaba presagiar nada bueno. Cada vez estaba más segura de que Jan le ocultaba algo. Hizo de tripas corazón y tragó saliva. Jan se dio la vuelta y la miró. Se mostraba muy sereno, todo lo contrario a su hermano.

—Déjame que te ayude —le dijo, acercándose.

—No hace falta. Yo puedo. —Le dirigió una pequeña sonrisa. Dejó la bandeja sobre la mesa.

Se miraron en silencio.

—Tengo que irme —dijo él, cogiéndole la mano.

—¿Tan pronto? Pero... pero si el combate no es hasta dentro de unas horas... —El nerviosismo se filtró en sus palabras.

—Necesito ir antes y prepararme.

—Está bien —respondió, sabiendo que eso era lo que él necesitaba escuchar. Realmente hubiera deseado gritarle que no se marchase, que no la dejase sola.

Él le tomó el rostro con las manos. La miró de una forma muy particular, recorriéndole la cara de arriba abajo con ojos inquietos, como si quisiera memorizar sus facciones.

—Todo va a ir bien —le susurró.

Y en ese instante ella se dio cuenta de que él mentía.

—Te esperaré despierta —le dijo, y se abrazó a su talle, apoyando la mejilla en su pecho, ratificando con sus palabras la mentira que él deseaba hacer pasar por verdad. Su corazón palpitaba fuerte y tranquilo, no como el de ella, que se había desacompañado y amenazaba con querer salirse del pecho.

—Sí, espérame despierta —musitó él y ella notó su aliento sobre su frente. Se aferró con firmeza a su camiseta y levantó la cara. Sus ojos se encontraron un segundo antes de que él se inclinase y la besase.

Ella se abandonó al beso y a la fuerza de sus brazos. Sus labios eran cálidos y firmes, y sabían a promesas, a esperanza y a futuro, pero también a despedida, a tristeza y a desesperanza. Y a pesar de que su abrazo era apasionado y sólido, y dentro de él se sentía como en casa, notaba una desesperación y urgencia en él, que le provocó incertidumbre.

Quería romper a llorar, gritar como una histérica..., pero cuando sus bocas se separaron y sus miradas volvieron a entrelazarse, lo único que pudo hacer fue regalarle una sonrisa temblorosa.

—Te estaré esperando. —No lo había pretendido pero las palabras abandonaron su boca en un tono suplicante. Se aclaró la garganta—. Te estaré esperando —repitió. Esta vez con más determinación.

Él asintió. Una mueca sombría se dibujó en su semblante. Pareció querer decir algo más, pero apretó los labios con firmeza, la soltó y se dio la vuelta. Cogió su bolsa de deporte, que había dejado en el suelo junto a la puerta, y miró a su hermano de reojo, que había permanecido en silencio mientras se despedían. Abrió la puerta y salió al exterior. Cas le siguió. El sol casi se había puesto del todo y solo una pequeña franja dorada destacaba en el horizonte. Se giró una última vez, con la mano en el picaporte, y la miró.

Ella contuvo el aliento. Su figura se recortaba en el umbral de la puerta, al trasluz. Absorbió su imagen con avidez. Sus vaqueros azules, su camiseta negra..., la tinta de colores que adornaba su brazo... Todo en él era sobriedad y contención. No pudo distinguir su expresión.

Entonces él cerró la puerta y ella se quedó sola, en el salón de su casa, donde solo hacía unas horas habían bailado, abrazados. Se dejó caer en el sofá. Sentía las piernas como si fuesen de gelatina. Enterró las manos entre los muslos.

Al cabo de un rato se oyó el motor de un coche; segundos después la puerta volvió a abrirse. Levantó la cabeza y su mirada se cruzó con la de Cas.

—Tengo la sensación de estar dejándole en la estacada —murmuró él pasados unos segundos.

—Ve con él —repuso ella—. No debería estar solo.

Cas dejó escapar un bufido.

—No puedo.

—¿Por qué? —Sonaba desesperada.

—Le he prometido que me quedaría aquí contigo. Que cuidaría de ti.

—Él te necesita más que yo.

—No lo entiendes, Oksana. —Se acercó y se detuvo frente a ella —. Lo que más necesita mi hermano es saber que *tú* estás a salvo. Eres importante para él.

Ella se levantó y le miró a la cara. Sus ojos se parecían a los de Jan. Sintió un pinchazo en el corazón.

—Él es importante para mí también —susurró—. Muy importante. Así que... dime la verdad, Cas. ¿Qué está sucediendo? ¿Por qué me ha mentado?

Él la miró con la impotencia reflejada en sus facciones.

—Si lo supiera... A mí también me ha mentado. Al menos no me lo ha dicho todo. Algo más está pasando y no sé qué es. Joder, yo sé cómo es mi hermano... y algo no va bien... No conozco al tío ese contra el que tiene que luchar esta noche, pero...

—Yo sí —respondió ella en voz baja—. Es un monstruo. Va a tratar de destrozarle, y no solo porque Bajram lo quiera así... Es cruel, es un sádico. —Se estremeció sin poder evitarlo.

—*Verdammt!* —masculló él, dándose la vuelta y llevándose las manos a la cabeza.

—Lo siento. —Se llevó la mano a la boca tratando de controlar un sollozo—. Lo siento muchísimo. Siento haber metido a tu hermano en...

—*Gott!* No te disculpes. —Él se giró y se acercó a ella. La cogió por los brazos y la miró con mucha intensidad—. Mi hermano es mayorcito y sabe dónde se mete. No es culpa tuya. Créeme. Le conozco bien. Él es muy capaz de tomar sus propias decisiones... y de sacrificarse por las personas a las que quiere... Lleva toda su puta vida haciéndolo —suspiró—. Así es Jan.

Ella le miró sin demasiada convicción. Por supuesto que se sentía responsable por todo lo que estaba sucediendo. Si él no la hubiera rescatado no estaría metido en ese lío.

—Es curioso —dijo él, soltándola y alejándose—. Me recuerdas a... bueno, es una tontería...

Ella levantó la vista. Cas la observaba con detenimiento.

—Cuando éramos niños teníamos un libro de cuentos. Recuerdo que nos encantaba. Mi madre nos lo solía leer... Te pareces muchísimo a una de las ilustraciones...

—Blancanieves —musitó ella.

—¡Exacto! ¿Cómo lo...? —Sus cejas se arquearon mostrando sorpresa.

—Tu hermano me llama *Schneewittchen* —le costó pronunciarlo.

—La madre que... —se interrumpió—. Será cabrón...

Ella arqueó las cejas.

—Tú no lo entiendes porque hace poco que le conoces, Oksana, pero mi hermano jamás ha mostrado interés por ninguna mujer, más allá de lo... obvio. —Una sonrisa torcida apareció en su boca—. Y a ti te llama *Schneewittchen*... —Hizo una pausa—. Hay una graciosa historia asociada a Blancanieves y a mi hermano. Cuando era un crío, no sé, quizá tendría seis o siete años, se prometió a sí mismo y a mí —profirió una carcajada—, que cuando fuese mayor se casaría con la chica del cuento... con *Schneewittchen*... ¡Increíble! Parece que el pedazo de cabrón vaya a cumplir su promesa...

—Eso es ridículo —murmuró ella.

—Puede ser, pero te llama *Schneewittchen*... —dijo, pensativo, sin quitarle la vista de encima.

¿Una promesa? ¡Qué estupidez! Meneó la cabeza con energía. ¿Qué narices hacían hablando de un cuento de hadas, cuando Jan se acababa de marchar para enfrentarse a Ivan?

—En fin, ahora solo podemos esperar —dijo él, dirigiéndose a la mesa—. ¿Por qué no tomamos un té y me cuentas algo sobre ti mientras tanto?

Le miró, confusa. No tenía ganas de hablar sobre sí misma. No mientras la preocupación la mantenía en tensión, pero el estar en silencio pensando en Jan no iba a hacer que el tiempo transcurriese más deprisa.

Suspiró y le siguió.

Capítulo Veintinueve

La nave estaba llena hasta los topes incluso a esa hora tan temprana. Al parecer se había corrido la voz de que Jan «Eismann» Landvik se iba a enfrentar a Ivan Sokolov, y la expectación y las apuestas se habían disparado. A pesar de que el ruso no solía participar en las peleas de Bajram, tenía un nombre. Era conocido en el mundillo. En Rusia había sido un peso pesado en los combates ilegales.

Jan había aparcado donde siempre y se había dirigido al vestuario, ignorando a la gente que se congregaba en la entrada, que había tratado de hablarle e incluso de hacerse fotos con él. Haciendo honor a su sobrenombre de hombre de hielo, había pasado de largo sin dirigirles ni una sola mirada.

Los vestuarios estaban desiertos. Esa noche solo iba a tener lugar un único combate: el suyo. Jan arrojó la bolsa de deporte sobre el banco de madera y comenzó a prepararse física y mentalmente para lo que estaba a punto de llegar. Dejó la mente en blanco, como hacía siempre antes de una pelea y, haciendo ejercicios de respiración, se quitó la ropa. Se puso los ajustados pantalones deportivos y se vendó las manos. Llevaba tanto tiempo haciéndolo solo que no necesitaba ayuda de nadie para conseguir una protección perfecta. Después sacó las guantillas y el protector bucal de la bolsa y los dejó a su lado sobre el banco.

Con los ojos cerrados, repasó los movimientos de Ivan, al menos los que él conocía y que había visto durante sus entrenamientos. Tenía los brazos muy largos, así que solía mantenerse a distancia y golpear al adversario desde lejos. El plexo solar y la cabeza eran sus objetivos favoritos. Costase lo que costase, tenía que mantener la guardia alta para minimizar el impacto de sus golpes y que todos aterrizasen por debajo del cuello. No quería ni pensar en lo que un trallazo del puño de Ivan en la cara podía significar para él. La única ventaja con la que él contaba era que tenía más fuerza y un mayor

alcance con las piernas y sabía que podía infligirle daño real con sus patadas.

Una cosa tenía más que clara, si tenía que aguantar quince minutos sobre el ring de pie, no los iba a pasar como un imbécil sin soltar ni un solo golpe. No pensaba ponérselo fácil al ruso. Se iba a defender hasta el último segundo..., luego ya se dejaría caer sobre la lona en el momento preciso.

Su mente, caprichosa, pensó en Oksana. Allí, en ese vestuario y a solas consigo mismo, podía reconocer sin tapujos que nunca antes había sentido algo parecido por ninguna mujer. La quería en su vida. Rememoró las imágenes de la noche pasada junto a ella y sintió la calidez expandiéndose por su pecho.

Un sexto sentido le advirtió de que no estaba solo. El aire había cambiado a su alrededor. A pesar de que no había oído ni un solo ruido, sabía que había alguien más en el vestuario.

—Estás muy relajado, Jan. —La voz de Ivan a solo un par de metros de distancia le hizo abrir los ojos. Lo hizo con lentitud.

El ruso había tomado asiento frente a él y le miraba sonriente. Jan no reaccionó. Quizá apretó con más fuerza el borde del banco de madera, pero nada más. No pensaba darle a Ivan la satisfacción de verle alterado. Le recorrió de arriba abajo con la mirada para terminar con la vista clavada sobre la cicatriz que afeaba su cara. Después cerró los ojos y le ignoró, cosa que no pareció agrandar demasiado al otro.

—No vayas de Eismann conmigo —bufó con enfado—. Los dos sabemos que te encantaría partirme la cara por haberle hecho eso a tu chica. Aunque técnicamente no era tu chica, era de Bajram.

Jan no se inmutó.

—¿Quieres saber cuántas veces le he puesto la mano encima? —Dejó escapar una risa—. ¿Sabes cuántas veces me he aprovechado de que estaba inconsciente para hacer con ella lo que quería?

Jan sintió un hormigueo en los dedos de las manos. Sabía que Ivan solo deseaba provocarle, sacarle de sus casillas, y que con seguridad estuviese mintiendo, aun así no pudo evitar imaginarse a una Oksana inmóvil sobre una cama mientras el ruso la manoseaba. Una sensación de ahogo le invadió.

—Tiene la piel suave... y ese pelo tan sedoso... y esas tetas tan firmes... —El tono de voz de Ivan se tornó más ronco y almibarado, como si estuviese recordando alguna experiencia muy agradable—. Y es tan estrecha que apenas si podía follármela...

Jan abrió los ojos de golpe; despedían chispas de furia, y un rugido parecido al de un animal brotó de su pecho. A punto estuvo de levantarse, de abalanzarse sobre el otro y estrellarle el puño contra la cara, pero una diminuta parte de su cerebro que todavía pensaba con claridad le hizo detenerse.

Ivan se echó a reír de manera estentórea. Echó la cabeza hacia atrás y las risotadas sacudieron su cuerpo.

—Sacarte de quicio es más fácil de lo que pensaba—dijo, mirándole con malicia.

Jan le contempló en silencio. Sabía que todo era una pura provocación, pero le costaba dominarse cuando el nombre de Oksana estaba en juego. Todo su autocontrol desaparecía.

«No seas estúpido», se dijo. «Eso es lo que quiere. Verte perdiendo los papeles para tener ventaja sobre ti. Sabe que no se lo vas a poner fácil en el ring».

—Es muy triste, ¿no Ivan? —murmuró.

—¿Qué cojones dices? —le preguntó el otro. Se había puesto de pie y se estaba quitando la ropa.

—Pues que es una pena que solo puedas ganar esta noche porque yo tengo que perder.

Ivan arrojó la camiseta al suelo. Los tatuajes de su torso quedaron al descubierto. Eran rudimentarios y algunos estaban casi borrados; nada que ver con los de Jan, artísticos y cuidados.

—Puedo machacarte en cualquier momento —espetó.

«Es probable», pensó Jan. Con su tamaño y su fuerza, y siendo diez años más joven, era casi seguro que el ruso saliese vencedor en un combate justo. Pero le miró con las cejas arqueadas y chasqueó la lengua.

—Bueno, nunca lo sabremos, ¿verdad? Siempre nos quedará la duda.

A Ivan se le había borrado la sonrisa de la cara. Tomó asiento y comenzó a vendarse los nudillos con gran precisión, como Jan había hecho unos minutos antes. El silencio se extendió entre ellos.

Apenas separados por un estrecho pasillo y por un abismo de ira se miraban de vez en cuando a los ojos. Ivan ya no parecía tener ganas de broma, todo lo contrario, mostraba un gesto agrio y tirante. Jan permanecía impertérrito e inmóvil, deseando llegar al ring cuanto antes para poder soltarle unos cuantos golpes al cerdo que tenía frente a él, y liberar así el picor que le recorría las extremidades.

En la nave el ambiente se había caldeado. Los gritos, los aplausos y los silbidos llegaban hasta el vestuario apenas contenidos por las paredes. Los altavoces escupiendo música rock a todo volumen hacían retumbar incluso el suelo. Nunca antes el escándalo había sido tan grande. Esa noche Bajram iba a forrarse, sin ninguna duda, pensó Jan taciturno. Seguramente vería el combate desde el piso de arriba, desde la pequeña sala con paredes de cristal que había al fondo de la nave. Desde allí podía observarlo todo y a todos, como un rey a sus súbditos.

—¿Estáis preparados? —Luis asomó la cabeza por la puerta—. Ivan, tú sales primero. En cinco minutos. —Y se marchó.

El ruso se puso de pie y se alejó unos metros, tirando golpes al aire. Jan le observó en silencio. La envergadura de sus brazos era impresionante. Con seguridad más de dos metros con los brazos extendidos, de punta a punta de cada mano. Él no llegaba a los ciento noventa centímetros. Analizó sus movimientos, tratando de encontrar algún punto débil, algún fallo, pero el cabrón parecía perfecto. No solo su radio de alcance era poco común; se movía con una increíble rapidez, y si se tenía en cuenta la velocidad a la que sus puños cortaban el aire, tenía también una potencia extraordinaria. Tiró dos patadas y unos cuantos golpes de rodilla y Jan entornó los ojos. Quizá esa fuese su única desventaja, aunque tampoco podía precisarlo. Unos cuantos golpes al aire no demostraban nada.

Ivan se dio la vuelta y le descubrió mirando.

—¿Qué? ¿Te gusta lo que ves, *Eismann*? —El sobrenombre lo dijo en tono despectivo.

Jan se limitó a pestañear. Ivan era un bravucón sin inteligencia y con la boca demasiado grande. Físicamente quizá le superase, pero mentalmente no podía medirse con él. Cogió las guantillas y se las

puso ajustándose el velcro. Después se levantó y comenzó a saltar para hacer que sus músculos entrasen en calor.

El ruso se acercó a él y le miró con fijeza.

—Nos vemos ahí fuera, Jan. Ya sabes lo que tienes que hacer. Que no se te olvide... Quince minutos. ¿Aguantarás? —Se echó a reír, luego cogió sus guantillas y con una sonrisa burlona en los labios abandonó el vestuario.

En ese instante los primeros acordes de *Eye of the Tiger* de Survivor llegaron hasta él.

«No me jodas. ¿La música de Rocky? Eso sí que es un puto cliché», pensó.

Comenzó a lanzar golpes al aire, como el otro había hecho antes.

Los vítores y aullidos se hicieron más potentes, señal de que Ivan acababa de hacer acto de presencia.

Tiró dos puñetazos con la derecha, luego otros dos con la izquierda. Volvió a saltar y luego pateó el vacío con todas sus fuerzas. Sabía que tenía una buena pegada con la pierna derecha. Si podía alcanzar a Ivan en la rodilla quizá se la partiese.

«Si tengo que morir, moriré matando, ¿no?» Una risa desagradable surgió de su pecho.

El volumen de la música aumentó.

Giró la cabeza a los lados tratando de relajar la tensión que siempre se le fijaba en el cuello. Sabía que le quedaban meros segundos antes de tener que salir a esa mierda de nave y enfrentarse a Ivan.

A jugarse la piel por ella.

Por Oksana...

Estaba haciendo lo correcto. Ella se merecía eso y más.

La canción terminó bruscamente y el público comenzó a gritar de manera ensordecedora. Coreaban su apodo: *Eismann, Eismann*. Su melodía comenzó a sonar. *The Rocky Road to Dublin* de The Pogues. El volumen de los gritos creció en intensidad.

«Joder, *Schneewittchen*... Esto va por ti».

Y abandonó los vestuarios con un gesto sombrío en el rostro.

* * *

Oksana volvió a mirar el móvil.

—Solo han pasado dos minutos desde la última vez —le dijo Cas desde la mesa—. El tiempo no va a pasar más deprisa porque miro la hora con tanta frecuencia.

Ella dejó escapar un suspiro. Sabía que él tenía razón, desde luego, pero ¿qué otra cosa podía hacer si no? Habían pasado un par de horas desde que Jan se había marchado y ella tenía los nervios a flor de piel. Al principio había hablado con Cas, le había contado un poco sobre su pasado y sobre su vida en Ucrania, pero él no había tardado en darse cuenta de que ella tenía la cabeza en otro sitio y no le apetecía hablar, y la había dejado en paz.

—¿Por qué no lees o escuchas música o algo? —sugirió él. Estaba frente al portátil. Oksana no tenía ni idea de qué era lo que estaba haciendo.

Se levantó del sofá y se dirigió a la estantería. No quería poner música. Quizá fuese una tonta, pero el escuchar música en ese salón era algo que solo quería hacer con Jan, y no con su hermano. Acarició los lomos de los libros del estante superior. La mayoría estaban en alemán, pero había un par de novelas en español. Se entretuvo leyendo los títulos. No los conocía.

Trató de no pensar demasiado en lo que pudiese estar sucediéndole a Jan en esos momentos, pero era imposible. Las imágenes de la crueldad de Ivan no se le iban de la cabeza. Y las palabras que le había dicho el día anterior en el campo de lavanda, tampoco.

A ti a lo mejor no puedo tocarte, puta. Pero a tu novio le voy a destrozar mañana en el ring.

Se estremeció solo de pensarlo. Agitó la cabeza con energía, como si así fuese a ahuyentar esos horribles pensamientos.

—¿Cuándo viene Eli? —le preguntó a Cas.

No es que tuviese especial interés en que su novia les hiciese compañía; la única vez que habían hablado, había tenido los ojos vendados y se había sentido incómoda en su presencia, pero quizá le sirviese de distracción.

—Tiene que estar a punto de llegar —repuso él sin levantar la vista de la pantalla.

Siguió recorriendo los libros con la punta de los dedos. Se detuvo de nuevo sobre los álbumes de fotos. Los había visto todos,

aunque uno pequeño al fondo de la estantería le llamó la atención. Ese no. Lo sacó y se fue con él al sofá. Se lo puso en el regazo y lo abrió. Lo que vio en la primera página le hizo sonreír involuntariamente. Eran fotos de dos niños pequeños. Dos niños muy rubios y con los ojos muy azules. Jan y Cas, pensó. No eran en blanco y negro, pero tenían ese aire de fotos antiguas con mucho encanto.

—Cas, mira lo que he encontrado —le llamó. Él levantó la vista —. Es un álbum de fotos de cuando erais pequeños. —Y se lo tendió. Al hacerlo, un sobre blanco que debía encontrarse entre las páginas, cayó al suelo. Oksana se levantó y lo cogió. Estaba a punto de ponerlo sobre la mesa, pero el logotipo que aparecía troquelado y el nombre de Jan sobre él, le hicieron detenerse. Lo miró, intrigada.

—¿Qué es eso? —le preguntó Cas, acercándose.

—No sé. Creo que es de un hospital —murmuró ella.

—Déjame verlo. —Lo cogió y sacó varias hojas dobladas del interior.

—¿Es importante? —preguntó.

Él no contestó. Se había quedado absorto leyendo el contenido. Desechó la primera y la segunda página con rapidez y se detuvo en la tercera. Tenía un gesto de profunda concentración.

Oksana le observaba preocupada. Según pasaban los segundos sin que él dijera nada su nerviosismo iba en aumento.

—¿Qué es eso, Cas? —volvió a preguntar.

—Son unas pruebas y un informe médico. De un neurólogo.

No dijo nada más, y Oksana estuvo a punto de zarandearle para que siguiese hablando. Le miró fijamente a la cara como si en sus facciones pudiese encontrar las respuestas a todas las preguntas que danzaban en su cabeza. Le vio ponerse pálido. Sus ojos se movían inquietos leyendo con rapidez. Las hojas de papel comenzaron a temblar en sus manos. Las sujetó con más firmeza y pasó páginas con cierta agresividad.

Oksana tuvo un mal presentimiento.

—¿Qué pone? —La voz le salió estrangulada por la angustia. Se acercó más a él y le agarró por el antebrazo.

Él levantó la mirada. La aflicción que vio reflejada en sus ojos le cortó la respiración.

—Es... es... —No siguió. Le entregó las hojas.

Oksana las agarró con fuerza. Clavó la vista en la primera página, pero allí solo aparecían los datos más obvios. El nombre, la edad, peso, altura, dirección... Pasó a la siguiente hoja. Más datos irrelevantes: enfermedades anteriores y fracturas previas...

Pasó la página.

El paciente acude mostrando síntomas de cefalea recurrente.

Se solicitan pruebas para descartar posibles lesiones craneales.

Pasó otra página. Resultados de pruebas.

Un TAC. Punción lumbar. Análisis. Electroencefalografía.

Un galimatías de datos y de cifras que no consiguió entender.

Pasó la página y se centró en la última.

Basándonos en su historial de lesiones y la práctica continuada del paciente (más de diez años en este caso) de un deporte de contacto donde los golpes en la cabeza son comunes y las contusiones habituales, es presumible pero no concluyente que sus jaquecas se puedan deber a algún tipo de encefalopatía. Basándonos en los últimos estudios neurológicos, y aunque sea prematuro aventurarlo, no se descarta la posibilidad de una futura Encefalopatía Traumática Crónica (ETC), aunque resulta del todo imposible efectuar un diagnóstico.

Dado que el tratamiento es sintomático, en caso de que aparezcan otros síntomas, y a medida que lo vayan haciendo, se irán tratando con fármacos o terapias específicas. Se recomienda que lleve una vida sana, que haga dieta, que no consuma alcohol ni tabaco, y que evite en la medida de lo posible practicar deportes de contacto que pudieran desencadenar una conmoción cerebral y por tanto empeorar su actual estado de salud.

Se recomiendan revisiones periódicas cada seis meses.

Las palabras se desdibujaron en sus retinas y se dio cuenta de que era debido a las lágrimas que le empañaban la mirada.

Le temblaban tanto las manos que las hojas se le cayeron al suelo. ¿Jan estaba enfermo? ¿Jan tenía una enfermedad provocada por lesiones en la cabeza? No entendía nada... Miró a Cas, que se

agarraba al borde de la mesa y parecía haber envejecido veinte años, de pronto.

—¿Qué... qué es encefalopatía traumática crónica? —preguntó con la voz rota.

—No sé mucho sobre eso pero lo suficiente. En alguna ocasión lo hemos hablado, Jan y yo. Su antiguo entrenador se suicidó debido a que padecía esa... enfermedad, al menos es lo que se comenta. Es degenerativa y está asociada a ciertos deportes como el boxeo o el fútbol americano. Se produce debido a repetidos golpes en la cabeza... —No la miraba y hablaba en voz baja, entre dientes—. Pero no hay un diagnóstico exacto al parecer. Ni tampoco tratamiento. Creo que no hay unos síntomas muy claros ni signos visibles..., pero una vez que aparece... es irreversible.

Oksana sintió cómo si alguien le hubiera pegado un puñetazo en pleno pecho. Le faltó el aire y se le nubló la vista al comprender lo que las palabras de Cas implicaban. ¿Jan había ido a un combate a exponerse a recibir un golpe en la cabeza que podía ser fatal? A pesar de que los médicos le habían dicho que no se arriesgase, ¿había decidido ir a pelear? Abrió la boca para gritar, pero solo un gemido sofocado surgió de su garganta. Se llevó las manos al cuello, sintiendo cómo se ahogaba.

¡No, no, no! ¡Dios Santo!

—Cas —consiguió murmurar al fin, casi sin voz—. Tenemos que parar la pelea.

Él la miró, desolado.

—Es demasiado tarde —susurró, frotándose los ojos.

—¡No digas eso! —gritó ella, incapaz de creer que eso que él decía fuese cierto—. Si salimos ahora mismo nos dará tiempo a llegar. Hay que evitarlo... hay que hacerlo... —Se acercó a él y le agarró del brazo—. ¡Por favor! —le imploró.

Los ojos de él brillaron indecisos.

—Vamos —terminó por decir.

Oksana se dio la vuelta y abrió la puerta de la casa de par en par. De pronto parecía como si sus pies tuviesen alas. No esperó a ver si él la seguía, pero escuchó sus pasos apresurados a su espalda.

Mientras ella se acomodaba en el asiento y se abrochaba el cinturón, él llamó a Eli y le dijo que se fuera a casa, que ya le explicaría lo que había sucedido más adelante. En solo un par de minutos abandonaban la propiedad por el camino de tierra. Oksana se agarró al salpicadero tratando de amortiguar los baches. Cas conducía a gran velocidad. Le miró de reojo. Tenía los ojos fijos en la carretera.

—No crees que lleguemos a tiempo, ¿verdad? —le preguntó con un hilo de voz.

—No —repuso él sin mirarla—. Pero si no intentamos parar esta locura no me lo voy a perdonar jamás.

Ella guardó silencio. No se atrevía a pensar en que quizá fracasasen y no llegasen. En que Ivan pudiera... ¡No!

—*Shit!* —exclamó Cas de repente golpeando el volante con la mano—. Joder, Jan, joder... ¿Por qué cojones no nos has dicho nada? —Había un tinte desesperado en su voz.

—Todo esto es culpa mía —murmuró ella, abrazándose a sí misma.

—No te mortifiques más, Oksana —dijo él.

Apartó una mano del volante y le palmeó el muslo con un gesto tranquilizador que lo único que consiguió fue que a ella se le volvieran a llenar los ojos de lágrimas.

«¿Por qué has hecho esto, Jan? ¿Por qué?», se preguntó en silencio mientras las lágrimas rodaban por sus mejillas. «Tenías que habérmelo dicho. Podíamos haber encontrado otra solución... ¿Por qué, Jan?»

Debía haber hecho la pregunta en voz alta porque la voz de Cas, respondiendo, la sobresaltó.

—Oksana, está claro por qué —suspiró—. Quizá no te lo haya dicho, pero todas sus acciones lo demuestran. Mi hermano te quiere, joder...

Diario de Oksana Novalnyova
23 de septiembre – Kiev (Ucrania)

Estoy agotada. El viaje ha sido extenuante.

Esta mañana me ha recogido un coche en la puerta del apartamento de Irina. Aunque está contenta por mí, está triste porque ya no vamos a volver a vernos, al menos en un futuro próximo. Nos hemos despedido entre lágrimas. Le he prometido que le escribiría en cuanto llegase.

Hemos partido a las seis de Malinovka. Solo yo iba en el coche, con un conductor que no me ha dirigido la palabra en todo el viaje. Mejor así. He podido pensar mucho sobre mi futuro y hacer planes. Hemos parado por el camino para recoger a otra chica, en Poltava. Se llama Tatiana y su español es igual de bueno que el mío.

Después de diez horas de viaje, finalmente hemos llegado a Kiev. En el aeropuerto nos estaba esperando Lorena con nuestros visados y otras tres chicas más, Svetlana, Marina y Anna. Todas ellas son de la capital. Y todas ellas son guapísimas. La idea que tenía en la cabeza de destacar demasiado se ha esfumado cuando las he visto.

Ahora, mientras las otras chicas hablan entre ellas y esperamos a embarcar en el avión, yo estoy escribiendo en mi diario, quizá sea la última vez que escriba algo en suelo ucraniano. En siete horas estaré en Barcelona.

Sé que me espera lo desconocido, pero no tengo miedo.

Capítulo Treinta

Jan miró el reloj digital que colgaba del techo al fondo de la nave. Solo habían transcurrido seis minutos. Seis minutos y él se sentía como si un obús le hubiese reventado. Hacía apenas cuarenta segundos que un cabezazo de Ivan le había partido la ceja izquierda, y la sangre que manaba de la herida se le metía dentro del ojo y le impedía ver con claridad. En cualquier combate legal la pelea se habría detenido para que un profesional competente detuviese la hemorragia. No en ese.

El público parecía extasiado ante la sangre. Habían aullado como posesos al ver el tremendo cabezazo y todavía más al ver el rojo líquido brotando de su ceja.

Ivan era un monstruo. Una máquina de luchar perfectamente engrasada, sin un puto punto débil a la vista. Todavía no había conseguido acercarse lo suficiente a él para poder propinarle un golpe en condiciones. Sin embargo, el ruso ya había conseguido alcanzarle un par de veces, a pesar de su férrea defensa. Volvió a intentarlo en ese momento tirándole un golpe de rodilla, pero por una vez Jan fue más rápido y consiguió apartarse a tiempo.

Tenía que aguantar como fuese. Como fuese. Quince minutos. Y solo quedaban nueve. Ocho y medio, en realidad. Apretó los dientes y se echó hacia atrás al tiempo que trataba de limpiarse la sangre de la cara con el antebrazo.

Ivan rodeó el ring, sonriendo. Era una sonrisa macabra y horrenda debido al color negro de su protector bucal. Jan le siguió con la mirada, alerta. El brillo malicioso de sus ojos oscuros le avisó del momento exacto en que iba a atacar. Disparó el puño, buscando un agujero en su guardia, pero esta vez le salió el tiro por la culata. Falló; y Jan aprovechó la oportunidad para pegarle un rodillazo brutal en el muslo. El ruso torció la cara de dolor y perdió el equilibrio ante lo inesperado del golpe. Cayó de rodillas sobre la lona. A pesar de que no tardó en levantarse, Jan no pudo evitar sentir cierta satisfacción, que apenas duró un segundo. Un rugido

animal surgió de la garganta de Ivan, que se abalanzó hacia delante y trató de apresarle entre sus fuertes brazos con una táctica de agarre. No tuvo éxito, y Jan se zafó, pero descuidó su defensa y pronto notó el impacto del otro sobre el hombro, provocándole una descarga eléctrica que le comenzó en el cuello y descendió a lo largo de todo su brazo. El ardor fue intenso.

Verdammt!

¡Se había lesionado el plexo braquial! No era la primera vez que le sucedía algo así, y a pesar de que solían ser lesiones leves cuyo dolor se pasaba en cuestión de minutos, el brazo se le acababa de quedar paralizado. Inútil.

Fuck! Fuck! Fuck!

Miró el reloj de reojo. Nueve minutos. Quedaban seis de sufrimiento.

El hijo de puta del ruso estaba impecable. Y él tenía la cara llena de sangre y un brazo inmovilizado. Lo sentía colgando a su izquierda, como un miembro muerto y molesto a su lado.

Los gritos del público que al principio del combate habían coreado su nombre una y otra vez, ahora coreaban el nombre de Ivan en pleno paroxismo de violencia.

«Aguanta, Jan», se dijo. «Es por Oksana». Quizá fuese una tontería, pero pensar en ella le dio fuerzas.

Volvió a apartarse con rapidez, frustrando un nuevo ataque de Ivan, que le observaba con un brillo asesino en los ojos. Jan trató de golpearle con la rodilla en el muslo, como había hecho antes, pero esta vez el ruso estaba preparado y no pudo alcanzarle. ¡Joder!

No podía utilizar el brazo izquierdo. Y el derecho tampoco; era la única barrera defensiva de la que disponía en ese momento, lo único que, aparte de su rapidez de reflejos, le protegía la cara y la cabeza. Se echó hacia un lado con precipitación al ver un puño acercándose peligrosamente a su cara. Le pasó rozando la oreja con una potencia increíble. Si le hubiera alcanzado de lleno le habría partido la mejilla, sin duda.

Resopló. Estaba exhausto. Física y mentalmente.

Cuatro minutos todavía.

Ahora el público volvía a gritar su nombre. «Menuda fidelidad», pensó con sarcasmo.

Vio cómo Ivan le dirigía una mirada al reloj y su expresión cambiaba.

«Acaba de darse cuenta de que solo le quedan cuatro minutos para lucirse», reflexionó Jan con toda rapidez.

Y no se equivocaba. El ruso, rugiendo como un animal, se le tiró encima. Más de cien kilos de puro músculo, como un tanque Panzer VI de la Segunda Guerra Mundial, masivo, compacto y mortal. El impacto le arrastró hasta la red y le dejó sin respiración. Ivan, viéndole atrapado, aprovechó su ventaja para comenzar a usar sus puños. Le golpeó con brutalidad en el costado izquierdo, el que tenía más desprotegido. Jan rechinó los dientes aunque lo único que quería era aullar de dolor.

El cuerpo sudoroso del ruso le tenía clavado contra la malla.

Los puñetazos le estaban destrozando.

La gente gritaba como loca.

El reloj marcaba doce minutos.

Sin pensar demasiado levantó la rodilla y la estrelló contra la entepierna del otro, que se encorvó sobre sí mismo y dejó escapar un gemido. Entonces, aprovechando su debilidad, le estampó la frente contra la boca. El dolor que se propagó de un extremo a otro de su cabeza fue suficiente como para provocarle náuseas, pero al menos había conseguido que Ivan se apartase.

Este bramaba y rugía como un poseso. Había estado a punto de caer de rodillas sobre la lona al recibir el rodillazo entre las piernas, pero se mantenía en pie. Sangraba por la boca y ni siquiera el protector bucal había servido para protegerle lo suficiente de la brutal colisión con la frente de Jan. Lo escupió al suelo, junto con lo que parecían ser restos de piezas dentales.

Jan miró el reloj de reojo. Trece minutos y medio. Uno y medio para poder infligirle más daño a Ivan. Aprovechó que se encontraba aturdido por el ataque anterior, y se abalanzó sobre él. Incluso con su brazo inútil, con la sangre que le impedía ver y el dolor de cabeza persistente, sabía que si se lo proponía podía aterrizar algún buen golpe más. El ruso le había subestimado.

Con una furia intensa y ardiente brotándole de los ojos, le propinó un puñetazo en el abdomen que Ivan no pudo esquivar, y un

rodillazo en la parte externa de la rodilla que le hizo recular hasta la puerta del ring.

El momento de la verdad se acercaba y Jan sabía que acababa de jugársela. Quizá todo hubiese resultado más fácil si se hubiera limitado a defenderse, a no golpear, pero el odio visceral que sentía contra Ivan por todo lo que le había hecho a ella había tomado el mando.

Ivan no tardó en recuperarse. Con la boca destrozada y sangrante y los ojos llenos de ira, se dirigió hacia él, pero no le embistió. Se limitó a colocarse en posición de ataque.

Catorce minutos y cincuenta segundos.

Jan se preparó mentalmente para lo que estaba a punto de llegar.

El público volvía a gritar como loco. Ya ni siquiera podía reconocer si coreaban su nombre o el nombre del otro. Qué más daba.

Catorce minutos y cincuenta y cinco segundos.

Ivan miraba el reloj a hurtadillas, igual que él lo hacía. Esperaba su momento. Sabía que en el instante en que Jan cayese sobre la lona podría hacer con él lo que quisiera. Al menos durante unos segundos, antes de que Luis accediese al ring y le proclamase campeón de aquel combate.

Quince minutos.

«Se acabó», pensó Jan.

Aunque en el fondo sabía que ese era el momento en que todo empezaba.

Descuidó su guardia.

El puño de Ivan se estrelló contra su pómulo, impulsándole la cabeza hacia atrás y tirándole al suelo. Cerró los ojos viendo las estrellas. ¡Dios, eso había dolido! Su espalda dio contra la lona. Solo un segundo después sintió el peso del ciclópeo ruso sobre él haciéndole una montada. Se resignó. Las cosas podían haber acabado de otra manera, quizá...

«Es por ella. Es por ella», se decía a sí mismo una y otra vez.

Los puños de Ivan comenzaron a impactar por todas partes. En su cara, en su plexo solar, en su costado... A través de la niebla que

comenzaba a empañar sus ojos pudo ver a Luis accediendo al interior del ring.

«Deberías darte más prisa», pensó su cada vez menos lúcido cerebro con un toque de macabra ironía. «Quizá cuando llegues sea tarde...»

De repente, un grito femenino penetró en sus oídos. Era una voz que hubiese reconocido en cualquier parte. Giró la cabeza apenas y la vio. Se agarraba a la red con desesperación. Una mueca de horror deformaba sus bellas facciones y tenía el rostro empapado en lágrimas. Gritaba algo...

«Quizá ya he perdido el conocimiento. Debo estar soñando. Oksana está en casa, con Cas...»

—*Alles wird gut...* Todo va a salir bien... —murmuró.

Un golpe en las costillas le hizo cerrar los ojos y ella desapareció de su vista.

—¡Jan! ¡Jan! ¡Por Dios! —La escuchó gritar de nuevo.

Ella era tan dulce, pensó, aturdido. Era tan especial y se merecía tantas cosas... Abrió los ojos y la miró de nuevo. ¡Qué guapa estaba! Y parecía tan real, tan cercana... Si estiraba la mano podría tocarla...

¡Qué estupidez! Ella solo estaba en su imaginación.

Ivan no daba tregua y mientras la lluvia de puñetazos caía sobre él, una loca idea se afianzó en su cabeza... Quizá ese era el fin... *Qué mejor manera de morir que teniendo su imagen delante de él.* Una enorme paz le invadió. Dejó de sentir dolor por un breve instante. Sus ojos buscaron los de ella.

—Oksana —musitó.

Fue lo último que dijo antes de que un violento y certero golpe sobre la mejilla le hiciera perder el conocimiento.

* * *

—¡Jan! ¡No! ¡No! —Se había quedado afónica de tanto gritar, pero seguía haciéndolo mientras Cas trataba de impedir que accediese al interior del ring sujetándola con firmeza por el talle.

—¡Espera, Oksana! Por ahí no podemos pasar —le gritó él tratando de hacerse oír por encima del clamor de la gente.

Ella le ignoró. Solo tenía en mente poder llegar hasta Jan. Poder arrodillarse a su lado. Poder tocarle aunque solo fuese un segundo.

Comenzó a sollozar a gritos, presa de la histeria. El cuerpo de Jan yacía inmóvil a solo un par de metros de ella, al otro lado de la malla, cubierto de sangre. El tipo que había entrado en el ring hacía unos segundos, había apartado al ruso, le había tomado el pulso y después le había ignorado, dejándole solo.

Ivan se vanagloriaba de su victoria con los brazos en alto mientras el público aplaudía y gritaba de manera ensordecedora. Oksana no pudo evitar estremecerse al ver su sonrisa sanguinolenta. Sus ojos se clavaron en el descomunal y triunfante ruso y después descendieron para posarse sobre el cuerpo desmadejado de Jan. Sintió cómo si la estuviesen desgarrando por dentro.

Trató de liberarse de los brazos que la mantenían sujeta, arañando, golpeando...

—¡Suéltame, Cas! —gritó. Pero él no le hizo caso. Se giró y le miró a la cara. Estaba pálido y apenas podía contener la tensión de sus músculos.

—¡Espera, joder! ¿No ves quién está ahí? —Señaló a su derecha.

Oksana miró hacia dónde él miraba y vio a Yuri, a Roman... y a Bajram, que formaban un muro infranqueable justo delante de los cuatro escalones que llevaban al ring. Había estado tan centrada en lo que pasaba con Jan que no había visto al albano-kosovar, que la observaba con una fría sonrisa en la cara. Se le revolvió el estómago del miedo, pero la otra emoción era más fuerte. La preocupación que sentía por Jan era mucho más intensa que todo el terror que pudiese inspirarle él. Le lanzó una mirada encendida y cargada de odio..., no por lo que le había hecho a ella, sino por todo lo que le había hecho a Jan.

—Por favor... —exclamó, volviendo a mirar a Cas—. ¿No ves que está solo? —se le quebró la voz.

Cas desvió la vista hacia el cuerpo inerte de su hermano, luego la contempló a ella y después a Bajram, que acababa de ponerse en movimiento y se dirigía hacia ellos, seguido por sus dos secuaces. La ira le brillaba en los ojos y su respiración era errática. Parecía estar calculando las opciones que tenían de llegar hasta Jan antes de que alguien se lo impidiese.

—*Fuck!* ¡Ve tú! —Y la soltó, colocándose de tal manera que cubrió su retirada con su cuerpo, impidiendo que Bajram o cualquiera de los otros dos pudiesen ir tras ella.

Oksana no dudó ni un segundo. Se abrió paso a codazos a través de la gente que se había concentrado junto a la puerta del ring para felicitar a Ivan, al campeón. Los cuerpos le impedían avanzar, pero ella estaba determinada a llegar hasta Jan, costase lo que costase. Recibió un golpe en la espalda que estuvo a punto de hacer que cayese al suelo, pero se agarró con firmeza a la red y se mantuvo de pie. Los estridentes gritos penetraban en sus oídos, atontándola. No obstante apretó la mandíbula y continuó. Justo delante de ella estaba la puerta y en ese mismo instante Ivan abandonaba el ring. Una música estrepitosa emergió de los altavoces. La multitud berreó enardecida.

En ese preciso momento, por encima de las cabezas de varias personas que los separaban, sus ojos se encontraron. El brillo triunfal que desprendían esos pozos oscuros la hizo tiritar, pero se sintió incapaz de apartar la mirada. Entonces, con mucha lentitud, él le sonrió y le hizo un guiño. Una sensación de asco la invadió. De no haberse encontrado tan angustiada por Jan, se habría doblado sobre sí misma y habría vomitado.

El encontronazo duró solo un par de segundos, luego él giró la cabeza y desapareció entre el gentío, dejándose felicitar y dar palmaditas en la espalda.

El árbitro de aquella espantosa pantomima se interpuso en su camino.

—No puede entrar —le dijo, agarrándola por el brazo.

Ella gritó, desesperada, y de un tirón se liberó de su mano.

—¡Voy a entrar! —rugió. Algo debió ver él en su mirada, porque se apartó con la sorpresa reflejada en sus facciones.

Subió los cuatro escalones que llevaban al ring y atravesó la puerta a toda velocidad. Le temblaban tanto las piernas que pensó que no podría llegar a su lado, pero lo hizo. Llegó y se tiró de rodillas junto a su cuerpo.

De cerca todavía tenía peor aspecto. Sobre todo su cara estaba irreconocible. Los puños de Ivan la habían destrozado.

—*Bozhe moy!* —susurró sin atreverse a tocarle. Las lágrimas le rodaban por las mejillas a toda velocidad. No se molestó en limpiárselas—. ¡Jan! ¡Jan! ¡Jan! —decía una y otra vez con el corazón encogido.

Él estaba tan quieto, tan inmóvil, que un miedo agudo y visceral la invadió. Como había visto hacer al hombre antes, le acercó la mano al cuello con cuidado de no hacerle daño, y le buscó el pulso. Tenía. Soltó un sollozo aliviado. Por un instante había pensado...

—¡Por favor, Jan! No me dejes... —musitó, acariciándole el cuello con suavidad. No se atrevía a tocarle en otro sitio. Tenía la cara hinchada y cubierta de sangre.

Miró a su alrededor, desesperada. ¿Acaso no iba a venir nadie a curarle? ¿Un médico? Su mirada se clavó en Cas a través de la red. Yuri y Roman le tenían sujeto por los brazos tratando de detenerle, y él parecía a punto de explotar, tenía las venas del cuello hinchadas y los puños apretados. Mientras tanto, el albano-kosovar le contemplaba con indiferencia y asentía con tranquilidad, como si no hubiese sucedido nada. Oksana sintió cómo la sangre le bullía por dentro. ¿Nada? Jan estaba destrozado en el suelo y nadie hacía nada... *Nada...*

Volvió a mirarle. La pena se mezclaba con un terrible sentimiento de culpabilidad. Él estaba así por ella. *Por ella*. Se inclinó sobre él, apenas rozando su pecho con la mejilla. Las lágrimas que brotaban de sus ojos cayeron sobre su piel, mezclándose con su sudor.

«Por favor, por favor...», rogaba una y otra vez. «Por favor, no me dejes. No puedes. No puedes... ¿Por qué? ¿Por qué? Eres tan idiota... No tenías que haberte arriesgado por mí... Por favor...» De nuevo un sollozo sacudió su cuerpo.

De pronto sintió el peso de su mano sobre su cabeza. Le miró, pero él tenía los párpados tan hinchados que era imposible saber si tenía los ojos abiertos o no.

—Oksana —murmuró en voz apenas audible.

—¡Jan! ¡Oh, Jan! —gimió ella sin atreverse a más.

—No... te preocupes... por nada. Todo... va a salir bien. Ya está. Se acabó. Eres... libre.

Al escuchar aquellas palabras rompió a llorar con más fuerza.

—Oh Jan... —musitó con la voz quebrada. Se atrevió a cogerle la mano, ignorando la sangre y el sudor que cubrían el guante y sus falanges. Le estrechó los dedos y él le devolvió el apretón.

—*Ich weiss Du bist nicht hier... Ich weiss Du bist nur ein Traum... aber es ist ein so schöner Traum...* [66]

Oksana no pudo entenderle. Buscó frenéticamente a Cas con la mirada, pero ya no estaba donde le había visto antes. También Bajram y sus secuaces se habían esfumado. De pronto sintió una presencia a su derecha. Era Cas, que se arrodilló a su lado. Se mostraba igual de trastornado que ella.

—El médico está aquí —señaló con la mano a un individuo que se abría paso entre la gente—. ¿Está consciente? —preguntó.

Ella asintió.

—Ha dicho algo, pero en alemán. No lo he entendido.

Cas la miró un instante antes de inclinarse sobre su hermano. Le habló en voz baja. Jan respondió algo.

—¿Qué dice? —preguntó ansiosa.

—Cree que eres un sueño —murmuró—. Cree que eres una visión y que en realidad no estás aquí.

Oksana se aferró a su mano.

Finalmente, el hombre al que Cas había señalado llegó a su lado y les hizo un gesto para que se apartasen. Lo hicieron, dejándole espacio. Una arruga de preocupación se marcaba entre sus cejas. Oksana se apoyó en Cas; sentía las piernas como si fuesen de gelatina.

—Yo no puedo hacer nada —murmuró después de echarle un vistazo muy superficial—. Necesita ir a un hospital.

—La ambulancia tiene que estar a punto de llegar —dijo Cas.

El tipo se incorporó con rapidez y les miró.

—¿Sabe Bajram eso? —inquirió alarmado.

—Me la suda Bajram —escupió Cas—. He llamado a emergencias hace rato y no creo que tarden mucho más en llegar.

Como si el destino se hubiera puesto de su parte, en ese mismo momento el sonido lejano de una sirena llegó hasta ellos por encima de los gritos y la música. De repente, se armó un revuelo considerable. La gente que hasta hacía solo un instante había festejado el resultado del combate, y se había acercado a la parte

trasera donde estaba el mostrador de las apuestas, a cobrar sus ganancias, comenzó a correr buscando la salida más próxima, pensando que las sirenas podían pertenecer a la policía. La nave tenía varias puertas que conducían al exterior, dos en la parte delantera, otras dos en la parte trasera y una en cada lateral. Pronto todas ellas se abarrotaron y el recinto no tardó en vaciarse por completo. Solo ellos, en el ring, permanecieron allí. Incluso los guardias de seguridad se habían marchado.

—Yo también me largo —dijo el «médico», dirigiéndose hacia la puerta.

—Pero... —protestó Oksana.

—Déjalo —le dijo Cas, lanzándole una mirada de desprecio—. La ambulancia ya está aquí. No creo que este... fulano pueda ser de mucha ayuda.

Ella volvió a arrodillarse junto a Jan, mientras las luces naranjas aparecían por el portón delantero.

—Jan, la ambulancia ya ha llegado —le dijo con voz tranquilizadora, cogiéndole la mano y tratando de infundirle calma, como él hacía siempre con ella. Pero él no reaccionó, ni siquiera correspondió al apretón de su mano. Había vuelto a perder el conocimiento.

Le contempló, desolada. Volvió a sentir cómo las lágrimas se escapaban de sus ojos. Parecían una fuente inagotable del salado líquido. Con mucho cuidado y una ternura infinita, acercó la mano a su mejilla, cubierta de sangre y sudor, y le rozó apenas con la punta de sus dedos.

Las manos de Cas se posaron sobre sus hombros.

—Vamos, Oksana. Dejemos que hagan su trabajo.

Ella apartó la mirada del rostro de Jan y se dio cuenta de que había un par de enfermeros con una camilla justo a su lado. Se incorporó, apartándose. Cas la cogió de la mano.

—¡No! ¡Quiero quedarme! —protestó.

—No hay nada que podamos hacer aquí. Créeme. Yo ya he pasado por esto —añadió. El cansancio se filtraba en su voz—. Vamos al hospital. Llegaremos antes que la ambulancia. Vamos —volvió a insistir, tirando de ella.

Oksana le dirigió una última mirada a Jan. Le acababan de colocar un collarín cervical y le instalaban en la camilla. Cerró los ojos un instante como si la imagen fuese a desaparecer de su mente, pero cuando volvió a abrirlos, seguía ahí.

El todopoderoso Jan. El hombre que había sido su coraza, su escudo, su muro... Su protector, su salvador...

Parecía tan frágil...

Aguantando un nuevo sollozo, siguió a Cas. Corrió tras él tratando de igualar su paso más amplio. Abandonaron la nave y se dirigieron a su coche. La explanada que antes había estado repleta de vehículos, ahora se encontraba casi vacía. Algunos rezagados la abandonaban en ese momento, levantando nubes de polvo con sus neumáticos. El Navara los esperaba al fondo, solitario.

Tropezó y estuvo a punto de caer al suelo, pero Cas la sujetó con firmeza por el brazo. Se detuvieron un instante y sus miradas se cruzaron. La angustia brillaba en los ojos de ambos. De pronto él la abrazó y enterró la cabeza en su cuello.

—Mi hermano es un idiota, un idiota... —se le quebró la voz.

Ella comenzó a llorar de nuevo. Su propio dolor se mezcló con el de él y no pudo soportarlo. Se aferró a sus hombros como si fuese un naufrago y él una tabla de salvación.

—Si algo le pasa... si algo le pasa... no sé qué voy a hacer —siguió él hablando. Había comenzado a temblar.

Solo pudo sollozar más fuerte. ¡Era su culpa! Ella era la responsable de que Jan estuviese así. Trató de decir algo, pero le falló la voz.

—Yo le quiero, ¿sabes, Oksana? —dijo él—. Le quiero muchísimo y solo quiero que vuelva a ser el de antes... —Levantó la cabeza y la miró. Tenía los ojos húmedos—. Tú también le quieres, ¿verdad?

Ella solo pudo asentir.

—Eso está bien —murmuró, acariciándole el pelo. De pronto parecía encontrarse a años luz de distancia. Físicamente estaba con ella, pero mentalmente no—. Eso está bien —volvió a repetir con la mirada perdida—. Mi hermano solo necesita a alguien que le quiera, ¿sabes? Ha estado muy solo... Y no debería ser así... Jan se merece que le quieran de verdad, Oksana...

Sintió una gran opresión en el pecho al escuchar aquello. Que un hombre hecho y derecho como Cas le hablase de esa manera sobre su hermano, con tanto amor y tanta calidez... la desarmaba. La destrozaba.

—Vámonos —dijo él con suavidad, como si de pronto se hubiera dado cuenta de dónde estaba y con quién. Se separó de ella. La cogió de la mano y la guió hasta el coche.

Oksana le siguió, sin siquiera saber cómo era capaz de dar un paso tras otro. Dentro del vehículo se apresuró a ponerse el cinturón. Miró por la ventana. La ambulancia arrancaba en ese momento. Cerró los ojos. La única imagen que podía ver en su mente era la de Jan tirado en el ring mientras Ivan le propinaba puñetazo tras puñetazo. No creía que jamás pudiese olvidar aquello. Una sensación, mezcla de remordimiento y culpa, la dominó.

¿Cómo iba él a poder perdonarle aquello?

Mejor dicho, ¿cómo iba a perdonarse a sí misma?

Capítulo Treinta y Uno

—No quiero que me vea así. —Su propia voz le sonó extraña, como hueca. Le había costado pronunciar esas palabras.

Cas le miró en silencio, ceñudo.

—¡No me jodas! Lleva tres días sin ir a ningún lado, ahí fuera, esperando a que recobres la consciencia.

Jan giró la cabeza y miró por la ventana. La oscuridad se cernía sobre el cuidado jardín del hospital. Apenas se distinguían los banquitos y la fuente cuadrada que adornaba el centro del mismo.

Su hermano llevaba unos cuantos minutos allí, los suficientes como para haberle informado de que Bajram había cumplido con su promesa y había enviado los papeles de Oksana a su estudio. Era lo primero que había querido saber. Una sensación de alivio le había embargado. Al menos, el haberse dejado destrozar por Ivan había servido para algo. Pero el alivio había desaparecido con rapidez cuando Cas había comenzado a presionarle para que viese a Oksana.

No.

No podía ser.

—Creo que es mejor así —murmuró entre dientes. Todavía se encontraba algo atontado, pero la decisión que había tomado con respecto a ella era firme.

—Pero ¿por qué? —le preguntó Cas, exasperado, desde los pies de la cama—. No lo entiendo.

Jan no respondió. Le había costado, pero era la única decisión posible. La única correcta. Oksana iba a estar mil veces mejor sin él que con él.

Fin.

Miró a su hermano. Tenía un aspecto desaliñado, como si llevase varias noches sin dormir. Probablemente así era. Toda su familia debía de haber pasado los últimos tres días en vilo, esperando los resultados de sus operaciones. Tres en total.

—No sabes lo que dices, Jan —dijo ahora, acercándose y colocándose a un lado de la cama—. No piensas con claridad.

—Te equivocas, Cas. Lo tengo muy claro.

—Dame una buena razón. Solo una.

Jan suspiró.

—La más importante de todas es que no quiero que me vea así y piense que todo esto es culpa suya, la verdad. La decisión fue mía. No quiero que se mortifique...

—¡Joder! ¿Te crees que no lo hace ya? Está ahí fuera tirándose de los pelos y preguntándose por qué narices no dijiste nada sobre... sobre tu estado —vaciló—. Nos pegaste un susto de muerte. No tienes ni idea del miedo que pasamos cuando llegamos allí y te vimos tirado en ese ring... —le tembló la voz.

Jan cerró el ojo que no tenía cubierto por las vendas y trató de respirar hondo, pero el dolor en el tórax se lo impidió. Las dos costillas que tenía rotas se manifestaron implacables.

Lo último que había deseado era que ella le viese así, tumbado sobre la lona y recibiendo una soberana paliza. Quizá era un estúpido, pero no quería que el recuerdo que se llevase de él fuera ese.

—Sé que estás convaleciente y que no debería ser tan duro contigo, Jan, pero estoy tan enfadado... Tan enfadado por lo que nos has ocultado... —Su tono de voz se tornó ronco—. Por el riesgo que has corrido... *Fuck!* Ese *hijo de puta* casi... Estuviste a punto... a punto de... —No continuó.

Jan recordaba haber tenido un pensamiento parecido al final de la pelea. Mientras Ivan estaba sentado a horcajadas sobre él, destrozándole a golpes, había pensado que quizá todo se acabase allí. Y había sido la imagen de Oksana la que había acudido a su cabeza.

—No tenías que haberla llevado.

—Imposible detenerla —murmuró Cas—. Después de que encontramos el informe médico en tu casa, en lo único en lo que podía pensar era en parar la pelea. Y si te soy sincero, yo también.

—Era solo un combate más, y tú lo sabes. Quizá más duro que otros, pero uno más. Todo esto viene de lejos. Han sido años de

vivir peligrosamente. Sobre todo el último... Solo estoy pagando por mis actos...

—¡No me jodas! —bufó—. ¿Pagando por tus actos? Deberías callarte y no decir tantas tonterías.

Jan no replicó.

—Va a estar mejor sin mí —terminó por decir, mirando a su hermano.

—¿En serio me estás diciendo esa gilipollez? —La incredulidad se reflejó en sus palabras—. ¿Por qué cojones dices eso?

—Joder, Cas. No hay que ser muy listo... Me han extirpado el bazo. Voy a tener que seguir una dieta estricta hasta el final de los días... —elevó la voz—. Tengo una fractura orbital y el pómulo destrozado y me han tenido que reconstruir el hueso con placas y clavos de metal, y aun así lo más seguro es que mi visión quede dañada... —Hizo una pausa— Ah, espera, que se me olvidaba... —añadió con sarcasmo—. Tengo todas las papeletas para desarrollar una enfermedad degenerativa en unos años y convertirme en un puto demente. ¿Me dejo algo?

Cas le miró con una mezcla de impotencia e ira.

—Sí, te dejas algo. Te dejas que eres un jodido mártir —repuso al cabo de un rato, enfadado—. El gran Jan Landvik, siempre sacrificándose por todo el mundo. ¿Ahora también por ella?

Jan no dijo nada. Se limitó a mirarle en silencio.

—Y esto, ¿cuándo lo has decidido? —preguntó Cas, cambiando de táctica—. Porque la tarde de la pelea cuando fui a tu casa, la tratabas como si fuese la mujer de tu vida, joder. Estabas loco por ella. Solo te faltó ponerte de rodillas y pedirle que se casase contigo, delante de mí. Así que no me jodas.

Jan apretó los labios. Cas tenía razón. Los últimos días que había pasado con Oksana, había tratado de borrar de su memoria todo lo que no fuesen ella y sus circunstancias, pretendiendo ser alguien que no era. Queriendo ser ese puñetero príncipe azul que ella veía en él. Pero la realidad había llegado de golpe, destruyendo sus fantasías y sus tontas ensoñaciones.

Después de que el cirujano le hubiese visitado tras salir de la anestesia, había recibido también la visita de su neurólogo, que a pesar de que había sido muy reservado con su pronóstico, había

querido asegurarse de que estuviera preparado en caso de que apareciesen otros síntomas. Síntomas en los que él había preferido no pensar. Pero ya no era posible seguir ignorándolos. La imagen de Jens Vogel y su triste final no se le querían ir de la cabeza. Cada vez que cerraba los ojos le veía como le había visto la última vez, antes de marcharse de Alemania, perturbado y alucinando... Ni siquiera le había reconocido.

Existía la posibilidad de que no hubiera ningún futuro para él; al menos no uno de calidad..., de que acabase como Jens... Y no pensaba hacerla cargar con aquello.

—Vamos a ver —interrumpió Cas sus pensamientos—. Todo eso que has mencionado a lo mejor ni siquiera se cumple, joder... el puto bazo no lo necesitas para nada; hay un montón de gente que vive sin él. Y lo de la pérdida de visión... pues es probable, pero no seguro, pero para eso están las gafas... las operaciones... Y lo otro... lo otro tampoco es seguro. ¡Joder! Deberías consultar con otro neurólogo; pedir una segunda opinión. ¿Me estás diciendo que vas a renunciar a lo que quieres por algo que quizá jamás suceda? —Negó—. *So ein Dummkopf!*^[67]

Jan guardó silencio. Quizá para su hermano fuese una gilipollez, pero él lo tenía claro. Oksana era una mujer increíble, que estaba en la flor de la vida. Tenía un futuro maravilloso por delante. Tenía planes... Él no iba a ser una piedra en su camino. No se iba a convertir en un estorbo, en un lastre. No. Después de todo lo que le había tocado vivir, se merecía algo mejor, a alguien... sano. A alguien que le pudiese ofrecer... todo. Sabía que tenía que dejarla ir, por más que pensar que otro pudiera poseer lo que había sido de él durante apenas unos días le destrozase por dentro. Solo imaginar otras manos recorriendo su perfecto cuerpo, otra boca besando sus labios, otro abrazo que no fuese el suyo envolviéndola...

Gott!

Rechinó los dientes.

—Esto es por lo de Jens, ¿verdad? —le preguntó Cas en voz baja, pero no esperó a que contestase. Se acercó a la ventana y miró al exterior. Jan le siguió con la vista.

En el fondo ambos sabían cuál era la respuesta. Un incómodo silencio se estableció entre ellos.

—Hace casi un año estábamos los dos en este mismo hospital, ¿lo recuerdas? —preguntó sin darse la vuelta.

—Sí.

—Era Elisa la que se encontraba en tu situación y yo el que estaba en la sala de espera, angustiado por ella. Como Oksana ahora mismo por ti —continuó en voz baja.

Jan sintió cómo se le encogía la garganta al escuchar aquello. Tenía claro que ella estaría angustiada por él. Era lógico... Había sido su salvador, el que la había rescatado... Quizá ella sufriese unos días, pero lo superaría. Lo superaría en cuanto se diese cuenta de que no le necesitaba, se repitió con obstinación.

«Si tan lógico suena, ¿por qué sientes como si se te estuviese rompiendo el alma?», le dijo una voz interior que trató de acallar rápidamente.

Verdammt!

—Quiero que te ocupes de ella —dijo en voz baja, llamando la atención de su hermano, que se dio la vuelta y le miró fijamente.

—Deberías ser tú...

—Mientras yo estoy aquí quiero que la ayudes —le interrumpió—. Mira a ver si Jaime Llorens le puede echar un cable con lo de su visado, ahora que por fin lo ha recuperado. Yo me encargo de los gastos —añadió—. Ayúdala en lo que necesite, por favor... pero... no le digas que te lo he pedido yo... —musitó. Se sentía raro pidiéndole aquello a su hermano. En el fondo hubiese deseado ser él el que hiciera todo eso por ella, pero tenía claro que lo mejor para ambos sería guardar las distancias.

—Deberías escucharte a ti mismo, joder. Me suplicas que la ayude, que la apoye, porque estás colado por ella, pero al mismo tiempo la apartas de tu lado porque te acojona que te quiera.

¿Y qué si tenía razón? Él sabía lo que era mejor para Oksana.

Y Jan Landvik no lo era.

—Eres un cobarde —dijo Cas al cabo de un rato—. Amar es de valientes, Jan. Arriesgarse, darlo todo, vivir... es de valientes... y tú, tú no lo eres... Eres un puto cobarde...

—Piensa lo que quieras —farfulló. Le dolía escuchar a su hermano hablándole en aquellos términos, pero Cas no tenía ni idea... No parecía entender la realidad de su situación.

Volvió a crearse un silencio en la habitación, solo interrumpido por los pitidos de su monitor cardiaco.

—¿Pretendes que salga fuera y le diga a la chica que lleva tres días ahí sentada, sin ir a casa y sin dormir, sin apenas comer, sintiéndose culpable por todo lo que te ha pasado, y murmurando que no se lo va a perdonar nunca, que no quieres saber nada de ella? ¿Lo he entendido? —preguntó finalmente, rebosante de mordacidad.

—Lo has entendido —murmuró cortante.

—Vas a romperle el corazón, lo sabes, ¿no?

—Se recuperará —dijo entre dientes. Había comenzado a respirar con rapidez.

—Muy bien. Si es lo que quieres —repuso Cas con frialdad, dirigiéndose hacia la puerta—. Pero ten en cuenta que en algún momento te darán el alta y entonces tendrás que enfrentarte a ella y dar la cara... —Se dio la vuelta justo antes de abandonar la habitación—. Ah, ¿a papá y a mamá no los vetas?

Jan apretó la mandíbula con fuerza, pero no tuvo tiempo de decir nada más. Cas había desaparecido.

La fachada de aparente indiferencia que había mantenido frente a su hermano se desmoronó como un castillo de naipes, dejándole expuesto y desgarrado, que era como verdaderamente se sentía. A pesar de saber que la decisión tomada era la correcta, no pudo evitar que un terrible dolor sordo se expandiese por su pecho, agujereándole las entrañas..., dejándole roto y vacío.

Nunca antes había sentido nada parecido por nadie, por eso sabía que tenía que dejarla marchar.

Aunque renunciar a ella significase renunciar a sí mismo.

* * *

Oksana se puso en pie en cuanto vio a Cas aparecer en la sala de espera. Se le acercó, ansiosa. Eli la siguió.

—¿Cómo está? ¿Está bien? ¿Qué han dicho los médicos? —se atropelló con las palabras.

—Está bien. Hemos hablado —repuso él. Parecía nervioso.

—¿Puedo entrar a verle? Ya sé que no soy familia, pero... quizá... —se interrumpió al darse cuenta de la mirada que Cas le dirigía a Eli—. ¿Qué sucede? ¿No está bien? —Miró a uno y a otro

alternativamente, tratando de descifrar el significado de la expresión de su cara—. ¿Qué está pasando? —preguntó, de repente muy alarmada.

—Siéntate —le dijo, pasándose la mano por la nuca. Era un gesto que denotaba su desazón y que Jan también utilizaba.

Oksana se dejó caer en una de las incómodas sillas que llevaba ocupando los últimos tres días. No apartaba la mirada del rostro de Cas, esperando algo...

Eli se sentó a su lado, silenciosa. También parecía sorprendida.

—Mira, Oksana. Mi hermano está... un poco confundido... —comenzó, dubitativo—. No sabe muy bien lo que quiere, la verdad.

¿A qué se refería? No entendía nada.

—¿Puedo verle? —volvió a insistir.

Él dejó escapar un bufido. Comenzó a pasearse por la sala de espera. Oksana le siguió con la mirada. Estaba a punto de levantarse y acercarse cuando notó cómo Eli la cogía del brazo, tratando de tranquilizarla.

—Ahora mejor no...

—¿Cuándo? ¿Más tarde?

Se detuvo y la miró con fijeza.

—Quizá otro día —murmuró.

Oksana se puso en pie con precipitación. Entornó los ojos, tratando de leer en su expresión lo que le estaba ocultando.

—¿Qué está pasando? —le preguntó.

Eli se levantó también.

—Sí —dijo—. ¿Qué está pasando? Creo que Oksana tiene derecho a saberlo.

Cas se frotó la frente con energía antes de acercarse a ellas.

—No quiere verte —dijo con brusquedad.

Oksana sintió cómo si le hubiesen arrancado el corazón de cuajo. Se le cortó la respiración.

—Pe...pero ¿por qué? —tartamudeó.

—Se le ha metido en la cabeza la absurda idea de que... que... te mereces algo mejor —suspiró él con fatiga.

—¿Cómo? No entiendo nada.

—Ni yo —contestó—. Ni yo.

—Pero ¿qué es lo que ha dicho? —intervino Eli con la voz cargada de incredulidad.

—Gilipolleces —escupió Cas—. Piensa que solo va a ser un lastre para ella. Que se merece algo mejor. En su línea de mártir.

—Pero eso es absurdo —murmuró Oksana. Le temblaban tanto las piernas que tuvo que volver a sentarse—. ¿Un lastre? Pero... ¿por qué? —la pregunta le salió de la garganta como un gemido.

—Cree que te mereces a alguien... sano... y no a alguien que quizá, en un futuro, pueda tener problemas...

—¡Eso es ridículo! —exclamó. No tenía sentido. Nada lo tenía—. No puede ser —murmuró en voz baja—. No puede ser...

Eli se sentó a su lado y le pasó un brazo por encima de los hombros, tratando de consolarla, pero ella se desasíó. No necesitaba que nadie la consolase. Se llevó las manos a las sienes y trató de serenarse, intentando encontrarle una explicación a todo aquello.

¡No podía ser cierto!

La noche anterior a la pelea había sido tan especial... Se habían entregado el uno al otro... Había sido un momento muy importante para ambos, al menos eso le había parecido a ella. Y Jan la quería ¿no? Nunca le había dicho nada parecido, pero todo indicaba que así era... Lo que había hecho por ella, su manera de comportarse, su actitud... Hasta Cas se había percatado de que Jan sentía algo por ella... ¿no?

Agitó la cabeza, llena de súbita incertidumbre.

Ignorando a los otros dos, que la miraban preocupados, se puso en pie y se acercó a uno de los ventanales que daban al jardín. Llevaba tres días mirando por la misma ventana; angustiándose y echándose la culpa de lo sucedido. Ni Cas ni sus padres, que habían estado allí hasta hacía unas horas, la responsabilizaban de lo que había pasado, pero ella misma sí se lo reprochaba. La culpa le pesaba y le quemaba la conciencia. Si no hubiese sido por ella, Jan no estaría en el hospital. No habría tenido que sufrir todo aquello...

Pegó la frente al cristal. Quizá había sido una boba, pero durante esa espera horrible en la que las horas parecían no avanzar, se había creado ciertas expectativas; se había hecho ilusiones. Había

pensado que lo suyo con Jan era un hecho, que cuando él saliese del hospital iban a ser algo más que dos personas..., que se iban a convertir en... una pareja.

Al parecer él había decidido otra cosa.

No entendía nada.

Un espasmo le recorrió el cuerpo.

—Oksana —escuchó la voz de Cas a su espalda—, deja que pasen unos días. Entrará en razón.

Una sonrisa amarga le curvó los labios. Trató de mirar más allá del reflejo en el cristal de su cara demudada por la tristeza. Los contornos de los objetos allí en el oscuro jardín se le desdibujaron. Estaba agotada. Exhausta. Setenta y dos horas sin dormir se estaban cobrando su tributo. No podía pensar con claridad. Tenía que descansar.

Solo sabía una cosa: quería estar con Jan. Así de simple.

—Déjame que te lleve a casa para que puedas dormir algo —le dijo él—. Mañana las cosas serán diferentes, seguro. Hablaremos con él.

Se dio la vuelta y los miró a ambos. No le gusto nada lo que vio reflejado en sus ojos.

Lástima.

La observaban con lástima.

Algo se revolvió dentro de ella. ¡No quería inspirar pena! Había pasado por muchas cosas y había sobrevivido a todas ellas. ¿Acaso Jan no le había dicho siempre que admiraba su fortaleza? Sí, eso era. Quizá se sintiese algo débil por el momento, pero era fuerte. Muy fuerte. Y no iba a consentir que él la apartase de su lado.

—Sí, llévame a casa.

A pesar de que lo dijo en voz baja, su tono de voz mostraba una determinación que antes no había estado ahí.

Diario de Oksana Novalnyova
23 de septiembre – Barcelona (España)

Nos han engañado.

Llegamos aquí hace dos días de madrugada y desde entonces no nos han dejado salir de la casa donde nos trajeron. Está a las afueras de la ciudad, al menos eso me pareció. Estaba oscuro cuando el coche nos dejó aquí.

Nos dimos cuenta de que algo andaba mal al día siguiente de llegar. Mientras dormíamos alguien había registrado nuestras cosas y nuestros pasaportes, visados y teléfonos móviles habían desaparecido. Hay dos hombres en el piso con nosotras. Son rusos. Pero por más que hemos intentado hablar con ellos se han negado a darnos ninguna respuesta.

La puerta de entrada está cerrada y las ventanas tienen barrotes. Hemos intentado asomarnos y gritar, pero no ha venido nadie.

Hemos hablado de lo que puede estar sucediendo. No somos tontas. Hemos caído en una trampa. Creemos que hemos sido víctimas de una organización dedicada a la trata de blancas o algo parecido.

Apenas puedo creer que algo así me haya pasado a mí. Siempre me he considerado una chica inteligente. ¿Cómo es posible que no lo viera?

Anoche me dormí llorando, al igual que las otras. Estamos en una situación desesperada y no sabemos qué nos va a pasar.

Capítulo Treinta y Dos

Se dejó caer sobre el sofá agarrando el mando de la tele con fuerza. Subió el volumen. No podía creerse lo que estaba viendo.

“La Policía Nacional ha desmantelado una organización criminal dedicada a la trata de seres humanos con fines de explotación sexual, en el transcurso de una operación llevada a cabo en la que también ha participado la Guardia Civil. La operación, que se ha saldado con la detención del cabecilla de la red, un conocido empresario, y la liberación de varias mujeres, ha incluido registros de locales por toda la costa mediterránea.

Muchas de las víctimas habían sido captadas en sus países de origen mediante engaño, para trabajar en el sector de la hostelería, teniendo que realizar viajes clandestinos de a veces meses de duración. Para sufragar el viaje, las mujeres contraían deudas con la banda, siendo amenazadas de muerte tanto ellas como sus familias en caso de impago. Desde el momento en que llegaban a España eran obligadas a prostituirse a diario para saldar la deuda contraída, quedándose la organización con la totalidad del dinero obtenido. Además, eran frecuentes las palizas y amenazas, e incluso las agresiones sexuales.

La operación ha concluido con la detención de Bajram Sejdiu, de origen albanés-kosovar, dueño de varios locales de copas e inversor inmobiliario. También varios de sus trabajadores se encuentran bajo custodia policial. Han sido liberadas ocho mujeres, entre las cuales hay dos nigerianas, tres ucranianas, una colombiana y dos rusas”.

La voz del locutor se fue perdiendo ahogada por el zumbido que se instaló en sus oídos. Las imágenes que aparecieron en la pantalla hicieron que se le abriesen los ojos de manera desproporcionada. Se llevó la mano a la boca controlando un gemido. Bajram, rodeado de policías, era sacado de su casa —esa casa que había sido su prisión durante ocho meses— y conducido a un coche negro de aspecto oficial. La expresión de su cara era fría, como si toda la situación no fuese con él. El color del cuidado

césped que ella había podido ver un día tras otro desde la ventana, tenía otro aspecto en televisión, pensó. Incluso el chalet parecía más pequeño... Imágenes del *Dancing Queen* y de otros locales que ella no conocía sustituyeron a las anteriores.

Siguió contemplando la televisión, absorta, sin terminarse de creer que lo que estaba viendo fuera cierto. El estupor se había apoderado de ella. No daba crédito.

La pantalla de su móvil, sobre la mesa frente a ella, se iluminó, y las vibraciones hicieron que se desplazase por la superficie ligeramente. Pestañeó, tratando de regresar a la realidad, y miró el nombre que aparecía en el teléfono. Cas.

—Acabo de verlo —dijo nada más descolgar. Se sorprendió de que su voz sonase tan firme.

—Por eso te llamo. Jaime nos ha llamado justo un par de minutos antes de que diesen la noticia en televisión. Parece ser que las chicas estaban retenidas en un almacén en Barcelona, pero una de tus compatriotas consiguió escapar y fue a la policía —dijo.

—¿Una de mis compatriotas? —inquirió ansiosa. El nombre de Olga acudió a su cerebro.

—Sí. Una tal Olga Medvedeva.

El corazón de Oksana se aceleró.

—¿Está bien?

—Sí. Todas están bien. No sé mucho más, la verdad. Jaime tampoco ha podido ser muy explícito, pero quería avisarnos.

Ella guardó silencio. La información que acababa de recibir, sumada a lo que había escuchado en televisión, la había dejado aturdida. Se sentía incluso mareada. Dio gracias de estar sentada.

—Oksana, ¿estás bien? —La voz de Cas, al otro lado de la línea, la sacó de su atontamiento.

—Eh, sí... sí... creo —añadió. La noticia había sido devastadora.

—¿Quieres que me acerque? —le preguntó preocupado.

—¡No! —exclamó ella tratando de recuperar el control—. No. No es necesario. Estoy bien, de veras. Es solo que tengo que asimilarlo.

Ahora el que guardó silencio fue él.

—Hoy le han dado el alta a Jan —dijo en voz baja al cabo de unos segundos.

—Lo sé —repuso ella con una voz que no reconoció como la suya propia. Carraspeó—. Voy a ir a verle, ahora.

De nuevo el silencio.

—Si necesitas cualquier cosa, dímelo.

Jamás iba a poder pagarle a Cas todo lo que estaba haciendo por ella.

—Demasiado has hecho ya —murmuró—. Hablamos— añadió. Tenía ganas de colgar el teléfono. Necesitaba pensar.

—Bien. Hasta luego, entonces —se despidió él con reticencia.

Oksana pulsó la tecla de apagado y dejó el móvil en la mesa.

Antes de poner las noticias ya estaba nerviosa por tener que ir a ver a Jan y enfrentarse a él, pero el enterarse de la detención de Bajram la había dejado descolocada. Había pensado que él era invencible, intocable, que tenía demasiados contactos por todas partes como para que su imperio pudiera desmoronarse. Todavía no terminaba de creerse que su organización hubiese sido desmantelada... y todo gracias a Olga, la joven y dulce Olga.

—Olga Medvedeva ha derrotado a Bajram Sejdiu —lo dijo en voz alta.

Una sonrisa cargada de incredulidad curvó sus labios. Clavó la mirada sobre la pantalla del televisor sin verla realmente. El presentador del telediario hablaba ya de otra cosa.

¿Qué iba a ser ahora de las chicas?, se preguntó. Regresarían a sus países, con sus familias, supuso. Ella era la única que no tenía familia a la que regresar... Quizá pudiese ver a Olga antes de que se marchase. Tendría que volver a hablar con Cas, quizá Jaime supiese dónde localizarla.

Pero no ahora. Ahora tenía algo más importante en qué pensar: en su enfrentamiento con Jan. Habían pasado siete días desde que ella abandonase el hospital. Siete días en los que él se había mantenido en sus trece de no querer volver a verla.

Y en esos días, su vida había dado un cambio radical, gracias a Cas y a Eli, a los que jamás iba a poder corresponder como se merecían.

La habían puesto en contacto con el abogado que se iba encargar de arreglarle los problemas de su visado caducado. Ya había hablado con la embajada de su país y estaba haciendo todo lo

posible por agilizar los trámites y conseguirle un visado de trabajo. Gracias a ellos, también, había conseguido un trabajo de camarera en el restaurante de un amigo suyo, el *Crazy Coconut*. A pesar de que no tenía experiencia sirviendo, el dueño la había recibido con los brazos abiertos. Estaban en plena temporada alta y necesitaba toda la ayuda que pudiese encontrar, le había dicho. Iba a comenzar a trabajar en un par de semanas, si el tema de sus papeles se arreglaba.

Pero lo que ambos habían hecho por ella llegaba mucho más allá. El mismo día que abandonó el hospital y regresó a la cabaña de Jan se dio cuenta de que no podía seguir allí. No sin él. Y más sabiendo que no deseaba verla. Había recogido todas sus cosas, y en solo dos días, Cas y Eli le habían conseguido un pequeño estudio amueblado, en el que se encontraba en esos instantes. Al principio había aborrecido la idea de que ellos pagasen la fianza, pero en el fondo sabía que no le quedaba otra opción. No tenía a nadie a quién acudir. Así que había aceptado. Habían llegado a un acuerdo sobre cómo les iba a devolver cada céntimo que gastase. Estaba decidida a hacerlo cuanto antes. No le gustaba encontrarse en deuda con nadie ni vivir de la caridad. Y no solo le habían adelantado el dinero para la fianza del piso. Incluso habían insistido en abrir una cuenta a su nombre y depositar allí una módica cantidad para que pudiese sobrevivir hasta que cobrase su primer sueldo. Era demasiado. Demasiada amabilidad para alguien que en el último año había aprendido a desconfiar de la gente y a quien la vida le había mostrado su cara más sórdida. Se sentía abrumada por todo lo que estaban haciendo por ella. Eran tan... encantadores.

Como Jan...

Lo que Jan había hecho no podía medirse con palabras. Cerró los ojos, sintiendo cómo la culpabilidad la desgarraba por dentro.

«¡Basta!», se ordenó a sí misma.

Ya se había mortificado lo suficiente. Lo hacía a todas horas. Por las noches se despertaba en un mar de sudor y angustia. Los aterradores recuerdos de Bajram y lo que le había hecho habían sido sustituidos por la imagen de Jan tirado sobre la lona mientras Ivan le golpeaba sin cesar.

El pensar en Jan hizo que frunciese la frente, preocupada. No tenía ni idea de qué se iba a encontrar cuando fuese a su casa a hablar con él. Cas la había mantenido al tanto sobre su estado de salud y sobre su continuada negativa a verla. Apretó los labios. ¿Cómo era posible que él fuese tan terco? Se le había metido en la cabeza que no era lo suficientemente bueno para ella, que se merecía algo mejor. ¡Menuda estupidez! Las últimas tres tardes se las había pasado en un internet-café que tenía cerca, investigando todo lo que había en la red sobre la ETC. Había leído informes, artículos de periódicos y diversos blogs... y todos ellos coincidían en una cosa: *no había diagnóstico*.

Durante esos días que se había mantenido alejada de él, había pensado mucho. Le había dado muchas vueltas en la cabeza a todo lo que había sucedido desde que se habían conocido y había llegado a una conclusión: Jan la quería. Todo lo indicaba. Por lo tanto, no iba a permitir que él la echase de su lado. No iba a consentir que él renunciase a vivir por algo que quizá jamás sucediese. O que quizá sucediese en treinta años...

Había planeado una y otra vez en su cabeza cómo se iba a enfrentar a él. Lo que le iba a decir. Incluso había ensayado su discurso un par de veces frente al espejo del baño. Él era testarudo, sí, pero ella estaba muy decidida a salirse con la suya. Si él no podía pensar con claridad, ya lo haría ella por los dos.

Pero ahora que se acercaba el momento de volver a verle, se sentía insegura y asustada. De repente todo eso que se había dicho a sí misma no sonaba tan bien. ¿Y si él la echaba de su casa con cajas destempladas? ¿Y si ni siquiera aceptaba escuchar lo que tenía que decir? ¿Y si...?

¡No!

«Tiene que escucharte. Tiene que escucharte... Solo quieres lo mejor para él. Para ambos...», trató de convencerse.

Se dirigió al baño, la única estancia separada del estudio, consistente en una única habitación que servía de *salón-comedor-dormitorio-cocina*. Se miró en el espejo. No tenía mal aspecto. Quizá estaba un poco pálida, pero el resto era bastante aceptable. Se había cepillado el pelo a conciencia hasta que quedó brillante y sedoso y había elegido otro de los vestidos que Eli había comprado

para ella, uno blanco de tirantes. No tenía maquillaje y, al ver los restos algo amarillentos de los cardenales que todavía quedaban en sus pómulos, deseó haber comprado algo para cubrirlos.

Quería estar guapa. Sí, guapa para él.

La chica del reflejo cogió aire por la nariz y lo expulsó por la boca con lentitud.

Estaba nerviosa.

De vuelta en el salón miró la hora en el móvil. Eran las cuatro de la tarde y el taxi al que había llamado para que la recogiese estaría a punto de llegar. Decidió esperarlo en la calle. Apagó la televisión y abandonó el piso, bajando las escaleras de dos en dos.

El edificio de apartamentos estaba a unos cientos de metros de la playa, en una calle estrecha; aun así, cuando salió al exterior, el brillante azul del cielo y el ligero olor a sal la recibieron. Por un breve instante la nostalgia la invadió al recordar a su bisabuela y todas aquellas veces que habían hablado del mar. Agitó la cabeza para ahuyentar esa tristeza que tomaba el control de su mente cada vez que pensaba en el pasado.

Al final de la calle, un vehículo blanco con una raya roja en el costado doblaba la esquina. Su taxi había llegado.

Se tocó el estómago con las palmas de las manos en un intento desesperado de detener las mariposas que le revoloteaban allí como locas.

¡Iba a verle! ¡Iba a verle!

Jan. Jan. Jan.

Capítulo Treinta y Tres

La estaba esperando.

Su instinto le decía que ella no iba a tardar mucho más en llegar.

Estaba sentado en el último escalón del porche, con los rayos de sol cayendo a plomo sobre él. Tenía una lata de refresco en la mano, que de vez en cuando contemplaba absorto a través de los cristales oscuros de las gafas de sol que llevaba para protegerse de la luz, que a aquella hora de la tarde era demasiado potente para sus maltratadas retinas.

Volvió a fijar la mirada sobre el camino de acceso a su propiedad.

Todavía nada.

Sus padres habían ido a recogerle al hospital y le habían traído a casa hacía ya rato. Rato en el que lo único que había hecho había sido echarla de menos. Desde el mismo momento en que había entrado en la casa, había sentido su presencia en cada rincón, en cada estancia, en cada metro cuadrado... Había recorrido todas las habitaciones buscando algún rastro de ella, algo que quizá hubiese olvidado: una prenda de ropa, una goma del pelo... pero no había nada.

Ella se lo había llevado todo.

Excepto su olor, que seguía flotando en el ambiente.

Era curioso como Oksana, en tan breve espacio de tiempo, había conseguido llenar todos los rincones de su hogar y de su vida, convirtiéndose en alguien imprescindible. Su ausencia dejaba de repente un vacío tan... profundo.

¡Era un gilipollas! Era él el que había decidido que se marchase, el que había optado por no estar con ella, ¿qué cojones hacía ahora buscando su presencia en las habitaciones que él mismo había decidido que estuviesen vacías?

Había abandonado la casa, huyendo, y se había refugiado en el porche, incapaz de enfrentarse a los recuerdos que se agolpaban en su cabeza y que le hacían sentirse miserable, sabiendo que ella iba

a llegar de un momento a otro; tratando de endurecerse por dentro, de prepararse para verla.

Y entonces había sonado su móvil y Cas le había dado la noticia.

Mientras le escuchaba no había dicho nada, se había mantenido en silencio, sin inmutarse. Su capacidad de reacción, aparentemente atrofiada. Pero después de colgar, había enterrado la cara en las manos y se había echado a reír. Una carcajada amarga y cargada de sarcasmo había roto el silencio de la tarde. La ironía de toda aquella situación no se le escapaba. Bajram y su organización habían caído solo ocho días después de que él se hubiese jugado la vida en el puto ring. *Ocho días*. Si solo la justicia hubiera actuado antes...

Volvió a reírse, pero su risa cada vez sonaba más desgana. Terminó por convertirse en un suspiro cansado. «El destino es un verdadero cabrón», pensó, al tiempo que se encogía de hombros. Buscó en su interior, tratando de encontrar alguna emoción diferente al agotamiento, algo quizá parecido al alivio, a la satisfacción o incluso a la rabia, pero no encontró nada, excepto fatiga. Había llegado a un punto en el que todo le daba igual. Bajram, Ivan, su organización de mierda... Todo le parecía insignificante ya...

Todo menos ella.

Hacía calor, y el sol abrasador sobre su cabeza era molesto, pero todo era mejor que volver dentro de aquella casa, a aquel salón donde habían bailado al ritmo de una canción de Elvis, a aquel dormitorio donde habían pasado aquellas horas tan especiales, a la cocina donde la había abrazado por primera vez..., al baño, donde ella le había afeitado la cabeza aquella noche...

Gott!

Cerró los ojos y cogió la lata de refresco. Se la llevó a los labios y la vació de un trago. Después la estrujó entre sus manos con más fuerza de lo necesario. En un pueril arranque de ira la arrojó lejos, como si con ese gesto pudiera arrojar lejos de sí también todos los recuerdos que amenazaban con sofocarle. Vio cómo la lata rebotaba en la tierra seca hasta desaparecer entre los naranjos.

«Muy bien. Ahora vete a por ella», se dijo con cierta resignación.

Agarrándose a la barandilla de madera se incorporó con cuidado. Todavía llevaba el torso vendado y no le habían quitado los puntos

de la esplenectomía. Lo harían en un par de días. No estaba al cien por cien, pero pronto lo estaría. A pesar de que el médico le había advertido de que debía guardar reposo algunos días más, no pensaba meterse en la cama como un anciano. Sabía que para curarse cuanto antes tenía que mantenerse activo.

Bajó los escalones y se dirigió al lugar donde había arrojado la lata. La recogió. Utilizó la mano como visera y volvió a mirar el camino de acceso. Detrás de una pequeña nube de polvo apareció un vehículo. Era un taxi.

¡Dios!

¡Era ella!

El corazón comenzó a latirle furioso.

Por más que lo hubiese sabido y aguardado, no sabía si estaba preparado para verla.

Se dirigió de nuevo al porche y dejó la arrugada lata sobre el escalón superior. Todos sus movimientos parecían controlados y serenos. Nada delataba el torbellino de sentimientos que bullía en su interior.

El taxi se detuvo junto a su Jeep.

Se cruzó de brazos y esperó, aparentemente impasible, a que la puerta trasera se abriese. Al cabo de unos segundos, la ocupante del taxi descendió del mismo. No pudo evitarlo. La devoró con la mirada, dando gracias en silencio a las gafas de sol que ocultaban el ansia que brillaba en sus ojos.

Gott! Sie war so wunderschön!^[68] ¡Era tan hermosa!

Mientras el taxi abandonaba la propiedad por donde había venido, ellos dos se quedaron allí, observándose en silencio, apenas separados por un par de metros de distancia.

Hasta las chicharras habían dejado de cantar.

La recorrió con la mirada, tratando de controlar su desbocado corazón. Sus ojos claros destacaban de una manera casi antinatural sobre la palidez de su tez. No soplaban ni una gota de brisa y su pelo negro le caía sobre los hombros, brillante por el sol. Llevaba un vestido blanco de tirantes y unas zapatillas rosas.

Parecía tan... joven.

Tan inocente...

Demasiado joven e inocente para él.

Tensó los músculos del cuello, buscando en su interior la fuerza necesaria para hacer lo que tenía que hacer. No podía flaquear.

Ella también le observaba con atención. No contaba con la ventaja de las gafas de sol y él pudo leer la miríada de emociones que se reflejaba en sus ojos. Parecía insegura y decidida al mismo tiempo. También mostraba un atisbo de preocupación y algo más... ¿Alegría?

El silencio, que nunca antes entre ellos había resultado incómodo, ahora les separaba, prolongándose en el infinito, y convirtiendo esa veraniega tarde de principios de julio en algo feo y desagradable, pese a la extraordinaria calma que se respiraba y los alegres rayos de sol que iluminaban la escena. La atmósfera se había enrarecido. Ninguno de los dos parecía dispuesto a romper ese mutismo.

—Tienes buen aspecto —murmuró ella al cabo de unos minutos que a Jan le parecieron horas.

Solo escuchar su voz fue un suplicio. ¡Cómo la había echado de menos! Se metió las manos en los bolsillos, porque de repente se dio cuenta de que si no lo hacía estaría tentado de tenderlas hacia ella y quizá abrazarla con fuerza.

—Tú también. —Él no mentía, como había hecho ella.

Sabía que tenía el rostro hecho un desastre. Las operaciones de reconstrucción del pómulo y del suelo orbital no habían dejado cicatrices ya que las placas de metal se las habían colocado a través de la boca y del párpado, pero la hinchazón y los moratones no habían desaparecido y todavía tardarían bastante en hacerlo.

Ella, por el contrario, estaba preciosa. Como una princesa salida de un estúpido cuento de hadas. *Gott!* Le dejaba sin aliento. Su aspecto era glorioso.

Indecisa, dio un par de pasos en su dirección, pero se detuvo.

—¿Te... te encuentras bien?

—Sí, estoy bien —repuso él muy calmado.

—¿Has... has visto las noticias? ¿Sabes...?

Él asintió con gravedad y ella giró la cabeza, mostrándole su perfil.

—Es todo tan injusto —musitó con voz apenas audible. A pesar de que no siguió hablando, él sabía a qué se refería.

—Se ha terminado —dijo, tajante.

Ella volvió a mirarle.

—No sé si algún día voy a poder perdonarme...

Él alzó la mano instándola a callar.

—No digas nada, Oksana. Todo ha terminado. Ya está. Y no tienes nada qué perdonarte. La decisión la tomé yo.

Ella se mordió el labio inferior y no dijo nada más. Miró al suelo y jugueteó distraídamente con un hilo que se había desprendido de la cinturilla de su vestido. Parecía triste. Jan notaba las manos sudorosas dentro de los bolsillos del pantalón. Se preguntó en silencio cuánto tiempo más tendría que soportar la agonía de tenerla cerca y no abrazarla.

«Esto no ha hecho más que empezar», se dijo, apesadumbrado.

El silencio volvió a llenar la distancia que los separaba, que cada vez se hacía más grande.

—¿Por qué no querías verme? —preguntó ella al fin, alzando la vista.

Ahora fue él el que se fijó en el suelo, incapaz de aguantar esos ojos inquisitivos. El momento de la verdad había llegado.

—¿Quieres que entremos y lo hablemos dentro?

Ella le miró. Terminó por asentir.

Jan se dio la vuelta y se dirigió hacia la casa, sin esperar a ver si ella le seguía. Una vez dentro se quitó las gafas de sol y las dejó sobre la mesa. Escuchó la puerta cerrarse a su espalda. Vaciló apenas un instante antes de girarse y mirarla. Vio la angustia reflejada en sus facciones en el instante en que ella se percató del aspecto de su ojo. Estaba hinchado e inyectado en sangre. No tenía buena pinta.

—Tu ojo... —Se acercó a él con la preocupación brillando en la mirada y una mano levantada.

Él se apartó antes de que ella pudiera siquiera rozarle. No porque temiera que le hiciese daño; lo que temía era sentir la suavidad de su mano y sucumbir a su caricia. No le pasó por alto el dolor que mostró su rostro ante su rechazo, pero se mantuvo firme.

—Estoy bien —volvió a repetir con sequedad.

Ella le lanzó una mirada dolida antes de girarse y darle la espalda.

—¿Por qué no querías verme? —preguntó de nuevo. Todo su cuerpo mostraba tensión.

—Creo... No —dijo con más firmeza—. Estoy seguro de que es mejor para ambos que cada uno siga su camino.

—Sabía que ibas a decir algo así —susurró ella—. Pero quiero saber por qué. ¿Qué es lo que se te ha metido en la cabeza para pensar eso?

Jan titubeó. De repente todos los argumentos que habían sonado tan bien en su mente le resultaban incoherentes y sin sentido.

—Oksana, ya no me necesitas. Ya eres libre...

—¿Y quién ha dicho que yo quiero estar contigo porque te necesite? —Se dio la vuelta y se encaró con él. De pronto, una chispa desafiante había aparecido en sus ojos.

—Tienes veinte años y toda la vida por delante, joder.

—¿Y qué tiene eso que ver con... que tú no me quieras a tu lado? —Seguía erguida y mostrando signos de enfado, pero la voz había comenzado a temblarle.

Jan apretó los dientes y apartó la mirada.

—No pienso condenarte a vivir con un enfermo —dijo de manera rotunda.

Ella gimió al escuchar aquello.

—*Durak!*^[69] Pero ¿tú te oyes? —exclamó con aflicción—. ¡No estás enfermo! Te recuperarás.

—Sabes que no me refiero a lo que me pasa ahora —repuso él. No la miraba pero era más que consciente de su presencia.

—Ya sé a qué te refieres —dijo ella muy excitada, elevando el tono—. Lo sé muy bien. Llevo días investigando sobre esa *enfermedad* que quizá no tengas. —Se acercó y se plantó a solo un paso de distancia, obligándole a mirarla—. Llevo días leyendo todo lo que ha caído en mis manos sobre la encefalopatía, Jan, así que sé perfectamente a qué te refieres. También sé lo que le pasó a tu entrenador... —añadió, hablando atropelladamente y asintiendo con vehemencia—. Y eso que temes... es probable que jamás suceda. Tus dolores de cabeza quizá se deban a otra cosa... —Le miraba irradiando confianza, y por un breve instante él estuvo a punto de hundirse en esos ojos, de dejarse convencer por su optimismo...

—No pienso correr ese riesgo —dijo entre dientes, apartando la mirada y rompiendo la conexión.

Ella no se arredró.

—Algunos riesgos merece la pena correrlos —musitó, apoyando la mano sobre su antebrazo. Sus dedos le abarcaron la piel.

—Quizá... pero tú te mereces algo mejor. —A pesar de que la voz le salía calmada y su mirada era serena, todo su interior estaba en llamas.

—Yo soy la que tiene que decidir eso.

—En este caso no —repuso, obstinado.

Oksana dejó escapar un pequeño grito de frustración y se echó hacia atrás, llevándose el ardor de su caricia con ella.

—¡Ni se te ocurra decidir por mí! —exclamó—. Soy muy capaz de tomar mis propias decisiones.

Jan no dijo nada. Apretó los labios en una fina línea y la miró, imperturbable. Trató de no dejarse influir por las emociones que se reflejaban en su rostro. Ella había fruncido el ceño y respiraba con rapidez. Pronto su furia dio paso a la desesperación y se acercó a él de nuevo. No intentó tocarle, pero pudo sentir el calor de su cuerpo a solo unos centímetros de distancia. Tuvo que controlarse para no alargar la mano y apartarle un mechón de pelo de la cara.

—Jan, no me alejes de tu lado... —Sus palabras, casi suspiradas, tenían un leve tono de súplica.

—Oksana —trató de razonar con ella—, ahora quizá no lo veas, pero lo que te he dicho antes es cierto. No quiero hacerte cargar conmigo.

—Pero... —protestó ella negando con la cabeza.

—No —la interrumpió—. No quiero que dentro de un tiempo, cuando... yo... —vaciló, tratando de encontrar las palabras adecuadas—, ya no sea el mismo hombre que tú conoces... —Hizo una pausa y apartó la mirada—. No quiero que te arrepientas de tu decisión. Es lo mejor, Oksana, ¿no lo ves? Es mejor para ambos. Es mejor para ti.

—¡Tú no sabes lo que es mejor para mí! —sollozó mirándole con fijeza—. Prefiero una hora contigo a toda una vida con otro... —se le quebró la voz.

Jan sintió cómo el corazón se le hacía pedazos. Cerró los ojos. ¡No podía mirarla! ¡No podía verla así!

—No sabes lo que dices —masculló, tenso.

—¡No! —gimió—. ¡Él que no sabe lo que dice eres tú! —El llanto sonaba en su voz y él permaneció con los ojos cerrados, incapaz de abrirlos y verla sufrir—. ¡Eres un cobarde! Estás dispuesto a tirarlo todo por la borda por un *quizá*...

No respondió. No creía que pudiera hacerlo. No se sentía capaz de formar palabras. El simple hecho de respirar le parecía difícil.

Entonces ella le abrazó por el talle y enterró la cara en su pecho. Los sollozos sacudían su cuerpo. Él se quedó allí, de pie, con los puños apretados a los costados y el alma desgarrada.

—No me alejes de tu lado. Por favor... —suplicó—. Nadie te va a querer como yo, Jan. Por favor, por favor... Déjame quererte.

—Oksana... —comenzó él angustiado—, conocerás a un hombre maravilloso y me olvidarás. —Según las palabras iban saliendo de su boca, se dio cuenta de que toda la frase sonaba vacía.

—¡Jamás! —Se revolvió ella contra él—. Pero ¿no te das cuenta de que solo te quiero a ti? ¿No lo ves? ¡Jan! ¡No puedes hacerme esto! ¡No puedes *hacernos* esto! —Totalmente desesperada, comenzó a tirarle de la camiseta, aferrándose a él.

—Es... es lo mejor —musitó. Apenas le salía la voz.

—¿Lo mejor? —gritó ella levantando la cabeza. Le cogió la cara con las dos manos y le forzó a inclinarse y a mirarla. Lo hizo, finalmente. El dolor que vio reflejado en su semblante empapado por las lágrimas le cortó la respiración—. ¿Lo mejor? —balbuceó—. Dime para quién es lo mejor, porque a mí me estás destrozando por dentro... —exclamó—. ¿Por qué permitiste que me enamorase de ti? ¿Por qué? ¿Por qué me trataste tan bien? —se le rompió la voz—. Si luego me ibas a dejar... ¿Por qué? —La última pregunta fue apenas un suspiro.

Se sintió el hombre más miserable del mundo. Toda su determinación tambaleaba y se resquebrajaba. Siguió mirándola, tratando de contener las emociones que le desbordaban y que el calor de sus manos sobre sus mejillas solo había conseguido incrementar.

—¡No puedes hacernos esto! —volvió a repetir, y comenzó a golpearle el hombro con los puños, atormentada por su falta de respuesta.

Él trató de seguir impasible, pero le estaba costando un mundo. Un pequeño músculo en su mandíbula comenzó a temblar.

—¡No, no, no! —Ella siguió golpeándole, sin fuerza. Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas.

Jan alzó la vista al techo, notando un sospechoso ardor en los ojos. ¡No podía soportar aquello! ¡Era demasiado! *Gott!* No podía ver a la mujer a la que amaba sufriendo de aquella manera.

Entonces ella se dejó caer al suelo de rodillas y enterró la cara en las manos.

—¿Quieres que te suplique? Pues te suplico —murmuró entre sollozos—. No tengo orgullo cuando se trata de ti...

No pudo resistirlo más. Se arrodilló frente a ella y le alzó el rostro surcado de lágrimas con las manos. La contempló unos instantes, sumergiéndose en las profundidades de sus ojos, que le observaban llenos de dolor.

—¡Oksana! —gimió.

—Tú me quieres, Jan —susurró ella con un hilo de voz.

—¡Pues claro que te quiero, joder! —gruñó él, y la abrazó frenéticamente con más fuerza de la necesaria, ignorando el dolor de sus magulladas costillas—. Pues claro que te quiero. Me muero por ti... —dijo, enterrando la cara en su pelo y aspirando hondo—. No hay nada que no haría por ti. Por eso tengo que dejarte ir... —Ahora su voz también se quebró.

Ella se agarró a su cuello con desespero, como si supiese que aquella iba a ser la última vez que se abrazasen.

—*Ya tebya lyublyu*^[70], Jan. *Ya tebya lyublyu* —comenzó a susurrarle al oído con urgencia. Y él, a pesar de no entenderla, supo exactamente lo que significaban aquellas palabras.

—*Ich liebe Dich*^[71] —correspondió en voz baja—. *Du bist mein Leben*^[72], Oksana...

Después de aquello ninguno de los dos dijo nada más. Ella siguió sollozando en sus brazos y él siguió abrazándola como si le fuera la vida en ello. Transcurrieron los segundos, los minutos... y todo lo que no fuesen ellos desapareció. Le acarició la espalda y se

deleitó con la suavidad de su piel. No sabía cómo iba a poder vivir sin ella, sin volver a abrazarla, sin volver a sentir su cuerpo contra el suyo, sin volver a escuchar su voz, sin poder estrecharla entre sus brazos y susurrarle al oído lo que sentía por ella.

¡Dios!

No lo sabía.

No obstante, pasase lo que pasase con él, en ese instante y mientras la abrazaba, arrodillado frente a ella, se prometió a sí mismo que él se iba a encargar de que ella tuviera una vida plena y maravillosa. Aunque tuviese que mover hilos en la sombra, él se iba a ocupar de que a ella no le faltara de nada. De que fuese feliz...

Poco a poco su llanto fue apagándose, trayéndole recuerdos de todas aquellas noches en las que se había despertado en medio de una pesadilla y él la había acunado hasta que había dejado de llorar. ¡Qué lejano le parecía todo aquello! ¡Cuántas cosas habían sucedido!

Se retiró unos centímetros y la miró. Le brillaban los ojos por las lágrimas que todavía se encontraban en ellos y sus labios temblaban. No pudo contenerse... Tenía que hacerlo... Inclino la cabeza y la besó. Dejó que la suavidad y la dulzura del que quizá fuese su último beso le penetrasen hasta los huesos. Se sumergió en ella, llenándose de su sabor, de su olor... de su ser... La sujetó con firmeza por la cintura y la pegó más a él. Después abandonó su boca para beberse sus lágrimas, secándolas con sus labios. Sentía el corazón a punto de estallar.

«¿Qué cojones estás haciendo, Jan?», se recriminó en silencio.

Se apartó con lentitud y apoyó la frente contra la de ella. Ambos jadeaban y sus alientos se mezclaron. Permanecieron así unos instantes, estrechamente abrazados.

—Es el fin... ¿verdad? —inquirió ella al cabo de unos segundos.

El alzó la cara y la miró. Una expresión resignada se mostraba en sus facciones. No respondió, pero sabía que ella podía leer la verdad en su rostro.

Ella bajó los brazos y le soltó. Se secó las mejillas con el dorso de las manos y después se incorporó. Se alejó unos pasos, quizá tratando de recuperar la compostura, quizá simplemente porque el dolor era más grande a su lado.

Él también se levantó con cuidado, tratando de esconder la mueca de dolor que transformó su cara. Pero ella se dio cuenta. Le miró, mordiéndose el labio inferior, sin acercarse.

—Voy a llamar a tu hermano para que venga a buscarme —dijo con mucha calma. Tenía los ojos hinchados y enrojecidos, pero ya no lloraba. Se mostraba extrañamente serena, como si hubiese aceptado que él hubiera decidido por ambos.

—Yo puedo...

—No puedes. No deberías conducir —le interrumpió. Y antes de que pudiese protestar, se sacó el móvil del bolsillo y se dirigió a la ventana.

La contempló alejarse. El nudo que se había formado en su garganta hacía rato, seguía allí, recordándole que quizá fuese cuestión de minutos que su propia angustia le ahogase. El sol que entraba por el cristal le mostró su esbelto cuerpo al trasluz..., esas suaves curvas que nunca más iba a poder llamar suyas... Se odió por ser débil, por haberse enamorado de una mujer extraordinaria y haber hecho que ella se enamorase de él, sabiendo que no podía conservarla.

—En veinte minutos estará aquí —susurró ella, dándose la vuelta. Ni siquiera se había dado cuenta de que había hablado por teléfono—. Voy a esperarle fuera —dijo, encaminándose a la puerta. La abrió y salió al exterior.

Él la siguió; solo se detuvo a coger las gafas de sol. Abandonó la vivienda, reuniéndose con ella, que había apoyado las manos en la barandilla y contemplaba los naranjos. Se situó a su lado. Un tenso silencio, como el que había reinado entre ellos cuando ella había descendido del taxi, los envolvió de nuevo. No había mucho más que pudiesen decirse, en realidad, y al mismo tiempo había tantas cosas que se quedaban sin hablar..., tantas palabras, tantos sentimientos que iban a morir sin ser escuchados...

Jan bajó la mirada y la posó sobre las manos de ambos, apoyadas sobre el listón de madera, apenas separadas por unos milímetros. Solo hubiese tenido que desplazar la suya una ínfima distancia hacia la izquierda para que sus dedos se rozasen. Pero ¿para qué? ¿Por qué seguir prolongando la agonía? Había decidido renunciar a ella para que pudiera ser feliz... así que ¿de qué

demonios iba a servir seguir jugando al «ni contigo ni sin ti»? Controló su impulso y clavó la mirada en los árboles, como ella hacía. Al otro lado del naranjal, detrás del montículo de tierra, estaba el campo de lavanda. Se preguntó si ella también estaría pensando en aquel día...

—Me gustaría poder decirte que te entiendo. Que entiendo por qué has tomado esta decisión que nos está destruyendo a los dos... —habló ella de repente, sobresaltándole—. Pero no lo hago. No te entiendo.

Él no respondió. Se encontraba en un punto en que ni él mismo se entendía.

Pasaron varios minutos y las ganas de abrazarla y de pedirle que no se fuera crecieron en su interior. Notó cómo se le aceleraba la respiración y le sudaban las manos. A pesar de que se mantenía en silencio, su presencia a su lado era abrumadora. Una ligera brisa le agitó el cabello y le trajo el aroma de su champú. Era el mismo que había usado antes... ¡Qué recuerdos! Apretó la barandilla hasta que los nudillos se le pusieron blancos, tratando de controlar cualquier necia tentación que pudiera hacerle flaquear.

El ruido del motor de un vehículo le pilló por sorpresa. ¿Ya? ¿Ya habían pasado los veinte minutos? ¿Ya se marchaba? Sintió cómo le aumentaba la opresión en el pecho. Crecía y crecía y amenazaba con ahogarle...

¡Oksana se marchaba!

Se giró y la miró. Su imagen de perfil, oscurecida por los cristales de las gafas de sol, se le quedó grabada para siempre en el cerebro. La almacenó junto a todas las otras que ya formaban parte de su álbum de recuerdos mental de Oksana.

—Nunca nadie te va a querer como yo —murmuró ella. La derrota era patente en sus palabras.

—Lo sé —consiguió decir él con voz ronca.

De reojo vio que el Navara de Cas se detenía frente a ellos.

Ella no volvió a mirarle. Se dio la vuelta y descendió los cuatro escalones del porche con rapidez.

Jan se percató de que su hermano le contemplaba con hosquedad desde el otro lado del cristal del parabrisas. Le ignoró. Francamente solo tenía ojos para Oksana.

—Te vas a arrepentir de esto, Jan —dijo ella con tristeza, antes de abrir la puerta del coche—. Te vas a arrepentir de haberme dejado marchar... —le temblaba la voz, de nuevo.

Después subió al vehículo y se sentó en el asiento del pasajero. Apartó la vista, como si el hecho de seguir mirándole fuese demasiado para ella.

—Ya me estoy arrepintiéndome —gimió él entre dientes.

No pudo dejar de mirarla mientras Cas maniobraba y giraba el vehículo. Contempló su pálido perfil, su melena negra cayéndole sobre el hombro, la curva de su mandíbula... Luego el Navara se alejó, llevándosela de su propiedad, de su vista, y de su vida... Y finalmente desapareció detrás de los árboles. Fue entonces cuando se quitó las gafas de sol, las arrojó al suelo y un bramido surgió de lo más profundo de su interior.

—*Was habe Ich getan?*^[73] —rugió—. *¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?* —Y mientras se repetía esa pregunta una y otra vez, paseando como un animal enjaulado por su porche, se llevó las manos a la cara y descubrió que estaba húmeda. Se miró los dedos sorprendido.

Gott!

¡Él, Jan «Eismann» Landvik, llorando como un crío!

Diario de Oksana Novalnyova
24 de septiembre – Barcelona (España)

No puedo parar de llorar. Tengo la sensación de llevar horas derramando lágrimas. Lorena ha venido esta mañana y nuestros temores se han visto confirmados. No venía sola. Ha venido con un hombre de mediana edad. Se ha presentado como Bajram Sejdiu y aunque su ruso es excelente, no es ruso. Nos ha dicho que a partir de ahora trabajamos para él, hasta que le paguemos la deuda de lo que le ha costado nuestro viaje. Dice que le debemos los pasajes de avión y los sobornos que ha pagado para conseguirnos los visados.

Las cantidades que dice que le debemos son ridículas. Nada cuesta tanto dinero.

Quiere que nos prostituyamos.

Cuando hemos empezado a llorar se ha enfadado. Es frío como el hielo. Uno de los rusos ha cogido a Marina por el pelo y la ha abofeteado. ¡Ha sido horrible! Nos hemos callado.

Pero... pero lo peor ha venido después.

Bajram Sejdiu se ha acercado a mí y me ha inspeccionado la cara. Yo no quería mirarle. Sus ojos son marrones y fríos y te miran como si todo le diese igual. No sé por qué, pero creo que siente interés por mí. ¡He odiado que me toque!

Lorena dice que mañana vienen a buscarnos y que nos van a trasladar a otro sitio. No sabemos dónde. Después se han ido y nos han dejado solas. Esta noche hemos dormido todas juntas en la misma habitación. Tenemos miedo.

Quizá esto sea lo último que pueda volver a escribir en este diario. No sé si podré conservarlo.

¡Dios! ¡Por favor! ¡Ayúdanos!

Capítulo Treinta y Cuatro

Cuatro meses después

Se había cortado el pelo. Su larga melena negra había desaparecido, ahora apenas le rozaba los hombros. Se movía por entre las mesas con una bandeja llena de vasos y una sonrisa deslumbrante en la cara. A pesar de ser noviembre y de que ya era de noche, no hacía frío, y solo llevaba unos vaqueros y una camiseta de manga corta, ambos negros, lo que hacía que su piel blanca resaltase todavía más.

Estaba simplemente preciosa.

Su risa, alegre y melódica, provocada por algo que le había dicho un cliente, llegó hasta él. Entornó los ojos, molesto. Sabía que no tenía ningún derecho, pero por un breve instante había deseado que esa risa fuese para él y no para el turista bronceado que la miraba con manifiesta admiración mientras se alejaba hacia el interior del local.

«¡Qué cretino eres!», se reprendió meneando la cabeza. Y todavía más cretino por estar allí, al amparo de la sombra de un edificio, contemplándola a distancia, bebiéndose su imagen como un náufrago sediento.

Sí. Era un verdadero imbécil.

No era la primera vez que se acercaba a la playa y que la observaba. Lo hacía todos los miércoles. A pesar de que su hermano Cas le mantenía informado, había necesitado ver con sus propios ojos que de verdad se encontraba bien.

Y sí. Se encontraba perfectamente.

Tenía un aspecto maravilloso. Nada en esa chica recordaba a la que él se había encontrado en la carretera meses atrás. Nada.

Se había matriculado en la universidad en el Grado de Educación Primaria. Iba a clases por las mañanas y trabajaba en el *Crazy Coconut* por las tardes. Se había sacado el carnet de

conducir y se había comprado un pequeño coche de segunda mano... Estaba rehaciendo su vida y parecía feliz.

Volvió a salir del local con la bandeja llena de consumiciones, y Jan no pudo evitar que sus ojos siguiesen todos y cada uno de sus movimientos. Se movía de una manera tan fluida, tan sugestiva..., contoneando las caderas ligeramente, sin ser provocativa, pero siéndolo sin duda. Con la espalda erguida..., echando hacia atrás la melena con una breve sacudida de la cabeza.

¡Cómo la echaba de menos!

Había llegado a depender de aquellas visitas a escondidas como un drogadicto dependía del siguiente chute. Se pasaba la semana esperando a que llegase el miércoles, el día que ella hacía el último turno. Se apostaba junto al edificio contiguo al de Cas y la observaba durante largo rato hasta que abandonaba el local y se dirigía a su apartamento, andando. Él la seguía a distancia. Se había convencido de que lo hacía porque no deseaba que le sucediese nada, porque a esas horas de la noche las calles por las que tenía que pasar estaban muy oscuras y quizá necesitase su ayuda... Sí, se había inventado mil excusas por las que hacía aquello, cuando en realidad solo había un motivo por el que la seguía todos los miércoles a casa: no sabía estar sin ella.

Volvió a desaparecer dentro del local y él se sacó el móvil del bolsillo y miró la hora. Su turno estaba a punto de acabar. Y en efecto, al cabo de solo un par de minutos apareció con una mochila a la espalda. Diciendo adiós con la mano se despidió de sus compañeros y echó a andar con ligereza, alejándose del restaurante.

Abandonó las sombras del edificio y la siguió.

Mientras andaba tras ella se iba diciendo que esa era la última vez que hacía aquello, que no iba a volver los miércoles al *Crazy Coconut*. Oksana no necesitaba un fantasma siguiéndole los pasos para protegerla. No *le* necesitaba. Había demostrado ser una mujer fuerte, resiliente, capaz de valerse por sí misma y de superar cualquier obstáculo... La admiraba... No le necesitaba para nada.

No. El próximo miércoles no volvería...

Mentira.

Regresaría y lo sabía.

Iban alejándose de las calles más concurridas, y ella apretó el paso. Atravesó un pequeño parque solitario, pero bien iluminado. Jan se camufló detrás de los árboles, temiendo ser descubierto, a pesar de ir vestido de negro de los pies a la cabeza. No le pasó desapercibido lo ridículo de aquella situación. Parecía un violador siguiendo a su presa, pensó con cinismo. Ella se detuvo debajo de una farola a atarse el cordón de la zapatilla y su perfil se dibujó a la perfección contra la negrura de la noche.

¿Cómo narices podía ser tan hermosa?

De pronto ella se dio la vuelta y oteó la oscuridad, mirando el punto exacto donde él se encontraba. Contuvo la respiración y se ocultó detrás de uno de los gruesos troncos. Al cabo de solo unos instantes ella se irguió y abandonó el parquecito a toda prisa. Él esperó unos segundos para abandonar su escondite y seguirla. Lo hizo con el corazón acelerado. ¡Había estado a punto de descubrirle! No se atrevió a acercarse mucho más. Manteniendo una distancia prudencial observó cómo entraba en la calle estrecha donde estaba su edificio de apartamentos. Poco después accedía a su portal.

Ya. Ya había cumplido con su absurda misión de los miércoles.

Desanduvo lo andado y en el mismo parque se sentó en un banco y, contemplando los solitarios columpios, meditó sobre su situación. Las cosas no podían seguir así. Tenía que mover ficha. O bien pasaba página o bien se lanzaba de cabeza a la piscina. Pero seguir en ese limbo que le estaba dejando destrozado y exhausto... no.

La melodía de su móvil rompió el silencio de la noche. Miró la pantalla. Cas.

—Dime —respondió.

—Oye, Jan, ¿no estarás por aquí cerca, por la playa? —La voz de su hermano sonaba inquisitiva.

—Eh... sí... ¿por? —repuso algo dubitativo.

—¿Nos tomamos algo en el *Western Ribs*?

Vaciló, llevándose la mano a la frente.

—Bien —dijo, escueto.

—Te espero.

Y colgó.

Se guardó el móvil en el bolsillo y se incorporó con lentitud. ¿Qué narices querría ahora su hermano? Llevaba cuatro meses comportándose con él como una madre preocupada, llamándole a todas horas e insistiéndole para que consultase con otro neurólogo y pidiese una segunda opinión. Lo había hecho, aunque no le había dicho nada a Cas. Hacía un par de semanas se había escapado a Madrid un par de días, a una clínica privada, a que le hicieran nuevas pruebas y a hablar sobre su condición con un reputado especialista. Estaba esperando los resultados.

En solo unos minutos se hallaba frente a la puerta del *Western Ribs*. Dado que era temporada baja el local estaba casi desierto; solo un par de mesas se encontraban ocupadas. Una de ellas por su propio hermano, que le hizo un gesto con la mano cuando le vio entrar.

—¡Qué buen aspecto tienes! —exclamó.

Jan alzó la mirada al techo, divertido a su pesar.

—Me viste ayer.

—Sí, pero tu aspecto mejora día a día —repuso Cas con una sonrisa de oreja a oreja.

Quizá día a día no, pero era cierto que apenas le habían quedado secuelas de la pelea. Se cuidaba más que antes por lo del bazo, pero el ojo y el pómulo le habían sanado a la perfección y nada hacía sospechar lo aparatoso de la rotura. Todavía tenía dolores y debía seguir ciertas indicaciones médicas, pero se encontraba muy bien.

La camarera se acercó a ellos a tomarles nota y, a pesar de que no lo habían planeado, terminaron pidiendo hamburguesas con patatas, como hacían siempre que iban allí. Cas pidió una cerveza y Jan un refresco.

Hubo un silencio no demasiado irritante. La relación entre ellos, que se había deteriorado bastante durante el último año, había vuelto a restablecerse y todo iba retornando a la normalidad... Casi todo. Cas seguía reprochándole algunas decisiones que había tomado.

—¿Estabas siguiendo a Oksana? —le preguntó a bocajarro.

—*Scheisse!* —exclamó sin poder evitarlo, llevándose la mano a la cabeza. No había vuelto a afeitársela y le había crecido el pelo un

par de centímetros—. ¿Qué sabes? —preguntó a la defensiva, clavando la mirada en los ojos entornados de su hermano.

—Sé que Oksana me acaba de llamar, acojonada, porque creía que alguien la estaba siguiendo. Y dice que no es la primera vez.

Verdammt!

—Joder, Jan, no puedes hacer esas cosas... —Cas se interrumpió al ver acercarse a la camarera con sus consumiciones. Esperó a que ella se marchase para continuar—. Haz el favor de tener un par de huevos, y habla con ella. Han pasado cuatro meses y has sido incapaz de pasar página. Estás obsesionado.

Jan guardó silencio y miró a su hermano con expresión sombría.

—No puedes seguirla en la oscuridad de la noche como un perverso. —Sonrió con cierta ironía.

Jan endureció la mandíbula. Se llevó el vaso de refresco a los labios y dio un trago.

—¿No vas a decir nada?

—¿Y qué quieres que diga? —terminó por preguntar con fatiga—. ¿Que la sigo porque me preocupa su seguridad? ¿Que no quiero que se vaya a casa sola por la noche? —resopló—. Bah, sabes que no es verdad y yo también. La sigo porque... porque... *Fuck!* ¡Yo qué sé por qué la sigo! —Se encogió de hombros.

—Pues para mí está más claro que el agua. La sigues porque eres gilipollas, sin duda. Si no fueses tan terco y fueras más inteligente, estaría en tu vida y no tendrías que seguirla como un estúpido. La llevarías de la mano, a tu lado.

—Hablas como un poeta —repuso con sarcasmo.

—Soy un poeta —dijo, levantando su cerveza—. Y si fueses más como yo y menos como tú, mejor te iría. Y por cierto, ¿a qué fuiste a Madrid?

Jan cerró los ojos. Le resultaba imposible enfadarse con su hermano a pesar de que fuese un entrometido y le cuestionase todas sus decisiones. Él mismo había empezado a cuestionárselas.

—¿Cómo sabes que estuve en Madrid?

—Me lo dijo Tita.

—*Verdammt!*

—Tampoco era un secreto, ¿no?

—No. —Dio un trago a su bebida antes de mirar a su hermano fijamente a los ojos—. Fui a ver a un especialista. A un neurólogo.

La sonrisa que había mostrado Cas hasta ese momento desapareció y fue sustituida por una expresión de ansiedad.

—¿Y?

—Me han hecho nuevas pruebas.

—¿Y?

—Todavía no tengo los resultados. Al menos mis dolores de cabeza han remitido.

—Eso es bueno, ¿no? —La excitación se filtró en su voz.

—Tanto como bueno... Digamos que no es malo... Ya veremos...

Jan no quería ilusionarse demasiado, aunque desde que sus jaquecas eran menos frecuentes no podía evitar sentirse algo optimista.

La camarera llegó con su cena. Comenzaron a comer en silencio, sumergidos en sus pensamientos.

—¿Está... está bien? —preguntó al fin. No tuvo que especificar mucho, ambos sabían a quién se refería.

—Está bien —dijo Cas—. Bastante bien para haber pasado por tanto, y después de que un capullo le rompiera el corazón.

Jan no dijo nada. Era un tema sobre el que ya habían hablado largo y tendido y que Cas se empeñaba en sacar cada vez que se veían. Bajó la mirada y se concentró en su hamburguesa.

—Por cierto, este fin de semana vienen el hermano de Eli y sus amigas de Madrid. Hemos planeado ir a comer al *Crazy Coconut*. ¿Podemos contar contigo?

—No me presiones, Cas.

—En algún momento tendrás que dar la cara.

—No quiero verla.

—¡No me jodas! Si te escondes detrás de los árboles para verla... —Dejó escapar una risotada—. Lo que no quieres es que te vea, que es diferente.

—Lo que sea —farfulló.

En ese momento comenzó a sonar su teléfono.

—*Fuck!* ¿Desde cuándo llevas a Elvis en el móvil? ¿Ya te has cansado de tu musiquita irlandesa? —Cas arqueó la ceja, mirándole con curiosidad.

Jan, quizá por primera vez en su vida, estuvo a punto de sonrojarse. Se apresuró a sacarse el aparato del bolsillo y vio en la pantalla que era Tita. Colgó. Ya la llamaría luego.

—No sabía qué te gustase Elvis, y menos esa canción tan romántica —insistió Cas, entornando los ojos.

—A lo mejor no me conoces tan bien como piensas —repuso con sequedad. Se sentía violento.

Su hermano no volvió a insistir.

Terminaron hablando de Bajram. Seguía en prisión sin fianza, al igual que varios de sus hombres, entre ellos Ivan y Yuri. Roman había desaparecido sin dejar rastro. Jaime Llorens les mantenía informados sobre el caso. Cuatro de las chicas, además de la propia Oksana, estaban dispuestas a testificar. El resto había vuelto a sus países, pero las que se habían quedado se hallaban en un centro de acogida. Oksana había retomado el contacto con ellas, le dijo Cas.

Jan envidiaba a su hermano la relación que mantenía con ella. Se habían convertido en amigos. Tanto Eli como él la trataban como si fuera una más del grupo, la invitaban a su casa, le resolvían cualquier problema que pudiera tener..., estaban ahí para ella. Él sabía que la apreciaban, que no lo hacían solo porque él se lo hubiera pedido. Les debía mucho.

—Sé que te lo he dicho mil veces ya, pero te lo vuelvo a decir..., muchas gracias por ocuparte de ella.

—¡No me vengas con esas! No hay nada que agradecer, joder. Aunque no nos hubieras pedido que le echásemos un cable, lo habríamos hecho. Oksana es una chica estupenda.

Jan asintió con gravedad.

—Algún día tendrá que saber que eres tú el que está haciendo todo eso por ella, Jan. —Cas le miró con insistencia—. No quiero seguir mintiendo.

—¡No! No quiero que se entere —dijo entre dientes.

—Ella tiene muchas preguntas, y Eli y yo ya no sabemos qué decirle.

—No le digáis nada.

—Las cosas no funcionan de esa manera. Somos amigos. No podemos seguir ocultándole algo así.

Jan agarró el vaso con fuerza. Sabía que su hermano tenía razón, y quizá era estúpido tratar de ocultarle que era él el que lo estaba orquestando todo, pero no estaba preparado para que lo supiera. La conocía. Sabía que en cuanto se enterase iría a buscarle, a pedirle explicaciones. Y no estaba seguro de poder resistirse si volvía a tenerla delante y ella le repetía de nuevo la mínima parte de lo que le había dicho hacía meses en su casa.

Aunque, en el fondo, lo que verdaderamente temía era que ella no reaccionase de aquella manera, que hubiese pasado página, que le hubiera olvidado... Si así fuese se sentiría... ¿dolido? Tenía pánico a descubrir la verdad.

¡Qué hipócrita era! Allí estaba como el perro del hortelano, sin querer estar con ella pero no queriendo que ella le olvidase. *Gott!* ¡Qué necio!

Finalmente no pudo resistirlo.

—Alguna vez... ¿habla de mí? —preguntó con voz ronca y brusca.

Cas, que había estado a punto de llevarse la botella de cerveza a la boca, la depositó sobre la mesa. Después se echó hacia atrás en el asiento y se cruzó de brazos, mirándole con fijeza.

Se sintió como un imbécil bajo el escrutinio de su mirada. Ya era tarde, no obstante, para retirar la pregunta.

—Mira, no sé si tendrás ETC, pero desde luego algún golpe en la cabeza te ha dejado verdaderamente idiota —repuso Cas sin ningún miramiento, algo que Jan agradeció. La sinceridad de su hermano siempre era bienvenida—. Ella nunca habla de ti, ¿sabes? Tampoco es de extrañar teniendo en cuenta que te portaste como un verdadero cabrón.

Jan cerró los puños un instante mientras le sostenía la mirada a su hermano. Permanecía impasible, pero en el fondo se sentía como si tuviera un caballo encabritado dentro, pugnando por romperle el pecho a coces.

—Nunca habla de ti, pero eso no significa que te haya olvidado —continuó con menos acritud—. Hasta un ciego podría ver cómo le brillan los ojos cuando mencionamos tu nombre. —Soltó una risa—. Ok, sé que eso ha sonado absurdo, pero es cierto. Oksana te quiere y nadie...

Esa vez fue el móvil de Cas el que sonó, interrumpiendo lo que iba a decir. Se lo sacó del bolsillo y sin apenas mirar la pantalla descolgó.

—Dime, *Prinzessin*.

—...

—Sin problema. Voy para allá.

Y colgó.

—Elisa me necesita. Acaba de llegar a casa de pasear a los perros y no puede entrar. Se ha dejado las llaves.

Jan le hizo un gesto con la mano.

—Vete. Ya hablaremos.

—Piénsate lo de la comida del sábado —dijo Cas, sacándose un billete del bolsillo y tirándolo sobre la mesa—. Y deja de acosar a Oksana por las noches como un vulgar violador —añadió en tono jocoso antes de marcharse.

Jan le siguió con la mirada hasta que abandonó el local. Juguetó con el posavasos haciéndolo girar como una peonza sobre la mesa. Siguió los movimientos circulares con los ojos mientras pensaba en lo que le había dicho su hermano:

...Hasta un ciego podría darse cuenta de cómo le brillan los ojos cuando mencionamos tu nombre... Oksana te quiere...

Estrujó el posavasos de cartón en la mano.

Por supuesto que no pensaba ir a la comida del sábado. No estaba preparado para enfrentarse a ella. De ninguna manera.

Su móvil volvió a sonar con la ridícula canción de Elvis. Era Tita de nuevo.

—Dime.

—Solo quería avisarte de que mañana te toca abrir a ti. Por si se te había olvidado. Yo llego más tarde.

—Sí, sí. No se me había olvidado.

—Pues eso. Adiós, jefe.

Jan colgó. Miró el aparato con fijeza durante unos segundos. Accedió a los *Ajustes* y buscó en *Sonidos*; en las *Melodías para llamadas entrantes* se detuvo. La canción de The O'Connor Celtic Band aparecía justo debajo de la de Elvis. Acercó el dedo índice al archivo de su antigua melodía y lo pulsó. El mensaje de *¿Desea*

cambiar su actual melodía para llamadas entrantes? apareció en la pantalla. Se acarició el mentón con suavidad.

Pulsó *No*.

«Eres un estúpido sentimental», pensó, mientras se guardaba el móvil en el bolsillo.

Capítulo Treinta y Cinco

El nudo que llevaba sintiendo toda la mañana en el estómago se disolvió cuando los vio llegar al restaurante. La primera en entrar fue Eli, con otras dos chicas y un hombre. Detrás iban Cas, Jaime y su mujer, Alba.

Jan no iba con ellos.

Desde que esa misma mañana Eli la había llamado para decirle que iban a acercarse a comer, insistiendo en que cambiase su turno para reunirse con ellos, se había sentido desorientada. No se había atrevido a preguntarle si Jan también iba a estar presente, así que se había pasado horas especulando sobre ello y planteándose cómo debía reaccionar si él aparecía por la puerta. Por si eso sucedía, había decidido no pedir un cambio de turno.

Llevaba cuatro meses sin verle. Pillando retazos de conversaciones en las que se le mencionaba. Sabía que Cas y Eli hablaban de él con frecuencia a propósito. Era como si supiesen que ella necesitaba saber de él, pero que no deseaba preguntar... Sabía que se encontraba bien, que se había recuperado de las operaciones y que había vuelto a trabajar en su estudio con normalidad. En más de una ocasión se había sentido tentada de llamarle, de ir a buscarle..., pero se lo había pensado mejor. ¿Seguiría él pensando lo mismo? ¿Todavía tendría esas absurdas ideas en la cabeza sobre ellos? ¿Sobre que era una carga? Suponía que sí, que no habría cambiado de opinión. No había hecho ningún intento de ir a verla, de contactar con ella.

Había pasado página, al parecer.

Ella no.

Aun cuando daba la sensación de que había rehecho su vida y su exterior mostraba una mujer satisfecha y sonriente..., por dentro estaba rota. Pretendía que todo iba bien, pero muchas noches se acostaba llorando y echándole de menos. Algunos días el vacío que sentía era tan grande que ni siquiera quería levantarse de la cama.

Las clases y el trabajo conseguían que estuviese distraída la mayor parte del día, pero las noches... las noches eran otra cosa...

Al menos ya no tenía pesadillas, pero le costaba conciliar el sueño preguntándose qué haría, cómo estaría, si todavía pensaría en ella.

Le echaba tanto de menos que dolía.

—Hola Oksana —la saludó Eli, acercándose a ella con una sonrisa en los labios. Como siempre estaba impecable, con unos vaqueros negros y una americana verde—. ¿Has podido cambiar el turno?

—Hola, Eli —correspondió también con una sonrisa, saliendo de detrás de la barra—. Al final no, pero luego me tomo un café con vosotros.

—Oh, no... qué lástima... Me hubiese encantado que comieses con nosotros —Hizo una mueca contrita, al tiempo que la abrazaba. Habían terminado por convertirse en buenas amigas—. Ven y te presento. Mira, este es mi hermano Poncho. —Señaló a un hombre a su espalda.

—Un placer —murmuró.

El tal Poncho no se parecía en nada a Eli. Era de elevada estatura, moreno y de ojos oscuros. Llevaba unos pantalones de pinzas y una camisa azul marino. Demasiado formal para su gusto.

—Hola —le dijo él, inclinándose a darle dos besos.

—Y estas son Sandra y Tana.

Oksana besó a las dos chicas que se acercaron a saludarla. La primera tenía el pelo castaño y era algo más alta que ella. Pero fue la segunda la que le llamó la atención. No era muy alta, pero tenía uno de esos cuerpos que casi todas las mujeres envidiaban, curvilíneo y exuberante. Además, sus ojos castaños brillaban de manera un tanto pícara.

—Así que tú eres Oksana, la chica de Jan —le dijo sin ningún tacto, mirándola con curiosidad de arriba abajo—. Eres un bellezón. Jan es medio gilipollas.

Oksana enrojeció vivamente y no supo qué contestar.

—¡Tana! —la reprendió Eli, lanzándole una mirada de advertencia, que la morena ignoró.

—¡Venga, va! Es lo mismo que pensamos todos —dijo.

El hermano de Eli se echó a reír. Tenía una risa agradable, muy masculina, pero melodiosa.

—¿Ya estás poniendo a Oksana en evidencia? —preguntó Cas, acercándose a ellos. Venía acompañado de Jaime y de Alba. A ellos ya los conocía. Se saludaron con afecto.

Todo el grupo parecía muy animado y con ganas de charlar y pasarlo bien. Oksana se sintió fuera de lugar. Adoraba a Eli y a Cas, que tantas cosas hacían por ella, y Jaime y Alba eran encantadores, pero no le apetecía estar con ellos y hablar de temas triviales y bromear sobre tonterías, sabiendo que Jan no había acudido a esa comida porque no deseaba verla. Se sentía herida.

Mientras se acomodaban en la mesa que habían reservado, ella regresó a la barra y los observó de reojo. Cas y Eli eran la pareja perfecta. Siempre estaban sonriéndose y aprovechaban cualquier excusa para tocarse, aunque fuese de forma casual. Disfrutaban el uno del otro. Sintió un pellizco de envidia en la boca del estómago. No pudo evitar preguntarse si Jan también sería así como pareja. Lo que ellos habían tenido había sido algo distinto, sin nombre. Se habían visto unidos por las circunstancias. Quizá en la vida real él fuese... más frío... No, se dijo. Ese hombre tierno que había antepuesto sus necesidades a las suyas y se había jugado la vida por ella..., que la había abrazado como si fuese la única mujer sobre la faz de la tierra y se había bebido sus lágrimas y su dolor... no podía ser frío... Jan era cálido, por mucho que su estúpido apodo pregonase lo contrario. El único hielo que había en él, era el del hombre que llevaba tatuado sobre su antebrazo. Con ella todo había sido calor...

Se estremeció al recordar sus caricias, sus besos... y todo lo demás...

Su compañera, Isabel, le trajo varias comandas devolviéndola al presente. Apartó la vista de la alegre reunión para meterse de lleno en la vorágine del trabajo. Ese día no tenía que servir mesas, solo estaba a cargo de la barra, pero aun así había bastante faena. Los sábados en el *Crazy Coconut* siempre la había.

El tiempo pasó volando y antes de que se hubiera dado cuenta, Pedro, el camarero de tarde, había llegado para sustituirla. Casi lamentó que así fuese. Lanzó una mirada ladeada a la mesa y se

preguntó en silencio si no podría inventarse alguna excusa para marcharse a casa directamente. Pero cuando vio que Eli le hacía un gesto con la mano, hizo de tripas corazón y dejando el pequeño delantal negro detrás de la barra, se dirigió hacia ellos.

La conversación se vio interrumpida y todos la saludaron con efusividad.

—Ven —la llamó Tana—. Siéntate a mi lado y me cuentas. —Se levantó y acercó una silla de la mesa contigua.

Oksana se detuvo, indecisa. No estaba acostumbrada a tanta familiaridad con alguien a quien acababa de conocer. A pesar de que Cas era una persona abierta y franca, no tenía ni punto de comparación con aquella chica que la contemplaba expectante con una invitación en el rostro. A veces, ciertos comportamientos españoles la importunaban.

Carraspeando suavemente se acercó y tomó asiento.

Se mantuvo en silencio mientras los demás retomaban la conversación. Habían estado hablando sobre algo relacionado con un viaje que habían hecho Poncho y un tal Lalo a Cuba.

—Pero ¿en serio desapareció tres días? —preguntaba Jaime con una sonrisa burlona.

—Sí —respondió Poncho—. Y cuando volvió a aparecer, venía sin un duro y con el cuello lleno de chupetones.

La carcajada fue generalizada. Oksana desvió la mirada. No tenía ni idea de por qué se reían ni de quién era ese Lalo.

—Lalo era el prometido de Eli —le aclaró Tana, como si le hubiera leído los pensamientos—. Damos todos gracias al Señor de que conociese a Cas y terminase con él. Lalo es un impresentable.

Oksana miró a Eli, que no parecía nada azorada por el tema. Más bien lo contrario.

—Es un poco imbécil —repuso esta, asintiendo.

—Vamos, *Prinzessin* —intervino Cas—. Es un gilipollas. —Y aunque lo dijo en tono jocosos había un brillo malicioso en su mirada.

—Amén —dijo Tana levantando su copa de vino—. Brindemos por el gilipollas de Lalo. Tú también, Oksana. —Echó vino en una de las copas vacías y se la ofreció. Oksana no quiso parecer desagradecida y la tomó.

Todos brindaron, entre risas.

La conversación siguió su curso y ella casi se sintió aliviada de que la ignorasen. Miró hacia la playa a través de los grandes ventanales, deseando huir. No estaba a gusto. Y no era por los presentes, que eran en extremo encantadores; era por el ausente, que se sentía así. Si ella no hubiera estado allí, de seguro se hubiese apuntado a esa comida. Apretó los labios sintiendo una profunda tristeza. ¿Alguna vez iba a doler menos?

—¿Qué sabes de tu hermano pequeño? —escuchó preguntar a Poncho. La respuesta le interesaba, así que levantó la cabeza y miró a Cas.

—Hablé con él hace un par de días —repuso este encogiéndose de hombros—. Está bien. Aprobó todas las asignaturas y este año también ha empezado con ganas. Parece que se está esforzando mucho.

Hubo un silencio. Oksana sabía, porque Eli le había relatado toda la historia, lo que había sucedido el año anterior, por lo que no se sorprendió del cambio de actitud de todos ellos cuando se mencionó el nombre de Till.

Tana, a su lado, resopló con desdén. La miró sorprendida.

—Esforzándose... ridículo... —pronunció entre dientes. Una sombra había oscurecido su dicharachero rostro.

—Está poniendo de su parte —dijo Eli mirándola con reproche.

—No voy a entrar a juzgar eso, pero yo creo que la gente no cambia —respondió a su amiga, y después miró a Cas que la observaba con expresión desabrida—. Ya sé que es tu hermano y que habéis decidido perdonarle, pero yo soy bastante rencorosa y tengo una memoria fabulosa. Algunas cosas son imperdonables.

—¡Tana! —exclamó Eli, y parecía muy enfadada.

—Muy bien. Si preferís que me calle, me callo, pero...

—Todo el mundo tiene derecho a enmendarse, a una segunda oportunidad —la interrumpió Cas con la voz calmada.

—Quizá sí, no te lo discuto. Pero también creo que uno debería pagar por las consecuencias de sus actos y no marcharse y dejar que lo solucionen sus hermanos, ¿no? Mirad cómo ha terminado Jan por su culpa.

Un silencio sepulcral siguió a esta declaración. De repente, Oksana sintió una gran congoja, como si le hubieran puesto una

losa de cemento encima del pecho. Con las piernas vacilantes se incorporó, echando la silla hacia atrás con brusquedad, sorprendiéndolos a todos.

—Disculpad —balbuceó, y sin mirar a nadie, se alejó a toda velocidad, buscando la salida y el aire fresco del exterior. A su espalda pudo oír la voz indignada de Eli diciéndole algo a Tana.

El olor a mar le penetró en la nariz en cuanto puso un pie fuera del restaurante. No corría nada de brisa y brillaba un sol espléndido que le calentó los brazos desnudos. Aspirando una bocanada de aire, se abrazó a sí misma y se dirigió a la playa con pasos inseguros. No tenía ni idea de qué le había sucedido, pero escuchar el nombre de Jan en ese contexto había hecho que no pudiese seguir estando allí, con ellos. Tenía que alejarse.

Abandonó el paseo marítimo y entró de lleno en la playa de cantos rodados. Comenzó a andar sin preocuparse demasiado de lo abrupto de la superficie. Llevaba zapatillas deportivas que le protegían los pies y los tobillos. El mar estaba tranquilo, sin apenas oleaje. Se detuvo a escasos metros de la orilla y clavó la mirada en el lejano horizonte, allá donde convergían el azul del cielo y el turquesa del agua. Recordó a su bisabuela hablándole del mar Mediterráneo y la nostalgia la invadió.

«No sé qué hacer, *prababushka*. No quiero vivir sin él. Lo he intentado. Lo he hecho, pero no quiero... Solo quiero que me quiera y que me deje quererle».

Comenzaron a arderle los ojos. La fachada de chica feliz se resquebrajaba poco a poco dejando entrever la realidad. Estaba tan triste... tan sola...

—¿Oksana? —La voz a su espalda le hizo dar un respingo—. ¿Estás bien?

Se dio la vuelta y contempló al hombre que se parecía tanto a Jan que a veces le dolía mirarle. Se había detenido a un par de metros y tenía una expresión preocupada en el rostro.

—No, Cas. No estoy bien —le temblaba la voz—. Estoy cansada de pretender que todo está bien. Cansada de fingir que he avanzado con mi vida; que estoy contenta con lo que he logrado... —Las lágrimas no derramadas se le agolparon en la garganta, cerrándosela, haciéndole más difícil poder hablar—. ¡Es mentira! No

soy feliz. Soy desgraciada, muy desgraciada, y... —se interrumpió, llevándose una mano a la boca.

Cas se acercó a ella y le puso las manos sobre los hombros. El sol le daba en la cara, convirtiendo el azul de sus ojos en hielo ardiente, si es que eso tenía algún sentido. Eran tan similares a los de Jan...

—No... no sé vivir sin él —confesó casi sin voz, y finalmente, lo que había estado tratando de evitar, sucedió. Rompió a llorar.

Cas vaciló unos instantes, pero dejó escapar una maldición en otro idioma y terminó por abrazarla. Oksana se refugió en sus brazos, odiando que fuesen los brazos del hermano equivocado, pero agradecida de tener a alguien que la sostuviese en un momento así. Sollozó desgarradoramente.

—No puedo veros así a ninguno de los dos —murmuró Cas—. No puedo. Estáis destrozados, ambos. Es una locura... No tiene ningún sentido. —Parecía estar hablando consigo mismo—. Se lo he prometido... se lo he prometido, pero esto... no... *Ich kann nicht!* [74]

Oksana levantó la barbilla, perpleja. Las lágrimas seguían brotando de sus ojos, pero se las secó con el dorso de la mano. ¿A qué se refería Cas?

—Escúchame bien, Oksana —comenzó él en voz baja pero firme—. Mi hermano lo está pasando igual de mal que tú. No sabe vivir sin ti. Está hecho polvo. Te echa de menos...

Ella le miró con fijeza, tratando de asimilar todo aquello que él le decía.

—¿Recuerdas la otra noche cuando me llamaste asustada porque pensabas que alguien te seguía?

Asintió. Había tenido una pavorosa sensación de ser observada de camino a casa, y no había sido la primera vez. Cas la había tranquilizado diciéndole que seguro eran imaginaciones suyas.

—Era Jan —dijo con gravedad.

Ella se le quedó mirando sin comprender.

—Jan te espera fuera del *Crazy Coconut* y te sigue a casa para asegurarse de que llegas bien —suspiró Cas.

Oksana parpadeó. ¿Jan la vigilaba? ¿La esperaba fuera del trabajo y la seguía a casa? Pero, pero...

—Y aún hay más —dijo Cas mirándola con fijeza.

Ella se soltó de sus brazos y se alejó unos metros. Ya no lloraba. Una expresión desconcertada se mostraba en su cara.

—¿Más? ¿A... a... qué te refieres? —tartamudeó.

—Le prometí que no te diría nada, ¿sabes? Pero estoy hasta los cojones de los secretos, de que se oculte y de que huya... —Se llevó la mano a la nuca y se la frotó con fuerza—. Todo el dinero que te he prestado, para pagar a Jaime, para la fianza del piso, para la matrícula de la universidad, para el coche... No he sido yo. Ha sido él.

Cuando esa declaración penetró en su cerebro, abrió la boca, estupefacta. ¿Había sido Jan?

Jan.

—Fue él desde el primer momento, Oksana. Ya en el hospital habló conmigo para que te consiguiese este trabajo. Fue él el que presionó a Jaime para que se diese prisa con tu visado, el que te abrió la cuenta en el banco y el que negoció con el dueño del concesionario de coches.

Trató de respirar con normalidad, clavando la mirada en las piedras blancas a sus pies. Cas seguía hablando pero ella ya no le escuchaba. Solo tenía un pensamiento en la cabeza que iba aumentando de volumen según se repetía una y otra vez como una letanía.

Jan me sigue queriendo. Jan me sigue queriendo. Jan me sigue queriendo...

Se dio la vuelta y miró el mar. El sol arrancaba destellos brillantes a la superficie. Una sensación de calidez se expandió por su pecho. Una sensación que antes no había estado ahí y que había sido despertada por la confesión de Cas.

Se parecía muchísimo a la esperanza.

—Oksana. —Se había acercado a ella sin que se hubiera dado cuenta, situándose a su lado—. No va a ser fácil. Y el primer paso lo vas a tener que dar tú. Él es demasiado testarudo.

—Sí —murmuró—. Sí —repitió con más firmeza, secándose una última lágrima furtiva que se desprendió de sus pestañas—. El primer paso lo tengo que dar yo.

Capítulo Treinta y Seis

Después de quedarse solo, se quitó los guantes de látex y los arrojó a la papelera. Acababa de atender a su última cita del día. Le había costado cuatro horas terminar el tatuaje en el que llevaba trabajando ya tres meses. Esa había sido la cuarta y última sesión. Y lo cierto era que había quedado fantástico. Echó un vistazo a las fotos que había hecho con el móvil. La imagen de Frida Kahlo a todo color con todo lujo de detalles cubría la espalda del cliente.

Se guardó el móvil y estiró los brazos por encima de la cabeza, tratando de desentumecer los músculos de los hombros. Cuatro horas seguidas con la espalda arqueada terminaban por pasarle factura. Suspiró. Esa tarde iría al gimnasio y entrenaría un par de horas. Ya no lo hacía como antes y no practicaba ningún deporte que pudiera perjudicarlo, pero seguía yendo a hacer musculación y algo de saco.

Acababa de comenzar a limpiar la pistola cuando escuchó sonar el teléfono y la voz de Tita respondiendo a la llamada. Al cabo de solo un minuto la cabeza de su «casi» socia asomó por la puerta.

—¿Te vas ya? ¿O puedes atender a una chica que quiere hacerse un tatuaje pequeño? Dice que solo será de unos tres centímetros y en negro. Ella misma trae el dibujo.

Jan dejó escapar un suspiro cansado.

—¿Va a tardar?

—En media hora está aquí, me ha dicho.

—Dile que vale.

Tita se largó, dejándole solo de nuevo.

Retiró la aguja que acababa de utilizar y la tiró al contenedor de residuos. Limpió la pistola de la tinta que la había salpicado y la dejó a un lado, preparada, a falta de una nueva aguja. Se dirigió a la ventana y abrió el estor. Hacía un día raro. Algunas nubes grises se apelmazaban en el cielo, augurando lluvia. Sacó el móvil del bolsillo y volvió a releer el email que había recibido el día anterior de la clínica madrileña con los resultados y el informe médico.

Nada nuevo.

No se había hallado nada en el TAC ni en las otras pruebas, que explicase lo de sus jaquecas, así que de nuevo todo eran conjeturas. Si bien los valores de la proteína TAU no eran elevados —como hubiese sido el caso si la ETC ya se hubiese empezado a manifestar—, el informe seguía sin descartar esa posibilidad.

No concluyente. Ese era el diagnóstico. El mismo que hacía meses.

No sabía qué había esperado de aquel informe, pero no había cambiado nada. Todo seguía igual.

Soltó una pequeña risa fatigada.

Antes de bloquear el móvil se quedó mirándolo indeciso durante un par de segundos. Tuvo la tentación de llamar a Cas y preguntarle por la comida del sábado. Quería saber si Oksana se había unido a ellos y si estaba bien... Pero sacudió la cabeza. Mejor no. No tenía ganas de aguantar a su hermano recriminándole el no haber acudido.

Salió de la habitación y atravesó el pasillo dirigiéndose a la recepción. Se sentó al lado de Tita en una banqueta alta. Ella no se giró. Tenía la vista clavada en la pantalla del ordenador y miraba imágenes de antiguos tatuajes que había hecho él mismo.

—Mira este —señaló con el dedo—. Algo así quiero que me hagas en el muslo.

Jan echó un vistazo al ordenador. Era un dragón rojo y verde. Recordaba ese tatuaje. Lo había hecho hacía un par de años.

—Cuando quieras.

Ella asintió ausente. Los piercings que decoraban su oreja izquierda tintinearón por el movimiento.

—No creo que la chica esa tarde mucho en llegar, pero tenemos tiempo de tomar algo. Tengo una sed que me muerdo. ¿Voy al súper a pillar algo? —preguntó ella al cabo de unos instantes, cerrando la carpeta que contenía las imágenes de los tatuajes y dejando el calendario de citas abierto en la pantalla.

Jan estaba a punto de asentir cuando el nombre que aparecía en color rojo en la hoja de Excel hizo que se le detuviera el corazón. Se levantó de la banqueta precipitadamente sin poder apartar la vista de aquellas seis letras. Tita le miró, sorprendida.

—Esa chica que viene ahora, ¿es ese su nombre? —inquirió con urgencia, señalando con el dedo.

—Eh, sí... Sí —respondió ella extrañada, alternando la mirada entre la pantalla y la cara de su jefe—. No es española, es rusa, creo. Pero lo he anotado bien. La hermana de Sergei se llama así. Oksana.

Jan se dirigió a la ventana. De repente sentía el estómago encogido.

«Quizá no sea ella», se dijo, pero su instinto le decía que sí lo era.

—¿Pasa algo? —le preguntó Tita. Sonaba preocupada.

—No —repuso él sin darse la vuelta—. Cuando ha llamado, ¿ha dicho algo más?

—¿Algo más? Eh... no... Solo que quería hacerse un tatuaje pequeño en negro y que si estabas libre. Que ella podía estar aquí en media hora. Y su nombre. Nada más.

Jan asintió. Tenía una sensación de ahogo en el pecho. Respiró hondo un par de veces, antes de darse la vuelta y encararse con Tita, que le miraba sorprendida.

—¿Quieres que te traiga algo del súper o no? —le preguntó—. Voy a ir a por una Coca-Cola.

—No. No quiero nada.

—Vale, pues ahora vengo. No te encierres en el cuarto que si viene la chica no la vas a oír. —Cogió su bolso y se marchó. La puerta se cerró silenciosa tras ella.

Jan echó la cabeza hacia atrás y miró al techo unos segundos. No sabía de cuánto tiempo disponía antes de que ella llegase. Cinco minutos, a lo sumo diez. Insuficientes. No estaba preparado para enfrentarse a la situación. ¿Cómo debía comportarse? ¿Cómo podía dirigirse a ella? Los nervios hicieron presa de él.

¿Por qué había decidido ir a tatuarse? ¿Era una excusa o de verdad quería uno? ¿Querría hablar con él de algo más? ¿Le habría dicho algo Cas? Demasiadas preguntas y ninguna respuesta...

—*Gott!* —exclamó en voz alta, dando pequeños paseos de un lado a otro de la recepción. De repente, el contenido Jan se había convertido en el exaltado Jan.

Se asomó a la ventana clavando la mirada en todos los coches que pasaban. Ella conducía un pequeño Ford Fiesta azul que él le había conseguido a muy buen precio de un amigo, dueño de un concesionario. Ninguno de los coches que pasaban eran azules.

Se dio la vuelta y se dirigió a la pequeña estancia donde tatuaba. Extendió papel nuevo sobre la camilla. Le sudaban las manos. Miró a su alrededor. Todo estaba limpio y en perfecto orden.

Volvió a la recepción. Tita seguía sin aparecer.

Mejor.

Pero cambió de opinión.

Peor.

Quizá hubiese sido mejor que Tita estuviese presente. ¿O no?

Se metió las manos en los bolsillos al darse cuenta de que le temblaban. Volvió a apostarse junto a la ventana. ¿Qué demonios querría tatuarse ella? ¿Y dónde? Recordó la quemadura que Bajram le había hecho en el brazo y su semblante se oscureció.

Por el rabillo del ojo vio un coche azul acercándose despacio. Parecía buscar un sitio donde aparcar. Apoyó las manos en el cristal y fijó la mirada. Era un Ford Fiesta. Tragó saliva ruidosamente y se apartó de la ventana. Se dirigió al mostrador y se situó tras él. Sacó una cuartilla de papel hectográfico y una de papel blanco y las montó sobre el portafolios de madera. Quería estar ocupado cuando ella entrase, o al menos parecerlo.

Levantó la mirada apenas unos milímetros y vio que el Fiesta había aparcado justo enfrente. La puerta del conductor se abrió y Oksana —*su Schneewittchen*— descendió del coche. Llevaba unos vaqueros y un jersey rojo, y el pelo recogido en una coleta alta.

Verdammt! ¡Estaba preciosa!

Su corazón comenzó a latir furioso, como si John Bonham, el fallecido batería de Led Zeppelin estuviese tocando su famoso solo en su pecho, de manera potente, errática y agresiva.

Ella se dirigió al estudio con rapidez, con ese paso suyo tan sugerente.

Algo hizo crack.

Bajó la vista y se dio cuenta de que había partido por la mitad el lápiz que tenía en la mano.

Levantó la mirada y los ojos de ambos se encontraron a través del cristal.

Entonces ella abrió la puerta y entró.

* * *

Oksana dudó antes de bajarse del coche. Mentiría si negase estar nerviosa. Lo del tatuaje le había parecido una idea fantástica el día anterior, incluso hasta solo hacía media hora, cuando había llamado al estudio. Pero ahora que se encontraba ahí, frente al local, ya no sabía qué pensar.

Se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y acarició con suavidad el papel donde había dibujado el motivo que quería tatuarse. Era muy importante para ella. Se miró al espejo retrovisor y comprobó su aspecto. Tenía una expresión algo ansiosa en el rostro, pero por lo demás todo era perfecto. Se había esmerado en ponerse guapa. Se pellizcó las pálidas mejillas y suspiró.

«Ya estás aquí. La suerte está echada».

Se bajó del vehículo.

No había preparado nada. Venía a verle sin ningún guión, decidida a tantear el terreno. Por más que Cas le hubiera dicho que Jan sentía lo mismo por ella que ella por él, pensaba dejar que las cosas fluyesen solas. No tenía ni idea de cómo reaccionaría él al verla aparecer.

El quinto pecado, rezaba en un letrero sobre el local, en letras rojas sobre fondo negro. El estudio no era demasiado grande, al menos no lo parecía desde fuera. Una ventana y una puerta acristalada mostraban el interior de la recepción, decorada en tonos rojos y negros. Una alta figura se encontraba tras el mostrador también negro.

Él levantó la cabeza y la miró. Sus ojos se encontraron brevemente.

Contuvo el aliento y abrió la puerta.

El saludo que había estado a punto de ofrecerle se le quedó atascado en la garganta. Ese hombre era Jan y no era Jan.

Bozhe!

Le recorrió con los ojos ávidamente, tratando de reconocer a Jan en ese desconocido, a *su* Jan. Había cambiado. Se había dejado crecer el pelo y la barba, ambos de un color rubio dorado, y ahora

se parecía más que nunca a Cas. Pero había una diferencia abismal entre ellos. Jan era intenso, mucho más que su hermano. Podía decir más cosas con una mirada que Cas con mil palabras.

No obstante había perdido cierta fiereza que anteriormente le había otorgado su cabeza afeitada. Pero el resto de él era el mismo. El mismo ancho pecho cubierto por una camiseta negra con el nombre del estudio en ella, los mismos brazos poderosos, uno limpio, el otro cubierto de tinta... y los mismos ojos, que la observaban serios e inquisitivos. No parecía sorprendido. Todo en él exudaba una calma que a ella, que era presa de las emociones, le resultó molesta.

—Hola Oksana —la saludó con serenidad.

—Hola Jan —respondió en voz baja, odiando sonar tan débil. Le temblaban las piernas.

No podía dejar de mirarle, de examinarle, de tratar de analizar cualquier pequeño gesto que él pudiese hacer para descubrir qué estaría pensando. ¿No había sido eso una sonrisa? ¿No se habían curvado apenas las comisuras de su boca? ¿Había arqueado la ceja? No. Todo era producto de su imaginación. Él permanecía impassible.

Se sintió decepcionada. Parecían dos extraños. Dos cortesés extraños.

—Tienes buen aspecto —dijo él.

Se sonrojó, muy a su pesar.

—Tú también. Te has dejado crecer el pelo. —No pudo evitar mencionarlo.

Él se pasó la mano por la cabeza y una fugaz sonrisa iluminó su rostro haciendo que a ella le diese un vuelco el corazón.

—Sí, sí... ya no me apetecía tener que estar afeitándome casi a diario —contestó él, recuperando la seriedad.

Las imágenes de aquella noche en que le rasuró la cabeza acudieron a su mente, provocando que una ola de calor le tiñese las mejillas de rojo, de nuevo. Había sido un momento especial. Fue entonces cuando él había reconocido sentir algo por ella. Se mordió la parte interna de la mejilla. Él la miraba con tanta intensidad que se preguntó si no estaría también recordándolo.

—¿Has traído el modelo de lo que te quieres tatuar? —preguntó, cambiando de tema y haciéndola sentir como una tonta por haberse quedado absorta, mirándole.

—Sí —repuso con gravedad. Se metió la mano en el bolsillo y sacó el papel que había doblado en cuatro. Se acercó y se lo tendió. Evitó que sus dedos se rozasen.

Jan desplegó la hoja y se quedó mirando el dibujo.

—¿Es cirílico?

—Sí.

«Pregúntame qué significa. Pregúntame qué significa», rogó ella en silencio.

—¿El tamaño es así? ¿O lo quieres más grande? —Él seguía sin levantar la vista del papel.

—Así.

«Pregúntame qué significa. Pregúntame qué significa».

—¿Dónde?

—¿Recuerdas esa quemadura que tengo en el brazo? —No esperó a que él contestase—. Pues me gustaría que la cubriese.

Él asintió, impávido.

Oksana cerró los ojos. Ni siquiera la mención de la quemadura, que en otro tiempo le hubiera hecho enfurecer, hizo mella en él. No entendía nada. ¿Quién era ese hombre frío que se encontraba frente a ella? ¿Se habría equivocado Cas?

¡Y ni siquiera le había preguntado qué significaba el tatuaje!

Él levantó la mirada por fin. Parecía a punto de decir algo y ella contuvo la respiración.

«Pregúntame qué significa. Pregúntame qué significa».

—Voy a dibujarlo sobre el papel hectográfico —dijo con voz impersonal. A ella se le cayó el alma a los pies—. No tardo nada. Siéntate ahí un momento. —Señaló una butaca de cuero negro que había en un lateral, al lado de una mesita llena de revistas especializadas en tatuajes.

Oksana asintió débilmente. Se dejó caer sobre el asiento, desconcertada. Se sacó el móvil del bolsillo y fingió mirar la pantalla, pero en realidad le observaba de reojo. Él se había inclinado sobre el mostrador y manejaba un lápiz con gran precisión. Los halógenos

del techo se reflejaban sobre su corto cabello, creando una especie de halo alrededor de su cabeza y dejando el resto en sombras.

Se le iba cerrando la garganta mientras le observaba trabajar. Llegó un momento en que pensó que se ahogaría si no decía algo, si no le cuestionaba. Él estaba ahí, a un par de metros de distancia, como si no hubiera pasado nada entre ellos. Quizá había enfocado mal la situación. Quizá tenía que haber entrado en el estudio gritando como una loca y pidiéndole explicaciones, y no fingiendo un aplomo que no sentía.

Él seguía dibujando, impertérrito.

De pronto comenzó a enfadarse. ¿Qué narices pretendía él? ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué fingía que ella no le importaba? Se le aceleró la respiración según se iba enojando más y más.

Se había jugado la vida por ella... La seguía por las noches a casa, preocupado por su seguridad... Le había pagado el piso, el coche, a su abogado... a escondidas. Y ahora ¿eso? ¿Una fría indiferencia?

Estaba a punto de dirigirse a él, de increparle, cuando la puerta se abrió con violencia. Oksana se giró, sobresaltada. La recién llegada era una chica joven y menuda, vestida de negro de los pies a la cabeza. Tenía el pelo corto de color rojo intenso y numerosos piercings le adornaban la cara. Llevaba un par de latas de Coca-Cola en la mano.

—¡Hola! —la saludó con efusividad—. Tú debes de ser Oksana. Soy Tita. Hemos hablado antes por teléfono.

Oksana le sonrió con cierta timidez.

—¿Quieres un refresco? He traído de sobra. —Le tendió una lata.

—No, gracias. No tengo sed.

—¿Y tú, Jan?

Él levantó la vista y negó con firmeza. Sus ojos volvieron a encontrarse.

—No. —Hizo una pequeña pausa antes de salir de detrás del mostrador y hacerle un gesto—. ¿Vamos?

Oksana se levantó y volvió a sonreír a Tita, que había abierto una lata y bebía de ella. Siguió a Jan, que se internaba en un pasillo que había al fondo. No pudo evitar que sus ojos se posasen sobre

su redondeado trasero enfundado en unos gastados vaqueros azules. Sintió un hormigueo en los dedos al recordar la imagen de la diosa Freya cubriendo su glúteo... ¡Qué estúpida era! Mientras él la ignoraba y la trataba con la mayor de las indiferencias, ella se le imaginaba desnudo...

Durak!

Él abrió una puerta negra y se hizo a un lado para cederle el paso. Seguía sin mirarla.

Oksana entró en la pequeña habitación. Las paredes estaban pintadas de rojo y numerosos cuadros con fotos de tatuajes colgaban de ellas. En el centro mismo había una camilla cubierta por un papel blanco y al lado una banqueta y una mesa llena de diversos utensilios que no supo identificar.

La puerta se cerró tras ella.

Se dio la vuelta, dispuesta a encararse con él, a explicarle por qué había ido allí, pero su actitud indiferente la hizo detenerse. Él se había girado y le daba la espalda. Estaba inclinado sobre la mesa y miraba su equipo muy concentrado. Esperó unos segundos, contemplándole con inquietud, pero él siguió a lo suyo, colocando cosas, o moviéndolas de sitio.

—Quítate el jersey y túmbate —dijo él con voz impersonal.

Oksana dejó caer los hombros. La sensación de enfado que había sentido minutos antes en la recepción dio paso a una de desesperanza. Era cierto que ella había dado el primer paso acudiendo allí, pero él también tenía que poner de su parte, ¿no?

* * *

Se tenía que esforzar para no mirarla, para no traspasarla con los ojos, para no abalanzarse sobre ella y comérsela a besos. ¡Joder! ¿Cómo narices podía estar tan guapa? Trató de calmarse antes de dirigirse a ella.

—Quítate el jersey y túmbate —dijo, tratando de que su voz sonase profesional.

Ella se dio la vuelta, dándole la espalda, y se quitó el jersey. Debajo no llevaba nada más que un sujetador negro. Jan levantó la vista y admiró las suaves curvas de su espalda, que tanto había echado de menos. Cerró la mano para contener las ganas de extenderla y tocar esa suavidad que se mostraba ante sus ojos.

¡Qué mala idea era estar allí encerrado con ella! Su olor ya había invadido la pequeña estancia y él aspiró con disimulo, llenándose de él. ¡Dios!

Ella se tumbó sobre la camilla, como le había indicado. Él desvió la mirada y se concentró en preparar su equipo. Sacó una nueva aguja *Round liner* del precinto y dobló la punta ligeramente para que no escupiese tinta, antes de montarla en la pistola con manos expertas, después abrió el cacharrito de tinta negra y cogió la caja de cartón de los guantes de látex...

Vaciló...

La miró a hurtadillas, allí tumbada, esperando silenciosa. Había girado la cabeza y solo podía ver parte de su mandíbula. Su pecho subía y bajaba acompasadamente. El sujetador negro resaltaba la palidez de su piel lechosa.

Con una mueca de determinación en el rostro desechó la caja de los guantes sin haber cogido ningún par. Poco profesional, desde luego, pensó con cinismo, pero no pensaba dejar pasar la oportunidad de poder acariciarla.

Se sentó en la banqueta y encendió la lámpara de mesa, colocándola de manera que enfocase el lugar donde iba a tatuar.

—Sube el brazo —le pidió.

Ella lo hizo, y la cicatriz circular se mostró ante sus ojos. ¡Cómo odiaba verla marcada de aquella manera! Acercó el dedo índice y palpó los bordes irregulares de la quemadura. A la luz de la potente lámpara pudo apreciar como se le ponía la carne de gallina.

—¿Tienes frío?

—Eh... no... no ¿Es posible? ¿La cubrirá el dibujo? —preguntó ella, clavando los ojos en los suyos.

Él apartó la mirada.

—Sí, sin problema —respondió con voz ronca, girándose para coger el gel antiséptico. Calentó el bote entre las manos unos segundos para que ella no notase el líquido frío sobre la piel, algo que nunca antes había hecho por ningún cliente. Pero Oksana no era un cliente convencional, reconoció.

Se desinfectó las manos primero y después depositó una pequeña cantidad sobre la zona donde iba el tatuaje. La frotó con

delicadeza, deleitándose con su tacto. La notó tensarse. Si ella se había percatado de que él no usaba guantes no dijo nada.

Cogió el papel donde había hecho la transferencia del texto que ella le había traído.

ЯH

Se moría de ganas por saber qué significaban aquellas letras, pero como un imbécil había decidido no preguntarlo, y ella había decidido no decírselo.

Apretó el papel sobre su brazo y esperó un par de segundos. Ella había vuelto a concentrarse en la pared y parecía ignorarle. Antes había creído ver un brillo emocionado en sus ojos, cuando había entrado por la puerta del estudio, pero después, su cortesía y su imperturbabilidad le habían probado que se había equivocado. Se mostraba tan serena y tan fría... Aunque quizá pensase lo mismo de él. Él también semejaba estar calmado.

Por fuera.

Su interior era un mar de lava.

Retiró el papel y contempló la imagen. Estaba satisfecho. Había mejorado el dibujo que ella le había traído, redondeando más los bordes y creando una pequeña filigrana en los extremos de las letras. Cubría la cicatriz a la perfección.

—¿Quieres verlo antes de empezar? —le preguntó.

—No. Confío en ti —repuso ella.

No era la primera vez que escuchaba esas palabras de su boca y la profunda emoción que sintió le provocó un vuelco en el corazón. Trató de concentrarse en su trabajo. No era fácil. Con ella allí tumbada en la camilla delante de él no podía pensar con claridad.

Cogió la pistola y cargó la tinta.

Ella dio un respingo cuando sintió los primeros pinchazos desgarrando su piel.

—¿Es demasiado?

—No. No. Ha sido la sorpresa.

Él siguió trabajando, concentrado. Ya había tatuado anteriormente sobre una cicatriz y era un poco más delicado que sobre la piel limpia. Poco a poco, el color negro iba sustituyendo el azul provisional del dibujo. Jan limpiaba los restos de sangre y tinta con delicadeza con un pañuelo, mientras seguía tatuando, inmerso

en su tarea. De vez en cuando, apartaba la mirada del tatuaje y la clavaba en su cara, que permanecía carente de emoción. Tenía los ojos cerrados.

Se preguntó si estaría actuando como un imbécil. Seguramente. Pero ¿de qué iba a servir hacer las cosas de otra manera? ¿Adónde les iba a llevar? Nada había cambiado entre ellos. Su situación seguía siendo la misma de hacía cuatro meses. Con dos excepciones: él la echaba todavía más de menos, y ella había conseguido rehacer su vida. Apretó los labios con amargura y siguió tatuando, tratando de ignorar la blancura de su piel, el olor de su pelo, la curva sugerente de sus senos, y sobre todo esa sensación que se le había concentrado en el estómago y que le hacía más difícil respirar.

Era un tatuaje sencillo por lo que no tardó más de quince minutos en terminarlo. Se incorporó y comprobó el resultado final con ojo crítico. A pesar de que la zona estaba un poco hinchada y enrojecida, las letras cirílicas habían quedado perfectas. Subió la vista y la miró a los ojos. Ella le observaba con una expresión vacante.

—Ya está. Déjame que te lo enseñe antes de que lo tape.

Apartó la mirada y cogió un espejo de mano. Se lo dio.

—Es... es precioso... —exclamó al verlo. Se incorporó en la camilla y giró el espejo en varias direcciones—. Es mucho más bonito que el que yo he traído. Es... perfecto.

Él se revolvió incómodo. Tampoco era para tanto. Solo eran dos letras.

—Y significa mucho para mí... —musitó ella con voz soñadora.

«¡Pregúntale qué significa! ¡Vamos! ¡Pregúntale! Este es el momento», se dijo en silencio.

No lo hizo.

Ella le devolvió el espejo al cabo de unos segundos. Parecía desencantada.

Él se apresuró a extender una capa de vaselina sobre el tatuaje y a cubrirlo con papel film. Se detuvo más de lo necesario en ello. Le rozó la parte externa de un seno con los nudillos, sin pretenderlo, y sintió una descarga eléctrica recorriéndole el brazo. La miró de

soslayo, preguntándose si ella también lo habría notado. Su pálida piel acababa de adquirir una tonalidad rosada.

—Tita te dará una hoja explicativa sobre cómo cuidarlo hasta que cicatrice —recitó él las palabras que siempre les decía a todos sus clientes—. Ya puedes vestirte. Te... te espero fuera... —Se levantó, dispuesto a abandonar la habitación.

—¡Jan! —llamó ella, frenando su retirada en seco. Su voz sonaba herida.

Se detuvo, con la mano ya agarrando el picaporte. Cerró los ojos y expulsó el aire lentamente por la nariz. Tardó unos segundos en darse la vuelta, los mismos que tardó en recomponerse.

Ella se había puesto el jersey rojo, que contrastaba con sus labios y le miraba con cierto reproche.

—¿Esto es todo? —preguntó en voz baja—. ¿Esto es todo lo que ha quedado entre tú y yo? ¿Una gran mentira? Me haces daño con tu indiferencia, ¿sabes?

Él apretó los dientes.

—Sé que me sigues por las noches hasta casa y sé que eres tú el que está financiando mi vida —elevó el tono de voz.

La sorpresa asomó a su cara.

—Cas no tenía que habértelo dicho —masculló, sintiendo cómo el enfado le tensaba la espalda. ¡Maldito entrometido!

—Al menos tu hermano no miente y da la cara como un hombre.

Él rechinó los dientes, pero no dijo nada. Estaba intentando procesar lo que ella le había dicho.

—Mira, se acabó —dijo ella de repente con voz fatigada. Suspiró y se llevó las manos a los ojos, frotándoselos con fuerza—. No puedo más, Jan. He venido aquí hoy dispuesta a todo... y lo único que he encontrado ha sido un muro. Estoy cansada de pegarme cabezazos contra ese muro. Agotada, más bien. Cuando decidas que de verdad quieres estar conmigo, ya sabes dónde encontrarme.

Acto seguido se encaminó a la puerta, agarró el picaporte que él había soltado segundos antes, la abrió y vaciló... Él la miró de reojo. Estaba a tan solo unos centímetros de distancia. Solo tenía que alargar la mano y rozaría la suya. Solo tenía que inclinarse un poco y sus cuerpos entrarían en contacto...

No lo hizo.

Ella alzó la cabeza y le miró con esos ojos translúcidos y brillantes que desde el primer día le habían robado el sueño.

—Adiós, Jan —dijo.

Y se marchó, dejándole solo. Segundos después la escuchó hablar con Tita.

Con la confusión anidando en su mente, esperó hasta que las voces fueron sustituidas por el silencio, y el sonido de la puerta de entrada cerrándose puso fin a su inesperada visita. Después se sentó en la camilla y enterró la cara entre las manos.

¿Qué cojones había pasado?

Estaba enfadado con Cas por haberle traicionado. Enfadado con Oksana por haberse presentado allí sin darle tiempo a prepararse. Y enfadado consigo mismo por no haber sabido gestionar el encuentro.

—¿Jan? —La cabeza de Tita asomó por la puerta—. ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

—Estoy bien —murmuró alzando la mirada.

Ella no pareció creerle. Entró en la habitación y se apoyó contra la pared, al lado de la puerta.

—¿Ha pasado algo con la chica? Apenas si me ha dejado que le explicase cómo tenía que cuidarse el tatuaje. Actuaba de una forma rara... como si quisiese largarse de aquí cuanto antes. —Le miró de forma inquisitiva—. ¿De verdad que no ha pasado nada?

Él dejó escapar un pequeño suspiro cansado.

—De verdad. No ha pasado nada por lo que tengas que preo... —se interrumpió de repente y la miró con los ojos entornados—. Oye, Tita... ¿Sergei podría decirme qué significa esto? —Se acercó a la mesa donde había dejado el papel con las letras cirílicas y se lo mostró.

—Pues claro —repuso ella—. Espera. —Se sacó el móvil del bolsillo y le hizo una foto al dibujo, después tecleó algo—. Ya. Se lo he mandado por wasap. No creo que tarde en contestar.

Él asintió. La curiosidad por saber qué era exactamente lo que se había tatuado y que tenía tanto significado para ella, le tenía en vilo. Quizá tuviese que ver con su bisabuela, aventuró. Ella había sido la persona más importante en la vida de Oksana, al fin y al cabo.

Un sonido como un cascabel rompió el silencio.

—Es Sergei —murmuró Tita. Y leyó el wasap entrante. Sus ojos se abrieron como platos antes de mirarle extrañada.

Jan arqueó una ceja y le hizo un gesto impaciente.

—Es tu nombre.

Frunció el ceño. ¿Cómo? ¿A qué se refería?

—¡Es tu nombre! Lo que se ha tatuado esa chica. Esas dos letras significan Jan en cirílico. ¡En serio! —insistió ella mostrándole la pantalla del móvil—. Lo dice Sergei. Mira. Pone Jan.

Se había quedado paralizado, estupefacto. Se llevó la mano a la frente, invadido por las emociones.

¡Oksana se había tatuado su nombre!

¡Él mismo le había tatuado su nombre sobre la piel!

Verdammt! ¡Qué gilipollas era!

—¿La conoces? —preguntó Tita desconcertada.

—Sí —repuso él.

—¿Quién es?

—Es... es la mujer de mi vida —susurró.

Tita le miró sin comprender.

Jan cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y una carcajada llena de desdén brotó de su pecho.

Capítulo Treinta y Siete

El cielo presentaba un color blancuzco y sucio que hacía que el mar también pareciese gris. Las nubes amenazaban lluvia. Las olas eran más grandes que de costumbre y arreciaba el viento. La playa estaba desierta y la terraza del *Crazy Coconut* también.

Dudó. No sabía si esperarla allí, a la sombra del edificio donde solía apostarse los miércoles por la noche, o si acercarse y entrar.

Se decidió por lo primero, a pesar de lo inclemente del tiempo.

Se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros, algo nervioso, y apoyó la espalda contra la pared. Una ráfaga de viento trajo el olor a mar hasta él. Le encantaba vivir en la costa. Su hermano llevaba años cuestionándolo, dado que se había comprado la casa tan lejos de la playa, pero Jan también necesitaba la soledad y la tranquilidad que le proporcionaba vivir en la montaña. Al menos antes había pensado así. Ahora ya no estaba tan seguro.

Echaba de menos la compañía. *Su* compañía. En los últimos cuatro meses se había dado cuenta de lo que era sentirse solo de verdad.

Habían pasado tres días desde que ella había ido al estudio, y él se había comportado como un gilipollas. No había ido antes a buscarla porque primero había querido hacer algo. Algo importante. Era hombre de pocas palabras, prefería las demostraciones. Y había tardado tres días en preparar su «demostración».

Desde el mismo momento en que Tita le había dicho lo que significaba el tatuaje, había sabido lo que tenía que hacer. Lo que ella había hecho fue la última prueba que necesitaba para darse cuenta de que se había comportado como un necio. Con ese simple gesto, le había demostrado que con apenas veinte años era mil veces más fuerte que él, que sabía lo que quería y no dudaba en luchar por ello. Y él, con treinta y cuatro y muchas experiencias de todo tipo..., había resultado ser un cobarde inmaduro...

Ya no pensaba luchar más contra ella ni contra sus sentimientos. Eso se había acabado. Estaba agotado de pretender que podía

seguir adelante solo, sin ella. No sabía lo que les depararía el futuro, pero no pensaba desaprovechar ni un día más de su vida. Quizá la decisión fuese egoísta. Quizá. Pero era una decisión compartida. A medias. Lo que deseaban los dos. Y ahora que la había tomado, no tenía ni idea de qué le había impulsado a comportarse como si fuese un dios todopoderoso hacía cuatro meses, y a sentenciar las vidas de ambos, decidiendo sobre su destino, como si solo él tuviese voz en aquella ecuación. ¿Quién se había creído que era para decidir por ella, para controlar su vida?

Meneó la cabeza, pesaroso, recordando lo que le había dicho entonces: *Es lo mejor, Oksana, ¿no lo ves? Es mejor para ambos. Es mejor para ti.* ¡Qué pagado de sí mismo había estado! Y cuánta razón había tenido ella al decirle que era un cobarde. *¡Eres un cobarde! Estás dispuesto a tirarlo todo por la borda por un quizá...* Era verdad que su futuro era incierto, pero ¿qué futuro era seguro al cien por cien?

En ese instante la vio abandonar el restaurante. Llevaba una chaqueta vaquera sobre su uniforme negro y su mochila de cuero a la espalda. Se sujetó el alborotado cabello con la mano y miró al cielo con expresión preocupada, arrugando algo la nariz. Luego su mirada se dirigió a la playa.

Él se puso en movimiento. El viento arreció y le arrancó la capucha de la sudadera negra de la cabeza, dejando su cabello rubio al descubierto. No supo si fue eso lo que llamó su atención, pero de pronto ella se dio la vuelta. Se quedó quieta y le miró con serenidad. No parecía sorprendida. Se arrebujaó en su chaqueta y le esperó. Él se detuvo al llegar a su lado. No dijo nada. Clavó sus ojos en los de ella. Como de costumbre su belleza le robó el habla. Transcurrieron un par de silenciosos segundos.

—Hola Oksana —dijo al fin.

—Hola Jan. —Su voz sonaba tranquila.

Una nueva ráfaga de viento hizo que la melena se le arremolinase en torno al rostro. Él no le dio tiempo a que pudiera sujetársela. Levantó la mano y cogió un par de mechones, colocándoselos detrás de la oreja. Luego se retiró con lentitud, dejando que sus dedos se deslizasen por su mejilla y su mandíbula, disfrutando con el tacto de su piel.

Ella le dejó hacer.

De nuevo el silencio volvió a reinar entre ellos. No habían dejado de mirarse ni un instante.

Entonces ella sonrió.

Y esa sonrisa le calentó por dentro y le hizo sentirse como en casa.

Le tendió la mano, con una peculiar sensación de euforia recorriéndole las venas. Ella no dudó en tomarla. Tenía los dedos fríos y él los estrechó con delicadeza. Tiró de ella, instándola a ponerse en marcha y a seguirle. Lo hizo. Se acomodó a su paso y él la condujo hasta el paseo marítimo. Estaba vacío. Eran los únicos valientes que desafiaban al temporal que comenzaba.

Caminaron despacio, de la mano, como si se encontrasen en un precioso día de primavera y el sol brillase sobre sus cabezas.

Jan la observó de reojo. Las palabras que hacía unos días le había dicho Cas resonaron en su cabeza: *Si no fueses tan terco y fueras más inteligente, estaría en tu vida y no tendrías que seguirla como un estúpido, la llevarías de la mano, a tu lado.* Sonrió internamente. A veces su puñetero hermano era tan inteligente...

—Has tardado mucho en venir a buscarme —dijo ella de pronto, sacándole de sus cavilaciones.

—Había algo que tenía que hacer primero —respondió, deteniéndose y obligándola a pararse también. Se colocó frente a ella y la miró con fijeza. Su pelo volaba en todas direcciones y él levantó el brazo y trató de sujetárselo.

—¿Qué es eso? —preguntó ella al ver el plástico que asomaba por la manga de su sudadera.

—Eso es lo que tenía que hacer antes de poder venir a buscarte.

Ella le miró con una expresión interrogante.

Él le sonrió, antes de levantarse la manga por completo y enseñarle el antebrazo y el tatuaje recién hecho que lo cubría, y que se podía leer perfectamente a pesar del papel film. Seis letras negras en cirílico, bellamente trabajadas.

Оксана

—No podía consentir que solo tú llevaras mi nombre sobre la piel, ¿no crees?

Ella retrocedió un par de pasos, con las manos sobre la boca y un brillo de sorpresa en la mirada.

—Quiero que vuelvas a casa —dijo él en voz baja sin tratar de acercarse.

Oksana le miró con los ojos muy abiertos. La calidez que brillaba en ellos le dejó sin respiración.

—Estoy harto de fingir que no me importas, que no te deseo, que no te echo de menos...

—Pues no finjas —murmuró ella con la emoción vibrándole en la voz—. Estás... guapo. Me gusta tu pelo... y tu barba —musitó.

—Y tú te has cortado el pelo —dijo él—. Estás preciosa.

Ella sonrió, y él volvió a enamorarse de ella.

—Te quiero —le dijo. Y no pudo evitar que el corazón se le expandiese en el pecho al decir aquello.

—Lo sé. —La sonrisa de ella se hizo más amplia.

Las primeras gotas de lluvia cayeron sobre sus cabezas.

Jan dio un paso hacia delante y la sujetó por la cintura, atrayéndola hacia sí, luego se inclinó para poder besarla. Ella se puso de puntillas y se abrazó a su cuello.

—*Ya tebya lyublyu* —murmuró contra su boca.

—Lo sé —respondió él posando finalmente sus labios sobre los de ella

El viento soplaba con fuerza.

Jan cerró los ojos y disfrutó del beso y del contacto de su cuerpo, que se pegaba al suyo como si quisiera traspasarle. Le vino a la mente una imagen que había visto hacía años en un documental en televisión. La imagen de una escultura gigantesca de metal que representaba los cuerpos de un hombre y una mujer que se iban acercando, y lentamente se fundían uno en el otro hasta llegar a ser uno. Era un monumento móvil que se encontraba en Georgia, creía. En aquel entonces se había preguntado qué se sentiría al ser uno con otra persona.

Ahora lo sabía.

Las nubes se abrieron definitivamente y una lluvia torrencial se derramó sobre ellos, empapando su beso.

Él se apartó unos milímetros y la contempló, totalmente desbordado por los sentimientos. Las gotas caían sobre su cara y

ella pestañeaba para apartarlas de sus ojos y poder seguir mirándole sin interrupción. Se vio reflejado en sus pupilas, desdibujado y pequeño, pero en realidad se sentía entero y enorme, a su lado. Presa de la emoción, la abrazó con fuerza y la obligó a apoyar la mejilla en su pecho, como si quisiera que ella escuchase su corazón, latiendo furioso; como si desease que supiera que de alguna manera latía por ella.

—Podría quedarme aquí, viviendo en este abrazo para siempre —susurró conmovido.

Ella no dijo nada, pero se aferró a él con fuerza. Él alzó la barbilla y dejó que la lluvia le golpease sobre la cara, llevándose con ella todo el dolor y la incertidumbre de los últimos meses.

—¡Ven! —exclamó al cabo de unos instantes, apartándose y cogiéndola de la mano.

Ella dejó escapar un pequeño grito de sorpresa por lo brusco de su retirada, pero se aferró a él, y juntos corrieron en dirección al restaurante, donde él había dejado el coche aparcado. Para cuando llegaron estaban calados.

Se instalaron en el interior del vehículo y él la miró de reojo. Tenía la melena negra pegada a las mejillas. Gotas brillantes pendían de sus pestañas, residuos de lluvia. Estaba hermosa.

Y sonreía.

Introdujo la llave en el contacto y puso la calefacción. No hacía mucho frío pero ella temblaba y trataba de cerrarse la cazadora empapada. Se giró en el asiento y cogió la manta que siempre llevaba atrás.

—Toma —le dijo—. Quítate la chaqueta y ponte esto.

Ella tendió la mano y la cogió. Se la quedó mirando absorta unos instantes, y él se preguntó si también recordaba que esa era la manta que había utilizado aquella noche en la carretera cuando la había encontrado malherida... Parecía que había pasado un siglo de aquello y en realidad solo habían transcurrido unos meses... ¡Cuántas cosas habían sucedido en ese tiempo! Él ni siquiera se sentía como la misma persona...

Ella se quitó la chaqueta y se envolvió en la tela de cuadros.

En ese momento la canción de Elvis rompió el silencio. Jan se metió la mano en el bolsillo, buscando su móvil. La miró a hurtadillas

a ver si ella se había percatado de la melodía, y descubrió que se había puesto roja. ¿Por qué? Sorprendido, miró la pantalla de su teléfono. Estaba apagado, pero la canción de Elvis seguía sonando.

Oksana se había inclinado y rebuscaba en su mochila. Finalmente encontró su móvil, que era el que sonaba con insistencia, y aceptó la llamada.

Jan esbozó una sonrisa socarrona y se llevó la mano al mentón, acariciándose la barba, divertido.

—Es para ti —le dijo ella de pronto, tendiéndole el teléfono. Seguía ruborizada—. Es Cas.

Jan tendió la mano y cogió el teléfono con un gesto extrañado.

—Dime.

—Joder, os habéis empapado allí abajo. —La voz de su hermano rebosaba buen humor.

—Eres gilipollas —repuso Jan, cerrando los ojos, sin poder evitar que una sonrisa curvase sus labios. ¡Cas era un imbécil!

—He visto tu coche aparcado desde el balcón. Y luego te he visto a ti como un adolescente enamorado esperándola. Y claro, Elisa y yo hemos cogido sitio en primera fila y hemos apostado a ver cómo reaccionaba Oksana. —Emitió una risotada—. Elisa, que es más romántica, apostaba que iba a caer rendida a tus pies... Yo esperaba que te pegase una bofetada, al menos. Creo que he perdido...

—¿Por qué no me has llamado a mi móvil?

—Suponía que no lo ibas a coger... después de ese beso...

—Voy a colgar —repuso Jan alzando la mirada al techo del coche.

—En serio, Jan. —El tono de la voz de Cas cambió—. No sabes lo que me alegra que hayas recuperado la razón, joder... Te mereces ser feliz... Y ella también...

Jan sintió una pequeña opresión en el pecho al escucharle decir eso. De reojo pudo observar que Oksana le miraba con la frente arrugada.

—Te dejo. Ya hablaremos —murmuró apresuradamente y colgó.

—¿Pasa algo? —preguntó ella mientras él le devolvía su móvil.

—No, no pasa nada. Cas quería que supiésemos que nos ha visto desde el balcón. Nada más.

Oksana no dijo nada pero sonrió, meneando la cabeza.

—Me gusta tu tono de llamada —le dijo él.

—Sé que es un poco... tonto —comenzó ella, mordiéndose el labio inferior—, pero...

—Lámame —le pidió él.

Ella le miró sin comprender.

—Lámame al móvil —insistió.

Ella no se hizo de rogar. Desbloqueó el teléfono y le llamó.

Los primeros acordes de *Can't help falling in love* llenaron el interior del vehículo, de nuevo. Ella levantó la vista y le miró a los ojos, mientras él le mostraba su móvil con una sonrisa de medio lado. Guardaron silencio durante unos segundos. La voz de Elvis los envolvió. Finalmente él cortó la llamada y ella se echó a reír. La contempló fascinado. Era la primera vez que escuchaba su risa, así, dirigida a él. Y era clara, algo ronca y contagiosa.

—¡Somos idiotas! —le dijo ella con los ojos chispeantes.

—No. Tú no —repuso él—. Yo soy idiota, sin duda.

Ella no dijo nada, solo le miró con la risa todavía flotando en su rostro.

—¿Vamos a casa? —preguntó él al cabo de unos segundos.

—Sí.

Capítulo Treinta y Ocho

Cuando llegaron a casa de Jan, llovía a mares. Se bajaron del coche y corrieron hacia la entrada. Una vez dentro, él fue al baño a buscar un par de toallas mientras ella colgaba la manta sobre el respaldo de una silla. Él regresó, frotándose el pelo con energía. Le tendió la otra toalla.

—¡Has comprado una televisión! —exclamó ella al ver el aparato en la estantería. Se acercó y lo observó con curiosidad mientras se secaba el pelo.

—Sí.

—Pero creía que no te gustaba ver la tele.

—Y no me gusta demasiado, pero pensé que a ti sí.

Ella se dio la vuelta y le miró. Él había dejado la toalla sobre el sofá y se había quitado la sudadera, dejando al descubierto la camiseta blanca de manga corta. Sobre su antebrazo izquierdo destacaba su nombre. Se acercó, sin poder apartar la vista de aquellas letras negras...

—¿Cuándo te lo has hecho?

—Ayer —repuso él—. Me lo hizo un amigo que es un buen tatuador.

—Es muy bonito...

—Es más bonito por lo que significa, Oksana.

Ella no pudo evitar estremecerse al escucharle decir aquello. Para ser un hombre al que no se le daban bien las palabras, como sostenía, siempre terminaba por encontrar las más apropiadas. Despegó los ojos del tatuaje y los clavó en su cara.

—Lo significa todo —le dijo ahora con voz ronca y aterciopelada, taladrándola con la mirada.

Ella levantó la mano y la posó sobre su mejilla, maravillándose con el tacto de su barba. Al contrario de lo que pudiera parecer a simple vista, era suave. Él inclinó la cabeza hacia un lado y dejó que ella le acariciase el rostro. El corazón de Oksana se desbocó al

contemplar a ese hombre de aspecto rudo entregándose a ella de esa manera.

—Sé que tenemos muchas cosas de las que hablar, Jan — musitó—. Pero ahora solo quiero que me abracés.

—*Dein Wunsch ist mir Befehl*^[75]... —susurró él, dando un paso hacia delante, sujetándola por las caderas, y atrayéndola hacia sí.

—Juegas sucio —le reprendió ella con una sonrisa en los labios, agarrándole por el talle y apoyando la mejilla sobre su pecho.

—Tus deseos son órdenes para mí. Eso he dicho —dijo, y luego, con un tono de voz más suave, añadió—: No sabes las ganas que tenía de tenerte aquí, entre mis brazos... de vuelta en casa.

—Yo también te he echado de menos, Jan..., no sabes cuánto... —Levantó la barbilla y le besó en el cuello. Los pelos de su barba le hicieron cosquillas en los labios, y su aroma, que tanto había añorado, la envolvió.

Entonces él gruñó de una manera gutural, bajó las manos y, agarrándola con firmeza por las nalgas, la levantó en el aire poniéndola a su altura. Ella se aferró a su cuello. Se miraron en silencio durante unos segundos. Ambos tenían la respiración agitada y sus bocas se encontraban a solo milímetros de distancia. A pesar de que parecía que era él el que iba a abalanzarse sobre ella de un momento a otro, fue ella la que hizo el primer movimiento. Cerró los ojos y le besó. Sin timidez. Empleándose a fondo. Utilizando sus labios, su lengua y sus dientes. Sin pudor. Él correspondió a su beso con la misma intensidad, y a ella le pareció diferente a otros besos que habían intercambiado. No solo porque su barba le resultase novedosa, sino también por su entrega. Más bien la de ambos. Era quizá la primera vez que se besaban sin que hubiera ninguna sombra acechándoles. Enterró las manos en su nuca y trató de pegarse más a él. Sintió sus manos apretando sus glúteos y enroscó las piernas en torno a su cintura, ansiosa por recibir más, por darle más...

Como si le hubiera leído los pensamientos, comenzó a andar sin dejar de besarla. Abrió los ojos y vio que se dirigían a su dormitorio. Un pequeño gemido excitado se escapó de su boca.

Una vez allí, la depositó sobre la cama y se apartó. Ella le miró con los ojos entornados, echando de menos el calor de su cuerpo.

Pero él solo se había alejado para quitarse la camiseta. Lo hizo con cierta violencia, arrojándola al suelo después, dejando al descubierto la cicatriz de unos diez centímetros de largo en el centro de su torso, por debajo de las costillas.

Oksana sintió cómo el corazón le daba un vuelco al verla. Se incorporó sobre las rodillas y alargó la mano. La rozó con delicadeza con la punta de los dedos. La cicatriz no tenía mal aspecto, apenas era una fina línea blanca con los bordes sonrosados... probablemente, según avanzase el tiempo, sería menos visible, pero lo que significaba era terrible. Jan había estado a punto de perder la vida por ella. Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Estoy bien —murmuró él, percatándose de su reacción—. Estoy perfectamente.

Ella negó con la cabeza y siguió mirando la cicatriz.

—A veces me pregunto cómo puedes siquiera mirarme a la cara... —susurró con voz queda en la que se filtraba una mezcla de vergüenza y de dolor.

—Mírame, Oksana —le ordenó—. Ha merecido la pena. Cualquier cosa merece la pena con tal de tenerte aquí conmigo.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque es la verdad —repuso con seriedad—. Y volvería a pasar por lo mismo mil veces. —Le sujetó las mejillas y volvió a besarla, acallando así cualquier protesta que pudiera surgir de su boca.

Ella se abrazó a él con fuerza; le acarició la espalda y se abandonó al beso. Apenas se dio cuenta de que él le desabrochaba la camisa del uniforme y se la quitaba. Después hizo lo mismo con su sujetador. Cuando sintió la cálida piel de él contra su pecho desnudo, se estremeció.

—No sabes lo que significó para mí ver mi nombre tatuado sobre tu piel —susurró él, apartándose y desviando la mirada para contemplar el tatuaje de su brazo, cubierto por el plástico.

—Ya no sabía qué más hacer para convencerte, la verdad. —La voz le salió entrecortada.

—Fui un gilipollas, Oksana. He estado tan ciego... —Apoyó la frente contra la suya y suspiró—. Pero se acabó. Se acabaron las vacilaciones.

—Lo sé.

Permanecieron un rato en silencio. Él le masajeaba la espalda con suavidad y ella no tardó en desear que fuese más osado, que volviera a besarla, a devorarla con su boca, a acariciarla... Se ciñó a él, buscando su roce, su calor... Y él pareció entender a la perfección lo que ella necesitaba. Inclino la cabeza y la besó, al tiempo que la sujetaba por las caderas y la pegaba contra él. Notó su erección contra su vientre a través de los vaqueros de ambos y gimió excitada, arqueando la espalda y ofreciéndose a él. Él se retiró brevemente y se desembarazó de sus zapatillas y de sus vaqueros, contemplándola con una mirada depredadora que hizo que se le acelerase el pulso. Se deshizo también de sus calzoncillos... Y de pronto, allí estaba, desnudo frente a ella.

Le recorrió con la mirada febril. La mitad de su cuerpo bronceada, la otra mitad cubierta de tinta de colores. Con esos músculos firmes que al principio la habían intimidado cubiertos de una fina capa de sudor... Y, emergiendo de entre sus piernas, una erección vibrante. Sintió cómo se le endurecían los pezones y se le ponía la carne de gallina. Se lamió los labios con lentitud, impaciente por sentirle cerca y que la envolviese con su cuerpo. Sin dejar de mirarle, se sentó en la cama y se despojó de sus zapatillas, sus vaqueros, y también de sus bragas. Una sonrisa pícaro, poco común en ella, se instaló en su boca al percatarse de que la respiración de él se tornaba irregular. Se tumbó de espaldas y le invitó a unirse a ella con la mirada. Él se acercó a la cama, contemplándola de arriba abajo con los ojos brillantes por el deseo.

—¡Dios! Eres perfecta... y *mía*...

Y lentamente se acostó sobre ella, cubriendo su cuerpo con el suyo más grande, tapándola por completo. Oksana dejó escapar un suspiro al sentir su peso aplastándola contra el colchón, y toda esa cálida carne firme rodeándola. Él apoyó los antebrazos a ambos lados de su cabeza y comenzó a besarla con abandono, primero las mejillas, luego el cuello, descendiendo hasta la parte superior de sus pechos. Ella comenzó a jadear. Los pelos de su barba le hacían cosquillas allá por donde pasaban.

—*Mein Gott! Bist du wunderschön!*^[76] —exclamó él, antes de apoderarse de uno de sus endurecidos pezones con la boca. Lo

mordisqueó ligeramente con sus dientes y ella dio un respingo.

—¡Jan! —gimió, excitada. La erección de él, entre sus piernas, palpitó, y ella relajó los muslos y los abrió, ofreciéndose a él por completo.

Pero él ignoró la invitación y, con una parsimonia exasperante, continuó la exploración con su boca no dejando desatendido ni un solo cachito de su piel. Cuando llegó a su abdomen lo lamió con suavidad haciéndola vibrar.

—*Bozhe moy!* —exclamó ella, retorciéndose debajo de él. Le costaba respirar y sintió cómo todo su cuerpo se tensaba.

Entonces él descendió unos centímetros más, construyendo un camino de suaves besos hasta que ella sintió su aliento sobre su sexo. Se puso rígida. Él alzó la mirada y clavó sus ojos en los de ella. Tenía las pupilas dilatadas por la excitación. Siguió mirándola mientras acortaba la distancia que los separaba. El calor invadió su vientre y echó la cabeza hacia atrás, aferrándose con las manos a la colcha. Después su lengua la rozó... y gritó.

La devoró, al igual que había hecho con su boca minutos antes.

—*Bozhe!*

Le separó los muslos con las manos para tener mejor acceso, y ella vibró al sentir sus ásperas palmas contra la suavidad de su piel. Esas manos... ¡Dios, esas manos! Pero no tuvo tiempo de recrearse con su caricia, porque él comenzó a utilizar su lengua, sus labios e incluso sus dientes para proporcionarle placer.

—Jan, Jan, Jan... —comenzó a balbucear, presa de la agitación. Notaba cómo el ardor iba creciendo dentro de ella y la humedad era cada vez más evidente. Comenzó a retorcerse, pero él la sujetó con firmeza por las caderas, no permitiendo que huyese de su íntimo beso—. No voy... a poder aguantar... más... —gimió. Trató de cogerle del pelo, de apartarle, pero él enterró la cara entre sus piernas y continuó volviéndola loca.

Solo habían pasado unos segundos cuando se le contrajo el abdomen, al tiempo que sentía como un río de lava brotaba de su interior. Se tensó. El clímax la alcanzó con fuerza. Gritó, sorprendida y sobrepasada por las sensaciones. Mientras todo su cuerpo convulsionaba, apenas se dio cuenta de que él abandonaba su posición y se tendía sobre ella, abrazándola.

—Te tengo —le susurró al oído, y al escucharle decir aquello, sintió cómo las lágrimas se desprendían de sus ojos y le rodaban por las sienes para ir a perderse en su cabello.

* * *

Jan sabía que pesaba demasiado aun así se resistió a retirarse. Era consciente de que su orgasmo había sido arrollador y la había dejado expuesta y temblorosa. Se negaba a apartarse de ella en ese instante de vulnerabilidad. La miró con fijeza, cautivado por el tono sonrosado de su piel, por sus labios entreabiertos, por sus ojos cerrados cuyas pestañas negras proyectaban curiosas sombras sobre sus mejillas; y sobre todo por la humedad que había brotado de ellos y resbalaba hasta su pelo. No pudo resistirlo. Se acercó e hizo desaparecer las lágrimas con suaves besos.

La adoraba.

Y no pensaba volver a soltarla nunca más.

Levantó la cabeza y la descubrió mirándole con esos ojos seductores llenos de cálido afecto —más que afecto en realidad—.

—Jan. —La palabra fue casi una caricia.

—Dime.

—No, solo eso. Jan.

Él sonrió.

Ella se movió y él trató de equilibrar su peso para no aplastarla. Sin pretenderlo —o a propósito—, se restregó contra su erección, y él dejó escapar un gemido placentero. Tenía ganas de enterrarse en ella, de que su sexo le engullera y le envolviera como ya había sucedido hacía meses. De derramarse dentro de ella.

Oksana alzó los brazos y los enroscó en torno a su cuello, tirando de él hacia abajo. Sus labios se encontraron.

—Sabes a mí —susurró—. Es... estimulante. —Parecía sorprendida.

Jan volvió a besarla, excitado por su respuesta. Ella se apretó más a él, abriendo las piernas para que se acomodara entre ellas. Sintió el calor emanando de su sexo y su impaciencia por poseerla aumentó.

¡Cómo la deseaba!

Alargó el brazo y abrió el cajón de la mesilla para sacar un condón. Pero ella le detuvo con un gesto.

—No lo necesitas —murmuró—. Estoy tomando algo.

Jan giró la cabeza y la miró. Ella le contemplaba fijamente, con la respiración acelerada y todo su cuerpo temblando ansioso. Solo imaginarse que iba a poder sentirla sin ningún impedimento entre ellos hizo que su miembro comenzase a pulsar como loco. Gruñó apreciativamente, dándole un beso rápido en los labios. Los ojos de ella refulgían anhelantes y él se preguntó si los suyos mostrarían un deseo parecido. Dejó de pensar. No era el momento. Cerró los ojos, y se deslizó dentro de ella de una sola embestida, con menos suavidad de la que le hubiera gustado.

Verdammt! Verdammt! Verdammt!

Una exclamación mezcla de rugido y jadeo emergió de su garganta. ¡Qué sensación más increíble estar envuelto por todo ese fuego vibrante! No había nada comparable a aquello.

—¡Jan! —gritó ella y él abrió los ojos para posarlos sobre su acalorado rostro.

—¿Te he hecho daño? —Le costaba hablar.

—¡No! ¡No! —murmuró entrecortadamente.

Él dejó escapar el aire que había estado conteniendo y sin dejar de mirarla comenzó a moverse, lentamente. La sensación era tan distinta y tan intensa que notó cómo le temblaban los brazos.

—Joder, Oksana... —masculló, incapaz de decir nada más coherente.

Ella balbuceó algo que no pudo entender.

Daba igual. Las palabras no eran necesarias.

Se movía sin prisa, disfrutando de toda aquella cálida fricción, entrando y saliendo de su ardiente centro; restregando todo su cuerpo contra el de ella, que temblaba debajo de él. Y en ningún momento dejó de mirarla, recreándose con cada gesto, con cada pequeño cambio en su cara. Se percató de que las aletas de su nariz se agitaban y sus labios comenzaban a temblar. Él no se detuvo ni aceleró sus movimientos. Siguió enterrándose en ella una y otra vez, sintiendo cómo el calor iba invadiendo todo su cuerpo.

Ella le abrazó por el cuello con más firmeza tratando de atraerle hacia sí, pero él se resistió. Quería llegar al final mirándola a la cara. A la cara de la mujer que significaba todo para él.

Incrementó el ritmo y la profundidad de sus embestidas, sabiendo que solo era cuestión de segundos que ella alcanzase el clímax. Hizo un esfuerzo por contenerse, por detener el orgasmo que pugnaba por desencadenarse de un momento a otro.

Esperándola.

Cuando sintió cómo ella se contraía en torno a su miembro y la escuchó gritar su nombre con voz ahogada, supo que su momento había llegado. Cerró los ojos y se abandonó a la sensación que llevaba rato intentando controlar. El orgasmo le sobrevino de manera violenta, exponiéndole como la había expuesto a ella antes. Se derramó dentro de ella, sintiéndose fuerte y débil a la vez. Poderoso y vulnerable. Dominador y dominado.

Entonces ella le sujetó la cara entre las manos y le susurró al oído:

—Ahora soy yo la que te tiene a ti.

Se estremeció mientras una última convulsión sacudía su cuerpo.

Capítulo Treinta y Nueve

Después de la intensidad de su unión se habían quedado dormidos, uno en brazos del otro, exhaustos. Pero ya hacía rato que él se había despertado. La luz crepuscular entraba por la ventana. Había dejado de llover.

Oksana yacía de lado, con el brazo sobre su estómago. Giró la cabeza y la miró. El corazón le dio un brinco en el pecho. ¿Cómo era posible que esa maravillosa mujer estuviese allí junto a él y hubiera decidido quedarse a su lado? Apenas podía creerlo.

Con cuidado para no despertarla, le apartó el brazo con suavidad y se alejó de la calidez de su cuerpo, arrepintiéndose en el acto. Pero sus necesidades no admitían demora. Fue al baño con rapidez y aprovechó para lavar los restos de su encuentro, patentes en su entrepierna. Se dio una ducha rápida. Mientras el agua caliente se derramaba sobre él, cerró los ojos y rememoró la sensación de haberse hundido dentro de ella sin ningún estorbo entre ambos. No recordaba cuándo había sido la última vez que había practicado sexo sin un preservativo de por medio; cuando era adolescente, quizá. Solo de pensar en cómo se había sentido estando dentro de Oksana volvía a excitarse. Resopló, tratando de contener el deseo que comenzaba a formarse en su interior.

Se apresuró a secarse y retornó al dormitorio. La contempló, absorto. Dormía en la misma posición que él la había dejado, de lado, con las piernas encogidas y el pelo desparramado sobre su cara. Las curvas de su pálido cuerpo destacaban sobre las sábanas de color azul marino. Se sentó en el borde de la cama, apoyó los codos sobre las rodillas y enterró la cara en las manos, exhalando un suspiro.

Tenían que hablar. Había tantas cosas pendientes entre ellos. Tantas conversaciones a medias, tanto por decidir... Y si bien la pasión los había arrastrado antes, impidiéndoles pensar, había algo que él deseaba decirle con urgencia. Quería sincerarse del todo.

La suavidad de sus manos acariciándole los hombros le hizo dar un respingo. Ella se sentó y enroscó las piernas a su talle y los brazos a su cintura. Después apoyó la mejilla sobre su espalda.

—Te echaba de menos —musitó.

Él le acarició los brazos con suavidad.

—No me he ido a ninguna parte.

—Eso espero. —Le aferró con más fuerza—. Estos meses sin ti han sido... horribles.

Él tensó los músculos del cuello al oír la tristeza en esas palabras.

—También han sido malos para mí. —Hizo una pausa—. No sé si algún día podrás entender por qué lo hice, por qué te dejé marchar. A veces ni yo mismo lo entiendo, aunque en ese momento me pareció lo más justo para ti. —Dejó caer la cabeza hacia delante—. Sé que fui un cobarde, Oksana. Sé que no debí decidir por ti. Pero... pero la situación de aquel entonces sigue siendo la misma... Lo sabes, ¿verdad? Nada ha cambiado. —Odió la ansiedad que se reflejaba en su voz.

—Si te refieres a lo de... la ETC, lo sé. Sé que nada ha cambiado.

—Consulté con otro especialista, en Madrid. Pero su diagnóstico ha sido el mismo. No hay nada concluyente, de momento. Tengo que hacerme pruebas cada seis meses...

Ella guardó silencio, a su espalda, y él deseó poder verle la cara.

—Jan —dijo ella al cabo de un rato—. Sea lo que sea, lo afrontaremos. Juntos. Tú y yo.

Esas palabras que había ansiado escuchar le llegaron a lo más hondo de su alma. Quería ser fuerte por ella, por él, por ambos, pero si había una persona ante la que poder mostrarse vulnerable, esa era ella. Delante de Oksana podía desnudarse, exponerse de verdad. Exhaló lentamente.

—Ya sabes lo de mi entrenador y su suicidio... Fue algo espantoso, verle deteriorarse poco a poco y después ese final... En el mundillo se hablaba de ETC... —vaciló—. Hace meses, cuando el neurólogo me dijo por primera vez que los dolores de cabeza podrían tener algo que ver con lo de las peleas... me acojoné —suspiró—. Recuerdo que vine a casa y pasé toda la noche en vela

intentando asimilarlo. Me convencí de que iba a morir... pronto. Creo que en todo momento he pensado así, la verdad... Y a pesar de que una parte de mí luchaba por creer que no era cierto, la otra lo había aceptado... —Hizo una pausa y la voz le salió entrecortada—. Pero entonces... llegaste tú, y todo se volvió más claro, más posible, más tangible... más complicado también... ¿Tiene algún sentido esto que digo o suena como una locura?

Ella no respondió. Se limitó a apretarse más contra él, enterrando las manos en los músculos de su estómago.

—Pues esto es lo que te ofrezco, Oksana. Esto es lo que hay. Soy un hombre defectuoso, pero soy tuyo. No sé si tendremos un futuro largo o corto, pero el que tengamos, quiero pasarlo contigo —dijo, acariciándole los brazos—. Llámame egoísta...

—¿Egoísta? —le interrumpió. Su voz sonaba sorprendida—. No conozco hombre más generoso que tú.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes.

—Es posible, pero nada de lo que hayas hecho va a poder cambiar lo que pienso de ti, Jan. Nada.

Él apretó los dientes.

—En el último año he hecho... cosas de las que no me enorgullezco, pero tampoco me arrepiento...

Las caras llenas de miedo de los desgraciados a los que había amedrentado acudieron a su mente. Rebuscó en su memoria, tratando de encontrar los remordimientos que debían acompañar a esas escenas, pero no los halló.

—Hubiera podido llegar más lejos todavía —continuó con voz ronca—. Mucho más.

Ella seguía sin decir nada, pero comenzó a depositar suaves besos sobre su espalda.

—La noche de la pelea, si no hubiese estado en juego tu libertad, habría matado a Ivan, aunque hubiese tenido que hacerlo por la espalda... —dijo con un tono de voz no exento de ira. Quería que ella supiese la verdad, quién era él en realidad, la persona en la que se había convertido.

—Sin duda se merece algo peor que la muerte, Jan —murmuró al cabo de unos instantes—. Lo que les hacía a las chicas... —se le quebró la voz.

Se giró y tiró de ella con firmeza, acomodándola sobre su regazo de medio lado. La tristeza le nublaban las facciones. Él le recorrió la espalda con las manos, con suavidad, de arriba abajo. A pesar de que ambos estaban desnudos no había ninguna connotación sexual en su caricia.

—Sabes que nunca más te va a hacer daño, ¿verdad? Ni él ni Bajram van a volver a hacerte ningún daño. Ni a ti ni a nadie más.

El tema Bajram era algo que siempre conseguía sacarle de sus casillas. Seguía en la cárcel. Ni todos los contactos del mundo habían conseguido que pudiera salir de prisión; ni él ni sus secuaces. Aparte de las chicas que iban a declarar en su contra, habían aparecido nuevos testigos de otras actividades delictivas de las que ni el propio Jan había tenido idea. Ahora no solo se le acusaba de trata de seres humanos, abusos sexuales y agresión, sino también de tráfico de estupefacientes, coacción, extorsión, soborno y otros tantos delitos más. Y muchas cabezas, incluso en las altas esferas policiales y políticas, se estaban viendo comprometidas. Estaba claro que no iba a salir de la cárcel al menos en los próximos años.

—Lo sé —murmuró ella—. No es eso, no tengo miedo. Es solo que cada vez que hablo con Olga y me entero de nuevas cosas que ese... ese... cerdo les hacía a ella y a las otras, me siento terrible —le temblaba la voz—. A fin de cuentas yo tuve suerte. —Meneó la cabeza con tristeza.

Jan cerró los ojos mortificado, depositando un suave beso sobre su frente. No podía soportar imaginar a Oksana en poder de Bajram. Cada vez que pensaba en ello le costaba respirar. Si pudiera borrar esos meses que ella había pasado en manos de ese cabrón... si solo sus caricias fuesen suficientes para eliminar cualquier rastro que las manos del otro hubiese podido dejar sobre su cuerpo...

—No te atormentes, Jan —le dijo, acariciándole la mejilla—. Esos meses horribles me parecen tan lejanos... como si todo aquello le hubiese pasado a otra persona y no a mí. Desde el mismo momento en que tú me encontraste en la carretera me convertí en alguien diferente... —suspiró, enterrando la cara en su cuello.

Jan se quedó inmóvil unos instantes, meditando sobre lo que ella acababa de decirle.

—Crees que yo te salvé, ¿verdad, *Schneewittchen*? —preguntó, besándole el cabello.

—Lo hiciste —repuso ella.

Él negó con la cabeza.

—No. Tú fuiste la que me salvó. Antes de que llegases a mi vida, estaba a punto de tirar la toalla, de rendirme..., pero entonces apareciste y me salvaste de convertirme en un monstruo.

—No eres un monstruo, Jan. —Ella levantó la cabeza y le miró.

Él enredó los dedos en su pelo.

—Solo porque tú evitaste que me convirtiese en uno.

—¡No! —exclamó ella con fiereza—. Jamás lo has sido. Eres mi príncipe azul, ¿recuerdas?

Él se echó a reír y la abrazó con fuerza, con el corazón henchido de felicidad. Qué más daba si ella pensaba que no era un monstruo. Él sabía la verdad. Sabía que todo se lo debía a ella. Le había rescatado de convertirse en un hombre amargado, en un hombre sin futuro... Había estado perdido y ella le había encontrado.

«Que crea lo que quiera. Yo sé que ella ha sido mi salvadora», se dijo.

Ignoró sus curvas que se amoldaban a su cuerpo a la perfección, despertando sus deseos más carnales, y enterró la nariz en su pelo. ¡Cómo la había echado de menos! Ese fragancia limpia y sutil, ese olor...

—Tu príncipe azul... —Esbozó una sonrisa.

—Sí. —Ella asintió con gravedad, como si estuviese convencida de que esa descripción casaba con él.

—Hace muchos años, cuando era un crío, me juré a mí mismo que me casaría con Blancanieves.

—Lo sé. Cas me lo contó.

—¡Joder! —exclamó con una ceja arqueada—. Cas es un bocazas.

El rostro de ella se iluminó con una sonrisa.

—Sí, lo es.

Jan dejó escapar una risa ahogada. Pero después se puso serio y la miró con mucha intensidad. Ella le miraba de la misma forma. Enroscó los brazos a su cuello y se pegó a su cuerpo, mientras que él la abrazaba con firmeza.

—Te quiero, Oksana —le dijo al oído—. No, no te quiero. *Te adoro...*

—*Ya tebya lyublyu*, Jan —respondió ella con voz queda.

Después, solo el silencio siguió a estas palabras, apenas interrumpido por el sonido de sus besos.

Epílogo

Diario de Oksana Novalnyova 23 de enero

Hoy es mi cumpleaños. Cumplo veintidós años. Mi querido esposo me ha regalado este diario. Me resulta curioso referirme a él como esposo aunque es una palabra que me encanta. Solo hace una semana de la boda. Una boda maravillosa e íntima, a la que solo asistieron Cas, Eli y la madre de Jan como testigos.

Me siento como en una nube.

Si alguien me hubiese dicho hace un par de años que mi vida iba a cambiar tanto no lo hubiese creído. Pero ahora estoy aquí y soy la mujer más afortunada del mundo.

Han pasado muchas cosas desde que escribí por última vez en un diario y al principio dudé. No sabía si escribir me iba a traer malos recuerdos, pero descubro que no, que puedo hablar sobre todo y que nada ha dejado una huella terrible en mí. Gracias a Jan...

Siento mucha nostalgia todavía cuando recuerdo a mi prababushka, pero sé que ella se alegraría por mí si pudiera verme ahora mismo. Todo lo que había soñado y mucho más se ha cumplido.

Sigo en la universidad. Es ya mi segundo año y estoy muy satisfecha con mis resultados. La semana que viene tengo los exámenes del primer cuatrimestre. Estoy algo nerviosa aunque Jan dice que los nervios se deben a otra cosa. Quizá. No puedo evitar sonreír como una tonta cuando pienso en ello. Sí, probablemente los nervios se deban a lo otro.

Ayer regresamos de Madrid. Hemos ido a que Jan se haga pruebas, las mismas que se hace dos veces al año. Todo está bien. Nada ha cambiado. No sabemos si las cosas empeorarán en el futuro, pero hemos aprendido a vivir con ello y mientras estemos juntos todo irá bien. Disfrutamos cada día como si fuese el último.

Todo es perfecto.

Jan ha conseguido que me sienta valiosa e importante, algo que casi se me olvidó por un tiempo, pero que ya no voy a volver a olvidar.

Soy tan feliz, que a veces me duele. ¿Suena raro? Quizá. Pero es así. Y sé que a él le pasa lo mismo. No se cansa de repetírmelo.

¿He dicho ya que Jan es mi esposo?

Se me escapa la risa cada vez que pienso en ello.

* * *

Jan se quitó las gafas, se las metió en el bolsillo trasero de los vaqueros y se frotó el ojo izquierdo. Las secuelas de la fractura orbital habían llegado en forma de vista cansada y una pequeña pérdida de visión; nada que unas buenas gafas no pudiesen solucionar. Se apoyó en el umbral de la puerta y una sonrisa tonta le curvó los labios al verla allí sentada. Daba igual el tiempo que pasase, ella seguía produciendo ese efecto en él.

«Mi esposa».

Estuvo a punto de repetir las palabras en voz alta. Sonaban exactamente como debían sonar. Quizá solo hiciese una semana desde su boda, pero ella ya había sido su esposa con anterioridad, desde el primer momento en que había llegado a su vida no había existido otra.

Oksana, su mujer, su vida...

—Veo que ya lo has estrenado —dijo, adentrándose en la habitación.

Ella se giró algo sobresaltada y dejó caer el bolígrafo. Le miró con los ojos brillando de entusiasmo.

—Por supuesto. —Se incorporó y se acercó a él—. No he podido esperar. Tenía que plasmar sobre el papel lo feliz que me hace mi esposo —enfatizó.

Él soltó una carcajada, contemplándola con adoración. Llevaba unos pantalones vaqueros y una camiseta de color azul que solo resaltaba más el color de sus ojos. La cogió por el talle y, con mucha delicadeza, la elevó a su altura para poder besarla más fácilmente. Ella correspondió al beso con avidez y él no pudo evitar que su corazón se acelerase al sentir la suavidad de su boca contra la suya. Nunca se cansaba de sus caricias ni de sus besos. Se le

tensaron los músculos de los brazos cuando ella se aferró a él con más fuerza.

—¿No llevas las gafas? Estás muy sexi con ellas —le susurró a meros milímetros de sus labios.

—No quería distraerte. Sé que cuando me las pongo soy irresistible, y quería que estuvieses concentrada para lo que viene a continuación —bromeó, apartándose para poder verla mejor—. Ya he terminado.

Ella hizo una mueca llena de curiosidad y él sonrió. Llevaba un par de meses preparando *la sorpresa*. Oksana sabía lo que era, por supuesto, aunque él no había dejado que se acercase al dormitorio desde hacía semanas.

—¿Puedo verlo ya? —La excitación se filtró en su voz.

La depositó en el suelo y le acarició la mejilla.

—Sí, pero solo si cierras los ojos y no los abres hasta que yo te diga.

—¡Prometido! —exclamó con solemnidad, obedeciéndole.

Él la tomó de la mano y tiró de ella con suavidad. Ella le siguió, acomodándose a su paso. Abandonaron el dormitorio y atravesaron el pasillo. Él se detuvo frente a la puerta de la otra habitación, esa que ella había utilizado al principio cuando había llegado a su vida. La miró de soslayo. Tenía los ojos fuertemente cerrados y temblaba de emoción. Él mismo se sentía nervioso. ¿Y si no le gustaba?

«Tonterías», se dijo por enésima vez. Le iba a gustar. Le iba a encantar. Por todo lo que significaba...

Aspiró hondo y cogió el picaporte. Abrió la puerta de par en par y entró, arrastrándola tras de sí. Se situó en el centro de la habitación y la colocó a su lado, pasándole el brazo por encima de los hombros. Ella seguía con los ojos cerrados. No había hecho siquiera un intento de abrirlos. La miró con fijeza, con el corazón encogido. No quería perderse su reacción.

—Ya puedes mirar.

Ella abrió los ojos.

Jan contuvo la respiración.

Una expresión mezcla de asombro y felicidad se mostró en su rostro al recorrer la estancia con la mirada. Se llevó una mano a la

boca y se le llenaron los ojos de lágrimas. Parecía abrumada. Jan le cogió la otra mano y la apretó.

—¿Te gusta? —le preguntó, volviendo la cabeza y mirando los cambios que había llevado a cabo.

Las paredes que anteriormente habían estado pintadas de blanco, ahora estaban pintadas de un lila pálido. Pegada a la pared donde antes había estado la cama ahora había una cuna blanca de generosas dimensiones, y a su lado una cómoda de tres cajones, también blanca, con un cambiador encima. Enfrente había un sillón cubierto por una manta de colores claros, y del techo pendía una lámpara con motivos infantiles. Había incluso un caballito balancín de madera junto al sillón.

—No tengo palabras, Jan... —susurró ella. Se colocó frente a él y le miró—. Es... es perfecto.

Él dejó escapar un suspiro.

—Menos mal. Si me llegas a decir que no te gusta... La verdad, he tenido un poco de ayuda. —Hizo una pausa y se rio—. Eli ha sido mi cómplice, no te voy a engañar. Cada vez que yo entraba en una de esas tiendas de bebés me sentía como un bicho raro. Y no te imaginas las caras de las dependientas. —Volvió a reír—. Tuve que acudir a ella.

Ella sonrió entre lágrimas, antes de soltarle y alejarse para inspeccionar todos los pequeños detalles. Él la siguió y la vio rozar con los dedos las cortinas de color lila y el móvil circular de pequeños animales de felpa que había colgado sobre la cuna. Acarició los animalitos con reverencia.

—Oh, Jan... —murmuró, llevándose ambas manos al pecho, incapaz de contener la emoción.

Él mismo sintió cómo se le estrechaba la garganta. La miró de arriba abajo, deteniéndose sobre su abultado vientre. Estaba en su séptimo mes de embarazo y él cada día la veía más hermosa. A veces se preguntaba cómo era posible que la vida le hubiera tratado tan bien, que hubiese sido tan magnánima con él a pesar de todos los errores que había cometido. Sí, era el hombre más afortunado del mundo.

—¿Crees que le gustará? —le preguntó. Se dio cuenta de que la voz le salía algo estrangulada, y carraspeó.

—Dudo mucho que sepa apreciar tus esfuerzos, al menos por el momento —dijo ella dándose la vuelta y mirándole—. Pero a su madre la has hecho la mujer más feliz del mundo. Es el mejor regalo de cumpleaños que podías hacerme.

—Ven aquí —le dijo con suavidad, extendiendo la mano.

Ella se acercó y le abrazó por el talle, apoyando la cabeza en su pecho, sobre su corazón, que latía con fuerza; justo sobre el lugar donde hacía unos días se había hecho un nuevo tatuaje. Era una frase.

Mein Schneewittchen, meine Frau, mein Leben, mein Alles.

Se lo había enseñado la noche de bodas, una noche que habían pasado solos en casa... Ella había llorado al enterarse del significado de aquellas palabras: *Mi Blancanieves, mi mujer, mi vida, mi todo.*

Eso era ella para él... su mujer, su vida, su todo... y tantas otras cosas más... su salvadora, la que le había enseñado a querer, la que le había devuelto su futuro... y ahora también la madre de su hija... Estaba total e irresistiblemente loco por ella...

Cerró los ojos y la estrechó con firmeza.

—*Ya tebya lyublyu, Oksana* —susurró, dándole un beso en la frente. Y luego bajó la mano, la posó sobre su vientre y añadió—: *Ya tebya lyublyu, Clara.*

Fin

LA CULPA DE TILL

Te quiero

© 2018 Laura Sanz

*Para
Paco, Angy, Fely, Mayte, Maribel, Nerea y
Amaya, que me prestó su nombre.*

“My good opinion once lost is lost forever.”
Jane Austen — *Pride and Prejudice*

Prólogo

Se levantó de la silla giratoria y se estiró tratando de desentumecer los músculos. Llevaba varias horas en la misma posición y la espalda le estaba matando. Se acercó a la ventana y contempló el exterior con una mueca desencantada. Llovía. Como todos los días desde hacía una semana. Posó los ojos sobre el cielo grisáceo. Tampoco parecía que fuese a dejar de hacerlo en las próximas horas. Dejó escapar un suspiro. Ese tiempo le tornaba triste y melancólico. Con la mirada perdida en el pequeño y embarrado parterre que rodeaba el edificio, pensó en otro cielo, uno más azul y más luminoso, uno que llevaba años sin ver.

Lo echaba de menos.

Trató de ahuyentar de su mente las imágenes de una playa de cantos blancos rodados y se pasó las manos por el pelo, echándoselo hacia atrás. Se lo sujetó en la nuca con la mano izquierda y con los dientes agarró la goma negra que llevaba en la otra muñeca para hacerse una coleta.

En ese instante, la música comenzó a sonar en la habitación de al lado a un volumen más alto de lo permitido a esas horas en la residencia. Era una canción de Kylie Minogue por lo que estaba claro que la que había llegado era Antje. Su compañero de cuarto, Silvio, jamás hubiese seleccionado esa música. Él era más de bachata.

Vaciló. Tenía un examen al día siguiente y con el ruido no iba a poder seguir estudiando. Por otro lado, llevaba todo el día encerrado, repasando el temario de la asignatura que ya se sabía de memoria. No era de sus materias favoritas, Farmacología Clínica, pero el examen no era de desarrollo, era tipo test de cien preguntas. Y él era bueno en esa clase de ejercicios. En realidad, era bueno en toda clase de ejercicios, pensó con ligero sarcasmo. Se estaba dejando la piel para sacarse la carrera. Estaba en su noveno semestre; ya solo le quedaba el décimo: el *Blockpraktikum*^[77] y los dos semestres finales de prácticas. En apenas dos años habría

terminado Medicina. Y luego solo tendría que decidir la especialización. Sí, todo iba sobre ruedas.

Todo.

La canción de Kylie Minogue dio paso a una antigua canción de Katy Perry y los recuerdos que antes había tratado de espantar le asaltaron. ¡Joder! Era una de las canciones que habían sonado entonces...

Cerró los ojos y se mordió la cara interna de la mejilla con fuerza, hasta que el dolor físico superó al que sentía dentro cada vez que recordaba todo lo que había sucedido. Meneó la cabeza con energía no queriendo evocar las imágenes del último verano que pasó con sus hermanos.

El verano en el que les había jodido la vida a todos.

Scheiss Song!^[78]

Se dio la vuelta, exasperado y con los puños apretados, dispuesto a ir a la habitación de al lado y decirle —no, *exigirle*— a Antje que apagase el aparato de música, pero cuando estaba a punto de asir el picaporte y abrir la puerta con violencia, se detuvo de repente.

Una familiar sensación de vergüenza le invadió.

«¿Qué narices le vas a decir a Antje? ¿Quita la música porque Katy Perry me trae malos recuerdos de cuando destrocé a mi familia? Patético, Till», se dijo, dejando caer la cabeza hacia delante y hundiendo los hombros.

—Sí, Till. Patético —murmuró en voz alta, alejándose de la puerta y dirigiéndose a la cama. Se tumbó sin molestarse en quitarse las zapatillas.

Habían pasado cuatro años ya, y ni sus hermanos ni Eli ni su madre ni su padre —al que había acudido cuando las cosas se fueron a la mierda— le guardaban ningún rencor. Todos le habían perdonado.

Todos, excepto él mismo.

Y ni siquiera sabía si algún día podría hacerlo...

Giró la cabeza y fijó la mirada sobre la mesa en la que se encontraban los apuntes que había estado repasando antes. Otra asignatura más que, con toda seguridad, aprobaría con una buena nota. Otra más de muchas. A veces se le desdibujaban unas con

otras: Anatomía, Ortopedia, Cirugía, Reumatología Clínica e Inmunología, Biometría Médica, Microbiología... Todas diferentes y todas tenían algo en común: no le interesaban una mierda.

Él no quería ser médico.

Cuando llegó a Hamburgo huyendo de sí mismo y de todos los errores que había cometido, se había apuntado al programa de ludópatas anónimos y se había volcado en la carrera, prometiéndose que nunca más haría algo que decepcionase a su familia, que se convertiría en alguien de quien pudiesen estar orgullosos, que expiaría sus pecados...

Pero algunos pecados eran imposibles de expiar.

Lo de continuar estudiando Medicina había sido lo lógico. Ya en España había hecho hasta segundo antes de dejarlo, así que lo más razonable fue matricularse en la misma carrera. Al principio había vivido con su padre, pero pronto se había dado cuenta de que la convivencia era complicada y se había mudado a una residencia de estudiantes más cercana a la facultad, donde residía ahora. Se había esforzado por seguir adelante con el camino que él mismo se había marcado, continuando con su terapia, sin salirse de la línea, sin desviarse ni un milímetro, pero cuanto más tiempo pasaba, más difícil le resultaba mantenerse cuerdo, viviendo una vida que no era la que deseaba. Y aunque de algún modo sentía que se lo debía a su familia, a veces tenía la sensación de que le faltaba el aire, de que se ahogaba...

Como en ese momento.

La canción de Katy Perry llegó a su fin y resopló, aliviado.

«Solo es una estúpida canción», se dijo. «Nada más». Pero una mueca de amargura desfiguró sus facciones.

En ese instante, el equipo de música de Antje escupió una antigua canción de Die Fantastischen Vier, un grupo alemán de Hip Hop. ¡Joder! No había vuelto a escucharla desde que era un crío. Recordaba a sus dos hermanos cantándola, mientras él iba detrás de ellos esforzándose por imitarlos. El puñetero estribillo le llevó de regreso al pasado. A aquel día en el sótano de su casa, cuando habían celebrado que Jan se había coronado campeón regional de MMA. Habían terminado subidos a una mesa, cantando de manera

desafinada. Lo recordaba perfectamente, como si hubiese sucedido hacía solo unos días.

—Déjame verlo, Jan, déjame que lo toque —le había insistido a su hermano por enésima vez, señalando el cinturón.

Jan se había reído y se lo había tendido.

Él lo había cogido con reverencia y lo había admirado durante largo rato. Era muy ancho y pesaba mucho, más de cuatro kilos. La enorme hebilla metálica llevaba un puño troquelado y las letras CHAMPION debajo. Trató de ponérselo en torno a la cintura, pero era demasiado grande y se le escurrió hacia las caderas.

—Todavía tienes que ensanchar un poco más —le había dicho Cas, acercándose.

—¿Tú crees que yo podré ganar uno como estos?

—Pues claro —había intervenido Jan, alborotándole el pelo—. Solo tienes que entrenar mucho y en un par de años me derrotarás.

—Sí, claro —había resoplado con escepticismo. Sus hermanos mayores eran altos y fuertes, y él siempre se sentía pequeño y torpe a su lado.

—Eh, pues claro que sí —había dicho Cas, dándole una palmada en la espalda.

—Golpéame. —Jan se había situado frente a él, señalándose el estómago—. Vamos, Till, pega fuerte.

Till se había quitado el pesado cinturón y se lo había dado a Cas, después, con una expresión de profunda concentración en la cara, se había enfrentado a su hermano mayor. Colocando el puño exactamente como Jan le había explicado, había cogido impulso con el brazo y lo había estrellado contra el estómago de su hermano. Había sido como golpear un muro de cemento. La mano se le había quedado entumecida.

—¡Dios mío! —había gritado Jan, dejándose caer al suelo con el rostro contraído por un fingido dolor—. Till, puño de acero, acaba de destrozarme. Nunca más podré volver a competir...

A Till le había entrado la risa. Sus hermanos siempre estaban de broma.

Entonces, en la televisión había comenzado a sonar la canción que estaba arrasando ese año, Die Da de Die Fantastischen Vier, y Cas se había subido a la mesa. Jan también lo había hecho, y entre

los dos habían tirado de él y le habían colocado en el centro. Habían cantado a voz en grito.

Los había mirado con adoración... Él, de mayor, quería ser como ellos...

Gott!^[79]

Se llevó las manos a la cara y gimió. Un horrible sentimiento de culpa, pesado, amargo y profundo, le atenazó la garganta. Se incorporó con brusquedad y se dirigió a la mesa, se sentó en la silla giratoria y cogió un lápiz. Comenzó a dar pequeños golpecitos con él sobre el cuaderno mientras miraba los apuntes, absorto. La punta del lápiz golpeaba la hoja una y otra vez.

Las preguntas plasmadas sobre el papel comenzaron a desdibujarse. Las palabras se deformaron y unas letras se agolparon con otras. Empezó a sentir una singular opresión en el pecho.

«¿Qué estás haciendo con tu vida, Till?», le pareció escuchar una voz dentro de su cabeza. «¿Qué cojones estás haciendo?», volvió a repetir la misma voz con más insistencia.

Hacía ya más de un año que había dejado de acudir a las reuniones de ludópatas anónimos y no había vuelto a sentir esa ansiedad que le provocaba pensar en apostar, pero últimamente un nuevo y desconocido desasosiego le sacudía por dentro, de vez en cuando.

El lápiz percutía contra el papel cada vez con mayor rapidez, creando un extraño dibujo gris sobre la pregunta número seis, ¿o era la cinco?

«Este no eres tú».

Un golpe y otro golpe.

«Tienes que hacer algo con tu vida. Tienes que tomar una decisión».

El lápiz había adquirido una velocidad meteórica y, al cabo de unos segundos, el dibujo sobre la hoja se hizo tan profundo que el papel comenzó a rasgarse.

«No puedes seguir así, Till. Te estás ahogando».

La opresión en el pecho se hizo más grande.

De repente alguien desconectó el aparato de música en la habitación de al lado, convirtiendo el ruido en un silencio sepulcral.

Un silencio que le explotó en los tímpanos. El sonido del lápiz golpeando el papel y su respiración acelerada se transformaron en algo ensordecedor... estruendoso.

—¡No puedo más! —gruñó con voz ronca.

Se levantó como impelido por un resorte y tiró todo el contenido de la mesa al suelo, barriéndolo con los brazos. Libros, cuadernos, bolígrafos, rotuladores, *post-its*, grapadora, agenda, un vaso y la lámpara. Todo cayó sobre la moqueta gris.

—¡Se terminó! —farfulló con la respiración entrecortada—. Se terminó...

Acababa de comprender que era más fácil aceptarse a uno mismo que pretender ser alguien que no era.

Capítulo Uno

Todavía era de noche cuando llegaron al puerto de Grunnfarnes. El trayecto hasta allí desde Finnsnes, el pueblecito pesquero donde vivían, les había llevado hora y media por una carretera helada y llena de curvas. No amanecería hasta pasadas un par de horas. Estaba nevando y la temperatura había descendido hasta los diez grados bajo cero, pero un viento gélido arreciaba con fuerza, por lo que la sensación térmica sería de unos menos diecisiete. Dejaron la furgoneta aparcada a solo unos metros de donde el *Ebba* se hallaba amarrado al muelle y se dispusieron a comenzar su día de faena.

Como todas las madrugadas, Till baldeó la cubierta y su tío Gunnar organizó los cajones de almacenaje en la bodega. Una vez listos, soltaron amarras y pusieron rumbo al norte. Gunnar tomó asiento en la pequeña cabina de la embarcación sin perder de vista el GPS, y Till bajó al saloncito de proa a preparar café en el hornillo. Se agradecía tener algo caliente en el estómago. Al cabo de unos minutos, ambos tomaban el brebaje negro y fuerte sin azúcar, en silencio, mientras el barquito se bamboleaba a causa del desapacible oleaje. Su destino, un banco de *skrei*, estaba a unas ocho millas náuticas de distancia. Tardarían algo más de una hora en llegar hasta allí.

Till se llevó la humeante taza de café a los labios y miró a su tío de reojo. Era el hermano pequeño de su madre, aun así y debido a como se ganaba la vida, aparentaba muchos más años de los sesenta que tenía. Su rostro estaba agrietado y curtido por las inclemencias del tiempo y sus ojos azules habían perdido ya el brillo de la juventud. A pesar de todo eso, se notaba que amaba su trabajo. Durante unos años había tenido una tienda de ultramarinos, pero la cerró para volver al mar, *a su casa*, como siempre decía. Se encontraba más a gusto en un zozobrante barco que en tierra firme.

Sus manos manejaban el timón con firmeza, y Till las contempló con detenimiento durante unos segundos. Eran fuertes y estaban llenas de callos y de antiguos cortes. Bajó la mirada y estudió las

suyas, que también estaban encallecidas; la derecha mostraba una larga y profunda cicatriz en el dorso, recuerdo de su primer intento de manejar el afilado machete, cosa que ahora hacía con gran pericia.

Llevaba ya tres temporadas trabajando en la pesca del bacalao *skrei* y había decidido que esa iba a ser la última. Estaban a finales de abril y la temporada estaba a punto de finalizar. Una semana más y el *Ebba* no volvería a salir hasta septiembre, cuando llegase la época del fletán. Pero entonces él ya no estaría allí. Después de tantos años ausente, había decidido volver a la civilización. A largo plazo, la dura vida de los pescadores del norte de Noruega no era para él. Esa etapa había acabado. Su tío ya lo sabía. Lo habían discutido hacía semanas y, en breve, Elías, un chaval del pueblo, ocuparía su lugar. No había resultado fácil encontrar a alguien que quisiese hacerlo; la gente joven ya no quería dedicarse a la pesca del *skrei*.

Cuando Till se presentó en casa de su tío Gunnar, hacía ya tres inviernos, este le había recibido como si se tratase del hijo pródigo. Su socio, Trond, acababa de jubilarse, y andaba buscando a alguien que le ayudase en su barco. Así que aprovechó que su sobrino venía huyendo del mundo y, sin hacer demasiadas preguntas, le convirtió en su ayudante.

Esa primera temporada Till descubrió lo que era trabajar duro de verdad. Se levantaban a las tres y media de la mañana y comenzaban a faenar a las cinco, en plena noche. Pasaban la mañana pescando bacalao con redes, luego lo degollaban y almacenaban en las bodegas hasta que a mediodía regresaban al puerto y lo entregaban en la planta procesadora. Un día sí y otro también, durante cuatro meses, hasta que acababa la temporada. El resto del año se dedicaban a la pesca del abadejo y del fletán, pero lo verdaderamente duro tenía lugar entre enero y abril.

Después de haber dejado la carrera, se había sentido perdido y liberado al mismo tiempo. Había llegado a Noruega sin saber muy bien qué hacer con su vida, pero siendo consciente de que tenía que alejarse de todo. Esos años trabajando junto a su tío habían sido lo que había necesitado. Se había encontrado a sí mismo o al menos encontró algo de paz.

—¿Dónde vas a ir? —La ronca voz de su tío le sacó de sus cavilaciones. Era parco en palabras y no solía hablar mucho, pero cuando lo hacía iba directo al grano.

—He contactado con una amiga que tiene un proyecto de negocio —repuso.

Gunnar no dijo nada. Sin apartar la mirada del mar, esperó pacientemente a que Till siguiese hablando.

—Quiere montar una escuela de surf en Baja y ha pensado en mí como instructor.

—¿Baja? —gruñó el otro.

—En México, en Baja California.

Por espacio de unos minutos ninguno dijo nada. El silencio solo se veía interrumpido por el ruido del motor de gasoil y el golpeteo de las olas contra el casco de hierro del barco. El viento parecía haber amainado.

—México... allí hará calor... —comentó Gunnar.

Till no contestó. Tampoco creía que su tío esperase una respuesta. Cogió ambas tazas, ya vacías, y se dirigió al pequeño fregadero a enjuagarlas. Después las guardó en la alacena debajo de la pila. Regresó y se situó al lado del timón. La claridad del amanecer comenzaba a mostrarse a su derecha. En poco tiempo sería de día.

—Esa chica..., ¿la conoces bien?

Por un momento Till no supo a qué chica se refería, pero rápidamente cayó en la cuenta.

—Ni bien ni mal. Fuimos juntos al instituto y luego hemos mantenido el contacto a través de las redes sociales.

Gunnar resopló.

Till trató de ocultar una sonrisa. Su tío despreciaba todo lo que tuviese que ver con ordenadores.

Se reclinó contra la consola y con la mirada perdida en el todavía oscuro horizonte, pensó en Amaya y en que hacía más de siete años que no la veía. Habían sido buenos amigos entonces. Ella tenía familia en Alemania y eso los había acercado. Pero las cosas se habían enfriado cuando él comenzó a relacionarse con quién no debía. Aun así, como le había dicho a su tío, desde que se había marchado de España, hablaban regularmente a través de Facebook

y Twitter. No había semana que no lo hicieran. Y lo de asociarse había surgido de manera casual. Ella le había mencionado sus planes de hacerse cargo de una pequeña escuela de surf en Baja, propiedad de unos amigos que deseaban retirarse. Cuando Till, bromeando, le había dicho que podía contar con él en cualquier momento, que —a pesar de estar algo desentrenado— su título de monitor de surf seguía vigente, le había tomado la palabra.

Sonrió para sus adentros. Al principio no lo había considerado en serio, pero a medida que iban hablando más sobre el tema, había comenzado a ilusionarse. ¿Por qué no?, se preguntó. Tenía dinero ahorrado. La pesca del *skrei* reportaba unos buenos ingresos y hasta el momento no había encontrado en qué gastarlos. Así que habían llegado al acuerdo de ir a partes iguales en el negocio.

En un par de meses cambiaría las gélidas aguas del mar de Noruega por otras más cálidas del océano Pacífico.

Estaba impaciente.

Gunnar le hizo un gesto silencioso. Habían llegado a su destino. Till fue a buscar los trajes de aguas y su tío puso el motor en punto muerto y dejó la nave al paio, cosa nada fácil debido a las corrientes de la zona. Se enfundaron los trajes y soltaron las redes en el primer lance de la jornada.

El arduo proceso de todas las mañanas comenzaba.

El ruido del renqueante motor del molinete mientras subía la red y los bacalaos enganchados en ella de uno en uno se imponía sobre el de las olas que rompían contra el casco. Algunos medían más de un metro y llegaban a pesar más de quince kilos. Till y Gunnar los liberaban de las redes, los degollaban con precisión y rapidez y los arrojaban a la pila llena de agua salada. Al cabo de un rato, el agua se había teñido de un color rojo oscuro y el fuerte olor a sangre flotaba pesado sobre ellos. Ambos permanecían en silencio, entregados a su trabajo, mientras el frío intenso los envolvía y la llovizna los empapaba. El amanecer bañaba la cubierta del barco, compitiendo con los potentes focos que hasta ese momento habían iluminado la escena. Cuando las pilas se llenaban de peces agonizantes, había que llevarlas a la bodega y hacer el traslado a los cajones de almacenaje. Y vuelta a empezar. Durante horas.

El *Ebba* tenía licencia para pescar hasta las ocho de la tarde, pero un par de horas después del mediodía, satisfechos y con las bodegas llenas, decidieron volver a puerto. Mientras Gunnar maniobraba el barco, Till se entretenía en echarles a las gaviotas los restos de pescado que habían quedado en cubierta. Las observó pelearse por los trozos que les arrojaba. Una cierta nostalgia le invadió. A pesar de la dureza del trabajo, iba a echar de menos esa vida, esa libertad que sentía cuando estaba en el barco... Pero *skrei* significaba nómada. Y así como el bacalao, que ahora llevaban en su bodega, había recorrido más de mil kilómetros para llegar hasta allí, él también tenía que marcharse y seguir adelante. Lo necesitaba.

Los cambios siempre eran buenos.

La cuadrilla de la planta procesadora los estaba esperando en el puerto para descargar la mercancía. Intercambiaron unas bromas y después, mientras Gunnar trataba con ellos, él se acercó a la furgoneta a buscar su móvil. Amaya había quedado en llamarle para contarle cómo iban las negociaciones del traspaso con los dueños del local.

Tenía una llamada perdida, pero no era de Amaya, era de su hermano. Le había intentado localizar hacía solo una media hora.

Apoyó la cadera contra la puerta del vehículo y jugueteó indeciso con el aparato. Hacía dos meses que no hablaba con Cas, y la última conversación había transcurrido como siempre, se habían limitado a hablar de temas superficiales y banales. Había sido incómoda y demasiado larga, al menos para él.

Su hermano seguía intentando poner de su parte y se esforzaba por mantener viva una relación que realmente... estaba muerta.

Había muerto hacía siete años.

Cerró los ojos con fuerza y tragó saliva. ¿Qué podía querer ahora?

Le devolvió la llamada. Era la única forma de salir de dudas, ¿no?

—Hola, Till. —La voz al otro lado del teléfono era jovial, como siempre.

—Hola, Cas —respondió de manera bastante más moderada—. Tengo una llamada perdida tuya.

—Sí. No tenía muy claro tu horario de faena, pero pensé que me llamarías cuando la vieras. ¿Cómo andas?

La conversación era absurda y Till apretó los labios, impaciente.

—Pues te puedes suponer. Bien —repuso, tajante.

Hubo un embarazoso silencio al otro lado de la línea, como si su hermano no supiese muy bien cómo abordar lo que tenía que decirle.

—Me caso —soltó al final.

—Enhorabuena.

—Queremos que vengas a la boda.

«¡No!», pensó.

—Es en tres semanas. Contamos contigo.

—Estoy bastante ocupado... —Se llevó una mano a la frente.

—La temporada de pesca acaba en unos días —le interrumpió Cas con dureza—. ¿Qué otros planes tienes?

Vaciló. Trató de encontrar alguna excusa que sonase verosímil. Pero no había ninguna. Lo de México se iba a posponer hasta después del verano, así que estaba disponible y, probablemente, su hermano lo sabía. Era exasperante, parecía estar siempre al tanto de todo.

—Llevamos siete años sin vernos. —El tono de voz de Cas se convirtió en algo parecido a un susurro cargado de amargura—. Ni siquiera conoces a tu sobrina. Mejor dicho, a *tus* sobrinas.

Till agarró el teléfono con fuerza. Ese ahogo que le provocaban los sentimientos de culpabilidad cada vez que pensaba en su familia volvía a oprimirle la garganta y a hacer que le sudasen las manos.

Esa vergüenza...

—¿Sigues recriminándote por lo que pasó?

La pregunta le cayó como un cubo de agua helada sobre la cabeza.

—Envíame un email con la fecha exacta. Estaré allí —masculló entre dientes. Necesitaba colgar.

—Till...

—¡He dicho que estaré allí! —casi gritó.

Y después cortó la llamada con violencia. Arrojó el móvil sobre el asiento del conductor y apoyó las manos en el techo de la furgoneta. La temperatura del helado metal le traspasó hasta los huesos, pero

no se molestó en sacar los guantes de los bolsillos. Los copos de nieve caían con suavidad, derritiéndose cuando tocaban el suelo y convirtiéndose en agua sucia al contacto con la tierra y el asfalto.

Dejó pasear la mirada por el puerto. Al otro lado de la planta procesadora, al fondo, los secaderos de bacalao adornaban el agreste paisaje del pueblo. Miles y miles de piezas descabezadas colgaban a la intemperie, expuestas a los elementos.

Grotesca estampa...

Llevaba muchos años huyendo. Cuatro de ellos los había pasado enterrando la cabeza entre libros, fingiendo ser alguien que no era, y los otros tres, buscándose a sí mismo y tratando de olvidar el pasado y la culpa.

La vida acababa de retornarle al punto de partida.

Al parecer, del pasado no se podía huir. Este siempre te encontraba.

Capítulo Dos

—¿Puede alguien coger el teléfono? —vociferó.

Era desesperante. Llevaba sonando más de cinco minutos y nadie había sido capaz de responder a la llamada.

—¡Por fin! —resopló cuando el aparato dejó de sonar.

Se agachó y abrió el precinto de la última caja con un cúter. Inspeccionó el contenido y contó las unidades. Todo correcto. Tomó la *tablet* de la estantería y lo anotó. Una sonrisa satisfecha curvó sus labios. Estaba encantada con ese pedido. Casi de casualidad había descubierto al diseñador valenciano que a partir de ahora les iba a suministrar cinturones y zapatos.

—Es para ti. —La voz de Martina desde la puerta le hizo girar la cabeza—. Es tu amiga Eli.

Tana frunció el ceño. ¿Eli? ¿Por qué la llamaba a la tienda y no a su móvil? Abandonó la trastienda y se dirigió a su oficina para atender allí la llamada.

—Hola, extraña —saludó llevándose el auricular a la oreja.

Cogió el móvil, que había dejado antes sobre la mesa, y vio una lucecita blanca parpadeante que anunciaba la entrada de una llamada perdida. Lo desbloqueó. Lo tenía en silencio.

—Hola, Tana. He intentado localizarte en el móvil y no lo cogías.

—Lo puse anoche en silencio para no tener que aguantar a Óscar y se me olvidó conectarlo.

—¿Óscar? —La voz de Eli sonó divertida—. Pero ¿todavía sigue por ahí?

—Es que hay hombres que no entienden un no por respuesta —respondió con desdén.

Se había acostado con él una vez hacía un par de semanas y, desde entonces, no paraba de acosarla con mensajes y llamadas a todas horas; y eso que ella había sido muy clara desde el primer momento: solo quería sexo ocasional.

—Es que eres una Mata Hari —se rio Eli.

—Matar, eso es lo que me gustaría hacer con él —exclamó con irritación.

—Bueno, no te exaltes. Te llamo para darte buenas noticias.

—Espero que sea algo bueno de verdad, como que Cas ha sentado la cabeza por fin y ha decidido hacer de ti una mujer decente, pidiéndote matrimonio —bromeó.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Y Tana, que había estado a punto de echarse a reír, abrió los ojos sorprendida.

—¿En serio? ¿En serio es eso?

—Desde luego... No se te puede sorprender con nada —dijo Eli con reproche.

—¡Ay, por favor, estoy encantada! —canturreó, feliz.

Su amiga y Cas estaban hechos el uno para el otro; ya llevaban muchos años de relación y tenían una hija en común. Con lo tradicional que era Eli, lo raro era que no se hubiesen casado antes.

—Nosotros también —respondió Eli—. Ha sido todo un poco precipitado, ya sabes cómo es Cas. Lo hablamos la semana pasada y ya ha conseguido fecha para dentro de tres semanas. Apenas si voy a tener tiempo de preparar una boda en condiciones. Hemos pensado hacer una ceremonia en la playa, en el chalet de Pep.

—¿Necesitas ayuda? ¿Tienes traje? Porque tengo un modelo espectacular que te podría ir como anillo al dedo para una celebración playera. —Tana comenzó a pasar revista mental a todas sus existencias.

—La verdad, por eso te llamaba también —confesó—. Sí, necesito ayuda. Yo estoy desbordada con Sira y más ahora que ha empezado a andar y no para quieta. Me hubiese gustado ir a Madrid a buscar un vestido adecuado, pero no va a poder ser.

—Déjalo de mi cuenta —la interrumpió Tana—. Yo me encargo de todo, madraza.

—¿Madraza? Soy un desastre. Y eso que solo tengo una. No tengo ni idea de cómo lo logra Alba con tres.

Lo mismo se había preguntado Tana mil veces. Cada vez que veía a su amiga Alba con los gemelos y el bebé, se maravillaba. Parecía haber nacido para ser madre.

—Tampoco lo haces tan mal —dijo—. Yo te he visto y no tienes nada que envidiarle a Alba.

—Haré como que te creo —dijo, escéptica, y añadió cambiando de tema—: Pero si de verdad te ocupas tú del vestido me das la vida, ¿sabes?

—Voy a enviarte unas fotos ahora mismo para que eches un vistazo y me digas qué te parece. Entonces, ¿la boda sería el segundo fin de semana de mayo? —Ojeó el calendario de su *tablet* con rapidez.

—Sí, el sábado.

—Pues has tenido suerte porque no tengo otros planes.

—Por mí los habrías cancelado —exclamó Eli con fingida indignación.

—Todo depende de a quién vayas a invitar a la boda. ¿Algún soltero atractivo en la treintena?

—¿No tienes bastante con Óscar?

Tana resopló. Solo escuchar su nombre le ponía de mal humor.

—Perdón, repito la pregunta: ¿algún soltero atractivo en la treintena que no sea dependiente emocional?

Eli rio.

—Miraré la lista de invitados y prepararé un informe detallado sobre los solteros que van a venir. Te lo paso y ya decides.

—¡Hazlo! —ordenó—. Ah, y dale la enhorabuena a Cas de mi parte y un beso a mi sobrina favorita.

—Lo haré.

—Voy a hacer las fotos del vestido y luego te llamo.

—Me salvas la vida, Mata Hari.

—Un beso.

Colgó el teléfono y se apoyó en el canto de la mesa de cristal que ocupaba la mayor parte del despacho. Se cruzó de brazos y esbozó una sonrisa satisfecha.

¡Cas y Eli se casaban!

Era una noticia fabulosa. Sí, realmente fabulosa.

¿Quién se hubiera podido imaginar que las cosas iban a acabar así? Eli, una chica de clase alta y familia pudiente, y Cas, un mecánico tatuado que vivía en la costa. Su relación parecía destinada a fracasar y, sin embargo, ahí estaban los dos, siete años después, desafiando a todos los que no habían creído en ellos. Y tan enamorados como el primer día. Eran la pareja perfecta.

Tana casi hubiese podido sentir envidia por ellos.

Casi.

Las relaciones serias no estaban hechas para ella. El simple hecho de imaginarse compartiendo su vida con alguien —¡con un hombre!— le provocaba sudores. El depender de otra persona como dependían sus amigas... ¡No, gracias! Eso no iba con ella. Para nada. Estaba más que contenta con su soltería.

Se echó la larga melena hacia atrás, cogió el móvil y abandonó la oficina con paso firme. Buscó a Martina con la mirada. Estaba en la parte delantera de la tienda, colgando unas blusas en una percha al lado de la entrada. Le hizo un gesto para que se acercase.

Mientras esperaba a que su encargada acudiese, se contempló en la pared de espejos del fondo. El reflejo le devolvió a una mujer no muy alta, pero bastante voluptuosa, morena y de grandes ojos castaños. Se alisó la falda de color hueso que se ajustaba a sus redondeadas caderas y sonrió satisfecha. Había tardado mucho tiempo en aceptar su figura de reloj de arena y sus prominentes curvas; toda una adolescencia de sufrimiento, envidiando a sus amigas más delgadas. Pero la madurez le había traído una seguridad en sí misma que muchos envidiaban. Había terminado por aceptarse tal y como era.

Tenía treinta y dos años y estaba espléndida.

—Dime. —La voz de Martina le hizo darse la vuelta.

—¿Recuerdas el vestido de Nacho Morales? El que era color marfil que no quisimos poner en el escaparate porque era muy de novia —aclaró al ver la cara de confusión de la otra.

—Ah, sí.

—Pues sácalo y móntalo en el maniquí de la trastienda. Vamos a hacerle fotos.

Martina asintió con brevedad antes de desaparecer por la puerta que comunicaba con el almacén. Tana la siguió con la mirada. Llevaban trabajando juntas más de cinco años. Contratarla había sido una de las mejores ideas que había tenido en su vida. Era la encargada perfecta; una persona de total confianza. A veces ni siquiera tenía que decirle lo que necesitaba. Martina parecía encontrarse dentro de su cabeza y saber exactamente lo que

deseaba en cada momento. Sí, se podía considerar muy afortunada de tenerla.

La campanilla que había sobre la puerta la sobresaltó. Se giró y vio que dos mujeres de mediana edad accedían a la tienda. Sonia, una de sus empleadas, se apresuró a acercarse a ellas con una enorme sonrisa en la cara.

Tana también sonrió. La *boutique* funcionaba con la precisión de un reloj suizo. Cada pieza encajaba en su lugar y todo fluía con agilidad. Le había costado, pero después de ocho años de haber tomado las riendas del negocio familiar, se podía decir que lo había conseguido. *Promenade* se había convertido en una de las tiendas de moda de Madrid. Cualquiera mujer que importase algo en la alta sociedad madrileña terminaba por comprar allí. En el último año había tenido que alquilar el local contiguo, convirtiendo la pequeña *boutique* en un próspero negocio al que había puesto su sello personal.

Con los tacones de sus zapatos repiqueteando en el suelo de mármol blanco, abandonó la tienda y siguió los pasos de Martina hacia el almacén. Esta ya había vestido al maniquí.

—¿Qué te parece? Solo tenemos esta talla. Una treinta y seis.

Tana observó el vestido con ojo crítico.

—Es perfecto. Eli siempre ha estado muy delgada y sigue así, incluso después de haber dado a luz.

—¿Es para Eli? —inquirió Martina con curiosidad.

—Ay, sí. Qué tonta que no te lo he dicho. —Tana hizo un gesto de disculpa con la mano—. Se casa. Y necesita un vestido de boda informal.

—Pues este es perfecto, sin duda —afirmó Martina—. Es su talla.

Martina y Eli se habían visto varias veces en los últimos años; siempre que su amiga pasaba por Madrid venía a visitar la *boutique*, así que el comentario de su encargada no le sorprendió.

—Yo también lo creo —murmuró, concentrada.

Comenzó a tomar fotos con el móvil desde todos los ángulos. El vestido era largo y vaporoso y tenía un aire antiguo que a Eli le iba a sentar maravillosamente bien. Martina levantó la falda de un lado para que se pudiese apreciar el vuelo y el encaje del bajo.

—Es precioso —comentó.

—Sí lo es —repuso Tana. Había hecho más de cien fotos.

—Le entran a una ganas de casarse, ¿verdad?

—Calla, calla. —Hizo un gesto escéptico. ¿Casarse? ¿Ella?
¡Qué horror!

En ese momento su móvil comenzó a sonar con insistencia. Miró la pantalla. ¡No! ¡Otra vez! Una expresión airada nubló su semblante.

—¡Qué majadero! —masculló.

«Se acabaron las delicadezas», decidió. Iba a poner a ese idiota en su sitio. Ignorando la sonrisa que Martina trataba de ocultar, aceptó la llamada.

Capítulo Tres

Lo primero que sintió al bajarse del avión fue ese calor húmedo de la costa mediterránea que tanto había echado de menos, pero que ahora, después de tantos años, notaba extraño sobre su piel. Pronto, la camiseta y los vaqueros se le pegaron al cuerpo de manera desagradable. Y solo era mayo.

Se detuvo, se quitó las gafas de sol y aspiró hondo, dejando que los otros pasajeros le adelantasen. El cielo era tan azul como lo recordaba. Y el ambiente olía igual. Sabía igual.

Estaba en casa.

Le resultó curioso no notar ningún pellizco de nostalgia o quizá algo de júbilo por haber regresado. Intentó examinar sus sentimientos con frialdad y solo halló cierta cautela y quizá un poco de desasosiego.

Fue el último en subirse al pequeño autobús que los iba a trasladar desde la pista a la terminal. El transporte arrancó con una sacudida, pero él no necesitó agarrarse a ninguna barra para mantener el equilibrio; tres años sobre el viejo cascarón de su tío le habían convertido en un maestro en cuestión de balanceo. Encendió el móvil que había mantenido apagado durante el viaje y vio que tenía un wasap de Cas. Quería saber a qué hora aterrizaba su avión para ir a buscarle. Se lo guardó en el bolsillo sin contestar. No necesitaba que nadie le recogiese. Alquilaría un coche y conduciría hasta el hotel que había reservado por internet.

Alzó la mirada y sus ojos se encontraron con los de una mujer, quizá de unos cuarenta, que le observaba con atención. La miró de arriba abajo. Era guapa. Más que guapa, en realidad. Rubia, con los ojos oscuros y una cintura de esas que, con toda seguridad, podría abarcar con las manos. Y estaba interesada. Se notaba a la legua. Se humedeció los labios de manera provocadora y eso le dijo todo lo que necesitaba saber. Sopesó las opciones. ¿Por qué no? No solía rechazar ese tipo de ofertas. Y tampoco tenía que estar en ningún sitio a ninguna hora concreta. Entornó los ojos, la contempló

con descaro y asintió ligeramente, respondiendo a su muda proposición.

Cuando el autobús se detuvo, se las arregló para quedarse más atrás. Ella hizo lo mismo. Mientras los demás pasajeros accedían a la terminal, ellos comenzaron a andar más despacio.

—¿En el baño de mujeres de la cafetería? —susurró ella sin mirarle. Tenía la voz melodiosa y dulce.

—En cinco minutos —respondió él.

No se dijeron nada más. Ella se adelantó y él la siguió con la mirada. Los pantalones rojos que llevaba se ajustaban a su trasero como una segunda piel y sus andares eran más que sugerentes. Notó cómo se empalmaba y ralentizó sus pasos, ajustándose los vaqueros. No era la primera vez que le sucedía algo así, el que una mujer le tirase los trastos de manera tan directa. Estaba acostumbrado. Y tampoco era la primera vez que accedía a un polvo rápido en un baño público. Abrió el bolsillo pequeño de su petate y se aseguró de que llevaba condones. Sí, había dos. Con uno sería suficiente por el momento, pensó cínicamente.

No tenía más equipaje que el que llevaba a la espalda, así que obvió la cola de pasajeros que se dirigía a la sala de recogida de maletas y se encaminó a la salida. De reojo vio a su «conquista» esperando al lado de la cinta. Le hizo un gesto con la cabeza. Ella le sonrió.

La puerta de acceso al vestíbulo, donde los familiares se agolpaban ansiosos por ver a los recién llegados, se abrió silenciosamente cuando se acercó. La atravesó y, sin detener su avance, buscó la cafetería con la mirada. Estaba a la derecha. Se encaminó hacia allí.

—Till —escuchó una voz a su espalda.

Se detuvo en seco.

Respiró hondo y agarró la correa del petate con fuerza.

Llevaba siete años temiendo ese encuentro.

Se dio la vuelta. La sorpresa acudió a sus facciones al ver a su hermano Jan. No porque hubiese cambiado en exceso, aunque sí lo había hecho. La última vez que se habían visto, Jan llevaba la cabeza afeitada, en cambio ahora tenía el pelo más largo de lo habitual y lucía una barba rubia. Pero lo que realmente le sorprendió

fue que llevase a una niña en brazos. Una niña de unos cuatro o cinco años, con el pelo oscuro y los ojos azules, que le miraba con un interés desmedido y algo de timidez.

—Jan —murmuró al cabo de un rato, cuando consiguió salir del estupor que le había provocado la presencia de su hermano mayor y su pequeña acompañante.

—Hemos venido a buscarte —dijo, apuntando lo evidente.

—Sí —repuso. Y se sintió como un idiota—. No hacía falta. Iba a alquilar un coche.

—Pues ya no lo necesitas.

La niña seguía mirándole con fijeza. De pronto, enterró la cara en el cuello de Jan y le dijo algo al oído, que provocó que su hermano esbozase una sonrisa.

—Mi hija quiere saber por qué tienes el pelo tan largo. Dice que solo las chicas llevan el pelo tan largo y que tú no lo eres porque tienes barba.

«Así que esta es mi sobrina Clara», pensó. No hacía falta que Jan hubiese dicho que era su hija. Sus ojos eran los mismos que los de su padre. Sin saber qué contestar ni cómo —no tenía mucha experiencia con niños—, intentó ganar tiempo, llevándose la mano a la trenza que llevaba a la espalda. Siete años sin cortarse el pelo eran muchos años.

—De donde vengo todos los hombres llevan el pelo largo —dijo al cabo de unos instantes.

—¿De verdad? —exclamó la niña perdiendo toda la timidez de golpe. Había abierto los ojos como platos y le miraba fascinada. Tenía la nariz pequeñita y respingona y la piel muy blanca.

—Sí.

—¿Puedo tocártelo? —preguntó—. ¿Puedo tocárselo, papá? —añadió, mirando a su padre con mucha seriedad.

Jan alzó la vista y se encogió de hombros, risueño, como diciendo: *ahora es tu problema*.

La situación tenía algo de irreal, al menos eso le pareció a Till. Todos esos años sin ver a su hermano, sin apenas contacto, sintiendo una culpa espesa y oscura comiéndole por dentro cada vez que recordaba lo que había hecho por él... Y ahora, ese mismo hermano que él había dejado en la estacada se encontraba frente a

él y se comportaba como si nada hubiera sucedido entre ellos; le miraba con calidez y le instaba a que hablase con su hija...

Con cierta vacilación se acercó y le tendió la trenza a la niña, que alargó la mano y la acarició con reverencia.

—¿Puedo tocarte la barba también? Eres un vikingo, ¿verdad? Como los que mi papá lleva en la espalda y en la pierna.

Involuntariamente, una carcajada ronca escapó de su boca.

—Sí, lo soy —respondió.

Ella asintió, vehemente, antes de tocarle la barba larga y rubia que le cubría la cara y el cuello.

—Lo sabía —murmuró, muy convencida—. El tío Till es un vikingo.

—Te la has ganado para siempre —intervino Jan—. Le fascinan los vikingos.

Till no dijo nada. Miró a su hermano a los ojos por encima de la cabeza de su sobrina. Jan seguía siendo Jan. Ese Jan al que había admirado la mayor parte de su vida. Se le hizo un nudo en la garganta.

Un suave carraspeo a su espalda le sacó del estúpido momento nostálgico. Agradecido por la interrupción, se dio la vuelta. La mujer del autobús, la del pantalón rojo y cintura estrechísima, le miraba con una sonrisa en los labios.

—¿Sigue en pie? —le susurró con voz aterciopelada.

—Ha surgido algo —dijo con un gesto de disculpa.

—No hay problema —contestó ella y, sin más, le introdujo una tarjeta en el bolsillo de los vaqueros. Se acercó tanto que un leve aroma a perfume le penetró por las fosas nasales—. Llámame.

Se alejó por el corredor lleno de viajeros, arrastrando una maleta azul tras de sí.

—Algunas cosas no cambian —dijo Jan a su espalda. Se giró y comprobó que su hermano le miraba con una ceja arqueada.

—Algunas no... otras sí... —murmuró Till con sequedad.

—¿Tienes un barco? —preguntó la pequeña, rompiendo el momento de silencio incómodo que se había creado entre ambos.

—No es mío exactamente, pero sí, tengo un barco.

—¿Cómo se llama? —preguntó, haciéndole un gesto a su padre para que la dejase en el suelo. Jan lo hizo. Era diminuta. Al menos

lo parecía al lado de ellos dos.

—Se llama *Ebba*.

—¡Como la abuelita! —exclamó, maravillada, y le agarró de la mano sin dudarle, sorprendiéndole sobremanera.

Till la miró con una mezcla de impotencia y fascinación. Su mano era muy pequeñita, como toda ella. Llevaba unos vaqueros azules, una camiseta rosa y unas horquillas con forma de flor en el pelo. Ella pareció darse cuenta de su escrutinio porque levantó la cabeza y le miró muy seria.

—¿Te gusta mi peinado? Me lo ha hecho mi papá. Mi mamá me peina mejor, pero hoy está ocupada ayudando a la tía Eli y me ha peinado mi papá. Él no sabe hacer trenzas, solo sabe poner horquillas —suspiró, como si la situación fuese algo muy dramático—. ¡Tú llevas una trenza como los vikingos! —exclamó con un entusiasmo desmesurado—. ¿Me puedes hacer una?

Escuchó la risa de su hermano y le miró, confuso.

—A mí no me mires. Te he dicho que te la habías ganado.

—Mira, tengo una goma del pelo —añadió ella, soltándole la mano y sacando una goma rosa con una mariquita en un extremo—. Esta vale para hacer la trenza. —Se la tendió.

Till la cogió. No pudo evitar que una pequeña sonrisa le perfilase los labios al mirar a aquella mujer en miniatura que le observaba muy formal, como esperando a que él tomara una decisión trascendental.

—Sí, claro —terminó por decir—. Te hago una trenza en el coche.

—¡Qué bien! —Palmeó un par de veces, emocionada.

—Tengo el coche en el parking de la planta baja. Vamos al ascensor —intervino Jan. La risa le vibraba en la voz.

La niña se agarró a la mano de Till y le sonrió de una manera angelical. Echaron a andar, no muy deprisa, para que ella pudiese seguirles los pasos. Se sentía raro caminando al lado de su hermano y con su hija de la mano. No tenía ni idea de qué decir, de cómo reaccionar. Se encontraba como en trance. No se había esperado aquel recibimiento.

—Mamá nos ha dicho que has reservado habitación en el *Flamingo* —comentó Jan.

—Sí.

—¿Cuánto te quedas?

—Una semana —respondió—. Hasta después de la boda.

Llegaron al ascensor y Jan se alejó para ir al cajero y pagar el importe del parking, dejándole a solas con la niña, que le miraba de vez en cuando. Él también la observaba de reojo. Esa piel tan blanca no era herencia de los Landvik que, a pesar de su origen noruego, tenían la tez bastante morena. ¿Se parecería a su madre? A veces se recriminaba no haber estado presente en todos aquellos acontecimientos y momentos especiales: la boda de Jan, el nacimiento de su hija, el nacimiento de la hija de Cas... Se había perdido tantas cosas durante esos años...

Endureció la mandíbula.

—¿Estás enfadado? —le preguntó la pequeña con su aflautada voz.

—No. No estoy enfadado.

—¿Por qué tienes cara de enfadado?

No supo qué decir, pero en ese instante Jan regresó, rescatándole de lo que parecía se iba a convertir en un interrogatorio en toda regla por parte de su hija. Se metieron en el ascensor y en un minuto estaban en el parking. No era muy grande ya que el aeropuerto en sí era de segunda, y no estaban en temporada alta, así que tampoco había gran cantidad de coches. No tardó en ver el Jeep de su hermano, el mismo Jeep de siempre con el logo de su estudio sobre la puerta del conductor.

«Algunas cosas no cambian», pensó.

Jan le abrió el maletero para que pudiera dejar el petate.

—¿Me haces la trenza? —escuchó la vocecita de su sobrina, que no se había separado de él ni un segundo. Bajó la mirada y la vio, observándole con ansiedad.

Titubeó. ¿Qué tenía que hacer ahora? ¿Cogerla en brazos? ¿Dejar que su padre lo hiciese? Pero no tuvo que pensar mucho más porque ella alargó los brazos y se los tendió, esperando que él la izase. Confuso, se inclinó y la elevó en el aire. ¡Por Dios! Era ligera como una pluma. Pesaba menos que un bacalao.

—Lo mejor es que la sientes en tus rodillas —intervino Jan, ofreciéndole una solución a su problema, señalando el asiento del

pasajero.

Le lanzó una mirada agradecida. Se sentó y puso a la niña en su regazo. Ella se mantuvo muy quieta y expectante. Till no pudo evitar sonreír. Tenía que reconocer que estaba fascinado por esa personita. Con movimientos expertos le separó la melena en tres guedejas y comenzó a trenzarle el pelo. Era suave y olía a champú infantil —al menos eso creía él; hacía mucho que no olía champú infantil—. Su hermano le miraba con interés, pero él lo ignora. Terminó de peinarla y le sujetó el extremo con la goma rosa que ella le había dado antes.

—Ya está.

Ella se dio la vuelta y le regaló una sonrisa antes de echarle los brazos al cuello y darle un beso en la mejilla, dejándole anonadado.

—Gracias, tío Till —le dijo, y luego se bajó de sus rodillas y se dirigió a su padre, que la cogió en brazos y se encaminó con ella a la parte trasera del vehículo. No tardó en regresar.

—Tienes una admiradora para el resto de tu vida —comentó Jan, sentándose en el asiento del conductor. Había atado a la pequeña en su sillita y le había puesto dibujos animados en una pantalla que llevaba incorporada al reposacabezas de su asiento—. Me acaba de decir que de mayor se quiere casar contigo.

Till permaneció unos segundos en silencio. Todo estaba resultando ser... demasiado raro y al mismo tiempo... demasiado bueno...

Abandonaron el parking y se pusieron en camino. La carretera que llevaba del aeropuerto al pueblo donde vivía su familia estaba bordeada de palmeras, y él no pudo evitar comparar ese paisaje mediterráneo de árboles tropicales y deslumbrante cielo azul, con el paisaje en el que había residido los últimos años, de bruma, cielos blancos por la nieve y grandes montañas. También tenía su encanto, pero si era sincero consigo mismo no lo iba a echar de menos. A él le llamaba el sol. Por eso lo de Baja.

—Hemos pensado que quizá te apeteciese cenar esta noche en el *Western Ribs*, como en los viejos tiempos —rompió Jan el silencio.

Till frunció el ceño. ¿Como en los viejos tiempos? Los viejos tiempos ya no iban a volver... Carraspeó, incómodo.

—¿Te refieres a Cas, tú y yo?

—Sí. Tenemos que hablar. ¿No crees?

El coche se deslizaba por la carretera con seguridad, había alcanzado el límite de velocidad permitida y no lo superaba a pesar de que la calzada estaba desierta. No había tráfico. Su hermano nunca había sido tan prudente. Giró la cabeza y contempló a la pequeña, que parecía absorta en los dibujos.

«Algunas cosas sí que cambian».

—Está bien —respondió.

Había estado muchos años tratando de evitar algo que realmente era inevitable.

Capítulo Cuatro

El *Western Ribs* ya no se llamaba así. Ahora, un letrero blanco con letras pintadas en negro proclamaba: *La parrilla de Tito*. La decoración también había sufrido una transformación. Lo que antes habían sido paredes de madera muy al estilo del Oeste americano, ahora eran paredes claras con motivos marineros. Habían desaparecido las mesas de billar y la pequeña pista de baile.

A Till el cambio le pareció a peor.

Aparcó el coche de alquiler que le habían proporcionado en el hotel a unos cien metros, y acudió andando hasta allí, esperando encontrar el antiguo lugar en el que había pasado tantos buenos ratos. Una mezcla de sorpresa y desilusión se reflejó en su cara al ver en lo que se había convertido uno de sus restaurantes favoritos.

Sus hermanos le estaban esperando en una mesa en la parte derecha del local, junto a los ventanales que daban al mar. Ya habían pedido las bebidas. Jan levantó la mirada y le vio. Cas estaba de espaldas. Till se frotó las manos en el pantalón vaquero. Estaba nervioso. Ni la surrealista escena del aeropuerto con Jan y Clara, ni el silencioso viaje en coche hasta el hotel, ni las horas que había pasado en su habitación tratando de hacerse a la idea le habían preparado para ese encuentro.

—Hola —dijo.

Su hermano alzó la cabeza. Estaba igual que siempre. El mismo pelo corto, los mismos ojos, la misma barba incipiente. No había envejecido ni un día, al menos eso le pareció.

—¡No me jodas! —exclamó con su característica jovialidad, mirándole lleno de asombro—. ¿Till? No me lo puedo creer... —Y acto seguido se puso en pie y le dio un abrazo de oso, golpeándole en la espalda con fuerza.

Till se quedó envarado. Había pasado demasiado tiempo desde que alguien le había abrazado de aquella manera tan enérgica y llena de euforia. Quizá el último abrazo de ese tipo se lo hubiese

dado el propio Cas hacía años. Se sintió torpe y desmañado, desentrenado... y notó una curiosa estrechez en la garganta.

—¡Joder! —masculló su hermano con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿Pero qué narices te ha dado de comer el tío Gunnar?

Jan observaba la escena silencioso y reflexivo.

El comportamiento de sus hermanos era tan diferente como la noche y el día. Prefería a Jan, sin duda. Su calma no le descolocaba tanto como el entusiasmo de Cas.

—Bacalao, supongo... —Se encogió de hombros y se apartó de su hermano que seguía mirándole con una expresión maravillada en la cara. Tomó asiento.

—Si te llego a ver por la calle, no te hubiera reconocido —dijo—. ¿No hay peluquerías en Noruega?

Till no dijo nada. Cas era el mismo de siempre y se comportaba con él como si nunca hubiese pasado nada entre ellos, igual que lo había hecho Jan en el aeropuerto. Era una locura, pero la naturalidad de ambos comenzaba a pesar sobre él. Le resultaba perturbadora, y le hacía sentir doblemente culpable. ¿No podían arremeter contra él y echarle en cara todo lo que había sucedido? ¿No podían dejar de ser tan... geniales?

—Esto está muy diferente —dijo, cambiando de tema y mirando a su alrededor. Hasta los camareros llevaban unos ridículos uniformes blancos con chalecos azules.

—Hace dos años que cambió de dueño —respondió Jan—. Pero aunque no lo parezca han conservado al cocinero y las hamburguesas siguen siendo las mismas.

Quince minutos después, Till pudo comprobar de primera mano que su hermano no había mentido. Las hamburguesas seguían siendo espectaculares. Hablaron de tonterías, de quién seguía por la zona, de los negocios que habían cerrado, del estudio de Jan, del taller de Cas... Le preguntaron sobre la pesca y sobre Gunnar y él les contó por encima el tipo de vida que había llevado en Noruega. Poco a poco fue sintiéndose algo más cómodo. Hasta el momento se habían evitado los temas personales. Pero estaba claro que eso iba a cambiar.

Tan claro como que la noche seguía al día.

Alzó la vista y se encontró con los ojos de Cas que le observaban fijamente.

«Allá vamos», pensó, temiendo lo que pudiera venir a continuación. Trató de prepararse.

—Te hemos echado de menos. Siete años son muchos años.

—Sí, bueno... es bastante tiempo...

—¿Por qué? —le preguntó Cas con la voz ronca.

No era necesario que dijese mucho más. Till sabía perfectamente a qué se refería con ese *por qué*. ¿Por qué? Eso mismo se había preguntado él en multitud de ocasiones sin hallar una respuesta concreta. Y allí, de vuelta en casa y sentado a esa mesa con sus hermanos, todavía encontraba menos sentido a los motivos que le habían llevado a romper el contacto con ellos. ¿Por qué?

Porque Jan y Cas eran tan... Jan y Cas... y él... pues no lo era.

Se pasó una mano por el mentón, desordenándose la barba.

—No tengo una respuesta exacta. —Clavó la mirada sobre el mantel. Había sabido que hablar con sus hermanos le iba a resultar difícil, pero no había intuido cuánto—. Creo... que... me sentía culpable —admitió al fin con reticencia. Era la pura verdad.

—Ha pasado un siglo de aquello —intervino Jan con voz calmada—. Te equivocaste, pero ya está. Todos cometemos errores.

Till sacudió la cabeza. ¿Así de simple? ¿Todos cometemos errores y ya está? Levantó la vista y miró a su hermano mayor con incredulidad. ¿Cómo podía Jan estar diciéndole aquello después de que casi hubiese perdido la vida por su culpa?

—Mira, Jan tiene razón —dijo Cas—. Nadie te guarda rencor. Lo pasado, pasado está. Todos merecemos una segunda oportunidad o una tercera —y con cierta socarronería añadió—: o una cuarta, en tu caso.

Till le miró, acongojado. Sentía un calor abrasador en el pecho. Se llevó la botella de cerveza a los labios y dio un trago. Se dio cuenta de que la estaba agarrando con demasiada fuerza y la dejó sobre la mesa.

—Soy yo el que no puede perdonarse —confesó entre dientes—. Me resulta difícil estar aquí sentado con vosotros y que actuéis... así... Todo era más fácil cuando estaba lejos.

—Pero la vida no es así. —Jan miraba por la ventana—. Las cosas no desaparecen solo porque uno deje de mirarlas.

—Quizá eso era lo que pretendía —murmuró Till con un regusto amargo en la boca—. Que todo desapareciese...

—Pues te has equivocado. Eso es imposible —exclamó Cas, alargando la mano derecha y apoyándola sobre la mesa. Tanto su dorso como sus dedos estaban tatuados—. ¿Qué cojones pone aquí? —Se señaló los nudillos con la otra mano.

Till no tenía que mirar para saber lo que ponía. Lo sabía muy bien. Él había estado presente cuando Jan le hizo esos tatuajes a Cas, ahora ya desdibujados por el tiempo. Eran los nombres de todos los miembros de su familia, uno en cada nudillo: *Jan, Till, Ebba* y *Knut*.

—Igual que esta tinta no va a desaparecer de mi mano, tampoco tú puedes desaparecer de nuestras vidas ni nosotros de la tuya. Son muchas cosas las que hemos compartido. Muchas... Así que déjate de gilipolleces, tío. No seas como papá que lleva toda su vida ausente, perdiéndose cosas...

—Lo peor es que lo único que sabemos de ti es por boca de mamá o por esas escuetas llamadas telefónicas de apenas minutos —intervino Jan. Seguía contemplando la playa—. No puedes seguir así, manteniéndote a distancia.

—Vive tu vida como te salga de las narices, joder, pero que no se te olvide que somos una familia —sentenció Cas.

Till apartó la vista e imitó a Jan, mirando por la ventana. El mar estaba calmado, todo lo contrario a como se sentía él.

Familia. Familia. Familia. La palabra le zumbaba en los oídos.

El silencio, solo roto por las conversaciones de los otros comensales y el ruido de los cubiertos en los platos en otras mesas, se extendió y pareció alargarse en el infinito. No era tenso ni incómodo, era simplemente silencio.

—¿Qué crees que has arruinado en realidad? ¿Mi vida? ¿La de Cas? —inquirió Jan en voz baja—. Tengo cuarenta años, una mujer maravillosa y una hija preciosa. Soy feliz.

—A ver, yo no soy tan mayor como él y, sin duda, mi mujer es mucho más maravillosa y mi hija más preciosa que la suya —dijo Cas con un tono de voz lleno de sorna—. Y también soy feliz.

Till los contempló a ambos. La expresión de Jan era solemne. La de Cas, por el contrario, era jovial; levantó incluso su botella de cerveza e hizo un brindis un tanto exagerado.

—Llevo años queriendo evitar esta conversación... y vosotros... vosotros lo único que hacéis es... —Meneó la cabeza con perplejidad antes de continuar—, es ponérmelo fácil. No puedo creerlo —murmuró.

—Pues créetelo —intervino Jan—. Lo que no te puedo perdonar es que ni siquiera conozcas a mi mujer, Oksana. Te invitamos a la boda y no viniste.

Till bajó los párpados. Recordaba cuándo Jan le llamó y le dijo que se casaba. Por aquel entonces todavía se encontraba en la universidad, tratando de levantar cabeza, acudiendo a terapia... Como un cobarde que era, no se había sentido preparado para enfrentarse a su hermano. Se acordaba perfectamente de haberse emborrachado y haber pasado la noche en vela, solo, compadeciéndose a sí mismo y echando de menos a su familia...

—Tampoco conoces a mi hija —apuntó Cas.

Levantó la mirada, torturado, esperando encontrar quizá reproche en las caras que tenía frente a él. Pero solo halló cariño. Cogió aire y lo expulsó lentamente por la boca. ¿Qué podía decir?

—Lo siento tanto... —La voz le salió estrangulada—. Me equivoqué...

Un camarero se acercó a tomarles nota del postre, rompiendo el momento íntimo y tenso que se había creado. Till aprovechó para recomponerse. Carraspeó, aclarándose la garganta, y se irguió en la silla. Una vez estuvieron solos de nuevo, Cas se inclinó hacia delante y le miró con mucha fijeza.

—Eso tiene remedio, ¿no? —dijo—. Estás aquí ahora.

Till asintió lentamente.

—Perfecto. Mañana cenamos en casa —zanjó la conversación—. No hablemos más del tema. Ya has tenido bastante machaque por el momento. Eso sí, no te prometo que no te lo volvamos a echar en cara de vez en cuando... —se rio.

Incluso Jan alzó las comisuras de sus labios.

Till cabeceó, totalmente desbordado por los sentimientos y, sin poder remediarlo, se echó a reír. Terminó por asentir.

Después de aquello todo fluyó de manera natural y sencilla. Le interrogaron —principalmente Cas—, como si fuesen dos agentes de la CIA y él un traidor a su país, queriendo saberlo todo. Desde por qué había dejado sus estudios de Medicina hasta cuándo había sido la última vez que se había acostado con alguien.

—La última no lo sé —dijo Jan—, pero la próxima quizá sea con la del aeropuerto. Te dio su número, ¿no?

—Sí —sonrió Till. Poco a poco había recuperado algo de su aplomo y compostura.

—¿Cómo es eso? —indagó Cas con curiosidad.

—Nuestro hermanito sigue rompiendo corazones, como siempre. Cuando le he recogido en el aeropuerto había «quedado» con una exuberante pasajera.

—Tanto como quedado... —Till se acarició la barba con languidez—. Acabábamos de conocernos.

—Pues parecía muy inclinada a conocerte mejor.

—La verdad es que íbamos a encontrarnos en los baños de la cafetería —confesó con una sonrisa de medio lado—. Pero me jodiste el plan apareciendo por allí.

A Cas le entró la risa. Incluso Jan dejó escapar una carcajada.

—Algunas cosas no cambian —masculló Cas—. Los baños siempre han sido lo tuyo. ¿Te acuerdas de la noche que te pillamos en el de aquí? ¿Cómo se llamaba esa chica? ¿Miriam? ¿Marian?

—Marina —respondió Till, llevándose la mano a la frente y frotándose la.

Sí, se acordaba muy bien de aquello. No tenía ni idea de por qué les había parecido tan buena idea tanto a él como a Marina encerrarse en una de las cabinas del baño de chicos y hacerlo contra la puerta —era cierto que ambos estaban bastante borrachos—. Con tan mala suerte que, en medio de la faena, el pestillo se había roto y la puerta se había salido de sus goznes, cayendo al suelo. Ellos también habían salido despedidos tras ella. Till apenas había tenido tiempo de girarse para que Marina cayese sobre él y no al revés. Lo peor de todo había sido que sus dos hermanos acababan de llegar al baño, buscándole, preocupados por su tardanza. Se habían pasado semanas burlándose de él.

Nunca más volvió a quedar con Marina.

—Ahora controlo mejor —repuso, estirando los brazos y haciendo crujir los nudillos en un gesto de presunción exagerada—. Ya no me apoyo contra las puertas. Solo paredes.

—Chico listo —se mofó Cas.

—¿No sales con nadie? —le preguntó Jan.

No se veía preparado para tener una relación seria. Sus contactos esporádicos y los rollos de una noche le funcionaban muy bien.

—No. Con nadie. Así que si alguna de vuestras mujeres tiene una amiga... —bromeó con tibieza.

—Las amigas de Elisa vienen a la boda —dijo Cas guiñándole un ojo—. Ya las conoces. Bueno, Alba está casada con Jaime y Sandra creo que acaba de salir de un divorcio complicado... Pero está Tana...

Al oír aquel nombre, no pudo evitar llevarse la mano a la mejilla izquierda. Debajo de su poblada barba y ocultos por ella, cuatro arañazos ya pálidos y antiguos surcaban su cara. Tana... No le guardaba ningún rencor por haberle abofeteado, marcándole de aquella manera. Le vino a la cabeza la noche en que todo sucedió. Lo histérica que ella había estado porque la vida de Eli, su mejor amiga, estaba en peligro, y él era el único responsable de ello. Meses después, en Alemania, esas marcas que el brutal golpe de ella le habían causado, habían sido un recordatorio constante de lo que había sucedido, de cómo la había cagado. Las veía reflejadas en el espejo un día sí y otro también. Se había dejado crecer la barba para olvidarse de ellas.

Se acarició la mejilla con suavidad, pensando en la frase que Jan había dicho hacía un rato: *Las cosas no desaparecen porque uno deje de mirarlas.*

Obvio.

Tana.

Morena, bajita, con unas curvas de infarto y unos ojos marrones enormes y pícaros. Se acordaba muy bien de ella. Una mujer de bandera. Se preguntó si habría cambiado mucho.

—¿Qué planes tienes ahora? —La pregunta de Jan le devolvió a la realidad y al presente.

Les habló de lo de Baja. Les contó que se iba a ir unos meses a Alemania, al apartamento de Amaya, hasta que las negociaciones llegasen a buen término y que más o menos para septiembre esperaba estar ya afincado en México.

Se alegraron por él. Mucho.

Mientras tomaban café y pedían la cuenta, se preguntó en silencio por qué cojones habría tenido miedo de ese encuentro. Se había auto convencido de que la relación con su familia estaba rota, de que él ya no encajaba con ellos, pero sus hermanos no habían cambiado un ápice. Seguían siendo los mismos hombres que él había idolatrado durante su niñez y adolescencia. Jamás le habían juzgado y seguían sin hacerlo. ¿Qué era lo que había temido?

Una vez en el exterior, Cas, en su línea de payaso, le agarró por el cuello y trató de despeinarle, como había hecho en multitud de ocasiones en su vida, pero ahora las cosas habían cambiado, las fuerzas se habían igualado. Su cuerpo, en otro tiempo delgado y fibroso, ya no tenía nada que envidiar al de sus hermanos, y Cas no pudo zarandearle como siempre había hecho. Entre bromas, se despidieron en la puerta del restaurante, prometiendo verse al día siguiente.

De camino al coche, se detuvo en el paseo marítimo. Contempló la playa de cantos rodados que tantos recuerdos —buenos y malos— le traía. El mar brillaba calmado, como solo el mar Mediterráneo podía brillar. Reflejaba una paz tranquilizadora... Él mismo sintió una ligereza en el alma que hacía unas horas no había estado allí.

De pronto tuvo ganas de celebrarlo..., de no irse al hotel a dormir.

Entornó los ojos y se metió la mano en el bolsillo de los vaqueros. Sacó la tarjeta y la luz de una farola le ayudó a leer el nombre. *Carolina Jiménez. Agente Inmobiliario.*

¿Por qué no?

Capítulo Cinco

Las cuatro amigas se habían encerrado en el dormitorio principal, que la mujer de Pep les había cedido con gusto, para ayudar a Eli a arreglarse. Había decidido prescindir de peluquera y de maquilladora. Era una boda sencilla, sin mucho adorno, solo para familia y amigos íntimos. El único exceso en el que había incurrido fue el vestido, que además había sido el regalo de Tana.

—Estás preciosa —exclamó Sandra, mirándola embobada.

Tana le dio la razón internamente. Eli estaba maravillosa con el vestido de Nacho Morales. Había sido la elección perfecta. Le sentaba como un guante y realzaba su esbelta figura. El tono marfileño de la tela era el ideal para su tez dorada y su cabello rubio, que llevaba suelto. Solo una pequeña guirnalda de pequeñas florecitas amarillas reposaba sobre su frente.

—Es perfecto —susurró la propia Eli contemplándose en el espejo y llevándose las manos a las mejillas—. Estoy un poco nerviosa, la verdad.

—Pues no tienes por qué. Estás guapísima. Ese motero tuyo se va a quedar sin habla cuando te vea aparecer —dijo Alba. Estaba sentada en una butaca dando de mamar a Rodrigo, su bebé de seis meses.

Tana se sacó el móvil del bolso y miró la hora. Faltaban solo veinte minutos para que comenzase la ceremonia. La iba a officiar un notario amigo de Jaime, el marido de Alba.

—¿Está todo bien? —le preguntó Eli con voz ansiosa al ver que consultaba el móvil—. ¿Sira está bien?

—Histérica —la reprendió Tana—. Solo estaba mirando la hora. ¿No confías en que Jan y Oksana puedan hacerse cargo de tu hija?

—No es eso —sonrió Eli con la disculpa pintada en la cara—. Es solo que... ay, no sé... estoy tonta... No me hagáis caso.

—Bueno, una no se casa todos los días —intervino Sandra, tratando de tranquilizarla.

—Algunas sí se casan más que otras —dijo Tana con ironía.

Todas rieron. Sandra llevaba ya dos matrimonios fallidos a sus espaldas y siempre era objeto de las bromas de las otras sobre su mal gusto a la hora de elegir marido.

—Envidiosa —repuso la aludida, fingiendo indignación.

Tana soltó una risa, pero no dijo nada. ¿Envidia? ¿Ella?

Se recolocó el corpiño del vestido, una creación de color salmón sin mangas, que se le ajustaba al pecho poniendo de manifiesto sus generosos atributos, y que caía en suaves pliegues hasta las rodillas. Era sencillo pero elegante. Al menos Eli no les había pedido que fuesen todas vestidas igual. No soportaba esas bodas playeras en las que todo el mundo tenía que vestirse de blanco.

—Voy a llevar a Rodrigo con su padre —dijo Alba, incorporándose.

Le tendió el niño a Tana, que lo cogió con cierta torpeza, mientras ella se colocaba el vestido. El bebé se la quedó mirando con espanto, como si supiese que no tenía experiencia con infantes y temiese que le fuera a dejar caer de un momento a otro.

—Tu hijo me mira raro —comentó sin apartar la mirada del pequeño, que comenzó a hacer pucheros.

—Es porque sabe que no te gustan los niños. Lo presiente —dijo Alba con una sonrisa de medio lado—. Los bebés son como los perros. Si tienes miedo de ellos, lo notan.

—Sí me gustan los niños —protestó Tana sin firmeza—. Es solo que no quiero tener ninguno.

—Rodrigo lo sabe —intervino Sandra—. Por eso te mira así. Ay, pobre. Va a llorar.

Tana trató de mover al niño arriba y abajo, sin acercárselo demasiado al cuerpo, pero la hecatombe era imparable. Unas lágrimas enormes comenzaron a rodar por sus mejillas y los pucheros se convirtieron en un llanto desgarrador. Miró a Alba, que se estaba partiendo de risa, con el horror reflejado en la cara. Pero ¿por qué narices se reía si su hijo se estaba desgañitando? ¡Madre cruel!

—Tu hijo está sufriendo y tú no haces nada. —Había un tinte desesperado en su voz. Los gritos aumentaron de volumen.

—No sé quién sufre más, si él o tú. —Se acercó y le cogió al niño.

En el mismo momento en que Rodrigo abandonó los inexpertos brazos de Tana, dejó de llorar como por encanto. Incluso le lanzó una mirada cargada de rencor, desde la seguridad del abrazo de su madre.

—Tenías que haberte visto la cara. —Eli se tapaba la boca con la mano, intentando contener su hilaridad. Ni Sandra ni Alba eran tan discretas.

—Sois imbéciles —dijo Tana, resoplando, pero ella misma tuvo que reconocer que si sus facciones habían mostrado lo que sentía, entonces la escena tenía que haber sido cómica de verdad.

—Es solo un bebé. No muerde ni nada por el estilo —dijo Alba con la voz teñida de risa, antes de marcharse a llevar al niño con su padre.

Tana lo sabía, pero no podía evitar sentirse incómoda e insegura en presencia de los bebés. No eran lo suyo. Poco después de nacer Sira, en una de sus frecuentes visitas a la costa, Eli le había pedido que cuidase a la pequeña mientras ella se duchaba. Había sido solo media hora. La peor media hora de su vida. Se había mantenido al lado de la cuna mirando a la niña todo el rato, que también la había observado interesada mientras balbuceaba y agitaba las piernas con energía. Cada gritito, cada gorgorito y cada ruido le habían parecido una situación de emergencia. Cuando Eli regresó por fin, había suspirado aliviada.

Tanto Sira como Clara, la hija de Jan y Oksana, eran dos niñas encantadoras, pero por más que se esforzaba, no terminaba de sentirse a gusto en su presencia. Nunca sabía qué hacer con ellas. Con Sira lo tenía un poco más fácil, ni siquiera hablaba, pero Clara, despierta y curiosa, siempre la ponía en un brete con preguntas y comentarios para los que su mente mordaz no estaba preparada. Tanta inocencia la aturdía.

Alguien llamó a la puerta y Sandra acudió a abrir. Era Oksana. Llevaba un vestido azul que hacía juego con sus ojos y contrastaba con su blanca piel. Sus rasgos eslavos la convertían en la mujer más exótica que Tana había visto jamás. Se la quedó mirando con afecto durante unos segundos. Sentía una profunda admiración por ella.

—¿Todo bien con Sira? —preguntó Eli, inquieta, al verla entrar en la habitación.

—Sí, la niña está bien —respondió en un español perfecto con apenas un ligero acento—. Solo quería verte en privado antes de que bajases y desearte suerte.

La cara de Eli se iluminó con una sonrisa.

—Por fin vamos a ser cuñadas de verdad. —Le guiñó un ojo.

—Sí. —Oksana se acercó para abrazarla.

—¡Por Dios! ¡El vestido! —exclamó Tana, interrumpiendo la tierna escena—. Los abrazos después.

Oksana se apartó y soltó una breve carcajada.

—No sé cómo todavía la soportas como amiga —dijo, mirando a Tana con simpatía. El afecto era mutuo.

—Yo tampoco —dijo Eli sonriendo.

—¿Porque soy la única que mantiene la cabeza fría en los momentos importantes y no se deja llevar por los sentimentalismos? —inquirió Tana de manera exagerada—. Deséale suerte a distancia —se dirigió a Oksana—. Y después de la ceremonia ya os podéis besar y abrazar y toda esa parafernalia.

—¡Borde! —masculló Sandra.

—Quizá, pero el vestido sigue impecable —repuso Tana con tono aleccionador.

Alba entró en el dormitorio.

—¿Estás preparada? —preguntó—. Poncho acaba de decirme que si le necesitas solo tienes que decirlo.

Eli hizo un gesto negativo con la mano. Había decidido caminar sola hasta el altar. Quizá lo propio hubiera sido que su padre la acompañase en un día tan especial, pero sus progenitores, siete años después de que hubiera decidido empezar su vida con Cas, seguían sin hablar con ella. No habían podido perdonarla. Ni siquiera conocían a su nieta. Poncho, su hermano, había vuelto a hacer un intento de reconciliación para que acudiesen a la boda, pero su madre, Carmen de Luis, tan intransigente como siempre, había bloqueado cualquier acercamiento.

—Deberíamos ir bajando —dijo Sandra. Las demás asintieron y se dirigieron a la puerta.

Tana aguardó a que se hubieran marchado para acercarse a Eli. La cogió de las manos y le dio un beso en la mejilla.

—Estás preciosa y todo va a salir perfecto, así que relájate y disfruta de tu día.

Después se acercó y la abrazó con fuerza.

—¡El vestido! —exclamó Eli entre risas, correspondiendo al apretado abrazo.

—Lo sé —murmuró Tana apartándose con una sonrisa culpable en la cara—. Pero es que no todos los días se casa mi mejor amiga.

Hizo un gesto con la mano y abandonó la habitación. No era una sentimental. Nunca lo había sido, pero ver a Eli tan feliz le había tocado la fibra...

En fin...

La mujer de Pep, Ana, había reformado el chalet hacía solo unos meses, convirtiendo la casa de estilo mediterráneo en algo más moderno y ecléctico, pero de igual manera acogedor. Donde antes había habido muebles de madera oscura, ahora predominaban los colores claros y luminosos. Era el lugar perfecto para celebrar aquella boda, pensó Tana, deteniéndose delante de las puertas que daban al exterior, donde la ceremonia iba a tener lugar. Se alisó la falda del vestido, sin ninguna necesidad, y sacó del diminuto bolso un espejito y una barra de labios. Se retocó y se colocó un mechón de pelo del peinado que el peluquero había tardado horas en conseguir que pareciese informal y descuidado. Esbozó una sonrisa satisfecha y salió al jardín. Estaba decorado de una forma encantadora. También había sido Ana la artífice de aquello. El césped estaba regado de pétalos de rosas blancas, y el camino que llevaba hasta la pequeña playa privada se encontraba flanqueado por antorchas, cuya luz, sumada a la de la luna reflejada sobre el mar, conferían a la escena nocturna un toque mágico y especial. Sin duda, un momento único para recordar.

Tana atravesó el jardín y se quitó las sandalias antes de acceder a la playa. Ese era quizá el único inconveniente de celebrar una boda en la arena: perdía la ventaja que le otorgaban sus altísimos tacones. Era menuda de estatura. Sobrepasaba el metro y medio solo por un par de centímetros. Y en esa familia de gigantes todavía se sentía más diminuta.

«Todo sea por Eli», se dijo.

Los escasos invitados ya habían tomado asiento en las sillas blancas, delante de la pérgola de madera bajo la que se encontraba el novio, que estaba hablando con el notario que había accedido a acudir en persona a officiar la ceremonia, como un favor especial a Jaime. Cas levantó la cabeza y, al verla aparecer, le sonrió. Ella le saludó con la mano. Era la primera vez que le veía con algo que no fueran vaqueros y camiseta y lo cierto era que estaba muy guapo, con unos pantalones de vestir negros y una camisa negra también. Aunque lo de estar guapo no tenía nada que ver con la ropa. Era genética pura y dura. Ese pelo rubio, esos ojos azules y esa complexión... eran innatos. Los Landvik venían así de fábrica.

Sandra le hizo un gesto con la mano. Había tomado asiento junto a Poncho, en la primera fila de la izquierda, en representación de la familia de la novia. Justo detrás de ellos estaban Alba y su marido con los tres niños y la niñera. Miró al pequeño Rodrigo, que dormitaba en brazos de su padre, con cierto respeto, antes de acercarse a ellos hundiendo los pies en la arena. Se sentó con cuidado para no arrugar la falda del vestido y se giró hacia Sandra.

—Ha quedado precioso —susurró.

—Sí —respondió esta—. Ana tiene buen gusto. La próxima vez que me case la llamaré para que me organice el banquete.

Tana se rio con ganas.

—Ganas tienes de volver a caer...

—¿Has encontrado ya a tu tercera víctima? —se inmiscuyó Poncho en la conversación, a lo que Sandra le respondió con un pequeño cachete en el brazo.

El hermano de Eli era un hombre muy atractivo, alto, moreno y de ojos oscuros. Su porte denotaba que se había criado en un ambiente acomodado y, ni siquiera vestido de manera informal, perdía ese toque elegante que le caracterizaba. Llevaba un traje de lino color café con leche y una camisa blanca sin cuello.

—¿Y tú a tu primera? —le espetó Tana con cinismo.

—Pero Tana, si ya sabes que yo estoy esperando a que sientes la cabeza y te decidas por mí —bromeó como siempre hacía.

—Pues espera sentado, *Ponchito*... —canturreó ella—. Solo de imaginarme en la cama contigo me entran sudores. Sería como

acostarme con mi hermano —añadió, fingiendo repugnancia.

—Tú te lo pierdes, *Mata Hari* —le dijo, enfatizando mucho las dos palabras y guiñándole un ojo exageradamente.

Tana puso los ojos en blanco al escuchar el tonto mote. A pesar de que sus amigos llevaban ya un tiempo llamándola así, seguía pareciéndole ridículo.

Ignorando a sus dos acompañantes, paseó la mirada por el resto de los invitados. Al otro lado, en la fila de sillas de la derecha, estaban los padres de Cas, Ebba y Knut. Al padre apenas si le había visto dos veces en todos esos años; vivía en Alemania y solo venía a España en momentos muy puntuales como aquel. A su lado estaba sentada Oksana con la pequeña Sira sobre su regazo, y tras ellos estaban Pep y su mujer acompañados por Shelley y su marido, amigos de Cas de siempre.

También estaban Oliver y Sabine, los dueños de *El Sueño Eterno*; un par de compañeras de trabajo de Eli que ya había visto en alguna ocasión, y Tony, el mecánico que trabajaba con Cas, que había acudido con su mujer y sus dos hijos adolescentes.

La pequeña Clara pasó a su lado, corriendo, y Tana la siguió con la vista. Llevaba un vestido blanco de talle alto y el pelo negro tan parecido al de su madre, suelto sobre la espalda. Se lanzó a los brazos de su padre, que estaba de pie cerca de la orilla conversando con otro hombre. Debido a la oscuridad y a la distancia, y a que Jan le tapaba parcialmente con su cuerpo, no pudo distinguir de quién se trataba. Los observó un rato, distraída. Estaba a punto de apartar la mirada cuando se pusieron en marcha y se acercaron hacia las sillas, entrando en el campo de luz de las antorchas.

La mandíbula se le desencajó por la sorpresa, al distinguir al acompañante de Jan. Su estatura y complexión eran similares a las del mayor de los Landvik, lo que no era algo común. Llevaba una camisa blanca y unos pantalones negros. Ambas prendas se ajustaban favorablemente a su musculoso cuerpo. Le llamaron la atención sus poderosos antebrazos, que las arremangadas mangas de la camisa dejaban al descubierto. Cuando estuvo un poco más cerca pudo apreciar otros detalles... detalles como la tupida barba rubia que le tapaba el cuello o que llevaba el pelo recogido en una

larga trenza o sus ojos que, a pesar de la poca iluminación, resplandecían azules e intensos. Y cómo se movía... de una manera cadenciosa y sexi, tan seguro de sí mismo...

Era espectacular, como uno de esos modelos noruegos que estaban tan de moda en las revistas últimamente.

Un vikingo moderno.

—Joder... —No pudo evitar que el taco se deslizase de su boca en un susurro, mientras le seguía con la mirada, embobada.

El espécimen perfecto de hombre se separó de Jan y de su hija y se sentó unas filas más atrás, junto a Tony y su mujer, y Tana tuvo que dejar de mirarle. Era eso o dislocarse el cuello.

—¿Qué haces? —le preguntó Sandra, dándole un codazo.

—Nada —respondió con más brusquedad de la necesaria. Se le había secado la garganta y carraspeó para compensarlo.

Los primeros acordes de la melodía que había elegido Eli para hacer su entrada comenzaron a sonar. Todas las cabezas se giraron hacia la casa y buscaron a la novia con los ojos, expectantes.

Tana aprovechó el instante para repasar al nórdico de arriba abajo, ya sin temor de provocarse una tortícolis. Estaba de perfil... y por supuesto, también tenía un perfil impresionante. ¡Cómo no! Recordó la pregunta que le había hecho a Eli por teléfono hacía semanas cuando quiso saber a quién iba a invitar a su boda:

¿Algún soltero atractivo en la treintena?

Parecía ser que la respuesta a la pregunta era afirmativa y estaba frente a sus ojos.

Estuvo a punto de relamerse como una gata satisfecha.

Capítulo Seis

Eli estaba preciosa.

Todos los ojos la seguían atentamente mientras atravesaba el pasillo iluminado por las antorchas estratégicamente colocadas. Caminaba con lentitud, casi al ritmo de la melodía que sonaba de fondo: *Claro de luna* de Debussy. Curiosa elección. Pero el efecto era impactante. La escena no podía ser más mágica. Los acordes, trágicos y bellos al mismo tiempo, y ella avanzando sola con una sonrisa en los labios y mirando a Cas con intensidad. Un momento perfecto...

Till buscó a su hermano. Incluso desde la distancia pudo apreciar que tenía los ojos húmedos al contemplar cómo Eli, la madre de su hija, la mujer de su vida, se acercaba a él. Cuando llegó a su lado le tendió la mano y ella la tomó. Después se fundieron en un abrazo mientras la música seguía sonando de fondo. Se escucharon unas exclamaciones conmovidas provenientes de los asistentes. Hasta el mismo Till tuvo que refrenar las emociones que amenazaban con cerrarle la garganta. Tragó saliva y cerró los ojos.

Recordó la cena que había tenido lugar hacía un par de noches en casa de Cas. El reencuentro con Eli había sido... emotivo, sin duda. Ella se lo había puesto fácil —como todos, en realidad—; le abrazó y se comportó como si nada hubiera sucedido, como si sus acciones y sus absurdas decisiones del pasado no hubiesen tenido nada que ver en que casi perdiera la vida. Él, sin embargo, no iba a olvidarlo jamás. Nunca podría borrar de su memoria el momento en que Cas, Jan y él entraron en la nave donde los Albescu la tenían retenida, esperando cobrar las deudas de juego que él había contraído, y la vieron en el suelo, tumbada sobre un charco de sangre. Se había caído tratando de huir, golpeándose en la cabeza. Tuvo que ser operada de urgencia... Tampoco podría olvidar jamás a su hermano, arrodillado en el suelo junto a ella con las lágrimas corriéndole por las mejillas... *Gott!*

Y sin embargo, todo aquello que a él le parecía tan cercano y presente, para los demás había dejado de importar, como le habían vuelto a mostrar en aquella cena. No se había hablado del tema, no se había hecho ni una sola mención. Solo se habían alegrado de verle y habían querido saber de sus planes de futuro. Nada más. Eli, incluso, le había abrazado con fuerza a la hora de despedirse.

Y eso le había hecho sentir tan pequeño...

Abrió los ojos y los fijó en la pareja protagonista del evento y de sus pensamientos. La pareja perfecta. Después su mirada se desvió y terminó por caer sobre Jan y Oksana, a la que había conocido en la cena, y con la que tuvo el placer de conversar. Otra pareja perfecta.

Cas y Eli...

Jan y Oksana...

Till y...

¿Tana?

¡Joder! ¿Esa era Tana?

Estaba sentada en la primera fila y miraba embelesada al frente, como todos los demás. Desde donde él estaba solo podía ver su perfil, pero era suficiente para darse cuenta de que los años transcurridos le habían sentado bien... más que bien. Seguía teniendo esa figura que ya en su día le llamó la atención, solo que ahora la envolvía también un aura de madurez muy atrayente. Debía de andar en la treintena. Era un par de años mayor que él, como Eli. La recorrió de arriba abajo con los ojos. El corte del vestido acentuaba la perfecta exuberancia de sus pechos... Le costó apartar la mirada y concentrarse en su cara o al menos en lo poco que se apreciaba de ella. Deseó poder verla de frente y, como si algo o alguien hubiese decidido concederle sus deseos, ella se echó la melena hacia atrás, ofreciéndole una visión casi perfecta de sus facciones.

Verdammt!^[80]

Decir que estaba guapa era quedarse corto. Adjetivos como atractiva, llamativa, hermosa, cautivadora... también se quedaban cortos... Estuvo a punto de silbar de admiración. Sus ojos, dos profundos pozos oscuros, su nariz recta, sus pómulos altos y

elegantes, sus labios carnosos y sensuales... y todo ello dentro de un óvalo perfecto y bronceado.

Ella volvió a girar la cabeza y siguió atenta a la ceremonia, y él ya no pudo seguir admirando su rostro, solo la suave curva de su hombro y el brillo de su espesa melena castaña. Casi en contra de su voluntad apartó la mirada, pero de vez en cuando no podía evitar que sus ojos volviesen a la espectacular mujer de la primera fila. Inconscientemente, se llevó la mano a la cara y se acarició la barba en el punto exacto donde ella le había dejado aquellas marcas... Era una mujer de carácter. Al menos lo había sido entonces. Se preguntó si el tiempo la habría cambiado, si habría apagado algo de su fogosidad. Esperaba que no. A él le gustaban las mujeres ardientes.

Entornó los ojos y esbozó una traviesa sonrisa, imaginándose a aquella belleza de ojos oscuros con él en la cama. Era una imagen fascinante... Muy a su pesar —debido al inapropiado momento y lugar— notó cómo su entrepierna se erguía y se revolvió inquieto en la silla, ajustándose los pantalones con disimulo.

El notario acababa de leer la archiconocida fórmula de matrimonio, y Cas y Eli intercambiaron un beso algo más apasionado de lo habitual en esos casos. Los asistentes se pusieron de pie y aplaudieron con entusiasmo. Él mismo lo hizo. Cuando se separaron, el novio presentaba un aspecto muy satisfecho y la novia tenía el rostro sonrojado y una enorme sonrisa en los labios. Parecía pletórica.

Todo el mundo se incorporó y se acercó a ellos. Las amigas de Eli la rodearon para darle la enhorabuena. Habían formado una piña a su alrededor y la besaban con efusividad. Entre ellas, la figura voluptuosa de Tana destacaba notablemente. A Till le sorprendió su tamaño. No la recordaba tan menuda. Aunque la falta de estatura no le restaba un ápice de atractivo, decidió.

Vio a Jan abrazando a Cas y palmeándole la espalda con energía. Después, ambos se giraron y le miraron, sonriéndole e invitándole a acercarse.

Lo hizo.

* * *

Tana se puso de puntillas y abrazó a Eli, ya sin importarle el vestido.

—Ha sido precioso. Y tú estás resplandeciente. ¡Cómo me alegro por vosotros! —La voz le salió estrangulada por la emoción. En verdad había sido una ceremonia hermosa. Sencilla pero llena de magia.

—¡Estoy que no me lo creo! —exclamó Eli. Las lágrimas le rodaban por las mejillas—. De verdad. Todo ha salido bien... Y Cas... ¿Has visto a Cas? ¿No está perfecto? ¡Se ha puesto camisa! —se rio y meneó la cabeza, incrédula.

—Es un día especial —murmuró Tana, mirando al orgulloso novio por encima del hombro. En ese instante el llamativo desconocido se acercaba a él y le daba un abrazo.

—Sí, muy especial —dijo Eli, secándose las lágrimas con el dorso de la mano—. ¿Dónde está Sira? —La buscó, ansiosa.

—La tiene Oksana. Mira, ya viene —respondió Tana al ver que esta se acercaba con la niña en brazos—. Eli, ¿quién es el tío ese que está abrazando a Cas? —añadió con rapidez en un susurro.

Eli esbozó una sonrisa.

—Es Till. Está muy cambiado, ¿verdad? A mí me pasó lo mismo. Casi no le reconocí.

Oksana llegó hasta ellas y le entregó a la niña a su madre. La atención de Eli se centró en Sira y en Oksana y no se dio cuenta de la reacción de su amiga.

Tana se había quedado muda.

Till.

Una sombra oscureció su rostro al recordar la última vez que había visto al pequeño de los Landvik, la noche del secuestro de Eli. El desprecio asomó a sus ojos.

Till Landvik.

El niño.

Le observó con el ceño fruncido. Ahora de niño tenía poco, al menos en apariencia. En el pasado había sido más delgado y fibroso; no había tenido esa musculatura tan parecida a la de sus hermanos mayores. Quizá por eso no le reconoció. Además, la barba le hacía parecer más mayor de los treinta años que tendría. Y ese exótico pelo largo y su manera de andar... con esa seguridad...

Sí que había cambiado. Físicamente parecía otra persona.

Till se dio la vuelta en ese momento y sus miradas se cruzaron. Él le sonrió, mostrando una dentadura blanca y perfecta. Gran cantidad de arruguitas se formaron en torno a sus ojos, haciéndole parecer todavía más mayor. Incluso a la precaria luz de las antorchas se podía apreciar que tenía el rostro curtido, como si hubiese pasado largas temporadas a la intemperie, expuesto a la crudeza de los elementos. Tana apretó los labios, contrariada. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo? Era quizá una de las personas a las que más despreciaba en el mundo... ¡Joder!

Entonces él le dijo algo a Cas y se puso en movimiento, dirigiéndose hacia donde ella se encontraba. Se le encogió el estómago al verle aproximarse, pero él buscaba a la novia, aunque no despegó los ojos de ella en ningún momento, ni siquiera cuando abrazó a Eli y se inclinó a darle dos besos. ¡Mierda! De cerca todavía era más espléndido, pensó Tana. No pudo evitar contemplarle a hurtadillas, odiando tener que levantar la cabeza para hacerlo. En silencio maldijo su corta estatura y la desventaja de ir descalza. Era un gigante.

—Enhorabuena, cuñada —le escuchó decir. Tenía la voz ronca y algo rasposa. Ella no la recordaba así.

—Ay, Till —dijo Eli, conmovida—, no sabes la ilusión que me hace, *que nos hace*, que estés aquí.

Él apartó los ojos de su persona, por fin, y se concentró en la recién casada. Le apretó las manos con afecto y luego le acarició el pelo a la pequeña Sira, que había recostado la mejilla en el hombro de su madre y le miraba muy seria.

—Yo también me alegro de haber venido —murmuró él.

Y volvió a mirarla *a ella*.

—¿Te acuerdas de mi amiga Tana? —preguntó Eli. No tuvo opción de decir más porque en ese momento llegó Poncho y la abrazó, desviando su atención.

—Pues claro que me acuerdo —dijo él en voz baja, centrando todo su interés en ella. Sonaba excesivamente encantado.

Tana se envaró al escucharle hablar en ese tono. Él parecía haber olvidado cómo había terminado su último encuentro. Ella no.

—Hola, Till —dijo con altanería.

Si a él le sorprendió su forma de abordarle, se recuperó rápido.

—Hola, Tana —dijo, regalándole una sonrisa e inclinándose para darle dos besos.

Ella se apartó y le ofreció la mano, haciéndole fruncir el ceño, contrariado.

«Esto es lo que hay, niño», pensó, complacida al ver su expresión.

Él tardó en estrechársela. Parecía estar sopesando si hacerlo o no. Finalmente lo hizo, aunque con reticencia. Tana bajó la mirada. Su mano se perdía en la de él; era enorme y la tenía muy morena, con la palma callosa y cálida y los dedos largos y fuertes. Una larga y blanquecina cicatriz le atravesaba todo el dorso. El contacto le provocó un agradable picor en la punta de los dedos y en silencio se preguntó si no habría sido mejor dejarse dar los dos besos de rigor. Recuperó su mano de un tirón y alzó la cabeza. Llevaba los botones superiores de la camisa desabrochados y, aunque la larga barba rubia le cubría el cuello, sus ojos se clavaron en el trozo de piel que quedaba al descubierto justo a la altura de su mirada. Morena y firme con una ligera capa de vello rubio sobre ella... Una imagen tentadora...

¡No! Se enfadó consigo misma y apretó los labios. Él la contemplaba con manifiesta admiración. Se permitió el lujo, incluso, de detenerse en su escote más rato del estrictamente necesario. La embargó la indignación.

—¿Has decidido dejar de huir y dar la cara al fin? —le espetó, deseosa de ponerle en su sitio.

Él reaccionó como ella había deseado: turbado. Ni la tenue luz de las antorchas pudo disimular que se sonrojaba. Tana sabía que había sido en extremo antipática, pero le dio igual. Till se merecía eso y más. Ella no iba a perdonarle como todos los demás aparentaban haber hecho.

—Eso parece —masculló con aspereza.

—Pues ya era hora, ¿no crees?

Él no respondió. Parecía impasible. Si no hubiese estado tan pendiente de su reacción, ni siquiera se habría dado cuenta de que se le endurecía la mandíbula debajo de la espesa barba.

—No has cambiado —dijo al fin, recorriéndola de arriba abajo con los ojos.

Esa mirada descarada hizo que se sintiera desnuda. Se dio cuenta con desmayo de que el rubor se manifestaba en sus mejillas como antes le había sucedido a él, y la rabia la inundó.

—Tú tampoco —dijo entre dientes—. Por mucha barba y mucho pelo que te dejes crecer, supongo que en el fondo eres el mismo de hace años. —Toda la frase sonó como un insulto.

Él entornó los ojos.

—Si tú lo dices.

Ella no pudo añadir nada más, ya que en ese instante la pequeña Clara se interpuso entre ellos, haciendo que la atención de ambos se centrara en ella.

—Tío Till —dijo, dando pequeños saltitos—, he encontrado una madera en la orilla. Creo que es de un barco vikingo —añadió, emocionada.

—Menudo descubrimiento —dijo él, acuclillándose junto a ella, pero sin apartar la mirada del rostro de Tana.

—Mi tío tiene un barco que se llama como mi abuelita. —Clara se dio la vuelta y se dirigió a ella—. Es un barco vikingo —asintió con vehemencia—, porque él es uno de ellos. ¿Ves su pelo y su barba?

Tana se quedó callada, sin saber qué decir. La niña la miraba como si estuviese esperando algo, y el poseedor de la barba y el pelo vikingo también la miraba con una expresión indescifrable en el rostro. Se sintió violenta. Nunca sabía cómo reaccionar con aquella niña. Y encima esos ojos azules clavados sobre ella...

—Qué bien... —respondió como una mema.

—¿Vienes a ver la madera? —Se giró y miró a su tío.

Este, gracias a Dios, desvió su atención y se concentró en su sobrina, que aguardaba ansiosa.

—Pues claro. Vamos. —Se incorporó, volviendo a convertirse en el gigante que era.

—¿Vienes con nosotros? —le preguntó la niña a Tana.

«¡Mierda!»

—Eh... no... no puedo. Tengo... tengo que ir... al aseo —se disculpó con torpeza haciendo un gesto vago con la mano.

No tardaron en ponerse en movimiento. Él, enorme y fuerte, y ella, diminuta y frágil. Iban de la mano. Apenas se habían alejado unos metros cuando la voz aflautada de la niña llegó hasta ella con claridad.

—Tana es muy guapa, pero nunca quiere jugar conmigo. Y con Sira tampoco.

«¡Tierra trágame!»

Till la miró con una ceja arqueada. Ella volvió a sentir ese vergonzoso calor reptando por su cuerpo y concentrándose en sus mejillas. Se dio la vuelta precipitadamente y huyó de esos ojos inquisitivos. Ignoró a Sandra y a Alba que la llamaban agitando los brazos para que se acercase a ellas, y se dirigió hacia la casa.

La excusa que le había puesto a Clara para no ir a la playa con ellos se había convertido en realidad. Sí que tenía que ir al aseo.

A recomponerse.

Capítulo Siete

Mientras se arrodillaba en la arena al lado de Clara y la ayudaba a desenterrar el trozo de madera, no podía quitarse de la cabeza cómo le había tratado Tana. Ese tono de voz arrogante y esa mirada altiva... Sabía que se merecía eso y más. Mucho más. Aun así, le había escocido escuchar sus reproches. No estaba tan curtido como había pensado. La falsa impresión de «todo está bien» en la que se había acomodado los últimos días se había diluido al enfrentarse a ella.

Al parecer era la única que le guardaba rencor por lo sucedido entonces. Había reaccionado como él esperaba que reaccionase todo el mundo: echándole en cara que hubiera huido y no hubiese dado la cara. Le había avergonzado. ¡Joder! Una mujer que apenas pasaba del metro y medio le había hecho sentirse como un crío, simplemente con un par de palabras y una mirada despectiva. Meneó la cabeza, incrédulo.

Y lo peor de todo, mientras ella le hablaba de aquella manera, él no había podido evitar imaginársela sin ropa...

¡Qué situación más grotesca!

—¿Es de un barco vikingo? —le preguntó Clara, devolviéndole a la realidad.

Él inspeccionó la madera. Era un tablón antiguo del tamaño de su antebrazo, con los bordes redondeados por la erosión del agua. Comprobó que no tuviese astillas que ella se pudiese clavar antes de entregárselo.

—Yo diría que sí —respondió.

Ella asintió, muy seria, tomando la madera.

—Voy a enseñárselo a papá —dijo, y giró sobre sus talones, echando a correr.

Él la observó con una sonrisa en los labios. Era una niña sorprendente, lista y despierta, que había decidido que él era su persona favorita en el mundo, al menos de momento. No tenía mucha experiencia con niños, pero con ella se sentía cómodo.

Se incorporó y se sacudió la arena de las manos, luego se las metió en los bolsillos y permaneció unos segundos mirando al mar. Dio dos pasos hasta que alcanzó el punto exacto donde iban a romper las tímidas olas. El agua no estaba fría. Había echado de menos esa sensación, la de los granos mojados deslizándose entre los dedos de sus pies mientras poco a poco la fuerza del mar, acercándose y alejándose, le hundía en la arena, inmovilizándole y fundiéndole con ella, haciendo que se sintiese parte de algo. Era como echar raíces. Raíces que había decidido cortar hacía años y que habían viajado con él a todas partes, pero que no había sido capaz de plantar en ningún otro sitio. Su casa era esa, ese mar Mediterráneo donde había crecido junto a su familia, junto a sus hermanos... Y sin embargo, aun a sabiendas de dónde sentía su hogar, no iba a regresar. Iba a ser solo un retorno a medias... Pasar de puntillas sin hacer mucho ruido por la vida que tanto había echado de menos antes de marcharse a otro lugar, lejos de nuevo.

Suspiró, de pronto invadido por la melancolía. Se acarició la barba con lentitud, mientras el sonido de la música y de las conversaciones a su espalda se mezclaba con el de una voz que resonaba en su cabeza. Tenía un inconfundible timbre femenino.

¿Has decidido dejar de huir y dar la cara al fin?

Apretó los dientes. Cuando casi había conseguido relajarse, había tenido que venir ella a remover conciencias. ¡Maldita Tana!

Se dio la vuelta y la buscó con la mirada. Estaba en el borde de la piscina hablando con el hermano de Eli. Tenía una copa de cava en la mano, que se llevaba de vez en cuando a los labios, y sonreía. La luz azulada de los focos provenientes del agua la iluminaba desde abajo, realzando sus piernas morenas y torneadas. La observó durante un rato, protegido por la oscuridad de la playa. Al cabo de unos segundos ya sabía dos cosas; la primera, que entre ella y Poncho había mucha familiaridad, más de la usual entre dos amigos; y la segunda, que en varias ocasiones desvió la vista y escudriñó la orilla, buscando algo.

Le buscaba a él.

«¿Tienes necesidad de machacarme un poco más o es que te pongo?», le lanzó la muda y silenciosa pregunta cuando ella volvió a dirigir sus ojos hacia donde él se encontraba.

No iba a tardar mucho en averiguarlo. La reunión era pequeña; no habría más de veinte o veinticinco personas, y el jardín tampoco era muy grande, así que las probabilidades que tenían de coincidir en el mismo grupo eran muy elevadas. Echó a andar lentamente, acercándose a la zona iluminada por las antorchas. Su hermano Jan le salió al encuentro.

—¿Qué haces ahí? —le preguntó, jovial—. ¿Desenterrando tesoros?

—Tu hija me tiene abducido. Ella ordena y yo la sigo.

—Lo hace con todos. —Le palmeó el hombro, alegre—. Anda, vamos antes de que vuelva y te haga cavar por toda la playa.

Till le siguió, sonriendo. Al fondo, al lado de la casa, bajo una carpa blanca, habían colocado un bufé que era atendido por varios camareros. Justo delante se había formado un pequeño grupo integrado por Cas, Eli, sus padres y Oksana. Los Landvik al completo. Todos tenían copas de cava en las manos. Él también cogió una y brindó por la felicidad de la pareja. Mientras se contaban anécdotas y se compartían recuerdos, él escuchaba solo a medias. No pudo evitar que sus ojos se desviasen hacia la piscina y hacia la mujer que ahora quedaba cubierta por el cuerpo de Poncho. Se preguntó si habría algo entre ellos. No era que le interesase especialmente, pero sentía curiosidad.

En ese instante, el hermano de Eli se movió y los ojos de Tana se encontraron con los suyos. Se aguantaron la mirada unos segundos hasta que ella, frunciendo los labios, giró la cabeza con un movimiento desdeñoso.

Till agarró la copa con más fuerza. Estaba claro lo que pensaba de él, desde luego. La silenciosa pregunta que antes había lanzado al aire cuestionándose si se sentiría atraída por él o si lo que deseaba era machacarle, acababa de quedar contestada. Se llevó la copa a los labios y la vació de un trago, retornando su atención a algo que estaba contando Cas sobre la pequeña Sira, que se había quedado dormida en brazos de su madre.

—Vaya donde vaya, al pediatra o a la guardería o al parque, nadie se cree que es mi hija —decía—. Ya se ha empezado a comentar por ahí que Elisa quizá me haya engañado con otro.

Todos rieron. Era evidente que la niña no se parecía a ninguno de los dos, con su espesa melena negra y sus enormes ojos oscuros.

—Menos mal que Poncho nos visita con frecuencia y el malentendido se aclara cuando le ven a él —continuó Cas, y le hizo un gesto a su cuñado para que se acercase.

Este cogió a Tana del brazo, que parecía algo reacia, y se aproximó al grupo. Su pelo oscuro y sus ojos castaños, una copia casi perfecta de los de su sobrina.

—¿Ya has desvelado el secreto sobre la verdadera paternidad de tu hija? —bromeó, y luego se giró hacia su acompañante y le pasó un brazo por encima de los hombros—. Tana, lo saben. Saben que Sira es nuestra —añadió, burlón.

La carcajada fue generalizada. Incluso Tana emitió una risa forzada. Till, que la observaba con intensidad, se percató de su incomodidad. ¿Sería por su presencia?

—Quizá Poncho podría ser el padre, pero ¿yo la madre? Los niños y yo no nos llevamos muy allá... —respondió, mirando a todos alternativamente. A todos menos a él.

Eso le molestó. Incluso sabiendo cuál era su opinión sobre su persona, hubiera preferido que no le ignorase. Le hacía sentir como un imbécil. Decidió lanzarse a la piscina y dirigirse a ella directamente.

—Entonces, ¿no te gustan los niños? —le preguntó con excesiva zafiedad. Hasta él mismo se dio cuenta de que las palabras habían abandonado su boca con acritud y cierto tono reprobatorio; pero ya era tarde para formularlo de otra manera.

—No es eso —repuso ella con voz helada. No dijo nada más.

Till le sostuvo la mirada. Ella tampoco se arredró. Y durante unos segundos se retaron con los ojos. Los de él, entornados y algo provocadores. Los de ella, muy abiertos y lanzando chispas de indignación. Todo el mundo pudo darse cuenta de la tensión que había entre ellos; era tan espesa que hubiera podido cortarse con un cuchillo.

Se escuchó un carraspeo que los sacó a ambos del silencioso y ridículo duelo. Él fue el primero en romper el contacto ocular. Miró a

su hermano Jan que había sido el autor del carraspeo y que le observaba extrañado.

—Veo que Alba me está llamando. Disculpadme —dijo Tana y, fingiendo una sonrisa, se desasíó del brazo de Poncho y se apartó.

Mientras ella se alejaba, todos los ojos se dirigieron a él en una muda interrogación. Se encogió de hombros casi imperceptiblemente. Después se giró y siguió con la mirada el vaivén de sus caderas.

* * *

Era un gilipollas.

¿Quién narices se creía que era para mirarla de aquella manera? Como si deseara arrancarle la ropa a mordiscos. Creía que le había dejado bastante claro que no estaba interesada en sus avances y cuál era su opinión sobre él, pero parecía no haberse enterado y seguía provocándola con los ojos. ¡Menudo idiota!

¿Y ese tono acusador al cuestionar si le gustaban los niños? Como si por el hecho de ser mujer tuviese que tener el gen de la maternidad estampado en la frente o algo así. No había pensado que fuera tan obtuso, pero al parecer lo era. Cada palabra que salía de su boca solo hacía que reafirmar el mal concepto que tenía de él.

Rechinó los dientes con furia.

—¿Has mordido un limón? —le preguntó Alba cuando se detuvo a su lado.

—Peor —resopló—. El niñato de los Landvik ha vuelto.

—¿Niñato? Perdona que te diga, *darling*^[81], pero de niñato no tiene nada —dijo, mirando por encima del hombro de Tana—. Ha cambiado una barbaridad. Está como un queso.

Tana la observó con el ceño fruncido. Muy a su pesar tenía que reconocer que Alba tenía razón. Till Landvik estaba cañón. Más que eso, en realidad. Se había convertido en el tipo de hombre por el que todas las féminas suspiraban. Había pasado de ser el chico surfista de hacía años a transformarse en una mezcla de dios nórdico y modelo noruego.

—Tampoco es para tanto —reaccionó a la defensiva apartándose un mechón de pelo de la cara con desdén.

Alba soltó una carcajada.

—Vamos, Tana, que nos conocemos. Lo que te molesta es que el hombre al que llevas años criticando y poniendo a parir, de pronto se haya materializado convertido en un semidiós.

Guardó silencio. No tenía mucho sentido llevarle la contraria.

—Es un cretino —dictaminó al cabo de unos segundos.

—¿Y eso lo has deducido después de verle cinco segundos? —preguntó—. Creo que tu rencor te nubla el sentido. Por favor —dijo con retintín—, han pasado muchos años de lo de aquello. La gente cambia y además... —se interrumpió al ver acercarse a su marido.

—¿Qué hacen las dos mujeres más guapas de la fiesta?

Jaime Llorens besó a su mujer en la mejilla. Era alto, delgado y de sonrisa fácil.

—Aquí, criticando a Till —respondió Alba con malicia.

Tana puso los ojos en blanco.

—He estado hablando con él esta tarde —comentó Jaime—. Quiere montar un negocio con una socia y me ha estado pidiendo consejo legal. Aunque no le he podido ayudar mucho, la verdad. No estoy familiarizado con las leyes mexicanas. Pero me ha parecido bastante cambiado, con la cabeza en su sitio.

¿Leyes mexicanas? ¿Dónde rayos iba a montar el negocio? Tana deseó que Jaime siguiese hablando. Le picaba la curiosidad. Sabía que el joven de los Landvik, en los últimos años, después de dejar la carrera de Medicina, había estado viviendo y trabajando como pescador en el norte de Noruega. Y poco más.

«También se ha cansado de eso...», pensó. «Es un inestable. ¿La cabeza en su sitio?»

—¿México? Pero ¿no estaba en Noruega? —preguntó Alba. Tana le dio las gracias en silencio.

—Según me ha dicho, él y su socia van a encargarse de una escuela de surf. Es un negocio que ya está en marcha. En Baja California. Tampoco sé mucho más. Le he dicho que si tiene dudas puedo ponerle en contacto con un colega que lleva temas internacionales.

—¿Una escuela de surf? Me encanta ese chico. Es un aventurero... —Alba volvió a dirigir la mirada hacia el fondo.

—¿Aventurero? Irresponsable, diría yo. Dudo mucho que haya cambiado un ápice. Quizá se haya metido en líos en Noruega y por

eso se va a México, huyendo —repuso Tana con mordacidad.

—¿Qué rencorosa eres, hija! —le lanzó Alba.

—Hola chicas y marido. ¿Dónde tenéis a vuestra prole? —interrumpió Sandra, uniéndose a ellos.

—Los gemelos están allí con Tony y su mujer. Ahora les ha entrado la tontería de que quieren ser pilotos de moto y no le dejan en paz —contestó Jaime—. Y Rodrigo, aunque parezca mentira con todo este ruido, está dormido en su cochecito. Está ahí con Sofía. —Señaló a su derecha, donde a unos veinte metros, la niñera de la familia conversaba con uno de los hijos de Tony mientras mecía el carrito de bebé.

—Jaime, ¿eres un amor y nos traes bebidas? ¿*Gin-tonic* con Puerto de Indias? —preguntó Alba a Tana y a Sandra, que asintieron.

—Eres una mandona —sonrió él, alejándose camino de la barra.

Alba esperó unos segundos hasta que él estuvo lo bastante lejos.

—Suéltalo —dijo, encarándose con Tana y mirándola fijamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Sandra, sorprendida.

—Pues que Tana ha venido hace unos minutos con la cara disgustada. Y que el Landvik pequeño no deja de mirarla.

Tana sintió un incómodo cosquilleo en la nuca al escuchar aquello, y tuvo que resistir la tentación de darse la vuelta.

—¿En serio? —Sandra desvió la mirada con todo el descaro del mundo y buscó al objeto de su conversación—. Es verdad. Te está mirando.

—Que mire —replicó con sequedad—. Hemos tenido un par de palabras antes. Nada especial. Solo que necesitaba que alguien le pusiera en su sitio.

—Eres irritante —dijo Alba—. Haz el favor de comportarte, al menos hoy. Estamos de celebración.

Tana se mordió la lengua. Su amiga tenía razón. Estaban en la boda de Eli y era un día muy especial para ella, así que haría lo que tuviera que hacer para que todo fuese de color de rosa, incluso soportar las miradas provocadoras de Till Landvik, el niñoato.

Jaime regresó con tres copas y se las tendió.

—La ginebra es de fresa —dijo.

Tana bebió un trago de su copa y cerró los ojos, complacida. Sí que sabía a fresa y también tenía un toque a regaliz. Deliciosa.

—¿Comemos algo? —sugirió Sandra—. Como siga bebiendo alcohol con el estómago vacío me va a dar algo.

—Sí, mejor que vayamos —dijo Alba.

Se encaminaron al bufé hablando animadamente. El grupito de los Landvik se había disuelto, y solo Jan y Oksana se encontraban junto a la barra. Tana suspiró, llena de alivio. Cuanto menos contacto tuviese con él, mejor. Aun así, tuvo que controlar el impulso de buscarle con la mirada. Se regañó mentalmente por su maldita curiosidad.

Se habían dispuesto diferentes mesas donde los invitados podían llevarse sus platos y sentarse a cenar. No había asientos asignados. Después de servirse, se acercaron a una de las mesas, la más próxima a la piscina, y se acomodaron. Estaba montada para ocho comensales y ellos eran cuatro, pero pronto llegó Sofía con los dos gemelos, así que solo un hueco quedó libre. Por el rabillo del ojo, Tana vio que la familia Landvik al completo tomaba asiento en la mesa más céntrica, lejos de ellos, y se relajó.

El sonido de la música impregnaba el ambiente. Se escuchaba de fondo a un volumen agradable, entremezclada con las conversaciones. Eran canciones antiguas, mucho *blues* y *soul*, de los sesenta y setenta, que invitaban a moverse, a dejarse llevar. Los camareros habían retirado las sillas, que antes habían formado el pasillo hasta la pérgola bajo la que había tenido lugar la ceremonia, y se había creado un espacio libre. El césped lleno de pétalos de rosas blancas incitaba a hacer uso de él como pista de baile.

Tana desechó su *gin-tonic* y cogió una copa de vino, que el camarero acababa de llenar, y se la llevó a los labios esbozando una sonrisa. Le encantaba bailar. Después de cenar arrastraría a Poncho a la pista.

—¿Está libre este sitio? —preguntó una voz ronca y rasposa.

¡Mierda!

Capítulo Ocho

Era masoquista.

Después de una hora, dos copas de vino y tres *gin-tonics*, que habían convertido la lengua de Tana en un estilete afilado, lo tenía claro. Si todavía no se había levantado de aquella mesa y se había marchado, era porque le gustaba sufrir. Notaba las miradas de los otros sobre él, cargadas de conmiseración.

Clavó los ojos en los de ella. Le brillaban en exceso. Quizá por el alcohol que había consumido, quizá por el reflejo de los farolillos que iluminaban las mesas, quizá porque eran así... De cualquier manera le resultaban muy atractivos. Percibió el destello que apareció en ellos en ese instante y supo que la puntilla estaba a punto de llegar.

—Entonces, ¿ya has solucionado tus problemas con el juego? —le espetó, rebosante de escepticismo.

Se oyó un gemido ahogado. Había sido Sandra, que se había llevado la mano a la boca y la miraba como si se hubiera vuelto loca. Till le hizo un gesto despreocupado con la mano a Jaime al ver que iba a intervenir. No necesitaba defensores.

Durante la cena le había cuestionado todas y cada una de las decisiones que había tomado en su vida: que hubiese abandonado la carrera de Medicina, que no siguiera trabajando con su tío, que fuese a dejarlo todo para irse a vivir a México... Al principio había sido más sutil y mordaz, pero según avanzaba la noche era cada vez más directa.

Todavía se preguntaba qué narices le había llevado a sentarse allí.

—Depende de a qué juego te refieras —respondió ahora, llevándose la cerveza a los labios con lentitud. Sabía que había sonado provocador y que ella iba a tratar de ponerle en su sitio de nuevo.

Llevaba toda la noche desafiándola con sus comentarios, fingiendo que la dureza de sus observaciones no le afectaba en

absoluto. Lo cierto era que cada frase hiriente que salía de su boca se convertía en una pequeña puñalada en las entrañas.

Sí, era masoquista.

—Pues a ese en el que dejas a deber dinero a unos rumanos y tu hermano tiene que dar la cara por ti y jugarse la vida en un ring... a ese juego me refiero... —soltó ella con una sonrisa dulce en la cara, desmintiendo la crudeza de su aseveración.

Till sintió como si le hubieran asestado un puñetazo en el pecho. Su lengua viperina, como si fuese un látigo de siete colas, acababa de abrirle la piel haciéndole sangrar.

Ese sí que había sido un golpe bajo.

Se hizo el silencio. Incluso los gemelos de seis años se quedaron petrificados.

—¡Ya vale! —exclamó Jaime, mirándola con reproche—. Creo que no deberías beber más.

—Sí, te estás pasando —le susurró Alba, pero en voz lo suficientemente alta como para que todos en la mesa lo oyesen.

Tana giró la cabeza y miró a su amiga a la cara. Pareció dispuesta a replicar, pero apretó los labios con fuerza y bajó los ojos avergonzada. El rubor cubrió sus mejillas.

Till observó su reacción, mitad sorprendido mitad contrariado. Era extraño, pero no le gustaba verla así. Por más que él mismo fuese el objeto de sus pullas, la prefería despidiendo fuego por la mirada y no humillada.

Sí, era masoquista.

—Voy... voy a buscar a Poncho. —Se puso de pie y, sin mirar a nadie en particular, se alejó.

Él la siguió con los ojos. Andaba muy erguida, a pesar de las copas que llevaba encima.

—Till... eh... no se lo tengas en cuenta... —comenzó Jaime, abochornado—. Cuando bebe...

—No digas nada —le interrumpió—. Está en su derecho de tener su opinión sobre mí.

—Tana es muy... leal —intervino Alba, sonriéndole contrita—. Ella y Eli siempre han sido uña y carne. Y lo que sucedió... le afectó bastante.

Till asintió. No hacía falta ninguna explicación. Era muy consciente de cómo eran las cosas. Sabía del gran afecto que Tana sentía por Eli. Lo que no había tenido tan claro era la profundidad de su resentimiento que ni el paso del tiempo había mitigado. Juguetó distraídamente con la etiqueta de la botella de cerveza y estudió a la pareja que bailaba en la improvisada pista junto a otras parejas. Poncho y Tana parecían muy compenetrados.

—¿Están juntos?

¡Joder! La pregunta se le había escapado. Se abofeteó a sí mismo internamente. Después del trato que había recibido por parte de ella no tenía ninguna lógica que mostrase interés.

—¿Tana y Poncho? —Sandra giró la cabeza y los miró—. No —respondió, pero no había firmeza en su voz y le dejó con la duda.

Uno de los gemelos empezó a contar algo que hizo que sus padres se riesen y en unos segundos la conversación en la mesa giró en torno a una anécdota infantil. Aprovechó la distracción y siguió observando a Tana y a su acompañante en silencio. Él la agarraba con firmeza por el talle y ella había enroscado los brazos alrededor de su cuello. Bailaban muy pegados. Tana dijo algo que hizo reír a Poncho. Luego bajó la cabeza y él le alzó la barbilla con los nudillos, con un gesto cargado de afecto. La escena rebosaba ternura.

Till se sintió molesto, sin saber muy bien por qué. Volvió a darle un trago a su cerveza y contempló la luna, que se reflejaba, enorme, sobre el mar. Meditó.

Quizá sería mejor dejarlo pasar.

No le iba a traer más que problemas, y lo sabía.

Cuanto más lejos mejor.

Nada bueno podía salir de aquello.

Estaba claro como el agua.

No obstante, mandando todas las advertencias al carajo e ignorando las señales rojas de peligro, dejó la botella sobre la mesa y se puso de pie. Después se dio la vuelta y se dirigió hacia la pista de baile.

* * *

Tana apoyó la frente sobre el pecho de Poncho. Estaba mareadísima. Si cerraba los ojos, todo comenzaba a dar vueltas en

su cabeza, así que se esforzó por mantenerlos abiertos y los clavó sobre la blanca e impoluta camisa. ¿No era muy blanca? Deslumbraba.

—Estás borracha —constató él, muy divertido. Demasiado para su gusto.

—No —respondió categórica.

Él bufó, incrédulo.

—Hacía tiempo que no bebías tanto.

—¿Y tú... qué... sabes, *Ponchito*? —Reaccionó a la defensiva. Su voz emergió entrecortada y balbuceante, empañada por el alcohol.

Él se echó a reír.

—Pero si ni siquiera puedes hablar con coherencia, tu *Ponchito* ha sonado a *chupito*.

—¡Qué... poca gracia... tienes!

—El problema eres tú. Tu cerebro alcoholizado no sabe apreciar mi humor.

Ella resopló.

—¿Qué es lo que ha pasado, Tana? —Se puso serio de repente —. ¿Habéis discutido?

—No sé a qué te refieres. —Se esforzó por no arrastrar las palabras.

—Vamos, Mata Hari... Todos hemos sido testigos de vuestro absurdo enfrentamiento antes. Y luego te has pasado toda la cena lanzándole dardos envenenados con los ojos. No me quiero ni imaginar las palabras que habrán salido de tu boca —dijo—. Lo que no entiendo es que él haya decidido sentarse a la misma mesa en la que tú estabas, viendo el panorama. No me cabe en la cabeza. Tiene que ser un poco masoca.

—Tampoco ha sido para tanto... —murmuró, pero en su fuero interno sabía que se había pasado. Estuvo a punto de cerrar los ojos, mortificada, pero recordó que con los ojos cerrados el mareo se incrementaba y no lo hizo. Le costó sostenerle la mirada. Los párpados le pesaban una barbaridad.

—¿Y lo de beberte tres copas como si fueran agua? No es muy propio de ti.

—¿Acaso llevas la cuenta de lo que bebo? —preguntó, molesta—. Esa ginebra es mortal. Entra sola... con ese sabor a fresa... —trató de excusarse con tibieza.

La aparición de Till en la mesa la había aturdido, algo a lo que no estaba acostumbrada. Nunca antes la presencia de un hombre la había incomodado de aquel modo. La había pillado por sorpresa. Había sentido sus ojos adheridos a ella durante toda la cena y sus labios curvados en una sonrisa satisfecha que había tratado de borrar con sus comentarios hirientes. Quizá se había excedido, pero es que... la había sacado de quicio... La indignación le había hecho beber más y más rápido de lo habitual.

—A otro con ese cuento —dijo Poncho, y la meció suavemente al compás de la música. Sonaba el *Hello* de Lionel Richie, y Tana dio gracias en silencio por la selección de melodías, todas tranquilas y lentas. Con la cabeza girando como un ti vivo no hubiese aguantado algo más fogoso.

—Es verdad que me... irrita. No entiendo que todo el mundo haga como si no hubiera roto un plato... —confesó con reticencia—. Es un impresentable.

—Pues el impresentable viene hacia aquí —dijo él demasiado jovial, mirando un punto detrás de ella.

Tana perdió el compás y tropezó, desconcertada. Tuvo que agarrarse con firmeza a sus hombros para no caerse.

—Hola. —La voz de su «enemigo» sonó a su espalda—. Perdonad que os moleste, pero tu hermana te está llamando.

Poncho dejó de bailar y se giró buscando a Eli, que estaba inmersa en una conversación con Oksana al otro lado de la piscina. Después desvió la vista y con un esbozo de sonrisa guasona se dirigió a Till.

—Sí, ya lo veo —dijo en voz alta.

En un susurro añadió algo parecido a *masoquista*, aunque quizá fue *comunista*. Tana no consiguió discernirlo. Le miró con los ojos entrecerrados cuando se apartó de ella. Se aferró a su cuello como un pequeño simio al tronco de un árbol.

—¡Ni se te ocurra dejarme con él! —siseó.

Él soltó una risa maliciosa.

—Till, ¿te quedas con Tana mientras yo voy a ver qué quiere mi hermana?

La pregunta resultó absurda, como si ella tuviera cinco años y necesitase una niñera. Le fulminó con la mirada antes de soltarle. Estaba a punto de decir una bordería de las suyas cuando sintió la mano del insoportable personaje rozándole la muñeca.

—Por supuesto —respondió el señor-voz-rasposa.

—Pórtate bien, Mata Hari —dijo Poncho, mejor dicho, el traidor de Poncho. Y luego se alejó con una sonrisa burlona dibujada en la cara.

Ella se dio la vuelta dispuesta a encararse con el imbécil de Till. Un triángulo de piel morena la recibió. A ver... ¿se había desabrochado otro botón de la camisa o ese trocito de piel siempre había estado ahí? Frunció el ceño, insegura.

—Mi cara está un poco más arriba —dijo él al tiempo que la sujetaba con delicadeza por el talle.

Sintió el calor de las palmas de sus manos a través de la fina tela del vestido. No tenía muy claro si era algo agradable o molesto.

—¿No me digas? —le lanzó con sarcasmo alzando la cabeza, odiando que él midiese un metro noventa.

¡Joder! Se le había olvidado lo impresionantes que podían llegar a ser en las distancias cortas los ojos de los puñeteros Landvik: azules, profundos e intensos... El escrutinio de su mirada le provocó una enorme desazón. Había dejado los brazos colgando a los costados y se sintió estúpida, como una muñeca de trapo, mientras él se movía y la movía con él. Tuvo ganas de soltarse de un tirón y dejarle allí solo, en medio de la improvisada pista de baile, pero algo en ella, curiosidad, expectación, morbo, ganas de decirle cuatro cosas... o lo que fuera, hizo que se quedara allí.

—Eres diminuta —murmuró él.

—Pues no... parece que te moleste demasiado. Llevas toda la noche mirándome con... mu... mucho... interés —se le trabó la lengua al pronunciar las últimas palabras. En silencio maldijo al inventor del Puerto de Indias.

Él no dijo nada. Ni siquiera parecía sorprendido. Pero sus enormes manos, que casi le abarcaban la cintura por completo, se agarrotaron. Se giró con más rapidez de la que a ella le hubiera

gustado, obligándola a agarrarse a sus bíceps para no perder el equilibrio.

¡Por Dios! ¿De dónde narices había sacado esos músculos duros como piedras? Estuvo tentada de recorrerle los brazos con avidez para comprobar si esa musculatura estaba por todas partes, pero se recordó a sí misma que le desdeñaba y no lo hizo. Dejó las manos apoyadas sobre sus brazos..., en realidad las subió un poco y las posó sobre sus hombros... ¡Joder! Sí... Allí, bajo las mangas de su camisa también había acero.

—¿Por qué no me dices lo que tanto te molesta y te desahogas?
—dijo él en ese preciso momento.

—¿Estás seguro de querer meterte en ese jardín? ¿No has tenido bastante durante la cena? —preguntó, incrédula.

La mirada de él se endureció. Asintió levemente.

—A ver... el que fueses un niño inmaduro hace años... pues casi te lo podría perdonar... a fin de cuentas todos cometemos errores y tenías veinte años... —comenzó, tratando de imprimir firmeza a su tono.

—Veintitrés —la corrigió él.

—Lo que sea —arguyó ella chasqueando la lengua—. Pero lo de que huyes con el rabo entre las piernas y dejases aquí el marronazo mientras tus hermanos te sacaban las castañas del fuego... eso sí que no... Eso no. No, no, no... —negó con demasiada energía y se arrepintió en el acto al notar que lo que normalmente estaba abajo se situaba arriba y lo que estaba arriba descendía para colocarse abajo. O algo parecido.

Él se había puesto tenso. Incluso a través de la niebla de su cerebro se percató de ello. El suave y agradable vaivén con el que la había balanceado antes al ritmo de la canción, ahora se había tornado automático y forzado.

—Eres muy dura —dijo entre dientes.

—Y tú muy blando... Si no puedes soportar la verdad, no preguntes... —Le miró con una chispa provocadora en los ojos, pero él no entró en su juego.

—La gente cambia... —repuso al cabo de un rato con suavidad. Apartó la vista y la dirigió hacia la playa.

Tana resopló con desdén, negándose a sentir otra cosa que no fuese desprecio, a pesar de que había creído vislumbrar un cierto atisbo de tristeza en sus ojos.

—No lo creo —dijo con dureza.

—Estás juzgándome por algo del pasado. No sabes quién soy ahora.

—No... no me hace falta. No me interesa.

Entonces él giró la cabeza y volvió a mirarla. Lo hizo con tanta intensidad que Tana sintió cómo se le constreñía el estómago. «Es la ginebra», se dijo.

—¿Estás segura? Porque tú tampoco me has quitado el ojo de encima en toda la noche.

«Lleva razón», se confesó a sí misma en silencio.

—No voy a negar que... estás muy bueno, Landvik —dijo, arrastrando las palabras en un arranque de ebría sinceridad—. Estos años te han sentado bien..., pero ya está... Tienes un buen polvo y nada más...

—¿Me estás invitando? —Su voz descendió una octava.

—Sigue soñando... *niñato* —murmuró con una sonrisa.

—¿Niñato? —preguntó, sorprendido.

—Sí... ni-ña-to —recalcó. Y soltó una risita tonta.

Él permaneció en silencio.

Sonaba *We've Got Tonight* de Bob Seger y la combinación de esa melodía y la brisa acariciándole la piel, hicieron que Tana se olvidase de quién era su pareja. Disfrutó del instante y de la letra de la canción y se relajó entre esos brazos fuertes que la sostenían con firmeza. Eran más fornidos que los de Poncho. Toda la figura era bastante más impresionante que la de Poncho, sí...

Le recorrió con la mirada, analizándole.

—Tiene un cuerpazo... la verdad... y sus manos... uf, vaya manos... —Se echó hacia atrás para poder verle la cara con más claridad—. Es guapo... no, más que guapo... ¡Qué ojos más impresionantes! Joder... y ese pelo largo a lo *Pantene*... me pone... y esa barba... aunque es un poco *hipster* y no es mi estilo... seguro que hace cosquillas al besar...

Escuchó su breve carcajada, lo que la confundió.

—Eres consciente de que lo estás diciendo en voz alta, ¿no?

Frunció el ceño. ¿A qué se refería? Sus ojos estaban llenos de diversión y tenía una sonrisa en los labios, que a pesar de todo ese pelo que poblaba su cara, se podía apreciar que eran carnosos y parecían suaves. ¿Serían igual de suaves al tacto?

—Es una lástima que no te soporte —continuó al cabo de unos segundos, alzando la mano y rozándole la boca con la yema del pulgar. Sí, era suave. Su cálido aliento le bañó los dedos—. Una verdadera lástima...

—Estás jugando con fuego —dijo él en voz muy baja, casi en un susurro, apretándola contra su cuerpo. La expresión de su cara había cambiado.

Tana se estremeció, de repente incómoda.

—Creo que ya no quiero seguir bailando —farfulló, apartándose.

—¿Te pongo nerviosa?

No supo qué decir. Su mente tampoco estaba lo suficientemente despierta como para analizar aquella pregunta y encontrar la respuesta idónea.

—Sí. Me abrumas... —repuso con franqueza—. Pero es por... por... por la ginebra —se apresuró a añadir—. En condiciones normales no eres rival para mí, pero... pero creo que no es justo...

Sabía que balbuceaba, que estaba hablando demasiado, pero de alguna manera no parecía capaz de contenerse. Tenía que marcharse si no quería seguir metiendo la pata. Le agarró por los brazos y tiró de ellos para que la soltase. Él lo hizo.

—¿Justo? —La miró sin comprender con esos ojos azules oscuros y profundos.

Ella se llevó las manos a las sienes y se las frotó. ¿Justo? ¿A qué se refería él ahora? ¡Oh, Dios! Todo le daba vueltas...

—Mira, no sé qué... dices..., pero me voy... Intenta no volver a acercarte a mí esta noche... —Dio un paso atrás y trastabilló perdiendo el equilibrio. Él alargó la mano para sostenerla, pero ella se desasíó con violencia—. Joder, Till... que no te acerques...

Y, habiendo dicho esto, giró sobre sus talones y se marchó con las piernas gelatinosas.

Capítulo Nueve

Till se acercó a la barra y pidió un agua con gas. No pensaba beber más aquella noche; tenía que conducir. Y aunque hubiera podido pedir un taxi como muchos de los allí presentes iban a hacer, se había decantado por lo contrario. Prefería tener la cabeza despejada. Así que, después de dos cervezas se había pasado al agua.

Mientras esperaba que el camarero fuese a buscar hielo, se giró y dejó vagar la mirada por el jardín. Sus padres se habían marchado hacía rato, llevándose a Sira y a Clara con ellos, pero el resto de los invitados todavía seguía disfrutando del ambiente. La mayoría, sentados en las mesas charlando. Un grupito se había dirigido a la pista y bailaba al ritmo de *The Winner Takes It All* de Abba, entre ellos, Eli y sus amigas. No era la misma canción, pero la escena le trajo recuerdos de la primera noche que las vio, en el *Western Ribs*. También habían bailado así, algo achispadas. Y ya entonces Tana había llamado su atención... Ahora era más espectacular todavía, decidió, mientras la contemplaba. Se movía de una forma que solo se podía calificar como sensual, vibrando excitada por la música, con la piel morena perlada de sudor. Destacaba por encima de las demás como una gema preciosa entre otras sin pulir; y se apreciaba claramente que le gustaba bailar. Derrochaba un encanto y una seguridad aplastantes, incluso con cuatro copas de más. Y ya iban cuatro. El cuarto *gin-tonic* había caído unos minutos después de que le hubiera abandonado en la pista de modo tan abrupto hacía un par de horas.

Entornó los ojos, siguiendo sus movimientos. No tenía ni idea de cómo podía sostenerse en pie. ¿No era demasiado menuda para aguantar esas ingentes cantidades de alcohol? Pero no, al parecer la diminuta Tana era capaz de beber como un aguerrido camionero.

No había vuelto a acercarse a ella, como le había pedido. No obstante, había estado pendiente de su presencia en todo momento, incapaz de no buscarla con los ojos de vez en cuando para ver si

ella también lo hacía. Y sí, la había descubierto mirándole en varias ocasiones. *Descaradamente*.

Suspiró en silencio. ¡Qué contradictoria era! Mientras le echaba en cara su comportamiento y se afilaba las uñas en su persona, desgarrándole poco a poco, su cuerpo y su mirada le enviaban señales inequívocas de... otra cosa. Y si bien cada encontronazo con ella terminaba peor que el anterior, no podía evitar desear que sus caminos volvieran a cruzarse.

—Su agua.

La voz del camarero a su espalda le hizo girarse. Cogió el vaso que le ofrecía y, con él en la mano, se dirigió a la mesa en la que estaban sentados sus hermanos, no sin antes dirigir una nueva mirada hacia la pista y a su torturadora particular. Le daba la espalda y se había levantado la melena con las dos manos, dejando la nuca al descubierto. Un mechón de pelo empapado por el sudor se le pegaba a un lateral del cuello. Movía las caderas con lentitud, sin seguir el ritmo. Al menos no el de la canción.

Fæn!^[82] ¡Esa puñetera imagen era el sumun del erotismo!

—Cierra la boca —escuchó decir a su hermano Cas cuando se dejó caer en una silla a su lado.

Le miró sin comprender.

—La parte inferior de tu mandíbula te llega por las rodillas y pareces gilipollas —añadió con socarronería.

Till sonrió, dejando el vaso sobre la mesa. No iba a pretender que no sabía a qué se refería.

—Está bien, lo admito —dijo—. No me esperaba tanto...tanto... tanta exuberancia —se corrigió.

Cas soltó una risa y desvió la cabeza hacia la pista.

—Sí, exuberante y con mucho carácter.

—No hace falta que me lo digas. He tenido el placer de comprobarlo de primera mano —resopló. Aunque les había contado antes a sus hermanos cómo había transcurrido la cena y el posterior «bailecito», no había entrado en detalles. Conociéndolos —especialmente a Cas—, no habrían dejado pasar la oportunidad de ironizar sobre la situación.

Se llevó el vaso a los labios y dio un largo trago. Sus ojos seguían fijos sobre la figura femenina.

—Es mucha mujer para ti —intervino Jan chasqueando la lengua.

—¡Joder! ¿Tú también? —se rio Till, y añadió—: Ella me llama niñato.

Tanto Cas como Jan prorrumpieron en carcajadas.

—No te soporta, así que lo vas a tener crudo. Cada vez que se menciona tu nombre en alguna conversación se pone de uñas y echa pestes sobre ti —dijo Cas—. Mucha suerte. La vas a necesitar.

Till no dijo nada. Tenía claro que Tana iba a ser un hueso duro de roer, pero a él le iban los retos. Desde el primer momento en que sus miradas se cruzaron, sintió que había algo entre ellos y sabía que ella también lo había percibido. Algo puramente físico y muy carnal, pero potente, sin duda. Solo pensar en pasar una noche con esa voluptuosa mujer le ponía a cien. Quizá saliese algo escaldado de aquello, pero el premio seguro que merecía la pena. Además, tampoco pretendía casarse con ella.

En ese instante, el grupito de las chicas dejó de bailar. Eli, con la risa danzando en su rostro, se encaminó hacia ellos mientras que las demás se dirigían a la otra mesa. Till se lamentó de que no hubiera más intercambios de miradas entre él y Tana, pero ella solo miraba al frente, tambaleándose ligeramente mientras avanzaba.

—Tana quiere marcharse —dijo Eli, sentándose sobre el regazo de Cas—. Y la verdad, nosotros no tardaremos mucho más, ¿no? —Enterró la cara en el cuello de su marido y depositó un beso en su mentón.

—Cuando tú digas, *Prinzessin*^[83]. —Él le acarició el cabello.

—Sería un poco descortés marcharnos antes que los demás, pero como mucho nos quedamos otra hora.

—Tú siempre tan políticamente correcta.

—Por eso te has casado conmigo.

—Es cierto. —Cas sonrió. Luego miró a Till con picardía—. ¿No estabas diciendo que querías marcharte? Pues podías llevar a Tana al hotel. Está en el *Flamingo*. Qué casualidad, ¿no?

Till le miró con los ojos entrecerrados.

—Claro —repuso entre dientes—. Puedo llevarla sin problema.

—Pues fantástico —exclamó Eli, entusiasmada. Al parecer no se había enterado de la tensión que había entre su amiga y él—. Hasta

que llamemos un taxi y venga a recogerla puede pasar más de una hora y creo que no se encuentra demasiado bien. —Dirigió la mirada hacia sus amigas. Tana había apoyado los codos sobre la mesa y descansaba la mejilla sobre sus brazos. Tenía los ojos cerrados—. Voy a decírselo —añadió, incorporándose.

Till frunció el ceño mientras la veía alejarse. Aunque solo hacía unos minutos que él mismo hubiera deseado pasar más tiempo con Tana y se hubiese imaginado a ambos retozando en una cama, el llevarla a su hotel, borracha y con toda probabilidad a disgusto, no había entrado dentro de sus planes.

—No sé qué pretendes —le dijo a su hermano en voz baja.

—Que os conozcáis mejor. A ver si pasando algo de tiempo juntos termina por perdonarte —se rio.

—¡No me jodas! Está borracha. Además, está claro que va a rechazar el ofrecimiento —arguyó.

—Quizá no —intervino Jan, señalando a las dos figuras que se acercaban.

Eli y... Tana.

* * *

Así que el jodido Till se había ofrecido a llevarla a su hotel. Fantástico. Que la llevase. ¿Acaso creía que iba a acobardarse y decir que no? No le pensaba dar ese gusto, reflexionó mientras se acercaban a la mesa donde los tres especímenes Landvik las esperaban.

«Son imponentes», reconoció, pesarosa.

Altos, musculosos, rubios, de ojos azules... y con esa aura poderosa emanando de ellos. Jan, el más sereno e introvertido. Cas, el inconfundible guaperas, y Till... lo de Till no lo tenía claro todavía... de momento prefería pensar en él como el inconstante e inmaduro.

Pero sin duda era el más atractivo de los tres.

Loki.

De forma absurda le vino a la cabeza el mote que le pusieron aquel verano. Cuando conocieron a los tres hermanos, habían bromeado sobre su parecido con los dioses del Valhala y los habían bautizado como Tor, Odín y Loki, sin ser plenamente conscientes de lo acertado de su elección. El nombre de Loki, la deidad

embaucadora y taimada, le había venido como anillo al dedo al pequeño de los Landvik, como se demostró después.

Sintió su mirada recorriéndola de arriba abajo. Tenía la vista algo nublada por efecto del alcohol y entornó los ojos para enfocar mejor. Sí. Esa mirada color turquesa iba dirigida a ella.

—Vámonos —le apremió cuando llegaron a la mesa.

Las comisuras de sus labios se alzaron de un modo casi inapreciable, pero ella lo vio. Incluso a través de la bruma que envolvía su cerebro y de la poblada barba, lo vio.

Su enfado aumentó.

—A sus órdenes —respondió él con tono divertido. Se puso de pie.

¡Joder! ¿Por qué era tan alto? El enfado dio paso a la fascinación.

—¿Antes también eras tan alto? No lo recordaba... —Se llevó un dedo a la sien y cerró un ojo, calibrando su estatura.

—Tiene la costumbre de expresar sus pensamientos en voz alta —le escuchó decir. Alguien soltó una carcajada.

Tampoco era tan gracioso que él hubiera crecido en las últimas horas, ¿no?, pensó. Así que no sabía por qué Cas —o había sido Jan— se había reído. Frunció el ceño y buscó al propietario de la risa. Pero no tenía claro cuál de los cuatro Landvik era el autor... Un momento, ¿cuatro Landvik? ¿No había solo tres de ellos?

—¿Seguro que estás bien? ¿Prefieres que llamemos a un taxi? —le preguntó Eli a su espalda, preocupada.

Tana se giró rápidamente para tranquilizarla, y perdió el equilibrio. Uno de los hermanos estaba ahí para sostenerla. Bajó la mirada y se fijó en la blanquecina cicatriz que atravesaba el dorso de la mano que acababa de sujetarla por la cintura.

—Te he dicho... te he dicho antes... que no te acerques... al menos veinte metros... —balbuceó, pero no hizo ningún esfuerzo por apartarse.

—Lo sé, pero si te tengo que llevar al hotel dentro de un coche, no te va a quedar más remedio que levantar esa restricción, ¿no crees?

Tenía su lógica eso que decía, ¿no? Alzó la barbilla y le miró a los ojos. Impresionantes, azules y hermosos...

—Uf... Tienes unos ojos... increíbles, Landvik pequeño... ¡Qué lástima que estén en tu cara! —se lamentó, realmente apenada.

De nuevo se escucharon carcajadas, esta vez no solo masculinas. También una risa femenina se mezcló entre ellas.

—Nos vamos —dijo Till—. Despedidnos de los demás. Mañana hablamos.

Tana sintió la cálida mano de él en la parte baja de su espalda, instándola a ponerse en movimiento. Agitó la mano en señal de despedida sin preocuparse de si alguien le devolvía el gesto. Comenzó a andar al lado del gigante. Atravesaron el jardín y se adentraron en la casa por las puertas correderas. En cuanto sintió el suelo de tarima bajo sus pies se dio cuenta de que iba descalza.

—Mis sandalias. Necesito mis sandalias —murmuró, dándose la vuelta y tratando de volver al exterior.

—Las tengo yo. Eli me las ha dado.

—Tengo que... ponérmelas.

—¿Podrás andar con ellas? —le preguntó, escéptico.

Ella hizo una mueca petulante e intentó mirarle a la cara, pero estaba cansada de tener que levantar la cabeza todo el rato y terminó mirándole el pecho.

—Yo... nací con tacones, guapo... —le aleccionó.

—Pues siéntate aquí y pónelas—le dijo él señalando un sofá.

Ella lo hizo. Se dejó caer pesadamente y exhaló un suspiro satisfecho. Se apoyó en el respaldo y bajó los párpados.

—Tana. Toma.

Abrió los ojos y contempló su mano extendida con las sandalias en ella. Las cogió y trató de ponérselas. Primero la derecha. Le costó meter el pie, consiguiéndolo a duras penas, pero cuando fue a abrochar la hebilla, se vio superada. No fue capaz de encontrar el agujero, además, la habitación empezó a girar a velocidad de vértigo a su alrededor. Se echó hacia atrás haciendo un pequeño puchero y reconoció su derrota.

—No... no puedo... —le dijo con la voz suplicante.

Él soltó un suspiro y se arrodilló delante de ella.

—Déjame a mí.

Le sujetó el pie con ambas manos y manipuló la correíta de cuero que se ataba a su tobillo. En un instante la sandalia estaba

abrochada. Tana le miró con curiosidad. Presentaba una singular estampa, inclinado ante ella, con la cabeza baja y sus facciones ocultas por la semipenumbra del salón, poniéndole un zapato... Le entró la risa floja. La miró, confuso.

—Parezco cenicienta... y tú el príncipe... —explicó entre una risa y otra.

Él sonrió mostrando una hilera de dientes blancos y haciendo que las arrugas alrededor de sus ojos se acentuasen notablemente, convirtiéndole en el hombre más atractivo del mundo.

A Tana se le cortó la risa.

Él también se puso serio y, sin dejar de mirarla y con extrema lentitud, le cogió el otro pie, pero en lugar de ponerle la sandalia con presteza como había hecho antes, dejó pasear su mano desde el talón hasta la parte trasera de la rodilla, rozando su pantorrilla con agónica suavidad. Un estremecimiento le recorrió la espina dorsal al sentir esa mano sobre su piel. El desprecio que sentía por él cayó en el olvido, eclipsado por el efecto que su áspera pero delicada caricia estaba provocando en ella.

—Tu mano... está muy caliente —murmuró.

—Y tu piel es muy suave —repuso él en voz muy baja, trabando sus ojos en los suyos.

—Me depilé ayer —balbuceó, y entonces se llevó la mano a la boca y se la tapó—. ¿Lo... lo he dicho en voz alta?

—No —respondió él con lo que pareció ser una carcajada reprimida.

Ella retiró la pierna con precipitación, echando de menos su contacto en el mismo instante en que lo hizo. Él no protestó. Como si no hubiese pasado nada, procedió a abrocharle la otra sandalia con tanta rapidez que ella se mareó al seguir los movimientos de sus dedos. Después se incorporó y le tendió la mano.

—¿Vamos?

Tana se levantó, ayudándose del reposabrazos del sofá. En el mismo momento en que dio un paso se dio cuenta de que no iba poder llegar muy lejos sobre los doce centímetros que acababa de añadir a su estatura. Se agarró a su brazo sin delicadeza alguna, estrujándolo.

—¿No decías que habías nacido con tacones? —le preguntó con la voz cargada de ironía.

—No sé... qué me pasa... —dijo chasqueando la lengua, mortificada. Sus piernas parecían de chicle, y sabía que si daba un paso más se caería de bruces.

—Los tacones y la ginebra quizá no combinen demasiado bien.

—¿Tú crees? —No lo había pensado, pero a lo mejor él tenía razón. Quizá debía meditar sobre ello.

—No lo creo. Estoy seguro —afirmó y, antes de que ella hubiese podido protestar, la había levantado del suelo y la cogía en volandas. De pronto se vio rodeada por unas paredes de cemento.

Algo parecido a un *guau* o a un *OMG*^[84] se formó en su mente al sentir toda aquella firmeza envolviéndola. ¿En serio no llevaba nada debajo de la camisa? ¿Eso era su cuerpo? No... No podía ser. Seguro que había algún truco. Y mientras él se ponía en movimiento atravesando el salón hacia la puerta, comenzó a toquetearle los pectorales con la palma de la mano. Presionando sin finura.

—¿Qué haces? —Se detuvo en seco justo antes de la entrada. La miraba con el ceño fruncido.

—Buscando.

—¿Buscando qué?

—Las costuras —respondió ella, exasperada, como si fuera un niño al que hubiese que explicarle todo. No dejó de palpar y siguió con sus hombros.

—¡Joder! Sí que estás borracha —suspiró él antes de seguir andando.

Pues no había costuras, ni pliegues, ni bordes... Sus ojos se dirigieron al trocito de piel que asomaba por debajo de su barba, ese que estaba cubierto de fino vello y que durante toda la noche le había llamado la atención... Lo tocó.

Él dio un respingo.

—*Fæn!*

—Pues sí que es piel —musitó, perpleja.

—¿Y qué creías que era? —La miraba con los ojos oscurecidos y las aletas de la nariz dilatadas. Parecía tenso.

—No... no sé... otra cosa...

Él escupió una palabra en otro idioma y ella estuvo a punto de replicarle algo, pero entonces se dio cuenta de que ya no se encontraban dentro del chalet. No sabía cómo habían llegado hasta allí, pero estaban en el exterior, junto a un coche que bajo la luz de una de las farolas parecía ser de color turquesa.

—¡Pero... pero si es del color de tus ojos! —exclamó con asombro.

—Agárrate —le dijo él, irritado, antes de meterse la mano en el bolsillo y sacar las llaves.

Lo hizo. Se aferró a él con un entusiasmo desmedido y enterró la nariz en su cuello. Aspiró sin disimulo, y un cierto olor a colonia, cerveza y hombre le penetró en las fosas nasales.

—Mmm... Hueles bien, Landvik... A hombre... —ronroneó.

Creyó escuchar algo parecido a *Verdammt* saliendo de su boca, pero no estaba segura. Él la depositó casi con violencia en el asiento del pasajero y cerró la puerta de un portazo, dejándola sola en el interior durante unos segundos. En vez de rodear el coche para sentarse al volante, permaneció de pie justo frente al capó. Quieto. Se había llevado las manos a la cabeza y aparentaba estar indeciso. En esa postura, la espalda se le ensanchaba y los músculos se marcaban de una manera casi obscena. Tana le observó a través del cristal del parabrisas con los ojos entornados y una cálida sensación esparciéndose por su vientre.

Una idea mala malísima la asaltó. Nefasta, en realidad.

«Mañana te vas a arrepentir... Has bebido demasiado...», le advirtió una voz que se asemejaba bastante a su conciencia, mas le hablaba tan bajito, que apenas pudo oírla... No sopesó los pros y los contras, no hizo ninguna lista mental de los síes y los noes...

—*Carpe diem*... —susurró, recostándose en el asiento y humedeciéndose los labios con lentitud. Un brillo depredador había asomado a su mirada mientras contemplaba cómo Till se dirigía al vehículo.

Capítulo Diez

Era una mala idea... malísima...

Nefasta, en realidad.

Permaneció unos segundos quieto, dándole la espalda al coche y a su voluptuosa y ebria ocupante. Respiró hondo tratando de calmar el ardor que las caricias de ella le habían provocado. El sentir todas esas curvas pegadas a su cuerpo y sus manos palpándole de aquella manera, le habían hecho hervir la sangre... Y aun con los ojos cerrados, como los tenía en ese momento, podía ver perfectamente su morena pantorrilla que había recorrido con la mano, deleitándose en su suavidad.

Un sonido áspero, mezcla de gruñido y suspiro, salió de su garganta.

¡Había sido un error acceder a llevarla al hotel!

Por más que Tana le atrajese sexualmente y hubiera fantaseado con acostarse con ella, no era el momento. No mientras ella estuviese como una cuba y no fuera consciente de lo que hacía. Su comportamiento y sus palabras indicaban que no era dueña de sus actos. Y él podía ser muchas cosas, pero un hombre que se aprovechaba de la ebriedad de una mujer... no. Prefería a sus mujeres sobrias y despiertas, en plena posesión de sus facultades mentales... sabiendo con quién se iban a la cama.

Y no era el caso.

No obstante, le iba a costar controlarse si ella seguía tentándole de aquella forma, con torpes caricias e insinuaciones veladas.

Dritt!^[85]

Mesándose la barba se dio la vuelta con precipitación y se acercó a la puerta del conductor. Resopló una vez antes de abrirla y encaramarse al asiento. Evito mirarla de frente, pero de reojo pudo observar que llevaba el cinturón puesto. Tenía los ojos cerrados y una enigmática sonrisa en los labios, que le hizo fruncir el ceño. ¿Qué narices se le estaría pasando por la cabeza?

Se abrochó el cinturón y metió la llave en el contacto. Arrancó. El coche, un Toyota Auris híbrido, no emitió ningún sonido, por lo que el leve gemido de ella resultó casi estruendoso en el interior del silencioso vehículo. La miró, pero seguía en la misma postura con una expresión satisfecha en el semblante.

—¿Te encuentras bien? —preguntó. Odió que su voz sonase entrecortada.

—Perfectamente... Landvik —dijo ella en voz baja y sugerente haciendo que se le pusiera la piel de gallina. Jamás hubiera pensado que su apellido pronunciado en aquel tono le pudiera excitar, pero así fue. Se revolvió inquieto en el asiento y apartó la mirada.

Dio marcha atrás y se incorporó a la desierta y oscura carretera. Condujo en silencio durante unos minutos, concentrado en la calzada. Había estado muchas veces en el chalet de Pep por lo que conocía muy bien el trayecto. Y a pesar de las numerosas curvas que dibujaban el trazado del asfalto y de que carecía de cualquier tipo de iluminación, no aflojó la velocidad. Trató de ignorar a su acompañante, que se lo puso fácil, ya que no pronunció palabra; sin embargo, al cabo de un rato abrió la ventana y dejó que el aire fresco de la noche se introdujese en el interior del vehículo. El olor a brisa marina sustituyó otros olores más peligrosos que llegaban hasta él potenciados por su cercanía... un ligero aroma a perfume... a mujer...

De vez en cuando la observaba a hurtadillas, pero ella no se movía. Se relajó un tanto y aprovechó la quietud y la calma que le producía conducir para meditar sobre su extraña conducta cuando estaba con ella.

Le atraía.

Mucho.

Demasiado, incluso.

Al menos lo suficiente como para soportar que le hablase como lo hacía. No por primera vez se preguntó si esa atracción masoquista no sería un acto involuntario de expiación que afloraba en él. Era como si su subconsciente hubiese decidido que necesitaba un castigo y, dado que la única persona que parecía

capaz de infligírselo era ella, inconscientemente la buscaba para purgar su culpa...

¡Dios! ¡Qué retorcido!

Meneó la cabeza con exasperación.

—Landvik... —murmuró ella y, antes de que hubiera podido siquiera mirarla, sintió su mano sobre la parte superior de su muslo, apretando con ligereza. La sorpresa fue tan grande que dio un respingo y apartó el pie del acelerador.

—*Dritt!* ¿Estás bien? —masculló. Ella le miraba con sus enormes y oscuros ojos.

—Sí.

El monosílabo sonó como una frase entera. ¿Cómo era posible que alguien pudiera expresar tantas cosas con solo dos letras? La mayor parte de ellas no llegó a comprenderlas, pero una se quedó suspendida en el aire, proclamando a los cuatro vientos su significado...

Hambre.

Y no de comida.

Era una mala idea... malísima...

Nefasta, en realidad.

Con los dientes apretados, cogió su mano, que a pesar de su pequeño tamaño se aferraba con fuerza a cierta zona demasiado cercana a su entrepierna, y la apartó. Exhaló el aire que había estado conteniendo y volvió a concentrarse en la carretera, ignorando el deseo que había visto reflejado en sus ojos. Pero ella no tardó más de dos segundos en volver a apoderarse de su muslo, que se tensó bajo su contacto.

—¡Joder, Tana! ¿Qué es lo que quieres? —saltó, crispado, sin mirarla—. Te he dicho antes que estabas jugando con fuego.

—Aunque no eres mi tipo, para una noche me vales... Además, a lo mejor esta noche me apetece quemarme... —susurró con una voz que no presentaba vestigios de ebriedad.

Till sintió cómo su corazón comenzaba a bombear sangre a más velocidad de la que debería. Por más que se hubiera prometido a sí mismo que no se iba a acostar con esa mujer esa noche, sus palabras llenas de sensualidad le tentaron de una manera desproporcionada.

—Estás borracha. No sabes ni lo que dices ni lo que haces — masculló. Todos sus sentidos se habían agudizado de repente y era más que consciente de su respiración entrecortada y del ligero roce de su mano incluso a través de la tela de sus pantalones.

—Estoy lo suficientemente borracha... como para que no me importe una mierda quién eres esta noche, Landvik..., pero no tanto como para no saber lo que estoy haciendo... Quiero acostarme contigo... Fácil.

Al escuchar aquello, su miembro se endureció mientras un estremecimiento le recorría el cuerpo de arriba abajo.

—Tana... no creo que sea una buena idea...

—Él piensa que sí —dijo ella jadeante, acariciándole donde sus piernas se unían, provocando que su erección aumentase y pugnase por romper la cremallera que la aprisionaba.

—Mañana te arrepentirás de esto —dijo él entre dientes.

—Quizá..., pero esta noche voy a disfrutarlo...

Fæen!

Cientos, no, miles de sensaciones, sentimientos y pensamientos comenzaron a danzar por su mente de manera errática. Intentó convencerse de que todo aquello era una locura, de que tenía que parar. Luego se la imaginó desnuda, tumbada en la cama de su hotel mientras él se deslizaba dentro de ella, y todas las excusas que su conciencia trataba de encontrar desaparecían, barridas por el fuerte deseo que sentía por ella.

Era débil. Era débil y lo sabía.

Se retorció al sentir cómo la mano de ella le acariciaba sin ningún tipo de pudor, excitándole de un modo salvaje. Todos sus buenos propósitos desaparecían como cenizas al viento. Apartó los ojos de la carretera y la miró. Lo que vio le dejó sin aliento. Ella tenía los ojos entrecerrados, velados por un ardor tan incontenible como el suyo, y sus carnosos labios entreabiertos y húmedos. Al percatarse de que él la observaba, sacó la punta de la lengua y se los humedeció a propósito de manera seductora... sin dejar de acariciarle ni un solo momento.

Supo que estaba perdido. Esa mujercita diminuta acababa de derrotarle.

Las luces del pueblo aparecieron en su campo de visión. El edificio del hotel *Flamingo*, el más alto de toda la playa, con su letrero de neón rosa sobre el tejado representando un flamenco, destacaba sobre los demás. Durante todo el trayecto, no se habían cruzado con ningún otro vehículo debido a la tardía hora, pero ahora, al internarse en las calles iluminadas de la población costera, otros coches hicieron su aparición. Un semáforo se puso en rojo y Till tuvo que detenerse.

—Para —masculló entre dientes, tratando de apartar la mano que seguía torturándole con sus rítmicos movimientos.

—¿De verdad quieres que pare? —No fue una pregunta, fue una provocación en toda regla.

De manera inconsciente o quizá a propósito —él ya no sabía qué pensar—, se había girado en el asiento y la falda de su vestido se había subido dejando al descubierto sus muslos casi en su totalidad. No pudo evitar que sus ojos los recorriesen, recreándose en aquella piel morena.

—No —gruñó.

Un coche se paró a su izquierda, y él tragó saliva. Mantuvo la mirada sobre la luz roja del semáforo mientras intentaba mostrar una expresión indiferente, cosa harto complicada, recordando la firmeza de esos muslos apenas cubiertos por la suave tela de color salmón de su vestido y sintiendo la mano de ella allí donde no debía estar, al menos no en ese preciso momento.

¡Dios! ¿Cuándo narices se iba a poner en verde ese jodido semáforo?

Ella gimió con suavidad, intensificando la caricia, y un rugido sofocado le brotó de la garganta. Volvió a mirarla de soslayo... ¡Joder! ¡Qué mujer más espectacular!

—Está en verde —musitó ella.

Arrancó como impelido por un resorte haciendo que las ruedas derrapasen sobre el asfalto. El hotel estaba solo a cinco minutos de distancia.

Tardaron tres en llegar.

Mientras él aparcaba en el parking reservado para huéspedes, ella retiró la mano por fin. Y a pesar de que le había pedido en varias ocasiones que se detuviese, ahora que ya no le tocaba, se

sintió anormalmente vacío. La miró antes de bajarse del vehículo, tratando de leer en su rostro si todavía quería seguir adelante con aquella locura o si había cambiado de idea. Pero ella había girado la cabeza y su perfil no dejaba entrever nada.

—Tana... —comenzó él, titubeante. La excitación le recorría las venas, pero algo de inseguridad vino a mezclarse con ella.

Ella abrió la puerta del coche y se bajó, agarrándose con fuerza a la manija. Soltando un taco, se apresuró a descender también y rodeó el vehículo con rapidez. Sorprendentemente, ella se mantenía en pie sin perder el equilibrio. Incluso con esos altísimos tacones él todavía le sacaba una cabeza. Ella alzó la barbilla y le miró con fijeza. La luz rosada del letrero con el nombre del hotel bañaba todo el parking, tiñendo su rostro también de ese color.

—No te irás a arrepentir ahora... Landvik... —susurró ella con la voz ronca.

La pesadez que le había envuelto en los últimos segundos se esfumó de golpe.

—No... —murmuró, acercándose más a ella y acorralándola contra el vehículo. Sus pechos se pegaron a la dureza de su torso —. ¿Y tú?

Ella no contestó, pero alzó los brazos y depositó las manos sobre sus pectorales. Luego las subió, enredándolas un breve momento con los pelos de su barba, para después deslizarlas hasta sus hombros y terminar con los brazos enroscados en torno a su cuello. Su cara estaba tan cerca que él pudo ver el flamenco de neón en miniatura reflejado en sus ojos.

—¿No piensas besarme de una puñetera vez? —Su cálido aliento le bañó la mejilla.

Con precipitación, más propia de un niño ansioso que de un hombre experimentado, la alzó por el talle poniéndola a su altura y se apoderó de sus labios con fiereza. Ella le abrazó impetuosa y correspondió al beso con igual arrojo. Él se hundió en su sabor, disfrutando del ligero toque a fresa, a regaliz y a ginebra. Emitió un sonido bronco al sentir su lengua explorándole, lamiéndole y chocando contra la suya. La agarró por la nuca y la obligó a inclinarse a un lado para llegar mejor a todos los rincones de su boca. Le mordisqueó los labios, atrapando el inferior y tirando

suavemente. Ella le imitó, pero no fue tan delicada. Se estremeció de lujuria al sentir sus afilados dientes provocándole algo más que placer al morderle el labio superior.

«¡Joder! Es una fiera..., y dentro de unos minutos va a estar en mi cama...», pensó, vibrando de impaciencia. No pudo evitar restregar su erección contra su muslo mientras el rudo beso se prolongaba en el infinito. La sangre corría rauda por sus venas y, por un segundo, deseó volver a la época de sus antepasados y echarla sobre su hombro, aullar victorioso y arrastrarla a sus aposentos para tomarla de una vez por todas... ¡Benditos vikingos y sus bárbaras costumbres!

Le costó separarse de ella. Mucho. Pero al final lo hizo con desgana. La respiración entrecortada de Tana, que se mezcló con la suya, fue su premio. Se encontraba igual de agitada que él, y ni siquiera parecía bebida; no tenía la mirada nublada como antes. Era como si la excitación la hubiera espabilado de repente.

«Mejor. Quiero que sepa con quién va a pasar el resto de la noche», se dijo, depositándola sobre el suelo. Lo hizo con mucha parsimonia dejando que su cuerpo se deslizase contra el suyo de forma muy sugerente. Posó la mirada sobre la generosa curva de sus senos y se le hizo la boca agua. La apretó con más firmeza por el talle y ella dejó escapar un pequeño gemido. Seguía agarrándose a su cuello a pesar de que ya no la sostenía en el aire.

—¿Puedes andar o te llevo? —le preguntó.

—Claro que puedo... andar —le tembló la voz, y él no supo precisar si por efecto del alcohol, que seguía siendo dueño de su mente, o por efecto del beso. Esperó y deseó que fuese por lo segundo—. Vamos —añadió ella, soltándose. Y él, en el acto, echó de menos el calor de su piel.

No le esperó. Con vacilación, pero manteniendo el equilibrio como un súper héroe sobre esos tacones imposibles, se dirigió a la entrada del hotel. El contoneo de sus caderas era algo imposible de describir. Till se ajustó el pantalón, que cada vez le parecía más y más estrecho, y la siguió. La alcanzó en el vestíbulo al lado de los ascensores. El recepcionista de noche apenas les dirigió una mirada desinteresada y un *buenas noches* murmurado.

Se montaron en el ascensor sin hablar, sin mirarse siquiera, como si fueran dos desconocidos, pero el ambiente estaba cargado de espesa tensión sexual. Él alargó el brazo y pulsó el botón de la décima planta. Ella le daba la espalda, pero cuando el aparato se puso en movimiento dio un paso atrás y se recostó contra su pecho con languidez. Su erección, que no había disminuido ni una pizca, se hundió en la parte alta de sus nalgas. Exhaló un suspiro mientras los ojos de ambos se encontraban en el dorado espejo. Los de Tana reflejaban lo mismo que los suyos: un descarnado deseo. Posó la mano sobre su hombro y se sorprendió al descubrir que le temblaba. Se preguntó qué tendría esa mujer que le hacía sentirse así, más confuso que de costumbre. Solo hacía tres días que había subido en ese mismo ascensor con otra mujer, con las mismas intenciones que tenía en ese momento, y no se había encontrado tan inseguro.

Tana tenía algo que le aturdía, una seguridad aplastante incluso en estado de embriaguez, que le dejaba a él, que normalmente podía presumir de un gran aplomo, a la altura del betún.

En el reflejo del espejo, su mano grande y morena rivalizaba con la piel dorada de ella. La deslizó por su clavícula hasta llegar a su cuello. Lo rodeó con ella y notó su pulso acelerado bajo su palma. Apretó ligeramente, alzándole la barbilla con el dedo pulgar. Ella entreabrió los labios y dejó escapar un gemido antes de cerrar los ojos y entregarse a su caricia. ¡Dios! Era lo más erótico que había visto en su vida, pensó. Luego se inclinó y tomó posesión de su boca. Esta vez el beso fue corto y dulce, pero igual de satisfactorio.

Las puertas del ascensor se abrieron con un cling y él lamentó tener que separarse de ella, pero sabía que era momentáneo. Treinta segundos y estarían solos dentro de la privacidad de su cuarto. La cogió de la muñeca y la guio hasta el fondo del pasillo, a la habitación ciento veinte. Ella le siguió sin dudar. Sus miradas volvieron a cruzarse justo frente a la puerta. No había vacilación alguna en los expresivos ojos castaños, más bien todo lo contrario. Él se sacó la llave magnética del bolsillo y abrió, cediéndole el paso.

Era la típica habitación de hotel, dominada por una enorme cama de matrimonio con dos mesillas a los lados y, frente a ella, un mueble con mini-bar y una televisión. A la derecha estaba la puerta que conducía al baño, y al lado un armario empotrado. Todo

decorado en tonos grises y blancos, muy práctico y funcional. Nada del otro mundo. Lo único destacable, las vistas. Dos enormes puertas correderas daban a un balcón que parecía colgar directamente sobre el mar. Los amaneceres allí eran espectaculares. Bien lo sabía él que se levantaba todos los días al alba para disfrutarlos.

Tana no pareció muy impresionada ni por la habitación ni por las vistas. En el mismo momento en que entró por la puerta, dejó su diminuto bolso sobre el mueble de la televisión, se sentó en el borde de la cama y se quitó las sandalias. Luego se echó hacia atrás apoyándose sobre las manos.

—¿Te vas a quedar ahí de pie? —le preguntó con un tono que a él le sonó lascivo y sugerente.

Meneó la cabeza. Era verdad que se había quedado junto a la puerta, observándola como un estúpido. Se acercó a la cama a solo unos centímetros de distancia y la contempló desde arriba. Ella se levantó, poniendo en evidencia de nuevo la diferencia tan grande de estaturas. Nunca había estado con una mujer tan menuda.

—¿Me desabrochas la cremallera? —le preguntó, dándose la vuelta y mostrándole la espalda.

Iba al grano, sin duda.

Le desabrochó el vestido, que cayó al suelo a sus pies. Ropa interior de un color parecido al de la prenda quedó al descubierto, un sujetador sin tirantes y unas bragas diminutas que apenas podían contener la opulencia de sus glúteos. Dio un paso atrás para contemplarla mejor, con la boca seca. Era tal cual la recordaba, con generosos promontorios y montículos por todas partes que él estaba deseando acariciar.

«Hazlo, joder».

Y lo hizo.

Posó las manos sobre sus hombros y las deslizó hacia abajo, deteniéndose brevemente en el cierre del sujetador para abrirlo. También cayó al suelo, reuniéndose con el vestido. La oyó suspirar y deseó abrazarla y acunar en sus manos —más bien estrujar— sus pechos, que adivinaba espléndidos, pero se contuvo. Estaba ardiendo por dentro debido a su cercanía, y sabía que tenía que controlarse si no quería que las cosas se precipitasen. No habría

ningún tipo de preámbulo si daba rienda suelta a sus deseos. Siguió con su lenta exploración y apoyó las manos sobre sus redondeadas caderas, rozando el borde de sus bragas. Tenía la piel suave y caliente...

—Till —susurró ella.

Escucharla pronunciar su nombre estuvo a punto de hacerle sucumbir. Hundió los dedos en su carne con fuerza y la pegó más a él, dejando que el calor de su cuerpo le traspasase. Ella, entonces, alzó los brazos y los enroscó en su cuello, echando la cabeza hacia atrás, forzándole a inclinarse. La imagen que se presentó ante sus ojos le hizo gruñir de forma áspera. La suave curva de su garganta desembocaba en dos abundantes senos coronados por unos pezones enhiestos y del color de café con leche. Perfectos.

Dejó de luchar consigo mismo y al tiempo que hundía la cara en su cuello y lo mordisqueaba, alzó las manos y abarcó esos magníficos pechos como había deseado hacer desde el primer momento en que la vio. ¡Dios! Eran firmes y grandes, pero él no era precisamente pequeño. Tenían la medida exacta para sus enormes manos. Los estrujó, pellizcando los pezones con suavidad.

Ella gimió y se retorció entre sus brazos, restregándose contra él.

—Tienes demasiada ropa —le dijo, jadeando.

Le dio la razón en silencio, mas se sentía incapaz de soltarla para poder desnudarse. Pero ella no le dio opción. Se apartó y se dio la vuelta, encarándose con él. Respiraba con dificultad.

—Desnúdate —le ordenó, y su voz no sonaba nada ebria, sino clara y potente.

La recorrió de arriba abajo con mirada febril, fascinado por su cuerpo. Con movimientos enérgicos, se desabrochó la camisa mientras ella le contemplaba con los párpados pesados y la boca entreabierta, la viva imagen del erotismo. Se dio prisa en despojarse de la ropa. A la camisa le sucedieron los zapatos, los calcetines y los pantalones y luego, sin dejar de mirarla, se deshizo también de los bóxers ajustados dejando libre su erección, que emergió poderosa de entre sus piernas.

—¿Así te parece bien? —preguntó con ironía, alzando los brazos y mostrándose sin vergüenza. Sabía que tenía un buen cuerpo. En

los últimos años, trabajando con su tío, había desarrollado más musculatura, y eso, combinado con su genética y la práctica continuada de ciertos deportes, le confería un aspecto que atraía a las mujeres. Y Tana no era una excepción, si se tenía en cuenta la forma en que le miraba, comiéndoselo con los ojos.

—Joder, Landvik... estás cañón... —le susurró volviendo a lamerse los labios, lo que hizo que su miembro se descontrolara, a pesar de que le resultó algo molesto que le llamase por su apellido. Hubiese preferido que le llamara Till. Era más personal.

—Gírate —le ordenó de nuevo con ese tono exigente que le provocó una mezcla de fastidio y de fascinación. Fastidio porque le hacía sentirse como un hombre objeto, y fascinación exactamente por lo mismo. No obstante la obedeció.

La oyó moverse a su espalda y comenzó a darse la vuelta, pero la cálida palma de su mano le detuvo. La posó debajo de su omóplato derecho, sobre la cicatriz en forma de media luna, producto de un encontronazo absurdo con un anzuelo. Luego, la boca sustituyó a la mano y sintió su aliento bañándole la piel y la suavidad de sus labios, besándole. Se estremeció.

—Estoy demasiado excitada como para andarme con juegos. Quiero sentirte dentro de mí —susurró, y se abrazó a su talle. Una de sus manos le rodeó el pene con firmeza, pillándole por sorpresa —. Y creo que tú quieres lo mismo que yo...

Bajó la mirada y la imagen de sus dedos envolviendo su erección, combinada con el efecto de esos increíbles pechos pegados a su espalda, hizo que la sangre le ardiera y que un zumbido se instalase en sus oídos. Se desasió de su abrazo con rudeza y se dio la vuelta.

Dritt!

Se había quitado las bragas y estaba desnuda por completo. ¡Joder! Sus ojos descendieron ávidos y se posaron en su vientre y luego en el triángulo de rizos oscuros que protegía su sexo. Era perfecta y estaba tan...

No pudo seguir evaluándola porque ella se abalanzó sobre él y se aferró a su cuello obligándole a inclinarse. Le devoró la boca, insaciable, y tiró de él hasta que ambos cayeron sobre la cama.

—Eres tan... diminuta... —murmuró contra sus labios, tratando de no aplastarla con su peso.

—No me jodas, Landvik —exclamó ella, apartándose unos milímetros y mirándole con el ceño fruncido—. Ni se te ocurra controlarte. No voy a partirme por la mitad.

Él no vaciló ni un segundo más. Gruñendo, se tendió sobre ella y dejó que la calidez de sus pieles se mezclase. Mientras que con la mano derecha la sujetaba por la nuca enredando los dedos en su pelo, con la izquierda recorría su cuerpo con frenesí, más excitado de lo que había estado en mucho tiempo. Ella arqueó la espalda y él se apoderó de uno de sus pechos con sus labios.

¡Dios! ¡Qué bien sabía! ¡Qué bien olía! ¡Qué delicia sentirla debajo de él! Era todavía mejor de lo que había imaginado.

Su erección palpitaba furiosa entre sus muslos y lamentó estar tan excitado, ya que sabía que no iba a aguantar demasiado, al menos no la primera vez. Alargó el brazo y, a tientas, abrió el cajón de la mesilla buscando un condón, mientras seguía recorriéndole los pechos con la lengua y mordisqueando sus pezones, algo que parecía encantarle, dado que gemía con desenfreno. Se retiró lo suficiente como para rasgar el envoltorio con los dientes y ponerse el preservativo con una sola mano, con rapidez. ¡Joder! ¡Estaba duro como una roca! El simple hecho de tocarse él mismo le provocó una sacudida de placer. *Dritt!* ¡Qué poco iba a durar!

Un pequeño atisbo de duda le embargó al contemplarla allí tumbada, tan suave y tan engañosamente frágil... El tono rosado expandiéndose por todo su cuerpo competía con el moreno de su piel, convirtiéndola en un festín para los ojos...

—O follamos ya o me masturbo —jadeó ella bajando la mano y agarrándole por el trasero con firmeza.

Él no pudo evitar subir una ceja, divertido por su ruda exclamación. ¿Frágil? ¿Esa mujer? ¿En qué narices había estado pensando? Gimió al sentir cómo ella le clavaba las uñas.

—Primero follamos y después te masturbo yo —le dijo con voz ronca, colocándose entre sus muslos que se abrieron invitadores.

Estaba empapada, comprobó al deslizarse dentro de ella. Lo hizo con lentitud, no sabiendo si su tamaño iba a ser demasiado. Se introdujo centímetro a centímetro, sintiendo cómo las paredes de su

vagina le iban engullendo poco a poco, estrechándose en torno a él, estrangulándole, sofocándole, abrasándole... haciéndole temblar por el esfuerzo de controlarse, cuando lo que realmente deseaba hacer era sumergirse de golpe dentro de todo ese calor...

Ella tenía los ojos clavados en su rostro, le refulgían de una manera casi imposible, despidiendo chispas de deseo. Elevó las piernas y las enroscó en torno a su cintura, invitándole a penetrarla más profundamente.

Y él lo hizo.

Se hundió en ella de una última embestida hasta que la llenó por completo. Ella soltó un gemido y se arqueó, obligándole a ahondar todavía más en su interior. Apoyó la frente sobre el pecho de ella y empujó, gruñendo como un animal al sentir su sexo aprisionado por el de ella. Una sacudida de puro placer le agitó las entrañas.

«¡Dios! ¡Qué mujer!», pensó.

Ella se abrazó a su cuello y comenzó a frotarse contra su cuerpo. Levantó la vista y se deleitó en el enrojecimiento de sus mejillas, sus labios húmedos y sus ojos nublados por la pasión.

—Me pones a cien... Tana.

—Y tú... a mí... Landvik..

Escucharla de nuevo llamarle así mientras estaba dentro de ella le resultó irritante. Había varios Landvik por ahí y en ese momento él deseaba ser único.

—Llámame Till —masculló en tono autoritario.

Ella volvió a restregarse contra él, animándole a continuar. No parecía dispuesta a decir nada más. Pero él, por muy excitado que estuviese y por muchas ganas que tuviera de empezar a moverse dentro de ella, no pensaba ceder. No. La agarró del pelo y se lo enroscó alrededor del puño, tirando con firmeza para que fuese consciente de que iba en serio.

—He dicho que me llames Till. Quiero que tengas muy claro cuál de los Landvik es el que te está follando —le susurró.

Ella entornó los ojos y él pudo apreciar perfectamente cómo la pasión que antes habían despedido se convertía en algo parecido al enfado, pero no le duró más de un segundo. Cambió la expresión de su cara y le sonrió seductora.

—Lo tengo muy claro... Till. —Sacó la lengua y le lamió el labio inferior con lentitud—. Till, fóllame... —susurró contra su boca.

Su erección se endureció más todavía dentro de ella si es que eso era posible. Y una sensación ardiente se asentó en la parte baja de su espalda. ¡Joder! Era como una gata salvaje. Esa mujer... le volvía loco. Sin más preámbulos hizo lo que ella le acababa de pedir. Se retiró apenas y volvió a embestirla, con fuerza. Ambos gimieron.

—Sí... Till —siseó ella, aferrándose a él con las piernas y con los brazos.

Él volvió a penetrarla de manera fiera. Una y otra vez. Y ella no dejó de pronunciar su nombre con cada embate. A veces lo susurraba delirante, otras lo gritaba enardecida, pero ninguna otra palabra surgió de su boca. Y él se sintió borracho de placer mientras la poseía.

—¡Dios! ¡Tana! Es... increíble... —gruñó de manera feroz sabiendo que no iba a aguantar mucho más.

Ella cerró los ojos y bajó la mano hasta su vientre para acariciarse. Pero él, incluso a través de la niebla que envolvía su cerebro, se dio cuenta de su movimiento y frenó sus embestidas, aunque le costó un mundo tan cerca como estaba del propio clímax.

—Déjame a mí —murmuró, e introdujo la mano entre los cuerpos de ambos hasta que alcanzó el punto exacto que ella había estado buscando. Escondido entre su vello púbico se hallaba hinchado y sensible, y él lo acarició con la yema de su pulgar.

—Till...

Su jadeo excitado provocó que sus labios se curvasen en una sonrisa satisfecha. Incrementó la velocidad de su caricia sin apartar la mirada de su rostro. Ella había cerrado los ojos y echado la cabeza hacia atrás. Se masajeaba los senos pellizcándose los pezones mientras gemía. Se bebió su sensual imagen con los ojos y, aunque su miembro palpitaba ansioso por reanudar la faena, lo ignoró y se concentró en ella, en hacer que llegara hasta el final. No tardó en sentir cómo su sexo se contraía en torno al suyo y bajó la mirada para anclarla en el punto en que sus cuerpos se unían mientras comenzaba a moverse despacio, entrando y saliendo de ella.

Cuando los espasmos la sacudieron, apartó la mano con rapidez y apoyó ambas en la almohada a los lados de su cabeza para posicionarse mejor. Gruñendo, excitado, la embistió con brutalidad notando como las paredes de su sexo se expandían y se encogían al ritmo de su orgasmo.

—Joder... ¡Till! —gritó ella.

Y él dejó que sus convulsiones le arrastrasen también, conduciéndole a su propio clímax. Penetrándola profundamente, se derramó dentro de ella rugiendo como un bárbaro...

Capítulo Once

Abrió los ojos, pero los cerró con precipitación al sentir cómo la luz que entraba por la ventana le taladraba las retinas dolorosamente. ¡Dios! Presentaba todos los síntomas típicos de una resaca: le dolía la cabeza, estaba mareada y sentía náuseas, tenía la boca seca y notaba la lengua pastosa y un zumbido en los oídos... A todo eso podía sumarle las agujetas de los muslos y la espalda, como si se hubiera pasado la noche haciendo ejercicios acrobáticos. Se encogió en la cama y gimió con suavidad, recordando los «ejercicios acrobáticos» de la noche anterior.

Se había acostado con Till Landvik.

Y si su maltratada memoria no la engañaba y se guiaba por la irritación que sentía entre las piernas, había sido un polvo épico. Eróticas imágenes de un cuerpo musculoso inclinado sobre ella acudieron a su mente. Unos ojos azules oscurecidos por la pasión. Una sonrisa satisfecha en un rostro poblado por una espesa barba rubia. Un rugido surgiendo desde lo más profundo de una garganta. Un pecho fornido bañado en sudor. Unos labios besándola con rudeza. Y unas embestidas fuertes y poderosas, que la habían llevado a lo más alto...

Sí. *Épico*.

Ahogó el jadeo que estuvo a punto de brotar de sus labios al recordar todo aquello, y apretó los muslos en un absurdo intento de contener la humedad que volvía a mojar su sexo. Se abrazó a sí misma y hundió la cara en la almohada.

Till Landvik, el *niñato*... ¡un dios del sexo!

¡Mierda!

No iba a engañarse tratando de convencerse de que el alcohol era el único responsable de lo que había sucedido. Podía mentirle a él o a otros, contándoles que había estado ebria y que no sabía lo que hacía, pero la realidad no era esa. Se conocía muy bien y se aceptaba como era. Y sabía que la responsable de que hubiera acabado en la cama de Till Landvik no había sido la ginebra, aunque

la hubiese ayudado a tomar la decisión. La principal responsable de terminar en esa habitación de hotel fue la atracción sexual que desde el primer momento había sentido por él. Y punto.

No se arrepentía de lo que había pasado. Y menos todavía después de haber comprobado en sus propias carnes que él era espectacular en la cama; exactamente como a ella le gustaban los hombres: entregados, rudos, una pizca canallas y con un toque de ternura. Y así había sido él.

Después de que hubieran llegado a ese glorioso orgasmo compartido, mientras su cuerpo desmadejado se esforzaba por recuperarse, él había enterrado la cara en su cuello y la había besado con suavidad justo en la parte más sensible, debajo de la oreja. Ese gesto tierno había hecho que se derritiese un poco.

Por supuesto no lo había mostrado. A fin de cuentas era Till Landvik y su opinión sobre él, por más que fuera un dios del sexo, estaba más que formada.

Un suave ronquido a su espalda le hizo agudizar el oído y tensarse. Volvió a abrir los ojos, esta vez esforzándose por mantenerlos abiertos a pesar del dolor de cabeza. Su mirada se clavó sobre el amplio ventanal. Las cortinas no estaban echadas y un precioso amanecer se desplegaba ante ella. Dejó pasear la vista por el resto de la habitación. Apenas si se había fijado en la decoración la noche anterior, aunque tampoco había mucho que ver. Los típicos e insípidos muebles de hotel en colores neutros. Giró la cabeza dejando que la melena le cubriese la cara y espió a su compañero de cama entre las guedejas de su pelo.

Dormía de lado, dándole la espalda. Una espalda, por cierto, muy amplia. Quizá no presentaba esos músculos exagerados que tenía su hermano Jan, pero tenía músculos... y más que suficientes. El contraste de esa fornida espalda con la espesa cabellera rubia esparcida sobre la almohada de forma descuidada, la desconcertó. Se le había deshecho la trenza durante la noche y su pelo, ridículamente largo, resplandecía al sol que entraba por la ventana. Debía de tenerlo incluso más largo que ella y parecía suave. Controló el impulso de alargar el brazo y enredar sus dedos en él. Sus ojos se posaron en la cicatriz en forma de media luna que tenía debajo del omóplato, y recordó que la había recorrido con su mano y

con sus labios hacía solo unas horas. Trató de tragar saliva, pero tenía la boca tan seca que le resultó imposible. ¡Maldita resaca! Se apartó el pelo de la cara con la mano y su curiosa mirada descendió hasta sus caderas. La fina sábana blanca se había deslizado y apenas le tapaba el trasero. Una de sus largas piernas cubierta de fino vello rubio asomaba desnuda también.

Parecía un dios nórdico descansando después de haberse saciado con alguna valquiria...

Loki...

Sintió el calor subiéndole por el abdomen y alojándose en su pecho. Era sexi hasta decir basta, el capullo. Otro suave ronquido emergió de su dormido cuerpo. ¡Joder! ¡Hasta sus ronquidos sonaban bien! Se giró con ímpetu y les dio la bienvenida a los pinchazos que sintió detrás de los ojos. Ocultó la cara en la almohada.

Lo aceptaba. Ese cuerpo escultural la ponía a cien. Tampoco era tan sorprendente. A fin de cuentas era un puñetero Landvik, *ergo* genéticamente perfecto.

En fin, la noche había terminado y con ella su micro aventura con él. Lástima que fuese la primera y última vez que se acostaban; el chico prometía y mucho... Pero dada la animadversión que sentía hacia él no tenía mucho sentido volver a repetir, al menos no sin algo de alcohol de por medio que la ayudara a olvidarse de su identidad.

Una pena.

«*C'est la vie*», se dijo en silencio, retornando a su pragmatismo habitual. Se incorporó despacio para no despertarle, volviendo a maldecir la ginebra. La cabeza le daba vueltas y tenía el estómago revuelto, pero no era nada que un buen zumo de naranja natural y un ibuprofeno no pudiesen solucionar. En cuanto llegase a su habitación, encargaría que le subieran el desayuno, decidió. Recogió su vestido y su ropa interior del suelo y se dirigió al cuarto de baño de puntillas, cerrando la puerta con suavidad. Encendió la luz y se contempló en el espejo.

¡Dios! ¡Menuda valquiria estaba hecha!, pensó con sarcasmo. Tenía un aspecto horroroso, como si un camión la hubiera atropellado varias veces. Su pelo estaba enmarañado y lo tenía

aplastado solo de un lado, y su cara aparecía de color ceniciento con los ojos hinchados y grandes ojeras. Gracias a Dios no se había maquillado demasiado el día anterior y la máscara de pestañas era *waterproof*. Descubrió una pequeña marca en su cuello, cerca de la mandíbula. Se la rozó con la punta de los dedos. ¡Era un chupetón! ¡Como los que le había hecho su primer novio hacía casi veinte años! No recordaba cómo había llegado allí, pero después de la sesión de sexo desenfrenado tampoco le sorprendía demasiado.

No se entretuvo mucho, apenas se limitó a hacer sus necesidades, a lavarse la cara con prisas y a peinarse con los dedos. Se vistió con rapidez y regresó a la habitación, nuevamente de puntillas. Algo innecesario ya que unos somnolientos ojos azul turquesa la observaban desde la cama.

¡Mierda!

—Buenos días. —Su voz ronca, de recién levantado, le provocó una sacudida interna.

—Buenos días —respondió con sequedad.

Evitando mirarle, se agachó y recogió las sandalias del suelo, después se sentó en la butaca que había junto a la puerta del baño y se las puso. Era muy consciente de su presencia a solo unos metros de distancia y sabía que él tenía la mirada clavada en ella. El cosquilleo que sentía en la nuca era prueba de ello.

—¿No te quedas a desayunar?

La pregunta la sobresaltó. Alzó la barbilla y, muy a su pesar, se recreó en la imagen que él presentaba con la espalda apoyada en el cabecero de la cama. No pudo evitar anclar los ojos en su pecho firme y musculoso que descendía hasta unos abdominales marcados y una jodida uve que desaparecía debajo de la sábana que le cubría las caderas. Él se llevó la muñeca derecha a la boca y con los dientes cogió la goma del pelo que llevaba allí y se recogió la melena en una descuidada coleta. Tenía un pequeño tatuaje tribal en el hombro, advirtió. No se había dado cuenta la noche anterior..., claro que había estado más pendiente de otras cosas... Bajó la vista y reparó en que una de «esas otras cosas» había despertado también. De nuevo una oleada de calor la invadió y se puso de pie precipitadamente.

—¿Desayunar? —preguntó con desdén, enfadada consigo misma por el desasosiego que él provocaba en ella—. ¿Contigo?

—No veo a nadie más aquí —repuso él con socarronería.

Paseó la vista por la habitación y después, con toda naturalidad, abandonó la cama y se acercó a ella, deteniéndose a solo un metro de distancia. Estaba desnudo y su erección se erguía desafiante entre ambos. La miró con la provocación estampada en los ojos.

Tana era muchas cosas, pero no una persona que se dejase amilanar con facilidad. Y por muy incómoda que le resultase la situación no iba a dejar que él se saliese con la suya. Con soberbia, se adelantó un paso, de modo que su endurecido miembro se le clavó justo en la parte superior de su abdomen. La expresión de él se transformó de provocadora a sorprendida, y su entrepierna vibró.

—Paso del desayuno —susurró ella tratando de controlar el pequeño temblor que se le había deslizado en la voz, producto de su abrumadora cercanía—. Y de cualquier otra cosa que puedas ofrecerme —añadió. Y aunque no dijo nada más sabía que a él le había quedado muy claro a qué se refería.

—Pues sueñas como si te apeteciera... repetir...

¡Dios, qué pagado de sí mismo!

—¿Repetir? ¿Sin ginebra? Creo que no...

Había sonado ofensiva y lo sabía, pero consiguió borrarle la arrogante sonrisa de la cara y eso la llenó de satisfacción. ¡Odiaba sentirse insegura! Y ese hombre la ponía nerviosa. Algo insólito, si se tenía en cuenta que no era la primera vez que se acostaba con alguien y que le abandonaba a la mañana siguiente en un «si te he visto no me acuerdo». No obstante, esta vez era diferente por ser él quién era. A fin de cuentas era el hermano de Cas, el cuñado de su mejor amiga.

—No me jodas, Tana —resopló, apartándose y cogiendo sus bóxers del suelo. De repente ya no parecía tan seguro ni confiado. Se los puso con movimientos bruscos y se encaró con ella—. La excusa del alcohol no me vale.

—Estaba borracha —respondió a la defensiva.

—No lo suficiente como para no saber lo que hacías. Engáñate si quieres, pero si te acostaste conmigo fue porque te apetecía. La ginebra solo te allanó el camino.

—¿Y qué si fue así? —Se encogió de hombros con fingida indiferencia—. Echamos un polvo, vale. Ya está. No hay más. No somos amigos ni nada por el estilo. Lo de preguntarme si quiero desayunar contigo ha sido una gilipollez.

—*Fæn!* —exclamó, pasándose las manos por el pelo y mirándola irritado—. Era una cuestión de mera educación.

Ella resopló incrédula.

—Vamos a ver —comenzó al cabo de unos instantes, echándose la melena hacia atrás con energía. Nada más hacerlo se arrepintió, porque su dolor de cabeza aumentó—. Te voy a explicar algo para que te quede claro. Lo que sucedió anoche entre nosotros no ha hecho que la opinión que tengo sobre ti mejore. Sigo pensando lo mismo. Para mí sigues siendo ese niño irresponsable que dejó tirados a todos y huyó como un cobarde —escupió con dureza—. ¿Creías que un polvo iba a cambiar el concepto que tengo de ti, Landvik? —sonrió, burlona.

Él se había puesto lívido y apretaba las manos con fuerza a los costados. Durante una milésima de segundo Tana casi se arrepintió de la crudeza de sus palabras y deseó poder retirarlas. Se había excedido. Pero la siguiente frase que él pronunció hizo que todo arrepentimiento desapareciese de golpe.

—¿Otra vez Landvik? Anoche mientras te follaba, me llamabas Till —le soltó él y, aunque le había lanzado aquellas palabras de manera despectiva, no pudo disfrazar el ligero tono dolido que también vibraba en ellas.

La rabia y la indignación la asaltaron. No sabía qué tenía ese hombre que conseguía sacarla de sus casillas de aquel modo. ¡Mierda! Tenía que salir de allí cuanto antes. El permanecer un solo minuto más cerca de él no era lo más adecuado para su cordura. Le dirigió una mirada ceñuda antes de coger su bolso y girar sobre sus talones, encaminándose a la puerta.

—¡Por Dios! *Till* —enfaticó—. Madura.

Y después de lanzarle esa última estocada, agarró el picaporte, abrió la puerta con violencia y abandonó la habitación. En el instante en que se encontró sola en el desierto corredor, apoyó la espalda contra la pared, se llevó los dedos a las sienes y se las frotó con suavidad. El dolor de cabeza se había intensificado. Perpleja, se

cuestionó qué bicho le habría picado para comportarse así. Por mucho que le despreciase, nada podía justificar que hubiera perdido los papeles de aquella manera. Meneó la cabeza con incredulidad. Solía resolver las situaciones peliagudas con imperturbabilidad, pero ese... ese embarazoso momento a solas con él en la habitación...

Se le había ido de las manos completamente.

Respiró hondo un par de veces y trató de calmarse, intentando buscar una explicación a su odioso comportamiento. Suspiró. En el fondo sabía por qué había reaccionado así. Él había resultado ser diferente a como ella había esperado..., la había confundido más de lo previsto y eso le había roto los esquemas.

Till Landvik no era el jovencito de entonces. Se había convertido en un hombre... y ella no había contado con eso... Cerró los ojos un segundo, pero los abrió con precipitación cuando las imágenes de su noche de locura comenzaron a colarse por todos los resquicios de su mente.

¡Joder! No podía pensar con lógica. Estaba destrozada y necesitaba tomarse un analgésico ya. Lanzó una última mirada a la puerta de la habitación ciento veinte antes de echar a andar hacia el ascensor, muy erguida.

* * *

La puerta se cerró tras ella y él estuvo a punto de volverla a abrir y obligarla a entrar en la habitación de nuevo para decirle lo que pensaba de su comportamiento. Pero no lo hizo. Terminó por pegar un puñetazo a la pared y proferir una maldición —en realidad una en cada idioma que conocía—.

—¡Maldita mujer! —farfulló entre dientes.

Estaba furioso.

Y dolido. Muy dolido.

Al despertarse y ver el hueco que había dejado la cabeza de ella en su almohada, había sonreído con languidez, satisfecho. La noche anterior había sido una noche para recordar. Tana había resultado ser exactamente como él pensaba que era: salvaje, pasional y fogosa. Una mujer a su gusto. Pero solo diez minutos más tarde esa satisfacción se había convertido en una mezcla de cabreo, vergüenza y disgusto. Con sinceridad, no sabía qué había esperado de ella, pero no lo que había recibido. Ese profundo desprecio y esa

inquina... ¡Dios! Le había mirado como si fuese un insecto asqueroso al que aplastar con su zapato.

«¿Qué creías que iba a suceder esta mañana? Ayer no perdió oportunidad de dejarte muy claro lo que pensaba de ti».

Se sentó en el borde de la cama y apoyó los codos en las rodillas, enterrando la cara en las manos.

¿*No te quedas a desayunar?*, le había preguntado como un estúpido. Y ni siquiera sabía por qué. No era su *modus operandi* habitual. Cuando se acostaba con una mujer a la que acababa de conocer —cierto que Tana y él ya tenían historia, pero para el caso era lo mismo—, ambas partes parecían saber de antemano cómo debían reaccionar a la mañana siguiente. Se despedían con un beso o sin él, prometiendo llamarse o no, dependiendo del grado de satisfacción alcanzado durante la noche. Y nada más. Ni desayunos ni chorradas.

Solo hacía tres noches que se había acostado con Carolina en esa misma cama y el amanecer había sido tan civilizado, tan de adultos...

Pero con Tana...

Cuando la había visto salir del baño de puntillas, desaliñada, con una marca de almohada cruzando su mejilla y un pequeño chupetón en el cuello, que él mismo había puesto ahí, se había sentido extrañamente eufórico. La pregunta había surgido de su garganta sin pensarlo demasiado. ¡Qué gilipollas había sido!

Su reacción —a pesar de que debía haberla esperado— le había dejado noqueado. Sus desdeñosas palabras y su forma de mirarle le habían hecho perder parte de su aplomo, y se había avergonzado de su desnudez, sintiendo la necesidad de cubrirse. Pocas cosas le apabullaban, pero ella... Por primera vez en su vida se había sentido como un hombre objeto. Utilizado...

¡Mierda!

Lo peor no había sido lo que le había dicho, sino cómo le había afectado. Había creído que después de soportar durante toda la noche sus comentarios hirientes, de alguna manera se habría inmunizado, pero no. El que ella emplease su lengua viperina aquella mañana, mientras él se sentía vulnerable, le había dolido más de lo que había pensado.

Por otro lado, ¿por qué narices iba ella a cambiar su opinión solo por haber echado el polvo del siglo? Porque sí, había sido el polvo del siglo. Un polvo de esos que dejan huella y que uno espera repetir alguna vez... ¡Dios! Solo recordar su sexo estrechándose en torno a su miembro mientras le clavaba las uñas en la espalda y gritaba su nombre, hacía que le hirviese la sangre.

—*Dritt!* —exclamó en voz alta—. ¡Maldita mujer!

Con los labios apretados, se incorporó con precipitación. Algo brillante en el suelo junto a la cama llamó su atención. Se agachó y lo cogió. Lo examinó. Era un pendiente con forma de aro. Tenía una tonalidad rosada y estaba engastado en diminutos diamantes o lo que fuesen. Parecía caro, pero ¿qué sabía él? Lo hizo girar entre sus dedos mientras se acariciaba la barba, dubitativo. ¿Debía llamarla y decirle que tenía su pendiente? Apenas la idea acudió a su cerebro la descartó de pleno. ¡Qué narices! Si quería recuperar el pendiente que lo buscase, se dijo con el ceño fruncido. Lo depositó en la mesilla y se olvidó de él.

Se encaminó al baño y abrió el grifo de la ducha. Quizá el agua se llevase todas esas cosas en las que prefería no pensar... su olor, el tacto de su piel que parecía haberse quedado impregnado sobre su cuerpo, la suavidad de sus caricias, sus húmedos besos...

Sonrió con amargura.

«¿A quién pretendes engañar, Till?», se preguntó en silencio. Lo único que realmente deseaba borrar de su mente era la dureza de sus palabras aquella mañana. Todo lo demás, todo lo que había ocurrido la noche anterior, no deseaba olvidarlo jamás. *Madura*, le había dicho ella antes de irse. Si madurar significaba no acordarse de todo aquello, prefería seguir siendo un crío.

Se introdujo en la pequeña cabina de ducha y el agua cayó sobre él, empapándole. Alzó la barbilla, dejando que el chorro impactase sobre su cara. Conjuró su imagen con algo de pesar. Quizá no volviese a verla más. Su avión salía aquella tarde con destino a Alemania, y en un par de meses estaría en México, empezando una nueva vida... muy lejos de ella...

¡Mierda! ¿Por qué narices esa noche había sido tan perfecta?

Y esa mañana, Tana, tan dura...

Capítulo Doce

Era la tercera vez que Eli le mencionaba a Till. Y por tercera vez maldijo en silencio la ocurrencia de su amiga de llamarla a aquella hora tan temprana. Era demasiado pronto para escuchar el nombre del pequeño de los Landvik, así, sin anestesia. Se miró el reloj de pulsera. ¡Pero si no eran ni las ocho! Y solo había tomado un café. Al menos necesitaba tres o cuatro para enfrentarse a aquello. Se mordió la lengua y soportó la agonía en silencio. Al fin y al cabo la culpa era suya por haber dejado que todo el mundo pensase que habían hecho las paces.

—Te paso la dirección ahora mismo por wasap —decía Eli en ese momento al otro lado de la línea.

Dejó escapar un suspiro resignado.

—Está bien —aceptó.

—Llama cuando regreses y dime si al final vas a ir a Laredo, y cuándo vas a venir para organizarme.

—Lo haré —prometió.

Todos los veranos pasaba unos días en la casa que su familia tenía en Cantabria y después se dejaba caer por la costa mediterránea y visitaba a Eli. Pero ese año no lo tenía tan claro. Su padre se había vuelto a casar hacía unos meses —por cuarta vez—, y su nueva «madre» era una arpía. Si podía evitar tener que verla, mejor. Anularía lo de Laredo.

Se despidieron. Tana dejó el móvil sobre la mesa y se echó hacia atrás en la silla de plástico. Habían pasado dos meses desde la boda. Dos meses en los que podría haberse olvidado de Till Landvik sin dificultad, si no fuese porque su amiga siempre terminaba contándole alguna nueva hazaña de su «cuñadito», dando por hecho que Tana y él habían limado asperezas. Lo cierto era que nadie sabía lo que había sucedido aquella noche. Había preferido mantenerlo en secreto. Cuando al día siguiente sus amigas le preguntaron cómo había ido el regreso al hotel, se limitó a sonreír y a mentir. No tenía muy claro por qué había decidido no sincerarse

con ellas. Quizá se avergonzaba. No por haberse acostado con él... o sí... Llevaba tanto tiempo juzgándole y expresando en voz alta lo mucho que le despreciaba, que contar ahora que había sucumbido a sus encantos y había pasado una noche con él, no era algo que la enorgulleciese.

Les había dicho que se habían despedido en la recepción, y que había decidido no ser tan dura con él en el futuro... y bla-bla-bla...

Así que, desde entonces y muy a su pesar, tenía que escuchar sus historietas maravillosas cada dos por tres. Que si Till esto, que si Till aquello, que mira qué majo, que mira qué listo, que mira qué avisado, que mira qué valiente... Menos mal que vivía en Madrid y Eli en la costa y solo hablaban por teléfono una vez a la semana. Si no, estaría empachada de información sobre el pequeño de los Landvik.

Su móvil vibró sobre la mesa. Lo cogió y miró la pantalla. Era el wasap que Eli había prometido enviarle con la dirección de Till en Düsseldorf. Precisamente ella se encontraba a punto de embarcar con destino a aquella misma ciudad, para asistir a la *Gallery*, la feria de moda a la que acudía todos los veranos. De ahí la insistencia de Eli para que contactase con Till.

Echó un vistazo al mensaje. Por simple curiosidad —no porque pensase ir a visitarle— introdujo la dirección en el *Google Maps* de su *tablet* y trató de localizarla en su mapa mental de la localidad. *Arnheimer Str.* era el nombre de la calle donde se encontraba el apartamento de su socia, Amaya, donde él se alojaba. ¿Y por qué narices sabía ella que era el apartamento de su socia? Sí, exacto, porque Eli ya le había contado con pelos y señales la vida y milagros de Till Landvik.

Solo estaba a unos pocos kilómetros de su hotel, comprobó.

«Mira, qué bien», pensó, ceñuda. Y en un arranque de puerilidad depositó la *tablet* de un golpe sobre la mesa y resopló, haciendo que la señora mayor que estaba sentada en la mesa contigua a la suya la mirase intrigada.

Siete años sin saber apenas nada de Till y, ahora, cuando menos lo necesitaba, lo tenía hasta en la sopa. ¡Hasta en la puñetera sopa! ¿Cómo narices iba a poder olvidarse de él? Era exasperante.

Una voz distorsionada a través de los altavoces comunicó en español y en inglés que los pasajeros del vuelo con destino a Düsseldorf ya podían embarcar. Agradecida por la distracción, se levantó, guardó la *tablet* y el móvil en su maletín y sacó la tarjeta de embarque. Abandonó la cafetería donde había permanecido los últimos veinte minutos y echó a andar hacia el mostrador. Sus tacones repiquetearon sobre el suelo de mármol y el sonido de sus pisadas produjo un retumbante eco en la casi desierta terminal. A esa hora de la mañana no solía haber muchas personas allí. Lo cierto era que la monstruosa T4 del aeropuerto de Madrid siempre parecía vacía, dada la enormidad de su estructura y la altura de sus techos. Tenía un aire frío y futurista que no terminaba de convencerla.

Se situó en la cola del mostrador donde una azafata había comenzado a revisar los billetes de los pasajeros. Mientras esperaba a que llegase su turno, repasó mentalmente su agenda para el fin de semana. Iba a estar en Düsseldorf tres días y los tres iban a ser de lo más ajetreado. A pesar de que no acudía a la Feria como expositora, había concertado reuniones con tres empresas alemanas, dos italianas y una portuguesa. Todos los años descubría verdaderos tesoros en la *Gallery*, y ese año también esperaba poder encontrar algo especial. Tenía las ideas muy claras sobre lo que estaba buscando para *Promenade*, y había seleccionado con mucho cuidado las empresas con las que iba a entrevistarse. Cuando se trataba de su *boutique* era una perfeccionista rayana en lo obsesivo. El resto de las decisiones que tomaba en su vida eran menos calculadas, más alocadas y de carácter variopinto —la noche que pasó con Till era una prueba de ello—.

La azafata, una rubia espectacular de metro ochenta con dos kilos de maquillaje en el rostro, le regaló una sonrisa de dientes blancos al pedirle su tarjeta de embarque. Se la dio mientras paseaba la mirada por los asientos que había al lado del mostrador. La figura de un hombre alto con una coleta rubia que le daba la espalda le llamó la atención y le provocó un sobresalto. Solo tardó un segundo en comprender que no era él, pero su reacción le hizo rechinar los dientes.

¡Joder! ¡Maldito Till Landvik y su apabullante recuerdo! ¿Es que todo le tenía que recordar a él?

Capítulo Trece

Estaba agotado.

Dejó la cartera y las llaves de la furgoneta en el mueble de la entrada y se dirigió al sofá que dominaba el centro del salón. Se tiró sobre él, bocabajo, enterrando la cara en uno de los mullidos cojines al tiempo que un estertor dolorido abandonaba su garganta. Tenía la espalda destrozada.

Había pasado el día ayudando a Héctor, el hermano de Amaya, a trasladar los muebles de su apartamento al apartamento de su novia. Se suponía que solo iban a ser un par de cosas, pero al final había resultado ser todo el jodido mobiliario de la casa, desde la cama de matrimonio, pasando por el sofá de tres plazas, los electrodomésticos, hasta un puñetero banco de ejercicios. Y Héctor vivía en un tercero sin ascensor.

Cuando Amaya le llamó por teléfono desde Baja pidiéndole que le echase un cable a su hermano, Till no había podido negarse. A fin de cuentas estaba viviendo en su piso por la cara mientras ella se ocupaba de arreglar los últimos detalles del papeleo de la escuela de surf. No conocía muy bien a Héctor, a pesar de que habían asistido al mismo instituto en España. Era tres años más joven que Amaya y que él mismo, pero resultó ser un tipo simpático y abierto y habían hecho buenas migas.

«Sin duda el trabajo duro y el sudor unen», se dijo con ironía.

Se giró en el sofá pesadamente, quedando bocarriba. Se retiró de la cara unos mechones de pelo que se le habían soltado de la coleta, cerró los ojos y respiró hondo. Estaba tan agotado que sabía que si esperaba un par de minutos más se quedaría dormido allí mismo. Y no era una buena idea; tenía la ropa sudada y manchada. Necesitaba una ducha. Haciendo un esfuerzo casi sobrehumano, se incorporó y se dirigió al baño.

Mientras se duchaba y el agua se llevaba con ella parte de su agotamiento, volvió a repasar mentalmente lo que le quedaba por hacer antes de marcharse a Baja. Ya tenía toda la documentación

apostillada, conseguida en la Embajada Mexicana, y el día anterior se había ocupado de contratar una empresa de mudanzas internacional que iba a transportar todas sus pertenencias y las de Amaya. Él no tenía muchas posesiones materiales, la verdad; llevaba años viviendo de maleta. Pero Amaya sí que tenía cosas que quería conservar. Al día siguiente vendrían a por todo, y un día más tarde él mismo abandonaría Alemania para empezar una nueva vida.

Apoyó las manos en la pared de azulejos e inclinó la cabeza, dejando que el chorro de agua caliente le cayese sobre la nuca. No recordaba cuándo había sido la última vez que se había encontrado tan cansado. Quizá el primer día a bordo del *Ebba* cuando comenzó a trabajar con su tío. Había sido tan torpe... El estudiante engreído que creía que lo sabía todo...

Se le escapó una risa nostálgica al pensar en ello.

El sonido de su móvil, que había dejado en la repisa junto al lavabo, llegó hasta él incluso a través del agua corriendo. Cerró el grifo y abandonó la ducha con prisa. Miró la pantalla al tiempo que cogía una toalla. Era Amaya.

—Dime —respondió.

—*Hallo, Partner*^[86]. —La voz de ella llegó hasta él con toda claridad, como si se encontrase a solo un par de kilómetros cuando la realidad era que los separaban diez mil—. Acaba de llamarme Héctor. Te idolatra.

Till soltó una risotada.

—Tampoco es para tanto.

—Sí, lo es. Si llego a saber que era una mudanza de ese tipo, le hubiera dicho que no te molestase y que contratara a alguien. — Sonaba un tanto irritada—. Ya me he enterado de la paliza que os habéis dado.

—Bueno, ya sabes... *Ende gut, alles gut*^[87].

—Lo que digas, pero te debo una.

—¿Qué tal todo por allí? —Cambió de tema mientras procedía a secarse el pelo con la mano que tenía libre.

—Todo marcha a las mil maravillas. Ayer firmamos el traspaso y ahora mismo estoy en el local. Es fabuloso, Till. Te va a encantar. Ahora te paso un email con las fotos que he hecho.

—Genial.

—¿Has conseguido hablar con la empresa de mudanzas?

—Sí, ya está todo arreglado. Mañana vienen a por tus cosas.

—Estamos a un paso de conseguirlo, socio. —La excitación se filtraba en sus palabras.

—Sí. Ya no queda nada —repuso Till. Bostezó con disimulo.

—¿Qué hora es ahí? Tengo un descontrol con los horarios...

—Son las diez de la noche.

—¡Joder! Siento llamar tan tarde y más después de la paliza que te has pegado ayudando a mi hermano. Aquí es mediodía.

—No te preocupes. Todavía no tenía previsto acostarme.

—Da igual. No te molesto más. Te paso las fotos y les echas un vistazo. Y mañana hablamos —dijo, y profirió una carcajada—. Es solo que... estoy feliz... y esto te va a encantar.

Él se sintió contagiado por su arranque de felicidad y se rio también.

—No lo dudo. Pásame esas fotos ya mismo. Me has puesto los dientes largos.

—*Sofort!*^[88] Un beso, socio.

Colgó y terminó de secarse con rapidez. Una sonrisa le delineaba los labios. Hablar con Amaya siempre le ponía de buen humor. Era una mujer estupenda con la que tenía gran complicidad... era casi como una hermana.

Una ola de tristeza le invadió al pensar en sus hermanos, y en que no tenía ni idea de cuándo volvería a verlos... No se replanteaba su decisión; tenía ganas de empezar de cero en otro sitio, pero le pesaba un tanto alejarse de su familia ahora que por fin había retomado el contacto. Los días que había pasado en España con ellos y con sus padres habían resultado ser muy especiales. Mucho...

En fin... ya era tarde para sentimentalismos estúpidos.

Enrollándose la toalla a la cintura, se cepilló el pelo sin molestarse en secárselo. Era julio y hacía calor. Sentir la melena mojada sobre la espalda era una delicia. Abandonó el baño y, en el dormitorio, se puso unos pantalones cortos de deporte. Luego se dirigió a la cocina y se preparó dos sándwiches de atún. El apartamento era pequeño. Estaba compuesto por el salón con

cocina americana y el dormitorio con baño en suite. Nada más. Pero era perfecto para una persona sola y para pasar allí un par de meses. Se acomodó en el sofá con la cena, una botella fría de cerveza y su portátil. Mientras devoraba uno de los sándwiches abrió su email y comprobó que Amaya ya le había enviado las fotos.

Su socia tenía razón. Le encantaba. La escuela de surf se encontraba en un entorno natural espectacular. Había varias fotos de la playa, era de arena. A un lado aparecía flanqueada por un acantilado de rocas, sobre el que se hallaba una edificación de estilo colonial de color amarillo con una torre, rodeada de palmeras. El resto de las fotos eran del local donde estaba la escuela. Era de una planta y parecía algo destartado, las paredes de color azul mostraban desconchones aquí y allá, pero tenía un aire encantador y, sin duda, una vez que le dieran una mano de pintura, mucho potencial. Por dentro era más amplio de lo que parecía por fuera y su aspecto era mejor que el del exterior. Hileras de tablas de surf se hallaban apoyadas contra la pared y la euforia le asaltó. Hacía años que no practicaba ese deporte... desde que se marchó de España...

Devoró el otro sándwich y vació la botella de cerveza de un trago mientras volvía a mirar todas las fotos. Una de ellas era un selfi de la propia Amaya. Aparecía con la escuela de fondo, haciendo el símbolo de la victoria con la mano izquierda y una sonrisa de oreja a oreja en la cara. ¡Qué feliz parecía!

Fue a la cocina a buscar otra cerveza y se tiró de nuevo sobre el sofá, quejándose con suavidad cuando las agujetas de su abdomen se manifestaron inclementes. Permaneció unos segundos con la mirada prendida en la pantalla del ordenador, dudando, pero terminó por hacer lo que llevaba haciendo casi todas las noches desde hacía dos meses.

Una idiotez... una majadería... una sandez...

Su placer culpable...

Entró en Instagram y buscó *su* perfil.

Con exultación comprobó que había publicado dos fotos nuevas desde la última vez que él había mirado. En la primera aparecía la puerta y el escaparate de su *boutique*. Y en la segunda se mostraba el tablero electrónico de salidas de un aeropuerto. El texto de la foto

decía lo siguiente: *Lista para embarcar de camino a Düsseldorf, a la Gallery. Emocionada*. La foto estaba fechada hacía solo dos días.

A Till estuvo a punto de caérsele la botella de cerveza al suelo. Se incorporó con precipitación y dejó el portátil sobre la mesa. Una exclamación asombrada emergió de su boca.

«¡Tana está aquí!»

Ese pensamiento le golpeó con fuerza y el corazón comenzó a latirle a más velocidad de lo habitual, al darse cuenta de que ella se encontraba en la misma ciudad que él, quizá a solo unos kilómetros de distancia. Efectuó una búsqueda rápida en internet y en solo unos minutos ya sabía todo lo que había que saber sobre la *Gallery*. Era una feria de moda que tenía lugar en Düsseldorf y que terminaba al día siguiente. Pensativo, tamborileó con los dedos de la mano derecha sobre la mesa de madera.

Suspiró y se echó hacia atrás en el sofá. Las probabilidades que tenían de volver a encontrarse eran igual a cero. Eso había quedado más que claro la mañana después de la boda. Ella había sido bastante tajante. Cualquier acercamiento por parte de él sería recibido de mala gana e incluso con disgusto..., así que, ¿qué más daba que ella se encontrase tan cerca?

Y sin embargo, y más veces de las que le convenía, su imaginación volaba y pensaba en ella y en la noche que habían pasado juntos. No podía olvidarlo. No se terminaba de quitar de la cabeza esos besos, esas caricias, esa pasión desenfrenada y salvaje que habían compartido... ¡Joder! Cada vez que lo recordaba, el ardor le recorría las venas y terminaba fijándose en su vientre, provocándole una erección. Había sido una noche gloriosa... Sí, gloriosa... Y más de una vez en los últimos meses se había satisfecho a sí mismo pensando en ella o mirando sus fotos en Instagram.

Era un imbécil.

Y como un imbécil que era volvió a coger el portátil, se lo puso sobre las rodillas y abrió la foto de ella que era su favorita, ampliándola. Era del verano anterior y estaba un poco movida. Aparecía ella en una playa desierta, con un vestido rojo y descalza. Se estaba riendo a mandíbula batiente. No llevaba maquillaje y el pelo le volaba en todas direcciones. Ni siquiera miraba a la cámara.

No era la Tana con la que él había pasado la noche. No. No era la mujer soberbia que le había rechazado y le había herido una y otra vez con sus comentarios. Esa chica era alguien diferente..., despreocupada, risueña y feliz.

Otra Tana.

Una que él no conocía.

Pero que le hubiese encantado conocer...

¡Joder!

Se apoyó en el respaldo del sofá, cerró los ojos y su mano derecha se dirigió a su entrepierna...

Capítulo Catorce

Tana volvió a sonreír a pesar de que cada vez se encontraba más incómoda. Salir a cenar con Ingo había sido una idea funesta. Llevaban solo media hora en el restaurante y apenas les habían servido la cena, cuando él ya le había rozado el muslo «inintencionadamente» tres veces. ¡Por Dios! Lo que tenía que aguantar una mujer. Era exasperante.

Conocía a Ingo Brehme desde hacía un par de años. Era el representante de *Treasure Design*, una marca de ropa alemana con la que Tana llevaba colaborando un tiempo. Era la primera vez que salían juntos, hasta el momento su relación había sido estrictamente comercial y se había limitado al intercambio de emails y llamadas telefónicas, pero cuando Ingo, esa tarde, había insistido en invitarla a cenar, no le había parecido una mala idea. ¿Por qué no?, se había dicho. Era su último día en Düsseldorf y lo único que había hecho desde su llegada había sido trabajar. Una noche de asueto no le vendría mal.

Error.

Se había dado cuenta de su equivocación en aceptar aquella invitación nada más encontrarse con él en la recepción del hotel. La libidinosa mirada que le dirigió, había dejado más que claras sus intenciones. Aun así, decidió seguir adelante con la cena, pensando que si le ponía las cosas claras desde el principio a él se le pasaría la tontería. Pero había hombres que no aceptaban un no por respuesta y que eran en extremo persistentes.

Nada más subirse al coche, un BMW M3, él había inventado una excusa para sacar algo de la guantera y le había tocado la rodilla sin disimulo. Ella le había dirigido una mirada asesina y le había dicho que no estaba interesada en ningún tipo de relación que implicase intercambio de fluidos. Él había levantado las manos en actitud defensiva y se había reído. Parecía haber captado la indirecta.

O no.

Así que, con los nervios a flor de piel debido al velado acoso sexual de Ingo, la cena, que se suponía debía de haberle servido para relajarse, se había convertido en una tortura.

Dejó vagar la vista por el restaurante. Estaba decorado de manera un tanto anticuada con mesas y sillas de madera oscura y cuadros con escenas de caza. Enormes vigas de madera atravesaban toda la sala separando las mesas y creando una suerte de reservados que daban la sensación de falsa intimidad.

—Te noto tensa —le dijo Ingo.

Ella apartó la mirada de la puerta y le sonrió.

—Estoy bien —dijo.

—No lo parece. Relájate y disfruta de la cena. Te lo has ganado después del día de hoy.

Le dio la razón internamente. Había tenido tres reuniones seguidas, la última de ellas con el propio Ingo y un compañero. Las negociaciones habían sido duras, pero podía sentirse satisfecha de lo conseguido. Se iba a casa con dos colaboraciones más que ventajosas para *Promenade*.

—¿Cuándo vendrás a Madrid? —le preguntó.

Mientras esperaba su respuesta, le dio un sorbo al exquisito vino que habían pedido para acompañar la selección de carnes que les habían servido. El restaurante estaba especializado en comida balcánica y, dado que Tana no estaba familiarizada con ese tipo de platos, había decidido seguir el consejo del camarero. No se arrepentía. Todo estaba delicioso.

—El mes que viene —respondió él. Y vació su copa de un trago.

Tana frunció el ceño al ver que él volvía a llenársela de vino. Era la cuarta. Y aunque no parecía bebido ni nada por el estilo, no estaba muy segura de querer volver con él al hotel en esas condiciones.

—¿Sabes qué días?

—Los días en los que me acojas en tu casa... —lo dijo en un tono sensual, entornando los ojos, al tiempo que alargaba el brazo y le acariciaba la muñeca con suavidad.

Ella retiró la mano. ¡Joder con Ingo! ¡Qué pesado! No lo había esperado de él.

—Tendrás que buscarte un hotel —respondió con frialdad—. Además, me tienes que confirmar qué días vienes. En agosto suelo estar fuera.

Él la contempló en silencio durante unos segundos; parecía confundido.

—Qué seca estás conmigo... —murmuró al cabo de un rato volviendo a darle un buen trago a su vino.

—¿Seca? Para nada. Es que creo que estás confundiendo las cosas, Ingo. No esperaba que me hubieras invitado a cenar porque tuvieses ganas de *postre*..., la verdad —repuso despectivamente—. ¿Acaso te he dado yo la impresión de querer acostarme contigo?

Él arrugó la frente.

—Bueno... siempre eres tan... abierta... y esta noche te has puesto ese vestido...

La expresión de Tana se tornó estupefacta.

—¿Me estás diciendo que por que una mujer sea agradable con un hombre y decida arreglarse para salir a cenar eso significa que quiere echar un polvo?

—No voy muy desencaminado, ¿no? —sonrió y volvió a acercarse a ella, que tuvo que resistir el impulso de abofetearle—. Mira, Tana... llevamos meses jugando al gato y al ratón. No puedes negar que te gusto.

Ella entrecerró los ojos y le observó con atención. Si en alguna ocasión había sentido la mínima inclinación a acostarse con Ingo Brehme, esta acababa de desaparecer... para siempre. No soportaba a los hombres presuntuosos que además tenían un concepto tan equivocado de las mujeres. Le recorrió con la mirada de arriba abajo, de manera objetiva. Era un hombre guapo, eso no lo podía negar. Apuesto con su traje azul marino y la corbata en tonos rojizos. Alto pero no en exceso. Atlético. Con el pelo rubio ceniza y los ojos de color miel. Una sonrisa vanidosa curvaba su boca de carnosos labios.

—Eres un hombre encantador, Ingo —le dijo, echándose hacia atrás y tratando de emplear otra táctica. Estaban en un lugar público y no soportaba llamar la atención—. Pero de verdad no estoy interesada en tener nada con nadie. ¿Por qué no nos limitamos a cenar y nos olvidamos del tema?

Él sonrió escéptico. Tana resopló mentalmente. No la creía. ¡Mierda!

—Si es lo que quieres —dijo, bajando la voz y convirtiéndola en un susurro que pretendía sonar seductor, pero que a ella le pareció ridículo—. Cenemos.

Y eso hicieron, en silencio. Él, mirándola de vez en cuando con actitud depredadora. Ella, sobrellevándolo con elegancia y conteniéndose para no soltarle cuatro verdades a gritos. Ni siquiera pidió postre, a pesar de que multitud de pastelitos de delicioso aspecto la tentaban desde el carrito que paseaban los camareros. No tenía ningún deseo de alargar esa horrible velada más de lo necesario. Se miró el reloj con disimulo. Eran las once y media de la noche, una hora intempestiva para un día de diario en Düsseldorf.

Estuvo a punto de dejar escapar un suspiro aliviado cuando él, después de tomar café, pidió la cuenta al fin.

Una vez fuera, se encaminaron hacia el pequeño parking de tierra que había detrás del restaurante. La zona, un área de casitas bajas a las afueras, no estaba muy bien iluminada y Tana tuvo cuidado de no resbalarse en la gravilla con los zapatos de tacón que llevaba. De buena gana se hubiera agarrado al brazo de Ingo, pero después de lo acontecido en el restaurante no quería enviarle ninguna falsa señal que él pudiera interpretar como lo que no era.

—¿Estás seguro de que puedes conducir? —Se detuvo y le miró.

—¿Por qué lo dices? Solo me he tomado un par de copas de vino. En serio, Tana. Estoy perfectamente.

Ella había contado cuatro copas, aun así, no quiso contradecirle. Parecía sereno.

Se montaron en el coche y en unos instantes estaban en la carretera. A pesar de que ya había estado en Düsseldorf con anterioridad, a Tana siempre le sorprendía el gran contraste que había entre el centro de la ciudad, tan cosmopolita y con esas aglomeraciones de gente, y el extrarradio, con esas urbanizaciones de grandes casas diseminadas en medio de bosques frondosos, como era el caso. Se reclinó en el asiento y bajó la ventanilla, dejando que el aire fresco de la noche penetrase en el vehículo y le agitase el cabello. La zona por la que pasaban apenas parecía

habitada. De vez en cuando, entre los árboles, destacaba alguno de esos caserones de aspecto imponente entre las sombras. La luz de insuficientes farolas amarillentas no conseguía iluminar el camino, y solo los potentes faros del coche ahuyentaban la oscuridad de esa noche sin estrellas.

Bajó los párpados y se permitió relajarse. Gracias a Dios, Ingo no había vuelto a abrir la boca desde que se había sentado al volante, y tampoco había vuelto a hacer ninguna tontería relacionada con sus anteriores intentos de seducción.

La imagen de un dios nórdico rubio, alto y más que atractivo se coló en su cabeza... ¿Qué estaría haciendo? ¿Dónde estaría? Era estimulante saber que, físicamente, se encontraba tan cerca de él — si no se equivocaba, probablemente a solo unas calles de allí—, y al mismo tiempo a años de luz de distancia. Con toda seguridad, él no habría vuelto a desperdiciar ni un solo segundo pensando en ella después de aquella horrible despedida en el hotel. Ella también le habría olvidado sin dudarlo si no fuese por la insistencia de Eli de hablar de su cuñado... Como le sucedía con frecuencia, volvió a revivir aquellas horas que habían pasado juntos y no pudo reprimir el pequeño gemido ahogado que escapó de sus labios al recordar cómo se habían besado, acariciado, restregado uno contra el otro, poseído mutuamente...

De pronto, el tacto de la palma de una mano sobre la parte superior de su muslo le hizo dar un respingo y abrir los ojos con violencia.

—¡Joder! —exclamó, dándole un manotazo a Ingo en el brazo—. ¿Qué narices te crees que estás haciendo, gilipollas?

Él la miraba con los labios fruncidos y la frente arrugada.

—¿Tú qué crees? —la increpó, volviendo a mirar hacia la carretera—. Lo que llevas pidiendo toda la noche.

Ella agitó la cabeza, aturdida.

—Pero... pero... ¿tú eres tonto o qué te pasa? ¿No te he dejado muy claro que no quería nada contigo?

—Venga... —le dijo él con aire condescendiente—. Dices que no, pero luego te tiras en el asiento y cierras los ojos y te pones a gemir como una perra en celo.

Tana apretó los puños con tanta fuerza que sintió cómo las uñas se le clavaban en las palmas de las manos. Si él no hubiese estado conduciendo, le habría abofeteado.

—Eres un cabrón de mierda, Ingo —dijo entre dientes.

—Y tú una calientapollas —casi escupió él.

Tana no daba crédito a lo que estaba oyendo. La rabia que sentía en ese momento era tan grande que estuvo a punto de atragantarse.

—¡Para el coche! —barbotó.

—No seas cretina —sonrió él.

—¡He dicho que pare el puto coche! ¡Joder!

Él la miró con irritación. Después frenó en seco, haciendo que el vehículo se detuviese en medio de la calzada. Si no hubiera tenido el cinturón de seguridad puesto, Tana se habría estampado contra el parabrisas. Llena de ira, se apresuró a abandonar el coche, cerrando la puerta de un fuerte golpe. La cara de él al ver cómo ella maltrataba el vehículo casi logró arrancarle una sonrisa satisfecha.

—Vete a la mierda, Ingo —le lanzó a través de la ventanilla.

—No, vete tú a la mierda, Tana. Y aprende a no calentar a un hombre y luego dejarle tirado. —Acto seguido arrancó bruscamente y se alejó a toda velocidad.

Tana le observó partir con la indignación emanando de todos los poros de su cuerpo. ¡Sería capullo! Apenas podía creerse que aquello le hubiera sucedido a ella..., y menos todavía con Ingo, que siempre había sido un perfecto caballero y una persona de lo más cabal. ¡Increíble! Pero ¿quién se había creído que era ella para hablarle así? ¡Mierda! Meneó la cabeza con energía.

—*Arschloch!*^[89] —El taco en alemán sonó fantástico en su boca.

Miró a su alrededor, pero solo había oscuridad. La suave luz de una farola unos metros a la derecha le mostró lo que ya había visto antes, no había ninguna casa cerca, solo árboles y arbustos. Resopló. Llamaría a un taxi. De todas maneras era lo que tenía que haber hecho en cuanto abandonaron el restaurante. Fue a echar mano de su bolso, que siempre solía llevar colgado del hombro derecho, pero allí no había nada. Nada. No había ningún bolso. Frenéticamente y como una estúpida se palpó el hombro izquierdo. ¡Tampoco había nada!

¡No, no, no!

¡Se había dejado el bolso en el coche de Ingo!

—Eres una imbécil, imbécil, imbécil... —se recriminó en voz alta—. ¡No puede ser verdad! —Se llevó las manos a la cara y se la cubrió unos segundos tratando de centrarse y de pensar en algo—. ¡No, no, no! —volvió a repetir una y otra vez.

Pasaron unos instantes en los que permaneció de pie en medio de la carretera maldiciendo su propia estupidez. Pero no tardó en recobrarle y erguirse. Miró en todas direcciones. Al fondo, a unos quinientos metros, por donde el coche de Ingo había desaparecido hacía un rato, había un semáforo que estaba en rojo. Si había semáforo, tenía que haber un cruce, ¿no?

Con los labios apretados y una mueca determinada en el semblante echó a andar.

—Estas cosas solo te pueden pasar a ti, Cayetana —murmuró—. Estaba claro que la noche se iba a convertir en un desastre, pero eres tan boba que en vez de quedarte en el hotel dándote un baño de espuma, has preferido salir con Ingo... ¡Gilipollas!

Un ladrido, más cerca de lo que había esperado, le hizo dar un respingo. Se llevó la mano al corazón que le latía desbocado y trató de andar más deprisa, a pesar de los tacones. Lo último que necesitaba era ser atacada por un perro callejero. Aprovechando que pasaba por debajo de una farola, se miró el reloj. Eran las doce menos cuarto. No tenía muy claro qué podía hacer a esas horas de la noche, sin dinero, sin móvil y sin documentación. Tampoco podía llamar a la puerta de la primera casa que apareciese en su camino, ¿o sí?

Quizá sí que tenía a quién acudir...

¡No! Desechó la idea antes de que tomara consistencia en su mente. Era imposible. Si bien era cierto que su apartamento no podía estar muy lejos, se perdería mil veces tratando de encontrar su calle en la oscuridad.

Del todo imposible.

Con un dolor punzante en el costado alcanzó el cruce al fin. Al otro lado de la calzada había un edificio enorme con pinta de colegio o instituto. Estaba vallado y a oscuras. Se apoyó en el semáforo y, respirando con dificultad, miró en todas direcciones. Frente a la

enorme y sombría escuela, distinguió una marquesina de cristal. Era una parada de tranvías.

Esperó a que el semáforo cambiase de color meneando la cabeza con nerviosismo. Apenas habían pasado unos instantes cuando se dio cuenta de lo estúpido de su comportamiento. ¿Qué narices hacía esperando? ¿Por qué no cruzaba? ¿Tenía tan imbuida la educación vial que prevalecía sobre la desesperación? ¡Tonta!

Atravesó el cruce con rapidez y, justo como había pensado, sobre la puerta de la edificación aparecía un cartel que decía *Theodor-Fliedner-Gymnasium*. Era un instituto. Estaba a punto de dirigirse hacia la parada de tranvías, cuando una sombra peluda y llena de energía se asomó entre los barrotes de la valla y comenzó a ladrar con furia. El susto fue tan grande que, en su prisa por alejarse, se le enganchó el tacón en una baldosa de la acera, haciendo que perdiese el equilibrio y cayese al suelo lastimándose las rodillas.

«¡Fabuloso!», se dijo con un toque de sarcasmo mental poco apropiado para su angustiada situación, aguantando un lamento. El chucho seguía ladrando como un poseso al otro lado de la verja, y Tana le miró desde el suelo con los ojos entornados. Parecía muy agresivo, y si esos barrotes de metal no lo hubieran contenido, seguro que se habría lanzado sobre su yugular.

Sin quitar la vista del animal, se incorporó lentamente haciendo una mueca. Se había dado un buen golpe. La sangre le cubría ambas rodillas. Y para más inri, el tacón de su zapato se había partido. Se lo quitó y lo contempló unos segundos con pesar. Adoraba ese par de sandalias... ¡Mierda! Resopló enfadada mirando al escandaloso perro con indignación. Terminó por quitarse el otro zapato también y, cojeando, se dirigió a la parada del tranvía. Trató de distinguir los horarios que aparecían en un tablero junto a la marquesina. Soltó una imprecación al ver que el último condenado tranvía había pasado hacía cosa de quince minutos y que el siguiente no pasaría hasta las cuatro y media de la mañana.

—¡Joder, joder, joder! —masculló entre dientes.

Apretando los inútiles zapatos contra su pecho como si le fuera la vida en ello, se dio la vuelta y miró la oscura carretera con indecisión. Tenía la mente en blanco. No tenía ni idea de qué hacer.

El perro gruñía amenazadoramente y la observaba, hostil, con sus ojos oscuros. Tana no sabía mucho de razas, pero estaba casi segura de que se trataba de un rottweiler.

—A mí esta situación me gusta tan poco como a ti, ¿sabes? —le dijo en voz baja.

Volvió a mirarse el reloj. Apenas eran las doce. No podía sentarse cuatro horas y media a esperar al primer tranvía de la mañana. Si bien no hacía frío, la zona no le inspiraba demasiada confianza. Mitad urbanización, mitad bosque, ¿quién sabía lo que podía haber por allí en la oscuridad? Apenas ese pensamiento había acudido a su cabeza sembrando inquietud en ella, cuando nuevos ladridos, esta vez desde otra dirección, llegaron hasta sus oídos. Escudriñó la oscuridad con aprensión. ¿Y si esta vez el perro estaba suelto?

Echó a andar con toda la rapidez que sus magulladas piernas le permitían. El rottweiler le ladró un par de veces cuando pasó junto a él. Ignorando al cánido, decidió girar a la izquierda y continuar por la otra vía, que parecía más ancha y algo mejor iluminada. Clavándose pequeñas piedrecitas en las plantas de los pies, dejó atrás la escuela y la parada de tranvías y se encaminó hacia el poste donde aparecía el letrero con el nombre de la calle. En letras blancas sobre fondo marrón se podía leer perfectamente: *Arnheimer Str.*

Tana se quedó mirando el cartel con incredulidad. Sacudió la cabeza tratando de asimilar aquello. ¡No podía ser verdad! No...

Se llevó la mano a la frente y trató de poner en orden sus ideas. Los ladridos de ambos perros ya ni siquiera le molestaban. Trazó un mapa mental y algo rudimentario de Düsseldorf y se esforzó por recordar dónde estaba situado su hotel y dónde el restaurante en el que habían cenado. No le costó demasiado. Tenía muy buena memoria. Tan buena, que recordaba perfectamente cuál era la dirección del apartamento donde se alojaba Till.

¿Casualidad? ¿Fatalidad? ¿Serendipia?

—No me lo creo —murmuró con asombro. No pudo evitar que un jadeo nervioso abandonase su garganta. Solo podía tratarse de una broma macabra. El destino le estaba jugando una mala pasada... ¿verdad?

Una emoción mezcla de desazón y de alivio la embargó. Por un lado le resultaba grotesco pensar que tenía que acudir al pequeño de los Landvik a que la sacase del atolladero en el que se encontraba, pero por otro lado, saber que había alguien cerca al que recurrir, la tranquilizaba muchísimo. Su desesperada situación había pasado de ser de nivel diez a convertirse en una de nivel cinco... o cuatro...

No vaciló más. Se puso en camino. A unos doscientos metros, entre los árboles, se recortaba la silueta de una casa. Se apresuró en llegar a ella, ignorando el dolor de sus rodillas y de sus pies. Era un bar. Naturalmente estaba cerrado, pero en la fachada junto a la puerta aparecía el número veintiséis. El apartamento de la socia de Till se encontraba en el número dieciocho, si no le fallaba la memoria, así que no podía andar muy lejos. Se mordió el labio inferior, nerviosa. ¿Y si él no estaba en casa? ¿Y si sí se encontraba allí, pero la recibía de manera hostil? Tampoco sería muy sorprendente después de cómo habían acabado las cosas entre ellos, ¿no?

No.

Por muy negativa que fuera su opinión sobre ella, no la iba a dejar abandonada a su suerte. A fin de cuentas, era la mejor amiga de su cuñada y estaba sola y desamparada en medio de la noche en una ciudad desconocida... perseguida por animales furiosos...

«Venga, Tana, no seas tan melodramática», se reprendió. La situación no era muy agradable y había pasado algo de miedo, pero tampoco era para tanto.

Con multitud de ideas bullendo en su cabeza, avanzó unos trescientos metros. Le dolían los pies y tenía que ir al baño con urgencia, pero apretó los dientes, resuelta. La zona que estaba atravesando ahora parecía bastante más civilizada. Dejó atrás un par de construcciones después de comprobar los números de las casas. Pasó por delante del veintidós y del veinte. A la izquierda había dos coches aparcados junto a la acera, y a la derecha, una gasolinera cerrada y oscura. Siguió avanzando con la premonitoria sensación de encontrarse cerca de su objetivo. En efecto, frente a ella, rodeada de árboles, había una pequeña edificación de tres

plantas. Apretó el paso y en unos segundos se hallaba frente a la puerta. Sobre ella aparecía el número dieciocho. Suspiró, aliviada.

Lo que no tenía muy claro era el piso. Entornó los ojos tratando de leer los nombres que aparecían junto a los timbres. Tenía seis opciones, pero en cuanto su mirada se posó sobre el único apellido español que había, supo cuál era la acertada. Inspiró profundamente antes de alargar la mano y acercarla al botón de llamada.

«La suerte está echada», se dijo.

Pulsó el timbre con insistencia.

Capítulo Quince

El estridente sonido del timbre le despertó. En un primer momento no supo dónde se encontraba y pestañeó varias veces tratando de aclararse la vista. Estaba en el sofá. Se frotó los ojos, confuso. De nuevo el timbre de la puerta llegó hasta él. Miró el reloj que colgaba sobre el televisor; era pasada la medianoche. ¡Qué demonios! ¿Quién podía ser a aquella hora? Se incorporó con pesadez apartando el portátil a un lado; se había quedado dormido con él sobre las rodillas. El rostro de Tana le saludaba desde la pantalla.

Otro timbrazo.

—*Verdammt Scheisse!*^[90] —murmuró.

Se encaminó a la puerta y pulsó el botón del portero automático.

—*Wer ist da?*^[91] —preguntó, enfadado.

—Till. —Se oyó una voz de mujer algo distorsionada por el altavoz. Frunció el ceño. Le resultaba familiar...

—*Ja?*^[92]

—Till, soy Tana. ¿Puedes abrirme?

Se quedó quieto con la mano suspendida en el aire cerca del botón de apertura.

¿Tana? ¿Tana? ¿La Tana de Eli? ¿Esa Tana?

Algo en su cerebro debía de haber cortocircuitado porque no tenía ningún sentido que ella estuviese allí y menos a esas horas.

—Perdona, Till, ¿me abres? —De nuevo su voz.

—*‘tschuldigung*^[93]... eh... sí...sí —murmuró, y pulsó el botón.

Abrió la puerta y la dejó entornada. Estaba tan estupefacto que se quedó allí de pie mirando el portero automático con la boca abierta. De pronto se acordó de algo. Se dio la vuelta con rapidez y de dos zancadas estaba junto al sofá. Cogió el portátil y lo cerró con violencia, haciendo desaparecer la sonrisa pixelada de Tana. *Scheisse!*^[94] Luego se miró y comprobó que estaba vestido, al menos *casi* vestido. Llevaba puesto un pantalón gris corto de

deporte... y nada más. Paseó la mirada con frenesí por el salón, y en silencio agradeció haberse deshecho de las pruebas de su «orgía para uno» antes de quedarse dormido.

Volvió a dirigirse a la entrada. Se pasó las manos por el pelo con nerviosismo y se ajustó la coleta. Carraspeó, tratando de mantener la compostura. Y entonces, la puerta se abrió lentamente y en el umbral apareció ella.

Tana.

Y estaba... preciosa... Su larga melena castaña le caía sobre los hombros con desaliño, y el vestido verde que llevaba le dejaba los brazos al descubierto y se ajustaba a todas y cada una de las curvas de su cuerpo. La recorrió ávidamente con la mirada de arriba abajo; y la sorpresa y admiración se tornaron en preocupación cuando se percató de sus rodillas sangrantes y de que iba descalza y tenía heridas en los pies.

—¿Qué ha pasado? —preguntó con brusquedad, acercándose a ella, que se había quedado parada junto a la entrada y se mostraba vacilante. La cogió por el brazo con suavidad, cerró la puerta y la guio hasta el sofá.

—Perdona por irrumpir así en tu casa... —comenzó. Sonaba más insegura que de costumbre, para nada como solía ser ella.

—Sin problema —la interrumpió él, obligándola a sentarse—. ¿Qué ha pasado? —La miró desde arriba, tratando de encontrar otras heridas, otros golpes, aparte de los de sus rodillas y sus pies.

—Me he caído y se me ha roto un tacón, así que he tenido que andar descalza —dijo ella, mostrándole las sandalias que llevaba agarradas en la mano, que hasta el momento le habían pasado desapercibidas.

—Espera aquí.

Sin vacilación se dirigió al baño y, mientras buscaba algo para desinfectar las heridas en el armario de debajo del lavabo, evaluó la situación. ¿Se había caído? ¿Y había andado descalza por la calle a esas horas? Pero ¿qué demonios hacía allí? Y ¿por qué sabía su dirección? Finalmente encontró alcohol y algodón y regresó al salón con la cabeza llena de dudas.

Ella le miró brevemente antes de dejar vagar los ojos por la habitación. Pero a él le bastó ese pequeño intervalo en el que sus

miradas se cruzaron para saber que ella comenzaba a ganar algo de aplomo. La inseguridad que había mostrado nada más acceder al apartamento comenzaba a desaparecer.

—Déjame que te desinfecte esas heridas y me cuentas qué ha sucedido.

Tenía rasguños en ambas rodillas y un corte en el lateral del pie derecho. Se arrodilló frente a ella y empapó un algodón en alcohol. La escena le recordó tanto a aquella que habían protagonizado ambos la noche de la boda, cuando le puso las sandalias y aprovechó para acariciarle la pantorrilla, que tuvo que cerrar los ojos para recomponerse.

—He ido a cenar con un... amigo... —vaciló al pronunciar la palabra, y Till se dio cuenta con asombro de que sentía algo parecido a los celos. Apretó la mandíbula y comenzó a pasarle el algodón por las heridas—. ¡Ah! —jadeó ella al sentir el escozor.

—Perdona —masculló—. Trataré de ir con cuidado.

—Está bien... es solo que no lo esperaba... —hablaba entre dientes y una mueca había desfigurado su cara.

—Apenas son unos rasguños, no es muy grave.

—Lo sé, lo sé... —Hizo un gesto despectivo con la mano, quitándole importancia al asunto. Cada vez se parecía más a la Tana que él conocía—. El caso es que he ido a cenar con ese amigo y las cosas no han terminado muy allá. Algunos hombres no aceptan un no por respuesta... —suspiró—. En fin, que le he obligado a parar el coche para poder bajarme y me he dejado el bolso dentro...

—¿Y te ha dejado tirada a estas horas..., sola? —La indignación le embargó. Si hubiera tenido al tipo delante, le habría reventado la nariz de un puñetazo. ¡Cretino!

—Sí. Y como tenía tu dirección porque Eli se empeñó en dármela por si necesitaba algo, y he visto que estaba cerca de donde me encontraba... pues he decidido venir... —titubeó—. Ya sé que es tardísimo...

—No te preocupes, todavía no me había acostado.

Se hizo el silencio entre ambos. Till aprovechó para terminar de desinfectar los rasguños. Lo hizo de manera precisa sin entretenerse demasiado en admirar esas piernas que no habían

abandonado su imaginación en los últimos dos meses. Cuando acabó, levantó la mirada y la descubrió observándole.

—¿Qué haces en Düsseldorf? —le preguntó, a pesar de que ya lo sabía.

—He venido a la *Gallery*, una feria de moda. Vengo todos los años. Vuelvo mañana a España —continuó ella mirándose las rodillas con interés, ya limpias y curadas—. Llevo un par de días aquí y como hoy era la última noche pues había pensado salir a cenar para relajarme un poco, pero a veces las cosas... se complican.

—¿Dónde te ha dejado ese... *amigo* tuyo? —Le costó llamar «amigo» al tipejo.

—No muy lejos de aquí, la verdad. Hemos cenado en un restaurante de comida balcánica, y luego he tenido que venir andando desde un cruce donde hay un instituto.

—Ya sé dónde es. —Se enfureció. Solo de pensar que ella había tenido que caminar desde allí en plena noche le hacía hervir de rabia. No estaba muy lejos, apenas un kilómetro, pero no era la zona más adecuada para recorrer en la oscuridad. ¡Mierda! Podía haberle pasado cualquier cosa.

—¿Puedo usar tu baño? —preguntó ella, poniéndose de pie.

—Claro. Está en el dormitorio —contestó, señalando la puerta que conducía a su habitación.

La miró mientras se alejaba. Cojeaba y supuso que sería debido al corte del pie. Mientras iba a la cocina y tiraba los algodones manchados a la basura, meditó sobre qué hacer a continuación. Lo lógico sería llevarla a su hotel, pero el destino había decidido que eso no fuera posible: se había quedado sin gasolina en la furgoneta, apenas le quedaba algo de la reserva, y hasta las seis de la mañana la gasolinera estaba cerrada... Aunque también podía pedirle un taxi, ¿no?

La situación era la mar de extraña. Si se tenía en cuenta cómo había acabado su último encuentro, ambos estaban mostrando una insólita cortesía. Mejor así, decidió. Mucho mejor. No le apetecía discutir con ella. Estaba demasiado cansado para estar a la altura de su lengua viperina. Además, de una forma absurda e ilógica, se alegraba de verla. ¡Qué perversa casualidad! Solo unas horas antes

de que llamase a su puerta él había estado fantaseando con ella, utilizando sus fotos y sus recuerdos para masturbarse... ¡Increíble! Dejó escapar una risa suave y se acarició la barba distraídamente.

Un ruido a su espalda le hizo girarse. Tana se encontraba bajo el quicio de la puerta que conducía al dormitorio. Llevaba una toalla en la mano.

—He usado tu toalla. Espero que no te importe.

—Para nada. —Hizo un ademán vago con la mano—. Mira, Tana... eh... no puedo llevarte a tu hotel porque me quedé sin gasolina ayer y hasta las seis no abre la gasolinera de aquí abajo —comenzó titubeante—, pero te puedo llevar mañana por la mañana, sin problema... o puedo acompañarte en un taxi, ahora... —Esto último lo dijo con reticencia y por obligación. No tenía ningún deseo de que se marchase.

¡Qué disparate!

¡Qué necedad!

Ella se le quedó mirando fijamente durante unos instantes. La indecisión se reflejaba con claridad en sus facciones. Parecía estar sopesando los pros y los contras.

—Till —dijo al cabo de un rato—. ¿Puedo hablar claramente contigo?

—¿No lo haces siempre? —preguntó con un deje irónico en la voz.

—Las cosas no terminaron muy bien entre nosotros la última vez que... nos vimos. La verdad... —vaciló—, creo que fui un tanto... borde. No es que mi opinión sobre ti haya cambiado —se apresuró a añadir con rapidez—, es solo que pienso que te debo una disculpa.

La contempló en silencio. Eso sí que no lo había esperado. ¿Tana disculpándose? Apoyó la cadera en la encimera y esperó. Tenía muchas ganas de escuchar el resto de su *disculpa-explicación-lo que fuese...*

—Los dos somos adultos y decidimos acostarnos... tampoco es tan... descabellado... —Se echó el pelo hacia atrás con energía. Pareció darse cuenta de que todavía llevaba la toalla en la mano y la dejó sobre el respaldo del sofá—. Si me comporté de esa forma a la mañana siguiente, fue por... por... —se interrumpió y comenzó a andar por el salón, tratando de mirar cualquier cosa menos a él—.

Mira, llevo muchos años pensando lo peor de ti y de pronto te pones a tiro y decido que eres el polvazo del siglo —le soltó a bocajarro, deteniéndose y mirándole—. ¿Qué dice eso de mí? —Sacudió la cabeza—. Sinceramente, una vez que se pasaron los efectos del alcohol, me avergoncé de haber pasado la noche contigo... y por eso reaccioné cómo lo hice.

Till apretó la mandíbula. No era muy halagüeño escuchar de labios de la mujer con la llevaba semanas fantaseando que se avergonzaba de haberse ido a la cama con él.

—Supongo que es tarde para arrepentirte...

—Yo no he dicho que me arrepienta —le cortó ella tajante—. He dicho que me avergoncé de lo que pasó porque no fui demasiado consecuente conmigo misma. En ningún momento he hablado de arrepentimientos.

«Vale. No se arrepiente», se dijo, más exultante de lo normal.

—La verdad..., estaba más enfadada conmigo que contigo... —suspiró—. No malinterpretes esto que estoy diciendo porque no significa que tú y yo seamos amigos ni ninguna chorrada por el estilo, pero tenía que dejar las cosas claras. Sé reconocer mis errores y asumirlos —terminó con firmeza, volviendo a echarse el pelo hacia atrás. Parecía ser un gesto habitual en ella.

Él guardó silencio. Era fascinante observar cómo esa persona menuda, que hacía unos minutos había aparecido en su puerta, insegura y vacilante, con tan solo un par de frases y ademanes se convertía en alguien cuya presencia dominaba toda la estancia, llena de seguridad y confianza en sí misma. Vibrante. Sí, esa era la palabra adecuada para describirla.

—Entonces, ¿tenemos una tregua? —preguntó al cabo de un rato. En ese instante no podía imaginarse desear nada tanto, como que ella contestase que sí. ¿Era imbécil? Seguramente.

—Si lo quieres llamar así... —Se encogió de hombros—. ¿Me prestas tu móvil?

Él hizo un gesto y señaló la mesa baja de madera donde se encontraba su teléfono. Ella rodeó el sofá y lo cogió. Sin volver a dirigirle ni una mirada más, marcó un número y esperó a que contestasen. Le había dado la espalda, y él, que no era idiota del

todo, aprovechó para admirar la curva de sus caderas, enfundadas en ese increíble y sugerente vestido.

«Tregua... Suena bien...»

Se sorprendió al escucharla hablar en alemán —y en un alemán impecable—. No tenía ni idea de con quién estaba hablando, pero suponía que debía de tratarse del tipo que la había dejado tirada en la carretera, porque su forma de dirigirse a él era bastante dura... Las comisuras de sus labios se elevaron imperceptiblemente. Era agradable no ser el objeto de esos latigazos verbales.

—¡Por Dios! —murmuró ella una vez acabada la conversación. Apagó el móvil y lo volvió a dejar encima de la mesa—. Ese Ingo es un memo. Después de dejarme abandonada a mi suerte se ha dado cuenta de que me había olvidado el bolso en su coche y se ha arrepentido y ha vuelto a buscarme..., dice... —resopló con sarcasmo—. Y al no encontrarme se ha ido a mi hotel. Allí está ahora mismo, el muy zoquete. Le he dicho que deje mi bolso en recepción y que ni se le ocurra esperarme. Que se vaya a su casa. ¡Qué exasperante! Y lo peor de todo es que tengo que seguir en contacto con él... ¡Mierda!

Till no creía que ella se estuviese dirigiendo a él, más bien aparentaba estar hablando consigo misma en voz alta. Aún a riesgo de que le respondiese que no se mezclara en sus asuntos, le preguntó:

—¿Y por qué tienes que seguir en contacto con ese tipejo? —Sabía que la última palabra había sonado despectiva, pero ¿de qué otra manera se iba a referir a un tío que dejaba a una mujer sola en medio de la carretera?

—Acabo de llegar a un acuerdo de colaboración con su empresa. Y él es el representante comercial —repuso, disgustada—. Así que no me queda otra. Y encima viene a Madrid el mes que viene. Vamos, que voy a tener que verle, sí o sí.

No le gustaba demasiado eso que estaba oyendo, que Tana tenía que volver a ver al cretino ese, aunque por otro lado, ¿quién era él para expresar su opinión al respecto? Le resultaba extraño, pero nunca antes se había sentido así, tan protector con una mujer. Debía de ser herencia de los Landvik.

—No sabía que hablabas alemán.

—La segunda mujer de mi padre era de Berlín. Fue la que me crio. Insistió en que me educase en un colegio alemán.

Después de eso se hizo el silencio. Ella seguía de pie en medio del salón; se había cruzado de brazos y recorría la habitación con los ojos. Till seguía todos sus movimientos con la mirada, y si no hubiera estado tan atento a cada una de sus reacciones, no se habría percatado de que la expresión de su cara cambiaba. Se había quedado mirando una foto de su socia que colgaba de la pared; era un retrato en blanco y negro de Amaya, en el que aparecía riéndose, como de costumbre, con la mano derecha haciendo de visera para quitarse el sol de los ojos. Había salido guapísima.

Tana le miró. Se le había formado una pequeña arruguita vertical justo en el ceño y tenía los ojos entornados.

—¿Dónde voy a dormir yo? —preguntó.

Eso sí que no se lo esperaba...

Capítulo Dieciséis

Se dio la vuelta en la cama y ahuecó la almohada... por quinta vez. No podía dormir. Por supuesto que no podía dormir. A pesar de que Till había cambiado las sábanas, toda la habitación olía a él. Resopló, le pegó un puñetazo al colchón y se tumbó boca arriba.

Sin duda se había vuelto loca al proponerle quedarse a pasar la noche. Loca de atar.

Después de que le hubiese preguntado de sopetón que dónde iba a dormir ella, él se la había quedado mirando impasible, como si no hubiera entendido ni una sola palabra. Se había limitado a pestañear. ¡Qué irritante! Estuvo a punto de cambiar de opinión y de pedirle dinero para un taxi, pero entonces él había reaccionado y, sin apenas mediar palabra, sacó sábanas limpias y una toalla y se encargó de hacerle la cama. Ella había protestado. Podía dormir en el sofá perfectamente, le había dicho, pero él no le había hecho ni caso; y en menos de veinte minutos se encontraba sola en esa habitación, rodeada por todas sus cosas, mientras él dormía en el sofá a solo unos metros de distancia.

Volvió a girarse en la cama, tratando de buscar una postura más cómoda.

Se sentía rara. Dos meses tratando de olvidar esa noche que habían pasado juntos, y había sido poner un pie en ese apartamento y todas sus buenas intenciones se fueron al carajo. ¡Por favor! ¿Cómo era posible que él fuera... estuviese... tan atractivo? Lo de decir que era el polvazo del siglo no era ninguna exageración. No. ¡Joder! Cuando había entrado por la puerta y le había visto vestido solo con esos pantalones, con el torso descubierto y descalzo... había comenzado a hervirle la sangre.

Y cuando la había curado..., cogiéndole las piernas con esa delicadeza... ¡Oh, Dios mío! Solo de pensar en el tacto de esas manos se sentía febril. Apretó los muslos. ¡Esas... puñeteras... manos! Volvió a darse la vuelta y enterró la cara en la almohada. ¡Qué estúpida era!

¿Por qué narices se había quedado a dormir? Eso, ¿por qué? ¿No hubiese sido más fácil que él la hubiera acompañado al hotel y punto? Ahora estaría en su habitación, en su cama de dos metros por dos metros, tan tranquila... Pero su maldita impulsividad y algo parecido a los ¿celos? al ver esa foto de la que ella pensaba que era su socia le habían llevado a abrir la boca... ¿Cuándo narices había estado ella celosa con anterioridad? ¡Jamás! Pero ese pinchazo que había sentido al imaginarlos juntos era la prueba inequívoca de esa enfermedad llamada *celos*... Entre esa mujer y Till había algo. Estaba segura. Era de cajón. Vivía en su apartamento y se iba a mudar a México con ella. Y a pesar de que Eli había comentado que solo eran amigos, ella no lo tenía tan claro.

«Con sinceridad, ¿qué narices te importa? ¿Acaso tienes algún derecho sobre él? No hay absolutamente nada entre vosotros. Un maldito polvo hace dos meses, eso es todo lo que hay. Y nada más».

Nada más. Y aun así...

Seguía pensando que se había comportado como un niño cobarde dejando tirados a sus hermanos cuando más lo necesitaban. Que era un irresponsable, un pusilánime y un necio..., pero de alguna manera, cuando miraba a ese hombre en el que se había convertido, tan diferente al joven que conoció —al menos físicamente—, cada vez le resultaba más difícil asociarle con la idea preconcebida que tenía de él. Había cambiado mucho. Tenía que reconocerlo. Muchísimo.

Y después de *la* noche, cada vez pensaba más en él como el *nuevo* Till y no como el *viejo* Till. Y el *nuevo* Till era... mucho Till.

¡Joder! ¿Cuántas veces podía salir su nombre en la misma frase sin que resultara redundante y repetitivo?

Se retorció en la cama, desvelada del todo. Las sábanas se le enredaron en las piernas y las apartó con violencia. Se incorporó y se sentó en el borde. Hacía calor, mucho calor. La ventana del dormitorio estaba abierta, pero no entraba ni una gota de aire. Además, tenía sed. Permaneció un rato allí sin moverse, escudriñando la oscuridad. Estaba a punto de levantarse y dirigirse al baño para beber agua cuando escuchó sus pasos en el salón a

través de la puerta que había dejado entornada. Luego, una franja de luz se coló por la rendija.

Él también estaba despierto. Al parecer no era la única insomne de la casa. Vaciló. Podía hacer dos cosas: ir al baño de puntillas, beber agua y regresar a la cama a dar vueltas como una boba... o salir al salón, beber agua en la cocina y encararse con él. Menudo dilema.

«Dilema ninguno», se dijo.

Se levantó, se acercó a la silla que había junto a la puerta y cogió la camiseta que él le había dado antes para que se la pusiera si quería. Se había decidido por lo contrario, pero ahora le iba a venir bien. Le estaba enorme, por supuesto. Casi le llegaba hasta las rodillas, como un vestido. Aspiró hondo, pero solo olía a detergente... Lástima...

Antes de poder cambiar de opinión, abrió la puerta y dio dos pasos. Él estaba sentado en el sofá y jugueteaba con el móvil, pero al oírla se dio la vuelta y la miró. Si su presencia le sorprendió, no lo demostró.

—Tengo sed —explicó ella.

—¿Quieres agua? —preguntó, incorporándose. La recorrió brevemente de arriba abajo con la mirada sin detenerse en ningún punto en particular de su cuerpo.

—Eh... sí, gracias.

Fue a la cocina y ella le siguió con los ojos. Seguía llevando los pantalones grises de deporte y nada más. No pudo evitar advertir la cicatriz que tenía en su espalda y se preguntó cómo se la habría hecho.

—Esa cicatriz que tienes ahí debajo del omóplato, ¿cómo te la hiciste?

«Bravo, Tana. Así, sin filtros...»

Él no respondió. Sacó una botella de agua del frigorífico y llenó un vaso. Luego se dio la vuelta y se acercó a ella. Se lo ofreció. Ella lo cogió y bebió un par de sorbos, mirándole mientras lo hacía.

—Con un anzuelo —respondió él al cabo de unos segundos.

—¿Un anzuelo? ¿En la espalda?

Él soltó una carcajada y unas mariposas enloquecidas realizaron un baile en su interior al escucharle reír. ¡Mierda! Tenía una risa algo

ronca y sexi a más no poder.

—Cuando empecé a trabajar con mi tío no tenía mucha experiencia en barcos pesqueros. El segundo día me escurrí en cubierta y caí sobre unos aparejos. —Alargó la mano derecha, donde la otra cicatriz que le atravesaba el dorso se distinguía claramente—. Esta también me la hice por ser torpe. Hay que ser hábil manejando el machete. Y yo acababa de dejar la Facultad de Medicina y nunca había destripado un bacalao...

Tana tragó saliva. No era una remilgada, pero la imagen de un pescado degollado no le cayó muy bien al estómago. Terminó de beberse el agua y se quedó allí parada con el vaso vacío en la mano, como una estúpida. Él seguía mirándola, esperando algo. Quizá esperaba que se marchase... Le tendió la mano y ella le miró confusa. ¿Qué quería? Frunció el ceño.

—El vaso —aclaró él al ver que ella no hacía nada.

—Oh... sí... toma... —Se lo dio.

—¿Quieres más agua? ¿Otra cosa? —le preguntó por encima del hombro camino de la cocina.

—No puedo dormir —le respondió.

Él dejó el vaso en la encimera y se dio la vuelta. Volvió a mirarla de aquella manera tan desconcertante.

—Yo tampoco.

—¿Te molesta si me quedo y hablamos?

Él dudó, pero finalmente le hizo un gesto con la mano, indicándole el sofá. Ella se acercó, alisó la sábana arrugada que había sobre el asiento y después se acomodó con las piernas encogidas debajo de ella. La lámpara de pie que había al lado del sofá era la única fuente de luz y la iluminaba directamente a ella, dejando la zona de la cocina, y por tanto a él, en penumbra.

—¿De qué quieres hablar? —Su voz sonaba impaciente.

—De ti.

—¿De mí? —La sorpresa se filtró en ese par de monosílabos.

—Sí. De ti y de algunas cosas que no termino de entender. De lo que... —dudó. Quizá él la mandara a la mierda—. De lo que pasó hace años.

Incluso a la distancia a la que se encontraba y en la semioscuridad se dio cuenta de que la postura de él cambiaba; se

había puesto tenso.

—¿Qué quieres saber? —cedió con rudeza.

—¿Por qué te marchaste y dejaste solos a tus hermanos? —Quizá por primera vez en años se lo planteaba sin verdadera acritud. Solo tenía interés.

—Ya lo sabes. ¿Cómo me dijiste la noche de la boda...? Ah, sí... Porque soy un cobarde y un niñato irresponsable —dijo con sarcasmo.

Ella se mordió el labio inferior.

—Me he disculpado antes, ¿no? ¿No hemos hecho las paces?

Él dejó escapar un suspiro cansado. Esperó unos segundos antes de acercarse con lentitud. Se sentó en el otro extremo del sofá y apoyó la cabeza en el respaldo.

—No tengo justificación, Tana. Ni siquiera mi juventud puede disculpar lo que hice. Estaba muy... perdido... Me... avergonzaba... y por eso hui. —Su voz había descendido varias octavas convirtiéndose en un susurro.

Tana le observó algo sorprendida. No había esperado que él se sincerase de aquella manera con ella, que le mostrara lo que sentía; una inesperada sensación de empatía comenzó a tomar forma dentro de ella. Carraspeó tratando de alejar ese poco bienvenido sentimiento. No iba a ablandarse, decidió, pero en su fuero interno sabía que comenzaba a flaquear.

—Tu hermano Jan... —comenzó con suavidad—, se jugó la piel por ti... y Eli y Cas sufrieron mucho...

—¿Te crees que no lo sé? —la interrumpió él con violencia, llevándose las manos a la cara y cubriéndose los ojos con ellas—. ¿Te crees que no pienso en eso todos los putos días de mi vida? Tenías razón al decir que fui un cobarde. Y no solo eso... Quizá hui por cobardía, pero lo de mantenerme alejado durante tanto tiempo ha sido por la vergüenza que sentía. ¡Dios! —exclamó—. ¿Cómo narices iba a poder mirar a mis hermanos a la cara después de todo lo que habían hecho por mí? —Gimió—. ¿Cómo? No creía poder soportar que esas dos personas a las que siempre he admirado me mirasen con desprecio... —Hizo una pequeña pausa y se rio con amargura—. ¿Y sabes lo peor de todo? Cuando fui a la boda de

Cas... lo único que recibí de ellos fue comprensión y cariño... ¡Joder! ¿Te lo puedes creer? ¡Comprensión y cariño!

Tana se había quedado sin palabras. Le miraba con la boca abierta, profundamente sorprendida.

—*Scheisse! Du hast keine Ahnung... keine Ahnung wie schwer es war*^[95]... —murmuró, poniéndose de pie con brusquedad—. Me he pasado años echándome en cara todo lo que hice... y llegan ellos y... y ¡me perdonan...! ¡Así! —Chasqueó los dedos en el aire y clavó la mirada en la de ella. Se le habían oscurecido los ojos y respiraba con rapidez. La poblada barba ocultaba lo que quizá fuera una mueca angustiada—. No te necesito a ti llamándome cobarde cada dos por tres, ¿sabes? Ya me lo llamo yo todos los días delante del espejo. *Todos los días...*

Se alejó hacia la cocina y apoyó las manos sobre la encimera. Los músculos de su espalda estaban tensos y se marcaban más que de costumbre. Había dejado caer la cabeza hacia delante y un par de mechones de pelo se le habían escapado de la coleta y caían desordenados sobre sus hombros.

—No tienes ni la menor idea de lo que me ha costado mantenerme alejado de mi familia. Ellos eran... *son* todo para mí —dijo en voz apenas audible.

—Till... yo...

—No digas nada. —Se dio la vuelta—. Estoy a un segundo de perder la poca dignidad que todavía me queda delante de ti.

Tana guardó silencio. Sentía cómo se le estrechaba la garganta por momentos y tragó saliva con cierta dificultad. Estaba impresionada por el dolor que se filtraba en las palabras que él acababa de pronunciar. No lo había esperado.

—Voy al baño —masculló él de pronto. Pasó por su lado andando deprisa, como si lo que más desease en el mundo fuera perderla de vista.

Ella se había quedado paralizada. Clavó la mirada sobre la mesa de madera que tenía enfrente sin verla realmente. Por primera vez en años trató de ponerse en el pellejo de Till y de comprender cómo debía de haberse sentido él alejado de su familia. Ella no tenía muy buena relación con su padre, no tenía hermanos y sus madrastras se sucedían una tras otra, así que el término familia, en su caso, era

algo vago y sin mucha sustancia. Para ella, Alba, Sandra y Eli, e incluso Poncho, eran más familia que sus propios parientes consanguíneos. Solo imaginarse tener que apartarlos de su vida y romper la relación que mantenía con ellos le parecía algo imposible... horrible. Cuando conoció a los hermanos Landvik, lo primero que le había llamado la atención era la increíble compenetración que había entre los tres. Y cuando Till desapareció del mapa, quedó más que claro que tanto Jan como Cas le echaban mucho de menos..., pero al menos se habían tenido el uno al otro...

Till, por el contrario, no había tenido a nadie... Y eso parecía haberle afectado más de lo que ella había creído.

Se llevó la mano a la boca y se mordisqueó la yema del dedo índice. Nunca jamás había visto la situación desde la perspectiva de Till. El nombre del pequeño de los Landvik solo había despertado un profundo desprecio en ella. Solo se había puesto en el lugar de sus hermanos y de su amiga Eli, y no se había planteado nada más.

Hasta ese momento.

Un ruido a su espalda la hizo volverse. Él estaba de pie detrás del sofá. Se había arreglado la coleta y mostraba una expresión serena.

—Creo que será mejor que nos vayamos a dormir... —dijo.

¡No! Ella no quería irse a dormir. Quería seguir hablando con él.

—Quiero saber más.

Él resopló y meneó la cabeza con energía.

—¿Qué quieres? ¿Hacer leña del árbol caído?

Ella apretó los dientes y entornó los ojos.

—No. Quiero conocerte mejor.

Till rodeó el sofá y se dejó caer sobre él. La mímica de su rostro lo decía todo.

—¿Para qué? Creía que solo había sido un polvo para ti —repuso, sardónico.

Ella guardó silencio. No le sorprendía que él estuviese tan dolido. Había sido borde en extremo, cruel incluso. Lo sabía. Pero ya se había disculpado, ¿no? Bueno, había sido una disculpa a medias... algo tibia, reconoció. A fin de cuentas, siete años de rencor no se podían borrar de la noche a la mañana. Trató de encontrar una

explicación coherente a su repentino interés por saber más de él. No la había.

—¿Qué quieres saber? —preguntó él al cabo de un rato. Sonaba agotado. Había cogido su móvil y miraba la pantalla, distraído.

—¿Por qué dejaste la carrera?

Levantó la vista y frunció el ceño.

—Porque no era lo que quería hacer en realidad. Me pasé cuatro años estudiando, pensando que eso era lo apropiado... una forma de enmendar mi error. Creí que así mi familia volvería a sentirse orgullosa de mí... —Bloqueó y desbloqueó el móvil repetidamente—. Fracasé.

Tana volvió a notar esa curiosa sensación de calidez en su interior que ya la había embargado antes. Till se abrió ante ella de una forma que jamás hubiese podido imaginar... Estaba algo perpleja, por no decir muy abrumada.

—Antes de que lo preguntes..., me pasé tres años yendo a terapia para solucionar lo de mi adicción al juego. Y no he vuelto a apostar ni un euro. —Volteó la cabeza y la miró a los ojos—. Por si te interesa...

Le costó sostenerle la mirada. No le estaba resultando fácil mantenerse tan fría y calmada como de costumbre. Sus pupilas, al recibir la luz directa sobre ellas, se habían contraído, y el color turquesa de sus ojos parecía más claro. ¡Por Dios! ¡Qué ojos más impresionantes! Pestañeó un par de veces tratando de recuperar la compostura. ¿Qué era lo último que había dicho él? Ah, sí, que no había vuelto a apostar. Se aclaró la garganta y apartó la vista.

—¿Y cómo terminaste trabajando en un barco pesquero? —preguntó después de una pausa.

—A algún sitio tenía que ir. No me pareció mal empezar de cero en Noruega, con mi tío.

—¿Y ahora te vuelves a marchar? A empezar de cero en México...

—Sí. Tenías razón cuando dijiste que soy un inestable que no sabe qué hacer con su vida —repuso con ironía.

Tana puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua. Luego volvió a mirarle.

—¿Alguna vez vas a dejar de recordarme todo aquello que te dije?

—¿Acaso ya no piensas así? —Él alzó una ceja.

Ella se echó hacia atrás en el respaldo y arrugó la frente. Buscó una postura cómoda y terminó abrazándose las rodillas. Los ojos de él se clavaron en sus piernas desnudas con interés, algo que no le pasó desapercibido.

—Digamos que... empiezo a ver algunas cosas... desde otro punto de vista...

Ahora sí que él arqueó ambas cejas y una sonrisa ladeada apareció en su boca.

—¡Increíble! Tana, la dura, la inflexible... cambiando de opinión y mostrando empatía... por mí... Si no lo veo no lo creo...

—¡No seas bobo! —le reprendió ella, pero sus palabras carecían del hielo y la animadversión de otras veces.

Él bajó la mirada y la posó sobre sus magulladas rodillas. La sonrisa desapareció de sus labios y una arruga vertical se mostró en su ceño. Cuando volvió a elevarla, tenía las aletas de la nariz dilatadas y había comenzado a respirar más deprisa.

El tiempo pareció detenerse y Tana notó cómo se le aceleraba el pulso. No era idiota y sabía lo que estaba sucediendo. Aun así decidió hacerse la ingenua.

—¿Qué piensas? —preguntó a media voz.

Él no respondió de inmediato, pero se acercó más a ella, no en exceso aunque sí lo suficiente para invadir su espacio. Su rodilla desnuda le rozó la cadera.

—En que me apetece besarte —musitó con voz ronca.

Capítulo Diecisiete

—Pues hazlo —dijo ella. Y trató de no impacientarse cuando él no actuó de inmediato—. ¿A qué esperas? —preguntó en un jadeo.

Till seguía ahí, quieto, su boca a meros centímetros de la suya. La contemplaba con intensidad y tenía la respiración agitada, pero no hacía nada. Parecía esperar algo.

Entrecerró los ojos, molesta.

—A veces es mejor no caer en la tentación y mantenerse firme —repuso él en voz baja. Su aliento cálido le bañó la mejilla.

—¡Qué contenido! —resopló acercándose más a él, de manera que sus labios le rozaron ligeramente los pelos de la barba. Él no se apartó, así que quizá sí que estaba dispuesto a caer en la tentación —. No te pega...

—¿Qué sabrás tú sobre mi contención? —susurró. Y su voz ronca hizo que se le pusiera la carne de gallina.

—Solo sé que es un mal momento para esgrimirla...

—¿Tú crees?

—No lo creo. Lo sé.

—Con mujeres como tú hay que tener mucho cuidado, ¿sabes?

—¿Mujeres como yo?

De pronto, comenzó a enfadarse. ¿A qué narices se refería? Frunciendo el ceño, trató de echarse hacia atrás, pero él no se lo consintió. Su mano enorme la agarró con firmeza por la nuca y volvió a situarla en el lugar que había tratado de abandonar: a un milímetro de su boca.

—Sí, mujeres como tú. Esas que consiguen que te vuelvas loco con una sola mirada... y no digamos ya con un beso...

A Tana se le encogió el estómago al escuchar aquello. Pero ya no pudo pensar en nada más porque él la besó.

¡Y cómo la besó!

Fue sentir aquellos labios contra los suyos y olvidado quedó cualquier resto de rencor que pudiera sentir por él. Mientras su barba le hacía cosquillas, la carnosidad de su boca la acariciaba y la

humedad de su lengua competía con la de la suya propia, se dejó llevar por el beso y por lo que pudiese suceder a continuación. Esta vez era muy consciente de lo que estaba sucediendo entre ellos, sin alcohol, sin medias tintas, sin excusas.

—Me encanta besarte —murmuró él, apartándose apenas unos milímetros; y antes de que ella pudiese emitir siquiera un sonido, volvió a apoderarse de su boca, agarrándola todavía con más fuerza de la nuca y pegándola a él. Se había puesto de rodillas sobre el sofá y su enorme cuerpo la aplastaba contra el respaldo.

Tana alzó las manos y las enredó en su cabello sin demasiada delicadeza. Le deshizo la coleta y la melena rubia de él cayó sobre ambos mientras el beso se alargaba y se hacía más profundo. Le mordisqueó el labio inferior y sonrió al escuchar un gemido escapando de su boca.

—Te gusta esto, ¿verdad? —musitó él—. El saber que me tienes a tu merced...

Ella se apartó para poder mirarle a los ojos.

—Sí... y todavía no has visto nada...

Ahora fue él el que sonrió. Se incorporó respirando con esfuerzo, liberándola de su peso.

—Pues enséñamelo. —Su voz era provocadora. Se retiró el pelo de la cara y al hacer aquel gesto los músculos de su pecho y de su brazo se pusieron más de manifiesto.

Tana tragó saliva. Muy a su pesar estaba impresionada por su físico. Una cosa así no se veía todos los días: un gigante con el pelo largo y rubio, con esa barba descuidada, esos impresionantes ojos azules y ese cuerpo atlético... y ya ni hablar de la erección que pugnaba por ser liberada de la tela de sus pantalones. Se humedeció los labios adrede al clavar la mirada en ella.

—Joder... Tana... Me pones a cien —susurró él. Ella alzó la vista y se dio cuenta de que se le habían oscurecido los ojos por la excitación—. Mira cómo estoy. —Se señaló la entrepierna con la mano.

Ella misma estaba excitada, muy excitada. Podía sentir la humedad extendiéndose entre sus muslos, pero muy en su línea de mujer dura, trató de imprimir firmeza a su voz cuando se dirigió a él.

—Siéntate —le dijo con apremio y, por si acaso él no la obedecía con la suficiente presteza, le empujó con suavidad poniéndole la mano en el pecho.

Sintió la dureza de esos pectorales debajo de la palma y un escalofrío le recorrió la columna vertebral. ¡Dios! Su piel era cálida al tacto, apenas interrumpida por unos cuantos rizos de vello rubio. Hasta ese preciso momento había preferido a los hombres con el pecho depilado... hasta ese momento en que sintió aquel vello bajo los dedos y sus gustos cambiaron de repente.

Till no puso muchas pegas a dejarse empujar. Se dejó caer sobre el sofá y se apoyó en el respaldo. La miró con los ojos entrecerrados, expectante. Tana no perdió el tiempo. Se sentó a horcajadas sobre él y de inmediato le notó tensarse debajo de ella. Todo su cuerpo se endureció, no solo la parte más evidente que quedó justo entre sus piernas. Estuvo a punto de sonreír ufana, pero se contuvo. Tener a Till Landvik a su merced, como él mismo había dicho hacía unos minutos, la hacía sentir poderosa, y eso era algo que le agradaba... mucho.

—¿Prefieres encima? —dijo él, agarrándola por las caderas y restregándose contra ella.

La solidez de su erección y esos dedos hundiéndose en su carne consiguieron que su excitación aumentase hasta límites insospechados. Notó cómo se le endurecían los pezones y deseó poder librarse de la camiseta.

—Encima... debajo... —ronroneó—, lo que te quiero... es dentro... Landvik...

—No lo estropees llamándome así. —Había cierta hosquedad en su tono.

—Till —murmuró, inclinándose y rozándole los labios con la punta de la lengua—. Till, Till, Till... ¿Así está bien?

—Así está perfecto —gruñó, y antes de que pudiera reaccionar, agarró el bajo de su camiseta y se la quitó con algo de violencia reprimida, dejando sus pechos al descubierto como ella misma había deseado hacía solo unos segundos.

Ahogó la exclamación de placer que escapó de su boca al sentirse así de expuesta, pero no pudo evitar soltar un jadeo cuando él se inclinó y le atrapó el pezón derecho con los labios. Echó la

cabeza hacia atrás y dejó que él se saciase con sus senos. Y mientras sentía su boca, su lengua y sus dientes mordisqueándola con suavidad en esa zona que de repente se había tornado hipersensible, deseó que las barreras que conformaban sus bragas y sus pantalones desapareciesen, que no hubiera ningún obstáculo entre sus dos sexos.

Él se apartó y la miró. Sus manos casi le abarcaban la espalda en su totalidad. Lentamente, muy lentamente, y sin quitarle la vista de encima, sacó la punta de la lengua y con ella trazó un camino desde la parte superior de su estómago hasta su garganta.

Ella vibró.

—Me encanta tu sabor y tu olor. Es tan dulce...

—¡Qué romántico, Till! —se burló, pero en el fondo se sentía subyugada por lo que él hacía y decía. Pero antes muerta que reconocerlo en voz alta.

Él no replicó aunque un pequeño destello iracundo se mostró en sus ojos.

—Tienes razón, casi me olvido de que esto es un polvo y nada más. Las palabras sobran...

—Exacto —dijo entre dientes, extrañamente dolida por esa afirmación.

Él apartó la mirada y la fijó sobre sus pechos, duros, pesados y sensibles. La pegó más a su cuerpo y el roce de su vello contra sus pezones la hizo estremecer. Entonces enterró la cara en su cuello y la mordió sin demasiada fuerza justo en la parte sensible al lado de la clavícula, al tiempo que frotaba su rígido miembro contra su sexo. Tana gritó de placer, y el ardor que sentía entre las piernas se multiplicó por mil.

—Till, te quiero dentro de mí. No quiero más juegos... lo quiero ya —ordenó, agitada. La voz que salió de su garganta parecía no pertenecerle.

Él gruñó algo en un idioma que ella no entendió, quizá fuera en noruego. Después y, sin separarse de ella ni un milímetro, apartó una de sus manos de su espalda y la posicionó entre ambos. Antes de que ella hubiera podido reaccionar, comenzó a tocarla donde más lo necesitaba, presionando ligeramente con más fuerza con sus nudillos sobre su clítoris. A pesar de llevar la ropa interior puesta,

Tana pudo sentir esa caricia a la perfección y un gemido excitado emergió de su garganta.

—¿Lo quieres ya? ¿Ahora? —le susurró él al oído.

—¡Joder! ¡Sí!

Él apartó los dedos un segundo y ella protestó consternada, pero entonces sintió cómo él le retiraba las bragas a un lado y con una lentitud agónica introducía un dedo en su interior.

Gritó.

—Qué caliente estás...

Ella no respondió. Se restregó contra él y le tiró del pelo con fuerza, haciéndole levantar la cabeza. La miró con esos ojos turquesa velados por la misma excitación que ella estaba sintiendo, quemándola por dentro. Incapaz de resistirse acercó sus labios a los de él y le devoró con un beso intenso y profundo, al que él correspondió con ímpetu, imitando con su lengua los mismos movimientos que hacía con su dedo en las profundidades de su sexo. Jadearon uno en la boca del otro.

—¡Lo necesito ya! —farfulló ella sin poder resistir ni un segundo más toda esa fricción y ese calor que comenzaba a formarse en la parte baja de su vientre.

Él la levantó en el aire con un solo brazo y se bajó la cinturilla de los pantalones, dejando su pene pulsante al descubierto. Tana no pudo verlo, pero lo sintió deslizarse dentro de ella cuando él la hizo descender sobre él con lentitud. Y así, en un instante, se hundió hasta el fondo, llenándola por completo, mientras que con su mano seguía acariciándole el clítoris con suavidad.

—Oh... —No pudo decir nada más coherente.

—Sí, oh... —repitió él. Y se apartó para poder mirarla.

Ella apoyó las manos en sus hombros y le contempló unos segundos. Ambos tenían la respiración entrecortada y un viso de excitación en la cara. Le empujó hacia atrás, haciéndole reclinarsse contra el respaldo, y ese breve movimiento hizo que se hundiese todavía más en ella. Jadeó, sofocada.

—Muévete —ordenó él. Un mechón de pelo húmedo de sudor le caía sobre la mejilla derecha enredándose con su barba. Y esa imagen a ella le pareció lo más sexi que había visto en su vida.

—Espera —susurró, prolongando la agonía de ambos.

—He dicho que te muevas —repitió él, y sin previo aviso levantó una mano y le pellizcó un pezón con levedad.

Ella, que no lo había esperado, se tensó, haciendo que las paredes de su sexo se encogiesen también y apresando su miembro con fuerza.

—*Ich werde verrückt!*^[96] —masculló él, cerrando los ojos. La agarró con firmeza por la cintura y, clavándole los dedos en la suavidad de su talle, trató de que se moviese.

—No, no, no... —le regañó ella—. Déjame a mí.

—¡No me jodas, Tana! Me estás volviendo loco —dijo él, esta vez en español.

—Eso pretendo —susurró ella, dejándose caer hacia delante y besándole, al tiempo que empezaba a ondular las caderas de manera sensual.

—*Ach du Scheisse!*^[97] —gruñó él—. *Ja*^[98]... *ja*...

No le hubiese hecho falta entender alemán para saber lo que estaba diciendo. Esas palabras excitadas casi ininteligibles pertenecían al idioma universal. Exactamente igual se sentía ella, a punto de perder el control. En esa posición, cada vez que se echaba hacia delante, su clítoris recibía el impacto del hueso púbico de él, provocándole un enorme placer. Sabía que estaba a punto de llegar al clímax y sentía que Till también. Notaba su pene endureciéndose por momentos dentro de ella. Y la expresión de su cara era de puro deleite. Tenía la frente arrugada, los ojos entornados y expelía el aire de manera entrecortada, casi espasmódica, a través de sus labios fruncidos.

Una exultante languidez se esparció por su cuerpo al seguir adelante con sus rítmicos movimientos y comprobar lo que era capaz de despertar en él. La miraba fascinado y lleno de deseo y eso hacía que se sintiera poderosa y muy, muy mujer. Sabía que no iba a aguantar más de unos segundos; notaba la fuerza del orgasmo formándose en su interior y contrajo los músculos de su vagina a sabiendas de que eso le excitaría aún más.

—¡Me voy a correr! —gritó él.

—¡Joder! Pues córrete...

Y nada más decir eso le sintió tensarse y un gruñido le emergió del pecho. Ella se agarró a sus bíceps y echó la cabeza hacia atrás,

dejándose llevar por la fuerza de los masculinos espasmos. Sintió un calor abrasador quemándola por dentro y la debilidad que precedía al orgasmo se apoderó de ella. No tardó en dejarse caer sobre su pecho, empapado en sudor, y se abandonó a las contracciones de su propio sexo que la sacudieron cuando alcanzó el éxtasis.

Apenas se dio cuenta de que él la besaba en el pelo, mientras ella murmuraba su nombre contra su piel.

* * *

Le costaba respirar, en parte debido al esfuerzo, en parte debido a la excitación que todavía no se había apagado del todo a pesar de que acababa de tener un orgasmo intenso. Bajó la vista y clavó los ojos sobre la cabeza de ella que descansaba sobre su agitado pecho. No se había movido desde hacía un par de minutos, desde que ambos habían llegado al clímax casi al unísono. Se inclinó y volvió a besarla en el pelo. Ella murmuró algo. ¿Su nombre, quizá? Lo había hecho antes. Lo había podido escuchar con claridad y una oleada de satisfacción se había expandido por su interior. No sabía muy bien por qué, pero que Tana susurrara su nombre en un momento así le parecía importante. Era insólito. Cuando se acostaba con otras mujeres le importaba un bledo lo que ellas dijeran al correrse.

En ese momento, Tana alzó la barbilla y ese par de ojos oscuros y enormes se posaron sobre los suyos. Por un breve lapso de tiempo, se quedó sin habla. Tenía la mirada velada, la piel de las mejillas enrojecida y los labios húmedos e hinchados. Tenía todo el aspecto de... mujer saciada. Estaba hermosa.

—¿Todo bien? —le preguntó al cabo de un rato de silencio en el que ella no le quitó la vista de encima. Se sintió como un majadero al preguntarle aquello, pero reconocía que su escrutinio le descolocaba. ¡Mierda! Con ella siempre se sentía como si anduviese por terreno desconocido.

—Sí, claro —repuso ella con firmeza.

Y se incorporó, apoyando las manos sobre su pecho y dejando sus sensacionales senos al descubierto, también más sonrosados de lo habitual. Y ese gesto, sumado al movimiento que lo acompañó, provocaron que su miembro, que hasta el momento

había permanecido en estado durmiente dentro de ella, despertara reclamando la atención de ambos. Ella le miró sorprendida, y una mueca provocadora apareció en su cara. Él le regaló una sonrisa ladeada.

—¿Segundo asalto? —preguntó medio en broma.

—¿Estás seguro? —respondió ella con otra pregunta.

Till, sorprendentemente, hubo de reconocer que sí, que estaba seguro. No habían pasado ni diez minutos y ya comenzaba a sentir ese cosquilleo excitado extendiéndose por cada centímetro de su cuerpo. Solía tardar más en recuperarse, pero esa mujer...

—Muy seguro. —Al ver cómo la expresión de ella se tornaba en asombro, una carcajada ronca y profunda le brotó del pecho—. Pero esta vez en la cama.

—A sus órdenes —murmuró juguetona, inclinándose y besándole en los labios.

Le gustaba esa Tana. Esa Tana directa, relajada... traviesa... tan parecida a la Tana de la foto de Instagram...

Sí, le gustaba mucho.

—No te sueltes —le dijo al oído, y se puso de pie agarrándola con firmeza por la cintura. No fue fácil, pero consiguió no salirse de ella en el proceso. Ella ahogó una pequeña exclamación que se convirtió en risa al tiempo que se aferraba a él con brazos y piernas.

No pesaba nada. A pesar de su voluptuosidad no le supuso el mayor esfuerzo elevarla y trasladarla hasta el dormitorio. Todas las agujetas y el dolor que se le habían concentrado en la espalda y en los hombros después de haberse pasado el día acarreando muebles habían desaparecido como por encanto. Pegado a aquella deliciosa piel suave y cálida y con su pene enterrado dentro de su ardiente sexo, lo único que podía sentir era una profunda satisfacción.

Con mucho cuidado, para no romper el vínculo que los mantenía unidos, se arrodilló sobre la cama y fue inclinándose poco a poco hasta que la espalda de ella tocó el colchón, momento en el que ambos se relajaron. Ella desenroscó las piernas que hasta el momento había mantenido en torno a su talle y las apoyó con languidez sobre la cama, abriéndose para él. Y él, que no había apartado los ojos de su cara ni un instante, descansó su peso en

parte sobre ella en parte sobre sus antebrazos, que colocó a los lados de su cabeza.

—Ahora no te frenes... Till —susurró con voz entrecortada.

—Ni loco... Tana —contestó, y la besó mientras se preparaba para comenzar el segundo asalto.

Capítulo Dieciocho

Eran las seis de la mañana y apenas había dormido un par de horas, no obstante no estaba cansado. Por el contrario, sentía una vitalidad inusual para haber pasado la noche en vela. Giró la cabeza en la almohada y su mirada se posó sobre la mujer responsable de su insomnio. Estaba dormida. Se dedicó a contemplarla largo y tendido mientras los tenues rayos de sol penetraban a través de las cortinas. Era como un jeroglífico incomprensible e indescifrable. Igual le atacaba con ferocidad y aparentaba odiarle, que se entregaba a él con pasión y desenfreno. En reposo, como en ese instante, parecía tan dulce y tan tierna..., pero él sabía la fuerza que se escondía tras esas suaves facciones. ¿Inocente? ¿Frágil? Estuvo a punto de resoplar. Nada más lejos de la realidad.

Volvió a mirar el techo. ¿Y ahora qué?, se preguntó. Ya no había excusas. No había sido un calentón de una noche. No. Esa historia podía habérsela vendido a sí mismo después de la primera vez, pero ahora, ese «calentón de una noche» se había convertido en algo más.

«Al menos en un calentón de varias noches», se dijo con mordacidad.

Evitando mirarla de nuevo y tratando de no hacer ruido, abandonó la cama y se dirigió al baño. Cerró la puerta con cuidado y se miró al espejo. Tenía el pelo desaliñado y la barba también, y casi se le escapó un silbido al ver dos arañazos sobre su hombro derecho. ¡Joder! Esa mujer —de una forma u otra— siempre terminaba marcándole. Se palpó las pequeñas heridas con la mano y el recuerdo de cómo habían llegado allí le hizo cerrar los ojos y expeler el aire lentamente por la boca. Había sido durante el tercer asalto... ella sentada sobre él, de nuevo... justo en el momento de llegar al clímax se había agarrado con fuerza a sus hombros y...

Abrió los ojos y el espejo le mostró su pene erguido y pulsante... otra vez.

—*Scheisse!* —masculló, algo incrédulo. ¡Era demasiado!—. Esa mujer te ha convertido en un monstruo.

Ahogando una risa y las ganas de regresar a la cama, se apresuró a darse una ducha con agua un poco más fría de lo habitual, que consiguió calmar esos bajos instintos que su imagen despertaba en él. Se secó con rapidez y se recogió la melena en un moño descuidado sin preocuparse demasiado en desenredarse el pelo. Ya lo haría. De puntillas retornó al dormitorio. Ella seguía durmiendo en la misma posición. Sacó ropa interior y unos vaqueros de un cajón y se vistió. Luego se dirigió a la cocina para hacer café.

Se preguntó cómo lo tomaría ella, o si le gustaría o preferiría otra cosa. Tendría que bastarle, tampoco tenía nada más. Ni té ni zumo ni siquiera leche. En fin, tampoco había esperado visitas. Sacó pan de molde y metió unas rebanadas en la tostadora. Mientras esperaba a que el café y las tostadas se hiciesen, miró por la ventana. La gasolinera ya estaba abierta. Un par de coches se encontraban frente a los surtidores, repostando.

En cuanto Tana se levantara y desayunasen, echaría gasolina y la llevaría a su hotel. Luego volvería a casa y esperaría a los de la agencia de transportes, que tenían previsto llegar a media mañana. Con suerte, se llevarían todo antes de que anocheciese y él podría descansar. Al día siguiente le esperaba un viaje de casi veinticuatro horas entre vuelos, escalas y trayecto en coche hasta su destino final. Una sensación agri dulce le invadió al pensar en que iba a abandonarlo todo para establecerse tan lejos... tan lejos de su familia... de todo lo que conocía... de...

—Buenos días.

Se dio la vuelta, sobresaltado. Tana se encontraba a solo un par de metros de distancia. Llevaba puesta la misma camiseta negra que él le había prestado la noche anterior e iba descalza, por eso no la había oído acercarse. La miró de arriba abajo con cierta cautela. Recordaba muy bien cuál había sido su reacción aquel amanecer de hacía dos meses.

—Buenos días. ¿Café? No hay leche.

—Solo es perfecto.

Parecía relajada y él también se relajó y se centró en el café. Lo sirvió en dos tazas.

—He hecho tostadas. ¿Quieres una? ¿Con mantequilla y mermelada? —le preguntó por encima del hombro.

—Sí.

Sacó el pan de la tostadora y lo puso en dos platos. Se sentía raro hablando de café y tostadas con ella, algo tan prosaico no terminaba de encajar con el tipo de «relación» que tenían.

—¿Tienes una goma del pelo? —La oyó preguntar.

—En el baño, en el primer cajón debajo del lavabo hay varias.

«¡Qué conversación más intrascendente! Como si fuésemos una pareja convencional...», pensó sarcástico.

Cogió las dos tazas y se dirigió con ellas hacia la mesa de comedor que separaba el salón de la cocina. Luego acercó los platos con las tostadas, la mantequilla y la mermelada, que sacó de la nevera. Se sentó y dio un largo sorbo a su café. Estaba fuerte y espeso y se deleitó con el sabor amargo que se pegaba a su paladar.

Ella regresó con el pelo recogido en un moño parecido al suyo. Se sentó frente a él y cogió su taza.

—No tiene azúcar —advirtió.

—Me gusta así. —Bebió un pequeño sorbo y soltó un suave suspiro—. Delicioso.

«Otra cosa más que tenemos en común. El café solo y fuerte. Vamos progresando», se dijo, sin quitarle la vista de encima. Estaba guapa a rabiar por las mañanas, incluso con los ojos algo hinchados por la falta de sueño... Sí, guapa de verdad.

—¿A qué hora sale tu vuelo? —le preguntó pasados unos segundos de incómodo silencio.

—Esta tarde, a las cinco.

—¿En qué hotel estás?

—En el *Maritim*.

—Sé dónde está. —Una casi invisible sonrisa acudió a su boca. El hotel se hallaba a pocos kilómetros de allí. La gasolina de su depósito hubiese bastado—. Cuando terminemos de desayunar y te duches te llevo.

Ella, que había estado observando su tostada con interés, levantó la cabeza y le miró. Till maldijo en silencio su tono. Había sonado grosero, como si quisiera librarse de ella con rapidez.

—Claro —respondió con frialdad.

—Si te parece bien —añadió en voz baja, dejando la taza sobre la mesa.

Ella suavizó el gesto.

—Me parece bien —repuso en voz más cálida.

Después de eso no hubo más palabras. Ambos se limitaron a desayunar en silencio. Era como si supieran que el terreno sobre el que se encontraban era frágil en extremo, y cualquier comentario fuera de lugar lo resquebrajaría.

Till no pudo evitar mirarla a hurtadillas. Sin maquillaje y en pleno desaliño matutino, vestida con su camiseta, no era la misma mujer imponente que él conocía. Parecía más joven, más despreocupada... más relajada.

—¿Tienes algo con ella?

La pregunta le sacó de su ensimismamiento y la miró un tanto confuso. No tenía ni idea de a qué se refería, pero entonces se percató de que ella miraba el retrato de Amaya que colgaba de la pared con el ceño fruncido.

—¿Con Amaya? —preguntó lo evidente, tratando de ganar algo de tiempo. No sabía por qué, pero pensar que Tana pudiese estar celosa de su socia le hizo sentirse bien—. ¿Te importa?

—Realmente no —respondió alzando la barbilla. Se llevó la tostada a la boca y le dio un mordisco. Una pequeña chispa airada había aparecido en sus ojos.

«Estupendo... Juega a la indiferente si quieres, pero acabas de poner ciertas cartas sobre la mesa», pensó él con más satisfacción de la que tendría que haber sentido.

—Somos amigos —dijo al cabo de un rato de observarla en silencio. Era buena disimulando sus sentimientos, muy buena, pero no tanto...

Ella le lanzó una sonrisa que no alcanzó sus ojos. Luego, sin volver a dirigirle otra mirada, se puso de pie, y cogió su taza y su plato.

—Deja eso, ya me encargo yo. —Se levantó también—. Dúchate, si quieres. Hay un cepillo de dientes sin estrenar en el segundo cajón y dentro de la cabina hay gel y champú. Ropa... —se

interrumpió, pensativo—, creo que hay algunas cosas de Amaya en...

—No necesito ropa —le cortó—. De aquí al hotel me puedo apañar con lo que traía ayer.

—Como quieras.

Ella había dejado su taza y su plato sobre la encimera y él hizo lo mismo. Apenas un metro los separaba, pero en los últimos segundos la distancia entre ellos parecía haber crecido más allá de la mera distancia física. Se dio la vuelta dispuesta a dirigirse al baño y él, en un impulso, la agarró con suavidad por la muñeca. Ella le miró con la sorpresa reflejada en sus facciones, no obstante no se desasió. Descalza como estaba no le llegaba ni al hombro y se preguntó cómo era posible que una mujer tan aparentemente frágil pudiera ser tan fuerte y tan firme.

—Dime —dijo ella con menos acritud de la esperada.

—Tana... yo... —se detuvo ahí. La verdad era que no tenía ni idea de qué quería decirle. La había detenido en un tonto arrebató y ahora no sabía por qué.

Permanecieron así unos segundos, él sujetándola por la muñeca y mirándola perplejo, y ella observándole atenta, sin tratar de soltarse. Él podía sentir bajo las yemas de sus dedos cómo el pulso de ella se había acelerado. Bajó la mirada que había mantenido posada sobre sus ojos y, sin pretenderlo —o quizá sí—, la clavó sobre sus generosos senos. Sus pezones enhiestos se perfilaban a través de la tela de la fina camiseta. Una pequeña convulsión en su entrepierna fue la respuesta a esa más que erótica imagen.

—¿Sí? —volvió a insistirle ella. Ahora su voz sonaba algo estrangulada.

Él volvió a levantar la vista y sus ojos se detuvieron sobre sus labios, carnosos y húmedos... ¿acaso se los había lamido mientras él no miraba? Aspiró con fuerza. Su aroma le penetró en las fosas nasales y las aletas de su nariz se dilataron al darse cuenta de que ella olía a cama, a noche, a él... ¡Joder!

—Nada —dijo al final con rudeza y algo de pesar. La soltó con mucha lentitud sin apartar la mirada de su rostro, que pareció mostrar ¿decepción? al verse libre.

—Voy a ducharme —murmuró ella y giró sobre sus talones con rapidez. Iba frotándose la muñeca que él había mantenido sujeta.

Tardó en reaccionar. Siguió contemplando el vacío que había dejado su ausencia al menos un minuto. No fue hasta que escuchó el grifo del agua de la ducha corriendo que no salió de ese estúpido trance.

—*Blödmann!*^[99] —se recriminó—. ¿Qué demonios te pasa para actuar así con ella?

La noche de la boda, Jan y Cas le habían dicho que era mucha mujer para él. Lo había tomado medio en serio medio en broma. Bien, ahora estaba seguro de que iban muy pero que muy en serio. Y lo peor de todo era que, después de los tres asaltos de la noche anterior, él mismo comenzaba a pensar que tenían toda la razón. Tana era mucha mujer... Lo que todavía estaba por verse era si era mucha mujer a secas o mucha mujer para él. Jamás hubiese pensado que un miembro del sexo femenino pudiera hacerle flaquear de ningún modo, pero después de descubrir su predilección por el «masoquismo», soportando sus tiradas, de haber pasado los últimos dos meses pensando en ella más de lo que debería, y de haber echado los tres mejores polvos que podía recordar hacía unas horas... ya no tenía nada claro.

Y luego la escenita de hacía unos minutos...

«Till, eres un flojo», se dijo con desdén.

Meneando la cabeza, se dirigió al fregadero. Esperó unos minutos con la mirada perdida hasta que estuvo seguro de que ella había terminado de ducharse, para abrir el grifo y fregar los platos y las tazas. No siguió pensando en Tana, ni en lo ocurrido la noche anterior; se limitó a dejar la mente en blanco. Tenía una gran capacidad de abstracción. Quizá era cuestión de práctica, pero podía manejar sus pensamientos a su antojo —casi— siempre. Limpió la encimera y la cafetera y luego miró por la ventana. Cada vez había más movimiento en la calle. Padres llevando a sus hijos al colegio, mujeres mayores madrugadoras que acudían a hacer la compra en bicicleta, un anciano paseando a su perro y dos jóvenes haciendo *jogging*.

Echaba de menos salir a correr. Durante los años pasados en Noruega, debido a su duro trabajo, no había podido hacerlo con la

frecuencia deseada. Y aunque algunas tardes después de volver a puerto se había puesto la ropa deportiva y había salido a patear el asfalto, el clima y el paisaje agreste de la zona no invitaban. Él era un corredor de playa, al menos eso era lo que le gustaba... En México iba a tener la oportunidad de retomar hábitos casi olvidados. Correr, surfear, bucear... Sí. Iba a volver a ser el Till Landvik de antaño.

«O algo similar», se dijo con un toque sardónico.

Se apartó de la ventana y se dirigió al dormitorio. Levantó la mano y vaciló. Le resultaba tan ridículo llamar a la puerta, pero las normas de cortesía eran las normas de cortesía. Lo hizo.

—Pasa. —Se oyó la voz de ella.

Se había vuelto a poner el mismo vestido de la noche anterior, ese condenado vestido que se ajustaba a cada centímetro de su cuerpo y que no dejaba mucho a la imaginación.

—No tienes zapatos —constató él, apoyándose en el quicio de la puerta y mirándole los pies.

—No. Mis sandalias estás rotas. No puedo ponérmelas —respondió sin mirarle, mientras se cepillaba el pelo y se lo recogía en una coleta baja.

—Déjame que te busque algo. No puedes ir así. —Y sin dejar que ella replicase, se dirigió al armario, lo abrió y miró en la parte inferior. Amaya tenía varios pares de zapatos allí que no se había llevado. Sacó unas sandalias negras planas—. Toma —le dijo, incorporándose y alargándoselas con la mano.

Tana se quedó mirándolas con una mezcla de desagrado y vacilación. Al final, su pragmatismo pareció ganar la partida porque extendió la mano y las cogió. Se sentó en el borde de la cama y se las puso sin decir nada.

—¿Te quedan bien?

—Me están un poco grandes, pero servirán. Gracias. Cuando llegue al hotel mandaré un mensajero con ellas.

Él no respondió. Le miró las rodillas. No tenían muy mal aspecto.

—¿Quieres que vuelva a curarte los arañazos?

—No, no hace falta. Apenas me duelen. En nada habrán desaparecido. No son gran cosa.

—Pues cuando quieras nos vamos. Solo voy a coger una camiseta y las zapatillas y estoy listo.

—Te espero en el salón.

Till no la siguió con la mirada, como era su deseo, cuando pasó por su lado y abandonó la habitación. Poco bueno podía salir de apreciar el vaivén de sus caderas o sus sinuosos andares. Se acercó a la cómoda, sacó una camiseta blanca de un cajón y se la puso, luego se calzó sus *Nike* sin molestarse en ajustarse los cordones y salió.

Estaba apoyada en la encimera de la cocina y miraba por la ventana, como había hecho él hacía unos minutos. Ahora sí que no pudo evitar recrearse en su figura, que destacaba todavía más al contraluz de los rayos de sol que entraban a través del cristal. ¡Mierda! Toda la sangre de su cuerpo huyó de sus venas y se dirigió hacia el mismo lugar a toda velocidad. Sus vaqueros se convirtieron en una prisión superpoblada. Se recolocó como pudo.

—Ya estoy —masculló.

Ella se dio la vuelta y le miró. Sus ojos se detuvieron apenas sobre el bulto que amenazaba hacer estallar la cremallera de los pantalones. Un lateral de su boca se elevó, pero no dijo nada. Él maldijo en todos los idiomas que conocía... mentalmente.

—Sí, lo veo —soltó ella con sorna.

Él se dio la vuelta y huyó de esos ojos en los que relucía la burla. Se dirigió a la puerta y cogió la cartera y las llaves del mueble de la entrada. No esperó a ver si ella le seguía, pero sabía que sí. Sus suaves pisadas y su ligero olor a gel llegaban hasta él perfectamente. Abandonaron el apartamento y, en silencio, atravesaron el pasillo hasta el ascensor. Ella iba un poco rezagada y él casi lo agradeció. No creía que pudiera soportar otra dosis de curvas de Tana sin abalanzarse sobre ella y pegarla contra su cuerpo.

Sí, así de débil era.

El trayecto hasta el parking fue breve. La furgoneta, una Volkswagen Multivan de color azul marino a la que había quitado los asientos para hacer la mudanza, los esperaba al fondo del pequeño garaje. Era de Amaya y, de momento, no pensaba venderla.

—Es grande. —Fue el único comentario que hizo Tana cuando él la guio hasta el vehículo.

—Es práctica —contestó, tomando asiento detrás del volante—. Ayer ayudé al hermano de Amaya con su mudanza y nos vino de perlas tener algo así.

—¿Es tuya? —le preguntó mientras se ajustaba el cinturón de seguridad.

—No —se rio—. Yo no tengo nada. Al menos nada material. Viviendo como vivo, siendo un poco apátrida, es más fácil así. — Mientras metía primera y arrancaba, la miró de reojo tratando de calibrar su reacción, pero ella se mantenía impertérrita.

Subieron la rampa y salieron a la soleada calle. No pasaban coches así que aprovechó para cruzar la calzada y parar frente a uno de los surtidores de gasolina. Apagó el motor.

—No tardo nada —dijo, y se bajó del vehículo.

Mientras repostaba se dedicó a observar lo poco que podía ver de su perfil a través de la ventanilla. Cuanto más la miraba más le gustaba. En cada gesto que ella hacía, además, descubría algo nuevo e interesante que le iba a resultar difícil de olvidar. Algo había ahí que sobrepasaba lo meramente sexual...

¡Joder! Agitó la cabeza y chasqueó la lengua, como si así pudiera hacer desaparecer ese último pensamiento de golpe. Al día siguiente iba a poner medio mundo de distancia entre ellos... era muy mala idea pensar en ella de esa forma...

Fue a la caja a pagar y volvió a la furgoneta. Ella no le miró cuando volvió a situarse frente al volante.

—Ya está —dijo.

Se incorporó a la circulación, que en esa zona era muy fluida, y se centró en la carretera. No necesitaba poner el GPS, el hotel donde ella se alojaba, el *Maritim Hotel*, estaba en Lohausen justo al lado del aeropuerto, apenas a seis kilómetros de allí.

—¿Cuándo te vas a México? —le preguntó ella de repente, rompiendo el silencio.

—Mañana.

—¡Oh! ¿Mañana? —Sonaba muy sorprendida y él se giró para mirarla. Tenía la vista clavada en el salpicadero.

—Sí —continuó—. Hoy viene la agencia de transportes a llevarse unas cosas que necesita Amaya y mañana a primera hora sale mi avión. Va a ser un viaje movidito. Casi veinticuatro horas viajando.

—¿Por qué a Baja?

Tardó en contestar. Adelantó a un pequeño utilitario que iba a velocidad de tortuga y volvió a situarse a la derecha después de hacerlo.

—¿Y por qué no? Echaba de menos el clima cálido y la playa, y cuando Amaya me propuso lo de la escuela me pareció una oportunidad de oro.

—Si es por el clima y la playa, ¿por qué no has vuelto a España?

Sintió sus ojos inquisitivos clavados sobre él. Vaciló. La pregunta tenía múltiples respuestas y ninguna demasiado sincera. En realidad solo había una única respuesta verdadera. La miró de reojo. Tal y como había sospechado, estaba muy pendiente de él.

—Por vergüenza —terminó por decir con cierta fatiga. No le producía ningún tipo de embarazo sincerarse con ella. Ya lo había hecho la noche anterior y su reacción no había sido tan terrible.

—Te entiendo —dijo pasados unos segundos—. Quizá yo haría lo mismo que tú... —titubeó—. De todas maneras tienes suerte de tener una familia tan maravillosa. No solo te han perdonado, sino que han decidido olvidarlo todo.

Till frunció los labios. Era cierto eso que decía. Muy cierto. Sin pensarlo demasiado decidió tantear el terreno. Con ella uno nunca sabía a lo que atenerse. Se arriesgó.

—Más de lo que has hecho tú.

La frase pareció caer como plomo, pesada y aplastante. Solo el ruido del motor y el de las llantas sobre el asfalto llenaron la silenciosa cabina después de esas palabras. Se retorció inquieto en el asiento. Ahí tenía su respuesta... La frágil superficie que sostenía su «relación» acababa de romperse.

—Dame tiempo —murmuró ella al cabo de una eternidad.

Él creyó haber oído mal, y estuvo a punto de pedirle que lo repitiera. ¿Dame tiempo, había dicho? ¿Tana le había pedido tiempo? ¿Para perdonarle? ¿Para olvidarlo todo? Una cálida sensación se le instaló muy adentro.

No obstante no pudo detenerse a analizar qué significaban ni sus palabras ni lo que estas le habían hecho sentir, el desvío hacia la *Maritim-Platz* apareció ante sus ojos. Lo tomó. El hotel se encontraba a solo unos trescientos metros; estaba compuesto por dos edificaciones rectangulares de seis plantas, y lo que le faltaba en altura lo compensaba en anchura. Era uno de los hoteles más grandes de Düsseldorf y el favorito de los visitantes que acudían por negocios, dada su buena comunicación con el aeropuerto y el recinto ferial. Metió la furgoneta en el parking reservado para clientes y buscó un hueco con la mirada. Estaba lleno, pero al fondo, un deportivo rojo se marchaba. Se dirigió hacia allí y aparcó.

—Bueno. Ya está. Ya hemos llegado.

Ella le dirigió una mirada rápida y desconcertada, como si esas palabras tan obvias fuesen lo más estúpido del mundo.

Lo eran.

—Sí —respondió, quitándose el cinturón de seguridad—. Muchas gracias por dejarme pasar la noche en el apartamento y por traerme.

—No hay de qué. Era lo mínimo que podía hacer.

—Te deseo mucha suerte en tu proyecto —dijo, y luego añadió con formalidad—: Espero que te vaya bien.

—Gracias.

Ella se inclinó y agarró la manija de la puerta, dispuesta a abandonar el vehículo. Él hubiera deseado prolongar esa despedida estúpida, pero ¿cómo?

—Tana... —exclamó en el último segundo.

Ella se giró. Su expresión era impenetrable.

—¿La tregua sigue vigente? —preguntó lo primero que se le ocurrió. Inconscientemente, aferró el volante con demasiada fuerza.

—Sí —respondió escueta sin apartar la vista. Una pequeña luz que apareció en sus ojos le animó el semblante, pero no dijo nada más, y él se preguntó qué demonios le estaría pasando por la cabeza.

—Tengo algo para ti —dijo de pronto y ella frunció el ceño, confusa.

—¿Algo para mí?

—Algo tuyo, más bien —añadió, y se metió la mano en el bolsillo del pantalón. Sacó la cartera y la abrió. En el compartimento para las monedas encontró lo que estaba buscando—. Toma.

Ella tendió la mano y cogió lo que él le ofrecía.

—Oh... es mi pendiente... Creí que lo había perdido en la boda de Eli... —lo contempló unos instantes antes de levantar la vista. Una sonrisa deslumbrante le curvaba los labios.

A él le dio un vuelco el corazón al verla sonreír así. ¡Joder!

—Lo encontré en el suelo de mi habitación después de que te marchases... por la mañana... —dijo, aclarándose la garganta.

—Pues muchas gracias por devolvérmelo. Ha sido todo un detalle.

—De nada.

—Gracias otra vez por todo —añadió con rapidez y, sin titubeos ni vacilaciones, abrió la puerta—. Estamos... en contacto. —Le miró por encima del hombro mientras descendía del vehículo.

—Sí. Estamos en contacto —repitió él la estúpida frase hecha.

Entonces ella cerró la puerta y le hizo un gesto de despedida con la mano. Luego se dio la vuelta y se dirigió hacia la entrada del hotel. Andaba despacio, cuidando de no tropezar con esas sandalias que no eran de su número. Aun así, desprendía elegancia y sensualidad. Se cruzó con un hombre trajeado que arrastraba una maleta tras de sí, que se giró para contemplarla con admiración.

«No me extraña que todas las cabezas se vuelvan a su paso. Es una mujer impresionante», se dijo Till.

Sabía que era una estupidez y que ya podía marcharse, pero se quedó esperando que ella llegara hasta la puerta del hotel y accediese al interior. Quizá justo antes de entrar se girase y volviera a mirarle para despedirse... Quizá.

—Seguro que no lo hace —masculló en voz alta.

Pero se quedó.

Si ella se giraba significaba... ¿qué significaba? ¡Nada! ¡Menuda gilipollez!

Diez metros hasta la entrada y ella no había hecho amago de darse la vuelta, claro que no.

Si no se giraba, entonces se sobreentendía que... eso... ¿qué?

Cinco metros y nada.

Una pareja cargada de maletas se interpuso en su línea visual y Till dejó escapar un exabrupto cargado de indignación. Pero el obstáculo desapareció y Tana volvió a aparecer. Estaba subiendo las escaleras que llevaban a la recepción.

Nada.

Till soltó el aire que había retenido en los pulmones como un necio y arrancó la furgoneta.

Y entonces sucedió.

Cayetana Martínez Soto se dio la vuelta y le miró durante un instante apenas. Luego accedió al hotel y desapareció de su vista.

«Tocado y hundido, Till Landvik».

Capítulo Diecinueve

Una semana, una semana había pasado ya desde su vuelta de Alemania y en lo único en lo que podía pensar era en él.

En la noche de los tres asaltos, como la denominaba mentalmente.

En cómo se había sincerado con ella.

Y en la estúpida despedida que habían protagonizado frente a la puerta de su hotel... Si hasta había notado cierta flojera en las piernas al alejarse de la furgoneta, muy consciente de que él la miraba. No había podido vencer el impulso de darse la vuelta en el último segundo para poder verle una última vez... una ultimísima vez.

Lo había hecho.

Y la fuerza de su mirada había conseguido que se le acelerase el pulso de forma absurda.

Era una imbécil.

¡Till Landvik, el niñato, volviéndola loca! ¡No podía ser verdad!

Se incorporó en la cama y miró el reloj digital de su mesilla. Eran las once de la noche. Había decidido acostarse pronto, porque al día siguiente tenía que ir al aeropuerto muy temprano a recoger al representante de una marca italiana que venía a reunirse con ella por asuntos de negocios, pero llevaba más de una hora en la cama y le estaba resultando imposible conciliar el sueño. No con ese hombre rondándole por la cabeza.

Resopló exasperada y terminó por levantarse. Había dejado el aire acondicionado puesto antes de acostarse y la temperatura del piso había descendido varios grados. Se estremeció. En agosto, en Madrid, no había otra forma de sobrevivir. No se molestó en encender las luces, la iluminación que llegaba de la calle era más que suficiente para ahuyentar las sombras. Atravesó el amplio apartamento hasta que llegó a la cocina, que estaba al final de un largo corredor. Sacó una botella de zumo de naranja del frigorífico y

se sirvió un poco en un vaso. Con él en la mano, se encaminó al salón. Se dejó caer en el sofá y apoyó la cabeza en el respaldo.

Distraídamente se acarició el lóbulo de la oreja, donde su pendiente recuperado volvía a encontrarse. Sonrió al recordar cómo él lo había sacado de su cartera y se lo había dado. No quería darle más importancia al gesto de la que en verdad tenía, a fin de cuentas era solo su pendiente y él, por mera cortesía, se lo había devuelto, pero pensar que lo había llevado encima, en su cartera, durante dos meses, hacía que le asaltase un regocijo difícil de explicar.

¿Dónde estaría él en ese instante? Probablemente en la playa, subido a una tabla de surf, desafiando al mar. ¡Qué imagen! No tenía bastante con recordar las noches que habían pasado juntos... No. Al parecer su mente traidora también conseguía imaginarse cosas que no habían sucedido.

Cerró los ojos.

Le veía con un bañador ajustado y empapado por el agua salada... con el pelo recogido en un moño descuidado del que se escapaban mechones mojados... y la barba salpicada por multitud de gotas que amenazaban con deslizársele hasta el pecho, pero que permanecían allí suspendidas entre el vello... Y esos brazos y esa espalda musculosa en tensión mientras nadaba sobre su tabla para ir a encontrarse con la siguiente ola...

Sí... Menuda escena...

Exactamente así se lo imaginaba.

Abrió los ojos y, apretando los muslos con firmeza, contuvo el gemido que pugnaba por salir de su garganta. ¡Mierda! Ya había sucumbido hacía un par de días y se había masturbado pensando en él. Pero esa noche no, decidió. De ninguna manera.

Resuelta a distraerse, cogió la *tablet* que había dejado sobre la mesa y la encendió. Tenía un montón de notificaciones de sus redes sociales. Se entretuvo echándoles un vistazo. Contestó dos mensajes que le había enviado Sandra y otro de Poncho, proponiéndole tomar algo al día siguiente. Cotilleó un poco las redes de sus amigas, pero no encontró nada relevante. La vida seguía igual. Amplió una foto en la que aparecían Cas, Eli y Sira en la playa, y sonrió al verlos. Eran la familia perfecta.

En ese momento un suave pip la avisó de una nueva notificación entrante. Era una solicitud de amistad en Facebook. Abrió esa red social con desgana y miró.

Pestañeó.

Varias veces.

Till Landvik acababa de enviarle una solicitud de amistad. *Ese Till Landvik.*

¿En serio?

Se quedó mirando la pantalla durante unos segundos. Podía hacer tres cosas: confirmar, eliminar o ignorar. Su dedo índice adquirió vida propia y antes de que hubiera podido pensar en nada, había pulsado *Confirmar*. Sobre la pantalla, debajo de su nombre, apareció la frase: *Ahora sois amigos (as)*.

«Amigos... ahora somos amigos... Irónico, teniendo en cuenta que nos hemos acostado varias veces...»

Su curiosidad pudo con ella, por supuesto. Ahuyentó de su mente el hecho de que si él acababa de pedirle amistad eso significaba que estaba en línea en ese mismo momento, y fue a su perfil.

Y la foto que se mostró hizo que se le desencajase la mandíbula, dejándola ojiplática.

—¡Maldito cabronazo! —masculló.

No era posible que eso fuera real. Y sin embargo ella sabía muy bien que lo era. Lo había tenido delante, encima, detrás... e incluso debajo... Era muy pero que muy real. ¿Cómo podía alguien estar tan bueno? Apretó los puños, mordiéndose las ganas de agrandar la foto. Ya a tamaño mini era apabullante. Si la ampliaba, con toda probabilidad tendría que ir a urgencias.

La imagen de él, esa que había conjurado hacía solo unos minutos, se materializaba ahora ante ella: un surfero musculoso, mojado, con bañador negro ajustado, pelo recogido en un moño descuidado, con la barba empapada y una sonrisa espectacular en unas facciones bañadas por el sol, donde destacaban unos ojos azul turquesa que quitaban el hipo...

—¡Mierda!

Arrojó la *tablet* sobre el sofá y cogió el vaso de zumo. Lo vació de un trago. De repente ya no sentía ningún frío a pesar del aire

acondicionado. Tenía calor.

«Pero si no era tu tipo, guapa», le pareció escucharse a sí misma.

Estupideces.

Till Landvik era exactamente el tipo de cualquier mujer que tuviera de quince a ochenta años y que respirase.

Y para más inri, tenía que reconocer que después de la conversación que habían mantenido en Düsseldorf, a la atracción física que sentía, se sumaba también algo de afecto. Le había visto tan cambiado, tan arrepentido y triste, que incluso su cínico corazón había palpitado por él...

Al menos un latido o dos.

Volvió a coger la *tablet* y entró en su perfil para ver las últimas publicaciones. Llevaba solo cinco días en Baja y ya parecía haberse aclimatado al lugar como si hubiese nacido allí. Había varias fotos de lo que parecía ser la escuela, una pequeña edificación de una sola planta con tablas de surf apoyadas en la fachada y rodeada de palmeras. En alguna aparecía él solo delante del local, en otras, con su socia. Había también imágenes de ambos tomando mojitos, y otras en la playa.

Observó las fotos de manera desapasionada. Los dos eran altos y con pinta de deportistas. Ella era delgada y tenía el pelo largo y negro y la piel muy bronceada. Lucía una sonrisa preciosa y le abrazaba con una familiaridad aplastante. A él se le veía contento a su lado.

Sí. Hacían buena pareja.

Súbitamente, una burbuja de *messenger* apareció en la pantalla.

Era él.

¡Joder!

Por supuesto que era él.

* * *

Estaba sentado en la arena con la tabla de surf al lado y jugueteaba con el móvil, indeciso. Su última clase de la mañana había acabado hacía una media hora, pero se resistía a regresar a la escuela. Le encantaban esos momentos de tranquilidad en la playa, con el mar frente a él y el sol reflejándose en el agua. Era la hora de comer y no había mucha gente. En el agua se recortaban

las siluetas de dos surfistas que desafiaban las olas como él mismo había hecho hacía un rato con sus alumnos.

El pueblecito donde se encontraba la escuela era hermoso y pacífico, algo bohemio, ideal para relajarse y vivir con tranquilidad. No estaba tan orientado al turismo vacacional como otros pueblos cercanos y eso era de agradecer. Rodeado de playas hermosas y con un clima privilegiado parecido al de las Islas Canarias, era el lugar perfecto para empezar de nuevo.

La mirada de Till se posó sobre el hotel de aspecto colonial que se erguía sobre el lecho de rocas a su derecha. Coronado con un curioso cimborrio como el de una catedral parecía fuera de lugar en esa playa mexicana, pero de alguna manera eso proporcionaba todavía más encanto al lugar. La brisa le agitó el cabello que se había dejado suelto para que se le secase con más rapidez, y se lo apartó de la cara con un ademán enérgico.

Volvió a mirar el móvil. Llevaba un rato en Facebook, sin saber muy bien si hacerlo o no. Calculando la hora que sería en España. Sobre las once de la noche, dedujo. Tampoco era muy tarde. Además, si ella ya estaba acostada, siempre podía verlo al día siguiente cuando se levantase.

«¿Desde cuándo te has vuelto tan inseguro? Joder, eres Till Landvik. Jamás has vacilado a la hora de entrarle a una mujer...», se reprochó en silencio.

Pero Tana no era una mujer cualquiera. Eso también era evidente.

—El que no arriesga no gana —dijo en voz baja. Y antes de poder arrepentirse, le envió una solicitud de amistad. Todavía no había tenido tiempo de asimilar del todo lo que había hecho cuando llegó la notificación.

Tana M Soto acaba de aceptar tu solicitud de amistad. Ahora puedes ver lo que comparte con sus amigos.

Una suave y probablemente ridícula sonrisa curvó su boca. Así que ella estaba despierta y en línea. Era interesante imaginar que en ese mismo instante, al otro lado del mundo, había una persona pensando en él. No sabía con exactitud si bien o mal, pero que ella le tenía ahora mismo en la cabeza era seguro.

Y él a ella.

El caos de la última semana con la mudanza, el viaje y el acomodarse a esa nueva vida le había permitido no perder demasiado tiempo con ensoñaciones; había estado demasiado ocupado. Pero desde hacía dos días su situación se equilibraba y todo empezaba a encajar y, cada vez con más frecuencia, se descubría abstraído en ciertos recuerdos... muy agradables. Las veces que se habían acostado habían sido fantásticas. Tana era una mujer de bandera y muy apasionada en la cama, una mujer a su medida. Pero los polvos se quedaban cortos por sí solos... Lo que le tenía agilipollado era todo lo demás. La verdadera causante de ese nuevo caos emocional había sido la última mirada que ella le había dirigido en la puerta del hotel. Tana no lo sabía, pero ese gesto había sido decisivo. Había despertado en él sus instintos más primarios.

Quería volver a sentir esos ojos enormes y oscuros mirándole de aquella manera. Así de simple.

Titubeó un par de segundos, pero desechó las dudas y tomó una decisión. ¿Por qué no?

Abrió la aplicación del *messenger* y la buscó. Tecleó con rapidez.

Hola Tana, cómo vas?

Era escueto y manido, pero por algo se empezaba, ¿no? Ella no contestó de inmediato y a él se le formó una arruga vertical entre las cejas mientras miraba la pantalla iluminada, expectante.

Bien, y tú?

Fue la respuesta. Breve y concisa.

Till sonrió de nuevo. Él había mostrado sus cartas y ella las veía, al parecer... Como en el póker, todo era cuestión de apostar... y arriesgar. Se tumbó sobre la arena con el móvil firmemente agarrado en la mano. La partida acababa de comenzar y le tocaba a él

Capítulo Veinte

«Si me dices, por ejemplo, que vendrás a las cuatro, yo seré feliz desde las tres».

Esa frase de *El Principito* llevaba días rondando por su cabeza. Era completamente cierta. En su caso cobraba sentido.

Todos los días hacia las ocho de la tarde se le despertaba un hormigueo en las manos y era incapaz de mantenerse quieta. Daba igual dónde estuviera, su inquietud se hacía evidente. Habitualmente se encontraba a solas en su despacho, en la *boutique*, por lo que su actitud pasaba desapercibida ante los ojos de los demás y su secreto seguía siendo un secreto.

Todos los días desde hacía un par de meses, casi siempre a la misma hora, recibía un mensaje de Till. Siempre el mismo.

Hola Tana, cómo vas?

Al que ella, sin variación, respondía:

Bien, y tú?

Esas dos estúpidas y manidas frases se habían convertido en algo íntimo entre ellos desde la noche que las emplearon por vez primera.

Tana miró la hora en la pantalla de su portátil. Eran las ocho y cuarto, por lo tanto en Baja era media mañana, la hora a la que él solía hacer una pausa para almorzar y para contactar con ella. Las mariposas que ejecutaban una danza desordenada en su vientre eran una prueba incuestionable de que el momento del mensaje diario se acercaba.

Había tratado de analizar con frialdad qué era lo que estaba sucediendo entre ellos, pero no había explicación posible. No estaba enamorada de él y lo sabía. Apenas si se habían visto dos veces — por muy intensos que sus encuentros hubieran sido—, sin embargo, lo que sentía iba más allá de una mera atracción física y eso también lo sabía. Sus conversaciones eran escuetas y nada profundas. Se limitaban a saludarse, a contarse que estaban bien y

poco más. No habían hablado de nada que hiciera suponer que alguno de los dos desease algo más... No obstante, algo estaba pasando.

El móvil vibró sobre la mesa de cristal y ella alargó la mano, ansiosa por cogerlo. En el último segundo, respiró hondo y se frenó. Con toda la lentitud del mundo, lo desbloqueó y, fingiendo indiferencia, leyó el mensaje.

Hola Tana, cómo vas?

Una involuntaria sonrisa se proyectó en sus labios mientras miraba tontamente aquellas cuatro palabras. Tecleó su respuesta con rapidez.

Bien, y tú?

Apenas dos segundos más tarde tenía la contestación.

Muy bien. Acabo de terminar una clase. Con ganas de que llegue mañana para no hacer nada. Es mi día libre. Y tú, tienes mucho trabajo?

Banalidades.

Sí. La semana que viene vamos a la feria de moda de Navarra y estamos muy liadas, preparándolo todo.

Siguió una pausa. A veces, tenía la impresión de que él meditaba qué preguntarle... como si no deseara exponerse demasiado.

Vas a volver a la costa a ver a Eli?

¿Una pregunta algo más personal? Quizá él pensase volver a España a visitar a sus hermanos... No pudo evitar que la excitación la embargase. Se llamó al orden en silencio. «No seas necia, Tana. Acaba de instalarse en México, ¿cómo va a volver ya?»

De momento no puedo, pero a lo mejor voy el mes que viene.

Esperó su respuesta, agitada.

Yo quizá vaya en Navidad.

—¿Navidad? ¿En tres meses? —exclamó en voz alta, irguiéndose en la silla. Hiperventilando a la de tres: uno, dos, tres—. ¿Tres meses? A ver... eso ya lo he dicho...

¿Qué planes tenía ella para Navidad ese año? Revisó su agenda mentalmente, pero solo la foto fija de un Till bronceado acudió a su cerebro. Cualquier otro plan se desvanecía y se desdibujaba al lado de esa imagen.

El móvil volvió a vibrar y sorprendida se dio cuenta de que había perdido la noción del tiempo. ¡Joder! Ese hombre conseguía ponerlo todo patas arriba.

Tengo que dejarte. Mi próxima clase está a punto de empezar.

Y ahora venía *la* frase.

Estamos en contacto.

Se le escapó una pequeña risa. Ese *Estamos en contacto* con el que él se despedía siempre podía significar cualquier cosa, pero en realidad era una forma encubierta de decir: mañana a la misma hora hablamos.

Y ella respondió:

Sí, estamos en contacto.

Luego dejó el móvil sobre la mesa y echó la silla de cuero hacia atrás. Se recostó contra el respaldo y alzó los brazos, pasándolos por detrás de su cabeza.

Ese Landvik la estaba matando...

Saber que ese espécimen de hombre pensaba en ella todos los días la estaba matando. Su vanidad como mujer crecía y aumentaba alcanzando límites insospechados. ¡Qué ganas tenía de volver a acostarse con él! No se retorció como una gata porque alguien llamó a la puerta del despacho con suavidad.

—Pasa —exclamó, irguiéndose con rapidez.

Martina accedió a la oficina.

—Tana, ¿no tendrás un támpax por ahí? Me he cambiado de bolso y no llevo ninguno.

—Pues sí. Siempre llevo —respondió cogiendo su bolso que había dejado en el otro extremo de la mesa. Buscó en el compartimento interior y sacó un tampón—. Toma.

—Muchas gracias, jefa —repuso la otra. Lo tomó y abandonó el despacho con presteza cerrando la puerta tras de sí.

Tana volvió a dejar el bolso en su sitio. Era su último támpax, tendría que reponerlo cuando llegase a casa. Nunca estaba de más llevar uno en el bolso...

Frunció el ceño de pronto. Un momento... ¿Cuándo había sido la última vez que había necesitado un tampón? El mes anterior... No. El mes anterior no... ¿o sí? Se frotó la sien derecha con excesiva fuerza, tratando de recordar la fecha exacta. ¿Hacía dos meses?

Tampoco... Se puso de pie precipitadamente y cogió su *tablet*. Abrió la agenda y revisó los días, las semanas y los meses hacia atrás.

¡No podía ser!

¡Imposible!

Volvió a sentarse y se quedó mirando la pantalla, tratando de serenarse. Bien, vale, tenía un retraso de dos meses, pero las causas podían ser muchas y variadas. Quizá el estrés y la presión del trabajo eran los culpables. Sí. Eso tenía mucho sentido. Nunca antes le había pasado que se le atrasase el periodo de aquella manera, pero resultaba lógico. Además, tampoco había tenido relaciones sexuales con nadie en los últimos meses...

Exceptuando a Till.

«Con el que lo hiciste sin protección, como si no hubiera un mañana», resonó una voz sarcástica dentro de ella. Al menos la primera vez en el sofá había sido así, luego habían recuperado el sentido común y habían usado condones.

—Pero si llevo un siglo con la píldora y no he olvidado tomarla ni una sola vez. ¡Es del todo imposible! —dijo en voz alta, como si tratara de convencerse a sí misma.

Le vino a la cabeza el malestar que había sentido hacía unos días al despertarse. En ese momento pensó que había comido algo que no le había sentado muy bien. Había vomitado, incluso. Y si ese malestar... ¡No! ¿Náuseas matutinas? ¡No! ¡Era algo del todo absurdo e inverosímil!

Comenzó a agitarse. Se puso de pie y sacudió las manos en el aire mientras daba cortos paseos desde la mesa hasta la puerta y luego regresaba para volver a empezar. Notaba cómo el pulso se le disparaba por momentos. Estaba claro que no era posible, pero tenía que salir de dudas. Agarró el bolso y el móvil y se dirigió a la puerta con ímpetu.

Tenía que saberlo. Ya.

* * *

Seguía mirando el móvil como si en la pantalla hubiera aparecido algo sumamente interesante cuando en realidad estaba apagada. Sus pensamientos se hallaban en otra parte, a diez mil kilómetros de distancia. En una mujer menuda y curvilínea con un carácter endiablado y un carisma fuera de lo normal. ¡Qué mujer! Qué ganas

tenía de volver a sentirla entre sus brazos, de besar cada centímetro de su cuerpo, de acariciarla con abandono, de hundirse dentro de ella y de sentir las paredes de su sexo contrayéndose en torno a él... de agarrarla por las caderas con firmeza y derramarse en su interior mientras gritaba su nombre como un salvaje...

Gott!

Cerró los ojos y no pudo evitar llevarse la mano a la cara y frotarse con suavidad las marcas que se mostraban sobre su mejilla. Se había afeitado la barba y ahora los cuatro arañazos algo más claros destacaban sobre su moreno rostro.

—Tienes cara de imbécil.

La voz de Amaya desde la puerta le sobresaltó. Con una involuntaria exclamación avergonzada, se levantó del sofá y miró a su socia.

—Quizá porque soy un poco imbécil.

—Eso ya lo sabía, pero la barba te ayudaba a disimularlo. Sin ella, toda tu imbecilidad se muestra con claridad.

Till soltó una carcajada. Cogió un cojín floreado y se lo arrojó. Ella lo pilló al vuelo.

—¿Otra vez estabas hablando con esa chica? —inquirió, entrando en la pequeña habitación que habían habilitado como despacho en la parte trasera del local.

—Hablar... lo que se dice hablar... —Fue su respuesta. Lo cierto era que Tana y él no hablaban mucho, se limitaban a intercambiar frasecitas estúpidas y no muy trascendentales.

Amaya se quedó mirándole, como si esperase que siguiera desarrollando una explicación. Al ver que no lo hacía se acercó más y se encaró con él.

—Venga, vamos, di algo. Tienes cara de querer contármelo todo.

—No hay mucho que contar, la verdad. Ya sabes casi todo. —Se dejó caer de nuevo en el sofá. Ella se sentó a su lado con el cojín sobre el regazo.

—¿No ha pasado nada más? Lo digo por la sonrisa estúpida que muestras todos los días más o menos a la misma hora.

Till se acarició la barbilla con suavidad, pensativo. Se sentía extraño sin barba; había sido su fiel compañera durante muchos

años y ahora la echaba de menos. Volvió la cabeza y miró a Amaya que le observaba con atención.

—No sé qué tiene esta chica... que me descoloca. Y eso que todas nuestras conversaciones son absurdas. Ella me pregunta por el trabajo, yo le pregunto por el trabajo... y nos despedimos.

—Pues para hablar solo de trabajo te noto muy contento. — Sonaba escéptica.

—Llámame gilipollas, pero saber que ella piensa en mí al mismo tiempo que yo pienso en ella... me resulta... no sé... —vaciló—, gratificante...

—¿Gratificante? Menuda palabreja —se rio ella—. Nunca te había visto así de tonto. Till Landvik, el terror de las mujeres, suspirando por una chica que se encuentra a miles de kilómetros de distancia con la que solo habla de trabajo. Sorprendida es poco.

Él guardó silencio. Así como lo expresaba Amaya parecía ridículo.

—Pues es una lástima que hayas decidido abrazar el celibato — continuó ella con la risa contenida—. La mayor parte de las chicas que se apuntan a las clases de surf lo hacen para ver si tienen una oportunidad de tirarse al profesor. ¿No te habías dado cuenta? ¿Tú crees de veras que todas esas turistas norteamericanas están aquí por amor a las olas?

Till se echó hacia atrás y ancló la mirada en el techo. Sabía que Amaya tenía razón. La cantidad de alumnas que acudían cuando era él el que daba la clase iba en aumento. Y muchas de ellas no estaban interesadas en aprender nada. Se comportaban como adolescentes tontas, riéndose todo el rato y reclamando su atención con excusas inverosímiles. Él las trataba de manera profesional, tratando de ignorar sus torpes intentos de seducción. Estaba acostumbrado a ese tipo de trato. No era en exceso presumido, pero tampoco era un ignorante y sabía que su físico atraía a las féminas, y en muchas ocasiones se había aprovechado de ello con anterioridad. A nadie le amargaba un dulce, ¿no? Y, sin embargo, desde que se había mudado a México no había sentido ni el más mínimo deseo de sucumbir a los encantos de nadie. Pasaba demasiado tiempo pensando en Tana. Esa sí que era una mujer hecha y derecha.

—Nos estás arruinando el negocio, que lo sepas —bromeó Amaya riéndose—. Si fueras el golfo que siempre has sido, nos iría mejor. Y yo que pensé que asociarme contigo era una buena idea... —Chasqueó la lengua y meneó la cabeza con fingido pesar—. Y resulta que mi proyecto de gigoló se ha echado una novia y se ha vuelto formal. ¡Qué decepción!

Till se rio con ganas al tiempo que se ponía de pie.

—Así que eso es todo lo que ves en mí: un gigoló. Y yo que creía que te habías asociado conmigo por mi profesionalidad.

—Para nada, fue por tu cuerpo.

—Está claro que mi cuerpo es un plus —se mofó, señalándose los abdominales—. No soy Kelly Slater, pero no puedes negar que tengo algo de estilo sobre la tabla.

—Sigue soñando, campeón. —Ella se incorporó y le dio unas palmaditas en la espalda—. Por cierto, yo había venido para decirte que tus alumnos —mejor dicho, alumnas— te están esperando fuera. Y son tres chicas monísimas de la muerte —finalizó, haciendo un guiño exagerado.

Él puso los ojos en blanco.

—Ya voy. Cojo unas cosas y estoy con ellas.

Amaya abandonó el despacho con una risa flotando tras ella. Till se dirigió a la mesa, sonriendo también, y cogió su mochila. Metió el móvil en el compartimento interior y se dispuso a marcharse. Su socia tenía algo de razón en eso que había dicho, por más que lo hubiera hecho en tono jocosos. En cualquier otro momento de su vida, antes de Tana, se habría aprovechado de la situación y no habría dejado escapar la oportunidad de acostarse con alguna de esas chicas. Ellas buscaban una aventura y él era bueno en las aventuras, pero desde que Tana se había colado en su mente y en sus pensamientos... no le apetecía demasiado acostarse con otras, al menos no con una niñata estúpida. Quizá tuviera suerte y alguna de las alumnas fuese una mujer de bandera que le hiciera plantearse las cosas de otra manera y dejar de pensar que Tana había sido un polvazo impresionante.

Lo dudaba.

«En fin, a ver qué tal estas tres».

Capítulo Veintiuno

El sonido del timbre le hizo dar un respingo. Se levantó con precipitación del sofá y, casi corriendo, atravesó el largo pasillo camino de la entrada. Llevaba más de dos horas esperando impaciente a que llegara. Necesitaba hablar con alguien con desesperación. Antes de abrir contempló su reflejo en el espejo de cuerpo entero que había junto a la puerta. Tenía un aspecto impecable con su vestido color café y sus altos tacones. Ni un solo pelo aparecía fuera de su sitio y su maquillaje seguía en óptimas condiciones. Nada delataba la tormenta de sentimientos que llevaba en su interior. Su fachada era perfecta, como siempre. Respiró hondo antes de agarrar el picaporte y abrir la puerta con lentitud.

—Hola —saludó con fingida tranquilidad.

—Hola —respondió él, accediendo al interior de la vivienda e inclinándose para darle un beso en la mejilla—. ¿Ha pasado algo? Por teléfono sonabas rara.

Tana suspiró. ¿Cómo no? Por más que hubiera intentado disimular, él la conocía demasiado bien.

—Ahora te cuento. Ven y tómate algo.

Atravesaron el corredor y se dirigieron al salón. Ella tomó asiento en el sofá sin ejercer de anfitriona ni ofrecerle nada de beber. Había estado tantas veces en su casa que sabía dónde estaba todo; si quería algo, que se ocupase él mismo.

—Voy a tomar un whisky, ¿quieres tú algo? —preguntó él.

—No me apetece nada. —Hizo un gesto vago con la mano.

—Voy a la cocina a buscar hielo.

Se marchó, dejándola sola, y ella cerró los ojos preguntándose si llamarle habría sido la decisión correcta. Por otro lado, tampoco tenía a nadie más con quién hablar. Al menos nadie más tan poco involucrado con los protagonistas de esa historia. Podía haber llamado a Sandra, pero estaba fuera pasando unas semanas en Suiza. Con Alba tampoco podía contar, estaba demasiado liada con

su prole, y con Eli... pues menos todavía. Su implicación era demasiado grande.

—Ya estoy. —Su voz, tranquila y profunda, le hizo abrir los ojos—. Y bien, ¿qué es eso tan importante que tienes que contarme que no podía esperar? —Se sentó a su lado en el sofá.

—Estoy embarazada.

Poncho, que había estado a punto de llevarse el vaso lleno de ambarino líquido a los labios, dejó la mano suspendida en el aire. Se la quedó mirando sin mostrar ningún tipo de reacción. Tana trató de escudriñar su rostro en busca de alguna pista en sus facciones, pero su cara era como un lienzo en blanco. Se recobró al fin y vació el vaso de un solo trago. Luego hizo una mueca y lo depositó sobre la mesa con un ligero golpe seco.

—Bien —dijo—. Bien. ¿Y eso? ¿Cómo es posible?

—¿Quieres que te explique lo de las abejas y las flores? ¿O eso lo tienes claro? —preguntó ella con su acostumbrado tono sarcástico.

—Joder, Tana. Me ha afectado a mí más que a ti...

—No es eso, es solo que he tenido dos días para hacerme a la idea.

Él se recostó contra el respaldo y volvió a mirarla con detenimiento, ahora sí que parecía preocupado.

—¿De veras estás bien?

—No sé cómo estoy, la verdad —murmuró—. Me enteré el miércoles de casualidad, y ayer tuve una cita con mi ginecólogo. Me hicieron un análisis de sangre y los resultados han sido positivos. Estoy todavía tratando de asimilarlo. Estoy de diez semanas.

—Me dejas... me dejas... —resopló—. No sé qué decir.

—Yo tampoco. Llevo dos días aturdida, tratando de tomar la decisión más adecuada. —Se frotó la frente y se incorporó en el asiento, acercándose a él, que la miraba con el ceño fruncido—. Ayer por la tarde llamé a una clínica abortiva y concerté una cita para la semana que viene.

Él no dijo nada, solo asintió.

—Mírame, Poncho, ¿tú me ves a mí como madre? Yo no tengo tiempo de ocuparme de un bebé, ni ganas —añadió con un suspiro—. Ya sabes que no tengo mano con los niños. Imagina al pobrecito

con una madre como yo. ¡Menudo desastre! Ni siquiera sabría qué hacer. Además, yo soy una mujer de carrera. Mi vida es mi trabajo. No puedo ocuparme de un niño.

Él seguía en silencio, observándola con gravedad. Ella se puso de pie y se retorció las manos con frustración.

—No puedo tener este niño, eso está claro —exclamó.

—Bien, si eso es lo que quieres...

—¡Claro que es lo que quiero! —alzó la voz, exaltada.

—Perfecto, pues...

—No lo entiendes —le interrumpió—. ¡No puedo tenerlo! Todo está mal. —Notó que la voz le salía entrecortada y aspiró hondo llevándose las manos a las mejillas, intentando conservar la compostura.

—Tana, ¿qué necesitas de mí? ¿Necesitas que te acompañe a la clínica? Cuenta con ello.

—No es eso —murmuró.

Su móvil, que estaba sobre la mesa, emitió un pitido suave, señal de que acababa de entrarle un mensaje. Sabía quién se lo enviaba. Lo sabía muy bien. Sin dirigirle apenas una mirada a la pantalla, lo cogió y lo silenció, volviendo a dejarlo en su sitio, al igual que había hecho el día anterior. No tenía la cabeza para hablar con él.

Ignorando a Poncho, que la observaba con los ojos entornados, se alejó hacia la ventana y miró a través del cristal. El tráfico era denso un viernes por la tarde. Era la hora en la que todo el mundo salía de trabajar y se marchaba a casa, bien para estar con la familia, bien para arreglarse y volver a salir a comerse la ciudad. Y ella... ella se encontraba sola en su enorme apartamento tratando de contarle a su mejor amigo lo que había planeado hacer con su vida. Y ni siquiera sabía si lo que había decidido era lo correcto o si se iba a arrepentir de ello en un futuro.

Desde que la prueba de embarazo le había mostrado las dos rayitas en el baño de la *boutique*, ya nada había sido igual. Como en trance había llamado a su ginecólogo, que la había recibido al día siguiente y le había confirmado la «buena noticia». Sin pensarlo demasiado había hablado con él para que le recomendara una

clínica especializada en interrupción de embarazos. Y había concertado una cita.

No podía tener ese hijo.

Un hijo de Till Landvik.

—Tana —escuchó su voz al tiempo que sentía cómo él le apoyaba las manos sobre los hombros—. Sabes que voy a estar ahí. Si no quieres ese niño...

—No lo entiendes, Poncho.

—¿Qué es lo que no entiendo?

Entonces ella se dio la vuelta y alzó la barbilla, encarándose con él.

—Lo voy a tener.

* * *

Till dejó el móvil sobre la mesa y lo contempló un buen rato con la frente arrugada. Habían pasado veinte minutos y seguía sin contestar, al igual que había sucedido el día anterior. Dos días ya sin saber nada de ella. Y eso no le gustaba nada.

Nada.

No es que tuviera ninguna obligación para con él, desde luego, pero en los últimos dos meses no había fallado ni una sola vez. Se había establecido una especie de acuerdo silencioso entre ambos y, si bien era él el que iniciaba la conversación, ella, hasta el miércoles, había respondido siempre.

¿No había comentado algo de una feria de moda en Navarra? Sí, debía de ser eso; el trabajo la tendría muy agobiada. Ni siquiera había subido nuevas fotos a Instagram y solía hacerlo casi todas las noches. Siempre publicaba algo que tuviese que ver con su *boutique*. Sí, seguramente estaba ocupada.

Y sin embargo, estaba casi convencido de que había otra cosa. Tenía un mal presentimiento, una intuición —masculina en su caso— que le decía que algo no marchaba bien.

«No te inventes películas. Entre tú y ella no hay nada, en realidad. Quizá se ha cansado del estúpido jueguecito que os traéis y punto. A fin de cuentas es algo bastante infantil».

Cabía esa posibilidad también. Que ella se hubiera hartado de los mensajitos sin consistencia todos los días a la misma hora.

—¿Estás ya? —La voz de Tony desde la parte delantera le trajo de vuelta.

—Sí, ya voy. —Se metió el móvil en el bolsillo de los vaqueros y abandonó la oficina con rapidez.

Tony, el nuevo instructor de surf y batería de un grupo de música heavy a tiempo parcial, además de actual lío de Amaya, le esperaba apoyado en la pared junto a la puerta. Amaya le miró inquisitivamente desde detrás del mostrador, al tiempo que le lanzaba una muda pregunta con los ojos.

—Nada —respondió, haciendo una mueca y fingiendo una indiferencia que no sentía.

—Llámalas —sugirió.

—No estamos en ese punto. No nos llamamos ni nada por el estilo.

Amaya resopló y alzó la mirada al techo como si todo aquello le resultara ridículo.

—¿Cuántos años tenéis?

Tony los miraba alternativamente sin entender nada. No hacía mucho que había empezado a trabajar con ellos y, aunque era un tipo genial que a Till le recordaba muchísimo a su hermano Jan, no tenía la suficiente confianza con él como para hacerle ciertas confidencias.

—Amaya, ya sabes que Tana y yo tenemos *historia* —enfaticó la última palabra con las manos, marcando unas comillas con ellas—. Con ella uno nunca sabe muy bien a lo que atenerse. Además, tampoco es para tanto; no tenemos ningún tipo de relación ni de exclusividad. A lo mejor ha conocido a otra persona o yo qué sé...

—Eso deberías hacer tú. Salir con alguien. Esta noche deberías venirte a la fiesta de la playa. Va a ser genial.

—Iré —afirmó con seguridad—, pero solo si me prometes que van a ir mujeres y no solo adolescentes que se sonrojan cada vez que les dirijo la palabra.

—¡Pues claro! —intervino Tony—. Vienen los chicos de la banda y han invitado a unas cuantas *groupies* que nos siguen a todas partes. Ten por seguro que no son muy jóvenes. Es lo que tiene el metal, que nuestras seguidoras ya andan lejos de la edad del pavo.

—Doy fe —dijo Amaya—. Conozco a algunas de esas mujeres y son de tu edad, y de sonrojarse nada. Más bien harán que el sonrojado seas tú.

Till soltó una risa.

—Me habéis convencido —se dirigió a Tony—. Vamos a ver qué tal se te da hoy.

—A tus órdenes.

Tony agarró su tabla y Till le abrió la puerta y le cedió el paso. Se habían cogido un par de horas libres para cabalgar unas olas. El pronóstico del tiempo para ese día era ideal para hacer surf, el mar estaba algo embravecido, no apto para alumnos inexpertos. El viento soplaba *offshore*^[100], por lo que la calidad de las olas iba a ser fantástica, y querían aprovecharlo.

Cerró la puerta tras de sí y cogió su propia tabla, que había dejado antes fuera sobre el *rack*^[101]; y mientras seguía a Tony, que ya cruzaba el paseo hacia la arena, agitó la cabeza, tratando de ahuyentar la imagen de Tana y el mal rollo que le producía pensar que quizá no volviese a saber de ella jamás, o al menos en mucho tiempo...

* * *

—¿Quién es el padre?

Habían pasado diez minutos y Poncho parecía haber aceptado, al menos casi asimilado, lo de su embarazo. Pero estaba claro que esa pregunta tenía que llegar, era del todo pertinente. Tana sentía reticencia a revelar la identidad del padre, pero tampoco tenía más opciones. Además, sabía que si ella se lo pedía, él guardaría el secreto. Se quedó mirándole en silencio y se preparó para una reacción desmedida.

—El niñato —dijo en un hilo de voz.

—¿Cómo? No sé a quién te refieres.

—Sí lo sabes —resopló ella, volviendo al sofá y dejándose caer sobre él con pesadez.

—Espera un segundo. —Poncho alzó las manos como si así fuera a detener el exceso de información que ella acababa de proporcionarle—. El niñato, el niñato —repitió. La expresión que comenzó a tomar forma en su rostro fue hilarante—. ¿Me estás diciendo que el padre de tu hijo es Till? ¿Nuestro Till Landvik?

Ella no contestó. Se le quedó mirando de manera algo aséptica.

—Necesito otro whisky —dijo él, de pronto, llevándose las manos a la cabeza y alborotándose el cabello, cosa poco habitual. Tana nunca le había visto con un solo pelo fuera de lugar y, ahora, un mechón ondulado le cayó sobre la frente casi tapándole el ojo derecho.

—Sírvete.

Él se acercó a la mesa, cogió su vaso y con él en la mano volvió a desaparecer en dirección a la cocina. No tardó en regresar.

—No sabía que tenías una relación con Till —comentó ya más calmado, sentándose de nuevo a su lado.

—¿Relación? Yo no lo llamaría así. Nos hemos acostado un par de veces —respondió.

—Pero... ¿cuándo? Si solo os visteis en la boda de Eli y ya han pasado más de cuatro meses. No me cuadran las fechas.

—Estuve con él en Alemania.

Poncho se quedó callado. Bebió un trago.

—Vaya. —Fue lo único que acertó a decir. Volvió a beber.

Si la situación no hubiese sido tan grave, Tana habría roto a reír. La cara de él era todo un poema.

—A ver, te voy a contar cómo sucedió todo —suspiró.

Y le relató a grandes rasgos lo que había pasado entre ambos desde la noche de la boda. No entró en detalles, pero tampoco se dejó nada. Le habló incluso de los mensajes que habían intercambiado desde que él vivía en México. Poncho la escuchaba en silencio. Abandonó el vaso sobre la mesa y se giró para poder mirarla a la cara mientras hablaba. En ningún momento la juzgó o censuró, más bien al contrario, solo había comprensión en sus ojos.

—Si no me lo estuvieses contando tú misma no me creería ni una palabra —dijo cuando ella concluyó—. Te has pasado tanto tiempo echando pestes de él que lo último que me podía imaginar era que terminases sucumbiendo a sus encantos.

—No ha sido así exactamente —repuso con frialdad. No había sido ella la que se había rendido y se había dejado llevar por la fascinación del vikingo... ¿o sí? Frunció el ceño, desconcertada. Había sido Till el que había claudicado, ¿no?

«¿Y qué narices importa eso ahora?», se reprendió con crudeza.

—Es igual —murmuró él, como si se hubiera percatado de lo que le rondaba a ella por la cabeza—. Lo importante ahora es ver qué le vas a decir, porque si quieres quedarte con el niño, él tendrá que saberlo, ¿no?

—Sí, sí. Ya lo he pensado. Y es por eso también que quería hablar contigo.

Él esperó a que ella siguiera hablando.

—Tú tienes contactos y necesito que me recomiendes un buen abogado. El mío no tiene mucha experiencia con casos de familia, está más orientado al derecho empresarial.

—¿Un abogado? —Su tono de voz sonó sorprendido.

Tana se levantó del sofá y volvió a alejarse hacia la ventana. Apoyó las palmas de las manos sobre el cristal y recibió con agrado el frío que este desprendía. Sus ojos se clavaron en los ojos de la desconocida que la miraba desde el reflejo. Parecían enormes y preocupados y brillaban con una mezcla de determinación e incertidumbre poco común en ella. Se había pasado las últimas veinticuatro horas sopesando los pros y los contras de su decisión y, a pesar de que pensaba que lo que iba a hacer era lo correcto, las cosas no terminaban de encajar del todo.

—Sí, un abogado —contestó al cabo de unos segundos con mucha determinación, más de la que sentía en realidad—. Necesito que redacte un documento en el que Till se comprometa a renunciar a la patria potestad de mi hijo.

Capítulo Veintidós

Tana se asomó al balcón y disfrutó de las impresionantes vistas al océano Pacífico. El hotel se encontraba sobre un pequeño acantilado de roca y parecía suspendido sobre el mar. Las fotos que había visto en internet habían conseguido robarle el aliento, y aunque no era el mejor hotel de la zona, había decidido alojarse allí por su singular aire mexicano tan lejos de lo meramente turístico de otros hoteles más modernos y más cosmopolitas. Además, la habitación que había reservado daba a la playa donde se encontraba la escuela de surf, una playa de arena blanca y fina, apartada del pueblo, algo salvaje y no masificada, gracias a Dios.

El sol comenzaba a ponerse en el horizonte, ofreciendo un espectáculo maravilloso. El cielo se iba tiñendo de naranja y dorado bañándolo todo en esas tonalidades. Precioso. Abajo, en la playa, las siluetas de un par de surfistas se recortaban contra el agua. Se preguntó si uno de ellos sería él. Quizá.

Había viajado casi veinticuatro horas para verle y hablar con él. Una locura, sí. Pero algunas cosas solo se podían decir a la cara.

Poncho no se había tomado demasiado bien sus intenciones y había tratado de disuadirla, pero finalmente había cedido y a regañadientes le había conseguido una cita con alguien que conocía, especializado en casos de familia. Una reunión que había sido decepcionante. Después de su visita al despacho de abogados, a Tana le habían quedado claras varias cosas. Al parecer, las características principales de la patria potestad eran tres: su irrenunciabilidad, su intransmisibilidad y su imprescriptibilidad. En situaciones normales, el poder paterno era intransferible y no se extinguía hasta que el hijo alcanzase la mayoría de edad o se emancipara. Solo un juez podía retirarle a un padre la patria potestad, pero para que eso sucediera tenía que haber ocurrido algo muy grave.

Y no era el caso.

Por lo tanto, el que Till renunciase a sus derechos y deberes era inviable.

La otra opción que había barajado era ocultarle que el hijo era suyo e inscribirlo en el Registro con sus apellidos, aduciendo que no sabía quién era el padre biológico. Sí, durante al menos veinte segundos, se había planteado hacer algo así.

Pero, lamentablemente, era demasiado honesta.

Se aferró con excesiva firmeza a la barandilla de hierro forjado algo oxidada por el efecto de la sal y la brisa marina, hasta que se hizo daño en las palmas de las manos. Cerró los ojos y permaneció así por espacio de unos minutos, ignorando la maravillosa luz que se derramaba a su alrededor y que lo convertía todo en oro líquido. No se sentía capaz de admirar el grandioso paisaje con justicia como hubiese hecho en otro momento y en otras circunstancias. Por primera vez en su vida se sentía pequeña e insegura, como si el peso del mundo entero hubiera recaído sobre sus hombros. Y esa era una emoción que no le gustaba en absoluto. La indefensión no iba con ella.

No era el hecho de estar embarazada lo que hacía que se sintiera así de frágil —palabra que odiaba— y algo asustada. No. Una vez que había tomado la decisión de quedarse con el bebé, lo había hecho con todas las consecuencias y segura al cien por cien de su determinación. Lo que hacía que se mostrara vacilante y nerviosa era el enfrentamiento que iba a tener con él. No le tenía miedo, por supuesto que no, pero odiaba la pérdida de control sobre una situación que debería haber sido solo suya. Que Till tuviese voz y voto en algo que ella consideraba muy privado le resultaba detestable.

Cayetana Martínez Soto era una mujer que podía con todo. Siempre había sido así y así seguiría siendo. No soportaba tener que depender de las decisiones de otros. En este caso de Till Landvik, el padre de su futuro hijo.

A pesar de que había —casi— aceptado que él tenía todos los derechos sobre ese hijo, eso no significaba que la situación le pareciera ideal. Till no tenía madera de padre. Era un hombre aventurero que no tenía el menor deseo de sentar la cabeza, como había manifestado una y otra vez en los últimos años,

vagabundeando de un lado a otro sin una meta fija. No era precisamente el modelo de progenitor más adecuado.

«Tú tampoco eres lo que se dice la madre ideal», escuchó una voz en su interior, que acalló con rapidez.

Ella estaba dispuesta a renunciar a muchas cosas por ese niño. Ya lo había decidido. Y punto.

«Sus hermanos son unos padres maravillosos», volvió a reclamar su atención la misma voz.

Apretó la barandilla con más fuerza todavía. Till no era Cas y desde luego no era Jan. Ya había demostrado con creces el tipo de hombre que era, pensó con amargura. Inconstante, inmaduro, infantil, cobarde...

«¡Basta ya, Tana!», se reprendió. «No pretendas hacerle responsable solo a él de lo que sucedió porque fuisteis los dos. Además, ¿acaso no le habías perdonado? O al menos empezado a comprender, y aceptado que había cambiado...»

Suspiró. Sí, la voz interna de su conciencia —esa que parecía más lógica y menos ofuscada— tenía razón.

—Serénate —dijo en voz alta.

Abrió los ojos al tiempo que aspiraba profundamente y sus fosas nasales se llenaban del salobre olor; luego expulsó el aire por la boca con lentitud. Repitió la operación varias veces hasta que el latido de su corazón, que se había alterado pensando en él, volvió a ralentizarse.

Los surfistas habían abandonado el agua y permanecían de pie en la orilla. Aparentaban ser dos hombres, pero estaban muy lejos y la puesta de sol creaba extrañas sombras que hacían imposible distinguir nada más allá de sus siluetas.

Tana se dio la vuelta y entró en la habitación. Estaba decorada al estilo mexicano, con los suelos de terracota cubiertos por jarapas de alegres colores, y las paredes pintadas en una bella tonalidad ocre. Los muebles eran de madera oscura y pesada y las lámparas de forja. Todo tenía un aspecto rústico y encantador, como había imaginado al ver las fotos.

Se dirigió al baño y se miró al espejo. Estaba un poco pálida y tenía ojeras, pero nada que un buen maquillaje no pudiera disimular. Se retocó con rapidez. No quería perder mucho tiempo. Sabía que

la escuela estaba a punto de cerrar y deseaba enfrentarse a él cuanto antes. Una vocecita le aconsejó que descansara y que le encarase al día siguiente, pero su terquedad natural le hizo apretar la mandíbula y aplicarse más colorete. Se pasó las manos por el pelo y se estiró la blusa roja que combinaba con los pantalones vaqueros de diseño. Se miró el vientre. Estaba de doce semanas y no se notaba absolutamente nada, aunque ella ya había comenzado a percibir pequeños cambios en su cuerpo. Tenía los senos más tirantes y sensibles y la piel más suave. Y por supuesto, también padecía esas asquerosas náuseas que, en su caso, no solo aparecían por las mañanas sino en cualquier momento del día.

Se giró y le echó un vistazo anhelante a la bañera encastrada en el suelo, decorada con bonitos azulejos floreados. Un baño. Eso era exactamente lo que necesitaba después de tantas horas de pie. El único descanso entre vuelo y vuelo había sido una escala de seis horas en México DF, pero se había quedado en la cafetería del aeropuerto en un asiento incómodo esperando a su siguiente vuelo, así que el descanso no había sido tal.

«Mañana», se dijo. «Mañana podrás pasarte el día entero en la bañera, si quieres».

Abandonó el baño, cogió su bolso que había dejado antes sobre la cama y se dirigió a la puerta. La abrió y salió al corredor, que daba a un bonito patio lleno de palmeras con una fuente de piedra en el centro. Una pareja se estaba haciendo fotos abajo, aprovechando los últimos rayos de luz vespertina. Cerró la puerta tras de sí con la enorme llave de hierro, tan poco habitual ya en hoteles más modernos, y se dispuso a marcharse.

Tana solía crecerse ante las dificultades, así que eso hizo. Alzó la barbilla y descendió a la planta baja con paso firme.

El momento de la verdad había llegado.

* * *

Se llevó la mano a la frente y la utilizó de visera. El corazón le dio un vuelco al ver aquella silueta de mujer en el balcón del primer piso del hotel. *Scheisse!* Por un instante había pensado que se trataba de Tana. Era menuda y tenía una figura curvilínea muy similar. Incluso un gesto que hizo apartándose el pelo de la cara le pareció tan característico de ella, que notó cómo se le ponía la

carne de gallina. Entornó los ojos y trató de focalizar, pero la distancia era demasiado grande. Entonces ella abandonó el balcón y regresó al interior de la habitación, desapareciendo de su vista.

«Eres un idiota. Tana está en Madrid, viviendo su vida tranquilamente».

Se giró con brusquedad y con los labios apretados se acercó a Tony, que estaba recogiendo sus cosas.

—Te quedas, ¿no? —le preguntó.

—Sí, claro. Voy a dejar esto y vuelvo.

—Pues vamos.

Él también recogió su tabla y su mochila. De nuevo iban a quedarse en la playa a tomar unas cuantas cervezas y a escuchar algo de música. Solían hacerlo cuando al día siguiente no tenían que madrugar.

De camino al local se cruzaron con los amigos de Tony y con unas chicas que llegaban en ese momento. Se saludaron con efusividad. Una de las mujeres, Susan, una californiana de largo cabello rubio y generosa delantera, se abrazó a Till y le plantó un beso en la boca al que él correspondió con relativo entusiasmo. Se habían enrollado un par de veces la última semana y ella parecía pensar que lo que tenían era algo exclusivo. Nada más lejos de la realidad.

—¿Vienes ahora? —le dijo al oído volviendo a depositar un beso en su cuello.

—Sí, vamos a dejar las cosas en la escuela y ahora nos acercamos.

Ella le sonrió de oreja a oreja y se alejó contoneándose. Él la siguió con la mirada, admirando el vaivén de sus caderas enfundadas en unos vaqueros diminutos. Susan no era una cría sonrojada, desde luego. Era una mujer de veintiocho años que sabía muy bien lo que quería. Desde el primer momento había sido muy clara. Quería al guapo instructor de surf en su cama, al menos durante el tiempo que durasen sus vacaciones en Baja.

Y eso había tenido.

Till, después de no saber nada de Tana en más de una semana, y de que todos sus intentos de contactar con ella hubieran sido ignorados, con una indiferencia producto de un curioso despecho,

arrojó la toalla y se dirigió hacia pastos más verdes. Pastos que tenían un nombre propio: Susan.

No obstante, ahora, mientras contemplaba cómo la guapa californiana tomaba asiento en la arena junto a sus amigas y los chicos de la banda, y sacaban unas cuantas bebidas de las neveras portátiles, su mirada volvió a posarse sobre el balcón del hotel, donde había visto a esa mujer tan parecida a Tana. Habían pasado ya quince días desde la última vez que habían tenido contacto, en los que él había seguido adelante con su vida y había tratado de no desperdiciar más de un segundo pensando en ella. Y sin embargo... de vez en cuando... no podía evitar cerrar los ojos y recordarla con... ¿nostalgia?

Gilipolleces.

Sacudiendo la cabeza, se alejó de la playa y siguió a Tony hasta la escuela. Dejó la tabla en el exterior, apoyada en la pared, y accedió al interior del local. Amaya, que andaba detrás del mostrador, le saludó con la mano.

—¿Te quedas hoy?

—Sí, me quedo —respondió, arrojando la mochila sobre el mueble donde guardaban los neoprenos de alquiler. Al día siguiente no tenía clase hasta las doce por lo que podía trasnochar sin preocuparse.

—Yo me voy ya —añadió ella, acercándose a Tony y dándole una palmada en el trasero—. Cerrad vosotros.

—Sí, señora —repuso este riéndose.

Till los observó con satisfacción. Su relación, aunque en pañales, parecía ir viento en popa, de lo que se alegraba enormemente. Amaya era una mujer fantástica, a la que tenía muchísimo afecto, y Tony, a pesar de que solo le conocía de hacía unas semanas, tenía toda la pinta de ser un buen tipo, el hombre ideal para ella.

—Voy a quitarme el neopreno y a enjuagarlo. Usa tú el baño de hombres y yo lo hago en el de mujeres —le dijo una vez que su socia hubo abandonado el local.

—Perfecto.

Se encerró en el pequeño baño que había en la parte de atrás y se quitó el traje, luego lo aclaró con abundante agua en la ducha y lo volvió del revés antes de colgarlo en la barra que habían colocado a

propósito para ello. Él mismo se dio un agua para quitarse los restos de sal que tenía adheridos a la piel y al pelo. Se puso un bañador y no se molestó en secarse el cabello, en breve y con la brisa que corría junto al mar, se secaría solo.

Tony le estaba esperando, ojeando una revista.

—Sí que eres rápido —dijo al verle.

—Hombre, yo no tengo esa mata de pelo sedoso que tienes tú —respondió al tiempo que se pasaba las manos por la cabeza, afeitada a lo Bruce Willis.

—Envidia pura y dura.

Tony emitió una risotada, potente y genuina, dejando al descubierto una dentadura blanca perfecta, como solo la tenían los norteamericanos. Era un hombre de fácil trato y, a pesar de su rudo aspecto, agradable y cordial; además de ser muy responsable y puntual. Y eso, la educación germánica de Till lo agradecía.

Metieron las tablas dentro, cerraron la escuela y se encaminaron a la playa. Alguien había encendido una fogata, algo del todo imposible en las playas de los alrededores, estaba penado por la ley, pero allí los guardacostas eran bastante permisivos y dado que solían recogerlo todo y dejar la playa a una hora prudencial, hasta el momento no habían puesto pega alguna a esas reuniones esporádicas. Incluso se habían unido a ellos en alguna ocasión.

Till cogió al vuelo la lata de cerveza que le lanzó Travis, el guitarrista del grupo de Tony, y se sentó en la arena junto a Amaya.

—Mañana abres tú —le recordó.

—Sí, lo sé —contestó ella, dándole un trago a su cerveza.

Llevaba un pantalón corto de flores y la parte superior de un bikini amarillo. Estaba muy guapa, más que de costumbre. Aunque lo cierto era que últimamente siempre estaba hermosa.

—Tony te sienta bien.

—Sí —dijo al cabo de un rato, clavando los ojos en el aludido. Este, al darse cuenta de que ella le miraba, le regaló una amplia sonrisa desde el otro lado de la fogata donde estaba hablando con un par de chicas—. Y creo que yo también le siento bien a él.

—Eso no lo dudaba, socia.

—¿Y tú? ¿Qué tal con Susan? Te está devorando con los ojos ahora mismo.

—Si solo fuera con ellos —masculló entre dientes con ironía.

—¿Una fiera?

—Sí. Y de las salvajes.

Ella rio.

—Bien por ti, Landvik.

Su cara cambió por completo al escucharla refiriéndose a él de aquella manera.

—¿He dicho algo raro? —Le miró, intrigada.

No respondió de inmediato. Se llevó la lata de cerveza a los labios y le dio un largo trago.

—No, no has dicho nada raro —repuso, pero su voz ya no era tan jocosa como antes. Que el simple hecho de que alguien le llamara por su apellido fuese capaz de hacerle cambiar de humor le enfadaba. ¡Jodida Tana!

—¿Todavía le das vueltas a que ella no te haya contestado? —indagó Amaya acertando en el blanco.

—Que haga lo que le salga de las narices. Yo tengo mi vida y ella tiene la suya. —Se encogió de hombros—. Fue un *one-night stand*^[102], bueno en realidad un *two-night stand*^[103] —se rio—. Y se acabó.

—Al menos tienes a quién te consuele —le susurró.

Till levantó la vista y sus ojos se posaron sobre el ombligo desnudo de Susan, que acababa de acercarse y se había plantado frente a él.

—Hola —dijo, arrodillándose en la arena entre sus piernas e invadiendo su espacio—. ¿Me das un trago? —señaló su cerveza.

—Tony me está llamando —oyó decir a Amaya—. Hasta ahora, chicos.

Till no se despidió. Tenía los ojos trabados en los de Susan, azules como los de él mismo, que brillaban de forma pícara. Le ofreció la lata y contempló cómo ella bebía. Bajó la mirada y la posó sobre sus más que generosos pechos, apenas cubiertos por un top blanco de tirantes. Sus pezones parecían a punto de atravesar el tejido de la camiseta. Y no era el frío el causante de esa reacción; la temperatura era ideal, incluso hacía calor allí al lado de la fogata. Con lentitud, la agarró por la cintura y la pegó a su cuerpo, restregándose contra ella, que dejó la cerveza a un lado y se aferró

a su cuello. Él se acercó, deteniéndose a meros milímetros de su boca. Estaba a punto de besarla cuando el aire trajo hasta él un olor conocido, el perfume de otra mujer...

Frunció el ceño. ¡Ahora hasta recordaba su perfume!

Verdammt Scheisse!

Casi con violencia capturó el labio inferior de Susan entre los suyos.

—Hola, Till.

La voz a su espalda hizo que se le helara la sangre en las venas.

¡Era su voz!

Capítulo Veintitrés

Tana no se iba a cortar un pelo, por supuesto que no. Le importaba un bledo que Till tuviese a esa mujer casi cabalgando sobre su regazo. Ella había llegado hasta allí para hablar con él y dejar las cosas claras. Pues eso iba a hacer.

Le había visto salir del local con otro hombre, que le recordó a Jan. Ambos iban vestidos con bañadores y camisetas. Tenía que reconocer que le habían temblado las piernas al encontrarse a escasos treinta metros de él. Gracias a Dios, no la había visto, y ella había podido recuperar su compostura antes de acercarse al animado grupo que se reunía en torno a una hoguera, cerca de la orilla. Habría unas veinte personas en animada charla. Un chico con pinta de *hipster* tocaba una guitarra y cantaba en voz baja. Todos estaban bronceados y vestían de manera informal, las mujeres con vestidos ligeros y bikinis, y los hombres con bañadores o vaqueros cortos. La escena parecía salida de una de esas películas americanas de adolescentes. Se sintió un tanto fuera de lugar; iba demasiado arreglada. Sus sandalias de tacón se hundieron en la arena, así que se agachó y se las quitó. La desventaja de su corta estatura hizo que suspirase, pero no iba a estropear unas *Michael Kors*.

Mientras se acercaba le descubrió sentado en la arena hablando con su socia —había visto suficientes fotos de ambos en internet como para no reconocerla—. Su imagen se le impregnó en las retinas sin poder evitarlo. Tenía el pelo suelto y húmedo; la camiseta blanca se le pegaba a la espalda producto de las gotas de agua que se le habían desprendido del cabello, y a la luz de las llamas el rubio parecía más oscuro. Notó que le sudaban las manos y se las frotó en los vaqueros. Su presencia era más apabullante de lo que recordaba. Cuando solo unos dos metros la separaban de él, una chica apareció de la nada. Tana apenas si advirtió que su socia desaparecía, ocupada como estaba inspeccionando a la recién

llegada. Era más llamativa que Amaya, más rubia, más sensual y más de todo, con un aire a lo Pamela Anderson en su época de *Los vigilantes de la playa*. Explosiva era la palabra adecuada. No habían transcurrido ni diez segundos cuando *Pamela* se echaba sobre él y ambos se fundían en un beso apasionado.

No pensó. Dio un paso al frente.

—Hola, Till —dijo con frialdad.

Durante un breve lapso de tiempo nada sucedió. Él ni siquiera se movió. La cabeza de la rubia se elevó y unos bonitos ojos azules la miraron con curiosidad.

Entonces todo ocurrió muy deprisa. Till se incorporó con tanta precipitación que estuvo a punto de tirar a la chica al suelo. Se dio la vuelta abruptamente. La expresión de su rostro era de estupefacción. Se quedó un rato en silencio recorriéndola con la mirada de arriba abajo, como si no pudiera creer lo que se mostraba ante sus ojos.

—Tana... —murmuró al fin.

Su voz, rasposa y ronca, llegó hasta sus oídos, penetró hasta el mismo centro neurálgico de su cerebro y terminó por alojarse en algún lugar cercano a su nuca, provocándole una más que agradable, pero también poco deseada sacudida en las entrañas.

Su propia debilidad la enfureció, pero trató de guardar las apariencias.

—Till —repitió con calma.

—¿Qué haces aquí? —Se acercó a ella, ignorando a la rubia que trataba de llamar su atención con un suave carraspeo.

—Tengo que hablar contigo —dijo sin más preámbulos, sin despegar la mirada de los desconcertados ojos color turquesa. Con sorpresa, se dio cuenta de que se había afeitado la barba, y su rostro moreno y atractivo de mandíbula cuadrada le recordó al Till de antaño, al jovial e inmaduro. Frunció el ceño.

—No entiendo nada. —Él sacudió la cabeza—. ¿Para qué has venido? ¿Tienes alguna feria o algún evento cerca de aquí?

—¿Podemos hablar unos minutos en privado? Intentaré no entretenerte demasiado —dijo con dureza, mirando a la rubia de reojo.

—Claro, claro. —Sin dilación, murmurando una disculpa apresurada en dirección a su acompañante, dio un paso al frente y la tomó por el brazo—. Acompáñame a la escuela. Allí podemos hablar sin que nadie nos moleste.

Tana se dejó guiar, muy consciente de la mirada asesina que le dirigía *Pamela* y de la cara sorprendida de la socia de Till, que también la seguía con los ojos desde el otro lado de la hoguera.

Mientras atravesaban la playa y accedían al camino de madera que llevaba al paseo, se mantuvieron en silencio. Se detuvo a calzarse las sandalias y él la esperó. Tenía que reconocer que se encontraba algo nerviosa y, aunque había ensayado la conversación veinte mil veces durante el viaje, su presencia y las poco habituales sensaciones que él provocaba en ella la desconcertaban. Se mordió el labio inferior con fuerza y apretó los puños al recordar cómo se había sentido al ver a esa mujer en su regazo. No había sido muy agradable, la verdad.

Le observó a hurtadillas. Avanzaba despacio, como si supiera que ella jamás podría alcanzarle con sus piernas mucho más cortas. Seguía mostrando un gesto desconcertado. Se giró y, durante un breve instante, sus miradas se cruzaron.

Tropezó.

Por supuesto que tropezó.

Él alargó el brazo y la agarró por la cintura. El calor de la palma de su mano traspasó la tela de su blusa y le abrasó la piel. Se sintió como una de esas reses marcadas con un hierro candente.

¡Mierda!

En cuanto se percató de que ella no necesitaba su apoyo, la soltó con rapidez, pero el daño ya estaba hecho. Llevaba su marca sobre el talle. Probablemente cuando se desnudase aquella noche y se mirase al espejo encontraría sus iniciales: TL, grabadas sobre su piel, pensó con sarcasmo.

—Es aquí —dijo él, deteniéndose frente a la pequeña edificación de una planta que ella ya había visto antes. Introdujo la llave en la cerradura y abrió la puerta. Luego se hizo a un lado para cederle el paso.

Tana no reparó demasiado en el interior del local, apenas si fue consciente de la gran cantidad de tablas de surf que había en las

paredes sobre soportes. Él encendió la luz y le hizo un gesto para que le siguiese hacia la parte trasera. Una pequeña habitación habilitada como despacho los recibió.

—Siéntate. —Le señaló un sofá de color azul que había contra la pared—. ¿Quieres beber algo? ¿Agua, un refresco, cerveza?

—Agua —respondió, tomando asiento.

Dejó vagar la mirada por la oficina. Además del sofá, había una mesa de madera clara, sobre la que se encontraba un portátil y unos archivadores, y una silla giratoria. Detrás de la mesa había una nevera baja, y las paredes estaban cubiertas de fotos enmarcadas; en todas ellas aparecían diferentes escenas de playa, en la mayoría, surfistas desafiando las olas. No había nada más.

—Toma. —Le ofreció una botella de agua, que ella cogió—. Lo que no tengo son vasos —añadió, y se sentó en el borde de la mesa, mirándola. Parecía estar esperando a que ella hablase primero.

Tana bebió un trago despacio. A la luz de la oficina pudo ver su rostro claramente. Sin la barba parecía más joven. Sus labios carnosos se mostraban mejor definidos y sus pómulos algo más prominentes que los de sus hermanos destacaban también. Entornó los ojos al descubrir unas líneas algo más claras que el resto de su piel sobre su mejilla izquierda. Eran cuatro y transcurrían en paralelo; tenían todo el aspecto de ser arañazos. Parecían antiguas. Se preguntó cómo se habría hecho aquellas marcas, o quién se las habría hecho.

«Quizá una gata algo salvaje», pensó con desprecio, y recordó la imagen de la rubia, otra vez...

—¿Vas a decirme qué haces aquí? ¿Al otro extremo del mundo? —Sonaba algo impaciente.

—Ya te he dicho que tenía que hablar contigo.

—Sí, lo he oído, pero no me creo que estés aquí solo por eso.

Ella guardó silencio. Podía seguir andándose por las ramas y alargando la situación de manera imposible o podía dejar caer la bomba de golpe.

—Pues sí. Estoy aquí solo por eso, para hablar contigo.

Él se irguió y se acercó al sofá, deteniéndose justo frente a ella. Tana se echó hacia atrás y alzó la barbilla, no queriendo dejarse

intimidar por su enorme estatura, luego se cruzó de brazos y ladeó la cabeza.

—¿Y? —la increpó él.

«Ahí va la bomba. Veremos cómo reaccionas, Landvik».

—Estoy embarazada.

* * *

Durante unos instantes pensó que se trataba de una broma. Una broma pesada. Pero según transcurría el tiempo y la expresión de ella, neutral y fría, no variaba, comprendió que aquellas dos palabras que ella le había lanzado a la cara eran ciertas. Muy ciertas.

Su primer instinto fue el de soltar un taco y pegar un puñetazo a algo tal vez, pero de repente, no sabía muy bien por qué, una inexplicable calma se adueñó de él. Y era inexplicable porque él solía ser impulsivo y algo irascible. Quizá estaba en estado de shock, se dijo en silencio. En breve alguna emoción negativa le embargaría, sin duda.

Tana embarazada. Tana embarazada. Tana embarazada.

Repitió el concepto en su cabeza varias veces, esperando que la consternación, la angustia, el rechazo o el pánico acudieran a él..., pero no.

Se irguió lentamente y la miró, tratando de encontrar en su rostro algún tipo de emoción. Pero allí no halló más que vacío.

—Está claro que es mío —dijo al cabo de unos segundos.

—Ten por seguro que no habría viajado diez mil kilómetros para informarte de que estoy esperando el hijo de otro —repuso ella, sarcástica.

Till arqueó una ceja. «Da igual lo que pase. Sigue siendo la misma Tana».

Se alejó y volvió a apoyarse en la mesa. Inconscientemente sus ojos se posaron sobre su vientre.

—Estoy de doce semanas. No se nota nada —dijo ella al percatarse de dónde miraba.

—¿Estás bien? Me refiero...

—Estoy estupenda, ¿no me ves? —Se puso de pie y se colocó el pelo detrás de las orejas.

Till hubo de reconocer que lo que acababa de decir no era ninguna exageración. Sí que estaba estupenda, con esos vaqueros ajustados, esa blusa roja que dejaba sus hombros al descubierto y realzaba el color dorado de su piel, y esas sandalias de tacones kilométricos. Sus ojos se detuvieron sobre su cara y se quedaron allí un rato. Estaba preciosa. Nunca había estado tan... tan resplandeciente. En silencio se preguntó si aquel fulgor inusual que la hacía parecer más femenina y más hermosa que de costumbre se debería al embarazo.

Embarazo.

Un hijo.

Todavía no había terminado de asimilar la noticia. De alguna manera era como si no le estuviese pasando a él y solo fuera un mero espectador de la historia. O estaba en shock o era el bastardo con la mayor sangre fría del mundo.

—No has reaccionado como esperaba —dijo ella. Se dirigió a la pared de la derecha y se puso a mirar las fotografías que la adornaban con interés.

—Bueno... No creo que haya un manual de instrucciones que informe sobre cómo reaccionar cuando te dicen que vas a ser padre —repuso con ironía.

Durante unos minutos ninguno dijo nada más. Ella siguió observando las fotos y él siguió observándola a ella. Había de reconocer que tenía la mente en blanco y no sabía qué decir. No solo la increíble noticia le había dejado sin palabras, también su presencia le hacía enmudecer. Teniéndola delante era más consciente de cuánto la había echado de menos...

—Veo que te va muy bien con la escuela... y con todo... —rompió ella el silencio al fin, dándose la vuelta y mirándole. La última palabra había sonado algo mordaz.

—No puedo quejarme.

—Seguro que no —murmuró, cáustica.

—¿A qué te refieres? —inquirió, sorprendido.

—A nada en particular.

Y de pronto él cayó en la cuenta.

—¿Te refieres a Susan? La chica de la playa —añadió al ver que ella ponía una cara rara—. Es solo una amiga. No es nada serio.

—A mí no tienes que darme ninguna explicación. Es tu vida y puedes hacer con ella lo que quieras. —Hizo un gesto despectivo con la mano.

Si Till sabía de algo, era de mujeres. Y aunque Tana fuese más difícil de leer que las demás y su visión de ella fuera algo sesgada por todo lo que habían vivido juntos, seguía siendo una mujer. Una mujer que mentía. La escena de la que había sido testigo en la playa le había molestado.

Decidió atacar.

—Te has pasado quince días ignorando mis mensajes —dijo con la voz calmada.

Ella, que había estado a punto de llevarse la botella de agua a los labios, se detuvo y le miró, aparentemente enfadada.

—¿Y eso qué tiene que ver con nada? Que yo sepa, entre tú y yo no había ningún tipo de compromiso ni nada por el estilo.

—Compromiso no, claro que no. Pero dos meses hablando a diario...

—Venga, vamos, Landvik... —soltó una risa cínica—. Dos meses hablando de nada.

Él se irguió en toda su estatura y se acercó a ella, que se mantuvo firme y quieta sin retroceder ni un ápice.

—Odio que me llames así y lo sabes —masculló enfadado. Ella siempre conseguía desquiciarle—. Mira, yo hace tiempo que dejé de engañarme a mí mismo, así que voy a poner mis cartas sobre la mesa. Tú haz lo que quieras, pero yo ya soy mayorcito para andar jugando. Tú y yo, a pesar de nuestro pasado de mierda, hemos vivido un par de noches juntos que han sido fantásticas... —Hizo una mueca condescendiente al ver que ella negaba con la cabeza—. Puedes negártelo a ti misma, pero en el fondo sabes que es la pura verdad. Y después, hemos estado dos meses intercambiando mensajes absurdos porque en el fondo tú pensabas en mí y yo pensaba en ti. Y eso es así.

Ella apretó los labios, como si deseara replicarle y estuviera refrenándose. Pasaron unos segundos mirándose en silencio. La respiración de ella se aceleró y él hubo de reconocer que su cercanía también comenzaba a afectarle. Contuvo las ganas que le

impulsaban a inclinarse y besar esos labios que mostraban una mueca de enfado.

—Cuando dejaste de responder a mis mensajes, pensé que habías decidido seguir adelante con tu vida y yo hice lo mismo. Pero entre Susan y yo no hay nada.

—Lo mismo que hay entre nosotros. *Nada* —exclamó ella, dando un paso atrás.

—En eso te equivocas, Tana. —Le puso las manos sobre los hombros y se deleitó con el suave tacto de su piel—. Entre nosotros sí que hay algo.

Le pareció ver brillar algún tipo de emoción en sus oscuros ojos, pero desapareció con rapidez, borrada por el mohín petulante que apareció en su rostro.

—¿Y qué es lo que hay? —le preguntó con altivez.

—Un hijo —murmuró en voz baja sin poder evitar que su mirada se posase sobre su plano vientre de nuevo.

Ella se desasíó con energía y se alejó unos pasos. No trató de detenerla.

—Ese es un vínculo que podemos deshacer —dijo ella al fin, sin mirarle.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó frunciendo el ceño. No le había gustado nada cómo había sonado aquello.

Tana se dirigió al sofá y él se preguntó por enésima vez cómo era posible que pudiera andar sobre esos tacones sin partirse la crisma. Tomó asiento, suspirando fatigada. Él la imitó y se sentó a su lado. No se mostró muy contenta con eso.

—No quiero que te sientas obligado a nada —comenzó—. A fin de cuentas la decisión de seguir adelante con este embarazo ha sido algo unilateral, algo sobre lo que tú no tienes ni voz ni voto. Voy a quedarme al niño y no hay más qué hablar.

El pequeño nudo que se le había formado en la garganta cuando ella dijo que el vínculo que había entre ellos se podía deshacer se disolvió. Durante una milésima de segundo la idea del aborto había acudido a su cabeza... y no le había agradado demasiado.

—No te voy a negar que mi primer pensamiento fue abortar. Soy una mujer muy ocupada y no en exceso maternal, por lo que mi reacción no fue de alegría precisamente —hablaba con frialdad—.

Luego sopesé los pros y los contras y que ya tengo treinta y dos años y que quizá fuera mi última oportunidad de quedarme embarazada..., y decidí quedármelo. —Hizo una pausa que se alargó bastante. Su actitud también parecía haberse suavizado—. No fue fácil tomar esa decisión.

—Podías haberme llamado.

—La verdad, Till, esto que voy a decirte ahora va a sonar fatal, pero yo también quiero ser sincera contigo —se detuvo para coger aire—. Lo primero que hice fue consultar un abogado para que me explicase cuáles eran mis alternativas. Quería que firmaras un documento renunciando a la patria potestad.

Se sintió como si le hubieran echado un cubo de agua helada encima. Se le erizaron los pelos de la nuca y una sensación mezcla de frío y calor se le concentró en la boca del estómago. Tener un hijo, y tenerlo con una mujer que había demostrado en numerosas ocasiones que le despreciaba no había entrado en sus planes. Por supuesto que no. No era algo que hubiera deseado o decidido. Pero pensar que, mientras él se rompía la cabeza tratando de descifrar el porqué de su silencio, ella planeaba cómo despojarle de sus derechos, le dejaba tocado, herido... Se levantó, incapaz de seguir sentado a su lado.

—¿Querías quitarme mis derechos sobre... mi hijo? —replicó entre dientes. Decir el *mi* delante de la palabra hijo en voz alta lo convertía en algo más suyo, más real.

—A ver..., no creo que tengas madera de padre.

—¡Qué sabrás tú! ¡No me conoces en absoluto! —gruñó, dándose la vuelta y encarándose con ella. Quiso acercarse, cogerla y zarandearla con fuerza para borrar la expresión escéptica que mostraba su cara.

No lo hizo. Respiró hondo y trató de serenarse.

—De todas maneras, no hace falta que te pongas así. El abogado fue muy claro conmigo. En España la ley no permite que un padre pueda renunciar a la patria potestad. Así que sigues teniendo todos tus derechos y deberes.

—Muchas gracias —repuso con sarcasmo—. Bueno, mejor se las doy al sistema. Si hubiera sido por ti, no tendría siquiera la opción de poder conocer a ese niño, ¿no?

Ella se puso de pie y le miró durante unos segundos sin decir nada. De repente, semejaba estar agotada.

—Mira, Till... A mí también me pilló por sorpresa. Llevo años tomándome la píldora..., y era algo con lo que no contaba, con que fallase. Y además, las cosas entre tú y yo nunca han estado demasiado claras... —vaciló—. Y de pronto me entero de que estoy embarazada del hombre al que he despreciado durante años. Fue... no sé... un shock. —Meneó la cabeza con pesar—. Yo vivo en España, tú vives en México... Tampoco pensé que quisieras ocuparte de un niño..., que fuera algo que desearas... Decidí que lo mejor era encargarme de él yo sola. Sigo pensando que es lo mejor, la verdad.

—¿Lo mejor para quién? —casi escupió la pregunta—. Es *mi hijo*.

Ella emitió un suave suspiro y se llevó los dedos a las sienes. Se las frotó con suavidad.

—Llevo treinta horas sin dormir. El viaje ha sido agotador —musitó—. ¿Podemos seguir con esta conversación mañana?

Al escuchar aquello se sintió como un ogro y toda la ira que estaba sintiendo se diluyó como por encanto. Ella parecía muy frágil y cansada, tanto que deseó estrecharla entre sus brazos y traspasarle algo de fuerza y de calor.

Se contuvo, por supuesto.

—Claro —contestó.

—Me voy entonces —dijo, y se dio la vuelta.

—Te acompaño.

—¡No! —Se giró bruscamente y levantó la mano, deteniéndole con ella—. Me alojo en el hotel del acantilado. Está apenas a unos trescientos metros de aquí. No hace falta.

—Aun así, insisto.

Ella negó con suavidad. Un brillo implorante había aparecido en sus ojos.

—Déjalo, Till. Por favor. Necesito estar sola.

No le gustaba ni un pelo dejarla marchar de aquella manera. Era cierto que el hotel estaba a pocos metros y que no era muy tarde, pero ya era noche cerrada.

—Está bien —dijo con reticencia—. ¿Te recojo mañana en el hotel a las once?

—¿No trabajas?

—No.

Anularía sus clases o las aplazaría. Hablar con Tana sobre su situación era lo más importante.

—Está bien. Mañana a las once nos vemos —dijo ella y, sin volver a mirarle, agarró el picaporte y abrió la puerta.

Sus tacones golpearon con fuerza el suelo de madera mientras atravesaba el local. Andaba igual de erguida que siempre, pero él sabía que era una pose. Había visto su cansancio. Esperó unos segundos antes de ponerse en movimiento e ir tras ella. Salió del local y la siguió con la mirada. Su silueta era fácilmente reconocible a la luz de las farolas. Se quedó allí, observando cómo se alejaba hasta que por fin desapareció detrás del muro que rodeaba el recinto del hotel.

Se dejó caer contra la pared y elevó la vista. Un cielo repleto de rutilantes estrellas le estalló en la mirada, pero él no las vio. Le vino a la cabeza la imagen de Jan con Clara y la de Cas con Sira...

—Un hijo... —exclamó en voz alta—. Un hijo mío...

La exultación que resonaba en su voz le hizo erguirse sorprendido. ¿Quién le iba a haber dicho a él hacía solo unas horas que la vida le iba cambiar de aquella manera? Lo más fascinante de todo era que en lugar de estar agobiado por la noticia, se sentía incomprensiblemente... ¿satisfecho?

Capítulo Veinticuatro

A pesar del agotamiento que arrastraba con ella, apenas si pudo dormir un par de horas. La mitad de la noche había estado dando vueltas en la cama, pensando en él y en su reacción. Había pasado revista una y otra vez a la conversación que habían tenido y había llegado a la conclusión de que, si bien la noticia le había sorprendido —¿a quién no?—, no se lo había tomado nada mal. Bastante mejor de lo que se lo tomó ella.

Había esperado otra cosa de él. Había creído que iba a comportarse de otra manera, horrorizado tal vez, incrédulo, agobiado..., pero no. Después del asombro inicial, se mostró muy calmado, muy tranquilo.

¡Qué raro!

Era como si Till hubiese acogido ese embarazo con agrado.

Echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos al tiempo que dejaba escapar un suspiro placentero. Llevaba media hora en la bañera disfrutando de un baño reparador y, aunque el agua comenzaba a enfriarse, se negaba a abandonar esa calidez. Tenía tiempo de sobra hasta que Till llegara a buscarla, así que estaba dispuesta a exprimir al máximo ese rato de tranquilidad que le restaba hasta el nuevo encuentro con él.

Su móvil, que había dejado en el suelo, comenzó a sonar con estridencia sacándola de su momento perfecto. Resopló con disgusto antes de incorporarse y estirarse para coger el aparato.

—Dime, pesado.

—Más que pesado, preocupado, diría yo. —La voz de Poncho sonaba intranquila.

—¿Por qué? Ayer te mandé un mensaje diciendo que había llegado bien.

—Sí, pero me hubiera gustado saber cómo reaccionó Till. ¿Cómo se lo tomó?

Tana volvió a cerrar los ojos y sonrió con suavidad. Poncho era maravilloso. Desde el mismo momento en que ella le confesó lo de su embarazo había estado ahí, a su lado, llamándola a diario y apoyándola al cien por cien.

—Pues bastante mejor de lo que yo esperaba —vaciló, y jugueteó con la mano que tenía libre con la espuma que todavía no había desaparecido del todo, antes de proseguir—. No creo que quiera renunciar a nada. Más bien al contrario. Me pareció que no le desagradaba demasiado la idea de ser padre.

—Ese es mi chico —exclamó él al otro lado de la línea con jovialidad.

Tana arrugó la frente. No sabía por qué narices a Poncho le caía tan bien el pequeño de los Landvik.

—No te alegres tanto porque eso solo va a complicar las cosas más todavía.

—O no. Míralo por el lado positivo. Tu hijo va a tener un padre.

—Sí, a diez mil kilómetros de distancia —repuso ella.

—Pero va a tener un padre —volvió a insistir.

—Sí, un padre ejemplar —añadió mordaz—. Un surfista que vive a salto de mata y que se enrolla con la primera tía que se cruza en su camino. Eso es lo que necesita mi hijo.

—Pues con ese surfista mujeriego fue con el que decidiste acostarte sin protección, así que ahora tendrás que apechugar, ¿no? —le respondió él con algo de acritud.

Ella no dijo nada. Poncho tenía toda la razón del mundo; no había réplica posible.

—¿Ha pasado algo que no me cuentas? —preguntó él al cabo de un rato con suavidad, como si se hubiera dado cuenta de que el silencio duraba demasiado.

—Tonterías, en realidad —suspiró—. Ayer cuando llegué me lo encontré en la playa con una rubia despampanante sobre el regazo que le metía la lengua hasta la garganta.

—Oh, oh, Mata Hari. Qué malos son los celos. —Chasqueó la lengua—. El surfista guaperas no ha esperado por ti. Te dije que no le ignoraras.

—¿Celos? —resopló—. Me da igual lo que haga con su vida.

—Claro, claro —dijo con sarcasmo—. Por supuesto que te da igu...

—En fin, piensa lo que te salga de las narices —le cortó, exasperada—. Tengo que dejarte. Till va a venir en un rato a buscarme para ver cómo... solucionamos esta situación.

—Mantenme informado. Y si necesitas cualquier cosa, ya sabes dónde estoy.

—Claro que sí, mamá gallina. —Elevó la vista al techo mientras decía esto.

—Yo también te quiero —contestó él.

Tana colgó y volvió a dejar el teléfono en el suelo. Sonreía. Poncho se estaba comportando como si fuera su hermano mayor y ella, a pesar de todas sus frasecitas burlonas y de que le hablara como si sus atenciones fuesen indeseadas, le estaba muy agradecida. Era un alivio poder contar con alguien que de verdad se preocupaba, tener un confidente. Por el momento había decidido ocultarles su estado a sus amigas, especialmente a Eli. Pero en cuanto regresase a España, después de que la situación se hubiera aclarado con Till, se lo diría. Iba a ser una gran sorpresa para todos. Ella y el pequeño Landvik... No podía ni imaginarse la cara que iban a poner cuando lo supieran.

De repente y, sin pretenderlo, la imagen de Till y de *Pamela* en apretado abrazo acudió a su mente. Apretó los puños debajo del agua y un regusto amargo acudió a su boca. Celos, había dicho Poncho, y ella había reaccionado con desdén. Pero en la soledad de su cabeza debía admitir que algo de eso había. Sí. Celos. Aún a sabiendas de que entre ellos no había habido nada más que un par de noches de pasión y de que no se habían prometido nada, en el fondo, muy en el fondo, ella había esperado algo más... Después de esos dos meses intercambiando mensajes cifrados, todo el rencor que una vez sintió por él se había ido diluyendo poco a poco y había sido sustituido por algo que no sabía cómo calificar. Ella había creído... que quizá... tal vez...

¡No!

—¡Dios! ¡Qué difícil es todo! —exclamó en voz alta.

Se sumergió y permaneció debajo del agua unos cuantos segundos, como si de esa manera pudiera borrar esos ingratos

pensamientos. Emergió resoplando. El tormento no iba a tardar mucho más en llegar a buscarla, así que se apresuró a abandonar la bañera y a secarse. Tenía un nudo en el estómago, y no sabía muy bien si era debido a que se acercaba la hora de volver a verle o un vestigio de sus indeseadas náuseas, que como era costumbre la habían asaltado hacía unas horas.

Había sido genial despertarse para acabar con la cabeza dentro de la taza del retrete. Sí, maravilloso.

Maravilloso.

* * *

Till accedió a la recepción y saludó con la mano a Mario, el recepcionista. La escuela tenía un acuerdo firmado con el hotel, que les enviaba a los huéspedes que deseaban aprender a hacer surf a cambio de un porcentaje. Por eso conocía a todo el personal. Había estado allí con frecuencia. Se miró el reloj con nerviosismo, eran las once menos cuarto. Sabía que llegaba demasiado pronto, pero llevaba despierto desde el amanecer y no había podido aguantar más dando vueltas por su casa como un animal salvaje enjaulado, esperando que llegara la hora de volver a verla. Así que había cogido su coche y se había dedicado a conducir por los alrededores, haciendo tiempo, hasta que su impaciencia le había conducido a la playa.

Ansiaba y temía el momento de volver a encontrarse con Tana.

Lo ansiaba porque si era sincero consigo mismo esa mujer le robaba el poco juicio que tenía; estar cerca de ella le ponía cardiaco como había podido experimentar la noche anterior. Se había tenido que controlar para no tomarla entre sus brazos y devorarla a besos.

Y lo temía por lo que pudiera suceder con respecto a su situación. Después de la sorpresa del embarazo, se había pasado horas tumbado en la cama, tratando de analizar cuáles eran sus sentimientos ante la perspectiva de ser padre. Y había llegado a una conclusión.

Se sentía bien. Muy bien.

Y que el hijo fuese de Tana le agradaba todavía más. Era una mujer por la que no solo sentía cierto afecto, sino a la que también admiraba profundamente. Y sabía que si alguien era capaz de sacar

un hijo adelante, era ella, por muy poco instinto maternal que tuviera, como se empeñaba en afirmar constantemente.

Él era una persona muy familiar, aunque los últimos años hubiese tratado de alejarse de todo y de todos los que le importaban. Lo había hecho a costa de su propia felicidad. El vacío que había sentido durante todo ese tiempo, apartado de sus padres y sus hermanos —las personas más importantes de su vida—, había hecho que viviera de una manera errática, sin terminar de encontrar su lugar en el mundo. La reconciliación que había tenido lugar entre ellos hacía un par de meses consiguió que algunas piezas del puzle de su vida volvieran a encajar en su lugar, pero todavía quedaban muchos cabos sueltos. Ahora hablaba casi todos los días con Cas o con Jan, y esa relación que se había visto interrumpida por su propia voluntad y su deseo de auto castigarse se iba reconstruyendo poco a poco.

Iba recuperando a su familia.

La idea de tener un hijo lo único que hacía era terminar de ensamblar todas las piezas. De algún modo, lo ponía todo en su sitio.

—No te reconozco, Till. Estás loco —dijo en voz alta, agitando la cabeza con vigor, ignorando al matrimonio con el que se cruzó y que se quedó mirándole con curiosidad mientras accedía al patio interior del hotel.

Esas palabras eran las mismas que le había dicho Amaya la noche anterior, cuando fue a la playa a buscarla y le contó lo que había sucedido. Su socia se le había quedado mirando estupefacta. Ojiplática y boquiabierta era la descripción adecuada. Después de la sorpresa inicial y unos cuantos exabruptos, habían decidido que él se cogiera unos días libres, al menos hasta tener claro lo que iba a pasar con Tana.

Después había huido como un cobarde para evitar un encontronazo con Susan. No tenía la menor gana de hablar con ella, al menos no en aquel momento. Ya lo haría más adelante.

Un movimiento por encima de su cabeza le hizo levantar la vista. Y sí, allí estaba ella. Durante un instante se olvidó de respirar y el calor se le concentró en el pecho.

¿Acaso se podía estar más guapa? No era normal que cada vez que la veía estuviese más hermosa que la vez anterior. No lo era.

Se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y adoptó un aire displicente, como si su aparición no fuera nada del otro mundo, cuando en realidad se le había disparado el pulso. Ella no le había visto todavía por lo que pudo contemplarla a su antojo mientras descendía las escaleras de madera. Llevaba un vestido verde de tirantes y unas sandalias planas de color marrón. Era la primera vez que la veía de aquella guisa, sin tacones y sin demasiado artificio. Y le gustó. Se había recogido el pelo en una coleta alta que se balanceaba a un lado y a otro según avanzaba. Sus ojos volvieron a clavarse sobre su vientre plano.

«¿En serio, Till? Haz el favor de controlarte», se reprendió.

Entonces, cuando solo le faltaban un par de escalones para llegar al patio, ella le vio. Se detuvo sorprendida y se aferró con fuerza a la barandilla de metal, pero se recuperó con rapidez, y lo que había sido una expresión de deleite, se transformó en una mueca de indolencia.

Sin embargo, él lo había visto.

«No eres tan indiferente como pretendes aparentar, Tana», se dijo con satisfacción.

Se acercó, sonriente. Ella le hizo un gesto vago con la cabeza.

—Hola —dijo, y se inclinó para besarla. ¡Qué bien olía!

—Hola. —Se dejó besar, pero no hizo amago alguno de corresponderle.

Él pudo sentir su cálido aliento sobre la mejilla, sobre esa mejilla en la que lucía las señales que ella le había dejado años atrás. Se preguntó si lo recordaría. La noche anterior había visto que ella se quedaba mirando los arañazos con interés.

—¿Has dormido bien? —inquirió solícito, incorporándose. Sin tacones, ella solo le llegaba al pecho.

—Todo lo bien que se puede dormir en una cama extraña —respondió, alejándose un paso. Se le había puesto la carne de gallina como bien pudo apreciar en sus brazos desnudos, y en silencio se preguntó por qué.

—He pensado que podríamos dar un paseo por la playa —propuso.

—Como quieras. —Se encogió de hombros.

—Quizá prefieras hacer otra cosa. Ir a tomar algo —sugirió algo impaciente. La actitud de fingida apatía de ella le sacaba de quicio.

—Me da igual.

—¡Joder! Pon de tu parte, ¿no? —prorrumpió en voz baja pero enérgica.

Ella irguió la barbilla y le miró con esa altanería tan suya. Y él tuvo deseos de cogerla por las caderas, pegarla a él y borrarle de la boca esa mueca despectiva con un beso.

—Está bien. Tienes razón. Pongo de mi parte. ¿Nos sentamos en la piscina? —Sin esperar su reacción se alejó de él y se internó en la sala que conducía al exterior.

Till la siguió con los labios apretados. Atravesó el salón, ignorando a unos cuantos huéspedes que habían tomado asiento en los cómodos sofás y que charlaban animadamente, y salió al exterior. Debajo del soportal que conducía a la piscina había unas cuantas mesas y sillones de mimbre. Tana se acomodó en una de la derecha y dejó el pequeño bolso que llevaba sobre la mesa. Sintió sus ojos castaños recorriéndole de arriba abajo cuando llegó a su lado. Todavía no había tenido tiempo ni de sentarse cuando llegó una camarera que los saludó con afabilidad. A pesar de estar en México y de que gran parte del personal era mexicano, se dirigió a ellos en inglés. Él pidió una tónica y Tana un agua con gas.

No era temporada alta por lo que no había exceso de turistas en la piscina. Además, a aquella hora, la mayor parte de ellos preferían disfrutar de la playa. Solo dos chicas adolescentes se acomodaban en las tumbonas del fondo y un jubilado nadaba en el agua.

La miró de reojo, pero ella parecía absorta en la contemplación del océano, justo frente a ellos. Las olas rompían contra las rocas y, de vez en cuando, la espuma blanca salpicaba la barandilla de metal que rodeaba la zona de piscinas. Las vistas eran espectaculares y se respiraba una calma increíble. Soplaban, además, una ligera brisa que hacía que el calor del mediodía no fuera excesivo.

—No sé cómo vamos a hacer esto —comenzó ella de repente, sobresaltándole. Seguía mirando al mar.

—¿Esto? ¿Te refieres a tener un hijo, viviendo tú en España y yo aquí?

—Sí. Exacto —titubeó—. Doy por hecho que después de lo que me dijiste ayer no piensas mantenerte al margen.

—Sí. Exacto —repitió él con enfado.

Después solo hubo silencio. La camarera les trajo las bebidas y se retiró.

—Quiero ocuparme de mi hijo —dijo él al cabo de unos segundos incómodos—. Todavía no sé muy bien cómo, pero ten por seguro que voy a estar ahí.

—Pues supongo que como no vas a dejarlo todo para volver a España, me ocuparé yo sola de él y tú vendrás de visita cuando quieras —dijo con pragmatismo y tono indagatorio, como si buscara que él corroborase eso que decía.

—Supongo —asintió, cogiendo su vaso y dando un trago.

No sabía muy bien por qué, pero la idea de que ella criase a su hijo sola no terminaba de convencerle, aunque estaba claro que tenía razón. Él no iba a dejarlo todo para volver a España. Había invertido todos sus ahorros en esa escuela y allí era donde pretendía vivir... al menos así había sido hasta la noche anterior. De repente su plan de vida se había alterado.

Quizá pudiera venderle su parte del negocio a Amaya...

«¿Estás loco? No te precipites y piensa con la cabeza, anda...», se amonestó.

—En fin, tampoco hay mucho más qué hablar —dijo ella, reclinándose contra el respaldo. Parecía más relajada—. Este hijo es de los dos, aunque vaya a estar solo conmigo. Consultaré contigo cualquier decisión que pueda afectarle y poco más. Ni siquiera necesito que me pases una manutención, la verdad...

—Pero esa es mi obligación —la interrumpió—. Mi deber y un derecho al que no pienso renunciar.

—Perfecto. —Ella hizo un gesto vago con la mano—. Le preguntaré al abogado a ver qué se hace en estos casos en que ambas partes están de acuerdo. A fin de cuentas los dos queremos lo mismo, lo mejor para el niño, ¿no?

Él asintió. De pronto ella parecía tan complaciente que le resultó inaudito. ¡Qué cambiante era! Hacía unos minutos se había

mostrado desdeñosa y altanera, y ahora se presentaba tranquila y condescendiente. No había quién la entendiese. Ni aunque viviera veinte años a su lado podría comprenderla.

—¿Te has dado cuenta de que nos referimos siempre al niño en masculino? Quizá sea una niña —dijo.

—Quizá no —repuso ella—. Casi con toda seguridad. Mira tus hermanos. Los Landvik no parecéis muy capaces de engendrar varones.

Aunque lo había dicho seria, un pequeño atisbo de sonrisa había curvado las comisuras de sus labios hacia arriba. Y Till sintió un curioso encogimiento en el estómago al pensar que ella, poco a poco, iba bajando la guardia.

—¿Lo sabe Eli? —le preguntó.

—No. No lo sabe nadie. Solo Poncho.

Al escuchar aquel nombre fue preso de unos absurdos celos. Él no era quién para cuestionar su decisión de confiar en el hermano de su mejor amiga, pero ¿por qué narices en él? Entornó los ojos y la escrutó con ellos tratando de encontrar algo en su expresión que delatase sus verdaderos sentimientos por ese hombre, pero ella le miraba impertérrita.

—Cuando regrese a España me pasaré por la costa para hablar con Eli —continuó, ignorante de lo que la última frase que había dicho había provocado en él—. Aunque quizá preferirías decírselo tú a tus hermanos...

—No, está bien. Díselo tú a Eli. Dudo mucho que tarden más de quince segundos en llamarme cuando se lo comuniquen.

Luego ambos guardaron silencio. Solo las alegres voces de las adolescentes al otro lado de la piscina interrumpían la tranquilidad.

—No me esperaba que reaccionaras así. —Tana se giró en la silla y le miró—. Pareces... feliz. —Sonaba perpleja.

—Yo tampoco esperaba reaccionar así, pero créeme si te digo que lo estoy. —Él también se giró en la silla y se acercó. Su mirada se detuvo sobre la mano de ella, que descansaba sobre la mesa al lado de su vaso. En un impulso, alargó su propia mano y la posó sobre la suya—. Tana...

Ella no se apartó. No movió ni un músculo ni reaccionó de ninguna forma.

—Dime.

—Nuestra tregua sigue en pie, ¿no? —Nada más preguntar aquello se sintió como un imbécil.

—Eh... sí —respondió, vacilante.

Tragó saliva. No estaba muy seguro de adónde quería ir a parar. Bueno, sí sabía adónde.

—¿Por qué no nos damos una oportunidad? —soltó finalmente. A pesar de que le había costado un mundo formular aquella frase y la inquietud se había adueñado de todo su ser, trató de mostrar una expresión neutral.

Ella frunció el ceño como si no hubiera entendido la pregunta. Seguía sin apartarse y él lo consideró una buena señal.

—¿Una oportunidad? ¿Tú y yo? ¿Como pareja? —La incredulidad se reflejó en sus palabras.

Él asintió.

—Pero si anoche te encontré con una rubia entre las piernas. — Su voz estaba cargada de escepticismo.

«En eso tiene razón».

—Eso fue una gilipollez —admitió—. Algo sin importancia.

—No sé, Till —murmuró, apartando la vista pero no la mano—. No creo que tú y yo... que pueda haber algo... somos muy diferentes... No sé si tenemos algo en común. No nos conocemos.

—Conóceme —insistió—. Déjame que te muestre como soy.

Ella volvió a mirarle, indecisa.

«Al menos no ha dicho que no».

Le apretó la mano que mantenía presa bajo la suya y notó cómo ella le devolvía el apretón. Su corazón hizo una cabriola al sentir aquello. Cambió de posición y entrelazó sus dedos largos y fuertes con los de ella, más pequeños y delgados. No encontró resistencia.

—Tana —pronunció su nombre en voz baja y se percató de que a ella volvía a ponersele la carne de gallina.

—Está bien. Muéstramelo —claudicó.

Capítulo Veinticinco

Dejarse querer por Till era fácil.

Había pasado tres días con él y, sin embargo, le parecían apenas minutos. Y en esos tres días ya había deseado que la besara en más de veinte ocasiones. Casi desde el minuto uno. No solo su aspecto la tenía idiotizada, con esos vaqueros de corte bajo, sus zapatillas deportivas, las camisetas ajustadas y el pelo recogido en una coleta suelta... No, también derrochaba un encanto desbordante capaz de derretir el iceberg de hielo más duro. Era un Landvik. Eso estaba claro. Fascinante, cautivador, atractivo, simpático e incluso mucho más jovial que Cas. Con un aire de niño grande travieso y siempre con munición de sobra en forma de sonrisas deslumbrantes y miradas pícaras cargadas de segundas intenciones.

Tana sabía que estaba cayendo en sus redes, pero se sentía incapaz de evitarlo. Mejor dicho, no quería hacerlo. Por primera vez en años se estaba dejando cortejar; no era ella la que llevaba la voz cantante y la que marcaba los ritmos. Se dejaba querer y le gustaba.

El primer día la había llevado al pueblo y le había mostrado los rincones con más encanto de la pequeña localidad. Pasearon por las rústicas calles de granito entre los inmuebles teñidos de colores y adornados por cactus y peculiares huertas. Se internaron en callejones para visitar bellas galerías de arte y curiosear por los diferentes talleres de artesanía que se encontraban por doquier. Al parecer, el pueblo era cuna de numerosos artistas, tanto autóctonos como extranjeros, y todos ellos se esforzaban por hacer que las tradiciones sobrevivieran a través del tiempo y que no se vieran empañadas por el turismo, que sí parecía haber invadido otros pueblos cercanos. Ese pequeño trocito de México se conservaba casi intacto.

Till le habló mucho de sí mismo. Le narró, sobre todo, episodios de su infancia; en todos ellos adquirirían un especial protagonismo

sus hermanos mayores. Y a medida que el día avanzaba, Tana se iba dando más y más cuenta del profundo afecto y admiración que sentía por Jan y por Cas, que a falta de una figura paterna en condiciones y debido a la diferencia de edad, habían sido más padres que hermanos. Ella se limitaba a escucharle en silencio, empapándose de toda aquella información que él le iba proporcionando y que le iba mostrando pieza a pieza quién era el verdadero Till Landvik.

El segundo día habían paseado por la playa y luego comieron en una pequeña cantina que servía un marisco fresco y exquisito. Tana había disfrutado mucho de la comida que, para su sorpresa, no le había producido náuseas como venía siendo habitual desde hacía semanas. Mientras comían, él le había hecho preguntas sobre su familia y ella le había contado por encima cómo eran sus parientes. No le tenía gran apego a su padre, y no había vuelto a saber nada de su madre que se marchó siendo ella muy pequeña. Con sus madrastras tampoco se llevaba muy bien y solo tenía contacto con Hilde, la segunda mujer de su padre, que fue la única que se comportó como una madre con ella.

La tarde también había sido una aventura. Visitaron una antigua Misión, el Teatro General y el Centro Cultural, que contenía cinco pequeños museos que albergaban la historia de la región. Tana no pudo reprimir su admiración y fue sacando foto tras foto con el móvil, tratando de captar todos y cada uno de los detalles de esos lugares llenos de encanto y tradición. Estaba maravillada. Y Till demostró ser un guía estupendo. Según le dijo, durante su primera semana allí, se había dedicado a explorar todos los rincones del pueblo y a empaparse bien de su cultura y sus costumbres.

Esa mañana había ido a recogerla al hotel para recorrer otros pueblos de la zona en su coche. Visitaron varias playas, algunas desiertas y vírgenes, de difícil acceso incluso, y en una de ellas disfrutaron de un pequeño picnic improvisado. Las horas habían transcurrido a una velocidad de vértigo y, antes de lo esperado, el día había dado paso al crepúsculo.

Poco a poco, la inicial desconfianza que ella había sentido hacia él se había ido convirtiendo en un amigable compañerismo y en una atracción más que evidente.

Se encontraban a unos cien metros del hotel, ya de regreso. Iban caminando por la arena, cerca de la orilla. El sol se había puesto hacía un rato y el cielo había adquirido una tonalidad entre azul y anaranjada. Tana se había quitado las sandalias y dejaba que los dedos de sus pies se hundieran en la arena que, sin los efectos del sol, estaba fresca e invitaba a andar sobre ella. Till también se había descalzado y llevaba las zapatillas en la mano. Caminaban a escasos centímetros el uno del otro, sus brazos apenas se rozaban según avanzaban.

Tana se detuvo y contempló el mar. Un par de surfistas seguían practicando sobre sus tablas, a lo lejos. Uno de ellos se cayó al agua, pero el otro consiguió cabalgar la ola que había escogido hasta el final y llegó casi hasta la playa.

—¿Tú eres así de bueno? —le preguntó, mirándole de reojo.

Till, que se había detenido a su lado, siguió la dirección de sus ojos.

—No. Yo soy mejor.

A ella se le escapó una risa. Se giró y le miró de frente. Una sonrisa de oreja a oreja le adornaba la cara mientras seguía atento las maniobras del surfista. Ella estuvo a punto de dejar caer un comentario relativo al egocentrismo, pero algo en su postura le advirtió de que él no había exagerado con esa afirmación, que solo había sido sincero.

—Eso me gustaría verlo. —Y aunque sonó como una provocación, en realidad sentía un profundo interés por verle manejarse en el mar sobre una tabla.

—¿Mañana?

—¿Tampoco trabajas?

—No. Tengo libre toda la semana. ¿Quieres que mañana pasemos el día juntos de nuevo? Te recojo temprano y vamos a una playa más pequeña que hay cerca de aquí. Hay buenas olas y si lo que deseas es admirar mi cuerpo sobre una tabla, es el lugar perfecto: íntimo y privado.

A pesar de que él había hablado en tono jocoso, ella sintió un hormigueo en la nuca. Alzó la barbilla y le miró a los ojos que se clavaban en su cara llenos de diversión.

«¿Por qué narices no me besas, Landvik?», pensó.

El mismo pensamiento que había tenido en múltiples ocasiones a lo largo de los últimos días.

La primera vez, hacía tres días, nada más salir del hotel. Al subir una cuestecilla de arena seca se había resbalado y él la había sostenido por el talle con firmeza; había fantaseado con que se acercaba y la besaba.

No había sucedido.

Había vuelto a desearlo en una de las pequeñas galerías de arte, cuando ambos se agacharon para contemplar un gato de barro y sus cabezas se habían encontrado a meros milímetros de distancia.

Pero no.

Casi lo había esperado en el restaurante, al día siguiente, cuando él le apartó la silla para que ella tomara asiento y se inclinó, acercando su boca peligrosamente a su cuello. Al sentir el calor de su aliento junto a su mejilla y el breve roce de la piel de su brazo contra el suyo, había aguantado, impaciente.

Tampoco.

Y ese día, en la playa solitaria, le había contemplado a hurtadillas, protegida por los cristales oscuros de sus gafas, mientras él se reclinaba sobre su toalla y el sol le daba de lleno en la cara... y lo había anhelado cientos de veces.

En vano.

No había habido ni un solo beso. Ni un solo intento.

—Pero qué pagado estás de ti mismo —dijo burlona, tratando de ignorar el deseo de besarle, y dispuesta a seguir con la broma—. Confiesa que lo que en verdad deseas es verme en bikini.

De repente él se puso serio. Dio un paso al frente e invadió su espacio. Sus pectorales cubiertos por la tela de la camiseta se situaron a escasos milímetros de su cara.

¡Joder!

—No hay nada que desee más —musitó. Y su mano, enorme y fuerte, le acunó la mejilla derecha y la obligó a levantar la cabeza—. Bueno, miento. Sí que hay algo que deseo más todavía. Llevo días conteniéndome para no hacerlo, pero se me ha acabado la paciencia.

El corazón de Tana adquirió la velocidad de un Fórmula Uno. Se hundió en el profundo azul de sus ojos, que brillaban cargados de

deseo, y se le olvidó respirar.

—Bésame de una jodida vez, entonces —masculló entre dientes.

—Pensé que no me lo ibas a pedir nunca —repuso con una sonrisa ladeada, justo antes de agarrarla con firmeza por el talle con ambas manos y alzarla en el aire.

Ella se aferró a su cuello y sus bocas se unieron. Los labios demandantes de él tomaron posesión de los suyos con una suave persistencia.

—Llevo pensando en hacer esto todo el día... —susurró él contra su boca.

—Bueno —admitió ella—, yo lo llevo pensando desde el momento en que abandonamos el hotel hace tres días.

Él ahogó una risa que fue a morir a la boca de ella. Le mordisqueó el labio inferior.

—Tenías que habérmelo dicho —jadeó.

—Tenías que haberlo adivinado —gimió ella.

Después no hubo más palabras. Se fundieron en un beso húmedo y profundo. Con los ojos cerrados y sintiéndose ligera como nunca antes, en parte porque él la llevaba en volandas y en parte porque el beso la estaba haciendo flotar, Tana se abandonó al contacto de esos labios que tanto había codiciado. Casi había olvidado lo maravillosos que eran los besos del puñetero Landvik. Sus manos, que había entrelazado tras su nuca, terminaron por enredarse en su coleta y deshacérsela. Y mientras él seguía explorando su boca con los labios, la lengua y los dientes, ella se deleitó en sentir aquellos suaves mechones de pelo deslizándose entre sus dedos. Enrolló un par de guedejas en ellos y tiró hacia abajo, obligándole a apartarse. Él gruñó algo molesto, pero su gruñido se tornó en gemido apasionado cuando la boca de ella encontró su cuello y comenzó a besarle allí donde su pulso latía con rapidez. Enroscó las piernas en torno a su cintura sin importarle demasiado que la falda de su vestido dejara al descubierto sus muslos, y él bajó las manos y la sujetó con firmeza por las nalgas. Ella continuó besándole con languidez, ascendiendo lentamente con los labios hasta que llegó a su mejilla. Esa mejilla marcada. La curiosidad y esos odiosos celos que parecían dominarla cada vez

que miraba los arañazos fueron un poderoso acicate. No pudo evitar que la pregunta emergiese de su boca.

—¿Quién te hizo esto?

—Tú —contestó él en voz apenas audible.

Quizá él no la había entendido. Se retiró unos centímetros.

—Los arañazos, ¿quién te los hizo? —repitió de manera más explícita, mirándole con fijeza.

—Tú —volvió a repetir él con solemnidad.

—Yo —dijo ella, apartándose un poco más para poder verle mejor. Sus dedos se dirigieron a su cara y con el índice delineó uno de los arañazos, el más largo. Le sintió estremecerse al contacto.

—Sí, tú. Hace una eternidad —susurró él—. La noche en que Eli desapareció, en casa de Cas, tú me abofeteaste. Este es el resultado.

Tana frunció el ceño. Una imagen casi olvidada y desdibujada de lo acaecido aquella noche acudió a su cabeza. Recordaba la ira que había sentido al descubrir que unos delincuentes habían raptado a su amiga por culpa de Till, pero todo lo demás estaba borroso y difuso. Siguió mirándole la mejilla, tratando de acordarse de los detalles. ¡Sí, era cierto! Le había abofeteado con fuerza. Dos veces.

Él seguía mirándola con seriedad, taciturno incluso. Toda la pasión que habían intercambiado en el beso se había esfumado.

—Déjame bajar —le pidió, empujándole del pecho con las manos.

Él no vaciló, la depositó con suavidad sobre la arena. Ella se alejó unos pasos. No sabía por qué, de repente necesitaba poner distancia entre ellos.

—¿Qué es lo que pasa, Tana? —preguntó él, sin tratar de acercarse.

Ni siquiera la miraba. Se había introducido las manos en los bolsillos de los vaqueros y contemplaba el horizonte, cada vez más oscuro. Una ligera brisa le agitaba el cabello que ella misma había despeinado hacía solo unos minutos.

Tana no tenía ni idea de qué le pasaba, pero saber que ella le había provocado esas marcas en la cara había hecho que se sintiera rara. Debían de ser las hormonas porque no tenía ningún sentido.

—¿Por eso te dejaste crecer la barba? —preguntó al final.

—Sí. Estas marcas eran un constante recordatorio de lo mucho que la había cagado. Así que decidí no tener que mirarlas día sí y día también en el espejo. Supongo que estaba huyendo de mi responsabilidad... de nuevo. —Su voz era amarga y estaba teñida de sarcasmo.

Las cosas habían cambiado mucho entre ellos, descubrió Tana con sorpresa. Solo hacía un par de meses hubiese sentido satisfacción al escucharle auto flagelarse por lo sucedido en el pasado. Ahora, por el contrario, que él hablara así de sí mismo, le molestaba.

—¿Por qué te has afeitado?

—Quizá he dejado de huir. —Se giró—. Quizá me guste ver tus marcas sobre mi piel —añadió con esa voz rasposa.

Las palabras, pronunciadas de aquella manera, la dejaron sin aliento.

—No puedes decirme esas cosas y quedarte tan tranquilo.

—No estoy para nada tranquilo, Tana. Estoy más nervioso de lo que me gusta admitir. Y es por tu cercanía.

—Joder —masculló ella—. ¿Por qué narices eres tan sincero?

—¿Prefieres que te mienta? —Arqueó ambas cejas—. Está bien. Déjame que te diga que no siento nada cuando estás cerca, que no se me acelera la respiración ni me late el corazón más deprisa. Que no tengo ganas de abrazarte ni de devorarte con mis besos. —Hizo una pausa muy efectiva para después continuar con más vehemencia—. Que no quiero lamer cada centímetro de tu piel. Que no quiero sentir tu cuerpo desnudo pegado al mío mientras te poseo de todas las formas imaginables. Que no quiero que grites mi nombre cuando te haga correrte una y otra vez. —Su voz se iba tornando cada vez más ronca—. Déjame que te diga que no estoy sintiendo por ti algo que nunca había sentido por nadie. Que no pienso que eres especial, y que no me estás llegando muy adentro. Que no desperdicio un solo segundo pensando en lo que podemos tener y en cómo narices voy a hacer que funcione esta jodida relación a distancia. —Comenzó a andar hacia ella—. Déjame que te diga que no me jode saber que en un par de días te marchas y que quizá no vuelva a verte en meses. Déjame que te...

—¡Basta! —exclamó ella alzando las manos. No sabía si con ese gesto deseaba detener sus palabras o su avance, pero consiguió ambas cosas. Él dejó de hablar y se detuvo a solo un paso.

Tana jadeaba. No podía creerse todo lo que acababa de escuchar saliendo de su boca. Era... inconcebible, absurdo incluso, que él sintiese todo aquello. Sí, sí, el deseo sexual era fuerte, pero ¿todo lo demás? Meneó la cabeza, agitada. ¿Estaba loco?

—¿Qué pasa? ¿No puedes soportar la verdad? —musitó él, y dio otro paso.

—¿La verdad? Eh... la verdad... —balbuceó. Estaba confusa.

—¿Qué creías que era lo que te estaba proponiendo en el hotel cuando hablé de darnos una oportunidad? —inquirió muy serio. La miraba con tal gravedad que ella se sintió intimidada y bajó la vista —. Yo estoy sintiendo algo por ti, Tana, y no pienso jugar a esconderlo. No sé qué es, pero sé que es diferente a lo que he sentido antes por otras mujeres, ¿sabes? No te quiero solo en mi cama. Quiero algo más. Mucho más.

Ella elevó la cabeza y lo que vio en sus ojos la dejó turbada. ¡Cuánto sentimiento! Le entró pavor, un hondo y profundo pavor. Súbitamente, se agachó y, con la mano temblorosa, recogió sus sandalias que antes había dejado caer en la arena. Luego echó a correr.

—¿Estás huyendo, Tana? —gritó él.

Se detuvo en seco y se giró para mirarle. No había hecho amago de seguirla. Permanecía quieto, de nuevo con las manos en los bolsillos y la brisa agitándole el cabello. Una sonrisa le adornaba la cara.

—Sí —le respondió—. Estoy huyendo. Estás... eres... demasiado intenso para mí —confesó al fin.

—Cobarde.

—Sí, hoy sí. Quizá mañana sea más valiente. Recógeme a las nueve —añadió con voz trémula.

Él asintió, y su sonrisa se hizo más amplia.

Ella se dio la vuelta y echó a correr de nuevo. La carcajada ronca de él la siguió.

«¿Qué me está pasando? ¿Qué demonios me está pasando? Yo no soy así».

Capítulo Veintiséis

Till comenzó a remar ahuecando las manos y levantando el pecho para reducir el peso sobre la parte delantera de la tabla. Era una *shortboard*^[104], su favorita, algo más corta pero más versátil que las *longboard*^[105], y que le proporcionaba un buen equilibrio entre velocidad y maniobrabilidad; era ideal para el tipo de olas de aquella playa que no solían superar los dos metros. Mientras seguía internándose en el agua, divisó la ola que quería tomar. Se fue acercando a ella en la dirección exacta en la que la iba a surfear, y calculó los tiempos mentalmente. Al sentirla aproximándose, remó con fuerza e inclinó el cuerpo hacia delante, elevando el pecho para nivelar el peso. Sintió cómo aumentaba la velocidad y realizó un *take off*^[106] perfecto, saltando sobre la tabla y sujetando los cantos de la misma con fuerza a la vez que empujaba hacia arriba, extendía los brazos y tiraba de las rodillas hacia el pecho. Se aseguró de mantener el peso centrado con un poco de inclinación hacia la parte delantera de la tabla y afirmó los pies; como buen *goofy*^[107] que era, el izquierdo detrás, cerca del *tail*^[108], y el derecho delante, justo por encima del punto medio. Mantuvo el centro de gravedad bajo, flexionando las rodillas, y miró hacia delante para conservar el equilibrio.

Se preparó para hacer un *bottom turn*^[109], bajando mucho y tocando con la mano el plano de la ola, mirando exactamente el punto al que quería llegar. Clavó el canto interior de la tabla e hizo presión con el pie de atrás para propulsarse hacia arriba. Y listo. Se deslizó sobre la ola mientras la espuma le salpicaba en la cara. Volvió a repetir la maniobra un par de veces antes de realizar un *cut back*^[110], un giro de ciento ochenta grados, apoyando la mano trasera en el agua para estabilizarse, lo que le hizo regresar al rompiente de nuevo, dibujando el símbolo del infinito sobre la ola que rompía, aprovechándola al máximo. Volvió a hacerlo, disfrutando cada instante. Su nivel de adrenalina se disparó como le

sucedía siempre que surfeaba, y la euforia le embargó y le hizo sonreír, ufano.

No había sido una demostración maestra, pero tampoco había estado tan mal, pensó, dejándose arrastrar por la espuma. Se bajó de la tabla de un salto y la agarró con firmeza debajo del brazo; pequeñas olas rompían contra su espalda mientras se acercaba a la orilla. Su acompañante le esperaba sentada sobre una toalla roja, mirándole con interés. Al aproximarse, apreció admiración en sus ojos y no pudo evitar que su ego se hinchase un tanto. No todos los días se podía hacer una demostración de habilidad frente a la chica que le gustaba a uno, ¿no?

—Has estado impresionante —exclamó ella. Una sonrisa deslumbrante le iluminaba la cara. Estaba hermosa.

—Nunca habías visto a nadie haciendo surf de cerca, ¿verdad? —le preguntó él con sorna, dejando la tabla en la arena.

—Jamás.

—Pues menos mal. Así es mucho más fácil impresionarte. Mi exhibición ha sido algo mejor que mediocre. Nada más.

—Soy facilona. A mí me has convencido.

El soltó una carcajada antes de sentarse a su lado sobre otra toalla. Se deshizo el moño en el que se había recogido el pelo y se lo sacudió, haciendo que multitud de gotas de agua salada volasen en todas direcciones. A ella no pareció importarle que la salpicase.

—¿Desde cuándo surfeas? —le preguntó.

—Desde hace años. Pasé unos veranos en Tarifa cuando era adolescente y me enamoré de este deporte. Allí me saqué el título de monitor.

—¿Tus hermanos también lo practican?

—No, en la costa mediterránea donde viven no hay olas buenas. Lo que practicábamos allí era windsurf. —Se echó el pelo hacia atrás y se lo recogió en una coleta, antes de tumbarse de lado. Apoyó el codo en la toalla y la cabeza en la mano—. ¿Quieres aprender?

—¿A hacer surf? —Le miró con incredulidad—. No. Eso no es para mí.

—No lo has probado —dijo y, al cabo de unos segundos de silencio, añadió—: Quizá te enamores como me pasó a mí. —

Estaba hablando de surfear, pero las palabras habían surgido de su boca cargadas de segundas intenciones.

Sin pretenderlo.

O a propósito.

No lo sabía.

Ella no contestó, se limitó a humedecerse el labio inferior con la lengua, con lentitud. Till cerró los ojos al sentir un pequeño tirón en su entrepierna. *Verdammt!* Esa mujer era la tentación personificada.

Desde el mismo instante en que la había recogido en el hotel hacía una hora, y la había visto con esos mini pantalones y ese top ajustado bajo el que se transparentaba un diminuto bikini negro, había sabido lo que iba a pasar entre ellos sin ningún atisbo de duda. Lo único que no sabía era la hora exacta a la que iba a suceder..., pero que iba a ocurrir estaba tan claro como el agua de la que acababa de salir.

Ella parecía haber encontrado la serenidad que había perdido la noche anterior, cuando salió huyendo incapaz de aceptar todo lo que él le había confesado. Sabía que se había arriesgado al soltarle aquello de golpe, pero había decidido ser consecuente con lo que estaba sintiendo. ¿De qué le iba a servir negar lo que estaba pasando cuando solo tenían unos días para estar juntos? No lo había meditado demasiado, aunque tampoco había mucho que meditar. Todo lo que le había dicho era la pura realidad.

Todo.

Cuando estaba a su lado se moría de ganas de abrazarla y devorarla a besos, de lamer cada centímetro de su morena piel, de sentir su cuerpo desnudo pegado al suyo y poseerla. Ansiaba que ella gritase su nombre mientras llegaba al orgasmo. Sí, lo admitía. Lo que sentía por ella era algo que nunca había sentido por nadie. Ella era especial y había comenzado a llegarle muy adentro. Y se rompía la cabeza pensando en cómo iban a hacer que esa relación a distancia funcionara. No soportaba pensar que en solo un par de días ella se iría y quizá no volvería a verla en meses.

Se iba a marchar...

—Quizá me anime —contestó ella de repente y él abrió los ojos con brusquedad. ¿A qué se refería?

—¿Cómo? —La pregunta le salió algo balbuceante, como si fuera idiota.

—A probarlo. Quizá me enamore, como decías. —Y volvió a lamerse el labio inferior.

—¿Estás tratando de provocarme? —le preguntó frunciendo el ceño.

—Creo que sí. A este juego pueden jugar dos, ¿sabes? Tú has empezado y yo te secundo.

—Para mí no es un juego.

Ella le miró sin decir nada durante unos segundos. Los ojos habían comenzado a brillarle de manera extraña.

—Para mí tampoco.

A él se le aceleró la respiración al escuchar aquello.

—Pensé que te había asustado anoche con mi franqueza.

—Y lo hiciste. Me aterrorizaste. No lo esperaba. Fue... demasiado abrumador —respondió con un titubeo—. Pero luego, en la soledad de mi habitación me puse a pensar... —se interrumpió y dejó escapar un pequeño suspiro.

Till deseó que siguiera hablando, pero ella se echó sobre la toalla de espaldas y cerró los ojos. El sol impactó de lleno sobre su rostro iluminándolo por completo, y él se dio cuenta de varias cosas: de las finas líneas apenas perceptibles que se dibujaban en el extremo externo de sus ojos, de que justo en el pómulo derecho tenía un lunar diminuto con forma de corazón invertido, y de que sobre su barbilla había una pequeña y casi invisible cicatriz de un par de centímetros de largo.

Deseó besar todas y cada una de aquellas marcas.

A duras penas controló el impulso de hacerlo. Primero quería saber qué era lo que ella tenía que decir.

—Y si tú estás dispuesto a ir a por todas, pues... en fin... supongo que habrá que darte una oportunidad... y... y eso...

Él no pudo evitar que una carcajada escapase de su boca. Ella abrió los ojos y giró la cabeza con energía para mirarle. Se le habían oscurecido las mejillas, quizá de indignación, quizá de vergüenza... quizá por efecto del sol.

—Es una declaración de amor en toda regla, por lo que veo —dijo él burlonamente.

—¿De amor? —bufó irritada— No me hagas reír, Landvik.

—Sí, y además, ¿no has oído eso?

Ella le miró sin comprender.

—Ese ruido —dijo él, traspasando el límite de su toalla para acabar en la de ella que, sorprendida, no se apartó.

—No sé a qué ruido te refieres. Yo no he oído nada.

—Sí, el ruido que ha provocado tu coraza al agrietarse cuando has admitido que tú también estás sintiendo algo por mí —susurró él acercándose más, de manera que sus cuerpos se rozaron.

—Yo no he dicho eso... —Izó las cejas, desdeñosa, pero había comenzado a jadear.

—Da igual —musitó—. Lo has pensado y con eso me basta.

Y entonces sí que la besó. Posó sus labios sobre los de ella, que se encontraban a una temperatura superior a la permitida para no afectar a su salud, y se sumergió en el beso que llevaba anhelando darle desde que había ido a recogerla al hotel.

Ella no se resistió. Le besó con la misma intensidad con que él lo hacía. Enroscó los brazos en torno a su cuello y se pegó a él sin pudor alguno. Y él la agarró con firmeza por la cintura con el brazo izquierdo, dejando que su mano derecha recorriese el suave contorno de su cuerpo, comenzando por la parte externa de su pecho, sus costillas, su talle y su cadera, maravillándose por la sedosidad de su piel y la firmeza de sus curvas. Inconscientemente o con premeditación, posó la palma de su mano sobre su vientre y la extendió, abarcándolo en su totalidad. Una singular sensación de calor le recorrió todo el cuerpo. Podía engañarse diciéndose que solo era debido al pasional beso, pero la realidad era otra. Ahí, justo ahí, dentro de ella, estaba creciendo *su* hijo.

Tana se retiró unos milímetros, interrumpiendo el beso, como si hubiera notado su cambio de actitud. Le miró perpleja.

—Cada segundo que pasa me sorprendes más, Till. No pensaba que fueras tan sentimental. —Bajó la vista y la clavó sobre la mano de él, que seguía en el mismo sitio, tocándola con posesividad.

—Cada segundo que pasa me sorprende a mí mismo, Tana —admitió algo reticente—. No pensaba que esto fuera a afectarme de esta manera. —Le presionó el abdomen y ella expelió un jadeo—.

Es una locura, pero no puedo quitarme de la cabeza la imagen de mis hermanos con sus hijas...

—Son unos padres maravillosos —dijo ella volviendo a alzar la mirada.

—Lo son —dijo.

«Yo quiero eso. Quiero lo mismo que ellos tienen», pensó con ardor.

Su propio arrojo le sobresaltó. Trató de mostrarse relajado al darse cuenta de que ella le miraba. Todo iba demasiado deprisa y no deseaba espantarla ahora que parecía que había dado un paso en su dirección. Apartó la mano de su vientre con lentitud y la apoyó sobre su redondeada cadera.

—¿Sabes qué me apetece hacer ahora? —Cambió de tema.

—Guiándome por tu mirada... yo diría que quitarme el bikini y aprovecharme de mi indefensión —susurró ella contra su boca con coquetería.

—¿Indefensión? No me hagas reír —resopló—. Esa palabra es la que menos te describe del mundo... No obstante, gracias por darme ideas. Si no fuese por las personas que ahora mismo nos están mirando y pensando que soy el hombre con más suerte del mundo, lo haría sin dudarlo. —Se inclinó y depositó un beso en la comisura de sus labios antes de continuar—. Lo que de verdad quiero es que te vengas al agua conmigo. Déjame que te presente a mis amantes favoritas.

—¡Qué desilusión! Pensé que tu amante favorita era yo.

—Bueno... Ese puesto todavía tienes que ganártelo. Vamos a ver qué opinan ellas. —La besó otra vez.

—¿Ellas?

—Sí, las olas.

—No sé si voy a poder competir.

—Podrás... —murmuró él, besándola de nuevo. Sus labios eran un vicio—. Además, ya casi me tienes ganado, que lo sepas.

—¡Qué fácil eres! —Ella meneó la cabeza y le empujó con las manos del pecho para que se apartase. Él lo hizo, a duras penas—. A ver, preséntame a tus chicas. Pero nada de surf, de momento...

—Sin problema. Solos tú y yo...

Till se incorporó y tiró de ella con excesiva fuerza, de manera que su cuerpo terminó chocando contra el suyo. La rodeó con sus brazos, incapaz de no hacerlo. No podía dejar de tocarla, de sentirla contra su piel... Enterró la cara en su cuello y aspiró hondo al tiempo que la acoplaba a la dureza de sus músculos. Su cercanía le emborrachaba...

—Eres como Loki —la escuchó murmurar.

Se apartó unos centímetros y la miró con perplejidad.

—¿Loki?

—Sí, el dios nórdico, astuto y granuja, con lengua de plata, capaz de convencer a cualquiera de cualquier cosa. Un bribón lleno de artimañas.

—Sí —repuso él pensativo con los ojos entornados—. Exactamente ese soy yo...

Y antes de que ella pudiera protestar la había levantado en volandas y comenzaba a andar hacia el mar, ignorando a algunos bañistas que los miraban sonriendo.

—Eres un crío. —Su voz sonaba seca, pero su boca mostraba una sonrisa condescendiente, y no hacía ningún esfuerzo por liberarse de su estrecho abrazo.

—Loki, un crío... —dijo en voz baja sin detenerse. En solo dos zancadas había alcanzado la orilla—. Yo soy lo que tú quieras... —concluyó, adentrándose en el agua y mirándola a los ojos con calidez.

Ella soltó una carcajada y se abrazó a él con más fuerza.

* * *

Había algún tipo de celebración abajo, en la piscina. Quizá una boda. La música llegaba hasta la habitación con toda claridad a través del balcón abierto. Tana, que llevaba un rato despierta, se levantó de la cama y cogió la primera prenda de ropa que encontró. Se la puso y, sin encender la luz, se dirigió a la terraza. Miró por encima del hombro. La silueta de Till apenas cubierta por la sábana permanecía inmóvil sobre el colchón.

Abrió la puerta de madera y salió al exterior. Una agradable brisa y un cielo cubierto de estrellas la recibieron. Se apoyó sobre la barandilla y contempló la escena con interés. En efecto, era una boda. La pareja de novios bailaba en apretado abrazo junto al borde

de la piscina. Y unos cuantos invitados los imitaban un poco más lejos. Al fondo, sobre un improvisado tablado, se situaban los músicos: un trío compuesto por un cantante, un pianista y un guitarrista. Tocaban una canción melódica y lenta, y la voz que cantaba era aterciopelada.

Se quedó mirando a la pareja con fascinación, siguiendo sus movimientos mientras se mecían al compás de la música. De vez en cuando la novia levantaba la cabeza, que tenía apoyada sobre el hombro del novio, y prendía los ojos llenos de arrobamiento en los de él, que correspondía de igual manera. Luego se besaban con mucha suavidad antes de seguir bailando.

Tana se sintió como si fuera una intrusa, observando la felicidad de aquellos desconocidos como una espía indiscreta. El momento le pareció tan íntimo y profundo que estuvo a punto de darse la vuelta y retirarse a la habitación, pero lo único que hizo fue apartar la mirada y dirigirla hacia la inmensidad del océano, que se presentaba oscuro y tranquilo.

Reflexionó sobre las últimas horas y sobre el hombre que ahora dormía en su cama...

¡Era una locura! Una completa locura.

Todo lo que estaba sucediendo era un disparate. Una insensatez. Y aun así, si tuviera que volver a repetir ese día, haría exactamente lo mismo que había hecho, una y otra vez, sin arrepentirse de nada. Por primera vez en su vida se estaba dejando llevar, sin pensar demasiado en el mañana. Y las consecuencias de esa decisión estaban resultando ser... perfectas.

Se abrazó a sí misma y recordó el maravilloso día que habían pasado en la playa. Era aterrador y al mismo tiempo delicioso cómo él sabía con exactitud qué decir y de qué manera comportarse en cada momento para tenerla comiendo de su mano. Habían intercambiado besos y caricias en el agua y en la arena y después en el restaurante. Habían bromeado, se habían reído e incluso habían discutido sin demasiada vehemencia por tonterías. Se había descubierto contemplándole con admiración en más de una ocasión, y deseando que esos días que les restaban de estar juntos fuesen muchos más. Cada vez que él se reía o la miraba de modo

socarrón, ella hiperventilaba. No deseaba admitirlo, pero ese hombre se le estaba metiendo poco a poco bajo la piel.

¡Till Landvik metiéndosele bajo la piel! Había pensado que era más probable que el infierno se helase, y, sin embargo, ahí estaba la prueba... en forma de temblor cada vez que le miraba.

Había estado claro desde el primer momento que esa noche iban a acabar en la cama. Ambos lo habían sabido. Y cuando, después de la cena, llegó el momento de despedirse en la puerta del hotel, no hubo necesidad de palabras. Ninguno de los dos dijo nada. Se habían limitado a subir juntos la escalera y habían terminado en su habitación, desnudándose primero con los ojos y posteriormente con las manos.

Se estremeció al recordar cómo la había besado por todas partes, sin olvidar ni un solo milímetro de su piel. Cómo la había acariciado con fervor y con una reverencia increíbles, como si su cuerpo fuera algo precioso y de gran valor. Y cómo se había echado sobre ella, sin dejar de besarla, para poseerla de una manera diferente a como jamás la había poseído nadie. ¡Dios! Solo de pensarlo se le erizaba el vello de todo el cuerpo. Sintió el calor subiendo desde su vientre hasta su garganta y se llevó una mano al cuello, donde pudo sentir su pulso acelerado.

«Te estás enamorando de él», se manifestó su conciencia.

¡No!

Eso era del todo imposible. Ella jamás iba a poder enamorarse de alguien como Till. No. Ese hombre no era para ella. Estaba encaprichada y nada más. Eso era todo. El que estuviera viviendo toda aquella situación con tanta intensidad se debía sin duda a su embarazo y a que sus hormonas estaban descontroladas. Eso era.

—Es nuestra canción. —La voz de él a su espalda la sobresaltó. Sus manos fuertes la agarraron por el talle y se introdujeron por debajo de la camiseta que ella llevaba, abrasándola con su tacto áspero.

Respiró hondo y tragó saliva con rapidez antes de darse la vuelta y encararse con él. La visión que se presentó ante sus ojos hizo que le flojearan las rodillas. Solo llevaba sus bóxers y nada más. Su pecho desnudo, la melena suelta y sus ojos que la miraban

somnolientos fueron demasiado para ella, que se encontraba con la guardia baja.

«Son las hormonas», se recordó a sí misma, y se giró de nuevo para no tener que verle, intentando recuperar su aplomo.

—¿Nuestra canción? ¿Nosotros tenemos una canción? —le preguntó, desconcertada.

—Claro. ¿No lo recuerdas? En la boda de Cas y Eli, cuando bailamos. —La agarró con más firmeza por la cintura y la pegó a él. Luego apoyó la barbilla sobre su hombro derecho.

—No me acuerdo.

—Eres la antítesis del romanticismo. Escucha —musitó.

Y ella lo hizo. No se había dado cuenta antes, pero el grupo estaba tocando una versión algo más moderna de *We've Got Tonight* de Bob Seger. El vago recuerdo del baile que habían compartido hacía meses, aquella noche en el jardín, acudió a su cabeza. Sí, esa había sido la canción.

*“...Deep in my soul, I've been so lonely
All of my hopes, fading away
I've longed for love, like everyone else does
I know I'll keep searching, even after today
So there it is girl, I've said it all now
And here we are babe, what do you say?
We've got tonight, who needs tomorrow?
We've got tonight babe
Why don't you stay?...”^[111]*

Siguió la letra y no pudo evitar conmoverse al traducirla mentalmente. Era tan acertada... tan ellos... tan adecuada a su situación...

¡Mierda! Agito la cabeza con energía. No solía ser tan sentimental, pero la presencia de ese hombre imponente a su espalda, cuyo aliento cálido podía sentir sobre su mejilla, tampoco ayudaba demasiado a que pudiera recuperar su sangre fría.

Carraspeó con ligereza.

—La letra es súper ñoña —dijo.

—Sí, es súper ñoña —le susurró él al oído, sin dejarse impresionar demasiado por su indiferencia—. Escúchala hasta el final.

Ella no dijo nada. Con los nervios a flor de piel e incapaz de pensar con demasiada claridad, dejó que los acordes la envolviesen. Entonces, cuando pensaba que la situación no podía ir a peor, sintió las manos de él descendiendo lentamente y posándose sobre su vientre... otra vez. Su calor la traspasó y le provocó un hormigueo que se extendió por todo su cuerpo. No sabía si él era consciente de lo que hacía. Pero ese gesto le resultaba muy íntimo y cercano.

Demasiado íntimo y cercano.

La noche estrellada, la suave brisa, la pareja de novios bailando junto a la piscina, las manos de él posadas sobre su abdomen y esa canción que al parecer era *su* canción flotando en el ambiente, hicieron que le ardieran los ojos. Con la respiración contenida, esperó a que terminase la maldita canción. Pero parecía durar años...

«¡Jodidas hormonas!»

Pero en el fondo sabía que no era solo eso.

—Te libero de la ñoñería —dijo él con sarcasmo, soltándola. La tomó del brazo y la obligó a girarse—. ¿Estás bien, Tana? —inquirió receloso. Ella trató de permanecer impassible.

—Estoy bien.

Él frunció el ceño. No la creía, claro. Le levantó la barbilla con los nudillos y le recorrió el rostro con preocupación. Parecía a punto de protestar, pero no dijo nada. Se limitó a observarla en silencio por espacio de unos segundos. Luego la cogió de la mano y tiró de ella.

—Vamos a la cama.

Y ella le siguió, aliviada por que él no hubiera seguido insistiendo. Tenía las emociones disparadas y no hubiese sido necesario demasiado para hacer que todo eso que estaba sintiendo se desbordara, de una forma u otra.

Y la odiosa canción seguía sin acabarse.

—¿Vamos a echar otro polvo? —preguntó sin delicadeza alguna cuando él se detuvo junto al lecho, utilizando su grosería como un mecanismo de defensa.

Él se giró y la miró. Se encogió de hombros, como si sus palabras no le importasen gran cosa.

—Yo, esta noche, lo que quiero es hacerte el amor..., pero llámalo polvo si eso te hace sentir más cómoda... —Luego se inclinó y acercó la boca a la suya. La cascada de su rubio cabello le cayó por encima del hombro, cubriendo las mejillas de ambos.

Ella sintió su agitada respiración sobre sus labios. Till era asquerosamente perfecto; siempre sabía qué decir para tocar sus fibras más sensibles. Era imposible resistirse. Bajó los párpados y la letra del final de la canción llegó hasta ella. Alguien tenía que haber pedido que la repitieran, porque no recordaba que durase tanto...

*“... I know it's late, I know you're weary
I know your plans don't include me
Still here we are, both of us lonely
Both of us lonely...*

*We've got tonight, who needs tomorrow?
Let's make it last, let's find a way
Turn out the lights, come take my hand
We've got tonight babe
Why don't you stay?
Oh oh oh, why don't you stay?...”[\[112\]](#)*

¡Maldito Bob Seger! ¡Maldito Till Landvik y maldito comentario! *Hacer el amor*, había dicho... Los últimos acordes seguían sonando en su cabeza cuando, con emociones encontradas y más insegura de lo que se había sentido jamás, le miró con insistencia.

—¿A qué esperas...? —musitó titubeante.

Y él no esperó más. Se inclinó y posó los labios sobre los suyos. Y ella se dejó arrastrar por su beso, su abrazo, sus caricias y por todo lo que vino después.

Capítulo Veintisiete

Se miró el reloj con impaciencia. Tana no tardaría en llegar a su casa, como habían convenido esa mañana, y a él todavía le quedaba más de una hora para poder marcharse. A veces las cosas no salían como uno las había previsto. Eso estaba claro. Su semana de asueto se había visto acortada debido a un pequeño accidente que había sufrido Amaya.

A la mierda sus minivacaciones con Tana. Resopló exasperado.

En cuanto había sonado el teléfono y vio el nombre de su socia en la pantalla, supo que algo no andaba bien. Amaya jamás le molestaría al amanecer y menos sabiendo que no estaba solo. Se había dislocado una muñeca al caerse de una silla mientras colocaba unas tablas en la parte superior de un soporte. El médico le había inmovilizado el brazo y le recomendó que no lo moviera en varios días. Así que, y sintiéndolo mucho, se había visto en la obligación de llamarle para que él se ocupara de las clases que ya estaban pagadas por adelantado. Lo peor de todo era que las clases de Amaya no eran en la playa de la escuela, sino en otro pueblo a unos treinta kilómetros de distancia. Dado que tenían acuerdos con diferentes hoteles de la zona, a veces les tocaba desplazarse para impartir la instrucción en alguna de las playas cercanas.

Mientras esperaba a que llegase el último grupo de alumnos, sentado sobre una toalla junto a su tabla, sus pensamientos se movieron en la única dirección posible: Tana. Se preguntó qué habría hecho durante todo el día. Cuando se habían despedido aquella mañana, ella le había dicho que iba a hacer turismo por el pueblo. Habían quedado en verse por la tarde, en su casa. Él le había escrito la dirección en un papel y le había dicho dónde guardaba una llave para que ella pudiera acceder al interior de la vivienda y esperarle.

—Tana... —susurró.

Solo pronunciar su nombre en voz alta le provocó un cosquilleo en la parte baja del abdomen. Jamás hubiera pensado que en ese breve espacio de tiempo pudiese sentir algo tan fuerte por alguien. Jamás.

«No te engañes, Till. ¿Breve espacio de tiempo? Llevas meses pensando en ella. Desde la primera vez no has podido arrancártela de la cabeza. Admítelo. Te has pasado la mitad de las noches embobado frente a sus fotos de Instagram».

El deseo físico había estado presente desde la boda, pero su encuentro en Alemania había hecho que la mera atracción sexual se convirtiera en otra cosa que había ido a más... a mucho más..., y esos días con ella solo habían conseguido reafirmar lo que llevaba tiempo sintiendo.

Se estaba enamorando de ella.

Poco a poco.

Sin remedio.

Recordó la escena de la noche anterior, cuando había despertado para encontrar su ausencia en la cama que acababan de compartir. La había descubierto en la penumbra del balcón, envuelta en su camiseta y apenas iluminada por la tenue luz de las estrellas, mientras sonaban los acordes de la canción de Bob Seger. No había podido resistirse, había tenido que unirse a ella y abrazarla. Tana había reaccionado como siempre, mostrándose arisca, como cada vez que las cosas se ponían serias; pero él ya no se dejaba engañar por sus demostraciones de fingida indiferencia. Bajo ese duro caparazón, ella era más frágil de lo que aparentaba; y tenía muy claro que también sentía algo por él aunque le costase admitirlo.

Y a esos sentimientos tan desconocidos para ambos se sumaba la increíble sensación de saber que había algo mucho más importante que iba a unirlos todavía más en el futuro.

Gott! ¡Iban a tener un hijo!

Debería estar aterrorizado. Sí, debería.

Apoyó los codos en las rodillas y clavó los ojos en las olas, dejando que su mirada se perdiese en ellas. Al cabo de unos instantes de observarlas sin verlas, su hipnótico vaivén le mostró una difuminada visión de sí mismo a horcajadas sobre su tabla de

surf, con un niño sentado justo delante de él. Mientras las olas los mecían con suavidad, él le explicaba cuál era la mejor manera de abordarlas. El niño, que era su viva imagen, rubio y con ojos claros, le escuchaba fascinado, como solo un hijo de corta edad puede escuchar a un padre...

—Hola, Till.

La voz a su espalda le sobresaltó e hizo que la escena que había conjurado se desvaneciera en el aire. Se incorporó con rapidez y antes de que hubiera podido darse la vuelta ya sintió los femeninos brazos en torno a su cuello.

Scheisse! Con eso sí que no había contado.

—Eh —murmuró Susan cerca de su oído—. No he sabido nada de ti en varios días.

Él se zafó del abrazo con toda la diplomacia de la que fue capaz y respondió con vaguedad:

—He estado liado. No sabía que te habías apuntado a esta clase.

Los otros integrantes del grupo, tres chicas y dos muchachos jovencitos, a los que ya había visto alguna vez con anterioridad, aguardaban a algo de distancia. No se habían acercado, como si sospechasen que entre él y Susan había cierta intimidad.

—La he cambiado esta mañana cuando me he enterado de que la ibas a impartir tú. He llamado a Amaya —dijo ella con el ceño fruncido. No parecía haberle gustado demasiado que él la rechazara.

Till suspiró. La culpa era suya. No había sido demasiado honesto. Mejor dicho, no había sido nada con ella. Desde la llegada de Tana se había olvidado por completo de su existencia.

—Mira, Susan —comenzó en voz baja para que los demás no pudieran escucharle—. Las cosas han cambiado. Esa mujer que vino a buscarme hace unas noches... —vaciló sin saber muy bien cómo proseguir.

—¿Esa morena bajita? —preguntó ella con un ligero tinte de desprecio en la voz.

—Es mi pareja —soltó él a bocajarro con dureza. No le gustó nada el desdén que habían desprendido las palabras de Susan al referirse a Tana.

Ella frunció el ceño, pero no dijo nada. Tampoco dio muestra de estar sorprendida, se limitó a apretar los labios.

—Pues muy bien —dijo—. Fabuloso. Me alegro por ti —añadió con una sonrisa algo fría y tirante que no alcanzó sus ojos.

Till se la quedó mirando con pesar. Parecía bastante dolida aunque se esforzara por disimularlo. Si bien solo se habían acostado un par de veces y desde el primer momento había estado claro que era solo sexo, su reacción le llevaba a pensar que quizá ella se había hecho ilusiones o había creído que tenía algún derecho sobre él. Nada más lejos de la realidad.

—Muy bien —murmuró, dando un paso atrás y apartándose de ella. No tenía tiempo de andar tratándola con guantes de terciopelo. Quería terminar aquella clase cuanto antes e irse a casa, donde otra mujer, una que sí le importaba, le estaba esperando—. Vamos a comenzar.

Se alejó en dirección al grupito que los miraba con curiosidad. De reojo se percató de que Susan no le seguía. Se había dejado caer sobre la toalla que él había ocupado antes y tenía una mueca hosca en la cara.

En fin, ella misma, pensó, ignorándola.

* * *

El taxi se detuvo frente al pequeño bungalow blanco. Tana miró por la ventanilla con interés antes de bajarse del vehículo. Till había tenido razón en una cosa, la casita estaba apartada del mundo, en medio del desierto. Rodeada por palmeras y cactus gigantes parecía el fotograma de una película. A unos diez kilómetros del pueblo, solo se podía acceder a ella atravesando una carretera de tierra llena de socavones. Volvió a sentir cómo las náuseas la invadían. Se apresuró en pagar al taxista, un simpático mexicano que había intentado darle conversación durante el trayecto, mientras ella trataba de no vomitar en el asiento. Los baches no habían sido una gran ayuda para su revuelto estómago, la verdad.

La nube de polvo que levantaron los neumáticos del coche al alejarse la envolvió y le hizo toser. La tos le provocó una arcada y terminó doblada sobre sí misma mientras los espasmos le recorrían el cuerpo. ¡Mierda! No había ingerido alimento alguno, por lo que no pudo vomitar nada más que bilis. Con la frente perlada por un sudor

frío, se incorporó y dio unos pasos vacilantes hasta que pudo apoyar la espalda contra la pared de la casa. Respiró hondo tratando de recuperarse. Esas malditas náuseas la dejaban exhausta. Se mantuvo así por espacio de unos minutos. Poco a poco, el malestar fue desapareciendo, y ella comenzó a ser más consciente de su entorno.

La casita, encalada en blanco y con puertas y ventanas de madera pintadas de azul, era una edificación de una sola planta. Un rudimentario porche de madera sin tratar, bajo el que ella se encontraba, ofrecía algo de sombra. La única sombra, al parecer. El bungalow se encontraba en medio de la nada, como había percibido antes de bajarse del taxi. A lo lejos, detrás de kilómetros de terreno desértico, se podía ver el azul del mar. No había otros edificios ni nada que delatara presencia humana cerca.

—Por favor... Till, ¿qué haces viviendo aquí en el fin del mundo?
—murmuró, meneando la cabeza.

No podía negar que tenía encanto, esa casita en medio del desierto rodeada de cactus, y a lo lejos el mar..., pero encanto de revista. Una cosa era ver algo así en fotos, otra cosa era aguantar allí más de un par de días. Se sacó el móvil del bolsillo y, como había temido, la cobertura era mínima. Apenas una rayita que aparecía y desaparecía si se movía. ¡Fantástico!

Se dirigió a la maceta de color verde al lado de la puerta y la levantó. Debajo estaba la llave de acceso a la vivienda, como Till le había dicho. Abrió la puerta y entró. Una habitación amueblada espartanamente la recibió. Todo estaba decorado —lo poco que había— en tonos blancos y azules. Paredes encaladas y desnudas, suelo de losetas claras, sofá azul, mesa y sillas de madera pintadas en azul más claro. Incluso los muebles de la cocina eran de un peculiar tono turquesa. Una puerta a la derecha llevaba al dormitorio, que solo contenía una enorme cama de matrimonio y una mesilla diminuta. Sobre la cama colgaba una fotografía enmarcada de Till surfeando. Era lo único que parecía pertenecerle, en realidad. Todo lo demás tenía un aspecto impersonal de apartamento de alquiler.

Tana abandonó el dormitorio y volvió a dirigirse al salón. Al fondo, una puerta acristalada cubierta por cortinas blancas conducía

a la parte trasera de la vivienda. La abrió para encontrarse con más de lo mismo: kilómetros de desierto y en la distancia la silueta de una cordillera. Bajó el escalón que la separaba del terreno y examinó la escalera de cemento que había a la izquierda, pegada a la fachada. Parecía conducir al tejado. Intrigada, la subió. Así era, llevaba a una especie de solárium en el que no había más que una sombrilla roja desplegada y una tumbona. Sorprendida por la escasez de enseres, se acercó al murete, se acodó sobre él y disfrutó de las vistas. Al menos el paisaje sí que era espectacular. El sol se ponía lentamente, haciendo que las sombras de los cactus se alargasen, convirtiendo la escena en algo mágico. El contraste del desierto con el océano a lo lejos era extraño y precioso a la vez. En algún sitio había leído que las ballenas grises se acercaban hasta esa costa para aparearse y tener sus crías, pero eso sucedía a partir de diciembre. No era la época correcta.

¿Dónde estaría ella en diciembre?, se preguntó con melancolía. Sola, en Madrid. ¿Y Till? ¿Solo? ¿En México? Al pensar en él y en el futuro fue presa de una inexplicable sensación parecida al anhelo.

«¡Qué tonta eres, Tana!», se dijo en silencio, frotándose los brazos y alzando la mirada al cielo que cambiaba de color con lentitud. No solía dejarse llevar por la melancolía ni la tristeza. Era práctica y segura de sí misma, pero parecía que ese viaje a México le estaba mostrando facetas de su personalidad que ella no había pensado que poseía.

En ese instante, un fuerte calambre en el abdomen la dejó sin respiración. Emitió un lamento ahogado y se agarró con fuerza a la baranda de piedra. ¡Qué doloroso! Cogió aire un par de veces tratando de recuperar la calma, pero un nuevo calambre la sacudió, dejándola consumida.

—¡Oh Dios! —murmuró, y un pequeño sollozo le emergió de la garganta. ¿Qué narices era aquello? Dolía horrores. Instintivamente se llevó la mano al vientre y presionó con suavidad.

Y entonces sintió la humedad entre las piernas. Bajó la mirada y con alarma comprobó que había gotas de sangre oscura en el suelo justo debajo de ella. Se levantó la falda frenéticamente y al ver sus muslos manchados de rojo soltó un grito estrangulado.

Miró a su alrededor llena de angustia. Todavía no se había recuperado cuando un fuerte pinchazo en la zona lumbar le provocó un dolor profundo, haciendo que le fallaran las piernas. Cayó de rodillas al suelo. Los espasmos comenzaron a sucederse cada vez con más frecuencia e, impotente y horrorizada, advirtió que la hemorragia aumentaba y las gotas del suelo se extendían. Se sujetó el vientre, como si de aquella manera pudiera parar la sangre que le brotaba de entre las piernas.

Hacía años había tenido un cólico nefrítico y recordaba el dolor como algo espantoso, parecido al que estaba sintiendo en esos momentos; cada sacudida era como si le clavasen un puñal en las entrañas. Pero aquello no era un cólico nefrítico.

Estaba teniendo un aborto.

¡No, no, no!

Consiguió sacarse el móvil del bolsillo de la falda. Buscó su número y le llamó. Solo dos tonos después la llamada fue rechazada. Con la mirada turbia clavada en la pantalla del teléfono, volvió a intentarlo. Respiraba con dificultad y de manera superficial, tratando de minimizar el dolor. En vano, por supuesto. Los calambres eran horribles.

La llamada fue rechazada de nuevo. Frustrada, reparó en que la barra de cobertura acababa de desaparecer.

«¿Por qué? ¿Por qué?», se preguntó en silencio, consternada.

Se arrastró unos metros por el suelo, de rodillas, agarrando el móvil con firmeza. Volvió a mirar la pantalla con los ojos empañados por las lágrimas. La cobertura era mejor allí.

Volvió a llamarle.

«Till, por Dios, contesta... No rechaces la llamada», rogó.

Pero ese Dios al que ella acababa de dirigirse no pareció escuchar su súplica. Till colgó de nuevo. Exhausta, apoyó la frente en el suelo y dejó escapar un quejido ronco y profundo. Volvió a pulsar el botón de llamada. Al segundo tono escuchó un clic, que hizo que le embargara un profundo alivio.

—No molestes más —dijo una enfadada voz de mujer en inglés—. Till está ocupado y no puede atenderte ahora. Haz el favor de no ser tan pesada y deja a mi novio en paz.

La sorpresa hizo que se quedase petrificada. Antes de que hubiera podido decir nada, la otra ya había colgado. Su capacidad de reacción regresó solo unos segundos después. Volvió a marcar y de nuevo fue rechazada. Gritó con una voz en la que se entremezclaban el dolor y la furia.

¡Maldita zorra! ¡Maldito Till! ¡Maldito todo!

Incapaz de pensar con coherencia y con los dientes apretados, se incorporó agarrándose al muro de piedra, ignorando los calambres que seguían recorriendo su vientre. Lo consiguió a duras penas. Estaba empapada en sudor y le temblaba todo el cuerpo, pero la indignación que sentía en ese momento le hizo sacar fuerzas de flaqueza. Trató de centrarse y recordar el número de emergencias. Era el novecientos once, ¿no? Estaba a punto de marcarlo cuando una nueva sacudida, más fuerte que las anteriores, hizo que se tensara y que se le agarrotaran las manos, con tan mala suerte que el móvil se le deslizó de entre los dedos. Impotente, lo vio caer abajo y golpear contra los escalones de cemento, rompiéndose en dos pedazos.

—¡Nooo! —El monosílabo brotó de su garganta en una mezcla de jadeo y grito, interrumpiendo el silencio del atardecer.

Gruesas lágrimas se deslizaron por sus mejillas al comprender lo desesperado de su situación. Sola, a kilómetros de distancia del ser humano más cercano y sin opciones de poder comunicarse con nadie...

Sangrando...

Gruñó como un animal y se aferró con fuerza al muro. Una fiera determinación había aparecido en sus ojos. Sudando profusamente, comenzó a dar un paso tras otro, dirigiéndose hacia la escalera.

Un rastro de oscuras gotas de sangre la seguía.

Capítulo Veintiocho

Los faros del coche iluminaron la casita. Una arruga se le formó entre las cejas al percatarse de que no había ninguna luz encendida. Le pareció muy raro. Ya había anochecido. Aparcó justo frente a la puerta y apagó el motor. Descendió del vehículo con rapidez y entró en la casa. Solo había silencio y oscuridad.

—¿Tana? —llamó.

No obtuvo respuesta.

—¿Tana? —volvió a insistir.

Nada.

Encendió la luz y echó un vistazo a su alrededor. Todo estaba igual que como lo había dejado aquella mañana cuando había ido a ducharse. Miró en el dormitorio y en el baño. Ni rastro de su presencia. Nada indicaba que Tana hubiera pasado por allí. Se sacó el móvil de los vaqueros y la llamó, pero el aparato estaba apagado.

—*Scheisse!*

No lo entendía. Cuando habló con ella a mediodía, le había confirmado sin ningún atisbo de duda que iba a estar allí. Quizá sí que había estado y se había marchado cansada de esperarle, reflexionó. Se miró el reloj. Era cierto que llegaba con más de una hora de retraso, pero ya le había advertido que eso podía suceder. No tenía sentido que se hubiera ido, ¿no?

Dio la luz del porche y abandonó la casa. Se acercó a la maceta y la levantó. La llave había desaparecido. Pasándose una mano con nerviosismo por el pelo, rodeó la edificación y accedió a la parte trasera. Tampoco allí había ningún indicio de ella. Todo estaba tranquilo y solitario como de costumbre. Estaba a punto de volver a la parte delantera cuando algo llamó su atención; en el suelo, al pie de la escalera que conducía al solárium, había algunos objetos oscuros. Se acercó y se agachó para averiguar de qué se trataba.

¡Eran las partes de un móvil! ¡El móvil de Tana!

La carcasa estaba separada de la batería y la pantalla mostraba una grieta en el cristal. C cogió ambos trozos y trató de ensamblarlos, pero alguna pieza debía de haberse doblado porque no encajaban. Se incorporó y se lo guardó en el bolsillo. Frunciendo el ceño, alzó la vista y la posó sobre la azotea. Era más que probable que a Tana se le hubiera caído el aparato desde allí. ¡Joder! ¿Cómo narices había llamado a un taxi para que la recogiera si su móvil había muerto?

Asaltado por un mal presentimiento, subió las escaleras de cemento a toda velocidad. Allí arriba no había luz, así que se sirvió de la pantalla de su móvil para alumbrarse. Ni rastro de Tana. Dejó escapar un suspiro desencantado. Por un instante había querido creer que quizá ella se hubiese quedado dormida en la tumbona, y que a lo mejor no había oído cómo la llamaba.

El haz de luz del teléfono iluminó unas manchas oscuras en el suelo. Se acercó con curiosidad para ver de qué podía tratarse. Se puso en cuclillas y enfocó la zona directamente. Había un pequeño charquito rodeado por varias gotas de color pardo. Parecía húmedo. Acercó los dedos y lo tocó. Sí, no estaba seco. Se frotó el índice y el pulgar, mirándolos con interés.

El reconocimiento de lo que era aquella sustancia le golpeó con fuerza y le hizo dar un respingo. ¡Sangre! ¡Era sangre! Se puso de pie con precipitación y alumbró todo el suelo de la azotea, con frenesí. Sintió cómo se le erizaban los pelos de la nuca según iba hallando más y más gotas.

¡¿Qué demonios había pasado allí?!

¡Dios! ¡Tana!

Comenzó a respirar con dificultad. El rastro de sangre conducía a las escaleras. ¡Joder! ¿Cómo no lo había visto antes? Lo siguió con premura, agarrando el móvil con fuerza. Las gotas llegaban hasta abajo; la última de ellas, al menos la última visible, se encontraba a unos metros de la casa. La escabrosidad del terreno y el suelo de tierra oscura hacían imposible distinguir más. Soltó un exabrupto rabioso. Totalmente desconcertado y lleno de pánico comenzó a andar en círculos, alumbrando la zona, tratando de ver más allá de sus narices, lo cual era imposible con la tenue luz que desprendía el móvil.

Casi tropezando en su precipitación por llegar al coche, abrió el maletero y buscó la linterna que solía llevar allí. La sacó y la encendió. Un potente haz de luz iluminó el suelo a sus pies. Lo enfocó hacia el área donde había visto la sangre y buscó más señales. Notaba cómo una vena había empezado a palparle furiosa en la sien y tenía la mandíbula tan tensa que comenzaba a dolerle.

Hasta el momento no había sido capaz de razonar con lógica. Una niebla oscura parecía haber ocupado la parte pensante de su cerebro, pero poco a poco esta se iba despejando y, mientras trataba de encontrar más indicios, una idea comenzó a tomar forma en su cabeza.

¿Y si alguien había ido allí con ánimo de robar y al encontrarla la había atacado y la había dejado herida? Y ella, incapaz de pedir ayuda porque su teléfono se había roto, se había marchado a pie tratando de encontrar auxilio en alguna parte...

No. No terminaba de encajar.

¿Quién narices iba a haber ido hasta allí, hasta su casa, y para qué? No tenía nada de valor, absolutamente nada. Y todo el mundo en la zona lo sabía. Si alguien quisiese robar, lo haría en los hoteles o en alguna de las urbanizaciones grandes del otro lado de la meseta, no allí, en medio de la nada.

¿Y si ella misma se había resbalado y se había herido? Y al tratar de llamar a emergencias se le había caído el móvil de la azotea...

No. Demasiada sangre. En el solárium no había nada puntiagudo que pudiera haber provocado una herida. Aunque quizá se había golpeado la cabeza...

Resopló al darse cuenta de que ya se había alejado bastante de la casa y no había visto más gotas. Enfocó la linterna en todas direcciones y comenzó a gritar su nombre con desesperación.

—¡Tana! ¡Tana!

Pero solo el silencio le respondió.

Verdammt! Gruñó de manera salvaje antes de meterse la mano en el bolsillo y volver a sacar el móvil. Quizá ella, antes de que su móvil se hubiera hecho añicos, le había dejado algún mensaje o le había llamado, aunque no había visto ninguna llamada perdida. No obstante lo desbloqueó y buscó en el listado. Su corazón se saltó un

par de latidos al darse cuenta de que sí aparecía su nombre. ¡Llamadas rechazadas! E incluso una aceptada de quince segundos de duración. Todas ellas de hacía una hora aproximadamente.

¿Cómo era eso posible? ¿Quién cojones había contestado su móvil? Arrugó la frente. Él había estado en el agua con el grupo de alumnos y había dejado el aparato en la mochila, en la arena, como siempre.

El nombre acudió a su cabeza como un fogonazo.

Susan.

Después de la pequeña confrontación, Susan no había querido meterse en el agua con los demás aduciendo que no se encontraba bien, y se había quedado en la toalla al lado de sus cosas. ¡Mierda, mierda, mierda! ¿Qué narices le habría dicho a Tana? ¿Y quién cojones se había creído que era para contestar su teléfono? Rugió furioso.

«Cálmate. Ahora no importa lo que Susan le haya podido decir. Ahora lo importante es encontrarla. Tienes que mantener la sangre fría».

Perder los nervios no le iba a ayudar demasiado. Respiró hondo y trató de serenarse. Con la mano algo temblorosa, marcó el número de su hotel. Quizá hubiera regresado de alguna manera. Pero unos minutos después esa tonta teoría se caía por los suelos. El recepcionista le informó de que ella no había aparecido por allí. La llave de su habitación estaba en el casillero.

—Dios Santo, Tana... ¿qué es lo que ha pasado? —susurró con angustia, escudriñando la negrura de la noche. Pensar que ella podía estar por ahí, perdida en el desierto, a oscuras y herida, le hacía querer gritar.

El móvil comenzó a sonar en su mano, sobresaltándole. Miró la pantalla y vio el nombre de su vecino más cercano, Tom. Vivía con su mujer y sus dos hijos en una casita similar a la suya a unos tres kilómetros de distancia.

—Dime, Tom —respondió con impaciencia. No tenía tiempo para conversaciones banales.

—Till, te llamo para decirte que estamos en el hospital con tu amiga.

El corazón le dio un vuelco al escuchar aquello.

—¿Está bien? —gritó, aferrando el móvil con fuerza mientras echaba a correr hacia su coche.

—No lo sabemos. Estamos en la sala de espera. Íbamos camino de casa cuando nos la hemos encontrado andando por la carretera que baja al pueblo. Estaba sangrando y se ha desmayado. Lo único que ha podido decirnos antes de perder el conocimiento es que te conocía.

—¿En qué hospital estáis? —Mientras preguntaba esto ya había arrancado y levantaba una espesa nube de polvo con los neumáticos.

—En el del pueblo.

Till no dijo más, colgó, arrojó el móvil al asiento del pasajero y enfiló hacia la carretera con rapidez. Las ruedas derraparon en la irregular superficie en un par de ocasiones, pero no aminoró la velocidad. Por el contrario, pisó el acelerador y condujo como un loco durante todo el trayecto, saliéndose de la rústica calzada varias veces.

—Por favor, que esté bien... Por favor, que esté bien —repetía en voz baja todo el tiempo, como si fuera una letanía.

Diez minutos después llegaba a la calle donde se encontraba el hospital. El edificio de dos plantas era diminuto, casi no podía considerársele un hospital de verdad, más bien un centro de salud de barrio, pero disponía de servicio de urgencias y de especialidades como pudo leer en la fachada al aparcar frente a la puerta junto a la camioneta de Tom. Apenas si había tenido tiempo de bajarse del vehículo, cuando el mismo Tom le salió al encuentro.

—Hola, Till —le saludó.

—¿Sabéis algo? ¿Os han dicho algo? —inquirió nervioso, atravesando las puertas de cristal que llevaban a la recepción a toda prisa.

—No. No sabemos nada. Solo lo que te he dicho por teléfono.

—Disculpe —se dirigió a la enfermera que había tras el mostrador—. Han traído a una mujer hace un rato y quisiera saber cómo se encuentra. Su nombre es Cayetana Martínez.

—¿Es usted un familiar? —le preguntó sin levantar la vista de la pantalla del ordenador.

—Es mi pareja —contestó con exasperación. ¿Qué más daba lo que fuese? ¿Acaso no entendía que necesitaba saber si estaba bien?

—Ahora mismo está siendo atendida. Aguarde en la sala de espera y el doctor no tardará en ir a verle —repuso con toda la tranquilidad del mundo.

—Pero ¿está bien? —casi gritó.

—Aguarde en la sala de espera y el doctor no tardará en ir a verle —repitió con algo de impaciencia.

Till apretó los labios y contuvo el taco que había estado a punto de soltar. Se dio la vuelta con brusquedad.

—Ven —le dijo Tom, apoyándole la mano en el brazo—. Marta está en la sala de espera con los niños.

Se dejó guiar poco convencido, lanzándole una mirada cargada de reproche a la enfermera.

Marta se levantó cuando los vio aparecer por la puerta. Se acercó a él y le dio un abrazo. Sus dos hijos, Tom y Samuel estaban sentados en el suelo y jugaban con unos coches de plástico. No había nadie más en la sala.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Yo estoy bien. ¿Qué es lo que ha pasado?

Ella suspiró.

—Como te ha dicho Tom, íbamos camino de casa y poco antes del desvío nos la encontramos andando por la carretera. La verdad, casi ni la vimos. Ya había anochecido. Fue Samuel el que la vio y nos avisó. Paramos el coche y la recogimos. Estaba empapada en sudor y no tardó en perder el conocimiento. Yo creo que estaba en estado de shock... Dijo tu nombre un par de veces, por eso te llamamos en cuanto llegamos.

—Tom dice que estaba sangrando... y yo encontré sangre en casa... —dijo, mirándola de manera inquisitiva.

Marta arrugó la frente y miró a su marido de reojo.

—Till, esa chica... ¿está embarazada? —preguntó al cabo de unos segundos en voz muy baja.

Él entornó los ojos y la agarró por los hombros.

—Sí, ¿por qué?

—No me hagas mucho caso porque no soy médico... —musitó algo insegura—, pero tenía los muslos y la falda manchados de sangre... ¡No! —añadió al ver que a él se le demudaba el semblante—. Eso no quiere decir nada. Es mejor esperar al médico.

Till la soltó y se dio la vuelta. Tom le llamó, pero le ignoró. Una pesadez increíble comenzaba a formársele en el pecho. Se llevó la mano al esternón y presionó con fuerza, como si así fuera a hacer desaparecer el enorme nudo que empezaba a ahogarle. Dejó caer la cabeza hacia delante.

Los muslos y la falda... sangre...

—*Nein, nein... Gott!*^[113]—murmuró con la voz entrecortada.

—Till —escuchó la voz de Marta a su espalda al tiempo que notó cómo le posaba una mano sobre el hombro—. El niño... ¿es tuyo? —le preguntó con suavidad.

No pudo responder con palabras. Se limitó a asentir.

—No adelantes acontecimientos —le habló con mucha serenidad—. El sangrado en los primeros meses de embarazo no siempre significa lo que tú crees. Espera a que venga el médico y nos cuente.

Se dio la vuelta y la miró. Ella parecía muy calmada; quizá en otro momento y en otro lugar esa calma se le hubiera contagiado, pero no fue así. Tenía un mal presentimiento. Un muy mal presentimiento. Se apartó de ella y se dirigió a una de las sillas del otro extremo de la sala. Se dejó caer sobre ella y apoyó los codos sobre las rodillas. De reojo observó a los dos niños que jugaban en el suelo.

—Podéis marcharos a casa. Muchas gracias por todo.

—Nos quedamos —dijo Marta con firmeza con un tono de voz que no admitía réplica alguna. Tom la secundó con energía.

Till alzó la mirada y la fijó en ambos. Los conocía desde su llegada a México. Tom era el agente inmobiliario que le había conseguido la casita donde vivía y Marta trabajaba en la Biblioteca Municipal. Desde el primer momento habían hecho buenas migas. Cenaba con ellos de vez en cuando y en una ocasión se había llevado a Tom y Samuel a la playa y les había enseñado los conceptos básicos del surf. Los niños le miraban con timidez como si no supieran cómo actuar con él. Les dirigió una sonrisa algo

forzada antes de girar la cabeza hacia la puerta. No pudo evitar observarla con ansiedad, esperando que alguien del personal entrara de un momento a otro y le dijera algo. Lo que fuese.

Cerró los ojos y lleno de angustia se imaginó lo terrible que tenía que haber sido la situación para ella. La imagen de Tana en su solárium, sola, mientras comenzaba a sangrar no se le quería ir de la cabeza. Apenas si podía soportar pensar en la desesperación que tenía que haber sentido al perder su móvil y verse totalmente desamparada. ¡Y antes había intentado llamarle y pedirle ayuda! ¡Y la gilipollas de Susan había rechazado las llamadas! ¡Dios, qué ganas de matarla! Cuando la tuviese delante no sabía cómo iba a reaccionar. Apretó los puños con fuerza, iracundo.

¡Joder! ¿Por qué cojones tenía que vivir tan lejos de todo?, se recriminó en silencio. Y mientras todo eso sucedía él había estado tan tranquilo, en la playa, sobre su tabla de surf, fantaseando con hijos imaginarios y construyendo estúpidas quimeras en el aire...

No había estado con ella.

La había dejado sola.

«No es culpa tuya. No habrías podido evitarlo».

Sacudió la cabeza con energía. Sabía que tendía a inculparse y a buscar siempre el error en él mismo, pero en ese caso tenía la sensación de que el verdadero responsable de todo sí era él. Por muy lógica que sonase esa voz tratando de eximirle, no podía evitar sentirlo así. Si hubiera atendido el teléfono o hubiese visto las llamadas perdidas, podría haber hecho algo. Si solo hubiese estado más pendiente...

El dolor sordo que había anidado en su pecho se hizo más profundo. Deseaba creer en lo que le había dicho Marta, que un sangrado no tenía por qué significar un aborto. Pero su intuición le decía otra cosa.

Enterró la cara en las manos y dejó escapar un gemido.

No tenía ni idea de cuánto tiempo habría pasado. Sabía que Tom y Marta habían salido y que le habían traído un café de máquina que se había tomado de manera mecánica; que habían montado una cama improvisada juntando varias sillas para que Tom y Samuel pudieran dormir. Sabía también que una enfermera había pasado por allí, pero no les había podido dar ninguna información.

Consiguió reparar el móvil de Tana y eso le mantuvo algo entretenido, pero el resto del tiempo lo pasó sumido en una neblina opaca, mirando la puerta cada vez que escuchaba algún ruido; e imaginándose mil escenarios a cuál más terrible. Y en todo momento su nombre resonaba en su cabeza y su cara bailaba ante sus ojos cada vez que los cerraba.

Tana...

¡Dios! La espera estaba resultando insoportable.

Y cuando ya pensaba que no iba a poder aguantarlo más, las puertas se abrieron y un médico con un pijama verde y un ridículo gorro de color morado apareció ante ellos.

—¿Son ustedes los familiares de Cayetana Martínez? —preguntó con su melódico acento mexicano.

—Soy su pareja —dijo él con ansiedad, levantándose y aproximándose al recién llegado con rapidez.

—Soy Emiliano Guzmán, el médico que la ha atendido. —Le tendió la mano y luego hizo una pausa antes de seguir hablando—. La señora Martínez Soto está bien.

Till sintió cómo se le aflojaban algo los músculos de los hombros al escuchar aquello, pero la opresión que sentía en el pecho no se desvaneció. Sabía a ciencia cierta lo que el médico iba a decir a continuación. Su rostro amable y su gesto en extremo bondadoso le delataban. Esperó en silencio y con impasibilidad a que le diesen las malas noticias.

—Lamento comunicarle que ha perdido al bebé que estaba esperando.

Capítulo Veintinueve

Vacía.

Así se sentía.

Lo cual era insólito porque en sus tres meses de embarazo no había tenido una vinculación demasiado fuerte con el bebé. Y sin embargo, ahora que sabía que ya no se encontraba ahí, sentía como si le hubieran arrancado un trocito de su ser.

Y lo peor de todo era que no notaba ningún dolor. El efecto de la anestesia local todavía no se había disipado y, aunque percibía cierto entumecimiento de cintura para abajo, le parecía grotesco no sentir nada más físicamente. Cuando a uno le cortaban un pedazo, ¿no debería al menos ser consciente de ello?

Fijó la mirada en la pared de color verde claro que tenía frente a ella. Pestañeó. Tenía los ojos secos. Recordaba que había llorado antes, en la azotea, mientras su cuerpo se sacudía por efecto de los calambres y la vida que llevaba dentro se iba deslizando fuera de ella poco a poco. También había sollozado después, cuando avanzaba a trompicones por el camino de tierra, cuidando de no tropezar en la oscuridad. Ahí los espasmos ya no habían sido tan intensos, pero su debilidad había ido en aumento.

Sí, había derramado lágrimas cuando todavía pensaba que quizá no fuera demasiado tarde. Cuando todavía había tenido un atisbo de esperanza.

Ya no.

¿De qué le iba a servir llorar ahora?

Ya no había nada por lo que llorar.

Cuando despertó en el hospital, un tal Emiliano Guzmán, el ginecólogo que estaba de guardia esa noche, le había explicado con amabilidad lo que había sucedido. Su pérdida de consciencia no tenía nada que ver con su embarazo, sino con una bajada de azúcar, al parecer ocasionada porque no había ingerido alimento alguno en las últimas horas. Le habían inyectado glucosa y se había

recuperado rápidamente. Luego, el médico había adoptado una actitud algo más taciturna para hablarle sobre su embarazo y la pérdida de sangre. Incluso antes de que él abriera la boca, Tana ya sabía que había sufrido un aborto espontáneo. El doctor Guzmán, acompañado de una sonrisa comprensiva y una mirada compungida, le había dicho que muchos embarazos se veían interrumpidos en las primeras semanas de gestación sin ningún motivo en particular. Después le había explicado que iban a tener que practicarle un legrado para eliminar los restos que habían quedado en su interior.

Restos.

La palabra danzaba en su cabeza.

Restos.

Apretó los labios y se negó a dejarse llevar por algo que se asemejaba bastante a la melancolía. No tenía sentido.

Y sin embargo...

Se llevó las manos al abdomen, cubierto por una sábana blanca de hospital, y las dejó allí. No notaba nada.

En ese momento una enfermera entró en la habitación, sobresaltándola. Sintiéndose estúpida, retiró las manos con rapidez. La otra la miró con una sonrisa comprensiva como si supiera lo que estaba pensando. Tana estuvo a punto de sonrojarse.

—Quiero irme. —Le costó hablar. Tenía la garganta seca.

La enfermera se mostró contrariada.

—Mañana le darán el alta.

—Quiero irme ahora —repitió con terquedad.

—Voy a buscar al doctor Guzmán para que hable con usted.

Ahora mismo está afuera con su marido.

¿Marido? Tana frunció el ceño, perpleja.

—No estoy casada.

—Su novio, su prometido —rectificó la enfermera—. Llegó aquí hace un rato y está en la sala de espera con la pareja que la trajo.

¿Till? ¿Till estaba ahí?

—Voy a buscar al doctor Guzmán —repitió, y desapareció de su campo de visión.

Tana cerró los ojos. ¿Cómo se había enterado Till de lo sucedido? ¿Quién le había avisado? A duras penas recordaba

haber abandonado su casa y haberse internado en el paisaje crepuscular tratando de seguir la carretera por donde la había llevado el taxi. No sabía cuánto tiempo había andado, pero ya se había hecho de noche cuando vio los faros de un vehículo que se acercaba. Se había sentido tremendamente aliviada. La camioneta, pues eso era, había frenado frente a ella y una mujer mexicana, no mucho más alta que ella, había descendido para ayudarla. Le había hecho muchas preguntas en español y en inglés, pero Tana no había respondido ninguna. En el vehículo también viajaban el marido norteamericano y los dos hijos de la pareja, que la habían mirado aterrorizados cuando se había sentado en la parte trasera junto a su madre. El resto era difuso. Creía recordar que habían hablado entre ellos en inglés, algo sobre un hospital. Pero nada más. Luego debía de haberse desmayado.

No sabía quién ni cómo, pero alguien había informado a Till de lo que le había pasado. Una mezcla de alivio y rechazo la embargó. Se sentía aliviada por no estar sola, pero al mismo tiempo lo último que deseaba era verle. No quería hablar con él, mirarle a la cara y tener que enfrentarse a... a... ¿qué? Ni siquiera lo sabía.

Quería estar sola.

—Me han dicho que quería verme. —La voz del doctor Guzmán le hizo abrir los ojos.

El médico, de complexión robusta y tez morena, le sonreía desde la puerta. Seguía llevando el pijama verde y el gorro morado que había utilizado durante su intervención.

—Me gustaría marcharme —murmuró.

—Es pronto para eso. Podrá irse mañana, siempre y cuando me prometa que guardará reposo las próximas cuarenta y ocho horas. Después podrá hacer vida normal.

—Puedo guardar reposo en mi hotel —insistió ella con tozudez. Odiaba los hospitales y solo quería largarse de allí.

Él se acercó. Sus ojos oscuros la contemplaron un buen rato con conmiseración. Ella estuvo a punto de protestar y pedirle —más bien ordenarle— que no la mirase así. Le resultaba molesto.

—Es mejor que se quede —dijo él al cabo de un rato—. Todo ha salido bien y no ha habido complicaciones, aun así prefiero que pase la noche aquí.

Ella apretó los labios. De repente, tenía la urgente necesidad de salir de aquel lugar cuanto antes.

—Y yo prefiero marcharme —masculló entre dientes—. No quiero estar aquí.

—No se exalte —le dijo él con preocupación.

—Quiero solicitar el alta voluntaria. ¿Eso es posible aquí? —A pesar de que su voz se mantenía firme, notaba que la inquietud crecía dentro de ella.

—Por supuesto que es posible —dijo él—. No podemos retener a nadie en contra de su voluntad, pero sería una irresponsabilidad por mi parte...

—Usted ha dicho que estoy bien y que solo necesito reposo. Quiero reposar en mi hotel —le cortó ella con sequedad.

—Físicamente está bien, pero la noto muy alterada. No puedo dejar que se vaya y que esté sola...

—No está sola.

La voz de Till interrumpió la frase del médico.

Tana sintió como si una mano le hubiera apretado el corazón con fuerza y luego lo hubiera soltado de golpe. Levantó la vista y le miró. Estaba en el umbral de la puerta. Llevaba unos vaqueros azules y una camiseta negra y el pelo se le había salido de la coleta y le caía en mechones descuidados alrededor de la cara. Aunque parecía tranquilo, tenía los ojos empañados por la angustia. Ella se mordió la cara interna de la mejilla. No quería que él la mirara así.

El doctor Guzmán se dio la vuelta y se encaró con él.

—Quiere solicitar el alta voluntaria y marcharse a su hotel, pero yo no puedo consentir que se vaya sola.

—Como he dicho, no está sola. Yo me quedaré con ella.

Había mucha determinación en su voz y Tana, muy a su pesar, agradeció que así fuera.

El médico permaneció en silencio varios segundos. Finalmente se giró y la miró con el ceño fruncido.

—Quiero que sepa que solo dejo que se marche porque la noto muy alterada y porque sé que va a estar acompañada. Pero tiene que prometerme que va a guardar reposo y que a la mínima molestia va a contactar conmigo.

—Por supuesto —respondió Tana en voz baja pero firme. El alivio se filtraba en sus palabras.

—Voy a buscar la hoja de egreso voluntario y le voy a pedir a la enfermera que prepare la factura y me saque en un papel las indicaciones que tiene que seguir. —Esto último lo dijo mirando a Till, que asintió con gravedad. Después abandonó la habitación, dejándolos solos.

Pasaron unos segundos sin que ninguno hiciera el más leve movimiento. Ella tenía la mirada clavada en la sábana, a la altura de sus pies. Él se mantenía junto a la puerta, pero terminó por acercarse a la cama y detenerse a su lado. Parecía inseguro, como si no supiera cómo actuar. Y, ¿quién podría culparle?, se preguntó en silencio con un atisbo de su habitual sarcasmo. Nadie sabría cómo actuar en una situación así.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Estoy bien —mintió.

Después el silencio.

Tana notaba su presencia a escasos centímetros de distancia. Había una tensión más que palpable en el ambiente y el rechazo que había sentido antes se intensificó. No quería que estuviese allí.

Él trató de cogerle la mano y ella se apartó con brusquedad.

—Tana... —Sonaba dolido.

—No quiero... Quiero... —se interrumpió. No sabía qué era lo que quería o lo que no quería. Solo sabía que no deseaba que él la tocara—. Quiero irme de aquí —terminó por decir sin mirarle.

—En cuanto vuelva el médico con el alta voluntaria nos vamos —dijo él más circunspecto, alejándose unos metros—. Te llevaré a tu hotel y me quedaré contigo —añadió.

Tana levantó la vista. Él le daba la espalda. Se había metido las manos en los bolsillos de los pantalones y aunque parecía relajado, la tensión de sus músculos denotaba que no era así. Se quedó mirándole sin saber qué decir, en silencio.

—Siento mucho lo que... —comenzó él en voz baja.

—¡No quiero hablar de ello! —le interrumpió, exaltada.

Él se giró y ella apartó la mirada. No podía enfrentarse a esos ojos azules cargados de pesadumbre. Al menos no en ese momento.

—Tana...

—He dicho que no quiero hablar de ello —volvió a insistir con sequedad.

Él se acercó de nuevo a la cama, pero esta vez no trató de agarrarle la mano ni de seguir hablando. Se limitó a quedarse allí parado. Ya no tenía las manos en los bolsillos sino que las mantenía a los lados del cuerpo, cerradas en puños. Las venas de sus antebrazos sobresalían y destacaban sobre su piel.

Ella respiró hondo un par de veces tratando de calmarse. Su presencia la dejaba exhausta.

Y triste. Muy triste.

No lo entendía.

—Está bien —dijo él al cabo de un rato—. Voy a buscar al médico y ocuparme de todo.

Tana cerró los ojos y cuando volvió a abrirlos él ya no estaba en la habitación. Se había marchado dejándola sola. Se reclinó sobre la almohada y suspiró. Clavó la mirada en el techo y sus manos volvieron a deslizarse hacia su vientre. Se quedaron allí, apoyadas.

Tenía los ojos secos.

* * *

La ayudó a sentarse en el asiento delantero del vehículo y le abrochó el cinturón. Desde el desafortunado encuentro que habían tenido en la habitación del hospital, ella no le había vuelto a dirigir la palabra en ningún momento. Tenía la mirada perdida y parecía que su mente se encontrara a kilómetros de allí.

El médico le había dicho que la dejara descansar y asimilar la situación, que no tratara de hacerle hablar si a ella no le apetecía. Que no la forzase y la dejara reposar en paz.

Y eso iba a hacer.

Pero reconocía que no le iba a resultar fácil. Él mismo se encontraba desorientado e invadido por la tristeza. Cuando el doctor Guzmán había salido a buscarle a la sala de espera y le había dado la terrible noticia, se había quedado petrificado. A pesar de esperarlo, las palabras del médico habían sido algo devastador. De alguna manera, se había imaginado una vida y un futuro como padre. Había fantaseado con diferentes escenarios, a cual más loco, y se había ilusionado con esa descabellada situación.

Y ahora todo había desaparecido.

Incluso ella, la Tana de los últimos días, también se había esfumado. Era casi imposible reconocerla en esa mujer silenciosa y abstraída que se sentaba a su lado en esos momentos. Era más bien la cáscara vacía de Tana. Sus miradas se habían cruzado brevemente cuando la había levantado de la silla de ruedas para meterla en el coche, y el vacío que había visto en sus ojos le había aterrado.

Esa no era ella.

«Paciencia», se dijo por enésima vez, mientras enfilaba la carretera que llevaba a la playa. Ella necesitaba descansar y recuperarse. Era una mujer fuerte. Saldría de aquello, se repetía. Pero ni siquiera su voz interna, esa que siempre le hablaba con lógica, se mostraba demasiado convencida.

Cinco minutos después aparcaba frente a su hotel. La miró de reojo. Las farolas anaranjadas de la entrada se reflejaban en su cara y en su pelo. Permanecía impertérrita en el asiento, con la mirada clavada en el parabrisas. La recorrió de arriba abajo con los ojos. Llevaba una blusa blanca, algo arrugada, y una falda verde de vuelo. Se le contrajeron las entrañas al ver unas manchas oscuras sobre el tejido. Deseó alargar la mano y tomar la de ella, que permanecía laxa sobre su desnudo muslo. Pero no lo hizo. Ya había rechazado su roce y su consuelo en un par de ocasiones. Se apresuró en salir del coche, lo rodeó y abrió la puerta del pasajero. Ella no se resistió cuando él la cogió en brazos. Ni siquiera le miró.

El recepcionista de noche los miró con curiosidad, pero no hizo ningún comentario cuando él le pidió la llave de la habitación. Se la dio y siguió atento a la pantalla de su ordenador. Till subió las escaleras que llevaban al primer piso con rapidez pero con mucho cuidado. No tenía ni idea de si ella tendría dolores o estaría incómoda, y tampoco quería preguntarle dada su actitud distante y fría. Abrió la puerta y accedió a la habitación. Encendió la lamparita de la mesilla y la depositó sobre la cama. Se incorporó y la observó en silencio.

—¿Quieres ir al baño? ¿Ponerte cómoda? —preguntó con suavidad—. ¿Necesitas que te traiga otra ropa? —Evitó mirar su falda y las horribles manchas que salpicaban el bajo.

Ella bajó la vista y la posó exactamente donde él no había deseado mirar. Levantó una mano y, con mucha lentitud, se alisó la falda. Sus dedos rozaron las manchas con ligereza. No parecía ser consciente de lo que hacía. O quizá sí. Había algo trágico en verla así, acariciando los restos de sangre seca con dejadez. A Till se le estrechó la garganta y las ganas de gritar acudieron a su pecho.

—Tengo un pijama en el primer cajón —dijo ella con voz helada.

Él se dio la vuelta con premura y se acercó a la cómoda. Cualquier excusa era buena para huir de la amarga imagen que ella presentaba en ese momento. Abrió el cajón y encontró el pijama. Estaba compuesto por unos diminutos pantaloncitos y una camisa de tirantes de seda, color azul cielo. Se dio la vuelta y lo dejó en la cama, a su lado. Ella seguía con la mirada perdida, al menos ya no se acariciaba la falda.

—¿Quieres que me vaya o que me dé la vuelta? —inquirió nervioso al ver que comenzaba a desabrocharse los botones de la blusa. Tenía la sensación de estar presenciando un momento muy íntimo, y se sintió como un intruso.

—Da igual —murmuró con desinterés.

Se quedó allí parado a un metro escaso, incapaz de apartar la mirada de ella que se iba desnudando con lentitud, ignorando su presencia como si no estuviera allí. Fue siguiendo todos y cada uno de sus movimientos con los ojos. Ella arrojó la blusa al suelo y luego se quitó la falda y también la tiró. Llevaba un sujetador blanco y unas bragas desechables que le habían proporcionado en el hospital. A pesar de que la habían lavado, todavía se podían ver restos rojizos en sus muslos.

Tragó saliva, totalmente desbordado por la situación. Solo quería acercarse a ella y abrazarla. Estrecharla entre sus brazos y susurrarle al oído que todo iba a salir bien, aunque fuera mentira. Pero ella había creado un muro gigantesco entre ambos. Un muro de frialdad y distancia.

La pena que sentía amenazaba con estrangularle.

Ella se puso el diminuto pijama y se tumbó. En cualquier otro momento, Till habría pensado que la prenda era muy sexi, pero ahora solo podía pensar que quizá tuviera frío. Se acercó al balcón y

agarró el picaporte para cerrar la puerta y dejar fuera la ligera brisa que entraba desde el exterior.

—No. No cierres. Tengo calor.

Él se dio la vuelta. Ella se había tumbado boca arriba y tenía la mirada clavada en el techo, impasible y distante. Se sintió como un inútil. No sabía qué hacer. Ni siquiera sabía cómo dirigirse a ella. Recordó los consejos del médico. *Tiempo*, le había dicho, ante todo: *tiempo*. Cada persona era un mundo y cada cual reaccionaba de una manera diferente ante... lo que había pasado.

—Quiero dormir —dijo ella, sacándole de sus pensamientos—. ¿Puedes apagar la luz?

Antes de que él hubiera podido hacerlo, ella se giró y se tumbó de lado, dándole la espalda. Con una expresión llena de amargura en el rostro, apagó la lamparita sumiendo el dormitorio en penumbra. Contempló su silueta sobre el colchón, con impotencia y cansancio.

Al cabo de un rato se alejó hacia el balcón, salió al exterior y se acodó en la barandilla. La luna refulgía en un cielo despejado y cuajado de estrellas. Su reflejo, sobre el océano, convertía las negras aguas en plata. Las olas rompían contra el acantilado con fuerza, levantando pequeñas montañas de espuma blanca. Cerró los ojos, enterró la cabeza en las manos e ignoró la espectacular noche que se desplegaba ante él. Por un momento se permitió ser egoísta y no pensar en ella y en cómo se encontraba. Pensó en él y en el dolor que le carcomía por dentro desde que había conocido la noticia.

Jamás se imaginó que la pérdida de ese niño inesperado le pudiera afectar tanto. No lo entendía. No tenía sentido. Se sentía tan extraño...

Tan... vacío.

Capítulo Treinta

Estaba en la playa sentada en una toalla disfrutando del sol. No era una playa mediterránea. Parecía Cantabria, donde había pasado la mayor parte de sus veranos. Las olas eran altas y estallaban con fuerza contra la orilla..., pero no. No era el mar Cantábrico. Algo era diferente.

Levantó el brazo y saludó a las dos figuras que se balanceaban en el agua sobre una tabla de surf, pasado el rompiente. La más alta respondió al saludo con energía. La pequeña parecía muy concentrada mirando a su espalda.

De repente, una ola enorme comenzó a formarse justo detrás de la tabla. Poco a poco fue adquiriendo velocidad, creciendo y creciendo. Una horrible sensación premonitoria se adueñó de ella. Se puso de pie y, con una expresión cargada de temor en la cara, observó expectante lo que estaba a punto de suceder. Sabía que no debía temer nada. Él era un surfista experto, acostumbrado a ese tipo de olas, y jamás haría nada que pusiera al otro en peligro. Nunca. Pero el pavor que había anidado en su mente no se quería marchar.

La cresta de la ola gigante por fin alcanzó la tabla y el ocupante de mayor tamaño se puso de pie sobre ella de un ágil salto, sujetando al pequeño con firmeza frente a él. El agua rugía y vibraba y la ola parecía ir aumentando más y más mientras se acercaba al rompiente, arrastrando con ella la tabla y a los surfistas.

Las dos siluetas se recortaron contra el cielo azul. Parecieron quedarse suspendidas en el aire, rodeadas de espuma blanca. El tiempo se detuvo.

Y entonces desaparecieron engullidos por el mar.

Tana abrió la boca, pero ningún sonido salió por ella. Se la cubrió con ambas manos con los ojos abiertos por el terror. Dio dos pasos en dirección a la orilla, sin percatarse de que la arena le quemaba la

planta de los pies. La ola rompió con fuerza contra el suelo de arena, salpicándola.

No había tabla. No había nadie.

Miró a su alrededor frenéticamente, tratando de encontrar a las dos figuras que solo minutos antes se habían divertido en el agua. Nada.

De repente, una sombra apareció a su derecha. Alzó la vista y se encontró con sus ojos azul turquesa. Sonrió.

—¿Dónde está? —preguntó, buscando con la mirada.

—No está —respondió él—. Se ha ido. Y no va a volver.

Entonces todo se volvió oscuro y ella emitió un alarido cargado de dolor que rompió el silencio de la playa.

Se despertó sobresaltada y con la respiración jadeante. Por un instante no supo dónde se encontraba, pero entonces recordó todo de golpe: las horas pasadas en el hospital, el médico, la sangre, la angustia, el dolor, el vacío... Un sollozo ahogado le brotó de la garganta. Dejó caer la cabeza hacia un lado y enterró la cara en la almohada. Sentía un dolor sordo en el pecho, opresivo... como si le hubieran puesto un bloque de cemento encima. Respiró de modo superficial tratando de aliviar la presión que se le había concentrado allí... Después se encogió sobre sí misma y adquirió una posición fetal, abrazándose las rodillas con los brazos. Se notaba entumecida y dolorida en la zona del abdomen y entre las piernas.

El sol entraba por el balcón creando un curioso dibujo sobre el suelo de terracota. Se entretuvo mirándolo, distraída, incapaz de pensar en nada. Sabía que Till estaba en el baño; podía oír el agua de la ducha a su espalda. Prefirió no prestarle atención y concentrarse en la forma geométrica que el rayo de sol esbozaba sobre las baldosas. Pero algunas cosas eran difíciles de ignorar y, cuando transcurridos unos minutos la puerta del baño se abrió, ella ya estaba alerta y centrada en su presencia, a pesar de que no deseaba encararse con él.

—Buenos días —le oyó decir.

Y su voz, esa voz que siempre le había parecido sexi y estimulante, la irritó. ¿No sonaba demasiado jovial?

—Buenos días —respondió entre dientes.

—¿Te encuentras bien?

—Sí.

Hubo una incómoda pausa después del monosílabo.

—¿Tienes hambre? He pedido que nos suban el desayuno.

—Me da igual.

—¿Necesitas ayuda? —Un timbre desesperado se filtraba en sus palabras—. ¿Quieres ir al baño?

Terminó por incorporarse con lentitud y se enfrentó a su mirada. Sus ojos turquesa, preciosos y profundos, la contemplaban en silencio. Solo llevaba una toalla anudada a las caderas y su pelo largo y sedoso le caía húmedo sobre los hombros. Estaba tan guapo como siempre, quizá más, pero ella solo pudo sentir una rara tristeza al verle.

—No necesito ayuda —dijo al fin, y se levantó con cuidado. Se le torció el gesto al sentir un calambre. Él se acercó con rapidez, pero ella alzó la mano, frenándole—. De veras. No necesito ayuda. Solo déjame ir a mi ritmo.

Él se apartó, con desgana, pero lo hizo. Ella pasó por su lado evitando mirarle, pero muy consciente de que la seguía con los ojos. Su cuerpo, casi desnudo y mojado, irradiaba tensión. Por el rabillo del ojo vio cómo él movía el brazo, como si quisiera retenerla. Se arrepintió en el último momento y ella lo agradeció en silencio. No creía poder soportar el contacto de su piel. Se sentía demasiado expuesta, demasiado en carne viva...

Cerró la puerta del baño tras de sí y se apoyó en ella. Estaba temblando y no sabía si era debido al esfuerzo físico o al mental. Jamás se había sentido así, tan insegura y tan confusa, tan frágil y tan triste. No lo entendía. Perder al niño no había sido agradable, pero su instinto maternal tampoco había sido tan fuerte. No podía decirse que lo hubiera deseado con todas sus fuerzas; incluso le había costado asimilar lo de su embarazo y había visto más contras que pros en su estado.

Sintió congoja y una enorme sensación de culpa. Aunque no sonara demasiado lógico, en el fondo no podía evitar sentirse responsable por la pérdida del bebé. Quizá no lo había deseado lo suficiente y por eso no había sobrevivido. Quizá, inconscientemente, no se había cuidado bastante. Quizá...

Casi con violencia se despojó del pijama y la ropa interior y se metió en la ducha. Dejó que el agua le cayera sobre la nuca, aliviando algo la tensión que se le había concentrado en ella. Estaba agotada. No había dormido bien. Se había pasado toda la noche teniendo pesadillas. La mayor parte de ellas, por lo poco que recordaba, protagonizadas por un niño que siempre terminaba desapareciendo al final...

Y por Till.

En todas ellas estaba Till.

Tenía sentimientos encontrados, como si los últimos días que había pasado junto a él, aprendiendo a conocerle y enamorándose poco a poco, se hubieran esfumado súbitamente, dando paso a una maraña de amargura, rechazo, tristeza y rencor. Cada vez que le miraba solo podía pensar que él también era en parte responsable de todo lo que había sucedido. ¿Dónde diablos había estado cuando ella le necesitó? ¿Por qué no había cogido el teléfono? ¿Con quién había estado? Todavía recordaba la voz de esa chica diciéndole que dejara de molestarle con ese tono altanero... ¡Joder!

Y luego él se había presentado en el hospital, angustiado, queriendo hacerse cargo de todo, pero ¿y antes?

Apoyó la frente en los azulejos. Sabía que su sentido común se estaba viendo comprometido y que no era capaz de pensar con racionalidad. Pero es que estaba tan cansada... Solo quería volver a la cama y dormir.

«Imposible con Loki esperándote en el dormitorio».

Un fogonazo de su habitual sarcasmo brilló en la frase que resonó en su cabeza. Pero se apagó con rapidez. Tenía que hablar con Till, era consciente de ello. Y no había sarcasmo suficiente en el mundo que pudiera ayudarla a pasar por ese trago sin salir perjudicada.

Se sentía tan débil...

* * *

Había dormido en el sofá. Aunque decir dormir era un eufemismo. Había pasado la noche en vela, contemplando su silueta con preocupación, dispuesto a salir disparado con ella al hospital a la mínima señal de alarma. No había sido necesario, aunque señales de alarma había habido muchas. Impotente, había

sido mudo espectador de las múltiples pesadillas que había tenido y que la habían despertado. Fingiéndose el dormido, a sabiendas de que ella no deseaba que fuera testigo de su angustia, había esperado que volviera a dormirse para acercarse y vigilar su sueño como una leona vigilaba a sus crías recién nacidas. Se había quedado de pie a su lado más tiempo del necesario, escuchando su respiración y contemplándola. La placidez del sueño hacía desaparecer su dureza y su frialdad y mostraba solo lo que había debajo de todo aquello: una mujer frágil que necesitaba que alguien cuidara de ella.

Si solo le dejara...

Pero el amanecer había llegado, y con él, la indiferencia. Antes de huir al baño había vuelto a hablarle de esa manera que le hacía sentir inseguro e inepto... Suspiró. Estaba agotado. Y no era por la falta de sueño. No. Era porque jamás se había visto en una situación parecida y no tenía ni idea de si iba a poder estar a la altura de las circunstancias. Sabía que tenía que olvidarse de su propio desconsuelo para ocuparse del de ella. Tana era la importante ahora y le necesitaba, aunque no quisiera aceptarlo.

Se pasó la mano por el pelo con nerviosismo. Todavía estaba húmedo, pero se lo había recogido igualmente. Se había puesto los vaqueros y la camiseta del día anterior. No tenía otra ropa. Se acercó al carrito que el camarero les había llevado hacía unos minutos y se sirvió una taza de café. Bebió un sorbo e hizo una mueca. Lástima que el brebaje fuese tan flojo. Hubiera necesitado algo más potente. Se quedó mirando la puerta del baño, vacilante. Si ella no salía pronto, todo el contenido de la bandeja estaría frío. No deseaba molestarla ni invadir su privacidad, pero...

La decisión de molestarla o no le fue arrebatada en ese mismo momento. La puerta del baño se abrió y Tana apareció en el umbral. Llevaba un albornoz blanco con el nombre del hotel estampado sobre la parte derecha del pecho que le quedaba enorme. Tenía el pelo mojado, empapado más bien. Goteaba.

Una mezcla de cariño y algo más que no supo identificar le poseyó al verla así, con ese desacostumbrado aspecto algo desvalido y casi infantil. Agarró la taza con fuerza tratando de contener sus emociones.

—¿Quieres un café? —le preguntó de manera impersonal.

—Sí —murmuró ella, dirigiéndose a la cama y tomando asiento en el borde. No le había mirado en ningún momento.

Till sirvió una taza y se acercó. Se la tendió. Ella la tomó sin alzar la vista.

Scheisse! No sabía si iba a poder soportar tanta indiferencia.

Mientras ella se tomaba el café en silencio con la mirada prendida en algún punto al otro lado de la habitación, decidió ser algo más audaz y directo. Sin pensarlo demasiado, se sentó a su lado. Ella se tensó, pero no se alejó, y eso le dio alas. Cogió la toalla que había utilizado para secarse, que había dejado antes sobre la cama, y comenzó a pasársela por el pelo con mucha delicadeza. Apenas si ejercía presión. Realmente ni siquiera quería secárselo, era un gesto que pretendía ser reconfortante y cariñoso. Con extrema lentitud, fue acariciando —ya que eran más caricias que otra cosa— cada oscuro mechón, sin dejar de observar su perfil, que era lo único que podía ver desde su posición. Ella no se había inmutado. Seguía mirando al frente. Había apoyado la taza sobre sus rodillas y permanecía quieta y en silencio, dejando que él continuara.

Y Till continuó.

Estaba más nervioso de lo que le hubiese gustado admitir. Lo notaba en las manos. Le temblaban. La hubiera estrechado entre sus brazos. Deseaba poder abrazarla y susurrarle al oído que no estaba sola, que él estaba ahí... Pero decidió que era mejor no tentar a la suerte y tener paciencia. Al menos no le había rechazado. Eso era una buena señal, se dijo, esperanzado. Le apartó un mechón de pelo de la cara con la punta de los dedos y al notar la suavidad de su piel le ardió el pecho. ¡Dios Santo! Esa mujer conseguía lo que no había conseguido nadie antes. Le hacía perder la cordura y le convertía en una especie de macho alfa, ansioso por protegerla, por cuidarla... Ávido por preservarla de todo mal, de cualquier dolor... Apretó las mandíbulas con fiereza. Librarla del dolor no había estado en sus manos...

No pudo resistirse. Con la excusa de apartarle otro mechón de la mejilla, volvió a rozarla, y esta vez dejó los dedos allí, inmóviles. Ella giró la cabeza, permitiendo así que su mano le acunara el rostro con

suavidad. Se le encogió el pecho, conmovido. Sus ojos entraron en contacto. Había una tormenta en esos pozos oscuros. Confusión, tristeza, pena, miedo y rechazo. Todo aquello pudo ver él en la milésima de segundo en que sus miradas se encontraron. Luego ella bajó la vista y, delicadamente pero con firmeza, le cogió por la muñeca y le apartó la mano.

—Tana... —susurró. Y se odió al escuchar que la voz le salía entrecortada y con un matiz dolido.

Ella le ignoró. Se llevó la taza a los labios y le dio un sorbo al café. Parecía bastante calmada, aunque quizá toda aquella tranquilidad fuera impostada.

—Háblame —insistió él, impotente.

Ella suspiró.

—Hablar... sí, hablar... tenemos que hablar... —comenzó con vacilación. Se inclinó y dejó la taza sobre la mesilla—. No sé qué decir.

—Ha sido terrible lo que ha sucedido...

—¿Terrible? Sí, supongo que sí...

—Lamento tanto no haber estado ahí, contigo.

Ella alzó la vista y le miró con resentimiento.

—Tu amiga me dijo que estabas muy ocupado —dijo, desdeñosa.

—¡Susan! —gruñó—. No es mi amiga y puedes estar segura de que cuando la vea se lo haré saber —farfulló él, enfadado—. Yo estaba en el agua con otros alumnos. No sé por qué cojones cogió mi móvil.

—Supongo que ella no tiene tan claro que no es tu amiga —se rio con amargura—. De todas maneras ya da igual, ¿no crees? Es demasiado tarde para lamentar nada —dijo con indiferencia—. Se acabó.

Él entornó los ojos y trató de escudriñar su expresión. Ese *Se acabó* había sonado muy rotundo, como una despedida definitiva.

—Aquí no me siento bien —continuó ella—. Quiero volver a casa.

A él se le revolvió el estómago al escuchar aquello. Quería volver a España. Quería marcharse. «Claro, imbécil. ¿Qué creías que iba a pasar ahora?». Frunció el ceño. No soportaba pensar que iba a

tener que separarse de ella. No así. No después de lo que había pasado.

—Quiero retomar mi vida y olvidarme de esto. —Hizo un gesto vago con la mano, señalando la habitación, a sí misma e incluso a él—. Solo quiero volver a mi trabajo y seguir adelante.

Él tragó saliva con dificultad. No sabía qué decir. La contemplaba en silencio como un cretino.

—Quizá haya sido mejor así —murmuró ella.

—¿Cómo? ¿Qué estás diciendo, Tana? —reaccionó al fin. Se levantó y se paró frente a ella—. ¿Estás diciendo que lo que ha sucedido quizá haya sido lo mejor? ¿Mejor para quién?

—Mejor para todos —respondió alzando la vista—. Vaya dos padres que hubiésemos sido. Yo soy una mujer de negocios y no tengo tiempo para ocuparme de un bebé. —La amargura rezumaba en todas y cada una de sus palabras—. Y tú... tú no eres lo que se dice una persona responsable...

Él se puso rígido. De buena gana la habría cogido por los hombros, obligándola a levantarse, y la habría zarandeado con todas sus fuerzas.

—¿Otra vez vuelves con eso de que no soy responsable? Creía que ya lo habíamos dejado atrás —repuso con ira contenida.

Ella no reaccionó de inmediato. Le contempló con intensidad, pero pronto se le enturbió la mirada y pareció perderse dentro de sus propios pensamientos.

—No estabas ahí —musitó, de repente.

Till sintió como si le hubieran arrancado el alma de cuajo. Él mismo se lo había echado en cara cientos de veces, pero escuchárselo decir a ella le partía en dos.

—Lo sé —murmuró sin poder evitar que el desconsuelo se colase en sus palabras—. Y créeme cuando te digo que no hay nada que me entristezca más...

—¿Triste? ¿Tú estás triste? —le espetó con sarcasmo, sorprendiéndole—. ¿Qué sabes tú lo que es la tristeza? No tienes ni idea de lo que es sentir esos calambres horribles mientras sangras y solo puedes pensar que es tu culpa que todo eso esté sucediendo. —Se levantó y se llevó una mano al cuello. Había comenzado a respirar muy agitada—. No sabes lo que es que te vacíen y que te

arranquen un trocito de tu ser... y que lo llamen *restos* —soltó una carcajada histérica, sacudiendo la cabeza a un lado y al otro—. *¡Restos!* —repitió atormentada—. Tú no tienes ni idea de lo que es la tristeza —le tembló la voz—. *¡No estabas ahí!*

Till se quedó petrificado contemplando cómo ella se derrumbaba ante sus ojos. Toda la ira que había sentido segundos antes desapareció barrida por el dolor que le provocaba verla así. Apenas podía imaginarse el horror por el que ella había tenido que pasar. Impotente, dio un paso al frente y la sujetó por los brazos con delicadeza, pero ella se soltó con brusquedad y se alejó. Acertó a ver una mirada torturada en sus ojos antes de que le diera la espalda.

—Tana...

—Te juro que si alguna vez te necesité fue en ese momento —le interrumpió, siseante—. Y no estabas.

—¡Tana! ¡Por Dios! No digas eso —susurró siguiéndola con la mirada mientras se frotaba las sienes con fuerza.

—Te digo lo que pienso, lo que siento... No sé por qué confié en ti. No sé en qué narices estaba pensando para creer que habías cambiado, que podías ser el padre de mi hijo. —Comenzó a dar pequeños paseos por la habitación con el rostro desencajado—. ¡Qué estúpida fui! ¡Qué estúpida fui! —murmuró para sí misma.

Él sabía que por su boca solo hablaba el dolor y que en realidad no pensaba lo que decía, ¿o sí? No podía ser verdad. Ella no podía creer en serio todo aquello.

—Tana...

Se acercó y trató de cogerla del brazo con suavidad.

Ella se desasió y clavó una mirada colérica sobre su rostro.

—¡No me toques! —masculló. Se había puesto pálida y tenía los puños apretados—. Me fallaste. Me fallaste —repitió. Y había tanta aflicción en sus ojos que él sintió como si le clavaran un cuchillo en las entrañas.

—*Mein Gott!*^[114] —exclamó, dando un paso atrás totalmente destrozado.

Se llevó las manos a la cabeza y trató de hilar palabras con coherencia que pudieran convencerla de que él no era el responsable, pero en el fondo, muy en el fondo, un atisbo de duda le

hizo vacilar. ¿Y si ella tenía razón? *No había estado ahí. Le había fallado.* Ahuyentó la vocecita lógica que le decía que eso no era así.

—Lo siento... —murmuró.

Pasaron varios segundos antes de que ninguno de los dos dijera nada. El silencio apenas era interrumpido por sus respiraciones agitadas y por las olas del mar que rompían con fuerza contra el acantilado.

—Me va a estallar la cabeza —dijo ella.

Él levantó la vista y la clavó sobre su rostro. Volvía a haber frialdad y distancia en su mirada, como si se arrepintiera de haber mostrado lo que verdaderamente sentía. Carraspeó, tratando de recuperar algo de serenidad.

—¿Por qué no comes algo y te tomas un analgésico? —propuso con calma.

—Sí. Lo voy a hacer.

Y, sin mirarle, se acercó al carrito del desayuno. Inspeccionó el contenido de los platos y terminó por servirse una tostada y una pequeña porción de huevos revueltos. Luego se dirigió al balcón y accedió al exterior. A través de las cortinas semitransparentes, él pudo observar cómo ella tomaba asiento en el banquito de madera que acompañaba a una mesa redonda de forja. La calma que presentaba su rostro de perfil contrastaba de manera casi grotesca con la exaltación que había mostrado solo minutos antes. Esa mujer tranquila y sosegada, que se sentaba erguida, sí se asemejaba a la que él conocía. Pero ahora sabía a ciencia cierta, después de haber visto cómo perdía los estribos, que había otra Tana debajo de toda aquella sobriedad. Una Tana que sufría.

¡Dios! ¿Cómo narices iba a ayudarla a pasar por todo eso si él mismo estaba sufriendo como un condenado? Abrió y cerró las manos convulsivamente y dejó escapar un pequeño gemido. Había sido duro, muy duro, escuchar todas aquellas recriminaciones saliendo de su boca. *Me fallaste. Me fallaste*, había dicho.

Y así había sido. La había fallado a ella y al hijo de ambos.

«No lo has hecho», le repitió esa voz machacona que le hablaba de vez en cuando.

Quizá no, quizá sí. Ya no sabía qué pensar. Lo único que tenía claro era la sensación de fracaso que se había adueñado de él y el

dolor profundo y penetrante que le ocupaba el corazón y le atenazaba la garganta. Y mientras la miraba, impasible y fría, todo, absolutamente todo lo que sentía por ella afloró y se dejó ver en sus ojos y en su postura.

Y huyó.

Huyó de la habitación con celeridad. Incapaz de aguantar ni un minuto más todas esas emociones que amenazaban con romperle y desbordarse por cada poro de su piel, por su boca, por sus ojos... Sin resuello, se detuvo en el patio junto a la fuente de piedra, que escupía un chorrito de agua con alegría. Apenas fue consciente de que había bajado las escaleras a toda velocidad o de que estaba descalzo o de que varios huéspedes le miraban con curiosidad desde el salón abierto. Cogió aire un par de veces y buscó en su interior algún rastro de serenidad para hacer uso de ella. Tenía que calmarse y pensar con lógica.

No podía perder los papeles de aquella manera.

Tenía que ser el fuerte.

Se sentó en un banco de piedra debajo de una de las palmeras y llamó a Amaya. No entró en detalles, y ella tampoco indagó demasiado al escuchar la urgencia en su tono. Se limitó a informarle de que iba a estar unos días ilocalizable. Después de colgar se entretuvo observando a unas gaviotas que volaban bajo y que, de vez en cuando, graznaban de manera desagradable.

Era consciente de que estaba haciendo tiempo. Anhelaba regresar junto a ella, y a la vez, no deseaba volver a enfrentarla.

¡Qué confuso estaba!

Dejó pasar el rato con la mirada errática sobre los huéspedes que entraban y salían. Todos parecían contentos y con ganas de disfrutar de lo que serían sus vacaciones o sus viajes de luna de miel. Todos ellos ajenos al drama en el que se había convertido su vida en un solo día. Supo que habían pasado horas por la posición del sol sobre su cabeza. La palmera que antes le había proporcionado sombra hacía rato ya que no lo hacía.

Se incorporó sin ganas y retornó a la habitación. Abrió la puerta con cuidado, no sabiendo lo que se iba a encontrar.

Tana dormía.

Envuelta en el albornoz de baño, se había quedado dormida en la cama, bocarriba. Y parecía tan serena... La contempló largo y tendido, deteniéndose brevemente en su mano derecha, que descansaba sobre la almohada. Después sus ojos bajaron hasta su vientre, donde su otra mano se posaba algo crispada, como si pretendiera sujetar algo.

Soltó un par de maldiciones en noruego y en alemán apenas murmuradas. Le ardían los ojos y se los frotó con fuerza.

Cuando retiró los dedos los tenía mojados.

Capítulo Treinta y uno

Cerró la puerta del taxi y se puso el cinturón. Vio los ojos del taxista clavados sobre su persona en el espejo retrovisor y los ignoró. Sabía que no tenía muy buen aspecto. No se había duchado, ni siquiera se había peinado en condiciones. Llevaba un vestido rojo arrugado y tenía unas ojeras impresionantes. Pero ¿a quién le importaba? No apartó la vista del salpicadero cuando el vehículo arrancó. No deseaba mirar hacia la derecha, hacia la playa donde se encontraba *su* escuela de surf. Tampoco deseaba mirar hacia la izquierda donde estaba la carretera que conducía al pueblo. Y mucho menos mirar atrás, hacia el hotel. Era más fácil y menos peligroso centrarse en el parabrisas.

Solo dos llamadas y veinte minutos habían sido necesarios para cambiar sus billetes de avión. Había contactado con la agencia de viajes hacía media hora y todo había quedado solucionado. Había reservado un vuelo para México DF que salía en cuatro horas y después de una pequeña escala de dos horas en la capital tomaría otro a Madrid. En veintidós horas estaría de regreso en casa y habría dejado todo atrás.

Le habría dejado atrás.

Sintió un nudo en la garganta al pensar en él, pero apretó los labios y lo disolvió a fuerza de voluntad.

Se había terminado.

Esa aventura extraña y utópica que apenas duró unos días había llegado a su fin, se dijo con firmeza.

Punto final.

Al despertar de madrugada y ver a Till, a un Till que incluso dormido presentaba un rictus preocupado en la cara, durmiendo a su lado, había sentido una enorme opresión en el pecho. Se había quedado mirándole mientras notaba cómo su cuerpo reaccionaba a su presencia con los síntomas típicos de un ataque de ansiedad: sudoración, palpitaciones, ahogo e incluso temblores. Con mucha

dificultad, había abandonado la cama y se había refugiado en el baño. Agarrada al lavabo, hiperventilando y con el rostro demudado, había contemplado la imagen que se reflejaba en el espejo. Esa mujer pálida y trémula no era ella. A duras penas, ni siquiera sabía cómo, se había recompuesto poco a poco y había tratado de evaluar su situación con frialdad.

Necesitaba retornar a casa y encarar las cosas desde su zona de confort. Recuperarse física y emocionalmente. Volver a ser Tana. Sabía que el tiempo y la distancia harían milagros. Ella era fuerte, siempre lo había sido, por lo que no dudaba de que fuera a recuperarse. Podría con todo.

Pero no allí. Y mucho menos junto a él.

Él la volvía débil.

Así que había tomado una decisión.

Sin hacer ruido para no despertarle había regresado al dormitorio, se había vestido y recogido sus cosas con rapidez, lanzando miradas furtivas hacia el lecho. Él dormía y no se había movido ni un ápice. Se sintió como una ladrona escabulléndose a hurtadillas, pero sabía que era lo mejor. Su capacidad emocional estaba muy mermada y no se veía capaz de enfrentarse a él. El encontronazo del día anterior ya le había mostrado que no tenía la fortaleza necesaria. Se había derrumbado ante sus ojos como un edificio sin cimientos, presa de la zozobra y el dolor.

Así que esa mañana había huido como una cobarde.

Desde recepción había hecho los arreglos pertinentes para cambiar los pasajes y había llamado a un taxi, en el que se encontraba en esos momentos.

Y no se arrepentía de la decisión que había tomado. Era lo mejor. Al menos lo mejor para ella.

El coche tomó la carretera que llevaba al aeropuerto y ella observó el paisaje por la ventanilla. A la derecha se extendía el mar azul que resplandecía al sol y a la izquierda, el desierto plagado de hierbas y enormes cactus. Curioso contraste. Se engañaría a sí misma si no reconociese que el ambiente y el entorno la habían fascinado.

Eso... y él...

Notó de nuevo ese malestar que se le quería formar en la boca del estómago cada vez que pensaba en Till. ¡Mierda! Se miró el reloj con nerviosismo. Eran las nueve de la mañana. Supuso que no tardaría en despertarse y que la llamaría. Aferró el móvil y trató de prepararse para la conversación que no iba a poder evitar. Al menos iba a ser por teléfono, se dijo con algo de alivio. Eso le otorgaba cierta ventaja que su presencia abrumadora le robaba.

Como si el mero hecho de pensar en su llamada la hubiera conjurado, el aparato comenzó a vibrar en su mano. Estuvo a punto de dejarlo caer. Ni siquiera necesitó mirar la pantalla para saber quién era.

Era él.

* * *

Pestañeó varias veces con lentitud. Tenía un dolor de cabeza espantoso y una vena le palpitaba con fuerza en la sien. La luz que entraba por el balcón le hirió las retinas y tuvo que cerrar los ojos.

Scheisse!

También le dolía el cuello. Había pasado media tarde y gran parte de la noche en el incómodo sofá y, al final, casi de madrugada, se había trasladado a la cama buscando al menos dormir un par de horas. Se había acostado al lado de Tana, a una distancia prudencial, y había dejado que el sueño le venciera.

La buscó con la mirada, pero no estaba. Estaría en el baño o en la terraza, supuso.

Se incorporó y giró la cabeza a un lado y a otro. Escuchó cómo su cuello crujía; lo sentía totalmente agarrotado. Se puso de pie y alzó los brazos desentumeciendo también los músculos de los hombros. Mientras lo hacía su vista se posó sobre las puertas del armario que estaban abiertas. Frunció el ceño. Donde el día anterior habían colgado varias prendas, ahora solo perchas vacías pendían de la barra. Tuvo un mal presentimiento. Tampoco estaba la maleta que ella había dejado al lado de la cómoda. De dos zancadas se dirigió al baño. Los artículos de tocador que hacía unas horas reposaban sobre la repisa de cristal ya no se encontraban allí.

—*Nein, nein, nein... das kann nicht Wahr sein!*^[115] —exclamó. Había comenzado a respirar con agitación y su pulso se había descontrolado.

Se dio la vuelta y fue a la terraza. Por supuesto ella no estaba. ¡Claro que no estaba! Regresó al dormitorio y su mirada errática recorrió todos los rincones de la habitación, buscando... buscando, ¿qué?

¡Se había marchado!

Levantó el auricular del aparato que había sobre la mesilla y casi atropellándose con las palabras habló con el recepcionista, que le informó de que la señora Martínez Soto había pagado la cuenta y había solicitado un taxi para el aeropuerto, hacía una hora más o menos. Colgó con furia. Su dolor de cabeza empeoraba por momentos.

¿En qué narices habría estado pensando ella para largarse de aquella manera? ¡Debería estar descansando! El médico le había dicho que al menos reposara durante cuarenta y ocho horas. ¿Por qué cojones había huido así? Angustiado, cogió su móvil y lo revisó. Ni un mensaje ni una llamada. Nada.

—¡Joder, Tana! —masculló.

Invadido por la excitación, marcó su número y, con impaciencia y dando paseos por la habitación, esperó a que ella respondiera. Cuatro tonos después escuchó el característico clic.

—Hola, Till.

A pesar de que su voz era distante e impersonal, el alivio le inundó al comprobar que ella se encontraba bien. Exhaló y se dejó caer en el borde de la cama, tapándose la cara con la mano. No se había dado cuenta antes de que le temblaban las rodillas.

—*Gott!* ¡Tana! ¿Estás bien?

—Sí.

—Cuando me he despertado y he visto que no estabas... me he acojonado... Deberías estar descansando. El médico...

—Estoy bien —le interrumpió ella, cortante.

Se quedó en silencio sin saber muy bien cómo seguir. Deseaba increparle y gritarle, echarle en cara que no se hubiera despedido, pero por otro lado no tenía ni la menor idea de cómo se sentiría ella. Trató de templar la furia que pugnaba por hacerle estallar y respiró hondo, para no perder los estribos.

—¿Por qué te has ido? —preguntó al fin, intentando sonar calmado.

Ella no respondió de inmediato. Parecía estar buscando las palabras adecuadas. Solo el sonido del vehículo en marcha llegó hasta él.

—Lo necesitaba.

—Lo necesitabas —repitió.

—Sí. Necesito volver a casa.

—¿Y ya está? —Su mano se aferró al colchón con crispación—. Sin despedirte. Sin decirme nada...

Ella suspiró.

—No quería hablar contigo, la verdad.

Cerró los ojos al escuchar aquello. Solo confirmaba lo que su huida ya le había dejado entrever, aun así, todavía había tenido un pequeño atisbo de esperanza. Se puso de pie y se dirigió al balcón. Hacía un día espectacular, el sol refulgía sobre el agua creando una suerte de espejo. Pero no le prestó demasiada atención.

—Pues tenemos que hablar —replicó con rudeza.

—¿De qué iba a servir? Nada que puedas decirme o que pueda decir yo va a cambiar lo que ha pasado. Es tarde ya.

Por más que ella se expresase en ese tono gélido era evidente que estaba afectada.

—Es obvio que nada de lo que digamos va a poder cambiar lo que pasó. —Hizo una pausa y continuó en voz baja—. Pero Tana... lo que hay entre tú y yo va más allá.

Ella profirió una carcajada que sonó demasiado forzada.

—¿Tú y yo? No hay un tú y yo.

—¡Por supuesto que lo hay! —exclamó.

—Solo en tu cabeza.

—Hace solo un par de días...

—Hace un par de días había algo que nos vinculaba que hoy ya no está.

Él contó hasta diez. No dejó que la pena le envolviese. Se alborotó el pelo, exasperado.

—No digas eso —le instó entre dientes—. No creo que pienses así. Los dos sabemos que entre tú y yo hay algo más que sigue ahí.

—No —respondió ella con suma frialdad—. Ya no.

—¡Joder! Tana, por favor...

—No quiero volver a verte —zanjó—. No quiero que vuelvas a llamarme.

Se quedó inmóvil, no queriendo creer que eso que estaba escuchando de su boca fuera cierto. ¡No podía ser verdad!

—Esto no puede acabar así —replicó incrédulo.

—Esto ni siquiera tenía que haber comenzado. —El sarcasmo resonó en su voz—. Piensa en ello como una de esas aventuras de verano que seguro has tenido a miles.

—Tú no eres una jodida aventura de verano. *Scheisse!* — Sonaba desesperado y lo sabía, pero en ese momento no le importó.

—Da igual. Lo que sea. Te pido que respetes mi decisión y no vuelvas a llamarme. Es más, si lo haces, no cogeré el teléfono.

—¡Tana! —farfulló nervioso—. No me hagas esto. Vamos a hablarlo —intentó razonar con ella.

—No tenemos nada que hablar. Esto es lo que hay.

Se aferró a la barandilla con fuerza y alzó la mirada al cielo. ¡No! ¡Las cosas no se iban a acabar así!

—Voy a buscarte al aeropuerto y lo...

—¡Ni se te ocurra! —protestó con histerismo—. ¡Necesito que me dejes en paz, necesito estar sola! ¿No lo entiendes?

—¡No! ¡No lo entiendo! —escupió furioso—. Me dijiste que estabas dispuesta a conocerme, a darme una oportunidad... a tomarte lo nuestro en serio...

—¡Que no hay nada entre nosotros! —jadeó ella—. ¡Nada!

—Eso no es verdad —objetó.

—¡Por Dios! —Fue más un grito que otra cosa.

Hubo una pausa en la que solo se pudo oír las respiraciones aceleradas de ambos. Till estaba a punto de replicar, pero un sollozo ahogado al otro lado de la línea le detuvo.

—Déjame, Till. Déjame en paz... —se le quebró la voz.

Esas palabras le desarmaron y le despojaron de toda la ira que sentía. ¡Joder! Ella estaba sufriendo y él lo único que hacía era empeorarlo todo con su maldito carácter irascible.

Tana necesitaba tiempo.

Y él era un imbécil.

—Voy a colgar —susurró ella.

Estuvo a punto de suplicarle que no lo hiciera, que siguiera hablando con él, pero no lo hizo.

—¿A qué hora sale tu avión? —preguntó con fingida tranquilidad.

—A la una y media.

—¿Haces escala en México DF?

—Sí. —Se la oía cansada, agotada, en realidad.

—¿Cuándo llegarás a Madrid?

—¿Para qué quieres saberlo? —La exasperación volvió a resonar en su voz.

—Tana... me preocupo por ti.

—Pues no lo hagas. Estoy bien.

—Eso es como pedirme que deje de respirar, ¡joder! No puedo evitarlo... Eres muy importante para mí, Tana... —se interrumpió, vacilante. Era quizá demasiado arriesgado por su parte desnudar sus sentimientos así ante ella, pero tampoco había muchas más opciones. Tenía que saber lo que sentía—. Me estoy enam...

—Voy a colgar —repitió ella, cortándole con rudeza.

Él reprimió el deseo de gritar.

—Tómate tu tiempo —dijo con reticencia al cabo de unos segundos—. Te llamo en unos días.

Se hizo el silencio de nuevo.

—Till... No lo has entendido... —musitó—. No necesito tiempo para saber que ya no quiero nada contigo. Se ha terminado.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Apretó los párpados con fuerza, incapaz de aceptar que eso que ella decía fuera verdad. No dijo nada. No creía poder pronunciar ni una sola palabra. Si lo hiciera, lo más probable sería que se le rompiera la voz y terminara balbuceando como un idiota. El interruptor de su cerebro se activó en modo negación y su mente solo pudo articular un único monosílabo repetidamente: *no, no, no*, al tiempo que agitaba la cabeza a un lado y al otro.

—Adiós —se despidió ella, y antes de que él pudiera oponerse, había interrumpido la comunicación.

Siguió con el móvil pegado a la oreja, como si por el simple hecho de no apartarlo y ser perseverante fuera a traer su voz de vuelta. Se pellizcó el puente de la nariz, aturdido. Su capacidad de

reacción se había quedado atrofiada. Ignoró el sonido de las olas y el de las gaviotas e hizo caso omiso del sol que le abrasaba la nuca.

Se sentía entumecido.

Finalmente entró en el dormitorio y su mirada se posó sobre la cama en la que solo hacía dos noches había hecho el amor con ella. Joder... porque había sido eso, pensó con ferocidad. No habían follado. La había sentido temblar entre sus brazos y había percibido que entre ellos había algo más... mucho más que unos cuantos polvos.

¡Lo supo sin lugar a dudas!

¡Y ella también lo supo!

*No necesito tiempo para saber que ya no quiero nada contigo.
Se ha terminado.*

No lo creía. ¡No lo creía!

—¡Mentira! ¡Es una puta mentira! —gritó con la voz enronquecida, y arrojó el móvil contra la pared en un arranque de cólera.

Capítulo Treinta y dos

Se detuvo brevemente cortándole el paso a una pareja que iba tras ella, y trató de localizar la cara familiar entre la gente que se agolpaba al otro lado de la puerta. Estiró el cuello y buscó su cabeza morena.

—Tana —oyó que la llamaban desde algún lugar indefinido a la derecha y se giró.

Poncho.

Él se abrió paso con ligereza entre los otros que esperaban y salió a su encuentro. Estaba impecable, como siempre, con su traje azul marino, su camisa blanca y su corbata verde oliva. Todos los mechones de su pelo estaban bien peinados y una sonrisa de oreja a oreja perfilaba sus labios cuando la agarró con firmeza por el talle, la estrechó entre sus brazos y le plantó un beso en la mejilla.

—Tienes un aspecto de mierda, Mata Hari —le dijo al oído, y ella estuvo a punto de echarse a reír al escucharle decir aquello. Después de un interminable viaje de un día de duración por fin estaba en casa. El agotamiento quiso que le flojearan las piernas y se aferró a su chaqueta.

—¿Estás bien? —le preguntó él, apartándose y mirándola con preocupación.

—Estoy cansadísima.

—Ven —dijo, tomando el mando y cogiendo el asa de su maleta—. Vamos a tomar un café antes de coger el coche. Vas a necesitar fuerzas para sobrevivir al tráfico que hay hoy.

Ella lanzó una mirada a la puerta de salida. La recibió la imagen de varias personas que se apresuraban a buscar taxis con los paraguas abiertos. Ya se había percatado antes cuando el avión aterrizó. La pista estaba empapada y a través de las ovaladas ventanillas había podido ver la tromba de agua que caía del cielo.

Llovía a mares en Madrid.

Pensó que había algo de paradójico y ridículo en que el tiempo fuera el reflejo de cómo ella se sentía: gris, triste y desapacible.

Poncho ya había comenzado a andar confiando en que ella le seguía. Lo hizo, esquivando a otros pasajeros y sus maletas. Sacó el móvil del bolso y lo encendió.

No había nada. Ni llamadas ni mensajes.

Sintió una inexplicable desazón y se detuvo, haciendo que la distancia que la separaba de Poncho aumentase. ¿Qué era lo que había esperado? ¿Que él la hubiese llamado? ¿Que hubiera seguido insistiendo a pesar de todo lo que le había dicho? Se llevó una mano a la frente y se la frotó con energía. ¡Qué confusa estaba! Siguió avanzando y trató de alcanzar a su acompañante, que accedía en ese momento a la zona de cafeterías. En su prisa, se chocó contra una señora de mediana edad que caminaba muy despacio mientras tecleaba en el móvil. Estuvo a punto de soltar un exabrupto irritado, pero se controló.

—¿Café? ¿Algo de comer? —Poncho había dejado la maleta junto a una mesa al fondo y se dirigía hacia la barra.

—Solo café —dijo.

—Espérame y te lo llevo.

Tana no se hizo de rogar. Estaba muy cansada, además de sentirse entumecida y dolorida. Quizá, hacer un viaje tan largo no había sido la mejor idea del mundo, al menos no en sus condiciones. Demasiado tarde. Ya estaba hecho.

Eres muy importante para mí, Tana...

Sin venir a cuento, la frase que le había dicho Till por teléfono le resonó dentro de la cabeza por enésima vez. Se mordió el labio inferior, también por enésima vez. No quería ni pensar en lo otro... en las otras palabras que él había estado a punto de pronunciar después y que ella no estaba preparada para escuchar. Tragó saliva e intentó concentrarse en otra cosa. Observó a Poncho de reojo. Era más alto que los otros hombres que había en la cola para pagar y tenía un aire decidido y seguro que les faltaba a muchos. Era atractivo —muy atractivo—, sexi y de trato fácil. ¿Hubiese sido tan terrible enamorarse de alguien como él? Probablemente no.

Suspiró.

Volvió a coger el móvil y lo desbloqueó. En un impulso accedió a la galería de imágenes y pasó las fotos a toda velocidad con el índice. Solo había una en la que aparecían los dos juntos. Un selfi que había tomado él porque tenía el brazo más largo, había dicho. Estaban en la playa y acababan de salir del agua por lo que ambos estaban empapados. El sol les daba en la cara y ella había entornado los ojos tratando de evitarlo. Él, por el contrario, los había mantenido abiertos, convirtiendo sus pupilas en algo diminuto y haciendo que su color azul fuera mucho más intenso. Sonreía ampliamente, como si fuera el hombre más feliz del mundo. Y ella también sonreía. Mucho. Como si fuera la mujer más feliz del mundo.

Un regusto amargo acudió a su boca al recordar lo que había pasado solo un día después. Se le endureció la mirada mientras seguía mirando aquella imagen. Una imagen de algo que pudo ser, pero que no fue, y que jamás podría ser.

—No me habías dicho que lo vuestro iba tan en serio.

La voz de Poncho, a su espalda, la sobresaltó. Bloqueó el móvil con un gesto nervioso, haciendo desaparecer la traidora foto, y lo guardó en el bolso.

Poncho dejó los cafés sobre la mesa y se sentó frente a ella. La miró de manera inquisitiva mientras se echaba azúcar en el suyo y lo removía con la cucharilla de plástico. Tana era muy consciente de su escrutinio, pero no dijo nada. Cogió su taza y bebió un pequeño sorbo. El líquido caliente deslizándose por su garganta la reconfortó. Hasta ese instante no se había dado cuenta de que estaba helada. Solo llevaba el vestido de tirantes rojo y unas sandalias abiertas. Mala elección para octubre en Madrid.

—Cuéntamelo todo, vamos —dijo Poncho al final, en vista de que ella no hacía ningún esfuerzo por comunicarse con él—. Explícame por qué has adelantado tu regreso. ¿No podías haberte esperado? Y dime por qué tienes ese aspecto de trasnochada, con esas ojeras y esa cara de pena...

—Lo del mal aspecto tiene su lógica, ¿no? Salí del hotel ayer a esta hora, más o menos. Estoy agotada —repuso con vaguedad.

—No. A otro perro con ese hueso, amiguita. Te conozco como si fueras mi hermana y te he visto en muchas situaciones de tu vida,

algunas muy vergonzosas, pero esto... no. —Se inclinó hacia delante e, inesperadamente, la cogió de la mano y bajó el tono de voz poniéndose muy serio—. ¿Qué ha pasado?

Ella bajó la vista y la clavó en los dedos unidos de ambos. «Pobre Poncho. Siempre tienes que soportar mis peores noticias», se dijo en un momento de irónica lucidez antes de volver a mirarle.

—Lo he perdido —murmuró.

Él la contempló en silencio. Su expresión de perplejidad cambió a una de profunda sorpresa cuando comprendió a qué se refería ella. El apretón de su mano se hizo más firme.

—El bebé.

Ella no respondió. Tampoco había sido una pregunta, en realidad.

—¡Joder, Tana! ¿Estás bien? ¿Cómo ha sido? ¿Qué ha pasado?

No quería hablar de ello, pero tenía que hacerlo. Tenía que contárselo. Él parecía tan preocupado y angustiado...

—Pasó, sin más. Según el médico que me atendió no es infrecuente que algo así suceda en los primeros meses de embarazo —contestó de manera impersonal—. Tengo el informe de urgencias y mañana iré a ver a mi ginecóloga a... a que me hagan pruebas o algo... —le regaló una suave sonrisa forzada.

—¿Y cuándo ha pasado? Digo... me refiero... ¿no deberías estar en el hospital o... descansando...? —Se pasó una mano por el pelo con ansiedad y se descolocó su impecable peinado—. ¿Podías viajar?

—Tú ya me conoces, ¿no? Quería regresar a casa, y eso es lo que he hecho.

Él arrugó la frente y chasqueó la lengua.

—Déjame que resuma entonces —dijo con sarcasmo apenas contenido—. Te diste el alta tú misma e ignorando los consejos del médico decidiste adelantar tu viaje aun a riesgo de tu salud.

—Parecido —murmuró, apartando la vista.

—Tana, joder... parece mentira que para otras cosas seas tan madura y tan responsable, y que luego pase algo así y te la juegues —exclamó con exasperación—. ¿No podías haberte quedado? Recuperarte, antes de regresar...

—No. No podía —musitó.

Un enorme nudo le oprimió la garganta y amenazó con ahogarla. Se echó hacia atrás y recuperó su mano, que él había tenido agarrada hasta ese instante. Tragó saliva, pero el maldito nudo no quería irse.

—¿Pasó algo que no me dices? ¿Con Till? —preguntó alarmado al ver su reacción.

—No lo sé. No tengo ni idea. Él... él no tuvo la culpa —admitió con voz trémula—, pero solo el hecho de mirarle a la cara me producía... una especie de rechazo y de... dolor. —Apoyó los codos sobre la mesa y hundió la cara en las manos—. ¡Dios! Creo que fue todo demasiado para mí. No sé. Había empezado a sentir algo por él y entonces, de pronto... todo acabó. No sé ni lo que digo. —Levantó la vista y le miró—. Me siento tan... tan vacía... tan ausente...

Él guardó silencio y ella lo agradeció. Si algo valoraba de Poncho, era que jamás la presionaba. Conocía su ritmo y era capaz de ser muy paciente. Mientras seguía mirándole tratando de encontrar palabras coherentes para explicarle cómo habían sucedido las cosas, volvió a preguntarse por qué narices no se habría enamorado de él.

Pero el rostro de Till acudió a su mente como una indeseable e ingrata condena. ¡Mierda!

Bebiendo su café a pequeños sorbos, terminó por contarle todo. En voz baja pero serena le habló de los calambres, de la espantosa sensación de soledad e impotencia, del vacío que había sentido en el hospital, de su reacción al ver a Till, de cómo le había echado en cara que él era el responsable de todo, de su incapacidad para lidiar con la situación y de su huída desesperada... y de lo que le había dicho por teléfono mientras iba en el taxi...

—Le dije que todo había acabado entre nosotros, que no quería volver a saber nada de él —concluyó en un susurró con la mirada extraviada.

—Tana... me dejas... que no sé ni qué decir... —dijo él al cabo de un rato. Se había puesto pálido y tenía los ojos turbios.

—Oh, Poncho... tenías que haberle visto... No reaccionó para nada como yo esperaba. —Agitó la cabeza—. Se comportó de una manera tan... tierna... Parecía como si para él, tener un hijo, formar

una familia, fuese su sueño, lo que más deseaba... ¡Me asusté! Me aterrizó que fuera tan sincero... tan poco como yo pensaba que era... No conocía esa faceta intensa de él. Bueno... —Hizo un ademán con la mano—. Realmente no conocía ninguna faceta de él. Pero esos días que pasé a su lado... me hicieron darme cuenta de cómo es... de quién es... —Dejó de hablar y cerró los ojos un instante antes de volver a abrirlos y posarlos sobre el atribulado hombre que se sentaba frente a ella—. Creo que la pérdida del bebé le dolió mucho... muchísimo...

—Pero entonces... eso que le dijiste de que todo había terminado... No lo entiendo. —La miró desconcertado.

—No sé cómo explicarlo. Ni yo misma lo entiendo. Fue como si de pronto alguien me retirase el suelo de debajo de los pies y yo me cayese al vacío... ¡Dios! —gimió y volvió a enterrar la cara en las manos—. Solo sé que viví algo diferente a su lado y que, de repente, ya no estaba ahí y... solo mirarle me hacía daño... mucho daño... No quiero eso. No lo quiero.

—Pero...

—¡No! —replicó alzando la vista—. No me apetece volver a sentir algo así.

Él no dijo nada. Semejaba querer hacerlo, pero no lo hizo. Volvió a remover el café, sin necesidad.

—Quizá deberías replantearte tu decisión y hablar con él —dijo con suavidad.

—¡No! Estoy segura de que esto es lo mejor para mí —replicó con terquedad—. No quiero volver a tener contacto con él.

Poncho negó con la cabeza con pesadumbre.

—Si eso es lo que quieres..., pero creo que te equivocas.

—Ese es mi problema, ¿no? —repuso, seca.

No quería seguir hablando del tema y mucho menos que Poncho comenzase a analizarla o a darle consejos bienintencionados. Prefería olvidar. *Olvidarle*.

—¿Vas a contarle algo a mi hermana? —inquirió él cambiando de tema.

—¡No! No quiero que nadie sepa nada. Es algo que me gustaría que quedara entre tú y yo.

Él asintió con gravedad.

Transcurrieron unos minutos sin que ninguno dijera nada. El silencio se llenó de las conversaciones de las mesas contiguas, de una voz artificial que salía de los altavoces y de los sonidos típicos de cafetería. Inexplicablemente Tana comenzó a temblar y se abrazó a sí misma, frotándose los brazos con suavidad.

—Toma mi chaqueta —dijo Poncho, quitándosela y ofreciéndosela—. Y déjame que te lleve a casa.

—Sí, será lo mejor. —Se puso de pie y se arrebujó en la prenda que conservaba el calor del cuerpo de su dueño—. Estoy muy cansada.

—Pues vamos. —Cogió el asa de la maleta y luego le pasó un brazo por encima de los hombros, apretándola con delicadeza contra su cuerpo.

—¿Te he dado ya las gracias por ser el hombre más maravilloso del mundo? —le preguntó ella mientras echaban a andar y abandonaban la cafetería.

—Hoy todavía no.

—Gracias —murmuró—. Es tan bueno saber que te tengo a ti y a tu hombro para llorar...

—Jamás te he visto llorar —repuso él. Habían llegado a los ascensores que conducían al garaje subterráneo. Pulsó el botón y la miró con una ligera sonrisa en los labios.

Ella alzó la mirada y clavó sus ojos en los de él, que brillaban afectuosos.

—Ni me verás —respondió con firmeza.

Capítulo Treinta y tres

Introdujo la dirección en el GPS del Megane que acababa de alquilar. El aparato le informó de que no tardaría más de veinte minutos en llegar a su destino.

«Perfecto. A la hora exacta. Como si lo hubiese planeado», pensó.

Arrancó y abandonó el parking del aeropuerto; no tardó en incorporarse a la autovía. No era la primera vez que visitaba esa ciudad, pero sí era la primera que conducía por ella y el tráfico era caótico. La mayoría de los conductores no respetaba gran cosa ni las normas ni la velocidad ni los carriles. Después de que un taxista se cruzase en su camino sin poner el intermitente y le hiciera frenar de golpe, respiró hondo y trató de armarse de paciencia.

Habían pasado cuatro días desde que Tana se marchó de México de esa manera tan abrupta y en todo ese tiempo había intentado ponerse en contacto con ella en multitud de ocasiones. Necesitaba saber que estaba bien. La había llamado por teléfono, le había mandado correos y había tratado de localizarla a través de las redes sociales, pero solo había conseguido que ella le enviase un escueto mensaje diciendo: *Estoy bien. No me llames*. Sí, solo un jodido mensaje que le había llenado de ira. Y luego nada más. Silencio absoluto.

Se aferró con fuerza al volante y dejó escapar una imprecación entre dientes recordando la desesperación en la que había vivido los últimos días. Había sido insoportable. La mayor parte del tiempo la había pasado en la playa, sentado en la arena contemplando el mar como poseído. Pasando revista a todas sus conversaciones y a lo que habían hecho juntos, por si acaso algo que hubiera dicho o hecho hubiese sido el detonante de su huida. Reprochándose no haber estado a su lado cuando ella más lo había necesitado... A toda la congoja por lo sucedido con el bebé se había sumado la angustia de no saber nada de ella. En cierto modo entendía que

necesitase espacio, que hubiera regresado a casa, a su ambiente, para tratar de recuperarse. Sí, lo entendía. No compartía su forma de hacer las cosas, pero la respetaba. Lo que no comprendía en absoluto era cómo se estaba comportando con él, dejándole al margen y apartándole de todo, como si no hubiese habido nada entre ellos. Ignorando que él también había sido parte importante de todo aquello, que también había sufrido la pérdida y el dolor. Negando la realidad.

Hacía tiempo que no se sentía tan perdido, tan confuso. Le había costado mucho encontrar el equilibrio después de lo que pasó, pero a base de esfuerzo y voluntad había logrado vivir en relativa paz consigo mismo. Quizá no se había perdonado del todo, pero después del último encuentro con sus hermanos había comenzado a creer que todo iba a acabar bien para él, que la redención era posible.

Y de repente, Tana apareció en su vida y todo se fue al traste. Primero consiguió que perdiera la cabeza por ella, que se ilusionara y soñase con cosas del todo inimaginables... y después de la tragedia..., cuando más la hubiese necesitado, se había esfumado, dejándole... destrozado.

Así que no. No iba a permitir que las cosas acabaran así. Se merecía al menos una explicación. No bastaba con un: *Estoy bien. No me llames.*

En un arrebato había comprado un billete de avión. Y allí estaba. En Madrid. Le pesase a quien le pesase. Le daba igual que Tana no quisiera verle. Se lo iba a tener que decir a la cara.

La enlatada voz del GPS le indicó que en doscientos metros tenía que torcer a la izquierda y habría llegado a su destino. Sorprendido, puso el intermitente y se internó en la calle de una sola dirección. Había llegado hasta allí en modo piloto automático, sin ser consciente del trayecto. No tuvo que avanzar mucho cuando divisó un hueco enorme a poca distancia de su objetivo. A esa hora de la mañana y en esa zona residencial había mucho sitio donde aparcar. Estacionó el vehículo sin importarle demasiado el color de las líneas pintadas en el asfalto y apagó el motor. Miró el reloj del salpicadero. Eran las nueve y cincuenta. La *boutique* no abría hasta las diez. Con los ojos entornados, contempló la puerta de cristal y las letras

doradas que había sobre ella: *Promenade*. No había conseguido averiguar dónde vivía y no había tenido agallas para preguntárselo a ninguno de sus hermanos, pero una búsqueda de apenas diez segundos en internet le había proporcionado tanto la dirección como el horario de apertura de su negocio. Que su avión hubiera aterrizado justo hacía una hora y media había sido producto de la mayor de las casualidades.

Una figura femenina se aproximó a la puerta y él se tensó. Un rápido vistazo le mostró que esa mujer no era Tana. Era mucho más alta y rubia. Debía de tratarse de alguna de las empleadas porque se detuvo buscando algo en su bolso y después sacó unas llaves y abrió, accediendo al interior del local.

Golpeó el volante con el dedo pulgar y trató de distraerse mirando los escaparates de otros establecimientos, casi todos de lujosas tiendas similares a la de Tana, pero ninguna estaba abierta. Aparentemente, los propietarios de esos comercios tan elegantes no eran muy amigos de los madrugones. Volvió a mirar el reloj y comprobó que solo habían transcurrido tres minutos. ¡Joder! ¿Podía el tiempo ir más despacio todavía? Según se iba aproximando la hora se agitaba más y más. No sabía muy bien cómo reaccionaría ella cuando le viese. Mal, con toda seguridad. Le miraría con sus preciosos ojos oscuros cargados de hielo y le increparía por haberse presentado sin avisar. O le dirigiría una mueca desdeñosa y algún comentario mordaz de los suyos. Sí, muy probablemente.

Pero la ansiedad que sentía no se debía a cómo pudiera comportarse con él. Eso le importaba un bledo. Lo que de verdad le ponía nervioso era saber que iba a volver a verla, que iba a poder recorrer su cuerpo con la mirada y quizá —si tenía suerte— abrazarla y sentir el suave tacto de su piel y oler su fragancia. Y si todavía era más afortunado, podría incluso acariciar sus labios con los suyos y comérsela a besos...

Gott!

«Tú sigue soñando, cabrón», se dijo. Y no pudo evitar sonreír. ¿En quién narices se había convertido? Era patético.

Una gota de agua se estampó contra el parabrisas. Y luego otra y otra más. En solo un par de minutos la lluvia había empapado el coche por completo, convirtiendo todo lo que había tras el cristal en

algo difuso y borroso y llenando el interior del coche con su rítmico y sordo golpeteo.

Un movimiento en el espejo retrovisor le hizo alzar la mirada. Una pareja se acercaba caminando por la acera bajo un paraguas negro. Algo en la forma de andar de la mujer le resultó familiar, pero el cristal estaba empañado y cubierto de agua y no pudo distinguir mucho. Accionó el limpiaparabrisas trasero y al cabo de dos segundos la imagen se aclaró.

Era ella.

Llevaba una falda de tubo de color rojo y una chaqueta negra, y esos imposibles taconazos que tanto le gustaba usar. El pelo le caía sobre uno de sus hombros y tenía una sonrisa dibujada en la cara mientras miraba a su acompañante, que no era otro que el gilipollas de Poncho. Impoluto e impecable a pesar de la lluvia, con su traje gris y su estúpida corbata, y ese peinado de recién salido de la peluquería, la abrazaba con firmeza y la contemplaba con adoración mientras los cubría a ambos con el oscuro paraguas.

Till sintió cómo el calor iba ascendiendo por su cuerpo y se le concentraba en algún lugar próximo al pecho.

¡No podía ser! En ningún momento Tana le había dicho que estuviera con Poncho de esa manera. Solo eran amigos, ¿no? Trató de calmarse, de pensar con serenidad, pero esos estúpidos celos que siempre sentía cada vez que pensaba en ellos juntos le asaltaron.

Apenas diez metros los separaban ya de su coche y con la garganta encogida esperó a que llegaran a su altura. Con toda seguridad, cuando los tuviese más cerca, se daría cuenta de que esa mirada que intercambiaban o ese abrazo que compartían eran solo producto de una profunda amistad.

Seguro.

¿Seguro?

En ese momento y justo cuando pasaban por su lado, una ráfaga de viento estuvo a punto de arrancarle el paraguas de la mano a Poncho, que con una actitud protectora para que la lluvia no la mojara, se puso delante de ella y la cubrió con su cuerpo. Tana alzó la cara y le dijo algo. Poncho volvió a cubrirles con el paraguas y la besó en el pelo antes de volver a abrazarla y seguir su camino.

No le vieron. La lluvia caía tan copiosamente que empañaba las ventanillas del coche proporcionándole un anonimato más que deseado. Se había quedado petrificado al contemplar la escena. Había sentido un curioso y desagradable hormiguelo recorriéndole el cuerpo. Nada ni nadie podría convencerle jamás de que solo había amistad entre ellos. No después de haber visto cómo él la besaba. La complicidad era excesiva. Ese gesto lleno de ternura y esa forma de comportarse con ella, protegiéndola de las inclemencias del tiempo...

Scheisse!

¡Él era el que tenía que haberla protegido! ¡El que tenía que estar con ella, abrazándola, besándole el pelo, tapándola con su paraguas!

¡Maldito Poncho! ¡Maldita Tana!

Con los ojos entornados por la ira los siguió con la mirada. Llegaron a la puerta de la *boutique* y se detuvieron, frente a frente. Entonces... Poncho alzó la mano y elevó la barbilla de Tana con los nudillos, bajó la cabeza y le dio un beso suave en los labios.

Un beso.

El rugido gutural que le brotó del pecho compitió con el sonido de las gotas de lluvia que caían sobre el techo metálico del coche. Un arranque de cólera le hizo golpear el volante con el puño derecho.

Tana acarició la solapa de la chaqueta de Poncho y se dio la vuelta para adentrarse en el local; en el último segundo se giró y dijo algo que le hizo reír, antes de desaparecer definitivamente. Él permaneció unos segundos mirando la puerta con una sonrisa, luego siguió andando bajo su paraguas negro, alejándose calle abajo.

Till desconectó el limpiaparabrisas dejando que la lluvia volviera a cubrir el cristal, aislándole y difuminando el mundo exterior. La forma oscura y desdibujada de Poncho no tardó en desaparecer a lo lejos. Él se quedó allí sentado en el coche, aferrándose al volante con ferocidad, con los ojos clavados en la puerta de la *boutique*. La escena que acababa de presenciar no se le quería ir de la cabeza.

Ese beso...

Por eso se había ido con tanta prisa de México. Había necesitado el apoyo y el cariño de la persona con la que deseaba

estar: *Poncho*. Ese era el hombre al que ella quería... Un rictus amargo deformó su boca. Todo lo que había pasado entre ellos, que para él había significado la vida, para ella no había sido más que una mera anécdota, al parecer. O quizá no. Quizá sí había sentido algo por él, pero no lo suficientemente fuerte como para soportar una tragedia como la que habían tenido que encarar. Cuando el momento de la desgracia llegó, ella había buscado el consuelo de Poncho. No el suyo.

Había atravesado el mundo para verla, para decirle que podía contar con él, que iba a estar a su lado, que no la iba a dejar sola. Para confesarle que... se había enamorado de ella. Una carcajada sofocada le surgió del pecho. ¿Acaso se podía ser más necio? Probablemente no.

Se pasó la mano por el pelo y se echó hacia atrás apoyando la nuca en el reposacabezas. Poco a poco todo su cuerpo que se había mantenido tenso comenzó a relajarse. También su respiración y los latidos de su corazón se tornaron menos agitados y más calmados. Seguía sintiendo ese calor por dentro producto de la ira, pero ya volvía a ser dueño de sus emociones y podía controlarlas. Trató de pensar con frialdad.

Diez mil kilómetros había viajado para enfrentarla y pedirle una explicación, una explicación que seguía debiéndole. ¿Se iba a marchar sin hablar con ella? Vaciló, pero terminó por agarrar la manija de la puerta y la abrió. El viento trajo la lluvia, que entró dentro del coche mojándolo todo. Se bajó y salió al exterior, a ese desapacible día de octubre madrileño. En solo un par de segundos se encontró calado hasta los huesos. Solo llevaba unos vaqueros y una camiseta, que se le pegaron al cuerpo. Las gotas de agua helada se le deslizaron por la cara y quedaron suspendidas en la barba de cuatro días que sombreaba su mandíbula.

Dio un paso hacia delante. Pero algo, no sabía qué, le impidió seguir avanzando y se detuvo, indeciso.

Volvió a dar unos cuantos pasos que le acercaron más a ella. La lluvia parecía caer con más fuerza nublando su visión.

Se frenó de nuevo a unos diez metros de la puerta de cristal. Ese beso... ese beso no se le quería borrar de la mente...

Gott!

Poncho acariciándole el rostro y besándola con suavidad...

¿Estaba preparado para que ella le mirase a la cara y le dijera que estaba con Poncho? ¿Para escuchar de sus labios que lo que habían compartido no había significado nada?

No. No lo estaba.

Se quedó allí plantado en medio de la calle y de la lluvia como un cretino. De repente, una enorme fatiga descendió sobre él haciendo que bajara la cabeza y la hundiese en los hombros. El agua congelada le golpeó de lleno en la nuca y le provocó un escalofrío.

«Vamos. Ve y habla con ella. ¿Dónde está tu coraje?»

—¿Coraje? ¿Qué coraje? —murmuró en voz alta con amargura, y hasta su propia voz le sonó desconocida, más ronca y áspera que de costumbre.

Su instinto de conservación le hizo darse la vuelta y marcharse de allí.

«A la mierda el puto coraje. A la mierda Tana».

Capítulo Treinta y cuatro

El Audi RS 7 se deslizaba silencioso y firme por la autovía, como solo un coche de esas características podría hacerlo. La velocidad hacía que la raya blanca discontinua que separaba los carriles se convirtiera en continua, y que los otros vehículos que iba dejando atrás fuesen meras manchas de colores borrosos.

—No has dicho nada en la última hora. Estás muy pensativa.

Ella se giró al escuchar su voz y le miró. Llevaba un buen rato abstraída, mirando por la ventanilla y viendo pasar el paisaje, que alternaba retazos verdes y anaranjados. Sentía un ligero malestar según se iban acercando a su destino, pero eso no se lo iba a confesar.

—La verdad es que tengo ganas de llegar ya —respondió con vaguedad—. Llevo mucho tiempo sin ver a Eli.

—En media hora estaremos allí —contestó él. Le cogió la mano, se la llevó a los labios y depositó un suave beso sobre sus nudillos. Después la soltó y volvió a concentrarse en la carretera.

Tana se recostó en el asiento y fijó la vista en el azul del mar Mediterráneo, que se divisaba al fondo, a su derecha. El reluciente sol le arrancaba destellos al agua, sobre la que se balanceaban algunos barcos, en su mayoría veleros y catamaranes. Era una estampa encantadora, típica de un día de verano. Tenía que reconocer que lo había echado de menos. Esas temporadas que pasaba con su amiga y con su familia siempre habían sido como una bocanada de aire fresco. Se había escapado con frecuencia de Madrid para pasar unos días con ellos y relajarse. Y sin embargo, desde la boda había prescindido de sus visitas y se había mantenido alejada. Les había puesto como excusa a sus amigos —y a ella misma— que su trabajo la mantenía muy ocupada.

La realidad era bien distinta. Y tenía nombre de hombre.

Endureció la mandíbula. Mejor no pensar en eso.

Miró a su acompañante de reajo mientras se acariciaba distraídamente el anular de la mano derecha, donde destacaba el precioso anillo de platino y diamantes que él le había regalado hacía solo unos días. Era un llamativo solitario de talla cuadrada de cuatro quilates, que parecía demasiado grande para su delicado dedo. No terminaba de acostumbrarse a llevarlo. Lo sentía raro en ella. Había sido toda una sorpresa cuando, después de una cena tranquila en su casa, él se había sacado el estuche del bolsillo y, poniéndoselo delante, le había propuesto matrimonio. Al principio se había sentido desconcertada, ya que no solía ser muy romántico y su relación era más práctica que otra cosa, por eso que actuase así la llenó de perplejidad. Aunque tampoco era tan sorprendente, teniendo en cuenta que se había educado en los Estados Unidos y allí el tema de los compromisos y los anillos era algo habitual. No tardó mucho en darle una respuesta afirmativa, a pesar de que solo llevaban cinco meses saliendo. No estaba enamorada de él ni él de ella y ambos lo sabían y lo aceptaban, no obstante se llevaban a las mil maravillas y tenían mucho en común. Se respetaban y se admiraban mutuamente. Y sexualmente eran muy compatibles. Era la relación perfecta.

Siguió mirándole de soslayo y trató de imaginar cómo le verían sus amigos. Ese era uno de los motivos por el que se trasladaban a la costa, para que Eli y los demás conocieran a su flamante prometido.

Raúl Torregrosa Fitzgerald, abogado madrileño de cuarenta y nueve años, hijo de padre español y madre norteamericana, soltero recalcitrante —al menos hasta hacía unos días— y dueño de una de las colecciones de arte más impresionantes del país. Elegante, guapo y de mentalidad abierta. Poseedor de una espesa cabellera negra con algunas hebras blancas en ella, unos profundos ojos oscuros y una sonrisa agradable. Llevaba en ese momento unos vaqueros y un polo de color azul de manga corta, por el que asomaban sus brazos bronceados y fuertes. Le gustaba cuidarse. Solía jugar al tenis una vez por semana y visitaba el gimnasio con asiduidad. En su muñeca derecha lucía un reloj que, probablemente, costase lo mismo que un automóvil de gama media.

Sonrió al imaginarse a Cas y a Jan al lado de Raúl. Ni su prometido ni los hermanos Landvik eran personas con prejuicios, pero las diferencias externas eran muy evidentes.

En el mismo segundo en que el apellido noruego acudió a su cabeza se le agrió la expresión. Esa era la causa por la que no había ido a visitar a sus amigos últimamente. Demasiados malos recuerdos por asociación. Eran demasiado rubios, con los ojos demasiado azules y con demasiadas cosas en común con cierta persona en la que ella no deseaba pensar. Aunque ya habían pasado más de diez meses desde lo de México, todavía tenía momentos de debilidad en los que no podía evitar entristecerse cuando pensaba en todo lo sucedido... y en *él*. Y cada vez que eso ocurría, cada vez que algo le recordaba el tiempo pasado con Till, lo enterraba bajo cientos de capas de indiferencia y se decía a sí misma una y otra vez que había tomado la decisión correcta. La única lógica.

Till Landvik no era hombre para ella ni ella era mujer para él.

Su móvil comenzó a sonar con estridencia, sobresaltándola. Lo sacó del bolso y sonrió al ver el nombre de Eli en la pantalla.

—Dime.

—¿Cuándo llegáis? —Su voz sonaba excitada.

—En un cuarto de hora o así —repuso echándole un vistazo a la pantalla del GPS—. Vamos directamente a vuestra casa. Luego pasaremos por el hotel.

—¡Fantástico! ¡Qué ganas tengo de verte! ¿Tienes la dirección exacta?

—Sí, sí, no te preocupes. Nos vemos en un rato.

—Dile a Mata Hari que le diga a Fitzgerald que se prepare. —Se oyó la voz de Poncho al otro lado de la línea—. Jan se ha traído la máquina esa suya para hacerle un tatuaje de iniciación.

Tana sonrió. Llevaba tiempo sin verle y tenía muchas ganas de encontrarse con él.

—Ahora le aviso —dijo, y colgó.

—¿Avisarme? —le preguntó Raúl.

—Tu amigo Poncho quiere que sepas que Jan tiene sus utensilios de tatuar y que pretende hacerte un tatuaje de iniciación.

—Podría pensármelo —continuó él con la broma—. No me quedaría mal una calavera en el antebrazo o la cara de mi madre en el bíceps con la leyenda *Amor de madre* debajo o algo así...

—O mi nombre en letras enormes atravesándote la espalda —sugirió ella llevándose un dedo a la barbilla, como si lo estuviera meditando en serio.

Los dos se miraron e intercambiaron una sonrisa cómplice.

Su relación con Raúl era tan fácil, tan simple... Cualquier conversación fluía de manera natural y espontánea, y había sido así desde el primer momento en que Poncho los presentó. Raúl era uno de los socios del bufete de abogados que llevaba los asuntos de su empresa, y ambos compartían su afición por ir de vez en cuando al casino. Se había tratado de un encuentro casual. Ella y Poncho estaban comiendo en un restaurante del centro de Madrid cuando Raúl había llegado con unos clientes. Desde el mismo instante en que él le estrechó la mano, Tana supo a ciencia cierta que estaba interesado en ella. Y así había sido. No había tardado más de una semana en pedirle a su amigo su número de teléfono. Habían comenzado a verse de forma esporádica, un par de cenas, algunas comidas, una exposición de pintura, otra de fotografía y un partido de tenis... y por fin, una noche después de una cena en un restaurante cercano a la casa de él, habían terminado comiéndose el postre en su cama. El sexo no había estado nada mal, había sido como todo con él: fácil, tranquilo, natural y sin demasiados sobresaltos.

Todo encajaba. Tenían gustos parecidos, un humor similar y eran un tanto cínicos. Ambos tenían muy claro lo que querían de la vida: lo primero era el trabajo y todo lo demás iba después. Raúl estaba casado con su bufete y ella con su *boutique*.

Era el hombre perfecto para ella. Y ella era la mujer perfecta para él.

—Ahí está el desvío —anunció él, casi al mismo tiempo que la voz del navegador.

Tana volvió a mirar por la ventanilla. Al salir de la autovía dejaron el mar atrás y enfilaron hacia el interior. Al fondo, en la ladera de la montaña, destacaban multitud de chalecitos blancos rodeados de palmeras. Uno de ellos debía ser el de Cas y Eli, especuló. Hacía un

par de meses habían decidido vender el apartamento de la playa, que se les había quedado pequeño con Sira y otro bebé en camino, y habían invertido sus ahorros en una vivienda unifamiliar en esa urbanización a las afueras. Se habían trasladado allí hacía diez días, exactamente los mismos días que Eli llevaba insistiéndole para que fuera a visitarlos y conociese su nueva casa. Tana no había podido negarse. Cualquier excusa habría sonado ridícula. Así que había dicho que sí. También tenía ganas de que conocieran a Raúl.

Por supuesto, lo primero que había hecho antes de aceptar la invitación había sido asegurarse de que Till no iba a estar presente. A pesar de que ya había pasado mucho tiempo desde lo sucedido, no tenía ganas de volver a verle. Había respirado tranquila cuando Eli le confirmó que él iría a pasar unos días con ellos, pero más adelante. A veces se sentía culpable por haberles ocultado a todos lo que había sucedido entre ellos, pero ya era tarde. Si solo se hubiese tratado de una aventura sin importancia, lo habría confesado todo —al menos a Eli—, pero al haberse complicado las cosas de aquella manera y no haber sido sincera desde el principio, ahora cada vez se le hacía más cuesta arriba ser franca. Cada vez que surgía el nombre de Till en alguna conversación telefónica, fingía indiferencia y se las ingeniaba para cambiar de tema.

Todo había ido bien hasta el momento. Y ella estaba cada día más cerca de cumplir su objetivo: olvidarle. Esperaba que esos días junto a sus hermanos no despertasen en ella demasiados recuerdos ingratos.

«Lo soportaré», se dijo.

Además, ahora tenía a Raúl.

* * *

Aparcó el coche frente al número doce de la urbanización. Echó un vistazo a su alrededor antes de bajarse. Todo tenía aspecto de nuevo, de recién construido; desde las aceras que estaban limpias e impecables hasta las farolas y los bancos que parecían recién pintados. Incluso los columpios del parquecito que había más abajo brillaban al inclemente sol del mediodía de manera poco natural. Y los árboles eran apenas ramas delgadas con pocas hojas; aún tardarían muchos años en proporcionar algo de sombra.

Se bajó del pequeño Opel Corsa y cerró la puerta. Su mirada se dirigió hacia la parcela que tenía enfrente; al lado del muro de color beige que la rodeaba estaba aparcado el viejo Navara de Cas. Se dirigió hacia la puerta metálica marrón y, sin mucha esperanza de encontrarla abierta, la empujó. Le sorprendió que se abriese sin dificultad, permitiéndole el acceso al interior. Un camino de adoquines grises bordeado por parcelitas de tierra en las que había plantadas palmeritas enanas llevaba hasta la casa. Era una edificación de una sola planta de estilo moderno, que alternaba en su fachada el color blanco y los ladrillos caravista. Altos ventanales decoraban toda la parte derecha de la vivienda y en el tejado había un solárium con una barandilla de metal acristalado.

Atravesó el camino de unas cuantas zancadas y llamó al timbre, que resonó dentro de la casa. No tuvo que esperar mucho.

—*Fuck!*^[116] Contigo sí que no contábamos —exclamó Cas nada más abrir la puerta con una expresión de genuina sorpresa en el rostro—. Pensábamos que llegabas la semana que viene.

Till se echó a reír.

—Siempre puedo volver a marcharme —propuso.

Cas le agarró del brazo y tiró de él con fuerza. Le dio un abrazo de los suyos y le besó en las mejillas. Luego le cogió la cara entre las tatuadas manos y le miró con afecto.

—Pero ¿qué dices? Si esto es como el retorno del hijo pródigo. Hace un siglo que no te veíamos, desde octubre del año pasado, cuando apareciste por aquí de repente y te largaste todavía más de repente.

—Ya me conoces, *Imprevisible* es mi segundo nombre —se rio, aunque no tenía muy buenos recuerdos de aquella visita.

—Ya sabes que *mi casa es su casa* —recitó Cas forzando un acento extraño— o eso dicen en las películas, ¿no? —Cerró la puerta y le empujó ligeramente, invitándole a entrar—. ¿Qué te parece? —Hizo un gesto ambiguo señalando a su alrededor.

Till paseó la mirada por el salón comedor, apenas amueblado. Solo había un sofá, una mesita, la televisión colgada de la pared y una mesa con sillas. Nada más. Hasta los muros estaban desnudos. En la esquina del fondo, sobre una manta marrón, dormían Eli y

Pipi, los dos perros de la familia, que ni se molestaron en levantar la cabeza para mirarle.

—Amplia, luminosa... y vacía —dijo.

—Vamos comprando los muebles poco a poco. Espera a ver la piscina que hay en la parte de atrás. Eso es lo mejor. Sira está encantada. ¿Y tú? ¿Cuándo has llegado?

—Cambié de planes en el último minuto y me cogí las vacaciones una semana antes. Llegué ayer. Fui a casa de mamá —contestó.

—¿Y esta vez cuántos días te quedas, o te vas a largar mañana?

—Me quedo una semana.

—Quédate aquí —le dijo Cas—. Tenemos dos dormitorios de sobra.

—La verdad es que ya lo había decidido —confesó—. Tengo mis cosas en el coche. El piso de mamá es diminuto, y ahora que tú eres un potentado y tienes este *chaletón*...

—*Kluges Kind*^[117] —murmuró Cas palmeándole la espalda—. Anda, ve a por tu equipaje y te enseño tu habitación. Y date prisa. Eli está histérica porque ha organizado una comida y aunque Oksana la ha ayudado, es la primera vez que cocina para tantas personas.

—Joder, si tenéis invitados, no quiero molestar. Puedo volver luego.

—Qué va, para nada. Son solo Tana y su prometido.

Till, que se había dado la vuelta dispuesto a abandonar la casa, se detuvo. Notó cómo se le tensaba todo el cuerpo.

Tana y su prometido.

Diez meses, diez putos meses habían pasado ya, y todavía no era capaz de escuchar su nombre sin que se le encogieran las entrañas. *Scheisse!*

Se dio la vuelta con lentitud y evitó mirar a su hermano a los ojos.

—¿Su prometido? —preguntó, tratando de que su voz sonase desinteresada.

—Sí, un abogado madrileño amigo de Poncho. No le conocemos, la verdad. Vamos a verle hoy por primera vez.

Till frunció el ceño al escuchar aquello. No entendía nada. ¿Entonces Tana y Poncho ya no estaban juntos? ¿Y se iba a casar con otro?

—Por cierto, Poncho también está aquí —añadió Cas con jovialidad, sin saber que esa noticia le resultaba tan agradable como una patada en el hígado.

—Genial —murmuró entre dientes—. Voy a por mis cosas.

Abandonó la casa con rapidez. Llevaba los puños apretados a los costados y en cuanto se dio cuenta de ello relajó las manos y flexionó los dedos para rebajar la tensión. Su propia reacción desmesurada le sorprendía. No había vuelto a sentir nada parecido desde hacía tiempo. Desde que ella se fue...

Los dos primeros meses habían sido los peores. Apenas si había podido pensar en otra cosa que no fueran ella y lo que quizá hubiesen podido tener si las cosas hubieran acabado de otra manera. Decidió volcarse de lleno en su trabajo para tener la mente ocupada. Se había agotado encargándose de todas las clases que podía soportar físicamente. Y cuando no había alumnos a los que enseñar, agarraba su tabla y se iba a montar una ola tras otra, hasta que terminaba exhausto y el cansancio le impedía ver su imagen — la imagen de ella besándose con Poncho— cada vez que cerraba los ojos.

Poco a poco, fue recuperándose, y ese dolor profundo y lacerante que había sentido al principio y que le había impedido incluso respirar, se había ido disipando, convirtiéndose en un dolor sordo, emborronando su recuerdo. Solo le había quedado una especie de amarga decepción cada vez que pensaba en ella.

Había pasado página.

Sacó su petate del coche y cerró el maletero con violencia. No le gustaba ni un pelo cómo se estaba sintiendo en esos momentos. Un poco bienvenido anhelo comenzaba a crecerle dentro del pecho sabiendo que iba a verla en cuestión de poco tiempo.

Scheisse!

Tana era agua pasada o al menos así lo había creído.

Parecía ser que no.

Por segunda vez en menos de diez minutos se dirigió a la casa y atravesó el jardín. Esta vez estaba de peor humor que la vez

anterior y sus pisadas resonaron con más fuerza sobre el suelo empedrado. Cas había dejado la puerta abierta, así que accedió al interior.

—¡Till! —La voz de su cuñada le hizo girar la cabeza. Estaba en el umbral de la puerta corredera que daba al jardín trasero que antes había mencionado Cas.

Cada vez que la veía, a pesar de que todo había quedado perdonado y olvidado, no podía evitar sentirse algo avergonzado. Se acercó a ella y sus ojos se posaron sobre su abultado vientre. Un pinchazo de amarga nostalgia le atravesó el corazón brevemente.

—Eli, estás preciosa —le dijo, dándole un abrazo con ternura.

Estaba resplandeciente. Quizá por el embarazo, quizá porque era sencillamente feliz al lado de su hermano o por lo que fuera... estaba guapísima. Llevaba su larga melena rubia suelta y un vestido rojo que realzaba su bronceado.

—Mientes igual de bien que tu hermano. —Se apartó y le miró con calidez al tiempo que arrugaba su pecosa nariz.

—Será cosa de familia, entonces —bromeó él.

—Tú sí que estás guapo —le dijo, y le cogió una de las trenzas que llevaba en un lateral de la cabeza—. ¿Y esto? Ahora sí que eres un verdadero surfista bohemio.

—Bueno... —Le guiñó un ojo con picardía—. Estas cosas les gustan a las chicas. Tengo que aprovechar ahora que todavía soy joven.

—No te hacen falta las trenzas y lo sabes —le respondió—. Te las llevas a todas de calle.

De pronto se sintió incómodo teniendo esa conversación con ella. Era la mejor amiga de Tana y estaba claro que no sabía nada de lo que había pasado entre ellos. Se aclaró la garganta, algo turbado, y apartó la vista.

—No quería aparecer así de repente y sin avisar. —Cambió de tema con rapidez—. No sabía que teníais invitados.

—No te preocupes. —Le hizo un gesto con la mano—. No es nada formal. Son solo Tana y su novio.

Novio.

Joder, la puta palabra le revolvió las tripas.

—Sígueme y te enseño tu habitación —le dijo, dirigiéndose hacia el otro extremo del salón, hacia una puerta que había al fondo—. Deja tus cosas y reúnete con los demás en la piscina. Tus hermanos están allí con las niñas y con Poncho.

Poncho.

Otra palabra que hacía que le subiera la bilis a la garganta.

«Fantástico», se dijo.

Pintándose una sonrisa en la cara, que por supuesto no alcanzó sus ojos, la siguió. Atravesaron un pasillo y ella abrió la segunda puerta de la derecha, que pertenecía a un dormitorio no muy grande pero bastante luminoso. Solo tenía la cama y una lámpara de noche en el suelo.

—Disculpa lo espartano de la decoración, pero todavía estamos en ello. Solo hemos completado la habitación de Sira y la nuestra. Vamos poco a poco con lo demás.

—No te preocupes. No necesito más —le respondió, dejando el petate encima de la cama.

—Yo estoy en la cocina con Oksana, pero ya casi hemos terminado. Ahora nos vemos en la piscina. El baño está justo enfrente y tienes toallas en el armario de debajo del lavabo. —Se detuvo, indecisa, y entornó los ojos—. Creo que eso es todo. Si necesitas cualquier cosa, dilo.

—Está todo perfecto.

—Estamos muy contentos de tenerte aquí, Till —dijo ella tras unos segundos de mirarle en silencio—. Te echábamos de menos —añadió—. Ya verás cuando te vean Clara y Sira —le lanzó una cálida sonrisa. Luego se dio la vuelta y le dejó solo.

Se quedó un rato de pie mirando el hueco de la puerta con una mirada soñadora. Él también los había echado de menos a todos y tenía muchas ganas de pasar tiempo con ellos, en especial con la hija de Jan. Sira todavía era demasiado pequeña, pero con Clara había establecido un vínculo a través del Skype. La niña le adoraba y no había semana que no hablara con ella. Siempre tenía mil preguntas que hacerle y otras mil cosas que contarle.

El dormitorio no daba al jardín, sino a un lateral de la casa, aun así, los gritos y las risas infantiles llegaron hasta él a través de la ventana abierta. Se apresuró a sacar las cosas de su bolsa y echó

un vistazo a su alrededor. Aparte de la cama y de la lámpara solo había un armario empotrado. Colocó su ropa allí. No había traído gran cosa, solo lo estrictamente necesario: un par de pantalones, un par de camisetas, calzado de verano, bañadores y poco más. Se había acostumbrado a vivir con poco. Si necesitaba algo, siempre podía pedírselo prestado a sus hermanos, eran más o menos de la misma talla.

Se puso un bañador y unas chanclas y se dirigió hacia el salón. Atravesó la puerta corredera de cristal. Apenas si tuvo tiempo de acceder al jardín, cuando un torbellino diminuto de pelo negro y mojado se abalanzó sobre una de sus piernas.

—¡Tío Till! —La chillona vocecita de su sobrina hizo que se le curvaran los labios en una generosa sonrisa.

Se agachó y alzó a la eufórica niña en el aire agarrándola por las axilas. Ella le echó los brazos al cuello y le dio un beso en la mejilla cubierta de vello.

—Ya sé nadar —le informó, ufana—. ¿Quieres verlo?

—Por supuesto que sí, pero déjame que te vea bien. ¡Has crecido muchísimo! —comentó con exageración—. No me puedo creer que seas la misma Clara con la que hablo por Skype. Yo creo que me engañas y eres otra niña.

—¡No! Soy la misma. ¡Mira! —Y se señaló el collar que llevaba alrededor del cuello. Era un simple cordón con una concha, que le había regalado él cuando estuvo allí la última vez.

—Pues sí que es verdad. Llevas el collar que le regalé a Clara, así que tienes que ser ella.

—Sí, soy yo —asintió con énfasis, mirándole con esos rasgados ojos azules tan parecidos a los de su padre.

—Esta es más tímida —dijo su hermano Cas, que se acercaba con Sira en brazos.

Till se dio la vuelta y miró a la pequeña que trataba de ocultar la cara en el cuello de su padre, pero que no podía evitar observarle a hurtadillas. Al igual que Clara, estaba empapada, pero en vez de llevar el pelo suelto lo llevaba recogido en una coleta alta. Unos manguitos rosas que parecían enormes para sus brazos dificultaban que pudiera abrazar a su padre en condiciones.

—¿Sira? Pero qué mayor estás ya —le dijo—. Casi igual de alta que Clara.

La pequeña le sonrió avergonzada, mientras que la otra resoplaba, escéptica.

—Cada vez tienes más pinta de hippy. —Jan se acercó por detrás y le palmeó la espalda con fuerza.

Till se dio la vuelta y dejó a Clara en el suelo antes de abrazar a su hermano mayor. Seguía siendo el mismo de siempre, enorme y musculoso, como un muro de roca sólida, tanto física como emocionalmente. Se miraron a los ojos sin decirse nada, pero diciéndolo todo. Con Jan solía sucederle eso. No hacían falta palabras para comunicarse con él.

—Tienes buen aspecto —le dijo.

—La vida me trata bien —contestó su hermano, sonriéndole.

Clara eligió ese momento para introducirse entre ambos y alzó los brazos para que su padre la cogiese. Jan lo hizo. Y Till volvió a sentir esa punzada absurda en el pecho al ver a sus hermanos con sus respectivas hijas. ¡Menudo cretino era! Iba a decir algo, pero una presencia a su derecha le distrajo.

—Hola.

Till giró la cabeza y vio a Poncho, que acababa de salir del agua y tenía el oscuro pelo pegado al cráneo. Era casi igual de alto que él pero no tan fornido. Llevaba un bañador azul y una estúpida sonrisa en la cara. Por instinto hubiese deseado no coger la mano que el otro le tendía, y que se acababa de secar apresuradamente en una toalla, pero su buena educación le aconsejó lo contrario.

—Hola..., Poncho. —Y aunque trató de evitarlo, las cuatro sílabas rezumaron frialdad. Fingió una sonrisa tensa que estuvo a punto de romperle los músculos de la cara y retiró la mano con rapidez después de un breve y seco contacto.

Poncho le miró sorprendido. Cas y Jan también.

Sabía que acababa de comportarse como un necio. El hermano de Eli nunca le había caído mal, más bien lo contrario, siempre le había parecido un tío majo y decente. Pero su historia con Tana lo había vuelto todo del revés. Primero esos estúpidos celos que había sentido cada vez que los veía juntos, luego, saber que ella confiaba tanto en él como para contarle todo... y el broche final, el haberlos

visto besándose en la puerta de la *boutique* y saber que ella le había preferido a él...

Nada de aquello tenía sentido ya. ¡Joder! ¡Ella iba a casarse con otro! Había elegido a una tercera persona por encima de ellos dos... Meneó la cabeza casi imperceptiblemente.

—¿Te vienes a la piscina conmigo? —preguntó Clara.

«Salvado por la campana».

—Claro, vamos —se apresuró a decir.

Ignorando tanto a sus hermanos, que intercambiaban miradas extrañadas entre ellos, y a Poncho, que le observaba con el ceño fruncido, se dio la vuelta y se encaminó al borde. Se quitó las chanclas y, de un salto limpio, se tiró de cabeza al agua, que no estaba demasiado fría, pero lo suficiente como para refrescarle el cerebro que era lo que necesitaba en ese momento. Atravesó la piscina buceando y emergió al otro lado, resoplando. Apenas había abierto los ojos cuando una pequeña forma aterrizó a su lado levantando una montañita de espuma. No tardó en seguirla otra forma aún más diminuta.

Clara salió del agua con el pelo pegado a las mejillas y nadó hasta él. Luego se aferró a su cuello y se rio. Till la contempló con cariño. Era imposible no hacerlo. Era una personita muy especial. La pequeña Sira, con mucha más torpeza debido a los manguitos, se acercó a ellos, pero se mantuvo a una distancia prudencial mirándolos con disimulo. Con ella iba a ser más difícil romper el hielo. Al menos eso pensó Till, pero diez minutos después, ya se había convencido de lo contrario. Sira perdió la vergüenza con rapidez e incluso se atrevió a tirarle de la barba, imitando a su pizpireta prima. Ambas niñas salían y entraban de la piscina a la velocidad del rayo. Al parecer, lo más divertido de todo era lanzarse al lado de su tío y salpicarle.

Cas, Jan y Poncho habían tomado asiento al otro lado del jardín a la sombra de una sombrilla blanca, y disfrutaban de una amena conversación mientras bebían algo. Till no tenía muchas opciones de ejercer de tío, así que prefirió quedarse con las niñas, disfrutando con sus juegos y sus ocurrencias, aunque de vez en cuando sus ojos se iban hacia la puerta, expectantes y atentos.

Eli y Oksana no tardaron en unirse a ellos, y él salió del agua para saludar a la mujer de Jan. Emanaba una fortaleza increíble y, a pesar de su juventud, sus peculiares ojos azules desprendían una serenidad poco común para alguien de su edad. Le sonrió con suavidad y le abrazó con cariño, y él se sintió pequeño y humilde, como siempre que se encontraba ante ella. Mientras él había huido y abandonado a su hermano Jan a su suerte, Oksana había estado ahí, apoyándole, sin rendirse, a pesar de lo complicado de su situación. Trataba de no pensar en el pasado, pero en momentos así le resultaba difícil no hacerlo.

Regresó al agua con las niñas. Y mientras animaba a Sira con un gesto para que se tirase a la piscina, se percató de que Poncho le miraba, intentando escudriñar su expresión. Era lógico. Tenía que estar sorprendido por cómo se había comportado con él a la hora de saludarle. Se preguntó qué habría pasado entre él y Tana para que su relación hubiera terminado. Tampoco podía olvidar lo que había dicho Cas sobre el prometido de Tana:

Es un abogado madrileño, amigo de Poncho.

Incomprensible. Tana había acabado con un amigo de Poncho... No entendía nada.

El sonido de un timbre llegó hasta el jardín. Y él, aunque había estado preparado y esperando que eso sucediera, notó cómo los músculos de la espalda se le tensaban.

El momento de la verdad había llegado.

Iba a ver a Tana.

Después de diez meses.

Cas y Eli se levantaron y se dirigieron al interior de la casa. Los demás los siguieron más despacio y esperaron junto a la puerta que daba acceso al salón. Incluso las niñas abandonaron la piscina y echaron a correr con curiosidad. Solo él permaneció en el agua. No tardó en escuchar voces. Cada vez más cerca. Una masculina y otra femenina. La femenina era la suya. Era *su voz*, y los pelos de la nuca se le erizaron. Se sumergió más en el líquido elemento, de forma que tanto su poblada barbilla como su boca desaparecieron bajo el agua. Solo su nariz y sus ojos quedaron al descubierto. Como un depredador acechando a su presa, agazapado y vigilante.

En ese momento la pareja hizo acto de presencia. Till ignoró al tipo después de un simple vistazo. Ya le evaluaría más adelante. Su mirada febril la buscó a ella. Y la encontró en una milésima de segundo.

Tana.

La mujer de la que ya se había olvidado hacía tiempo.

La mujer en la que ya no pensaba.

La que ya no le robaba el sueño.

¡Mentira, todo mentira!

Allí estaba todo de nuevo, aflorando a borbotones e impidiéndole respirar.

Con el corazón desbocado y la garganta casi cerrada por la emoción, la contempló de arriba abajo, recreándose en su silueta, en sus ademanes, en su espesa mata de pelo castaño, en la deslumbrante sonrisa que decoraba su boca mientras respondía algo que le había preguntado Eli, en el fulgor de sus ojos mientras los clavaba sobre Oksana, en cómo inclinaba la cabeza para tratar de escuchar algo que Clara le decía, y en ese gesto tan propio de ella cuando se apartó un mechón de la cara. Llevaba un vestido azul que moldeaba su figura, realzando exactamente lo que tenía que resaltar: sus generosas caderas y sus voluptuosos senos.

Till sintió cómo el calor le recorría la espina dorsal, desde la base del cuello hasta la parte inferior de la espalda para luego seguir hasta su abdomen y su estómago..., pero no se limitó a quedarse ahí... fue ascendiendo hasta alojarse en su pecho y su garganta, terminando por ocupar todo su cuerpo, haciendo que la sangre fuera al galope por sus venas.

Verdammt Scheisse!

Abrió y cerró las manos nerviosamente bajo el agua, tratando de controlar la respiración que había decidido salir entrecortada de su nariz. Entornó los ojos y buscó algo más en ella, algo diferente que quizá se le hubiera pasado por alto, pero no vio nada. Era la misma Tana de hacía meses, la mujer que le había dejado por otro y había decidido unilateralmente que no tenían un futuro en común..., la mujer que le había abandonado.

Una punzada de amargura vino a mezclarse con ese sentimiento arrollador que le estaba embargando en esos momentos, y rechinó

los dientes con algo de resquemor.

Ella todavía no le había visto. Ni siquiera había mirado en su dirección. Seguía conversando con Eli con una sonrisa en su bronceado y hermoso rostro. Se preguntó cómo actuaría cuando se enterara de que estaba allí. Al menos él había podido prepararse; había contado con la ventaja de saber qué era lo que se le venía encima. Ella no iba a tener esa suerte, aunque quizá le diese igual. Quizá ya hubiera pasado página —como debía de haber hecho él— y su presencia no significase nada.

No iba a tardar mucho en averiguarlo.

Lentamente comenzó a avanzar hacia el borde donde se hallaban todos reunidos. Pronto toda su cara se hizo visible, luego su cuello y sus hombros y finalmente su pecho. En ningún momento apartó la mirada, deseando ser testigo de su reacción. El agua le llegaba ya por la cintura cuando ella giró la cabeza y le vio, por fin.

La sonrisa se le quedó congelada en la boca y su mano, que había elevado para retirarse el pelo de la frente, quedó suspendida en el aire. Se le demudaron las facciones.

Él no continuó andando. Se quedó quieto en medio de la piscina. Mirándola.

El tiempo pareció detenerse en torno a ellos. Desaparecieron los otros, el jardín, las risas infantiles y el sol que brillaba sobre sus cabezas. Desapareció el agua en la que él se encontraba y hasta la brisa, que hasta hacía unos segundos había agitado las hojas de las palmeras.

Todo se esfumó.

Solo ellos dos existieron durante unos instantes.

Y fue durante esos instantes en los que sus miradas se entrelazaron, en los que Till fue consciente de algo muy importante, algo con lo que no había contado; se lo dijeron sus ojos oscuros que refulgían de manera intensa.

Al igual que él, ella tampoco había podido pasar página. Tana no era indiferente. Ni mucho menos.

Entonces expulsó el aire que había estado reteniendo y siguió avanzando.

Hacia ella.

Capítulo Treinta y cinco

A Tana se le olvidó respirar. O si lo hacía no era de la manera adecuada, porque el aire no estaba llegando a sus pulmones. Al menos, la sensación de ahogo que comenzaba a extenderse por su pecho era sintomática de que no lo estaba haciendo bien.

Till.

Till.

Till.

Era la única palabra que su mente parecía ser capaz de reconocer y que no cesaba de resonar en su cerebro una y otra vez, como si su vocabulario se hubiera visto reducido a una miserable sílaba de cuatro letras.

Allí estaba, en medio del agua, mirándola con intensidad con sus ojos color turquesa, como si quisiera traspasarla con ellos. Engullirla. Tan atractivo como lo recordaba. ¡No! Mentira. Mucho más atractivo de lo que recordaba. Con la barba y el pelo más rubios, los ojos aún más azules y los músculos más marcados, y mucho más bronceado, y más... más... más de todo... Tenía un aire algo más salvaje que hacía meses, quizá su aspecto fuera un poco más desaliñado... Llevaba trenzas en un lateral de la cabeza y algunos collares de cuero. Y esa mirada... Su mirada era insolente y provocadora y estaba clavada sobre ella.

No podían haber pasado más de dos o tres segundos, cuando él comenzó a andar hacia donde se encontraban ellos, con parsimonia, como si fuera un modelo de un anuncio de perfume y el director le hubiese dicho que lo hiciera despacio para que sus movimientos fuesen más perceptibles. Avanzaba de una forma sinuosa, separando el agua con su cuerpo. Sensual, ese era el adjetivo más apropiado.

Tana sabía que tenía que dejar de mirarle así, que no podía seguir con la mano suspendida en el aire, la boca entreabierta y los ojos fijos en él. Lo sabía. Y sin embargo se sentía incapaz de reaccionar. Ella que había pensado que estaba por encima de todo

aquello, y que Till Landvik había pasado a ser un amargo recuerdo del pasado, se descubría a sí misma observándole anhelante y echando de menos... algo.

Echándole de menos.

¡No podía ser!

Tratando de ignorar el temblor de sus rodillas, su respiración agitada y el malestar que acababa de tomar posesión de todo su cuerpo, apartó la vista y la centró en su amiga Eli, que la miraba sonriente.

Aunque la situación parecía haber durado toda una vida, probablemente no habrían transcurrido más de unos segundos, y nadie se había percatado de su reacción. Bueno, nadie era decir demasiado. Notó los ojos inquisitivos de Poncho sobre su persona y le miró de reojo. En efecto, la observaba con intensidad y la frente arrugada.

El vikingo había acabado con su interminable salida del agua. Y aunque ella había dejado de mirarle, sentía su formidable presencia a solo unos metros de distancia. Era muy consciente de todos y cada uno de sus movimientos. Sonrió a Cas, que le decía algo relacionado con el viaje. Suponía que una sonrisa era lo propio, aunque ya no tenía ni idea. Nunca en su vida había estado tan presente y tan ausente al mismo tiempo. ¿Desdoblamiento de personalidad? Su cuerpo estaba ahí, con el grupo; su mente estaba a dos metros, al lado del jodido Till, que se secaba con una toalla y se echaba el pelo hacia atrás. ¿Trenzas? ¡Dios Santo! Sí, trenzas. Hasta unas puñeteras trenzas en el pelo le quedaban bien.

—También ha llegado Till —dijo Eli, señalándole—. Así que la familia está al completo.

Tana se sintió tentada de dar un paso atrás cuando él se acercó e invadió su espacio peligrosamente, pero no era una colegiala estúpida y poco a poco iba recuperando su aplomo. Forzó una sonrisa y le miró a los ojos. Él se inclinó y acercó su cara a la de ella. Sintió sus labios fríos acariciándole el pómulos y los pelos de su barba rozándola... La besó... Controló el impulso de cerrar los ojos y deleitarse en su caricia, pero se mantuvo firme con la sonrisa incrustada en la cara.

Entonces él le dio el golpe de gracia.

—Tana, cuánto tiempo —murmuró justo antes de apartarse, de manera que su aliento le rozó el lóbulo de la oreja.

Su voz ronca, esa voz que se había esforzado en olvidar —en vano—, penetró en su interior y una oleada de calor la recorrió por dentro. Estuvo a punto de expeler un jadeo al notar cómo su vientre se contraía.

—Sí, mucho tiempo —repuso, intentando sonar firme—. Desde la boda de Eli y Cas —terminó.

—Sí, desde la boda —corroboró él con un tono sarcástico. Seguía sin apartar sus ojos de ella.

—Este es Raúl —dijo, y no añadió más. De pronto le pareció casi obsceno referirse a él como su prometido. Notó el rubor extendiéndose por sus mejillas.

Se estrecharon las manos. Fue un simple apretón, breve y firme. Cortés. Pero ella se sintió rara al ver cómo esos dos hombres se tocaban y se calibraban. Su prometido no era ni tan alto ni tan fornido como Till, aunque no lo necesitaba. Era un hombre encantador, fascinante, inteligente, perspicaz, muy atractivo y seguro de sí mismo. Fue enumerando sus bondades en silencio mientras los contemplaba a ambos.

Y sin embargo... sin embargo... con él jamás había sentido todo aquello que el maldito Landvik le hacía sentir con una sola mirada.

—¿Qué os parece si nos sentamos y bebemos algo? —propuso Eli en ese momento, agarrándola del brazo—. Cas, ¿puedes encargarte tú? Necesito sentarme.

Tana la hubiera besado por romper, con esa prosaica frase, la incómoda situación en la que se hallaba. Se dejó guiar por ella hasta el fondo del jardín, donde habían dispuesto una mesa debajo de unas blancas sombrillas cuadradas.

—¿Cómo llevas el embarazo? —le preguntó. Sus ojos se deslizaron hacia su protuberante vientre.

—Deseando que termine. En siete semanas salgo de cuentas y no veo el momento. El verano se me está haciendo eterno —y bajando la voz para que nadie pudiera escucharlas, susurró—: Es guapísimo.

Tana frunció el ceño y, a hurtadillas, contempló a Till. ¿Guapísimo? Esa palabra se quedaba corta...

—Y ese anillo que te ha regalado es espectacular.

En ese momento cayó en la cuenta de que Eli se refería a Raúl.
¡Mierda!

—Sí, él es muy guapo y el anillo es precioso. No me lo esperaba, la verdad.

—¡Qué romántico! —le dijo.

—Sí, muy romántico.

Eli emitió una suave carcajada.

—Puedo imaginarme tu cara cuando te lo dio. Tana, la antítesis del romanticismo, recibiendo una proposición de matrimonio tradicional. ¿Se puso de rodillas también? —preguntó con un toque de malicia bien intencionado.

—Calla, mala persona. Prometo contarte todo con pelos y señales cuando estemos a solas —respondió en voz baja—. Creía que... que Till no iba a venir hasta la semana que viene —añadió, fingiendo indiferencia.

—Ha sido una sorpresa. Ha adelantado sus vacaciones. Se ha presentado aquí hace un rato de improviso. Teníamos muchas ganas de verle —confesó, tomando asiento en un extremo de la mesa—. La última vez fue en octubre. Fue muy raro. Una visita relámpago. Pasó por aquí y se quedó solo dos días.

Tana apoyó la mano en el respaldo de la silla que tenía delante, sintiéndose débil. ¿Octubre? ¿Till había estado en España en octubre?

—¿Octubre? —preguntó casi en un hilo de voz.

—Sí. ¿Por? —Eli hizo un gesto con la mano a Sira que se acercaba a ellas corriendo.

—Por nada.

Se sentó al lado de su amiga y pretendió estar muy interesada en Pipi, el pequeño bichón maltés, que olisqueaba el césped a solo unos metros. Su mente estaba en otro sitio. Till había estado en España viendo a su familia hacía diez meses. Justo después de que todo sucediera... ¿Por qué? ¿Por qué había ido si luego solo se había quedado dos días con ellos? No tenía sentido. ¿Un viaje de diez mil kilómetros para eso? Absurdo. ¿Habría ido a buscarla? ¿A verla? No. Desde que ella le envió ese último mensaje dejándole claro que no quería saber nada de él, no había tratado de contactar

de ninguna manera. Ni por teléfono ni a través de las redes sociales. Mucho menos lo habría hecho en persona.

Al principio, incluso confundida y triste como se hallaba, se había sentido algo decepcionada de que él no hubiese hecho otro intento de volver a verla o de hablar con ella, pero en el fondo sabía que había sido lo mejor. Así todo había resultado más fácil. Y sin embargo, saber que él había estado en España en octubre la dejaba perpleja. ¿Por qué habría ido?

Le miró de reojo. Estaba sentado enfrente, al otro extremo de la mesa. Se había puesto unas gafas de sol por lo que era imposible saber si la estaba mirando o no, pero de algún modo ella sabía que sí lo hacía. Se sentía expuesta y vulnerable. Y no le gustaba nada esa sensación.

—Un Martini, ¿verdad? —La voz de Raúl a su espalda la sobresaltó.

—Sí, gracias.

—Te lo ha preparado Poncho. No me hago responsable.

Cogió la copa que le ofrecía y le regaló una sonrisa, que él le devolvió. Le observó con afecto mientras se sentaba a su lado. Era una estúpida al perder un solo segundo pensando en Till. Raúl era el hombre más maravilloso del mundo. Se inclinó y depositó un suave beso sobre su mejilla, dispuesta a no volver a dirigir ni una mirada más en *su* dirección.

—Está perfecto —respondió después de darle un trago al Martini —. Es de las pocas cosas que Poncho hace bien.

—Te he oído —respondió el aludido, señalándola amenazadoramente con el dedo.

Se sintió más relajada. Allí, en su esquina de la mesa y arropada por Raúl, Poncho y Eli, lejos de él y de su influjo indeseado, pudo respirar más tranquila. Tampoco era para tanto, se dijo. Había sido la primera impresión, porque no había esperado encontrarle allí. La sorpresa. Sonrió y volvió a beber un trago de su perfecto Martini mientras escuchaba cómo Raúl y Eli hablaban entre ellos.

Pronto, Oksana, Cas y Jan fueron trayendo platos de la cocina. Ella misma se ofreció a echarles una mano, pero su ayuda fue rechazada. La comida que habían preparado era ideal para un día de verano como aquel: ensalada de tomate y queso, lasaña de

salmón y aguacate y pequeños aperitivos para picar. Todo sencillo y ligero.

La comida transcurrió sin incidentes. El peso de la conversación cayó en su mayor parte sobre Cas, que llevó la voz cantante como era su costumbre, aunque Poncho no le fue a la zaga. Entre los dos lograron que el ambiente fuese distendido y agradable. Raúl bromeaba y sonreía todo el rato, derrochando encanto; se notaba que se sentía a gusto. Por el contrario, al otro extremo de la mesa, Till permanecía silencioso. Apenas hablaba, se limitaba a escuchar. Se había quitado las gafas de sol y sus profundos ojos azules habían quedado al descubierto. De vez en cuando decía algo y, cuando lo hacía, Tana tenía la sensación de que se dirigía a ella en exclusiva, así que apartaba la mirada.

—Y entonces, ¿cuándo es la boda? —preguntó Oksana en ese momento.

—El quince de octubre —contestó ella—. Y luego nos vamos de luna de miel a Italia. Raúl tiene una cabaña cerca del Lago de Como.

—¡Joder! —exclamó Poncho—. ¿Cómo narices has conseguido convencer a Mata Hari, que es tan romántica como una tabla de planchar, de algo así? —se dirigió a Raúl con sorna.

Tana puso los ojos en blanco, como si esa aseveración fuera del todo absurda. Aunque algo de razón sí que tenía. A ella también le pareció ridículo cuando él se lo propuso, pero no teniendo nada que objetar, había aceptado.

—Soy un hombre muy persuasivo —aclaró su prometido con una sonrisa ladeada, haciendo reír a los demás.

—¿Por qué te llaman Mata Hari? —La pregunta, hecha con gravedad desde el otro extremo de la mesa, contrastó con el tono de alegría general.

Tana volteó la cabeza y sus miradas se encontraron. Estaba muy serio, en exceso. Se quedó callada. ¿A qué venía eso de pronto? ¿Y en ese tono inquisitivo? Sin saber muy bien por qué, se envaró y se puso a la defensiva.

—Es porque lleva a todos los hombres locos —intervino Raúl de buen humor, sin darse cuenta de la tensión que reinaba entre ella y

Till—. En Madrid apenas podemos salir en público sin que tenga que estar espantando a moscones todo el rato.

Y acto seguido, le cogió la mano donde lucía el anillo y se la llevó a los labios para depositar un suave beso sobre sus nudillos. Ella no le miró. Su atención seguía en otro lugar. Y mientras su prometido le obsequiaba ese cariñoso gesto, trató de apartar los ojos del rostro moreno y curtido por el sol que permanecía aparentemente impasible. Trató de apartarlos de veras, y concentrarse en el maravilloso hombre que tenía a su lado, pero algo más fuerte que ella se lo impidió. En contra de su voluntad, mantuvo la vista anclada en Till... y fue consciente del momento exacto en que sus facciones se endurecían. Estuvo tentada de retirar la mano. Bajo el escrutinio de esa mirada azul, las siempre bienvenidas caricias de Raúl hacían que se sintiera... incómoda y miserable.

Se enfadó consigo misma. ¡Maldición! ¿Es que se iba a dejar amedrentar por su presencia todo el rato? Giró la cabeza y rompió el contacto visual, solo para ir a encontrarse de lleno con el ceño fruncido de Poncho, que la contemplaba adusto. Le hizo un gesto desafiante que él ignoró, por supuesto. Había una muda interrogación en su semblante. Tana suspiró internamente. Sabía que sus preguntas no tardarían en llegar. Y lo peor de todo era que no tenía respuestas.

Pronto la atención se concentró en Oksana y en su trabajo como maestra. Les estuvo relatando lo satisfactorio que le resultaba enseñar a niños pequeños. Luego hablaron de Eli y de que estaba a punto de cogerse la baja por maternidad. Y Cas les contó que había tenido que contratar a otro mecánico para su taller. Los temas fluían y se sucedían de manera simple y sencilla. No hubo más sobresaltos.

Al menos no hasta el café.

Oksana y ella habían ido a la cocina a buscar la cafetera y las tazas. Cuando regresaron, la conversación se había centrado en Till, en México y en sus clases de surf. Él se había reclinado en el asiento e iba contestando a todas las preguntas de forma relajada y amena. Semejaba estar a gusto. Feliz.

Tana tomó asiento y, con la mirada clavada en el mantel, se dedicó a remover su café sin necesidad ya que no le había puesto azúcar. Escucharle hablando de México hacía que se sintiera extraña. Ciertos recuerdos eran muy amargos.

—¿Cuándo nos vas a presentar a esa chica con la que sales? —le preguntó Cas.

Ella dejó de mover el café.

—No salgo con nadie —se rio Till.

—¿Y la morena? Está contigo en casi todas tus fotos de Facebook. —Cas sonó escéptico.

—No lo niegues —intervino Eli con una risa—. Yo también lo he visto.

—Es una amiga, nada más —repuso con vaguedad.

Tana trató de ignorar el pinchazo que le atravesó el corazón. Se asemejaba demasiado a los celos que había sentido hacía meses cuando había pensado que él estaba con Amaya. «¡No vayas por ahí!», se recriminó en silencio. Alzó la vista y sus ojos se encontraron. Él la observaba con mucha intensidad. Parpadeó nerviosa antes de apartar la mirada.

—Tengo ganas de conocerte una novia —dijo Jan—. Me pregunto cómo será la mujer que consiga hacerte sentar la cabeza por fin.

—Hubo alguien... —respondió con vacilación, provocando que sus hermanos y también Eli prorrumpieran en exclamaciones—. No terminó bien —continuó de buen humor—. Me dejó por otro. Uno más guapo, más elegante y con más pasta que yo.

Tana le lanzó una mirada agitada a través de sus pestañas, pero él observaba la piscina. No se refería a ella. Desde luego que no, se dijo. Lo suyo había sido algo... diferente a eso que él contaba. Quizá estuviera mintiendo, quizá se estuviese inventando todo aquello para intranquilizarla. Quizá de verdad había habido otra mujer que le había dejado por otro, después de lo que había ocurrido entre ellos...

—Con más pasta y más elegante eso no se puede dudar —dijo Cas riéndose—, pero ¿más guapo? Es imposible. Mírate, con esos ojos y ese pelazo.

Todos rieron. Todos menos ella, que tuvo que fingir una sonrisa acartonada antes de llevarse el café a los labios. Ese fue el preciso momento que él eligió para girar la cabeza. Sus ojos se encontraron por encima del borde de la taza. Y ella comprendió una cosa al ver cómo le brillaban llenos de reproche.

Sí, se había referido a ella...

Esa supuesta mujer que le había dejado por otro era... ¿ella?

No entendía nada. Nada.

—Entonces, ¿vamos a ir al casino?

La pregunta de Raúl la sobresaltó. ¿Habían cambiado de tema y no se había dado cuenta? ¿Cuánto tiempo había estado en el limbo?

Se aclaró la garganta y le miró. No se dirigía a ella, sino a Poncho. Ambos llevaban unas semanas hablando de visitar el famoso casino de la costa. Se encontraba en una localidad cercana y era bastante popular. Dos aficionados a la ruleta como eran ellos no iban a dejar escapar la oportunidad de acercarse alguna noche.

—Claro, mañana —dijo Poncho con jovialidad—. ¿Alguien más se apunta?

—Conmigo no contéis —repuso ella—. Ya sabéis que me aburro en esos sitios.

—Conmigo tampoco —dijo Eli—. A las diez de la noche estoy muerta. Os avergonzaría quedándome dormida en una silla.

Cas, Oksana y Jan hicieron gestos negativos con la cabeza.

—¿Y tú? ¿Quieres venir? —Raúl se dirigió a Till con una sonrisa. Se hizo un silencio generalizado. Incómodo.

—Creo que será mejor que yo no vaya —contestó Till al cabo de unos segundos con voz suave.

—¿He dicho algo que no debería? —preguntó Raúl, confuso.

—¿No te ha contado Tana que soy un ludópata? Es raro, porque es una de sus historias favoritas —lo dijo sonriendo y con tono jocoso, pero había un toque amargo en sus palabras—. Supuestamente, estoy rehabilitado. —Trazó unas comillas con los dedos en el aire—. Pero es mejor no tentarme. Una vez ludópata, siempre ludópata —concluyó, alzando los hombros.

—No es para tanto —intervino Tana con rapidez—. Tuvo un problema con el juego y estuvo yendo a terapia durante años, pero

lo tiene más que superado.

Todas las miradas se posaron sobre ella con asombro. Era quizá la primera vez que escuchaban algo así, a ella defendiéndole. Se sintió mortificada, pero no había podido evitarlo. Odiaba que él se expresara así sobre sí mismo, con ese desdén y ese desprecio.

—No lo sabía —murmuró Raúl.

—No pasa nada. Por favor, no dejéis de hablar de esas cosas por mí. Puedo soportarlo —contestó Till. Se dirigía a Raúl, pero la miraba a ella.

Tana se revolvió en el asiento y dirigió su atención hacia Sira, que en esos momentos se lanzaba al agua de un salto. Mirar a la niña le pareció lo menos peligroso. El momento desagradable no tardó en diluirse cuando Eli sacó otro tema de conversación. Poco después Clara convenció a su tío de que se bañase con ella y él aceptó, llevándose la tensión con él.

Eran ya las ocho cuando Raúl le propuso que se marchasen al hotel. Ella lo habría sugerido mucho antes. Si bien a hurtadillas, el observar a Till jugando en el agua con las niñas, le provocaba melancolía y tristeza. Mientras los demás se despedían, ella atravesó el jardín para ir al baño. Evitó mirar a la piscina y a las tres figuras que se divertían en ella.

Se lavó la cara con agua fría y observó su imagen en el espejo. Estaba algo pálida y tenía la mirada opaca. ¡Gracias a Dios que todo llegaba a su fin! Le había costado más de lo que pensó mantener la compostura delante de él. Mucho más.

¡Qué arrogante por su parte pensar que ya lo había superado todo, que ya le había olvidado...! ¡Cuán equivocada había estado!

Y todas aquellas dudas que la acosaban... ¿Por qué había ido a España en octubre? ¿Por qué decía que ella le había dejado por otro? ¿Y por qué no había cesado de mirarla todo el tiempo? Como... como si todavía sintiera algo por ella...

¡Mierda!

Necesitaba pensar. Poner en orden sus ideas. Sin que él estuviese cerca.

Respiró hondo y abrió la puerta.

Justo delante, con el pelo y la barba mojados y casi desnudo, estaba él. Esperándola.

Se llevó la mano al pecho instintivamente. Los latidos de su corazón acababan de adquirir una velocidad vertiginosa, como un coche de carreras que podía pasar de cero a cien en apenas un par de segundos.

—Tenemos que hablar —le susurró él.

—No tenemos... nada... de qué hablar —consiguió articular, sin mirarle. Odiaba sonar titubeante, pero la sorpresa de encontrarle allí había vuelto a dejarla estupefacta.

—Por supuesto que sí —la contradijo con firmeza—. Además, me lo debes.

—No te debo nada —farfulló, y trató de abandonar el baño rodeándole, pero él dio un paso a la derecha, impidiéndoselo con su cuerpo.

—Tú sabes que sí —dijo entre dientes.

Y entonces hizo algo que la dejó paralizada. Le cogió la cara entre las manos y la obligó a alzar la barbilla. Un escalofrío le recorrió la espalda al sentir el áspero tacto de su piel sobre sus mejillas y sus ojos ardientes sobre los de ella. Se perdió en su azul mientras su interior se inflamaba. Trató de bajar los párpados para escabullirse de esa mirada cargada de fuego, pero sin éxito. No le hacía falta verla, la sentía como si fuera algo tangible y palpable. Un jadeo ahogado se escapó de su boca.

—Tana... —musitó él con esa voz ronca que conseguía que se olvidara de todo lo demás.

¡No, no, no! ¡Tenía que mantenerse firme!

—¿Cómo puedes hacerme esto, Landvik? —gimió al fin, y se apartó de modo brusco haciendo uso de toda su fuerza de voluntad. Le empujó del pecho y le lanzó una mirada llena de desesperación.

Él la dejó ir. Los ojos le brillaban belicosos.

—¿Y tú? ¿Cómo pudiste hacerme aquello, Tana? —le escuchó murmurar a su espalda mientras se alejaba con las piernas temblorosas.

Capítulo Treinta y seis

Había pasado una noche de mierda, dando vueltas en la cama hasta las cinco de la mañana. Y no era porque extrañase el colchón, se había acostumbrado a dormir en cualquier parte. No. Era esa maldita mujer. Esa maldita mujer que iba a conseguir que se volviera loco.

Había sido un suplicio verla al lado del tal Raúl. Ver cómo se sonreían, se acariciaban y se besaban. Escuchar cómo hablaban de su boda y de sus planes de futuro. Y todo ello sabiendo que ella no quería a ese hombre. Cualquiera que la conociese un poco se daría cuenta con solo pasar unos segundos a su lado. Era tan evidente... Sí, existía complicidad entre ellos, una gran amistad, incluso puede que afecto, pero no había pasión alguna. Sus oscuros ojos se iluminaban cien veces más cuando le miraba a él. ¿Acaso los demás no lo veían? Había sido tan obvio durante toda la comida... Saltaban chispas cada vez que sus miradas se encontraban.

Y por eso, y por el breve encontronazo que habían tenido en la puerta del baño, que le había demostrado que ella no era para nada indiferente y que todavía sentía algo por él, había decidido volver a jugarse todo a una carta y tratar de recuperarla. Todavía quedaban muchas cuestiones por resolver; tenían mucho de qué hablar y ella le debía una explicación, sin duda, pero no iba a cejar en su empeño e iba a luchar por ella. Eso lo tenía claro.

Sí, Tana iba a volver con él.

Una expresión determinada acudió a su rostro antes de atravesar la piscina con un rápido crol. Lo hizo unas cuantas veces antes de acercarse al borde y acodarse en él. Llevaba ya media hora allí, disfrutando de la soledad del jardín a esa temprana hora de la mañana. No hacía mucho que había amanecido y el sol poco a poco iba alzándose en el horizonte, transformándose en una bola de color naranja que no tardaría en calentar demasiado, mas por el momento la temperatura era ideal. Su cuerpo se había

acostumbrado al clima de Baja y el calor sofocante de la costa mediterránea en agosto no le gustaba demasiado.

—Buenos días. Veo que hemos tenido la misma idea. —Poncho entró en su campo de visión. Llevaba un bañador rojo y una toalla al hombro.

Till le contempló con el ceño fruncido. A la mierda su rato de paz en la piscina, pensó con desagrado.

—Eso parece —repuso con aspereza.

Nadó en la otra dirección, alejándose del recién llegado. Se encaramó a las escaleras y abandonó el agua. Cogió su toalla, que había dejado en el borde, y se dispuso a marcharse. No le apetecía nada compartir el espacio con Poncho.

—¿Te pasa algo conmigo? —inquirió este con voz suave.

Till se detuvo. Quizá la pregunta tenía algo de pertinente. Quizá. Pero no sabía si estaba dispuesto a contestarla en ese instante. Se dio la vuelta y miró al que durante meses consideró como su rival, que le devolvió la mirada con aplomo. Interesado. ¿De verdad que no tenía ni idea de lo que pasaba?

—No —respondió.

—Entonces, ¿esa actitud tuya? ¿Me la estoy imaginando? —Sonaba escéptico. Dejó la toalla en una tumbona y se acercó a él.

—No.

—Explícate.

Till se acarició la barba mientras analizaba la expresión de Poncho. Realmente parecía no saber nada.

—Sé que tú sabes lo que pasó entre Tana y yo el año pasado —comenzó al cabo de un rato de tenso silencio—. Me dijo que te lo había dicho. Que había confiado en ti.

El otro asintió, pero no dijo nada, invitándole a seguir.

—Supongo que cuando volvió a España también te contó todo lo que ocurrió en México... —se interrumpió y apartó la mirada, desviándola hacia el horizonte. Vaciló, sin saber cómo continuar. Daba igual que hubieran pasado tantos meses, seguía doliéndole mencionar el tema. De pronto, no sabía qué narices hacía ahí, hablando de eso con Poncho. Se giró, impaciente—. Mira, da igual. No importa. Lo pasado, pasado está. —Se encogió de hombros—.

Me jodió enterarme de lo vuestro. Ya está. Pero al final, los dos hemos salido perdiendo, ¿no? Se va a casar con otro.

—No te entiendo —dijo Poncho, perplejo—. ¿Qué quieres decir con *lo vuestro*? Entre Tana y yo nunca ha habido nada.

Till dejó escapar una carcajada que hubiera debido sonar sarcástica, pero que tenía tintes de amargura que no le gustaron demasiado.

—No me jodas, Poncho. Os vi —espetó con desdén.

—¿Nos viste? ¿Cómo? ¿A qué te refieres? —Se acercó más a él con la frente arrugada.

—Cuando Tana volvió a España, yo vine tras ella. Fui a buscarla. Y os vi.

Poncho negó con la cabeza.

—Estabais en la puerta de su *boutique* y os estabais besando. —Apretó los puños. Daba igual el tiempo que pasase, esa jodida imagen de ellos dos besándose bajo la lluvia no se le iba a olvidar jamás.

—No sé lo que viste, pero lo malinterpretaste —repuso Poncho—. Recuerdo que después de volver y de que perdiera al bebé... —Bajó la mirada, y Till casi lo agradeció. Le resultaba difícil escuchar a una tercera persona refiriéndose a lo que había sucedido—. Tana estaba bastante... hundida —continuó—, y necesitaba un amigo. Pero nada más. Es verdad que alguna vez la acompañé al trabajo y que intenté estar ahí para ella. Pero no hubo nada entre nosotros. Nada.

Till le contempló dubitativo. Él recordaba ese beso con toda nitidez. No había sido el beso de dos amigos. Para nada.

Iba a replicar algo, pero Poncho siguió hablando.

—Mira, déjame que te diga algo. No me creas si no quieres. No nos conocemos mucho, pero no tengo por qué engañarte. Conozco a Tana desde que era una cría y empezó a salir con Eli. Durante todos estos años ha sido una presencia constante en mi vida y le tengo muchísimo cariño, más que a cualquiera de las otras amigas de mi hermana. Ella confía en mí y yo confío en ella. Es una persona especial, muy especial. Pero jamás tendría nada con ella. *Nunca* —enfaticó—. Es como una hermana para mí.

Pasaron varios segundos sin que ninguno dijera nada. Poncho le miraba con franqueza, y Till se llevó la mano a la frente y se la frotó con vigor. ¿Era posible? ¿Era posible que no hubiese habido nada entre ellos y que él hubiera exagerado la situación? Cerró los ojos y trató de volver al pasado, de recordar cómo había sido todo. Él había estado sentado en el coche, esperándola. Se había puesto a llover. Y entonces habían aparecido ambos, resguardados bajo un paraguas oscuro. Parecían una pareja de verdad. Se habían despedido en la puerta, bajo la lluvia, con un beso... ¿De verdad había sido solo un beso afectuoso entre amigos? ¿Le habían cegado los celos? Ya no sabía qué pensar.

—Te puedo asegurar que cuando Tana volvió de México lo último en lo que pensaba era en tener una relación con nadie —volvió a hablar Poncho—. Estaba hecha una mierda. Y le costó recuperarse. Solo necesitaba un amigo.

—A mí me apartó de su lado —masculló de repente. De nuevo surgió esa ira que le abrasaba cada vez que pensaba que ella había buscado el consuelo de otro y no el suyo.

—Creo que las circunstancias la sobrepasaron. Hasta el momento en que pasó aquello, siempre había sido dueña de la situación y nada se le había escapado así de las manos. Creo que lo que le sucedió contigo le hizo darse cuenta de que no era tan fuerte ni tan segura como creía. Perdió el control. —Hizo una pausa—. Se asustó y huyó.

Till le contempló silencioso.

—¿Por qué me cuentas esto? ¿No estás traicionando su confianza al decírmelo? No creo que sea lo más apropiado que vayas contándole estas cosas al primero que te pregunta.

—No me jodas, Till. ¿El primero que me pregunta? — Poncho resopló e hizo un ademán despectivo con la mano—. Tú sabes perfectamente que no eres cualquiera y que ella te importa. Eso quedó muy claro ayer, después de ver cómo os comportabais durante la comida. Por favor, no soy tonto. Y tú le importas a ella. Por más que tratase de disimularlo.

—Ahora nada de eso es muy significativo, ¿no? —Meneó la cabeza fingiendo una indiferencia que no sentía—. A fin de cuentas se va a casar con otro.

—¡Bah! Fitzgerald no la quiere, está casado con su trabajo. Y a ella le pasa lo mismo. Se llevan bien y sienten admiración el uno por el otro. Ese matrimonio es conveniente para ambos, pero no hay más.

—Creía que Raúl era tu amigo —le cuestionó, alzando una ceja.

—Y lo seguirá siendo, aunque no estén juntos —respondió con seguridad—. Pero a Tana la quiero. Y si ella tiene más opciones de ser feliz contigo —y después de lo que vi ayer, no tengo ninguna duda—, pues desde ahora soy del equipo Till.

Una vez dicho esto se sentó en el borde de la piscina y metió los pies en el agua. Aparentaba desinterés, aburrimiento incluso, pero la mirada que le dirigió denotaba lo contrario. Había algo provocador en ella. Parecía querer instarle a hacer algo.

Till se dio la vuelta y contempló el mar a lo lejos. El sol bañaba la playa y la convertía en una preciosa pintura de color naranja y ocre, pero él no veía el paisaje. Meditaba sobre lo que Poncho acababa de decirle. Si antes de escucharle ya había tenido claro que quería recuperar a Tana, ahora lo tenía más claro todavía.

«Recuperar es una palabra muy grande. Nunca ha estado verdaderamente contigo... Mejor será que hables con propiedad y digas conquistar».

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó Poncho, sacándole de sus pensamientos.

—Eso es cosa mía —respondió con rudeza. Por mucho que el otro le hubiera dicho que le apoyaba y que pensaba que Tana iba a ser feliz con él, no era su amigo ni nada por el estilo.

—Es muy terca y se le ha metido en la cabeza que no eres adecuado para ella —le advirtió ahora con una sonrisa—, así que vas a tener que trabajártelo.

Till no respondió, pero internamente le dio la razón. Ya sabía que era obstinada y que cuando algo se le antojaba era difícil que cambiase de opinión. No había nadie que lo supiera mejor que él. ¡Había pasado siete años guardándole rencor!

A pesar de que todavía tenía el pelo húmedo, se lo recogió en una coleta con la goma que llevaba en la muñeca, luego cogió la toalla y se dispuso a marcharse.

—Till.

Su nombre, pronunciado de manera apremiante, le hizo detenerse y darse la vuelta. Los ojos oscuros de Poncho le taladraron. Cualquier atisbo de jovialidad o simpatía había desaparecido de sus facciones y un rictus de dureza había acudido a sustituirlo.

—Ten mucho cuidado, porque como le hagas daño te las tendrás que ver conmigo. Y no es una amenaza vana. Es una promesa.

—Vamos, Poncho. No me hagas reír —replicó con una mueca condescendiente—. Si hay alguien aquí que puede hacer daño al otro, es ella a mí. Tana tiene la capacidad de destrozarme... si quiere... —añadió en voz muy baja, echando a andar hacia la casa—. Y tú lo sabes...

Creyó escuchar un *sí* murmurado a su espalda, pero no se detuvo.

Quería estar solo y pensar.

Planear su estrategia.

Capítulo Treinta y siete

Tana había llegado al chalet hacía unas horas, como habían convenido. Eli la había recibido entusiasmada. No había nadie más. Cas seguía en su taller e iba a volver tarde; Poncho se había marchado para ir a recoger a Raúl, del que ella acababa de despedirse en el hotel. Y Till había quedado con unos amigos del instituto y no se le esperaba para cenar. Los nervios que se habían mudado a su estómago mientras iba conduciendo hacia la urbanización se le aflojaron al enterarse de esa fantástica noticia. Su ausencia era lo adecuado para su salud mental.

Habían cenado en el jardín las dos solas con Sira y, ahora, a pesar de que el sol casi había desaparecido para ceder su espacio al ocaso, llevaban un rato en el borde de la piscina, sentadas en sendas tumbonas, disfrutando de la agradable temperatura y vigilando a la niña, que entraba y salía del agua una y otra vez. El tema principal de conversación había sido Raúl, por supuesto. Eli había querido saberlo todo con pelos y señales, y ella se lo había contado de buena gana. Hablar de Raúl era... tan fácil.

Una punzada de envidia la atravesó al contemplar a su amiga. Su avanzado estado de gestación era más que evidente con ese bikini de color verde manzana. Aunque se quejaba de que le dolía todo, lo hacía con una sonrisa resplandeciente. Tana bajó la vista y no pudo evitar establecer comparaciones. El bikini blanco que llevaba realzaba su moreno, su voluptuosa figura y su vientre, liso como una tabla y sin una sola estría. Cerró los ojos un instante y estuvo a punto de sucumbir a la melancolía, pero una conocida e inoportuna voz le hizo abrirlos de golpe.

Su némesis acababa de acceder al jardín.

Aunque había sabido que eso iba a suceder de un momento a otro y se había mentalizado, estando prevenida para el encuentro, reconocía que nada podía prepararla para todo aquello que su mera presencia le hacía sentir. Una breve mirada de esos intensos ojos azules era como un cañonazo en pleno plexo solar. Y si esa mirada

duraba más de dos segundos ella se convertía en un charco de agua, derretida por completo... A la mierda todo su aplomo.

Le odiaba por ello.

Se odiaba, se corrigió.

Al igual que el día anterior, él no le quitaba la vista de encima. Y volvía a andar de aquella manera sensual y sinuosa, como si fuese el chico del anuncio de Cola-Cola Light, muy consciente de que todas las miradas estaban sobre él. Cosa que era absurda. Eli miraba a su hija y ella contaba con la ventaja de —a pesar de lo inapropiado de la hora— llevar puestas unas gafas de sol. Se aprovechó de ello y le observó de arriba abajo.

Estaba guapo. Muy guapo. Bronceado y con un bañador azul con palmeras negras, que en cualquier otro hubiera resultado ridículo, pero que en él era perfecto. Su pelo era algo más claro de lo que recordaba, y esas estúpidas trenzas —cuatro o cinco— bailoteaban alegremente sobre su sien derecha. También lucía varios collares de cuero en torno al cuello y otras tantas pulseras también de cuero en ambas muñecas. Incluso llevaba una en un tobillo.

«¡Qué esperpéntico!», pensó con desdén.

Alzó la vista y volvió a posarla sobre su rostro. Había vuelto a dejarse crecer la barba que le tapaba los arañazos...

Quizá me guste ver tus marcas sobre mi piel.

Eso había dicho él hacía un siglo...

Apretó los labios y apartó la mirada con rapidez, concentrándose en Sira, que había corrido hacia su tío y se aferraba a su mano con fuerza. La pequeña le idolatraba.

—Hola —las saludó cuando llegó a su lado.

—Siento tenerte de niñero —se disculpó Eli, mirándole contrita—. Sé que me estoy aprovechando de ti, pero te ha tocado. Cuando te ve, se olvida de todos nosotros.

—No te preocupes. Sira y yo somos muy amigos, ¿verdad? —Se inclinó y la cogió en brazos. Ella le contempló con adoración y asintió con fervor.

Tana sintió un hormigueo en todo su cuerpo al verle abrazar a su sobrina. El mismo hormigueo que sentía cada vez que miraba el

vientre de Eli. A salvo, detrás de los cristales de sus gafas, permitió que la tristeza empañase sus ojos.

—Nos vamos al agua —dijo él—. ¿Alguien se apunta?

—Yo no —respondió Eli.

—¿Y tú, Tana?

Quizá fuese producto de su imaginación, pero su voz se tornó aterciopelada al dirigirse a ella. Antes no había sonado así.

—No, gracias —contestó con frialdad.

Él se alejó con la niña en brazos y una sonrisa en los labios. Y ella le siguió con la mirada. La cicatriz de su espalda destacaba visiblemente debajo de su omóplato.

—Estamos muy contentos de que esté aquí —dijo Eli, apoyándose en el respaldo—. Anoche lo hablaba con Cas. Está mucho mejor que cuando vino el año pasado. Nos preocupó.

Tana se tensó. Se moría de ganas por preguntarle algo más a Eli, pero no encontraba ninguna excusa plausible. No le hizo falta. Su amiga tenía ganas de hablar, al parecer.

—Creemos que tuvo algo con una chica y no salió bien. Se presentó en casa en medio de la noche y no quiso contarnos mucho, la verdad, pero venía bastante... alterado.

—Qué... pena... —dijo con tibieza tratando de ocultar su interés. Las manos habían comenzado a sudarle y se las frotó en la toalla.

—Cas y Jan estuvieron insistiéndole para que hablara con ellos, pero no quiso contarles nada —continuó—. Fue a ver a su madre un par de veces y el resto del tiempo lo pasó con Jan en el estudio. Apenas se quedó unos días y luego se marchó, casi tan de repente como había venido.

Tana giró la cabeza y estudió la alta figura que estaba en el otro extremo de la piscina, y que levantaba a Sira en el aire. La niña reía con deleite.

—En fin —concluyó Eli con un tono de voz más desenfadado—, parece que ya lo ha superado. Está saliendo con alguien —se rio—, o con varias alguien. De vez en cuando le echo un ojo a su Facebook y las fotos son muy reveladoras. Tú ya me entiendes.

Sí, claro que lo entendía. Al menos podía imaginárselo. Todavía recordaba cómo le vio la primera noche que fue a buscarle a México. Con la tal Susan en su regazo y su lengua metida hasta el

fondo de su garganta. Suponía que su *modus operandi* no habría cambiado demasiado en todo ese tiempo; no necesitaba buscarle en las redes sociales para saberlo. Cosa que no había hecho desde que todo acabó entre ellos. Hubo alguna ocasión en la que estuvo a punto de sucumbir y dejarse llevar por la curiosidad, pero su sentido común la había rescatado en el último segundo y no lo había hecho. Había un dicho alemán muy acertado, que su madrastra Hilde empleaba con frecuencia, que decía: *Aus den Augen, aus dem Sinn*^[118], cuyo gemelo español era: Ojos que no ven, corazón que no siente. Y ella había decidido seguir esa máxima al pie de la letra. No sentir. Olvidarle.

«De poco te ha servido. ¿Olvidarle? No has olvidado nada». Esa voz que debía pertenecer a su conciencia se manifestó, sarcástica y chillona, en su mente.

—¿Cómo está mi *Prinzessin* hoy?

Sin previo aviso Cas se había materializado a su lado, sobresaltándolas. Llevaba un bañador negro y una toalla en la mano y su eterna sonrisa en los labios. Se arrodilló en el césped al lado de la tumbona donde estaba su mujer y la besó en los labios dulcemente. Luego se inclinó y depositó otro beso sobre su vientre.

—¿Y nuestra *kleine Prinzessin*^[119]? —añadió.

—Pues tu *Prinzessin* está agotada y necesita un masaje en la espalda, y tu *kleine Prinzessin* no termina de encontrar su sitio y no para de moverse —respondió Eli.

—Eso me gusta, que mis hijas sean peleonas. —Se incorporó—. Lo del masaje es cosa hecha, déjame que me pegue un chapuzón y estoy contigo. ¿Y tú, Tana, quieres un masaje también? —Se giró para mirarla con la burla reflejada en sus facciones—. Si se lo digo a Till, seguro que acepta.

—¡Qué gracioso eres! —se mofó con desdén exagerado, tratando de que ni él ni Eli se dieran cuenta de que se había puesto nerviosa—. ¿Te has hecho un nuevo tatuaje? —Cambió de tema con rapidez.

—Sí, ya sabes que el tema de la ñoñería está en la familia —se rio, y se acercó más a ella para que pudiera ver las nuevas marcas de tinta que decoraban su pectoral izquierdo.

Tana se quitó las gafas de sol e inspeccionó las palabras que aparecían allí. Con una caligrafía preciosa, estaba escrito el nombre de Elisa y justo debajo el de su hija Sira.

—Y cuando nazca Cristina, su nombre irá aquí. —Se señaló un punto del pecho—. Y como ves, tengo mucho sitio para todos los demás que irán viniendo —añadió con guasa, recorriéndose con el dedo índice al menos veinte centímetros, hasta alcanzar su cintura.

—Supongo que los tendrás con otra —intervino Eli—. Conmigo no cuentas. Además, no entiendo que te refieras a ellos en masculino, si de sobra es sabido que los Landvik solo podéis concebir niñas.

Esa frase hizo que a Tana se le encogiera el estómago. Algo muy parecido le había dicho ella a Till en México. Fingió una sonrisa y se volvió a poner las gafas de sol.

—Es verdad, venimos así de fábrica —repuso Cas riéndose—. Supongo que si no quieres más *hijas* mías —enfaticó—, tendré que buscar a otra por ahí.

—Hazlo, por favor.

Él le lanzó un beso en el aire antes de alejarse camino del agua.

—Qué sentimentales son estos hermanos con el tema de los tatuajes y los nombres. Primero Jan y ahora Cas —dijo Tana girándose para mirar a su amiga—. El único que se libra es Till.

—No te creas. Cuando estuvo aquí el año pasado le pidió a Jan que le tatuara algo. Ahora no recuerdo qué era. Una frase, creo. Pienso que tenía que ver con la chica esa que te he comentado antes.

Como impelida por un resorte, la cabeza de Tana se volteó buscando el cuerpo de Till. En una milésima de segundo había escaneado cada milímetro de su piel de la cintura para arriba. El resto permanecía oculto bajo el agua.

—Lo lleva en la parte interna del bíceps derecho. Solo se ve si levanta el brazo. Te lo digo antes de que te partas el cuello intentando localizarlo —añadió Eli con algo de ironía.

—Bueno, ya lo veré luego —replicó con desinterés.

—*Bueno, ya lo veré luego* —repitió su amiga con la voz distorsionada cargada de burla. La miraba con los ojos entornados—. No pensaba sacar el tema porque creía que quizá me lo

contases tú, pero en vista de que no ha sido así... ¿Quieres tomarme el pelo con esa indiferencia fingida? ¿Qué narices pasa entre Till y tú?

—No te entiendo —respondió Tana, tensándose.

—¿Sabes con quién estás hablando? Soy Eli, tu mejor amiga, esa a la que le contabas todo.

—No tengo nada que contar.

—Mira. —Se irguió en la tumbona y habló en voz baja—. No sé si los demás se habrán dado cuenta, pero yo te conozco y, desde el momento en que le viste ayer, has estado muy rara. En la comida se notó muchísimo y ahora estás aquí sentada y no paras de mirar en su dirección. Una de dos, o todavía sientes ese rencor exacerbado hacia él, aunque yo creí que habíais hecho las paces, o es algo más... algo dife...

—Son imaginaciones tuyas —la interrumpió haciendo un gesto desdenoso con la mano.

—Para nada. Nos conocemos desde hace más de veinte años, Tana, y nunca te había visto así... tan... ¿insegura? Ni siquiera sé si es la palabra correcta, pero estás muy rara.

—Te puedo asegurar que entre Till y yo no hay nada. *Nada* —recalcó la última palabra—. Es ridículo. Imagina, *Till y Tana*... si sonamos como una aliteración —añadió exageradamente.

—Eso no significa que no quieras que lo haya.

—¡Por favor! ¡Qué estupidez! Me voy a casar con Raúl —dijo con sequedad.

—Y me parece un hombre fabuloso, de veras. Pero no estás enamorada de él.

—¿Y eso qué tiene qué ver?

Eli meneó la cabeza de un lado a otro.

—Y que me lo digas tú... —murmuró con pesar—. Precisamente tú fuiste la persona que más me insistió hace años para que rompiera mi compromiso con Lalo y me decidiera por Cas. Tú fuiste la que me hizo ver que un matrimonio de conveniencia no era lo más adecuado. Tú me animaste a dejarme guiar por mi corazón... Y ahora, ¿esto?

Sí, había sido así. Ella había animado a Eli para que no siguiera los pasos de su madre y se casara con un hombre al que no amaba.

—Eli, yo no soy tú. Y Raúl no es Lalo.

—Raúl es un hombre encantador y Lalo era un impresentable, pero tú te encuentras en la misma posición en la que estaba yo: a punto de embarcarte en un matrimonio sin amor. Y créeme, Tana, el amor es muy importante.

—Raúl y yo somos adultos y sabemos lo que queremos y lo que más nos conviene —contestó al cabo de unos segundos—. No nos engañamos. Él tiene sus prioridades y yo las mías. Hemos sopesado los pros y los contras y es una unión muy ventajosa para ambos.

—¿Ventajosa? ¿Te das cuenta de que hablas de ese matrimonio como si fuera un contrato, un acuerdo de negocios?

—Es lo que suelen ser los matrimonios. La mayoría, al menos.

Eli soltó un bufido exasperado.

—¿Y Till? —preguntó al cabo de unos instantes de incómodo mutismo, solo roto por las risas infantiles.

—¿A qué te refieres con Till? —Pretendió estar perpleja.

—A ese algo que hay entre vosotros y que no sois capaces de disimular. Saltan chispas cada vez que os miráis o que os dirigís la palabra.

—Te lo vuelvo a repetir. Eso son imaginaciones tuyas.

—¿Sí? —preguntó escéptica—. Pues haz el favor de quitarte las gafas de sol —que de todas maneras ya casi es de noche—, y dímelo mirándome a la cara. Dime que no ha habido nada entre vosotros y que no sientes nada por él. Vamos.

Tana vaciló. Llevaba meses ocultándole la verdad a Eli, evitando tratar ciertos temas farragosos y buscando evasivas constantes. Pero esconder algo era muy diferente a mirar a alguien a los ojos y mentir con premeditación. Y no a un alguien cualquiera: a su mejor amiga. Quizá era hora de contarle la verdad, de que todo saliera a la luz. En el fondo sabía que Eli lo entendería.

Se quitó las gafas casi con violencia y las arrojó a un lado. Se encaró con su amiga, que la observaba desafiante.

—Entre Till y yo no ha habido nada —dijo—. Y desde luego no siento nada por él.

Ya.

La mentira había salido de sus labios.

No había sido fácil.

Los ojos castaños de Eli se entrecerraron y una sonrisa amarga acudió a sus labios.

—Jamás hubiese pensado que iba a ver algo así, o a escucharlo —musitó—. Me miras a la cara y... y me mientes.

Tana no pudo soportarlo más. Se puso de pie con precipitación.

—Voy al baño —murmuró, agitada.

—¿Y ahora huyes? —la increpó Eli con incredulidad—. ¿Quién eres y dónde está mi amiga? La Tana que yo conozco es valiente y se enfrenta a todo, no sale corriendo con el rabo entre las piernas.

—¡No huyo! —exclamó en voz más alta de lo que le hubiera gustado.

A hurtadillas, observó que tanto Cas como Till miraban en su dirección, en especial este último lo hacía con interés. ¡Mierda! ¡Lo último que deseaba era que él la viera así!

—¿Tana? ¿Qué te pasa? —Eli se incorporó con pesadez, apoyándose en el respaldo de la tumbona. Ahora sonaba más preocupada que inquisitiva.

—Eli, ¿no te das cuenta de que no quiero hablar de ello? —dijo entre dientes.

—Entonces, ¿es verdad? ¿Entre tú y Till hay algo? —Parecía completamente anonadada.

Tana apartó la mirada, incapaz de volver a mentir de nuevo.

Huir. Sí, eso era lo que iba a hacer.

—Por favor, Eli, no me presiones.

Luego se dio la vuelta y se encaminó hacia la casa. Notaba las miradas de varios pares de ojos sobre su espalda y trató de mantener el paso sereno.

Tenía que salir de allí.

Capítulo Treinta y ocho

Till se acercó a la escalera de unas brazadas y salió del agua con rapidez. Se acercó a Eli que había hecho amago de seguir a Tana y la cogió del brazo, deteniéndola.

—Déjala. No la presiones —le dijo en voz baja, viendo cómo la figura enfundada en el bikini blanco desaparecía dentro de la casa.

Le miró, confusa. Pestañeó un par de veces antes de encararse con él.

—¿Es verdad? ¿Hay algo entre vosotros?

—Es complicado —contestó, evasivo.

Ella guardó silencio unos segundos. Le contemplaba con mucha fijeza como si buscara en su cara alguna explicación al comportamiento de su amiga. De repente su expresión cambió y un gesto de comprensión acudió a sus facciones.

—Ella es la chica del año pasado. —Sus palabras eran una mezcla de reproche y de sorpresa. Tampoco había sido una pregunta, pero se respondió a sí misma—. Lo es. Ella es la chica por la que viniste a España —sentenció.

Él no lo negó. Se limitó a alejarse y coger su toalla, que había dejado en el borde de la piscina. Comenzó a secarse superficialmente.

—¿Qué pasó? —inquirió Eli.

—No es asunto tuyo —respondió con rudeza, para acto seguido dejar escapar un suspiro—. Perdona. Siento haberte hablado así. Es solo que... como he dicho antes, es complicado... Y no me corresponde a mí contarte nada. Debería ser ella.

—¿Qué está pasando? —Cas se acercó con Sira en brazos, envuelta en una toalla.

—Nada —contestó Till sin apenas dirigirle una mirada—. Voy a... tengo que... hablar con ella.

No esperó a que le contestaran. Se apresuró en dirigirse a la casa. No tenía ni idea de dónde estaría, pero seguramente habría buscado solaz en el baño como sucedió el día anterior. Pero no

estaba. La puerta se encontraba abierta y la luz apagada. Recorrió el resto de estancias con rapidez. La de Eli y Cas, la de Sira, la de Poncho, fue también a la cocina, pero no la halló en ninguna de ellas. Solo le quedaba mirar en la suya propia, pero le pareció insólito que ella hubiera ido a su cuarto a refugiarse. Quizá había decidido marcharse... No obstante sus pasos le dirigieron hacia su dormitorio, sin demasiada esperanza.

Abrió la puerta.

La sorpresa le frenó en seco.

Estaba de pie, de espaldas, mirando por la ventana. Su silueta se recortaba contra la luz crepuscular que todavía entraba a través del cristal. No se giró a pesar de que le había oído entrar. Era como si le hubiera estado esperando.

Él cerró la puerta y apoyó la espalda en ella. Se quedó mirándola, absorto, recorriendo su figura con los ojos. Sus hombros rectos, su cintura, sus caderas redondeadas, su trasero firme y generoso, sus piernas... ¡Cómo ansiaba poder estrecharla entre sus brazos! Volver a sentir contra su cuerpo toda aquella piel que durante un breve instante fue suya... Cerró los puños y controló el impulso que le instaba a acercarse. Esperó pacientemente a que fuera ella la que moviese ficha.

Finalmente, cuando ya habían transcurrido unos minutos o una eternidad, se giró y le miró. Al menos eso creyó intuir. Su rostro quedaba oculto en las sombras motivadas por el contraluz. Alargó la mano hacia el interruptor de la pared, pero ella negó con la cabeza.

—No lo hagas —le pidió—. No enciendas la luz.

—Si es lo que quieres...

—Lo que quiero es acabar con todo esto —murmuró—. ¿No querías hablar conmigo? Pues bien, aquí estoy. Habla —terminó con aspereza.

No hacía falta ser un genio para darse cuenta de que toda aquella frialdad e indiferencia eran ficticias. Ella se acababa de cruzar de brazos en una postura defensiva. Till vaciló, pero decidió dejarlo correr y aceptar su juego.

—Necesito saber por qué huiste de mí cuando perdiste al bebé —le soltó súbitamente, sin paños calientes.

Ella se echó el pelo hacia atrás con un agitado movimiento de cabeza. Ese gesto tan familiar en ella le llenó de nostalgia.

—Veo que vas al grano.

—Creo que ya lo sabes. No me gusta andarme con rodeos ni expresarme con medias verdades. Siempre he sido franco contigo. Solo espero que tú lo seas conmigo.

—Sí..., sí... —titubeó ella.

—Mira, te voy a decir algo que no sabes para ponértelo más fácil y allanarte el camino. Cuando te fuiste de aquella manera tan brusca sin darme una explicación coherente, lo dejé pasar porque creí que era lo que necesitabas. Que necesitabas estar en casa, con tu gente. Por mucho que me jodiese que me alejases de tu lado —concluyó en voz baja no exenta de furia—. Pero al cabo de unos días sin saber nada de ti vine a buscarte, ¿sabes? Cogí un avión y fui a Madrid.

Ella se llevó una mano al cuello y expelió un jadeo. Sus facciones seguían ocultas en las sombras por lo que no pudo leer la expresión de su rostro, pero parecía alterada.

—Me planté en la puerta de tu *boutique* y esperé dentro del coche a que llegaras a trabajar. Y lo hiciste. Llegaste... con Poncho —se detuvo antes de continuar con sarcasmo—. Luego vi cómo os besabais en la puerta, despidiéndoos con mucho cariño..., y saqué mis propias conclusiones.

—¡Te equivocaste! —exclamó ella—. Entre Poncho y yo no hay nada. Ni ahora ni antes. Es como un hermano para mí.

—Lo sé. Me lo ha dicho.

—¿Has hablado con Poncho de... nosotros? —Sonaba muy sorprendida, casi escandalizada.

—Esta mañana en la piscina me ha preguntado si tenía algo en contra de él y le he dicho lo que vi cuando vine a buscarte. Y entonces me ha contado que nunca estuvisteis juntos. Nada más. —Se apartó de la puerta y se acercó, quedándose a un paso de ella. Por fin pudo verle la cara. Tenía las mejillas enrojecidas y los ojos le brillaban de manera casi antinatural—. Y eso nos lleva a la pregunta del millón, Tana —susurró—. Si no había otro hombre en tu vida al que regresar, como me he pasado los últimos meses creyendo, ¿qué te hizo huir así de mi lado?

Ella apartó la mirada. No respondió. Él dio otro paso más de manera que sus pies desnudos se rozaron. Luego alzó una mano y la posó sobre su mejilla. Su piel era cálida al tacto.

—¿Por qué te fuiste? —insistió.

Lo sabía, pero quería oírsele decir a ella, que la verdad saliese de sus labios. Se había pasado meses equivocado, pensando que no deseaba estar con él porque estaba con otro, pero ahora sabía la verdadera razón. No obstante deseaba que lo admitiera delante de él.

—Tenía miedo —confesó al fin volviendo a mirarle—. Miedo, porque nunca me había sentido así y no supe cómo reaccionar. Y tú... tú parecías tan afectado..., pero al mismo tiempo tan seguro de todo, como si supieses exactamente lo que hacer y lo que decir. Y me asusté... porque siempre había pensado que yo era fuerte y de pronto me di cuenta de que no lo era. Tú fuiste el fuerte... y yo la débil —terminó con una sonrisa amarga.

—¿Yo, fuerte? —Elevó la otra mano y acunó su cara entre ambas. La miró con intensidad—. ¿Yo, fuerte? —volvió a preguntar y soltó una risa incrédula—. No tienes ni idea de lo débil que puedo llegar a ser cuando se trata de ti. —Le acarició los pómulos con suavidad y fijó los ojos en su carnosa boca. Se moría por besarla. Apretó los dientes y trató de pensar en otra cosa que no fuesen sus labios—. La situación nos vino grande a ambos. Nos sobrepasó. Y yo también tuve miedo —reconoció en un susurro.

—Pero tú no huiste.

—No tenía adónde ir —replicó con sencillez—. Además, sí lo hice. Hui cuando os vi juntos a ti y a Poncho. Me marché y juré que te olvidaría.

—Y me olvidaste —musitó ella.

—Mírame, Tana —suspiró, fatigado—. ¿Tú crees que te he olvidado?

Ella no dijo nada. Le miraba con esos iris oscuros y enormes cargados de duda, de reservas y de incertidumbre. A pesar de la penumbra, a esa distancia él podía ver su rostro a la perfección. La marca con forma de corazón invertido sobre su pómulo le trajo el recuerdo del momento exacto en que la había visto por primera vez. Fue en la playa, justo después de hacer su demostración de surf.

Segundos más tarde la había besado. Su deseo de volver a hacerlo ahora fue en aumento. Con mucha lentitud, bajó la cabeza centímetro a centímetro, hasta que sus labios se encontraron a la misma altura, apenas separados por sus agitadas respiraciones. Los ojos de ella mostraban indecisión, y él no quiso darle la opción de poder arrepentirse.

La besó.

La besó con todas las ganas contenidas que llevaba dentro.

La besó por todas aquellas veces que lo deseó y no pudo.

La besó como si llevara un siglo sin hacerlo.

Y al tiempo que su boca recorría cada recoveco de la suya, la abrazó con firmeza por el talle y la levantó en el aire. Ella se aferró a su cuello y él gimió de puro deleite al comprobar que respondía a sus besos con una pasión parecida a la suya. Le hubiera gustado separarse de ella unos milímetros y decirle muchas cosas, pero no deseaba estropear ese momento perfecto con palabras que quizá no fueran bienvenidas. Así que prescindió de los sonidos y se esforzó por demostrarle con gestos lo que sentía. De vez en cuando apartaba los labios de los suyos y levantaba la cabeza para poder ver su expresión. En su mirada no había duda alguna ya, por el contrario, ardía de deseo y de algo más... profundo.

Le recorrió el rostro con la punta de los dedos, recreándose en la suavidad de su piel, luego lo hizo con su boca, depositando decenas de besos sobre su frente, sus sienes, sus mejillas, sus párpados, su nariz, su boca y su barbilla. Y luego aprovechó los últimos rayos de luz que entraban por la ventana para terminar examinándola con la mirada, disfrutando con cada pequeño cambio que experimentaba su cara según él iba posando los ojos aquí y allá. Se le dilataron las pupilas, su piel adquirió una tonalidad más rojiza y sus labios temblaron casi imperceptiblemente.

¡Joder! ¡Cómo la había echado de menos!

Después de que ella se marchara había estado con muchas mujeres. Muchas. Pero ninguna como Tana.

Ninguna.

Enterró la cabeza en su cuello y aspiró con fuerza.

¡Ese olor!

Ella enroscó las piernas en torno a su talle y enredó las manos en su pelo húmedo, tirando levemente de sus mechones. Él gruñó al sentir sus dientes mordisqueándole la zona más sensible de su garganta, y su miembro vibró dentro de su bañador. Era como lo recordaba. Dulce y salvaje al mismo tiempo.

Se dio la vuelta y avanzó hacia la cama. Sujetándola con firmeza por las nalgas, se dejó caer con ella sobre el colchón, tratando de no aplastarla con su peso. Levantó la cabeza y lo que vio le gustó. No, no le gustó. Le complació en grado sumo. Ella quizá no se daba cuenta, pero tenía el alma escrita en la mirada.

—Te voy a dar exactamente lo que me pides —jadeó contra su boca—. Tu cuerpo me está pidiendo a gritos que te folle, pero tus ojos... tus ojos me están pidiendo que te quiera... —Hizo una pausa—. Y te voy a dar las dos cosas, Tana... *Las dos cosas.*

Y volvió a besarla.

Y ella se dejó besar.

Capítulo Treinta y nueve

Enterró la cara en la almohada. Se sentía eufórica, satisfecha y... culpable. Todo al mismo tiempo, como si eso tuviera algún sentido. Notaba la masculina presencia a su espalda, enorme y protectora, abrazándola con firmeza; esa era la causa de su euforia y su satisfacción. Y también notaba su miembro, ahora flácido y todavía envuelto en un condón, entre sus piernas; ese era el motivo de su culpabilidad.

Cerró los ojos con fuerza hasta que se hizo daño y un montón de lucecitas sustituyeron a la oscuridad que sus párpados contraídos invitaban.

Y comenzó a recordar.

A recordar cómo se había sentido cuando se dio la vuelta y le vio parado junto a la puerta, mojado, imponente, apabullante incluso en la distancia. Se le había acelerado el corazón al ver su mirada cargada de determinación y arrojo. Y luego, cuando se acercó y sus cuerpos se rozaron, le acarició la mejilla y le acunó la cara entre las manos, mientras le confesaba lo débil que podía llegar a ser cuando se trataba de ella... eso... eso la había desarmado. Esa confesión hecha en voz queda reconociendo su debilidad había sido el detonante de todo. Al carajo todas las reservas.

Y después sus besos...

Besos que creía que no había echado de menos, pero a los que había respondido con desesperación, como si fueran la última comida de un condenado a muerte.

Esos besos.

Y todo lo demás...

Se abrazó a la almohada y respiró hondo, rememorando cada caricia que habían intercambiado. Habían hecho el amor pausadamente, sin prisas ni urgencia, deleitándose en cada centímetro de sus ávidos cuerpos. Él había dejado regueros de besos que iban desde sus hombros a sus caderas, desde su nuca a sus nalgas, desde su garganta hasta su sexo, para detenerse allí y

alimentarse de ella de una forma febril y ansiosa, recreándose en sus gemidos y su placer. Se había valido de sus callosas manos para amasar todo su cuerpo, haciendo que se sintiera como si fuese de arcilla y él pudiera moldearla y transformarla a su antojo. Y mientras lo hacía, le susurraba palabras sin sentido al oído, ocasionándole un estremecimiento tras otro con la suavidad de su barba sobre el lóbulo de su oreja. Luego, con los dedos le había recorrido el cuello y la clavícula para llegar a sus senos y hacer una parada allí, observándola y dejando que fuera ella la que, con sus gestos, decidiera hasta dónde podía llegar, la que marcara las pautas de sus caricias... Y ella había enviado las señales correctas, consiguiendo que él se emplease a fondo y la abrasara con su boca, con su lengua y con sus dientes, haciéndola vibrar.

Ella se había aprovechado de esa debilidad que él decía sentir para sentarse a horcajadas sobre su estómago y, con la punta de su dedo índice, dibujar extraños símbolos sobre sus fornidos pectorales y sus costillas, recorriéndole el cuerpo con la vista, regalándose el instante en que se le habían endurecido los apenas visibles pezones y se le había puesto la carne de gallina bajo el poder de su roce. Le había besado por todas partes, llenándose de su olor y su sabor mientras él la animaba a seguir con sus jadeos. Había degustado la piel de su pecho, de su abdomen, de sus caderas y de sus muslos... Y también la de su miembro erguido y poderoso, salada y picante. Le había hecho temblar besándole de mil formas diferentes y había sentido sobre su lengua el salino sabor de su excitación.

Y en ningún momento habían dejado de mirarse, compartiendo un éxtasis vehemente y descontrolado.

Habían hecho el amor como hacía meses en México; como la noche que él la encontró en el balcón del hotel, escuchando su canción, y la apremió a reunirse con él en la cama. Aquella noche él había conseguido que se sintiera muy especial, muy querida, adorada era la palabra correcta. Venerada, incluso. Como nunca antes un hombre le había hecho sentir.

Podía engañar a todos, hasta a sí misma, y pretender que lo que habían compartido hacía unos minutos había sido un polvo más. Pero allí tumbada con la cabeza enterrada en esa almohada que olía a ambos, envuelta en esos brazos firmes, con los ojos cerrados

y quieta, sabía que no era así, que lo que acababan de compartir era mucho más que eso.

Nada había tenido de polvo sentir el delicioso peso de su cuerpo sobre el suyo mientras que, con los ojos ardiendo por la pasión, la había penetrado poco a poco, con tanta parsimonia que había estado a punto de gritarle que se apresurase y que acabase con la agonía que suponía no tenerle dentro de ella por completo. Él se había regocijado torturándola, como si supiera exactamente cuáles eran sus necesidades más primarias, negándoselas una y otra vez y prolongando el delicioso suplicio. Había entrado y salido de ella a su ritmo, llevándola al límite, restregándose de una manera tan sensual y tan provocadora que solo de pensar en ello y en cómo había culminado la escena, volvía a notar la humedad bañando sus muslos.

¡Oh, Dios!

Y el clímax. Ese clímax que le había hecho arquear la espalda y echar la cabeza hacia atrás mientras su cuerpo convulsionaba y el calor de su vientre se esparcía y llegaba hasta sus extremidades... Y la imagen de él mientras se derramaba dentro de ella al tiempo que emitía un grito ronco y las venas de su cuello se hinchaban...

Luego se había apartado y, antes de que ella hubiera podido protestar, la había agarrado con posesividad, la había acoplado a su cuerpo y había depositado un dulce beso en la parte superior de su cabeza...

Nada tenía de polvo eso que habían compartido.

Nada.

Y quizá por ello se sentía doblemente culpable. Porque no había sido solo sexo, algo que quizá hubiera podido justificar ante sí misma como un calentón, una breve aventura, algo en lo que no iba a volver a pensar y podría olvidar con rapidez...

¿Olvidar?

Un rictus desdeñoso deformó su boca.

Trató de pensar en lo ocurrido con pragmatismo, a fin de cuentas ella era una mujer práctica que no solía dejarse llevar por los sentimentalismos. Y sin embargo...

Till se movió, alejándose de ella, y encendió la luz. Tana echó de menos su calor corporal nada más sentir cómo él se apartaba, pero

no tardó en regresar y pegarse a su espalda. Sus labios le recorrieron el hombro y los pelos de su barba le hicieron cosquillas. Ella se giró con lentitud y unos resplandecientes ojos azules la recibieron. Se quedó sin habla y casi sin respiración. ¿Cómo era posible que una mirada pudiera decir tanto?

—Tana.

Solo una palabra.

Su nombre.

Su nombre que tantas veces había escuchado en otras personas y en multitud de ocasiones. Nunca le había gustado demasiado, la verdad, pero saliendo de su boca y pronunciado de aquel modo adquiriría otro significado. Se convertía en una palabra bella. Se sintió embargada por cientos de emociones. Algunas buenas, otras no tanto. En un impulso, alzó la mano y la posó en su mejilla.

—Te la has dejado crecer de nuevo —musitó. Y no pudo remediar que un timbre melancólico vibrara en su voz.

—¿Cómo iba a olvidarte si no? —susurró él, comprendiendo a qué se refería.

—Antes me has dicho que no lo habías hecho.

—Y no lo he hecho —corroboró—. Intentarlo lo he intentado, créeme..., pero no ha servido de nada.

Acto seguido se apartó y se tumbó de espaldas. Apoyó el antebrazo sobre su frente y fijó la vista en el techo, meditabundo. Tana se giró también para poder contemplarle mejor. Casi inconscientemente sus ojos se posaron sobre el tatuaje del que Eli le había hablado, el que llevaba en el bíceps y que, aparentemente, tenía algo que ver con ella. Hasta el momento no había reparado en él porque la habitación había estado sumida en la oscuridad, pero ahora, a la luz de la lámpara, quedaba al descubierto.

Era una frase, escrita en negro y no demasiado grande.

We've got tonight, who needs tomorrow?

Al reconocer las palabras que iniciaban el estribillo de la canción de Bob Seger, esa que él había decidido que era *su* canción, se llevó una mano a la boca tratando de contener la exclamación sorprendida que estuvo a punto de brotar de su garganta. Él la miró. Sus ojos siguieron la dirección de los suyos y una sonrisa se insinuó en sus labios.

—Sí. Iba por ti. Otra forma de olvidarte. Absurdo, ¿verdad? Aunque en el momento en que decidí hacerlo me pareció lo más lógico del mundo. Tenía que ser un recordatorio de que lo nuestro había acabado, de que había sido algo pasajero y esporádico. *Tenemos esta noche, ¿quién necesita un mañana?* Es una frase más que apropiada, ¿no?

Tana no supo qué decir. Terminó por apartar la vista del tatuaje y le miró a los ojos. Lo que encontró en ellos volvió a dejarla sin aliento y muy confusa. Jamás iba a estar a la altura de todo eso que él le ofrecía con una sola mirada. Jamás. Ahora fue ella la que se alejó y se tumbó de espaldas, huyendo de alguna manera de su abrumadora cercanía. Trató de dejar la mente en blanco.

Imposible, con él ahí a su lado.

«¿Qué vas a hacer ahora?»

No tuvo tiempo de responder su propia pregunta. De pronto, él volvió a echarse sobre ella. La inmovilizó con su cuerpo, equilibrando su peso sobre los brazos y las piernas. Tana sintió su erección clavada en el hueso de su cadera y bajó la vista. Su pene, de nuevo enhiesto, parecía dispuesto a enfrentarse a otro asalto más. Debía de haberse deshecho del condón antes, cuando ella no miraba.

—Me apetece volver a hacerte el amor, eso es evidente —dijo él—. Pero antes quiero que hablemos. Quiero dejar claras un par de cosas.

Tana tragó saliva. Hablar quizá no fuera tan buena idea. Siempre terminaba diciendo algo de lo que luego se arrepentía. Se miraron durante un largo rato. Finalmente él bajó la cabeza y la besó. Posó sus labios sobre los suyos y los dejó allí, inmóviles, cálidos y tiernos. Su respiración le acarició la mejilla.

—Sabes lo que viene ahora, ¿verdad? —musitó rozando su boca.

Por supuesto que lo sabía. Lo sabía, pero lo que no sabía era si estaba preparada para ello.

—Dime que me has echado de menos. Porque yo a ti sí.

El corazón de Tana dejó de latir dos segundos para luego volver a hacerlo de forma apresurada. Guardó silencio.

—Bien, si eso es lo que quieres —capituló él, soltando un suspiro cansado antes de erguirse—. No hace falta que digas nada. —Hizo una pausa—. En realidad lo puedo leer en tus ojos. Dicen que son el espejo del alma, ¿no? Pues aunque no digas nada y te quedes callada, tu alma me está gritando, Tana.

Ella giró la cabeza, huyendo de su escrutinio. Quizá fuese cierto. Quizá todo lo que sentía por él estuviera allí, derramándose a borbotones por sus pupilas y sus iris.

Durante una fracción de segundo consideró en serio dejarse llevar. Dejarse llevar y no pensar. En su mente, durante la infinitésima parte de un instante fueron *Till* y *Tana*. La aliteración perfecta...

Pero también estaba Raúl.

Raúl y todos sus planes de futuro.

—Espero que tu silencio signifique que estás valorando darnos otra oportunidad. Y esta vez de verdad. —Su voz sonaba firme y segura.

—Esto es una locura —respondió, sacudiendo la cabeza—. Sabes que... que estoy comprometida con otro.

—Eso no te ha impedido acostarte conmigo —repuso él con el ceño fruncido.

—No vayas por ahí —le dijo en voz baja.

Él se la quedó mirando. Una mueca resuelta se mostró en sus facciones.

—Eres consciente de lo que te voy a pedir ahora, ¿no? —preguntó con gravedad.

—No lo hagas —murmuró ella.

—No te cases con él.

Consternada, trató de apartarse, pero él no se lo permitió. Le pasó una pierna por encima de los muslos, impidiendo que pudiera moverse, y le sujetó la cara con la mano, evitando así que girase la cabeza.

—Elígeme a mí.

Su voz, un mero susurro, le traspasó la piel, la carne, los nervios y los huesos, alojándose en algún punto desconocido y sensible de su cuerpo.

—Tú sabes que eso no tiene sentido.

—Yo no sé una mierda —espetó furioso.

—Sí lo sabes.

—¡No me jodas! Yo lo único que sé es que te quiero en mi vida.

Ella apretó los labios y apartó la vista. Había sabido que eso iba a pasar.

«¿Qué esperabas?», le dijo la voccecita que habitaba en su interior y que era veinte mil veces más inteligente que ella.

—Eso no es posible —dijo.

—Lo único que no es posible ya es que te alejes de mí. No lo voy a consentir. —Sus ojos habían comenzado a brillar iracundos.

—Creo que yo también tengo algo que decir, ¿no? —repuso, molesta.

—No, si lo que dices son gilipolleces.

—Till —habló con calma, tratando de abordar el tema desde otra perspectiva—. Seamos lógicos. Esto nuestro... es... imposible. ¿Cómo te imaginas que va a funcionar una relación entre nosotros? Tú tienes tu vida en Baja y yo tengo mi vida en Madrid.

—Eso son excusas.

—No lo...

—Además, eso puede arreglarse —la interrumpió.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Renunciar a tu vida por mí? ¿Dejarlo todo? No me hagas reír —dijo con un ligero sarcasmo.

—¡Pídemelo! —exclamó él con dureza—. Tú solo pídemelo.

Se le quedó mirando, desconcertada. Todo en él desprendía determinación, desde sus labios apretados con firmeza hasta sus ojos, adheridos a los suyos. De nuevo volvía a ser tan intenso que el simple hecho de mirarle dolía. Le empujó y consiguió zafarse de su pierna y de su mano, que hasta el momento la habían mantenido prisionera. Luego se levantó con precipitación y cogió la primera prenda de ropa que encontró, que resultó ser una camiseta de él que había en el suelo junto al armario. Su reacción a todo aquello la había confundido sobremanera. No había esperado tanta vehemencia.

—Eso son tonterías —dijo, mirándole de reojo.

—¿Tonterías? ¡Tonterías! —De pronto su voz había adquirido un tinte amenazador y un bramido colérico le emergió de la garganta. Abandonó la cama y, olvidándose de su desnudez, de un par de

zancadas se plantó frente a ella, obligándola a retroceder hasta que la pared detuvo sus pasos. Se irguió, intimidante, a solo unos centímetros. La respiración le salía entrecortada—. ¿A ti te parece una tontería que quiera dejarlo todo por ti?

—¡Por Dios! ¡Qué melodramático eres! —se expresó con arrogancia, pero no pudo evitar que la voz le temblara un poco.

Entonces él hizo lo impensable. Levantó el puño y lo estrelló contra la pared a unos centímetros de su cabeza. Después se la quedó mirando con los ojos chispeantes por la ira. Ella le contempló con la boca abierta. Nunca le había visto tan exaltado.

—No sé por qué cojones siento todo esto por ti cuando en el fondo debería odiarte —masculló él al cabo de unos instantes de silencio—. Eres... eres desesperante.

—Y tú un animal —siseó ella, una vez recuperada la compostura.

Él se apartó de pronto y se alejó. Todos los músculos de su cuerpo desnudo parecían haberse puesto de acuerdo para tensarse al mismo tiempo. Y Tana no pudo apartar la mirada de su ancha espalda y sus glúteos. Como hipnotizada se quedó allí, pegada a la pared, contemplando toda aquella belleza masculina que se desplegaba ante sus ojos. Pestañeó repetidas veces para no perder el norte y se estiró la camiseta, como si quisiera cubrir su desnudez más todavía, cosa absurda teniendo en cuenta que la prenda le llegaba por las rodillas.

Al cabo de un breve lapso de tiempo él pareció haberse calmado. Se apartó el pelo de las mejillas y se lo recogió en un moño descuidado. Después se sentó en el borde de la cama y la observó.

—No te cases con Raúl —dijo al fin, rompiendo el silencio.

—Es el hombre más adecuado para mí.

—¡Yo soy el hombre más adecuado para ti! —articuló con fiereza.

—No. No lo eres. No eres lo que necesito —dijo, serena—. Yo necesito a un hombre que tenga las mismas metas que yo, que sea equilibrado y responsable y que...

Una carcajada ronca interrumpió su diatriba.

—¿Me acusas de ser irresponsable? —preguntó con los ojos entornados—. ¿Volvemos a eso? ¿Volvemos a retroceder ocho años en el tiempo? ¿Hasta cuándo, Tana? ¿Hasta cuándo vas a dejar que el pasado y mi estupidez de entonces se interpongan entre nosotros? —Según escupía pregunta tras pregunta el tono de su voz iba elevándose—. ¿Cuántos años son necesarios para redimirme ante tus ojos? ¿Seguirás echándome en cara toda la vida que huyera?

—¡No! ¡No es eso! —exclamó.

Él se puso de pie precipitadamente y se acercó a ella de dos zancadas, como había hecho antes. La cogió por los hombros.

—Entonces, ¿qué cojones es? ¡Dime! ¡Dímelo! —la increpó, enfadado.

Ella trató de soltarse, pero él la agarró con más fuerza, clavándole los dedos en la carne.

—Estás volviendo a hacerlo, Tana. Estás huyendo de nuevo. ¿Y tú me llamas cobarde...? *Gott!* —Cabeceó con desdén—. No he conocido a persona que lo sea más que tú. En cuanto te sacan de tu zona de confort te acojonas y te vas lloriqueando. Cuando la situación se te escapa de las manos te mueres de pánico y huyes. Corres a refugiarte en tu rutina y tu vida previsible.

Los ojos de ella comenzaron a despedir una luz enojada. Odiaba cada una de las palabras que él le decía. Las odiaba porque en el fondo sabía que tenía razón.

—¡Suéltame! —masculló entre dientes.

Él escudriñó su rostro, como buscando algo, algo que no encontró. La soltó y se apartó unos pasos.

—Sí, te voy a soltar. Claro que te voy a soltar —murmuró como hablando consigo mismo. Y luego se dio la vuelta y se detuvo en medio de la habitación.

Ella se irguió y le observó algo desafiante.

—Vete si quieres —comenzó él en voz baja—. Márchate. Pero quiero que sepas una cosa antes de irte. Si sales por esa puerta sin decirme lo que sientes por mí, ya no va a haber marcha atrás. Es el fin —sentenció.

—¿Es un ultimátum? —preguntó en actitud belicosa.

Él se volvió a mirarla. Sus ojos se habían enturbiado. Se acarició la barba, pensativo.

—No. Es la pura realidad —contestó con tranquilidad—. Quizá me hagas débil, pero también tengo algo de dignidad y orgullo, y no estoy dispuesto a arrastrarme por el suelo a tus pies una y otra vez. Así que... Tana..., tú misma.

Abrió el armario y sacó unos vaqueros. Se los puso sin dirigirle ni una mirada. Ella aprovechó el momento para buscar su bikini, que encontró enrollado entre las sábanas, luego se quitó su camiseta y la arrojó sobre la cama; procedió a vestirse con las diminutas piezas de ropa. Se sintió incómoda enseñando tanta piel desnuda cuando acababan de discutir, pero prefería eso a llevar algo suyo.

Él se acercó a la ventana y apoyó la cadera con displicencia en el alféizar. Su relajada postura contrastaba de manera insólita con el ataque de ira que había tenido solo minutos antes. Parecía tan calmado que, ella, que era un puro manojito de nervios, se sintió como una imbécil.

¡Odiaba sentirse así!

Entonces él le hizo un gesto con la barbilla y le tendió la mano.

—¿Vienes? ¿O te vas? Es tu última oportunidad.

Y al verle ahí de pie con ese aire chulesco, prepotente y hastiado, Tana se indignó profundamente. Todo en él rezumaba frialdad e indiferencia. Pero ¿quién narices se creía que era ella para hablarle así? ¿Para presionarla de aquella manera?

Se irguió y una mueca altiva se dibujó en su boca.

—Me voy —repuso con tono gélido.

Él no dijo nada durante unos segundos. Finalmente bajó la mano, se dio la vuelta y le dio la espalda.

—Adiós, Tana. —Fueron sus últimas palabras.

A pesar de que la ira hacía que le hirviera la sangre por cómo estaba actuando él, en su fuero interno no podía dejar de reconocer que tenía sus motivos para comportarse así con ella. Contuvo el deseo de dar un paso en su dirección y acercarse. Le dirigió una última mirada cargada de furia. Su figura, impasible, se recortaba contra el cristal de la ventana. Se había introducido las manos en los bolsillos y reflejaba una tranquilidad pasmosa.

Algo oscuro y definitivo se había colado entre ellos cuando él le había dicho aquello hacía un par de minutos. No había sido simple palabrería. Till había sonado rotundo y conclusivo. Tana tenía claro que si abandonaba esa habitación dejando las cosas así, todo entre ellos habría acabado. Sabía que si salía por la puerta, no habría marcha atrás.

Un último segundo de vacilación. Durante un pestañeo le pareció apreciar que los músculos de su espalda se contraían. No. Eran imaginaciones suyas.

—Adiós, Till —murmuró con decisión.

Y giró sobre sus talones. Agarró el picaporte de la puerta y la abrió con energía. Salió de la habitación al oscuro corredor y no se molestó en cerrarla.

Se alejó con paso firme.

Capítulo Cuarenta

La aguja de la gasolina hacía un rato que marcaba la reserva, así que cuando vio el cartel que indicaba que había una estación de servicio a dos kilómetros, decidió parar allí. Eran las ocho de la mañana y llevaba casi cuatro horas conduciendo. No le vendría mal tampoco tomarse un café.

Se bajó del coche y estiró las piernas. El Corsa era práctico, pero un poco pequeño para él. Mientras llenaba el depósito, echó un vistazo a su alrededor. Había tres camiones y otro vehículo estacionados en el parking, nada más. Se acercó a la caja a pagar el repostaje y luego aparcó frente a la puerta de la cafetería. Era el típico local de carretera, funcional, con la barra de metal y los taburetes altos de cuero. Solo dos mesas estaban ocupadas, una por dos hombres, y otra por una familia con tres niños. La televisión estaba puesta en un canal de vídeos musicales y, después de que el camarero, un cincuentón con aspecto trasnochado, le sirviera un café, lo llevó a una mesa que estaba frente a la pantalla y tomó asiento. Bebió un par de sorbos con la mirada fija en la cara de Sinéad O'Connor. Solo podía ver el movimiento de sus labios, pero no escucharla, ya que el televisor no tenía sonido. Mejor. No creía que la triste voz de Sinéad entonando el *Nothing compares 2 U* fuera lo más indicado en ese instante.

Esa canción era muy emotiva, y él era un tonto sentimental.

O es que estaba muy cansado.

O las dos cosas.

Cerró los ojos y respiró hondo. No había dormido nada. No desde que Tana se largó a eso de las doce. Se había quedado un buen rato mirando por la ventana la negrura de un cielo sin estrellas esperando, quizá, que ella se lo pensara mejor y regresase, pero al cabo de una hora había comprendido que eso no iba a suceder, y la pequeña llamita de esperanza que todavía ardía dentro de él se había apagado, dejándole a oscuras.

Al final, había cerrado la puerta y, sin molestarse en quitarse los vaqueros, se había acostado. Dos horas después de hacerlo y de haber estado en la misma posición con la mirada clavada en el techo, se levantó y, como un autómatas, recogió sus cosas, las metió en su petate y abandonó la casa de su hermano.

Quizá fue una decisión precipitada, pero no podía seguir allí.

Necesitaba alejarse.

Lo de Tana le había dejado hecho añicos... Él y sus pedacitos no se iban a quedar ni un minuto más de lo necesario cerca de ella para ver cómo vivía «su historia de amor» con otro hombre. No. Para eso tenía demasiado amor propio.

Así que allí estaba, a las ocho de la mañana, en una estación de servicio cerca de Baza, con destino a Tarifa. Se largaba a hacer surf, a enfrentarse a las olas...

A... tratar de olvidarla, en otras palabras.

No era la primera vez que, por culpa de esa mujer, tenía que recoger sus pedazos y recomponerse, y sabía que, aunque ahora doliera como si le hubiesen arrancado el alma, todo tenía un límite, el sufrimiento en especial. Nada era para siempre. Y él tenía una gran capacidad para soportar el dolor. Habían sido años sintiéndose vacío y roto... y, ¿acaso no había sobrevivido? ¿No había salido adelante?

De esa también saldría. Estaba plenamente convencido.

Y aun así, cada vez que recordaba su rechazo, le entraban ganas de golpear algo una y otra vez hasta que le sangrasen los nudillos.

No eres lo que necesito. Yo necesito a un hombre que tenga las mismas metas que yo, que sea equilibrado y responsable...

Gott!

Eso le había dicho con una serenidad aplastante. Y mientras esas palabras salían de su boca, se había sentido morir un poco por dentro, sabiendo que ella elegía a otro y no a él.

«Ya pasaste por esto cuando creíste que te había dejado por Poncho. Y lo superaste».

Así había sido.

Pero las circunstancias habían sido otras.

Le había dolido entonces, pero la tragedia estaba tan fresca que había podido perdonarle todo. De alguna forma la había justificado... Pero esta vez... ¡esta vez ella le había rechazado cuando su cuerpo todavía estaba caliente y enrojecido por sus besos y sus caricias! Le había rechazado después de que hubieran compartido la cama y se hubiesen entregado el uno al otro sin reservas. ¡Joder! Podía negarlo a gritos, pero sus ojos, mientras alcanzaba el clímax envuelta por su abrazo, le habían dicho todo lo que necesitaba saber. Ella quería aquello tanto como él. ¡Lo quería! Y sin embargo, solo minutos después, se había atrevido a mirarle y decirle con toda la frialdad del mundo que iba a seguir adelante con su matrimonio.

¡Mientras él se abría en canal y le ponía su corazón en bandeja, ella le escupía a la cara que prefería a otro!

Todavía no terminaba de creérselo, pero así había sido.

Rechinó los dientes y bajó la vista, concentrándose en la mesa de madera.

¡Jodida Tana! ¡Jodido el día que volvió a verla en la boda de Cas y se interesó por ella! ¡Jodida la noche en que el destino volvió a cruzar sus caminos en Düsseldorf! Y sobre todo... ¡Jodido él, que era un flojo de mierda y había vuelto a sucumbir a sus encantos como un gilipollas!

Apretó la taza con fuerza, en la que apenas quedaba un resto de negro líquido. Se la llevó a los labios y la vació de un trago. El sabor amargo del café solo vino a sustituir el otro sabor amargo, ese que tenía en la boca cada vez que pensaba cuál había sido la reacción de Tana cuando trató de forzarla a tomar una decisión.

Se había decidido por Raúl.

Una mueca despectiva afeó su expresión.

El vídeo de Sinéad O'Connor había terminado y la imagen de Freddie Mercury, vestido de mujer y pasando la aspiradora, había venido a sustituirlo. Lo contempló un rato con la mirada perdida. Se sentía extrañamente entumecido por dentro, como si su cuerpo e incluso su alma hubieran decidido hibernar sin avisarle. Sin notificación previa que le hubiera ayudado a prepararse...

Su móvil vibró sobre la mesa. Durante un pestañeo febril deseó que fuera ella, pero luego recobró la cordura y desechó esa estúpida

idea.

Era Cas.

No le apetecía hablar con él, así que esperó a que el aparato dejara de vibrar. Luego lo cogió y tecleó un mensaje con rapidez.

Voy conduciendo. Me voy a Tarifa unos días. Vuelvo antes de marcharme a Baja. Luego te llamo.

Sabía que era retrasar lo inevitable y que al final tendría que darle una explicación a su hermano, pero no ahora. No ahora.

Se levantó de la mesa y abandonó la cafetería. En el exterior, el aire puro de la sierra le recibió, pero no se detuvo a llenarse los pulmones con él. Se apresuró en montarse en el Corsa y giró la llave en el contacto. La radio, que antes no había apagado, comenzó a sonar. Llevaba sintonizada una emisora de música y los primeros acordes de una antigua balada de Black Sabbath inundaron el silencio. No era la voz que él recordaba, esta era más rasgada, más cálida y más ronca. Debía de tratarse de una nueva versión de la canción, ya que era algo más lenta que la original. Era *Changes*.

«Joder, las canciones sentimentales me persiguen hoy», pensó con sarcasmo, y alargó la mano para bajar el volumen. Pero en el último segundo se arrepintió y un morbo masoquista le hizo detenerse y seguir la conocida letra, a pesar de que su sentido común le advirtió de que no lo hiciera.

*"I feel unhappy
I feel so sad
I have lost the best friend
That I ever had.
She was my woman
I loved her so
But it's too late now
I've let her go.
I'm going through changes
I'm going through changes
In my life..."^[120]*

Apoyó la frente en el volante.

Esa canción...

Tenía que apagar la radio. Tenía que hacerlo...

*“We shared the years
We shared each day
In love together
We found a way.
But soon the world
Had its evil way
My heart was blinded
Love went astray.
I’m going through changes
I’m going through changes
In my life...”[\[121\]](#)*

¿Por qué? ¿Por qué había tenido que terminar así? Su garganta comenzó a estrecharse y una horrible sensación de ahogo le invadió.

¡Maldita canción de mierda!

¡Maldita!

Pero siguió allí, escuchándola, incapaz de apagar la radio, incapaz de mover ni un solo dedo. Con las manos agarrando el volante con fuerza y la frente presionada contra él.

Inmóvil.

*“It took so long to realize
I can still hear
Her last goodbyes
And now all my days
Are filled with tears
Wish I could go back
And change these years.
I’m going through changes
I’m going through changes
In my life...”[\[122\]](#)*

Los últimos acordes fueron desapareciendo poco a poco y otra canción la reemplazó, pero él ni siquiera se percató de ello, seguía inmerso en la triste melodía y en esas palabras que reflejaban con fidelidad lo que le había sucedido y su estado de ánimo. Levantó la cabeza y sus ojos se clavaron en el espejo retrovisor. No le gustó lo que vio.

¡Jodida Tana!

Pegó un golpe al volante con la palma de la mano.

¡Y jodido él que había dejado que ella volviera a destrozarle!

* * *

Raúl sabía que le pasaba algo, pero era tan maravilloso que no le había hecho ninguna pregunta. Sencillamente, había aceptado que ella le propusiera regresar a Madrid antes de lo previsto. Así de fácil. Solo había tenido que sugerirlo y él había accedido. Pero no era tonto. Y su forma de contemplarla de reojo mientras se acercaban al chalet de Eli y Cas para despedirse lo decía todo.

Cuando regresó al hotel la noche anterior, agitada y confusa, él todavía no había vuelto del casino. Así que aprovechó para darse una ducha y lavarse el olor a sexo y a Till que tenía impregnado por toda la piel y el pelo. Quizá con él se fueran también los remordimientos que sentía por lo sucedido, se había dicho. Pero no fue así. El agua se había llevado su viril aroma, pero todo lo demás se quedó con ella: la culpa y los recuerdos.

Se había acostado sabiendo que no iba a pegar ojo, y así había sido. Tras horas de dar vueltas en la cama había oído cómo se abría la puerta y Raúl accedía a la habitación. Había pretendido dormir, manteniéndose quieta sin mover ni un músculo, hasta que por fin él se tendió a su lado y su respiración se tornó pesada al cabo de un rato.

Había tomado la decisión correcta, se decía una y otra vez. Pero se lo repetía tantas veces que ya no sabía si era así o solo intentaba persuadirse a sí misma. Cada vez que cerraba los ojos volvía a ver a Till, mirándola de aquella manera tan intensa mientras le insinuaba que estaba dispuesto a dejar todo por ella. Luego le veía junto a la ventana con los ojos apagados y esa postura desdeñosa, y se convencía de que iba a estar mejor sin él.

Había contemplado a Raúl durante largo rato mientras dormía, tratando de ahuyentar la *otra* imagen de su mente. Raúl era lo que toda mujer podría desear. Guapo, simpático, encantador, elegante, poderoso y con carisma... Sí.

Y Till era...

Era el hombre que conseguía que se sintiera especial.

¡Mierda!

Y así, sumida en un mar de dudas, había pasado horas, hasta que los primeros rayos de sol habían entrado a través de la rendija que había en las cortinas.

Le había costado mantener la compostura con Raúl y actuar como si nada hubiera pasado. Mientras desayunaban juntos, le había hecho preguntas sobre su noche en el casino, mostrándose interesada. Finalmente y, con mucho tacto, le sugirió regresar a Madrid, fingiendo que estaba preocupada por la *boutique*. Él había dicho que sí, por supuesto, pero su mirada inquisitiva no le pasó desapercibida.

Y ahí estaban ahora, aparcando detrás del Navarra de Cas, frente a su casa.

Se bajó del vehículo y se estiró la falda con nerviosismo. Sabía que Till estaba allí, a escasos metros de distancia y, aunque se había mentalizado de que iba a volver a verle, no tenía ni la menor idea de cómo reaccionaría él.

Eli los recibió en la puerta con una sonrisa encantada.

—No os esperaba —exclamó, dirigiéndoles una mirada indagadora—. Pasad, pasad.

—Hemos venido a despedirnos —comentó Tana, siguiéndola al salón. Raúl iba tras ella.

—¿Cómo? —inquirió su amiga, sorprendida, girándose de repente.

—Sí, ha surgido algo en la *boutique* y me quedo más tranquila si me encargo en persona —respondió con vaguedad.

En ese momento un movimiento a su derecha llamó su atención. Giró la cabeza, agitada, pero solo era Poncho, que salía de la cocina con una botella de cerveza en la mano.

—¿Despediros? —Al parecer los había escuchado.

—Sí —intervino Raúl—. Es una lástima, pero tenemos que regresar. La próxima visita será más larga.

—Parece que todo el mundo decide largarse hoy —masculló Poncho lanzándole una mirada a Tana, que ella no supo cómo interpretar.

—Pero no os podéis ir sin tomar algo antes —dijo Eli—. ¿Qué quieres, Raúl?

Este, que se había sentado en el sofá junto a Poncho, le dirigió una sonrisa afable.

—Si tenéis cerveza sin alcohol, estupendo. Tengo que conducir.

—Sí, claro que tenemos. Ven, Tana, ayúdame a traer las cosas. —La agarró de la muñeca con firmeza y tiró de ella, forzándola a seguirla.

Una vez en la cocina, la soltó y se encaró con ella.

—¿Qué está pasando aquí? —siseó.

Tana dudó. Eli ya sabía que había pasado algo entre Till y ella. Y si era sincera consigo misma, no quería seguir ocultándole a su amiga toda esa historia. Pero no era ni el momento ni el lugar.

—Creo que ya lo sabes, al menos lo sospechas, ¿no? —claudicó, cruzándose de brazos.

—Solo sé que anoche Till y tú os acostasteis. No estamos sordos, ¿sabes? —susurró con apremio mirando la puerta que conducía al salón—. Y que después tú te fuiste, y Till se ha marchado a Tarifa esta madrugada.

Al escuchar aquello, Tana, que había pensado que esa noticia solo podía ser bienvenida, se sintió contrariada. ¿Till se había ido?

«¿Qué esperabas? ¿No era eso lo que querías?»

—¿A Tarifa? —La voz le salió entrecortada y Eli la miró con los ojos entrecerrados.

—Volverá en unos días. Le ha mandado un mensaje a Cas. ¿Qué es lo que ha pasado entre vosotros? —volvió a insistir.

—Eli... —comenzó, pero se mordió los labios indecisa—, es muy complicado y este no es el momento...

—¡No me puedes dejar así!

—Te prometo que cuando llegue a Madrid te llamaré y te lo contaré todo. Todo —dijo, acercándose a su amiga y deteniéndose a

solo un paso de ella—. No es fácil y me va a costar, pero tienes que saberlo...

Eli tardó en contestar, pero terminó por asentir reticente.

—Solo dime una cosa, ¿estás bien? Porque no lo parece.

Tana sonrió, pero la sonrisa no alcanzó sus ojos, y fue muy consciente de ello y de que Eli también lo había notado.

—Estoy todo lo bien que se puede estar en una situación como esta —repuso al fin, y le dio un abrazo rápido. Luego se apartó—. Y ya no me preguntes nada más. Vamos al salón. Raúl y Poncho van a pensar que nos ha pasado algo.

Aunque reacia, Eli accedió. En breve se encontraron en el salón con los dos hombres. No había nadie más en la casa. Cas se había ido a trabajar y Oksana había venido a recoger a Sira para llevarla a pasar el día con ella y con Clara.

Tana se esforzó por mantener la sonrisa en la cara. Todos sabían que algo pasaba, pero nadie hablaba de ello. Notaba las miradas preocupadas de los tres sobre su persona y según pasaba el tiempo la situación se volvía cada vez más y más grotesca, al menos para ella.

La despedida fue breve. Se intercambiaron besos y abrazos en la puerta e incluso alguna que otra indirecta murmurada al oído por parte de Poncho. Pero ella siguió mostrándose impertérrita, como si aquella fuera una partida normal y no ocurriese nada del otro mundo.

Poco después se encontraban de camino a casa. El coche se deslizaba seguro y firme por la autovía. Una pieza de música clásica sonaba de fondo en la radio. No se oía nada más. Raúl se mantenía en silencio, pendiente del asfalto.

Hacía solo tres días que habían hecho ese mismo trayecto pero a la inversa y, sin embargo, tantas cosas habían cambiado. Ella lo había hecho. El volver a ver a Till le había supuesto volver a sentir... cosas... cosas que pensaba que habían desaparecido.

Pero no.

Observó a Raúl a hurtadillas y la culpabilidad la inundó de nuevo.

Quince horas antes, más o menos, se había revolcado en la cama con otro y había gritado su nombre mientras alcanzaba el

éxtasis..., y ahora estaba allí sentada en ese coche, al lado del hombre con el que se iba a casar.

Y Till...

¡Dios!

Till...

Un temblor recorrió su cuerpo al pensar en él.

—Necesito hablar contigo —dijo súbitamente—. ¿Puedes parar el coche?

Si a él le sorprendió su apremio, no dio muestras de ello.

—En diez kilómetros hay un área de servicio —apuntó con tranquilidad.

Tana se retorció las manos en el regazo y se acarició el solitario que coronaba su anillo de compromiso, absorta. Miró por la ventanilla. El paisaje mediterráneo de suelos agrestes y palmeras verdes pasaba con rapidez frente a su vista. Al fondo, el mar azul centelleaba tentador.

Cerró los ojos y tragó saliva. De alguna manera el mar siempre le recordaba a él.

—Dime —escuchó la voz de su acompañante.

Abrió los ojos, sobresaltada, y se dio cuenta de que el coche se había detenido junto a una gasolinera.

Transcurrieron unos segundos en los que ninguno dijo nada. Raúl esperaba pacientemente. No parecía sorprendido, por el contrario, se mostraba muy tranquilo.

—Sé lo que quieres decirme —rompió él el silencio al fin.

—Lo sabes —dijo ella. No era una pregunta.

—Ese hombre del que me hablaste, con el que tuviste una relación hace tiempo que no salió bien... es Till, ¿verdad?

—Sí —respondió con franqueza.

¿De qué le iba a servir negarlo? De repente ya no estaba nerviosa. Una calma increíble se adueñó de ella. Quizá porque por fin reconocía en voz alta que Till y ella habían tenido una relación o quizá porque Raúl era una persona especial que le ponía las cosas muy fáciles.

—¿Te acostaste con él ayer? —No había acritud alguna en sus palabras. Si acaso un tibio interés, pero nada más. La miraba sin pestañear, sin juzgarla.

—Sí.

Su gesto no cambió al escuchar su monosílabo claro y seguro. Permaneció en silencio, contemplándola. Ella le sostuvo la mirada también con serenidad.

—¿Quieres seguir adelante con la boda? —preguntó al cabo de un rato, igual de sosegado.

Tana volteó la cabeza. La imagen de Till acudió a su mente. Sus ojos turquesa, cálidos y brillantes... Sus labios dulces y suaves recorriendo su cuerpo de arriba abajo... Sus manos enormes y poderosas acariciando cada centímetro de su piel...

¡Dios! ¡No podía!

—Sí —respondió con los ojos cerrados.

Capítulo Cuarenta y uno

Los primeros acordes de *Wild Thing* de The Troggs rompieron el silencio de la noche, sobresaltándole. Se incorporó y tanteó con la mano hasta encontrar su móvil, que recordaba haber dejado caer al suelo al lado de la cama hacía solo unas horas. Con los ojos apenas abiertos, reconoció el nombre que aparecía en la pantalla y se apresuró en aceptar la llamada, que había estado esperando.

—¿Ya? —preguntó con la voz ronca por el sueño.

—Sí. Hace dos horas. Pesa tres kilos trescientos gramos y mide cuarenta y nueve centímetros... y es preciosa —repuso Cas, emocionado.

—Enhorabuena —murmuró, frotándose los ojos. Se sentó en el borde de la cama y encendió la lámpara de la mesilla, que bañó la habitación en una tenue luz anaranjada.

—Solo quería que lo supieras. Ya sé que ahí deben de ser las cinco o las seis de la mañana, pero me dijiste que te avisara cuanto antes.

—Has hecho bien. Luego trataré de comprar un billete para el primer vuelo que haya disponible.

—Entonces nos vemos en un par de días.

—Sí. Esta vez no me lo pierdo. —Un timbre nostálgico le tiñó la voz. Se había perdido muchas cosas en los últimos años, pero eso ya no iba a volver a suceder—. ¿Eli está bien?

—Está perfecta. Agotada, pero feliz.

—Dale un beso de mi parte.

—Lo haré.

Cas sonaba impaciente y Till supuso que querría estar con su mujer y su hija recién nacida. Se despidió de él y colgó. Miró la hora en la pantalla del móvil; eran las cinco y media de la mañana. Una hora fantástica para levantarse, darse una ducha rápida y bajar a la playa a coger unas cuantas olas. Bostezó y se frotó la cara. Se quedó un rato allí sentado, sonriendo. Estaba feliz por su hermano. Muy feliz. Había hablado con él el día anterior, cuando llevó a Eli al

hospital, y le había notado tenso y preocupado. Pero, gracias a Dios, todo había salido bien.

Estaba a punto de ponerse de pie cuando la palma de una mano se posó sobre su hombro. Se giró y se encontró con unos ojos verdes y rasgados.

—Buenos días —dijo la dueña de esa límpida mirada, incorporándose sobre las rodillas y echándose sobre él, que la recibió de buena gana.

Mientras se besaban con languidez, trató de recordar su nombre. Se llamaba Sophie o ¿era Sylvie? No lo tenía muy claro. Era francesa y la había conocido la noche anterior en un concierto que había tenido lugar en la playa. Una cosa había llevado a la otra, como solía suceder en esos casos, y habían terminado en la cama, en su hotel.

El mismo hotel en el que se había alojado Tana hacía ya un año.

—Buenos días —le respondió, apartándose de su boca para recorrerle la mejilla con los labios.

—Es pronto. Vuelve a la cama —le susurró Sophie/Sylvie al oído con ese acento francés encantador.

Tenía razón. Era muy pronto para levantarse. Las olas podían esperar aquella mañana, ¿no? De todas maneras no se iban a ir a ningún sitio; seguirían estando ahí en unas horas...

Ella se restregó contra él de un modo que solo podía significar una cosa: *estoy lista para una incursión matutina*, haciendo que le resultase todavía más sencillo decidirse. Se dejó caer sobre ella, contemplándola con voracidad. Era alta, muy delgada y tenía el pelo muy claro. Recientemente había desarrollado el gusto por las mujeres en exceso esbeltas, muy rubias y con los ojos de cualquier tonalidad menos castaños. Al menos así habían sido todas con las que se había acostado en las últimas semanas. Huía de los ojos oscuros como de la peste.

Se negaba a cuestionarse el porqué de sus elecciones.

Sophie/Sylvie le enroscó los brazos al cuello y se pegó a él. Su miembro se endureció contra la suave piel de su vientre. La besó con ímpetu y ella le correspondió de igual modo.

Cerró los ojos para no ver el color de su cabello, abandonándose a su boca.

* * *

Poncho la había llamado. ¡Mierda! Llevaba toda la mañana pendiente del móvil y, justo cuando decidía darse una ducha, llegaba la esperada llamada. Marcó su número con expectación. Al segundo tono escuchó su voz.

—¿Dónde estabas?

—En la ducha —respondió, impaciente—. ¿Y?

—Ya está. Todo ha ido bien. Eli está estupenda y la niña también.

Tana sonrió, aliviada. No había estado realmente preocupada por su amiga. Sabía que no era un embarazo de riesgo y que todo estaba controlado, pero escuchar que todo había salido bien era gratificante.

—Ha pesado algo más de tres kilos y es una monada. Esta vez es rubia, al menos el poco pelo que tiene es claro. Ya no vamos a poder alardear de que es nuestra —añadió en tono jocosos—. Esta es Landvik de pura cepa.

—Cas estará encantado.

—Igual que cuando nació Sira, se le cae la baba. Es gracioso ver a ese hombretón derretido por una recién nacida. Ahora mismo está en la habitación y no se separa de la cunita esa de plástico donde tienen a la niña.

—Me lo imagino —murmuró. Una especie de tristeza profunda se le había alojado en el pecho. Se negó a investigar la causa, pero en el fondo sabía cuál era.

—¿Vas a venir?

—Sí, claro. El viernes, en cuanto cierre la *boutique* voy para allá. Voy a reservar una habitación en el hotel ahora mismo.

Hubo un silencio al otro lado de la línea. Se escuchó un carraspeo.

—Tana... —titubeó—. Till va a venir también. Cas le ha llamado. Ella respiró hondo.

—Lo daba por hecho —dijo al fin.

—¿Y... estás segura?

—Nunca he estado tan segura de algo en mi vida —respondió, serena.

—Si necesitas algo, dímelo.

—Lo haré.

—Entonces nos vemos en un par de días.

—Sí. Dales un beso a todos de mi parte.

Se despidieron, y ella dejó el móvil sobre la mesa del salón. Se quedó mirando la negra pantalla, pensativa y algo indecisa, incluso alargó la mano como había hecho cientos de veces en las últimas semanas..., pero la retiró. Decidida, se dio la vuelta y se dirigió al baño. Ciertas cosas no se podían decir por teléfono. Solo podían hablarse en persona.

Esperaba poder tener la oportunidad de explicarse.

Cogió el secador y, mientras el chorro de aire caliente hacía que su pelo volara en todas direcciones, se preguntó no por primera vez cómo reaccionaría él cuando la viera aparecer. Enfadado, seguramente. Muy enfadado. Habían pasado siete semanas desde aquella fatídica noche en que ella le rechazó, y sabía que no la iba a acoger con los brazos abiertos. Era probable que ni siquiera quisiese escuchar lo que ella tenía que decir en su defensa..., que era más bien poco, la verdad. No había mucha justificación para lo que le había hecho o cómo le había tratado.

Apagó el secador y se ahuecó el pelo con los dedos, luego se inclinó hacia delante y clavó la mirada en su reflejo. Sus ojos marrones mostraban resolución. Había pasado demasiado tiempo debatiéndose en mares de incertidumbre, pero eso se había acabado. Ahora sabía lo que quería y estaba dispuesta a todo para conseguirlo.

Capítulo Cuarenta y dos

Desde el mismo momento en que el reloj marcó las once había comenzado a sentirse inquieta, pero ahora que ya eran las once y veinte y él llegaba veinte minutos tarde, esa inquietud casi se había convertido en histerismo.

Había sido una estupidez citarle allí en el hotel. Quizá ni siquiera se presentase. A lo mejor tenía que haberle abordado en casa de Eli y Cas, se dijo por enésima vez mientras volvía a mirar por el balcón, para ver solo la oscura playa solitaria y la calle también desierta. Pero había querido mantener a todo el mundo al margen de su situación; ya estaban demasiado involucrados. Más todavía desde que se habían enterado de todo lo que había pasado entre ella y Till.

Le había confesado la verdad a Eli poco después de volver a Madrid. Había sido una conversación larga y emotiva en la que su amiga terminó llorando y ella estuvo a punto... Por supuesto y, como ya había sabido de antemano, no le echó nada en cara ni le reprochó que no se lo hubiera contado antes, una vez que lo supo todo. Se limitó a escucharla y a reiterarle lo mucho que la quería. Días después, Eli le había informado de que Till también había hablado con sus hermanos, explicándoles todo. Lo había hecho nada más volver de Tarifa, antes de irse a México. Así que ya todo el mundo lo sabía. No había más secretos ni medias verdades.

Volvió a mirar la hora en el móvil. Las once y veinticinco. Se detuvo en medio de la habitación y se retorció las manos, presa del nerviosismo.

Había sido una idea pésima citarle allí.

No iba a acudir.

Había llegado de Madrid hacía solo una hora y, sin deshacer la maleta siquiera, había llamado a Poncho, que también se alojaba en casa de Eli y Cas, para que le hiciera llegar el mensaje a Till de que le estaba esperando en su habitación. No tenía ni idea de por qué lo había hecho así, cuando lo más fácil hubiera sido llamarle por teléfono, pero un miedo irracional a que él no aceptase su llamada

la había convencido de que ese proceder era el más adecuado. Al menos eso había pensado hacía cincuenta y seis minutos. Ahora ya no sabía que creer. ¿Por qué iba a acudir él a su hotel a hablar con ella? No habían tenido contacto alguno en las últimas semanas, y ahora... ¿él iba a ir solo porque ella le mandaba llamar? Absurdo. No tenía sentido, ¿verdad?

Volvió a pasear por la habitación. Sus tacones repiquetearon de manera molesta sobre el pulido suelo de tarima. Se negaba a quitárselos y perder la ventaja que le otorgaban, en caso de que él sí apareciera. Al cabo de unos minutos se sentó en el borde de la cama y apoyó las manos en el colchón. Quizá debería empezar a mentalizarse de que no iba a presentarse. Se le revolvió las tripas al pensar en ello, pero tenía que ser realista. No había querido creer que el ultimátum que le dio aquella noche fuera definitivo, pero esa tardanza le estaba revelando que sí...

Al parecer, el último tren había pasado y se había ido sin ella.

Unos enérgicos golpes en la puerta le hicieron levantar la cabeza con precipitación. Un rayo de esperanza se deslizó dentro de su corazón con rapidez. Se incorporó y respiró hondo. El pulso se le había acelerado peligrosamente y estaba segura de que la agitación se le reflejaba en la cara. Con toda la serenidad que pudo encontrar en su interior, que no era mucha, se dirigió hacia la hoja de madera y agarró el picaporte con firmeza. Abrió.

Till.

Tan enorme y tan abrumador como siempre. Llevaba unos vaqueros azules y una camisa blanca, cuyos dos botones superiores estaban desabrochados. Se había recogido el pelo en un moño del que se le escapaban algunos mechones y una de esas trenzas. La barba había vuelto a crecerle más todavía y le cubría casi todo el cuello. Estaba tan atractivo que dolía mirarle.

«¿Por qué? ¿Por qué tiene que tener este aspecto?», se preguntó sin poder quitarle los ojos de encima.

—Ya estoy aquí —dijo él, rompiendo el silencio que el estupor de ella había provocado—. ¿Qué quieres?

Se mostraba tan frío y tan despectivo que entreabrió los labios, sorprendida, y no supo qué decir. Nunca le había escuchado hablar

así. Buscó la mirada de sus ojos turquesa y el hielo que se reflejaba en ellos la sobrecogió.

—Quiero hablar contigo —murmuró.

—Habla.

—¿No vas a pasar?

Él se encogió de hombros con indiferencia y terminó por acceder al interior de la habitación. Tana cerró la puerta y le observó ir hasta el balcón y detenerse frente al cristal, mirando al exterior. Parecía muy tranquilo, demasiado. Ella, por el contrario, se encontraba tan tensa como la cuerda de un violín.

—¿Quieres beber algo? —La pregunta era una gilipollez, ya que en el mini bar no había mucho que le pudiera ofrecer, pero de repente no tenía ni idea de cómo abordar el tema que la había llevado a citarle allí.

—¿Es una puñetera visita social? Creí que querías hablar conmigo —repuso él lleno de sarcasmo sin molestarse en girarse.

Ella cerró los ojos y contó hasta diez, tratando de controlar su temperamento.

—Me resultaría bastante más fácil hacerlo si te dieras la vuelta y me mirases. ¿No crees?

Él lo hizo. Se giró lentamente. Exhibía una altanería que nunca antes había visto en él. Al ver que ella no hablaba, hizo un gesto impaciente y se llevó la mano al bolsillo, se sacó el móvil y miró la hora. Luego lo volvió a guardar.

—No tengo mucho tiempo, la verdad —dijo—. Así que si quieres hablar, habla ya. He quedado.

Tana se mordió el labio inferior. ¿Había quedado? ¿A esas horas? ¿Con quién? Trató de ahuyentar esos pensamientos negativos de su mente y concentrarse solo en ellos dos y en lo que tenía que decirle.

—Lo primero que quiero..., bueno, es... pedirte perdón por... cómo te traté la última vez que estuvimos juntos... —dijo con vacilación, y se aclaró la garganta antes de continuar—. Quiero decirte que lo siento.

Él no dijo nada.

—Sé que me comporté como una imbécil. Y quería que supieras que lo siento mucho.

—Te repites. Eso ya lo has dicho.

—¡Lo sé! —exclamó.

Se dio la vuelta, alterada. Estaba claro que él no se lo iba a poner fácil. Y a ella le faltaban las palabras. Todas esas frases que había planeado durante días, de pronto ya no estaban o si estaban no las recordaba. Esas explicaciones que sonaban tan bien en su cabeza habían desaparecido y solo había quedado un vacío enorme y un anhelo casi doloroso de acercarse y abrazarle.

—Bueno —rompió él el silencio—. Ya me ha quedado claro que lo sientes. Perfecto. Si no tienes nada más que decirme, me marchó —dijo, dando un par de pasos y haciendo amago de dirigirse hacia la puerta.

—¡No! —casi gritó ella, interponiéndose en su camino—. ¡Espera!

En un impulso, levantó las manos y las posó sobre su pecho, para retirarlas con rapidez cuando sintió el calor de su cuerpo a través de la tela de su camisa. Apretó los dientes con fuerza al notar el deseo genuino que la embargó.

—¿Qué más quieres? —le preguntó. Rezumaba frialdad.

Ella buscó algo en sus ojos, un atisbo de que el contacto de sus manos quizá también le había afectado, pero no halló nada.

—Till —murmuró, tratando de conservar la calma—. Sé que estás muy enfadado...

—No, Tana —la interrumpió con voz gélida—, no te equivoques. Yo no estoy enfadado. *Estuve* enfadado —enfaticó—. Sí. Mucho. Ahora ya no. Ahora me da igual.

—Si te da igual, ¿por qué has venido? —le increpó, dolida.

—Tenía que venir al pueblo, de todas maneras. Y sentía curiosidad por eso que tenías que decirme.

Se quedó callada y frunció el ceño. ¿De veras era tan indiferente o solo pretendía serlo?

—Y por cierto —añadió—, ¿qué opina Raúl de todo esto? ¿O mejor dicho, *tu marido*? Me ha sorprendido que estuvieras por aquí. Os hacía en vuestra luna de miel. En el lago de Como, ¿no?

Alzó la vista, perpleja, y se encontró con su indolente mirada azul. ¿Era posible que no supiera lo suyo con Raúl? ¿Que nadie le hubiera informado? Estaban tan cerca el uno del otro que su olor le

invadió las fosas nasales y tuvo que reprimir el impulso de dar un paso adelante y enterrar la nariz en su cuello y aspirar... Agitó la cabeza levemente, centrándose en lo que él le había dicho.

—No me casé con Raúl... Rompí el compromiso.

Él no dijo nada. Parecía esperar que ella continuara hablando.

—Me di cuenta de que había cometido un error y de que Raúl no era la persona que necesitaba en mi vida —dijo en voz baja.

Se moría por decirle que la persona que quería en su vida era él, que le había echado de menos de una manera casi inhumana. Había pasado las últimas semanas reprochándose una y otra vez cómo se había comportado. Apenas podía soportar pensar en que no iba a volver a verle, a tocarle, a besarle... Deseaba decirle muchas cosas, pero su fría actitud la tenía desorientada.

—Vaya. Antes no pensabas eso —dijo él, aparentemente impertérrito.

—Me equivoqué. —Asintió con vehemencia—. Fui una... cobarde, pero ahora ya sé lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres ahora, Tana?

Le hizo la pregunta en un tono paternalista y condescendiente, como si fuera una niña caprichosa capaz de cambiar de opinión cada cinco minutos. Ella arrugó la frente y le miró enojada, pero su enfado apenas si le duró unos segundos. ¿Acaso no tenía razón para dudar de ella? Sí que se había comportado como una cría voluble e insegura. No, peor que eso. Se había comportado como una *mujer* veleidosa. Al menos, si hubiera sido una niña, la edad habría justificado su falta de constancia.

Sabía que tenía que decírselo, que tenía que jugárselo todo a una carta si era necesario. Till tenía que saber lo que sentía por él. Le había hecho mucho daño y tenía que poner las cosas en su sitio. Se lo debía. Se lo merecía. Ambos se merecían que ella fuera sincera de una vez.

—Estoy enamorada de ti —dijo al fin con serenidad, con la emoción vibrando en cada una de las palabras.

Él no reaccionó como ella había esperado. Mejor dicho, él no reaccionó, a secas. No se alteró lo más mínimo. Siguió contemplándola con esa mirada impasible y vacía mientras a ella el

corazón le quería estallar en el pecho. Se sentía como un acusado sentado en el banquillo, esperando un veredicto.

«Por amor de Dios, di algo», rogó en silencio.

Con una lentitud agónica y lacerante, él inclinó la cabeza hasta que solo unos centímetros separaron sus bocas.

—Parafraseando a Gable en *Lo que el viento se llevó*, te diré... Francamente, querida, me importa un bledo —dijo con suavidad, y su aliento cálido le rozó la mejilla. Luego se retiró.

Ella se puso pálida. Trató de asimilar lo que acababa de escuchar mientras intentaba respirar con normalidad. Notó cómo la garganta se le iba estrechando poco a poco.

—¿Te ha quedado claro? ¿O te lo vuelvo a repetir? —continuó él. A pesar de que se mostraba imperturbable un brillo acerado había aparecido en sus ojos.

Ella asintió sin emitir sonido alguno. Se había quedado paralizada. No podía apartar la mirada de su cara, a pesar de que su expresión desdeñosa la estaba haciendo añicos por dentro.

¡Dios! ¡Cómo dolía aquello! Instintivamente se llevó una mano al pecho. Él siguió su movimiento con los ojos e izó una ceja, como si dudara de la veracidad de su gesto.

Y durante un instante, Tana le odió. Nunca había pensado que pudiera ser así, tan mezquino. Se dio la vuelta y se alejó de él y de su inquina. Se llevó los dedos a las sienes y presionó, tratando de recomponerse con rapidez antes de girarse y volver a mirarle. Él la observaba con los ojos entrecerrados y los labios apretados.

Ella sabía que tenía dos opciones. La primera era tirar la toalla en ese mismo momento y rendirse. Aceptar tristemente que lo suyo se había acabado para siempre y que ya no había nada entre ellos. Y la segunda era luchar por él; tratar de encontrar en ese hombre frío que tenía delante al otro Till, a ese que sí había sentido algo por ella y que había estado dispuesto a dejarlo todo. También sabía que para ello era muy probable que tuviese que suplicarle y que él la humillase.

Tenía claro por qué opción se iba a decidir.

—Till, sé que te hice daño —comenzó con más seguridad de la que realmente sentía—. Mucho daño. Y me arrepiento de ello. Me porté fatal. Fui una egoísta y una cobarde. Pero quiero que sepas...

—se interrumpió al ver que la voz le salía entrecortada, y continuó con más aplomo—. Quiero que lo sepas todo.

Él se cruzó de brazos, impaciente.

—Di lo que tengas que decir. Pero no va a servir de nada. Tuviste tu oportunidad hace semanas. Ahora es tarde.

—Till —le pidió en un susurro—. No puede ser que ya hayas olvidado todo lo que sentías por mí.

—No es cuestión de olvidar. Es cuestión de pasar página.

No lo creía. No creía que un hombre que había pasado diez meses echándola de menos, como bien le había confesado la última vez que estuvieron juntos, la hubiese olvidado en unas semanas.

—Till —volvió a insistir—. Quiero que... que volvamos a intentarlo.

—¿Sabes cuántas veces te pedí eso? —preguntó él al cabo de lo que pareció ser una eternidad, soltando una carcajada carente de humor.

—Lo sé. Lo sé. Y yo te rechacé —admitió volviendo a acercarse a él.

—La última vez que nos vimos te dije una cosa, Tana. Te dije que si te marchabas y le elegías a él ya no iba a haber marcha atrás.

—No le elegí. Rompí el compromiso. —Un timbre desesperado se había colado en sus palabras.

Apoyó la mano en su brazo y notó cómo sus músculos se endurecían bajo su contacto, pero no se apartó. Tenía la necesidad de sentirle, de establecer algún tipo de vínculo con él, aunque fuera solo físico.

—Sí lo hiciste. Me miraste y me dijiste que ibas a seguir adelante con ese matrimonio, que le preferías a él—dijo él con frialdad.

—Te lo vuelvo a repetir, cometí un error tremendo. No tenía que haberlo hecho.

—Pero lo hiciste.

—Lo sé, y ahora estoy aquí para enmendar mi error —repuso con voz trémula—. ¿Qué tengo que hacer para que me des otra oportunidad? Si todavía sientes algo por mí...

Él se apartó, rompiendo el contacto. Se pasó una mano por el pelo haciendo que otro mechón se escapase de su moño y le cayera sobre la mejilla. Luego se dio la vuelta y le dio la espalda.

—No lo entiendes —murmuró al fin con voz ronca y seca—. Es demasiado tarde. Estoy saliendo con alguien.

Al escuchar aquello, Tana sintió como si el mundo se le hubiera caído encima. Una niebla pesada y oscura la envolvió. Retrocedió unos pasos como si alejándose de él se alejase también de lo que acababa de decirle.

—Oh —acertó a murmurar. Luego nada más.

Transcurrieron unos segundos, minutos, horas de silencio, tal vez. Ambos permanecían inmóviles. A lo lejos, en la calle, se oyó el claxon de un coche.

Repentinamente, él se giró y apenas la miró de reojo. Semejaba estar tenso y más agitado de lo que había estado en los últimos minutos.

—Mira, de verdad que tengo prisa. —Volvió a sacarse el móvil del bolsillo—. He quedado con alguien y llego tarde. No puedo entretenerme más.

Tana sintió como si la hubieran golpeado con fuerza en el pecho. Un amargo sabor a bilis le acudió a la garganta. Anonadada, pero esforzándose por no demostrarlo, se irguió y enderezó los hombros. Había comenzado a notar que le ardían los ojos.

Necesitaba estar sola.

Él seguía sin mirarla. Contemplaba la pantalla de su jodido móvil como si fuese a hallar en ella la solución a todos los problemas del mundo.

—Bien. No te entretengo más —dijo, y ella misma se sorprendió de la firmeza que consiguió imprimir a la frase—. Ya nos veremos mañana en casa de Eli cuando vaya a conocer a la niña.

—Sí, claro —repuso él, guardándose el teléfono. Parecía ansioso por marcharse, como si toda la situación le resultara incómoda. Se giró y se dirigió a la puerta. Sin ninguna vacilación, cogió el picaporte y abrió. No se volvió a mirarla—. Adiós —le dijo por encima del hombro.

Y de pronto ya no estaba.

Y ella se encontró sola en medio de la habitación con la mirada extraviada. Permaneció así por espacio de varios segundos, sin atreverse a moverse. Sin atreverse siquiera a pestañear. Sabía que si efectuaba cualquier movimiento aunque fuera solo con uno de sus

párpados, se derrumbaría como uno de esos castillos hechos de piezas de dominó. Solo había que empujar la primera, para que esta hiciese que todas las demás fueran cayendo paulatinamente y al final no quedase ni una sola en pie.

Sí, se había convertido en un castillo de piezas de dominó.

Quizá lo que más había dolido de todo no había sido escucharle decir que ella ya no le importaba o que estaba saliendo con alguien o que era tarde... No. A fin de cuentas eran solo palabras y las palabras podían ser ciertas o no. Lo peor había sido esa brusca manera de marcharse, como quien abandona una oficina de correos después de haber realizado una gestión engorrosa, aliviado, con premura y sin mirar atrás.

Había esperado su enfado, su ira, su despecho y su desdén, incluso. Pero ese desinterés, esa frialdad, esa forma de mirarla como si no le importara un ápice y solo fuese una situación molesta, algo insignificante de lo que librarse de prisa..., había sido demasiado. Ese hombre que acababa de irse y que apenas le había regalado media hora de su tiempo no era Till Landvik, al menos no el Till Landvik que ella conocía y del que se había enamorado.

Ese hombre era un desconocido.

Una fina película transparente se le iba formando en los ojos, nublándole la vista. Tragó saliva, pero de nada sirvió. Elevó la mirada al techo y cogió aire por la nariz, expulsándolo por la boca con suavidad. Repitió esta operación varias veces, tratando de ganar algo de entereza.

No.

No iba a llorar.

Cayetana Martínez Soto no lloraba. Nunca.

La última vez que lo hizo fue en México. Y anteriormente apenas si podía acordarse. Quizá cuando era una niña.

Se dirigió al baño con rapidez y encendió la luz. Se acercó al lavabo, dispuesta a abrir el grifo de agua fría y lavarse la cara. Pero una breve mirada a la mujer del espejo la detuvo.

Era ella y no lo era.

La Tana del reflejo estaba pálida y tenía una expresión triste en el rostro. Tan triste, que el contemplarla le causó una aflicción inmensa que estuvo a punto de ahogarla.

A la Tana del reflejo le temblaba la barbilla y tenía los ojos enormes y muy brillantes. Y cuanto más tiempo pasaba y más le recorría las facciones con la mirada febril, más le brillaban.

Estoy enamorada de ti...

Francamente, querida, me importa un bledo...

¡No, no, no!

Es demasiado tarde. Es demasiado tarde. Es demasiado tarde.

La frase resonó en su cabeza una y otra vez.

—Demasiado tarde...

Los labios de la Tana del espejo se movieron, pero ella no pudo escuchar sonido alguno, un molesto zumbido se le había instalado en los oídos. Un zumbido que iba adquiriendo más y más intensidad según transcurrían los segundos.

Le había perdido.

Había perdido a Till.

Parpadeó y una lágrima se desprendió de su ojo derecho, luego otra de su ojo izquierdo. Y finalmente no fueron solo esas dos. Otra siguió y otra más... y más y más... y al cabo de unos instantes tenía las mejillas anegadas en ellas.

Y mientras sentía cómo el alma se le hacía pedazos, enterró la cara en las manos y los sollozos sacudieron su cuerpo.

Capítulo Cuarenta y tres

Había conseguido llegar hasta la recepción, pero no había logrado bajarse del ascensor. Se quedó allí como una figura de cera, rígido e inmóvil, y las puertas volvieron a cerrarse. Y siguió allí, sin pulsar ningún botón, con los puños cerrados y la mirada clavada en el altavoz que había encastrado en la pared y que emitía una suave música de ambiente. Una vena le palpitaba con fuerza en la sien derecha. Mil ideas se agolpaban en su cabeza, de ellas, novecientas noventa y nueve malas. Alargó la mano y dudó entre el botón de abrir puertas o el de la sexta planta. Al fin tomó una decisión y esperó a que el puto habitáculo comenzara a ascender.

No tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Cometiendo un error, seguro.

De nuevo.

Solo hacía dos horas todo había sido simple. Su vida estaba encauzada y era sencilla, sin sobresaltos, sin grandes preocupaciones.

Y ahora iba a complicársela otra vez, pensó, cerrando los ojos.

Había llegado esa misma mañana a España y había pasado el día en casa de Cas y Eli, admirando a su sobrina recién nacida, que era igual que Cas —al menos eso decían todos, él no pensaba que se pareciese a nadie todavía—. Había jugado con Sira y con Clara en el jardín, y disfrutado de una cerveza con sus hermanos. Incluso se había comportado de manera civilizada con Poncho, y mantenido una conversación medianamente normal con él.

Y nadie mencionó *su* nombre. Nadie.

Hasta que después de cenar, Poncho se acercó a él en la cocina y le trasladó su mensaje. Tana acababa de llegar y le pedía que fuera a verla a su hotel para hablar. ¿Hablar? Había reaccionado furioso, por supuesto. Dejó a Poncho con la palabra en la boca y se largó a dar una vuelta por la urbanización para despejarse.

Su primer instinto, lleno de ira, fue negarse. ¿Qué cojones se creía ella? ¿Creía que después de todo lo que había pasado, iba a

saltar como un perrito faldero e iba a acudir corriendo a su llamada? No, estaba muy equivocada. Además, ¿y Raúl? ¿Qué hacía ella sola, en la costa, sin su marido? ¿No se había casado hacía una semana? ¿No tendría que estar en su *maravillosa* luna de miel con su *flamante esposo*?

Tana se había convertido en un tema tabú entre él y su familia. Desde que regresó de Tarifa y les contó lo que había sucedido, se había establecido una especie de acuerdo tácito entre ellos y nadie la mencionaba. Y él lo agradecía. Sin tener noticias de ella, le había resultado mucho más fácil pasar página.

Después de diez minutos de aconsejarse a sí mismo de que ir a aquella cita no iba a servir para nada bueno, y que no tenía ningún interés en saber qué quería decirle..., había cambiado de opinión drásticamente.

Se había montado en su coche de alquiler y se había puesto en marcha, en dirección al hotel. Llegó en apenas diez minutos y aparcó frente a la puerta. El reloj del salpicadero marcaba las once en punto. Y allí se había quedado media hora, dentro del vehículo, tratando de tranquilizarse. Volver a verla, a enfrentarse a ella no le iba a resultar fácil y lo sabía. Su debilidad aumentaba cerca de esa mujer. Y las semanas que había pasado tratando de odiarla no habían servido de mucho.

Por más que se hubiera convencido a sí mismo y a los demás de que ya no le importaba, de que había avanzado con su vida..., no era cierto.

Por más que la hubiese sustituido por otras, que otros cuerpos, otras caricias, otras bocas y otros besos hubiesen venido a ocupar su lugar, la que seguía dentro de él, debajo de su piel, dentro de su carne, instalada en el interior de sus huesos... era ella.

Sí, Tana continuaba allí.

Inamovible.

Pero no iba a permitir que siguiera jugando con él. No. Lo tenía muy claro. Eso se había terminado. Con una fría determinación, se había bajado del coche y había atravesado la recepción con rapidez. Se había montado en el ascensor, decidido, y pulsado el botón de la sexta planta con firmeza.

Y luego...

Luego todo transcurrió muy deprisa.

Abrió los ojos y se miró en el espejo. ¡Qué diferente era su expresión ahora! Todo el arrojito que había mostrado hacía treinta y cinco minutos, cuando el ascensor le condujo hasta ella por primera vez, había desaparecido, dejando paso a la incertidumbre y al recelo. ¿Cómo era posible que en cuestión de minutos toda su entereza se hubiera volatilizado? ¿Solo porque ella le había dicho exactamente lo que él llevaba meses queriendo oír?

Estoy enamorada de ti.

Al escucharle decir aquello, había tenido que hacer gala de todo su autocontrol para no acercarse y abrazarla con arrebatos, para no enterrar las manos en su cabello y confesarle que él sentía lo mismo por ella. Le había costado un mundo contenerse.

Un mundo.

Sabía que había sido en extremo cruel al soltarle la frasecita de *Lo que el viento se llevó*, pero hasta el mismo instante en que la pronunció, no se había dado cuenta de cuán despechado se encontraba realmente. Había sentido algo parecido a la satisfacción al ver cómo ella empalidecía y se alejaba de él como si la hubiera abofeteado.

Gott! ¡Qué miserable por su parte!

Las puertas del ascensor se abrieron con su característico *cling* y el largo corredor iluminado apareció ante sus ojos. Avanzó dos pasos. Solo dos. Luego se detuvo y se pasó las manos por el pelo, nervioso.

«¿Qué estás haciendo? ¿Por qué te detienes ahora?»

—¿Que por qué me detengo? —murmuró, dándose la vuelta.

Sí, eso, ¿por qué?, se preguntó en silencio.

No le costó encontrar una respuesta. Tenía miedo, reconoció.

Till Landvik, un hombre hecho y derecho, que había pasado por muchas cosas y había salido indemne de casi todas ellas, tenía miedo. Miedo de que Tana le hiriese otra vez. Miedo de que volviera a cambiar de opinión. No dudaba de que ella estuviese enamorada de él. No. Lo había visto muchas veces en sus ojos. Pero no confiaba en que fuera capaz de guiarse por sus sentimientos. Hasta el momento no lo había hecho.

«Te ha pedido una oportunidad. Dásela. Deja que te demuestre que de verdad quiere estar contigo».

Volvió a mirar el pasillo. Al fondo, a la derecha, estaba su habitación. Solo tenía que recorrer unas decenas de metros. Era sencillo, ¿no? Comenzó a andar. Cuanto más avanzaba, su respiración más se agitaba. Se detuvo frente a la puerta y cogió aire lentamente. Al otro lado de esa hoja de madera estaba la mujer con la que quería estar. La mujer por la que había estado dispuesto a dejarlo todo.

La mujer que había cogido su corazón y lo había roto en pedazos, pensó con amargura.

Titubeó.

¿Y si ella...?

«¡Basta!», se ordenó a sí mismo, furioso.

Con todos los músculos de su cuerpo en tensión, alzó la mano y llamó con los nudillos. Esperó, expectante. Pasó un minuto..., un minuto y medio. Lo supo con exactitud porque contaba los segundos mentalmente y, según transcurrían, su impaciencia iba en aumento. Apretó los dientes con fuerza. ¡Maldición! Un destello de ira mezclado con algo de desilusión vino a nublarle la mente.

Se giró, al tiempo que se decía que quizá fuera mejor así. Quizá lo mejor para ambos fuese que ella no abriera. A fin de cuentas, cada vez que estaban juntos uno de los dos terminaba por salir herido.

En ese momento, la puerta se abrió a su espalda y él se dio la vuelta con brusquedad dispuesto a...

Sus ojos hinchados y sus mejillas mojadas le desarmaron y le privaron de toda lógica. Lo que había pensado decir se difuminó hasta desaparecer del todo. No pudo hacer otra cosa que dar un paso al frente y estrecharla entre sus brazos, con fiereza. Enterró una mano en el cabello de su nuca y la obligó a apoyar la cabeza en su pecho, aunque no necesitó apenas ejercer presión, Tana se recostó contra él por voluntad propia y sus brazos le rodearon el talle, respondiendo a su abrazo, aferrándose a él con fuerza, como si no quisiera soltarle jamás. Cerró los ojos y dejó que su cuerpo se acoplase al suyo. El corazón le latía tan fuerte que estuvo seguro de que ella podría escucharlo alto y claro.

Se mantuvieron así por espacio de unos minutos, abrazados en el umbral de la puerta, a la vista de cualquiera que pasara por allí, sin moverse, sin decirse nada. No hacían falta palabras, en realidad.

La besó en el pelo y el aroma de su champú mezclado con el de su piel le envolvió. La estrechó con más firmeza aún. Cualquier atisbo de duda que hubiera podido tener sobre ella, había desaparecido. Tana no era una mujer que llorase con facilidad, mejor dicho, Tana no era una mujer que llorase. En ninguna circunstancia. Que lo hubiera hecho por él, le decía mucho. Y también le decía que se había portado como un necio.

—Lo siento —le susurró.

Ella alzó la barbilla con lentitud. Sus ojos estaban secos, aunque enrojecidos. Todavía había un rastro de lágrimas sobre su pómulos, junto al lunar con forma de corazón invertido.

—¿Qué sientes? —preguntó ella.

—Haber actuado como un gilipollas. Haberte hecho daño.

Ella agitó la cabeza, como queriendo restar importancia a lo que él decía.

—Has llorado —le dijo, limpiándole la humedad de la mejilla con el pulgar.

Le miró fijamente por espacio de unos segundos.

—Yo nunca lloro —repuso al fin. Una sonrisa apenas perceptible había aparecido en su boca.

—Es verdad —reconoció él, sonriendo también.

Luego ella le tiró del brazo para hacerle entrar en la habitación. La siguió y cerró la puerta. Ella se alejó unos pasos, dándole la espalda. Seguía llevando la misma ropa que antes: una blusa azul, una falda de tubo gris y sus tacones.

—Creía que habías quedado con alguien —dijo de pronto, dándose la vuelta.

—No era cierto —admitió. Y avanzó hacia ella—. Era solo una excusa para largarme de aquí cuanto antes. —Se detuvo a un metro escaso y le acarició la mejilla con suavidad—. Cuando he entrado por esa puerta, antes, no tenía ni idea de lo que me iba a encontrar aquí.

—¿Te he sorprendido? —le preguntó casi en un susurro mientras se acercaba más a él, hasta que la opulencia de su pecho se pegó

contra la dureza del suyo.

—Sí y no —respondió, deslizando la yema de su dedo pulgar por su labio inferior—. No me ha sorprendido que me dijeras que estabas enamorada de mí. Lo que me ha sorprendido ha sido que lo reconocieras y me lo confesaras —suspiró—. Por fin...

—He sido muy tozuda..., ¿no?

—Digamos que... no me lo has puesto fácil. Y me has hecho esperar... un poco.

Ella apoyó la frente en su pecho.

—Has sido... muy frío... —murmuró—, aunque supongo que algo así me merecía después de la última vez.

—Era todo mentira —exclamó, alzándole la barbilla con los dedos—. Estaba dolido y me he portado como un cretino, pero créeme si te digo que me estaba muriendo por abrazarte. *Muriéndome*, literalmente —soltó una especie de gemido ahogado y le sujetó la cara con las dos manos. Ella le miraba con los ojos cálidos—. No te imaginas las ganas que tenía de... de cogerte entre mis brazos y comerte a besos, joder... —hablaba con voz ronca, en susurros—. Ha habido un momento, al final, después de que te dijera que estaba saliendo con alguien, cuando he visto tu reacción, que me he sentido como un cerdo. —Negó con energía—. He tenido que sacarme el puto móvil del bolsillo y mirarlo como un imbécil para no ver cómo te derrumbabas y derrumbarme yo...

—Sé que me lo he ganado a pulso..., pero te has comportado como un verdadero capullo —dijo ella, alzando las manos también y posándolas sobre sus mejillas. Incluso a través del vello de su barba pudo sentir el calor que emanaba de sus dedos y le pareció reconfortante.

—Sí. Como un cabronazo de primera.

—Y aun así, estoy dispuesta a perdonarte —propuso al cabo de unos instantes de silencio en los que no dejaron de mirarse y de decirse mil cosas con los ojos. Su voz había descendido varias octavas y un mohín de fingida condescendencia asomaba a su rostro.

Él sonrió. Adoraba esa faceta de Tana, juguetona y algo irónica.

—¿Cuáles son tus condiciones? —le preguntó, siguiéndole el juego.

—Tú ya lo sabes. Es hora de que dejes de hablar. Necesito... y cuando digo *necesito*, es porque es así... que me beses, ya.

Él no dejó que se lo repitiera otra vez. La alzó en el aire con un solo brazo y con el otro la agarró firmemente por la nuca, atrapando sus labios al mismo tiempo. Emitió un gruñido desde lo más profundo de su pecho al saborear la dulzura de esa boca que tanto había echado de menos.

—Había llegado a creer que esto ya no iba a pasar —le susurró entre beso y beso, jadeante.

—¿No te he dicho antes que te calles?

Levantó la cabeza y la miró. Ella respiraba con dificultad y tenía los labios húmedos y algo hinchados y la cara enrojecida. Estaba gloriosa.

—Tienes razón —dijo y, antes de que ella pudiera reaccionar, la arrojó sobre la cama, que estaba a un metro escaso. Cayó sobre el colchón. Su mueca de sorpresa pronto se convirtió en una de diversión.

—Ahora sí que haces honor a tu sobrenombre... Loki, el dios nórdico —dijo con la voz ronca y seductora.

—Te voy a demostrar cuánto de dios nórdico tengo dentro —murmuró, desabrochándose la camisa.

—Hazlo —le ordenó en un ronroneo mientras se quitaba los zapatos y los tiraba al suelo. Luego comenzó a abrirse los botones de la blusa.

—¿Cómo lo quieres, rápido e intenso? ¿O suave y lento? —Se deshizo de las zapatillas y los vaqueros, y luego, muy lentamente, se quitó los bóxers sin dejar de observarla. Su erección quedó libre.

—El primero, rápido e intenso —le retó ella, tirando la blusa al suelo y abriéndose la cremallera de la falda. Le miraba la entrepierna sin pudor alguno, humedeciéndose los labios adrede—. Y el segundo, suave y le...

Él no consintió que siguiera hablando, en una milésima de segundo se había tumbado sobre ella y la besaba. Tana emitió un gemido que reverberó dentro de su boca y él profundizó la caricia de sus labios empleando también su lengua para explorarla con ella.

Pronto no hubo prenda alguna entre ellos, la ayudó a deshacerse de la falda y de su ropa interior sin apenas echarle un vistazo al

coqueto conjunto de lencería blanca. Su premio estaba debajo, y cuando quedó al descubierto, lo contempló con avidez. Durante las últimas semanas se había hecho a la idea de que no iba a volver a ver esa imagen nunca más, y ahora que la tenía delante se sentía pletórico.

La abrazó con fuerza y cerró los ojos, apoyando la frente sobre la de ella, embargado de pronto por las emociones. Su miembro pulsaba contra su estómago y ella le acariciaba febrilmente la espalda, pero ignoró ambas cosas y se limitó a quedarse quieto, disfrutando del calor de su piel y de su respiración entrecortada. Por primera vez en su vida en una situación así, algo mucho más grande que lo puramente físico tomó posesión de su mente y de su cuerpo, sobrecogiéndole. Deseó poder detener ese instante para siempre. Su boca se llenó de una frase, una frase que se había formado en su cabeza, pero que ahora luchaba por liberarse y dirigirse donde en verdad debía estar: con *ella*.

Pero se contuvo.

Se contuvo porque no era el momento.

«Todo a su tiempo», se dijo, clavando la mirada en la suya. Tana también le contemplaba con esos ojos tan expresivos y tan llenos de lo mismo que él deseaba gritarle. Pero tampoco le dijo nada.

La besó.

¡Cómo no besarla cuando le miraba así!

Y como le había pedido hacía unos segundos, el primero fue rápido e intenso.

Muy rápido y muy intenso.

Apenas si hubo tiempo de buscar un condón.

Sus brazos y sus piernas no tardaron mucho en enredarse, compitiendo con sus labios y sus lenguas. Las caricias fueron erráticas y apresuradas. Un susurro, un beso y algún mordisco suave...

La poseyó con firmeza y agitación, sin preliminares. De pronto estaba dentro de ella y le sujetaba las manos con fuerza a los lados de la cabeza. Ella arqueó la espalda y se echó hacia atrás, ofreciéndole su cuello. Y no solo su cuello.

Se ofrecía entera.

Y él aceptó la ofrenda, restregándose contra ella, excitado y gruñendo como un salvaje. La penetró una y otra vez al tiempo que sentía cómo sus piernas le rodeaban el talle y le invitaban a hundirse más en su interior. Tenía los ojos cerrados y todo su cuerpo estaba teñido de rosa y vibraba. Jadeos ahogados escapaban de su boca.

La imagen era tan erótica y sensual que le llevó al límite en cuestión de segundos. No se contuvo. Ya habría tiempo de contenciones, fue su último pensamiento lógico antes de ponerse rígido y correrse dentro de ella. Se dejó llevar. Un instante después sintió los espasmos que también recorrían el cuerpo femenino y se dejó caer sobre ella, aplastándola.

Gott!

Capítulo Cuarenta y cuatro

Exhaustos, empapados en sudor y con las respiraciones agitadas, se miraron a los ojos. Sus dedos se entrelazaban sobre la almohada. De alguna manera ella estaba encima ahora, y su melena se había esparcido sobre ambos, creando una suerte de sedosa cortina que los aislaba del mundo exterior.

Tana apoyó la mejilla sobre el pecho de Till y disfrutó de los fuertes latidos de su corazón. Debía de estar igual de acelerado que el suyo; quizá incluso palpitasen al unísono, pensó en un arranque de sentimentalismo poco habitual en ella.

A pesar de la rapidez con la que había sucedido todo y que apenas había durado unos minutos de gemidos, jadeos y roces, la experiencia le había resultado muy satisfactoria. ¿Suficiente? No. Eso nunca. No creía que jamás pudiera tener bastante de él. Cerró los ojos y se relajó en sus brazos mientras el ritmo de su respiración se iba normalizando. No quería moverse, no deseaba perderse ni un centímetro de esa piel húmeda y cálida que tanto había echado de menos. Till le había dicho que apenas podía creerse que eso estuviera pasando. Lo mismo o algo parecido había pensado ella. Los minutos después de que él hubiera abandonado la habitación con ese aire frío y arrogante habían sido los peores minutos de su vida, —exceptuando lo sucedido en México—. Un vacío angustiante se había alojado dentro de ella mientras se refugiaba en el baño y lloraba como una mema.

¡Había llorado!

Ahora, al recordar la desolación que había sentido al pensar que, debido a su propia estupidez, le había perdido para siempre, todavía se le encogía el estómago. Se apretó más a él y sus manos bajaron por sus fuertes brazos con lentitud hasta que alcanzaron su cara. Enredó los dedos en los pelos de su poblada barba y luego elevó la cabeza para poder mirarle a los ojos, que también estaban inmersos en ella, intensos y silenciosos.

—Me dejas sin aliento —murmuró él. Estaban tan cerca el uno del otro que ella pudo verse reflejada en sus iris.

—Espero que no te refieras a lo físico nada más —bromeó.

—Bien sabes tú que no es solo eso —contestó—. Sabes que estoy loco por ti.

—La verdad es que te preferiría cuerdo y sabiendo lo que haces, y no enajenado y sin tener nada claro.

A él se le escapó una risa.

—Tengo las cosas muy claras, Tana. Y si me dejas descansar diez minutos más —le propuso con voz aterciopelada—, estaré listo para el segundo asalto..., el suave y lento ese del que hablábamos...

—No tengo prisa —musitó ella—. Sé que no te vas a ir a ninguna parte.

—¡Qué segura estás de mí!

—Sí. Lo estoy. No tengo ni la menor duda.

—En eso estamos de acuerdo, entonces. Me gusta que pensemos igual. —Se giró a un lado, súbitamente, obligándola a hacer lo mismo. Terminó encima de ella—. Antes has dicho que no era el momento de hablar y te he hecho caso —le dijo en voz baja con seriedad—, pero ahora me gustaría saber qué es lo que ha pasado para que hayas cambiado de opinión y hoy estés aquí, conmigo. La última vez que nos vimos me aseguraste que te ibas a casar con Raúl.

Tana se mordió el labio inferior, titubeante. ¿Cómo iba a explicarle a él algo que ni ella misma entendía? ¿Qué podía decirle en realidad? ¿Que Raúl le había parecido el hombre perfecto porque no le exigía más de lo que podía dar? ¿Que le había parecido ideal porque no necesitaba desnudar su alma ante él? Había vivido toda su adolescencia y su madurez estableciendo relaciones esporádicas, que cuando comenzaban a ponerse serias le hacían buscar excusas y justificaciones absurdas para ponerles fin. Un buen psicólogo le habría dicho que, debido a la volubilidad de su padre durante su infancia, que cambiaba de esposa cada cinco años, había desarrollado una fobia extrema al compromiso.

Hablando en plata: Cayetana Martínez Soto —Mata Hari para algunos— tenía pánico a enamorarse y bajar la guardia. Por eso

Raúl le había parecido el hombre más apropiado para construir un futuro. No le quería y él no la quería a ella. Era perfecto.

Pero en su ecuación de vida impecable no había contado con Till Landvik —alias Loki, el taimado embaucador—, que iba a entrar en su vida como un ciclón e iba a golpear su coraza protectora una y otra vez hasta conseguir resquebrajarla, y solo a base de ser sincero y ponerle el corazón a los pies. Tampoco había contado con esa horrible sensación que era echar de menos a alguien, de no poder pensar en otra cosa que no fuera él. No había planeado que, cada vez que cerrase los ojos, su imagen iba a acudir a su cabeza, atormentándola. No había tenido en cuenta que no iba a poder dormir por las noches imaginando la angustia que supondría no volver a verle jamás.

No, no había previsto nada de eso.

Y cuando todo aquello había llegado, la había pillado desprevenida. Y el dolor de perderle se había convertido en algo físico, en un dolor real. Se había afincado en su pecho y le había impedido respirar, día tras día y noche tras noche.

Así que, ¿cómo iba a casarse con Raúl si el único hombre que la ocupaba ya era él, por mucho que quisiera negarlo?

Imposible.

Pero ¿cómo le iba a contar todo aquello a Till?

Lo que vio en sus ojos le hizo comprender que no tenía por qué explicarle todo eso, que la respuesta a su muda pregunta era mucho más simple. Realmente no era tan complicado.

—No podía casarme con él estando enamorada de ti —le dijo con firmeza.

Una sonrisa que comenzó a nacer lentamente en sus labios, pero que terminó por llegar a sus ojos y le iluminó todo el rostro fue lo que recibió de él.

—Joder, Tana..., disculpa si te miro un rato con la boca abierta, es el estupor que me provoca tu franqueza.

—Te lo he hecho pasar mal, ¿verdad?

—No tienes ni idea... —Meneó la cabeza y su cabello se agitó y le cayó a ella sobre la mejilla, haciéndole cosquillas. Alzó la mano y cogió un mechón, dejando que se deslizara entre sus dedos. Adoraba su pelo...

—Pero ya está todo perdonado y olvidado —dijo. No dudaba de que fuese así, pero quería escuchárselo decir a él.

—Perdonado seguro, porque no hay nada que perdonar..., pero ¿olvidado? No. No voy a olvidar nada de lo que ha pasado entre nosotros. Han sido demasiadas cosas buenas como para querer que no hayan sucedido —le susurró, inclinándose y dándole un beso suave en la boca—. Nuestro primer baile en la boda...—La besó en la comisura de los labios—. Luego esa noche... salvaje en el hotel... —Otro beso en la mejilla—. La mañana siguiente y cómo me miraste como si fuese un insecto —añadió con sorna—. Sí, mmm... qué bonitos recuerdos.

—¿Eso tampoco quieres olvidarlo? —preguntó, algo sofocada por sus besos—. Eres masoquista...

—Sí, lo soy —repuso, y la besó en la punta de la nariz—. Y luego esa noche en Düsseldorf... —Se retiró y fingió vergüenza—. Algún día, cuando tengamos más confianza, te contaré que justo antes de que llamaras a mi puerta me había estado masturbando mirando una foto tuya.

Tana abrió la boca, sorprendida, y le miró con los ojos muy abiertos. Él comenzó a asentir con exageración y se llevó una mano al corazón, como un niño pequeño que quiere hacer una promesa. Ella prorrumpió en risas.

—Entiendo que no quieras olvidar algo así —musitó, traviesa.

—Y tampoco quiero olvidar lo que pasó después... en el sofá y luego en la cama... —Volvió a besarla—. No quiero quitarme de la cabeza esos meses que estuvimos enviándonos mensajes. Me pasaba el día esperando que llegara la hora en que íbamos a contactar. —Hizo una pausa y su cara cambió, mostrándose más seria. Sabía lo que iba a decir a continuación y el malestar se apoderó de ella—. Y luego, cuando te presentaste en México... —prosiguió con serenidad—, eso tampoco voy a olvidarlo, porque lo que sucedió allí me hizo ver lo importante que eras para mí... —La tristeza le había empañado la voz—. Y aunque siempre pensaré en ello con amargura, forma parte de nosotros y de nuestra historia... y me niego a que desaparezca.

Tana notó un desagradable ardor en los ojos y los cerró. Había pasado un año de aquello y seguía doliéndole. Y más todavía si el

que hablaba de ello era él y lo hacía con esa... calidez. Sintió sus labios posándose sobre sus párpados y sus sienes, y un hormigueo le recorrió la espalda. Transcurrieron varios segundos de silencio mientras él la besaba y ella se dejaba besar. Ambos parecían haber caído presa de la melancolía y el ambiente se había tornado lánguido.

—Mírame —le dijo él, alzando la cabeza.

Ella abrió los ojos y lo hizo. La intensidad de su expresión la contagió y la penetró llenándola de calor.

—Al igual que eso es algo muy nuestro, también lo son aquellos días que pasamos juntos allí, Tana —continuó con un tono de voz más ligero, como si quisiera apartar toda la nostalgia y volver a recuperar la alegría que había imperado en la escena minutos antes—. ¿Recuerdas nuestros paseos por el pueblo? ¿Y cuando pasamos el día en la playa haciendo surf? Bueno, yo hacía surf y tú admirabas mi maravilloso cuerpo —aclaró con una sonrisa pícaro, y se apresuró a seguir hablando antes de que ella pudiera decir nada al respecto—. ¿Y el beso que nos dimos aquella noche en la orilla del mar? Cuando huiste después de que te dijera lo que sentía por ti, supe que tú también sentías algo por mí. ¡Qué cobarde! ¡Cómo echaste a correr! —sonrió.

Ella asintió. Recordaba muy bien aquella noche y lo aterrada que se había sentido. Abrumada por sentimientos desconocidos.

—Pero es que tenías que haberte visto —protestó—. Un tío de metro noventa en una playa oscura y desierta, con el pelo desaliñado y los ojos muy abiertos y un aspecto amenazador..., balbuceando cosas raras sobre que no me iba a dejar escapar... —Fingió que se estremecía—. Y yo, una pobre mujer desamparada... Entiende que me fuera.

Él soltó una carcajada ronca.

—¿Tú y desamparada? Pero si me has tenido a tu merced desde el mismo momento en que me miraste con esos ojos oscuros tuyos y me perdonaste la vida en la boda de Cas. Y lo sabes... —le susurró, poseyendo su boca.

Ella correspondió al beso con ardor. Le mordisqueó el labio y tiró sin demasiada fuerza, pero lo suficiente para que él se apartase y abriera los ojos.

—También recuerdo esa otra noche en el hotel. —Ahora fue ella la que habló—. Esa noche que saliste a buscarme al balcón. Creo que fue la primera vez que hicimos el amor de verdad. Al menos yo lo sentí así..., me hiciste sentir... querida —concluyó con algo de pudor. No le resultaba sencillo hablar de sus emociones.

—Sí —respondió él—, esa noche hicimos el amor y yo te quise... y mucho... Y además, sonaba nuestra canción.

—La que *tú* decías que era nuestra canción.

—Lo que sea... Fue tan importante que hasta me la tatué en el brazo. —Se señaló el bíceps como si ella no hubiese mirado ese tatuaje al menos veinte veces desde que él se había quitado la ropa.

—Creía que eso lo habías hecho para olvidarme. —Bajó la vista y releyó la frase de nuevo.

—Bueno... eso es interpretable. —Subió una ceja.

Ella sonrió y meneó la cabeza, divertida a su pesar. Él volvió a besarla suavemente en la boca, luego enterró la cara en su cuello y aspiró hondo.

—Jamás pensé que esto fuera a acabar así —le susurró al oído.

—¿Así? ¿Cómo?

—Contigo loca por mí.

Le pegó un puñetazo juguetón en el pecho.

—En serio. Desde la primera vez que te vi, soñé con esto —continuó él—, pero no creí que pudiera pasar.

—¿Desde la boda de Eli?

—No. Desde la primera vez que te vi, el verano que Eli y Cas se conocieron, hace ocho años. Me acuerdo muy bien de ti. Estabais en el *Western Ribs* y habíais bebido..., y tú bailabas de una manera... —Alzó la cara y emitió un silbido exagerado—. Esa noche me dije: *Till, esa morenaza tiene que ser tuya*. Y, por fin, los dioses de mis antepasados me han sonreído, y mía eres.

A ella le entró la risa al escuchar su tono vehemente.

—Suenas como Cas, el señor posesivo —repuso burlona.

—A fin de cuentas soy un Landvik, ¿no? —La miró, risueño.

—Sí, eres un Landvik. Pero no uno cualquiera. Eres *mi* Landvik —dijo en voz queda—. Que no se te olvide.

—¿Quién es la posesiva ahora? —se rio él, apartándose y echándose sobre la espalda, al mismo tiempo que tiraba de ella y la

acoplaba a su costado.

Tana pasó un brazo por encima de su pecho y una pierna sobre su muslo y dejó que su cabeza reposara en el hueco de su axila. Él era enorme cuando se encontraban de pie frente a frente, pero tumbado en la cama a su lado, tenía la altura perfecta. Cerró los ojos y le acarició el pecho con abandono, disfrutando con los rizos rubios que cubrían sus pectorales. Dejó que su mente volara y pegase un salto adelante en el tiempo. Frunció el ceño al pensar en el futuro, a fin de cuentas él tendría que volver a México y ella a Madrid.

—¿Sabes lo que dicen, ¿no? —preguntó al cabo de un rato de silencio. No quería sonar inquieta, pero nada más pronunciar las palabras se percató de que sí lo hacía—. Que las relaciones a distancia no funcionan.

Él no se inmutó.

—Haremos que funcione —respondió con tranquilidad—. ¿Confías en mí?

Ella alzó la mirada y buscó sus ojos.

—Sí.

—Pues deja de preocuparte. Y ahora, regálame los oídos un poquito. —Cambió de tema.

—¿Qué quieres? —le preguntó, apoyando la barbilla en su pecho.

Él la soltó y se pasó los brazos por detrás de la nuca, poniéndose cómodo.

—Dime que te importo —le ordenó con fingido tono autoritario.

Tana le regaló una sonrisa condescendiente y tardó en responder, haciéndose la difícil. En realidad no deseaba otra cosa que decirle cualquier cosa que él quisiera escuchar.

—Me importas —cedió al fin, pretendiendo aburrimiento.

—Y ahora, dime que me has echado de menos.

—Te he echado de menos. Una barbaridad —añadió con voz ronca.

Él asintió, muy satisfecho con sus respuestas.

—Dime que has pensado en mí constantemente.

—Esa es fácil —respondió—. He pensado en ti constantemente.

—Bien. Ahora dime que soy el hombre más guapo del mundo y que sin mí tu vida ya no tiene sentido —dijo él burlón.

Ella meneó la cabeza.

—Te estás pasando, Landvik.

—Tendrás que consentirme por todos esos meses que me has tenido en vilo, ¿no?

—Tienes razón.

—Pues dilo.

—Que diga ¿qué?

—Que soy el hombre más guapo del mundo.

—Eres el hombre más guapo del mundo —dijo finalmente poniendo los ojos en blanco—. En cuando te quites las trenzas y te afeites la barba —añadió.

—¿Qué tienen de malo mis trenzas? —Cogió una de ellas y se la mostró—. Son adorables. Tendrás que ser más permisiva.

—Si tanto te importan, consérvalas. Y en cuanto a lo otro, lo de la barba...

—Tengo espuma de afeitar en el coche —dijo en voz baja.

—Perfecto. Me encanta cuando me obedeces.

—Yo siempre, ya lo sabes. Eres mi ama y señora. Y ahora dímelo —volvió a insistir.

—¿Qué quieres que te diga? —Fingió no saber a qué se refería.

—Que sin mí tu vida no tiene sentido.

—Eres un coñazo —farfulló con jovialidad.

—Sí.

—Sin mí tu vida no tiene sentido.

—Lo has dicho al revés —la recriminó con el ceño fruncido.

—Un lapsus tonto. —Agitó la mano en el aire, restándole importancia—. Pero tú sabes lo que quiero decir.

—Lo sé. Y no hace falta que digas nada más. Tus ojos me lo están gritando.

—¿Qué te dicen?

—Espera, déjame que lo descifre. —Se incorporó y se echó sobre ella, cargando el peso sobre sus brazos. Luego le sujetó la cara con firmeza entre las manos y la miró—. Me están diciendo: *Estoy loca por ti. No me dejes nunca. Eres lo mejor que me ha*

pasado jamás. Quiero pasar el resto de mi vida contigo. —Hizo una pausa—. Sí, eso me están diciendo.

Ella sonrió. Luego alzó la barbilla y le dio un beso suave.

—Exactamente, eso es lo que están diciendo. Alto y claro —murmuró contra su boca.

—Lo sabía —replicó, triunfal—. Soy capaz de leer en tu mirada como nadie. Ah, espera..., veo algo más.

—¿Qué ves?

—Me están diciendo otra cosa.

—¿Qué cosa?

Él guardó silencio y la miró con tanto fuego en sus preciosos ojos color turquesa que un curioso calor comenzó a formarse en su pecho y fue expandiéndose por todo su cuerpo, llegando hasta sus entrañas. Se quedó sin respiración.

—Están diciendo: *Te quiero, Till*. Sí, eso dicen... ¿Será cierto?

«Quizá lo sea», pensó, desbordada de emoción. Realmente no tenía palabras para expresarle todo lo que en verdad sentía por él. Era demasiado...

—Si mis ojos lo dicen... —respondió con vaguedad en un hilo de voz, cuando por fin fue capaz de encontrarla.

Él sonrió ampliamente.

—Lo sabía —murmuró.

Y luego la besó. Esta vez el beso no fue suave ni breve.

Y Tana se abandonó a su beso y a su abrazo. Sabía que solo iba a ser el primero de muchos.

Muchos más.

Epílogo

Extendió la toalla al lado de la mochila negra y se quitó el vestido que llevaba sobre el bañador. Luego tomó asiento y fijó la vista en el mar. El sol se elevaba poco a poco por encima del agua, reflejándose en ella y arrancándole destellos dorados, convirtiendo las olas en ondulantes montañas rutilantes y cegadoras. Utilizó la mano a modo de visera y le buscó con la mirada. No tardó en encontrar su silueta recortándose contra el cielo. Era el único surfista que había en el agua a esa hora de la mañana.

Apoyó la barbilla sobre las rodillas y le contempló con una mezcla de admiración y orgullo. Le encantaba verle surfear. Era mágico seguir los movimientos de su cuerpo sobre las olas. Subía, bajaba, se giraba, se inclinaba y se quedaba suspendido en el aire para volver a caer sobre el agua y seguir haciendo figuras imposibles que a la vista resultaban increíblemente sencillas. Pero ella sabía que no lo eran. Si algo había aprendido después de llevar tanto tiempo con él, era que surfear no resultaba tan fácil. Ella era el mejor ejemplo. Había sido una alumna nefasta. Carecía de cualquier tipo de equilibrio, así que, de mutuo acuerdo, decidieron que él surfeara y ella... se dedicase a otras cosas.

Pero a pesar de su ineptitud como surfista, no podía dejar de admirar su pericia y su elegancia cada vez que él se internaba en el mar y se volvía uno con su tabla para enfrentarse a las crestas de espuma. Era una imagen de la que jamás se cansaba.

En realidad, ninguna imagen de Till le cansaba. Podía contemplarle durante horas, daba igual lo que estuviera haciendo. Le gustaba verle dormir, cuando los músculos de su cara se relajaban y su expresión se suavizaba haciendo que aparentase diez años menos. Adoraba verle concentrado mientras se ocupaba de encerar alguna de sus tablas y tenía la mirada perdida y soñadora. Cuando se molestaba por algo y fruncía el ceño y arrugaba la frente. Cuando se burlaba de ella y le dirigía una de

esas sonrisas socarronas. Pero sobre todo, amaba ver cómo se le iluminaba el rostro cuando la miraba lleno de amor.

Amaba cada pequeño detalle de él, por muy ínfimo que fuera. Amaba el hombre en el que se había convertido, y todavía le quería más porque a su lado ella se había convertido en otra mujer. Ni mejor ni peor que la de antes, pero mucho más feliz y satisfecha. Una Tana más plena.

El sol le molestaba en los ojos, así que se inclinó y sacó las gafas de sol del bolso. Se las puso y echó un vistazo a su alrededor. Había un matrimonio de mediana edad a unos cincuenta metros a su derecha y una pareja joven algo más allá. Nadie más. Era muy temprano. Una chica de unos veinte años apareció en su campo de visión. Iba corriendo por la orilla; llevaba pantalón corto, camiseta de tirantes y zapatillas de deporte. Cuando llegó a su altura se detuvo y miró hacia el mar utilizando la mano como visera, como ella misma había hecho antes.

Till abandonaba el agua en ese momento.

El sol le daba en la espalda, de manera que era imposible distinguirlo con claridad, pero a ella no le hacía falta. Conocía cada centímetro de ese cuerpo como si fuera el suyo propio. Sus ojos, sus manos, su nariz, su boca lo conocían muy bien. Solo hacía unas horas que había explorado todos sus rincones en la oscuridad de la habitación de su hotel.

Él se detuvo brevemente y se sacudió el pelo con un movimiento enérgico de cabeza; ya no llevaba la melena de Loki, ahora el cabello apenas le cubría las orejas. Se lo echó hacia atrás y agarrando la tabla con firmeza, sorteó las olas que rompían a su espalda.

La chica, que había detenido su ejercicio matutino para quedarse mirándole, seguía quieta en la orilla, y Tana, incluso desde aquella distancia, se percató de su expresión interesada. Sonrió ampliamente. Era un gesto que solía ver con frecuencia en otras féminas cuando se cruzaban con él.

«Puñeteros Landvik y su *sex appeal*. Son un peligro», pensó con ironía.

Su móvil emitió un pip. Se inclinó para sacarlo del bolso. Tenía un mensaje de voz de Eli. Seguramente la habría llamado para

reprocharle que no hubieran dicho nada a nadie y se hubiesen escapado a México sin avisar. Se lo llevó a la oreja y reprodujo el mensaje. Exacto, eso era. Mientras escuchaba la voz de su amiga pretendiendo estar enfadada y echándole en cara su falta de información, siguió mirando a Till, que acababa de descubrirla. La saludó con la mano y ella correspondió al saludo de igual manera.

Olvidada quedó la chica de la orilla y la voz de Eli. Olvidado quedó todo. Solo tenía ojos para él, que se acercaba sonriendo y mirándola como si no hubiera otra mujer en el mundo.

Tana se levantó y fue a su encuentro.

* * *

Till salió del agua con la tabla de surf debajo del brazo derecho, al tiempo que con el izquierdo se echaba el pelo hacia atrás. Hacía ya un par de años que se lo había cortado y tenía que reconocer que ese corte era mucho más práctico que la melena que había llevado antes, aunque a veces echaba de menos su antiguo aspecto al mirarse al espejo.

Su mirada paseó por la playa hasta encontrar lo que estaba buscando. Sí, Tana ya había llegado. Esa mañana, él se había adelantado y había bajado de madrugada para aprovechar la soledad del mar y hacerse con unas olas antes de que llegaran el resto de los turistas. Ella se había quedado en el hotel, pero ya estaba ahí junto a sus cosas, sentada sobre una toalla verde y hablando por teléfono. Unas gafas de sol cubrían sus ojos por lo que no supo si le miraba o no, aun así levantó el brazo y la saludó. Ella correspondió al saludo y a él se le curvaron los labios en una sonrisa. Daba igual cuanto tiempo pasara, cada vez que ella le prestaba atención, él se derretía. Así de simple.

Estaba loco por su mujer.

Y decir mujer era correcto, a pesar de que no estuviesen casados. Llevaban juntos siete años ya. Siete años que al principio habían resultado difíciles. Él en México, ella en España..., y ambos decididos a que aquello funcionara. Y vaya si lo había hecho. Se habían gastado una fortuna en billetes de avión los primeros ocho meses, hasta que por fin él le vendió su parte del negocio a Amaya y se mudó a España. Encontró un trabajo como monitor de windsurf en la costa mediterránea y alquiló un apartamento cerca de donde

Cas había tenido el suyo. Entonces las cosas comenzaron a ser más fáciles. Tana pasaba la mitad de la semana en Madrid y la otra mitad en su apartamento, junto a él. Hasta que hacía ya cinco años, ella había abierto una filial de *Promenade* —más pequeña y coqueta— en la costa y se había trasladado definitivamente. Había delegado la responsabilidad del negocio de Madrid en Martina y solo iba una vez al mes a reunirse con ella y supervisar la *boutique*.

Mientras él se acercaba, ella terminó de hablar por teléfono y dejó el aparato sobre la toalla, se quitó las gafas, se incorporó y fue a su encuentro. Se había puesto un bañador negro. Su sonrisa se hizo más amplia al verlo. La noche anterior, en la habitación del hotel y de casualidad, habían encontrado en un canal *De aquí a la eternidad*. Al llegar la escena del beso entre Burt Lancaster y Deborah Kerr, había tratado de convencerla de que esa película se había rodado en esa playa donde ellos estaban —lo cual no era verdad, se había rodado en Hawái—, y de que sería un sacrilegio no tratar de emular ese beso al día siguiente. Ella se había burlado, por supuesto, y sin embargo había decidido prescindir del bikini y se había puesto el bañador, uno parecido al que llevaba la protagonista de la película en la escena de marras.

—Estás preciosa —le dijo cuando se encontraron. Dejó la tabla en la arena y la cogió por el talle.

—¡No! —protestó ella, intentando zafarse—. Estás empapado y me vas a empapar a mí.

—Me gusta cómo suena eso... empaparte... mmm... —repuso, atrapándola entre sus brazos y elevándola en el aire. Ella se resistió sin demasiado ahínco. Y él enterró la cara en el hueco de su cuello y la mordisqueó allí, provocándole un gemido—. Además, para la escena del beso es necesario que estemos mojados ambos —añadió, levantando la cabeza y mirándola con mucha seriedad.

—¿Sigues con eso? —Elevó la mirada al cielo como pidiendo paciencia, pero no trató de apartarse.

—Por supuesto. No pienso en otra cosa desde anoche. Y sé que tú también. Te has puesto bañador...

—Es que el bikini estaba mojado —dijo con vaguedad.

—Te has traído al menos tres bikinis —objetó él con una sonrisa al ver como ella trataba de hacerse la indiferente.

Se volvió a mirarle y le sonrió, haciendo que su corazón se acelerara.

«¡Joder! Muero de amor por esta mujer...», pensó. «Soy un pusilánime», se dijo. Pero reconocía que ser un pusilánime por ella era lo mejor que le había pasado en la vida. Lo mejor.

—Está bien. Lo reconozco. Quiero ser tu Deborah Kerr.

—Lo sabía —exclamó él, ufano, besándola con arrojo en la boca.

Ella correspondió al beso con igual ímpetu. Quizá más. Enroscó las piernas en torno a su talle, ignorando a algunos bañistas madrugadores que ya habían comenzado a llegar y que los observaban con interés. Y Till la adoraba por ello, por ser pasional y haber aprendido a actuar con espontaneidad y mostrar cómo se sentía. Por llevar sus sentimientos a flor de piel y compartirlos con él de aquella manera tan natural. Sí. La adoraba.

—¿Vas a dejarte crecer el pelo? —le preguntó, enredando los dedos en los mechones de su nuca.

—¿Quieres? Creía que te gustaba así...

—Y me encanta. Pero también echo de menos esa melena salvaje a lo vikingo... incluso tus trenzas —murmuró, alborotándole el húmedo cabello con una mano.

—Puedo ser muy salvaje y muy vikingo, no depende del pelo, ¿sabes? —dijo él con voz ronca contra su boca.

—Perro ladrador, poco mordedor —le incitó ella.

Entonces él le apresó el labio inferior con los dientes y tiró con suavidad. Su cuerpo cálido se amoldó al suyo a la perfección. Notó la opulencia de sus pechos pegados a sus pectorales, la calidez de sus brazos en torno a su cuello y su aliento entrecortado sobre sus mejillas... Y reaccionó. Por supuesto que lo hizo. Su entrepierna comenzó a vibrar, ansiosa por que aquel beso no se quedara solo en eso y se convirtiera en algo más. Expelió un gruñido que fue a morir a la boca de ella y bajó las manos camino de sus nalgas...

—Mamá, papá...

La vocecita infantil los sobresaltó. Tana bajó las piernas con rapidez y él la depositó sobre la arena. Se giraron, algo sofocados.

—Si llego a saber que estáis protagonizando un escándalo público ni me acerco, pero ha insistido —dijo Amaya con retintín.

Había aparecido a unos metros de distancia y llevaba a lago de la mano.

Till miró a su exsocio con escepticismo antes de acuclillarse y dejar que su hijo se abalanzara sobre él.

—Amaya me va a enseñar a ponerme de pie yo solo sobre la tabla —proclamó el pequeño, excitado.

—Eso es genial. —Le abrazó con firmeza—. Entonces, esta tarde volvemos a hacer surf, juntos.

El niño asintió con energía y un mechón de su moreno cabello le cayó sobre la frente. Le miró con mucha solemnidad con esos ojos oscuros tan parecidos a los de su madre, y a él se le encogió el corazón de puro amor. ¡Cómo amaba a su hijo! Tenía cuatro años y era fuerte, valiente e igual de independiente que Tana.

—Sí, y seguro que puedo ponerme de pie en el agua también —dijo con convicción.

Till sonrió, encantado por la enorme seguridad en sí mismo que desprendía a pesar de su corta edad.

En ese momento, Tana, que había estado diciéndole algo a Amaya, se acercó y se agachó junto a ellos. Iago abandonó a su padre para refugiarse en los brazos de su madre y contarle, atropelladamente, las maravillosas noticias.

—¿Se porta bien? —preguntó Till dirigiéndose a Amaya.

—Es un cielo. Bastante más agradable que su padre —bromeó.

—Habrá salido a su madre. —Miró a Tana y a su hijo, que ahora cuchicheaban en voz baja.

—No pensaba acercarme, la verdad. Os he visto muy acaramelados y os iba a dejar vuestro espacio. Pero ha insistido en que tenía que informaros de lo que le había dicho. Y es tozudo. Imposible detenerle.

Till sonrió.

«Tozudo como su madre».

Habían venido a pasar tres semanas a Baja, en unas vacaciones improvisadas. Se alojaban incluso en el mismo hotel en el que Tana se había alojado cuando estuvo allí por primera vez. Y habían pensado que sería una buena idea apuntar a lago a alguna de las clases para niños que impartía Amaya. Además, egoístamente, así mataban dos pájaros de un tiro, utilizándola como instructora de surf

y como niñera al mismo tiempo. Y así se lo habían propuesto el día anterior mientras comían en una de las tascas. Ella había aceptado encantada. Y esa misma mañana Tana había dejado al niño en la escuela.

—Venid a recogerle en un par de horas —dijo—. Sin prisas, eh... —añadió con malicia.

Till soltó una carcajada mirándola de reojo. Amaya no había cambiado nada desde la última vez que la había visto, hacía cinco años ya. Seguía igual que siempre. Había terminado por casarse con Tony y entre los dos se ocupaban del negocio. Y les iba muy bien.

Tana y Iago se acercaron a ellos. El pequeño daba saltitos agarrado a la mano de su madre.

—¿Qué le has prometido? —inquirió Till, pasándole un brazo a ella por encima de los hombros.

—Nada. —Negó con la cabeza, pero la sonrisa que iluminaba su cara desmentía lo que acababa de decir.

—¡Una tabla de surf! —gritó el niño, echando a correr.

Amaya se despidió de ellos y fue tras él. Le alcanzó solo unos metros más adelante y le cogió de la mano. Ambos se giraron y les dijeron adiós con un gesto antes de seguir andando hacia la escuela.

—Eres una blanda —dijo Till, apretándola contra su cuerpo.

—Lo soy —admitió ella con un suspiro—. Solo hay dos hombres en el mundo que consiguen hacer conmigo lo que quieren.

—Espero que uno de ellos sea alto, rubio y en extremo atractivo. Y tenga un apellido noruego.

—¿Cas? ¿Jan?

—He dicho en extremo atractivo. Mis hermanos no me llegan a la suela del zapato en cuanto a belleza —dijo con sorna.

—Es cierto. ¡Qué tonta soy! —repuso con sarcasmo. Luego cambió de tono, suavizándolo—. Y el otro es ese hombrecito que es igual de granuja que su padre.

Él sonrió y depositó un suave beso sobre su cabeza. Tana era la madre ideal, al menos él lo veía así. Todos los miedos del principio, cuando se quedó embarazada de nuevo y comenzó a dudar sobre si iba a ser capaz de ocuparse de un niño, poco a poco habían ido

desapareciendo y ahora se enfrentaba a la maternidad con un simple y sano sentido común. Cometía errores, claro. Ambos lo hacían. Pero ahí estaba la perfecta imperfección de ser padres, ¿no?

Mientras seguía con la mirada a su exsocio y a Iago, le vino a la cabeza un recuerdo. Hacía muchos años, en esa misma playa, él había fantaseado con sentarse sobre una tabla de surf con su hijo y enseñarle a enfrentarse a las olas. Y la tarde anterior había sucedido: había tenido a su hijo sentado sobre su tabla mientras una ola se acercaba a ellos, había conseguido que se pusiera de pie frente a él y la habían cabalgado... juntos.

Su sueño se había convertido en realidad.

Realmente, todos sus sueños se habían cumplido. Tenía a la mujer que quería, una familia y una vida maravillosa. A veces, echaba la vista atrás y pensaba en el pasado. Casi resultaba del todo increíble que él, Till Landvik, que tanto había hecho sufrir a su familia, hubiera conseguido llegar hasta allí. Pero la vida era así. Quitaba y recompensaba. En algunas ocasiones con justicia, en otras no... ¿Quién le iba a haber dicho a él que las cosas podían terminar así? Terminar no, se corrigió en silencio. Empezar y continuar.

Tana le pasó un brazo por detrás de la cintura y se agarró a él con firmeza, sacándole de sus pensamientos. Bajó la mirada y vio que ella también seguía con los ojos a Amaya y a su hijo. Una expresión soñadora había aparecido en su semblante.

—¿Qué piensas? —le preguntó.

Ella sonrió antes de contestar. Levantó la barbilla y le miró. El sol se reflejó en su cara de lleno, mostrando todas esas pequeñas imperfecciones que él amaba profundamente: las arruguitas, la cicatriz, su lunar...

—Pienso que eres un padre maravilloso. Y que soy una mujer afortunada.

Como siempre que ella le decía algo así, sintió cómo el calor le recorría todo el cuerpo para terminar alojándose en su pecho. ¿Acaso se podía ser más dichoso? ¿Se merecía él tanta felicidad? Quizá no. Pero no iba a rechazar lo que la vida le ofrecía. No. Lo iba a disfrutar a manos llenas, iba a vivirlo plenamente, a saciarse de

ello... Todos los días al lado de Tana eran mágicos, algunos mejores, otros peores, pero todos y cada uno de ellos, especiales...

—*Ich liebe Dich*^[123] —le susurró con intensidad.

Ella chasqueó la lengua, rompiendo toda la magia. ¿Cómo no? Tana era Tana.

—*Ich liebe Dich?* —repitió con su impecable acento y una ceja arqueada—. A mí no me vengas con esas. No me impresionas hablándome en alemán. Si quieres decirme algo, dímelo en cristiano.

—Eres el romanticismo en persona —ironizó—. Quizá deberías decírmelo tú.

—¿Para qué? Si ya lo lees en mis ojos, ¿no? —Se desasíó de su abrazo y se alejó, mirándole por encima del hombro con una sonrisa pícaro dibujada en su boca.

Él la siguió, sonriendo también.

—¿Dónde vas?

—Al agua. A lo del beso... ¿Recuerdas? ¿Burt Lancaster y Deborah Kerr? ¿Te vas a echar atrás ahora? —le retó, echando a correr—. Cobarde...

Él aceleró sus pasos, soltando una risa. Con sus piernas más largas la había alcanzado antes de llegar a la orilla. La cogió por detrás y la alzó en el aire y ella soltó un grito que se transformó en carcajada.

Segundos después estaban tumbados sobre la arena mientras las olas bañaban sus pies. Y se besaban.

—Nunca imaginé que pudiese ser así. Nadie me había besado nunca como tú —recitó ella las palabras exactas o casi exactas que decía Deborah Kerr en la película.

—Lo sé. Soy un Landvik —respondió él, arrogante, saliéndose del guion. Luego se giró y la situó encima.

Ella elevó la cabeza y se rio con ganas. Una ola algo más grande rompió contra ellos, empapándolos por completo y haciendo que su risa se hiciera más profunda.

—¿Sabes qué, *Landvik*? —le preguntó con los ojos brillantes y el pelo mojado pegado a sus mejillas.

—Dime —dijo, sujetándole la cara con ambas manos y clavando los ojos en ella.

—Te quiero.

Fin

Sobre la autora

Laura Sanz aprendió a leer antes que a hablar y a escribir antes que a andar. Así que después de largos años de no saber qué hacer con su vida, además de irse al extranjero y aprender idiomas, trabajar en sitios diversos y escribir compulsivamente en servilletas de bar... decidió publicar.

Todos sus libros tienen #happyending garantizado.
Actualmente vive en Madrid con su marido y sus tres gatos.

Le encanta recibir mensajes de sus admiradores y detractores. Por favor contactad con ella en laurasanzautora@gmail.com

Probablemente conteste :)

Si queréis saber más sobre ella y sus próximos lanzamientos

visitad: www.laurasanzautora.com

Además la podéis encontrar en:

[Facebook](#)

[Twitter](#)

[Instagram](#)

Otras novelas de la autora

[La chica del pelo azul](#)

[Harry Wolf](#)

[Le llamaban Bronco](#)

[1] Avasallador/a.

[2] Querido/a.

[3] Perdón.

[4] ¿Eres tonta? ¿Qué te pasa? ¿Acaso no has visto la moto?
¡Joder, qué idiota eres!

[5] Lo siento tanto.

[6] No he...

[7] Joder

[8] Joder

[9] Caliente.

[10] Mierda.

[11] Mierda.

[12] Encanto.

[13] Chicas.

[14] ¡Hace mucho tiempo! ¿Dónde has estado? ¿Y dónde está tu moto?

[15] ¡Qué alegría verte!

[16] Princesa de hielo

[17] ¡Jódete, hijo de puta!

[18] Dios mío, qué preciosa eres.

[19] ¡Dios, me pones tan caliente!

[20] Princesa.

[21] Mierda.

[22] ¡Que le den por culo!

[23] ¡Santa madre de Dios!

[24] Hola, chicas.

[25] (Oh, my God!) ¡Oh, Dios mío!

[26] Dulzuras.

[27] Nunca, querida, nunca.

[28] Maldición.

[29] Está borracho, amigo mío.

[30] ¿Y qué?

[31] Como grites te mato, puta.

[32] Puta de mierda.

[33] Hombre de hielo.

[34] “...tan blanca como la nieve, tan roja como la sangre y cuyos cabellos eran tan negros como el ébano. Por todo eso fue llamada Blancanieves...”

[35] Blancanieves.

[36] Bisabuela.

[37] Puedo soportarlo.

[38] Princesa.

[39] Mierda.

[40] Lo odiaba.

[41] ¡Dios!

[42] El pitbull irlandés.

[43] ¿Qué hago ahora?

[44] ¡Dios mío!

[45] Mierda.

[46] Maldición.

[47] Maldita mierda.

[48] ¡No, por favor, no me hagas daño!

[49] ¡Dios!

[50] Estoy aquí, no estás sola.

[51] Solo es un sueño, un mal sueño.

[52] ¡Dios! ¡Qué ilusa!

[53] Técnica de agarre (en MMA).

[54] Golpeador (en MMA).

[55] Agarrador (en MMA).

[56] Técnica que consiste en atacar las piernas del rival con la finalidad de derribarlo (en MMA).

[57] Técnica defensiva para evitar un Takedown (en MMA).

[58] Sopa de pan y verduras (plato típico ucraniano).

[59] Una especie de tortas rellenas de manzana (plato típico ucraniano)

[60] No estás sola, yo estoy aquí.

- [61] Eres un pedazo de cabrón.
- [62] ¡Qué tonta era!
- [63] Idiota (cariñoso).
- [64] ¡Dios es perfecto! ¡Qué sensación más increíble! ¡Así se debe sentir uno en el paraíso!
- [65] Joder.
- [66] Sé que no estás aquí, sé que solo eres un sueño, pero es un sueño tan bonito...
- [67] ¡Menudo necio!
- [68] ¡Dios, era tan hermosa!
- [69] Idiota.
- [70] Te quiero.
- [71] Te quiero.
- [72] Eres mi vida.
- [73] ¿Qué he hecho?
- [74] No puedo.
- [75] Tus deseos son órdenes para mí.
- [76] ¡Dios mío! ¡Eres tan hermosa!
- [77] Semestre de prácticas (en las carreras alemanas antes de los dos años de prácticas propiamente dichas).
- [78] ¡Mierda de canción!
- [79] ¡Dios!
- [80] ¡Maldición!
- [81] Querida.
- [82] ¡Joder!
- [83] Princesa.
- [84] *Siglas de Oh, my God! – ¡Oh, Dios mío!*
- [85] ¡Mierda!
- [86] Hola, socio.
- [87] Bien está lo que bien acaba.
- [88] ¡Ahora!
- [89] ¡Capullo! (traducción libre).
- [90] ¡Maldita mierda!
- [91] ¿Quién está ahí?

[92] ¿Sí?

[93] Disculpa.

[94] Mierda.

[95] ¡Mierda! No tienes ni idea, ni idea de lo duro que fue...

[96] Me vuelvo loco.

[97] ¡Joder! / ¡La leche! (traducción libre).

[98] Sí.

[99] Idiota.

[100] Viento en dirección al mar.

[101] Soporte donde se colocan las tablas de surf.

[102] Lío de una noche.

[103] Lío de dos noches.

[104] Tabla corta.

[105] Tabla larga.

[106] Maniobra de surf que consiste en ponerse en pie sobre la tabla.

[107] Surfista que pone el pie derecho delante en la tabla a la hora de surfear.

[108] Cola o parte trasera de la tabla.

[109] Es el primer giro que se realiza después del Take off y que sirve para surfear la pared de la ola y aprovecharla al máximo.

[110] Maniobra de surf que consiste en realizar un giro de 180° después de haber escapado del rompiente, para volver a acercarse, ir en dirección contraria, y seguidamente volver a girar 180° para recuperar la dirección original, es decir, hacer un ocho.

[111] *“... En lo más profundo de mi alma, he estado tan solo. Todas mis esperanzas se desvanecían. He anhelado el amor, como todos los demás. Sé que incluso después de hoy seguiré buscándolo. Así que ahí está, chica, ya lo he dicho todo. Y aquí estamos, nena ¿qué dices? Tenemos esta noche, ¿quién necesita un mañana? Tenemos esta noche, nena. ¿Por qué no te quedas?...”*

[112] *“... Sé que es tarde, sé que estás cansada. Sé que tus planes no me incluyen.*

Y sin embargo aquí estamos, ambos solos. Ambos solos... Tenemos esta noche, ¿quién necesita un mañana? Vamos a hacer que dure,

vamos a encontrar la forma. Apaga la luz, coge mi mano. Tenemos esta noche, nena. ¿Por qué no te quedas? Oh oh oh, ¿Por qué no te quedas?”

[113] No, no... Dios...

[114] ¡Dios mío!

[115] No, no, no... no puede ser verdad.

[116] ¡Joder!

[117] Chico listo.

[118] Ojos que no ven, corazón que no siente.

[119] Princesita.

[120] “Me siento infeliz. Me siento tan triste. He perdido a la mejor amiga que pude tener. Ella era mi mujer. La quería tanto. Pero es demasiado tarde ahora. La he dejado ir. Estoy experimentando cambios. Estoy experimentando cambios en mi vida...”

[121] Compartimos los años compartimos cada día enamorados, encontramos nuestro camino. Pero pronto el mundo encontró su mal camino. Mi corazón fue cegado, el amor se extravió. Estoy experimentando cambios. Estoy experimentando cambios en mi vida...”

[122] Llevó tanto tiempo darse cuenta, todavía puedo oír su último adiós. Y ahora todos mis días están llenos de lágrimas. Desearía poder volver atrás y cambiar esos años. Estoy experimentando cambios. Estoy experimentando cambios en mi vida...”

[123] Te quiero.